

SIR BASIL
LIDDELL HART

HISTORIA DE LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL



INTRODUCCIÓN Y TRADUCCIÓN
RICARDO ARTOLA

Lectulandia

La Segunda Guerra Mundial sigue siendo con gran diferencia el principal conflicto de la historia: seis años repletos de muerte y destrucción, heroísmo y cobardía, lucha a muerte en todos los continentes y un final con sabor a derrota para todos.

Sir Basil Liddell Hart (1895-1970) fue el gran teórico de la estrategia militar del siglo XX, pionero de conceptos que terminaron germinando en la guerra relámpago de la Alemania nazi e interlocutor privilegiado de los mejores generales alemanes capturados por los aliados occidentales en 1945.

Esta Historia de la Segunda Guerra Mundial, su obra póstuma, es un hito en la bibliografía sobre la materia que nunca ha tenido una edición adecuada en español. Ahora, por fin, más de medio siglo después de su edición original en inglés, recupera todo el esplendor propio de un clásico indiscutible, con una nueva traducción, unos mapas redibujados para la ocasión y unos índices que permiten acercar la lupa a todos los escenarios.

La obra de Liddell Hart aborda, casi exclusivamente, la vertiente militar de la guerra, pero lo hace con el pulso narrativo que le caracterizó e hizo célebre en obras como *Estrategia*. De las playas de Dunquerque a los arrabales de Stalingrado; de las arenas del desierto del norte de África a las junglas de Nueva Guinea; de las frías aguas del Atlántico norte a los cielos de Inglaterra y, por supuesto, hasta el corazón del Berlín nazi doblegado por el Ejército Rojo. Todos los escenarios de esa tragedia comparecen aquí. Una obra imprescindible que cualquier interesado en la Segunda Guerra Mundial debería tener en su biblioteca.

Sir Basil Liddell Hart

Historia de la Segunda Guerra Mundial

ePub r1.0

Titivillus 24.06.2024

Título original: *The History of the Second World War*

Sir Basil Liddell Hart, 1970

Traducción: Ricardo Artola

Prologuista: Ricardo Artola

Editor digital: Titivillus

ePub base r2.1

Aa

Índice de contenido

[Cubierta](#)

[Historia de la Segunda Guerra Mundial](#)

[Prólogo a la edición española](#)

[Nota del editor](#)

[Prólogo](#)

[De lady Liddell Hart](#)

[1](#)

[Cómo se llegó a la guerra](#)

[2](#)

[Fuerzas en conflicto en el momento del estallido](#)

[3](#)

[La invasión de Polonia](#)

[4](#)

[La falsa guerra](#)

[5](#)

[La guerra en Finlandia](#)

[6](#)

[La invasión de Noruega](#)

[7](#)

[La invasión del oeste](#)

[8](#)

[La batalla de Inglaterra](#)

[9](#)

[Contraataque desde Egipto](#)

[10](#)

[La conquista del África oriental italiana](#)

[11](#)

[La invasión de los Balcanes y Creta](#)

[12](#)

[Hitler se vuelve contra Rusia](#)

[13](#)

[La invasión de Rusia](#)

[14](#)

[La entrada de Rommel en África](#)

[15](#)

[Crusader](#)

[16](#)

[Recrudecimiento en el Lejano Oriente](#)

17

[La oleada de conquistas japonesas](#)

[La caída de Hong Kong](#)

[La caída de Filipinas](#)

[La caída de Malasia y de Singapur](#)

[La caída de Birmania](#)

[Ceilán y el océano Índico](#)

18

[Cambia la tendencia en Rusia](#)

19

[La marea alta de Rommel](#)

20

[Cambia la tendencia en África](#)

21

[Torch. La nueva marea desde el Atlántico](#)

22

[La carrera por Túnez\[1\]](#)

23

[Cambia la tendencia en el Pacífico](#)

[La incursión en Tokio](#)

[La batalla del mar del Coral](#)

[La batalla de Midway](#)

[El sudoeste del Pacífico después de Midway](#)

[Nueva Guinea y Papúa](#)

[Guadalcanal](#)

[Birmania, mayo de 1942-mayo de 1943. La respuesta abortada](#)

[La ofensiva de Arakan, diciembre de 1942-mayo de 1943](#)

[Los chindits](#)

[Planes futuros](#)

24

[La batalla del Atlántico](#)

[Los convoyes árticos](#)

[La última fase](#)

25

[La limpieza de África](#)

26

[El regreso a Europa por Sicilia](#)

27

[La invasión de Italia: capitulación y freno](#)

28

[El reflujo alemán en Rusia](#)

29

- [El reflujo japonés en el Pacífico](#)
- [La campaña de Bougainville](#)
- [La captura de las islas Bismarck y del Almirantazgo](#)
- [El avance por el centro del Pacífico](#)
- [La captura de las islas Gilbert](#)
- [Birmania: 1943-1944](#)
- [30](#)
- [La toma de Roma y el segundo control en Italia](#)
- [31](#)
- [La liberación de Francia](#)
- [32](#)
- [La liberación de Rusia](#)
- [33](#)
- [El clímax de los bombardeos. La ofensiva aérea estratégica contra Alemania](#)
- [Resultados comparativos de los objetivos en la ofensiva de bombardeo estratégico](#)
- [Ataques contra instalaciones petrolíferas](#)
- [Ataques contra las redes de comunicación](#)
- [Ataques directos](#)
- [Conclusiones](#)
- [34](#)
- [La liberación del sudoeste del Pacífico y de Birmania](#)
- [La reconquista de Nueva Guinea](#)
- [La captura de las Marianas y la batalla del mar de Filipinas](#)
- [El ataque de Iwo Jima](#)
- [La campaña de Birmania: de Imfal a la reconquista de Rangún en mayo de 1945](#)
- [35](#)
- [La contraofensiva de Hitler en las Ardenas](#)
- [36](#)
- [El barrido del Vístula al Óder](#)
- [37](#)
- [El derrumbe del dominio de Italia por Hitler](#)
- [38](#)
- [El derrumbe de Alemania](#)
- [39](#)
- [El derrumbe de Japón](#)
- [Okinawa. La entrada interior de Japón](#)
- [Operaciones de limpieza en el Pacífico y Birmania](#)
- [Birmania\[2\]](#)
- [Nueva Guinea, Nueva Bretaña, Bougainville\[3\]](#)
- [Borneo](#)

Filipinas

La ofensiva estratégica aérea estadounidense

La bomba atómica y la rendición de Japón

40

Epílogo

Factores clave y puntos de inflexión

La fase previa vital

La primera fase de la guerra

La segunda fase de la guerra

La tercera fase de la guerra

Libros mencionados en el texto

Historias Oficiales

Gran Bretaña

Estados Unidos

Despachos

Otras obras del capitán Sir Basil Liddell Hart

Memorias

La conducción de la Guerra (e historia general de las guerras)

La teoría de la guerra mecanizada (en particular)

Otros libros sobre la teoría y el futuro de la guerra

Tácticas de infantería

Biografías históricas, con relación a la guerra futura

Primera Guerra Mundial (1914-1918)

Segunda Guerra Mundial (1939-1945)

General

Colaboraciones

Libros editados

Sobre el autor

Notas

Prólogo a la edición española

Sir Basil Liddell Hart (1895-1970) fue el Sun-Tzu o el Clausewitz del siglo XX. A pesar de su gran aportación al «arte» de la estrategia militar contemporánea, no goza, ni remotamente, del prestigio y la popularidad de sus dos predecesores. Pero los iniciados en la materia no solo saben de su existencia, sino que lo sitúan en un altar simbólico de los grandes analistas del pensamiento militar. Es conocida la anécdota de los militares israelíes que encontraron la versión en árabe de *Estrategia* en una posición abandonada por sus enemigos durante la guerra de los Seis Días. Ambos bandos lo leían con fruición.

Tras combatir en la Primera Guerra Mundial y sufrir heridas que le impidieron continuar su carrera en el Ejército, dedicó el resto de su vida a estudiar los actos de los grandes militares de la historia, desde Escipión el Africano hasta Rommel, a quien admiraba sin empacho. Fruto de tales estudios fue la publicación en vida de un puñado de libros que han quedado como piedras miliares de la materia. Quizá la más destacada, junto con la que aquí presentamos, sea su obra *Estrategia. El estudio clásico sobre la estrategia militar*, rescatada con gran éxito por Arzalia Ediciones en 2019, después de una triste trayectoria anterior en español. Ese título es el resultado convincente de aplicar a la historia de la guerra la extraordinaria contribución de Liddell Hart a la teoría militar, la superioridad de la «aproximación indirecta».

Esta *Historia de la Segunda Guerra Mundial*, quizá el mayor empeño intelectual del autor, se publicó un año después de su muerte y es inevitable sentir melancolía ante la «frustración» de Liddell Hart por no ver en vida la culminación de su obra.

En primer lugar, cabe preguntarse ¿por qué recuperar un texto con más de medio siglo de antigüedad sobre una materia de la que tanto se escribe cada

año? Obviamente por su condición de clásico, que hace que las «arrugas» causadas por el paso del tiempo queden compensadas con creces por las virtudes que lo adornan. Además, porque Liddell Hart tenía contactos privilegiados con miembros destacados de la milicia británica de los años cuarenta, que le consultaban, y sobre los que, sin duda, influyó (por desgracia para Gran Bretaña, no lo suficiente), e incluso llegó a cartearse con el mismísimo Churchill. Adicionalmente, recibió el encargo de entrevistarse de manera oficial y en profundidad con muchos de los generales alemanes que habían sobrevivido a la guerra y a los que nuestro autor admiraba y conocía. Estamos, pues, ante un tratadista militar que se reúne con prisioneros enemigos de su país para dialogar y extraer conclusiones de forma conjunta.

Liddell Hart es un observador privilegiado de la Segunda Guerra Mundial, que no solo se sirve de fuentes primarias y secundarias de la contienda, sino que también, en una mínima medida, participa en ella.

Otro elemento fundamental de la vigencia de esta obra es el modo en que su autor sabe ordenar y jerarquizar los temas (decía Miguel Artola que elaborar un índice es la mitad de escribir un libro) y, por supuesto, relatar las operaciones militares de manera profunda pero inteligible, incluso para un profano. Hay emoción en el relato de Liddell Hart cuando nos cuenta cómo Rommel, con medios precarios, logra que los británicos, una y otra vez, le persigan sin éxito por el norte de África o cuando Patton discute con los responsables de la Marina estadounidense por la tibieza de estos ante un desembarco inminente, o hasta cuando nos narra el emocionante acoso y hundimiento del acorazado *Bismarck* en las aguas del Atlántico norte. También emocionan los actos heroicos como el de la escolta de Rommel que detuvo por sí sola el avance aliado en Túnez durante algún tiempo. Nos olvidamos de que estamos leyendo una historia de guerra y pensamos que hemos cambiado de libro al pasar de página. Nos encontramos frente a un admirador de los generales con carácter y energía, que se arremangan y son ágiles, de los militares que cumplen su misión más allá del deber.

Liddell Hart es muy anterior a la dictadura de lo políticamente correcto, pero no deja de ser exquisito en la expresión de sus críticas: se hallan ahí para el buen entendedor, pero no hace sangre, a pesar de «estar en una guerra». Es pues un autor para lectores inteligentes, sutiles.

Asimismo no es políticamente correcto con la valoración de los diferentes ejércitos. En este sentido destaca en especial la debilidad y falta de resistencia de las unidades italianas allí donde intervinieron. Aunque no se ensaña con ellas, no hace falta ser un experto para intuir su opinión.

Tampoco tengo buenas noticias para la cohorte de rendidos admiradores de Churchill: Liddell Hart le critica (mucho) a propósito de casi todo. Solo le salva su firmeza en los días más oscuros del verano de 1940 y la subsiguiente batalla de Inglaterra.

El carácter ordenado y «militar» del pensamiento «hartiano» se manifiesta en que, al abordar las grandes operaciones de la guerra (invasión del oeste en 1940; operación Barbarroja en 1941, las ofensivas soviéticas de 1944, etc.), nos presenta primero los planes de los invasores, sus objetivos, de modo que, cuando nos narra los hechos, lo acaecido finalmente, podemos contrastarlos con aquellos propósitos iniciales. Y es obvio que los resultados solo pueden medirse en función de las metas alcanzadas. Sin esas introducciones, el relato de la guerra consistiría en una mera sucesión de combates, son ellas las que dan sentido a toda la narración y nos permiten entender qué era factible y qué estaba fuera del alcance de atacantes y defensores.

Otra de sus aportaciones clásicas es la exposición de las fuerzas en presencia, en eso que se llama un «teatro de operaciones». Ello nos permite no solo conocer qué pretendían unos y otros, sino los medios con que contaban para ejecutar sus planes o entorpecer los del enemigo. Como ocurre con «las cinco W» del periodismo, en todo momento sabemos qué, quién, cuándo, dónde y por qué.

Al leer a Liddell Hart también nos damos cuenta de que incluso en dictaduras feroces, jerárquicas y, aparentemente, coronadas por un poder absoluto, existen los equilibrios y las concesiones. Dos ejemplos: Alemania, que debe hacer encaje de bolillos con sus aliados (Italia, Hungría, etc.) en el frente del este o Rommel que tiene que recabar el visto bueno de Roma, además del de Berlín, para sus operaciones en el norte de África.

La historia se construye derribando a los popes del pasado. Algunos historiadores recientes se presentan con «novedosas» tesis sobre la fragilidad alemana, aduciendo que su poderío nunca fue tan claro o que estaban vencidos antes de empezar la guerra. Animo a que lean las opiniones de nuestro autor sobre esos temas; muchas de esas supuestas carencias que ahora salen a la luz ya estaban claramente señaladas por Liddell Hart.

Que nadie se engañe, esta es una historia militar de la guerra, lo que interesa al autor es presentar, jerarquizar y describir las distintas campañas, por lo que, aparte de lo estrictamente bélico, solo profundiza en los recursos económicos, pieza indispensable para la guerra en general, pero inexcusable para la moderna. Por tanto, Liddell Hart no menciona el Holocausto ni las atrocidades de la Wehrmacht en el frente del este, ya que escapa al objeto de

su estudio, aunque cuando tiene que adoptar una postura moral, queda patente su categoría humana: critica duramente la decisión de lanzar bombas atómicas sobre Japón y, a pesar de los ríos de tinta vertidos, su postura me parece impecable. También se muestra muy crítico con la salvaje ofensiva de bombardeo aliado contra Alemania, en especial a partir de 1944; otro aspecto en el que se adelantó en décadas a visiones que se han vendido como nuevas en el siglo XXI.

La Segunda Guerra Mundial es infinita e inagotable: ha generado incontables relatos, grandes y pequeños, trascendentales y anecdóticos, desde los ángulos más insospechados —a veces hasta ridículos por su irrelevancia—; sin embargo, prácticamente todo lo que nos cuenta Liddell Hart es relevante, tiene sentido en el conjunto de la obra, y casi renuncia en absoluto al chascarrillo, al que son tan aficionados muchos autores que han escrito sobre la guerra. Sir Basil se la toma en serio y nos respeta como lectores: no nos hace perder el tiempo.

No me atrevería a decir que esta sea la mejor historia de la Segunda Guerra Mundial en el mercado, porque tiene que competir contra cincuenta años de investigación y nuevas síntesis, pero sí diría rotundamente que es la que todo interesado en la mayor guerra de la historia debería tener en un lugar destacado de su biblioteca.

RICARDO ARTOLA
Madrid
Septiembre de 2022

Nota del editor

Comencemos por reseñar un par de cuestiones sobre la presente traducción. En primer lugar, puede que al lector le resulte extraño el escaso empleo de los términos «Unión Soviética» o «Ejército Rojo» para referirse a ese país y Ejército, y que el adjetivo «soviético» quede relegado por la utilización reiterada de «ruso». Pues bien, sucede que este es el elegido por el autor en el original inglés de la obra y, por lo tanto, como traductor, no puedo ser tan «raidor» como para no respetarlo.

En segundo lugar, indicar que dada la inexistencia de una edición completa de la *Historia de la Segunda Guerra Mundial* de Winston Churchill en español, he optado por traducir yo mismo las citas de esa obra que incluye Liddell Hart en la suya. También he procedido así con los textos que este reproduce de su propio libro *El otro lado de la colina*. En ambos casos, al proporcionar la referencia bibliográfica, he mantenido el número de la página en que aparece la cita en la versión original.

En cuanto a la edición, me complace destacar, en mi condición de editor (además de traductor y prologuista) de esta obra, que se ha realizado un esfuerzo muy considerable por actualizar la siempre imprescindible cartografía, de una pasmosa claridad conceptual, pero que había quedado muy anticuada en su presentación gráfica.

Cabe señalar que ni siquiera la última edición británica de esta *Historia* ha acometido semejante reto.

Quiero agradecer a Ricardo Sánchez la dedicación y el talento volcados en esa empresa.

Cerrando el apartado de los agradecimientos, deseo reconocer muy especialmente toda la ayuda que me ha brindado Fernando Calvo González-Regueral (autor de Arzalia Ediciones y prologuista de *Estrategia*) en el largo proceso de la publicación de este libro.

Prólogo

De *lady Liddell Hart*

Cuando Desmond Flower, director de Cassell, me pidió que escribiera un prólogo a la *Historia de la Segunda Guerra Mundial* de mi marido, muy pronto me di cuenta de que agradecer a todos los que habían ayudado en su preparación hubiera supuesto hacerlo a cientos de personas, desde mariscales a soldados, profesores, estudiantes y amigos, con los que Basil había tenido contacto durante su curiosa y activa vida. En el prólogo de sus memorias escribió: «Las memorias son, en su lado más feliz, un registro de amistades, y en este aspecto he sido muy afortunado». Esta *Historia* también se ha beneficiado de esas amistades.

Siendo un niño pequeño Basil desarrolló un amor por los juegos y las tácticas de los juegos, y reunía registros y recortes de periódico sobre ellos, así como lo hacía sobre los orígenes de la aviación, cuando los pilotos eran sus héroes infantiles. Mantuvo esta costumbre a lo largo de su vida y sus siempre crecientes intereses, de modo que, en el momento de su muerte dejó cientos de miles de recortes, cartas, memorándums, folletos y similares sobre cuestiones que iban de la guerra acorazada a la moda en el vestir. Posteriormente, lo antes posible después de que hubieran tenido lugar, registraba en forma de diario, o lo que llamaba «notas habladas», discusiones que había tenido sobre temas que le interesaban en especial.

Su primer libro después de la guerra fue *El otro lado de la colina*, el registro de sus conversaciones con una serie de generales alemanes, en aquel momento prisioneros de guerra en Inglaterra. Muchos de ellos habían sido lectores de sus libros anteriores a la guerra y estaban deseando hablar de sus

campañas con él. En diciembre de 1963, rememorándolo, escribió «Una nota sobre por qué y cómo escribí ese libro» que explica por qué daba tanto valor a ese tipo de registro:

Al estudiar los acontecimientos de la Primera Guerra Mundial, en los años veinte y treinta, me di cuenta de qué cantidad de historia se había visto perjudicada por el hecho de que no hubiera habido alguien, con mentalidad independiente e histórica, que hiciera las preguntas y fuera capaz de verificar y registrar lo que los jefes militares pensaban realmente en la época —como una forma de revisión respecto a sus recuerdos posteriores—. Y es que resultó muy evidente que los recuerdos de los participantes en acontecimientos dramáticos son apropiados para cambiar o ser distorsionados retrospectivamente y hacerlo cada vez más con el paso de los años. Además, los documentos oficiales a menudo son incapaces de desvelar sus verdaderos puntos de vista e intenciones, e incluso a veces están redactados para ocultarlos.

Así que, durante la Segunda Guerra Mundial, cuando visitaba a los comandantes aliados, redacté exhaustivas «notas para la historia» de las conversaciones que tuve con ellos, registrando especialmente sus puntos de vista del momento, como un complemento de los registros documentales y como forma de contraste con las memorias e informes escritos posteriormente.

Al final de la guerra se me ofreció una temprana oportunidad de interrogar a los comandantes alemanes, por entonces prisioneros de guerra, y tuve muchas largas conversaciones con ellos sobre las operaciones en las que estuvieron involucrados y sobre cuestiones más amplias. Aunque, naturalmente, esta investigación no podía ser tan contemporánea como una luz sobre lo que habían estado pensando antes de un acontecimiento o decisión específicos, en todo caso tuvo lugar *antes* de que los recuerdos se volvieran confusos con el paso del tiempo, mientras que sus relatos se podían cotejar con los de otros testigos, así como con los registros documentales.

Los lectores de esta *Historia* verán en las menciones en las notas a estas conversaciones hasta qué punto han aguantado la prueba del «paso del tiempo»... y del continuo cotejo de Basil a lo largo de los años.

A principios de 1946 los coroneles-comandantes^[1] del Royal Tank Regiment pidieron a Basil que escribiera una historia del regimiento y sus predecesores, abarcando las dos guerras mundiales y el período de entreguerras. Fue una inmensa tarea que le llevó muchos años y el libro no fue publicado por Cassell hasta 1958. Sin embargo, la investigación necesaria para *The Tanks* fue de gran ayuda cuando Basil llevó a cabo la escritura de esta *Historia*, ya que había llegado a conocer personalmente a muchos de los jóvenes comandantes que habían combatido en ambos bandos, al tiempo que había tenido muchas largas conversaciones con viejos y valiosos amigos como el mariscal Montgomery, el mariscal Alexander y el mariscal Auchinleck, así como con sus «tanquistas» y muchos de los generales alemanes «al otro lado de la colina».

Después de la guerra de independencia de 1946, oficiales israelíes de todas las graduaciones vinieron a ver a Basil, para consultarle sobre cuestiones de formación de su Ejército. Entre ellos estaba Yigal Allon, que se convirtió en un estrecho amigo. Fue Yigal quien dedicó su fotografía en la biblioteca de la States House con las muy citadas palabras: «Para el capitán que enseña a generales». En 1961 invitaron a Basil a visitar Israel y a dar unas clases a las fuerzas armadas y en la universidad. Los israelíes rindieron muchos homenajes a las enseñanzas de Basil, quien a menudo dijo, con cierto remordimiento, que en lugar de sus compatriotas, los alemanes y los israelíes eran sus «mejores pupilos».

En 1951 la mujer de Rommel le pidió que editara los papeles de su marido. Aceptó y se desarrolló una cálida relación entre nosotros y la viuda de Rommel, su hijo Manfred y el general Bayerlein, que había sido jefe de Estado Mayor de Rommel; y también con Mark Bonham Carter, de Collins, que era el muy capaz editor de esa casa.

En 1952 Basil dio clases en las escuelas de guerra de Canadá y Estados Unidos. Fueron meses agotadores pero gratificantes y pudo encontrarse con amigos de la época de la guerra de ambos países y hacer otros nuevos. Entre los honores que recibió y que más placer le proporcionaron estuvo su pertenencia honorífica al Cuerpo de Marines de los Estados Unidos y hasta su muerte llevó el alfiler de corbata de oro que le regalaron en aquella ocasión.

En 1965 le ofrecieron ser profesor invitado de Historia en la Universidad de California en Davis: así, a la edad de setenta años, se convirtió en profesor y dio clases sobre las dos guerras mundiales. Fue una experiencia estimulante que disfrutó plenamente. Desgraciadamente nuestra estancia tuvo que acortarse varios meses, ya que tuvo que regresar a Inglaterra para someterse a

una importante operación. En el momento de su muerte estaba ansioso —en contra del consejo de su médico— por regresar a Estados Unidos, en abril de 1970, invitado por la Escuela Naval de Guerra para dar una serie de clases sobre estrategia.

Viajar era una parte esencial de la vida de Basil y aceptaba muchas invitaciones para visitar países europeos y dar clases en escuelas de oficiales. Era un brillante lector de mapas y sus vívidos relatos de las batallas de Sherman durante la guerra civil estadounidense habían sido escritos con ayuda de un estudio intensivo de mapas a gran escala, mucho antes de visitar los campos de batalla de los estados del sur. Después de la última guerra^[2] hacíamos visitas a Europa Occidental casi cada año para estudiar campos de batalla y playas de desembarco, visitar a viejos amigos y, con un mapa en la mano, comprobar datos para su *Historia*. Le encantaban los campos bonitos, las catedrales y la buena comida, de modo que para nuestros viajes la Guía Michelin, los mapas de batallas y las guías turísticas iban juntos en nuestro coche. Y me dictaba cuidadosas notas diarias sobre el terreno, la comida y la arquitectura religiosa para completar posteriormente los siempre crecientes registros que había en casa.

Basil había sido crítico con los historiadores oficiales de la Primera Guerra Mundial, diciendo que a veces el término «oficial» anulaba el término «historia». Sin embargo, tenía una gran opinión de la mayoría de los que escribieron sobre la Segunda Guerra Mundial y sus archivos están llenos de correspondencia con muchos de ellos en Inglaterra, la Commonwealth y Estados Unidos. La amistad con los historiadores —especialmente con los más jóvenes— y los estudiantes de todo el mundo enriqueció su vida y dedicó mucho tiempo a leer y criticar borradores de sus tesis y libros, en menoscabo de su propio trabajo, pero con infinito placer. Como escribió Ronald Lewin, uno de ellos, «... solo elogiaba allí donde, en su opinión, era obligado hacerlo, y te echaba la bronca si consideraba que estabas equivocado en los datos o en las opiniones». Los jóvenes eruditos, académicos, autores, periodistas —y los viejos— venían a trabajar a la biblioteca y a examinar los libros y papeles que estaban disponibles para todos ellos. Los «tutoriales» podían producirse en cualquier momento del día o de la noche, durante las comidas o los paseos por el jardín. Correlli Barnett, el general André Beaufre, el coronel Henri Bernard, Brian Bond, Alan Clark, el coronel A. Goutard, Alastair Horne, Michael Howard, Robert O'Neill, Peter Paret, Barrie Pitt, W. R. Thompson, Michael Williams, son solo algunos de los más conocidos entre los muchos historiadores contemporáneos que primero acudieron para debatir

y trabajar, se convirtieron en corresponsales habituales, y para nuestra gran felicidad regresaban una y otra vez como amigos. Muchos otros, como Jay Luvaas y Don Schurman, quienes con sus familias se convirtieron en nuestros leales amigos, venían de Estados Unidos y Canadá.

Por tanto, esta *Historia* debe mucho a todas estas personas y a los cientos en aquellas muchas esferas, más allá de la estrategia y los temas de defensa, en las que Basil tenía amplios intereses, cuyos nombres no he ofrecido y que, espero, sabrán perdonarme por ello. Nadie creía más que Basil en que un profesor era «enseñado por sus pupilos», y sus pupilos y amigos estaban entre los más estimulantes que sea posible tener. Al escribir esta *Historia* Basil tuvo algunos ayudantes muy capaces: Christopher Hart, posteriormente Peter Simkins, Paul Kennedy, que realizó un valioso trabajo sobre la campaña del Pacífico y Peter Bradley, que le ayudó con los capítulos sobre cuestiones aéreas.

Muchas secretarias trabajaron con gran eficacia a lo largo de los años y su interés y paciencia al teclear una y otra vez los sucesivos borradores de la *Historia* hicieron que la tarea fuera más fácil para Basil. La señorita Myra Thomson (posteriormente Sra. Slater) estuvo con nosotros durante ocho años cuando vivíamos en Wolverton Park. Posteriormente, aquí en la States House, la Sra. Daphne Bosanquet y la Sra. Edna Robinson fueron útiles en cualquier aspecto posible y en las últimas fases de la preparación de la *Historia*, las Sras. Wendy Smith, Pamela Byrnes y Margaret Haws realizaron un valioso trabajo.

Entre las innumerables personas a las que hay que dar las gracias están los directores y personal de Cassell, los editores de la edición británica de la *Historia*. Desmond Flower encargó el libro en 1947 y esperó pacientemente hasta que se terminó. También hay que dar las gracias a David Higham, no solo como agente literario de muchos de los libros de Basil, sino por su amistad a lo largo del tiempo.

También quiero agradecer a los directores y personal de Clowes, el impresor, y especialmente a Bill Raine y su taller de Beccles, por su interés en el libro y en la gran calidad de la impresión y por llevar a cabo su trabajo en los plazos previstos a pesar de las muchas dificultades. Me alegra que Clowes imprimiera esta *Historia*, el último libro de Basil, ya que había sido a ellos a los que había abordado para imprimir uno de los primeros, *Science of Infantry Tactics*, en 1921.

Los editores y yo estamos agradecidos en especial a las siguientes personas que tan generosamente leyeron varios capítulos o toda la *Historia*

antes o después de la muerte de Basil y le ofrecieron el beneficio de sus críticas: G. R. Atkinson, Brian Bond, Dr. Noble Frankland, vicealmirante sir Peter Gretton, Adrian Liddell Hart, Malcolm Mackintosh, capitán Stephen Roskill, vicealmirante Brian Schofield, teniente coronel Albert Seaton, teniente general sir Kenneth Strong, y Dr. M. J. Williams. Algunos de ellos permitieron generosamente a Basil que citara sus obras, el coronel Seaton incluso antes de que la suya fuera publicada.

También queremos agradecer a Ann Fern y Richard Natkiel sus respectivos trabajos de investigación y dibujo de los mapas; y una vez más gracias a la Sra. Hebe Jerrold, que llevó a cabo un índice de primera categoría a pesar de tener que trabajar bajo mucha presión.

De las muchas personas que ayudaron sé que todos estamos muy en deuda con Kenneth Parker, de Cassell, el editor y amigo de Basil que tuvo que llevar a cabo la pesada tarea de organizar la *Historia* para su publicación después de la muerte de Basil. Sin él el libro se hubiera retrasado aún más. Basil afirmó, en el prólogo de sus memorias, que «había sido bendecido... con un editor muy estimulante, culto y riguroso con el que había sido un placer trabajar». A esas palabras me gustaría añadir mi especial gratitud por su trabajo en la *Historia*.

Basil tenía pocos recursos propios, por lo que la investigación de la *Historia* siempre se frenaba porque tenía que ganarse la vida como periodista y escribiendo otros libros más rápidos de hacer. Durante los años 1965-1967 recibió la ayuda de una beca de la Wolfson Foundation y valoraba el especial interés que el Sr. Leonard Wolfson mostró por la *Historia*. La ayuda vino de otro lugar en 1961, cuando el King's College de Londres, cuyo director de Estudios Militares era por entonces Michael Howard, hizo posible la conversión de los establos de la States House en una biblioteca y se construyó un pequeño apartamento en el granero para ser usado por los historiadores invitados. Esto aumentó considerablemente nuestro espacio de trabajo y las comodidades de los académicos. También las autoridades de la agencia tributaria en los tres distritos en que vivimos en aquellos años, con su comprensión de la naturaleza y los problemas del trabajo de Basil hicieron posible que viviéramos y trabajáramos en Inglaterra. Sin esto tendríamos que haber vivido en el extranjero y la *Historia*, así como gran parte del resto de los escritos y enseñanzas de Basil, se habrían resentido.

A «todos los que ayudaron», nombrados o sin nombrar en este prólogo, me gustaría dedicar este libro.

KATHLEEN LIDDELL HART

States House,
Medmenham,
Bucks, Inglaterra

Julio de 1970

PRIMERA PARTE

Preludio

1

Cómo se llegó a la guerra

El 1 de abril de 1939 la prensa mundial llevaba la noticia de que el gabinete de Neville Chamberlain, revirtiendo su política de apaciguamiento y desapego, había comprometido a Gran Bretaña a defender Polonia contra cualquier amenaza por parte de Alemania, con el objetivo de asegurar la paz en Europa.

Sin embargo, el primero de septiembre Hitler cruzó la frontera polaca. Dos días después, tras exigir en vano su retirada, Gran Bretaña y Francia entraron en combate. Había comenzado otra guerra europea y evolucionó hacia una Segunda Guerra Mundial.

Los aliados occidentales entraron en la guerra con un doble objetivo. El inmediato era cumplir su promesa de preservar la independencia de Polonia. El objetivo principal era eliminar una amenaza potencial contra ellos mismos, y así garantizar su propia seguridad. El resultado fue que fracasaron en ambos objetivos. No solo no fueron capaces de evitar que Polonia fuera vencida en primera instancia, y dividida entre Alemania y Rusia, sino que, después de seis años de guerra que acabaron con una aparente victoria, se vieron obligados a aceptar el dominio ruso de Polonia, incumpliendo su promesa a los polacos, que habían combatido a su lado.

Al mismo tiempo, todos los esfuerzos que se aplicaron a la destrucción de la Alemania hitleriana dieron como resultado una Europa tan devastada y debilitada en el proceso que su capacidad de resistencia se redujo considerablemente ante una amenaza nueva y mayor. Y Gran Bretaña, al igual

que sus vecinos europeos, se volvió una pobre dependiente de los Estados Unidos.



Esta es la dura realidad que subyace a la victoria perseguida con tanta esperanza y lograda tan dolorosamente, después de que el peso tanto de Rusia como de Estados Unidos se colocara en la balanza en contra de Alemania. El resultado desvaneció la persistente ilusión popular de que la «victoria» implicaba la paz. Confirmó la advertencia de la experiencia pasada de que la victoria es un «espejismo en el desierto», el desierto que crea una guerra larga, cuando se lleva a cabo con armas modernas y métodos ilimitados.

Merece la pena evaluar las consecuencias de la guerra antes de ocuparse de sus causas. Una comprensión de lo que trajo la guerra puede despejar el camino para un examen más realista sobre cómo se produjo. Para los objetivos de los juicios de Núremberg hubiera bastado con asumir que el estallido de la guerra, y todas sus extensiones, se debían simplemente a la

agresión de Hitler. Pero esta es una explicación demasiado simple y superficial.

Lo último que Hitler quería provocar era otra gran guerra. Su gente, en especial sus generales, temían profundamente tal riesgo: las experiencias de la Primera Guerra Mundial habían marcado sus mentes. Enfatizar los hechos fundamentales no supone blanquear la inherente agresividad de Hitler o la de los alemanes que siguieron su liderazgo con entusiasmo. Pero Hitler, aunque carente de escrúpulos por completo, fue durante mucho tiempo cauto en perseguir sus objetivos. Los jefes militares fueron aún más cautos e inquietos ante cualquier paso que pudiera provocar un conflicto general.

Una buena parte de los archivos alemanes fueron capturados después de la guerra y, desde entonces, han estado disponibles para ser examinados. Revelan un extraordinario grado de agitación y una arraigada desconfianza en la capacidad de Alemania de llevar a cabo una gran guerra.

Cuando, en 1936, Hitler se dispuso a reocupar la zona desmilitarizada de Renania, sus generales se alarmaron por su decisión y las reacciones que podía provocar en los franceses. Como resultado de sus protestas inicialmente solo mandaron unas pocas unidades simbólicas, como «briznas de paja en el viento». Cuando quiso enviar tropas para ayudar a Franco en la guerra civil, volvieron a protestar por los riesgos que suponía, y Hitler estuvo de acuerdo en reducir la ayuda. Pero ignoró sus aprensiones respecto a la marcha sobre Austria en marzo de 1938.

Cuando, poco después, reveló su intención de forzar a Checoslovaquia para lograr la devolución de los Sudetes, el jefe de Estado Mayor, el general Beck, redactó un memorándum en el que razonaba que el programa agresivamente expansionista de Hitler estaba destinado a provocar una catástrofe mundial y la ruina de Alemania. Este documento se leyó en voz alta en una reunión de los principales generales y, con su aprobación mayoritaria, fue enviado a Hitler. Dado que este no mostró ningún signo de cambio de política, su jefe de Estado Mayor dimitió. Hitler aseguró a los otros generales que Francia y Gran Bretaña no lucharían por Checoslovaquia, pero esto los tranquilizó tan poco que planearon una revuelta militar destinada a arrestar a Hitler y los otros líderes nazis para evitar el riesgo de una guerra.

Sin embargo, su plan se vio severamente afectado cuando Chamberlain accedió a las devastadoras exigencias de Hitler sobre Checoslovaquia, y de acuerdo con los franceses, aceptaron mantenerse al margen mientras a ese infeliz país le quitaban tanto su territorio como sus defensas.

Para Chamberlain, los acuerdos de Múnich implicaban «la paz para nuestra época». Para Hitler se traducían en un triunfo adicional y mayor, no solo sobre sus oponentes extranjeros sino sobre sus generales. Después de que sus advertencias hubieran sido tan reiteradamente rebatidas por sus éxitos indiscutidos y sin derramamiento de sangre, naturalmente perdieron confianza e influencia. También naturalmente, el propio Hitler se volvió arrogantemente confiado en una racha de éxitos fáciles. Incluso cuando se dio cuenta de que nuevas aventuras podían significar la guerra, pensó que sería solo pequeña y breve. Sus momentos de duda fueron ahogados por el efecto acumulado de sus éxitos embriagadores.

Si realmente hubiese contemplado una guerra generalizada, que implicara a Gran Bretaña, hubiera hecho todos los esfuerzos para construir una Marina capaz de desafiar el dominio del mar por parte de Gran Bretaña. De hecho, ni siquiera creó una Marina acorde con la limitada magnitud contemplada en el Acuerdo naval Anglo-alemán de 1935. Constantemente aseguraba a sus almirantes que podían descartar cualquier riesgo de guerra con Gran Bretaña. Después de Múnich les dijo que no tenían que contemplar un conflicto con ese país durante, al menos, los siguientes seis años. Incluso en el verano de 1939, en fecha tan tardía como el 2 de agosto, repitió estas garantías, aunque con un convencimiento menguante.

Y entonces ¿cómo ocurrió que se viera implicado en una gran guerra que con tanta inquietud quería evitar? La respuesta no se encontrará solo, ni principalmente, en la agresividad de Hitler, sino también en el estímulo que había recibido durante tanto tiempo de la complaciente actitud de las potencias occidentales, unido a su repentino giro en primavera de 1939. Este cambio fue tan abrupto e inesperado que hizo que la guerra fuera inevitable.

Si hierves agua hasta un punto más allá del peligro, la verdadera responsabilidad de cualquier explosión resultante será tuya. Esta verdad de la física se aplica también a la ciencia política, especialmente a la conducción de las relaciones internacionales.

Desde la llegada de Hitler al poder, en 1933, los Gobiernos británico y francés le habían concedido a ese peligroso autócrata muchísimo más de lo que habían estado dispuestos a conceder a los anteriores Gobiernos democráticos alemanes. En cada oportunidad mostraban una disposición para evitar los problemas y posponer los difíciles, para preservar su comodidad presente a expensas del futuro.

Por otra parte, Hitler analizaba sus problemas de manera totalmente lógica. El curso de su política estaba guiado por las ideas formuladas en un

«testamento» que expuso en noviembre de 1937, una versión del cual se ha preservado en el llamado *Memorandum Hossbach*. Se basaba en la creencia de la necesidad vital para Alemania de más *lebensraum* —espacio vital— para su población en crecimiento si se quería mantener sus niveles de vida. Según su punto de vista Alemania no podía esperar volverse autosuficiente, especialmente en suministro de alimentos. Tampoco podía obtener lo que necesitaba comprándolo en el extranjero, ya que eso habría significado gastar más divisas de las que podía permitirse. Las perspectivas de lograr un porcentaje mayor del comercio y la industria mundiales eran muy limitadas, debido a las barreras arancelarias y a la severidad financiera. Además, el método del suministro indirecto la haría depender de naciones extranjeras y susceptible de hambruna en caso de guerra.

Su conclusión era que Alemania debía obtener más «espacio útil agrícola» en las áreas escasamente pobladas del este de Europa. Era inútil esperar que se le fuera a conceder esto de grado. «En todo momento —Imperio romano, Imperio británico— la historia ha demostrado que cualquier expansión territorial solo se puede llevar a cabo quebrando la resistencia y asumiendo riesgos... Ni en tiempos antiguos ni ahora el espacio ha carecido de dueño». Había que resolver el problema antes de 1945, como muy tarde, «después de eso solo podemos esperar un cambio para peor». Las posibles salidas serían bloqueadas, mientras que una crisis alimentaria sería inminente.

Mientras que estas ideas iban mucho más allá que el deseo inicial de Hitler de recuperar los territorios que Alemania había perdido tras la Primera Guerra Mundial, no es cierto que los estadistas occidentales no fueran conscientes de ellas como posteriormente pretendieron. En 1937-1938 muchos de ellos eran francamente realistas en discusiones privadas, aunque no en el ámbito público ni en muchas discusiones en los círculos gubernamentales británicos, para permitir a Alemania que se expandiera hacia el este y, de ese modo, desviar el peligro del oeste. Mostraron mucha simpatía con los deseos de *lebensraum* de Hitler y se lo hicieron saber. Pero eludieron meditar a fondo sobre el problema de cómo los propietarios podían ser inducidos a ceder excepto si era mediante amenaza de una fuerza superior.

Los documentos alemanes revelan que Hitler obtuvo especial estímulo de la visita de lord Halifax en noviembre de 1937. Por entonces Halifax era lord presidente del Consejo, el segundo en el gabinete, tras el primer ministro. Según el registro documental de la entrevista, le hizo entender a Hitler que Gran Bretaña le concedería mano libre en el este de Europa. Puede que

Halifax no quisiera decir eso, pero fue la impresión que le transmitió y resultó de vital importancia.

Entonces, en febrero de 1938, Anthony Eden fue llevado a dimitir como ministro de Exteriores después de reiterados desacuerdos con Chamberlain, quien, en respuesta a una de sus protestas le había dicho que «se fuera a casa y se tomara una aspirina». Halifax fue nombrado para sucederle al frente del Ministerio de Asuntos Exteriores. Pocos días después el embajador británico en Berlín, sir Nevile Henderson, llamó a Hitler para tener una conversación confidencial, como continuación de la que había tenido con Halifax en noviembre, y le expresó que el Gobierno británico sentía mucha simpatía por los deseos de Hitler de «cambios en Europa» en beneficio de Alemania: «el actual Gobierno británico tiene un agudo sentido de la realidad».

Como muestran los documentos, estos acontecimientos precipitaron las acciones de Hitler. Pensó que el semáforo había cambiado a verde, permitiéndole dirigirse al este. Era una conclusión muy natural.

Adicionalmente Hitler fue animado por la manera acomodaticia en que los Gobiernos británico y francés aceptaron su entrada en Austria y la incorporación de ese país al Reich alemán. (El único obstáculo en ese golpe fácil fue la manera en que muchos de sus tanques se estropearon camino de Viena). Y recibió aún más estímulos cuando se enteró de que Chamberlain y Halifax habían rechazado las propuestas rusas, después de ese golpe, para deliberar en torno a un plan contra el avance alemán.

Aquí hay que añadir que cuando la amenaza a los checos llegó a su punto crítico en septiembre de 1938, el Gobierno ruso de nuevo manifestó, en público y en privado, su voluntad de unirse a Francia y Gran Bretaña para tomar medidas en defensa de Checoslovaquia. Esta oferta fue ignorada. Es más, Rusia fue ostensiblemente excluida de la conferencia de Múnich en la que se decidió el destino de Checoslovaquia. Este ninguneo tuvo consecuencias funestas al año siguiente.

Después de la manera en que el Gobierno británico parecía haber consentido en su movimiento en el este, a Hitler le sorprendió desagradablemente su fuerte reacción, y la movilización parcial, que se produjo cuando presionó a Checoslovaquia en septiembre. Sin embargo, cuando Chamberlain aceptó sus demandas, y le ayudó activamente a imponer sus condiciones a Checoslovaquia, pensó que la momentánea amenaza de resistencia formaba parte de la naturaleza de una operación para salvar las apariencias —enfrentarse a las objeciones de una parte de la opinión pública británica, liderada por Winston Churchill, que se oponía a la política

gubernamental de conciliación y concesiones. Y no se sintió menos motivado por la pasividad de los franceses. Tal y como habían abandonado fácilmente a su aliado checo, que había tenido el ejército más eficaz de todas las pequeñas potencias, parecía improbable que fueran a la guerra en defensa de cualquier resto de su antigua cadena de aliados en el este y centro de Europa.

Por consiguiente, Hitler sintió que podía completar sin riesgos la eliminación de Checoslovaquia pronto y después extender su avance hacia el este.

Al principio no pensó en avanzar contra Polonia —aunque esta tuviera la mayor franja de territorio extraída de la Alemania de después de la Primera Guerra Mundial. Polonia, al igual que Hungría, le había ayudado a amenazar la retaguardia de Checoslovaquia, y de ese modo le había inducido a rendirse a sus exigencias. Incidentalmente Polonia había aprovechado la oportunidad de hacerse con un trozo de territorio checo. Hitler se sentía inclinado a aceptar a Polonia como un socio menor por el momento, a condición de que devolviera el puerto alemán de Danzig y garantizase a Alemania una vía libre hacia Prusia Oriental a través del Corredor polaco. Dadas las circunstancias era una exigencia notablemente moderada por parte de Hitler. Sin embargo, en posteriores conversaciones durante ese invierno Hitler descubrió que los polacos no estaban dispuestos a hacer ninguna de esas concesiones e incluso tenían una idea excesiva de su propia fuerza. Aun así, siguió esperando que se dejarían convencer tras nuevas negociaciones. En fecha tan tardía como el 25 de marzo dijo a su comandante en jefe del Ejército que «no quería resolver el problema de Danzig por la fuerza». Pero se produjo un cambio de opinión debido al paso inesperado por parte de los británicos, posterior a una nueva iniciativa suya en otra dirección.

Durante los primeros meses de 1939 los jefes del Gobierno británico se sentían más felices de lo que habían sido durante mucho tiempo. Se dejaron llevar por la creencia de que sus medidas aceleradas de rearme, el programa de rearme estadounidense y las dificultades económicas de Alemania estaban reduciendo el peligro de la situación. El 10 de marzo Chamberlain expresó en privado el punto de vista de que las perspectivas de paz eran mejores que nunca y habló de sus esperanzas de que se organizaría una nueva conferencia de desarme antes de finales de año. Al día siguiente sir Samuel Hoare —predecesor de Eden al frente de Exteriores y en ese momento ministro del Interior— sugirió esperanzado en un discurso que el mundo estaba entrando «en una edad dorada». Los ministros aseguraban a los amigos y a los críticos que los apuros económicos de Alemania le hacían imposible ir a la guerra y

que estaba obligada a aceptar las condiciones del Gobierno británico a cambio de la ayuda que se le ofrecía en forma de un tratado comercial. Dos ministros, Oliver Stanley y Robert Hudson iban a desplazarse a Berlín para organizarlo.

Esa misma semana *Punch*^[1] salió a la luz con una viñeta que mostraba a John Bull^[2] despertándose con alivio de una pesadilla, mientras el reciente «temor a la guerra» salía volando por la ventana. Nunca hubo tal hechizo de absurdas ilusiones optimistas como aquel durante la semana que condujo a los «idus de marzo» de 1939.

Mientras tanto los nazis habían estado fomentando los movimientos separatistas en Checoslovaquia con intención de producir una ruptura desde el interior. El 12 de marzo los eslovacos declararon la independencia después de que su líder, el padre Tiso, visitara a Hitler en Berlín. De forma aún más ciega, el ministro de Exteriores polaco, el coronel Beck, expresó públicamente su simpatía total por los eslovacos. El día 15 las tropas alemanas entraron en Praga después de que el presidente checo cediera ante la exigencia de Hitler de establecer un «protectorado» sobre Bohemia y, por tanto, ocupara el país.

Durante el otoño anterior, cuando se había producido el acuerdo de Múnich, el Gobierno británico se había comprometido a defender Checoslovaquia de las agresiones. Sin embargo, Chamberlain dijo en la cámara de los comunes que consideraba que la ruptura de Checoslovaquia había anulado la promesa y que no se sentía obligado por ese compromiso. Aunque se lamentaba por lo ocurrido, transmitió a la Cámara que no veía razón por la que tuviera que «desviar» la política británica.

No obstante, a los pocos días, Chamberlain dio un giro completo de 180 grados tan súbito y transcendental que asombró al mundo. Alcanzó una decisión para bloquear cualquier movimiento posterior de Hitler y el 29 de marzo hizo una oferta a Polonia para apoyarla contra «cualquier acción que amenace la independencia polaca y que el Gobierno polaco, en consecuencia, considere que es vital resistir».

Es imposible calibrar cuál fue la influencia predominante de este impulso: la presión de la indignación pública, su propia indignación, su ira por haber sido engañado por Hitler o su humillación al haber sido ridiculizado a ojos de sus compatriotas.

La mayoría de los que, en Gran Bretaña, habían apoyado y aplaudido su política previa de apaciguamiento tuvieron una parecida reacción violenta, agudizada por los reproches de la «otra mitad» que no había confiado en esa

política. La ruptura se selló, y la nación se reconcilió, mediante un aumento generalizado de la exasperación.

Los términos incondicionales de la garantía colocaban el destino de Gran Bretaña en manos de los gobernantes polacos, hombres de juicio muy dudoso e inestable. Además, la garantía era imposible de cumplir excepto mediante la ayuda de Rusia, aunque no se habían dado pasos preliminares para averiguar si Rusia proporcionaría, o Polonia aceptaría, tal ayuda.

Cuando se pidió al Consejo de Ministros que aprobara la garantía ni siquiera se le había mostrado el informe real del Comité de Estado Mayor que hubiera dejado claro hasta qué punto era imposible, en un sentido práctico, proporcionar una protección efectiva a Polonia.^[3]

Sin embargo, es dudoso que esto hubiera supuesto una diferencia ante el estado de ánimo predominante.

Cuando se habló de la garantía en el Parlamento fue bienvenida por todos los bandos. Lloyd George fue una voz solitaria cuando advirtió en la Cámara que era una locura suicida asumir un compromiso tan amplio sin asegurarse primero el respaldo de Rusia. La garantía polaca era el camino más seguro para provocar un estallido precoz y una guerra mundial. Combinaba la máxima tentación con una provocación evidente. Incitó a Hitler a demostrar la futilidad de tal garantía hacia un país fuera del alcance de Occidente, mientras que hacía que los testarudos polacos estuvieran menos inclinados a considerar cualquier concesión hacia él y, al mismo tiempo, haciendo imposible para Hitler retroceder sin quedar mal.

¿Por qué aceptaron los gobernantes polacos una oferta tan fatídica? En parte porque tenían una idea absurdamente exagerada del poder de sus antiguas fuerzas armadas (hablaban arrogantemente de «un paseo de la caballería hasta Berlín»). En parte por factores personales: el coronel Beck, poco después, dijo que había tomado la decisión de aceptar la oferta británica entre «dos sacudidas de ceniza» del cigarrillo que estaba fumando. Continuó explicando que en su encuentro con Hitler en enero le había resultado difícil aceptar su comentario sobre que Danzig «debía» ser devuelto y que cuando le comunicaron la oferta británica la vio, y la tomó, como una oportunidad de abofetear a Hitler en la cara. Este impulso era típico de los modos en que a menudo se decide el destino de los pueblos.

Ahora, la única oportunidad de evitar la guerra estaba en asegurar el apoyo de Rusia, la única potencia que podía proporcionar apoyo directo a Polonia y, por tanto, servir de freno ante Hitler. Sin embargo, a pesar de la urgencia de la situación, los pasos del Gobierno británico fueron lentos y poco

entusiastas. A Chamberlain le producía un profundo desagrado la Rusia soviética y Halifax tenía una intensa antipatía religiosa, mientras que ambos infravaloraban su fuerza tanto como sobrevaloraban la de Polonia. Si ahora reconocían lo deseable de un acuerdo defensivo con Rusia, querían que se produjera en sus propios términos, y no fueron capaces de darse cuenta de que, al precipitarse con la garantía a Polonia, se habían puesto a sí mismos en una posición en que tendrían que solicitarla siguiendo los términos de Rusia, tal y como era obvio para Stalin, aunque no para ellos.

Más allá de sus propias dudas estaban las objeciones del Gobierno polaco, y de las otras pequeñas potencias del este de Europa, a aceptar apoyo militar de Rusia, ya que temían que el refuerzo de sus ejércitos equivaldría a una invasión. Así, el ritmo de las negociaciones anglo-rusas se volvió tan lento como una marcha fúnebre.

La respuesta de Hitler a la nueva situación fue muy diferente. La violenta reacción británica y las medidas de rearmamiento le impactaron, pero el efecto fue el opuesto del pretendido. Al considerar que los británicos se estaban oponiendo a la expansión alemana hacia el este, y temeroso de ser bloqueado si se retrasaba, llegó a la conclusión de que debía acelerar sus pasos hacia el *lebensraum*. ¿Pero cómo conseguirlo sin provocar una guerra generalizada? Su solución estaba influida por su imagen de los británicos a la luz de la historia. Al considerarlos racionales y de cabeza fría, con sus emociones controladas por su mente, pensó que no soñarían con entrar en guerra del lado de Polonia a menos que pudieran obtener el apoyo de Rusia. Así, tragándose su odio y miedo hacia el «bolchevismo», centró sus esfuerzos y energías en conciliarse con Rusia y asegurarse su abstención. Era un giro total aún más sorprendente que el de Chamberlain, e igual de fatídico en sus consecuencias.

El cortejo de Hitler a Rusia se vio facilitado por el hecho de que Stalin ya estaba buscando en Occidente un nuevo enfoque. El resentimiento natural de los rusos por la manera en que habían sido ninguneados por Chamberlain y Halifax en 1938 aumentó cuando, tras la entrada de Hitler en Praga, su nueva propuesta para una alianza defensiva conjunta tuvo una tibia recepción, mientras que el Gobierno británico se apresuró para alcanzar un acuerdo independiente con Polonia. Nada podía superarlo para sembrar las dudas y realzar las sospechas.

El 3 de mayo el anuncio de que Litvinov, comisario de Exteriores soviético, había sido «liberado» de su puesto fue una advertencia inconfundible excepto para los ciegos. Durante mucho tiempo había sido el principal defensor de la cooperación con las potencias occidentales en

oposición a la Alemania nazi. Para ocupar su cargo se nombró a Molotov, del que se decía que prefería tratar con dictadores que con democracias liberales.

Los movimientos tentativos hacia la entente nazi-soviética comenzaron en abril, pero fueron gestionadas por ambas partes con cautela extrema, ya que la desconfianza mutua era profunda y cada bando sospechaba que el otro podría estar simplemente tratando de dificultarle alcanzar un acuerdo con las potencias occidentales. Pero los lentos avances de las negociaciones anglo-rusas animaron a los alemanes a aprovechar la oportunidad, acelerar el ritmo y defender su causa. Sin embargo, Molotov evitó comprometerse hasta mediados de agosto. Entonces se produjo un cambio decisivo. Puede que fuera provocado por la disposición de los alemanes, en contraste con las dudas y reservas británicas, a conceder a Stalin condiciones precisas, especialmente mano libre con los Estados bálticos. También podía estar relacionado con el hecho obvio de que Hitler no se podía permitir posponer las acciones en Polonia más allá de principios de septiembre, a riesgo de que el mal tiempo le dejara empantanado. De modo que posponer el acuerdo germano-soviético hasta finales de agosto aseguraba que no habría tiempo para que Hitler y las potencias occidentales alcanzaran otro «acuerdo de Múnich», que hubiera supuesto un peligro para Rusia.

El 23 de agosto Ribbentrop voló a Moscú y se firmó el pacto. Estuvo acompañado por un acuerdo secreto por el que Polonia sería repartida entre Alemania y Rusia.

Este pacto hizo que la guerra fuera inevitable, más aún por lo tardío de las fechas. Hitler no podía retroceder en la cuestión polaca sin una grave pérdida de prestigio en Moscú. Además, su convencimiento de que el Gobierno británico no se aventuraría en una lucha obviamente inútil para preservar Polonia, y realmente no quería involucrar a Rusia, se vio alimentado recientemente por la manera en que Chamberlain, a finales de julio, había iniciado negociaciones privadas con él a través de su leal amigo sir Horace Wilson, para concluir un Pacto Germano-Británico.

Sin embargo, al alcanzarse tan tarde el Pacto Germano-Soviético, no tuvo el efecto sobre los británicos que había previsto Hitler. Al contrario, provocó el espíritu «bulldog», de ciega determinación sin tener en cuenta las consecuencias. Con ese estado de ánimo Chamberlain no podía mantenerse al margen sin una pérdida de prestigio y el incumplimiento de una promesa.

Stalin era muy consciente de que las potencias occidentales habían estado dispuestas durante mucho tiempo a dejar que Hitler se expandiera hacia el este, en dirección a Rusia. Es probable que viera el Pacto Germano-Soviético

como una estrategia conveniente por la cual podía desviar el dinamismo agresivo de Hitler en la dirección opuesta. En otras palabras, mediante este hábil paso a un lado, dejaría que sus oponentes inmediatos y potenciales chocaran entre sí. Como mínimo, esto produciría una disminución de la amenaza sobre la Unión Soviética y también podría dar como resultado un desgaste ajeno que aseguraría el ascenso de Rusia durante la posguerra.

El pacto representaba eliminar a Polonia como amortiguador entre Alemania y Rusia, aunque los rusos siempre habían pensado que era más probable que los polacos sirvieran de punta de lanza de una invasión alemana de Rusia que de barricada en su contra. Al colaborar con la conquista de Polonia por parte de Hitler, y de dividir el país, no solo estaban tomando un camino fácil para recuperar sus territorios de antes de 1914, sino que podían convertir el este de Polonia en una barrera que, aunque más estrecha, sería defendida por sus propias fuerzas. Eso parecía una contención más fiable que una Polonia independiente. El pacto también allanaba el camino para la ocupación rusa de las repúblicas bálticas y de Besarabia, como una extensión más amplia de la barrera.

En 1941, tras la entrada de Hitler en Rusia, el paso a un lado de Stalin en 1939 parecía un movimiento fatalmente corto de miras. Es probable que Stalin sobreestimara la capacidad de resistencia de los países occidentales y, de ese modo, desgastara el poder alemán. También es probable que sobreestimara el poder de resistencia inicial de sus propias fuerzas. Con todo, evaluando la situación europea en años posteriores, no parece tan seguro como en 1941 que ese paso a un lado perjudicara a la Unión Soviética.

Por otra parte, para Occidente causó daños incommensurables. La principal culpa de esto la tienen los responsables de las sucesivas políticas de postergación y precipitación frente a una circunstancia visiblemente explosiva.

Al ocuparse de la entrada en guerra de Gran Bretaña —después de describir cómo permitió que Alemania se rearmara y posteriormente engullera Austria y Checoslovaquia, mientras que desdeñaba las propuestas de Rusia para una acción común— Churchill dijo:

(...) cuando cada una de esas ayudas y ventajas han sido malgastadas y desperdiciadas, Gran Bretaña avanza, llevando a Francia de la mano, para garantizar la integridad de Polonia —de esa misma Polonia que, con apetito de hiena, tan solo seis meses antes se había unido al pillaje y destrucción del Estado checoslovaco. Tenía sentido que Checoslovaquia combatiese en

1938, cuando el Ejército alemán apenas podía colocar media docena de divisiones entrenadas en el Frente Occidental, cuando los franceses, con casi sesenta o setenta divisiones, muy probablemente podrían haber avanzado al otro lado del Rin o hasta el Ruhr. Pero se consideró que esto era inadmisible, temerario, por debajo del nivel del pensamiento y la moralidad intelectuales modernos. Y finalmente ahora las dos democracias occidentales se declaran preparadas para poner en juego sus vidas por la integridad territorial de Polonia. Hay que rastrear y rebuscar en la historia, de la que se nos dice que es básicamente el registro de los crímenes, locuras y miserias de la humanidad, para encontrar un paralelismo a este súbito y completo cambio de cinco o seis años de relajado y tranquilizador apaciguamiento, y su transformación, casi de la noche a la mañana, en una disposición a aceptar una obvia guerra inminente en condiciones mucho peores a la mayor de las escalas...

Al fin había una decisión, tomada en el peor momento posible y en el terreno menos satisfactorio, que seguramente acabará provocando la matanza de decenas de millones de personas.^[4]

Es un sorprendente veredicto sobre el sinsentido de Chamberlain, escrito *a posteriori*. Ya que el propio Churchill, en el calor del momento, apoyó la oferta apremiante de Gran Bretaña para garantizar la integridad de Polonia. Es evidente que en 1939 él, al igual que la mayoría de los líderes del país, actuó por el impulso de un calentón, en lugar de con el juicio frío que había sido una de las características de la habilidad política británica.

2

Fuerzas en conflicto en el momento del estallido

El viernes 1 de septiembre de 1939 los ejércitos alemanes invadieron Polonia. El domingo, día 3, el Gobierno británico declaró la guerra a Alemania, en cumplimiento de la garantía que le había dado a Polonia. Seis horas después el Gobierno francés, más dubitativo, siguió al británico.

Al realizar este funesto anuncio al Parlamento británico, el primer ministro de setenta años, Chamberlain, terminó su intervención diciendo: «Confío en vivir para ver el día en que el hitlerismo sea destruido y se restablezca una Europa liberada». En menos de un mes Polonia había sido invadida. En nueve meses la mayor parte de Europa Occidental estaba sumergida por la inundación de la guerra. Y aunque finalmente Hitler fue derrocado, no se restableció una Europa liberada.

Al dar la bienvenida a la declaración de guerra, Arthur Greenwood, en nombre del Partido Laborista, expresó su alivio porque «la intolerable agonía de la incertidumbre que hemos padecido todos se ha terminado. Ahora conocemos lo peor». A juzgar por el volumen del vitoreo estaba claro que expresaba el sentimiento generalizado de la Cámara. Finalizó diciendo: «Esperemos que la guerra sea rápida y corta, y que la paz que la siga, se erija orgullosa para siempre sobre las ruinas de un nombre malvado».

Ningún cálculo razonable sobre las respectivas fuerzas y recursos proporcionaba ninguna base para creer que la guerra fuese «rápida y corta», o incluso para esperar que solo Francia y Gran Bretaña fueran capaces de

vencer a Alemania, por mucho que durara la guerra. E incluso más absurda era la suposición de «ahora conocemos lo peor».

Había ilusiones sobre la fortaleza de Polonia. Lord Halifax —que, como ministro de Exteriores, tendría que haber estado bien informado— creía que Polonia tenía más valor militar que Rusia y prefería asegurarse a ese país como aliado. Esto es lo que verbalizó al embajador estadounidense el 24 de marzo, unos días antes de la súbita decisión de ofrecer una garantía británica a Polonia. En julio, el inspector general de las fuerzas armadas, el general Ironside, visitó el Ejército polaco y a su regreso ofreció lo que Churchill describió como informes «extremadamente favorables»^[1].

Había ilusiones aún mayores con el Ejército francés. El propio Churchill lo había descrito como «la fuerza móvil más perfectamente entrenada y leal de Europa»^[2]. Cuando vio al general Georges, comandante en jefe del Ejército de Operaciones franceses, pocos días antes del comienzo de la guerra, y comprobó las cifras comparativas de la fortaleza de franceses y alemanes, le impresionó tan favorablemente que dijo: «Pero, sois los amos»^[3].

Esto podría haber aumentado el entusiasmo con el que se sumó a la presión a los franceses para que se dieran prisa en declarar la guerra en apoyo de Polonia. El despacho del embajador francés decía: «Uno de los más entusiastas era Winston Churchill; los estallidos de su voz hacían que el teléfono vibrara». También en marzo Churchill había declarado «estar completamente de acuerdo con el primer ministro sobre la oferta de garantía para Polonia». Junto a casi todos los líderes políticos británicos, se había obsesionado por su valor como medio para mantener la paz. Lloyd George se había quedado solo en señalar su impracticabilidad y peligro. Y esta advertencia fue descrita por *The Times* como «un arrebato de inconsolable pesimismo por parte de Lloyd George, que parece vivir solo en un mundo extraño y remoto».

Para equilibrar habría que mencionar que estas ilusiones sobre las perspectivas no eran compartidas en los más sobrios círculos militares.^[4] Pero, en general, el estado de ánimo prevalente del momento estaba cargado de emociones que ahogaban el sentido de las realidades inmediatas y ocultaban la visión en profundidad.

¿Podría haber aguantado más Polonia? ¿Podrían haber hecho algo más Francia y Gran Bretaña para aliviar la presión de Alemania sobre Polonia? A la vista de las cifras del poderío armado, tal y como las conocimos después, la respuesta a ambas preguntas, a primera vista, sería «sí». En número de hombres Polonia tenía suficientes como para frenar a las fuerzas alemanas en

su frente y, como mínimo, imponerles un largo retraso en su avance. Basándose en los números, también es evidente que los franceses deberían haber sido capaces de derrotar a las fuerzas alemanas que se les enfrentaron en el oeste.

El ejército polaco consistía en treinta divisiones activas y diez divisiones en la reserva. También tenía no menos de doce grandes brigadas de caballería, aunque solo una de ellas era motorizada. Su fuerza numérica potencial era aún mayor de lo que transmite la cifra total de divisiones, ya que Polonia tenía casi 2,5 millones de «hombres entrenados» disponibles para la movilización.

Francia movilizó el equivalente de ciento diez divisiones, de las cuales no menos de sesenta y cinco estaban activas. Se incluían cinco divisiones de caballería, dos mecanizadas y una blindada en fase de formación. El resto consistía en infantería. Del total general, incluso después de proporcionar una defensa del sur de Francia y el norte de África contra una posible amenaza de Italia, el mando francés podía concentrar ochenta y cinco divisiones en su frente norte, ante Alemania. Además, podía movilizar a cinco millones de hombres entrenados.

Gran Bretaña había prometido enviar cuatro divisiones regulares a Francia al inicio de la guerra, además de prepararse para la defensa de Oriente Medio y el Lejano Oriente y, de hecho, mandó el equivalente de cinco divisiones. Sin embargo, debido al problema del transporte marítimo, y de la enrevesada ruta considerada necesaria para evitar un ataque aéreo, ese contingente inicial no pudo llegar hasta finales de septiembre.

Más allá de su pequeño, pero de gran calidad, ejército regular, Gran Bretaña estaba justo en fase de formar y equipar un ejército de operaciones territorial de veintiséis divisiones, y al estallar la guerra el Gobierno había hecho planes para aumentar el total a cincuenta y cinco divisiones. Pero el primer contingente de esta nueva fuerza no estaría en condiciones de entrar en combate hasta 1940. Mientras tanto la principal contribución de Gran Bretaña solo podía darse en el formato tradicional del poder naval que ejerce un bloqueo marítimo, una forma de presión que es inherentemente lenta para tener resultados.

Gran Bretaña tenía una fuerza de poco más de seiscientos bombarderos —el doble que Francia, aunque considerablemente menos de la mitad que Alemania—, pero a la vista del limitado tamaño y alcance de los aparatos en servicio, no podía ejercer un efecto grave mediante ataque directo a Alemania.

Alemania movilizó noventa y nueve divisiones, de las cuales cincuenta y dos eran activas (incluyendo seis austriacas). No obstante, de las cuarenta y seis restantes, solo diez estaban preparadas para la acción en el momento de la movilización e incluso en estas el grueso de los hombres eran reclutas que solo habían servido durante un mes. Las otras treinta y seis divisiones consistían sobre todo en veteranos de la Primera Guerra Mundial, de más de cuarenta años y con poca familiaridad con el armamento y las tácticas modernas. Estaban muy escasos de artillería y otras armas. Llevó mucho tiempo que esas divisiones se organizaran y adiestraran colectivamente para intervenir como tales. Incluso más tiempo del que había reconocido el mando alemán, muy alarmado por la lentitud del proceso.

El Ejército alemán no estaba preparado para la guerra en 1939, una guerra que los jefes no esperaban, confiando en las garantías de Hitler. Habían consentido a regañadientes al deseo de Hitler de aumentar rápido el ejército, ya que preferían un proceso gradual de formación de cuadros cuidadosamente formados, pero Hitler les había reiterado que habría mucho tiempo para ese entrenamiento, ya que no tenía intenciones de arriesgarse a una gran guerra antes de 1944 como poco. También el equipamiento era muy escaso comparado con la escala del ejército.

Sin embargo, después de la guerra se llegó a dar por sentado que las victorias generalizadas de las primeras fases de la guerra se debieron a una abrumadora superioridad de armamento, así como en número.

El segundo espejismo tardó en desvanecerse. Incluso en sus memorias de guerra Churchill dijo que los alemanes tenían al menos mil «tanques pesados» en 1940. La realidad es que no tenían tanques pesados en absoluto. Al principio de la guerra solo tenían un puñado de tanques medios, con un peso de apenas veinte toneladas. Todos los tanques que utilizaron en Polonia eran muy ligeros y con un blindaje débil.^[5]

Haciendo un balance conjunto, podemos ver que sumando a los polacos y a los franceses, tenían el equivalente a ciento treinta divisiones, frente a un total alemán de noventa y ocho, de las cuales treinta y seis prácticamente no tenían formación y estaban desorganizadas. En términos de «soldados adiestrados» el desequilibrio en contra de Alemania era aún mayor. Lo que se podía contraponer frente a este equilibrio numérico adverso era que esa acumulación numérica se dividía en dos partes por la posición central de Alemania. Los alemanes podían atacar al más débil de los dos aliados, mientras que los franceses tenían que lanzarse contra las defensas alemanas si querían ayudar a su aliado.

Aun así, en una estimación cuantitativa, los polacos tenían fuerzas suficientes como para *aguantar* la impresionante fuerza que les cayó encima, consistente en cuarenta y ocho divisiones activas. A estas les siguieron una media docena de divisiones de la reserva movilizadas, aunque la campaña terminó antes de entrar en acción.

Superficialmente parecería que los franceses tenían una amplia superioridad para aplastar a las fuerzas alemanas en el oeste y abrirse camino a través del Rin. Los generales alemanes estaban asombrados y aliviados de que no ocurriera así. Ya que la mayoría de ellos, tendía a pensar en términos de 1918, sobrevalorando al Ejército francés tanto como los británicos.

Sin embargo, cuando se analiza más de cerca, resulta muy diferente la cuestión de si Polonia podía haber aguantado y Francia haber sido más eficaz en ayudarla, con una comprensión más clara de las desventajas inherentes y de las nuevas técnicas de la guerra que se puso en práctica por primera vez en 1939. Desde este punto de vista moderno parecía imposible, incluso antes del comienzo del conflicto, cambiar el curso de los acontecimientos.

Al describir la caída de Polonia en sus memorias de guerra Churchill dijo:

Ni en Francia ni en Gran Bretaña se han comprendido de manera efectiva las consecuencias del hecho novedoso de que los vehículos blindados eran capaces de soportar el fuego de artillería y que pueden avanzar más de 150 kilómetros al día.^[6]

Esta afirmación solo es verdad en la medida en que se aplica al grueso de los militares de alta graduación y los hombres de Estado de ambos países. Pero había sido en Gran Bretaña, antes que en ningún otro sitio, donde se habían visualizado y explicado estos potenciales, de manera pública e incesante, por parte de un pequeño grupo de pensadores militares progresistas.

En el segundo volumen, que aborda la caída de Francia en 1940, Churchill realizó el notable, aunque cualificado, reconocimiento de que:

Al no haber tenido acceso a información oficial durante tantos años, no comprendía la violencia de la revolución producida desde la última guerra por la incursión de una masa de blindados pesados moviéndose a gran velocidad. Estaba al tanto, pero no había alterado mis convicciones internas como debería haberlo hecho.^[7]

Era una declaración notable al proceder del hombre que había jugado un papel tan grande en patrocinar los tanques durante la Primera Guerra Mundial. El reconocimiento era honorable en su franqueza. Pero había sido ministro de Hacienda hasta 1929, cuando la Fuerza Blindada Experimental, la primera del mundo, se había creado en la llanura de Salisbury (en 1927) para poner a prueba las nuevas teorías por las que los exponentes de la guerra con tanques a gran velocidad habían estado abogando durante varios años. Estaba plenamente familiarizado con sus ideas y había visitado la Fuerza Experimental en funcionamiento, y siguió haciéndolo en años posteriores.

La incomprendión hacia la nueva idea de la guerra, y la resistencia oficial a ella, era aún mayor en Francia que en Inglaterra. Y mayor en Polonia que en Francia. Esa incomprendión fue la raíz del fracaso de ambos ejércitos en 1939 y del francés, de nuevo y más desastrosamente, en 1940.

Los polacos estaban anticuados en sus ideas militares dominantes y también, en gran medida, en el patrón de sus fuerzas. No tenían divisiones acorazadas o motorizadas, y sus formaciones a la vieja usanza casi carecían de armamento antitanque y antiaéreo. Además, los líderes polacos seguían creyendo en el valor de las grandes masas de caballería y tenían una creencia patética en la posibilidad de llevar a cabo cargas de caballería.^[8]

Al respecto podemos afirmar sin riesgo que sus ideas estaban anticuadas en ochenta años, ya que la inutilidad de las cargas de caballería se había demostrado al menos desde la guerra civil americana, aunque los militares fanáticos de los caballos siguieron cerrando los ojos ante esa lección. El mantenimiento de grandes masas de caballería por parte de todos los ejércitos durante la Primera Guerra Mundial, con la esperanza de una oportunidad que nunca se produjo, fue la farsa suprema de esa guerra estática.

Por otra parte, los franceses tenían muchos de los ingredientes de un ejército actualizado, pero no lo habían organizado en ese sentido, ya que sus ideas militares en la cúpula estaban anticuadas en veinte años. En contra de la leyenda que surgió tras su derrota, tenían más tanques de los que los alemanes habían fabricado en el momento del estallido de la guerra. Muchos de ellos de mayor tamaño y blindaje que ninguno de los alemanes, aunque bastante más lentos.^[9] Sin embargo, el Alto Mando francés seguía contemplando los tanques con ojos de 1918, como servidores de la infantería o fuerzas de reconocimiento para complementar la caballería. Bajo el maleficio de esta forma de pensar anticuada habían retrasado la decisión de organizar sus tanques en divisiones acorazadas —a diferencia de los alemanes— y se sentían inclinados a utilizarlos en pequeños grupos.

La debilidad de los franceses, y aún más de los polacos, en fuerzas terrestres de nuevo estilo se agravaba por su carencia de fuerza aérea para atender y apoyar sus ejércitos. En el caso de los polacos esto se debía en parte a la falta de recursos manufactureros, pero los franceses no tenían excusa. En ambos casos las necesidades de fuerza aérea se habían subordinado a la creación de grandes ejércitos, ya que la voz de los generales era dominante en la distribución de los presupuestos militares, y los generales tendían de manera natural a favorecer el tipo de fuerza que les era familiar. Estaban lejos de darse cuenta de la medida en que la efectividad de las fuerzas terrestres ahora dependía de una adecuada cobertura aérea.

La caída de ambos ejércitos puede rastrearse hasta un nivel fatal de autosatisfacción en la cima. En el caso francés se había alimentado de la victoria de la Primera Guerra Mundial y de la manera en que sus aliados siempre se habían plegado a su supuesto conocimiento militar superior. En el caso polaco se había alimentado por su victoria ante los rusos en 1920. Los líderes militares, en ambos casos, se habían mostrado durante mucho tiempo complacientemente arrogantes sobre sus ejércitos y técnicas militares. Pese a todo, hay que reconocer que algunos de los jóvenes militares franceses, como el coronel De Gaulle, mostraron un entusiasta interés en las nuevas ideas de la guerra de tanques que se abogaba en Inglaterra. Pero los generales franceses de mayor graduación prestaron poca atención a esas «teorías» de origen británico, en señalado contraste con el modo en que las estudiaba la nueva escuela de generales alemanes.^[10]

A pesar de ello, el Ejército alemán aún estaba lejos de ser una fuerza eficaz y moderna. No solo no estaba preparada para la guerra en conjunto, sino que el grueso de las divisiones activas tenía un modelo anticuado, mientras que las ideas del alto mando tendían a seguir caminos trillados. Sin embargo, había creado una pequeña cantidad de formaciones de nuevo tipo en el momento de estallar la guerra —seis divisiones blindadas y cuatro «ligeras» (mecanizadas), así como cuatro divisiones motorizadas de infantería para apoyarlas. Era una pequeña proporción del total, pero valía tanto como todo el resto del Ejército alemán—.

Al mismo tiempo el Alto Mando alemán había adoptado, con dudas, la nueva teoría de la guerra de alta velocidad, y estaba dispuesto a hacer una prueba. Ello se debía, sobre todo, a la defensa entusiasta del general Heinz Guderian y unos cuantos más, y a la manera en que sus argumentos atraían a Hitler, que favorecía cualquier idea que prometiera una solución rápida. En resumen, el ejército alemán logró una asombrosa serie de victorias no porque

fuese arrollador en fuerza o completamente moderno en forma, sino porque estaba unos grados, vitales, más avanzado que sus oponentes.

* * *

La situación europea en 1939 dio un nuevo énfasis y un giro adicional a esa observación tan citada de Clemenceau durante el último gran conflicto de naciones: «La guerra es un asunto demasiado serio como para dejarlo en manos de los militares». En efecto, ya no se podía dejar en manos de militares, aunque hubiera existido la mayor confianza en sus juicios. El poder para mantener la guerra, o para comenzarla, había pasado de la esfera militar del soldado a la de la economía. A medida que las máquinas alcanzaron un dominio creciente sobre los hombres en el campo de batalla, también, de forma realista, la industria y los recursos económicos llevaron a los ejércitos desde el frente a un segundo plano de la gran estrategia. A menos que los suministros de las fábricas y pozos de petróleo pudieran mantenerse sin interrupción, solo habría masas inertes. Por muy impresionantes que puedan resultar las columnas de soldados desfilando al asombrado civil, a ojos del moderno científico de la guerra no eran sino marionetas en una cinta transportadora. Y en ese aspecto estaba presente el factor potencial que podía salvar la civilización.

Si solo hubieran contado los ejércitos y el armamento existentes, la situación hubiera sido mucho más sombría. El acuerdo de Múnich había cambiado el equilibrio estratégico de Europa, y al menos durante un tiempo fue muy adverso para Francia y Gran Bretaña. No había ninguna aceleración de sus programas armamentísticos que pudiera compensar, durante mucho tiempo, la eliminación de la ecuación de las bien armadas treinta y cinco divisiones checoslovacas, así como el consiguiente alivio de las divisiones alemanas que hubieran tenido que inmovilizar para mantener el equilibrio.

Todo el aumento del armamento que Francia y Gran Bretaña habían logrado al llegar marzo había sido más que compensado por lo que Alemania había obtenido al abalanzarse sobre la indefensa Checoslovaquia, y hacerse con sus fábricas de munición y de equipamiento militar. Solo en el aspecto de la artillería pesada, Alemania duplicó sus recursos de golpe. Para empeorar las cosas, la ayuda alemana e italiana había permitido a Franco completar el derrocamiento de la república en España, creando así el fantasma de una amenaza adicional en las fronteras de Francia y en las comunicaciones marítimas tanto de Francia como de Gran Bretaña.

Estratégicamente no había nada, excepto la garantía del apoyo ruso, que pudiera compensar el equilibrio en un tiempo razonable. También estratégicamente, no había un momento más favorable para hacer causa común con las potencias occidentales. Pero los equilibrios estratégicos descansaban en una base económica y era dudoso que bajo la presión de la guerra la situación aguantase mucho el peso de las fuerzas alemanas.

Había unos veinte productos básicos esenciales para la guerra. Carbón para la producción general. Petróleo para la fuerza motriz. Algodón para los explosivos. Lana, hierro y caucho para el transporte. Cobre para el armamento general y todo el equipamiento eléctrico. Glicerina para la dinamita. Níquel para la fabricación de acero y las municiones. Plomo para munición. Glicerina para dinamita. Aluminio para aviones. Platino para aparatos químicos. Antimonio, manganeso, etc., para fabricación de acero y metalurgia en general. Amianto para munición y maquinaria. Mica como aislante. Ácido nítrico y azufre para explosivos.

Excepto el carbón, Gran Bretaña carecía de la mayor parte de los productos que eran necesarios en grandes cantidades. Pero en la medida en que el uso del mar estuviera garantizado, la mayoría de ellos estaban disponibles en el Imperio Británico. En el caso del níquel, en torno a un 90 por ciento del suministro mundial procedía de Canadá y la mayor parte del resto de la colonia francesa de Nueva Caledonia. Las principales deficiencias eran el antimonio, el mercurio y el azufre, mientras que los recursos petrolíferos eran insuficientes para las necesidades de guerra.

El Imperio Francés no podía suministrar esos productos que escaseaban y, además tenía carencias de algodón, lana, cobre, plomo, manganeso, caucho y varias pequeñas carencias.

Rusia tenía un abundante suministro de la mayoría de los productos; le faltaba el antimonio, el níquel y el caucho, mientras que el suministro de cobre y azufre era inadecuado.

La mejor situada de las grandes potencias era Estados Unidos, que producía dos tercios del suministro mundial de petróleo, en torno a la mitad del algodón y casi la mitad del cobre, siendo dependiente de recursos externos solo para el antimonio, el níquel, el caucho, el estaño y, parcialmente, el manganeso.

En llamativo contraste estaba la situación del triángulo Berlín-Roma-Tokio. Italia tenía que importar el grueso de sus necesidades en casi todos los productos, incluso el carbón. Japón era casi igual de dependiente de las fuentes extranjeras. Alemania no tenía producción propia

de algodón, caucho, estaño, platino, bauxita, mercurio y mica, mientras que sus suministros de mineral de hierro, cobre, antimonio, manganeso, níquel, azufre, algodón y petróleo eran muy inadecuados. Con la toma de Checoslovaquia había logrado reducir sus deficiencias de mineral de hierro, mientras que por su intervención en España se había asegurado un suministro adicional de ese producto en términos favorables y también de mercurio, aunque su continuidad dependiera del transporte marítimo. También había logrado satisfacer sus necesidades de lana mediante un sustituto. Asimismo, aunque con un coste muy superior al del producto natural, había logrado colmar una quinta parte de sus necesidades de caucho con la «buna» (caucho sintético), y un tercio de sus necesidades petrolíferas mediante fuel casero.

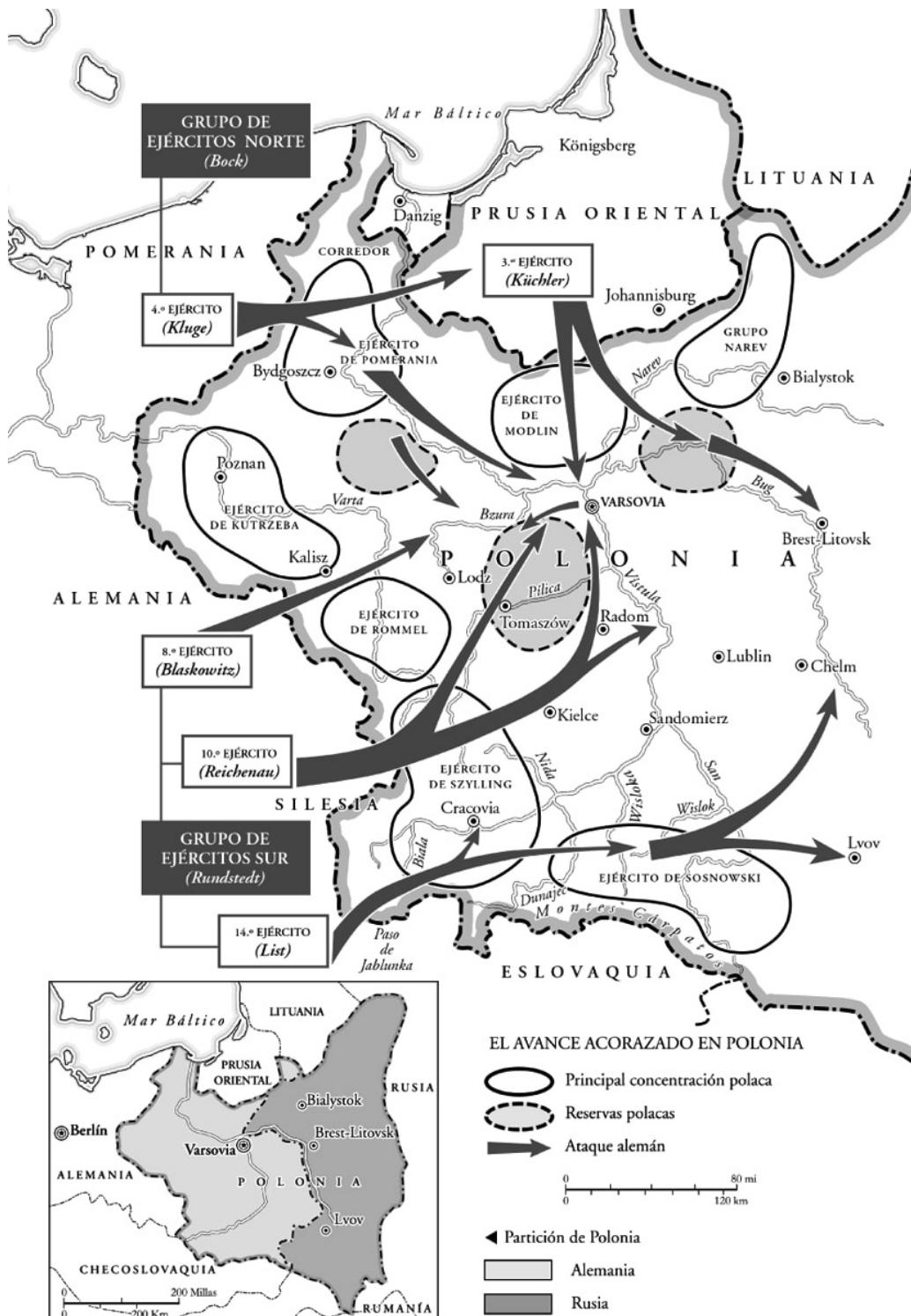
Aquí está la mayor debilidad en las capacidades bélicas del Eje, en una época en que los ejércitos se habían vuelto cada vez más dependientes del movimiento de los motores y las fuerzas aéreas en un elemento vital del poder militar. Además de los derivados del carbón, Alemania obtenía en torno a medio millón de toneladas de petróleo de sus propios pozos, y una cantidad insignificante de Austria y Checoslovaquia. Para alcanzar sus necesidades en tiempos de paz tenía que importar casi cinco millones de toneladas, siendo sus principales proveedores Venezuela, México, las Indias Holandesas, Estados Unidos, Rusia y Rumanía. El acceso a los cuatro primeros sería imposible en tiempos de guerra y en los dos últimos, solo mediante conquista. Además, se estimaba que los requisitos de Alemania en caso de guerra superarían los doce millones de toneladas anuales. A la luz de esto era difícil esperar que cualquier incremento de fuel artificial pudiera ser suficiente. Solo la captura de los pozos de petróleo rumano —que producían siete millones de toneladas— sin daños podía ofrecer una promesa de compensar esa deficiencia.

Los requisitos de Italia, si entraba en la guerra, aumentarían la sangría, ya que de los posibles cuatro millones de toneladas anuales que necesitaría en caso de guerra, solo podía contar con un dos por ciento, procedente de Albania, incluso en el caso de que sus barcos pudieran cruzar el Adriático.

Ponerse en la piel del posible oponente es una buena prueba para no temblar en la nuestra. Aunque la perspectiva militar fuese sombría, había un motivo de consuelo en lo inadecuado de los recursos alemanes e italianos para mantener una guerra larga si las potencias opuestas al principio del conflicto podían aguantar las sacudidas y tensiones iniciales hasta que llegase la ayuda. En este tipo de conflicto, como el que estaba en el horizonte, la suerte del Eje descansaba en la posibilidad de que la guerra pudiese terminar rápidamente.

SEGUNDA PARTE

**El estallido
(1939-1940)**



3

La invasión de Polonia

La campaña de Polonia fue la primera demostración, y prueba, durante la guerra, de la teoría de la guerra móvil mediante una combinación de fuerzas blindadas y aéreas. Cuando se desarrolló originalmente la teoría, en Gran Bretaña, su acción se había comparado con un «relámpago». A partir de entonces, de manera irónica, aunque acertada, pasó a conocerse con el nombre de *blitzkrieg*, traducción alemana del término inglés.

Polonia se prestaba muy bien a llevar a cabo una prueba de la *blitzkrieg*. Sus fronteras eran inmensas, unos 5600 kilómetros en total. La franja de 2000 kilómetros que compartía con Alemania se había ampliado recientemente a 2800 kilómetros por la ocupación de Checoslovaquia. Esto también provocaba que el flanco sur de Polonia se viera expuesto a la invasión, tal y como ya lo estaba el flanco norte, frente a Prusia Oriental. La parte occidental de Polonia se había convertido en un enorme saliente que sobresalía entre las mandíbulas de Alemania.

La llanura polaca ofrecía un terreno llano y muy fácil para un invasor móvil, aunque no tanto como iba a serlo Francia, por la escasez de buenas carreteras en Polonia, de las zonas arenosas profundas en cuanto uno se alejaba de esas carreteras y por la frecuencia de lagos y bosques en algunas zonas. Sin embargo, la época elegida para la invasión minimizaba estos inconvenientes.

Hubiera sido más inteligente que el Ejército polaco se concentrarse más al interior, tras las amplias vías fluviales del Vístula y el San, pero eso hubiera supuesto el abandono definitivo de algunas de las partes más valiosas del país.

Los yacimientos de carbón de Silesia estaban cerca de la frontera —habían pertenecido a Alemania antes de 1918— mientras la mayor parte de la zona industrial, aunque más allá, se encontraba al oeste de la barrera fluvial. Es difícil concebir que los polacos hubieran podido conservar el control de las zonas avanzadas incluso en las circunstancias más favorables. Pero el argumento económico para intentar retrasar el avance enemigo a las principales zonas industriales se vio poderosamente reforzado por el orgullo nacional y el exceso de confianza militar, así como de una idea exagerada de lo que podían hacer los aliados occidentales para aliviar la presión sobre Polonia.

La falta de realismo de esa actitud se repitió en las disposiciones polacas. Aproximadamente un tercio de las fuerzas se concentraban en o cerca del Corredor, donde estaban expuestas a un envolvimiento doble: desde Prusia Oriental y, al mismo tiempo, desde el oeste. Esta concesión al orgullo nacional —al oponerse a la recuperación de Alemania de una parte de su territorio anterior a 1918 sobre la que había estado protestando— tenía lugar inevitablemente a expensas de las fuerzas disponibles para cubrir las zonas vitales para la defensa de Polonia. En el sur, frente a las principales vías de invasión, las fuerzas estaban muy dispersas. Al mismo tiempo, casi otro tercio de las fuerzas polacas se concentraban, en reserva, al norte del eje central, entre Lodz y Varsovia, bajo la dirección del comandante en jefe, el mariscal Smigly-Rydz. Esta concentración encarnaba un espíritu ofensivo, pero su objetivo de intervenir en un contraataque no se correspondía con la limitada capacidad de maniobra del ejército polaco, aunque no se hubiese visto limitada por los ataques aéreos alemanes sobre las rutas ferroviarias y las carreteras.

En general, la concentración avanzada de los polacos castigaba sus posibilidades de llevar a cabo una serie de acciones para retrasar el avance, ya que su ejército, que tenía que marchar a pie, era incapaz de volver a las posiciones de retaguardia, y reforzarlas, antes de ser invadidos por las columnas mecanizadas del enemigo. En los amplios espacios de Polonia la situación no mecanizada de sus fuerzas era una desventaja mayor que el hecho de ser tomada por sorpresa antes de reclutar a todas sus reservas. La falta de movilidad era más dañina que la movilización incompleta.

Del mismo modo, la cuarentena de divisiones de infantería de patrón normal que los alemanes usaron en la invasión, contaban mucho menos que sus catorce divisiones mecanizadas (o parcialmente) compuestas de seis divisiones acorazadas, cuatro divisiones ligeras (infantería motorizada con

dos unidades blindadas) y cuatro divisiones motorizadas. Fueron sus rápidas y profundas arremetidas las que decidieron la cuestión, en combinación con la presión aérea de la Luftwaffe que destrozó el sistema ferroviario polaco y destruyó gran parte de la fuerza aérea en las primeras fases de la invasión. La Luftwaffe operaba de manera muy dispersa, en lugar de mediante grandes formaciones, pero de ese modo extendía gradualmente una parálisis sobre la mayor superficie posible. Otro factor importante era el bombardeo radiofónico alemán, disfrazado de transmisiones polacas, que hizo mucho para aumentar la confusión y desmoralización de la retaguardia polaca. Todos estos factores tuvieron un efecto multiplicador por la manera en que el exceso de confianza polaca en la capacidad de sus hombres para derrotar a las máquinas llevó, de rebote, a una desilusión disolvente.

Las fuerzas alemanas habían atravesado la frontera polaca poco después de las 6 de la madrugada del 1 de septiembre. Los ataques aéreos habían comenzado una hora antes. En el norte la invasión fue llevada a cabo por el Grupo de Ejércitos de Bock, que comprendía el 3.^{er} Ejército (al mando de Küchler) y el 4.^º (Kluge). El primero avanzó hacia el sur desde su posición de flanco en Prusia Oriental, mientras que el segundo empujó hacia el este a través del Corredor polaco para juntarse con el anterior y envolver el flanco derecho polaco.

La principal tarea se le encargó al Grupo de Ejércitos de Rundstedt en el sur. Este tenía el doble de infantería y más blindados. Comprendía el 8.^º Ejército (al mando de Blaskowitz), el 10.^º (Reichenau) y el 14.^º (List). Blaskowitz, en el ala izquierda, tenía que avanzar hacia el gran centro manufacturero de Lodz y ayudar a aislar a las fuerzas polacas en el saliente de Poznan al tiempo que cubría el flanco de Reichenau. En el ala derecha List tenía que avanzar hacia Cracovia y, simultáneamente doblar el flanco polaco de los Cárpatos, utilizando los cuerpos blindados de Kleist para cruzar los pasos de montaña. No obstante, el golpe decisivo tenía que asestarlo Reichenau, en el centro, y para ese fin se le proporcionó el grueso de las fuerzas blindadas.

El éxito de la invasión se vio facilitado por el modo en que los líderes polacos, despreciando el aspecto defensivo, habían dedicado pocos esfuerzos a la construcción de defensas, prefiriendo depender de contraataques —que pensaban que podían ejecutar de manera efectiva, a pesar de la ausencia de mecanización. De ese modo los invasores mecanizados tuvieron pocas dificultades para encontrar y penetrar en las rutas de avance abiertas, mientras que la mayoría de los contraataques polacos fracasaron bajo el efecto

combinado de un rechazo a su movimiento avanzado y una amenaza de profundización alemana en su propia retaguardia.

El 3 de septiembre —cuando Gran Bretaña y Francia entraron en la guerra— el avance de Kluge había partido el Corredor y alcanzado la parte baja del Vístula, mientras tenía lugar la presión de Küchler desde Prusia Oriental hacia el Narev. Y lo más importante: las fuerzas blindadas de Reichenau habían penetrado en el Warta y obligado a los enemigos a cruzarlo. Mientras tanto el ejército de List convergía desde ambos flancos sobre Cracovia, obligando al ejército de Szyllyng en esa zona a abandonar la ciudad y retroceder hasta la línea del Nida y el Dunajec.

El 4, la punta de lanza de Reichenau había llegado y cruzado el Pilica, ochenta kilómetros más allá de la frontera. Dos días después su ala izquierda estaba más allá de Lodz, después de haber capturado Tomaszow, y su ala derecha había entrado en Kielce. Así, el ejército del general polaco Rommel, que cubría el sector de Lodz, fue flanqueado, mientras que el ejército de Kutzeba seguía muy adelantado, cerca de Poznan, y corría el riesgo de ser aislado. Todos los demás ejércitos alemanes habían avanzado en cumplir su parte de la gran maniobra de envolvimiento planeada por Halder, jefe de Estado Mayor, y dirigida por Brauchitsch, el comandante en jefe. Los ejércitos polacos se estaban dividiendo en fracciones descoordinadas, algunas de ellas en retirada mientras otras realizaban ataques inconexos contra las columnas enemigas más cercanas.

El avance alemán podría haber sido más rápido de no haber persistido la tendencia conservadora a refrenar las fuerzas móviles en espera del grueso de infantería que las seguía. Pero, como las recientes experiencias demostraban que ese riesgo era compensado por la confusión de los oponentes, se siguió un rumbo más audaz. Aprovechando un espacio abierto entre Lodz y Pilica, uno de los cuerpos blindados de Reichenau corrió hasta las afueras de Varsovia el 8, habiendo recorrido más de 220 kilómetros durante la primera semana. Al día siguiente las divisiones ligeras de su ala izquierda habían alcanzado el Vístula más al sur, entre Varsovia y Sandomierz. Entonces giraron al norte.

Mientras tanto, cerca de los Cárpatos, las fuerzas móviles de List habían atravesado uno a uno el Dunajec, el Biala, el Wisloka y el Wislok hasta el San a ambos flancos de la famosa fortaleza de Przemysl. En el norte los cuerpos blindados de Guderian (la punta de lanza del ejército de Küchler) habían atravesado el Narev y atacaban la línea del Bug, en la retaguardia de Varsovia. De este modo se estaba desarrollando con fuerza un movimiento en

pinza más amplio, fuera de las pinzas interiores que se estaban cerrando sobre las fuerzas polacas en la curva del Vístula, al oeste de Varsovia.

En esta fase de la invasión se había producido una importante variación del plan por parte de Alemania. Su punto de vista sobre la situación había sufrido una confusión momentánea debido al extraordinario estado de desconcierto en el bando polaco, donde había columnas que parecían moverse en muchas direcciones, levantando nubes de polvo que nublaban la visión aérea. En este estado de oscuridad el Alto Mando alemán se inclinaba a pensar que el grueso de las fuerzas polacas del norte ya había escapado a través del Vístula. Basándose en ello ordenaron que el ejército de Reichenau cruzara el Vístula entre Varsovia y Sandomierz, con el objetivo de interceptar la anticipada retirada de los polacos al sur del país. Pero Rundstedt puso reparos, ya que estaba convencido de que el grueso de las fuerzas polacas seguía al oeste del Vístula. Después de algunas discusiones, su punto de vista prevaleció y el ejército de Reichenau fue enviado al norte para fijar una posición de bloqueo a lo largo del Bzura, al oeste de Varsovia.

Como resultado, la mayor parte de lo que quedaba del ejército polaco fue atrapado antes de que pudiera retirarse al otro lado del Vístula. A la ventaja que los alemanes habían logrado con su penetración estratégica a lo largo de la línea de menor resistencia se añadía ahora la ventaja de la defensa táctica. Para completar su victoria lo único que tenían que hacer era conservar el terreno frente a los ataques precipitados de un ejército que estaba combatiendo al revés, aislado de sus bases, quedándose sin suministros y presionado crecientemente por el flanco y por detrás, debido al avance convergente hacia el este de los ejércitos de Blaskowitz y Kluge. Aunque los polacos combatieron ferozmente, con un valor que impresionó mucho a sus oponentes, solo una pequeña parte logró abrir brecha, por la noche, y unirse a la guarnición de Varsovia.

El día 10 el mariscal Smigly-Rydz había dado órdenes para una retirada general en el sudeste de Polonia, donde el general Sosnkowski fue puesto al mando, con la idea de reorganizar una posición defensiva en un frente relativamente estrecho para una resistencia prolongada. Pero ya se trataba de una vana esperanza. Mientras el gran cerco al oeste del Vístula se estrechaba, los alemanes estaban penetrando en profundidad en la zona al este del Vístula. Además, habían rodeado tanto la línea del Bug al norte como la del San al sur. En el frente de Küchler, el cuerpo blindado de Guderian se dirigió al sur en un avance de flanqueo en dirección a Brest-Litovsk. En el frente de List, el cuerpo blindado de Kleist alcanzó la ciudad de Lvov el 12. Aquí los alemanes

fueron detenidos, pero se desplegaron hacia el norte para encontrarse con las fuerzas de Küchler.

Aunque las columnas invasoras estaban sintiendo el esfuerzo de sus avances profundos, y se estaban quedando sin combustible, el sistema de mando polaco estaba tan desencajado que no podía aprovecharse ni del aflojamiento temporal del enemigo ni de la testarudez que seguían mostrando muchas unidades polacas aisladas. Esto dispersaba sus energías en esfuerzos aleatorios mientras que los alemanes seguían completando el cerco.

El 17 de septiembre los ejércitos soviéticos cruzaron la frontera oriental de Polonia. Este golpe por la espalda selló su destino, ya que apenas había tropas para enfrentarse a esta segunda invasión. Al día siguiente el Gobierno polaco y el alto mando cruzaron la frontera rumana y el comandante en jefe envió un mensaje a sus tropas para que siguieran combatiendo. Quizá estuviese bien que no llegara a la mayoría de ellas, pero muchas cumplieron con las intenciones del mensaje durante los días siguientes, aunque su resistencia se hundió poco a poco. La guarnición de Varsovia aguantó hasta el 28, a pesar de los intensos bombardeos por tierra y aire. La última fracción considerable del ejército polaco no se rindió hasta el 5 de octubre, mientras que la resistencia guerrillera continuó durante el invierno. Unos ochenta mil escaparon a través de fronteras neutrales.

Las fuerzas alemanas y rusas se habían encontrado y saludado, como socios, en una línea al sur de Prusia Oriental a través de Bialystok, Brest-Litovsk y Lvov hasta los Cárpatos. Esa asociación se selló, pero no se cimentó, mediante un reparto mutuo de Polonia.

* * *

Mientras tanto los franceses apenas habían hecho mella en el frente occidental alemán. Parecía, y era, un débil esfuerzo para aliviar la presión de su aliado. A la vista de las debilidades de las fuerzas y defensas alemanas, es natural pensar que podían haber hecho más. Pero también aquí un análisis más profundo tiende a corregir la conclusión obvia que insinúan las cifras comparadas de las fuerzas opuestas.

Aunque la frontera norte de Francia media 800 kilómetros, en su intento de ofensiva los franceses estaban confinados a una estrecha zona de unos 150 kilómetros, desde el Rin al Mosela, a menos que violaran la neutralidad de Bélgica y Luxemburgo. Los alemanes eran capaces de concentrar lo mejor de sus fuerzas disponibles en esa estrecha zona y sembraron el camino hacia la línea Sigfrido de un grueso cinturón de minas, retrasando así a los atacantes.

Y lo que es peor, los franceses fueron incapaces de empezar su ofensiva hasta el 17 de septiembre (excepto algunos ataques preliminares de prueba). Para entonces estaba tan claro que Polonia se estaba desmoronando que tuvieron una buena excusa para dar una contraorden. Su incapacidad para atacar antes se debía al sistema de movilización, que era inherentemente anticuado. Era el fatal resultado de su dependencia de un ejército de conscriptos que no se podía activar de manera efectiva hasta que la masa de «reservas adiestradas» hubiesen sido llamadas a filas y las formaciones estuviesen listas para intervenir. Pero el retraso aumentó por la persistencia del mando francés en aplicar viejas ideas tácticas —especialmente su visión de que una ofensiva debe ser precedida por un bombardeo masivo de artillería, al estilo de la Primera Guerra Mundial. Seguían considerando la artillería pesada como el «abridor» esencial para abordar cualquier posición defensiva. Sin embargo, el grueso de su artillería pesada debía llevarse desde los depósitos y no estaría disponible hasta la última fase de la movilización, el día decimosexto. Este condicionante regulaba sus preparativos para lanzar una ofensiva.

Durante varios años uno de los líderes políticos franceses, Paul Reynaud, había discutido constantemente la necesidad de crear una fuerza mecanizada de soldados profesionales que estuvieran listos para una acción inmediata en lugar de depender de las viejas masas llamadas a filas y lentas en movilizarse. Pero había sido una voz clamando en el desierto. Los estadistas franceses, al igual que la mayoría de sus militares, confiaban en la conscripción y los números.

La cuestión militar en 1939 puede resumirse en dos frases. En el este un ejército irremediablemente anticuado se desintegró rápidamente ante una pequeña fuerza blindada, en combinación con una fuerza aérea superior que puso en práctica una nueva técnica. Al mismo tiempo, en el oeste, un ejército a cámara lenta no pudo ejercer ninguna presión efectiva antes de que fuera demasiado tarde.

4

La falsa guerra

El término Phoney War^[1] fue acuñado por la prensa estadounidense. Como tantos americanismos gráficos pronto fue adoptado en ambas orillas del Atlántico. Se ha consolidado firmemente como el nombre para referirse al período de la guerra que va de la caída de Polonia en septiembre de 1939 hasta el inicio de la ofensiva de Hitler en el oeste durante la primavera del año siguiente.

Los que acuñaron el término querían expresar que la guerra era espuria, ya que no se combatían grandes batallas entre los franco-británicos y las fuerzas alemanas. En realidad, fue un período lleno de presagios de mal agüero, entre bambalinas. En medio de todo ello un oficial de Estado Mayor alemán tuvo un extraño accidente. El incidente asustó a Hitler y, durante las siguientes semanas los planes alemanes cambiaron completamente. Los viejos no podían haber tenido las mismas posibilidades de éxito que iban a alcanzar los nuevos.

Pero el mundo no sabía nada de todo esto. En todas partes las personas solo veían que los campos de batalla estaban tranquilos y llegaron a la conclusión de que Marte estaba adormilado.

Las explicaciones populares de este aparente estado pasivo diferían. Una era que Gran Bretaña y Francia realmente no hablaban en serio sobre sus intenciones de hacer la guerra, a pesar de su declaración en nombre de Polonia, y que estaban esperando negociar una paz. La otra explicación popular era que actuaban con astucia. La prensa estadounidense incluía muchos «artículos» donde se afirmaba que el Alto Mando Aliado había

adoptado deliberadamente un plan, sutilmente concebido, de estrategia defensiva y que estaba preparando una trampa contra los alemanes.

No había fundamento para ninguna de estas explicaciones. Durante el otoño y el invierno los Gobiernos aliados y el Alto Mando dedicaron mucho tiempo a analizar planes ofensivos contra Alemania o sus flancos (que no tenían posibilidad de lograr con sus recursos), en lugar de concentrarse en la preparación de una defensa efectiva contra el ataque venidero de Hitler.

Tras la caída de Francia, los alemanes se hicieron con los archivos del Alto Mando francés y publicaron una sensacional colección de documentos procedentes de esa fuente. Mostraban como los jefes aliados habían pasado el invierno contemplando planes ofensivos por todas partes, desde golpear el flanco trasero alemán a través de Noruega, Suecia y Finlandia, a hacerlo en el Ruhr a través de Bélgica o en el remoto flanco oriental a través de Grecia y los Balcanes o incluso cercenar su única fuente de suministro petrolífero golpeando los grandes pozos rusos del Cáucaso. Era una maravillosa colección de fantasías, las vanas imaginaciones de los líderes aliados, que vivían en un mundo de ensueño hasta que la ducha fría de la propia ofensiva de Hitler los despertó.

* * *

Hitler, cuya mente siempre iba por delante de los acontecimientos, comenzó a pensar en llevar a cabo la ofensiva en el oeste mientras la campaña polaca estaba llegando a término y antes de hacer una propuesta pública para realizar una conferencia de paz general. Es evidente que ya se había dado cuenta de que era improbable que esa propuesta fuera tenida en consideración por los aliados occidentales. Sin embargo, por el momento, solo permitió que su entorno más inmediato supiera en qué estaba pensando. Mantuvo al Estado Mayor a oscuras hasta después de hacer pública su oferta de paz, el 6 de octubre, y de que hubiera sido rechazada.

Tres días después plasmó sus puntos de vista en una larga directiva^[2] para los jefes del Ejército alemán, dando las razones de su convicción de que una ofensiva en el oeste era la única posibilidad que le quedaba a Alemania. Es un documento muy esclarecedor. En él expuso su conclusión de que una guerra prolongada con Francia y Gran Bretaña agotaría los recursos de Alemania y la dejaría expuesta a un ataque mortal por la espalda por parte de Rusia. Temía que su pacto con ese país no garantizase su neutralidad desde el momento en que ya no le fuera útil. Su miedo le urgió a forzar la paz con Francia mediante

una ofensiva próxima. Creía que, una vez que cayera Francia, Gran Bretaña alcanzaría un acuerdo.

Pensaba que, de momento tenía la fuerza y capacidad para derrotar a Francia, porque Alemania tenía superioridad en el nuevo armamento que más importaba:

En estos momentos el arma blindada y la fuerza aérea han alcanzado una altura técnica —no solo como armas de ataque, sino también para la defensa— que ninguna otra potencia ha logrado. El potencial estratégico de operaciones está asegurado por su organización y liderazgo bien entrenado, que es mejor que el de ningún otro país.

Aun reconociendo que los franceses eran superiores en el viejo armamento, en particular la artillería pesada, razona que «estas armas no tienen ninguna importancia decisiva en la guerra móvil». Con su superioridad técnica en las armas más nuevas también podía descartar la superioridad francesa en el número de soldados entrenados.

Continuaba argumentando que, si esperaba, con la esperanza de que los franceses se cansaran de la guerra, «el desarrollo de la capacidad de combate británica aportaría a Francia un nuevo elemento de lucha que sería muy valioso para ella, tanto psicológica como materialmente» para reforzar su defensa.

Lo que hay que evitar, por encima de todo, es que el enemigo compense la debilidad de su armamento, especialmente el antitanque y antiaéreo, creando así un equilibrio de poder. En este sentido el transcurso de cada nuevo mes representa una pérdida de tiempo desfavorable para el poder ofensivo alemán.

Se mostraba inquieto sobre la «voluntad de combatir» del soldado alemán cuando el efecto estimulante de la fácil conquista de Polonia se hubiera desvanecido. «Actualmente su respeto por sí mismo es tan grande como el que tiene por otros. Pero seis meses de retraso en combatir y una propaganda efectiva por parte del enemigo podrían hacer que estas importantes cualidades se debilitaran de nuevo»^[3]. Hitler sentía que debía atacar pronto, antes de que fuera demasiado tarde, al decir: «En la situación actual se puede considerar que el tiempo es un aliado de las potencias occidentales más que nuestro». Su memorándum concluía que: «El ataque debe ser lanzado este otoño, si las condiciones son mínimamente posibles».

Insistía en que Bélgica debía ser incluida en la zona de ataque, no solo para conseguir espacio de maniobra para flanquear la línea Maginot francesa, sino para evitar el peligro de que las fuerzas anglo-francesas entrasen en Bélgica y se desplegasen en la frontera cerca del Ruhr, «y de ese modo llevar la guerra cerca del corazón de nuestra industria armamentística». (Tal y como revelan los archivos franceses, era exactamente eso lo que Gamelin, comandante en jefe francés, había estado defendiendo).

La revelación de las intenciones de Hitler supuso una conmoción para Brauchitsch, comandante en jefe del Ejército, y Hadler, jefe de Estado Mayor. Al igual que la mayoría de los generales alemanes de cierta edad, no compartían la creencia de Hitler en el poder del nuevo armamento para vencer la superioridad de los oponentes en efectivos entrenados. Razonando de manera tradicional en número de divisiones, sostenían que el ejército alemán no era lo suficientemente poderoso como para derrotar a los ejércitos occidentales. Señalaban que las noventa y ocho divisiones que Alemania había conseguido movilizar eran considerablemente inferiores al total del otro bando y que treinta y seis de esas divisiones estaban mal armadas y apenas entrenadas. También les preocupaba que la guerra se convirtiera en otro conflicto mundial y temían que tuviera un final fatídico para Alemania.

Estaban tan afectados que contemplaron soluciones desesperadas. Al igual que durante la crisis de Múnich, un año antes, empezar a considerar pasar a la acción para derrocar a Hitler. La idea era mandar a una fuerza elegida, desde el frente, para que marchara sobre Berlín. No obstante, el general Friedrich Fromm, comandante en jefe del ejército de reserva, rechazó cooperar, y su ayuda era esencial. Fromm alegó que si se ordenaba a las tropas que se volvieran contra Hitler, no obedecerían, ya que la mayoría de los soldados confiaban en él. Probablemente la opinión de Fromm sobre la reacción de las tropas era correcta. Fue corroborada por la mayoría de los oficiales que estaban en contacto con ellas y que no sabían de qué se hablaba en las altas instancias militares.

La masa de las tropas y de la población o bien estaban ebrias de triunfo o dopadas por la propaganda del Dr. Goebbels sobre el deseo de paz de Hitler y la determinación de los aliados de destruir Alemania. Desgraciadamente, los estadistas y medios de comunicación aliados proporcionaban a Goebbels demasiadas citas de este tipo que podía usar para construir su imagen del lobo aliado que quería devorar al cordero alemán.

Si bien este primer complot contra Hitler durante la guerra no llegó a materializarse, él no logró lanzar su ofensiva en otoño, tal y como esperaba.

Irónicamente, esto resultó afortunado para él y desgraciado para el resto del mundo, incluyendo a los alemanes.

La fecha provisional para la ofensiva era el 12 de noviembre. El 5 Brauchitsch hizo un nuevo intento de disuadir a Hitler de invadir Francia, describiendo con gran detalle las razones en contra. Pero Hitler rechazó sus argumentos y le reprendió severamente, insistiendo en que el ataque debía comenzar el 12. Sin embargo, el 7 se anuló la orden cuando los meteorólogos anunciaron mal tiempo. La fecha se pospuso tres días y después se retrasó una y otra vez.

Si el mal tiempo y el frío eran razones obvias para el retraso, Hitler estaba furioso por tener que aceptarlo y no le satisfacía que esa fuese la única razón. Convocó a todos los altos mandos a una reunión, el 23 de noviembre. Pretendía disipar sus dudas sobre la necesidad de pasar a la ofensiva, expresando su preocupación sobre la inminente amenaza de Rusia, mientras enfatizaba que los aliados no iban a tener en cuenta sus ofertas de paz y estaban multiplicando su armamento. «El tiempo trabaja para nuestros adversarios», «tenemos un talón de Aquiles, el Ruhr... Si Gran Bretaña y Francia atraviesan Bélgica y Holanda hasta el Ruhr, correremos el mayor de los peligros».

Continuó reprochándoles pusilanimidad y haciéndoles saber que sospechaba que trataban de sabotear sus planes. Remarcó que se habían opuesto a todos sus movimientos desde la reocupación de Renania en adelante, que el éxito le había justificado en cada ocasión y que esperaba que ahora aceptaran sus ideas de manera incondicional. El intento de Brauchitsch de señalar sus diferencias y los mayores riesgos que implicaba la nueva aventura simplemente acabó provocándole una reprimenda aún mayor. Esa tarde Hitler se vio con Brauchitsch en privado y le echó una nueva «bronca». Brauchitsch le presentó su dimisión, pero Hitler no la consideró y le dijo que obedeciera las órdenes.

Con todo, el tiempo resultó un mayor saboteador que los generales y produjo una nueva serie de retrasos durante la primera mitad de diciembre. Entonces Hitler decidió esperar hasta el año nuevo y concedió los permisos de Navidad. El tiempo volvió a ser malo justo después de Navidad, pero el 10 de enero Hitler fijó el inicio de la ofensiva para el 17.

Sin embargo, el mismo día en que tomó esa decisión tuvo lugar la «intervención» más dramática. La historia se ha mencionado en numerosos relatos, pero fue el general Student, comandante en jefe de las fuerzas aerotransportadas alemanas, quien lo hizo de la manera más sucinta:

El 10 de enero un comandante enviado por mí como oficial de enlace a la 2.^a Flota Aérea voló desde Munster a Bonn para tratar algunos detalles sin importancia del plan de invasión con la Fuerza Aérea. Sin embargo, llevaba con él el Plan Operativo Completo del Ataque en el oeste.

Con un tiempo glacial y un fuerte viento se perdió sobre un Rin helado y cubierto de nieve y voló hasta Bélgica, donde tuvo que realizar un aterrizaje de emergencia. No pudo quemar completamente ese documento vital. Una parte importante cayó en manos de los belgas y, por tanto, el esbozo del plan alemán para la ofensiva en el oeste. El agregado aéreo alemán en La Haya informó de que esa misma tarde el rey belga tuvo una larga conversación telefónica con la reina de Holanda.^[4]

Por supuesto los alemanes no sabían entonces exactamente lo que había pasado con los papeles, pero naturalmente temían lo peor, y debían lidiar con ello. Durante esa crisis Hitler mantuvo la cabeza fría, a diferencia de otros:

Es interesante observar las reacciones a este incidente por parte de los líderes alemanes. Mientras que Göring estaba furioso, Hitler se mantuvo bastante tranquilo y calmado... Al principio quería atacar de inmediato, pero afortunadamente se contuvo y decidió abandonar el plan operativo original por completo. Fue sustituido por el plan de Manstein.^[5]

El general Walter Warlimont, que tenía un cargo clave^[6] en el cuartel general de mando supremo registró que Hitler tomó la decisión de cambiar el plan el 16 de enero y que esto «se debió fundamentalmente al accidente aéreo»^[7].

Esto resultó muy desafortunado para los aliados, aunque les proporcionó cuatro meses de gracia para los preparativos, ya que la ofensiva alemana se pospuso indefinidamente hasta que el plan fuera remodelado por completo, cosa que no ocurrió hasta el 10 de mayo de 1940. Cuando comenzó la ofensiva desequilibró completamente a los aliados y produjo el rápido derrumbe de los ejércitos franceses, mientras que los británicos apenas pudieron escapar por mar desde Dunquerque.

Es natural preguntarse si el aterrizaje forzoso del comandante fue realmente un accidente. Podría esperarse que cualquiera de los generales alemanes involucrados hubiera estado encantado, tras la guerra, de destacar

favorablemente ante sus captores, alegando que había sido él quien había organizado esa advertencia para los aliados. Pese a todo, en realidad, ninguno lo hizo y todos estaban convencidos de que el accidente había sido auténtico. [8] Además, sabemos que el almirante Canaris, jefe del Servicio Secreto alemán —ejecutado posteriormente— tomó muchas medidas ocultas para boicotear los objetivos de Hitler, y que justo antes de los ataques de primavera contra Noruega, Holanda y Bélgica, se transmitieron advertencias a los países amenazados, aunque no se les prestó adecuada atención. También sabemos que Canaris trabajaba de manera misteriosa y era muy hábil borrando sus huellas. Así que el fatídico accidente del 10 de enero está destinado a seguir siendo una cuestión no resuelta.

No hay dudas respecto a cómo se originó el nuevo plan. Se trata de otro extraño episodio, aunque extraño de un modo diferente.

El viejo plan, desarrollado por el Estado Mayor bajo el mando de Halder, consistía en realizar el ataque principal a través del centro de Bélgica, como en 1914. Sería realizado por el Grupo de Ejércitos B bajo el mando de Bock, mientras que el A, al mando de Rundstedt llevaría a cabo un ataque secundario, en el flanco izquierdo, a través de las colinas arboladas de las Ardenas. No se esperaban grandes resultados de este segundo ataque y se asignaron las divisiones acorazadas a Bock, ya que el Estado Mayor consideraba que las Ardenas eran un territorio demasiado difícil para un avance blindado. [9]

El jefe de Estado Mayor del Grupo de Ejércitos de Rundstedt era Erich von Manstein, considerado por sus compañeros como el mejor estratega de los generales jóvenes. Consideraba que el primer plan era demasiado obvio y una repetición del plan Schlieffen de 1914; por tanto, era el tipo de ataque para el que el Alto Mando Aliado estaría preparado. Manstein también razonaba que otro inconveniente era que se enfrentarían al ejército británico, que probablemente fuera un oponente más duro que el francés. Además, no conduciría a un resultado decisivo. Por citar sus propias palabras:

Quizá podríamos derrotar a los aliados en Bélgica. Podríamos conquistar la costa del canal de la Mancha. Pero era probable que nuestra ofensiva fuese detenida definitivamente en el Somme. Entonces se desarrollaría una situación como la de 1914..., no habría posibilidad de alcanzar la paz. [10]

Al reflexionar sobre el problema, Manstein ya había concebido la audaz solución de desplazar el ataque principal a las Ardenas, pensando que esta

sería la línea de menor expectativa. Pero tenía en mente una gran pregunta sobre la que había consultado a Guderian en noviembre de 1939.

Este es el relato de Guderian:

Manstein me preguntó si serían factibles los movimientos de tanques a través de las Ardenas en dirección a Sedán. Me explicó su plan de abrirse camino en la extensión de la línea Maginot cerca de Sedán, para evitar el viejo plan Schlieffen, conocido por el enemigo y que se lo podía esperar una vez más. Conocía el terreno por la Primera Guerra Mundial y, después de estudiar el mapa, confirmé su punto de vista. Entonces Manstein convenció al general Von Rundstedt y se envió un memorándum al OKH [Alto Mando del Ejército, dirigido por Brauchitsch y Hadler]. El OKH rechazó la idea de Manstein. Pero este logró hacer llegar su idea a conocimiento de Hitler.^[11]

Warlimont puso la idea de Manstein en conocimiento del cuartel general de Hitler, tras una conversación con Manstein a mediados de diciembre. Se la mencionó al general Alfred Jodl, jefe de Mando y Operaciones del OKW^[12], quien se la pasó a Hitler. Pero solo después del accidente aéreo del 10 de junio, cuando Hitler estaba buscando un nuevo plan, fue cuando recordó la propuesta de Manstein y comenzó a interesarle. Incluso entonces transcurrió un mes antes de que se decidiera definitivamente por ella.

La decisión final se tomó de una manera curiosa. A Brauchitsch y a Halder no les gustó la manera en que, frente a su plan, Manstein había presionado con su «idea brillante». Así, se decidió cambiarle de destino y mandarle a dirigir un cuerpo de infantería, donde estaría quitado de en medio y no tan bien situado para hacer llegar sus ideas. Sin embargo, después de su traslado fue convocado para ver a Hitler y, así, tuvo una oportunidad de explicar sus ideas por completo. Su encuentro había sido organizado a iniciativa del general Schmundt, edecán de Hitler, que era un ferviente admirador de Manstein y pensaba que no había sido bien tratado.

Después de aquello Hitler presionó tanto a Brauchitsch y Hadler que tuvieron que ceder y remodelar el plan siguiendo las ideas de Manstein. Aunque Hadler era un converso reticente, era un oficial de Estado Mayor extremadamente capaz y el borrador detallado del plan era una notable pieza de planificación logística.

Un resultado típico era que Hitler, una vez adoptado el nuevo hilo conductor, rápidamente interiorizaba que había sido él su creador. Todo lo que le dio a Manstein fue reconocer que había estado de acuerdo con él:

«Entre todos los generales con los que hablé sobre el nuevo plan en el oeste, Manstein fue el único que me entendió».

Si analizamos el curso de los acontecimientos cuando se puso en marcha la ofensiva, en mayo, queda claro que el viejo plan casi con toda seguridad no hubiera provocado la caída de Francia. En efecto, no hubiera logrado más que llevar a los ejércitos aliados de vuelta a la frontera francesa, en caso de haberlo conseguido. Y eso porque el principal avance alemán se habría topado con las fuerzas franco-británicas más fuertes y mejor equipadas, y hubiera tenido que avanzar a través de una franja de territorio lleno de obstáculos: ríos, canales y ciudades grandes. Las Ardenas pueden parecer aún más difíciles, pero si los alemanes podían atravesar ese cinturón de colinas boscosas del sur de Bélgica antes de que el Alto Mando francés se diera cuenta del peligro, las vastas llanuras de Francia se extenderían ante ellos, un terreno ideal para un gran avance con tanques.

Si el viejo plan se hubiera mantenido, conduciendo a un probable punto muerto, toda la perspectiva de la guerra hubiera sido muy diferente. Aunque es poco probable que Francia y Gran Bretaña hubieran podido derrotar a Alemania por sí mismas, detener la ofensiva alemana les podría haber dado tiempo para desarrollar sus armamentos, especialmente aviones y tanques y, de ese modo, establecer un equilibrio de poder en términos de esas armas nuevas. El fracaso patente de la apuesta de Hitler por la victoria, con el tiempo también hubiera minado la confianza de sus tropas y de la población. De este modo, un punto muerto en el oeste hubiera ofrecido una buena oportunidad al poderoso grupo de oposición interna a Hitler para conseguir un apoyo creciente y desarrollar sus planes para derrocarle, antes de negociar la paz. Con independencia de cómo se hubieran desarrollado los acontecimientos después de que se detuviera la ofensiva, es probable que Europa hubiera evitado mucha de la ruina y miseria que padecieron sus habitantes como resultado de la cadena de acontecimientos que se derivó de la caída de Francia.

Mientras que Hitler se benefició mucho del accidente aéreo que le llevó a cambiar sus planes, los aliados sufrieron mucho por su causa. Una de las características más extrañas de toda la historia es que hicieron tan poco para beneficiarse de las advertencias que habían caído en sus manos. Ya que los documentos que llevaba el oficial de Estado Mayor alemán no se quemaron gravemente y los belgas pasaron muy pronto copias a los Gobiernos francés y británico. Pero sus asesores militares se inclinaban a considerar que los documentos eran un engaño. Este punto de vista no tenía sentido, ya que

hubiera sido un engaño enloquecido arriesgarse a poner en guardia a los belgas y contribuir a que estrecharan su colaboración con franceses y británicos. Fácilmente podían haber decidido abrir sus fronteras y dejar que entraran en el país los ejércitos franco-británicos para reforzar sus defensas antes de que cayera el golpe.

Aún más extraño es que el Alto Mando Aliado no realizara ningún cambio en sus planes ni tomara ninguna precaución para hacer frente a la probabilidad de que el Alto Mando alemán casi con toda seguridad dirigiera el grueso de su ataque en otra dirección si el plan capturado era genuino.

A mediados de noviembre el Consejo Supremo Aliado había aprobado el Plan D de Gamelin, un desarrollo arriesgado —que el Estado Mayor británico había cuestionado inicialmente— de un plan anterior. Según el Plan D, el ala izquierda reforzada de los ejércitos aliados debía atacar rápido en Bélgica en cuanto Hitler comenzara a moverse, y avanzar lo más al este que pudieran. Esto suponía entrar directamente en el juego de Hitler, ya que encajaba a la perfección con su nuevo plan. Cuanto más penetrara el ala izquierda aliada en el centro de Bélgica más fácil sería que el avance de los blindados de Hitler a través de las Ardenas rodease y cortase la retirada de los aliados.

El resultado fue aún más claro por la decisión del Alto Mando Aliado de utilizar el grueso de sus fuerzas móviles en el avance a través de Bélgica y de dejar solo una pequeña protección, con divisiones de segunda categoría, para vigilar la bisagra de su avance, frente a las salidas de las «Ardenas impenetrables». Para empeorar las cosas, las defensas que tenían que conservar eran particularmente débiles, en el hueco entre el final de la línea Maginot y el principio del frente fortificado británico.

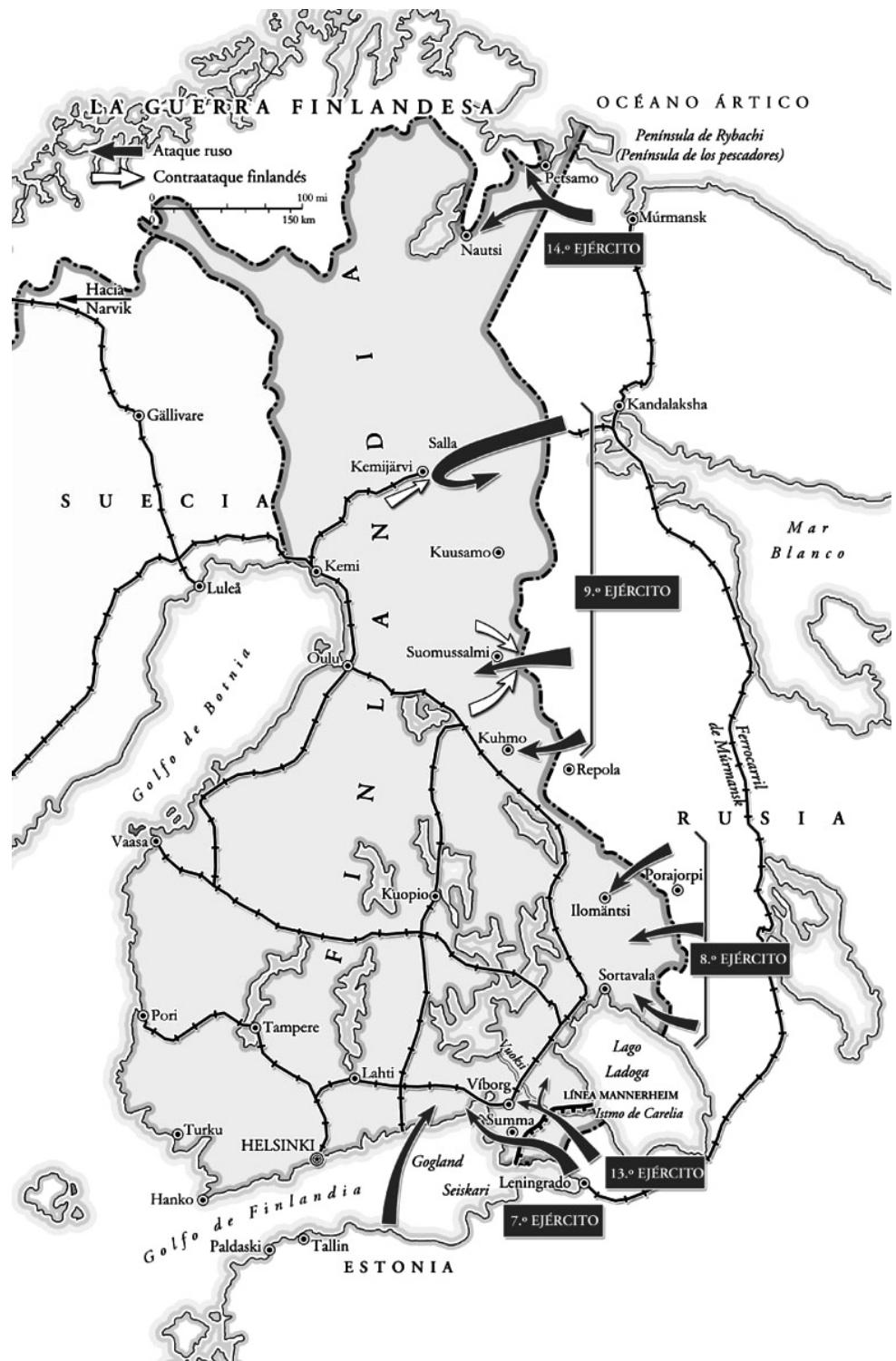
Churchill menciona en sus memorias que había inquietud en los cuarteles británicos durante el otoño sobre ese hueco y dice: «Hore-Belisha, secretario de Estado de Guerra, mencionó el asunto en el Gabinete de Guerra en varias ocasiones... Sin embargo, el gabinete y nuestros líderes militares eran naturalmente cautos a la hora de criticar a aquellos cuyos ejércitos eran diez veces mayores que los nuestros»^[13]. Tras la partida de Hore-Belisha a principios de enero, a raíz de la tempestad que sus críticas habían provocado, hubo incluso menos tendencia a retomar el asunto. También se produjo un peligroso aumento de la falsa confianza, tanto en Gran Bretaña como en Francia. Churchill declara, en un discurso el 27 de enero, que «Hitler ha perdido su gran oportunidad». Esta reconfortante afirmación fue destacada en los titulares de los periódicos del día siguiente. Fue en ese mismo momento cuando el nuevo plan estaba fermentando en la mente de Hitler.

5

La guerra en Finlandia

Tras la partición de Polonia Stalin estaba preocupado por salvaguardar el flanco báltico de Rusia contra una futura amenaza de su compañero temporal: Hitler. Por tanto, el Gobierno soviético no perdió tiempo para lograr el control estratégico de sus antiguos territorios tapón en el Báltico. El 10 de octubre había alcanzado pactos con Estonia, Letonia y Lituania que permitían a sus fuerzas tener guarniciones en lugares clave de esos países. El día 9 comenzó conversaciones con Finlandia y el 14 el Gobierno soviético formuló sus exigencias. Estas tenían tres objetivos principales.

Primero, defender la aproximación por mar a Leningrado y así a) «poder bloquear el golfo de Finlandia con artillería en ambas costas, para evitar que buques de guerra o de transporte enemigos entrasen en el golfo»; b) «conseguir evitar que cualquier enemigo pueda acceder a las islas del golfo de Finlandia situadas a oeste y noroeste de la entrada de Leningrado». Con este objetivo se pidió a los finlandeses que cedieran las islas de Hogland, Seiskari, Lavanskari, Tytarskari y Loivisto, a cambio de otros territorios; también arrendar el puerto de Hangö por treinta años para que los rusos pudieran establecer una base naval con artillería costera, capaz, junto a la base naval de Paldaski en la orilla opuesta, de bloquear el acceso al golfo de Finlandia.



Segundo, proporcionar una mejor protección a la aproximación terrestre a Leningrado desplazando hacia atrás la frontera finlandesa en el istmo de Carelia, hasta una línea desde la que la artillería pesada no alcance

Leningrado. Los ajustes de la frontera dejarían intactas las principales defensas de la línea Mannerheim.

Tercero, ajustar la frontera en el extremo norte, «en la región de Petsamo, donde la frontera fue trazada mal y artificialmente». Era una línea recta que recorría el estrecho istmo de la península de Rybachi y cortaba el extremo occidental de esa península. Aparentemente este reajuste estaba diseñado para proteger el acercamiento marítimo a Murmansk al evitar que un posible enemigo se instalara en la península de Rybachi.

A cambio de estos reajustes territoriales, la Unión Soviética ofrecía ceder a Finlandia las regiones de Repola y Porajorpi —un intercambio que, incluso, según el libro blanco finlandés, le habría proporcionado 5527 kilómetros cuadrados en compensación por la cesión a Rusia de un territorio total de 2760 kilómetros cuadrados—.

Un examen objetivo de esta propuesta sugiere que se enmarcaba en un fundamento racional, para proporcionar una mayor seguridad al territorio soviético sin grave detrimiento para la seguridad de Finlandia. Claramente habría entorpecido el uso de Finlandia como trampolín ante cualquier ataque alemán contra Rusia. Sin embargo, no hubiera proporcionado a Rusia ninguna ventaja apreciable para un ataque contra Finlandia. De hecho, el territorio que Rusia ofrecía ceder a Finlandia habría ampliado su incómodamente estrecho espacio en la zona.

No obstante, el sentimiento nacional hacía difícil que los finlandeses aceptaran un acuerdo de este tipo. Mientras que expresaron su disposición a ceder todas las islas excepto Hogland, eran reticentes a abandonar el puerto de Hangö en tierra firme, argumentando que ello sería incompatible con su política de estricta neutralidad. Entonces los rusos ofrecieron comprar este territorio, argumentando que tal adquisición respetaría las obligaciones de neutralidad finlandesas. Con todo, los finlandeses rechazaron esta oferta. Las discusiones se agriaron, el tono de la prensa rusa se volvió amenazante y el 28 de noviembre el Gobierno soviético suspendió el tratado de no agresión de 1932. El 30, comenzó la invasión rusa.

El avance inicial se detuvo, para asombro del mundo. Un avance directo desde Leningrado por el istmo de Carelia se frenó en las capas exteriores de la línea Mannerheim. Un ataque cerca del lago Ladoga no logró avanzar. En el otro extremo del frente los rusos aislaron el pequeño puerto de Petsamo en el océano Ártico, como forma de bloquear la llegada de ayuda a Finlandia por esa ruta.

Otras dos ofensivas directamente amenazantes se produjeron a través de la parte más estrecha de Finlandia. La más septentrional penetró, pasando por Salla, hasta Kemijarvi, a mitad de camino del golfo de Bothnia, antes de que un contraataque de una división finlandesa que había sido trasladada por ferrocarril desde el sur la obligara a retroceder. El ataque meridional, más allá de Soumussalmi, también fue interrumpido por un contraataque, a principios de enero de 1940. Rodeando el flanco del invasor, los finlandeses bloquearon su línea de suministros y retirada, esperaron a que sus tropas estuvieran agotadas por el frío y el hambre y después las atacaron y dispersaron.

En Occidente, las simpatías hacia Finlandia, en tanto que nueva víctima de una agresión, se convirtió rápidamente en entusiasmo por el éxito aparente del débil que rechaza al fuerte. El impacto tuvo repercusiones de amplio alcance. Motivó que los Gobiernos francés y británico contemplaran el envío de una fuerza expedicionaria a este nuevo teatro de operaciones, no solo con el objetivo de ayudar a Finlandia, sino también de asegurarse el acceso a las minas de hierro suecas de Gällivare, en las que se aprovisionaba Alemania, y situarse en una posición que amenazaba el flanco báltico alemán. En parte por las objeciones de Noruega y Suecia, este proyecto no llegó a materializarse antes de la caída de Finlandia. De este modo Francia y Gran Bretaña evitaron enfangarse en una guerra con la URSS al igual que con Alemania en un momento en que sus propias capacidades defensivas eran peligrosamente débiles. Pero la obvia amenaza de un ataque aliado en Escandinavia precipitó la decisión de Hitler de evitarlo ocupando Noruega.

Otro efecto de los éxitos iniciales de Finlandia fue que reforzó la tendencia general a infravalorar la capacidad militar soviética. Este punto de vista se encarnó en una alocución radiofónica de Winston Churchill el 20 de enero de 1940, en la que afirmó que Finlandia «había expuesto ante el mundo la incapacidad militar del Ejército Rojo». Esta valoración errónea era compartida, hasta cierto punto, por Hitler, lo que tendría consecuencias cruciales durante el año siguiente.

Sin embargo, un análisis más desapasionado de la campaña proporcionaba mejores razones para la ineficacia del avance original. No había signos de preparativos adecuados para montar una ofensiva potente y respaldada por grandes existencias de municiones y equipos procedentes de los enormes recursos rusos. Hubo claros indicios de que sus fuentes de información habían engañado a las autoridades rusas sobre la situación en Finlandia y que, en lugar de contar con una resistencia importante, pensaron que no tendrían más que apoyar un levantamiento de los finlandeses contra un Gobierno

impopular. El país estaba lleno de dificultades para un invasor, lleno de obstáculos naturales que estrechaban las vías de acceso y ayudaban en la defensa. Entre el lago Ladoga y el océano Ártico la frontera parecía muy amplia en el mapa, pero en realidad era una maraña de lagos y bosques, ideal para montar trampas, así como para una resistencia tenaz. Además, en el lado soviético de la frontera las comunicaciones por ferrocarril consistían en una solitaria línea desde Leningrado hasta Murmansk que, en su extensión de casi 1300 kilómetros solo tenía un ramal que llevaba a la frontera finlandesa. Esta limitación se reflejaba en el hecho de que los ataques laterales, que parecían fantásticos en los muy coloridos informes finlandeses, se llevaban a cabo con solo tres divisiones cada uno, mientras que se utilizaron cuatro en la maniobra de flanqueo al norte del lago Ladoga.

Con diferencia, la mejor manera de invadir Finlandia era a través del istmo de Carelia, entre el lago Ladoga y el golfo de Finlandia, pero aquí estaba el bloqueo de la línea Mannerheim y de las seis divisiones finlandesas en activo, que estaban concentradas ahí desde el principio de las hostilidades. Los ataques rusos más al norte, a pesar de que funcionaron mal, sirvieron al objetivo de obligar a desplazar parte de las reservas finlandesas hacia allí mientras Rusia llevaba a cabo preparativos exhaustivos y desplazaba catorce divisiones para realizar un ataque serio contra la línea Mannerheim. Este tuvo lugar el 1 de febrero, bajo la dirección del general Meretskov. Su peso se concentró en una franja de dieciséis kilómetros cerca de Summa, que padeció un enorme bombardeo de artillería. Una vez machacadas las fortificaciones, los tanques y la infantería trasladada en trineos avanzó para ocupar el terreno, mientras que la Fuerza Aérea soviética impidió los intentos de contraataque. Tras poco más de dos semanas de este metódico proceso se logró una abertura en toda la profundidad de la línea Mannerheim. Entonces los atacantes avanzaron para arrinconar a las fuerzas finlandesas en ambos flancos, antes de seguir adelante hasta Viipuri (Viborg). Una operación de flanqueo aún mayor se llevó a cabo a través del helado golfo de Finlandia a cargo de tropas que avanzaban desde la isla atrapada en el hielo de Hogland, aterrizando muy en retaguardia de Viipuri. Aunque se mantuvo una obstinada defensa durante varias semanas frente a Viipuri, las limitadas fuerzas finlandesas se habían desgastado en el intento de conservar el istmo de Carelia. Una vez forzado un paso y amenazado sus comunicaciones, el desplome final era inevitable. La capitulación era la única manera de evitarlo, ya que la fuerza expedicionaria franco-británica ofrecida no había llegado, aunque estaba a punto de embarcar.

El 6 de marzo de 1940 el Gobierno finlandés envió una delegación para negociar la paz. Más allá de las anteriores condiciones soviéticas se exigía ahora a Finlandia que cediera territorio en las comunidades de Salla y Kunsamo, todo el golfo de Carelia, incluyendo Viipuri, así como la parte finlandesa de la península de Sredni. También tenían que construir un ferrocarril entre Kemijarvi y la frontera (todavía sin fijar) para conectar con el ramal ruso. El 13 de marzo se anunció la aceptación de las condiciones soviéticas.

Dado el radical cambio de circunstancias, especialmente después de la desastrosa caída del sector de Summa de la línea Mannerheim el 12 de febrero, las nuevas condiciones soviéticas eran extraordinariamente moderadas. Pero el mariscal Mannerheim, que era más realista que la mayor parte de los estadistas, y que tenía dudas justificadas sobre las apremiantes ofertas de ayuda franco-británicas, insistió en que fueran aceptadas las exigencias soviéticas. Por su parte, al incrementar tan poco las exigencias, Stalin también mostró habilidad política, además de su evidente inquietud por librarse de un compromiso que había retenido a más de un millón de soldados de tropas soviéticas, así como una gran parte de sus tanques y aviones, en un momento en que la crucial primavera de 1940 era inminente.

Mientras que las características de Polonia eran más favorables a una ofensiva de guerra relámpago que en ningún otro lugar de Europa, Finlandia ofrecía un teatro de operaciones totalmente inadecuado para ese tipo de acción, especialmente en el momento del año en que había tenido lugar la invasión.

El envolvimiento geográfico de la frontera polaca se intensificó por la amplitud de las comunicaciones alemanas y la escasez de las polacas. La naturaleza abierta del país ofrecía alcance para los ataques de las fuerzas mecanizadas, garantizados por el clima seco de septiembre. El Ejército polaco estaba más ligado a la tradición ofensiva que la mayoría de los ejércitos y de ahí su debilidad al utilizar sus dispersos medios de acción defensiva.

En contraste, en Finlandia el defensor se beneficiaba de tener un sistema de comunicaciones internas mucho mejor, tanto de ferrocarril como de carreteras, que las que tenía el atacante en su lado de la frontera. Los finlandeses tenían varias líneas ferroviarias paralelas a la frontera para el rápido movimiento lateral de sus reservas; los rusos solo tenían una única línea desde Leningrado a Murmansk, con un único ramal hasta la frontera finlandesa. Fuera de allí, los rusos tenían que avanzar entre 80 y 240 kilómetros desde el ferrocarril antes de cruzar la frontera, y una distancia

mucho mayor antes de poder amenazar cualquier punto de importancia estratégica. Además, el avance debía realizarse en un territorio de lagos y bosques, utilizando malas carreteras, llenas de una espesa capa de nieve en ese momento del año.

Estas dificultades establecían un estrecho límite en las fuerzas que la Unión Soviética podía desplazar y mantener, excepto mediante un avance directo a través del istmo de Carelia contra la fuertemente defendida línea Mannerheim. Este cuello de tierra, de unos 110 kilómetros de ancho en el mapa, es mucho menor en la realidad estratégica. La mitad está bloqueada por el ancho río Vuoksi, mientras que gran parte del terreno restante está cubierto por una serie de lagos, con bosques entremezclados. Tan solo cerca de Summa hay espacio para desplegar una fuerza en cantidad suficiente.

Además de las dificultades estratégicas de reunir fuerzas importantes en las partes de la frontera finlandesa aparentemente expuestas y llevarlas en profundidad a territorio enemigo, está el problema táctico de vencer la resistencia de los defensores, conocedores del terreno y capaces de aprovechar sus ventajas. Los lagos y bosques tienden a canalizar a una fuerza invasora en estrechos corredores de avance en los que puede ser barrida por fuego de ametralladora; también ofrecen numerosas oportunidades de maniobras ocultas de flanqueo, así como de hostigamiento guerrillero. Penetrar en este tipo de territorio frente a un enemigo habilidoso es suficientemente peligroso en verano y es mucho más difícil durante el invierno ártico, cuando las pesadas columnas son tan torpes como un hombre con zuecos que trate de pelear con un oponente con zapatillas de deporte.

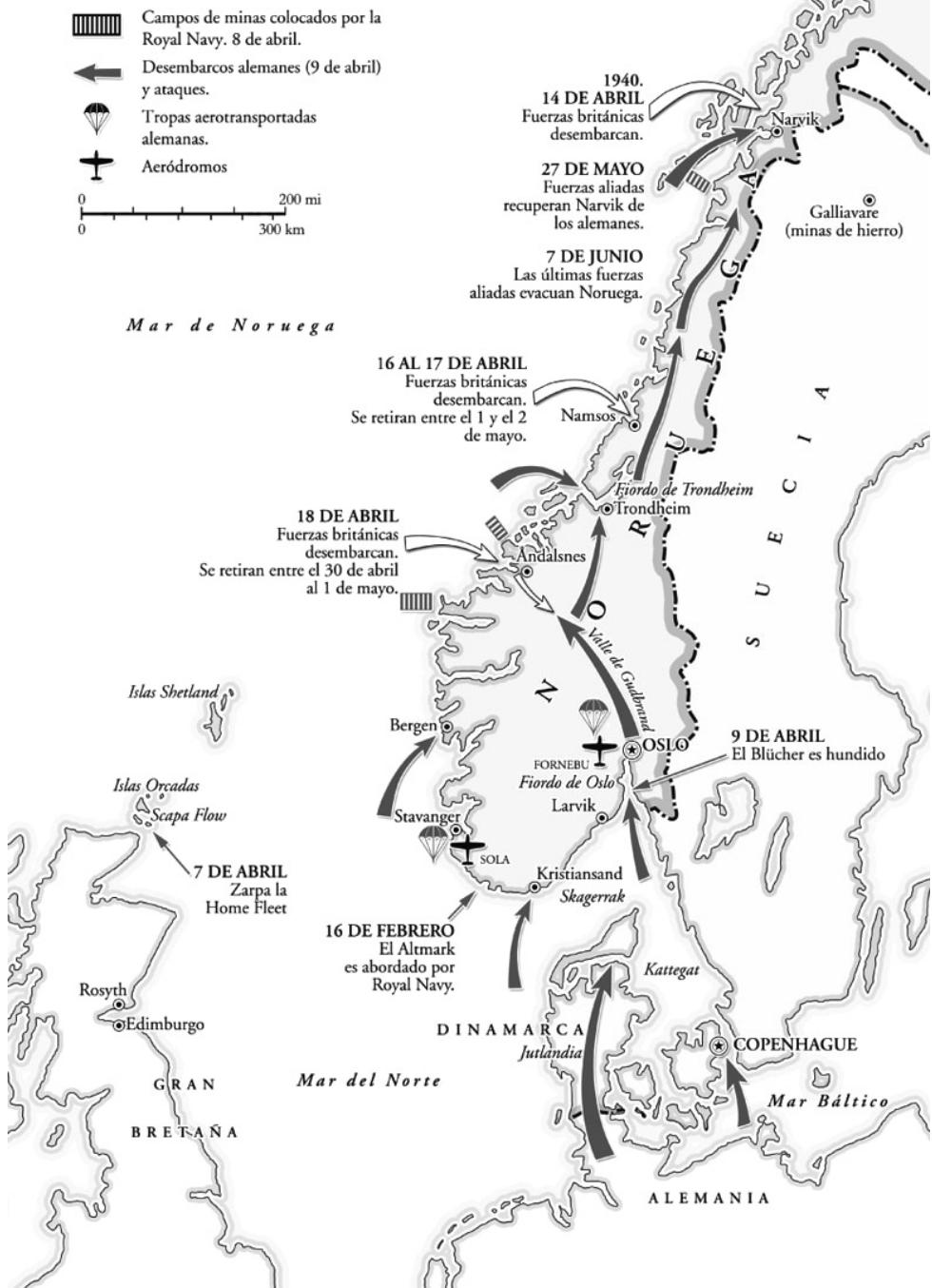
Si el mariscal Mannerheim obviamente se arriesgó al mantener todas sus reservas en el extremo sur hasta que los rusos mostraran sus intenciones, en conjunto su estrategia estaba justificada por las oportunidades que las penetraciones iniciales del enemigo ofrecían para posteriores contraataques, especialmente en ese tipo de terreno y en condiciones invernales.

En cuanto a los rusos, era de esperar que unos planes basados en falsos presupuestos se deshicieran al ser sometidos a la prueba de la realidad. Sin embargo, esto no es, en sí mismo, una prueba de ineeficiencia militar del conjunto del ejército en cuestión. Mientras que los régimes autoritarios son especialmente susceptibles del tipo de informes de situación que coinciden con sus deseos, ningún tipo de Gobierno es inmune a esos riesgos. Es conveniente recordar que quizás los mayores supuestos falsos en la historia contemporánea fueron aquellos en que se basaban los planes franceses en 1914 y 1940.

TERCERA PARTE

**El aluvión
(1940)**

LA INVASIÓN DE NORUEGA



6

La invasión de Noruega

Los seis meses de engañosa tranquilidad que siguieron a la conquista de Polonia terminaron con un súbito trueno. Y no procedió del centro de la tormenta, sino de la periferia escandinava. Los pacíficos Noruega y Dinamarca se vieron golpeados por el resplandor de un rayo hitleriano.

Los periódicos del 9 de abril informaban de que el día anterior fuerzas navales británicas y francesas habían penetrado en las aguas noruegas y colocado minas para impedir el paso de cualquier buque que comerciara con Alemania. Los comentarios que se congratulaban de la iniciativa se mezclaban con los argumentos que justificaban la quiebra de la neutralidad noruega. Pero esa mañana la radio dejó anticuados a los periódicos, ya que anunciaban la noticia de que fuerzas alemanas habían desembarcado en una serie de puntos a lo largo de la costa noruega y que, también, habían invadido Dinamarca.

La audacia de estos movimientos alemanes, desafiando la superioridad del poder naval británico asombró a los líderes aliados. Cuando el primer ministro, Chamberlain, hizo una declaración en la cámara de los comunes esa tarde, dijo que había habido desembarcos alemanes en la costa oeste de Noruega, en Bergen y Trondheim, así como en la costa sur, y añadió: «Hay algunos informes sobre desembarcos en Narvik, pero dudo mucho que sean correctos». Para las autoridades británicas parecía increíble que Hitler se hubiese arriesgado a desembarcar tan al norte, y aún más sabiendo que sus propias fuerzas navales estaban presentes en gran número en la zona, para respaldar las operaciones de minado y otras acciones previstas. Pensaron que

«Narvik» en realidad era un error ortográfico para referirse a «Larvik», un lugar de la costa sur.

Sin embargo, antes de que acabara el día, quedó claro que los alemanes se habían apoderado de la capital de Noruega, Oslo, y de los principales puertos, incluido Narvik. Todos sus desembarcos simultáneos se habían coronado con éxito.

A la rápida decepción del Gobierno británico sobre este asunto siguió una nueva ilusión. Churchill, por entonces primer lord del almirantazgo, dijo en la Cámara de los Comunes dos días después:

Desde mi punto de vista, compartido por muchos consejeros cualificados, Hitler ha cometido un grave error estratégico..., hemos ganado mucho con lo ocurrido en Escandinavia... Se ha comprometido en un conjunto de puntos de la costa noruega, en los que ahora tendrá que luchar, si es necesario, durante todo el verano, contra potencias con fuerzas navales muy superiores y con capacidad de transportarlas a los teatros de operaciones más fácilmente que él mismo. No puedo vislumbrar que haya obtenido ninguna ventaja a cambio... Creo que nos hemos beneficiado grandemente por... el gran error estratégico al que ha sido inducido nuestro enemigo mortal.

[1]

Estas bellas palabras no se vieron acompañadas de hechos. Los movimientos de respuesta británicos fueron lentos, dubitativos y torpes. Cuando llegó el momento de entrar en acción el almirantazgo, a pesar de su desdén por la fuerza aérea antes de la guerra, fue sumamente cauto y se negó a arriesgar navíos en lugares en los que su intervención podría haber sido decisiva. Los movimientos de tropas fueron aún más débiles. Aunque hubo desembarco de fuerzas en diversos lugares con intención de rechazar al invasor alemán, fueron reembarcadas en prácticamente una quincena, excepto por el punto de apoyo en Narvik, que fue abandonado un mes después, tras la ofensiva principal alemana en el oeste.

Los castillos en el aire de Churchill se habían caído. Habían sido elevados sobre la base de una idea equivocada de la situación y de los cambios en la guerra moderna, especialmente el efecto de la fuerza aérea en la potencia naval.

Había habido más realidad y sentido en sus palabras finales, cuando, tras describir Noruega como una trampa para Hitler, habló de la invasión alemana como un movimiento al que Hitler había «sido inducido». Porque el más

sorprendente de todos los descubrimientos de posguerra sobre la campaña fue el hecho de que Hitler, a pesar de toda su inmoralidad, hubiera preferido mantener a Noruega neutral, y no planificara su invasión hasta que fue inducido por signos palpables de que los aliados estaban planeando una acción hostil en esa zona.

Es fascinante fijar la secuencia de los acontecimientos entre bambalinas y en ambos bandos, aunque también es trágico y horrible contemplar cómo los políticos con espíritu ofensivo reaccionan, unos con otros, para producir explosiones de fuerza destructivas. El primer paso claro en ambos bandos fue el 19 de septiembre de 1939, cuando Churchill (como lo refleja en sus memorias) presionó al Gobierno británico para aprobar el proyecto de minar «las aguas territoriales noruegas» y, de ese modo, «eliminar el transporte por parte de Noruega del hierro sueco desde Narvik» hacia Alemania. Manifestó que este paso sería «de la mayor importancia para paralizar la industria de guerra enemiga». Según su nota posterior al primer lord del Mar: «El gabinete, incluyendo el secretario de Asuntos Exteriores [lord Halifax], se mostró muy favorable a esta acción».

Esto es muy sorprendente y sugiere que el gabinete se inclinaba a favorecer el fin sin considerar cuidadosamente los medios o a dónde podían conducir estos. Un proyecto similar se había tratado en 1918, pero en aquella ocasión, tal y como se refleja en la historia naval oficial:

(...) el comandante en jefe [lord Beatty] dijo que para los oficiales y marinos de la flota sería repugnante penetrar, con una superioridad abrumadora, en las aguas territoriales de un país pequeño pero muy energético y coaccionarlo. Si los noruegos resistían, como probablemente ocurriría, correría la sangre; esto, según el comandante en jefe, «constituiría un crimen tan abominable como cualquiera que hayan cometido los alemanes en cualquier otro lugar».

Es evidente que los marinos eran más escrupulosos que los estadistas, o que el Gobierno británico tenía un ánimo más temerario al inicio de la guerra, en 1939, que al final de la Primera Guerra Mundial.

Sin embargo, el personal del Ministerio de Asuntos Exteriores ejerció una influencia restrictiva e hizo ver al gabinete las objeciones de violar la neutralidad de Noruega, tal y como se preveía. Churchill cuenta con tristeza: «Los argumentos del Ministerio de Asuntos Exteriores sobre la neutralidad eran importantes y no pude imponerme. Seguí... presionando por todos los medios y en todas las ocasiones»^[2]. Se convirtió en objeto de discusión en

círculos más amplios y los argumentos a su favor llegaron a ser examinados por la prensa. Este era precisamente el medio para aumentar las inquietudes alemanas y provocar contramedidas.

En el lado alemán el primer punto significativo que se encuentra en los registros capturados tuvo lugar a principios de octubre, cuando el comandante en jefe de la Marina, almirante Raeder, expresó temores de que los noruegos pudiesen abrir sus puertos a los británicos e informó a Hitler sobre las desventajas estratégicas que esa ocupación pudiera provocar. También sugirió que sería ventajoso para la campaña submarina alemana «conseguir bases en la costa noruega —Trondheim, por ejemplo— con ayuda de la presión rusa».

Pero Hitler rechazó la sugerencia. Estaba centrado en sus planes para un ataque al oeste que obligara a Francia a pedir la paz y no quería ser arrastrado hacia ninguna operación superflua o que desviara recursos.

Una incitación nueva y mucho más poderosa, para ambos bandos, surgió con la invasión rusa de Finlandia a finales de noviembre. Churchill vio en ella una nueva posibilidad de golpear el flanco alemán con el pretexto de la ayuda a Finlandia: «Vi con buenos ojos esta brisa nueva y favorable como un medio para lograr la importante ventaja estratégica de cortar los vitales suministros de hierro de Alemania»^[3].

En una nota del 16 de diciembre ordenó todos sus argumentos para dar este paso, que describió como «una operación ofensiva principal». Reconocía que probablemente llevara a los alemanes a invadir Escandinavia ya que, como decía: «Si disparas al enemigo él te contestará disparando». Continuó afirmando «tenemos más que ganar que perder por un ataque alemán contra Noruega y Suecia». (Omitió cualquier consideración sobre los sufrimientos de los pueblos escandinavos al ver convertidos sus países en un campo de batalla).

Sin embargo, la mayoría del gabinete seguía teniendo recelos respecto a violar la neutralidad de Noruega. A pesar de las poderosas súplicas de Churchill se abstuvieron de ratificar la ejecución inmediata de este proyecto. Pero autorizaron al Estado Mayor para que «planeara un desembarco de tropas en Narvik», que era la última estación del ferrocarril que llevaba a las minas de hierro de Gällivare, en Suecia, y desde allí a Finlandia. Aunque la ayuda a Finlandia era el objetivo aparente de tal expedición, el principal y subyacente era el dominio de las zonas mineras de hierro suecas.

Ese mismo mes un destacado visitante llegó a Berlín desde Noruega. Era Vidkun Quisling, un antiguo ministro de Defensa, que había dirigido un pequeño partido de tipo nazi y tenía una viva simpatía por Alemania. Al

llegar vio al almirante Raeder, al que recalcó el peligro de que Gran Bretaña ocupara pronto Noruega. Le pidió dinero y ayuda clandestina para llevar a cabo sus propios planes y organizar un golpe que derrocara el Gobierno noruego existente. Dijo que un cierto número de oficiales noruegos importantes estaban dispuestos a apoyarle, incluyendo —según afirmó— el coronel Sundlo, comandante de Narvik. Una vez en el poder invitaría a los alemanes a proteger Noruega y, de ese modo, impedir la llegada británica.

Raeder convenció a Hitler para que viera personalmente a Quisling y se reunieron el 16 y el 18 de diciembre. El registro de sus conversaciones muestra que Hitler dijo que «prefería que Noruega, al igual que el resto de Escandinavia, permaneciera completamente neutral», ya que no quería «ampliar el teatro de operaciones de la guerra». Pero «si el enemigo se estaba preparando para extender la guerra, él tomaría medidas para defenderse de la amenaza». Mientras tanto a Quisling le prometieron un subsidio y le aseguraron que iban a estudiar la cuestión de proporcionarle ayuda militar.

Aun así, el diario de guerra del Estado Mayor Naval alemán muestra que el 13 de enero, un mes después, seguían pensando que «la solución más favorable sería mantener la neutralidad de Noruega», aunque se estaban poniendo nerviosos porque «Inglaterra pretendiera ocupar Noruega con el acuerdo tácito del Gobierno noruego».

¿Qué estaba pasando al otro lado de la colina? El 15 de enero el general Gamelin, comandante en jefe francés, envió una nota a Daladier, el primer ministro, sobre la importancia de abrir un nuevo teatro de operaciones en Escandinavia. También desarrolló un plan para un desembarco aliado en Petsamo, al norte de Finlandia, unido a la preventiva «captura de puertos y aeródromos en la costa oeste de Noruega». Además, el plan contemplaba la posibilidad de «extender las operaciones a Suecia y ocupar las minas de hierro de Gällivare».

Una emisión de Churchill, que se dirigía a los neutrales en su obligación de unirse en el combate contra Hitler, avivó naturalmente los miedos alemanes.^[4] Hubo muchas pistas públicas de las acciones aliadas.

El 27, Hitler dio órdenes explícitas a sus consejeros militares para preparar planes completos de una invasión de Noruega en caso necesario. El Estado Mayor especial que se constituyó *ad hoc* se reunió por primera vez el 5 de febrero.

Ese día el Consejo Supremo de Guerra aliado se reunió en París y Chamberlain se llevó a Churchill a la reunión. En estos encuentros se aprobaron planes para preparar una fuerza de dos divisiones británicas y un

contingente francés ligeramente más pequeño como «Ayuda a Finlandia». Debían ser «camuflados como voluntarios» en un esfuerzo por disminuir las posibilidades de una guerra abierta con Rusia. Pero hubo una discusión respecto a la ruta que debían seguir. El primer ministro británico enfatizó las dificultades de desembarcar en Petsamo y las ventajas de hacerlo en Narvik, especialmente «para tomar el control de las minas de hierro de Gällivare». Este debía ser el objetivo principal y solo una parte de las fuerzas debían ser dirigidas a la ayuda a Finlandia. Los argumentos británicos prevalecieron y se decidió que la expedición debía embarcarse a principios de marzo.

El 16 de febrero tuvo lugar un incidente profético. Un navío alemán, el Altmark, que trasladaba prisioneros británicos desde el Atlántico sur, fue perseguido por destructores británicos y se refugió en un fiordo noruego. Churchill envió una orden directa al capitán Vian del HMS^[5] Cossack para que penetrara en aguas noruegas, abordara el Altmark y rescatara a los prisioneros. Dos cañoneras noruegas se encontraban en el lugar pero estaban intimidadas y la subsiguiente protesta del Gobierno noruego sobre la intrusión en sus aguas fue rechazada.

Hitler contempló la protesta como un mero gesto para embauclarle y estaba convencido de que el Gobierno noruego era un buen dispuesto cómplice de Gran Bretaña. Esta creencia se alimentaba por la pasividad de las dos cañoneras y por los informes de Quisling de que la acción del Cossack había sido un asunto «preparado». Según los almirantes alemanes el asunto del Altmark fue decisivo en el cambio de opinión de Hitler a favor de la intervención en Noruega. Fue la chispa que encendió el fuego.

Hitler consideraba que no podía esperar a que se desarrollara el plan de Quisling, especialmente porque observadores alemanes en Noruega informaron de que el partido de Quisling lograba escasos avances, mientras que otros informes procedentes de Inglaterra indicaban que se preparaba alguna acción en Noruega, además de reunir tropas y transportes.

El 20, Hitler convocó al general Von Falkenhorst y le encargó dirigir y preparar una fuerza expedicionaria para Noruega, diciéndole: «Me han informado de que los ingleses intentan desembarcar allí y quiero llegar antes que ellos. La ocupación de Noruega por los británicos sería un movimiento estratégico que los llevaría hasta el Báltico, donde no tenemos ni tropas ni fortificaciones costeras..., el enemigo se encontraría en posición de avanzar hasta Berlín y romper la espina dorsal de nuestros dos frentes».

El primero de marzo Hitler emitió una directiva para la preparación completa de la invasión. Dinamarca también sería ocupada como trampolín

estratégico necesario y salvaguarda de las líneas de comunicación.

Pero incluso entonces no se había tomado una decisión definitiva de atacar. Los registros de las reuniones de Raeder con Hitler muestran que este estaba dividido entre su convicción de que «mantener la neutralidad de Noruega era lo mejor» para Alemania y su temor a un inminente desembarco británico. Al presentar los planes navales el 9 de marzo se extendía en las incertidumbres de llevar a cabo una operación «contraria a todos los principios de la guerra naval», mientras que, al mismo tiempo, decía que era «urgente».

A la semana siguiente el estado de ansiedad del lado alemán se volvió más febril. El 13, se informó de que sumergibles británicos estaban concentrados frente a la costa sur de Noruega; el 14 los alemanes interceptaron un mensaje de radio en el que se ordenaba a los buques de transporte aliados que estuvieran preparados para ponerse en marcha; el 15 un grupo de oficiales franceses llegaron a Bergen. Los alemanes sentían que se les iban a adelantar, puesto que su propia fuerza expedicionaria todavía no estaba lista.

¿Qué estaba pasando realmente en el bando aliado? El 21 de febrero Daladier instó a utilizar el asunto del Altmark como pretexto para la «toma inmediata» de los puertos noruegos «mediante un ataque por sorpresa». Daladier argumentaba: «La justificación, a ojos de la opinión pública mundial, será más fácil cuanto más rápido se lleve a cabo la operación y más pueda explotar nuestra propaganda el recuerdo de la reciente complicidad de Noruega en el incidente del Altmark», una forma de hablar que era notablemente parecida a la de Hitler. La propuesta del Gobierno francés era contemplada con ciertas dudas en Londres, ya que las fuerzas expedicionarias no estaban preparadas y Chamberlain seguía esperando que los Gobiernos noruego y sueco aceptasen la llegada de las tropas aliadas.

Pese a todo, en la reunión del Gabinete de Guerra del 8 de marzo Churchill desveló un plan para una llegada en fuerza frente a Narvik y el desembarco inmediato de un destacamento de tropas, siguiendo el principio de «mostrar fuerza para evitar tener que usarla». En una reunión posterior, el 12, el gabinete «decidió reavivar los planes» para el desembarco en Trondheim, Stavanger y Bergen, así como en Narvik.

La fuerza desembarcada en Narvik debía penetrar rápidamente en el territorio y cruzar la frontera sueca para llegar a las minas de hierro de Gällivare. Todo debía estar listo para ejecutar los planes el 20 de marzo.

Pero los planes se alteraron por el hundimiento militar de Finlandia y su capitulación frente a Rusia el 13 de marzo, lo que privó a los aliados del

pretexto principal para acudir a Noruega. La primera reacción a esta ducha fría fue enviar a Francia dos de las divisiones previstas para Noruega, aunque el equivalente a una división siguió disponible. Otra consecuencia fue la caída de Daladier y su sustitución por Paul Reynaud como primer ministro de Francia. Llegó al poder en un contexto de exigencia de una política más ofensiva y una acción más inmediata. Reynaud fue a Londres para reunirse con el Consejo Supremo de Guerra aliado, el 28 de marzo, decidido a presionar para la ejecución inmediata del proyecto noruego por el que Churchill había estado abogando durante tanto tiempo.

No obstante, ya no había necesidad de tal presión ya que, como ha relatado Churchill, Chamberlain «para entonces se había inclinado mucho más por algún tipo de acción agresiva». Como había ocurrido en la primavera de 1939, una vez tomada la decisión se lanzó de lleno adelante. En la apertura del Consejo, no solo defendió fuertemente la acción en Noruega, sino que instó a la adopción del otro proyecto favorito de Churchill: el de lanzar desde aviones un flujo continuo de minas en el Rin y otros ríos alemanes. Reynaud expresó algunas dudas sobre esta última operación y dijo que necesitaría el acuerdo del Comité de Guerra francés. Sin embargo, acogió con entusiasmo la operación noruega.

Se decidió que el minado de las aguas noruegas se llevaría a cabo el 5 de abril y que sería respaldado por el desembarco de fuerzas en Narvik, Trondheim, Bergen y Stavanger. El primer contingente de tropas debía partir para Narvik el 8. Pero entonces se produjo un nuevo retraso. El Comité de Guerra francés no estaba de acuerdo con minar el Rin por temor a la venganza alemana «que recaería sobre Francia». No mostraron esa preocupación respecto a la venganza que caería sobre Noruega a raíz de la otra operación y Gamelin incluso había destacado que uno de sus objetivos era «arrastrar al enemigo a una trampa provocándole para que desembarque en Noruega». Con todo, Chamberlain trató de insistir en que ambas operaciones debían llevarse a cabo y convino con Churchill en que este debía ir a París el 4 y hacer un nuevo intento —que no tuvo éxito— para convencer a los franceses de adoptar su plan para el Rin.

Esto supuso un pequeño aplazamiento de Wilfred, el plan noruego. Es extraño que Churchill aceptara el retraso, ya que en la reunión del Gabinete de Guerra del día anterior se habían presentado informes del Ministerio de Guerra y del de Asuntos Exteriores que mostraban que un gran número de buques alemanes estaban concentrados, con tropas a bordo, en los puertos cercanos a Noruega. De manera absurda se sugirió —y asombrosamente se

creyó— que esas fuerzas estaban preparadas para un contraataque ante un desembarco británico en Noruega.

El inicio de las operaciones en Noruega se pospuso tres días, hasta el 8. Este retraso adicional fue fatídico para sus perspectivas de éxito. Permitió a los alemanes entrar en Noruega justo antes que los aliados.

El primero de abril Hitler finalmente se decidió y ordenó que la invasión de Noruega y Dinamarca comenzara a las 05:15 del día 9. Esta decisión fue posterior a un inquietante informe de que las baterías antiaéreas y costeras noruegas tenían autorización para abrir fuego sin esperar órdenes superiores, lo que sugería que las fuerzas noruegas estaban listas para entrar en acción y que, si Hitler esperaba más tiempo sus posibilidades de sorpresa y éxito se desvanecerían.

En las horas de oscuridad del 9 de abril destacamentos avanzados de tropas alemanas, la mayoría en buques de guerra, llegaron a los principales puertos de Noruega, desde Oslo hasta Narvik en el norte y los ocuparon sin grandes dificultades. Sus comandantes anunciaron a las autoridades locales que habían acudido para mantener Noruega bajo protección alemana ante una inminente invasión aliada, una afirmación que un portavoz aliado negó rápidamente y continuó haciéndolo.

Como dijo lord Hankey, miembro por entonces del Gabinete de Guerra:

(...) desde que empezaron los planes hasta la invasión alemana, tanto Gran Bretaña como Alemania se mantuvieron más o menos a la par en sus planes y preparativos. En realidad, Gran Bretaña comenzó a planificar un poco antes..., ambos planes se ejecutaron casi simultáneamente, con Gran Bretaña veinticuatro horas por delante en el llamado acto de agresión, si es que el término se puede aplicar a cualquiera de los bandos.

Pero el acelerón final de Alemania fue más rápido y contundente. Ganó la carrera por muy poco, casi hubo que usar la «foto finish».

Uno de los puntos más cuestionables de los juicios de Núremberg fue que la planificación y ejecución de la agresión contra Noruega se consideró uno de los mayores cargos contra los alemanes. Es difícil entender cómo los Gobiernos británico y francés tuvieron el valor de aprobar la inclusión de este cargo o cómo los fiscales podían presionar para lograr una condena sobre esta base. Tal comportamiento es uno de los casos más palpables de hipocresía de la historia.

Si nos centramos en el curso del desarrollo de la campaña, una revelación sorprendente es la pequeña dimensión de la fuerza que capturó la capital y los principales puertos de Noruega durante el ataque inicial. Incluía dos cruceros de batalla, un acorazado de bolsillo^[6], siete cruceros, catorce destructores, veintiocho sumergibles, una cierta cantidad de buques auxiliares y unos diez mil hombres, los elementos avanzados de las tres divisiones que se utilizaron para la invasión. En ningún lugar el desembarco inicial se llevó a cabo por más de dos mil hombres. También se utilizó un batallón de paracaidistas para tomar los aeródromos de Oslo y Stavanger. Esta fue la primera vez en que se usaron tropas paracaidistas para la guerra y demostraron ser muy valiosas. Pero el factor más decisivo del éxito alemán fue la Luftwaffe. La fuerza efectiva utilizada en la campaña fue de unos ochocientos aviones operativos y doscientos cincuenta aviones de transporte. En la primera fase intimidaron a los noruegos y posteriormente paralizaron los contraataques aliados.

¿Cómo fue posible que las fuerzas navales británicas no fueran capaces de interceptar y hundir las más débiles unidades alemanas que llevaban a los destacamentos de invasión? La extensión del espacio marítimo, la naturaleza de la costa noruega y el tiempo brumoso fueron importantes desventajas. Pero también hubo otros factores y desventajas más evitables. Gamelin apunta que cuando, el 2 de abril, apremió a Ironside, jefe del Estado Mayor Imperial, para que acelerara el envío de la fuerza expedicionaria, este replicó: «El almirantazgo es todopoderoso; le gusta organizar todo metódicamente. Está convencido de que puede evitar cualquier desembarco en la costa oeste de Noruega».

A las 13:25 del día 7, aviones británicos detectaron «poderosas fuerzas navales alemanas desplazándose rápidamente hacia el norte» a través de la desembocadura del Skaggerak, en dirección a la costa noruega. Churchill dice: «En el almirantazgo nos costaba pensar que esa fuerza se dirigiera a Narvik», a pesar de un «informe procedente de Copenhague que afirmaba que Hitler tenía intención de capturar ese puerto». La Home Fleet^[7] partió de Scapa Flow a las 19:30, pero parecía que tanto el almirantazgo como los almirantes embarcados pensaban sobre todo en alcanzar los cruceros de batalla alemanes. En sus esfuerzos por entrar en combate con estos buques perdieron de vista la posibilidad de que el enemigo tuviera intención de desembarcar y, por tanto, perdieron la oportunidad de interceptar los pequeños navíos que llevaban tropas terrestres.

Dado que la fuerza expedicionaria aliada ya estaba embarcada y lista para zarpar, ¿por qué fueron tan lentos en desembarcar y expulsar a los

destacamentos alemanes antes de que tuvieran tiempo de controlar los puertos noruegos? La principal razón está incluida en el párrafo anterior. Cuando el almirantazgo se enteró de que los cruceros de batalla alemanes habían sido localizados, ordenaron al escuadrón de cruceros que estaban en Rosyth «que dejaran a sus soldados en la costa, aunque fuera sin su equipamiento, y se unieran a la flota en el mar». Se comunicaron órdenes parecidas a los buques situados en Clyde y cargados de tropas.

¿Por qué los noruegos no ejercieron una mayor resistencia contra una fuerza invasora tan pequeña? Fundamentalmente porque sus propias fuerzas ni siquiera se habían movilizado. A pesar de las advertencias de su representante en Berlín y de la insistencia de su jefe de Estado Mayor, la orden para la movilización no se dio hasta la noche del 8 al 9 de abril, pocas horas antes de la invasión. Era demasiado tarde y la rapidez de los invasores interrumpió el proceso.

Además, como señala Churchill, el Gobierno noruego de la época estaba «principalmente preocupado por las actividades de los británicos». Fue desafortunado, y también irónico, que la operación de minado británica hubiera absorbido y distraído la atención de los noruegos durante las cruciales veinticuatro horas previas al desembarco alemán.

En cuanto a la posibilidad de los noruegos de recuperarse del golpe inicial, se vio disminuida por su falta de experiencia de combate y anticuada organización militar. En ningún modo estaban preparados para hacer frente a una guerra relámpago moderna, ni siquiera a la pequeña escala que se aplicaba a su caso. La debilidad de su resistencia quedaba muy clara por la velocidad con la que los invasores penetraron los profundos valles para invadir el país. Si la resistencia hubiera sido más encarnizada, la nieve derretida en los laterales de los valles —que entorpecía las maniobras de flanqueo— podría haber sido un impedimento más serio a las perspectivas alemanas de éxito.

Lo más asombroso de la serie inicial de operaciones fue la de Narvik, ya que este puerto septentrional está a casi 2000 kilómetros de las bases navales alemanas. Dos buques de defensa costera noruegos hicieron frente con gallardía al ataque de los destructores alemanes, pero fueron hundidos rápidamente. Las defensas costeras no hicieron ningún intento de resistencia, más por incompetencia que por traición. Al día siguiente una flotilla de destructores británicos remontó el fiordo y combatió en una acción mutuamente dañina con los alemanes. Estos fueron derrotados el 13 por la llegada de una flotilla más poderosa, apoyada por el acorazado Warspite. Pero

para entonces las tropas alemanas ya se habían asentado en Narvik y sus alrededores.

Más al sur, Trondheim fue tomado con facilidad después de que los buques alemanes pasaran dificultades ante las baterías que dominaban el fiordo, asumiendo un riesgo que había angustiado a los expertos aliados que habían considerado el problema. Al asegurar Trondheim, los alemanes se habían apoderado de la clave estratégica del centro de Noruega, aunque el problema seguía siendo si el puñado de tropas en la zona podría ser reforzado desde el sur.

En Bergen los alemanes sufrieron daños de los buques de guerra y baterías costeras noruegas, pero tuvieron pocos problemas en cuanto alcanzaron la costa.

Sin embargo, en la aproximación a Oslo la principal fuerza invasora sufrió un golpe, ya que el crucero Blücher, que transportaba a gran parte de los oficiales, fue hundido por torpedos desde la fortaleza Oscarborg, y se detuvo el intento de forzar el paso hasta que la fortaleza se rindió, esa tarde, tras un intenso ataque aéreo. Así, la captura de la capital noruega recayó en las tropas paracaidistas que habían aterrizado en el aeródromo de Fornebu; durante la tarde este reducido destacamento entró en la ciudad desfilando, y el engaño tuvo éxito. Pero el retraso al menos permitió al rey y su Gobierno escapar hacia el norte con idea de reunir la resistencia.

La toma de Copenhague se hizo coincidir con la llegada prevista a Oslo. Era fácil acceder a la capital danesa por mar, y poco antes de las cinco de la madrugada tres pequeños transportes entraron en la bahía, protegidos por la aviación. Los alemanes no encontraron resistencia en su desembarco y destacaron un batallón para tomar los cuarteles por sorpresa. Al mismo tiempo se produjo la invasión de la frontera terrestre del país en Jutlandia, aunque tras un breve intercambio de disparos se abandonó la resistencia. La ocupación de Dinamarca fue rápida para asegurar el control alemán de un corredor marítimo protegido desde sus propios puertos hasta el sur de Noruega y también les proporcionó aeródromos avanzados desde los que apoyar a sus tropas en aquel país. Aunque los daneses podían haber combatido más tiempo, su país era tan vulnerable que apenas se podía defender de un poderoso ataque con armamento moderno.

Una acción anterior y más decidida podría haber recuperado dos de los puntos clave de Noruega que los alemanes capturaron esa mañana. En efecto, en el momento del desembarco, la principal flota británica, bajo el mando del almirante Forbes, estaba al lado de Bergen, y pensó en enviar una fuerza para

atacar a los buques alemanes que se encontraban allí. El almirantazgo estuvo de acuerdo y sugirió que se realizara un ataque similar en Trondheim. Sin embargo, poco después, se decidió posponer el ataque a Trondheim hasta que los cruceros de batalla alemanes fueran localizados. Mientras tanto, una fuerza de cuatro cruceros y siete destructores se dirigió a Bergen, pero cuando unos aviones informaron de que había dos cruceros alemanes allí, en lugar de uno como se había reportado anteriormente, el almirantazgo se sintió abrumado de cautela y anuló el ataque.

Una vez que los alemanes estuvieron instalados en Noruega, la mejor manera de revertir la situación hubiera sido cortarles los suministros y refuerzos. Esto solo se podía lograr bloqueando el estrecho de Skaggerak, entre Dinamarca y Noruega. Pero pronto quedó claro que el almirantazgo, por miedo a un ataque aéreo alemán, solo estaba dispuesto a enviar sumergibles a Skaggerak. Tal cautela mostró una comprensión del efecto del poder aéreo sobre el poder naval que el almirantazgo nunca había mostrado antes de la guerra. No obstante dañaba la imagen del juicio de Churchill al ampliar la guerra a Escandinavia, ya que a menos que la ruta de refuerzos alemana pudiera ser bloqueada de manera efectiva, nada podría impedirles reforzarse en el sur de Noruega y conseguir una ventaja creciente.

Seguía habiendo una posibilidad de preservar el centro de Noruega si los dos largos desfiladeros al norte de Oslo se conservaban firmemente y se vencía rápido al pequeño destacamento alemán en Trondheim. Los esfuerzos británicos se dirigieron entonces a ese objetivo. Una semana después del ataque alemán se produjeron los desembarcos británicos al norte y al sur de Trondheim, en Namsos y Aandalsnes, respectivamente, como movimiento preliminar al principal ataque directo sobre Trondheim.

Pero un extraño encadenamiento de contratiempos siguió a esa decisión. El general Hotblack, un soldado capaz con ideas modernas, fue nombrado comandante militar, pero tras ser informado de su tarea abandonó el almirantazgo en torno a medianoche para regresar caminando a su club y unas horas después fue encontrado inconsciente en las escaleras del Duke of York, tras haber padecido, aparentemente, un ataque. Se nombró a un sucesor al día siguiente que marchó en avión a Scapa, pero el avión cayó en picado de repente cuando sobrevolaba el aeródromo local.

Mientras tanto se produjo un súbito cambio de opinión de los jefes de Estado Mayor y el almirantazgo. El 17 habían aprobado el plan, pero al día siguiente cambiaron de opinión y se mostraron en contra. Los riesgos de la operación llenaron sus mentes. Aunque Churchill hubiera preferido

concentrarse en Narvik, estaba muy molesto sobre el modo en que habían cambiado de opinión.

El Estado Mayor ahora recomendaba que los desembarcos en Namsos y Aandalsnes se reforzaran y convirtieran en un movimiento de pinza contra Trondheim. Sobre el papel las posibilidades de éxito parecían buenas, ya que había menos de dos mil alemanes en la zona, mientras que los aliados desembarcaron a trece mil. Pero la distancia que tenían que recorrer era grande, la nieve entorpecía los movimientos y las tropas aliadas demostraron ser menos capaces que las alemanas para superar las dificultades. El avance hacia el sur desde Namsos se alteró por la amenaza a su retaguardia, provocada por el desembarco de varias pequeñas partidas de alemanes cerca de la cima del fiordo de Trondheim, apoyada por el único destructor alemán de la zona. En lugar de poder girar al norte en Trondheim el avance desde Aandalsnes pronto se convirtió en una acción defensiva contra las tropas alemanas que presionaban desde Oslo, avanzando por el valle de Gudbrand y barriendo a los noruegos. Como las tropas aliadas estaban siendo acosadas por ataques aéreos, y carecían de apoyo aéreo propio, los comandantes sobre el terreno recomendaron la evacuación. El reembarco de las dos fuerzas se completó entre el 1 y el 2 de mayo, dejando a los alemanes el control total tanto del sur como del centro de Noruega.

Ahora los aliados se concentraron en capturar Narvik, más por salvar la cara que por cualquier esperanza seria de alcanzar las minas de hierro suecas. El desembarco original británico en esta zona había tenido lugar el 14 de abril, pero la extremada cautela del general Mackesy dificultó cualquier ataque rápido sobre Narvik, a pesar de las ardientes incitaciones del almirante lord Cork and Orrery, que fue puesto al mando de la fuerza combinada en este sector. Incluso cuando las fuerzas terrestres alcanzaron los veinte mil hombres, su avance siguió siendo lento. En el otro lado, dos mil soldados de las tropas alpinas austriacas reforzadas por otros tantos marinos de los destructores alemanes, hábilmente dirigidos por el general Dietl, sacaron el máximo partido a las ventajas defensivas del difícil territorio. No fue hasta el 27 de mayo cuando fueron expulsados de la ciudad de Narvik. Para entonces la ofensiva alemana en el oeste había penetrado en profundidad en Francia, que estaba a punto de caer. Así, el 7 de junio las fuerzas aliadas en Narvik fueron evacuadas. El rey y el Gobierno abandonaron Noruega en ese momento.

Sobre el conjunto de todo el asunto escandinavo los Gobiernos aliados habían mostrado un espíritu excesivamente agresivo unido a un sentido del

tiempo deficiente, con resultados miserables para el pueblo noruego. En contraste Hitler, por una vez, había mostrado una prolongada renuencia a atacar. Pero cuando finalmente se decidió a adelantarse a las potencias occidentales no perdió más tiempo, y sus fuerzas actuaron con una rapidez y audacia que compensaron ampliamente la pequeñez de su número en la fase crítica.

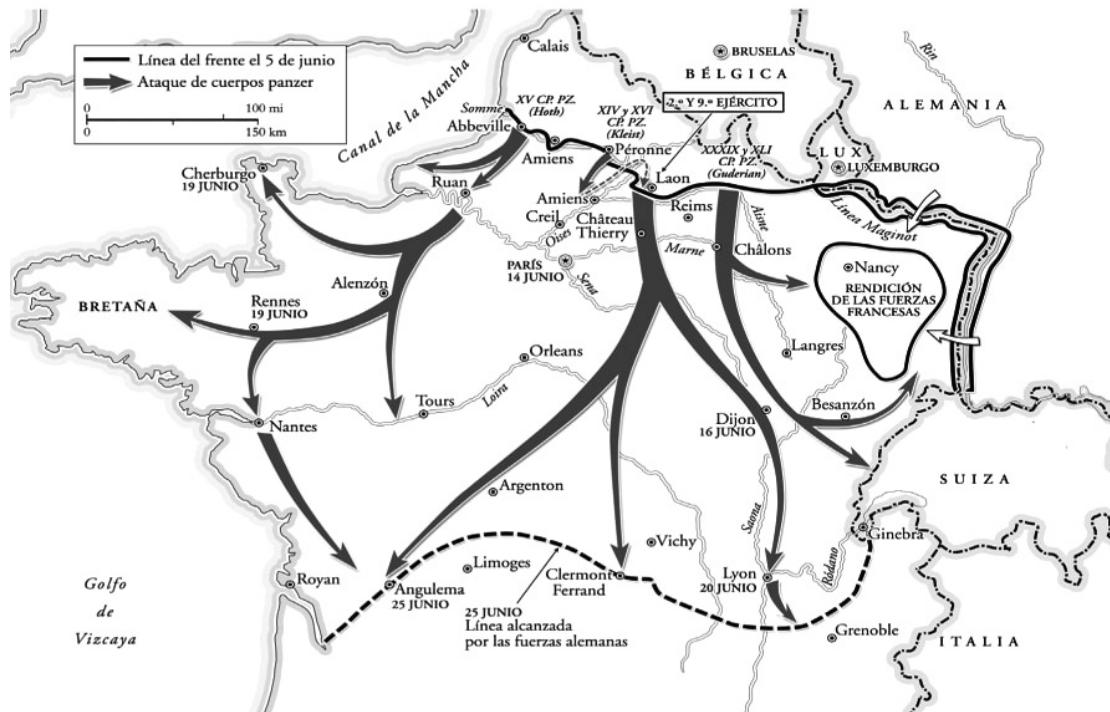
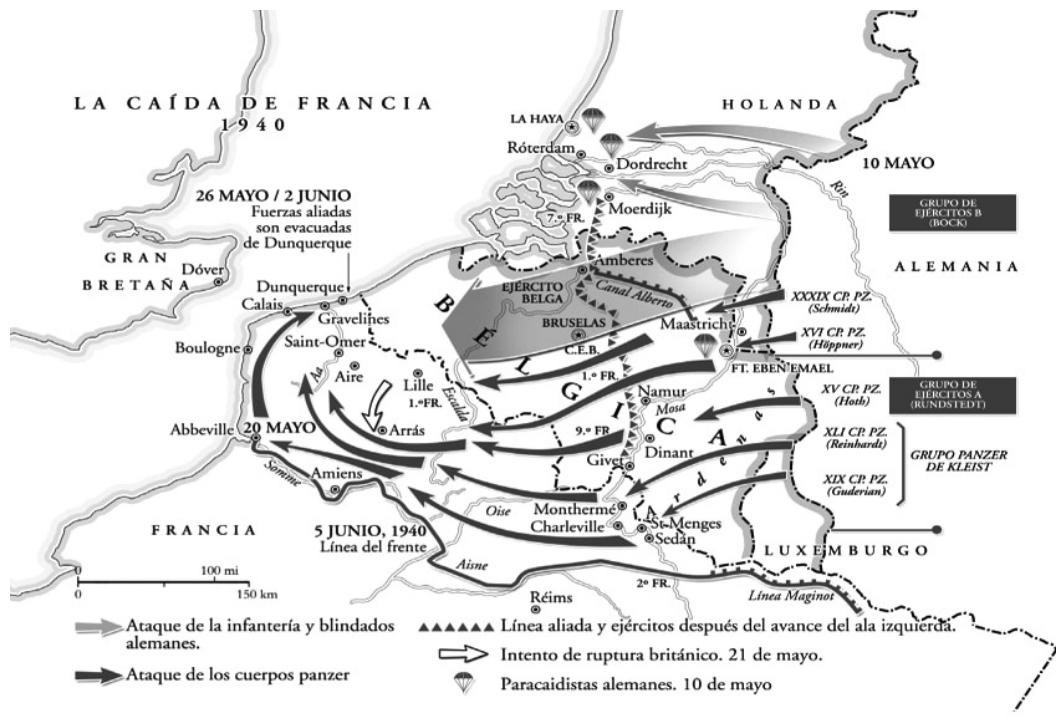
La invasión del oeste

El curso de la historia de nuestro tiempo cambió, con consecuencias profundas en el futuro de todos los pueblos cuando las fuerzas de Hitler franquearon las defensas del oeste el 10 de mayo de 1940. El acto decisivo de este drama que estremecía el mundo comenzó el 13, cuando los cuerpos *panzer* de Guderian cruzaron el Mosa en Sedán.

También el 10 de mayo Churchill, impaciente y dinámico, se convirtió en primer ministro de Gran Bretaña en sustitución de Chamberlain.

La pequeña grieta de Sedán pronto se convirtió en una gran brecha. Los tanques alemanes, que fluían a través de ella, alcanzaron la costa del canal de la Mancha en una semana, cortando así la retirada a los ejércitos aliados en Bélgica. Este desastre condujo a la caída de Francia y al aislamiento de Gran Bretaña. Aunque este país logró mantenerse tras el foso marítimo, el rescate solo se produjo después de que una guerra prolongada se convirtiera en un conflicto mundial. Al final Hitler fue derribado por el peso de Estados Unidos y la Unión Soviética, pero Europa quedó exhausta y bajo la sombra de la dominación comunista.

Después de la catástrofe, la ruptura del frente francés fue vista mayoritariamente como inevitable y el ataque de Hitler como irresistible. Pero las apariencias eran muy distintas de la realidad, como quedó claro después.



Los jefes del ejército alemán tenían poca fe en las perspectivas de la ofensiva, que habían desencadenado a regañadientes ante la insistencia de Hitler. El propio Hitler sufrió una súbita pérdida de confianza en el momento

crucial e impuso una parada de dos días en el avance, justo en el momento en que su punta de lanza penetraba las defensas francesas y tenía ante sí un terreno libre.

Si los franceses hubieran sido capaces de aprovechar ese respiro, el resultado habría sido fatídico para las posibilidades de victoria alemanas.

Pero lo más extraño de todo es que el hombre que lideraba la punta de lanza —Guderian— fue momentáneamente relevado de su mando como resultado de la ansiedad de sus superiores por frenar su ritmo de avance al explotar la penetración que había logrado. Sin embargo, si no hubiera sido por su «crimen» de avanzar tan rápido, probablemente la invasión hubiera fracasado y todo el curso de los acontecimientos a nivel mundial hubiera sido distinto de lo que fue.

Lejos de tener la superioridad abrumadora que se les atribuía, los Ejércitos de Hitler eran en realidad inferiores en número a los que se les oponían. Aunque las ofensivas blindadas fueron decisivas, tenía menos tanques y de menor potencia que sus oponentes. Solo en aviación, el factor más vital de todos, tenía superioridad.

Además, el resultado se decidió virtualmente por una pequeña parte de sus fuerzas antes de que entrara en acción el conjunto. Esa parte decisiva comprendía diez divisiones blindadas, una de paracaidistas y otra aerotransportada —además de la Aviación— de un total de 135 divisiones que habían sido concentradas.

El deslumbrante efecto que lograron los nuevos elementos ha oscurecido no solo su escala relativamente pequeña, sino el estrecho margen por el que se logró el éxito. Este éxito se podría haber impedido fácilmente si no hubiera sido por las oportunidades que les ofrecieron los errores de los aliados, errores que se debieron en gran medida a la preponderancia de ideas anticuadas. Incluso así, con la ayuda de la miopía de los líderes del otro bando, el éxito de la invasión se basó en una serie afortunada de oportunidades increíbles y en la presteza de un hombre, Guderian, para aprovechar al máximo las oportunidades que salían a su encuentro.

La batalla de Francia es uno de los más notables ejemplos en la historia del efecto decisivo de una nueva idea, aplicada por un ejecutor dinámico. Guderian ha relatado cómo, antes de la guerra, su imaginación se disparó por la idea de una profunda penetración estratégica mediante fuerzas blindadas independientes, un avance de largo alcance para cortar las principales arterias del ejército enemigo muy por detrás del frente. Partidario entusiasta de los tanques, captó el potencial de esta idea, surgida de esa nueva corriente de

pensamiento militar en Gran Bretaña tras la Primera Guerra Mundial, que había sido puesta en práctica por primera vez por el Royal Tank Corps. La mayor parte de los generales alemanes de alta graduación tenían tantas dudas sobre la idea como las que habían tenido las autoridades británicas y francesas, considerándola impracticable en caso de guerra. Pero cuando llegó esta, Guderian aprovechó la oportunidad de llevarla a la práctica a pesar de las dudas de sus superiores. El efecto fue tan decisivo como lo habían sido otras nuevas ideas en la historia —el uso del caballo, la lanza larga, la falange, la legión flexible, el «orden oblicuo», el arquero a caballo, el arco largo, el mosquete, el cañón, la organización de los ejércitos en divisiones separadas y maniobrables. De hecho, el efecto se mostró más decisivo de manera inmediata.

La invasión alemana del oeste se inició con éxitos espectaculares en el flanco derecho, contra puntos clave en la defensa de los neutrales Holanda y Bélgica. Estos ataques encabezados por tropas aerotransportadas centraron la atención de los aliados de manera que los distrajeron, durante varios días, del ataque principal, que estaba teniendo lugar en el centro, a través de las colinas arboladas de las Ardenas, hacia el corazón de Francia.

La capital de Holanda, La Haya, y el núcleo de sus comunicaciones en Róterdam fueron atacados en las primeras horas del 10 de mayo por fuerzas aerotransportadas, de manera simultánea al ataque a sus defensas fronterizas a 160 kilómetros al este. La confusión y la alarma creadas por este doble golpe, de frente y por detrás, aumentaron por la amenaza generalizada de la Luftwaffe. Aprovechando el desorden las fuerzas blindadas alemanas se lanzaron a través de una brecha en el flanco sur y se unieron a las fuerzas aerotransportadas en Róterdam al tercer día. Atajaron hacia su objetivo ante las narices del 7.º Ejército francés que acababa de llegar en ayuda de los holandeses. En el quinto día los holandeses capitularon, aunque su frente principal no había sido roto. Su rendición se aceleró por la amenaza de nuevos ataques aéreos a bocajarro contra sus ciudades superpobladas.

Aquí las fuerzas alemanas eran muy inferiores en número a las que se les oponían. Además, el ataque decisivo fue realizado prácticamente por una división *panzer* (la 9.ª), la única que pudo ser desviada al frente holandés. Su ruta de avance estaba cortada por canales y amplios ríos que eran fáciles de defender. Sus posibilidades de éxito dependían del efecto del ataque aerotransportado.

Pero esta nueva arma también era muy pequeña, increíblemente pequeña para lo que había conseguido. En mayo de 1940 Alemania solo tenía cuatro

mil quinientos paracaidistas entrenados. De este exiguo total se utilizaron cuatro mil en el ataque a Holanda. Formaban cinco batallones y estaban apoyados por una división de infantería ligera, de doce mil hombres, transportada en avión.

Los principales puntos del plan están mejor resumidos en palabras de Student, el comandante en jefe de las fuerzas aerotransportadas:

Las limitaciones de nuestra fuerza nos obligaban a concentrarnos en dos objetivos, los puntos que parecían más esenciales para el éxito de la invasión. El esfuerzo principal, bajo mi propio mando, se dirigió contra los puentes de Róterdam, Dordrecht y Moerdijk, a través de los cuales la principal ruta procedente del sur atravesaba la desembocadura del Rin. Nuestra misión era capturar los ríos antes de que los holandeses pudieran volarlos y mantenerlos abiertos hasta la llegada de nuestras fuerzas terrestres móviles. Mi fuerza comprendía cuatro batallones de paracaidistas y un regimiento aerotransportado (de tres batallones). Tuvimos un éxito total, con un coste de solo ciento ochenta bajas. No nos atrevíamos a fracasar, porque si lo hacíamos toda la invasión también hubiera fracasado.^[1]

El propio Student fue una de las bajas, ya que resultó herido en la cabeza y estuvo fuera de combate ocho meses.

También hubo un ataque secundario sobre la capital holandesa, La Haya. Su objetivo era la captura de los dirigentes del Gobierno y de los servicios públicos en sus despachos e interrumpir toda la maquinaria de control. La fuerza empleada en La Haya fue un batallón de paracaidistas y dos regimientos aerotransportados, bajo las órdenes del general Graf Sponeck. Este ataque fue fallido, aunque provocó mucha confusión.

La invasión de Bélgica también tuvo un arranque espectacular. Aquí el ataque terrestre fue llevado a cabo por el poderoso 6.º Ejército bajo el mando de Reichenau (que incluía el XVI Cuerpo de Ejército Panzer, a las órdenes de Höppner). Tuvo que superar una impresionante barrera antes de poder desplegarse de manera efectiva. Solo quedaban quinientos paracaidistas para llevar a cabo este ataque. Fueron utilizados para capturar los dos puentes sobre el canal Alberto y el fuerte de Eben Emael, la fortaleza más moderna de Bélgica, que defendía este canal fronterizo.

Sin embargo, este pequeño destacamento marcó la diferencia del resultado. Y es que el acercamiento a la frontera belga por este punto se extiende cruzando el saliente meridional de territorio holandés conocido como

«apéndice de Maastricht», y una vez que el ejército alemán cruzara la frontera holandesa, los guardias fronterizos belgas en el canal Alberto hubieran tenido tiempo más que suficiente para volar los puentes antes de que ninguna fuerza terrestre invasora pudiese cruzar esa franja de veinticuatro kilómetros. Un lanzamiento de paracaidistas silencioso y nocturno era un nuevo modo, el único posible, de asegurarse que los puentes permanecieran intactos.

La muy limitada escala en que fueron usadas las fuerzas paracaidistas en Bélgica contrastaba enormemente con los informes de la época que hablaban de que los alemanes estaban lanzando paracaidistas en numerosos lugares y en cantidades que, sumadas, alcanzarían los miles de hombres. Student ofreció la explicación de esto: para compensar la escasez real de recursos y crear la mayor confusión posible, maniquíes vestidos de paracaidistas fueron esparcidos ampliamente por el país. Sin duda este engaño fue muy efectivo, ayudado por la tendencia natural de las mentes calenturientas a multiplicar todas las cifras.

Según Student:

La aventura del canal Alberto también fue idea de Hitler. Quizá fue la idea más original de ese hombre con muchas ideas brillantes. Me mandó llamar y me preguntó mi opinión. Después de pensarlo durante un día confirmé la posibilidad de una acción de este tipo y me ofrecieron que hiciera los preparativos. Utilicé a quinientos hombres al mando del capitán Kock. El comandante del 6.^º Ejército, el general Von Reichenau, y su jefe de Estado Mayor, el general Von Paulus, ambos oficiales competentes, contemplaban el proyecto como una aventura en la que no confiaban.

El ataque por sorpresa contra el fuerte de Eben Emael fue llevado a cabo por un destacamento minúsculo de setenta y ocho ingenieros-paracaidistas mandados por el teniente Witzig. De estos, solo murieron seis hombres. El pequeño destacamento llevó a cabo un aterrizaje totalmente inesperado en el tejado de la fortaleza, superaron al personal antiaéreo que había allí y volaron las cúpulas y casamatas blindadas de todos los cañones con el explosivo muy intensivo, y también nuevo, que había permanecido en secreto hasta entonces... El ataque sorpresa contra Eben Emael se basaba en el uso de esa nueva arma que fue transportada secretamente hasta el objetivo mediante otra nueva arma: un planeador de carga.^[2]

La fortaleza estaba bien diseñada para hacer frente a cualquier amenaza excepto la posibilidad de que tropas enemigas fueran lanzadas sobre ella. Desde el tejado el puñado de «tropas del cielo» de Witzig mantuvo a raya a la guarnición de mil doscientos hombres hasta veinticuatro horas después, cuando las fuerzas terrestres alemanas llegaron al lugar.

Los guardias belgas en los dos puentes clave también fueron tomados por sorpresa. En uno de ellos llegaron a encender la mecha para volarlos, pero la tripulación de un planeador llegó a la caserna pisando los talones a los centinelas y lograron apagarla en el último momento.

Es destacable que en el conjunto del frente de invasión los defensores volaron los puentes en todas partes, siguiendo el plan, excepto allí donde se usaron fuerzas aerotransportadas. Esto nos muestra el margen tan estrecho que había entre el éxito y el fracaso en el bando alemán, ya que las perspectivas de éxito de la invasión dependían del factor tiempo.

El segundo día habían llegado suficientes tropas alemanas al canal como para irrumpir en las débiles líneas defensivas belgas que había detrás. Entonces las dos divisiones *panzer* de Höppner (la 3.^a y la 4.^a) franquearon los puentes intactos y se dispersaron por las llanuras que se extendían más allá. La envergadura de su avance provocó el inicio de la retirada general de las fuerzas belgas, justo en el momento en que franceses y británicos llegaban en su apoyo.

Este avance en Bélgica no fue el ataque decisivo de la invasión del oeste, pero tuvo un efecto vital en su desenlace. No solo atrajo la atención de los aliados en la dirección equivocada, sino que absorbió la parte más móvil de las fuerzas aliadas en la batalla que se desarrolló en esa zona, de modo que esas divisiones móviles no pudieron retirarse para enviarlas al sur a hacer frente a la amenaza más grave que el 13 de mayo, súbitamente, se cernía sobre la frontera francesa, en su parte más débil, al oeste del extremo occidental de la incompleta línea Maginot.

Y es que, mientras tanto, la punta de lanza mecanizada del Grupo de Ejércitos de Rundstedt había atravesado Luxemburgo y el Luxemburgo belga hacia Francia. Después de atravesar la franja de 110 kilómetros de las Ardenas, y dejar de lado la débil oposición, cruzaron la frontera francesa y aparecieron en la orilla del Mosa al comienzo del cuarto día de la ofensiva.

Había sido una aventura arriesgada enviar una masa de tanques y vehículos de motor a través de un territorio tan difícil que había sido considerado durante mucho tiempo por los estrategas convencionales como «infranqueable» para llevar a cabo una ofensiva a gran escala, no digamos

para una operación con tanques. Pero ello aumentó las posibilidades de sorpresa, ya que los densos bosques ayudaron a ocultar el avance y a disimular la importancia del ataque.

Pero fue el Alto Mando francés el que más contribuyó al éxito de Hitler. El efecto demoledor del ataque en las Ardenas debía mucho al diseño del plan francés que encajaba perfectamente, desde el punto de vista alemán, con su propio plan remodelado. Lo que resultó fatídico para los franceses no fue, como se suele pensar, su actitud defensiva o «complejo de la línea Maginot», sino el aspecto más ofensivo de su plan. Al avanzar en Bélgica con su ala izquierda cayeron en manos del enemigo, metiéndose ellos mismos en una trampa, tal y como había pasado con su casi fatídico Plan XVII en 1914. Fue aún más peligroso esta vez, puesto que su oponente era más móvil y maniobraba a velocidad de motor y no a pie. También el precio fue mayor, ya que el avance del ala izquierda —realizado por tres ejércitos franceses y por los británicos— representaba la parte más moderna y móvil de todas las fuerzas aliadas.

Con cada paso delante de esos ejércitos en su carrera hacia Bélgica, su retaguardia quedaba más expuesta al movimiento de flanqueo de Rundstedt a través de las Ardenas. Y lo que era aún peor, la bisagra del avance aliado era defendida por un puñado de divisiones francesas de segunda categoría, formadas por hombres de más edad y apenas equipados con armamento antitanque y antiaéreo, las dos necesidades vitales. Dejar la bisagra tan mal defendida fue el error supremo del Alto Mando francés, a las órdenes de Gamelin y Georges.

El avance alemán a través de las Ardenas fue una operación delicada y un extraordinario hito del trabajo del Estado Mayor. Antes del amanecer del día 10 la mayor concentración de tanques nunca vista hasta entonces en tiempos de guerra se agrupó ante la frontera de Luxemburgo. Compuesta por tres cuerpos de ejército *panzer*, estaban desplegados en tres bloques o capas, con las divisiones acorazadas en los primeros dos y las divisiones de infantería motorizada en el tercero. La vanguardia era liderada por el general Guderian y el conjunto estaba mandado por el general Von Kleist.

A la derecha del Grupo de Kleist se situaba un cuerpo *panzer* separado, el XV, bajo el mando de Hoth, que debía lanzarse por la parte norte de las Ardenas, en dirección al Mosa, entre Givet y Dinant.

No obstante, las siete divisiones acorazadas solo representaban una parte de la masa armada concentrada a lo largo de la frontera alemana, lista para

lanzarse sobre las Ardenas. Unas cincuenta divisiones estaban embutidas apretadamente en un frente estrecho pero muy profundo.

Las posibilidades de éxito dependían fundamentalmente de la rapidez con la que las fuerzas *panzer* alemanas pudieran atravesar las Ardenas y cruzar el Mosa. Solo cuando hubieran cruzado esa barrera fluvial los tanques tendrían espacio para maniobrar. Tenían que cruzar antes de que el Alto Mando francés se diera cuenta de lo que estaba pasando y reuniera sus reservas para detenerlos.

Ganaron la carrera, aunque por un margen estrecho. El resultado hubiera sido distinto si las fuerzas defensivas hubieran sido capaces de beneficiarse de los reveses parciales que provocaron las demoliciones llevadas a cabo según el plan previo. Desgraciadamente para la seguridad de Francia, esas demoliciones no estuvieron respaldadas por defensores adecuados. Los franceses habían sido insensatos al confiar en divisiones de caballería para retrasar el avance de los invasores.

En contraste, un contraataque blindado contra el flanco del avance alemán en esta fase probablemente hubiera paralizado ese movimiento, debido a su efecto en el alto mando. Incluso así se vieron alterados por la sombra de un ataque dirigido a su flanco izquierdo.

A la vista de lo bien que iba el avance, el día 12 Kleist ya había apoyado la idea de Guderian de atravesar el Mosa sin esperar a que llegaran los cuerpos de infantería. Sin embargo, se habían realizado preparativos para una potente concentración aérea, incluyendo doce escuadrones de bombarderos en picado, para ayudar a forzar el paso. Estos aviones aparecieron a primera hora de la tarde del 13 y mantuvieron tal lluvia de bombas que contuvieron a la mayoría de los artilleros franceses en sus refugios hasta la llegada de la noche.

El ataque de Guderian se concentró en una extensión del río de 2,5 kilómetros justo al oeste de Sedán. La zona elegida ofrecía un marco perfecto para forzar el paso. El río describe una curva pronunciada al norte, en dirección a Saint Menges y a continuación se dirige de nuevo al sur, formando un saliente en forma de bolsillo. Las alturas circundantes de la orilla norte están arboladas, proporcionando así cobertura para los preparativos del ataque así como el emplazamiento de baterías y era, además, un buen puesto de observación para la artillería. En las inmediaciones de Saint Menges había una vista panorámica estupenda sobre este saliente del río y a través de las alturas arboladas del bosque de Marfée que forman el telón de fondo al otro lado.

Se lanzó el ataque a las 16:00, dirigido por la infantería *panzer* en lanchas de goma y balsas. Pronto se pusieron en marcha transbordadores que trasladaban vehículos ligeros a la otra orilla. Rápidamente se ocupó el saliente del río y los atacantes presionaron para capturar el bosque de Marfée y las alturas meridionales. A medianoche el avance había penetrado ocho kilómetros mientras se completaba un puente en Glaire (entre Sedán y Saint Menges) por donde comenzaron a fluir los tanques.

Aun así la cabeza de puente alemana seguía siendo precaria el día 14, con tan solo una división que hubiera cruzado el río y un único puente por el que pudieran llegar los refuerzos y suministros. El puente sufrió intensos ataques por parte de la aviación aliada que disfrutaba de una ventaja temporal, ya que el grueso de la Luftwaffe había sido enviado a otra parte. Pese a todo, el regimiento de artillería antiaérea de Guderian mantuvo una espesa cortina de fuego sobre ese puente vital y los ataques aéreos aliados fueron rechazados con fuertes pérdidas.

Esa tarde sus tres divisiones *panzer* habían cruzado el río. Después de rechazar un tardío contraataque francés, Guderian hizo un súbito giro en dirección oeste. Para la tarde siguiente había roto la última línea defensiva y las carreteras hacia el oeste —hacia la costa del canal de la Mancha— se abrían ante él.

No obstante, esa noche fue complicada para Guderian, aunque no a causa del enemigo:

Llegó una orden del cuartel general del Grupo Panzer para que detuviéramos el avance y confináramos a las tropas en la cabeza de puente conquistada. No quería ni podía cumplir esa orden, ya que suponía perder el factor sorpresa así como nuestros éxitos iniciales.^[3]

Después de una animada discusión telefónica con Kleist, este aceptó «permitir que continuara el avance durante otras veinticuatro horas, para ampliar la cabeza de puente».

Guderian sacó el máximo provecho de esta cautelosa autorización y azuzó a las divisiones *panzer*. El avance hacia el oeste de las tres divisiones *panzer* de Guderian convergió con las dos divisiones de Reinhardt procedentes de Monthermé así como con las dos divisiones de Hoth que habían cruzado cerca de Dinant. Todo ello produjo un desplome creciente de la resistencia francesa y tuvo lugar en un espacio vacío.

Durante la noche del 16, la progresión hacia el oeste había avanzado más de ochenta kilómetros en dirección al canal de la Mancha y llegado al Oise.

Pero una vez más se echó el freno, no por parte del enemigo, sino siguiendo órdenes de arriba.

El Alto Mando alemán estaba estupefacto por la facilidad con la que se había superado el Mosa y casi no podía creer la suerte que estaban teniendo. Seguían esperando un fuerte contraataque francés en dirección a su flanco. Hitler compartía esos recelos, por lo que frenó el avance, deteniéndolo durante dos días, para permitir que los cuerpos de infantería pudieran llegar y reforzar el flanco a lo largo del Aisne.

Después de que el asunto fuera tratado en las altas instancias, Guderian fue reincorporado y se le dio permiso limitado para llevar a cabo amplios movimientos de reconocimiento. Esta expresión fue interpretada por Guderian de manera elástica y le permitió mantener un considerable nivel de presión ofensiva durante el período de dos días antes de que el cuerpo de infantería del 12.^º Ejército comenzara a formar el potente escudo en el flanco del Aisne y se le permitiera avanzar sin trabas hacia la costa del canal de la Mancha.

Se había ganado tanto tiempo en las fases anteriores y provocado tanta disrupción en el bando opuesto, que la pausa en el Oise no tuvo consecuencias serias en las perspectivas alemanas. Aun así mostró una diferencia significativa en la valoración del factor tiempo en el lado alemán. La brecha entre la nueva y la vieja escuela era mayor que la que había entre alemanes y franceses.

Gamelin escribió al final de la guerra sobre la explotación estratégica por parte alemana del cruce del Mosa:

Fue una maniobra extraordinaria. Sin embargo ¿había sido prevista completamente con antelación? No lo creo, del mismo modo que no pienso que Napoleón hubiese anticipado la maniobra de Jena o Moltke la de Sedán [en 1870]. Era un perfecto aprovechamiento de las circunstancias. Mostró que había unas tropas y un mando que sabían cómo maniobrar, que estaban organizados para operar rápidamente, ya que los tanques, aviones y radio les permitían hacerlo. Quizá fue la primera vez en que una batalla, que resultó decisiva, se había ganado sin tener que utilizar el grueso de las fuerzas.^[4]

Según el general Georges, que era el comandante en jefe sobre el terreno, se pensaba que las trabas previstas en el Luxemburgo belga debían «retrasar al menos cuatro días» la llegada de los alemanes al Mosa. El general Doumenc, jefe de Estado Mayor, dijo:

Atribuyendo a nuestros enemigos nuestro propio procedimiento nos imaginamos que no intentarían llevar a cabo el paso del Mosa hasta que hubieran acumulado abundante artillería: los cinco o seis días necesarios para hacerlo nos hubieran dado tiempo de sobra para reforzar nuestro propio dispositivo.^[5]

Es notable hasta qué punto estos cálculos franceses se correspondían con los que habían realizado las altas esferas «del otro lado de la colina». Se puede comprobar que los jefes militares franceses estaban justificados —más de lo que podía parecer justo después de los acontecimientos— en sus suposiciones básicas sobre la ofensiva alemana. Pero no habían contemplado en sus cálculos un factor individual: Guderian. Su adopción de la teoría de la penetración estratégica en profundidad por fuerzas blindadas que operaban de manera independiente, su ferviente creencia en que era realizable y su consiguiente impulso a alargar la subordinación alteró los cálculos del Alto Mando francés hasta un extremo que el Alto Mando alemán nunca hubiera logrado por propia voluntad. Está claro que Guderian y sus hombres arrastraron al ejército alemán tras ellos y, de ese modo, dieron lugar a la victoria más abrumadora de la historia moderna.

En cada etapa la cuestión dependió del factor tiempo. Los contraataques franceses fueron reiteradamente anulados porque su ritmo era muy lento para alinearse con las cambiantes circunstancias. Y eso se debía al hecho de que la vanguardia alemana seguía moviéndose más rápido de lo que había contemplado el Alto Mando alemán.

Los franceses habían basado sus planes en el supuesto de que no se produciría un ataque en el Mosa antes del noveno día. Este era el mismo calendario que los jefes alemanes tenían en mente al principio, antes de que Guderian interviniese. Cuando cambió ese postulado, lo peor estaba por llegar. Los comandantes franceses, formados en los métodos a cámara lenta del 1918, no estaban mentalmente preparados para el ritmo de los *panzer*, lo que les produjo una creciente parálisis.

Uno de los pocos en el bando aliado que se dieron cuenta del peligro a tiempo fue el primer ministro francés, Paul Reynaud. Como crítico desde fuera del Gobierno antes de la guerra, había presionado a sus compatriotas para desarrollar fuerzas blindadas. Al comprender su efecto claramente, telefoneó a Churchill a primera hora del día 15 para decirle: «Hemos perdido la batalla».

La respuesta de Churchill fue:

La experiencia nos dicta que, tras un tiempo, la ofensiva llegará a término. Recuerdo el 21 de marzo de 1918. Después de cinco o seis días tuvieron que detenerse para recibir suministros y se nos presentó la oportunidad de contraatacar. Me enteré de todo esto en aquel momento de labios del propio mariscal Foch.^[6]

Al día siguiente voló a París para oponerse a la retirada de los ejércitos aliados en Bélgica. De todas maneras, Gamelin fue muy lento en su retirada. Ahora planeaba una contraofensiva deliberada a la manera de 1918, concentrando divisiones de infantería. Churchill seguía poniendo su fe en este método. Es lamentable que Gamelin tuviera ideas anticuadas, ya que estaba más dotado para la acción que ningún otro en Francia.

También ese día Reynaud decidió sustituir a Gamelin, llamando a Weygand, antiguo adjunto de Foch, que estaba destinado en Siria. Weygand no llegó hasta el 19, por lo que el mando supremo estuvo en suspenso durante tres días. El 20, Guderian llegó al canal de la Mancha, cortando las comunicaciones de los ejércitos aliados en Bélgica. Weygand tenía ideas aún más anticuadas que Gamelin y continuó planeando según el estilo de 1918. De ese modo las esperanzas de recuperación se desvanecieron.

En resumen, los líderes aliados hacían las cosas demasiado tarde o cosas equivocadas y al final no hicieron nada efectivo para evitar el desastre.

* * *

Fue en gran medida la intervención personal de Hitler lo que permitió a la Fuerza Expedicionaria Británica (BEF o British Expeditionary Force) escapar en 1940. Después de que sus tanques hubieran capturado el norte de Francia y aislado al ejército británico de sus bases, Hitler los detuvo justo cuando estaba a punto de entrar en Dunquerque, que era el último puerto para escapar que tenían los británicos. En ese momento, el grueso de la BEF estaba a muchos kilómetros del puerto. Pero Hitler mantuvo parados sus tanques durante tres días.

Su iniciativa salvó a las fuerzas británicas cuando no había nada más que pudiera hacerlo. Al permitir que escaparan les posibilitó reunirse en Inglaterra y continuar la guerra, guarneciendo las costas frente a la amenaza de una invasión. De este modo, estuvo en el origen de su caída final, y la de Alemania, cinco años después. Muy conscientes de lo cerca que habían estado de no poder escapar, aunque ignorando el motivo, los británicos hablaron de «el milagro de Dunquerque».

¿Cómo llegó Hitler a dar esa funesta orden de detenerse y por qué? En muchos sentidos esto siguió siendo un enigma para los propios generales alemanes y nunca será posible saber con seguridad cómo llegó a adoptar esta decisión y cuáles fueron sus motivos. Aunque Hitler hubiese dado una explicación difícilmente hubiera sido fiable. Los hombres que ocupan posiciones elevadas y que cometen un error fatal rara vez dicen la verdad *a posteriori* y, de ellos, Hitler no destacaba por su amor a la verdad. Es más verosímil que su testimonio enredara las pistas. También es probable que no hubiese podido ofrecer una verdadera explicación, aunque hubiese querido hacerlo, ya que sus motivos tendían a ser confusos y sus impulsos eran muy cambiantes. Además, todos los recuerdos humanos tienden a cambiar por lo ocurrido después.

Un examen prolongado de este acontecimiento capital ha permitido sacar a la luz suficientes pruebas como para que el historiador sea capaz de reconstruir no solo la cadena de acontecimientos, sino una cadena razonablemente verosímil de causalidad que llevó a la fatídica decisión.

Después de cortar las líneas de suministro del ala izquierda aliada en Bélgica, los cuerpos *panzer* de Guderian habían llegado al mar cerca de Abbeville el día 20. Entonces se dirigió al norte, en dirección a los puertos del canal de la Mancha y la retaguardia del ejército británico, que seguía en Bélgica enfrentándose al avance frontal de las fuerzas de infantería de Bock. En el avance de Guderian hacia el norte, tenía a su derecha el Cuerpo Panzer de Reinhardt, que también formaba parte del Grupo de Kleist.

El 22, Boulogne quedó aislada por su avance y, al día siguiente ocurrió lo mismo con Calais. Este impulso le llevó a Gravelines, a unos quince kilómetros de Dunquerque, el último puerto de salida posible de la Fuerza Expedicionaria Británica. El Cuerpo Panzer de Reinhardt también llegó a la línea del canal de la Mancha compuesta por Aire-Saint Omer-Gravelines. Pero en ese punto las órdenes superiores detuvieron el avance. Los jefes de las unidades *panzer* recibieron instrucciones para mantener sus fuerzas tras la línea del canal. Bombardearon a sus superiores con consultas y protestas, pero les dijeron que era «orden personal del *Führer*».

* * *

Antes de profundizar en las raíces de esta intervención salvadora, veamos qué ocurría en el lado británico para seguir de cerca el curso de esa huida a gran escala.

El 16, el general lord Gort, comandante en jefe, hizo retroceder un paso a la BEF desde su línea avanzada frente a Bruselas. Pero antes de llegar a su nuevo emplazamiento en el Escalda, esa posición había sido socavada por Guderian al cortar las comunicaciones de la BEF mucho más al sur. El 19 el gabinete fue informado de que Gort «estaba valorando una posible retirada hacia Dunquerque si se veía obligado a ello». Sin embargo, el gabinete le ordenó que marchara hacia el sur, regresara a Francia, y forzara su camino a través de la red que los alemanes habían desplegado en su retaguardia. Y ello a pesar de que el gabinete había sido informado de que solo tenía suministros y municiones para cuatro días, que solamente alcanzaban para una única batalla.

Estas instrucciones concordaban con el nuevo plan que Gamelin, el comandante en jefe francés, había diseñado y transmitido tardíamente esa misma mañana. Por la tarde Gamelin fue despedido y sustituido por Weygand, cuya primera decisión fue anular la orden de Gamelin, mientras estudiaba la situación. Después de tres días de retraso adicional generó un plan similar al de su predecesor. Resultó no ser más que un plan de papel.

Mientras tanto Gort, aunque defendía que las instrucciones del gabinete eran impracticables, había tratado de atacar hacia el sur desde Arrás con dos de sus trece divisiones y la única brigada blindada enviada a Francia. Cuando fue lanzado el contraataque, el 21, se había reducido a un avance con dos débiles batallones de tanques seguidos por dos batallones de infantería. Los tanques avanzaron algo, pero no fueron apoyados, ya que la infantería fue sacudida por bombardeos en picado. El vecino 1.^{er} Ejército francés debería haber colaborado con dos de sus trece divisiones, pero su contribución real fue escasa. Por aquellos días los franceses estaban paralizados por el efecto en la moral de los bombardeos en picado alemanes y las rápidas maniobras de los tanques.

No obstante, es increíble el efecto perturbador que este pequeño contraataque blindado tuvo en algunos de los comandantes superiores alemanes. Por un instante les llevó a pensar en detener el avance de su propia vanguardia blindada. El propio Rundstedt lo describió como un «momento crítico», al decir: «Por un momento temimos que nuestras divisiones acorazadas fueran aisladas antes de que las divisiones de infantería pudieran llegar en su apoyo»^[7]. Este efecto muestra la diferencia vital que hubiera supuesto que la respuesta británica adoptara la forma de dos divisiones acorazadas en lugar de solo dos batallones de tanques.

Después del fiasco de Arrás los ejércitos aliados en el norte no hicieron mayores esfuerzos por romper el cerco, mientras que la tardía ofensiva de socorro desde el sur que había planeado Weygand fue tan débil que resultó ridícula. Fue rechazada con facilidad por la barrera que habían formado rápidamente las divisiones motorizadas alemanas a lo largo del Somme para evitar interferencias con las divisiones *panzer* enviadas al norte para cerrar la trampa. Con unas fuerzas que se movían a cámara lenta como las que mandaba Weygand, sus órdenes grandilocuentes no tenían mayor efecto práctico que las súplicas de Churchill a los ejércitos para «desechar la idea de resistir a los ataques tras líneas de hormigón u obstáculos naturales» y recuperar el control «mediante ataques feroces y continuos».

Mientras que en las alturas se seguía debatiendo de planes impracticables, los ejércitos aislados del norte retrocedían en diagonal más cerca de la costa. Estaban sometidos a una presión frontal creciente de los ejércitos de infantería de Bock, aunque se ahorraron la mortal puñalada en la espalda de las fuerzas *panzer*.

El 24, Weygand se quejó amargamente: «el ejército británico ha realizado, por propia iniciativa, una retirada de cuarenta kilómetros hacia los puertos en un momento en que nuestras tropas, avanzando desde el sur, estaban ganando terreno hacia el norte, donde debían encontrarse con sus aliados». De hecho, las tropas francesas del sur no habían hecho ningún avance perceptible y los británicos todavía no se estaban retirando. Las palabras de Weygand simplemente mostraban el estado de irreabilidad en el que vivía.

Pero en la tarde del 25, Gort tomó la decisión definitiva de retirarse hacia el mar, en Dunquerque. Cuarenta y ocho horas antes las fuerzas *panzer* alemanas ya habían llegado a la línea del canal a solo quince kilómetros del puerto. El 26, el gabinete británico permitió a la Oficina de Guerra que le enviara un telegrama aprobando su decisión y «autorizándole» a llevar a cabo esa retirada. Al día siguiente otro telegrama le indicaba que evacuara sus fuerzas por mar.

Ese mismo día se quebró el frente del ejército belga en el centro ante el ataque de Bock y no había refuerzos a mano para reforzar la brecha. El rey Leopoldo ya había enviado varios avisos a Churchill, a través del almirante Keyes, advirtiéndole de que la situación se estaba volviendo desesperada. Ahora, de golpe, se había vuelto así. La mayor parte de Bélgica ya había sido invadida y el ejército tenía su retaguardia cerca del mar, atrapado en una estrecha franja de tierra llena de refugiados civiles. Así, a última hora de la

tarde, el rey decidió pedir un armisticio y el alto el fuego se produjo a primera hora de la mañana siguiente.

La rendición belga aumentó el peligro de que la BEF pudiera quedar aislada antes de alcanzar Dunquerque. Churchill acababa de mandar al rey Leopoldo una petición para que resistieran, que en privado había descrito ante Gort como «pedirles que se sacrificuen por nosotros». Es comprensible que los belgas, cercados y sabedores de que la BEF se preparaba para evacuar, no vieran esa petición con los mismos ojos que Churchill. El rey Leopoldo tampoco estaba dispuesto a seguir el consejo de Churchill de que debía «escapar en avión antes de que fuera demasiado tarde». El rey pensaba que debía «permanecer con su Ejército y con su pueblo». Su decisión podía considerarse insensata a largo plazo, pero en las circunstancias del momento era una elección honrosa. Las críticas posteriores de Churchill apenas fueron imparciales, mientras que las violentas acusaciones del primer ministro francés y de la prensa de ese país fueron sumamente injustas, teniendo en cuenta que la caída de Bélgica se había producido por el hundimiento de las defensas francesas en el Mosa.

La retirada británica a la costa se convertía ahora en una carrera para reembarcarse antes de que se cerrara la trampa alemana, a pesar de los amargos reproches y protestas franceses. Afortunadamente las medidas preparatorias habían comenzado en Inglaterra una semana antes, aunque bajo otro supuesto. El 20, Churchill había aprobado medidas «para reunir una gran cantidad de pequeñas embarcaciones listas para dirigirse a puertos y ensenadas de la costa francesa», con la idea de que podían ayudar a rescatar partes de la BEF que hubieran quedado aisladas al intentar avanzar hacia Francia siguiendo el plan existente. El almirantazgo no perdió tiempo en los preparativos. El almirante Ramsay, que dirigía el puerto de Dover, había recibido el control operativo el día anterior, el 19. Una serie de transbordadores, arrastreros y pequeños barcos costeros fueron reunidos de inmediato para lo que se llamó operación Dinamo. Desde Harwich hasta Weymouth se encargó a los funcionarios de transporte marítimo que registraran todos los buques de hasta mil toneladas.

En los días siguientes la situación empeoró rápidamente y pronto le quedó claro al almirantazgo que Dunquerque iba a ser la única ruta de evacuación posible. Dinamo se puso en marcha en la tarde del 26, veinticuatro horas antes de la petición de armisticio por parte de Bélgica y también antes de que el gabinete autorizara la evacuación.

Al principio no se pensaba que se pudiera salvar más que una pequeña parte de la BEF. El almirantazgo le dijo a Ramsay que se planteara traer de vuelta 45 000 hombres en dos días y que para entonces era probable que el enemigo hubiera bloqueado cualquier otra evacuación. En realidad, la noche del 28 solo habían desembarcado en Inglaterra 25 000 hombres. Fue una suerte que el período de gracia fuera considerablemente mayor.

Durante los primeros cinco días el ritmo de evacuación se vio limitado por la insuficiencia de pequeñas embarcaciones que trasladaran a las tropas desde las playas a los buques que esperaban frente a la costa. Esta necesidad, aunque había sido señalada de inicio por Ramsey, no se había cubierto adecuadamente. Pero el almirantazgo hizo ahora mayores esfuerzos para proporcionarle las embarcaciones con su tripulación correspondiente. El personal naval fue reforzado por multitud de voluntarios civiles: pescadores, tripulantes de botes salvavidas, regatistas y otros que tuvieran alguna experiencia manejando barcos. Ramsay señaló que uno de los mejores desempeños fue el de la tripulación de la balsa antiincendios Massey Shaw de los bomberos de Londres.

También al principio hubo mucha confusión en las playas, debido a la desorganización de las tropas que esperaban para embarcar, en aquellos momentos sobre todo personal de base. Ramsey consideraba que se agravó «por el hecho de que el uniforme de los oficiales del Ejército no se distinguía del de otras graduaciones», y se dio cuenta de que «la apariencia de los oficiales navales, con sus uniformes inconfundibles, ayudó a restablecer el orden... Posteriormente, cuando las tropas de las unidades de combate llegaron a las playas, estas dificultades desaparecieron».

El primer ataque aéreo importante se produjo la tarde del 29 «y fue una gran suerte que el canal vital del puerto de Dunquerque no se bloqueara por los buques hundidos en esta temprana fecha». Su preservación fue muy importante porque la mayoría de las tropas se embarcaban desde la bahía y menos de un tercio lo hacían desde las playas.

En los siguientes tres días los ataques aéreos aumentaron y el 2 de junio hubo que suspender la evacuación a la luz del día. Los pilotos de cazas de la RAF, procedentes de aeródromos del sur de Inglaterra, hicieron todo lo que pudieron para mantener a raya a la Luftwaffe, pero al ser superados en número y no poder permanecer mucho tiempo sobre la zona, debido a la distancia a sus bases, no eran capaces de establecer una cobertura aérea adecuada para la evacuación. Los habituales bombarderos suponían una grave presión sobre las tropas que esperaban en las playas, aunque la blanda arena

amortiguaba sus efectos. Los daños materiales fueron muy superiores en el mar, donde las pérdidas incluyeron seis destructores, ocho naves de transporte de tropas y más de doscientas pequeñas embarcaciones de un total de ochocientos sesenta barcos británicos y aliados de todos los tamaños que fueron usados en la evacuación. Por suerte la Marina alemana hizo pocos intentos de interferir, ya fuera con sumergibles o con lanchas rápidas. También por fortuna, la evacuación se vio favorecida por un tiempo extremadamente bueno.

El 30 de mayo se había evacuado a ciento veintiséis mil hombres, mientras el resto de la BEF había llegado a la cabeza de puente de Dunquerque, excepto los grupos que habían quedado aislados durante la retirada. La defensa de la cabeza de puente contra el avance del enemigo con intención de acorralarlos en tierra se volvió en consecuencia más firme. Los alemanes habían perdido su oportunidad.

Desgraciadamente los altos mandos franceses en Bélgica, que seguían cumpliendo el plan imposible de Weygand, habían dudado de si retirarse hacia el mar y hacerlo lo antes posible junto a los británicos. Como resultado de ese retraso casi la mitad de lo que quedaba del 1.^{er} Ejército francés había sido aislado el 28 cerca de Lille y fue obligado a rendirse el 31. Sin embargo, su valiente resistencia durante tres días permitió la salvación del resto, así como de los británicos.

A medianoche del 2 de junio la retaguardia británica se embarcó, completando la evacuación de la BEF. Se había completado el traslado de 224 000 hombres y solo se habían perdido 2000 por hundimientos de buques en su viaje de regreso a Inglaterra. Unos 95 000 aliados, fundamentalmente franceses, también fueron evacuados. Durante la siguiente noche se hicieron todos los esfuerzos para llevarse a los franceses que quedaban, a pesar de las crecientes dificultades, y se logró salvar a otros 26 000. Por desgracia unos cuantos miles de la retaguardia no pudieron ser embarcados, lo que dejó sentimientos dolorosos en Francia.

En la mañana del 4, cuando la operación había sido suspendida, un total de 338 000 británicos y aliados habían desembarcado en Inglaterra. Comparado con las expectativas iniciales, el resultado fue asombroso y constituyó una magnífica actuación por parte de la Marina.

Al mismo tiempo, es evidente que preservar a la BEF «para luchar otro día» habría sido imposible sin la decisión de Hitler de detener las fuerzas *panzer* de Kleist a las afueras de Dunquerque doce días antes, el 24.

En un momento dado solo había un batallón británico que cubriera los más de treinta kilómetros que van desde Gravelines y Sant Omer y, durante otros casi cien kilómetros hacia el interior, la línea del canal estaba poco mejor defendida. Muchos de los puentes todavía no se habían volado o, siquiera, se había preparado la demolición. Así, las tropas *panzer* alemanas no tuvieron dificultades para lograr cabezas de puente más allá del canal en una serie de lugares el 23 de mayo y, como dijo Gort en su despacho, era «el único obstáculo antitanque en su flanco». Una vez cruzado no había nada que los retuviera e impidiera que se situaran en la línea de retirada de la BEF hacia Dunquerque, excepto la orden de detención que impuso Hitler.

Sin embargo, está claro que Hitler había estado muy tenso y nervioso desde la penetración en Francia. La extraordinaria facilidad del avance, la falta de resistencia que encontraron sus ejércitos le habían puesto inquieto: era demasiado bueno para ser verdad. Los efectos que tuvo se pueden rastrear en el diario que llevaba Halder, jefe del Estado Mayor. El 17, el día después del dramático hundimiento de la defensa francesa detrás del Mosa, Halder escribió: «Día bastante desagradable. El *Führer* está nerviosísimo. Aterrado por su propio éxito, tiene miedo a arriesgarse y más bien tiende a frenarnos».

Ese fue el día en que Guderian se frenó cuando avanzaba a toda máquina hacia el mar. Al día siguiente Halder anotó: «Cada hora es preciosa... El cuartel general del *Führer* lo ve de manera muy distinta..., incomprensiblemente se sigue preocupando por el flanco sur. Se enfurece y grita que estamos haciendo lo necesario para arruinar toda la campaña». No fue hasta última hora de esa tarde, cuando Halder pudo asegurarle que la infantería giraba para formar un escudo a lo largo del Aisne, cuando Hitler estuvo de acuerdo con dejar que los tanques continuaran su avance.

Dos días después alcanzaron la costa, cortando las líneas de comunicación de los ejércitos aliados en Bélgica. Este brillante éxito pareció disipar temporalmente las dudas de Hitler. Pero estas revivieron cuando sus fuerzas *panzer* giraron hacia el norte, especialmente después de la alarma momentánea que provocó el contraataque blindado británico desde Arrás, por muy modesto que fuera. Sus fuerzas *panzer*, que consideraba tan valiosas, ahora se dirigían a la zona ocupada por los británicos, a los que consideraba adversarios especialmente duros. Al mismo tiempo estaba inquieto por lo que pudieran estar planeando los franceses en el sur.

Aparentemente la visita que decidió hacer al cuartel general de Rundstedt en la mañana del 24 de mayo, un momento crucial, fue desafortunada para Hitler. Y es que Rundstedt era un estratega precavido, cuidadoso a la hora de

tener muy en consideración los factores desfavorables y evitar equivocarse por un exceso de optimismo. Por este motivo a menudo era un buen correctivo de Hitler, al ofrecer una previsión cuidadosamente equilibrada, pero en esta ocasión no benefició las posibilidades alemanas. En su repaso de la situación se extendió en la manera en que la fuerza blindada se había visto reducida por el largo y rápido avance y señaló la posibilidad de tener que hacer frente a ataques desde el norte y el sur, especialmente este último.

Dado que la noche anterior había recibido órdenes de Brauchitsch, comandante en jefe del Ejército, en el sentido de que quien debía completar el cerco en el norte era Bock, es natural que estuviera pensando en la siguiente fase en el sur.

Además, el cuartel general de Rundstedt seguía estando en Charleville, cerca de Sedán, justo detrás del Aisne y en el centro del frente alemán que miraba al sur. La ubicación fomentaba la tendencia a centrarse en lo que había enfrente y a prestar menos atención a lo que ocurría en el flanco extremo derecho, donde la victoria parecía asegurada. Dunquerque solo merecía una mirada muy lateral.

Hitler estuvo «totalmente de acuerdo» con las precauciones de Rundstedt y enfatizó la suprema necesidad de conservar la fuerza *panzer* para futuras operaciones.

A su regreso a su propio cuartel general, esa tarde, Hitler mandó llamar al comandante en jefe. Fue una «entrevista muy desagradable» y terminó con la orden definitiva de Hitler de detenerse. Esa noche Halder resumió con pena en su diario el efecto que le produjo:

El ala izquierda, que consistía en fuerzas blindadas y motorizadas, que no tenía ningún enemigo enfrente, se detendría de golpe bajo órdenes directas del *Führer*. ¡Rematar al enemigo cercado se dejaría en manos de la Luftwaffe!

¿Se inspiró la orden de detención de Hitler en Rundstedt? Si Hitler hubiera pensado que se debía a la influencia de Rundstedt casi con toda seguridad lo hubiera mencionado, tras la huida de los británicos, entre las excusas que dio para justificar la decisión que había tomado, ya que era muy propenso a echar la culpa de cualquier error a los demás. Pero en esta ocasión no hay huellas de que hubiera mencionado, durante las explicaciones posteriores, la opinión de Rundstedt como un factor. Esta prueba negativa es tan significativa como cualquier otra.

Parece más probable que Hitler fuera al cuartel general de Rundstedt con la esperanza de encontrar justificaciones adicionales para sus propias dudas y para el cambio de plan que quería imponer a Brauchitsch y Halder. Si esa decisión fue inspirada por alguien, probablemente la influencia inicial vino de Keitel y Jodl, los dos miembros principales de su Estado Mayor. El testimonio del general Warlimont es especialmente significativo, ya que estaba en estrecho contacto con Jodl en aquella época. Asombrado al escuchar el rumor de la orden de detener los tanques, fue a preguntarle a Jodl por el asunto:

Jodl confirmó que se había dado la orden y se mostró muy impaciente ante mis preguntas. Tenía la misma postura que Hitler, subrayando que la experiencia personal que no solo Hitler sino Keitel y él mismo tuvieron en Flandes durante la Primera Guerra Mundial demostraba, más allá de toda duda, que los blindados no podían operar en los pantanos de Flandes o, por lo menos, sin grandes pérdidas, y esas pérdidas eran inasumibles teniendo en cuenta la fuerza ya por sí reducida de los cuerpos *panzer* y las tareas que les esperaban en la inminente segunda fase de la ofensiva en Francia.^[8]

Warlimont añadió que si la iniciativa de la orden de detención hubiera procedido de Rundstedt, él y otros miembros del OKW se hubieran enterado; y que Jodl, que estaba a la defensiva respecto a esa decisión, «sin duda no hubiera dejado de señalar al mariscal Von Rundstedt como el que había iniciado o, al menos, apoyado esa orden», ya que eso hubiera terminado con las críticas, dada la «autoridad incuestionable de Rundstedt en asuntos operativos entre todos los generales de mayor graduación del Estado Mayor General»:

No obstante, la otra razón para dar esa orden se me reveló en aquel momento: que Göring apareció y tranquilizó al *Führer* diciéndole que su fuerza aérea logaría el resto del cerco cerrando el lado del mar del embolsamiento desde el aire. Sin duda sobrevaloró la efectividad de su rama de responsabilidad.^[9]

Esta declaración de Warlimont aumenta su sentido cuando se la relaciona con la última frase en la anotación del diario de Halder del 24 ya citada. Además, Guderian afirmó que la orden le fue dada por Kleist con estas palabras: «Hay que dejar Dunquerque a la Luftwaffe. Si la toma de Calais

tuviera dificultades, también habría que dejar esa fortaleza a la Luftwaffe». Guderian señaló: «Creo que fue la vanidad de Göring la que provocó esa fatídica decisión de Hitler».

Al mismo tiempo hay pruebas de que la Luftwaffe no fue utilizada de manera tan completa o energética como podría haberse hecho y algunos jefes de la Aviación dicen que Hitler también echó el freno en esto.

Todo ello llevó a los círculos de poder a sospechar que había una motivación política tras las razones militares de Hitler. Blumentritt, que se encargaba de los planes operativos de Rundstedt, vinculó esto con la manera sorprendente en que Hitler había hablado cuando visitó su cuartel general:

Hitler estaba de muy buen humor y admitió que el desarrollo de la campaña había sido «un milagro categórico» y nos transmitió su opinión de que la guerra estaría acabada en seis semanas. Después del final quería llegar a una paz razonable con Francia y entonces el camino estaría despejado para llegar a un acuerdo con Gran Bretaña.

Después nos dejó atónitos al hablar con admiración del Imperio Británico, de la necesidad de su existencia y de la civilización que Gran Bretaña había llevado por el mundo. Más tarde señaló, con un encogimiento de hombros, que la creación de su imperio se había logrado por medios a menudo duros, pero «no se hace una tortilla sin romper los huevos». Comparó el Imperio Británico con la Iglesia católica al decir que ambas son elementos esenciales de estabilidad en el mundo. Dijo que todo lo que quería de Gran Bretaña era que reconociera la posición de Alemania en el Continente. El retorno de las colonias perdidas por Alemania sería deseable pero no esencial e incluso se ofrecería a apoyar a Gran Bretaña con tropas si se veía en dificultades en cualquier lugar. Comentó que las colonias eran sobre todo una cuestión de prestigio, ya que no se podían conservar en tiempo de guerra y que pocos alemanes se podrían instalar en los trópicos.

Finalmente dijo que su objetivo era hacer la paz con Gran Bretaña según unos principios que pudiera aceptar como compatibles con su honor.^[10]

Reflexionando posteriormente sobre el curso de los acontecimientos, los pensamientos de Blumentritt a menudo volvían sobre esta conversación. Pensaba que la orden de detención se había dado no solo por razones militares

y que respondía a un plan político para alcanzar más fácilmente la paz. Si se hubiera capturado a la BEF en Dunquerque los británicos podrían haber pensado que su honor había sufrido una mácula que había que limpiar. Al dejarlos escapar Hitler esperaba conciliarse con ellos.

Dado que esta explicación procede de generales muy críticos con Hitler y que admiten que ellos mismos querían acabar con el Ejército británico, su testimonio tiene mucho más valor. Su relato de las conversaciones de Hitler en la época de Dunquerque encaja con mucho de lo que él mismo había escrito anteriormente en *Mi lucha* y es notable lo mucho que siguió su propio testimonio en otros aspectos. Había elementos en él que sugieren que tenía sentimientos encontrados de amor-odio hacia Gran Bretaña. La tendencia de sus conversaciones sobre Gran Bretaña en aquella época también se reflejó en los diarios de Ciano y Halder.

El carácter de Hitler era de tal complejidad que ninguna explicación sencilla puede ser tenida por verdadera. Es mucho más probable que su decisión tuviera varios motivos. Tres de ellos eran visibles: su deseo de conservar las fuerzas blindadas para su siguiente ataque; su antiguo temor por los pantanos de Flandes y los argumentos de Göring a favor de la Luftwaffe. Pero es muy probable que algunas motivaciones políticas se mezclaran con las militares en la mente de un hombre al que atraía la estrategia política y tenía una mente tan tortuosa.

* * *

El nuevo frente francés a lo largo del Somme y el Aisne era más largo que el original, mientras que las fuerzas disponibles para defenderlo habían disminuido mucho. Los franceses habían perdido treinta divisiones en la primera fase de la campaña, sin contar la merma de la ayuda de sus aliados. (Solo quedaban dos divisiones británicas en Francia, aunque se enviaron otras dos que no habían completado su instrucción). En total Weygand había reunido cuarenta y nueve divisiones para defender el nuevo frente, dejando diecisiete para encargarse de la línea Maginot. No se podía hacer mucho más para fortalecer el frente con el poco tiempo disponible, y la escasez de fuerzas contrarrestaba el intento tardío de aplicar el método de defensa en profundidad. Y como la mayor parte de las divisiones mecanizadas se habían perdido o habían quedado muy mermadas, también había una carestía de reservas móviles.

En comparación, los alemanes habían reconstruido los efectos de sus diez divisiones *panzer* con la llegada de nuevos tanques, mientras que sus ciento

treinta divisiones de infantería estaban prácticamente intactas. Para la nueva ofensiva las fuerzas fueron redistribuidas: se añadieron dos ejércitos de refresco (el 2.^º y el 9.^º) para aumentar la presión a lo largo del sector del Aisne (entre el Oise y el Mosa), y a Guderian le dieron el mando de dos cuerpos *panzer* para que estuvieran listos en esa zona. A Kleist le correspondieron otros dos cuerpos *panzer* para golpear desde las cabezas de puente sobre el Somme en Amiens y Péronne, respectivamente, un movimiento de pinza con intención de converger en la parte inferior del Oise cerca de Creil. El resto de los cuerpos blindados, bajo el mando de Hoth, debía avanzar entre Amiens y el mar.

La ofensiva comenzó el 5 de junio, inicialmente en la franja oeste, entre Laon y el mar. La resistencia fue encarnizada durante los dos primeros días, pero el 7 los cuerpos blindados más al oeste lograron abrirse camino en la ruta a Ruan. Entonces la defensa se hundió en la confusión y los alemanes no encontraron resistencia importante al cruzar el Sena el día 9. Pero no era aquí donde pretendían llevar a cabo su maniobra decisiva, por lo que se detuvieron. Esto fue afortunado para la pequeña fuerza británica, al mando del general Brooke, que en su inmensa mayoría pudo llevar a cabo una segunda evacuación cuando los franceses capitularon.

Sin embargo, la operación de pinza de Kleist no salió según lo previsto. La derecha de la pinza se abrió camino el 8, mientras que la izquierda, procedente de Péronne, fue detenida por una resistencia enérgica al norte de Compiègne. El mando supremo alemán decidió entonces retirar el Grupo de Kleist y enviarlo hacia el este para apoyar la brecha abierta en Champaña.

En ese lugar la ofensiva no empezó hasta el 9, pero el derrumbe fue rápido. Tan pronto como las masas de infantería forzaron el cruce, los tanques de Guderian se lanzaron por la brecha hacia Châlons-sur-Marne y después hacia el este. Para el 11, Kleist estaba ampliando el barrido y cruzó el Marne en Château-Thierry. El avance continuó a la carrera por la llanura de Langres hasta Besanzón y la frontera suiza, dejando aisladas todas las fuerzas francesas de la línea Maginot.

Tan pronto como el día 7 Weygand aconsejó al Gobierno que pidiera un armisticio sin dilación y al día siguiente anunció: «la batalla del Somme se ha perdido». Aunque el Gobierno estaba dividido dudaba si rendirse, pero el día 9 decidió abandonar París. Vacilaba entre Bretaña y Burdeos y acabó marchando a Tours como solución de compromiso. Al mismo tiempo Reynaud mandó una solicitud de ayuda al presidente Roosevelt en la que declaraba: «Combatiremos delante de París, combatiremos detrás de París,

nos encerraremos en una de nuestras provincias y, si nos expulsan, iremos al norte de África...».

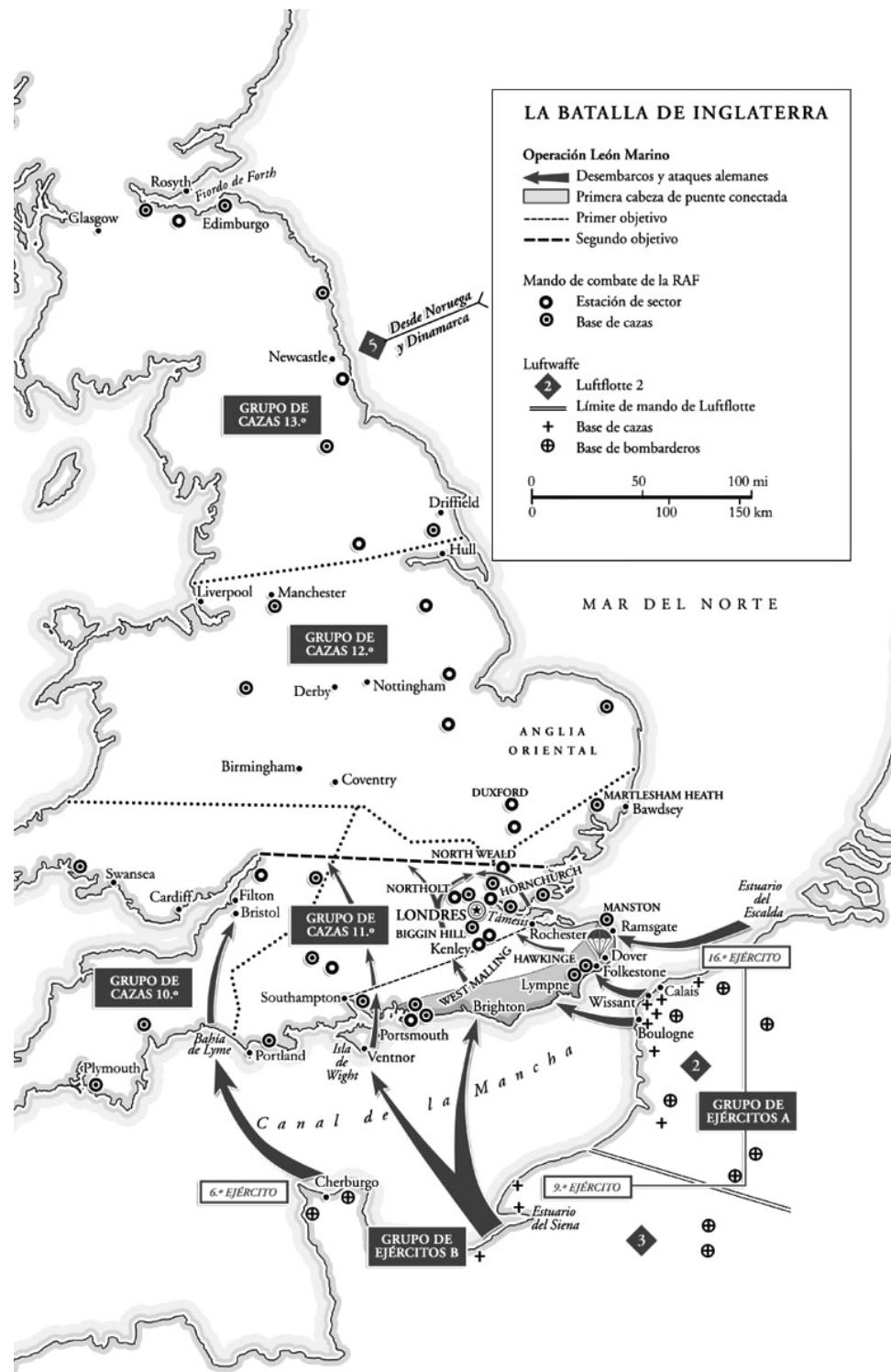
El día 10 Italia declaró la guerra. A Mussolini le habían ofrecido varias concesiones coloniales, pero las había rechazado con la esperanza de mejorar su posición ante Hitler. No obstante, no hubo una ofensiva italiana hasta diez días después y entonces fue fácilmente frenada por las débiles fuerzas francesas.

El día 11 Churchill voló a Tours en un vano esfuerzo por animar a los líderes franceses. Al día siguiente Weygand se dirigió al gabinete, diciéndole que se había perdido la batalla, echó la culpa a los británicos por ambas derrotas y declaró: «Estoy obligado a decir que es forzoso un cese de las hostilidades». Hay pocas dudas de que no se equivocaba en su valoración de la situación militar, ya que los ejércitos franceses estaban divididos en fragmentos y la mayoría hicieron pocos intentos de resistir, sino que se disolvían en un flujo dirigido al sur. El gabinete estaba dividido entre la capitulación y la continuación de la guerra desde el norte de África, pero solo decidió trasladarse a Burdeos mientras ordenaba a Weygand que resistiera en el Loira.

Los alemanes entraron en París el 14 y avanzaban más allá en los flancos. El 16 alcanzaron el valle del Ródano. Mientras tanto Weygand había seguido presionando para lograr un armisticio, apoyado por los principales comandantes. En un esfuerzo de última hora por revertir esta situación y asegurar una resistencia en África, Churchill hizo una propuesta de largo alcance para una unión franco-británica. Causó poco impacto, excepto que produjo irritación. Se votó la propuesta y una mayoría del gabinete francés la rechazó y decidió la capitulación. Reynaud dimitió, el mariscal Pétain formó un nuevo Gobierno y la petición de armisticio se transmitió a Hitler en la noche del 16.

Las condiciones de Hitler se comunicaron a los enviados franceses el 20, en el mismo vagón de tren, en el bosque de Compiègne, en que los enviados alemanes habían firmado el armisticio en 1918. El avance alemán atravesó el Loira mientras duraban las conversaciones, pero el 22 se aceptaron las condiciones alemanas. El armisticio fue efectivo a la 01:35 del 25 de junio, después de haber concluido otro armisticio con Italia.

La batalla de Inglaterra



Aunque la guerra había empezado el 1 de septiembre de 1939 con la invasión de Polonia por Alemania, seguida dos días después por las sucesivas declaraciones de guerra británica y francesa contra Alemania, es uno de los

rasgos más extraordinarios de la historia que Hitler y el Alto Mando alemán no hubieran hecho planes o preparativos para enfrentarse a la oposición británica. Y aún más extraño fue que no se hicieran nada en el largo intervalo de casi nueve meses antes de lanzar la gran ofensiva alemana de mayo de 1940 en el oeste. Ni siquiera se hicieron planes después de que fuera evidente el desmoronamiento de Francia y estuviera asegurada su caída.

Por tanto, está muy claro que Hitler contaba con la aceptación por parte del Gobierno británico de una paz de compromiso en los términos favorables que estaba dispuesto a otorgarle. Y que, por muy altas que fueran sus ambiciones no tenía deseos de forzar el conflicto con Gran Bretaña para llegar a una conclusión decisiva. En efecto les hizo entender a los generales alemanes que se había acabado la guerra al conceder permisos y trasladar a la Luftwaffe a otros frentes potenciales. Además, el 22 de junio Hitler ordenó la desmovilización de treinta y cinco divisiones.

Incluso cuando el rechazo de Churchill a llegar a cualquier acuerdo se hizo de manera enfática y su determinación para proseguir la guerra fue manifiesta, Hitler se aferró a la creencia de que se trataba de un farol y pensó que Gran Bretaña estaba destinada a reconocer «su situación militar desesperada». Esta esperanza no tardó en desvanecerse. No fue hasta el 2 de julio cuando ordenó que se realizara un estudio del problema de derrotar a Gran Bretaña mediante una invasión y no parecía estar convencido de su necesidad hasta que finalmente, el 16 de julio, dos semanas después, ordenó los preparativos para esa invasión, con el nombre de operación León Marino. Sin embargo, sí dijo que la expedición debía estar lista a mediados de agosto.

Incluso por entonces las reservas subyacentes de Hitler —o, al menos, su pensamiento dividido— quedaron demostradas por el hecho de que dijera a Halder, el 21 de julio, que quería abordar el problema de Rusia, si era posible lanzando un ataque contra ese país en otoño. El 29, en el OKW, Jodl le dijo a Warlimont que Hitler estaba decidido a ir a la guerra contra Rusia. Varios días antes el Estado Mayor operativo del Grupo Panzer de Guderian había sido enviado a Berlín para hacer preparativos en el uso de las fuerzas *panzer* en esa campaña.

Cuando cayó Francia el Ejército alemán no estaba preparado en absoluto para una tarea como la invasión de Inglaterra. El Estado Mayor no lo había contemplado, ni siquiera estudiado; a las tropas no se las había entrenado para operaciones de transporte marítimo y de desembarco y no se había hecho nada para construir una flota de desembarco adecuada. Así que todo lo que se hizo fue un intento apresurado para reunir embarcaciones, llevar barcazas

desde Alemania y Holanda a los puertos del canal de la Mancha y proporcionar a las tropas algún entrenamiento de embarque y desembarque. Era solo la temporal «desnudez» de las fuerzas británicas, después de haber perdido la mayor parte de sus armas y equipamiento en Francia, lo que ofrecía alguna posibilidad de éxito a una improvisación tan apresurada.

La parte principal de la operación se encargó al marisca Von Rundstedt y su Grupo de Ejércitos A, que iba a emplear el 16.^º Ejército (general Busch) en el ala derecha y el 9.^º (general Strauss) en la izquierda. Las fuerzas transportadas por mar debían embarcar en diversos puertos entre los estuarios del Escalda y el Sena para converger en la costa sudeste de Inglaterra entre Folkestone y Brighton, mientras que una división aerotransportada debía conquistar la zona de acantilados de Dover-Folkestone. Bajo este plan León Marino se desembarcaría a diez divisiones en la primera oleada en un período de cuatro días para establecer una amplia cabeza de puente. Después de en torno a una semana comenzaría el avance principal en el interior, siendo el primer objetivo capturar la zona elevada que describe un arco desde el estuario del Támesis hasta Portsmouth. En la siguiente fase Londres debía quedar aislado del oeste.

Una operación secundaria debía ser llevada a cabo por el 6.^º Ejército (mariscal Von Reichenau) del Grupo de Ejércitos B, con tres divisiones en la primera oleada, que debía llegar desde Cherburgo y desembarcar en la bahía de Lyme, al oeste de Portland Bill, para avanzar hacia el norte en dirección al estuario del Severn.

La segunda oleada de la invasión consistiría en una fuerza móvil de explotación compuesta por seis divisiones acorazadas y tres motorizadas organizadas en tres cuerpos de ejército, seguida por una tercera oleada de nueve divisiones de infantería y una cuarta con otras ocho, también de infantería. Aunque no estaban previstas divisiones acorazadas en la primera ola, si estaban asignados unos seiscientos cincuenta tanques aproximadamente, todos ellos para ser llevados en el primero de los dos escalones (el escalón de cabeza representaba un poco más de un tercio de su fuerza total de doscientos cincuenta mil hombres). El traslado a través del canal de la Mancha de esa primera oleada, en dos partes, requería el uso de 155 transportes, con un total de 700 000 toneladas, además de 3000 navíos más pequeños: 1720 barcas, 470 remolcadores y 1160 motoras.

Los preparativos no comenzaron hasta finales de julio y el Estado Mayor Naval alemán declaró que no se podía reunir tal cantidad de buques para lanzar León Marino antes de mediados de septiembre como mínimo, cuando

Hitler había ordenado que se completaran a mediados de agosto. (En efecto, a finales de julio el Estado Mayor Naval recomendó posponer la operación hasta la primavera de 1941).

Pero este no era el único obstáculo. Los generales alemanes tenían muchos recelos por los riesgos que correrían sus hombres en el cruce marítimo. Tenían poca confianza en la capacidad de su armada y fuerza aérea para mantener despejado el paso e instaban a que la invasión tuviera lugar en un frente suficientemente amplio (desde Ramsgate a la bahía de Lyme) para estirar y distraer a las fuerzas defensoras. Los almirantes alemanes estaban aún más preocupados por lo que podía ocurrir cuando llegara la armada británica a la zona. Tenían poca o ninguna confianza en su propia capacidad de evitar la interferencia de esa fuerza, mientras que desde el principio insistieron en que el plan del Ejército para un frente de invasión amplio sería imposible de proteger y que el cruce debía ser restringido a un pasillo relativamente estrecho y minado, con fuerzas terrestres de menor dimensión, limitaciones que ahondaban las dudas de los generales. Por encima de todo, el almirante Raeder hizo hincapié en que la superioridad aérea sobre la operación de cruce era esencial.

Tras una conversación con Raeder el 31 de julio, Hitler aceptó el punto de vista de la Marina de que León Marino no podía ponerse en marcha antes de mediados de septiembre. Pero la operación no se pospuso definitivamente hasta 1941, ya que Göring aseguró a Hitler que la Luftwaffe podía impedir la intervención de la Marina británica, así como mantener a la RAF^[1] fuera de los cielos. Los jefes de la Marina y el Ejército estaban muy dispuestos a dejar que intentara su ofensiva aérea preliminar, lo que no los comprometía a nada definitivo a menos —y hasta que— tuviera éxito.

Al final, no lo tuvo y el combate en el aire se convirtió en la principal característica —en realidad la única— de la decisiva batalla de Inglaterra.

* * *

La superioridad de la Luftwaffe sobre la Real Fuerza Aérea no era tan grande como se pensaba de manera generalizada en la época. Era incapaz de mantener un ataque continuo, oleada tras oleada, de concentraciones de bombarderos, tal y como temían los británicos, y la cantidad de sus cazas no era muy superior a la de los británicos.

La ofensiva fue llevada a efecto por las Luftflotten (Flotas Aéreas) 2 y 3, a las órdenes de los mariscales Albert Kesselring y Hugo Sperrle —el primero con base en el noreste de Francia y los Países Bajos, y el segundo, en el norte

y noroeste de Francia. Cada escuadrón era una fuerza autónoma con todos los componentes necesarios: una integración que había sido ventajosa al operar con el avance del ejército en Polonia y el oeste, pero que lo era menos en una campaña exclusivamente aérea. Cada escuadrón tenía sus propios planes y los presentaba por separado; no había un plan de conjunto.

El 10 de agosto, cuando la ofensiva estaba a punto de empezar de verdad, los escuadrones 2 y 3 tenían un total de 875 bombarderos normales (de gran altitud) y 316 bombarderos en picado. (Estos últimos fueron tan vulnerables ante los cazas británicos que fueron retirados de la batalla después del 18 de agosto y reservados para la invasión).

Además, la Luftflotte 5 en Noruega y Dinamarca, al mando del general Stumpff tenía bombarderos de gran altitud, pero solo participaron en la batalla un día, el 15 de agosto, y sus pérdidas fueron tan grandes que la distante incursión no se repitió. Sin embargo, su presencia tras bastidores tuvo un efecto de distracción al mantener a parte de las fuerzas del Mando de Caza británico ancladas en el noreste de Inglaterra. También proporcionó unos cien bombarderos en la última parte de agosto para reemplazar las pérdidas de las Luftflotten 2 y 3.

Estas habían comenzado la batalla el 10 de agosto con novecientos veintinueve cazas a su disposición. En su mayor parte eran Messerschmitt 109 de un solo motor, pero también tenían doscientos veintisiete Me 110 bimotores y de relativo largo alcance. El Me 109, cuyo prototipo había aparecido en 1936, tenía una velocidad máxima de más de 560 km/h, y su elevado régimen de ascenso le proporcionaba una ventaja adicional sobre los cazas británicos. No obstante, en giros y maniobras estaba en desventaja con ellos. Además, también a diferencia de ellos, al empezar la batalla la mayoría no tenían protección blindada para el piloto, aunque sí depósitos de gasolina a prueba de balas, de los que los británicos carecían.

En esta batalla el alcance limitado fue un factor decisivo para los cazas de un solo motor alemanes. El rango oficial del Me 109 de 660 kilómetros era muy engañoso. Su verdadero radio de acción, de ida y vuelta, era de poco más de 160 kilómetros, y desde el Paso de Calais o la península de Cotentin eso apenas les alcanzaba para llegar a Londres, dejándoles muy poco tiempo de combate efectivo. Dicho de otro modo, tenían una duración total de vuelo de apenas noventa y cinco minutos, lo que solo les proporcionaba de setenta y cinco a ochenta minutos de tiempo de vuelo táctico. Cuando las graves pérdidas de bombarderos, y su muy palpable vulnerabilidad, hacían necesario proporcionarles escolta de cazas, no podían usar más de trescientos a

cuatrocientos bombarderos en un día cualquiera, incluso contra objetivos en el sur de Inglaterra, contando con dos cazas por cada bombardero.

Además, el Me 109 era de difícil manejo en el despegue y aterrizaje, mientras que su tren de aterrizaje era débil y sus dificultades se acentuaban por los aeródromos improvisados a la carrera en la costa francesa.

El bimotor Me 110, a pesar de su velocidad máxima nominal de casi 550 km/h, demostró ser mucho más lento, a menudo de apenas 480 o incluso menos, y de ese modo era superado fácilmente por el Spitfire, aunque este era muy lento en aceleración y difícil de maniobrar. Se había pretendido que fuera «la flor y nata operativa de los cazas de la Luftwaffe», pero se convirtió en la mayor decepción técnica de todas y acabó teniendo que ser escoltado por Me 109 para su propia protección.

Pero el mayor hándicap de los cazas alemanes era lo primitivo de su equipamiento de radio. Aunque tenían radiotelefonía para intercomunicarse durante el vuelo, esta era muy mala en comparación con la británica y no podían ser guiados desde tierra.

Los efectivos de cazas de la RAF habían sido remodelados, después de unas pérdidas de más de cuatrocienas unidades en Francia, hasta una cifra de unos seiscientos cincuenta para mediados de julio, el equivalente a sus fuerzas cuando los alemanes lanzaron su ofensiva en mayo. Eran sobre todo Hurricane y Spitfire, aunque también incluían casi cien unidades de otros modelos más antiguos.

La extraordinaria recuperación se debió en gran medida a los esfuerzos de lord Beaverbrook, que había sido nombrado para dirigir el recién creado Ministerio de Producción Aérea en mayo, al formarse el Gobierno de Churchill. Sus detractores se quejaron de que su enérgica intromisión entorpecía el desarrollo a largo plazo. Pero el mariscal sir Hugh Dowding, comandante en jefe del Mando de Caza (el Fighter Command), declaró que «el efecto que tuvo el nombramiento solo puede ser descrito como mágico». Incluso a mediados del verano la producción de cazas había aumentado dos veces y media, y durante el año completo Gran Bretaña produjo 4283 cazas comparados con los pocos más de 3000, de uno y dos motores, fabricados por Alemania.

Es más difícil de establecer la comparación en el terreno del armamento. Los Hurricane y Spitfire solo estaban provistos de ametralladoras; cada aparato tenía ocho, fijadas en la parte delantera de las alas. Eran ametralladoras Browning estadounidenses, unas armas elegidas porque eran lo suficientemente fiables como para ser controladas a distancia, mientras que

su ritmo de fuego era alto, 1260 proyectiles por minuto. En general los Me 109 estaban armados con dos ametralladoras fijas en la cubierta y dos cañones de 20 mm en las alas, un arma desarrollada como resultado de la experiencia en la guerra civil española, que había sido utilizada como campo de pruebas por la Luftwaffe: el Me 109 se había probado allí, así como otros tipos de caza que habían sido sustituidos para entonces.

Adolf Galland, el as alemán, no tenía dudas, retrospectivamente, de que el armamento del Me 109 era el mejor. La opinión británica estaba dividida, ya que se consideraba que el alto ritmo de fuego de las Browning era superior en las ráfagas cortas, pero también se reconocía que media docena de proyectiles de cañón podían hacer más daño que una ráfaga equivalente de Browning. Y algunos de los pilotos británicos se quejaban amargamente de que incluso cuando estaban seguros de haber alcanzado a un oponente, «no pasaba nada». Significativamente, unos treinta Spitfire fueron equipados con dos cañones Hispano de 20 mm (Oerlikon) en el curso de la batalla y a los Hurricane se les añadieron cuatro cañones que entraron en funcionamiento a partir de octubre.

Lo que está muy claro, y se hizo evidente desde el principio, es que los bombarderos alemanes estaban muy mal armados —con pocas ametralladoras de puntería libre que pudieran combatir a los cazas británicos sin necesidad de la escolta de sus propios cazas—.

La situación respectiva sobre los pilotos de combate era más compleja y, en las fases iniciales de la batalla, muy desfavorable para los británicos. Aunque con una formación de alto nivel, su escaso número era grave. Las escuelas de entrenamiento de la RAF eran lentas en su expansión y sus carencias venían determinadas en gran medida por la conducta en la batalla. Había que mantener al mínimo las pérdidas, aunque esto significara dejar pasar algunas incursiones aéreas. Eran los hombres y no los aviones la principal preocupación de Dowding.

Administrando sus recursos en julio, Dowding consiguió aumentar su número de pilotos hasta 1434 a principios de agosto, con ayuda de la contribución, o «préstamo», de 68 de la rama aérea de la Marina. Pero un mes después el número había descendido hasta 840 y las bajas promediaban 120 a la semana. En contraste, no más de 260 pilotos terminaban su formación en las Unidades de Entrenamiento Operativo de la RAF durante todo un mes. En septiembre la escasez fue más grave, al descender el número de pilotos muy cualificados, mientras que los recién llegados, entrenados rápidamente, eran más vulnerables por su inexperiencia. Los nuevos escuadrones que relevaban a los agotados a menudo perdían a más de los que sustituían. En numerosas

ocasiones la fatiga llevaba aparejado un declive de la moral y un creciente «nerviosismo».

Los alemanes no tenían ese importante hándicap inicial en cuestión de efectivos. A pesar de sus pérdidas importantes en el Continente, en mayo y junio, las escuelas de vuelo generaban más pilotos de los que podían ser absorbidos por los escuadrones de primera línea. Pero la moral se veía afectada insidiosamente por la manera en que Göring y otros miembros de la cúpula de la Luftwaffe veían, y trataban, a las unidades de caza, como un arma defensiva y de importancia secundaria. Además, se le detrajo de muchos de sus mejores pilotos para cubrir las bajas en las armas de bombarderos y bombarderos en picado, mientras que Göring seguía criticándola por falta de agresividad y la culpaba de los fracasos de la Luftwaffe, debidos en realidad a su falta de previsión y errores de planificación. En contraste, la moral de los pilotos de caza británicos se vio reforzada por el hecho de saber que eran vistos y aclamados durante estos meses críticos como el «puñado de hombres» de Churchill, la flor y nata de la RAF y los héroes de la nación.

La presión sobre los cazas alemanes, tanto pilotos como aviones, se multiplicó por el modo en que fueron usados, y limitados, de manera creciente a tareas de escolta, con dos o tres misiones diarias y, a veces, hasta cinco. Göring no permitía los días de descanso o la rotación de unidades de primera línea. Así, la pura fatiga se añadía al sentimiento, y tensión, provocados por sus grandes bajas. La moral estaba menguada cuando llegó septiembre. Esto se vio agravado por una sensación de duda respecto a la realidad de la propia invasión, a la vista de la insignificancia y amateurismo de los preparativos que veían los pilotos, de modo que empezaron a preguntarse cada vez más si estarían siendo simplemente sacrificados para mantener una fachada de una operación que estaba siendo abandonada.

Las tripulaciones de bombarderos sufrían graves pérdidas y un sentimiento de vulnerabilidad ante los ataques de los cazas británicos. Así, el declive de su moral tendió a ser aún mayor, a pesar de la valentía con la que continuaron cumpliendo órdenes.

En resumen, mientras que ambos bandos estaban muy igualados en habilidades y valor durante las primeras fases de la batalla, el hecho de saber, y más aún de sentir, que el enemigo padecía mayores pérdidas y una fatiga superior, con independencia de las propias, ayudó a los ingleses a ponerse por delante durante las siguientes fases.

Una constante desventaja alemana durante toda la batalla fue un mal servicio de información. La guía básica de la Luftwaffe en la dirección de la

ofensiva fue un manual de preguerra, conocido como *Estudio azul*, que ofrecía la información disponible sobre la situación y disposición de las instalaciones industriales en Gran Bretaña y los resultados de un reconocimiento fotográfico exhaustivo llevado a cabo bajo la cobertura de «vuelos de prueba de rutas aéreas civiles». Esto estaba mal complementado por el propio departamento de inteligencia de la Luftwaffe, bajo la dirección de un simple comandante. En una investigación sobre la RAF que ese comandante (Schmid) llevó a cabo en julio de 1940, infravaloró mucho la producción de cazas británica, asignándole solo de 180 a 300 aparatos al mes, mientras que la realidad ascendía a 460-500 Hurricane y Spitfire solo en agosto y septiembre, el momento de la batalla, siguiendo los esfuerzos de Beaverbrook de acelerar el programa. (La falsa impresión generada por este gran error aumentó con los informes del departamento de producción del general Udet que se explayaba en los inconvenientes de los Hurricane y Spitfire sin señalar sus ventajas).

En el informe del comandante Schmid no se mencionaba el bien diseñado sistema de defensa de la RAF, con sus emisoras de radar, centros de operaciones y red de radio de alta frecuencia. Y, sin embargo, la emisora de radio de Bawdsey, en la costa de Suffolk y el entramado de altas torres que rodeaba la costa había sido muy visible para la observación por parte de los servicios de información mucho antes de la guerra. Y en 1939 parecía imposible que los alemanes no tuvieran datos de las principales características del sistema de alerta británico. Aunque los alemanes sabían en 1938 que los británicos estaban investigando con el radar, e incluso se hicieron con una emisora móvil de radar en la playa de Boulogne, en mayo de 1940; sus científicos consideraron que era rudimentario. Y había informes mucho más completos y disponibles sobre el radar británico en Francia, dado el descuido de los franceses en cuestiones de seguridad, cuando los alemanes ocuparon la mayor parte de ese país. Pero los alemanes no parecen haberse aprovechado de esa información. El propio Göring tuvo poco en cuenta su efecto potencial en la batalla.

En efecto, no fue hasta que los alemanes instalaron sus estaciones de seguimiento en la costa francesa en julio, a raíz del flujo de señales que emitían las antenas de radar de la costa inglesa, cuando se dieron cuenta de que estaban ante algo nuevo y de vital importancia. Incluso el alcance y la efectividad de los radares británicos fueron infravalorados por los jefes de la Luftwaffe, y casi no hicieron nada por interferir en ellos o destruirlos. Ni siquiera el descubrimiento de que los pilotos británicos operaban bajo

estrecho control de radio los desalentó como hubiera debido: llegaron a la conclusión de que el sistema hacía que el Mando de Caza fuera inflexible y que un ataque masivo saturaría el sistema.

La tendencia a exagerar las pérdidas enemigas durante los intensos combates aéreos era un defecto común a ambos bandos, pero se convirtió en una desventaja mayor en el lado alemán. Al principio el servicio de información de la Luftwaffe evaluó correctamente los recursos de Dowding, con un total de unos cincuenta escuadrones de Hurricane y Spitfire, con una fuerza operativa de unos seiscientos aviones, de los cuales de cuatrocientos a quinientos, como mucho, estaban en el sur de Inglaterra. Pero después del inicio de la batalla se produjeron cálculos erróneos y se generó confusión como efecto combinado de sobrevalorar las pérdidas británicas e infravalorar su producción de aviones, de modo que los pilotos de la Luftwaffe estaban desconcertados, y después deprimidos, porque el número de pilotos británicos se mantenía. Se daba por derribado un número mucho mayor que el supuestamente existente.

Otro motivo del cálculo erróneo era la costumbre de los jefes de la Luftwaffe, cuando bombardeaban la base del Mando de Caza, de tachar con un lápiz rojo los escuadrones de la RAF que había allí. Esto se debía, en parte a la mala calidad de las fotografías de reconocimiento y en parte a un análisis de los resultados indebidamente optimista. Por ejemplo, la Luftwaffe había estimado que hasta el 17 de agosto se habían «destruido de forma permanente» no menos de once aeródromos, cuando, en realidad, solo uno, Manston, había quedado fuera de servicio durante un tiempo apreciable. Además, se despilfarraron esfuerzos en el ataque de aeródromos en el sudeste que no formaban parte de la organización del Mando de Caza. Al mismo tiempo los jefes de la Luftwaffe no se dieron cuenta de la importancia vital de las estaciones de distrito —como Biggin Hill, Kenley o Hornchurch— en la organización del Mando de Caza y no eran conscientes de que sus centros operativos estaban sobre tierra, peligrosamente expuestos. Así, los ataques devastadores contra las estaciones de distrito que llevó a cabo la Luftwaffe a finales de agosto no tuvieron seguimiento.

Otra desventaja alemana era el tiempo, en un doble sentido: el que hacía en el canal de la Mancha a menudo era desfavorable para el atacante, ya que al proceder habitualmente del oeste los británicos se enteraban primero. Los alemanes habían descifrado los informes meteorológicos de radio cifrados del Atlántico, pero se beneficiaron poco de ello y a menudo les pillaban por sorpresa. En particular, el momento del encuentro entre sus bombarderos y los

escuadrones de cazas se vio alterado con frecuencia por nubes inesperadas y baja visibilidad. Bancos de nubes sobre el norte de Francia y Bélgica retrasaban a los bombarderos, cuyas tripulaciones tenían poca experiencia en la navegación «a ciegas», lo que les hacía llegar tarde a sus encuentros y los cazas, que no podían permitirse malgastar combustible, se juntaban con otros bombarderos, de modo que una formación de bombarderos llevaba doble protección mientras que otra no tenía ninguna, con lo que padecían graves pérdidas. Cuando se acercó el otoño, y empeoró el tiempo, estas complicaciones aumentaron con efectos catastróficos.

Sin embargo, en un aspecto los alemanes se beneficiaron de una mejor planificación. El servicio británico de salvamento aéreo al principio era muy caótico y los pilotos que caían al mar dependían en gran medida de la suerte para ser rescatados. Esto era especialmente grave porque a mediados de agosto casi dos tercios de los combates aéreos decisivos tenían lugar sobre el mar. Los alemanes estaban mejor organizados: utilizaban unos treinta hidroaviones Heinkel para tareas de rescate y sus pilotos de caza y las tripulaciones de los bombarderos estaban equipados con botes hinchables, un chaleco salvavidas, una pistola lanzabengalas y un producto químico que extendía a su alrededor, en el mar, una mancha verde brillante. Un piloto de caza que caía al mar tenía de cuarenta a sesenta segundos para salir del avión antes de que se hundiera. Sin el consuelo que ofrecían estas medidas de rescate marítimo la moral de la Luftwaffe hubiera caído aún más rápido de lo que lo hizo.

La ofensiva de la Luftwaffe también tenía que enfrentarse a una formidable oposición más allá de la de los pilotos de la RAF: los cañones de la defensa antiaérea de Gran Bretaña. Estos, como los que habían acompañado a la fuerza expedicionaria, pertenecían al Ejército, que era el encargado de la tarea de defensa, aunque operativamente estaban vinculados y subordinados al Mando de Caza de la RAF. Si bien derribaron un número relativamente bajo de bombarderos alemanes en la batalla de Inglaterra, aumentaron mucho la tensión de los atacantes por su efecto desorganizador en general y en la precisión de los bombardeos en particular.

El comandante en jefe del Mando Antiaéreo era el teniente general sir Frederick Pile. Originalmente artillero, fue trasladado al Cuerpo Real de Tanques cuando este se convirtió en una formación permanente, en 1923, y pronto pasó a ser uno de los exponentes más dinámicos y defensor de las fuerzas blindadas móviles. Pero en 1937, tras ascender a general de brigada, el Consejo Superior de Guerra le nombró comandante de la Primera División

Antiaérea, que cubría la zona de Londres y el sur de Inglaterra. Al año siguiente las dos divisiones antiaéreas se ampliaron a cinco y, después, a siete. A finales de julio de 1939, justo antes de la guerra, Tim Pile fue ascendido al mando conjunto, incluyendo las baterías ligeras que se estaban formando para la defensa de los aeródromos y otros puntos vitales contra los ataques a baja altitud.

Otro elemento valioso para hacer frente a ese tipo de ataque era el globo de protección: una serie de globos con forma de salchicha anclados con un cable de acero a alturas de hasta 1500 metros, mediante cables de acero. Esto lo proporcionaba la propia RAF, bajo un control separado, aunque también bajo la autoridad del Mando de Caza.

Durante los años anteriores a la guerra, la expansión de las fuerzas antiaéreas para la defensa del territorio había logrado una aprobación a regañadientes en el mejor de los casos y, a menudo, se había encontrado con una fuerte oposición por parte del Consejo de Guerra, que tendía a verla como una lamentable sustracción de poder al Ejército. Así que los esfuerzos de Pile para desarrollar estas fuerzas antiaéreas y su efectividad chocaron con el Ministerio de Guerra, donde se vio en una situación desfavorable, con efectos adversos para sus perspectivas de reingreso, y posible promoción, en el propio Ejército. Con todo, y afortunadamente para el país, había logrado crear una relación estrecha y armoniosa con Dowding, una personalidad difícil, y trabajaron juntos notablemente bien.

En el momento de estallar la guerra, a principios de septiembre de 1939, la autorización de equipamiento del Mando Antiaéreo había aumentado, sucesivamente, hasta una escala de 2232 cañones pesados antiaéreos —casi el doble de lo que el considerado plan «ideal» había rechazado dos años antes—, así como 1860 cañones ligeros y 4128 focos reflectores. Pero, como resultado de las dudas y retrasos, solo se pudieron desplegar 695 cañones pesados y 253 ligeros al empezar la guerra, aproximadamente un tercio de los primeros y una octava parte de los segundos que tenían autorización por entonces. (De todas formas, esto era una mejora respecto al momento de la crisis de Múnich, un año antes, cuando solo había 126 cañones pesados listos para entrar en acción). La situación de los reflectores era relativamente buena, con 2700 desplegados sobre un total autorizado de 4128, más de dos tercios.

Después del inicio de la guerra surgieron nuevas complicaciones por la petición del almirantazgo de 255 cañones pesados para defender los 6 fondeaderos de la flota, una petición que no se había hecho antes de la guerra, cuando el almirantazgo mostró gran confianza en la capacidad, sin ayuda

externa, de sus buques para repeler los ataques aéreos con su propio armamento antiaéreo. Y ahora quería no menos de 96 cañones para proteger el fondeadero de Rosyth en el fiordo de Forth, tantos como estaban disponibles para todo Londres, y cuatro veces más de los que protegían la zona de Derby, donde se ubicaba la vital fábrica de motores Rolls-Royce.

La expedición a Noruega de abril de 1940 había supuesto una gran demanda adicional, y una sangría, de cañones antiaéreos tanto pesados como ligeros.

Después, tras la caída de Francia en junio, la situación de la defensa aérea de la propia Gran Bretaña había cambiado radicalmente para peor, ya que el país se vio rodeado por un anillo de bases aéreas enemigas desde Noruega hasta Bretaña.

En aquel momento la capacidad disponible del mando antiaéreo había aumentado hasta 1204 cañones pesados y 581 ligeros, respectivamente casi el doble y más del doble de la cantidad que había al estallar la guerra. La situación hubiera sido mejor sin las diversas sangrías sufridas. Durante las siguientes cinco semanas el resultado neto fue de 124 pesados y 182 ligeros, pero casi la mitad de los primeros y un cuarto de los segundos tuvieron que dedicarse a tareas de entrenamiento y en lugares de ultramar ahora en peligro por la entrada en guerra de Italia en el bando alemán. A finales de julio la defensa aérea de Gran Bretaña seguía teniendo poco más de la mitad de los cañones pesados y apenas un tercio de los ligeros considerados necesarios al principio de la guerra, cuando las circunstancias estratégicas eran mucho más favorables que ahora. Los reflectores eran más abundantes, había disponibles casi 4000, cerca del nivel de lo esperado, aunque el cambio de circunstancias ahora obligaba a un gran aumento de recursos.

La fase preliminar de la batalla de Inglaterra vio el desarrollo gradual de operaciones aéreas alemanas contra los barcos y puertos británicos del canal de la Mancha, así como esfuerzos irregulares de atraer a los pilotos británicos. Hasta el 6 de agosto no se enviaron instrucciones precisas sobre la conducción de la ofensiva a los comandantes de la Luftwaffe, Kesselring y Sperrle, lo que explica que la pauta de estas operaciones iniciales fuera tan desconcertante.^[2]

Los ataques habituales contra los barcos comenzaron el 3 de julio, mientras que al día siguiente una fuerza de ochenta y siete bombarderos en picado, escoltados por Me 109, atacaron el puerto militar de Portland, aunque sin gran resultado. El 10 una pequeña fuerza de bombarderos, con una mayor escolta de cazas, atacó un convoy frente a Dover, y los Me 110,

significativamente, se comportaron peor ante los Hurricane enviados para defender el convoy. Después de un ataque más intenso contra un convoy en la misma zona, el 25 de julio, el almirantazgo decidió enviar los convoyes a través del Paso de Calais por la noche, y algunos ataques exitosos contra destructores le llevó a adoptar la medida de que los fondeados en Dover se retiraran a Portsmouth. El tránsito de otro convoy durante la noche del 7 de agosto fue detectado por el radar alemán desde los acantilados cercanos a Wissant, y el día siguiente fue atacado por oleadas de hasta ochenta bombarderos en picado cada vez, y con escolta. Hundieron cerca de 70 000 toneladas de carga con un coste de treinta y un aviones.

El 11, en una serie de combates confusos, la RAF perdió treinta y dos cazas. Aun así, durante esta fase, del 3 de julio al 1 de agosto, los alemanes habían perdido 364 bombarderos y cazas, mientras que la RAF se quedó sin 203 cazas, una pérdida que podía reemplazar con la producción de aviones de una semana.

* * *

Siguiendo la tardía orden de Hitler del 1 de agosto —para que la Luftwaffe «destruyera la fuerza aérea enemiga lo antes posible»— y las conversaciones de Göring con sus principales subordinados, se fijó el inicio de la gran ofensiva para el 13 de agosto. Se bautizó con el nombre de Adlertag, el «Día del águila». Informes muy optimistas de los éxitos de la Luftwaffe en la fase preliminar habían convencido a Göring de que podía lograr la superioridad aérea en cuatro días de buen tiempo. Sin embargo, para el 13 de agosto el tiempo se había vuelto menos favorable que antes.

No obstante, en el propio Día del águila, la Luftwaffe lanzó sus bombardeos iniciales sobre los aeródromos de cazas británicos y estaciones de radar en el sudeste de Inglaterra. Los aeródromos avanzados de Manston, Hawkinge y Lympne fueron gravemente dañados, mientras que algunas de las estaciones de radar estuvieron sin funcionar durante varias horas. El de Ventnor, en la isla de Wight quedó fuera de combate, pero esto se ocultó a los alemanes mediante señales de otro transmisor. Las propias torres de radar tendían a mantener a los bombarderos en picado a distancia de los centros de operaciones que estaban en su base, y en cualquier caso los alemanes erróneamente pensaron que estos centros estarían a salvo bajo tierra. A este respecto hay que rendir tributo a las operadoras de radar de la WAAF (Women's Auxiliary Air Force), la Fuerza Aérea Auxiliar Femenina, que

siguieron informando de los ataques hasta que su propia estación fue bombardeada.

La espesa capa de nubes que cubría el sudeste de Inglaterra hizo que Göring pospusiera el ataque principal hasta la tarde, pero varias formaciones no recibieron la señal de retraso y malgastaron sus esfuerzos en ataques desarticulados. Cuando se produjo el gran ataque, esa tarde, fue muy disperso y sus resultados decepcionantes. Durante ese día la Luftwaffe hizo 1485 incursiones, el doble que la RAF. Tuvo un coste de cuarenta y cinco aviones alemanes, bombarderos y cazas, y solo logró derribar trece cazas de la RAF, aunque afirmó haber destruido setenta.

En esta etapa inicial de la ofensiva principal gran parte del esfuerzo de la Luftwaffe se dilapidó en atacar aeródromos que no estaban cerca del Mando de Caza, que debería haber sido su objetivo principal. También padeció una mala coordinación entre formaciones de bombarderos y sus cazas de escolta.

Al día siguiente, el 14 de agosto, las nubes ayudaron a reducir el ataque en torno a un tercio de la magnitud del día anterior, pero cuando el tiempo se despejó en la mañana del 15, la Luftwaffe realizó su mayor esfuerzo de toda la batalla: un total de 1786 incursiones en las que se utilizaron más de 500 bombarderos. Los primeros ataques se produjeron contra aeródromos en Hawking y Lympne, y aunque el primero, el más importante, se libró de un daño considerable, el segundo quedó fuera de servicio durante dos días.

Después, a primera hora de la tarde, más de cien bombarderos de la Luftflotte 5, en dos formaciones, volaron sobre el mar del Norte para atacar aeródromos cerca de Newcastle y en Yorkshire. La mayor formación, de unos sesenta y cinco aviones procedentes de Stavanger, en Noruega, iba escoltada por unos treinta y cinco Me 110, pero estos resultaron tener poco valor de protección y la fuerza se encontró con tal resistencia encarnizada por parte de los cazas del Grupo número 13 de la RAF y de los cañones antiaéreos que no provocó daños importantes en ningún lugar y perdió quince aviones frente a ninguno de la RAF. La otra fuerza atacante, de unos cincuenta bombarderos, desde Aalborg (Dinamarca), no tenía escolta, pero aunque el Grupo número 12 desplegó tres escuadrones para hacerle frente, una gran parte logró llegar a la base de bombarderos de la RAF en Driffield (Yorkshire) donde provocó muchos daños, aunque perdió siete de sus bombarderos sobre Inglaterra y tres más en el vuelo de vuelta.

En el sur la defensa británica tuvo menos éxito, ante una serie de ataques más potentes y variados, realizados a menor distancia. A primera hora de la tarde una incursión de treinta bombarderos, muy bien escoltados, alcanzaron

Rochester y bombardearon la fábrica de aviones de Short, mientras que casi al mismo tiempo una ofensiva de veinticuatro cazabombarderos provocó graves daños en el aeródromo de cazas de la RAF de Martlesham Heath (Suffolk). La multitud de ataques interfería en la pantalla del radar y los escuadrones de caza británicos, enviados de manera individual, acometían por todas partes. Afortunadamente para la defensa, las Luftflotten 2 y 3 no coordinaron de manera efectiva sus ataques, por lo que perdieron la ventaja de mantener a la RAF a la fuga. No fue hasta las seis de la tarde cuando una concentración de unos doscientos aviones de la Luftflotte 3 cruzó el canal de la Mancha para atacar aeródromos en el sur-centro de Inglaterra. Ayudados por un buen aviso del radar, los Grupos de combate 10 y 11 —los dos que cubrían la parte sur del país— pusieron en el aire no menos de catorce escuadrones, un total de unos ciento setenta cazas, para hacer frente a esa irrupción masiva que consiguió muy poco. Justo después la Luftflotte 2 atacó de nuevo en el sudeste, con unos cien aviones, pero también encontró pronta resistencia y tuvo poco efecto. Incluso cuando las embestidas alcanzaban sus objetivos se encontraban con que los cazas británicos estaban bien dispersos y camuflados.

Ese día, quizá el más decisivo de la batalla, las pérdidas alemanas sobre toda la superficie del país fueron de setenta y cinco aviones, comparados con los treinta y cuatro cazas británicos. Significativamente la Luftwaffe había empleado menos de la mitad de su fuerza de bombarderos, lo cual era un reconocimiento, y admisión indirecta, de su dependencia de la escolta de sus propios cazas, que habían sido utilizados casi en su totalidad. Además, las operaciones de ese día habían mostrado claramente la insostenibilidad de los bombarderos en picado alemanes, los hasta entonces temibles Stukas, para las tareas que tenían asignadas ahora, así como la ineptitud de los cazas Me 110, sobre los que se habían depositado grandes esperanzas.

Fue este día el que inspiró a Churchill para decir: «Nunca en el campo del conflicto humano tantos le debieron tanto a tan pocos».

Sin embargo, al día siguiente, el 16, la Luftwaffe hizo otro esfuerzo importante creyendo que la RAF había perdido más de cien aparatos el día anterior y que solo le quedaban trescientos cazas. Pero, aunque los ataques fueron dañinos en varios lugares, en conjunto fueron decepcionantes. A pesar del buen tiempo, el 17 no hubo ofensivas importantes. El 18 un nuevo intento más fuerte produjo la pérdida, para los alemanes, de setenta y un aviones (la mitad de ellos bombarderos) en comparación con las pérdidas de la RAF de veintisiete cazas. A partir de entonces las agresiones disminuyeron. De hecho, los ataques en vuelo rasante en Kenley y Biggin Hill habían provocado daños

considerables y era difícil contrarrestarlos, ya que llegaban por debajo del nivel de rastreo del radar. Con todo, los alemanes no se dieron cuenta de esto y pensaron que sus bajas habían sido excesivas como para continuar. Entonces el mal tiempo produjo un respiro en la batalla.

* * *

Göring había convocado a sus principales subordinados para una nueva conferencia el 19. Después de las conversaciones se decidió seguir con la ofensiva aérea, con un esfuerzo renovado para eliminar la fuerza de cazas británica.

Durante las dos semanas posteriores al 10 de agosto la Luftwaffe perdió 167 bombarderos (incluyendo 40 en picado) y, en consecuencia, los mandos de los bombarderos pedían escoltas de cazas más y más potentes. Las tensiones y fricciones entre ambas armas aumentaron por la tendencia de Göring a alinearse con los bombarderos y culpar a los cazas.

Pero también había fricciones en el lado británico, especialmente entre el vicemariscal del aire Keith Park, que mandaba en el Grupo de Cazas número 11 en la zona crucial del sudeste de Inglaterra y el vicemariscal del aire Trafford Leigh-Mallory, al mando del Grupo de Cazas número 12 en las Tierras Medias de Inglaterra. Park hacía énfasis en la importancia de encontrarse con los alemanes delante de sus objetivos y derribar sus bombarderos, obligándolos de este modo a utilizar más cazas Me 109 en su función de escoltas, tarea para la que no eran adecuados. Leigh-Mallory pensaba que esta política ponía una gran presión en los pilotos de caza de la RAF que podían ser sorprendidos en tierra, a menudo repostando o antes de que pudieran alcanzar altura suficiente.

También hubo diferencias respecto a la táctica que usar. La «facción» Leigh-Mallory defendía la teoría «gran ala» consistente en el uso de fuerzas de intercepción masivas y concentradas, mientras que Park se aferraba a lo que consideraba la política más flexible, viable gracias a los radares ingleses, consistente en enviar a interceptores conforme llegaban las fuerzas alemanas, era la política de «concentración diluida».

También se argumentó que Dowding, de acuerdo con Park, se aferraba mucho a mantener los aeródromos avanzados en el sudeste, por una cuestión de la moral de los civiles, cuando hubiera sido más sensato retirarse detrás de Londres, fuera del alcance de los Me 109 y los bombarderos a los que escoltaban.

El Mando de Caza había perdido a 94 pilotos en el período del 8 al 18 de agosto, con otros 60 que habían sido heridos. Sin embargo, no había carestía de aparatos, a pesar de la pérdida de 175 cazas durante ese período, además de 65 gravemente dañados y 30 destruidos en tierra.

Cuando mejoró el tiempo, el 24, Göring lanzó su segundo órdago para dominar los cielos. Esta vez estuvo mejor planificado. La Luftflotte 2, mandada por Kesselring, solía conservar algunos aviones en el aire, en el lado francés del canal de la Mancha, y eso mantenía a Park a la expectativa, ya que el radar no podía distinguir entre bombarderos y cazas, o señalar cuando un avión cruzaba súbitamente el canal. En esta nueva fase los aeródromos avanzados del Grupo 11 sufrieron con mayor severidad que antes y Manston tuvo que ser abandonado.

Otra característica del nuevo plan era un ataque intensivo sobre las estaciones e instalaciones de la RAF alrededor de Londres, lo que condujo al lanzamiento accidental de bombas sobre la capital. Durante la noche del 24 unos diez bombarderos alemanes, que se habían perdido en su trayecto hacia objetivos en Rochester y Thamshaven, soltaron sus cargas sobre el centro de Londres. Este error provocó una represalia inmediata en forma de incursión sobre Berlín, durante la noche siguiente, a cargo de ochenta bombarderos británicos. Y este ataque fue seguido por varios más, lo que llevó a Hitler, después de proferir amenazas que fueron ignoradas, a ordenar ataques de represalia contra Londres.

Antes de la nueva ofensiva la mayor parte de los cazas Me 109 de la Luftflotte 3 fueron trasladados a la Luftflotte 2, para aumentar la fortaleza de las escoltas en la zona del Paso de Calais. Esta política dio sus frutos. Los cazas de la RAF tenían más dificultades, y muchas más pérdidas, al penetrar la pantalla protectora de los cazas alemanes, mientras que los bombarderos alemanes podían alcanzar más fácilmente sus objetivos. Además, los alemanes desarrollaron una nueva táctica de dividir las fuerzas en varios ataques una vez que las formaciones masivas habían superado la cobertura de los radares.

El primer día, 24 de agosto, las estaciones del sector de North Weald y Hornchurch solo se libraron gracias a sus cañones antiaéreos. Estos también salvaron los astilleros de Portsmouth del intenso ataque de la Luftflotte 3, aunque la propia ciudad sufrió mucho por la dispersión de bombas resultante. Después de este esfuerzo la Luftflotte 3 se dedicó al bombardeo nocturno y atacó Liverpool durante cuatro noches consecutivas, a partir del 28. No obstante, muchos de los bombarderos no fueron capaces de encontrar la zona

de las riberas del Mersey debido a un entrenamiento inadecuado y a las interferencias británicas contra los instrumentos de navegación alemanes. Por otra parte, estas incursiones también mostraron las carencias del sistema de defensa británico contra los ataques nocturnos.

Los últimos dos días de agosto fueron en especial malos para el Mando de Caza. Significativamente, las pequeñas formaciones de bombarderos alemanas, de quince a veinte, tenían escoltas de cazas tres veces superiores a muchas de las suyas. El 31 la RAF sufrió sus mayores pérdidas de toda la batalla, con treinta y nueve caídos derribados frente a cuarenta y un aviones alemanes. La ratio de mermas era superior a la que podía permitirse la RAF con sus fuerzas limitadas y no iba a disuadir a los atacantes. La mayor parte de los aeródromos del sudoeste estaban seriamente dañados y algunos tan destrozados que eran inutilizables.

Hasta Dowding estaba contemplando hacer retroceder su línea de combate en el sudeste y situarla fuera del alcance de los Me 109. También estaba siendo más criticado por mantener veinte escuadrones de cazas para proteger el norte, que solo había sido atacado una vez y de día. Además, los del Grupo 12, en East Anglia y las Tierras Medias, clamaban por participar de manera más directa en la batalla, mientras que Park se quejaba de que no colaboraban como hubieran querido. Las tensiones en la relación entre Park y Leigh-Mallory, y también entre Dowding y Newall, jefe del Estado Mayor del Aire, no ayudaban a encontrar una solución al problema.

Durante el mes de agosto el Mando de Caza perdió en combate 338 Hurricane y Spitfire, así como otros 104 gravemente dañados, en comparación los alemanes se dejaron 177 Me 109 y 24 muy dañados. Esto supuso unas pérdidas de 2 a 1 en caídos. Debido a otras causas los cazas de la RAF perdieron veinticuatro caídos por cincuenta y cuatro Me 109.

Así pues, a principios de septiembre había razones para que Göring pensara que el objetivo estaba a su alcance: la destrucción de la fuerza de cazas y sus instalaciones en el sudeste. Sin embargo, no se dio cuenta de la importancia de mantener la ventaja que había logrado.

El 4 de septiembre se diversificó, y diluyó, la concentración de la Luftwaffe en los aeródromos del Mando de Caza y realizó una serie de ataques contra fábricas de aviones británicas: la de Short en Rochester y la de Vickers-Armstrong en Brooklands. La diversificación fue muy eficaz en sí misma, pero también produjo un descenso de la presión sobre el Mando de Caza. Esto fue especialmente valioso, ya que la resistencia y los nervios de

los pilotos se habían tensado hasta el extremo y sus prestaciones habían mostrado un marcado declive.

Dowding, con su marcado sentido de lo esencial, ordenó máxima cobertura de los cazas para las fábricas del sur; un nuevo ataque contra Brooklands dos días después fue interceptado, así como otros ataques contra cinco estaciones de distrito en torno a Londres.

Durante las dos semanas del período del 24 de agosto al 6 de septiembre, 295 cazas británicos fueron destruidos y 171 gravemente dañados —en comparación con una producción total de 269 cazas nuevos y reparados. Las pérdidas de Me 109 de la Luftwaffe fue de apenas la mitad, aunque también se quedó sin más de 100 bombarderos.

Las pérdidas de la Luftwaffe, junto con la necesidad de escoltas para los bombarderos mucho mayores, afectaban seriamente al esfuerzo que estaba haciendo o que podía hacer. Mientras que había realizado mil quinientas incursiones al día, y de manera puntual alcanzó la cifra de mil trescientas a mil cuatrocientas los dos últimos días de agosto, nunca llegó a mil durante la primera semana de septiembre. A lo largo de los dos primeros meses de la batalla —que se había convertido en un combate de desgaste— la Luftwaffe había perdido más de ochocientos aviones. La Luftflotte 2 de Kesselring, sobre la que descansaba la carga principal de la ofensiva, tenía una fuerza que había descendido a unos cuatrocientos cincuenta bombarderos y quinientos treinta cazas Me 109. Por tanto, al final de esta tercera fase de la batalla la balanza por fin se estaba inclinando a favor de Gran Bretaña. Esta tendencia se acentuaría aún más en la cuarta fase, con la ayuda del cambio de orientación del esfuerzo de la Luftwaffe.

* * *

El 3 de septiembre Göring había tenido en La Haya otra conferencia con sus principales subordinados que había confirmado la fatídica decisión de orientar la ofensiva de bombardeos diurnos hacia Londres, tal y como había recomendado desde el principio Kesselring y que ahora había aceptado Hitler. La fecha de inicio se fijó para el 7 de septiembre.

Al mismo tiempo los trescientos bombarderos disponibles en la Luftflotte 3 se iban a usar para una ofensiva de bombardeo nocturno. Eso satisfacía a Sperrle, que siempre había estado a favor del bombardeo de buques y puertos y que cada vez se había vuelto más escéptico sobre las expectativas de aplastar la fuerza de cazas británica y eliminar sus aeródromos.

Durante la tarde del día 7 una flota aérea de unos 1000 aviones de la Luftflotte 2 —unos 300 bombarderos escoltados por 648 cazas— despegó con destino a Londres, bajo la mirada de Göring y Kesselring, desde los acantilados del cabo Blanc Nez, entre Calais y Wissant. Formaba escalones verticales entre 4000 y 4900 metros, volando en formación cerrada y dividida en dos oleadas. Los cazas de protección alemanes adoptaron una nueva táctica: una escolta volaba muy por delante en una horquilla de altitud de 7000 a 9000 metros, mientras que otra cubría a los bombarderos de cerca, a ambos lados y a una distancia de solo unos 300 metros.

Esta nueva técnica resultó difícil de contrarrestar, aunque en esta primera ocasión apenas fue necesaria. En efecto, en el cuartel general del Grupo 11 el controlador estaba esperando otro ataque contra las estaciones de distrito del sector interior y las cuatro escuadrillas de cazas que estaban en el aire, se concentraban mayoritariamente al norte del Támesis. Así pues, la ruta a Londres estaba despejada. La primera oleada voló directamente a las dársenas de Londres; la segunda sobre el centro de la ciudad y después de vuelta al East End y las dársenas. El bombardeo no fue tan preciso como esperaban los alemanes, muchos de los bombarderos se quedaron cortos, aunque en la zona densamente poblada del East End esto provocó más víctimas entre la población. En este primer ataque masivo de día contra Londres —que también fue el último— más de trescientos civiles murieron y más de mil trescientos fueron heridos gravemente.

Había sido una tarde frustrante para el Mando de Caza. Con todo, a pesar de que la mayoría de sus escuadrones llegaron tarde al escenario del bombardeo y al desconcierto que les provocó la nueva táctica alemana, fueron capaces de infligir unas pérdidas de cuarenta y un aviones contra veintiocho propios. La mayor conmoción para los alemanes vino de un ataque particularmente feroz por parte del Escuadrón 303 (polaco) desde Northolt.

Los incendios en el East End guiaron como una baliza el ataque nocturno que se produjo a continuación y que duró desde las ocho de la tarde hasta casi las cinco de la mañana. Göring llamó a su mujer diciéndole de manera triunfante: «Londres está en llamas». La ausencia de oposición le llevó, al igual que a muchos de sus subordinados, a creer que la fuerza de cazas británica estaba quemando sus últimos cartuchos. Así al día siguiente ordenó ampliar la zona de Londres a bombardear.

Mientras, la concentración de barcas de desembarco en el canal de la Mancha había ido creciendo día a día, y en la mañana del 7 el Gobierno británico hizo una alerta preventiva de invasión. Después del siguiente ataque

aéreo, muy seguido, la alerta fue reforzada, con el resultado de que una serie de unidades auxiliares fueron convocadas y las campanas de las iglesias, que debían señalar la invasión, repicaron.

Dada la ausencia de cazas nocturnos adecuados, la defensa de Londres, al igual que la de otras ciudades, dependía fundamentalmente, en este momento crucial, de los cañones antiaéreos y de los reflectores. En la noche del 7 solo había 264 cañones para defender Londres, aunque gracias a las diligentes medidas de Pile su número se duplicó en las siguientes cuarenta y ocho horas. Además, desde la noche del 10 implantó la «barrera de fuego», dando instrucciones a todos los cañones antiaéreos para que dispararan tanto como pudieran, independientemente de la información que tuvieran. Aunque el número de aciertos fuera bajo, el sonido de la barrera de fuego tenía un efecto tonificante en la moral de la población, además de lograr que los bombarderos volaran más alto.

Kesselring lanzó su segundo ataque diurno contra Londres en la tarde del 9. Esta vez el Grupo 11 estaba preparado, con nueve escuadrones de caza en posición, mientras que otros, de los Grupos 10 y 12, ayudaban. Las intercepciones tuvieron tanto éxito que la mayoría de las formaciones alemanas se deshicieron mucho antes de llegar a Londres. Menos de la mitad de los bombarderos lograron pasar y casi ninguno alcanzó sus objetivos.

Con diferencia el efecto más importante de esta nueva ofensiva alemana fue cómo alivió la tensión que padecía el Mando de Caza, que había sufrido mucho la concentración alemana sobre él, y que estaba a punto de quebrarse cuando los alemanes dirigieron sus esfuerzos al ataque de Londres. El castigo que sufrió la capital y sus habitantes fue el factor salvador en la preservación de la defensa del país.

Además, el decepcionante resultado del 9 de septiembre llevó a Hitler, una vez más, a posponer su período de alerta, de diez días de antelación, para la invasión. Esta vez se retrasó al 14, para una invasión el 24.

El empeoramiento de las condiciones atmosféricas ofreció un respiro a las defensas de Londres, pero el 11 y el 14 cierta cantidad de bombarderos llegaron y la intercepción de cazas era tan incompleta que, de manera optimista, la Luftwaffe informó de que la resistencia del Mando de Caza estaba empezando a desmoronarse. Así Hitler, aunque retrasó otra vez la fecha de alerta, solo lo hizo tres días, hasta el 17.

Kesselring lanzó un nuevo gran ataque en la mañana del domingo 15. Esta vez la defensa de cazas estaba mejor planificada y medida. Aunque la flota aérea fue atacada durante todo el camino desde la costa, por una serie de

escuadrones individuales o en parejas, en total 22, 148 bombarderos lograron llegar al área de Londres, aunque no pudieron lanzar sus bombas con precisión y la mayoría cayeron de forma muy dispersa. Entonces, cuando los alemanes se dirigían de vuelta a sus bases, el Ala Duxford del Grupo número 12, unos sesenta cazas, procedentes de East Anglia, se lanzaron contra ellos y, aunque perdieron parte de su efecto por no haber alcanzado suficiente altitud, su carácter masivo commocionó a los pilotos alemanes. Por la tarde las nubes ayudaron a los atacantes y un gran número tuvo el camino despejado hasta Londres, donde sus bombas causaron muchos daños, especialmente en las casas atestadas del East End. Sin embargo, en el conjunto del día en torno a un cuarto de los bombarderos quedaron fuera de combate y otros muchos dañados, a menudo con uno o más miembros de la tripulación muertos o heridos, de vuelta a sus bases, con el efecto consiguiente en la moral de esos aeródromos.

Las pérdidas reales alemanas ese día, tal y como se pudo verificar posteriormente, fue de 60 aviones. Esto fue mucho menos de un tercio de la cifra de 185 que anunció triunfalmente en ese momento el Ministerio del Aire británico, pero contrastaba muy bien con las pérdidas de la RAF de 26 cazas (la mitad de los pilotos se salvaron) y era un saldo mucho más favorable que el de las semanas recientes. Göring, que seguía culpando a los pilotos de caza, continuó expresándose con optimismo y estimó que la fuerza de caza británica estaría acabada en cuatro o cinco días. Pero ni sus subordinados ni sus superiores siguieron compartiendo ese optimismo.

El 17 Hitler, que compartía con el Estado Mayor de la Marina que la RAF no estaba derrotada en absoluto, y haciendo hincapié en que estaba previsto un período de mal tiempo, pospuso la invasión «hasta nuevo aviso». Al día siguiente ordenó que no se concentraran más buques en los puertos del canal de la Mancha y estuvo de acuerdo en iniciar su dispersión —el 12 por ciento de los transportes (21 de 170) y el diez de las barcazas (214 de 1918) habían sido hundidos o dañados por los ataques aéreos británicos. El 12 de octubre León Marino fue pospuesta definitivamente hasta la primavera del 1941 y en enero Hitler ordenó que se detuvieran todos los preparativos excepto algunas medidas de largo plazo. Su mente se había vuelto terminantemente hacia el este.

Göring insistió con sus ataques diurnos, pero los resultados eran cada vez más decepcionantes, a pesar de éxitos ocasionales en puertos aislados. Las fábricas de aviones en Filton, cerca de Bristol, fueron gravemente dañadas el 25 de septiembre y al día siguiente la fábrica de Spitfire, cerca de

Southampton, fue temporalmente destruida. Pero una gran incursión el 27 contra Londres fue un fracaso estrepitoso y en el último gran ataque diurno, el 30 de septiembre, solo una parte de los aviones llegaron a Londres, mientras se perdieron cuarenta y siete aviones en comparación con veinte cazas de la RAF.

* * *

Tras los decepcionantes resultados de la segunda mitad de septiembre, y sus grandes pérdidas de bombarderos, Göring decidió usar cazabombarderos que operaban a gran altitud. Hacia mediados de septiembre, se ordenó a las formaciones de cazas alemanas involucradas en la batalla que reservaran un tercio de sus capacidades para ser convertidas en cazabombarderos, generando así un total de unos doscientos cincuenta aviones de ese tipo. No obstante, se dedicó un tiempo insuficiente al reciclaje de los pilotos y la carga de bombas que podían transportar no era suficiente como para causar graves daños, además de tener una tendencia instintiva a lanzar las bombas en cuanto entablaban combate.

Lo mejor que puede decirse de esta fórmula es que su uso produjo una disminución temporal de las pérdidas alemanas a pesar de mantener la tensión sobre la RAF. Sin embargo, a finales de octubre, las pérdidas alemanas estaban alcanzando de nuevo la vieja ratio, mientras que el tiempo, que empeoraba, multiplicó la tensión sobre las tripulaciones de los cazabombarderos que actuaban desde aeródromos improvisados y convertidos en barriales. En octubre los alemanes perdieron trescientos veinticinco aviones, muchos más que los británicos.

El único hostigamiento serio para Gran Bretaña procedía ahora de los bombardeos nocturnos a cargo de bombarderos «normales». Desde el 9 de septiembre los trescientos bombarderos de la Luftflotte 3 de Sperrle se estabilizaron en una pauta regular y durante cincuenta y siete noches Londres fue atacado por una fuerza media de ciento sesenta bombarderos.

* * *

A principios de noviembre Göring dio nuevas órdenes que representaron un claro cambio de política. La ofensiva aérea debía concentrarse completamente en el bombardeo nocturno de ciudades, centros industriales y puertos. Con la liberación de los bombarderos de la Luftflotte 2 hasta setecientas cincuenta de esas unidades pasaron a estar disponibles, aunque solo se usaba en torno a un tercio del total en cada ocasión. Como podían permitirse volar a menos

velocidad y menor altura, también podían portar cargas de bombas más pesadas que durante el día, y se lanzaban hasta mil toneladas en una sola noche. Pero la precisión era mediocre.

La nueva ofensiva comenzó en la noche del 14 de noviembre, con un ataque a Coventry. Se vio ayudada por la brillante luz de la luna, así como por una fuerza especial de reconocimiento. Con todo, no se alcanzó su efectividad en los ataques posteriores a otras ciudades como Birmingham, Southampton, Bristol, Plymouth y Liverpool. El 29 de diciembre se causaron daños graves en Londres, especialmente en el centro de la City, pero entonces las incursiones disminuyeron hasta que el tiempo mejoró en marzo. Una serie de ataques intensos culminaron con una incursión muy dañina contra Londres en la noche del 10 de mayo de 1940, aniversario del inicio de la guerra relámpago en el oeste. Pero en los cielos sobre Gran Bretaña, el *blitz*, como fue bautizado, terminó el 16 de mayo, momento a partir del cual el grueso de la Luftwaffe fue desplazado al este para la inminente invasión de Rusia.

La ofensiva aérea alemana de julio a finales de octubre de 1940 causó muchos más daños y alteraciones de lo que se reconoció, y sus efectos habrían sido mucho mayores si hubiera habido mayor insistencia en presionar, y repetir, ataques contra los principales centros industriales. Pero no tuvo éxito en su objetivo de destruir la fuerza de cazas de la RAF y la moral del pueblo británico.

En el curso de la batalla de Inglaterra, desde julio hasta finales de octubre, los alemanes perdieron 1733 aviones —no los 2698 que declararon los británicos—, mientras que la RAF perdió 915 cazas, tampoco los 3058 declarados por el enemigo.

Contraataque desde Egipto

Cuando el ataque de Hitler en el oeste alcanzó un punto —con la ruptura del frente improvisado del Somme-Aisne— en que la derrota de Francia era inevitable, Mussolini metió a Italia en la guerra, el 10 de junio de 1940, con la esperanza de conseguir algún botín de la victoria. Una decisión casi segura desde su punto de vista y fatídica para la posición de Gran Bretaña en el Mediterráneo y África. Este fue su peor momento en la historia, ya que, aunque una gran parte de su ejército en Francia había escapado por mar, se había visto obligada a abandonar la mayoría de sus armas y equipamiento y, en esa situación desarmada, se enfrentaba a una amenaza inminente de invasión por los victoriosos alemanes. No tenían nada para reforzar la pequeña fracción del ejército británico que defendía Egipto y Sudán contra la amenaza inminente de invasión por parte de los ejércitos italianos en Libia y el África Oriental Italiana.

La situación era tan mala porque la entrada de Italia en la guerra había convertido la ruta marítima a través del Mediterráneo en demasiado insegura y los refuerzos debían llevarse a través de la ruta indirecta de El Cabo, descendiendo por la costa oeste del continente africano y remontando la costa este hasta el mar Rojo. Un pequeño destacamento de siete mil hombres, que estaba listo para ser enviado en mayo de 1940, no llegó a Egipto hasta finales de agosto.

En número los ejércitos italianos eran abrumadoramente superiores a las escasas fuerzas británicas que tenían enfrente, al mando del general sir Archibald Wavell quien, a propuesta de Hore-Belisha, había sido nombrado

en julio de 1939 para el recién creado puesto de comandante en jefe en Oriente Medio, cuando se tomaron las primeras medidas para reforzar las fuerzas en la zona. Incluso así, en aquel momento había apenas cincuenta mil soldados británicos frente a un total de medio millón de italianos, incluyendo sus tropas coloniales.

En los frentes meridionales las fuerzas italianas en Eritrea y Abisinia concentraban más de doscientos mil hombres y podrían haber avanzado hacia el oeste, a Sudán, que estaba defendido con solo nueve mil británicos y sudaneses o hacia el sur, a Kenia, donde la guarnición no era mayor. Un terreno accidentado y las distancias, además de las dificultades italianas para retener a los recién conquistados etíopes y su propia ineficacia, fueron la mayor protección de Sudán en este peligroso período. Excepto dos pequeñas incursiones fronterizas en Kassala y Gallabat, no hubo ningún movimiento ofensivo por parte italiana.

En el frente norteafricano una fuerza aún mayor en Cirenaica, bajo el mando del mariscal Graziani, enfrentaba a 36 000 británicos, neozelandeses e indios que defendían Egipto. El desierto occidental, dentro de las fronteras egipcias, separaba las dos partes de este frente. La posición británica más avanzada estaba en Mersa Matruh, a unos doscientos kilómetros dentro de sus fronteras y a algo más de trescientos del delta del Nilo.

Sin embargo, en lugar de permanecer pasivo, Wavell utilizó a parte de su incompleta división blindada como fuerza de protección ofensiva en los confines del desierto. Era muy ofensiva, realizando una serie continua de incursiones cruzando la frontera para hostigar los puestos italianos. Desde el principio de la campaña la 7.^a División Acorazada del general Creagh —los que pronto pasarán a ser las famosas Ratas del Desierto— adquirió un ascendente moral sobre el enemigo. Wavell rindió especial homenaje al 11.^º de Húsares (el regimiento de carros blindados) al mando del teniente coronel J. F. B. Combe, al decir que «continuamente estaba en la línea del frente, y a menudo detrás de las líneas enemigas, durante todo el período».

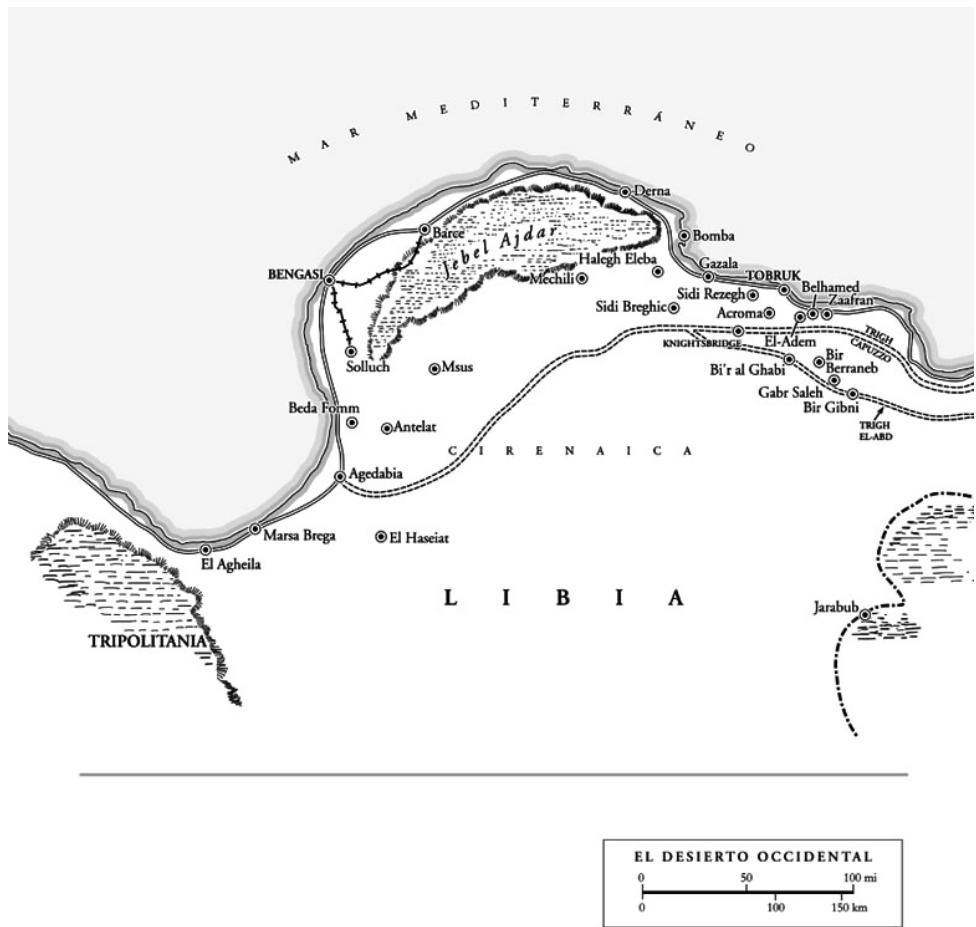
El 14 de junio una columna móvil mandada por el general de brigada J. A. C. Caunter realizó un ataque sorpresa contra Fuerte Capuzzo, capturando esta importante fortaleza fronteriza, aunque los británicos no intentaran conservarla de manera permanente, puesto que su estrategia era mantenerse con libertad de movimientos —«dueños del desierto»—, induciendo a los italianos a que se concentraran y ofrecieran objetivos. La lista publicada de bajas italianas durante los tres meses hasta mediados de septiembre alcanzó la cifra de tres mil quinientos, frente a poco más de ciento cincuenta británicos,

y ello a pesar de ser bombardeados y ametrallados con frecuencia desde el aire, donde los aviones italianos, relativamente numerosos, tenían pocas trabas en aquel momento.

No fue hasta el 13 de septiembre cuando los italianos, después de concentrar más de seis divisiones, comenzaron una cautelosa aproximación al desierto occidental. Después de avanzar ochenta kilómetros, menos de la mitad del camino hasta las posiciones británicas en Mersa Matruh, se instalaron en Sidi Barrani, donde establecieron una cadena de campamentos fortificados que estaban demasiado separados entre sí como para poder darse apoyo. Transcurrieron las semanas sin ningún intento de avance. Mientras tanto Wavell recibió más refuerzos, incluyendo tres regimientos acorazados enviados de urgencia desde Inglaterra en tres buques mercantes rápidos, en una audaz iniciativa de Churchill.

Wavell decidió que, si los italianos no avanzaban, él saldría a su encuentro y los atacaría. Este ataque iba a tener un efecto asombroso, produciendo la destrucción de todo el ejército italiano y casi el desplome de su control del norte de África.

Pero no estaba previsto un resultado tan drástico. El ataque estaba planificado, pero no como una ofensiva con continuidad, sino más bien como una incursión a gran escala. Wavell lo concibió como un golpe intenso para aturdir a los invasores de manera temporal mientras desviaba parte de sus fuerzas hacia Sudán, con el fin de hacer retroceder al otro ejército italiano en esa zona. Así, desgraciadamente, no se habían hecho preparativos adecuados para dar seguimiento a la apabullante victoria que se consiguió.



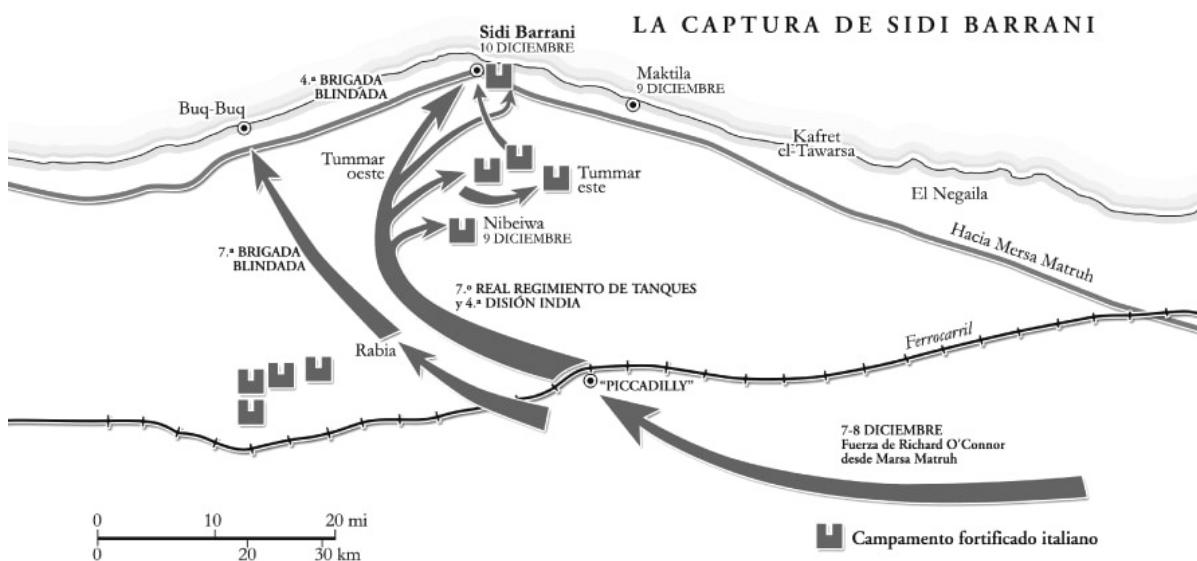
Gran parte del triunfo se debió al cambio radical realizado en el plan de ataque a raíz de un ensayo que planteó dudas sobre sus posibilidades de éxito. Una aproximación indirecta que pretendía capturar los campamentos

enemigos desde la retaguardia, fue sustituida por un ataque frontal que hubiera fracasado con mucha probabilidad por encontrarse en su camino con un campo de minas. El cambio de método fue sugerido por un miembro del Estado Mayor, el general de brigada Dorman-Smith, que había sido enviado por Wavell para presenciar el ensayo previo. Pero sus ventajas fueron captadas de inmediato por el comandante de la fuerza del desierto occidental, el general O'Connor, y la victoria subsiguiente se debió sobre todo a su actuación, ya que los comandantes en jefe, Wavell y el teniente general H. M. Wilson, estaban demasiado lejos como para tener una influencia positiva ante la rapidez de la batalla. Tuvieron una influencia importante y desafortunadamente, negativa, como veremos.

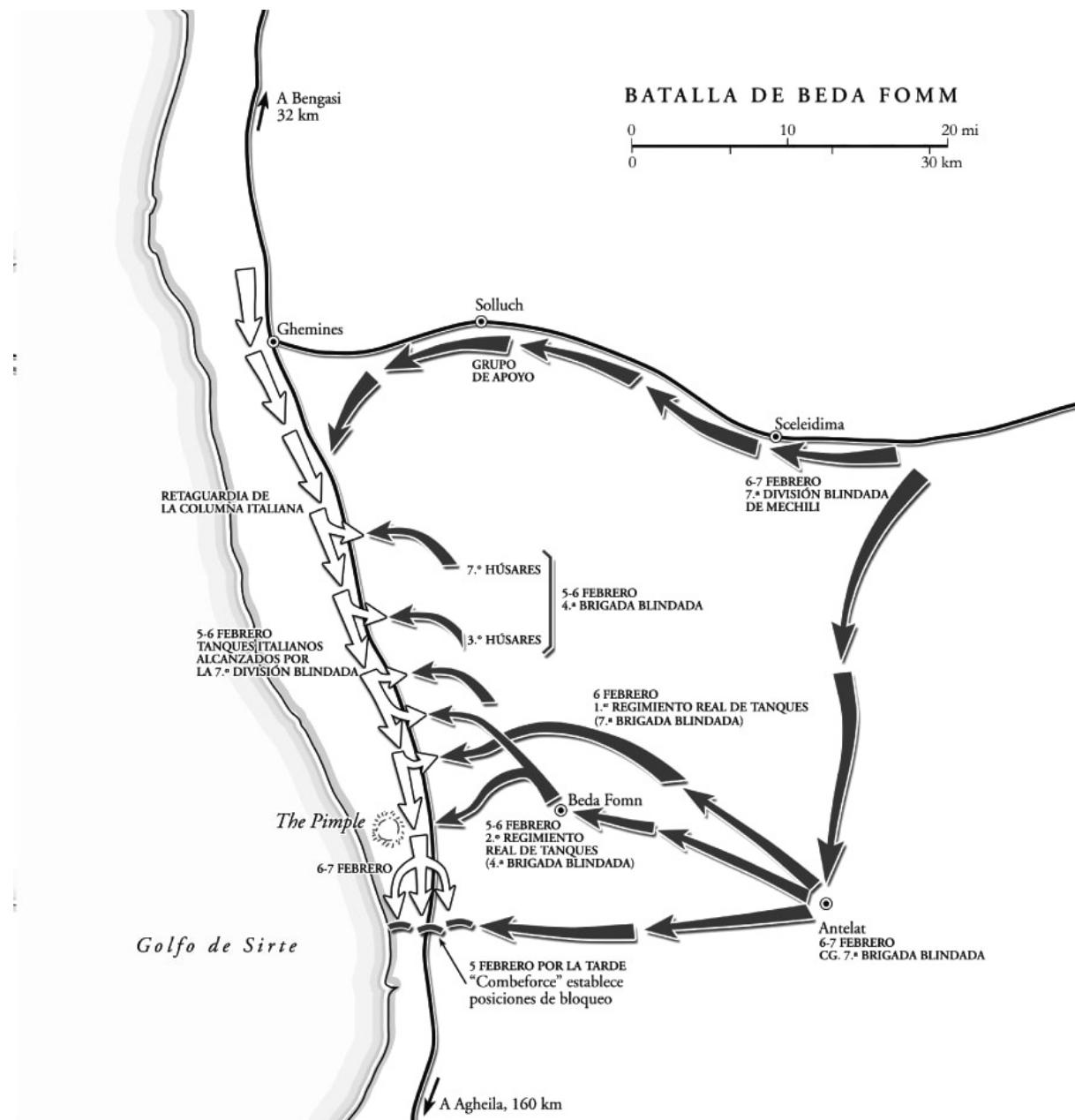
Las fuerzas de Dick O'Connor constaban de 30 000 hombres frente a 80 000 del enemigo, aunque contaba con 275 tanques frente a 120. Los cincuenta Matilda, con un fuerte blindaje, del 7.^º Regimiento Real de Tanques, inmunes a la mayor parte de las armas antitanque del enemigo, jugaron un papel especialmente decisivo en esta y otras batallas posteriores.

En la noche del 7 de diciembre inició su desplazamiento desde la posición de Matruh, en una aproximación por el desierto de más de cien kilómetros. A la noche siguiente pasó a través de un hueco en la cadena de campamentos enemigos, y a primera hora del 9, la infantería de la 4.^a División India (general Beresford-Peirse) atacó por retaguardia el campamento de Nibeiwa, con el 7.^º Real de Tanques como punta de lanza. La guarnición fue tomada por sorpresa y se hicieron cuatro mil prisioneros, con pequeñas bajas por parte de los atacantes: entre los tanquistas solo siete.

Entonces los Matilda avanzaron en vanguardia hacia el norte, contra el campamento llamado Tummar oeste, que fue atacado a primera hora de la tarde, mientras que Tummar este también cayó antes de que acabara ese día triunfal. Mientras tanto la 7.^a División Acorazada^[1] había avanzado hacia el oeste y alcanzado la carretera de la costa, cortando así la línea de retirada enemiga.



Al día siguiente la 4.^a División India se desplazó al norte contra un grupo de campos italianos que rodeaban Sidi Barrani. Esta vez el enemigo estaba en alerta y las fuertes tormentas de arena también eran un impedimento para el avance. No obstante, tras un freno inicial, un ataque convergente desde ambos flancos —con dos regimientos de tanques adicionales enviados por la 7.^a División Acorazada— se desató por la tarde y gran parte de la posición de Sidi Barrani fue capturada antes de que acabara el día.



Al tercer día la brigada de reserva de la 7.^a División Acorazada fue encargada de una nueva maniobra de envolvimiento en dirección oeste y llegó a la costa, más allá de Buq-Buq, para interceptar una larga columna de italianos en retirada. La captura de otros catorce mil italianos y ochenta y ocho cañones elevó el total hasta casi cuarenta mil prisioneros y cuatrocientos cañones.

Los restos del ejército invasor italiano, después de volver a cruzar su propia frontera, se refugió en la fortaleza costera de Bardia, donde fueron

aislados rápidamente por un movimiento circular envolvente de la 7.^a División Acorazada. Desgraciadamente no había disponible ninguna división de infantería de refuerzo para aprovechar su desmoralización, ya que los altos mandos británicos habían planeado llevarse la 4.^a División India en cuanto fuera capturado Sidi Barrani y devolverla a Egipto para ser enviada a Sudán. Su distancia respecto al campo de batalla hacía difícil que se dieran cuenta de lo decisivo de la victoria de O'Connor o de la inmensa oportunidad que les brindaba esa victoria, e insistieron en la orden de retirada de la 4.^a División India.

Así, el 11 de diciembre, el tercer día de la batalla, los derrotados italianos corrían en pánico en dirección oeste, mientras la mitad de la fuerza victoriosa marchaba en dirección este, ¡espalda contra espalda! Fue un espectáculo extraño y supuso un retraso fatídico, ya que transcurrieron tres semanas antes de que la 6.^a División australiana llegara desde Palestina para ayudar en el avance británico.

El 3 de enero de 1941 por fin se lanzó el ataque contra Bardia, con veinticuatro Matilda y el 7.^º Regimiento Real de Tanques a la cabeza como «abrelatas». La defensa se vino abajo rápidamente, y al tercer día toda la guarnición se había rendido: 45 000 prisioneros, con 462 cañones y 129 tanques. El comandante australiano de la división (general de división I. G. Mackay) dijo que, para él, cada Matilda valía como todo un batallón de infantería.

Inmediatamente después de la toma de Bardia, la 7.^a División Acorazada se dirigió al oeste para aislar Tobruk hasta que los australianos pudieran llegar para montar un ataque contra la fortaleza costera. Tobruk fue atacada el 21 de enero y cayó al día siguiente, rindiendo a 30 000 prisioneros, 236 cañones y 87 tanques. En este ataque solo quedaban operativos 16 Matilda, pero una vez más llevaron a cabo una penetración decisiva. Esa noche algunos de los hombres oyeron un boletín en la radio y escucharon decir al comentarista: «Sospechamos que el ataque fue llevado a cabo por el famoso regimiento de caballería». Un tanquista de la 7.^a División Acorazada estaba tan furioso que le dio una patada al aparato exclamando: «Tienes que proceder de una colonia, ser negro o de caballería para que te den algún mérito en esta m... de guerra». Era una reacción justificada, ya que nunca en la historia de la guerra una sola unidad de combate había tenido un papel tan decisivo en el resultado de una serie de batallas como la 7.^a División Acorazada en Sidi Barrani, Bardia y Tobruk.

El rápido progreso del avance británico hacia Cirenaica fue aún más notable, ya que se llevó a cabo con una nueva desventaja. Los refuerzos, medios de transporte y aviones que deberían haber sido enviados a O'Connor estaban retenidos en Egipto e incluso se le retiraron algunas unidades. Y es que la imaginación de Churchill estaba persiguiendo a otra liebre. Siguiendo el rastro de su vieja aventura durante la Primera Guerra Mundial, y estimulado por la manera en que los griegos hacían frente a los italianos, se imaginó la posibilidad de crear una poderosa combinación de países balcánicos contra Alemania. Era una idea atractiva pero impracticable; puesto que los primitivos ejércitos balcánicos no tenían la capacidad de resistir a las fuerzas aéreas y acorazadas de Alemania y Gran Bretaña, solo les podría mandar una ayuda muy pequeña.

A principios de enero Churchill decidió presionar a los griegos para que aceptaran recibir un contingente de unidades de tanques y artillería británicos, para ser desembarcados en Salónica y ordenó a Wavell que hiciera preparativos inmediatos para enviar esa fuerza, aunque eso significara debilitar la pequeña fuerza de O'Connor.

Pero el general Metaxás, por entonces primer ministro griego, rechazó la propuesta, diciendo que la fuerza que le ofrecían podía provocar la invasión alemana sin ser lo suficientemente poderosa como para contrarrestarla. Además, el comandante en jefe, general Papagos, opinó que lo que deberían hacer los británicos era completar su conquista de África antes de emprender nuevas acciones, dividiendo sus esfuerzos.

Este educado rechazo por parte del Gobierno griego coincidió con la toma de Tobruk por parte de O'Connor, por lo que el Gobierno británico decidió dejar que diera un paso más y capturara el puerto de Bengasi. Esto completaría la conquista de Cirenaica, la mitad oriental del África del Norte italiana. Pero el primer ministro británico continuó valorando su proyecto balcánico y a Wavell se le dijo que no proporcionara a O'Connor refuerzos que pudieran detraerse de la concentración de fuerzas para ese teatro de operaciones.

Al recibir autorización para avanzar, O'Connor, de nuevo, logró mucho más de lo esperado dados sus escasos recursos. (Su arma móvil, la 7.^a División Acorazada había quedado reducida a solo cincuenta tanques de crucero y noventa y cinco ligeros, que tenían un blindaje débil y carecían de cañón con capacidad de penetrar el blindaje enemigo). Al encontrarse al enemigo en una posición sólida en Derna, en la carretera de la costa, planeó desalojarlo mediante un movimiento de flanqueo tan pronto como le llegaran

los suministros y los tanques de crucero. Se esperaba que lo hicieran a tiempo para que reanudara el avance, el 12 de febrero.

Sin embargo, el 3 un reconocimiento aéreo mostró que el enemigo estaba preparándose para abandonar Bengasi y retirarse al cuello de botella de El Agheila, donde podía bloquear la ruta que va de Cirenaica a la Tripolitana. Se veían ya largas columnas en marcha.

O'Connor planeó inmediatamente un ataque audaz para interceptar la retirada enemiga, utilizando solo los restos de la 7.^a División Acorazada mandada por el general Creagh, enviándola a través del desierto interior con el objetivo de alcanzar la carretera de la costa mucho más allá de Bengasi. Tenían que recorrer unos 240 kilómetros, desde su posición en Mechili, siendo el primer tramo largo a través de un terreno extremadamente agreste. Se pusieron en marcha con raciones para solo dos días y apenas la gasolina suficiente, una de las aventuras más intrépidas y de las carreras más desenfrenadas de la historia militar.

La IV Brigada Acorazada de Caunter se puso en marcha a las 08:30 del día 4, precedida por los vehículos blindados de la 11.^a de Húsares. (La otra brigada acorazada, la VII, había quedado reducida a una sola unidad, la 1.^a Real de Tanques). A mediodía un informe de la Aviación ofreció la desconcertante noticia de que el enemigo en retirada ya estaba al sur de Bengasi. En un intento de acelerar la interceptación, Creagh ordenó a Caunter que organizara una fuerza compuesta solo de vehículos a motor de infantería y artillería y la mandó por delante de la 11.^a de Húsares al mando del coronel Combe. Las objeciones de Caunter a esta medida se confirmaron por la confusión y retraso generados al extraer esas unidades de la retaguardia de la columna y para organizar su transporte especial y las transmisiones que necesitaban. Además, en el terreno terriblemente accidentado que se encontraron por la tarde, los tanques casi adelantaron a los vehículos sobre ruedas. Caunter siguió adelante hasta después de medianoche, bajo la luz de la luna, antes de detenerse para permitir a las tripulaciones de los tanques unas pocas horas de descanso.

Durante la mañana del día 5, con un terreno más fácil, el destacamento de Combe (Combeforce) avanzó más rápido. Para la tarde había establecido una posición de bloqueo al sur de Beda Fomm, cruzando las dos rutas de retirada del enemigo. A última hora de la tarde atrapó a una muy sorprendida columna italiana de artillería y de civiles evacuados.

Mientras tanto los tanques de Caunter, que les seguían de cerca, habían llegado, hacia las 17:00 a la línea de retirada enemiga más allá de Beda

Fomm. Antes de anochecer se deshicieron de dos columnas de artillería y transporte. Esta actuación coronó convenientemente un avance en el que habían recorrido 270 kilómetros en treinta y seis horas, un récord de movilidad acorazada que no ha sido igualado. La ausencia de carreteras y la dificultad del terreno hicieron que esta proeza fuera aún más extraordinaria.

A la mañana siguiente, el 6, las principales columnas enemigas aparecieron en escena, escoltadas por tanques. Había más de cien nuevos tanques medios italianos, mientras que Caunter solo tenía veintinueve. Afortunadamente los tanques italianos se presentaban en pequeños paquetes, en lugar de a modo de una formación concentrada, y se mantenían cerca de la carretera, mientras que los británicos maniobraron hábilmente para tener posiciones de tiro y estaban ocultos y protegidos por los pliegues del terreno. Se produjo una serie de combates de tanques a lo largo del día, llevando el peso principal los diecinueve tanques del 2.^º Regimiento Real de Tanques, que quedaron reducidos a siete por la tarde —momento en que llegó el Primer Regimiento Real de Tanques de la otra brigada, con diez carros más—. El 3.^º y 7.^º de Húsares, utilizando con audacia sus tanques ligeros, hicieron mucho para distraer y hostigar al enemigo.

Cuando cayó la noche sobre el campo de batalla, sesenta de los tanques italianos habían sido dañados y otros cuarenta abandonados por la mañana, mientras que solo tres de los tanques británicos habían quedado fuera de combate. La infantería italiana y otras tropas se rendían en masa cuando sus tanques de escolta fueron destruidos y se vieron expuestos.

La fuerza de Combe, que actuaba como barrera, capturó a aquellas unidades que habían logrado escapar de la IV Brigada Acorazada. El último esfuerzo italiano para romper el cerco se hizo contra esta posición de retaguardia poco después de amanecer, encabezada por dieciséis tanques, pero fue detenida por el II Batallón de la Brigada de Fusileros.

En total, en esta batalla de Beda Fomm, los británicos hicieron 20 000 prisioneros y capturaron 216 cañones y 120 tanques. El total de las fuerzas británicas, tanto las de Caunter como las de Combe, fue de solo 3000 hombres. Cuando cayó Bardia y su guarnición, el 4 de enero, Anthony Eden, que acababa de volver al Ministerio de Asuntos Exteriores como secretario de Estado después de siete meses en el Ministerio de Guerra, había acuñado una nueva versión de la famosa frase de Churchill, diciendo que «nunca se habían rendido tantos a tan pocos». Esto fue aún más cierto con la victoria de Beda Fomm.^[2]

No obstante, el resplandor de la victoria pronto se vio ensombrecido. La completa desaparición del ejército de Graziani había dejado a los británicos el camino despejado, a través del cuello de botella de El Agheila, hacia Trípoli. Pero justo cuando O'Connor y sus tropas esperaban precipitarse —y expulsar al enemigo de su último bastión en el norte de África— finalmente fueron detenidos por orden del gabinete británico.

El 12 de febrero Churchill envió a Wavell un largo telegrama en el que, tras expresar que estaba encantado con la toma de Bengasi «tres semanas antes de lo esperado», le ordenaba detener el avance, dejando solo una mínima fuerza para defender Cirenaica, y prepararse para enviar la mayor fuerza posible a Grecia. Prácticamente toda la fuerza aérea de O'Connor se le retiró de inmediato, dejándole solo un escuadrón de cazas.

¿Qué había provocado este cambio de opinión? El general Metaxás había muerto repentinamente el 29 de enero, y el nuevo primer ministro era un hombre con menos personalidad. Churchill vio una oportunidad de resucitar su querido proyecto balcánico y estaba dispuesto a hacerlo rápido. De nuevo hizo su ofrecimiento al Gobierno griego y esta vez los convenció. El 7 de marzo, con el acuerdo de Wavell y la aprobación de los jefes de Estado Mayor y los tres comandantes en jefe de Oriente Medio, el primer contingente de fuerzas británicas, de cincuenta mil hombres, desembarcó en Grecia.

El 6 de abril los alemanes invadieron Grecia y los británicos se vieron pronto abocados a un segundo «Dunquerque». Escaparon por poco de un desastre completo, siendo evacuados por mar con grandes dificultades y abandonando todos sus tanques, la mayor parte del resto del equipamiento y doce mil hombres en manos alemanas.

O'Connor y su Estado Mayor estaban convencidos de que hubieran podido capturar Trípoli. Ese avance necesitaba del uso de Bengasi como puerto de base y una parte de los buques de transporte que se encontraban allí se reservaron para la aventura griega. Pero todas estas dificultades se resolvieron. El general De Guingand, que posteriormente sería jefe de Estado Mayor de Montgomery, reveló que el Estado Mayor Conjunto de Oriente Medio estaba convencido de que Trípoli podía ser tomado y los italianos expulsados de África antes de la primavera.

El general Warlimont, un destacado miembro del Estado Mayor de Hitler, desveló que el mando supremo alemán tenía el mismo punto de vista:

En aquel momento no podíamos entender por qué los británicos no explotaban las dificultades de los italianos en Cirenaica avanzando hasta Trípoli. No había nada que pudiera detenerlos. Las pocas tropas

italianas que seguían en el terreno estaban muertas de miedo y esperaban ver aparecer los tanques británicos en cualquier momento.
[3]

El 6 de febrero, el mismo día en que el ejército de Graziani era finalmente aniquilado en Beda Fomm, un joven general alemán, Erwin Rommel —que había mandado brillantemente la 7.^a División Panzer en la campaña francesa— fue convocado por Hitler y se le ordenó que se pusiera al mando de una pequeña fuerza mecanizada que iba a enviarse para rescatar a los italianos. Iba a consistir en dos divisiones de tamaño reducido, la 5.^a Ligera y la 15.^a Panzer. Pero el traslado de la primera no se pudo completar hasta mediados de abril y el de la segunda, hasta finales de mayo. Era un plan lento y los británicos tenían el camino despejado.

El 12 Rommel voló a Trípoli. Dos días después llegó un transporte alemán, con un batallón de reconocimiento y otro antitanque, a modo de primer destacamento. Rommel los envió rápidamente al frente y los apoyó con un puñado de tanques ficticios que consiguió que fabricaran rápido con la esperanza de crear una impresión de fuerza. Estos falsos tanques se montaban sobre vehículos Volkswagen, «el coche del pueblo», que se producían en masa y a buen precio en Alemania. No fue hasta el 11 de marzo cuando el regimiento de tanques de la 5.^a División Ligera llegó a Trípoli.

Al ver que los ingleses no se movían, Rommel pensó en intentar un movimiento ofensivo con lo que tenía. Su primer objetivo era simplemente ocupar el cuello de botella de El Agheila. Esto ocurrió de manera tan fácil, el 31 de marzo, que decidió seguir avanzando. Tenía claro que los británicos habían sobreestimado mucho su fuerza, quizás engañados por los falsos tanques. Además, los alemanes disponían de fuerzas aéreas equivalentes a las británicas en la zona, lo que les permitía ocultar ante el mando británico su debilidad en tierra, y dio lugar a algunos de los informes erróneos que generó la RAF durante las batallas subsiguientes.

Rommel también tuvo suerte con la cronología de los acontecimientos. La 7.^a División Acorazada había sido enviada de vuelta a Egipto a finales de febrero para descansar y reequiparse. Su lugar lo ocupó la recién llegada e inexperta 2.^a División Acorazada, mientras que la otra parte había sido enviada a Grecia. La 6.^a División australiana también había sido expedida a Grecia y la 9.^a, que la sustituía, tenía carencias de equipamiento y experiencia. A O'Connor también le habían dado un descanso, siendo sustituido por Neame, sin experiencia como comandante.

Además, Wavell, como confesaría posteriormente, no daba crédito a los informes que hablaban de un ataque alemán inminente. Los números justificaban su punto de vista, y no se le puede culpar por no haber previsto una figura como la de Rommel.

Ignorando órdenes superiores de esperar hasta finales de mayo, Rommel reanudó su avance el 2 de abril, con cincuenta tanques, seguido, a menor velocidad, por dos nuevas divisiones italianas. Buscaba magnificar su pequeña fuerza mediante la movilidad y el ardid. Como continuación del impacto causado por el ataque inicial de Rommel, su sombra se proyectaba tanto que sus dos pequeños dedos, separados por casi 160 kilómetros, se magnificaron para convertirse en dos cuernos envolventes.

El efecto de esta ofensiva audaz fue mágico. Las fuerzas británicas pronto cayeron en la confusión y el 3 de abril evacuaron Bengasi. Ante esta emergencia O'Connor fue enviado para aconsejar a Neame, pero en medio de la retirada su coche sin escolta apareció ante un grupo de vanguardia alemán, en la noche del 6, y ambos fueron hechos prisioneros. Mientras tanto, la única brigada acorazada británica casi se había quedado sin tanques en la larga y rápida retirada, mientras que al día siguiente el comandante de la 2.^a División Acorazada, con una brigada motorizada recién llegada y otras unidades, fue rodeada en Mechili y tuvo que rendirse. La potencia de la fuerza que les rodeaba fue magnificada por las nubes de polvo levantadas por los hombres de Rommel, mediante una serie de camiones, para ocultar su debilidad en número de tanques. Los italianos seguían rezagados.

El 11 de abril los británicos fueron expulsados de Cirenaica y más allá de la frontera egipcia, excepto una pequeña fuerza encerrada en Tobruk. A su manera este fue un éxito tan asombroso como la anterior conquista de Cirenaica, y se había producido aún más rápido.

Los británicos tenían que empezar de nuevo todos sus esfuerzos para despejar el norte de África, y ahora con inconvenientes mucho mayores, sobre todo por la presencia de Rommel. El precio a pagar por dejar pasar la oportunidad dorada de febrero de 1941 era muy alto.

10

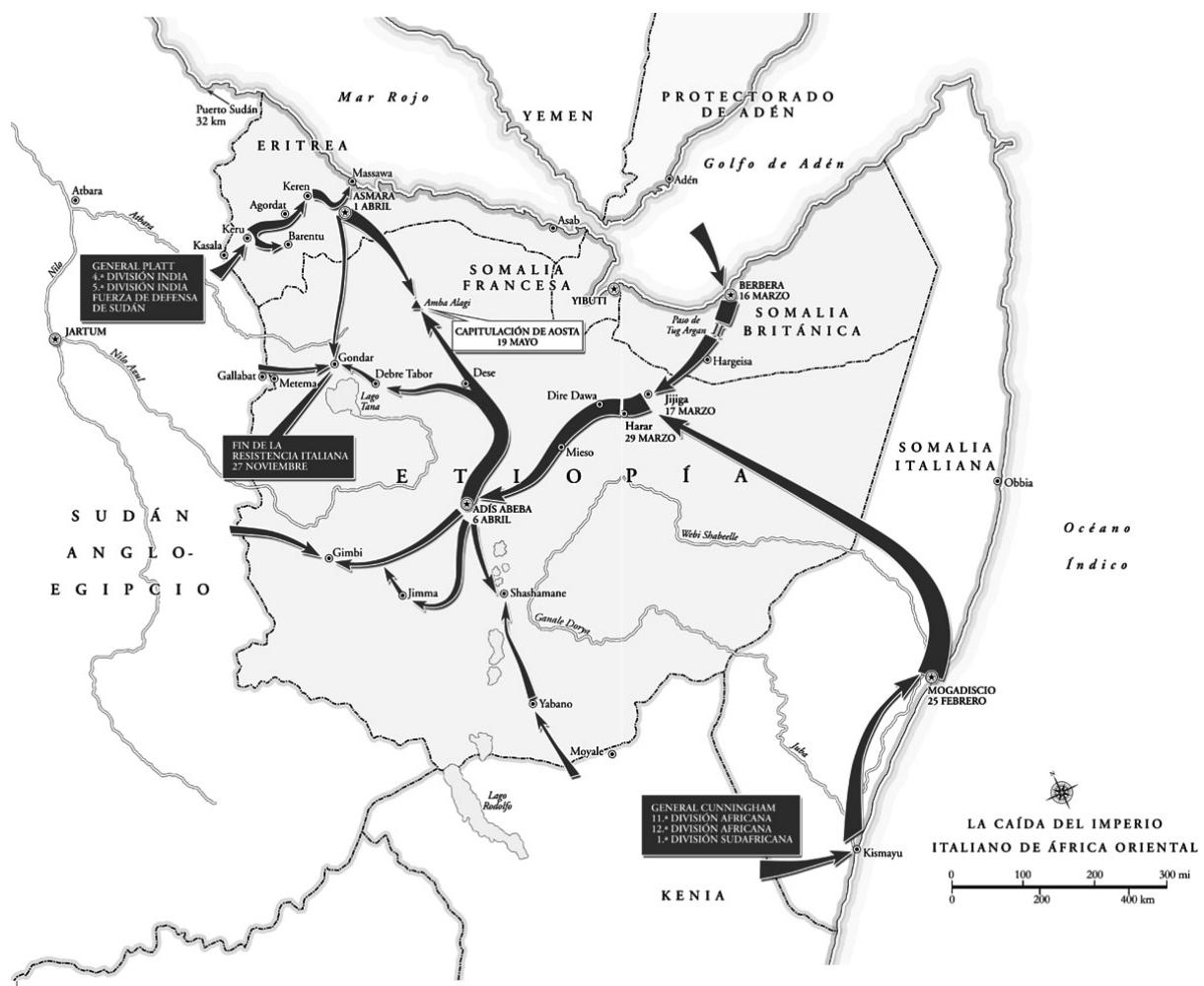
La conquista del África oriental italiana

Cuando la Italia fascista entró en guerra en junio de 1940, instigada por Mussolini, sus fuerzas en el África Oriental Italiana —que desde 1936 incluía la conquistada Etiopía— eran inmensamente superiores a las británicas, como había ocurrido en el norte de África. Según los registros italianos sus fuerzas en esa zona alcanzaban unos 91 000 hombres blancos y cerca de 200 000 nativos, aunque estos últimos más bien sobre el papel y cabe estimarlos razonablemente en torno a la mitad de la cifra declarada. Durante los primeros meses de 1940, antes de la entrada en guerra de Italia, las fuerzas británicas solo eran de unos 9000 británicos y nativos en Sudán y de 8500 hombres del África Oriental Británica en Kenia.

En este enorme teatro de operaciones, un doble teatro, los italianos tardaron tanto en tomar la iniciativa como en el norte de África. Una razón principal es que eran conscientes de las dificultades para recibir suministros de gasolina y municiones superando el bloqueo británico. Pero no se trataba de una buena razón, ya que era más importante explotar su gran superioridad de fuerzas antes de que los británicos en África hubieran recibido refuerzos adecuados.

A principios de julio los italianos avanzaron de manera dubitativa desde Eritrea, en el noroeste, ocupando la ciudad de Kassala, unos quince kilómetros dentro de la frontera de Sudán, con la utilización de dos brigadas, cuatro regimientos de caballería y dos docenas de tanques, unos seis mil

quinientos hombres, contra un puesto fronterizo defendido por una compañía, de unos trescientos hombres, de la Fuerza de Defensa de Sudán. El general William Platt, mando supremo militar de Sudán, por entonces contaba con solo tres batallones de infantería para defender la totalidad de esa gran región, acantonados en Jartum, Atbara y Puerto Sudán. De manera inteligente, no los lanzó al combate hasta saber cómo se iba a desarrollar la invasión italiana. En lugar de avanzar se frenó —después de ocupar otros puestos fronterizos como Gallabat, justo en la frontera noroeste de Etiopía, y Moyale, en la frontera norte de Kenia—.



No fue hasta principios de agosto cuando los italianos iniciaron un movimiento ofensivo más serio, lanzado contra el más fácil objetivo posible: la Somalia británica, una franja costera de territorio en el golfo de Adén. Incluso este muy limitado avance tenía una motivación defensiva. En efecto,

Mussolini había ordenado a los italianos que se mantuvieran a la defensiva. Sin embargo, el duque de Aosta, virrey de Etiopía, y comandante en jefe de la zona, pensó que el puerto de Yibuti, de la Somalia francesa, ofrecía a los británicos un acceso fácil a Etiopía y no confiaba en el armisticio firmado con los franceses. Así que decidió ocupar la colindante y mucho mayor Somalia Británica.

La guarnición británica, al mando del general A. R. Chater, consistía en solo cuatro batallones africanos e indios, con un batallón británico, el 2.^º Black Watch, de camino. La fuerza invasora italiana incluía veintiséis batallones provistos de artillería y tanques. Pero el pequeño cuerpo de camelleros somalíes logró retrasar eficazmente su avance y el general A. R. Godwin-Austen llegó al lugar para hacerse cargo justo en el momento en que los invasores alcanzaban el paso de Tug Argan, en las inmediaciones de Berbera, puerto marítimo y capital. Los defensores desplegaron una defensa tan encarnizada que los atacantes fueron tenidos a raya en una batalla de cuatro días, aunque, a falta de refuerzos o de posiciones defensivas, la fuerza británica fue evacuada por mar desde Berbera, la mayor parte para contribuir a la concentración de tropas que estaba teniendo lugar en Kenia en ese momento. Había causado dos mil bajas enemigas con un coste propio de menos de doscientas cincuenta y produjeron tal impresión a los italianos que tuvo efectos estratégicos de largo alcance en sus acciones futuras.

Las fuerzas británicas en Kenia, bajo el mando del teniente general sir Alan Cunningham, que se hizo cargo en noviembre de 1940, comprendían la 12.^a División Africana, al mando de Godwin-Austen (brigadas I Sudafricana, XXII Esteafricana y XXIV de la Costa de Oro), pronto reforzada por la 11.^a División Africana.

En otoño las fuerzas en Kenia habían aumentado hasta unos 75 000 hombres —27 000 sudafricanos, 33 000 esteafricanos, 9000 oesteafricanos y unos 6000 británicos. Se habían formado tres divisiones: la 1.^a Sudafricana y las 11.^a y 12.^a Africanas. En Sudán las tropas habían alcanzado los 28 000 hombres, incluyendo la 5.^a División India, mientras que la 4.^a India se desplazaría a la zona después de tomar parte en la fase inicial del brillante contraataque frente a los italianos en el norte de África. También se había enviado un escuadrón de tanques del 4.^º Real. A su vez estaba la Fuerza de Defensa sudanesa.

Churchill pensaba que unas fuerzas de tal magnitud exigían más actividad que la mostrada hasta entonces y presionó repetidamente para que hubiera acciones más agresivas que las realizadas o contempladas. Wavell, que era

comandante en jefe de Oriente Medio, propuso, de acuerdo con Cunningham que debía realizarse un ataque desde Kenia a la Somalia italiana a principios de mayo o junio, después de las lluvias de primavera. Las dudas de Wavell aumentaron por la fuerte resistencia que se había encontrado el primer ataque de Platt en el frente norte, en noviembre, contra Gallabat por parte de la X Brigada India, al mando del general W. J. Slim, un líder decidido que posteriormente se convertiría en uno de los comandantes más distinguidos de la guerra. El ataque inicial contra Gallabat tuvo éxito, pero la continuación, en el puesto vecino de Metemma, sufrió un revés contra una brigada colonial italiana de aproximadamente la misma fuerza. Esto se debió en gran medida al fracaso inesperado de un batallón británico que acababa de ser incluido en esa Brigada India, en contra del consejo de Slim, supuestamente para reforzarla. Como demostraron acontecimientos posteriores, las fuerzas italianas en esta zona norte eran mucho más duras que en ningún otro escenario.

Los únicos episodios esperanzadores durante el invierno fueron las actividades del general D. A. Sandford, un oficial retirado que había sido llamado de nuevo al servicio al principio de la guerra y, posteriormente, enviado a Etiopía para incitar una revuelta contra los jefes de los altiplanos de la zona de Gondar, actividades apoyadas y ampliadas durante el invierno por el aún más heterodoxo capitán Orde Wingate con un batallón sudanés y su esquiva «Fuerza Gideon». El exiliado emperador Haile Selassie fue trasladado a Etiopía, en avión, el 20 de enero de 1941, y apenas tres meses después, el 5 de mayo, entraba en su capital, Adís Abeba, en compañía de Wingate, mucho antes de lo que incluso Churchill se hubiera imaginado.

En efecto, bajo una presión constante por parte de Churchill y de Smuts desde Sudáfrica, Wavell y Cunningham habían sido incitados a poner en marcha una invasión de la Somalia Italiana desde Kenia en febrero de 1941. El puerto de Kismayu fue capturado con una facilidad inesperada, simplificando así el problema de los suministros, tras lo cual las fuerzas de Cunningham cruzaron el río Juba y avanzaron unos cuatrocientos kilómetros hasta Mogadiscio, la capital y el mayor puerto del territorio, que ocuparon apenas una semana después, el 25 de febrero. Allí se hicieron con una inmensa cantidad de carburante para vehículos terrestres y aviones, ya que la velocidad de su avance se había adelantado a las demoliciones previstas, como ocurrió en Kismayu. Un buen apoyo aéreo fue otro factor importante del rápido avance.

Entonces las tropas de Cunningham se dirigieron al interior, al sur de Etiopía, y el 17 de marzo la 11.^a División Africana ocupó Jijiga, cerca de la capital provincial de Harar, tras una progresión de 650 kilómetros. Esto los llevó a situarse cerca de la frontera de la antigua Somalia Británica, donde una pequeña fuerza procedente de Adén había vuelto a desembarcar el 16. El 29 de marzo, después de cierta resistencia mayor, se ocupó Harar y las fuerzas de Cunningham se dirigieron al oeste en dirección a la capital etíope, Adís Abeba, a casi quinientos kilómetros, en el centro oeste de Etiopía. Los hombres de Cunningham la ocuparon apenas una semana después, el 6 de abril, un mes antes de que el emperador Haile Selassie regresara a su capital, acompañado de Wingate. La notablemente rápida rendición italiana se aceleró por informes sobre las atrocidades de las tropas irregulares etíopes contra mujeres italianas.

Sin embargo, en el norte la oposición fue mucho más firme, tal y como había ocurrido desde el principio. Allí, el general al mando, Frusci, tenía unos diecisiete mil italianos bien equipados en el frente, en la zona de Eritrea, con más de tres divisiones más retrasadas. El avance del general Platt, que comenzó en la tercera semana de enero, fue llevado a cabo por las poderosas 4.^a y 5.^a Divisiones Indias. El duque de Aosta había ordenado a las fuerzas italianas ceder terreno antes de que se desplegara el avance británico, y así, la primera resistencia seria se produjo en Keru, a unos 100 kilómetros al este de Kassala y a 65 kilómetros dentro de la frontera eritrea.

Las dos columnas indias encontraron mayor resistencia en las posiciones de montaña en Barentu y Agordat, respectivamente a unos 70 y 110 kilómetros al este de Keru. Afortunadamente la 4.^a India, al mando del general Beresford-Peirse, alcanzó antes el objetivo más distante, lo que facilitó el avance de la 5.^a India en Barentu.

Entonces Wavell se dio cuenta de la posibilidad que tenía de extender su objetivo a la conquista de Eritrea en su conjunto y, en consecuencia, dio nuevas órdenes al general Platt. No obstante, la capital, Asmara, estaba a más de 160 kilómetros más allá de Agordat (y el puerto de Massawa aún más lejos), mientras que casi a mitad de camino se encuentran las posiciones montañosas de Keren uno de los más reductos más sólidos de África oriental y la única puerta de entrada a Asmara y Massawa, la base naval italiana.

Los primeros intentos de forzar el paso, que comenzaron a primera hora del 3 de febrero, fracasaron y fueron rechazados repetidamente durante los días siguientes. El comandante italiano de la plaza, el general Carnimeo, mostró un magnífico espíritu combativo y habilidad táctica. Tras más de una

semana de intentos se abandonó el ataque y lo que siguió fue una larga calma. La ofensiva no se reanudó hasta mediados de marzo, cuando se llevó a la 5.^a División India lista para entrar en combate. Una vez más el combate fue prolongado y una serie de contraataques italianos rechazó a los atacantes, aunque finalmente, el 27 de marzo, un escuadrón de tanques de «infantería» muy blindados del 4.^º Regimiento Real se abrió camino y penetró en el frente italiano, siendo el mismo factor, en manos del 7.^º Regimiento Real, que había sido decisivo en todas las batallas en el norte de África, desde Sidi Barrani hasta Tobruk.

Esto fue el final de la batalla de Keren, después de cincuenta y tres días. Los hombres del general Frusci se replegaron al sur, a Etiopía, y el 1 de abril los británicos ocuparon Asmara. Entonces avanzaron hacia el este hasta Massawa, ochenta kilómetros más allá, y lograron su rendición, tras un combate, el 8 de abril. Con esto se terminó la campaña eritrea.

Mientras tanto, las restantes fuerzas italianas, al mando del duque de Aosta, se habían retirado al sur, a Etiopía, planeando una última resistencia en una posición montañosa en Amba Alagi, a unos 130 kilómetros al sur de Asmara. Solo le quedaban siete mil hombres, cuarenta cañones y apenas suministros para tres meses. Además, la moral italiana estaba baja a raíz de los informes sobre el trato que los etíopes daban a los prisioneros. A pesar de su valor, el duque estaba más que dispuesto a rendirse en «términos honrosos», lo cual se produjo el 19 de mayo, llevando el total de prisioneros italianos a los doscientos treinta mil. Seguía habiendo fuerzas italianas aisladas, al mando del general Gazzera, en el sudoeste de Etiopía y en el noroeste bajo el general Nasi, cerca de Gondar, pero ambas fueron aisladas en verano y otoño, respectivamente. Este fue el final del breve imperio africano de Mussolini.

CUARTA PARTE

**La propagación
(1941)**



La invasión de los Balcanes y Creta

Algunos sostienen que el envío de la fuerza del general Wilson a Grecia, aunque terminó con una evacuación precipitada, estuvo justificado porque provocó un retraso de seis semanas en la invasión de Rusia. Esta opinión ha sido cuestionada, y la aventura condenada como un juego político, por una serie de soldados que estaban bien informados de la situación en el Mediterráneo, en particular el general De Guingand, que más tarde sería jefe de Estado Mayor de Montgomery y por entonces formaba parte del Estado Mayor de Planificación en El Cairo. Estos críticos sostienen que hubo una oportunidad única de aprovechar la derrota de los italianos en Cirenaica, y conquistar Trípoli antes de la llegada de la ayuda alemana; se sacrificó para enviar tropas insuficientes a Grecia que no tenían opciones reales de salvarla de una invasión alemana.

Este último punto de vista se vio confirmado por los acontecimientos. En tres semanas Grecia era conquistada y los británicos expulsados de los Balcanes, mientras que la reducida fuerza británica en Cirenaica también fue desalojada por el Afrika Korps alemán al que se había permitido desembarcar en Trípoli. Estas derrotas supusieron una pérdida de prestigio de Gran Bretaña y comprometieron sus perspectivas a la vez que aceleraron las desgracias de los griegos. Aunque se demostrara que la campaña griega hubiera retrasado la invasión de Rusia, ello no habría justificado la decisión del Gobierno británico, ya que ese objetivo no estaba en sus mentes en aquel momento.

Sin embargo, tiene interés histórico saber si la campaña realmente tuvo este efecto. La prueba definitiva está en el hecho de que Hitler había ordenado

que los preparativos del ataque a Rusia se hubieran completado el 15 de mayo, mientras que a finales de marzo la fecha tentativa fue retrasada en torno a un mes y después fijada para el 22 de junio. El mariscal Von Rundstedt dijo que los preparativos de su grupo de ejércitos se habían retrasado por la tardía llegada de las divisiones acorazadas utilizadas en la campaña de los Balcanes, y que ese fue el factor clave del retraso, junto con las condiciones atmosféricas.

El mariscal von Kleist, que mandaba las fuerzas acorazadas de Rundstedt, fue aún más explícito. «Es verdad», dijo, «que las fuerzas utilizadas en los Balcanes no eran grandes en comparación con la fuerza total, pero la proporción de tanques usados fue alta». El grueso de los tanques puestos a mi mando para la ofensiva contra el frente ruso en el sur de Polonia había participado en la ofensiva de los Balcanes y necesitaba revisiones, mientras que las tripulaciones requerían un descanso. Gran parte de ellos habían llegado hasta el Peloponeso y tenían que hacer ese largo camino de vuelta.^[1]

Naturalmente las opiniones de los mariscales Von Rundstedt y Von Kleist estaban condicionadas por el grado en que las ofensivas en sus frentes respectivos dependían del regreso de esas divisiones acorazadas. Otros generales dieron menos importancia al efecto de la campaña de los Balcanes. Hicieron hincapié en que el papel principal de la ofensiva contra Rusia se confió al Grupo de Ejércitos Centro del mariscal von Bock en el norte de Polonia y que las posibilidades de victoria dependían principalmente del éxito de su avance. Una disminución en las fuerzas de Rundstedt, para el papel secundario de su grupo de ejércitos, no hubiera afectado a la cuestión decisiva, ya que las fuerzas rusas no podían ser desplazadas fácilmente a otro frente. Incluso puede que frenara la inclinación de Hitler a dirigir sus esfuerzos hacia el sur en la segunda fase de la invasión, una inclinación que, como veremos, provocó el retraso fatal en las perspectivas de alcanzar Moscú antes de la llegada del invierno. Si no había más remedio, la invasión podía haberse puesto en marcha sin esperar la llegada de las divisiones de los Balcanes como refuerzo del Grupo de Ejércitos de Rundstedt. Pero, al final, ese argumento para el retraso se vio reforzado por las dudas sobre si el terreno estaba lo suficientemente seco como para comenzar antes la ofensiva. La opinión del general Halder es que las condiciones atmosféricas no eran adecuadas antes de la fecha efectiva de la invasión.

No obstante, las opiniones retrospectivas de los generales no son una buena guía sobre lo que se hubiera decidido en caso de que no hubiera habido complicaciones en los Balcanes. Una vez pospuesta la fecha de inicio por ese

motivo, no era cuestión de atacar antes de que regresaran las divisiones de refuerzo.

Pero no fue la campaña griega lo que causó el retraso. Hitler ya había tenido en cuenta ese compromiso cuando la invasión de Grecia se incluyó en el programa de 1941, como una acción preliminar a la invasión de Rusia. El factor decisivo en los cambios temporales fue el inesperado golpe de Estado en Yugoslavia que tuvo lugar el 27 de marzo, cuando el general Simovich y sus cómplices derribaron el Gobierno que acababa de comprometer a Yugoslavia en un pacto con el Eje. Hitler estaba tan enfurecido por la desagradable noticia que decidió, ese mismo día, montar una ofensiva apabullante contra Yugoslavia. Las fuerzas adicionales (de tierra y aire) que requería este ataque suponían obligaciones mucho mayores que las que hubieran supuesto únicamente las de la campaña griega y así obligó a Hitler a tomar su decisión más importante, y fatídica, de retrasar el ataque previsto contra Rusia.

Fue el temor, y no el hecho, de un desembarco británico el que llevó a Hitler a entrar en Grecia y el resultado calmó su inquietud. El desembarco ni siquiera impidió al Gobierno yugoslavo que pactara con Hitler. Por otra parte, puede que animara a Simovich a intentar, con éxito, llevar a cabo su golpe de Estado y desafiar a Hitler, esto último con menos éxito.

Aún más esclarecedor fue el resumen de las operaciones en los Balcanes hecho por el general Von Greiffenberg, que era jefe de Estado Mayor del 12.^º Ejército del mariscal List, que llevó a cabo la campaña.

Al recordar la instalación de los aliados en Salónica en 1915, que acabó desembocando en un ataque estratégico decisivo en septiembre de 1918, el relato de Greiffenberg hacía hincapié en que Hitler temía en 1941 que los británicos volvieran a desembarcar en Salónica o en la costa sur de Tracia. Esto los hubiera situado en la retaguardia del Grupo de Ejércitos Sur cuando este avanzara hacia el este, al sur de Rusia. Hitler asumió que los británicos tratarían de avanzar en los Balcanes, como ya habían hecho, y recordaba cómo el final de la Primera Guerra Mundial el ejército aliado de los Balcanes había contribuido materialmente en la decisión.

Así pues determinó, como medida de precaución antes del comienzo de las operaciones contra Rusia, ocupar la costa del sur de Tracia, entre Salónica y Dedeagach (Alejandrópolis). Esta operación se encargó al 12.^º Ejército (List), que incluía el Grupo Panzer de Kleist. El ejército reunido en Rumanía cruzó el Danubio y entró en Bulgaria y desde allí tenía que romper la línea Metaxás, avanzando con su ala derecha hacia Salónica y con la izquierda a

Dedeagach. Alcanzada la costa, los búlgaros debían encargarse de su protección, mientras que solo debían permanecer pocos soldados alemanes. La masa del 12.^º Ejército, especialmente el Grupo Panzer de Kleist, debía dar media vuelta y dirigirse al norte, a través de Rumanía, para entrar en acción en el sector meridional del frente del este. El plan original no contemplaba la ocupación de la parte principal de Grecia.

Cuando enseñaron este plan al rey Boris de Bulgaria dijo que no confiaba en Yugoslavia, que podía amenazar el flanco derecho del 12.^º Ejército. Sin embargo, los representantes alemanes le aseguraron que, a la vista del pacto de 1939 entre Yugoslavia y Alemania, no preveían ningún peligro en ese sector. Tenían la impresión de que el rey Boris no estaba convencido del todo.

Tenía razón. Cuando el 12.^º Ejército estaba a punto de iniciar las operaciones desde Bulgaria, según el plan, se produjo el golpe de Estado que llevó a la abdicación del regente, el príncipe Pablo. Justo antes de iniciar el movimiento de las tropas.

Parece que ciertos círculos de Belgrado discrepan de la política proalemana del príncipe Pablo y querían alinearse con las potencias occidentales. Como soldados nosotros no podemos evaluar si las potencias occidentales o la URSS apoyaban el golpe de antemano. ¡En cualquier caso no fue organizado por Hitler! Al contrario, fue una sorpresa muy desgradable y casi alteró todo el plan operativo del 12.^º Ejército en Bulgaria.^[2]

Por ejemplo, las divisiones *panzer* de Kleist tuvieron que acudir de inmediato desde Bulgaria contra Belgrado, en dirección norte-oeste. Otra improvisación fue una operación a cargo del 2.^º Ejército (Weichs), que rápidamente congregó formaciones con base en Carintia y Estiria, en dirección sur a Yugoslavia. El estallido en los Balcanes obligó a posponer la campaña rusa de mayo a junio. Por tanto, esta fue la medida en que el golpe en Belgrado influyó materialmente en el inicio del ataque de Hitler contra Rusia.

Sin embargo, el mal tiempo también jugó un papel importante en 1941 y fue algo accidental. Al este de la línea Bug-San, en Polonia, las operaciones terrestres fueron muy reducidas hasta mayo, porque la mayor parte de las carreteras estaban embarradas y el país en general era una ciénaga. Los muchos ríos indómitos provocaron grandes inundaciones. Cuanto más se avanzaba hacia el este, mayores eran estos inconvenientes, especialmente en los bosques cenagosos de Rokitno (Prípiat) y Beresina. Incluso en épocas

normales los movimientos están muy restringidos antes de mediados de mayo, pero 1941 fue un año excepcional. El invierno había durado más de lo normal y en fecha tan tardía como principios de junio el Bug había rebasado su lecho a lo largo de kilómetros.

Había unas condiciones parecidas más al norte. El general Von Manstein, que mandaba entonces un cuerpo *panzer* de vanguardia en Prusia Oriental, dijo que hubo fuertes lluvias durante finales de mayo y principios de junio. Es evidente que si la invasión se hubiera desencadenado antes, las perspectivas hubieran sido malas, y como dijo Halder, es muy dudoso que hubiera sido practicable en una fecha anterior, aparte del obstáculo de los Balcanes. El tiempo en 1940 había sido muy favorable para la invasión del oeste, pero en 1941 actuaba en contra de la invasión del este.

Cuando los alemanes invadieron Grecia en abril de 1941, tras el desembarco de un pequeño ejército británico de refuerzo en Salónica, el ejército griego básicamente estaba alineado para defender los pasos montañosos de la frontera con Bulgaria, donde se habían concentrado las fuerzas alemanas. Pero el esperado avance alemán, siguiendo el valle del Struma, enmascaró un movimiento menos directo. Las columnas mecanizadas alemanas viraron al oeste desde el Struma hasta el valle del Strumitza, paralelo a la frontera, y a través de los pasos montañosos, penetrando en Yugoslavia y el valle del Vardar. Así, rompieron la unión entre los ejércitos griego y yugoslavo y explotaron la penetración mediante un rápido avance siguiendo el Vardar hasta Salónica. Esto aisló a gran parte del ejército griego que estaba anclado en Tracia.

Los alemanes encadenaron este ataque no mediante un avance directo hacia el sur desde Salónica pasando por el monte Olimpo, donde se había posicionado el ejército británico, sino mediante otro giro en su avance a través de la brecha de Monastir, más al oeste. La explotación de ese avance hacia la costa oeste de Grecia aisló a las divisiones griegas en Albania, tomó a los británicos por el flanco y, al amenazar la línea de retirada de las fuerzas aliadas supervivientes, provocó el rápido desplome de cualquier resistencia en Grecia. El grueso de las fuerzas británicas y aliadas fue evacuado por mar desde Creta.

* * *

La toma de Creta mediante una invasión exclusivamente aérea fue una de las hazañas más asombrosas y audaces de la guerra. También fue la operación aerotransportada más llamativa de la guerra. Se llevó a cabo a expensas de los

británicos, y debería quedar como aviso para no menoscabar el riesgo de futuros ataques por sorpresa similares, «caídos del cielo».

A las ocho en punto de la mañana del 20 de mayo de 1941, unos tres mil paracaidistas alemanes fueron lanzados sobre el cielo de Creta. La isla estaba defendida por veintiocho mil seiscientos británicos, australianos y neozelandeses, junto con dos divisiones griegas cuyos efectivos eran tan grandes como los que más.

El ataque era esperado, como continuación de las conquistas alemanas en los Balcanes, y los agentes británicos en Grecia habían proporcionado buena información sobre los preparativos. Pese a todo, la amenaza aerotransportada no fue vista con la seriedad que requería. Churchill reveló que el general Freyberg, que había sido puesto al mando de Creta a sugerencia suya, informó el 5 de mayo: «No puedo entender el nerviosismo; no estoy preocupado en absoluto por el ataque aerotransportado»^[3]. Mostró más preocupación por la invasión naval, un peligro que, en este caso, fue descartado por la Marina británica.

Churchill estaba inquieto por la amenaza, «sobre todo desde el aire». Instó a que se enviaran, para reforzar la simple media docena que había allí, «al menos otros doce tanques “I” [Infantería]»^[4]. Una debilidad aún más fundamental era la completa ausencia de apoyo aéreo, para combatir a los bombarderos en picado alemanes e interceptar las tropas aerotransportadas. Incluso el abastecimiento de cañones antiaéreos era escaso.

La primera tarde el número de alemanes en la isla se había duplicado y se reforzó progresivamente, mediante lanzamientos en paracaídas, planeadores y, a partir de la segunda tarde, por aviones de transporte de tropas. Estos últimos comenzaron a aterrizar en el capturado aeródromo de Maleme que seguía siendo barrido por la artillería y los morteros enemigos. La cifra final de las tropas alemanas transportadas por aire fue de unas veintidós mil. Muchos murieron o fueron heridos al chocar contra el suelo, pero los que sobrevivieron eran los combatientes más duros, mientras que los adversarios, superiores numéricamente, no estaban tan bien entrenados y algunos seguían padeciendo la conmoción de haber sido expulsados de Grecia. Sus deficiencias materiales eran más importantes, especialmente la carencia de equipamiento de radios de corto alcance. No obstante, muchos de esos hombres combatieron con dureza y su fuerte resistencia tuvo efectos importantes que solo se supieron más tarde.

En las altas instancias británicas el optimismo siguió prevaleciendo durante algún tiempo. A la luz de los informes recibidos Churchill dijo en la

Cámara de los Comunes el segundo día que «la mayor parte» de los invasores aerotransportados habían sido aniquilados. El cuartel general de Oriente Medio siguió diciendo, durante otros dos días, que los alemanes habían sido «barridos».

Sin embargo, al séptimo día, el 26, el comandante británico de Creta informó: «En mi opinión las tropas bajo mi mando han alcanzado el límite de resistencia..., nuestra posición aquí es desesperada». Viniendo de un soldado tan valiente como Freyberg este veredicto no se cuestionó. La evacuación comenzó en la noche del 28 y terminó también en la noche del 31. La Marina británica sufrió graves pérdidas por la fuerza aérea dominante del enemigo en sus esfuerzos persistentes por llevarse al mayor número de hombres posible. Un total de dieciséis mil fueron rescatados, incluyendo unos dos mil griegos, pero el resto acabaron muertos o en manos alemanas. La Marina tuvo más de dos mil muertos. Fueron hundidos tres cruceros y seis destructores. Otros trece buques fueron dañados gravemente, incluyendo dos acorazados y el único portaaviones que tenía entonces la flota del Mediterráneo.

Los alemanes tuvieron unos cuatro mil muertos y la mitad de heridos. Es decir, sus pérdidas permanentes fueron menos de un tercio de las de los británicos, aparte de los griegos y los reclutas cretenses. Con todo, dado que la mayor parte de las bajas recayeron en las tropas selectas de la única división paracaidista existente, tuvo un efecto imprevisto sobre Hitler que se volvió a favor de Gran Bretaña.

No obstante, en aquel momento la caída de Creta pareció desastrosa. Golpeó a los británicos con especial dureza porque se produjo después de otros dos desastres. En abril las tropas británicas habían sido expulsadas por Rommel de Cirenaica en diez días, y de Grecia, en tres semanas desde el inicio de la invasión alemana. El éxito en invierno de Wavell, al capturar Cirenaica de manos italianas, se mostraba como un claro engañoso entre las nubes. Con esta nueva oleada de derrotas a manos alemanas, y la reanudación del *blitz* aéreo contra Inglaterra, las perspectivas eran más negras que en 1940.

Pero Hitler no continuó su tercera victoria en el Mediterráneo de ninguna de las maneras que esperaba el bando británico: abalanzándose sobre Chipre, Siria, Suez o Malta. Un mes después lanzó la invasión de Rusia y, a partir de ese momento, despreció las oportunidades que se le presentaron para expulsar a los británicos del Mediterráneo y Oriente Medio. Si su renuncia se debía sobre todo a quedar absorbido por la aventura rusa, también tenía su origen en su reacción tras la victoria en Creta. El coste le deprimió más de lo que le

alegró la conquista. Había un gran contraste con sus éxitos anteriores, con un sacrificio mucho menor y una magnitud mucho mayor.

En Yugoslavia y Grecia sus nuevas fuerzas acorazadas habían sido tan irresistibles como en las llanuras de Polonia y Francia, a pesar de los obstáculos montañosos con los que se encontraron. Habían barrido ambos países como un torbellino y derribado a los ejércitos enemigos como si fueran bolos.

El ejército del mariscal List capturó a noventa mil yugoslavos, doscientos setenta mil griegos y trece mil británicos, con un coste propio de apenas cinco mil hombres muertos y heridos, tal y como mostraban registros posteriores. En el momento los periódicos británicos estimaron las pérdidas alemanas en más de un cuarto de millón e incluso una declaración oficial británica habló de «probablemente 75 000».

La mancha de la victoria cretense de Hitler no eran las altas pérdidas, sino el hecho de que debilitara temporalmente el único nuevo tipo de fuerza terrestre de la que disponía que pudiera llegar y tomar lugares más allá del mar sin arriesgarse a ser interceptado por la Marina británica, que seguía dominando el paisaje marino, a pesar de sus graves pérdidas. En efecto, Hitler se había torcido la muñeca en Creta.

Después de la guerra el general Student, comandante en jefe de las fuerzas aerotransportadas alemanas, reveló, sorprendentemente, que Hitler era un converso reacio al plan de atacar Creta:

Quería terminar con la campaña de los Balcanes después de alcanzar el sur de Grecia. Cuando me enteré, volé para ver a Göring y le propuse el plan de capturar Creta solo con fuerzas aerotransportadas. Göring —que siempre era fácil de entusiasmar— captó rápido las posibilidades de la idea y me mandó con ella a ver a Hitler. Me vi con él el 21 de abril. Cuando le expliqué el proyecto dijo: «Suena bien, pero no creo que sea practicable». Sin embargo, al final conseguí convencerle.

En la operación utilizamos la única división paracaidista, el único regimiento de planeadores y la 5.^a División de Montaña, que no tenían experiencia previa en ser transportadas en avión.^[5]

El apoyo aéreo lo proporcionaron los bombarderos en picado y cazas del VIII Cuerpo Aéreo de Richtofen, que había sido un instrumento decisivo para forzar la entrada en Bélgica y Francia, sucesivamente, en 1940.

No hubo llegada de tropas por mar. Este tipo de refuerzo se había previsto inicialmente, pero el único transporte marítimo disponible era un grupo de botes pesqueros griegos. Se estableció que un convoy de estas pequeñas embarcaciones debería transportar las armas más pesadas de la expedición —cañones antiaéreos y antitanques, artillería y algunos tanques— junto a dos batallones de la 5.^a División de Montaña..., se les dijo que la flota británica seguía en Alejandría, cuando en realidad estaba camino de Creta. El convoy partió hacia esa isla, se topó con la flota y fue dispersado. La Luftwaffe vengó este revés «arrancando un buen puñado de pelos» de la cabecera de la Marina británica. Pero nuestras operaciones en tierra, en Creta, se vieron muy perjudicadas por la ausencia de armas pesadas con las que habíamos contado...

El 20 de mayo no conseguimos ocupar completamente ningún aeródromo. El mayor progreso se consiguió en el aeródromo de Maleme, en el que el valioso regimiento de asalto luchó contra soldados de élite neozelandeses. La noche del 20 al 21 de mayo fue clave para el mando alemán. Tuve que tomar una decisión transcendental. Decidí utilizar la masa de las reservas paracaidistas, que seguían estando a mi disposición, para capturar el aeródromo de Maleme. Si el enemigo hubiera desarrollado un contraataque organizado durante esa noche o la mañana del 21, probablemente hubiera tenido éxito al derrotar los muy maltrechos y agotados restos del regimiento de asalto, especialmente porque estaban gravemente en desventaja por escasez de municiones.

Pero los neozelandeses solo realizaron contraataques aislados. Posteriormente me enteré de que el mando británico esperaba, además del desembarco aerotransportado, la llegada del grueso de las fuerzas alemanas, por mar, en la costa entre Maleme y Canea y, en consecuencia, mantuvieron sus fuerzas ocupando la costa. En esta fase decisiva el mando británico no se arriesgó a enviar estas fuerzas a Maleme. El 21 las reservas alemanas lograron tomar el aeródromo y el pueblo de Maleme. Por la tarde el 1.^{er} Batallón de Montaña pudo desembarcar, siendo las primeras tropas aerotransportadas, y así Alemania ganó la batalla de Creta.

Pero el precio de la victoria fue mucho mayor de lo previsto por los defensores del plan, en parte porque las tropas británicas en la isla eran tres

veces superiores a lo que habían supuesto, mas también por otras causas.

Gran parte de las pérdidas se debió a los malos aterrizajes —había muy pocos lugares adecuados en Creta, y el viento dominante soplaba desde el interior hacia el mar. Por miedo a dejar a los hombres en el mar, los pilotos tendieron a soltarlos muy en el interior; alguno incluso en las líneas británicas. Los contenedores con las armas a menudo aterrizaron lejos de las tropas, lo cual fue otra desventaja que contribuyó a nuestras bajas excesivas. Los pocos tanques británicos presentes nos vapulearon al principio. Afortunadamente no había más de dos docenas. Aunque fue tomada por sorpresa, la infantería, mayoritariamente neozelandeses, combatieron con dureza.

El *Führer* estaba muy descontento por las graves pérdidas de nuestras unidades paracaidistas y llegó a la conclusión de que su valor como sorpresa se había difuminado.

Después de aquello a menudo me decía: «El tiempo de los paracaidistas ya ha pasado»...

Cuando convencí a Hitler de que aceptara el plan de Creta también le propuse continuar con la toma de Chipre desde el aire y después un salto para capturar el canal de Suez. Hitler no parecía contrario a la idea, pero tampoco se comprometió con el proyecto, ya que su cabeza estaba muy ocupada con la inminente invasión de Rusia. Tras el impacto de las graves pérdidas en Creta, se negó a intentar otro gran esfuerzo aerotransportado. Le insistí repetidamente, pero sin éxito.

Así que las pérdidas británicas, australianas y neozelandesas en Creta no dejaron de tener su compensación. El proyecto de Student de capturar el canal de Suez puede que estuviera fuera de su alcance, a menos que los *panzer* de Rommel en África hubieran sido muy reforzados, pero la toma de Malta hubiera sido una tarea más sencilla. Hitler fue convencido de retomarla un año después, pero para entonces cambió de opinión y lo canceló. Student dijo: «Pensaba que si la flota británica aparecía, todos los buques italianos saldrían corriendo a sus puertos de origen y dejarían tiradas a las fuerzas aerotransportadas alemanas».

12

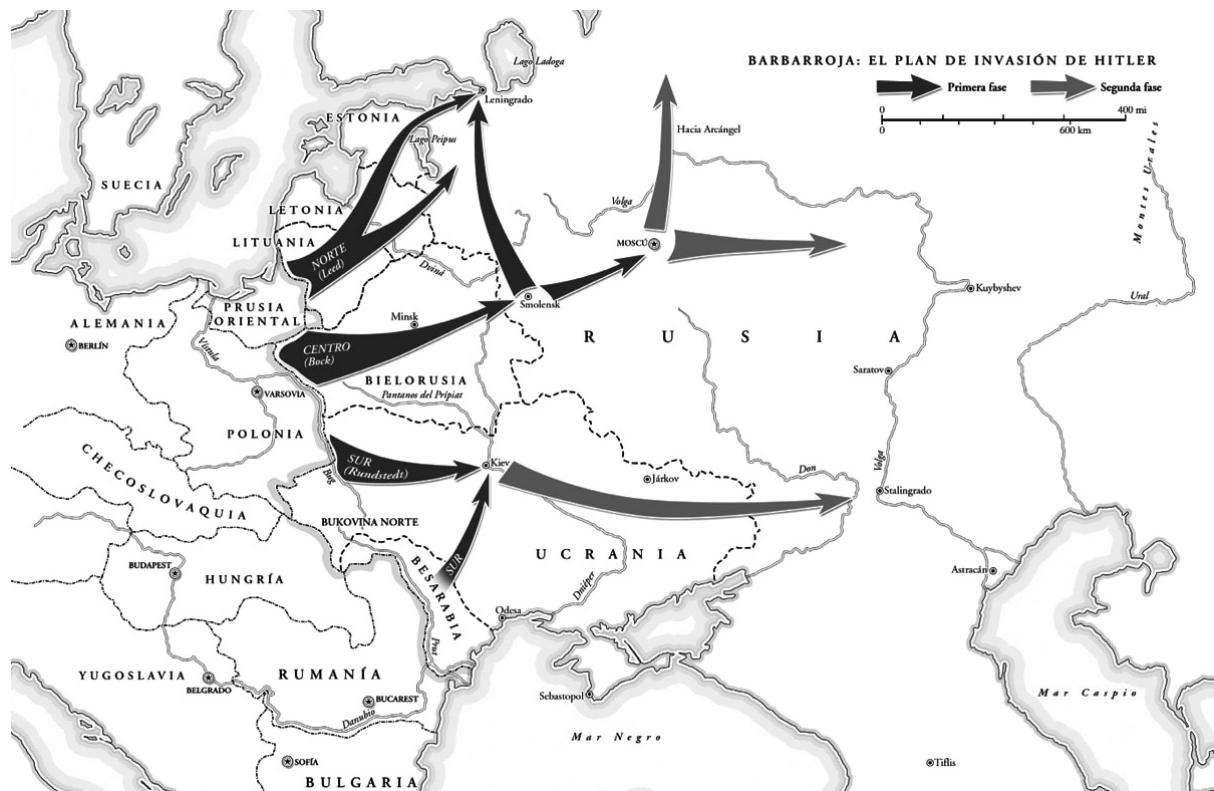
Hitler se vuelve contra Rusia

Toda la perspectiva de la guerra se transformó cuando Hitler invadió Rusia el 22 de junio de 1941, un día antes del aniversario de la invasión de Napoleón en 1812. Ese paso se reveló tan fatal para Hitler como lo había sido para su predecesor, aunque el final no llegó tan pronto.

Napoleón se vio obligado a retirarse de Rusia antes de finales de ese año y los rusos entraron en su capital en abril del segundo año después de la invasión. Hitler no fue expulsado de Rusia hasta transcurridos tres años y los rusos no entraron en su capital hasta abril del cuarto año. Penetró en Rusia el doble de lo que había hecho Napoleón, aunque no tuvo el éxito ilusorio de entrar en Moscú, como sí hizo el francés. Su más profunda penetración se debió a los medios superiores de movilidad. Pero esto no fue suficiente para alcanzar sus objetivos. El espacio implicó primero su frustración y después su derrota.

La historia también se repitió en los efectos secundarios de la decisión suicida del agresor. Aportó a Gran Bretaña un alivio de la situación que parecía desesperada a ojos de la mayoría de los que estaban fuera de esa isla. Era obvio para ellos lo desesperado de la posición de una pequeña isla en la frontera de un continente hostil que la envolvía más estrechamente que en tiempos de Napoleón. El valor defensivo del mar quedaba disminuido por el desarrollo de la aviación. La industrialización de la isla la había hecho dependiente de las importaciones y, de ese modo, multiplicó las amenazas de los submarinos. Al rechazar tomar en consideración cualquier oferta de paz, el Gobierno británico había comprometido al país en un rumbo que, bajo esas

circunstancias, debía conducirlo, lógicamente, a un hundimiento final, incluso aunque Hitler se abstuviera de intentar una rápida conquista mediante una invasión. El rechazo del compromiso equivalía a un lento suicidio.



Estados Unidos podía «insuflar aire» para mantener a Gran Bretaña a flote, pero eso solo valdría para prolongar el proceso, no para evitar el final. Además, esta medida de alivio fue compensada por la decisión de mediados del verano de proseguir con el bombardeo de Alemania con todas sus exigüas fuerzas. Esos ataques no podían representar más que pinchazos, pero inherentemente tendían a dificultar la inclinación de Hitler a dirigir su atención hacia otra parte.

Sin embargo, los británicos no tenían en cuenta la dureza de su situación. Eran instintivamente tercos y estratégicamente ignorantes. Los discursos inspiradores de Churchill ayudaron a aliviar la depresión de Dunquerque y les proporcionaron el bálsamo que necesitaban. Estaban eufóricos por su tono desafiante y no se pararon a preguntarse si estaba estratégicamente justificado.

Y más profundo que la influencia de Hitler era el efecto que causaba Hitler. Su conquista de Francia y la aproximación a sus costas los despertó

como no lo había hecho ninguna otra prueba anterior de su tiranía y agresividad. Volvieron a reaccionar a su manera ancestral: no dejar de morder a Hitler bajo ningún concepto. Nunca su caracterización colectiva como un *bulldog* se demostró, y justificó, más claramente en toda su sublime estupidez.

Una vez más un conquistador procedente del oeste se confundió con un pueblo que «rechazó ver que estaba derrotado». Como muestra *Mi lucha*, Hitler los entendía mejor que Napoleón y, por eso, se había tomado molestias poco habituales para evitar herir su orgullo. Pero había contado con su sentido práctico y se quedó perplejo de que no fueran capaces de ver lo desesperado de la situación ni de reconocer que las condiciones de su propuesta de paz eran extraordinariamente indulgentes teniendo en cuenta las circunstancias. En ese estado de confusión dudó sobre lo que debería hacer a continuación y después tomó el mismo camino que Napoleón: conquistar Rusia como fase preliminar a un acuerdo definitivo con Gran Bretaña.

No fue un súbito cambio de opinión, sino progresivo. También fue complejo en sus causas —más complejas que las de Napoleón— y no se puede explicar simplemente por un solo factor o motivo.

Las graves pérdidas de la Luftwaffe en el sur de Inglaterra fueron menos decisivas estratégicamente, aunque más tácticamente, que el freno a la flota francesa frente al cabo Finisterre en 1805. Y es que la derrota para Göring no produjo un efecto tan instantáneo en la mente de Hitler como el que tuvo la retirada de Villeneuve en Napoleón. Por el momento Hitler perseveró en sus intentos de quebrar la voluntad del pueblo británico, y simplemente cambió la forma de su presión, del intento de destrucción de la fuerza aérea defensora al bombardeo nocturno de las ciudades industriales. El relajamiento de la presión de manera intermitente se debió, aparte de al tiempo, a su indecisión. Parece haber tenido dudas para actuar de manera extrema contra Gran Bretaña, siempre y cuando pudiera persuadirla de aceptar la paz, y se aferró a esa esperanza mientras perseguía el objetivo con torpeza.

Mientras tanto, su mente se movía con creciente impulso en otra dirección, bajo la influencia de sus necesidades y miedos económicos, multiplicados por sus prejuicios. Aunque su pacto con Stalin había allanado el camino de su victoria en el oeste, sus conquistas allí habían sido en gran medida producto de las circunstancias, mientras que siempre había contemplado el derrocamiento de la Rusia soviética. Para él la idea era más que una cuestión de oportunidad en la búsqueda de una ambición: el antibolchevismo era su convicción emocional más profunda.

Su impulso hacia el este estaba fuertemente influido por la resistencia británica, pero su resurgimiento había empezado antes del rechazo de Gran Bretaña a su oferta de paz.

* * *

A principios de junio de 1940, cuando Hitler seguía concentrado en la campaña de Francia, Stalin había aprovechado la oportunidad para ocupar Lituania, Estonia y Letonia. Hitler había aceptado que los países bálticos estuvieran en la esfera de influencia soviética, no su ocupación efectiva, y sintió que había sido engañado por su socio, aunque la mayoría de sus asesores consideraban de manera realista que el movimiento ruso en los países bálticos era una precaución natural, inspirada por el miedo a lo que pudiera intentar hacer Hitler después de su victoria en el oeste. La profunda desconfianza de Hitler hacia Rusia se vio reflejada en su preocupación, durante la campaña en el oeste, por haber dejado solo diez divisiones en el este, frente a cien rusas.

Entonces, el 26 de junio, de nuevo sin avisar a su aliado, Rusia dio un ultimátum a Rumanía, exigiéndole la inmediata restitución de Besarabia y, por añadidura, la entrega del norte de Bukovina, como «pequeña compensación» por la manera en que le habían robado a Rusia la primera de esas provincias en 1918. Al Gobierno rumano solo se le concedieron veinticuatro horas para responder, y en cuanto cedió a la amenaza las tropas rusas se abalanzaron sobre esos territorios tanto por aire como por tierra.

Para Hitler esto fue peor que una «bofetada», ya que situó a los rusos peligrosamente cerca de los pozos de petróleo rumanos, con los que contaba para su propio suministro, ahora que no tenía acceso a otras fuentes de aprovisionamiento. En las semanas siguientes se puso cada vez más nervioso por este riesgo e inquieto por la ofensiva aérea contra Inglaterra. En consecuencia empezó a sospechar de las intenciones de Stalin. El 29 de julio habló con Jodl sobre la posibilidad de tener que combatir con Rusia si esta trataba de capturar los pozos petrolíferos rumanos. Pocas semanas después, como contramaniobra, inició el traslado de dos divisiones acorazadas y diez de infantería a Polonia. Una directiva del 6 de septiembre al servicio de constrainteligencia decía: «Los efectivos en los territorios del este aumentarán en las próximas semanas. Estos reagrupamientos no deben crear la impresión en Rusia de que estamos preparando una ofensiva en el este». La importancia de las fuerzas alemanas debía camuflarse mediante cambios frecuentes de zona:

Por otra parte, Rusia se dará cuenta de que tropas alemanas fuertes y bien entrenadas están acantonadas en el Gobierno General, en las provincias del este y en el Protectorado. Sacará la conclusión de que estamos preparados para proteger nuestros intereses, especialmente en los Balcanes, con fuerzas importantes, contra la toma por parte de Rusia.

Esta directiva tenía un tono predominantemente defensivo. Mostraba preocupación por disuadir de una agresión rusa más que anunciar una agresión alemana. Sin embargo, dada la distancia que separaba el frente alemán de los pozos de petróleo que tenía que defender, no podía contar con poder protegerlos directamente y era una motivación para tomar en consideración una ofensiva de distracción en Polonia. La idea de esa distracción pronto se convirtió en la de una invasión a gran escala: se trataba de prevenir ese riesgo suprimiendo todo el peligro.

A mediados de septiembre llegaron informes sobre que el servicio de propaganda ruso había adoptado un tono antialemán en las comunicaciones en el seno del Ejército Rojo. Esto mostraba la reacción sospechosa de los rusos al primer aumento de fuerzas alemanas en el este y su prontitud a preparar a sus tropas para un conflicto germano-soviético. Pero para Hitler era una prueba de sus intenciones ofensivas. Empezó a pensar que no podía permitirse esperar —hasta que hubiera completado y consolidado su victoria en el oeste— antes de ocuparse de Rusia. Sus miedos, ambiciones y prejuicios reaccionaron entre sí para impulsar esa nueva idea. En ese estado mental sus sospechas se avivaban fácilmente. Perplejo por el hecho de que los británicos no parecieran darse cuenta de su situación desesperada, miró hacia Rusia en busca de la explicación. Conforme pasaban los meses, una y otra vez les dijo a Jodl y a otros que Gran Bretaña debía estar deseando la intervención rusa, porque si no ya hubiera cedido. Ya debería haber un acuerdo secreto. El viaje de sir Stafford Cripps a Moscú, y sus conversaciones con Stalin, lo confirmaban. Alemania debía atacar pronto o sería estrangulada. Hitler no era capaz de ver que, del mismo modo, los rusos podían temer su agresión.

El plan para una ofensiva contra Rusia ya se había esbozado cuando el general Paulus (que más tarde se haría famoso como comandante del Ejército atrapado por los rusos en Stalingrado) se convirtió en jefe adjunto del Estado Mayor a principios de septiembre. Se le pidió que «examinara las posibilidades». Los objetivos definidos eran: primero, la destrucción de los ejércitos rusos en el oeste de Rusia y, después, avanzar lo suficiente en el

interior de Rusia como para defender a Alemania del riesgo de un ataque aéreo desde el este, alcanzando una línea desde Arcángel hasta el Volga.

A principios de noviembre se completó el plan en detalle y después se probó en un par de simulacros de guerra. Para entonces Hitler estaba menos nervioso respecto a la ofensiva rusa, aunque más inclinado a tomar la iniciativa contra Rusia. La preparación y consideración de amplios planes estratégicos siempre le embriagaba. Las dudas que expresaban sus generales, cuando les transmitía sus ideas, simplemente servían para hacerlas más firmes. ¿Acaso no había acertado en cada ocasión cuando ellos dudaban de su capacidad de éxito? Les demostraría de nuevo que estaban equivocados y, de forma más impactante, ya que sus dudas mostraban que, a pesar de su servilismo, desconfiaban de él en tanto que aficionado. Además, sus almirantes y generales tenían aprensión hacia una operación marítima contra Inglaterra, y él no podía permanecer pasivo. Había hecho planes para una operación contra Gibraltar a través de España, para cerrar el extremo occidental del Mediterráneo, pero se trataba de una operación demasiado pequeña para satisfacer su gigantesca ambición.

Un acontecimiento nuevo, a finales de octubre, influyó en su decisión, y en mayor medida en su resultado final. Se trató de la invasión de Grecia por Mussolini, puesta en marcha sin mencionárselo a Hitler, que se enfureció por el menosprecio de sus consejos por parte de su aliado menor, por la manera en que afectó a sus propios planes y por la posibilidad de que los italianos se instalaran en una región que él ambicionaba. Aunque este último riesgo pronto se desvaneció con los reveses italianos, la iniciativa independiente por parte de Mussolini llevó a Hitler a acelerar sus propias acciones en los Balcanes. Constituyó un nuevo motivo para retrasar la culminación de sus planes en el oeste y acentuó el giro al este en su cabeza. Como tenía que adelantarse a sus aliados en una carrera por el control de los Balcanes, se ocuparía primero de Rusia, dejando para después el problema británico. Ni siquiera entonces fue una decisión clara, pero era el pensamiento dominante en su cabeza.

El 10 de noviembre Molotov llegó a Berlín para tratar una amplia serie de asuntos, incluyendo la sugerencia alemana de que Rusia se uniera definitivamente al Eje. Al final de las conversaciones se emitió un comunicado conjunto que decía: «El intercambio de ideas tuvo lugar en un ambiente de confianza mutua y llevó a una comprensión recíproca de todas las cuestiones importantes que interesan a Alemania y la Unión Soviética».

También en privado los participantes alemanes estaban bastante satisfechos con los resultados que fueron resumidos de este modo el día 16:

De momento no habrá un tratado definido. Rusia se muestra dispuesta a unirse al Pacto Tripartito después de aclarar varias cuestiones... Se notifica a Molotov que se contempla una acción alemana en los Balcanes en apoyo de Italia y no plantea objeciones. Sugiere la creación de condiciones aceptables para respetar la influencia rusa en Bulgaria, similares a la de Alemania en Rumanía. Sin embargo, Alemania expresa su falta de interés por el dominio de los Dardanelos por parte de Turquía y simpatiza con los deseos rusos de tener bases en esa zona.

Pero había una total carencia de «confianza mutua» y este término diplomático nunca había estado tan vacío de contenido. El día 12 la Directiva de Guerra n.º 18 de Hitler decía:

Se han iniciado conversaciones políticas con el ánimo de clarificar la actitud de Rusia en estos momentos. Independientemente del resultado de esas conversaciones continuarán todos los preparativos para el Este que ya se han ordenado de manera verbal.

Mientras los diplomáticos hablaban los planes militares avanzaban. El propio Hitler no encontró que el resultado de las conversaciones fuera tan satisfactorio como pensaron otros, contemplaba las cuestiones en torno a la incorporación de Rusia al Pacto Tripartito como mera evasiva y estaba dominado por su creciente deseo de iniciar la ofensiva. Raeder, que le vio el día 14, mencionó que «el Líder se sigue inclinando por instigar el conflicto con Rusia». Después de la marcha de Molotov, Hitler se vio con varios de sus subordinados y les dejó claro que iba a invadir Rusia. Sus intentos de disuadirle de esta aventura fueron en vano. Cuando argumentaban que iba a significar la guerra en dos frentes —una situación que se había demostrado fatídica para Alemania durante la Primera Guerra Mundial— replicaba que era imposible confiar en que Rusia permaneciera tranquila hasta acabar con la resistencia británica. Para vencer a Gran Bretaña había que ampliar la fuerza aérea y la armada, lo que significaba reducir el ejército, lo cual no era factible mientras Rusia siguiera siendo una amenaza. La situación había cambiado por «la falta de fiabilidad de Rusia, como quedó claro en los países balcánicos». Así, la operación León Marino tendría que ser pospuesta.

El 5 de diciembre Hitler recibió el informe de Halder sobre el plan de este y el 18 emitió la «Directiva n.º 21 – Asunto Barbarroja». Empezaba con una afirmación decisiva: «Las fuerzas armadas alemanas deben prepararse para aplastar la Rusia soviética en una rápida campaña antes del final de la guerra contra Inglaterra».

Con este objetivo el Ejército tendrá que utilizar todas las unidades disponibles, con la reserva de que los países ocupados tendrán que ser defendidos de ataques por sorpresa. ¡La concentración del esfuerzo principal de la Marina sigue siendo de manera inequívoca contra Inglaterra!

Si se da la ocasión, ordenaré la concentración de tropas contra la Unión Soviética ocho semanas antes del inicio previsto de las operaciones. Los preparativos que requieren más antelación comenzarán —si no lo han hecho ya— de manera inmediata y deberán completarse antes del 15 de mayo de 1941 [Se consideraba que esa era la primera fecha posible con condiciones meteorológicas favorables]. Habrá que tomar grandes precauciones para que no se descubran las intenciones del ataque...

Habrá que destruir el grueso del ejército ruso en Rusia occidental mediante operaciones audaces y con cuatro brechas profundas mediante tanques y habrá que evitar el repliegue de las fuerzas enemigas en condiciones de combatir los vastos espacios rusos.

La directiva continuaba diciendo que, si esos resultados no eran suficientes para dejar fuera de combate a Rusia, su última región industrial en los Urales podía ser eliminada por la Luftwaffe. La Marina Roja quedaría paralizada mediante la captura de las bases del Báltico. Rumanía ayudaría fijando las fuerzas rusas en el sur y proporcionando servicios auxiliares en la retaguardia. En noviembre Hitler había sondeado al nuevo dictador rumano, el general Antonescu, sobre su posible participación en un ataque contra Rusia.

La frase «si se da la ocasión» es muy imprecisa, pero parece que hay pocas dudas de que las intenciones de Hitler fueran firmes. Esto se puede explicar por un pasaje posterior de la directiva: «Todas las órdenes dadas por el Alto Mando de acuerdo con esta instrucción deben enmascararse con términos que puedan ser tomados como medidas de precaución en caso de

que Rusia cambiara su presente actitud hacia nosotros». El plan debía ocultarse mediante un elaborado programa de engaño y a Hitler le parecía natural dar ejemplo.

Además, el engaño debía practicarse con su propia gente además de con el enemigo. Muchos de aquellos a los que mencionaba el proyecto tenían problemas con los riesgos de invadir Rusia, especialmente por representar una guerra en dos frentes, por lo que Hitler pensó que era sensato aparentar que se reservaba la decisión final. Esto les daría tiempo para aclimatarse al cambio de orientación, y a él para reunir más pruebas convincentes de las intenciones hostiles de Rusia. En particular, sus generales expresaban tantas dudas que le ponía nervioso el efecto que pudiera tener su falta de entusiasmo. Aunque podía reclamarles obediencia en virtud del juramento que le habían hecho, eso no sería suficiente como para generar en sus mentes la determinación necesaria para tener éxito. Dado que tenía que utilizarlos como instrumentos profesionales era necesario convencerlos.

El 10 de enero se firmó un nuevo tratado con Rusia que concretaba los resultados de las conversaciones de noviembre con Molotov sobre cuestiones fronterizas y económicas. De manera superficial las cosas parecían calmarse. Pero el punto de vista privado de Hitler se expresaba en su comentario de que Stalin era un «chantajista impasible». Al mismo tiempo llegaban informes inquietantes desde Rumanía y Bulgaria sobre la actividad rusa en esos países.

El 19 Mussolini visitó a Hitler y en ese encuentro este le habló de sus dificultades con Rusia. No desveló sus propios planes ofensivos, pero, significativamente, mencionó que había recibido una fuerte protesta por parte de Rusia sobre la concentración de tropas alemanas en Rumanía. Una importante información adicional sobre su pensamiento se incluía en su comentario: «Antiguamente Rusia no hubiera representado ninguna amenaza, ya que no puede poneros en absoluto en peligro; pero ahora, en la era de las fuerzas aéreas, los campos petrolíferos rumanos no pueden convertirse en una extensión de restos humeantes a causa de un ataque desde Rusia y el Mediterráneo, y la vida del Eje depende de esos campos petrolíferos». Este era también el argumento que utilizaba con sus generales, que le sugerían que, incluso si los rusos estaban preparando una invasión, el riesgo se podía enfrentar adecuadamente reforzando las defensas de las unidades alemanas tras la frontera, en lugar de lanzarlas a la ofensiva en Rusia.

El 3 de febrero Hitler aprobó el texto final del plan Barbarroja, después de una conferencia con sus jefes militares en Berchtesgaden en la que se desarrollaron los puntos del plan. Keitel ofreció una estimación de las fuerzas

enemigas en Rusia occidental de unas cien divisiones de infantería, veinticinco de caballería y el equivalente a treinta divisiones mecanizadas. Esto se acercaba a la realidad, ya que cuando comenzó la invasión los rusos tenían ochenta y ocho divisiones de infantería en el oeste, siete de caballería y cincuenta y cuatro acorazadas y motorizadas. Después Keitel dijo que las fuerzas alemanas no serían tan grandes, «pero muy superiores en calidad». En realidad, los ejércitos invasores comprendían ciento diecisésis divisiones de infantería (de las cuales catorce eran motorizadas), una de caballería y diecinueve acorazadas, además de nueve asignadas a líneas de comunicación. La enumeración de estos efectivos no se hizo para aliviar las inquietudes de los generales, ya que mostraba que se estaban embarcando en una gran ofensiva sin ninguna ventaja a su favor, y con una evidente desventaja en el elemento decisivo: las fuerzas acorazadas. Estaba claro que los planificadores apostaban mucho a la superioridad de la calidad.

Keitel continuó: «Las intenciones operativas rusas son desconocidas. No hay grandes efectivos en la frontera. Cualquier retirada solo podía ser limitada, ya que los países bálticos y Ucrania son vitales para su avituallamiento». Esto parecía razonable en ese momento, pero se reveló muy optimista.

Las fuerzas invasoras debían dividirse en tres grupos de ejércitos y se esbozaron sus tareas operativas. El del norte (bajo el mando de Leeb) debía atacar desde Prusia Oriental a través de los países bálticos hacia Leningrado. El central (mandado por Bock) debía golpear desde la zona de Varsovia hacia Minsk y Smolensk, a lo largo de la carretera de Moscú. Y el sur (a las órdenes de Rundstedt) debía atacar al sur de los pantanos del Prípiat, extendiéndose hasta Rumanía y con el Dniéper y Kiev como sus objetivos. El peso principal debía concentrarse en el grupo central, para proporcionarle una fuerza superior. Se pensaba que habría igualdad básica en el norte e inferioridad en el sur.

En su estudio Keitel destacaba que la actitud de Hungría seguía siendo dudosa y enfatizaba que los acuerdos con aquellos países que pudieran cooperar con Alemania solo se podrían alcanzar en el último momento por razones de secreto. No obstante, Rumanía debía ser una excepción a esta regla porque su colaboración era «vital». (Hitler acababa de ver, de nuevo, a Antonescu y le pidió que permitiera que las tropas alemanas atravesaran Rumanía para apoyar a los italianos en Grecia, pero el rumano dudaba, alegando que esa decisión precipitaría la invasión de Rumanía por parte de Rusia. En un tercer encuentro Hitler le prometió no solo la devolución de

Besarabia y el norte de Bucovina, sino también la franja del sur de Rusia, «hasta el Dniéper», como recompensa por la ayuda rumana en el ataque).

GRUPOS DE EJÉRCITO ALEMANES EN EL ESTE^[1]

Muestra los cambios de designación y comandantes.

Junio de 1941 a mayo de 1945

		Norte	Centro	Sur	
1941	Junio	von Leeb	von Bock	von Rundstedt	
	Diciembre		von Kluge	von Reichenau	
1942	Enero	von Küchler		von Bock	
	Julio		B	von Weichs	A
	Septiembre				List
	Noviembre			Don (del 11.º ejército) von Manstein	Hitler
1943	Febrero		disuelto	Sur	Von Kleist
	Octubre	Busch			
1944	Enero	Model		Ucrania norte	Ucrania sur
	Marzo	Lindemann		Model	Schörner
	Junio		Model		
	Julio	Friessner Schörner			Freissner
	Agosto		Reinhardt	A	Sur
	Septiembre			Harpe	
	Diciembre				Wöhler
1945	Enero	Rendulic			
		Curlandia	Norte	Vístula (nuevo)	Centro
	Enero	von Vietinghoff	Rendulic	Himmler	Schörner
	Marzo	Rendulic	Weiss	Heinrici	
	Abril	Hilpert	disuelto		Rendulic
	Mayo			Student	Ostmark

Keitel añadió que la operación de Gibraltar ya no era posible porque el grueso de la artillería alemana había sido enviado al este y que la operación León Marino también había sido pospuesta, «se hará todo lo posible para dar la impresión entre nuestras propias tropas de que la invasión de Gran Bretaña

se sigue preparando». Para difundir esa idea algunas áreas de la costa del canal de la Mancha y de Noruega serían cerradas repentinamente, mientras que, para redoblar el fingimiento, la concentración en el este se presentaría como un ejercicio de engaño para el desembarco en Inglaterra.

El plan militar se sumaba a un plan Oldenburg económico a gran escala, para la explotación del territorio soviético conquistado. Se creó un Estado Mayor económico, totalmente separado del Estado Mayor militar. Un informe del 2 de mayo que examinaba el problema, se abría con estas afirmaciones: «La guerra solo puede continuar si todas las fuerzas armadas son alimentadas por Rusia durante el tercer año de la guerra. No hay duda de que muchos millones de personas morirán de hambre en Rusia si extraemos del país lo que necesitamos». No está claro si se trataba simplemente de una afirmación científica de sangre fría o si pretendía ser una advertencia contra los objetivos y exigencias excesivos. El informe continuaba diciendo: «Es fundamental la toma y transferencia de granos y harinas de lino, el trigo es secundario». Un informe anterior del general Thomas, jefe del Departamento de Economía de Guerra del OKW (Estado Mayor General de las Fuerzas Armadas) había señalado que la conquista de toda la Rusia europea podía resolver el problema alimentario de Alemania, siempre y cuando también estuviera resuelta la dificultad del transporte, aunque no solucionara otros inconvenientes de índole económica: el suministro de «caucho, wolframio, cobre, platino, estaño, amianto y cáñamo de Manila estaría pendiente hasta que se garantizaran las comunicaciones con Extremo Oriente». Estas advertencias no lograron frenar a Hitler. Sin embargo, otra conclusión, que «el suministro de petróleo del Cáucaso es indispensable para la explotación de los territorios ocupados» iba a tener un efecto muy importante a la hora de incitarle a extender su avance hasta el punto de perder el equilibrio.

El plan Barbarroja sufrió aún más por un trastorno preliminar que trajo consecuencias importantes a largo plazo. Esto se debió al efecto psicológico que tuvo sobre Hitler el doble rechazo diplomático que recibió de Grecia y Yugoslavia, con el respaldo británico.

Antes de atacar Rusia Hitler quería tener libre su «hombro» derecho de cualquier interferencia británica. Había esperado hacerse con el control de los Balcanes sin combates importantes, mediante la diplomacia armada. Creía que, después de sus victorias en el oeste, esa diplomacia debería triunfar más fácilmente que nunca. Rusia le había facilitado las cosas en Rumanía por su entrada en Besarabia; Rumanía había caído en sus brazos de rebote. El siguiente paso también fue fácil. El 1 de marzo el Gobierno búlgaro se tragó

el anzuelo y se comprometió en un pacto por el que permitía a las fuerzas alemanas atravesar el territorio y tomar posiciones en la frontera griega. El Gobierno soviético trasmitió su desacuerdo ante esta pérdida de neutralidad, pero al abstenerse de cualquier medida de mayor contundencia hizo que Hitler se sintiera más seguro de que Rusia no estaba preparada para la guerra.

El Gobierno griego fue menos receptivo a los acercamientos diplomáticos de Hitler, lo cual es natural dado que el país había sido invadido por su socio del Eje. Y el Gobierno tampoco perdió el ánimo ante sus amenazas. El espíritu del pueblo griego había sido despertado y elevado por su éxito al repeler la invasión de Mussolini. Se habían alcanzado acuerdos en febrero para recibir refuerzos británicos y estos comenzaron su desembarco pocos días después de la entrada de los alemanes en Bulgaria.

El desafío incitó a Hitler a poner en marcha su ataque contra Grecia, que fue lanzado un mes después. Esta fue una distracción innecesaria de su objetivo principal ya que las fuerzas que Gran Bretaña podía proporcionar no eran suficientes como para crear más que una ligera irritación en su hombro derecho, y los griegos estaban totalmente centrados en hacer frente a los italianos.

El efecto adverso sobre su plan ruso se intensificó por los acontecimientos de Yugoslavia. Aquí su acercamiento tuvo un inicio favorable. Bajo presión alemana el Gobierno yugoslavo aceptó vincularse al Eje mediante un compromiso que le liberara de obligaciones militares, pero con la condición secreta de poner a disposición de las tropas alemanas la línea ferroviaria Belgrado-Nish hacia la frontera griega. Los representantes yugoslavos firmaron el pacto el 25 de marzo. Dos días después el general Simovich, jefe de la fuerza aérea yugoslava, y un grupo de jóvenes oficiales dieron un golpe de Estado militar en Belgrado. Se hicieron con el control de la radio y de la central telefónica, derrocaron al Gobierno, formaron uno nuevo bajo el mando de Simovich y desafiaron las exigencias alemanas. Agentes británicos habían ayudado a promover el complot y, cuando las noticias de su éxito llegaron a Londres, Churchill anunció en un discurso: «Tengo buenas noticias para vosotros y todo el país. A primera hora de la mañana Yugoslavia ha reencontrado su alma». Siguió declarando que el nuevo Gobierno recibiría «toda la ayuda y socorro posibles» de Gran Bretaña.

El golpe de Estado revolucionó la situación en los Balcanes. Hitler no podía tolerar tal afrenta y el regocijo de Churchill le enfureció. De inmediato decidió invadir tanto Yugoslavia como Grecia. Los preparativos necesarios se

hicieron tan rápidamente que pudo lanzar el ataque diez días después, el 6 de abril.

Los resultados directos de su desafío balcánico fueron lamentables. Yugoslavia fue conquistada en una semana y su capital devastada por el ataque aéreo inicial. Grecia fue capturada en poco más de tres semanas y las fuerzas británicas se apresuraron a reembarcar, tras una larga retirada con pocos combates. Habían sido superadas tácticamente en cada etapa. El resultado afectaba al juicio de Churchill y de los que le habían respaldado al afirmar que una intervención militar exitosa era factible. Y no solo por la pérdida de prestigio británico, sino por la enorme carga de miseria que se abatió sobre los pueblos de Yugoslavia y Grecia. La sensación de haber sido abandonados tuvo efectos duraderos. Además, representa una ironía de la historia que el resultado final de la iniciativa de Churchill fuese la resurrección de Yugoslavia en forma de un estado hostil a todo lo que él representaba.

Pero los resultados indirectos del episodio fueron vitales y dañaban la imagen de las opiniones de Hitler. Actuando con un margen de fuerza tan pequeño —incluso tomando en cuenta el factor cantidad y calidad— no podía permitirse llevar a cabo una campaña en Yugoslavia y Grecia al mismo tiempo que la invasión de Rusia. Una desventaja particular era su desventaja numérica en tanques comparada con los rusos. Una rápida conquista de los Balcanes dependía del uso de divisiones *panzer* y necesitaba cada una de ellas antes de aventurarse a lanzar la ofensiva contra Rusia. Así, el 1 de abril se pospuso Barbarroja, desde mediados de mayo hasta la segunda mitad de junio.

El hecho de que Hitler fuera capaz de conquistar dos países tan rápido que pudiera mantener la nueva fecha de ataque a Rusia sigue siendo un logro militar asombroso. En efecto, sus generales consideraban que si los británicos hubieran logrado conservar Grecia, Barbarroja no se hubiera podido llevar a cabo. Al final, el retraso fue de solo cinco semanas. Pero se convirtió en un factor de pérdida de sus posibilidades de victoria sobre Rusia, que se puede añadir al golpe de Estado yugoslavo, un retraso fortuito en agosto —por una cuestión de indecisión— y con el temprano inicio del invierno ese año.

El 1 de mayo los británicos reembarcaron desde las playas meridionales de Grecia, excepto aquellos que quedaron aislados y fueron capturados. Ese mismo día Hitler fijó la fecha de Barbarroja. Su directiva resumía las fortalezas respectivas y después añadía:

Previsión del desarrollo de las operaciones— Presumiblemente habrá violentos combates en las fronteras, con una duración de hasta cuatro semanas. Durante el desarrollo posterior se espera que haya una resistencia más débil. Un ruso combatirá hasta su último aliento en un lugar dado.

El 6 de junio Keitel publicó el calendario detallado de la operación. Además de enumerar las fuerzas a utilizar en la invasión, mencionaba que se habían dejado cuarenta y seis divisiones de infantería en el oeste, frente a Gran Bretaña, aunque solo una era motorizada y solo una brigada era acorazada. Las operaciones Atila (captura del norte de África francés) e Isabella (para contrarrestar una posible iniciativa británica en Portugal) pueden «seguir ejecutándose con diez días de antelación, pero no simultáneamente». «La Luftflotte 2 ha sido retirada de los combates y enviada al este, mientras que la Luftflotte 3 ha sido encargada de la dirección en exclusiva de la guerra aérea contra Gran Bretaña».

Estas órdenes sugerían que las negociaciones con el Estado Mayor General finlandés, para asegurarse su cooperación en el ataque habían comenzado el 25 de mayo. Los rumanos, cuyo apoyo ya estaba garantizado, debían ser informados de las disposiciones finales el 15 de junio. El 16 a los húngaros había que darles una pista para defender su frontera de manera más contundente. Al día siguiente todos los colegios del este de Alemania tenían que cerrar. Los mercantes alemanes debían abandonar Rusia sin llamar la atención y la partida de buques debía interrumpirse. Desde el día 18, «no hace falta seguir ocultando la intención de atacar». Para entonces los rusos ya no podrían llevar a cabo ninguna medida de refuerzo a gran escala. La última hora posible para anular la ofensiva eran las 13:00 del 21 y la contraseña en este caso sería «Altona», mientras que para iniciar el ataque sería «Dortmund». La hora que se fijó para cruzar la frontera eran las 03:30 del 22.

A pesar de las precauciones alemanas el servicio de inteligencia británico obtuvo información notablemente buena sobre las intenciones de Hitler con mucha antelación y se la transmitió a los rusos. Incluso predijo con precisión la fecha exacta de la invasión, una semana antes de ser finalmente fijada. Sin embargo, sus repetidas advertencias fueron recibidas con una actitud de incredulidad y de confianza continuada en el Pacto Germano-Soviético, lo que los británicos consideraron tan desconcertante como exasperante. Sentían que la incredulidad rusa era auténtica —esta sensación se reflejó en las transmisiones por radio de Churchill cuando se produjo la noticia del ataque

de Hitler— y cuando el Ejército Rojo sufrió los desastres iniciales, los rusos los atribuyeron en parte al hecho de ser tomados por sorpresa.

Un estudio de la prensa y radio rusas no hubiera confirmado esta impresión. A partir de abril incluía indicaciones significativas de medidas de precaución y mostraba un conocimiento de los movimientos de tropas alemanes. Al mismo tiempo, había referencias mucho más prominentes del estricto cumplimiento del Pacto por parte de Alemania, unido a las denuncias de los intentos británicos y estadounidenses de crear discordia entre Rusia y Alemania, especialmente difundiendo rumores de los preparativos alemanes para atacar a Rusia. En una emisión de este tipo, el 13 de junio, con el estilo característico de Stalin, señaló que había «que asumir que el envío de tropas alemanas a regiones del este y noreste de Alemania se debe a motivos que no tienen ninguna conexión con Rusia», un comentario que bien podía animar a Hitler a suponer que su plan de engaño había logrado la intención deseada. Se puede conseguir el engaño redoblándolo. El mismo programa de radio respondía a los informes extranjeros sobre la llamada de reservistas rusos diciendo que simplemente se trataba de un entrenamiento previo a las habituales maniobras de verano. El día 20 una radio moscovita hacía un entusiasta relato de las maniobras militares en curso, cerca de los pantanos del Prípiat, que podían deberse a un intento de reforzar la confianza en el país. También anunciaba que las defensas civiles antiaéreas de Moscú iban a ser probadas «en condiciones realistas» el domingo 22. Aun así, los informes extranjeros que hablaban de una inminente invasión alemana fueron descritos, de nuevo, como «mentiras delirantes por parte de fuerzas hostiles a Rusia».

Los alemanes estaban informados de los intentos británicos de advertir a los rusos. En efecto, el 24 de abril su agregado naval en Moscú informó: «El embajador británico predice que el 22 de junio será el día del estallido de la guerra». Pese a todo, esto no llevó a Hitler a modificar la fecha. Puede que contara con que los rusos menospreciaran cualquier informe de origen británico o que pensara que el día real no importaba.

Es difícil calibrar hasta qué punto Hitler creía que los rusos no estaban preparados para este golpe, ya que a menudo ocultaba sus pensamientos a su propio círculo íntimo. Desde primavera, los informes de sus observadores en Moscú le habían estado diciendo que el Gobierno soviético estaba recelosamente pasivo y nervioso por apaciguarle; y que no había ningún peligro de que Rusia atacara a Alemania mientras Stalin viviera. En fecha tan tardía como el 7 de junio el embajador alemán informó: «Todas las observaciones muestran que Stalin y Molotov, únicos responsables de la

política exterior rusa, están haciendo todo lo posible para evitar el conflicto con Alemania». La confirmación de todo esto no solo parecía proceder del modo en que los rusos mantenían sus envíos en virtud del acuerdo comercial, sino por sus concesiones a Hitler al retirar el reconocimiento diplomático de Yugoslavia, Bélgica y Noruega.

Por otra parte, Hitler a menudo declaró que los diplomáticos nazis en Moscú eran los peor informados del mundo. También suministraba a sus generales informes de naturaleza opuesta, es decir, que los rusos estaban preparando una ofensiva y que era urgente anticiparse. En este caso podía estar intentando engañarlos deliberadamente en lugar de creyéndose los informes, ya que tenía continuas dificultades con sus generales, que seguían desplegando argumentos para abstenerse de llevar a cabo la invasión.

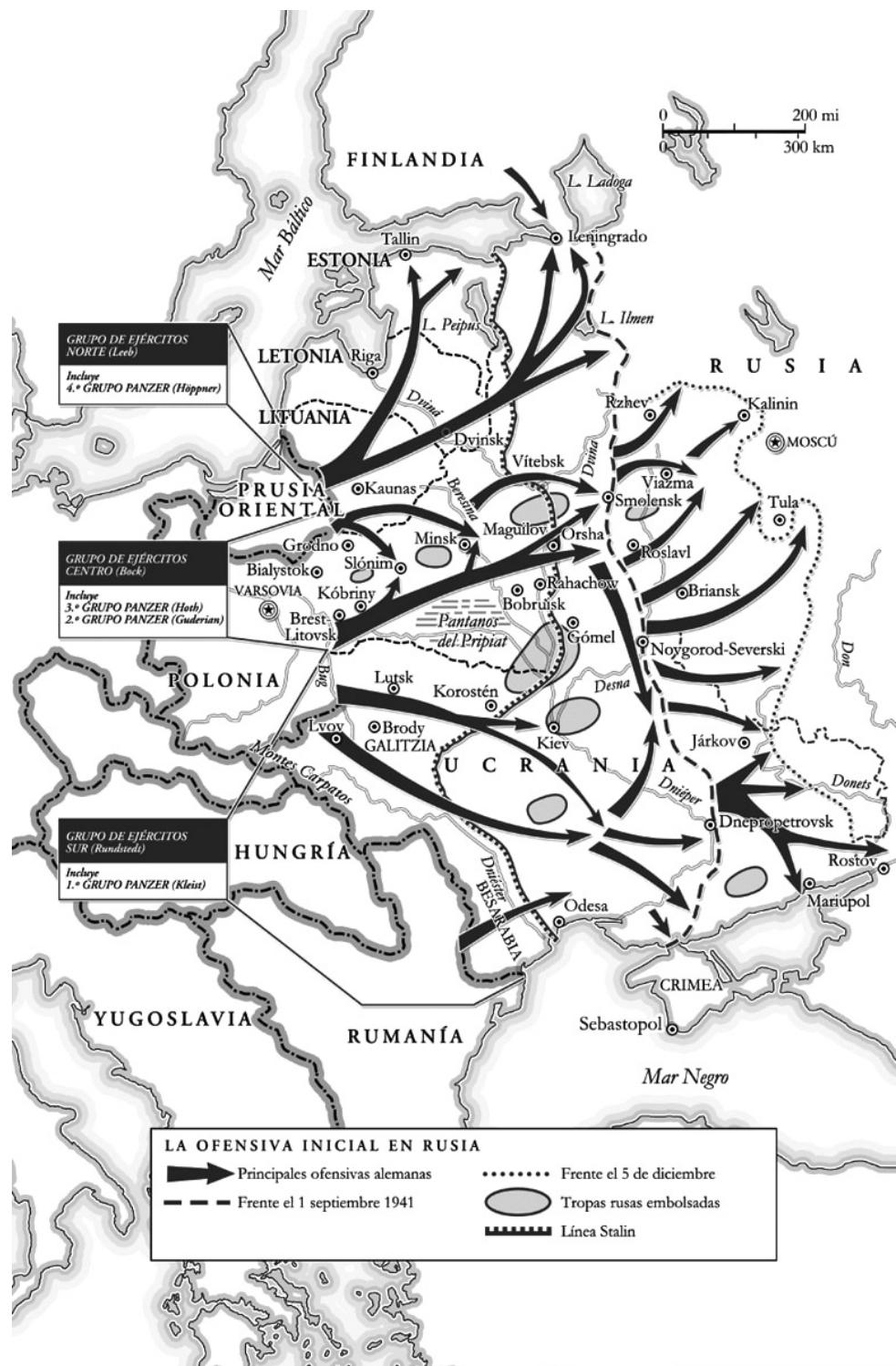
13

La invasión de Rusia

La cuestión de Rusia dependía menos de estrategia y táctica que de espacio, logística y mecánica. Aunque algunas de las decisiones operativas eran de gran importancia, no contaban tanto como las deficiencias mecánicas conjugadas con el exceso de espacio y su efecto debía medirse en relación a estos factores básicos. El factor espacial puede captarse fácilmente mirando un mapa de Rusia, pero el mecánico requiere más explicación. Un análisis preliminar de este elemento es fundamental para la comprensión de los acontecimientos.

Como en las invasiones previas de Hitler todo giraba en torno a las fuerzas mecanizadas, aunque solo constituían una pequeña parte del total. Las diecinueve divisiones *panzer* disponibles representaban apenas un 10 por ciento del total de divisiones, tanto alemanas como de países satélites. De ese enorme resto solo catorce eran motorizadas y, por tanto, capaces de seguir el ritmo de las vanguardias blindadas.

En total el Ejército alemán disponía de veintiuna divisiones *panzer* en 1941 en comparación con diez en 1940. Sin embargo, esta aparente duplicación de su potencia acorazada era un espejismo. Básicamente se había logrado mediante dilución. En la campaña en el oeste el núcleo de cada división era una brigada blindada de dos regimientos, cada uno con ciento sesenta carros de combate. Antes de la invasión de Rusia se eliminó un regimiento de tanques de cada división y de cada «costilla» se creó una nueva división.



Algunos de los más cualificados expertos en tanques discutieron esta decisión, señalando que su efecto real consistía en multiplicar el número de estados mayores y de tropas auxiliares no acorazadas en las supuestas fuerzas acorazadas, sin cambiar por ello el tamaño de las tropas acorazadas, y, por

tanto, disminuyendo el impacto que cada división podía provocar. De sus diecisiete mil hombres, ahora solo unos dos mil seiscientos serían «tanquistas». Pero Hitler era obstinado. Ante la enormidad de los espacios rusos quería sentir que tenía un mayor número de divisiones que podían golpear en profundidad y calculaba que la inferioridad técnica de las fuerzas rusas compensaría la dilución de las suyas. También podía enfatizar el hecho de que, gracias a la producción creciente de los últimos modelos, Mark III y Mark IV, dos tercios de la fuerza acorazada de cada división consistiría ahora en tanques medios, con mayores cañones y un blindaje de doble grosor, mientras que en las campañas en el oeste dos tercios habían sido tanques ligeros. Así, el poder de su impacto aumentaría, aunque la escala se dividiera por la mitad. Este era un buen argumento hasta cierto punto y de momento.

Con todo, la reducción en el número de tanques ponía de relieve el defecto fundamental de la «división acorazada» alemana: que el grueso de sus elementos no eran acorazados y carecían de movilidad campo a través. El mayor desarrollo que los tanques habían producido en la guerra —aún más importante que la recuperación del uso de la armadura— era su capacidad para moverse fuera de las carreteras, para liberarse de la dependencia de la superficie lisa y dura de una pista preparada. Mientras que el vehículo a motor con ruedas simplemente aceleró el ritmo de la marcha, y reprodujo el efecto del ferrocarril de manera bastante más flexible, el tanque había revolucionado la movilidad. Al extender su propia pista conforme avanzaba se liberaba de la necesidad de seguir una ruta fijada a lo largo de un camino prefabricado y así sustituía el movimiento unidireccional por el bidireccional.

Los partidarios británicos originales de la guerra mecanizada se habían dado cuenta de la importancia de este potencial.^[1] En el modelo de fuerza acorazada que habían propuesto al final de la Primera Guerra Mundial todos los vehículos, incluyendo los que transportaban suministros, debían ser del tipo todoterreno con orugas. Su visión no se había cumplido siquiera en el ejército alemán, que era el que más se había acercado en su uso.

En la división *panzer* reestructurada de 1941 había menos de trescientos vehículos oruga en total, frente a casi tres mil sobre ruedas, la mayor parte dependientes de las carreteras. La superabundancia de estos vehículos no había tenido importancia en las campañas en el oeste, cuando una defensa mal dispuesta padecía un derrumbe de mayor alcance y el atacante podía aprovecharse de una red de carreteras bien asfaltadas para explotar sus oportunidades. Pero en el este, donde las buenas carreteras escaseaban, este factor acabó convirtiéndose, a largo plazo, en un freno decisivo. En esto los

alemanes pagaron el precio de estar, en la práctica, veinte años por detrás de la teoría que habían adoptado como su clave para el triunfo.

Si tuvieron el éxito que lograron se debió a que sus oponentes estaban aún más atrasados en equipamiento. Y es que, aunque los rusos tenían una gran superioridad numérica en tanques, la cantidad total de vehículos a motor con que contaban era tan limitada que incluso sus fuerzas acorazadas no tenían transporte a motor a gran escala. Esto demostró ser una desventaja vital en las maniobras para enfrentarse a las ofensivas de los *panzer* alemanes.

Las fuerzas acorazadas alemanas en esta ofensiva ascendían a 3550 tanques, solo 800 más que en la invasión del oeste. (Sin embargo, los rusos afirmaron en agosto haber destruido 8000). El total de la fuerza de tanques del Ejército Rojo, según un despacho de Stalin a Roosevelt el 30 de julio de 1941, alcanzaba los 24 000, de los cuales más de la mitad estaban en Rusia occidental.

* * *

A primera hora de la mañana del domingo 22 de junio el diluvio alemán cruzó la frontera en tres grandes aluviones paralelos entre el mar Báltico y los montes Cárpatos.

A la izquierda el Grupo de Ejércitos Norte, al mando de Leeb, cruzó la frontera de Prusia Oriental entrando en la Lituania ocupada por Rusia. En el centro izquierdo, al este de Varsovia, el Grupo de Ejércitos Centro, al mando de Bock, inició un avance masivo en ambos flancos del saliente que formaba el frente ruso en el norte de Polonia. En el centro derecha había un tramo de cien kilómetros de calma, donde la invasión alemana se desviaba por el extremo occidental de la zona pantanosa del Prípiat. A la derecha, el Grupo de Ejércitos Sur, al mando de Rundstedt, avanzaba por el lado norte del saliente de Lvov, formado por el frente ruso en Galitzia, cerca de los Cárpatos.

El espacio entre la derecha de Bock y la izquierda de Rundstedt era deliberado para conseguir concentración de fuerzas y un camino lo más despejado posible. Así se aumentó la velocidad del avance alemán en la primera fase. No obstante, dado que esta zona del Prípiat se dejó intacta, los rusos consiguieron un área resguardada donde sus reservas se podían concentrar protegidas y desde la cual, en una fase posterior, podían desarrollar una serie de contraataques de flanco en dirección sur, que frenaron el avance de Rundstedt sobre Kiev. Esto hubiera importado menos si el avance de Bock al norte de los pantanos del Prípiat hubiera logrado su objetivo de atrapar a los ejércitos rusos alrededor de Minsk.

La ofensiva alemana tenía su centro de gravedad en el centro izquierda. Ahí Bock tenía el papel de liderazgo para el que había sido elegido originalmente en la invasión del oeste, antes de ser transferido de su grupo de ejércitos al de Rundstedt. Para su decisiva misión se le asignaron la mayor parte de las fuerzas acorazadas, dos grupos *panzer* mandados por Guderian y Hoth, mientras que los otros grupos de ejército solo tenían uno cada uno. Bock también contaba con los ejércitos 4.^º y 9.^º, cada uno compuesto de tres cuerpos de infantería.

Cada uno de los grupos *panzer* (posteriormente designados ejércitos *panzer*) incluía de cuatro a cinco divisiones *panzer* y tres motorizadas.

Mientras que los líderes alemanes coincidían en que la cuestión se iba a dirimir en el uso de los grupos *panzer*, surgió un conflicto de opinión sobre la mejor manera de utilizarlos. Esta «batalla de las teorías» tuvo consecuencias importantes. Algunos generales de mayor rango querían destruir los ejércitos rusos en una batalla decisiva, del clásico modelo de envolvimiento, llevada a cabo lo antes posible tras cruzar la frontera. Su plan seguía la teoría ortodoxa de la estrategia formulada por Clausewitz, establecida por Moltke y desarrollada por Schlieffen. La defendían con mayor ahínco por su inquietud ante el riesgo de penetrar en profundidad en Rusia antes de que sus ejércitos principales hubieran sido vencidos. Para asegurarse el éxito del plan insistían en que los grupos *panzer* colaboraran con los cuerpos de infantería en la batalla, empujándolos hacia el interior desde ambos flancos, como pinzas, y cerrando la retaguardia de las fuerzas enemigas para completar el círculo.

Los expertos en tanques, liderados por Guderian, tenían otra idea. Querían que los grupos *panzer* profundizaran lo más posible y a la mayor velocidad, siguiendo el modelo que se había demostrado tan decisivo en Francia. Guderian defendía que su grupo y el de Hoth no deberían perder tiempo en explotar su penetración hacia Moscú y, como mínimo, alcanzar el Dniéper antes de dar la vuelta. Cuanto antes alcanzaran esa línea era más probable que la resistencia rusa se desencajara, como había ocurrido con los franceses, y más posibilidades de que el Dniéper ejerciera de yunque como lo había hecho el canal de la Mancha en 1940. Según Guderian el envolvimiento de las fuerzas rusas en el espacio entre las dos arremetidas *panzer* había que dejárselo a la infantería, con ayuda de destacamentos relativamente pequeños que los grupos *panzer* podían desviar al interior mientras seguían avanzando.

La «batalla de las teorías» se decidió a favor de la ortodoxia por decisión de Hitler. A pesar de su audacia, no era lo suficientemente audaz para jugarse su destino a la carta a la que debía sus éxitos en ataques previos. Su

compromiso con el conservadurismo resultó más adverso que en 1940. Aunque a los propios expertos en tanques se les dio un lugar más destacado que en 1940, se les impidió que pudieran actuar como mejor considerasen. La decisión de Hitler no solo estaba influida por sus dudas sobre ese método sino por su vívida imaginación: en su mente había una visión de acorralar al grueso del Ejército Rojo en un círculo gigantesco.

Esta visión se convirtió en una quimera que le atraía más y más al interior de Rusia. Los dos primeros intentos fracasaron. El tercero produjo una bolsa mayor de prisioneros, pero le llevó más allá del Dniéper. En el cuarto intento quedaron atrapados más de medio millón de rusos, pero el tiempo invernal intervino para frenar la posible explotación alemana del amplio espacio en el frente. Cada una de las batallas en etapas consumió tiempo al tener que abrir y cerrar las pinzas, con el resultado de que se perdió el objetivo estratégico tratando de completar el proyecto táctico.

Saber si el método de Guderian se hubiera mostrado más exitoso es una cuestión abierta. Sin embargo, era apoyado, incluso entonces, por algunos de los miembros más competentes del Estado Mayor General alemán, que no pertenecían a la escuela de pensamiento de los blindados y, retrospectivamente, sus opiniones eran aún más favorables a Guderian. Aunque reconocían las dificultades de enviar refuerzos y suministros a las fuerzas que avanzaran tan en profundidad, pensaban que esto podía resolverse haciendo un uso completo del transporte aéreo disponible y despojando las fuerzas *panzer* de sus pertrechos, haciendo avanzar sus elementos de combate y concentrando sus esfuerzos en su mantenimiento, a la vez que dejaban que las columnas motorizadas accesorias los siguieran. Pero la idea de moverse ligeros, al estilo de Sherman, era tan contraria a las convenciones de la guerra europea que era imposible que consiguiera una aceptación generalizada en esta fase de la guerra.

Tras zanjarse la «batalla de las teorías» a favor de la estrategia ortodoxa, se elaboró un plan para provocar un enorme envolvimiento que debería atrapar, y garantizar la aniquilación de las principales fuerzas rusas antes de alcanzar el Dniéper. Para aumentar las posibilidades, el plan en el frente de Bock contemplaba una maniobra de envolvimiento de menor alcance a cargo de los cuerpos de infantería de los ejércitos 4.^º y 9.^º y otra, de mucha mayor magnitud, y exterior a la anterior, a cargo de los grupos *panzer*, que debían profundizar más allá antes de dar media vuelta. Esta concepción telescopica respondía hasta cierto punto, aunque no lo suficiente, a las pretensiones de Guderian, Bock y Hoth.

El eje del avance seguía la autopista a Minsk y Moscú, que atravesaba el sector del 4.^º Ejército, al mando de Kluge, al que estaba adscrito el Grupo Panzer de Guderian. La entrada estaba bloqueada por la fortaleza de Brest-Litovsk que, a su vez, estaba protegida por el río Bug. Así, el problema inicial era conseguir una cabeza de puente a través del río y despejar el obstáculo de la fortaleza, de modo que el avance subsiguiente pudiera lograr impulso mediante el uso de la autopista.

Al ponderar el problema surgió la cuestión de si las divisiones *panzer* debían esperar hasta que la infantería hubiera abierto camino o si deberían cooperar en el avance, junto a las divisiones de infantería. Se adoptó esta última con el fin de ganar tiempo. Mientras que se utilizó la infantería para capturar la fortaleza, estuvieron flanqueadas por un par de divisiones *panzer* en cada lado. Después de forzar el paso del Bug, estas circunvalaron Brest-Litovsk y convergieron en el tramo de la autopista detrás de la ciudad. Como otro medio para ganar tiempo, todas las fuerzas involucradas en esta acción fueron colocadas temporalmente bajo el control ejecutivo de Guderian. Y cuando se logró la penetración el grupo panzer siguió su camino de manera independiente, como la bala que sale de un arma.

Gracias a la amplitud del frente y a sus tácticas de rodeo, así como a la rapidez del ataque, los ejércitos de Bock penetraron en profundidad en muchos puntos. En el segundo día las fuerzas acorazadas en su ala derecha llegaron a Kobrin, a unos 65 kilómetros más allá de Brest-Litovsk, mientras que su ala izquierda capturó la fortaleza y nudo ferroviario de Grodno. El saliente ruso en el norte de Polonia —saliente de Bialystok— estaba cambiando de configuración visiblemente, siendo pinzado en forma de talle de avispa. La pinza se hizo más intensa en los días siguientes y las alas convergieron en Baranovichi con la amenaza de aislar a todas las fuerzas rusas en la zona avanzada. El avance de la maniobra se vio facilitado por la ineeficacia de las fuerzas acorazadas rusas, numéricamente superiores.

Pese a todo, el avance alemán se vio retrasado por la resistencia rusa fuerte en extremo. En general los alemanes superaban tácticamente a sus oponentes, pero no podían derrotarlos. Las fuerzas rodeadas a veces se veían obligadas a rendirse, pero a menudo esto solo ocurría después de una prolongada resistencia. Su terca reacción lenta ante una situación estratégicamente desesperada y el retraso que producía frenaron de modo considerable los planes de los atacantes. Esto era aún más importante en un país en el que las líneas de comunicación eran escasas.

Este efecto se vio por primera vez en el ataque inicial a Brest-Litovsk. En este punto la guarnición de la vieja ciudadela resistió durante una semana a pesar del intenso bombardeo de la concentración de artillería y por el aire, cobrándose un alto precio en las tropas atacantes antes de ser, finalmente, superada. Esta experiencia inicial, que se repitió en otros lugares, abrió los ojos a los alemanes sobre lo que les estaba reservado, mientras que la dura oposición encontrada en muchos nudos de carretera frenó sus movimientos bloqueando las rutas que necesitaban sus columnas de suministros.

La incipiente sensación de frustración se vio acrecentada por las características del país que atravesaba su invasión. La impresión que causaba fue expresada acertadamente por uno de los generales alemanes:

Los espacios parecían infinitos, los horizontes nebulosos. Nos deprimía la monotonía del paisaje y la inmensidad de las extensiones de bosques, pantanos y llanuras. Las buenas carreteras eran muy escasas y los malos caminos muy numerosos y la lluvia rápidamente convertía la arena o el terreno en una ciénaga. Los pueblos parecían miserables y melancólicos, con sus casas de madera cubiertas de paja. La naturaleza era dura, y en medio había seres humanos igual de duros e insensibles —indiferentes al clima, el hambre o la sed, y casi igualmente indiferentes a la vida y las pérdidas, las pestilencias y el hambre. El civil ruso era duro y el soldado ruso aún más. Parecía tener una ilimitada capacidad de obediencia y aguante.

El primer intento de envolvimiento alcanzó su punto culminante alrededor de Slonim, 160 kilómetros más allá del frente original, donde las pinzas internas casi se cerraron alrededor de dos ejércitos rusos que se habían concentrado en el saliente de Bialystok. Pero los alemanes no fueron lo suficientemente rápidos a la hora de completar el envolvimiento y en torno a la mitad de las fuerzas rodeadas logró escapar, aunque fuera en grupos pequeños y descoordinados. La preponderancia de tropas no mecanizadas en los ejércitos 4.^º y 9.^º alemanes era una desventaja para cumplir el plan.

Las principales fuerzas acorazadas en las alas avanzaron más de 160 kilómetros en profundidad, cruzaron la frontera rusa de 1939 y después giraron hacia el interior, más allá de Minsk, que capturaron el 30, al noveno día de la invasión. Esa noche una de las vanguardias adelantadas de Guderian alcanzó el histórico río Beresina, cerca de Bobruisk, a casi 150 kilómetros al sudeste de Minsk y menos de 65 kilómetros del Dniéper. Sin embargo, no se logró culminar el esfuerzo por cerrar el círculo y con el fracaso del gran

envolvimiento el sueño de Hitler de una victoria rápida y decisiva se desvaneció. Una lluvia repentina —por la que los franceses habían rogado en vano durante el verano anterior— llegó al rescate de los muy presionados rusos. Convirtió el suelo arenoso en barro.

Esta era una desventaja mucho mayor en Rusia de lo que hubiera sido en Francia, ya que no solo limitaba las maniobras tácticas campo a través, sino que retrasaba los movimientos estratégicos en las carreteras. La única carretera asfaltada de toda la zona era la nueva autopista que pasando por Minsk se dirigía directamente a Moscú. Y esta solo servía a los planes de Hitler parcialmente, que no contemplaban una carrera hacia Moscú, sino una amplia maniobra de envolvimiento que tenía que utilizar las carreteras de superficie blanda en ambos flancos. A raíz de las tormentas de principios de julio, estas «arenas movedizas» se tragaban la movilidad del invasor y multiplicaban el efecto de la tenaz resistencia de los muchos embolsamientos aislados de tropas rusas en el territorio conquistado por los alemanes. Aunque habían hecho trescientos mil prisioneros en la doble batalla de envolvimiento alrededor de Bialystok y Minsk, aproximadamente la misma cantidad pudo escabullirse antes de que se cerrara firmemente la red. Su escape fue importante para proporcionar medios para endurecer la siguiente línea defensiva que se extendía frente al Dniéper y detrás de él.

La naturaleza del país también se convirtió en un freno creciente en esta etapa crucial. Al sudeste de Minsk se encuentra una gran superficie de bosques y pantanos, mientras que el Beresina no sigue una línea claramente definida, sino un puñado de arroyos que serpentean por una ciénaga de turba negra. Los alemanes se dieron cuenta de que solo en dos carreteras —la autopista principal a través de Orsha y la de Mogilev— los puentes podían soportar cargas pesadas. En las demás carreteras consistían en tambaleantes estructuras de madera. Aunque los alemanes se habían movido rápido, descubrieron que los rusos habían volado los puentes que más importaban. Por primera vez los invasores comenzaron a tropezarse con campos de minas y sufrieron un mayor retraso debido a que el avance estaba confinado a las carreteras. El Beresina fue casi tan efectivo en detener el avance de Hitler como en arruinar la retirada de Napoleón.

Todos estos factores multiplicaban los impedimentos para el previsto cierre de la trampa alrededor de los rusos en la región al oeste del Dniéper.

La frustración del gran envolvimiento llevó al mando alemán a realizar el avance más allá del Dniéper que habían esperado evitar. Ya estaban casi quinientos kilómetros dentro de Rusia. Las pinzas volvieron a abrirse para

ejecutar el plan de un nuevo envolvimiento, cuyo cierre estaba previsto detrás de los rusos en la línea del Dniéper, más allá de Smolensk. No obstante, los dos primeros días de julio habían transcurrido en el proceso de tratar de cerrar la trampa de Minsk y en desplazar los cuerpos de infantería de los ejércitos 4.^º y 9.^º, algunos de los cuales habían marchado más de treinta kilómetros diarios durante dos semanas y media para ayudar a franquear la línea Stalin.

Este ataque fue más fácil de lo que el Alto Mando alemán había previsto, ya que los rusos en retirada no habían tenido tiempo para reorganizarse para una verdadera resistencia o para mejorar las defensas, que estaban lejos de haberse completado. El propio Dniéper era el principal obstáculo, pero las divisiones acorazadas de Guderian lo superaron mediante rápidos ataques por sorpresa en una serie de puntos alejados de los lugares de cruce principales. El día 12 los alemanes habían atravesado la línea Stalin en un amplio frente entre Rogachev y Vitebsk y avanzaban hacia Smolensk. La facilidad del logro sugería que hubiera habido más beneficios que riesgos en permitir que una fuerza acorazada hubiera empujado hacia delante en primera instancia, como deseaba Guderian.

Las dificultades del país, aumentadas por las ráfagas de lluvia eran un obstáculo mayor que la oposición desorganizada. En estas circunstancias el precio pagado por tiempo perdido fue grande. Y es que cada lluvia intensa redujo temporalmente la movilidad de los invasores hasta llegar al estancamiento. Desde el aire era un espectáculo extraño: un amasijo de *panzer* inmóviles a intervalos en el paisaje y a lo largo de 150 kilómetros o más.

Los tanques podrían haber seguido avanzando, pero estos y los otros vehículos de oruga representaban solo una pequeña parte de las así llamadas divisiones acorazadas. Sus suministros y masivos elementos de infantería eran transportados en vehículos de ruedas grandes y pesados que no podían moverse fuera de las carreteras o en ellas si la superficie se convertía en barro. Cuando salía el sol, las carreteras arenosas se secaban rápidamente y la procesión retomaba la marcha. Sin embargo, los retrasos acumulados eran un obstáculo serio en el plan estratégico.

Esto no era tan evidente por el avance relativamente rápido del Grupo Panzer de Guderian a través de la autopista principal a Smolensk, donde entró el 16. La distancia de más de 160 kilómetros entre el Dniéper y el Desna fue cubierta en una semana. Con todo, en el ala norte el Grupo Panzer de Hoth vio retrasado su avance por culpa de los barrizales y las tormentas. Su lenta progresión lógicamente afectó al cumplimiento del plan de envolvimiento y

dio más tiempo a los rusos para concentrar sus fuerzas en torno a Smolensk. Se encontraron con una resistencia más dura en ambos flancos durante la fase final de la operación. En efecto, la resistencia fue muy tenaz, ya que las pinzas estuvieron a unos quince kilómetros de cerrarse y los alemanes estimaban que habían sido atrapados medio millón de rusos. Aunque una gran parte pudo escapar, trescientos mil fueron hechos prisioneros el 5 de agosto.

La victoria incompleta dejó a los alemanes con un problema por resolver. Implicaba que su marcha hacia Moscú, a más de trescientos kilómetros, seguía bloqueada por fuerzas considerables que aumentaban continuamente mediante refuerzos recién movilizados. Al mismo tiempo la capacidad alemana para organizar un nuevo ataque se vio entorpecida por la dificultad de hacer llegar refuerzos en su lado, a través de las malas carreteras.

Esto implicaba un retraso inevitable, pero no de la magnitud del que se produjo. Hizo falta esperar a octubre para retomar el avance hacia Moscú. Se dejó pasar los dos mejores meses del verano mientras los ejércitos de Bock estaban detenidos en el Desna. Hay que buscar las causas en las dudas de Hitler y en los avances de los ejércitos de Rundstedt al sur de los pantanos del Prípiat.

En ese frente sur los alemanes no habían tenido superioridad inicial. De hecho, habían partido con una desventaja que, sobre el papel, parecía formidable. El Grupo de Ejércitos Sudoeste ruso, al mando del mariscal Budenny comprendía treinta divisiones acorazadas y motorizadas, cinco de caballería y cuarenta y cinco de infantería en el sur de Polonia y Ucrania; de estas, seis de tanques y motorizadas, tres de caballería y trece de infantería estaban en Besarabia, frente a los rumanos. En carros de combate tenía casi el doble que el Grupo de Ejércitos Occidental del mariscal Timoshenko, que había hecho frente al ataque principal alemán. En conjunto Budenny tenía unos cinco mil tanques, de diversos tipos, mientras que el Grupo Panzer de Kleist —la punta de lanza acorazada de Rundstedt— solo contaba con seiscientos. Además, una gran proporción de estos últimos habían participado en la campaña griega y les había dado poco tiempo para ajustes antes de ser lanzados a esta iniciativa mucho mayor.

Rundstedt dependía del factor sorpresa, la velocidad y el espacio como ventajas, y de los comandantes enemigos. Budenny, el famoso viejo héroe de la guerra civil, había sido descrito muy acertadamente por uno de sus oficiales como «un hombre con un inmenso bigote, pero un cerebro muy pequeño». Algunos de los mejores mandos rusos habían sido eliminados en las purgas anteriores a la guerra, y los que habían sobrevivido como políticamente

seguros a menudo no lo eran militarmente hablando. Solo después de deshacerse de estos demasiado veteranos, tras padecer la prueba de la guerra, los elegidos de una generación más joven llegaron a las posiciones más altas.

El esfuerzo principal de Rundstedt se concentraba en su ala izquierda, a lo largo del Bug. El plan sacó el máximo partido a sus fuerzas limitadas, mientras se beneficiaba de que su línea de partida estuviese muy retrasada respecto al flanco del saliente de Lvov formado por la zona rusa en Galitzia. Así, el ataque fue lanzado desde una brecha natural que solo debía desplazarse un poco hacia delante para comenzar a amenazar las comunicaciones de todas las fuerzas rusas cercanas a los Cárpatos. Después de que el 6.^o Ejército de Reichenau forzara el cruce del Bug, las fuerzas acorazadas de Kleist fueron lanzadas a través de la brecha hacia Lutsk y Brody.

La sorpresa no solo facilitó su avance inicial, sino que anuló el peligroso contraataque potencial que los rusos hubieran llevado a cabo de otra manera. Rundstedt, que sabía que los rusos tenían veinticinco divisiones frente a la frontera húngara de los Cárpatos, había anticipado que estos podían cambiar de dirección y golpear en su flanco derecho mientras avanzaba hacia Lutsk. En lugar de eso, se retiraron. (Esta reacción, unida a la falta de preparación en las zonas avanzadas rusas, llevó a Rundstedt y otros comandantes alemanes a dudar de si el argumento de Hitler de que los rusos estaban a punto de pasar a la ofensiva tenía alguna justificación).

A pesar de este inicio como una flecha las fuerzas de Rundstedt no fueron capaces de avanzar tan rápido como Bock en el centro izquierdo. Guderian señaló la importancia de no dar respiro a los rusos y no darles tiempo para concentrarse. Estaba convencido de poder llegar a Moscú si no se perdía tiempo y de que ese avance hacia el centro neurálgico del poder de Stalin podía paralizar la resistencia rusa. Hoth compartía este punto de vista y Bock lo respaldaba. Sin embargo, Hitler volvió a su idea original en una directiva del 19 de julio para la siguiente fase de las operaciones. Había que quitar las fuerzas *panzer* a Bock, en el centro, y enviarlas a las alas; el Grupo Panzer de Guderian debía dirigirse al sur para ayudar a derrotar a los ejércitos rusos frente a Rundstedt en Ucrania, mientras que el Grupo Panzer de Hoth debía dirigirse al norte para ayudar a Leeb a atacar Leningrado.

Una vez más Brauchitsch contemporizó en lugar de presionar para lograr un plan diferente. Sostenía que antes de iniciar nuevas operaciones las fuerzas *panzer* debían descansar para poner a punto sus máquinas y reemplazar las pérdidas. Hitler estuvo de acuerdo con la necesidad de esta pausa. Mientras

tanto continuó la discusión de alto nivel sobre el camino a seguir y prosiguió incluso después de que las fuerzas *panzer* pudieran reanudar el avance.

Después de que se esfumaran varias semanas en tales discusiones, el jefe del Estado Mayor, Halder, incitó a Brauchitsch a plantear propuestas para un rápido avance hacia Moscú. Hitler replicó con una directiva nueva y más precisa, el 21 de agosto, que comenzaba diciendo:

No estoy de acuerdo con las propuestas enviadas por el Ejército, el 18 de agosto, para la continuación de la guerra en el este. La captura de Moscú no es de primordial importancia antes de la llegada del invierno, sino la ocupación de Crimea, de la zona industrial y de minería de carbón de la cuenca del Donets, el corte de las rutas de suministros rusas desde los campos petrolíferos del Cáucaso...

En consecuencia dio órdenes de que, para preparar el camino de esos objetivos meridionales, parte del Grupo de Ejércitos de Bock (incluyendo las fuerzas acorazadas de Guderian) debía dirigirse al sur y ayudar a vencer a los ejércitos rusos, en torno a Kiev, que se oponían a Rundstedt.

Cuando se recibieron estas órdenes Halder intentó que Brauchitsch aceptara presentar una dimisión conjunta. Pero este dijo que sería un gesto inútil, ya que Hitler simplemente la rechazaría. En cuanto a los argumentos, Hitler no hacía caso y solía repetir: «Mis generales no saben nada de los aspectos económicos de la guerra». Todo lo más que concedió fue que después de que los ejércitos rusos en la zona de Kiev hubieran sido barridos, Bock podría reanudar su avance hacia Moscú y las fuerzas *panzer* de Guderian le serían devueltas para lograr ese objetivo.

El envolvimiento de Kiev fue en sí mismo un gran éxito y creó expectativas optimistas. Guderian avanzó hacia el sur, a través de la retaguardia rusa, mientras que el Grupo Panzer de Kleist avanzaba en dirección norte. Las dos pinzas se juntaron a unos 250 kilómetros al este de Kiev, cerrando una trampa en la que cayeron más de seiscientos mil rusos, según lo declarado por los alemanes. Pero no fue hasta finales de septiembre cuando acabó la batalla, ya que las malas carreteras y el tiempo lluvioso habían retrasado el ritmo de la maniobra de envolvimiento. La brillantez de la victoria se vio oscurecida por la sombra del invierno, con su histórica amenaza a los invasores de Rusia. Los dos meses del verano desperdiciados fueron fatales para las perspectivas de alcanzar Moscú.

El avance renovado comenzó el 30 de septiembre. Sus expectativas parecían brillantes cuando los ejércitos de Bock realizaron otro gran

envolvimiento en torno a Vyazma, en que fueron capturados otros seiscientos mil rusos. Esto dejó a los alemanes momentáneamente con un camino casi despejado hasta Moscú. Sin embargo, la batalla de Vyazma no se completó hasta finales de octubre; las tropas alemanas estaban agotadas, el país se había convertido en un cenagal conforme el tiempo empeoró, nuevas fuerzas rusas aparecieron frente a Moscú.

La mayoría de los generales alemanes querían suspender la ofensiva y establecer una adecuada línea de frente invernal. Recordaban lo ocurrido al ejército de Napoleón. Muchos de ellos comenzaron a releer el lúgubre relato de 1812 de Caulaincourt. No obstante, en las altas esferas prevalecía un punto de vista diferente. Esta vez no se debió solo a Hitler, que estaba impresionado y deprimido tanto por las crecientes dificultades como por las condiciones atmosféricas invernales. El 9 de noviembre señaló sombríamente: «El reconocimiento de que ninguna de las dos fuerzas es capaz de aniquilar a la otra conducirá a una paz de compromiso». Sin embargo, Bock instó a continuar la ofensiva alemana. Bruachitsch y Halder estuvieron de acuerdo, y este último dijo en una conferencia del Alto Estado Mayor el 12 de noviembre que había buenas razones para pensar que la resistencia rusa estaba al borde de derrumbarse.

Brauchitsch y Halder, así como Bock, eran naturalmente más reacios a detener la ofensiva debido a su lucha previa para conseguir que Hitler aceptara sus argumentos para capturar Moscú en lugar de perseguir los objetivos en el sur. Así pues, el avance hacia Moscú se reanudó el 15 de noviembre, cuando hubo una mejora momentánea del tiempo. Pero, después de dos semanas de lucha en el barro y la nieve, se detuvo a unos treinta kilómetros de la capital rusa.

Hasta Bock dudaba del valor de intentar seguir adelante, aunque había declarado poco antes: «La cuestión será decidida por el último batallón». Pese a todo, Brauchitsch, muy lejos en la retaguardia, siguió insistiendo en que la ofensiva debía continuar a cualquier precio. Estaba enfermo y terriblemente preocupado por la ira de Hitler ante los malos resultados. El 2 de diciembre se puso en marcha un nuevo intento y algunos destacamentos penetraron en los suburbios de Moscú, pero el avance en conjunto fue detenido en los bosques que rodean la capital.

Esta fue la señal para una contraofensiva rusa a gran escala, preparada y dirigida por Zhukov. Cayó sobre los exhaustos alemanes, envolvió sus flancos y provocó una situación crítica. Desde los generales para abajo los invasores se vieron asaltados por horribles pensamientos sobre la retirada de Napoleón

desde Moscú. En tal circunstancia de emergencia Hitler prohibió cualquier retirada excepto el más mínimo retroceso local, y en esa situación tenía razón. Su decisión expuso a sus tropas a horribles sufrimientos en las posiciones avanzadas frente a Moscú —ya que no tenían ni la ropa ni los equipos necesarios para una campaña invernal en Rusia—, pero si hubieran iniciado una retirada general, fácilmente podría haber degenerado en una desbandada en pánico.

Hitler había perdido su oportunidad de capturar Moscú por su decisión de agosto de detener el avance en esa dirección y desviarse para despejar el camino en el sur de Rusia. La pérdida de Moscú no se compensó por lo que sus ejércitos consiguieron en el sur. Después del gran envolvimiento de Kiev, Rundstedt conquistó Crimea y la cuenca del Donets pero, sin los tanques de Guderian, se vio frustrado en su intento de capturar los campos petrolíferos del Cáucaso. Sus tropas lograron alcanzar Rostov del Don, pero lo hicieron completamente agotadas y pronto fueron rechazadas por los rusos. Entonces quiso retirarse a una buena línea defensiva en el río Mius, pero Hitler prohibió esa retirada. Rundstedt respondió que no podía cumplir tal orden y pidió ser relevado del mando. Hitler le sustituyó rápido, pero inmediatamente después el frente se rompió y Hitler se vio obligado a aceptar la necesidad de una retirada. Esto ocurrió en la primera semana de diciembre, de manera simultánea a ser rechazados en Moscú.

Esa misma semana Brauchitsch pidió ser relevado por estar enfermo, a la semana siguiente Bock hizo lo mismo y un poco después Leeb renunció cuando Hitler rechazó su propuesta de una retirada en el frente norte, cerca de Leningrado. De ese modo se marcharon los cuatro mayores comandantes.

Hitler no nombró a ningún sucesor de Brauchitsch, sino que aprovechó la oportunidad para nombrarse comandante en jefe del Ejército. En Navidades se había deshecho de Guderian, el principal actor de sus primeras victorias, que había retirado a sus agotadas tropas sin permiso de Hitler.

Un factor fundamental en el fracaso de la invasión fue el error de cálculo de los invasores respecto a las reservas que Stalin podía desplazar desde las profundidades de Rusia. En este sentido el Estado Mayor y su servicio de inteligencia estaban tan decepcionados como Hitler. El error fatal se encarna en una frase significativa del diario de Halder a mediados de agosto: «Infravaloramos Rusia: contábamos con 200 divisiones, pero ya hemos identificado 360».

Esto anuló en gran medida los increíbles éxitos iniciales. En lugar de tener un camino despejado de defensores, los alemanes ahora tenían que enfrentarse

a nuevos ejércitos que acababan de llegar a la escena de los combates. El enorme sistema de movilización soviético tuvo éxito en ponerse en marcha muy lejos del alcance de los ejércitos alemanes y, a partir del invierno de 1941, los alemanes siempre fueron superados en número en el frente ruso. Gracias a su propia técnica y entrenamiento superiores, acabaron logrando destruir esos ejércitos en sucesivas batallas de envolvimiento, pero entonces quedaron empantanados por el barro otoñal. Cuando el hielo invernal había endurecido el suelo, de nuevo encontraron ejército de refresco bloqueando el camino y estaban demasiado agotados como para luchar por su objetivo.

Tras su error de cálculo sobre los recursos rusos, el factor más fatídico había sido la manera en que Hitler y sus principales generales habían desperdiciado el mes de agosto en discutir cuál debería ser su siguiente paso: había un increíble estado de confusión mental en el máximo nivel del mando alemán.

Por debajo, Guderian en particular tenía una clara idea de lo que quería hacer: avanzar hacia Moscú tan rápido como pudiera, dejando los ejércitos de infantería para que se hicieran cargo de las tropas desorganizadas que había ido dejando atrás.

En 1940 había ganado la batalla de Francia de este modo. Hubiera significado asumir grandes riesgos, pero podría haber capturado Moscú antes de que los ejércitos rusos de segunda línea estuviesen preparados para entrar en acción. Dado el método elegido se incurrió en riesgos mayores y fatídicos.

Tal y como ocurrió Rusia debió más su salvación a la pervivencia de su estado primitivo que a todo el desarrollo técnico adquirido desde la revolución. Esta reflexión no solo se aplica a la dureza de sus gentes y soldados, su capacidad de resistir adversidades y seguir adelante a pesar de las carencias que hubieran paralizado a los pueblos y ejércitos occidentales.

Una ventaja aún mayor fue el primitivismo de las carreteras rusas. Muchas de ellas no eran más que pistas de tierra. La manera en que se acababan disolviendo en barro sin fondo cuando llovía hizo más por frenar la invasión alemana que todos los heroicos sacrificios del Ejército Rojo. Si el régimen soviético hubiera proporcionado a Rusia un sistema de carreteras comparable al de los países occidentales, hubiera sido vencida casi tan rápido como Francia.

Sin embargo, esta conclusión tiene un contrario. Hitler perdió su oportunidad de victoria porque la movilidad de su ejército se basaba en ruedas en lugar de en orugas. En las carreteras embarradas de Rusia su transporte sobre ruedas se atascaba mientras que los tanques podían desplazarse. Si a las

fuerzas *panzer* se les hubiera proporcionado transporte con orugas habrían podido alcanzar los centros vitales de Rusia en otoño a pesar del barro.

14

La entrada de Rommel en África

En 1941 el curso de la guerra en África pasó por una serie de cambios llamativos que trastornaron las expectativas de ambos bandos consecutivamente sin resultado concluyente. Fue una guerra de movimientos rápidos, basculantes, inclinándose arriba y abajo sucesivamente. El año había comenzado con los británicos expulsando a los italianos de Cirenaica, pero entonces llegó una fuerza alemana al lugar bajo el liderazgo del general Erwin Rommel y prácticamente dos meses después los británicos habían sido expulsados de Cirenaica con la excepción de un punto que retuvieron en el pequeño puerto de Tobruk. A su vez Rommel fue rechazado en dos ataques sucesivos contra Tobruk y los británicos, también por dos veces, sufrieron reveses en sus intentos sucesivos de liberar la guarnición asediada. Después de una pausa de cinco meses para acumular fuerzas, hicieron un esfuerzo mayor en noviembre que produjo una batalla en balancín de un mes de duración, con repetidos cambios de fortuna antes de que los restos exhaustos del ejército contrario fuesen obligados a retirarse de nuevo a la frontera occidental de Cirenaica. Pero incluso entonces Rommel lanzó una respuesta fronteriza durante la última semana del año que fue una prefiguración de otro revés del avance británico.^[1]

* * *

El avance inicial de Rommel a finales de marzo de 1941, y su explotación de largo alcance, creó una gran commoción porque los británicos habían

descartado la posibilidad de un avance enemigo. En una valoración de la situación que Wavell había mandado a los jefes de Estado Mayor en Londres, el 2 de marzo, después de un informe de advertencia sobre el inicio de la llegada de las tropas alemanas a Trípoli, recalca que Rommel necesitaría reforzarse hasta lograr dos divisiones o más antes de intentar un ataque serio, y llegaba a la conclusión de que las dificultades «hacen muy improbable que tal ataque se pueda producir antes del final del verano». Por el contrario, los mensajes de Churchill mostraban aprensión respecto a que los alemanes no esperasen a completar una concentración ortodoxa y un fuerte sentido de la necesidad de contraataque ofensivo, aunque era muy optimista sobre la capacidad real de las fuerzas británicas. El 26 de marzo telegrafió a Wavell:

Naturalmente estamos preocupados por un rápido avance alemán sobre Agheila. Acostumbran a avanzar siempre que no encuentran resistencia. Supongo que solo estará esperando a que la tortuga asome la cabeza lo suficiente como para cortársela. Parece extraordinariamente importante ofrecerles una muestra de nuestra calidad.^[2]

Pero no había calidad, ni técnica ni táctica. Aunque la incompleta 2.^a División Acorazada situada en la zona avanzada seguía teniendo tres unidades acorazadas, frente a las dos de Rommel, y un saldo numéricamente favorable de tanques armados con cañones, una gran parte de estos eran los M13 italianos capturados y que habían recibido equipos británicos para compensar la carestía de tanques de crucero británicos. La mayor parte de esos tanques estaban muy deteriorados. Las perspectivas de una formación improvisada como esta quedaban reducidas por las instrucciones de Wavel de que «si eran atacados» debían replegarse y «combatir para retrasar» al enemigo. Al abandonar la posición con forma de cuello de botella al este de El Agheila a raíz de la ofensiva inicial de Rommel, el 31 de marzo, le abrieron el camino para penetrar en una extensión de desierto en la que podía explotar un amplio abanico de caminos y objetivos alternativos, para mayor confusión británica, mientras que los británicos no estaban en disposición de realizar ese mismo tipo de energéticas maniobras. Durante los días siguientes Rommel no les dio respiro. La mayor parte de los tanques se perdieron, pero no en el combate sino estropeados o porque se quedaron sin combustible durante una serie prolongada y desarticulada de retiradas.

En menos de una semana los británicos se habían retirado más de 300 kilómetros desde sus posiciones en la frontera occidental de Cirenaica. En

menos de quince días estaban a casi 650 kilómetros, en la frontera este de Cirenaica —y oeste de Egipto—, excepto por la fuerza comprometida en Tobruk. La decisión de aguantar en este pequeño puerto, y la retención de esta posición como una «espina en el flanco del enemigo», tuvo una influencia muy importante en el transcurso de la campaña africana durante los siguientes doce meses.

La rápida extensión del desplome tuvo una tendencia natural a minar la confianza de los comandantes y la tropa en el bando británico, conduciéndolos a magnificar la fuerza de los atacantes. A distancia era más fácil calibrar la fortaleza limitada y desventajas estratégicas del enemigo. En Londres Churchill, tras sopesarlas adecuadamente, telegrafió a Wavell el 7 de abril:

Seguramente debería ser capaz de conservar Tobruk, con sus defensas italianas permanentes, al menos hasta que el enemigo lleve fuerzas de artillería pesada. Parece difícil creer que pueda hacerlo en las próximas semanas. Correría graves riesgos rodeando Tobruk y avanzando hacia Egipto, dado que podemos reforzarlos por mar y amenazar sus comunicaciones. Por tanto, Tobruk parece un lugar para ser defendido hasta el último hombre sin pensar en retirarse. Estaré encantado de conocer sus intenciones.^[3]

Wavell ya había decidido conservar Tobruk si era posible, pero cuando voló hasta allí desde El Cairo, el día 8, informó de que la situación se había deteriorado mucho y parecía tan dudoso sobre las perspectivas de defender la plaza que Churchill, reunido con los jefes de Estado Mayor, redactó un borrador de un mensaje más enfático en el que decía: «parece impensable que la fortaleza de Tobruk se pueda abandonar». Sin embargo, antes de enviar el despacho, se recibieron noticias de Wavell en el sentido de que había decidido mantenerse allí durante un tiempo y reunir una fuerza móvil en la frontera para desviar la atención del enemigo y aliviar la presión, mientras trataba de «desarrollar el viejo plan de defensa en la zona de Mersa Matruh», a más de trescientos kilómetros al este. Al final no hubo más retiradas gracias a la tenaz defensa de Tobruk, aunque tuvieron que pasar casi ocho meses antes de que fuera liberada.

La guarnición estaba compuesta principalmente por la 9.^a División australiana al mando del general Morshead, que había podido replegarse a salvo desde la zona de Bengasi. Además, la XVIII Brigada de Infantería (de la 7.^a División australiana) había llegado por mar y fue seguida por

destacamentos del 1.^º y 7.^º Regimiento Real de Tanques, con los que se constituyó una pequeña fuerza acorazada de unos cincuenta tanques.

La ofensiva de Rommel comenzó en Viernes Santo, el 11 de abril, con ataques exploratorios. El asalto principal se lanzó a primera hora del Lunes de Pascua contra la zona intermedia de la cara sur del perímetro de cincuenta kilómetros, a unos quince del puerto. Se abrió camino a través de las débiles defensas y el batallón *panzer* de vanguardia avanzó tres kilómetros hacia el norte, donde fue detenido por la artillería de los defensores, y después expulsado de la pequeña bolsa que había formado, perdiendo dieciséis tanques de los treinta y ocho involucrados, un total que revelaba la escasez de las fuerzas de Rommel. Los italianos trataron de atacar el 16, pero su intento pronto se desmoronó y casi mil se rindieron cuando se produjo un contraataque de un batallón australiano.

El mando supremo italiano en Roma, que ya estaba incómodo con el profundo avance de Rommel, rogó al mando supremo alemán que restringiera su iniciativa aventurera e informó de su intención de avanzar hasta Egipto. Halder, jefe del Estado Mayor alemán, también estaba inquieto por contener cualquier acción en el extranjero que pudiera requerir refuerzos a expensas de las fuerzas alemanas en el principal teatro de operaciones, que ya estaban preparando la invasión de Rusia. Además, le desagradaba instintivamente la inclinación de Hitler a respaldar a líderes dinámicos, como Rommel, que no cumplían las pautas del Estado Mayor. Así, el segundo de Halder, el general Paulus, fue enviado a África para «embridar a ese soldado que se había vuelto completamente loco», como escribió Halder en su diario, de manera hiriente. Paulus llegó, vio y reprendió, pero después de amonestarle sancionó un nuevo ataque sobre Tobruk.

Ese ataque se lanzó el 30 de abril, momento en que algunos elementos adelantados de la 15.^a División Panzer —aunque no su regimiento de tanques— habían llegado desde Europa para reforzar la 5.^a División Ligera. En esta ocasión el golpe iba dirigido contra la esquina sudoeste de las defensas y fue llevado a cabo bajo la cobertura de la oscuridad. Al amanecer del 1 de mayo la infantería alemana había abierto una brecha de casi dos kilómetros de ancho y la primera oleada de tanques se lanzó hacia Tobruk, a quince kilómetros de distancia. Sin embargo, tras avanzar un kilómetro y medio se encontró con un campo de minas imprevisto, recién montado a modo de trampa, y diecisiete tanques de un total de cuarenta quedaron inutilizados, aunque todos menos cinco regresaron a salvo después de que sus orugas fueran reparadas bajo el fuego. La segunda oleada de tanques y de

infantería se dirigió al sudeste a lo largo de la trasera del perímetro para rodear las defensas. No obstante, después de un avance lateral de casi cinco kilómetros, finalmente fueron detenidos por una combinación de fuego de artillería desplegada tras el campo de minas y contraataque por parte de veinte tanques británicos, así como la resistencia continuada de varios puestos australianos que no habían logrado someter. En cuanto a las tropas de apoyo italianas, fueron lentas en apoyar y rápidas en retirarse.

Al día siguiente solo treinta y cinco tanques alemanes, de los iniciales setenta, estaban en condiciones de entrar en acción y se suspendió el ataque. En la noche del 3 Morshead lanzó un contraataque con su brigada de infantería de reserva, pero esta vez fracasó y la situación se volvió de frustración mutua. La esquina sudoeste del perímetro permaneció en manos de Rommel, pero era evidente que sus fuerzas no eran adecuadas para capturar Tobruk y Paulus, antes de regresar, vetó cualquier intento de renovar los ataques. Así, se desarrolló un estado de sitio que duró casi hasta finales de año, tras el fracaso de dos primeros intentos de Wavell de hacer retroceder a Rommel y socorrer a la guarnición.

El primero de ellos, a mediados de mayo, tenía una intencionalidad que se expresaba en su nombre en clave (operación Brevity), aunque se le dio más peso y suscitó muchas más esperanzas a su sucesor de mediados de junio, operación Battleaxe. El resultado no compensó, dados los riesgos elevados que se habían asumido, a iniciativa de Churchill, para lograr su éxito: suministrar importantes refuerzos de tanques para Egipto en un momento en que las fuerzas que defendían Inglaterra seguían estando mal equipadas y cuando Hitler todavía no había atacado Rusia. Y también estaba el riesgo adicional de enviar esos refuerzos por la ruta mediterránea, «atravesando la tormenta» de las fuerzas aéreas enemigas.

* * *

La audaz disposición de Churchill a correr ese doble riesgo, en el empeño de triunfar en África y preservar la posición británica en Egipto contrastaba marcadamente con la actitud de Hitler y Halder, que coincidían en tratar de limitar el compromiso alemán en el teatro de operaciones del Mediterráneo. En octubre, el general Von Thoma había sido enviado en una visita exploratoria a Cirenaica, había informado de que serían necesarias, y deberían ser suficientes, cuatro divisiones *panzer* para garantizar el éxito de la invasión de Egipto. Sin embargo, Mussolini se había mostrado tan contrario a aceptar una ayuda alemana de tal magnitud como Hitler a proporcionarla. La pequeña

fuerza de Rommel, de dos divisiones, solo se había enviado allí tras la derrota italiana, en un esfuerzo por preservar Trípoli. Incluso después de demostrar lo lejos que podía llegar con una fuerza *panzer* tan pequeña, Hitler y Halder no estaban dispuestos a proporcionarle el refuerzo relativamente pequeño que, con toda probabilidad, decidiría la cuestión. Por este rechazo dejaron pasar la posibilidad de conquistar Egipto y expulsar a los británicos del Mediterráneo en un momento en que estos seguían siendo débiles, ya que estaban obligados a un compromiso y a sacrificios mayores a más largo plazo.

Con todo, a pesar de sus escasos recursos, en Gran Bretaña se había logrado reunir en abril un gran convoy de refuerzos con unidades acorazadas, para ser enviado a Egipto. Estaba a punto de zarpar cuando llegó un telegrama de Wavell, el 20 de abril, enfatizando la gravedad de la situación y la urgencia de sus necesidades de fuerzas acorazadas. Churchill propuso inmediatamente, [4] y logró que los jefes de Estado Mayor lo aceptaran, que los cinco buques rápidos que transportaban los tanques giraran al este en Gibraltar para tomar el atajo por el Mediterráneo, lo que ahorraría casi seis semanas en el tiempo de llegada. También insistió en que aumentara la magnitud de los refuerzos, incluyendo cien de los más recientes tanques medios, aunque el jefe del Estado Mayor Imperial, el general Dill, se opuso a esta sustracción de las escasas fuerzas disponibles en Inglaterra ante una posible invasión en primavera.

Esta operación Tiger fue el primer intento de hacer pasar un convoy por el Mediterráneo desde la aparición de la Luftwaffe en enero. Ayudada por un tiempo neblinoso, el convoy consiguió llegar sin sufrir daños desde el aire, aunque uno de los buques, con cincuenta y siete tanques, fue hundido por una mina al pasar por el estrecho de Sicilia. Los otros cuatro buques llegaron sanos y salvos a Alejandría el 12 de mayo, con 238 tanques (135 Matilda, 82 medianos y 21 ligeros), lo cual era cuatro veces los que Wavell había conseguido arañar, en conjunto, para la defensa de Egipto.

Sin embargo, sin esperar la llegada de estos grandes refuerzos, Wavell había decidido aprovechar el rechazo de Rommel en Tobruk, y su acusada carencia de suministros para tratar de lanzar una ofensiva con las fuerzas reunidas cerca de la frontera, al mando del general Gott. Esta fue la operación Brevity. La intención inicial de Wavell era reconquistar las posiciones fronterizas cercanas a la costa —que sabía que estaban mal defendidas— y aplastar a sus guarniciones antes de que fueran reforzadas por el enemigo. Esperaba hacer más que eso, puesto que dijo en un telegrama del 13 de mayo a Churchill: «Si tiene éxito consideraré una acción combinada inmediata por

las fuerzas de Gott y la guarnición de Tobruk para expulsar al enemigo al oeste de esa plaza».

Se desplazaron dos unidades de tanques como punta de lanza de las fuerzas de Gott: el 2.º Regimiento Real de Tanques, equipado con veintinueve modelos antiguos de carros medios reacondicionados y el 4.º Regimiento Real de Tanques Real con veintiséis Matilda muy blindados, relativamente lentos y oficialmente clasificados como «tanques de infantería». El 2.º Regimiento, con un grupo de apoyo de infantería motorizada y artillería, debía rodear, en el flanco del desierto, las posiciones fortificadas de Sidi Azeiz y bloquear el camino de refuerzo y retirada del enemigo. El 4.º Regimiento debía liderar a la XXII Brigada Motorizada de Guardias en el ataque directo.

Después de una marcha de aproximación nocturna de unos cincuenta kilómetros, el puesto defendido por los italianos en la cima del paso de Halfaya fue atacado por sorpresa a primera hora del 15 de mayo, capturando a varios cientos de prisioneros, aunque siete Matilda, al aproximarse, quedaron fuera de combate por la defensa de artillería enemiga. Otros dos puestos, Bir Waid y Musaid, fueron tomados rápidamente, pero el factor sorpresa dejó de existir antes de alcanzar Fort Capuzzo y cuando intervino, mediante una acción de flanco, un grupo de batalla alemán, el ataque fue desarticulado. Aunque el fuerte acabó siendo capturado, posteriormente evacuó. Mientras tanto el movimiento de flanqueo a Sidi Azeiz se interrumpió por la amenaza de un contraataque. Por otra parte, al comandante enemigo de la frontera le había impresionado tanto la fuerza aparente del ataque que había comenzado a retirarse.

Así pues, con el anochecer, ambos bandos estaban en proceso de repliegue. No obstante, mientras que la retirada germano-italiana fue pronto detenida por Rommel, que enviaba de urgencia un batallón *panzer* desde Tobruk, Gott había decidido retirarse a Halfaya y las tropas ya estaban en movimiento cuando le llegó desde el distante Alto Mando la orden de mantener la posición. Cuando se hizo de día los alemanes encontraron el campo de batalla vacío, lo cual los alivió, ya que el batallón de refuerzo *panzer* se había quedado sin gasolina y estuvo inmovilizado hasta que llegó más combustible al final del día.

La retirada británica no se detuvo en Halfaya, sino que dejó una pequeña guarnición allí. Los alemanes se aprovecharon rápidamente de esa posición expuesta y retomaron el paso el 27 mediante un ataque repentino, convergiendo desde varios puntos a la vez. Su reconquista fue una valiosa ventaja, ya que obstaculizaba seriamente la ofensiva siguiente y de mayor

envergadura por parte de los británicos: Battleaxe. Además, durante el intervalo, Rommel puso trampas para los tanques británicos en Halfaya, así como en otros puestos avanzados, enterrando baterías de cañones de 88 mm, para transformarlas, de la manera más efectiva, de armas antiaéreas en antitanques.

Esta medida de emergencia demostró ser de gran importancia para el resultado de la batalla siguiente. En aquel momento casi dos tercios de las armas antitanque alemanas seguían siendo los viejos 37 mm, desarrollados cinco años antes de la guerra y muy inferiores a los cañones de tanque y antitanque británicos de 40 mm. Poco podían hacer contra los tanques medianos británicos y eran inútiles contra los Matilda. Incluso los nuevos cañones anticarro de 50 mm, de los cuales Rommel tenía unos cincuenta, solo podían perforar el espeso blindaje de los Matilda a muy poca distancia. Sin embargo, los 88 mm montados sobre ruedas eran capaces de penetrar el blindaje frontal de los Matilda (de 77 mm de grosor) a una distancia de casi 2000 metros. Rommel solo tenía doce de estos cañones, pero situó una batería (de cuatro) en Halfaya y otra en la cresta de Hafid, dos puntos que los británicos pretendían capturar al principio de su ataque.

Esto fue una suerte para Rommel, ya que en muchos aspectos estaba en seria desventaja cuando se inició el ataque, especialmente en el número de tanques, el arma primordial en esas batallas del desierto. No habían llegado refuerzos desde Alemania y apenas tenía cien tanques armados con cañones a su disposición cuando comenzó la batalla, más de la mitad de los cuales estaban con las fuerzas que asediaban Tobruk, a 130 kilómetros de distancia. Por otra parte la llegada del convoy de Tiger permitió a los británicos desplegar doscientos tanques con cañones, lo que les daba una ventaja de 4 a 1 en la fase inicial. Gran parte dependía de si podían explotar esa ventaja para aplastar a las fuerzas enemigas en la zona fronteriza antes de que Rommel pudiera recibir el resto de sus tanques (5.^º Regimiento Panzer) desde el distante Tobruk.

Desgraciadamente para los británicos las posibilidades disminuyeron por una planificación de la ofensiva «con mentalidad de infantería». Esta tendencia se alimentaba por la heterogeneidad de tipos de tanques y, al final, condujo a disipar la ventaja numérica.

La llegada del convoy de Tiger había permitido a Wavell reconstruir dos brigadas acorazadas para la nueva ofensiva, pero quedaban tan pocos tanques después del ataque abortado de Brevity, de mediados de mayo, que el total solo alcanzaba para equipar a dos de los tres regimientos de cada brigada.^[5]

Además, el número de nuevos tanques medios que habían llegado solo bastaba para equipar a un regimiento, y quedaban solamente, de los anteriores, para equipar un segundo regimiento. Los dos regimientos de la otra brigada tenían Matilda, «tanques de infantería», lo que influyó mucho en la decisión del mando de utilizar esta brigada al principio para ayudar a la infantería en un ataque directo a la posición fortificada del enemigo, en lugar de concentrar toda la fuerza de blindados disponible para aplastar las fuerzas enemigas de *panzer* en la zona avanzada. Las consecuencias de esta decisión fueron fatalmente frustrantes para el desarrollo de la ofensiva.

* * *

Los objetivos de la operación Battleaxe eran ambiciosos; tal y como los fijó Churchill se trataba de lograr una victoria «decisiva» en el Norte de África y «destruir» las fuerzas de Rommel. Wavell manifestó una duda cautelosa sobre la posibilidad de alcanzar un éxito completo, pero dijo que esperaba que el ataque «lograra hacer retroceder al enemigo al oeste de Tobruk». Este fue el objetivo definido en las instrucciones operativas que dio al general Beresford-Peirse que, en tanto que comandante de la Western Desert Force que tenía que llevar a cabo la ofensiva.

El plan de ataque incluía tres etapas y se iniciaba con un ataque a la zona fortificada de Halfaya-Sollum-Capuzzo por parte de la división india, ayudada por la IV Brigada Blindada (equipada con tanques Matilda), mientras que el resto de la 7.^a División Blindada cubriría el flanco del desierto. En la segunda etapa la 7.^a División Blindada debía aprovechar la situación para avanzar hasta Tobruk, con sus dos brigadas blindadas. En la tercera fase la división, junto a la guarnición de Tobruk debía avanzar hacia el oeste. Era un plan que contenía el germen de su frustración. Y es que al separar la mitad de los blindados para ayudar a la infantería en la primera etapa, reducía a menos de la mitad las posibilidades de derrotar al regimiento *panzer* enemigo en la zona avanzada antes de que pudiera ser reforzada por el otro regimiento *panzer* desde Tobruk, y eso disminuyó enormemente las posibilidades de éxito de las otras dos fases del plan británico.

Para alcanzar las posiciones fronterizas enemigas la fuerza atacante tenía que realizar una marcha de aproximación de unos cincuenta kilómetros, que comenzó en la tarde del 14 de junio. El salto final, de trece kilómetros, se llevó a cabo a la luz de la luna a primera hora del día 15, y la batalla comenzó con el ataque del ala derecha sobre la posición periférica enemiga en el paso de Halfaya. Pero los defensores estaban mejor preparados que en mayo,

mientras que se perdieron las posibilidades de sorpresa por la decisión de que los tanques no debían lanzar el ataque hasta que la artillería tuviera suficiente luz para disparar. Esta decisión demostró ser la peor posible, porque la batería asignada a apoyar el ataque de Halfaya se atascó en la arena. Era pleno día cuando el escuadrón de Matilda que lideraban este ataque comenzó la última etapa del avance y las primeras noticias que les llegaban procedían de la voz de su comandante en la radio: «Están destrozando mis tanques». Ese fue su último mensaje. De los trece Matilda solo uno sobrevivió a la «trampa de tanques» consistente en cuatro cañones de 88 que Rommel había situado en lo que las tropas británicas llamaron acertadamente «el paso del fuego del infierno».

Mientras tanto el centro de la columna había presionado a través de la meseta desértica hacia Fort Capuzzo, encabezada por todo un regimiento de Matilda. No había 88 en el camino y la resistencia de la guarnición se hundió ante esta amenaza masiva. El fuerte fue capturado y rechazaron dos contraataques durante el día.

No obstante, la brigada de tanques de crucero al frente de la columna izquierda, que debía superar el flanco enemigo, cayó en la trampa para tanques de Rommel en la cresta de Hafid, deteniendo su avance. Al renovar el ataque a última hora de la tarde solo consiguió profundizar en la trampa, con graves pérdidas. Para cuando el grueso del regimiento *panzer* avanzado llegó al lugar, desarrolló una amenaza de contraflanco que provocó que el resto de los tanques británicos se replegaran lentamente hacia la frontera.

Al anochecer los británicos habían perdido más de la mitad de sus tanques, la mayor parte en dos trampas antitanque, mientras que la fuerza blindada de Rommel estaba casi intacta, y con la llegada de su otro regimiento *panzer* procedente de Tobruk el equilibrio se decantó a su favor.

Durante el segundo día Rommel tomó la iniciativa utilizando el total de su 5.^a División Ligera de Tobruk para envolver el flanco izquierdo británico en el desierto, junto a un fuerte contraataque en Capuzzo por parte de la 15.^a División Panzer. Este contraataque en Capuzzo fue rechazado, ya que los británicos allí situados tenían la ventaja de la defensiva en posiciones bien elegidas y ocultas. Pero el efecto combinado de las amenazas frontal y de flanco desarticuló el plan británico para un intento ofensivo renovado durante ese día y, al caer la noche, el movimiento envolvente alemán había hecho avances amenazantes.

Para acentuar esta ventaja Rommel trasladó todas sus fuerzas móviles al flanco del desierto durante las primeras horas del tercer día, con intención de

hacer un movimiento en forma de guadaña hasta el paso de Halfaya y cortar las líneas de retirada inglesas. Cuando, a media mañana, la amenaza fue manifiesta, los comandantes británicos dieron órdenes, tras apresuradas consultas, para llevar a cabo una retirada precipitada de sus desarticuladas fuerzas. La parte avanzada en Capuzzo logró escapar por poco, pero la tenaz resistencia del resto de los tanques británicos en esa zona permitió la extracción de la infantería, desplazada en camiones, y durante la cuarta mañana las fuerzas británicas estaban de vuelta a la línea (a cincuenta kilómetros) desde la que habían empezado la operación.

Las pérdidas humanas en los tres días de la batalla de Battleaxe fueron ligeras —menos de mil muertos, heridos o desaparecidos en el bando británico, y más o menos lo mismo en el otro bando. Pero los británicos perdieron noventa y un tanques, mientras que los alemanes solo doce. Al quedarse en posesión del campo de batalla fueron capaces de recuperar y reparar la mayor parte de sus tanques dañados, mientras que los británicos, en su rápida retirada, tuvieron que abandonar muchos que solo estaban inutilizados por problemas mecánicos y que hubieran podido ser reparados con suficiente tiempo. La desproporción en la pérdida de tanques dejaba claro el fracaso de esta ofensiva para cumplir las grandes esperanzas y objetivos de amplio alcance con la que se había lanzado.

Tobruk, Brevity y Battleaxe marcaron un nuevo giro en el aspecto táctico de la guerra. Hasta entonces había habido una inversión casi total de la ascendencia de la defensiva que había prevalecido durante la Primera Guerra Mundial y en el medio siglo previo. Desde septiembre de 1939 la ofensiva había tenido éxito de manera tan reiterada y generalizada en todos los teatros de operaciones, cuando se llevaba a cabo por fuerzas blindadas rápidas, que tanto la opinión pública como la militar habían llegado a contemplar la defensiva como inherentemente débil y a pensar que cualquier ataque estaba destinado a triunfar. Sin embargo, Battleaxe demostró, como Tobruk y Brevity habían presagiado, lo efectiva que podía ser una defensa —incluso en un territorio tan abierto como el desierto norteafricano— si se llevaba a cabo con habilidad y basándose en una comprensión de las propiedades de los instrumentos modernos. A partir de entonces, a medida que continuó la guerra y aumentó la experiencia, se hizo cada vez más evidente que la defensa, en una forma más móvil, había recuperado la ventaja que tuvo durante la Primera Guerra Mundial y que solo podía ser vencida por una mayor superioridad de fuerzas o mediante un altísimo grado de habilidad en romper el equilibrio del oponente.

Desgraciadamente para las perspectivas del siguiente intento británico de aplastar a Rommel y despejar el norte de África, las lecciones de Battleaxe fueron ignoradas o mal comprendidas. La cuestión más importante que fue ignorada por el alto mando británico en sus conclusiones fue el papel que habían jugado en la defensa alemana los cañones de 88 mm. Descartaron informes que decían que estos cañones pesados antiaéreos estaban siendo usados como antitanques. Cuando acabaron dándose cuenta de este hecho en otoño, después de graves pérdidas de blindados a causa de sus disparos, siguieron estando obstinadamente seguros de que un arma tan voluminosa solo podía ser usada desde una posición atrincherada. De ese modo no fueron capaces de anticipar y poner a punto tácticas para contrarrestar el siguiente progreso de Rommel en táctica defensiva: usar los cañones de 88 mm en un papel móvil.

Otro importante desarrollo desaprovechado, tanto por las tropas de combate británicas como por sus altos mandos, fue el creciente uso audaz por parte del enemigo de sus cañones antitanque normales en estrecha combinación con sus tanques, no solo en acciones defensivas, sino también en ataque. En las siguientes batallas esa combinación se convirtió en un factor dominante, generando una influencia aún mayor sobre la cuestión que los cañones de 88 mm. En efecto, tras analizarlo, la causa principal de las graves pérdidas desproporcionadas de tanques en el bando británico parece haber estado en el modo en que los cañones antitanque de 50 mm alemanes, comparativamente pequeños y manejables, fueron adelantados en sus propios tanques y ocultos en huecos del terreno. Las dotaciones de tanques británicas no se dieron cuenta de esto, ya que no podían saber si un disparo que penetrara el blindaje se había realizado por un tanque o por un cañón antitanque y, naturalmente, tendían a asignárselo al oponente más visible. Como consecuencia, esta deducción engañosa los condujo a la creencia errónea de que sus propios tanques (y cañones antitanque) eran inferiores a los del enemigo, y de ese modo a una creciente pérdida de confianza.

Además de no comprender los puntos al estudiar el desarrollo de la campaña de verano, también hubo uno importante que fue malinterpretado, provocando consecuencias graves en el plan británico para la siguiente ofensiva. Wavell, en su informe, redactado casi tres meses después de Battleaxe, llegó a la conclusión de que la principal causa de su fracaso «fue indudablemente la dificultad de combinar la acción de los tanques de crucero y los “I” [de infantería]...». En realidad, no se había intentado la combinación ni puesto a prueba sus posibilidades. Los dos regimientos de Matilda se

habían segregado de la división acorazada y situado bajo el comandante de la división de infantería desde el principio, y se había aferrado a ellos durante toda la batalla, en lugar de liberarlos tras la primera fase, tal y como preveía el plan. Mediante una inteligente combinación los tanques «I» podrían haber tenido un papel importante en la batalla de blindados, actuando como un potente pivote de maniobra ofensivo para los tanques de crucero. Solo había una ligera diferencia de velocidad entre los Matilda y los A10 de crucero, que habían cooperado de manera efectiva con los de crucero más rápidos en la primera campaña de Libia y en la propia Battleaxe. Los alemanes, tanto en esa época como después, demostraron su capacidad de combinar tipos de tanque con diferencias de velocidad tan grandes como las que había entre los de crucero británicos más rápidos y los Matilda.

Desgraciadamente la suposición no comprobada de que la combinación era demasiado difícil condujo a una completa separación entre las brigadas de crucero y las de tanques «I» durante la siguiente ofensiva británica, que se convirtió en una batalla, por parte británica, librada en dos compartimentos separados.

15

Crusader

La frustración ante el esfuerzo de mediados del verano de 1941 para lograr una victoria decisiva en África y expulsar al enemigo de ese continente llevó a Churchill a estar más convencido que nunca de conseguir ese objetivo. Estaba decidido a renovar el esfuerzo lo antes posible con fuerzas superiores. Con este fin envió refuerzos a Egipto y obvió los recordatorios de sus consejeros militares respecto a la decisión de largo recorrido sobre que la defensa del Extremo Oriente, y en particular de Singapur, era la segunda prioridad tras la defensa de la propia Gran Bretaña y antes que la de Oriente Medio. El jefe del Estado Mayor Imperial, sir John Dill, trató de recordar a Churchill la decisión tan meditada, entre las dos zonas y los riesgos respectivos, pero tenía una personalidad demasiado amable y costumbres diferentes como para mantener su opinión ante la fuerza de la personalidad, los argumentos y la posición de Churchill.

Sin embargo, el peligro en Extremo Oriente se había vuelto grave y las fuerzas británicas en la región eran penosamente débiles. Aunque hasta entonces Japón se había mantenido al margen de la guerra, las medidas que Roosevelt y Churchill tomaron en julio para interrumpir sus recursos económicos estaban destinadas a hacer que respondiera de la única manera posible para ese país: por la fuerza de las armas. Sus dudas dieron a Estados Unidos y Gran Bretaña un período de gracia de más de cuatro meses para poder desarrollar sus defensas en el Pacífico, pero no lo aprovecharon y, en el caso de Gran Bretaña esta negligencia se debió en gran medida al modo en que los intereses y esfuerzos de Churchill se habían concentrado en el norte

de África. Así, indirectamente Rommel provocó la caída de Singapur, y más por la impresión personal que causó en un primer ministro apasionado por las personalidades que por su amenaza potencial sobre el valle del Nilo y el canal de Suez.^[1]

Para la renovada ofensiva en África, con el nombre en clave de operación Crusader, las fuerzas británicas habían aumentado considerablemente y también en equipamiento. Las cuatro unidades de tanques se habían incrementado hasta catorce, de modo que se destinaron cuatro brigadas blindadas completas (cada una de tres unidades) para la fuerza de ataque, mientras que a la guarnición de Tobruk se destinó una brigada (de dos unidades de tanques y un escuadrón adicional), enviada por mar, para usarse en la misión de unirse a la fuerza de ataque. (En su mayor parte las brigadas estaban equipadas con los nuevos tanques Crusader o con los nuevos carros Stuart estadounidenses, los más rápidos en el terreno, pero había cuatro unidades de tanques «I», Matilda o Valentine). También se incorporaron otras tres divisiones de infantería motorizada, llegando a la cifra de cuatro, además de una nueva división en Tobruk, donde la 70.^a británica relevó a la 9.^a australiana, que se había llevado la peor parte del asedio.

Por el contrario Rommel recibió muy pocos refuerzos desde Alemania y ninguna nueva unidad de tanques para incrementar sus cuatro originales. La 5.^a División Ligera fue rebautizada como 21.^a Panzer, pero sin contar con nuevos carros y lo único que pudo conseguir en términos de ampliar sus fuerzas fue improvisar una división de infantería no motorizada (llamada inicialmente Afrika Division, y posteriormente la 90.^a Ligera) a partir de algunos batallones suplementarios de artillería e infantería. La fuerza italiana de tres divisiones (una acorazada) aumentó en tres pequeñas divisiones de infantería adicionales, pero su valor disminuía mucho por su equipamiento obsoleto y falta de transporte a motor, de modo que solo podían ser usadas en un papel estático y eran una desventaja incómoda en la libertad de maniobra estratégica de Rommel.

También en el aire los británicos ahora tenían una gran ventaja. Su fuerza aumentó hasta un total de casi setecientos aviones disponibles de inmediato para el apoyo de la ofensiva, frente a un total de ciento veinte alemanes y doscientos italianos.

En cuestión de carros, la superioridad británica era aún mayor. Cuando se lanzó la ofensiva los británicos tenían más de 710 tanques, de los cuales unos 200 eran tanques «I», mientras que el enemigo solo tenía 174 alemanes y 146 italianos (que eran de un tipo obsoleto y escaso valor). Así, los británicos

tenían una superioridad que sobrepasaba con mucho 2 a 1 al enemigo, y más de 4 a 1 sobre los alemanes, cuyas dos divisiones *panzer*, con sus dos unidades de tanques cada una, eran consideradas por el comandante en jefe británico como «la columna vertebral del ejército enemigo». Además, Rommel no tenía reserva de tanques, excepto unos pocos en reparación, mientras que los británicos tenían unos quinientos en reserva o en camino, por lo que eran mucho más capaces de mantener un combate prolongado. A la postre estas reservas fueron las que inclinaron la balanza de la batalla.^[2]

La principal baza de Rommel para contrarrestar la aplastante superioridad enemiga en cuestión de tanques era que, en otoño, dos tercios de sus cañones antitanque ordinarios eran del nuevo modelo de 50 mm de cañón largo, lo que suponía una penetración un 70 por ciento superior a la de su viejo cañón de 37 mm y un 25 por ciento mayor que la de los cañones británicos de 40 mm. De ese modo, su defensa no dependía tanto del puñado de 88 mm como había ocurrido en verano.

Además de enviar grandes refuerzos a Egipto, y la mayor parte del equipamiento británico recién fabricado, Churchill también mandó un nuevo equipo de comandantes a la fuerza de combate de la zona. Cuatro días después del fracaso de Battleaxe, Wavell fue cesado y sustituido por sir Claude Auchinleck, comandante en jefe en la India, mientras que los comandantes de la Western Desert Force y de la División Acorazada fueron sustituidos poco después. Churchill se impacientaba cada vez más por la cautela de Wavell y el decepcionante resultado de Battleaxe reforzó su decisión de nombrar a un nuevo comandante en jefe. Sin embargo, se encontró, con renovada irritación, con que Auchinleck era firme al resistirse a sus presiones para retomar la ofensiva e insistió en esperar hasta estar completamente preparado y con la suficiente fuerza como para asegurarse un posible éxito decisivo. Así la siguiente ofensiva, operación Crusader, no se puso en marcha hasta mediados de noviembre, cinco meses después de Battleaxe. Mientras tanto, la muy aumentada fuerza fue rebautizada como 8.º Ejército y se asignó el mando al teniente general sir Alan Cunningham, que había llevado a cabo la limpieza de la Somalia italiana y el subsiguiente avance desde el sur hasta Etiopía, que condujo a la expulsión de los italianos. El nuevo ejército se dividió entre el XIII Cuerpo, al mando del teniente general A. R. Godwin-Austen, y el XXX Cuerpo (acorazado) bajo el teniente general C. W. M. Norrie. Pero, a excepción de Norrie, de caballería, ninguno de los nuevos comandantes tenía experiencia con tanques ni en operar contra fuerzas acorazadas, y fue llevado como sustituto cuando el experto tanquista

que había sido elegido originalmente para mandar los cuerpos acorazados murió en un accidente aéreo poco antes del inicio de la ofensiva.

El XIII Cuerpo incluía la División Neozelandesa y la 4.^a India, con una brigada de tanques de infantería. El XXX Cuerpo incluía la 7.^a División Acorazada, con dos brigadas acorazadas (la VII y la XXII) y el 4.^o Grupo de Brigada Acorazado, la XXII Brigada de Guardias (motorizada) y la 1.^a División Sudafricana. La 2.^a División Sudafricana quedaba en reserva.

La base del plan de la ofensiva era que el XIII Cuerpo debía inmovilizar las tropas enemigas que defendían las posiciones fronterizas, mientras que el XXX Cuerpo rodearía el flanco de esas posiciones fortificadas «para buscar y destruir» la fuerza acorazada de Rommel y, después, enlazar con la guarnición de Tobruk, a unos 110 kilómetros dentro de la frontera, que debía romper el cerco y encontrarse con el XXX Cuerpo. Así, los dos cuerpos y sus respectivas unidades de blindados, actuarían en zonas muy separadas, en lugar de mediante un efecto combinado. La parte más formidable de los blindados británicos, la brigada de Matilda y Valentine, no haría ninguna aportación a la batalla acorazada, sino que simplemente sería utilizada en pequeños grupos con la infantería. Y cuando comenzó el avance esta distribución separada pronto se convirtió en dispersión, generando debilidad en todas partes.

De esa manera, los británicos perdieron la ventaja inicial que les había dado su movimiento de flanqueo estratégico, que había pillado al enemigo por sorpresa generándole confusión temporal. El ataque británico se volvió desarticulado y, en gran medida, se había desarticulado a sí mismo. Como dijo Rommel cáusticamente: «¿Qué diferencia representa que tengas dos tanques por cada uno mío, si los dispersas y me permites destruirlos uno a uno? Me ofreciste tres brigadas una tras otra».

La fuente del problema está en la vieja máxima, inculcada durante mucho tiempo en todos los manuales militares oficiales y en la Escuela de Estado Mayor, de que el objetivo prioritario —y el único sensato para un comandante militar— es «la destrucción de las principales fuerzas armadas enemigas en el campo de batalla». En el período de entreguerras esta máxima se aplicó de manera aún más ferviente por los comandantes formados en la escuela de infantería al considerar cómo debían utilizar los tanques a su disposición y tendían a decir: «Acaba con los tanques enemigos y entonces podremos ocuparnos de la batalla». La persistencia de ese hábito de pensamiento estaba muy clara en las instrucciones dadas al 8.^o Ejército y a sus cuerpos acorazados: «Vuestro objetivo inmediato es la destrucción de las fuerzas

acorazadas enemigas». Pero una fuerza acorazada no constituye en sí misma un objetivo inmediato, ya que es una fuerza fluida, no fácilmente fijada, como ocurre con las formaciones de infantería. El objetivo de destruirla es más fácil de alcanzar de manera indirecta, arrastrándola a cubrir o recuperar alguna posición de importancia clave. Al tratar de destruir las esquivas fuerzas *panzer* de Rommel de manera demasiado directa, los blindados británicos no solo se dispersaron y extendieron, sino que se dejaron atraer fácilmente hacia las trampas anticarro de cañones alineados.

* * *

El XXX Cuerpo Británico cruzó la frontera a primera hora del 18 de noviembre y empezó un movimiento hacia Tobruk, a unos 150 kilómetros de distancia. El avance fue cubierto por un «paraguas aéreo», pero esa protección para evitar ser descubiertos e interferidos no era necesaria de manera inmediata, ya que una fuerte tormenta nocturna había inundado los aeródromos enemigos y sus aviones estaban anclados en tierra. Por el mismo motivo, no importaba que el avance se viera retrasado por el mal estado del terreno. Rommel no sospechaba la «tormenta de acero» que estaba a punto de abalanzarse sobre él. Su mente estaba centrada en los preparativos de su propio ataque sobre Tobruk y su fuerza de choque se había desplazado hacia allí en previsión del ataque, aunque había situado una poderosa fuerza de cobertura más al sur, en el desierto, para contrarrestar cualquier interferencia.

Al anochecer del 18 las columnas blindadas británicas se situaban a lo largo de Trigh el Abd y, a la mañana siguiente, avanzaron hacia el norte, con un frente de cincuenta kilómetros que aumentaba hasta ochenta a medida que hacían retroceder la cortina dispuesta por Rommel. Los efectos negativos de ese excesivo estiramiento no tardarían en manifestarse.

En el centro, los dos regimientos de vanguardia de la VII Brigada Acorazada alcanzaron y capturaron el aeródromo enemigo situado en la cima de la escarpadura de Sidi Rezegh, a tan solo veinte kilómetros del perímetro de Tobruk. En cambio el resto de la brigada y el grupo de apoyo de la división no llegaron hasta la mañana siguiente, el 20, y para entonces Rommel había desplazado parte de la División Afrika, con gran cantidad de cañones antitanque, para conservar el extremo superior de la escarpadura y bloquear el paso. No llegó ningún refuerzo para aumentar la presencia británica en ese lugar. Y es que las otras dos brigadas acorazadas habían tenido problemas; una, lejos en el oeste y la otra, también lejos, en el este, mientras que la 1.^a División Sudafricana asimismo había sido desviada al oeste.

Lo que había ocurrido en el flanco occidental era que la XXII Brigada Acorazada se había topado con tanques italianos, y al hacerlos retroceder se había encontrado atacando las posiciones fortificadas italianas cercanas a Bir el Gubi. El 22 fue una brigada compuesta por regimientos de caballería voluntaria, que hacía poco que contaban con tanques y también llevaban poco tiempo en la guerra del desierto. En el curso de un ataque muy caballeroso —siguiendo el espíritu inmortal de la carga de la Brigada Ligera en Balaclava— sufrieron el bombardeo severo de las baterías italianas enterradas y perdieron más de cuarenta de sus ciento sesenta tanques. Bajo la impresión de que el ataque estaba funcionando, el comandante del cuerpo desvió a los sudafricanos para que ocuparan Bir el Gubi.

En el flanco oriental el 4.^º Grupo de la Brigada Acorazada, que se había estirado a lo largo de un tramo de cuarenta kilómetros al perseguir a una unidad de reconocimiento alemana, fue tomado desprevenido súbitamente por la aparición de una importante fuerza acorazada alemana cerca de su retaguardia y su unidad más rezagada fue gravemente vapuleada, antes de que una de las otras dos unidades regresara para ayudarla a frenar al enemigo. Este golpe fue la secuela del primer contraataque de Rommel y fue llevado a cabo por un fuerte grupo de batalla (incluyendo las dos unidades de tanques de la 21.^a División Panzer) que había sido enviado al sur para explorar la situación.

Fue una suerte para los blindados británicos de este flanco no tener que hacer frente a un ataque concentrado de todo el Afrika Korps a la mañana siguiente. Este alivio se debió a un informe engañoso recibido por su comandante, Curewell, que le llevó a pensar que el avance británico más peligroso procedería de la ruta norte, Trigh Capuzzo. Así que movió sus dos divisiones *panzer* hacia allá, en dirección a Capuzzo y se encontró con que la zona estaba vacía. Cegados ante la ausencia de reconocimiento aéreo, los alemanes iban a tientas «en la niebla de la guerra». Y lo que es aún peor, la 21.^a División Panzer se quedó sin combustible en su incursión hacia el este y estuvo temporalmente inmovilizada. Solo la 15.^a División Panzer fue capaz de regresar ese día y durante la tarde atacó a la aislada IV Brigada Acorazada en Gabr Saleh, de modo que esa brigada, por segundo día consecutivo, se llevó la peor parte del contragolpe alemán y la vapuleó de nuevo. Aunque el Alto Mando británico tenía buena información sobre los movimientos del enemigo, fueron lentos en aprovechar el respiro, y la oportunidad, que le ofreció la marcha temporal del Afrika Korps de ese escenario. No se tomó ninguna medida inmediata para concentrar las tres brigadas acorazadas, muy dispersas.

Con todo, hacia el mediodía, cuando se hizo evidente el peligro que representaba la IV Brigada Acorazada, la XXII fue enviada hacia el este para reforzarla, en lugar de desplazarla para unirse a la VII en Sidi Rezegh, tal y como estaba previsto inicialmente. Pero la XXII tenía un largo camino que recorrer, en su movimiento de un flanco a otro, y no llegó hasta la caída de la noche. Por tanto, fue demasiado tarde como para ayudar en el combate.

Y sin embargo, todo ese tiempo la División Neozelandesa y la I Brigada de Tanques del XIII Cuerpo habían estado a tan solo once kilómetros de distancia, en Bir Gibni, impacientes por avanzar y deseosas de colaborar. Pero no se recurrió a ellas para ayudar en la batalla acorazada, y sus ofrecimientos de ayuda fueron descartados. Esto es extremadamente revelador de lo lejos que se llevó a cabo la idea de los «dos compartimentos» en la conducción de esta batalla.

Al amanecer del 21 de noviembre, las brigadas acorazadas británicas de Gabr Saleh descubrieron que el enemigo se había desvanecido del frente. Esta vez no se trataba de un golpe en el vacío, ya que Rommel había logrado para entonces una clara imagen del dispositivo británico y había ordenado a Cruewell que realizara un ataque concentrado, con ambas divisiones *panzer*, contra las fuerzas británicas avanzadas de Sidi Rezegh.

Norrie acababa de comunicar a su fuerza que avanzara hacia Tobruk y ordenado a la guarnición de Tobruk que iniciara su ataque para romper el cerco. No obstante, antes de que el movimiento se pusiera en marcha quedó en punto muerto. A las ocho de la mañana dos columnas acorazadas alemanas fueron vistas acercándose por el sur y el este. Dos de las tres unidades acorazadas británicas en Sidi Rezegh se desviaron rápidamente para hacerles frente. Así, solo quedó una (la 6.^a Real de Tanques) para llevar a cabo el avance hacia Tobruk y pronto fue hecha añicos por los bien situados cañones enemigos, que fueron capaces de concentrarse en esta única unidad. Fue otra «carga de la Brigada Ligera», una brigada muy ligera en este caso. Mientras tanto, las otras dos unidades acorazadas fueron atacadas por todo el peso del Afrika Korps. Una de ellas, la 7.^a de Húsares, fue sobrepasada, y casi aniquilada por la 21.^a División Panzer. La otra, el 2.^º Regimiento Real de Tanques, atacó la 15.^a División Panzer con tanta audacia y efecto, gracias a su superior habilidad para disparar en movimiento, que el enemigo se retiró. Pero los alemanes volvieron a atacar por la tarde, e inteligentemente utilizaron su nueva táctica de avanzar con discreción los cañones antitanque por delante de sus tanques y rodeando los flancos del oponente. De este modo causaron tales estragos que la VII Brigada Acorazada, rápidamente

menguante, solo se salvó de la aniquilación gracias a la llegada muy esperada —y demorada— de la XXII Brigada Acorazada desde Gabr Saleh, mientras que la IV no llegó hasta el día siguiente. Y en cuanto al ataque desde Tobruk para romper el cerco, penetró unos seis kilómetros en las posiciones germano-italianas, pero fue suspendido a la vista del revés sufrido por el XXX Cuerpo, y la fuerza de ruptura del cerco se encontraba en un incómodo saliente, profundo y estrecho.

Cuando amaneció el quinto día el Afrika Korps había vuelto a desaparecer, aunque esta vez solo para repostar combustible y hacer acopio de munición. Incluso este corto período de calma no fue del agrado de Rommel y a mediodía llegó al cuartel general de la 21.^a División Panzer, que había permanecido cerca del campo de batalla y envió a esta unidad a una aproximación indirecta y al ataque. Tras avanzar en dirección oeste a través del valle al norte de Sidi Rezegh, el regimiento *panzer* dio media vuelta y atacó el flanco occidental de la posición británica en ese lugar. Barriendo la ladera, sobrepasó el aeródromo y arrolló parte del grupo de apoyo antes de que las dos brigadas acorazadas británicas que habían sobrevivido pudieran intervenir. Sus tardíos contraataques no estuvieron coordinados y terminaron en un estado de confusión al llegar la noche. Pero este no fue el final de un mal día, ya que la 15.^a División Panzer, que regresaba a la zona de batalla al anochecer, después de su «día libre», se encontró con la retaguardia de la IV Brigada Acorazada y rodeó el terreno en que se situaba el cuartel general y su regimiento de reserva, el 8.^º de Húsares. Tomados por sorpresa, la mayor parte del personal, los tanques y las conexiones inalámbricas fueron capturados. El comandante de la brigada había dirigido el contraataque en Sidi Rezegh y, de ese modo, escapó, pero cuando amaneció el 23 se encontró con una brigada mutilada y dispersa y sin los medios para dirigir y reagrupar sus fragmentos. Esta grave situación paralizó sus acciones en lo que iba a resultar un día aún más crítico.

Supuso una compensación, aunque no inmediata, que el cuartel general del Afrika Korps sufriera un destino parecido durante la mañana del 23. Esto ocurrió porque Cunningham finalmente había ordenado al XIII Cuerpo que comenzara el avance, aunque solo de manera limitada. Los neozelandeses tomaron Capuzzo el 22 y se ordenó a una brigada (la VI) que avanzara hacia Sidi Rezegh. Poco después del anochecer del 23 se encontró e invadió el cuartel general del Afrika Korps. Cruewell escapó de ser capturado porque acababa de marcharse para dirigir la siguiente fase de la batalla. Sin embargo, la pérdida de su Estado Mayor operativo y de las comunicaciones de radio se

convirtió en una desventaja grave en los días siguientes; desventaja mayor de lo que percibieron los británicos, que estaban preocupados por sus propios problemas y crecientes desgracias.

El 23 de noviembre era domingo: en Inglaterra el «domingo antes de Adviento» y en Alemania «Totensonntag», el «domingo de los muertos». A la luz de lo que ocurrió en el desierto ese día era tristemente adecuado que los alemanes bautizaran con ese nombre la batalla.

Por la noche la fuerza británica en Sidi Rezegh se había replegado ligeramente hacia el sur, para esperar el refuerzo de la 1.^a División Sudafricana que estaba de camino. Pero nunca se produjo el encuentro. Y es que un ataque concentrado de las dos divisiones *panzer*, surgiendo de la neblina matinal, tomó por sorpresa a británicos y sudafricanos y los dividió, arrasando el campamento que ocupaban sus vehículos de transporte y provocando una estampida. El desastre podría haber sido mayor si las divisiones *panzer* no hubiesen recibido una señal de retirada de Cruewell, que no tenía una clara visión de la situación y quería enlazar con la División Ariete italiana antes de intentar dar un golpe definitivo. No obstante, los italianos eran muy cautos en su avance y no fue hasta la tarde cuando Cruewell lanzó su ataque. Partiendo del sur, atacó la parte principal de las fuerzas avanzadas de Norrie, la V Brigada Sudafricana y la XXII Brigada Acorazada, que estaban ahora aisladas. Mientras tanto, algunas de las unidades más pequeñas habían logrado escabullirse de la trampa. Cuando atacó ya se había organizado una buena defensa. Su ataque concentrado acabó teniendo éxito al tomar la posición y superar a los defensores, de los cuales unos tres mil fueron capturados o muertos. En cambio, el Afrika Korps perdió más de setenta de los ciento sesenta tanques que le quedaban.

Las pérdidas de tanques sufridas en este ataque directo contra una posición defensiva anularon con creces la ventaja material lograda mediante hábiles maniobras durante los días previos. En efecto, el enorme coste de este éxito táctico fue más dañino estratégicamente para los alemanes que cualquier otra cosa durante la operación Crusader. Mientras que el XXX Cuerpo había sufrido pérdidas mucho mayores —y solo le quedaban unos setenta tanques de los quinientos con que había empezado— los británicos tenían mayores reservas para restaurar su potencia en tanques, mientras que Rommel no tenía ninguna reserva.

El 24 de noviembre la batalla tuvo otro giro dramático. Y es que Rommel ahora buscaba explotar su éxito mediante un avance en profundidad hacia la frontera y más allá —en la retaguardia del 8.^º Ejército— con todas sus fuerzas

móviles. En lugar de perder tiempo mientras se concentraban, partió con la 21.^a División Panzer tan pronto como estuvo lista para ponerse en marcha y él mismo tomó el mando, indicando a la 15.^a que le siguiera y con la promesa de que el Cuerpo Móvil italiano (la División Acorazada Ariete y la Motorizada Trieste) apoyaría a las divisiones *panzer* para completar el cerco de las fuerzas británicas.

Esta intención inicial, indicada en su informe nocturno a Berlín y Roma, debía aprovechar el estado fragmentado de las fuerzas británicas y aliviar las guarniciones fronterizas germano-italianas. No obstante, durante la noche su objetivo se amplió, según las pruebas de sus principales oficiales de Estado Mayor. Sus afirmaciones son confirmadas por el diario de guerra del cuartel general que recogía que: «El comandante en jefe ha decidido perseguir al enemigo con sus divisiones acorazadas, para restablecer la situación en el frente de Sollum y, al mismo tiempo avanzar contra las líneas de comunicaciones de retaguardia de los británicos en la zona de Sidi Omar... Esto significará que pronto serán obligados a abandonar el combate».

Rommel estaba golpeando la mente del comandante enemigo, así como la retaguardia de las fuerzas contrarias y sus suministros. En aquel momento un ataque como ese tenía más posibilidades de éxito de las que Rommel podía imaginar. Y es que el día anterior, a continuación del resultado desastroso de la batalla acorazada, Cunningham había llegado a contemplar la retirada al otro lado de la frontera y solo se había detenido por la llegada de Auchinleck, que voló desde El Cairo e insistió en continuar el combate. Sin embargo, la carrera hacia la frontera de Rommel provocó una estampida entre los que estaban en su trayectoria y, naturalmente, produjeron aún más inquietud en el cuartel general del 8.^º Ejército.

A las cuatro en punto de la tarde Rommel alcanzó la frontera en Bir Sheferzen, tras haber recorrido casi cien kilómetros en una travesía del desierto de cinco horas. Al llegar, inmediatamente envió un grupo de combate al otro lado de la frontera, en dirección noreste hacia el paso de Halfaya, para dominar la ruta costera de retirada y suministro del 8.^º Ejército, aumentando al mismo tiempo la amenaza contra la retaguardia británica. Tras liderar el grupo de combate durante un trecho, Rommel se dio la vuelta, aunque se vio atrapado en el desierto por el fallo de un motor. Afortunadamente para él dio la casualidad que Curewell pasaba por allí en su propio vehículo de mando y le recogió. Pero estaba anocheciendo y no lograron encontrar un hueco en las alambradas de la frontera. De ese modo los dos comandantes, acompañados por sus jefes de Estado Mayor, pasaron la noche entre las tropas británicas e

indias de la zona, dependiendo solo para su seguridad del instinto natural del soldado común de «no despertar a los generales que duermen», ya que el vehículo de Cruewell había sido capturado a los británicos. Esto también les ayudó a escabullirse inadvertidos al amanecer y a regresar sanos y salvos al cuartel general de la 21.^a División Panzer.

No obstante, al regresar allí, tras doce horas de «arresto», Rommel se dio cuenta de que la 15.^a División Panzer todavía no había llegado a la frontera, mientras que la División Ariete se había detenido en una fase temprana de su avance, al vislumbrar a la I Brigada Sudafricana cruzada en su camino. Las columnas de transporte que llevaban suministros de combustible tampoco habían logrado llegar. Estos retrasos no solo entorpecían, sino que disminuían el desarrollo del contragolpe de Rommel. No podía llevar a cabo su plan de enviar un grupo de combate al este, a Habata, la cabecera del ferrocarril británico, para bloquear no solo el acceso a la escarpadura sino también la principal ruta terrestre a Egipto a lo largo de su cresta. También tuvo que abandonar la idea de enviar otro grupo de combate hacia el sur, al oasis de Jarabub, por la pista del Fuerte Maddalena, donde el 8.^º Ejército tenía su cuartel general avanzado, un movimiento que podría haber multiplicado la confusión y alarma allí. Incluso en la zona fronteriza transcurrió el día sin que se produjera ninguna acción fructífera más allá de un costoso ataque abortado contra Sidi Omar por el ya debilitado regimiento acorazado de la 21.^a División Panzer. Cuando la más poderosa 15.^a División Panzer hizo al fin su aparición en escena, su barrido en dirección norte a lo largo del lado cercano de la frontera apenas logró la destrucción de un taller de campaña en el que dieciséis tanques británicos estaban siendo reparados.

Un desarrollo tan escaso de la amenaza que había planeado tan pesadamente durante el día anterior dio a los británicos una oportunidad de recuperar el aliento y el equilibrio. Además, a primera hora de la mañana del tercer día, el 26 de noviembre, Cunningham fue sustituido como comandante del 8.^º Ejército por el jefe adjunto de Auchinleck en el Estado Mayor, Neil Ritchie, nombrado en esta situación de emergencia como forma de garantizar que la batalla seguiría adelante con independencia de los riesgos. Afortunadamente para los británicos el avance enemigo no alcanzó los dos grandes depósitos de suministros de Trigh el Abd, de los que dependían en gran medida para la continuación de la batalla y la reanudación de su avance. El desplazamiento en dirección sudeste de las divisiones *panzer* desde Sidi Rezegh pasó muy al norte de los depósitos, aunque la línea de avance italiana, si hubieran avanzado, habría pasado mucho más cerca de los depósitos.

Aunque el empuje de Rommel había perdido fuerza, la situación británica seguía siendo muy precaria en la mañana del 26. El XXX Cuerpo estaba tan afectado que no hizo nada durante el día para aliviar la amenaza enemiga en las zonas de retaguardia del XIII Cuerpo. Y estas, además de estar muy separadas también estaban aisladas por cortes en la comunicación por radio. Sin embargo, los alemanes también padecían problemas de comunicación debido a la pérdida de conexiones de radio, lo cual era mucho más perjudicial en su caso. Y es que sus perspectivas dependían de una acción rápida y coordinada para desarrollar una amenaza sobre la retaguardia británica, en tanto que lo mejor que podían hacer las tropas británicas de la zona era mantenerse firmes en sus posiciones fronterizas mientras la parte adelantada del XIII Cuerpo continuaba avanzando en dirección oeste enlazando con la guarnición de Tobruk y creando una doble amenaza en la retaguardia de Rommel. Esta amenaza había comenzado a generar una serie de señales desde el cuartel general del Grupo Panzer, en El Adem, que pedían el regreso de las divisiones *panzer* para aliviar la presión.

Estas llamadas inquietantes desde la retaguardia se unieron con las averías de radio y la falta de combustible en la zona avanzada para impedir la continuación del contraataque de Rommel. Esa mañana del 26 había ordenado a Cruewell que «despejara el frente de Sollum rápidamente» mediante un ataque simultáneo con la 15.^a División Panzer en un lado y la 21.^a en el otro. Pero se quedó consternado al descubrir que la 15.^a había retrocedido hasta Bardia a primera hora de la mañana, para repostar combustible y munición, y entonces, justo cuando regresaba al campo de batalla, se encontró con que la 21.^a se había retirado de Halfaya, al malinterpretar una orden y también estaba en camino para reabastecerse en Bardia. Así pues, ese día no hubo ninguna acción y por la tarde Rommel decidió, a regañadientes, que la 21.^a División Panzer continuara su regreso a Tobruk. Al día siguiente ordenó que la 15.^a hiciera lo mismo, tras un ataque a primera hora de la mañana en el que logró arrollar el cuartel general y los elementos de apoyo de la brigada neozelandesa más rezagada. Este fue el último acto de un contraataque que había comenzado tan prometedoramente.

Los comentarios retrospectivos sobre la acción estuvieron influidos, naturalmente, por el conocimiento de que había fracasado. Los críticos de mentalidad táctica adoptaron el punto de vista de que Rommel debería haberse concentrado en una explotación más local de su éxito en Sidi Rezegh: acabar con lo que quedaba del XXX Cuerpo o aplastar la División Neozelandesa en su posición avanzada, o capturar Tobruk, despejando de ese

modo su flanco y línea de suministros. Sin embargo, ninguna de estas tácticas ofrecía posibilidades de obtener resultados estratégicos decisivos contra los británicos, mientras que aparejaban más riesgos de perder tiempo y ser debilitado de manera decisiva en un ataque estéril. El equilibrio numérico estaba tan abrumadoramente en contra de Rommel desde el principio que estaba condenado a ser derrotado en una larga batalla de desgaste. Si trataba de continuar y liquidar los tanques que quedaban del XXX Cuerpo, estos siempre podían evitar la batalla, al ser más rápidos que los de Rommel. Las otras soluciones significaban atacar la infantería y la artillería desde posiciones defensivas. Como no podía permitirse llevar a cabo una batalla de desgaste, hubiera sido un disparate seguir cualquiera de estos desarrollos tácticos si tenía alguna perspectiva mejor. Esta perspectiva se la proporcionaba, de manera natural, el camino que eligió: un avance estratégico profundo con todas sus fuerzas móviles. Las posibilidades aumentaron por el hecho de que, finalmente, había convencido a Mussolini de poner el Cuerpo Móvil italiano bajo su mando.

El ataque de Rommel fue criticado a menudo, y *a posteriori*, como una temeridad. Pero la historia de la guerra muestra que este tipo de ataques ha tenido éxito muchas veces, especialmente por su efecto en la moral de las tropas enemigas y, sobre todo, en sus comandantes. También lo respaldaba la propia experiencia de Rommel. En dos ocasiones anteriores, en abril y junio, había provocado una retirada británica —en el primer caso un desmoronamiento— gracias a un ataque estratégico similar realizado con medios más débiles y que no alcanzó una posición tan amenazante. Dos meses después —en enero de 1942— provocó otro desmoronamiento mediante una cuarta ofensiva en profundidad, aunque no logró penetrar tanto como la de noviembre en el intento de cortar la línea de retirada británica. Además, cuando lanzó su ataque de noviembre las fuerzas opuestas estaban más dispersas y divididas que en ninguno de los otros tres casos, cuando su respuesta estratégica había sido un éxito.

Las causas de su fracaso en esta ocasión ya han aparecido en el relato de estos días cruciales: el retraso de la 15.^a División Panzer y la inercia del Cuerpo Móvil italiano en respaldar el avance dirigido por Rommel de la 21.^a División Panzer; la consiguiente pérdida de empuje y propagación de la forma de explotar la «onda de choque»; la torpe e inútil acción en la frontera, debida en parte a la ausencia de información precisa, de problemas con la radio y de órdenes malinterpretadas; la creación por parte de los británicos de una amenaza contra la retaguardia de sus enemigos; la determinación de

Auchinleck de continuar la lucha y generar una amenaza en lugar de retirarse; la sustitución del comandante del 8.^º Ejército en un momento crítico. Su sucesor, nombrado en tales circunstancias, se vio obligado a continuar los combates con independencia de los riesgos; esta fue una decisión afortunada, aunque podría haber sido fatídica. (Dos meses después, la reacción del sucesor ante una amenaza menor fue similar a la de su predecesor en noviembre).

Hay otro factor que merece atención al hacer un análisis militar de este episodio y de sus enseñanzas. La decisión de continuar la batalla no hubiera servido de nada y solo hubiera llevado a un desastre aún mayor, si la desbandada que provocó Rommel hubiera sido más amplia. Sin embargo, la mayor parte de los «fragmentos» del XXX Cuerpo que no estaban en su trayectoria se mantuvieron en o cerca de sus posiciones previas, aunque aislado, y así lo hicieron los del XIII Cuerpo. El mero hecho de estar tan separados, y en el XXX Cuerpo tan aturdidos por la paliza sufrida durante los días anteriores, ayudó a contrarrestar la tendencia habitual de estas unidades dispersas a retirarse hacia su base. En este caso el enemigo los había superado tan claramente en su avance por el este que debía parecer más seguro no moverse, en el borde del remolino, incluso si la llegada continuada de suministros era incierta.

Cuando el contraataque estratégico de Rommel fracasó en conseguir su objetivo, la primera cuestión era si podía recuperarse del error cometido, y la siguiente cuestión, si podía llegar a retomar la ventaja. Sorprendentemente, a la vista de sus debilidades, tuvo éxito en ambos objetivos. No obstante, no fue capaz de beneficiarse de su recuperada ventaja, y al final tuvo que retirarse por el efecto acumulado del desgaste. Este resultado final tiende a mostrar que tenía razón al considerar su profundo y aparentemente temerario contraataque estratégico del 24 de noviembre como el único movimiento que le podía proporcionar una buena oportunidad de inclinar la balanza a su favor de manera decisiva.

* * *

Cuando el Afrika Korps regresó al oeste, con sus sesenta tanques supervivientes (de los cuales un tercio eran ligeros), sus posibilidades de recuperar la situación en Tobruk mediante una acción directa parecían escasas y su propia situación era muy precaria. En efecto, el avance hacia el oeste de la División Neozelandesa, apoyado por casi noventa tanques Valentine y Matilda, atravesó las cortinas de asedio de Rommel la noche del 26 y

enlazaron con la fuerza británica en Tobruk, que comprendía más de setenta tanques (incluyendo veinte ligeros). Mientras tanto un nuevo envío desde la base había elevado la fuerza de tanques de la 7.^a División Acorazada hasta cerca de ciento treinta, de modo que, en total, los británicos ahora tenían una superioridad en tanques de 5 a 1 (y de 7 a 1 en tanques con cañones). Si hubieran sido utilizados de forma concentrada, el Afrika Korps hubiera tenido muy malas perspectivas de supervivencia, y la 7.^a División Acorazada hubiera sido capaz por sí sola de aplastarla.

El Afrika Korps estuvo en peligro durante la primera fase de su retirada, más aún porque la 21.^a División Panzer se vio retrasada por una barricada en su camino, y no pudo ayudar a la 15.^a División Panzer cuando esta fue interceptada y atacada durante la tarde del 27 de noviembre por parte de dos brigadas acorazadas de la 7.^a División Acorazada (con hasta tres veces más tanques que la alemana). Una brigada (la 22.^a) se cruzó en su camino mientras que la otra (la 4.^a) atacó la columna en su flanco, provocando confusión en los vehículos de transporte. Aunque los alemanes consiguieron contener el ataque después de unas horas críticas, su propia marcha hacia el oeste, a lo largo de la vía Trigh Capuzzo, tuvo que detenerse. Al anochecer los tanques británicos se retiraron hacia el sur, en el desierto, para situarse en un lugar protegido donde pasar la noche, siguiendo su práctica habitual. Esto permitió a los alemanes avanzar hacia el oeste aprovechando la oscuridad. Al día siguiente las brigadas acorazadas británicas renovaron su ataque, pero fueron mantenidas a raya por la cortina antitanque enemiga y cuando llegó la noche los alemanes estaban de nuevo en disposición de seguir adelante sin oposición.

Así, en la mañana del 29 el Afrika Korps conectó de nuevo con el resto de las fuerzas de Rommel y alivió la presión sobre ellas. Al día siguiente Rommel se concentró frente a la VI Brigada Neozelandesa aislada en la cresta de Sidi Rzegh, utilizando la División Ariete para proteger su flanco y su operación contra la interferencia de fuerzas acorazadas británicas situadas al sur. Sus tanques, después de haber rodeado el lado más alejado de la posición, atacaron por el oeste mientras que su infantería atacó por el sur. Por la tarde la VI Brigada Neozelandesa había sido expulsada de la cresta, pero una parte logró escabullirse y se unió al grueso de la división en el valle que había más abajo, cerca de Belhamed. Los blindados británicos, aunque habían vuelto a recuperar toda su fuerza por un nuevo envío de tanques, concentrados bajo la bandera de la IV Brigada Acorazada, no realizaron ningún esfuerzo enérgico para romper la «cortina» de Rommel y acudir al rescate. Los comandantes

habían caído tan a menudo en trampas y habían sufrido tanto la hábil combinación de tanques y cañones antitanque enemigos que se habían vuelto excesivamente cautos.

A primera hora de la mañana del 1 de diciembre las fuerzas de Rommel cercaron a los neozelandeses en Belhamed, cortando el «pasillo» que había entre ellos y las fuerzas de Tobruk. Hacia las 04:30 se ordenó a la IV Brigada Acorazada que se dirigiera al norte «a toda velocidad» con las primeras luces del día y que entablara combate, «a toda costa», con los tanques enemigos. Se puso en marcha a las 07:00, llegando al aeródromo de Sidi Rezegh a las 09:00 y, tras descender de la escarpadura, contactó con los neozelandeses. Entonces planificaron un ataque contra los tanques enemigos, que se calculaba que eran «unos cuarenta». Sin embargo, para entonces parte de los neozelandeses habían sido sobrepasados y se había ordenado una retirada general. Lo que quedaba de la División Neozelandesa se retiró hacia el este, a Zaafran (y después, por la noche, hasta la frontera), mientras que la IV Brigada Acorazada llevó a cabo una retirada en dirección sur de cuarenta kilómetros hasta Bir Berraneb.

El resultado de este tercer asalto de la batalla fue un logro asombroso por parte de una fuerza enemiga que había sido superada por 7 a 1 en tanques al principio del asalto y que, al finalizar, aún seguía siendo superada, por 4 a 1, respecto al conjunto del bando británico.

Auchinleck volvió a volar hasta el cuartel general del 8.^º Ejército. Calibrando correctamente la debilidad subyacente de las fuerzas de Rommel, estaba decidido a continuar la batalla, con fuerzas de refresco, reservas y tanques que podía hacer llegar para la ocasión. La 4.^a División India fue relevada en la frontera por la 2.^a Sudáfricana, y enviada a unirse a la 7.^a División Acorazada en un movimiento de flanqueo para cortar las líneas de suministro y retirada de Rommel.

Cuando Rommel tuvo noticias de esta nueva y grave amenaza, decidió retirarse hacia el oeste y concentrar el resto de sus tanques para atacar con el fin de trastocar el movimiento de flanqueo británico. Así, durante la noche del 4 de diciembre el Afrika Korps se escabulló hacia el oeste, abandonando el cerco de Tobruk.

Esa mañana la brigada que iba en cabeza de la 4.^a División India había lanzado un ataque sobre la posición italiana en Bir el Gubi (a unos treinta kilómetros al sur de Sidi Rezegh), pero el ataque se malogró ante el fuego de los defensores. Al día siguiente se retomó el ataque y de nuevo fue rechazado. Durante estas operaciones las fuerzas blindadas británicas habían defendido el

flanco norte del ataque frente de las interferencias de Rommel, pero, desgraciadamente, se retiraron para acampar durante la tarde del 5, con intención de establecer un nuevo sistema de campamentos. A las 17:30 las fuerzas *panzer* de Rommel hicieron su aparición repentina, en Bir el Gubi, y aplastaron a parte de la brigada india no protegida, mientras el resto escapaba con la llegada de la noche.

A continuación de este revés, el comandante del XXX Cuerpo, Norrie, decidió posponer su previsto avance por el flanco hasta Acroma, un retraso que impidió la oportunidad de cortar la línea de retirada de Rommel. Se ordenó a la IV Brigada Acorazada que localizara y destruyera los blindados enemigos antes de intentar reanudar el avance. Pero no se logró el objetivo y el examen de los archivos muestra que no se hizo ningún esfuerzo por lograrlo, aunque la llegada de cuarenta nuevos tanques había hecho que el total de la brigada ascendiera a 136, casi el triple de lo que le quedaba al Afrika Korps. La brigada pasó los dos días siguientes en posición cerca de Bir el Gubi, con ocasionales pequeñas incursiones que pretendían en vano atraer al enemigo a un ataque directo contra las posiciones de artillería de la 4.^a División India.

El 7 de diciembre Rommel, al que habían comunicado que no era previsible ningún refuerzo antes de final de año, decidió replegarse a la línea de Gazala. Esa noche el Afrika Korps comenzó su retirada. Los británicos tardaron en darse cuenta de lo que estaba pasando y no fue hasta el 9 de diciembre cuando sus blindados comenzaron a avanzar hacia Knightsbridge, el cruce de carreteras al sur de Acroma. El avance fue frenado por la retaguardia enemiga a trece kilómetros de Knightsbridge y la unidad mostró más preocupación por protegerse a sí misma que por atrapar al enemigo. El 11 las fuerzas de Rommel habían retrocedido sanas y salvas hasta Gazala, donde ya se había preparado una posición defensiva como línea de reserva.

El 13 de diciembre, el XIII Cuerpo de Godwin-Austen, que para entonces se había hecho cargo de la persecución lanzó su ataque contra la línea Gazala. El ataque frontal fue rechazado, pero el Cuerpo Móvil italiano que cubría el flanco del interior de Rommel cedió rápidamente ante la presión, y el ala izquierda británica alcanzó Sidi Brehisc, a unos veinticinco kilómetros tras la línea Gazala. No obstante, un contraataque *panzer* detuvo el movimiento de cerco.

El 14, antes de relanzar el ataque, Godwin-Austen envió a la IV Brigada Acorazada a realizar un amplio movimiento giratorio hasta Halegh Eleba, un cruce múltiple de carreteras, a medio camino entre Gazala y Mechili. Este

movimiento para situarse a horcajadas de la retaguardia de Rommel comenzó a las 14:30 y la brigada se detuvo para pasar noche después de un trayecto de 35 kilómetros hacia el sur. Reanudó la marcha a las 07:00, teniendo que recorrer cien kilómetros, pero tuvo un comportamiento peor de lo esperado y no llegó hasta Halegh Eleba hasta las 15:00, cuatro horas después de lo previsto y demasiado tarde como para contribuir al ataque desviando las reservas *panzer* de Rommel, como estaba planeado. Además, no se movió ni hizo nada para hacerse presente, por lo que el enemigo no fue consciente de su presencia hasta la mañana siguiente.

Mientras tanto, el ataque principal del 15 de diciembre había fracasado. Un asalto cerca de la costa había logrado un punto de apoyo en la posición de Gazala, pero un ataque envolvente fue desbaratado por un contraataque *panzer* a mediodía que dispersó las partes avanzadas de la fuerza atacante.

El alto mando británico seguía esperando que la potente brigada acorazada que había situado en la retaguardia enemiga tuviera resultados decisivos al día siguiente. Pero durante la mañana del 16 la brigada se replegó más de treinta kilómetros al sur para repostar con total seguridad y, cuando regresó por la tarde hasta un punto más cercano a la frontera, fue rechazada una vez más por una cortina antitanque y se tuvo que retirar de nuevo para pasar la noche. Hubo un intercambio de fuego a larga distancia, pero no hubo bajas. El análisis de estas operaciones nos da la impresión de que el deseo predominante era ver la marcha del enemigo, cosa que hizo por el amplio espacio que le dejaron para que se fuese.

Y es que las pequeñas pérdidas durante el exitoso contraataque *panzer* del 15 de diciembre había dejado al Afrika Korps con apenas treinta tanques, mientras ahora los británicos tenían casi doscientos en la zona. Sopesando la situación, Rommel se dio cuenta de que era imposible sostener por más tiempo la línea Gazala y decidió dar un amplio paso atrás y situarse muy lejos del alcance enemigo, en espera de los refuerzos. Se retiraría al cuello de botella de Mersa Brega, en la frontera tripolitana, una posición ideal para la defensa. También había sido el trampolín para su primera ofensiva, y volvería a cumplir ese papel. Así, en la noche del 16 de diciembre comenzó su retirada: el Afrika Korps y el Cuerpo Móvil italiano viajaban por la ruta del desierto mientras que las divisiones de infantería italianas marchaban por la carretera costera.

Costó poner en marcha la persecución. La IV Brigada Acorazada no comenzó hasta las 13:00 del día siguiente y dos horas después se detuvo para pasar noche, a veinticinco kilómetros de su posición de partida en Halegh

Eleba, mientras se llevaban a cabo preparativos administrativos para un nuevo avance. El 18 avanzó por el desierto hasta un punto al sur de Mechili, pero al girarse hacia el norte estuvo a punto de alcanzar la retaguardia de las columnas enemigas en retirada.

Mientras tanto la 4.^a División India, instalada en camiones y acompañada de tanques de infantería, avanzaba más cerca de la costa, a través del escabroso terreno del altiplano de Yebel Ajdar. Tomaron Derna durante la mañana del 19, pero el grueso de las columnas enemigas que marchaban a pie ya había franqueado este cuello de botella sano y salvo. Un intento de interceptarlos más al oeste se vio complicado por la dificultad del terreno y la escasez de combustible, y solo se logró capturar unos restos. Una gran parte de las fuerzas perseguidoras se quedaron inmovilizadas por falta de gasolina.

Se utilizó a elementos de infantería motorizada para que liderasen la persecución a través de la cuerda del desierto de la gran curva de Bengasi.

Al llegar a Antelat el 22 de diciembre se encontraron con la fuerza *panzer* enemiga (treinta tanques) emplazada cerca de Beda Fomm —para defender la retirada por la costa de las fuerzas italianas que se desplazaban a pie— y fue mantenida a raya hasta el 26, cuando la retaguardia de Rommel se retiró otros cincuenta kilómetros hasta Agedabia. Mientras tanto llegó la XXII Brigada Acorazada, reequipada, para reforzar a los perseguidores. Mientras seguía la retaguardia enemiga, la Brigada de Guardias lanzó un ataque frontal en Agedabia —que fracasó— y la XXII Brigada Acorazada hizo un movimiento giratorio, penetrando cincuenta kilómetros en el desierto, pasando por El Haseiat. Esta maniobra padeció un revés inesperado. El 27 su propio flanco fue súbitamente atacado por una fuerza *panzer* alemana y tres días después fue cercada en el curso de otros combates. Aunque unos treinta tanques británicos consiguieron escapar, se perdieron sesenta y cinco. Para organizar esta respuesta Rommel se había ayudado de la llegada de dos compañías de tanques de refresco (treinta tanques) que habían desembarcado en Bengasi el 19, justa antes de la evacuación del puerto. Fueron los primeros refuerzos que recibió desde el inicio de la operación Crusader.

El revés británico en El Haseiat fue un final decepcionante y desalentador para la larga persecución, una ducha fría sobre la euforia del éxito final en la batalla en torno a Tobruk. Sin embargo, la retirada forzada de Rommel logró ventajas sustanciales. Dejaba a las guarniciones germano-italianas de la frontera aisladas y sin esperanza. Bardia se rindió el 2 de enero y los otros dos últimos puestos fronterizos el 17. Esto elevó el número de prisioneros en las posiciones fronterizas hasta 20 000, incluyendo los que ya habían sido

capturados anteriormente en Sidi Omar, llevando las bajas del Eje hasta 33 000, frente a justo menos de 18 000 en el bando británico. No obstante, cerca de dos terceras partes de las pérdidas del Eje eran italianos y, de los 13 000 alemanes, una parte considerable era personal administrativo, mientras que el grueso de las bajas británicas en la batalla de seis semanas de duración consistía en tropas de combate e incluía a muchos veteranos del desierto bien entrenados y difíciles de sustituir.

La desventaja de tener que depender de tropas sin experiencia, especialmente en el desierto, se verá una vez más en la siguiente batalla. Esta tuvo lugar en la tercera semana de enero, cuando Rommel, en apariencia fuera de combate, lanzó otro de sus ataques inesperados, con resultados sorprendentemente similares a su primera ofensiva en 1941.

Recrudescimiento en el Lejano Oriente

A partir de 1931 los japoneses estaban agresivamente ocupados en expandir sus puntos de apoyo en Asia continental a expensas de los chinos, debilitados por los conflictos internos y en detrimento de los intereses estadounidenses y británicos en esa zona del mundo. Ese año habían invadido Manchuria que convirtieron en un estado satélite japonés. En 1932 penetraron en la propia China y a partir de 1937 realizaron un esfuerzo constante para establecer su control de esa amplia región. Sin embargo, se vieron enredados en las dificultades de una guerra de guerrillas y acabaron buscando una solución al problema en nuevos movimientos expansionistas, hacia el sur, dirigidos a impedir que los chinos recibieran suministros desde el extranjero.

Tras la conquista de Francia y los Países Bajos por parte de Hitler en 1940, los japoneses se aprovecharon de la impotencia de Francia para hacer que aceptara, bajo amenazas, la ocupación «protectora» de la Indochina francesa.

En respuesta, el presidente Roosevelt exigió el 24 de julio de 1941, la retirada de las tropas japonesas de Indochina. Y para reforzar su exigencia dio órdenes (el 26) para congelar todos los activos japoneses en Estados Unidos y estableció un embargo sobre el suministro de petróleo. Churchill llevó a cabo una acción simultánea y dos días después el Gobierno holandés refugiado en Londres fue inducido a hacer lo mismo, lo que significa, como había señalado Churchill, que «Japón fue privado de golpe de sus vitales suministros de petróleo».



En conversaciones anteriores, que se remontaban a 1931, siempre se había reconocido que un golpe paralizante como este obligaría a Japón a combatir como única alternativa al derrumbe o al abandono de su política. Es notable que demorara atacar durante más de cuatro meses, mientras trataba de negociar el levantamiento del embargo petrolífero. El Gobierno de Estados Unidos rechazó levantar el embargo a menos que Japón se retirara no solo de Indochina sino también de China. No se podía esperar que ningún Gobierno, y menos aún el japonés, aceptase unas condiciones tan humillantes y tal descrédito. Por tanto, había motivos de sobra para esperar que la guerra en el Pacífico se produjera en cualquier momento, a partir de la última semana de julio. En estas circunstancias estadounidenses y británicos tuvieron suerte al lograr cuatro meses de gracia antes del ataque japonés. Con todo, no se aprovechó ese tiempo para llevar a cabo preparativos de defensa.

En la mañana del 7 de diciembre de 1941 una fuerza naval japonesa de seis portaaviones llevó a cabo un ataque aéreo devastador sobre Pearl Harbor,

la base naval estadounidense en el archipiélago de Hawái. El ataque se realizó antes de la declaración de guerra, siguiendo el precedente del ataque sobre Port Arthur en 1904, inicio de las hostilidades de Japón en su guerra contra Rusia.

Hasta principios de 1941 el plan de Japón en caso de guerra contra Estados Unidos consistía en utilizar su flota principal en el Pacífico sur en conjunción con un ataque contra las Filipinas, para hacer frente a un avance estadounidense por el océano en ayuda de su guarnición en esas islas. Esta era la acción que los estadounidenses esperaban que llevaran a cabo los japoneses y sus expectativas se habían visto reforzadas por la reciente ocupación japonesa de Indochina.

Sin embargo, desde entonces el almirante Yamamoto había concebido un nuevo plan, un ataque sorpresa contra Pearl Harbor. La fuerza atacante realizó una aproximación muy indirecta a través de las islas Kuriles y llegó por el norte hasta las Hawái sin ser detectada. Después lanzó su ataque, antes del amanecer, con trescientos sesenta aviones desde una posición a unos quinientos kilómetros de Pearl Harbor. Cuatro de los ocho acorazados estadounidenses fueron hundidos, uno encalló y los demás fueron gravemente dañados. En poco más de una hora los japoneses se habían hecho con el control del Pacífico.

Con este ataque se despejaba el camino para una invasión marítima ininterrumpida de los territorios estadounidenses, británicos y holandeses en ese océano. Mientras que la principal fuerza de ataque japonesa se dirigía a Hawái, otras fuerzas navales habían escoltado convoyes de transporte de tropas en el sudoeste del Pacífico. Casi simultáneamente al ataque aéreo sobre Pearl Harbor comenzaron los desembarcos en la península malasia y en Filipinas.

Aquellos iban dirigidos a la gran base naval británica de Singapur, pero no hubo un intento de atacarla desde el mar, el tipo de ataque contra el que las defensas había sido diseñadas. La aproximación era muy indirecta. Mientras que se realizó un desembarco en Kota Bharu en la costa noreste de la península malasia, para capturar aeródromos y distraer la atención, las fuerzas principales desembarcaron en la parte tailandesa de la península, a unos ochocientos kilómetros al norte de Singapur. Desde esos lugares de desembarco, en el extremo noreste, las fuerzas japonesas se desplegaron por la costa oeste de la península, flanqueando de manera sucesiva todas las líneas en las que las fuerzas británicas trataron de detenerlas.

Los japoneses no solo se aprovecharon de la inopinada elección de una ruta tan difícil, sino también de las oportunidades de una infiltración inesperada que a menudo permitía la densa vegetación. Tras una retirada casi continua durante seis semanas las fuerzas británicas se vieron obligadas a retirarse del continente a la isla de Singapur a finales de enero. En la noche del 8 de febrero, los japoneses lanzaron su ataque a través de los estrechos de kilómetro y medio de ancho, desembarcaron en numerosos puntos y llevaron a cabo nuevas infiltraciones en un amplio frente. El 15 de febrero las fuerzas defensoras se rindieron y con ellas se perdió la clave del Pacífico sudoeste.

En una pequeña operación separada los japoneses habían lanzado un ataque contra la base británica de Hong Kong, iniciada el 8 de diciembre, y obligó a rendir la colonia, con su guarnición, el día de Navidad.

En la isla principal de Filipinas, Luzón, los desembarcos iniciales al norte de Manila fueron seguidos rápidamente por un desembarco en la retaguardia de la capital. Ante este empuje desarmante, y la amenaza convergente, las fuerzas estadounidenses abandonaron gran parte de la isla y retrocedieron hasta la pequeña península de Batán, antes de acabar diciembre. En contraste, allí solo estaban expuestos a un ataque frontal en un frente estrecho y lograron mantenerse hasta abril antes de ser superados.

Mucho antes de eso, e incluso de la caída de Singapur, la oleada de conquistas japonesas se extendía por el archipiélago malayo. El 11 de enero las fuerzas japonesas desembarcaron en Borneo y Célebes y otros desembarcos mayores se produjeron el 24. Cinco semanas después, el 1 de marzo, los japoneses lanzaron un ataque en Java, el centro de las Indias Orientales Neerlandesas, después de que la isla fuese aislada mediante movimientos de flanqueo. En apenas una semana el conjunto de Java había caído en sus manos como una fruta madura.

No obstante, la aparente amenaza inminente sobre Australia no tuvo lugar. El principal esfuerzo japonés se dirigía ahora en dirección contraria, hacia el oeste, para la conquista de Birmania. El avance directo, pero en un amplio frente, desde Tailandia a Rangún era una aproximación indirecta hacia su objetivo principal en el continente asiático en conjunto: la parálisis de la capacidad de resistencia de China. Y es que Rangún era el puerto de entrada de los suministros de equipos anglo-estadounidenses para China, a través de la carretera de Birmania.

Al mismo tiempo, este movimiento fue diseñado astutamente para completar la conquista de la entrada occidental del Pacífico y establecer allí una barrera firme en las principales rutas por las que pudiera intentarse

posteriormente cualquier ofensiva terrestre anglo-estadounidense. El 8 de marzo cayó Rangún y en un par de meses las fuerzas británicas fueron expulsadas de Birmania, a través de las montañas, de vuelta a la India.

De este modo los japoneses se habían asegurado una posición protectora tan naturalmente fuerte que cualquier intento de reconquista estaría gravemente en desventaja y destinado a ser un proceso muy lento.

Pasó mucho tiempo antes de que los aliados reunieran fuerzas suficientes como para intentar recuperar las conquistas japonesas, comenzando por el extremo sudeste. Allí se beneficiaron de la conservación de Australia, que les proporcionó una base a gran escala y cercana a la cadena de puestos de avanzada japoneses.

* * *

Japón era el único país con un avanzado estado de industrialización fuera de Europa y Norteamérica, debido al rápido proceso de modernización que había comenzado con el emperador Meiji a partir de 1868. Sin embargo, en el fondo la sociedad japonesa seguía siendo «feudal», con una exaltación del guerrero y no del productor o el mercader. El emperador era de carácter divino y la clase dirigente todopoderosa. Además, la influencia de los militares era inmensa. Fervientemente patrióticos y a menudo extremadamente xenófobos, confiaban en establecer una dominación del conjunto del este de Asia, en especial de China. A partir de los años treinta habían asumido virtualmente, mediante amenazas y asesinatos, el control de la política japonesa.

El enfoque japonés de los problemas políticos y estratégicos estaba muy influido por el hecho de no haber sufrido ninguna derrota desde el inicio de la modernización. La creencia del pueblo en su invencibilidad se generalizó tras la guerra con Rusia de 1904-1905, cuando sus fuerzas tanto terrestres como navales demostraron su superioridad, y también que el dominio de los europeos sobre el resto de los pueblos del mundo se podía romper.

En agosto de 1914 Japón, como aliado de Gran Bretaña desde 1902, había capturado Tsing-tao y Shantung, las concesiones alemanas en China, junto a los archipiélagos del Pacífico de las Marshall, las Carolinas y las Marianas, todas ellas colonias alemanas. Las adquisiciones fueron confirmadas por el Tratado de Versalles en 1919, tras el fin de la Primera Guerra Mundial, convirtiendo así a Japón en la potencia predominante de la parte occidental del Pacífico. A pesar de todo, su pueblo estaba insatisfecho con sus conquistas en la guerra y se quedó con la sensación de que tenía algo en común con Italia y Alemania.

La sensación de frustración probablemente tuvo su origen en el fracaso japonés en controlar China, en 1915, cuando tuvo que retirar sus «Veintiuna exigencias» por la protesta estadounidense. Significativamente China siempre había sido el principal objetivo del Ejército japonés a partir de la guerra sino-japonesa de 1895. Aunque al final de la Primera Guerra Mundial la *Política de defensa imperial* mencionaba a Estados Unidos como el principal enemigo potencial, siguiendo el punto de vista de la Marina, al Ejército siempre le había inquietado más la Rusia soviética, cuyas grandes fuerzas terrestres en Extremo Oriente eran vistas como una amenaza mucho mayor para los designios continentales de Japón.

Posteriormente tuvieron lugar una serie de humillaciones para el país nipón durante los años 1921-1924. Primero los británicos declinaron educadamente renovar su alianza con Japón. Hasta cierto punto esta ruptura fue provocada por varios signos de los planes expansionistas japoneses en el Pacífico, pero la decisión definitiva se tomó bajo una fuerte presión de Estados Unidos. Los japoneses se lo tomaron como un insulto y un símbolo de que los pueblos blancos se alineaban en su contra. Su indignación aumentó por sucesivos pasos legislativos estadounidenses para restringir la inmigración japonesa, culminando en la ley de 1924 que excluía a los asiáticos como inmigrantes. El doble desprecio fue amargamente resentido.

Mientras tanto los británicos habían anunciado planes para construir una base naval de Extremo Oriente en Singapur, con capacidad para acoger una flota de guerra. Obviamente esto pretendía ser una forma de control de Japón y fue interpretado por los japoneses como un desafío.

Todo esto provocó una reacción contra los líderes políticos japoneses, crecientemente atacados por haber aceptado una base 3-5-5 entre las fuerzas navales japonesa, estadounidense y británica, en virtud del Tratado de Washington de 1922 sobre limitación de fuerzas navales. Otros agravios eran que habían aceptado devolver la provincia de Shantung a China y haber firmado posteriormente el Tratado de las Nueve Potencias de 1922 que garantizaba la integridad de China.

En realidad, irónicamente, el Tratado de Washington favoreció los posteriores movimientos expansionistas japoneses al debilitar los controles sobre ese país en el Pacífico. Además, las proyectadas bases navales estadounidenses y británicas en la zona se retrasaron o fortificaron débilmente. En cuanto a Japón, pudo eludir más fácilmente las especificaciones de potencia armamentística y tonelaje durante los trece años anteriores a que repudiara abiertamente el tratado.

Los líderes políticos más liberales de Japón también sufrieron por la crisis económica mundial de 1929, ya que el país fue golpeado especialmente por ella, con el resultado de un creciente descontento que los militaristas fueron capaces de explotar al exponer el argumento de que la expansión era la solución para el problema económico de Japón.

En septiembre de 1931 el «incidente de Mukden» proporcionó a los líderes militares japoneses de la zona una oportunidad para expandirse a Manchuria, convirtiéndola en el estado títere de Manchukuo. Sus tropas, que vigilaban el ferrocarril del sur de Manchuria, en virtud del tratado, atacaron y desarmaron a las guarniciones chinas de Mukden y las ciudades cercanas con la excusa de defenderse ante la amenaza de un ataque. Los hechos eran oscuros, y fueron oscurecidos, ayudando a que los japoneses conquistaran toda Manchuria en pocos meses. Aunque la ocupación no fue reconocida ni por la Liga de Naciones ni por Estados Unidos, las protestas y la generalización de las críticas dieron a los japoneses el incentivo necesario para retirarse de la Liga en 1933. Tres años después se unieron a la Alemania nazi y a la Italia fascista en el Pacto Antikomintern.

En julio de 1937 un supuesto enfrentamiento en el puente Marco Polo, otro «incidente» muy sospechoso, llevó al Ejército de Kwantung japonés a invadir el norte de China propiamente dicho. La invasión continuó y se extendió durante los dos años siguientes, pero los japoneses se empantanaron cada vez más en su lucha contra las fuerzas nacionalistas chinas de Chiang Kai-shek y su ataque contra Shanghái en el verano de 1937 fue rechazado. Sin embargo, esto acabó volviéndose a su favor a largo plazo, ya que los espoléó para corregir fallos tácticos e inclinaciones a confiarse en exceso, esto último originado durante la guerra ruso-japonesa. Aunque ello no ocurrió antes de que sufrieran una nueva lección a manos del Ejército Rojo en un choque por la disputada frontera de Manchuria occidental. Aquí, en la región de Nomonhan, una fuerza japonesa de unos quince mil hombres fue cercada y se perdieron más de once mil cuando los rusos llegaron con cinco brigadas mecanizadas y tres divisiones de infantería, en agosto de 1939.

Durante ese mismo mes las noticias inesperadas del Pacto Germano-Soviético provocaron un cambio repentino y el regreso de los Gobiernos moderados japoneses. No obstante, esta reacción solo continuó hasta la conquista de Europa occidental por Hitler en 1940, y en julio de ese año el Ejército impuso un Gobierno pro Eje dirigido por el príncipe Konoye. La expansión japonesa en China se aceleró y, a finales de septiembre, Japón firmó el Pacto Tripartito con Alemania e Italia, en virtud del cual los tres se

comprometían a oponerse a cualquier país que se uniese a los aliados. Se trataba de un pacto destinado fundamentalmente a evitar la intervención de Estados Unidos.

En abril de 1941 los japoneses se reaseguraron mediante un pacto de neutralidad con la Rusia soviética. Este les permitía liberar fuerzas para sus operaciones expansionistas en el sur. No obstante, incluso entonces las sospechas hacia Rusia y sus intenciones los llevaron a asignar solo once divisiones para tales operaciones, mientras que trece se mantuvieron en Manchuria y veintidós en China.

El 24 de julio los japoneses, con la conformidad reticente del Gobierno de Vichy ocuparon la Indochina francesa. Dos días más tarde el presidente Roosevelt «congeló» todos los activos japoneses, una acción seguida pronto por los Gobiernos británico y holandés. De este modo el comercio con Japón se detuvo, especialmente el petrolero.

Japón importaba el 88 por ciento de su consumo de petróleo en tiempos de paz. En el momento del embargo tenía existencias para tres años de uso normal, o la mitad en caso de consumo máximo en tiempo de guerra. Además, un estudio de la Oficina de Guerra japonesa había mostrado que las existencias se agotarían antes de los tres años que se consideraban necesarios para acabar la guerra en China, por lo que una victoria allí parecía aún más importante. El único recurso disponible estaba en los pozos petrolíferos de las Indias Orientales Neerlandesas, y se consideraba que, aunque seguramente los holandeses destruirían sus instalaciones antes de ser capturadas, estas podrían ser reparadas y puestas en funcionamiento antes de que las existencias domésticas estuvieran demasiado mermadas. El petróleo de Java y Sumatra salvaría la situación y permitiría completar la conquista de China.

La conquista de la región, incluyendo Malasia, también les proporcionaría la posesión de cuatro quintas partes de la producción mundial de caucho y de dos tercios del estaño. Esto no solo era una adquisición muy valiosa para Japón, sino que afectaba a sus adversarios más que lo que hubiera supuesto la pérdida de petróleo.

Estos eran los factores principales que los líderes japoneses tenían que tener en cuenta al hacer frente al embargo comercial. A menos que pudieran convencer a Estados Unidos de levantarla, se enfrentaban a un dilema entre abandonar sus ambiciones —en cuyo caso se podría producir un golpe militar en Japón— o apoderarse del petróleo y combatir a las potencias blancas. Se trataba de una difícil alternativa. Si continuaban su campaña en China, pero se retiraban de Indochina y detenían su expansión meridional, podrían lograr

mitigar algo el embargo, pero el propio Japón se volvería más débil y menos capaz de hacer frente a cualquier exigencia adicional de Estados Unidos.

La natural vacilación ante la necesidad de hacer una elección de todo o nada puede explicar el enigma de por qué los japoneses tardaron tanto en atacar y demoraron su decisión durante cuatro meses. También intervino el instinto natural de los jefes para tener tiempo suficiente de completar los preparativos, así como las discusiones prolongadas sobre la estrategia a adoptar. Una corriente de pensamiento esperaba, y defendía, de manera optimista que Estados Unidos se mantendría al margen si Japón se limitaba a capturar los territorios holandeses y británicos.

El 6 de agosto Japón suplicó a Estados Unidos que levantara el embargo. Ese mismo mes se produjo la decisión estadounidense de quedarse con todas las islas Filipinas en caso de guerra y la petición japonesa para el cese del flujo de refuerzos estadounidenses en la zona. Obtuvieron una respuesta firme, advirtiendo a los japoneses en contra de nuevas agresiones.

Después de otros dos meses de discusiones internas el Gobierno del príncipe Konoye fue sustituido por otro bajo el mando del general Hideki Tojo, un acontecimiento que fue probablemente decisivo. Aun así, siguió habiendo más discusiones y la decisión de ir a la guerra no se tomó hasta el 25 de noviembre. Un factor desencadenante fue un informe que indicaba que las existencias habían disminuido en un cuarto del total entre abril y septiembre.

Aun entonces, el comandante en jefe de la Flota Combinada japonesa, el almirante Yamamoto, recibió órdenes ese mismo día en el sentido de que el ataque a Pearl Harbor debía ser anulado si, por casualidad, las negociaciones en Washington tenían éxito.

Las fuerzas navales en el Pacífico, en diciembre de 1941, se resumen en la siguiente tabla.

	Acorazados	Portaaviones	Cruceros pesados	Cruceros ligeros	Destructores	Submarinos
Imperio Británico	2	-	1	7	13	-
Estados Unidos	9	3	13	11	80	56
Holanda	-	-	-	3	7	13
Francia Libre	-	-	-	1	-	-
Total Aliados	11	3	14	22	100	69
Japón	10	10	18	18	113	63

El punto principal a destacar es que mientras que ambos bandos estaban muy equilibrados en la mayoría de las categorías, los japoneses tenían una gran ventaja en portaaviones, el arma crucial. Además, lo que una tabla como esta no puede mostrar son las diferencias cualitativas. Las fuerzas japonesas eran compactas y bien entrenadas, especialmente en el combate nocturno. No tenían problemas de mando o de idioma, como sí ocurría en el bando aliado. Había 9600 kilómetros de océano entre las dos principales bases aliadas: Pearl Harbor y Singapur. En términos materiales la Marina japonesa era mucho mejor. Tenía muchos más buques nuevos y la mayoría estaban mejor armados y eran más rápidos. De los acorazados solo el HMS Prince of Wales podía competir, en esos aspectos, con los mejores japoneses en su categoría.

En cuanto al Ejército, los japoneses solo utilizaban once divisiones, de un total general de cincuenta y una, para sus operaciones en el sudoeste del Pacífico. Esto representaba menos de un cuarto de millón de combatientes que, con las tropas administrativas, probablemente ascendiera a un total de 400 000 hombres. Las cifras de los aliados eran más inciertas. Al tomar la decisión de atacar los japoneses calculaban que los británicos tenían 11 000 en Hong Kong, 88 000 en Malasia y 35 000 en Birmania, 134 000 en total; los estadounidenses tendrían 31 000 en Filipinas, con unos 110 000 soldados filipinos; por su parte los holandeses tendrían 25 000 soldados regulares y 40 000 milicianos. Superficialmente, lanzar una ofensiva de largo alcance con un margen de superioridad tan pequeño podría parecer una apuesta temeraria. En realidad era una apuesta bien calculada, ya que el control marítimo y aéreo normalmente proporcionaría a los japoneses superioridad numérica local, lo

que se multiplicaría gracias a la experiencia y a la mayor calidad del entrenamiento, en especial en operaciones anfibias, combate en la jungla y ataques nocturnos.

En cuanto a la Aviación, los japoneses solo utilizaban 700 aviones de primera línea del total de 1500 que tenía el Ejército, aunque estos eran reforzados por 480 aparatos de la Marina, pertenecientes a la 11.^a Flota Aérea con base en Formosa, así como otros 360 destinados al ataque a Pearl Harbor. Originalmente los portaaviones fueron asignados, y se necesitaban, para la cobertura aérea de las operaciones en el sur. Sin embargo, en noviembre, apenas cuatro semanas antes de la guerra, el radio de acción de los cazas Zero, que superaban a los cazas aliados disponibles, aumentó, de modo que podían volar los más de 700 kilómetros que hay de Formosa a Filipinas y vuelta. De ese modo los portaaviones fueron liberados del ataque a Pearl Harbor.

Frente a estas poderosas fuerzas aéreas había 307 aviones operativos estadounidenses en Filipinas, incluyendo 35 bombarderos de largo alcance B-17, aunque de inferior calidad; 158 aviones de primera línea británicos en Malasia, la mayoría obsoletos, y 144 holandeses en sus territorios. En Birmania los británicos solo tenían por entonces 37 cazas. La superioridad japonesa en cantidad se multiplicaba por la preponderancia en calidad, especialmente la de los cazas Zero.

Los japoneses también debían mucho a su desarrollo de la guerra anfibia en una región oceánica llena de islas y golfos. La única debilidad sería el tamaño relativamente pequeño de su marina mercante —menos de seis millones de toneladas—, aunque eso no se convirtió en una desventaja decisiva hasta el final de la guerra.

En resumen, los japoneses comenzaron la guerra con una gran ventaja en todos los terrenos, especialmente en el de la calidad. En la fase inicial su único peligro real consistía en la posibilidad de una rápida intervención de la Flota del Pacífico estadounidense, pero ese peligro fue impedido mediante su ataque a Pearl Harbor.

La información es otro factor que rara vez se tiene en cuenta al examinar el equilibrio de las fuerzas. En general, los japoneses estaban bien informados debido a un largo y cuidadoso estudio del terreno, por anticipado, aunque los aliados tenían una inmensa ventaja gracias a que los estadounidenses habían descifrado el código diplomático japonés en el verano de 1940 (un logro debido al coronel William F. Friedman). A partir de entonces todos los mensajes secretos del Ministerio de Asuntos Exteriores o del mando militar

podían ser leídos por los estadounidenses y, durante las negociaciones anteriores a la guerra, conocían las últimas propuestas de Tokio antes de que se las presentaran. Solo la fecha exacta y los puntos de ataque operativos no se transmitieron al embajador japonés.

Aunque Pearl Harbor tomó por sorpresa a los estadounidenses, su conocimiento de los códigos japoneses era, inherentemente, una enorme ventaja básica que se vio confirmada a medida que aprendieron a utilizarla mejor.

La estrategia japonesa se dirigía a un objetivo doble, defensivo y ofensivo, de garantizar los suministros petrolíferos necesarios que permitirían al país vencer a China que, en el mismo proceso de gran alcance, se vería privada de los suministros para mantener la resistencia. Al arriesgarse a desafiar a Estados Unidos, una potencia cuyo potencial era muchísimo mayor que el propio, los líderes japoneses encontraron estímulo en el giro de los acontecimientos en Europa, donde el Eje dominaba por entonces casi todo el continente y la Unión Soviética estaba tan duramente presionada por el ataque de Hitler que apenas podía intervenir en Extremo Oriente. Si los japoneses cumplían su sueño de establecer un anillo concéntrico defensivo desde las islas Aleutianas, en el norte, hasta Birmania, al sur, confiaban en que Estados Unidos, tras vanos esfuerzos por quebrar el anillo, acabaría aceptando las conquistas japonesas y el establecimiento de lo que llamaba «La Esfera de Coprosperidad de la Gran Asia Oriental».

El plan tenía una semejanza básica con el concepto de Hitler de establecer, de manera ofensiva, una barrera defensiva desde Arcángel hasta Astracán, para cerrar y aislar la frontera asiática.

Originalmente el plan japonés había sido capturar Filipinas y esperar el movimiento de reacción de Estados Unidos, que debía proceder de las islas bajo mandato, mientras concentraban sus propias fuerzas para rechazarlo. (Bajo el plan de guerra en tres fases, los japoneses contaban con completar la captura de Filipinas en cincuenta días, la de Malasia en cien y la de las Indias Orientales Neerlandesas en ciento cincuenta). Sin embargo, en agosto de 1939 el almirante Yamamoto, un apasionado creyente en el valor de los portaaviones, fue nombrado para ponerse al frente de la Flota Combinada japonesa. Sagazmente se dio cuenta de la necesidad de un ataque inmediato y sorpresivo para paralizar la Flota del Pacífico de Estados Unidos —a la que llamaba «un puñal apuntado a la garganta de Japón»— y retrasar su contraataque. El Estado Mayor japonés aceptó su argumento con bastantes dudas y reticencias.

El problema del ataque inicial se complicó con cuestiones de horario y de diferencias de zona (el domingo 7 de diciembre en Hawái sería el lunes 8 de diciembre en Malasia). Pero se decidió que todas las operaciones principales comenzarían entre las 17:15 y las 19:00, hora de Greenwich, y todos los ataques tendrían lugar a primera hora (local) de la mañana.

Del lado estadounidense, desde hacía tiempo se consideraba políticamente desplorable abandonar Filipinas, pero el argumento militar de que era imposible defender esas islas a 8000 kilómetros de Pearl Harbor, en Hawái, prevaleció, por lo que el plan solo consistía en mantener un punto de apoyo en la fortificada península de Batán, en Luzón, cerca de la capital, Manila. No obstante, en agosto de 1941 el plan cambió y se decidió conservar todas las islas del archipiélago.

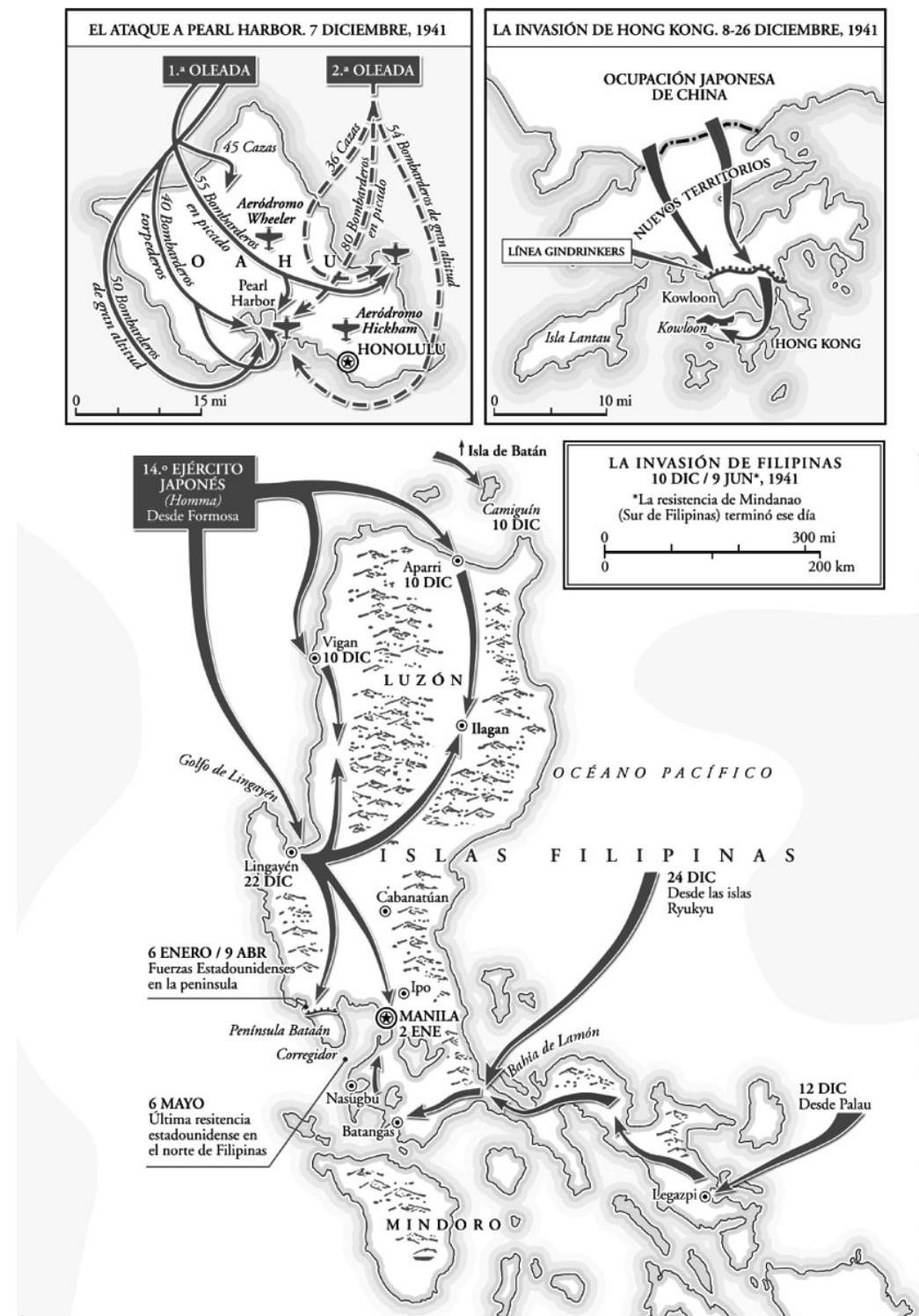
Uno de los factores del cambio fue la presión que ejerció el general Douglas MacArthur, que había sido asesor militar del Gobierno filipino desde 1935 y que, a finales de julio de 1941, fue convocado al servicio activo en el Ejército de su país y nombrado comandante general de Extremo Oriente. La alta consideración del presidente Roosevelt por las opiniones de MacArthur se habían reflejado anteriormente en la manera en que había prorrogado por un año el mandato de cuatro, en 1934, como jefe de Estado Mayor del Ejército de Estados Unidos. Otro factor fue el sentimiento de Roosevelt de que, puesto que Alemania se había enredado en la Unión Soviética, podía aventurarse a adoptar una línea de acción más firme con Japón, tal y como había hecho al imponer el embargo petrolero. El tercer factor fue el optimismo que generó la entrada en servicio de los bombarderos de largo alcance B-17 que, así se esperaba, pudieran alcanzar no solo Formosa sino el propio Japón. No obstante, este país golpeó antes de que un gran número de B-17 reforzara la fuerza aérea en Filipinas. Además, lo que el Estado Mayor estadounidense no había contemplado seriamente era un ataque japonés a Pearl Harbor.

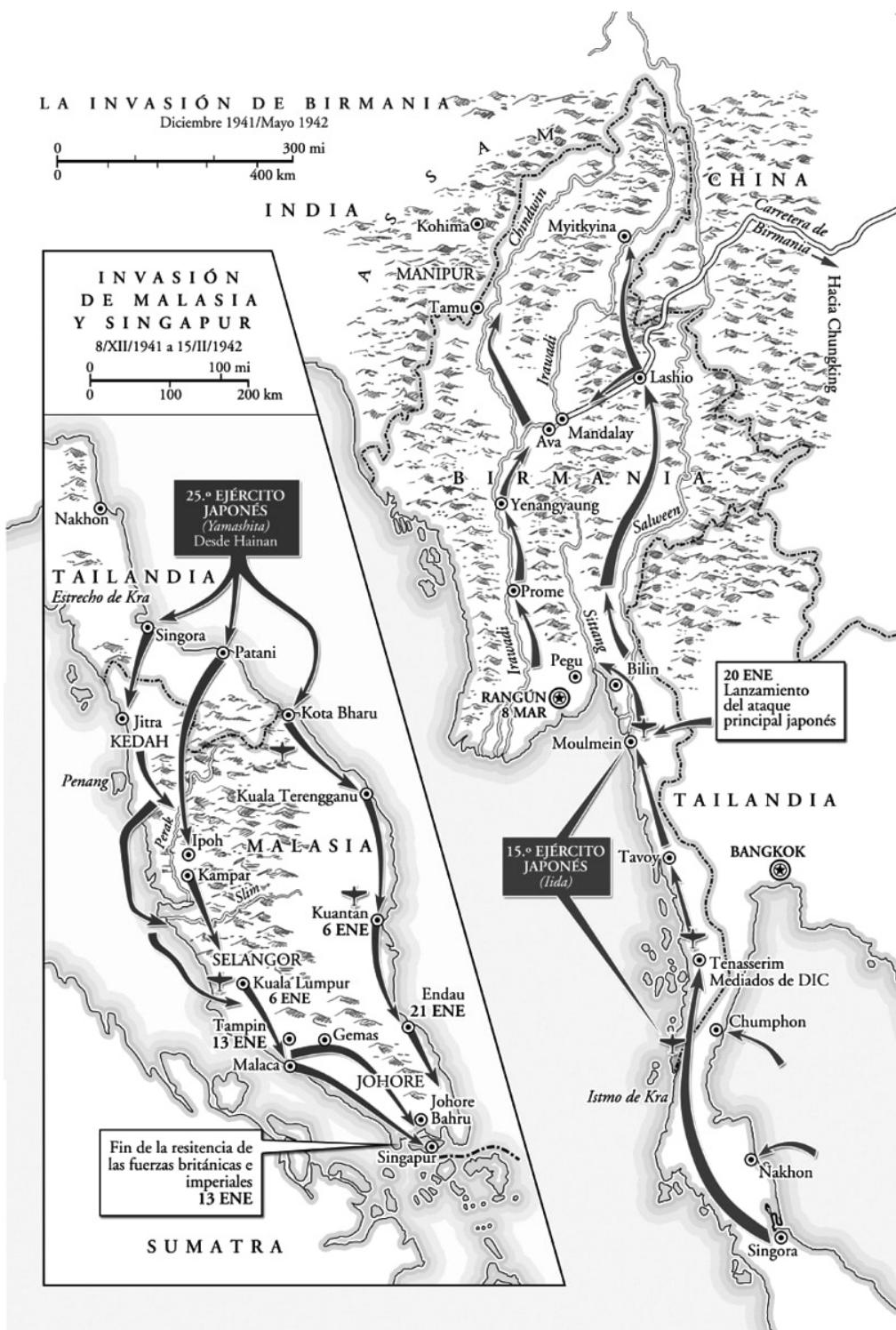
La oleada de conquistas japonesas

La ejecución del plan de ataque a Pearl Harbor debía tanto al impulso del almirante Yamamoto como su adopción. Durante muchos meses una oleada de información, especialmente sobre movimientos de buques estadounidenses, fluyó desde oficiales expertos en inteligencia naval que habían sido destinados al consulado de Honolulu. En la propia flota japonesa las tripulaciones de los barcos y aviones estaban entrenadas intensivamente para llevar a cabo la operación, y para hacerlo sin importar las condiciones atmosféricas. Las tripulaciones de los bombarderos habían hecho al menos cincuenta vuelos de práctica.

Tal y como se ha mencionado, el plan se vio muy favorecido por el reciente aumento del alcance de los cazas Zero, lo que liberaba a la flota de portaaviones de tener que ayudar en las operaciones en el sudoeste del Pacífico. También se benefició del ejemplo del ataque naval británico en Tarento, en noviembre de 1940, donde el arma aérea de la flota británica había logrado, con tan solo veintiún aviones lanzatorpedos, hundir tres acorazados italianos fondeados en un puerto muy fortificado. Incluso entonces no se consideraba posible lanzar torpedos aéreos al agua allí donde la profundidad fuese inferior a veintitrés metros —que era más o menos la media en Tarento—, por lo que Pearl Harbor había sido considerada como immune a este tipo de ataque, ya que la profundidad allí era de solo nueve a catorce metros. Sin embargo, en 1941 los británicos, aplicando su experiencia en Tarento habían sido capaces de lanzar torpedos aéreos en apenas doce

metros de profundidad encajando alerones de madera que evitaban que se tambalearan y golpearan el fondo marino poco profundo.





Al enterarse de estos detalles por sus embajadas en Roma y Londres, los japoneses se sintieron estimulados para continuar con experimentos similares. Además, para hacer el ataque previsto más efectivo, sus bombarderos de alto nivel fueron equipados con proyectiles que perforaban el blindaje de 15 a 16 pulgadas (38 a 40 cm), dotados de alerones, de modo que podían caer como

bombas. Lanzados verticalmente ninguna cubierta blindada podía resistir el impacto.

La Flota del Pacífico de Estados Unidos podría haber contrarrestado el «peligro Tarento» dotando a sus buques más grandes de redes antitorpedo —y esta posibilidad preocupaba a los japoneses—, pero el almirante Husband E. Kimmel, su comandante en jefe, pensaba, al igual que el Ministerio de Marina, que las engorrosas redes que había disponibles por entonces serían un gran estorbo ante el rápido movimiento de los barcos y el tráfico marítimo. Tal y como demostrarían los acontecimientos, esta decisión prácticamente condenó a la flota de Pearl Harbor.

Una combinación de factores determinó la fecha del ataque. Los japoneses sabían que el almirante Kimmel siempre hacía regresar a su flota a Pearl Harbor los fines de semana y que los buques no estarían totalmente tripulados por entonces, aumentando así el efecto de un ataque sorpresa. La elección de un domingo era natural. Era probable que después de mediados de diciembre el tiempo fuese desfavorable para desembarcos anfibios en Malasia y Filipinas, ya que el monzón estaría en su punto álgido. También era desfavorable para el repostaje en el mar de la fuerza atacante de Pearl Harbor. El 8 de diciembre (hora de Tokio), domingo en Hawái, no habría luz de luna y el consiguiente manto de oscuridad contribuiría a la aproximación por sorpresa de los portaaviones. Las mareas también eran favorables para los desembarcos, una idea que se había contemplado inicialmente, aunque acabó siendo descartada por falta de buques de transporte de tropas y porque la aproximación de tal fuerza invasora sería probablemente detectada.

Para elegir la ruta de aproximación de la fuerza naval se contemplaron tres alternativas. Una era la ruta sur, a través de las islas Marshall; otra la central cruzando las islas Midway. Ambas eran las más cortas, pero fueron descartadas en favor de la aproximación por el norte, desde las islas Kuriles —lo que representaba tener que repostar—, ya que este camino evitaba las rutas marítimas y también suponía menos riesgo de ser detectados por las patrullas aéreas de reconocimiento de Estados Unidos.

Los japoneses también se beneficiaban del uso de lo que se ha llamado el ataque de la «pierna desigual». Tras aproximarse en la oscuridad, los portaaviones lanzaban sus aviones con las primeras luces cuando estaban situados en el punto más cercano al objetivo; después se alejaban de este, pero sin dar la media vuelta, y se reunían con sus aviones en un punto más alejado del objetivo que cuando habían lanzado el ataque.

Así, los aviones japoneses volaban un tramo (pierna) corto y otro largo, mientras que los aviones estadounidenses que los perseguían tendrían que volar dos tramos largos, uno de ida y otro de vuelta. Los planificadores de la defensa estadounidense no habían tenido en cuenta esta desventaja.

En orden de importancia los objetivos eran: los portaaviones estadounidenses (los japoneses esperaban que en Pearl Harbor hubiera unos seis o, como mínimo, tres); los acorazados; los depósitos de gasolina y otras instalaciones portuarias y los aviones en las bases principales de Wheeler, Hickam y Bellows Field. Las fuerzas que utilizaron los japoneses para esta operación fueron: seis portaaviones, que llevaban un total de 423 aparatos, de los cuales 360 fueron utilizados en el ataque: 104 bombarderos de gran altitud, 135 bombarderos en picado y 40 bombarderos torpederos, así como 81 cazas. La escolta, mandada por el almirante Nagumo, constaba de dos acorazados, tres cruceros, nueve destructores y tres submarinos, acompañados de ocho petroleros. También se había planeado un ataque simultáneo a cargo de submarinos de bolsillo para aprovechar el caos esperado.

El 19 de noviembre la fuerza submarina abandonó la base naval de Kure en Japón, escoltados por cinco submarinos de bolsillo. La principal fuerza de ataque se reunió el 22 en la bahía de Takan, en las islas Kuriles, y se puso en marcha el 26. El 2 de diciembre fue informada de que las órdenes de ataque se confirmaban, por lo que los buques fueron camuflados. Incluso entonces existía la condición de que se abandonaría la misión si la flota era detectada antes del 6 de diciembre o si se alcanzaba un acuerdo de última hora con Washington. El 4 se produjo el último repostaje y se aumentó la velocidad de trece a veinticinco nudos.

La fuerza de ataque recibía continuos informes, a través de Japón, desde el consulado de Honolulu, por lo que hubo una decepción cuando el 6, víspera del ataque, se le comunicó que no había portaaviones en Pearl Harbor. (En realidad uno estaba en la costa de California, otro llevaba bombarderos a Midway y un tercero se encontraba en el Atlántico). No obstante, se informó de la presencia de ocho acorazados, sin redes contra torpedos, por lo que el almirante Nagumo decidió continuar. Los aviones despegaron entre las 06:00 y las 07:15 (hora de Hawái) de la mañana siguiente, a unos 440 kilómetros de Pearl Harbor.

Hubo otras dos advertencias de última hora que podrían haber cambiado los acontecimientos, pero no lo hicieron. La primera es que el acercamiento de la fuerza submarina japonesa fue detectado en varias ocasiones a partir de las 03:55; uno de los submarinos fue hundido por destructores

estadounidenses a las 06:51 y otro a las 07:00 por aviones de la Marina. Con posterioridad, la más septentrional de las estaciones de radar estadounidenses en la isla detectó una gran fuerza aérea, evidentemente más de cien aparatos, que se aproximaban poco después de las 07:00. Sin embargo, esto fue interpretado por el centro de información como si se tratase de una serie de B-17 cuya llegada desde California era esperada, a pesar de que se trataba tan solo de doce aviones procedentes del este, no del norte.

El ataque comenzó a las 07:55 y continuó hasta las 08:25; entonces una segunda oleada, tanto de bombarderos en picado como de gran altitud, atacó a las 08:40. El uso de bombarderos lanzatorpedos en la primera oleada había sido el factor decisivo.

De los ocho acorazados estadounidenses, el *Arizona*, el *Oklahoma*, el *West Virginia* y el *California* fueron hundidos, mientras que el *Maryland*, el *Nevada*, el *Pennsylvania* y el *Tennessee* fueron gravemente dañados.^[1] También fueron hundidos tres destructores y otros cuatro buques más pequeños, mientras que tres cruceros ligeros y un portahidroaviones sufrieron graves daños. En cuanto a los aviones estadounidenses, 188 fueron destruidos y 63 muy dañados. Las pérdidas japonesas fueron solo de veintinueve aviones destruidos y setenta dañados, aparte de cinco submarinos de bolsillo, perdidos en el ataque, lo cual fue un fracaso total. Respecto a las bajas humanas, los estadounidenses tuvieron 3435 muertos o heridos y aunque las cifras japonesas son más inciertas, los muertos fueron menos de 100.

Los aviones japoneses de regreso aterrizaron en los portaaviones entre las 10:30 y las 13:30. El 23 de diciembre la flota principal estaba de regreso en Japón.

El golpe proporcionó tres grandes ventajas a Japón. La Flota del Pacífico de Estados Unidos fue puesta prácticamente fuera de combate. Se pudo garantizar que las operaciones en el sudoeste del Pacífico no tuvieran interferencias navales, mientras que la fuerza especial de Pearl Harbor podía utilizarse para apoyar esas operaciones. Ahora los japoneses tenían más tiempo para extender y consolidar su anillo defensivo.

Los principales inconvenientes fueron que el ataque no había alcanzado a los portaaviones estadounidenses, su objetivo principal y clave para el futuro. Tampoco había alcanzado los depósitos de combustible y otras importantes instalaciones cuya destrucción hubiera hecho que la recuperación de Estados Unidos fuera mucho más lenta, ya que Pearl Harbor era la única base naval completa. Al producirse por sorpresa, aparentemente antes de que hubiera una declaración de guerra, provocó tal indignación en Estados Unidos que unió a

la opinión pública detrás del presidente Roosevelt con violenta ira contra Japón.

Irónicamente, los japoneses habían pretendido mantenerse dentro de la legalidad, aprovechando el valor del factor sorpresa; en otras palabras, yendo lo más cerca de la frontera de la legalidad sin violarla. Su respuesta a las exigencias estadounidenses del 26 de noviembre estaba previsto que se enviara al embajador japonés en Washington a última hora de la tarde del sábado, el 6 de diciembre, y debía ser trasladada al Gobierno a las 13:00 del domingo, que serían las 07:30 hora de Hawái. Esto daba a Estados Unidos muy pocas posibilidades —en torno a media hora— para notificar a sus comandantes en Hawái y otros lugares que había comenzado la guerra, pero pretendía considerarse legal en virtud de la legislación internacional. Sin embargo, debido a la extensión de la nota japonesa (cinco mil palabras) y los retrasos en descodificarla en su embajada, no estuvo lista para su entrega al embajador hasta las 14:20, hora de Washington, unos 35 minutos *después* del inicio del ataque contra Pearl Harbor.

La violencia de la denuncia de Pearl Harbor como un comportamiento bárbaro, y la forma sorpresiva en que se produjo, eran asombrosos a la luz de la historia. Y es que el ataque japonés tenía un estrecho paralelismo con el de la flota rusa en Port Arthur, que fue su precursor.

En agosto de 1903 habían comenzado las negociaciones entre Japón y Rusia para arreglar sus diferencias en Extremo Oriente. No obstante, después de cinco meses y medio, el Gobierno japonés llegó a la conclusión de que la actitud rusa no le ofrecía un arreglo satisfactorio y el 4 de febrero de 1904 decidió usar la fuerza. El 6 se rompieron las negociaciones, pero sin declaración de guerra. La flota japonesa, al mando del almirante Togo, partió en secreto hacia Port Arthur, la base naval rusa. Durante la noche del 8, Togo lanzó sus buques torpederos contra la escuadra rusa anclada en Port Arthur. Tomada por sorpresa, inutilizó dos de sus mejores acorazados y un crucero, con lo que logró establecer, a partir de entonces, la supremacía naval japonesa en Extremo Oriente. No fue hasta el 10 cuando los japoneses declararon la guerra, mientras los rusos hacían lo propio.

La actitud de los británicos, que habían logrado una entente con Japón dos años antes, tuvo un irónico contraste con la manera en que se hicieron eco de la denuncia estadounidense del comportamiento japonés treinta y siete años después. Se podía leer en *The Times* de febrero de 1904:

La Marina japonesa, gracias a la decisión viril del Mikado [emperador] y sus asesores, ha tomado la iniciativa y ha

desencadenado la guerra mediante un acto osado... Debido a su posición en el fondeadero exterior, la escuadra rusa estaba expuesta, e invitaba, al ataque. La invitación ha sido aceptada con una prontitud y puntualidad que honran grandemente a la marina de nuestros valientes aliados... El efecto moral de este éxito promete ser enorme y probablemente influirá en la conducta de la guerra... Mediante estos actos vigorosos la marina japonesa se ha aprovechado de la iniciativa que les han conferido sus estadistas y ha logrado el control moral de la situación.

El artículo «Japón» de la edición de 1911 de la *Encyclopaedia Britannica* también elogia la acción japonesa al elegir ir a la guerra y por tomar las armas «contra una dictadura militar y una política de restricciones egoístas».

El 21 de octubre de 1904 —99.^º aniversario de la batalla de Trafalgar— el almirante sir John Fisher se convirtió en el Primer lord del Mar en Gran Bretaña. Pronto comenzó a exhortar al rey Eduardo VII, y otras instancias influyentes, a considerar que el creciente peligro representado por el crecimiento de la flota de guerra alemana debía ser contrarrestado mediante «el golpe de Copenhague», es decir que había que lanzar un ataque repentino en su contra sin mediar declaración de guerra. Incluso llegó a publicitar ese golpe. Su constante defensa de tal desarrollo naturalmente llegó a oídos del Gobierno alemán, e igualmente de manera natural, fue tomado más en serio que en los ambientes políticos ingleses.

No está claro si las propuestas del almirante Fisher se hicieron antes del éxito del golpe japonés en Port Arthur. En cualquier caso, el golpe mediante el cual Nelson inutilizó la flota danesa en Copenhague sin declaración de guerra previa era un famoso episodio de la historia naval inglesa, conocida por cualquier marinero. Siendo un joven oficial naval, Togo había pasado siete años en Inglaterra estudiando su profesión. Así, la influencia del «golpe de Copenhague» de Nelson en la iniciativa de Togo en 1904 puede haber sido tan grande como la de este en los planes de Fisher.

Para los estadounidenses, el golpe de Pearl Harbor en 1941 fue una sorpresa tan grande, a pesar de las lecciones de la historia, que el impacto no solo provocó una crítica generalizada de sus autoridades, con el presidente Roosevelt a la cabeza, sino una profunda sospecha de que factores más siniestros que la ceguera y la confusión eran responsables del desastre. Tal sospecha se difundió, especialmente entre los detractores y adversarios políticos de Roosevelt, y se mantuvo durante un largo período.

Aunque está claro que Roosevelt llevaba tiempo buscando y esperando un medio para aumentar el peso de Estados Unidos en la guerra contra Hitler, la prueba de la complacencia y el error de cálculo de los cuarteles generales del Ejército y la Armada son suficientes para descartar los argumentos de los historiadores «revisionistas» estadounidenses según los cuales Roosevelt planeó o ideó el desastre de Pearl Harbor para lograr ese objetivo, así como las escasas pruebas en que se han basado tales argumentos.

La caída de Hong Kong

La rápida pérdida del puesto de avanzada británico en Extremo Oriente fue el ejemplo más claro de cómo la estrategia, y el sentido común, pueden ser sacrificados en vano en nombre de un prestigio imaginario.^[2] Ni siquiera los japoneses cometieron tal locura «para salvar la cara» como sí hicieron los británicos en este caso. Era palpable que Hong Kong era el punto débil de la posición británica e inherentemente mucho más difícil de defender que Singapur. Este puerto insular, junto a la costa China, estaba apenas a 650 kilómetros de las bases aéreas japonesas de Formosa, mientras que distaba 2600 kilómetros de la base naval británica de Singapur.

Al revisar la situación a principios de 1937 los jefes de Estado Mayor británicos situaban Japón solo detrás de Alemania como posible enemigo y designaban Singapur, a la altura de la propia Gran Bretaña, como las piedras angulares de las que dependía la supervivencia de la Commonwealth, haciendo así énfasis en que ninguna consideración por la seguridad de los intereses británicos en el Mediterráneo debería interferir con el envío de una flota a Singapur. A propósito de Hong Kong estuvieron de acuerdo en que el período para enviar ayuda no sería inferior a noventa días, y que, incluso si una guarnición reforzada podría conservar la colonia, el propio puerto podría ser neutralizado por las fuerzas aéreas japonesas que operaban desde Formosa. Sin embargo, de una manera más confiada y menos realista de lo que los hechos permitían, rechazaron la conclusión lógica de este razonamiento, basándose en que la evacuación de la guarnición aparejaría una pérdida de prestigio y no daría el ánimo necesario a China en su resistencia contra los japoneses. Su propia conclusión era que «Hong Kong debe ser vista como un puesto avanzado importante, aunque no vital que habrá que defender mientras sea posible».^[3] Esta conclusión condenaba de antemano a la guarnición.

Dos años después, a principios de 1939, un nuevo análisis de la situación produjo la misma conclusión general, pero mostró un cambio muy significativo al colocar la seguridad del Mediterráneo antes que el Extremo Oriente en el orden de prioridades. De manera inherente esto hizo que la defensa de Hong Kong fuera todavía más desesperada y aún más por el hecho de que una fuerza expedicionaria japonesa se hubiera instalado en territorio peninsular chino, al norte y al sur de Hong Kong, aislando de ese modo esta posesión británica y exponiéndola a un ataque terrestre.

En agosto de 1940, tras la caída de Francia, la situación fue revisada de nuevo por una nueva junta de jefes de Estado Mayor en la que Dill representaba al Ejército, puesto que era jefe del Estado Mayor Imperial. En esta ocasión hicieron frente al hecho de que Hong Kong era indefendible, y recomendaron la retirada de la guarnición, compuesta por entonces por cuatro batallones. Su punto de vista fue aceptado por el Gabinete de Guerra, dirigido por Churchill. No obstante, no se hizo nada para implementar esta conclusión. Además, un año después, volvieron a dar un giro y aconsejaron a Churchill que aceptara el ofrecimiento, por parte del Gobierno canadiense, de dos batallones para reforzar la guarnición, un ofrecimiento, y cambio de política, que fue motivado por la opinión optimista del teniente general canadiense, A. E. Grasset, que había estado dirigiendo recientemente la guarnición de Hong Kong y que, en su viaje de regreso a Inglaterra le había dicho al jefe de Estado Mayor canadiense que ese añadido de tropas haría que la plaza fuera lo bastante fuerte como para resistir un ataque durante un período largo. Al aconsejar la aceptación de la oferta el Estado Mayor británico expresó la opinión de que, incluso en el peor de los casos, podría permitir a la guarnición mantener una defensa de la isla «más digna», otro argumento «de prestigio». El 27 de octubre de 1941 los dos batallones canadienses pusieron rumbo a Hong Kong, aumentando de ese modo el inútil sacrificio en casi un 50 por ciento.

El ataque japonés desde el continente se inició en la mañana del 8 de diciembre, llevado a cabo por una fuerza bien armada, equivalente a más de una división (doce batallones), con amplia cobertura aérea y apoyo de artillería. Al día siguiente los británicos habían retrocedido hasta la llamada línea Gindrinkers en la península de Kowloon, y a primera hora del 10 un destacamento japonés capturó un reducto en ese lugar. Este éxito precipitó el abandono de la mencionada línea y la retirada a la isla de Hong Kong, mientras los japoneses seguían avanzando en su planeado ataque a la línea.

Los intentos iniciales de cruzar el estrecho fueron repelidos, pero sirvió para estirar la fuerza defensiva. Entonces, durante la noche del 18 al 19, la fuerza principal japonesa desembarcó en la esquina noreste y su avance concentrado pronto alcanzó la bahía Deep Water, en el sur, dividiendo a la fuerza defensora. Una de las partes se rindió la tarde del día de Navidad, y la otra hizo lo mismo a la mañana siguiente. A pesar de los refuerzos Hong Kong apenas había resistido dieciocho días, un quinto de los esperados. Las bajas japonesas eran inferiores a tres mil, y habían capturado al total de la guarnición reforzada, casi doce mil hombres. La pérdida de la isla se produjo en el centenario de su ocupación y en el 99.^º aniversario de su cesión formal a Gran Bretaña por parte de China.

La caída de Filipinas

A las 02:30 del 8 de diciembre las noticias del ataque japonés a Pearl Harbor llegaron, y alertaron, al mando militar de Estados Unidos en Filipinas. Mientras tanto la niebla matutina en Formosa retrasó el ataque aéreo japonés previsto contra las islas. Sin embargo, esta desventaja se convirtió en ventaja para los japoneses. Y es que en el bando estadounidense había confusión —que había sido un continuo motivo de controversia— sobre si los B-17 debían bombardear Formosa como respuesta inmediata. El resultado de esto fue que se les ordenó que volaran alrededor de la gran isla de Luzón para evitar ser sorprendidos en tierra. A las 13:30 aterrizaron para preparar su ataque, justo en el momento en que los aviones japoneses retrasados llegaban al lugar. Debido al defectuoso sistema de alerta estadounidense, la mayoría de sus aviones fueron puestos fuera de combate el primer día, especialmente los bombarderos B-17 y los modernos cazas P-40E. La superioridad aérea pasó al bando japonés, que dominó los cielos a partir de entonces con sus ciento noventa aviones del Ejército y trescientos de la Marina con base en tierra y que operaban desde Formosa. El 17, los diez B-17 restantes fueron retirados a Australia y el puñado de buques de superficie de la llamada pretenciosamente Flota Asiática del almirante Hart, también fueron alejados, dejando solo veintinueve submarinos en la zona.

En cuanto a las fuerzas terrestres, a pesar de la nueva decisión —ante la insistencia de MacArthur— de que había que conservar el conjunto de las Filipinas, en sentido contrario, aunque sagazmente, mantuvo la mayor parte de los 31 000 regulares (estadounidenses y exploradores filipinos) cerca de

Manila, de modo que las extensas costas solo estaban defendidas por tropas filipinas de baja calidad, supuestamente un total de unos 110 000 hombres. Con todo, esta decisión estratégicamente sensata, suponía que los japoneses se iban a encontrar con pocas dificultades para desembarcar donde quisieran.

El ataque fue confiado al 14.^º Ejército japonés bajo el mando del general Homma. Utilizó 57 000 hombres en los desembarcos y las operaciones iniciales. En términos relativos la cantidad no era grande, por lo que la sorpresa y la superioridad aérea eran esenciales. Los japoneses también necesitaban capturar algunas islas periféricas y zonas costeras poco defendidas para poder construir rápidamente aeródromos para sus aviones de corto alcance del Ejército.

El primer día de la ofensiva capturaron la isla principal del archipiélago de Batanes, a unos doscientos kilómetros de Luzón y el 10 dieron otro salto a la isla Camiguin, justo al norte de Luzón. Ese mismo día otros dos destacamentos desembarcaron en la costa norte, en Aparri y Vigan, mientras que el 12 un cuarto destacamento, procedente de las islas Palau, desembarcó sin resistencia en Legazpi, en el extremo sudeste de Luzón. Estas acciones despejaron el camino de los desembarcos principales, a partir del 22 de diciembre, que tuvieron lugar en el golfo de Lingayén, a menos de doscientos kilómetros de Manila. Los 43 000 hombres del general Homma fueron desembarcados por ochenta y cinco buques. El 24 otra fuerza, de siete mil unidades, procedente de las islas Ryukyu, desembarcó en la bahía de Lamón, en la costa este, enfrente de Manila. Ninguna de estas fuerzas se encontró con una resistencia seria, ya que el inexperto y mal equipado ejército filipino se desmoronó rápidamente, en particular cuando los tanques avanzaron hacia ellos y los estadounidenses acudieron en su ayuda demasiado tarde. Las bajas japonesas hasta ese momento eran inferiores a dos mil.

MacArthur, que se daba cuenta de que no podía cumplir con sus esperanzas y planes de aplastar a los invasores antes de que se hubieran instalado adecuadamente en tierra, ya el 23 había vuelto al plan original de retirarse a la península de Batán, con los restos de sus fuerzas. Su decisión se precipitó por los informes que habían sobreestimado, en casi el doble, los efectivos japoneses y no tenían en cuenta la mayor parte de sus propias fuerzas filipinas. El 26 la propia Manila fue declarada ciudad abierta. A pesar del estado de confusión inicial, las tropas de MacArthur lograron llevar a cabo una retirada paso a paso, bajo presión, y el 6 de enero se habían establecido en la península de Batán, ayudados por el hecho de que la fuerza japonesa en realidad era la mitad de la suya.

Sin embargo, una vez de regreso en la península —que tenía cuarenta kilómetros de largo y unos treinta de ancho— los estadounidenses padecieron tener que alimentar 100 000 bocas, incluyendo civiles, en lugar de las 43 000 previstas en su plan original. Además, la península estaba infestada de paludismo, por lo que muy pronto apenas un cuarto de las fuerzas estadounidenses estaba en condiciones de combatir.

Los primeros ataques japoneses contra la península fueron rechazados, así como los intentos de ataques anfibios por los flancos. El 8 de febrero, después de un mes de intentos, los japoneses suspendieron sus ataques debido a que sus fuerzas se habían debilitado tanto —había diez mil hombres enfermos de malaria y su 48.^a División había sido enviada a ayudar en el ataque a las Indias Orientales Neerlandesas. A principios de marzo los japoneses solo tenían tres mil hombres en sus líneas, pero los estadounidenses, que no sabían cuál era la situación, no intentaron lanzar una ofensiva. Además, sus propios efectivos habían descendido a un quinto de sus fuerzas originales y su moral había sufrido con la marcha de MacArthur a Australia el 10 de marzo. También era evidente que no se estaba llevando a cabo ningún esfuerzo para ayudarlos, a pesar de la decisión tomada a principios de enero por las autoridades de Washington.

A finales de marzo los japoneses recibieron el refuerzo de más de veintidós mil hombres, así como de más aviones y muchos más cañones. Sus ataques se reiniciaron a partir del 3 de abril y los estadounidenses fueron obligados a retroceder por la península hasta que el 9 de abril el comandante que permanecía allí, el general King, se rindió incondicionalmente para evitar «una masacre».

Los combates se dirigieron entonces a la isla fortificada de Corregidor, que tenía una guarnición de casi quince mil hombres (incluyendo a los que ocupaban tres pequeñas islas cercanas). Sin embargo, solo estaba separada por algo más de tres kilómetros de la península de Batán, lo que permitía a los japoneses mantener un intenso bombardeo de artillería sobre el estrecho, así como realizar continuos ataques aéreos. Este bombardeo continuó semana tras semana, pulverizando gradualmente las defensas y dejando fuera de combate los cañones estadounidenses y, al mismo tiempo, afectando igualmente el suministro de agua de la isla. El bombardeo aumentó su intensidad hasta alcanzar los dieciséis mil proyectiles el 4 de mayo. Justo antes de la medianoche del 5, dos mil japoneses cruzaron el estrecho y desembarcaron. Se encontraron con una resistencia encarnizada y perdieron más de la mitad de sus fuerzas antes de asentarse, pero el desembarco de tanques inclinó la

balanza provocando que los defensores se desmoronaran, aunque en realidad solo entraron en acción tres tanques. A la mañana siguiente, el 6 de mayo, el general Wainwright, que había mandado en Corregidor desde que abandonara la península, transmitió un mensaje de rendición para evitar pérdidas inútiles.

Inicialmente el general Homma rechazó aceptar esa rendición local, mientras que destacamentos estadounidenses y filipinos en las islas meridionales continuaron manteniendo una lucha de guerrilla, así como hicieron otros en las partes más remotas de Luzón. Wainwright aceptó entonces ordenar una rendición general, por miedo a que la guarnición de Corregidor, que ahora estaba desarmada, fuera masacrada. Aun así, algunos de estos destacamentos siguieron rechazando obedecer, por lealtad a las llamadas a la resistencia de MacArthur desde Australia y no fue hasta el 9 de junio cuando cesó la resistencia.

Los estadounidenses habían perdido a unos treinta mil hombres en la campaña y sus aliados filipinos unos ciento diez mil. Si bien una gran proporción de estos últimos habían desaparecido por deserción, el total de ambos colectivos que se rindieron en la península de Batán fue de unos ochenta mil, además de otros quince mil en Corregidor. Las bajas japonesas, aunque más difíciles de establecer, parecen haber sido de solo unos doce mil, además de los enfermos.

No obstante, a pesar del colapso inicial, los defensores de Filipinas acabaron resistiendo mucho más que en cualquier otro lugar —cuatro meses en Batán y seis en total, aunque no tenían apoyo efectivo o suministros de fuera de Filipinas.

La caída de Malasia y de Singapur

En el plan japonés la tarea de conquistar Malasia y Singapur se encargó al 25.^º Ejército de Yamashita, que comprendía tres divisiones con tropas de apoyo, una fuerza de combate de unos setenta mil hombres y un total de ciento diez mil. Además, los transportes marítimos disponibles solo permitían trasladar un cuarto de la fuerza a través del golfo de Siam (diecisiete mil combatientes y veintiséis mil en total). Esta avanzadilla debía capturar los aeródromos del norte. El grueso del ejército de Yamashita debía desplazarse por tierra, desde Indochina, atravesando Tailandia hasta el istmo de Kra, para reforzar lo antes posible las unidades que habían sido llevadas por mar, y después seguir el avance por la costa occidental de la península malasia.

En apariencia se trataba de una expedición notablemente pequeña para un objetivo tan ambicioso y muy inferior en número al total británico de 88 000 hombres al mando del general Percival, que defendía Malasia (compuesto por 19 000 británicos, 15 000 australianos, 37 000 indios y 17 000 malasios). Sin embargo, se trataba de una mezcla de tropas mal equipadas y entrenadas en comparación con las tres divisiones de Yamashita (la Guardia imperial, la 5.^a y la 18.^a, estaban entre las mejores tropas de todo el Ejército japonés). Además, tenían el apoyo de doscientos once tanques —los británicos no tenían ninguno en Malasia— y quinientos sesenta aviones —casi cuatro veces los británicos en la zona y de calidad muy superior—. Adicionalmente los japoneses pensaban que el monzón, que prevalecía de noviembre a marzo, entorpecería los movimientos británicos para contrarrestar su avance, ya que durante ese período solo serían transitables las mejores carreteras. También pensaban que la columna vertebral montañosa de Malasia, de más de 2000 metros de altura y cubierta de densa jungla, dividiría en dos la defensa y ayudaría a su previsto cambio de avance del este al oeste.

La ironía fundamental de los dispositivos británicos era que las fuerzas terrestres estaban muy dispersas para vigilar los aeródromos que no tenían una fuerza aérea adecuada y que esos aeródromos habían sido construidos para proteger una base naval que no tenía ninguna flota. Los japoneses serían los máximos beneficiarios tanto de los aeródromos como de la base naval.

Los principales desembarcos japoneses se produjeron en Singora y Patani, en el istmo tailandés de la península de Malasia, con cuatro desembarcos complementarios más al norte, en la costa tailandesa. El tercero en importancia se realizó en Kota Bharu, justo dentro de la frontera de Malasia. Esta fuerza, tras capturar el aeródromo británico del lugar, debía llevar a cabo un movimiento de distracción a lo largo de la costa oeste, mientras el avance principal tenía lugar por la costa occidental. Estos desembarcos se produjeron a primera hora del 8 de diciembre, hora local. El de Kota Bharu, compuesto por 5500 soldados, de hecho se produjo una hora antes del ataque a Pearl Harbor. Tras un breve combate el aeródromo fue abandonado a los japoneses, mientras que los que había en territorio tailandés fueron tomados aún más fácilmente. El avance anticipado británico, operación Matador, comenzó demasiado tarde por la reticencia a cruzar la frontera antes de que la neutralidad tailandesa hubiese sido violada por los japoneses. Reconocimientos aéreos británicos habían descubierto una flota japonesa en el golfo de Siam el 6 de diciembre, pero el mal tiempo ocultó sus movimientos e intenciones posteriores. Las acciones preparatorias para la

ofensiva Matador simplemente desbarataron las disposiciones británicas de defensa. En la mañana del 10 de diciembre la 5.^a División japonesa ya se había desplazado a la costa oeste y penetrado en Malasia, avanzando por dos carreteras hasta Kedah.

Ese día Gran Bretaña sufrió un desastre decisivo en el mar.

Tras la decisión de julio de cortar los suministros japoneses de petróleo, Winston Churchill se había dado cuenta tardíamente «de los tremendos efectos de los embargos» y un mes después, el 25 de agosto, propuso enviar lo que llamó una fuerza naval «disuasoria» a Extremo Oriente. El almirantazgo estaba planeando reunir allí al Nelson, el Rodney y otros cuatro acorazados antiguos, junto a un crucero de batalla y dos o tres portaaviones. Churchill prefería utilizar «la cantidad más pequeña de los mejores buques» y propuso enviar uno de los nuevos acorazados del tipo King George V con un crucero de batalla y un portaaviones, diciendo al almirantazgo, el 29 de agosto:

No puedo pensar que Japón se enfrente a la combinación que forman ahora en su contra Estados Unidos, Gran Bretaña y Rusia... Nada aumentará más sus dudas que la apariencia de la fuerza que he mencionado y, por encima de todo, un KGV.^[4] En efecto, esta fuerza podría ser un factor disuasorio decisivo.^[5]

En consecuencia, el Prince of Wales y el crucero de batalla Repulse partieron de Singapur, aunque sin ser acompañados por ningún portaaviones. El que estaba previsto que lo hiciera encalló en Jamaica y tuvo que atracar en dique seco para ser reparado. En realidad, había otro en el océano Índico y al alcance de Singapur, pero no recibió órdenes para desplazarse hasta allí. Así pues, los dos grandes buques tenían que depender, para su cobertura aérea, de cazas con base en tierra, y estos escaseaban, incluso sin contar la temprana pérdida de los aeródromos septentrionales.

El Prince of Wales y el Repulse llegaron a Singapur el 2 de diciembre y al día siguiente lo hizo el almirante sir Tom Phillips para ponerse al mando de la Flota de Extremo Oriente. El 6, como se ha mencionado, se notificó la presencia de un gran convoy de transporte japonés que navegaba desde Indochina en dirección a Malasia. A mediodía del 8, Phillips se enteró de que estaban desembarcando las tropas en Singora y Kota Bahru, con la cobertura de al menos un acorazado de la clase Kongo, cinco cruceros y veinte destructores. A última hora de la tarde Phillips navegó valientemente en dirección norte con lo que se llamó Fuerza Z —sus dos grandes buques y una

escolta de cuatro destructores— para atacar los transportes de tropas, y ello a pesar de no tener cobertura aérea con base en tierra tan al norte, ahora que se habían perdido los aeródromos septentrionales.

En la tarde del 9 el tiempo se despejó y con él la capa de oscuridad de Phillips. Su Fuerza Z fue localizada desde el aire, de modo que giró hacia el sur y puso rumbo a Singapur. Sin embargo esa noche recibió un mensaje desde allí informándole, por error, que se había producido un desembarco japonés en Kuantan, un punto a mitad de camino. Evaluando que era posible el factor sorpresa y que el riesgo estaba justificado, alteró el rumbo en dirección a Kuantan.

Los japoneses estaban bien preparados para un movimiento de intercepción por parte de la Fuerza Z, cuya llegada a Singapur había sido transmitida al mundo. Su Escuadrilla Aérea número 22, de élite, con los mejores pilotos del arma aérea naval, tenía su base en los aeródromos cercanos a Saigón, en el sur de Indochina. Además, una línea de vigilancia a cargo de submarinos cubría la aproximación desde Singapur a Kota Bhaur y Singora. Ya desde primera hora de la tarde del día 9 se había detectado e informado del movimiento hacia el norte de la Fuerza Z por parte del submarino más al este de esa pantalla. Cuando llegó la noticia la Escuadrilla Aérea número 22, que había estado preparándose para una incursión contra Singapur, cambió rápidamente sus bombas y torpedos y despegó para un ataque nocturno contra la Fuerza Z, aunque sus aviones no fueron capaces de encontrarla, debido al giro en dirección sur de Phillips. No obstante, la escuadrilla volvió a despegar justo antes del anochecer y esta vez sí localizaron a la Fuerza Z, cerca de Kuantan. Los japoneses utilizaron treinta y cuatro bombarderos de gran altitud y cincuenta y un bombarderos torpederos. Los primeros iniciaron el ataque poco después de las 11:00 y los segundos lo hicieron después, en sucesivas oleadas. Ambos tipos de bombardeos se revelaron notablemente precisos a pesar de tratarse de buques que maniobraban a gran velocidad y no estáticos y tomados por sorpresa, como había ocurrido en Pearl Harbor. Además, el Prince of Wales, con 175 cañones antiaéreos podía lanzar 60 000 proyectiles por minuto. Ambos buques fueron hundidos, el Repulse a las 12:30 y el Prince of Wales a las 13:20. Los destructores de escolta lograron salvar a más de dos mil hombres de un total de dos mil ochocientos entre ambas tripulaciones, aunque el almirante Phillips estuvo entre los desaparecidos. Los japoneses no interfirieron con el trabajo de rescate. Solo habían perdido tres aviones.

Antes de la guerra los mandos supremos del almirantazgo habían desdeñado la idea de que los acorazados pudiesen ser hundidos mediante un ataque aéreo y Churchill tenía a apoyar su punto de vista. La ilusión persistió incluso hasta estos días fatídicos de diciembre de 1941. Además, como escribió Churchill: «La efectividad de los japoneses en la guerra aérea era, por entonces, muy subestimada tanto por nosotros como por los estadounidenses».^[6]

Este golpe determinó el destino de Malasia y Singapur. Los japoneses pudieron continuar con sus desembarcos sin resistencia y establecer bases aéreas en tierra. La superioridad de su fuerza aérea sobre la exigua aviación británica en Malasia fue decisiva para el derrumbe de la resistencia de las tropas británicas y para permitir a sus propias unidades avanzar por la península malasia y forzar la puerta trasera de Singapur. Su caída fue la consecuencia de la negligencia y el juicio erróneo previos, sobre todo en Londres.

A partir del 10 de diciembre la retirada británica a lo largo de la costa occidental fue casi continua. Las barreras en la carretera, como la grande de Jitra, fueron bien superadas por los tanques japoneses y la artillería o por la amenaza en los flancos de la infantería japonesa que se había infiltrado a través de la jungla adyacente. El comandante en el norte de Malasia, el general Heath, esperaba defender la posición en el río Perak, pero esta línea fue bordeada por la columna japonesa que avanzaba oblicuamente desde Patani. Una posición fuerte situada detrás, en Kampar, fue superada mediante una acción de flanqueo desde el mar, siendo llevada a cabo por tropas embarcadas en pequeñas embarcaciones capturadas previamente.

El 27 de diciembre, el teniente general sir Henry Pownall fue nombrado comandante en jefe de Extremo Oriente en sustitución del mariscal del aire sir Robert Brooke-Popham.

A principios de enero los británicos se replegaron al río Slim, que protegía la provincia de Selangor y los accesos a los aeródromos meridionales cercanos a Kuala Lumpur. Sin embargo, durante la noche del 7 al 8 una compañía de tanques japoneses se abrió camino a través de las mal organizadas defensas y capturó el puente vial que estaba a treinta kilómetros tras la línea del frente. Las tropas británicas al norte del río fueron aisladas, perdieron cuatro mil hombres y su equipamiento, con un coste para los japoneses de solo seis tanques y unos pocos soldados. La 11.^a División India fue destrozada. El desastre llevó aparejado el abandono precipitado del centro de Malasia y puso en riesgo la posibilidad de conservar el norte de Johore lo

suficiente como para que los refuerzos adecuados llegaran por mar a Singapur procedentes de Oriente Medio.

El mismo día del desastre el general Wavell llegó a Singapur de camino hacia Java para asumir su nuevo cargo de emergencia de comandante en jefe del Mando ABDA (American, British, Dutch, Australian).^[7] A su vez Pownall se convirtió en jefe de Estado Mayor del ABDA y se suprimió el cuartel general del Lejano Oriente. Wavell decidió que la defensa debía basarse ahora en Johore, manteniendo allí a las mejores tropas y los refuerzos. Esto suponía una retirada más rápida, en lugar de la gradual prevista por el general Percival. Kuala Lumpur fue abandonada el 11 de enero y la posición de cuello de botella en Tampin el 13 (en lugar del 24). También, al dar acceso a los japoneses a un mejor sistema de carreteras en Johore, les permitió utilizar dos divisiones a la vez, en lugar de una, lo que invalidó una dura defensa de Gemas por parte de los australianos. De este modo la retirada a través de la provincia de Johore se hizo más rápidamente de lo previsto.

Mientras tanto, la correspondiente retirada británica en la costa este había llevado al abandono de Kuantan y su aeródromo el 6 de enero; de Endau el 21, a raíz de una amenaza anfibia; y para el 30 tanto la «fuerza este» como de la «fuerza oeste» habían regresado al extremo sur de la península malasia. Las fuerzas de retaguardia cruzaron el estrecho que las separaba de la isla de Singapur la noche siguiente. La fuerza aérea del Ejército japonés, menos efectiva que la de la Marina, había contribuido poco a acelerar la retirada y solo demostró efectividad contra los aeródromos.

De este modo los japoneses habían conquistado Malasia en cuarenta y cuatro días. El total de sus bajas fue de solo cuatro mil seiscientas, mientras que los británicos habían perdido unos veinticinco mil (la mayoría prisioneros) y una gran cantidad de equipamiento.

Fue durante la noche del domingo, 8 de febrero de 1942, cuando las dos divisiones principales de la fuerza invasora japonesa, que habían barrido los ochocientos kilómetros de la península malaya, cruzaron el estrecho brazo de mar que separa la isla de Singapur del continente. El cruce se produjo en una franja de trece kilómetros de la zona de los estrechos, de un total de cincuenta kilómetros y de unos mil quinientos metros de anchura. Este sector estaba defendido por tres batallones de la XXII Brigada australiana.

Los buques de desembarco acorazados llevaban a las primeras oleadas de atacantes, pero el resto los siguió en cualquier tipo de barco que pudieron conseguir e incluso cierta cantidad de japoneses cruzó a nado, con sus fusiles y munición. Algunos de los buques fueron hundidos, pero la mayoría de las

tropas de asalto desembarcaron sin problemas, ayudadas por los fallos del bando defensor que nunca se han explicado de manera satisfactoria. No se utilizaron los reflectores en las playas, los sistemas de comunicación fallaron o no fueron utilizados y la artillería fue lenta en establecer la prevista cortina de fuego.

Al amanecer había trece mil japoneses en tierra y los australianos habían retrocedido a posiciones en el interior de la isla. Antes del mediodía los invasores ya eran más de veinte mil y habían establecido una fuerte posición encajada sólidamente en la parte noroeste de la isla. Posteriormente desembarcó una tercera división japonesa, elevando el total de hombres a más de treinta mil.

También había otras dos divisiones cercanas, en tierra firme, pero el general Yamashita no consideró que pudiera desplegarlas de manera efectiva en el avance por la isla. Sin embargo, en los días siguientes proporcionó muchos hombres de refresco como sustitutos de los primeros.

Numéricamente los defensores tenían más que suficientes hombres en la isla como para rechazar la invasión, en especial cuando esta llegó al sector en el que el ataque era más esperado. Incluso en aquel momento el general Percival tenía unos 85 000 hombres bajo su mando —en su mayor parte británicos, australianos e indios, con algunas unidades de malayos y chinos—. No obstante, la mayoría estaban mal entrenados para hacer frente a la fuerza atacante japonesa, compuesta de tropas seleccionadas en particular para la misión. Además, habían sido repetidamente superados en la densa jungla o en las plantaciones de caucho. En general el liderazgo era malo.

La fuerza aérea también había sido superada y aventajada desde el principio de la campaña y lo poco que quedó de ella fue retirado en la fase final. La ausencia de protección contra los ataques aéreos encarnizados e incisantes eran desmoralizadores para las tropas, cuyos ánimos ya estaban muy bajos por la larga retirada a través de la península malaya.

Los efectos del fracaso del Gobierno británico en proporcionar la cobertura aérea esencial no compensaron los llamamientos que Churchill y sus asesores militares hicieron entonces en el sentido de que «la batalla hay que combatirla hasta su amargo final y a toda costa» y que los comandantes «deben morir con sus tropas» en «honor al imperio británico», aplicar una «política general de tierra quemada» y destruir cualquier cosa que pueda ser usada por el ocupante «sin pensar en salvar a las tropas o a la población civil». Todo esto mostraba una extraordinaria ignorancia psicológica por parte de las autoridades metropolitanas. La moral de los combatientes de primera

línea no aumentó al ver nubes de humo negro tras ellos, que se elevaban de los depósitos de petróleo en llamas. Tampoco los animaba saber que estaban destinados a la muerte o a caer prisioneros. Un año después, hasta los resistentes veteranos alemanes en África se vinieron abajo rápidamente cuando, tras la orden de Hitler de conservar Túnez a toda costa, el frente se rompió y tras ellos solo estaba el mar, controlado además por el enemigo. Pedir a las tropas que luchen con «sus espaldas contra el muro» cuando el muro es de este tipo rara vez resulta eficaz para elevar su moral.

En Singapur el final se produjo el domingo 15 de febrero, exactamente una semana después de los desembarcos japoneses. Para entonces los defensores habían retrocedido hasta los suburbios de la ciudad de Singapur, situada en la costa meridional de la isla. Las existencias de alimentos empezaban a escasear y el suministro de agua podía ser cortado en cualquier momento. Esa tarde el general Percival salió con una bandera blanca para capitular ante el comandante japonés. Para un hombre valiente era una decisión amarga, pero la rendición era inevitable y decidió acudir él mismo con la esperanza de lograr un mejor trato para sus tropas y la población general.

Estos dos domingos en Singapur fueron fatídicos para el ascendiente imperial de lo que había sido llamado orgullosamente, durante muchos años, «el imperio en el que nunca se ponía el sol».

Pese a todo, el fracaso en rechazar el ataque del ejército japonés no fue la causa principal. La rendición de Singapur fue la secuela de la derrota naval de dos meses antes.

También fue el último eslabón de una larga cadena de errores y negligencia. El desarrollo de la nueva base naval y de sus defensas había sido penosamente lento. Las reticencias políticas a gastar dinero no eran el único freno. En los años posteriores a la decisión de construir esa base tuvo lugar una feroz polémica en Whitehall^[8] sobre la mejor manera de defenderla. De todas las instancias fue en el Comité de Estado Mayor donde la polémica resultó más virulenta, a pesar de que se suponía que estaban tan unidos como la Trinidad. El jefe de Estado Mayor del Aire, Trenchard, insistía en la importancia suprema de los aviones. Beatty, Primer Lord del Mar, abogaba por grandes cañones, al tiempo que desdeñaba la idea de que los aviones pudieran representar una amenaza grave contra los acorazados. Ambos militares eran famosos y fuertes.

El Gobierno dudó respecto a estos puntos de vista y la controversia continuó mucho después de que ambos hubieran pasado a la reserva. En

conjunto se impuso la Marina. Se instalaron los cañones de gran calibre, pero no se suministraron los aviones. Por desgracia cuando el ataque se produjo finalmente no procedió por dónde estaban orientados los cañones, sino que llegó por detrás.

Durante los años treinta diversos militares que estudiaron el problema empezaron a sugerir que el ataque podría proceder de la puerta trasera, a través de la península malaya. Era lo más probable porque la base naval se había construido en el lado norte de Singapur, en el estrecho canal entre la isla y el continente. Entre los militares que adoptaron este punto de vista estaba Percival, cuando era jefe de Estado Mayor en Malasia entre 1936 y 1937. Fue respaldado por él, por entonces, comandante en jefe, el general Dobbie, quien en 1938 comenzó la construcción de una línea defensiva en el sur de la península de Malasia.

Hore-Belisha, que se había convertido en ministro de guerra, se dio cuenta pronto de la necesidad de aumentar la pequeña guarnición, ya que la principal característica del programa que adoptó al tomar posesión de su cargo fue la prioridad por la defensa imperial sobre la acción continental. El peligro de entrar en guerra con Alemania e Italia unidas se estaba haciendo tan acuciente que reforzar las fuerzas en el Mediterráneo era prioritario, pero indujo al Gobierno de la India a enviar a Malasia dos brigadas, para triplicar el volumen de la guarnición local. No se podía hacer más con los limitados recursos de antes de la guerra.

Cuando estalló la guerra en septiembre de 1939 los recursos de Gran Bretaña comenzaron a multiplicarse. Pero, dado que el conflicto por entonces estaba confinado a Europa occidental, era natural que el grueso se destinara a esa región. Después tuvieron lugar las catástrofes de mayo y junio de 1940, cuando Francia se derrumbó e Italia entró en guerra. En esta terrible crisis la necesidad perentoria era reconstruir la defensa de Gran Bretaña y la segunda contribuir a la defensa de la zona mediterránea. Ya era difícil hacer frente a esas dos necesidades a la vez. En efecto, la acción más audaz y mayor de Churchill hay que verla en los riesgos que adoptó reforzando las defensas de Egipto antes de que la propia Gran Bretaña estuviera segura ante una invasión.

Sería injusto criticar las medidas tomadas respecto a Malasia durante ese período. Teniendo en cuenta las circunstancias fue notable que la guarnición fuese reforzada con seis brigadas durante el invierno de 1940-1941. Desgraciadamente no hubo un incremento similar en la Aviación, lo cual era más mucho más importante.

A principios de 1940 el nuevo comandante en jefe, el general Bond, había expresado la opinión de que la defensa de Singapur dependía de la de Malasia en su conjunto. Para ese objetivo consideraba que el mínimo imprescindible eran tres divisiones y sugería que la RAF debía hacerse cargo de la responsabilidad principal en la defensa. En principio las autoridades metropolitanas adoptaron su punto de vista, aunque con una importante modificación. Mientras que los comandantes en Malasia consideraban que era necesaria una fuerza de más de quinientos aviones modernos, el Comité de Jefes de Estado Mayor creía que con trescientos sería suficiente y dijeron que, incluso esa cifra, no se podría suministrar hasta finales de 1941. Además, en el momento de producirse la invasión japonesa (diciembre de 1941) el número de aviones de primera línea en Malasia era de solo 158 y la mayoría eran aparatos obsoletos.

Durante 1941 el grueso de los cazas modernos disponibles, más allá de las necesidades de la defensa aérea de Gran Bretaña, fueron enviados en apoyo de las ofensivas frustradas en la zona del Mediterráneo. Durante la segunda mitad del año unos seiscientos fueron destinados a Rusia, pero Malasia no recibió prácticamente ninguno. Tampoco se enviaron bombarderos de largo alcance, aunque se estaban utilizando por centenares en ataques nocturnos en Alemania que probablemente eran inútiles en esa fase de la guerra. Es evidente que las necesidades de la defensa de Malasia no recibieron una atención adecuada.

La clave del rompecabezas la da el propio Churchill en sus memorias de guerra. A principios de mayo el jefe del Estado Mayor General Imperial, sir John Dill, envió un informe al primer ministro en el que exponía sus argumentos contra seguir concentrando fuerzas en el norte de África en detrimento de la propia Gran Bretaña o de Singapur.

La pérdida de Egipto sería una calamidad que no considero probable... El éxito de una invasión sería suficiente para traducirse en nuestra derrota final. Por tanto, el Reino Unido, y no Egipto, es vital y la defensa de aquel tiene que ser prioritaria. Egipto ni siquiera es la segunda en prioridad, ya que en nuestra estrategia ha habido un principio aceptado de que la seguridad de Singapur es anterior a la de Egipto. Sin embargo, las defensas de Singapur están considerablemente por debajo de la norma.

Por supuesto, en la guerra hay que asumir riesgos, pero debe tratarse de riesgos calculados. No debemos caer en el error de reducir la seguridad de enclaves vitales.^[9]

Churchill estaba molesto por este documento, ya que era contrario a su idea de pasar a la ofensiva contra Rommel y a su sueño de lograr una victoria decisiva en el norte de África en una fecha temprana. «Cumplir con los términos de este documento hubiera significado un giro completo hacia la defensiva... No habría nada para tomar la iniciativa». En una aguda respuesta dijo:

Entiendo que estarías dispuesto a hacer frente a la pérdida de Egipto y el valle del Nilo, además de la rendición o ruina del ejército de medio millón de hombres que hemos concentrado allí, antes que perder Singapur. No estoy de acuerdo y no pienso que la alternativa se presente por sí misma... Si Japón entrase en guerra, con toda probabilidad Estados Unidos se alinearía con nosotros; y, en cualquier caso, no parece probable que Japón asediara Singapur desde el principio, ya que se trataría de una operación mucho más peligrosa para él y menos dañina para nosotros que diseminar sus cruceros y cruceros de batalla en las rutas comerciales de Oriente.^[10]

Es evidente que Churchill, exasperado, distorsionaba los argumentos del Estado Mayor General Imperial. No era cuestión de debilitar las defensas de Egipto, sino solo de posponer la ofensiva en la que Churchill había puesto sus ilusiones y en la que tenía expectativas exageradas. Finalmente, la ofensiva de junio en el norte de África fue un fiasco y la renovada ofensiva de noviembre, con amplios refuerzos adicionales no logró un resultado decisivo. La respuesta de Churchill al mariscal Dill también deja claro hasta qué punto calculó mal el riesgo que corría Singapur. Es asombroso que, retrospectivamente, señalara que:

Muchos de los Gobiernos que he conocido se hubieran debilitado ante un pronunciamiento tan grave por parte de la más alta autoridad profesional, pero no tuve dificultades en convencer a mis colegas políticos y, por supuesto, también fui apoyado por los jefes de la Marina y la Aviación. Por tanto, mi punto de vista prevaleció y el flujo de refuerzos a Oriente Medio continuó sin disminución.^[11]

En julio el presidente Roosevelt envió a su consejero personal, Harry Hopkins en misión a Londres para expresar sus dudas sobre lo adecuado de esta política y para advertir de los riesgos que implicaba en otras partes el

«tratar de hacer demasiado» en Oriente Medio. Los expertos militares y navales estadounidenses respaldaban la advertencia y expresaron su opinión de que había que priorizar Singapur antes que Egipto.

Ninguno de estos argumentos hizo cambiar de opinión a Churchill. «No toleraré abandonar la lucha por Egipto y estaba resignado a pagar el precio que fuera necesario en Malasia». Sin embargo, realmente no esperaba el peligro en ese escenario. Dice con franqueza: «Confieso que en mi cabeza toda la amenaza japonesa estaba sumergida en una penumbra siniestra en comparación con las otras necesidades que teníamos». Está claro que la responsabilidad por el fracaso de reforzar inadecuadamente las defensas malayas corresponde principalmente al propio Churchill y se debió a su insistencia en desencadenar una ofensiva prematura en el norte de África.

* * *

El efecto estratégico inmediato de la pérdida de Singapur fue desastroso, ya que pronto fue seguido de la conquista de Birmania y de las Indias Orientales Neerlandesas, un movimiento doble que acercó la amenaza japonesa a la India en un flanco y a Australia en el otro. Transcurrieron cuatro años de combates, con un coste inmenso, antes de recuperar Singapur como resultado del propio hundimiento final de Japón, por agotamiento y por la commoción del lanzamiento de la bomba atómica.

No obstante, las consecuencias mayores y más duraderas de la caída inicial de Singapur no tenían arreglo. Singapur había sido un símbolo, el más destacado del poder de Occidente en Extremo Oriente, porque ese poder se había erigido y mantenido mucho tiempo sobre el poder naval británico. Desde la Primera Guerra Mundial se había dado tanto énfasis a la creación de una gran base naval en Singapur que su importancia simbólica incluso había superado su valor estratégico. Su fácil captura, en febrero de 1942, fue devastadora para el prestigio británico, y europeo, en Asia.

Ningún regreso tardío podía borrar esa impresión. El hombre blanco había perdido su ascendente con la refutación de su magia. El descubrimiento de su vulnerabilidad alimentó y motivó la revuelta asiática contra la dominación o intrusión europea.

La caída de Birmania

La pérdida de Birmania por Gran Bretaña fue una temprana secuela de la de Malasia y permitió a Japón completar la captura de las puertas de entrada occidentales de China y del Pacífico, completando de este modo la barrera defensiva visualizada en su diseño estratégico. Aunque era una secuela, la campaña de Birmania era una operación independiente que fue confiada al 15.^º Ejército al mando del teniente general S. Iida.

Este «ejército» estaba compuesto de dos divisiones solamente, e incluso con tropas de apoyo, sumaba un total de solo 35 000 hombres. Su tarea consistía en ocupar Tailandia, incluyendo la mayor parte del istmo de Kra y defender la retaguardia del 25.^º Ejército en su avance hacia el sur de Malasia, en la parte de Singora correspondiente al istmo. El 15.^º Ejército debía realizar su propia misión a continuación: invadir Birmania, con su capital, Rangún, como objetivo inmediato.

Una aventura tan ambiciosa con una fuerza tan pequeña se justificaba por la escasez, tanto en cantidad como en calidad, de las fuerzas que defendían Birmania. Inicialmente estas ascendían a poco más de una división, en su mayoría unidades birmanas recién constituidas, con un refuerzo de solo dos batallones británicos y una brigada india, mientras que había una segunda brigada india en camino, como reserva general. Cuando se produjo la crisis la mayor parte de los refuerzos disponibles fueron desviados a Malasia, demasiado tarde como para salvar Singapur, y no fue hasta finales de enero cuando la 17.^a División India, incompleta en cantidad y formación, comenzó a llegar a Birmania como avance de unos refuerzos prometidos y más sustanciales. La situación de la fuerza aérea era aún peor, ya que al principio solo había treinta y siete aparatos disponibles para enfrentarse a los cien japoneses, que, además, fueron duplicados por otra brigada aérea después de la caída de Manila a principios de enero.

La invasión japonesa de Birmania había empezado ya a mediados de diciembre, cuando un destacamento del 15.^º Ejército se desplazó a Tenasserim, en el lado occidental, o birmano, del istmo de Kra, para capturar los tres aeródromos principales de la zona y bloquear de ese modo la ruta de los refuerzos aéreos británicos a Malasia. El 23 y el 25 de diciembre hubo fuertes ataques aéreos japoneses contra Rangún, que provocaron la huida generalizada de la fuerza laboral india, bloqueando las carreteras y abandonando las obras defensivas. El 20 de enero, se inició el ataque directo con un avance desde Tailandia a Moulmein, que fue ocupada el 31 después de un combate intenso pero confuso en el que los defensores, con el amplio

estuario del río Salween a sus espaldas, escaparon por poco del desastre y de ser capturados.

A finales de diciembre, Wavell había mandado a su jefe de Estado Mayor en la India, el teniente general T. J. Hutton, que se encargara del mando de Birmania y este, a su vez, situó a las tropas variadas que defendían Moulmein, y los accesos a Rangún, al mando del general de división J. G. Smyth (Cruz Victoria), comandante en jefe de la recién llegada 17.^a División India.

Tras la caída de Moulmein los japoneses presionaron en dirección noroeste y se hicieron con los cruces del Salween en las cercanías y hasta cuarenta kilómetros río arriba durante la primera quincena de febrero. Smyth había estado insistiendo en una retirada estratégica adecuada a una posición en la que pudiera concentrar sus tropas, pero no se le permitió retirarse hasta que fue demasiado tarde para organizar esa defensa en el río Bilin, que era muy estrecho y vadeable en muchos puntos. Esta posición fue pronto sorteada. Entonces comenzó una carrera para llevar a las tropas de vuelta al río Sittang, de kilómetro y medio de ancho, situado a unos cincuenta kilómetros detrás, (y a más de 110 kilómetros de Rangún). Debido al retraso en el inicio de los movimientos los japoneses pudieron anticiparse a los británicos, a pesar de la desventaja de tener que seguir sus movimientos de flanqueo en los senderos de la jungla. El vital puente de Sittang fue volado a primera hora del 23 de febrero, dejando a la mayor parte de los hombres de Smyth en la orilla este. Apenas regresaron 3500, por caminos sinuosos, y de estos menos de la mitad seguían conservando sus fusiles. El 4 de marzo los japoneses, explotando su ventaja, alcanzaron y rodearon Pegu, un nudo ferroviario y de carreteras donde se concentraron los restos de las tropas de Smyth y unos pocos refuerzos.

Al día siguiente, el general sir Harold Alexander llegó al lugar para hacerse con el mando de Birmania en sustitución del general Hutton. Esta decisión de emergencia por parte de Churchill era muy natural dadas las circunstancias y más aún a la vista del modo en que el fracaso inicial no había sido previsto en las altas instancias. Pero era injusto con Tom Hutton, quien no solo había expresado sus dudas sobre la posibilidad de conservar Rangún, sino que hizo una sabia previsión al enviar suministros a la zona de Mandalay, a 650 kilómetros al norte de Rangún, al tiempo que aceleraba la construcción de una ruta de montaña desde el estado de Manipur, en la India, como enlace terrestre con Mandalay y la carretera de Birmania hasta Chungking. Durante este período, y antes, la opinión de Londres estaba muy influida por las declaraciones de Wavell de que las habilidades japonesas

estaban sobrevaloradas, que eran un mito que no resistiría una vigorosa oposición.

A su llegada Alexander insistió inicialmente en que había que conservar Rangún y ordenó una ofensiva para restablecer la situación. Sin embargo, tras lograrlo, no produjo progresos, a pesar de acciones enérgicas por parte de los recién llegados: la VII Brigada Acorazada y algunos refuerzos de infantería. Así, pronto Alexander se alineó con el punto de vista de Hutton y la tarde del 6 de marzo ordenó la evacuación de Rangún, tras una serie de demoliciones llevadas a cabo la tarde siguiente. De ese modo, y para su sorpresa, los japoneses entraron en una ciudad desierta el día 8. Aun así, las fuerzas que habían estado allí tuvieron la suerte de escapar, por la carretera del norte, hacia Prome, al encontrar un hueco en el cerco japonés.

Entonces tuvo lugar una pausa temporal durante la cual los japoneses recibieron el refuerzo de dos divisiones más, la 18.^a y la 56.^a y de dos regimientos de tanques, además de duplicar su fuerza aérea hasta alcanzar los cuatrocientos aviones. Los británicos recibieron muchas menos tropas como refuerzo. En el aire sus tres escuadrillas de cazas incompletas y las dos del Grupo Voluntario Estadounidense —estas últimas transferidas por el generalísimo Chiang Kai-shek— sumaban solo, al inicio, cuarenta y cuatro Hurricane y Tomahawk, pero habían logrado rechazar de manera efectiva los ataques aéreos japoneses sobre Rangún, infligiendo graves pérdidas desproporcionadas en los atacantes. Sin embargo, con el abandono de Rangún la mayor parte de los británicos fueron enviados a la India, donde se recibió, a finales de marzo, un refuerzo de unos ciento cincuenta aviones, bombarderos y cazas, procedente de Oriente Medio. La pérdida de Rangún había alterado el sistema de alerta temprana, por lo que el resto de los aviones británicos fueron incapaces —como había ocurrido anteriormente en Malasia— de plantear ninguna resistencia efectiva ante los japoneses.

A principios de abril el 15.^º Ejército japonés reforzado se desplazó al norte, Irawadi arriba, hacia Mandalay, para cumplir su objetivo de cortar y cerrar la carretera de Birmania a China. Los británicos, que habían alcanzado la cifra de unos sesenta mil hombres, estaban defendiendo una línea este-oeste de 240 kilómetros al sur de Mandalay, con ayuda de fuerzas chinas en su flanco este. Pero los japoneses rodearon audazmente su flanco oeste, envolviendo a los defensores y capturando los pozos de petróleo de Yenangyaung a mediados de abril. El general estadounidense Joseph Stilwell, mano derecha de Chiang Kai-shek, diseñó un plan para permitir que los japoneses avanzasen río Sittang arriba y después atraparlos mediante un

movimiento en forma de pinza. No obstante, este plan fue frustrado y desviado por un movimiento japonés más amplio, alrededor del flanco este, hacia Lashio, en la carretera de Birmania. Se produjo un rápido reflujo en ese flanco y pronto quedó claro que no se iba a poder conservar ni Lashio ni el uso de la ruta de suministro a China.

De modo que, inteligentemente, Alexander decidió no resistir en Mandalay —como esperaban que hiciese los japoneses—, sino retirarse hacia la frontera india. La larga retirada, de más de 320 kilómetros, comenzó el 26 de abril, con la protección de una retaguardia, y el puente Ava sobre el Irawadi fue destruido el 30, el día antes de que el avance japonés por el flanco llegara a Lashio.

Entonces el principal problema era llegar a la frontera india y Assam antes de que empezara el monzón, a mediados de mayo, e inundara los ríos intermedios y las carreteras. Los japoneses se dieron prisa Chindwin arriba para interceptar la retirada británica, pero la retaguardia británica logró superar el obstáculo, al tomar una desvación, y alcanzó Tamu una semana antes de que comenzara el monzón. Perdieron gran parte de su equipamiento en la huida final, incluyendo sus tanques, pero se salvó buena parte de las tropas. Aun así, sus bajas en la campaña de Birmania ascendieron a tres veces las de los japoneses, trece mil quinientas frente a cuatro mil quinientas. Si las fuerzas en Birmania escaparon, en una retirada de 1600 kilómetros, se debió en gran medida a las reiteradas intervenciones, mediante contraataques, de los tanques de la VII Brigada Acorazada. Y también por la sangre fría con la que se manejó la retirada una vez que se decidió abandonar Rangún.

Ceilán y el océano Índico

Mientras el ejército japonés en Birmania avanzaba, de manera aparentemente irresistible, desde Rangún a Mandalay, los británicos también estaban alarmados por la entrada de la Marina japonesa en el océano Índico. Y es que la gran isla de Ceilán, frente al extremo sudeste de la India, era considerada vital por los británicos, tanto por su condición de potencial trampolín para la Marina japonesa desde el cual poder amenazar la ruta británica de envío de tropas y suministros a Oriente Medio, rodeando el cabo de Buena Esperanza y Sudáfrica, así como sus rutas marítimas a la India y Australia. Además, el caucho de Ceilán, se había vuelto muy importante para Gran Bretaña tras la pérdida de Malasia.

Los jefes de Estado Mayor británicos le dijeron a Wavell que la conservación de Ceilán era más esencial que la de Calcuta. Por este motivo se utilizaron no menos de seis brigadas para la defensa de Ceilán, en un momento en que las fuerzas en Birmania eran claramente inadecuadas y las de la India peligrosamente débiles. Además, en marzo se constituyó una nueva fuerza naval bajo el mando del almirante sir James Somerville, compuesta de cinco acorazados (aunque cuatro de ellos eran viejos y obsoletos) y tres portaaviones, uno de ellos (el *Hermes*) también era viejo y pequeño.

Al mismo tiempo los japoneses preparaban un movimiento ofensivo desde la isla de Célebes hacia el océano Índico, con una formación más potente que incluía cinco portaaviones —los utilizados en el ataque a Pearl Harbor— y cuatro acorazados. Así, las perspectivas de preservar Ceilán parecían pequeñas cuando se conocieron las noticias de la ofensiva prevista. Sin embargo, la amenaza no era tan grave ni tan transcendental como parecía. Y es que la ofensiva naval japonesa básicamente tenía un objetivo defensivo. No tenían tropas disponibles para llevar a cabo una invasión de Ceilán. Su objetivo era llevar a cabo una incursión para dispersar la fuerza naval británica que se estaba concentrando allí y proteger sus propias tropas de refuerzo que estaban de camino a Rangún por mar.

Al esperar un ataque el primero de abril, la fuerza de Somerville había sido dividida en dos partes: la más rápida y efectiva, la Fuerza A, patrulló hasta que fue enviada para repostar en el atolón Addu, una nueva base secreta en las islas Maldivas, a algo menos de mil kilómetros al sudoeste de Ceilán. En realidad, el ataque japonés se produjo el 5 de abril, cuando más de cien aviones atacaron la bahía de Colombo, infligiendo graves daños y repeliendo los contraataques aéreos. Por la tarde se produjo un nuevo ataque desde cincuenta bombarderos que hundieron dos cruceros británicos. Las dos partes de la fuerza de Somerville, al ver que era demasiado tarde para intervenir, se retiraron: los buques más antiguos a África oriental y los más rápidos a Bombay. No obstante, tras un ataque exitoso contra Trincomalee el día 9, la flota japonesa se retiró, después de que su destacamento de incursión contra la actividad comercial hubiera hundido, mientras tanto, veintitrés buques (112 000 toneladas) en la bahía de Bengala.

Fue otra derrota humillante para el poder naval británico, pero, por fortuna, no trascendió. En efecto, si los británicos no hubieran provocado este ataque al tratar de reunir una fuerza naval en Ceilán obviamente obsoleta,

es probable que los japoneses no hubieran atacado, ya que estaba más allá de sus límites previstos.

Otra secuela de esta operación, que generó nuevas tensiones en las relaciones franco-británicas, así como dispersión de recursos, fue el envío de una fuerza combinada militar y naval para capturar la bahía de Diego Suárez, al norte de Madagascar —perteneciente a Francia— para prevenir cualquier posibilidad de ocupación de los japoneses. Esta costosa medida de mayo fue seguida por una expedición mayor en septiembre para ocupar el conjunto de la isla. Como en el caso del hundimiento de la flota francesa en Mers-el-Kebir —el puerto militar de Orán, en Argelia, en 1940— a largo plazo el miedo resultó un mal consejero.

QUINTA PARTE

**El cambio
(1942)**



18

Cambia la tendencia en Rusia

En 1940 los alemanes habían iniciado su campaña el 9 de abril, lanzándose sobre Noruega y Dinamarca. En 1941 lo habían hecho el 6 de abril, con su ofensiva en los Balcanes. No obstante, en 1942 no hubo ese tipo de inicio temprano. Este hecho mostraba los efectos agotadores en los alemanes de su intento frustrado por obtener una rápida victoria sobre Rusia en 1941 y la magnitud con que su esfuerzo ofensivo se había visto absorbido por esa acción. Y es que, si bien las condiciones atmosféricas no eran favorables a un movimiento temprano en el frente ruso, no existía ese impedimento contra una acción en los extremos oriental u occidental de la precaria situación británica en el Mediterráneo. Y, sin embargo, no se produjo una nueva amenaza en esa zona clave de las comunicaciones ultramarinas británicas.

* * *

En el teatro de operaciones ruso la contraofensiva de invierno del Ejército Rojo continuó durante más de tres meses después de su inicio en diciembre, aunque con progresos decrecientes. En marzo había avanzado más de 240 kilómetros en algunas zonas. Pese a todo, los alemanes mantuvieron el control de los principales bastiones de su frente de invierno —ciudades como Schlüsselburg, Nóvgorod, Rzhev, Vyazma, Briansk, Orel, Kursk, Járkov y Taganrog— a pesar de que los rusos estaban a muchos kilómetros por detrás de esas plazas, aunque presionando en los espacios que las separaban.

Estas ciudades bastión eran obstáculos formidables desde un punto de vista táctico. Estratégicamente tendían a dominar la situación, porque eran puntos centrales en la dispersa red de comunicaciones. Aunque las guarniciones alemanas no podían evitar la infiltración en los amplios espacios entre ellas, el bloqueo de las vías de comunicación entorpecía y limitaba la explotación de cualquier penetración siempre y cuando permanecieran intactos. Así, cumplían, a una escala mayor, la función de freno para la que se habían diseñado los fuertes franceses de la línea Maginot (y que habrían logrado su objetivo si la cadena de fuertes a lo largo de la frontera no se hubiera quedado a mitad de camino, dejando a los alemanes amplio espacio para flanquearlos).

Dado que el Ejército Rojo no logró debilitar lo suficiente estos bastiones como para provocar su caída, los profundos avances que llevó a cabo en los espacios intermedios tendieron a convertirse en desventaja *a posteriori*. Y es que los salientes que se crearon eran, naturalmente, más difíciles de defender que las ciudades bastión y, por tanto, absorbían una cantidad de tropas excesiva para su conservación, mientras que era más fácil aislarlos mediante ataques por los flancos, desde los bastiones alemanes, utilizando estos como trampolines ofensivos.

En la primavera de 1942 el frente de Rusia se había vuelto tan profundamente dentado que casi parecía una reproducción de la línea de costa noruega, con sus fiordos que penetran en profundidad tierra adentro.

La forma en que los alemanes habían sido capaces de conservar las «penínsulas» era una prueba destacada del poder de la defensa moderna cuando se realiza con habilidad y tenacidad, y contando con el armamento adecuado. Era una lección que incluso iba más allá de la defensa rusa de 1941, al refutar las deducciones superficiales extraídas de los rápidos éxitos ofensivos, durante los años anteriores de la guerra, contra una oposición débil. Se trataba de casos en los que el atacante tenía una superioridad decisiva en armamento o se encontraba con una defensa mal entrenada y muy desconcertada. Era una repetición, a una escala mucho mayor, de las experiencias en el saliente de Saint-Mihiel durante la Primera Guerra Mundial, y demostraba las posibilidades anunciadas por la conservación, durante cuatro años, de ese saliente teóricamente indefendible. La experiencia de la campaña de invierno de 1941 también tendía a confirmar la prueba histórica de largo recorrido de que el efecto de la coincidencia es básicamente psicológico, que el peligro es mayor en las primeras etapas y que disminuye si

la súbita conmoción provocada por su materialización, por parte de las tropas parcialmente rodeadas, no provoca un hundimiento inmediato.

Retrospectivamente está claro que el veto de Hitler a una retirada amplia tuvo como resultado restablecer la confianza de las tropas alemanas, y es probable que las salvara de un hundimiento generalizado, mientras que su insistencia en el sistema de defensa «de erizo» proporcionó a los alemanes importantes ventajas al inicio de la campaña de 1942.

No obstante, también pagaron un alto precio indirectamente por esa defensa rígida. Su triunfo los animó a creer que se podía repetir con éxito en las condiciones más adversas de los siguientes inviernos. Una desventaja más inmediata fue la presión a la que fue sometida su fuerza aérea por el prolongado esfuerzo para mantener los suministros por vía aérea, con el tiempo invernal, a las guarniciones de esos bastiones más o menos aislados. Debido al mal tiempo la tasa de accidentes era alta, además de tener que utilizar un número excesivo de aviones para compensar las carencias de suministros en los intervalos de buen tiempo. En ocasiones había que utilizar trescientos aviones de transporte en un solo día para aprovisionar a un cuerpo de ejército. El esfuerzo necesario para proporcionar transporte aéreo a tal escala y a toda una cadena de posiciones avanzadas y expuestas, dañaba la organización del transporte aéreo de la Luftwaffe. Además, la retirada de unidades experimentadas a otros teatros de operaciones limitaba su efectividad combativa en el frente ruso.

El enorme esfuerzo de esa campaña de invierno, sobre un ejército que no se había preparado para ello, también tuvo efectos de retraso grave en otros aspectos. Antes de que acabara el invierno muchas divisiones se vieron reducidas a apenas un tercio de sus efectivos originales. Nunca volvieron a ser reforzadas completamente, y no fue hasta bien entrado el verano cuando alcanzaron un nivel suficiente como para intentar realizar operaciones activas. Además, las divisiones adicionales que se crearon en Alemania durante el invierno sumaban una cifra total que era básicamente ficticia. En 1942 y después, las divisiones que habían sido casi destruidas en los duros combates mantuvieron su existencia, como forma de camuflaje, sin que sus bajas fueran compensadas. Estas divisiones nominales a veces solo tenían dos o tres batallones.

A Hitler sus generales le dijeron que tenían que proporcionarles ochocientos mil hombres adicionales si se quería reanudar la ofensiva en 1942. Albert Speer, el ministro de Armamento dijo que no era posible liberar a esa cantidad de hombres de las fábricas para alistarlos en el Ejército.

Al final el déficit se compensó por un cambio radical en la organización. Las divisiones de infantería se reordenaron sobre la base de siete batallones en lugar de nueve. Los efectivos de combate de una compañía de infantería se fijaron en un máximo de ochenta hombres, en comparación con los ciento ochenta previos. La reducción tenía un objetivo doble, ya que se descubrió que con la pérdida de oficiales adiestrados los jóvenes oficiales que los sustituían al frente de las compañías podían perder su control cuando estaban compuestas por el antiguo número. También se averiguó que en las compañías más numerosas se producían más bajas sin que ello tuviera un resultado muy diferente.

La reducción combinada en el número de batallones y en el de hombres que los constituían generó una falta de realidad, durante los años siguientes, en la tendencia de la inteligencia aliada a seguir calculando el número de divisiones alemanas como si fueran de un tamaño similar al propio. Si hubieran contado dos divisiones alemanas como equivalentes a una británica o estadounidense, hubieran tenido una mejor aproximación a la realidad. E incluso esa proporción dejó de representar una buena guía a finales del verano de 1944, cuando pocas divisiones se acercaban a su fuerza nominal reducida.

Durante la campaña de 1942 también se produjo un aumento de la fuerza acorazada del Ejército alemán que era más superficial que real. Se formaron dos nuevas divisiones acorazadas en invierno, en parte mediante la conversión de la división de caballería montada que se había preservado hasta entonces, simplemente para descubrir que su valor era insignificante. Se añadieron algunos blindados a las divisiones de infantería motorizada, pero apenas la mitad de las veinte divisiones acorazadas existentes recuperaron su potencia blindada.

En resumen, el balance alemán representaba una base precaria para continuar la ofensiva. A pesar de los mayores esfuerzos apenas podían recuperar su anterior nivel en cuestión de cantidades e incluso así fue a base de crecientes reclutamientos de fuerzas de sus aliados, que eran de inferior calidad a las suyas propias. No tenían margen para hacer frente a las pérdidas de otra costosa campaña. Un inconveniente aún mayor fue su incapacidad para desarrollar sus dos activos ofensivos principales: su fuerza aérea y la blindada, a la escala necesaria para garantizar la superioridad.^[1]

El Estado Mayor General alemán se daba cuenta de los aspectos desfavorables de la situación, pero sus jefes habían perdido poder de influencia sobre las decisiones de Hitler. La presión de este era demasiado

grande para resistirse y la presión de los acontecimientos era demasiado grande para Hitler. Estaba obligado a ir adelante sin parar.

* * *

La cuestión de reanudar la ofensiva en 1942 ya se discutía en noviembre de 1941, incluso antes del último intento de capturar Moscú. Rundstedt se vanagloriaba de que en esas discusiones de noviembre él había defendido no solo un cambio a la defensiva, sino la conveniencia de retirarse a la línea de partida original en Polonia. Se supone que Leeb estaba de acuerdo. Y si el resto de los principales generales no defendían un cambio de política tan completo, la mayoría tenían una creciente ansiedad respecto a dónde los conducía la campaña rusa, y no mostraban disposición por retomar la ofensiva. El fracaso del ataque de diciembre contra Moscú y las dificultades del invierno reforzaron sus dudas.

Sin embargo, el peso de la oposición militar se vio debilitado por los cambios en los altos mandos que siguieron a la abortada campaña de 1941. Rundstedt había solicitado, y se le había aceptado, dimitir a finales de noviembre, cuando Hitler rechazó su propuesta de detener el avance meridional hacia el Cáucaso y replegarse a una línea de defensa invernal a lo largo del río Mius. Al menos fue relativamente afortunado en el tiempo y modos de su partida. Cuando quedó claro para el mundo el fracaso de toda la campaña, la marcha de Brauchitsch, el 19 de diciembre, fue anunciada públicamente en términos que implicaban que era el responsable. Esto sirvió para un doble propósito de proporcionar a Hitler un chivo expiatorio y de preparar el camino para tomar el mando directo del Ejército. Bock, el demasiado ferviente partidario del último intento de capturar Moscú se declaró enfermo a mediados de diciembre: padecía una enfermedad estomacal producida por la ansiedad y las tensiones, y su renuncia fue aceptada el 20 de diciembre. Por el momento Leeb se quedó y era menos fácil culparle del fracaso de tomar Leningrado, puesto que su previsto ataque sobre esa ciudad había sido cancelado por una orden personal de Hitler cuando estaba a punto de comenzar. El motivo fue el miedo a las pérdidas debidas al combate callejero. Sin embargo, cuando Leeb vio que nada podía convencer a Hitler de retirarse del saliente de Demiansk, pidió ser relevado.

La desaparición de Brauchitsch, y de los comandantes originales de los tres grupos de ejércitos, disminuyó la influencia moderadora de Halder, jefe del Estado Mayor. Este efecto y la ventaja de Hitler, se vieron agudizados por la tendencia natural de los sucesores de tragarse sus dudas y de ser,

inicialmente, más abiertos a los deseos del *Führer*. Hitler entendió bien el efecto de la promoción en los juicios y la docilidad de los hombres. La ambición profesional rara vez se resiste a este tipo de tentación.

Rundstedt fue sustituido por Reichenau; Bock por Kluge y Leeb, más tarde, por Küchler. El abandono de Bock del mando del Grupo de Ejércitos Centro se debió a una enfermedad temporal, y cuando Reichenau murió repentinamente de un ataque al corazón, en enero, Bock se reincorporó como su sucesor. Sin embargo, fue apartado finalmente en julio, cuando se reorganizaron las fuerzas en el sur durante la ofensiva de verano. En esta reestructuración se creó un Grupo de Ejércitos A especial, a partir del Grupo de Ejércitos Sur, para el avance hacia el Cáucaso, y su mando se confió al mariscal List. El resto del Grupo de Ejércitos Sur pasó a denominarse Grupo de Ejércitos B, primero al mando de Bock y después de Weichs.

El plan para una nueva gran ofensiva cristalizó durante los primeros meses de 1942. La decisión de Hitler se vio influida por la presión de sus expertos económicos. Le dijeron que Alemania no podría continuar la guerra a menos que lograra suministros petrolíferos del Cáucaso, así como trigo y minerales. Se trataba de una opinión errónea como lo demostró el hecho de que Alemania no logró conquistar el petróleo del Cáucaso y, en cambio, sí consiguió continuar la guerra durante otros tres años. No obstante, Hitler era muy receptivo a estos argumentos económicos porque coincidían con su deseo instintivo de desarrollar una iniciativa positiva y ofensiva. La idea de la retirada le repugnaba, con independencia del alivio y la ventaja potencial que pudiera acarrear. Dado que sentía aversión a ese paso atrás solo veía, de nuevo, el avance.

Este instinto le hacía insensible a los hechos incómodos. Por ejemplo, el servicio de inteligencia alemán tenía información de que las fábricas rusas de los Urales y otros sitios estaban fabricando entre seiscientos y setecientos tanques al mes. Sin embargo, cuando Halder le transmitió la prueba, golpeó la mesa y afirmó que ese ritmo de producción era imposible. No creía en lo que no quería creer.

No obstante, se vio obligado a reconocer las limitaciones de los recursos de Alemania, hasta el punto de admitir la necesidad de restringir el alcance de su nueva ofensiva. Tal y como se había definido anteriormente, en primavera, tendría lugar en ambos flancos, pero no en el conjunto del frente.

El esfuerzo principal debía llevarse a cabo en el flanco sur, cerca del mar Negro. Adoptaría la forma de un avance por el corredor entre los ríos Don y Donets. Después de llegar y cruzar la cuenca baja del Don, entre su curva

meridional y la desembocadura del mar Negro, el avance debía girar hacia el sur en dirección a los pozos de petróleo del Cáucaso, extendiéndose también al este, hasta Stalingrado, en el Volga.

Al formular este doble objetivo, inicialmente Hitler tenía la idea de que la toma de Stalingrado podría abrir el camino hacia un avance en dirección norte para situarse en la retaguardia de los ejércitos rusos que defendían Moscú. Parte del entorno de Hitler incluso hablaba de un avance hasta los Urales. Sin embargo, tras muchas discusiones, Halder le convenció de que se trataba de un proyecto de ambición imposible, y el objetivo que se fijó en realidad fue extender el avance más allá de Stalingrado solo para proporcionar seguridad táctica a ese punto clave estratégico. Además, el motivo de capturar esa ciudad se definía ahora como medio de proporcionar cobertura al flanco del avance hacia el Cáucaso. Y es que Stalingrado se sitúa en el Volga, dominando el puente terrestre entre ese río y el Don y, en tanto que nudo de comunicaciones, representaba un tapón potencial de este cuello de botella.

El plan de Hitler para 1942 también incluía una ofensiva secundaria para capturar Leningrado durante el verano. Aparte del valor reputacional, este movimiento septentrional se consideraba importante como un modo de asegurar las comunicaciones terrestres con Finlandia y aliviar, así, su situación de aislamiento.

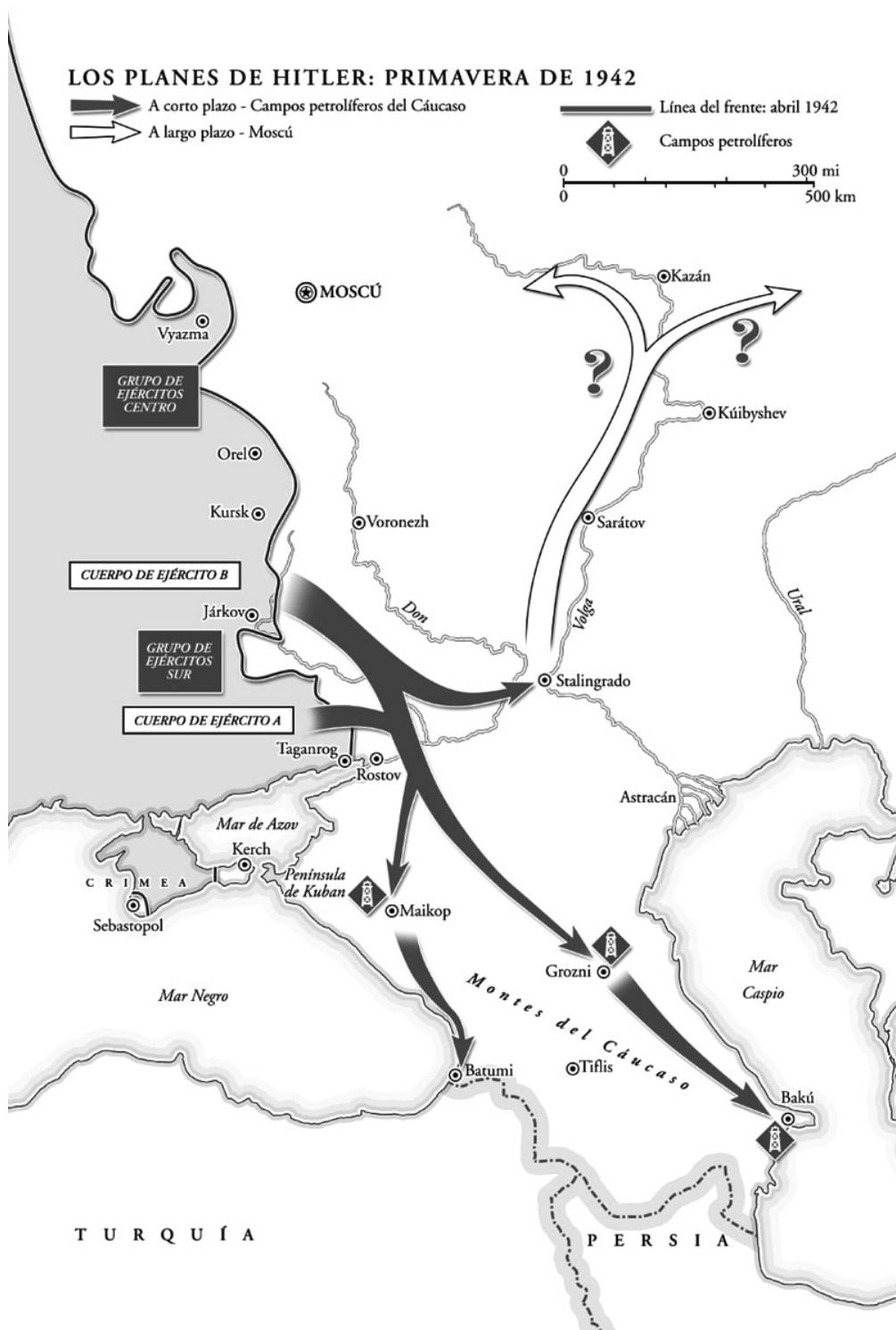
En el resto del frente del este, los ejércitos alemanes debían permanecer a la defensiva, simplemente reforzar sus posiciones fortificadas. En resumen, la ofensiva alemana de 1942 se limitaría a las dos alas. Esta limitación era un reflejo de hasta qué punto se estaban agotando las reservas alemanas. Además, el avance meridional solo se podía llevar a cabo con una mayor utilización de los aliados alemanes para que proporcionaran gran parte del apoyo de retaguardia a los flancos del avance conforme progresaban.

La idea de un avance tan profundo en un flanco sin que hubiera una presión simultánea en el centro del territorio enemigo, era contraria a los cánones de la estrategia que habían inculcado a los generales alemanes desde su juventud. Les parecía aún peor, ya que el avance por el flanco debía cruzar un espacio entre los principales ejércitos rusos y el mar Negro. Y se sentían aún más inquietos al pensar que la protección de su flanco terrestre iba a depender en gran medida de tropas rumanas, húngaras e italianas. Hitler contestaba a sus preguntas angustiosas con el argumento decisivo de que Alemania solo podría mantenerse en guerra asegurándose el petróleo del Cáucaso. En cuanto al riesgo de depender de tropas aliadas para proteger sus flancos, decía que solo se utilizarían para sostener la línea del Don y del

Volga entre Stalingrado y el Cáucaso, lugar en el que los propios trazados fluviales serían de ayuda. La captura de Stalingrado y la conservación de ese punto clave las llevarían a cabo tropas alemanas.

Como preliminar de la ofensiva principal, en el continente, las fuerzas alemanas de Crimea lanzaron un ataque el 8 de mayo para capturar su parte este, la península de Kerch, donde los rusos habían logrado frenarles durante el otoño anterior. Un ataque bien preparado, cubierto por una concentración de bombarderos en picado, abrió hueco en las defensas. Por esa abertura los alemanes se dirigieron al norte y encerraron a gran parte de los defensores contra la costa, donde los bombarderos pronto lograron su rendición. Con el camino así despejado, los alemanes avanzaron por los ochenta kilómetros de largo que tiene la península. Tras una detención momentánea en «el muro tártaro» —una histórica línea defensiva de casi veinte kilómetros desde el extremo de la península—, tomaron la propia Kerch el 16 de mayo y, de ese modo, expulsaron a los rusos de Crimea, con la excepción de la fortaleza de Sebastopol en su extremo sudoeste, aislada desde hacía tiempo.

Este ataque había sido concebido como una manera de hacer palanca en ayuda del objetivo principal, mediante un salto a través del estrecho de Kerch hasta la península de Kubán, que constituye el extremo occidental del Cáucaso. Las fuerzas alemanas debían utilizarse para abrir camino, pero la ofensiva principal logró avanzar tan rápido, a lo largo de la ruta terrestre dentro del Cáucaso, que esta palanca resultó innecesaria.



El factor más decisivo para despejar el camino del avance alemán fue una ofensiva rusa, en dirección a Járkov, que comenzó el 12 de mayo contra el 6.^º Ejército de Paulus, que se preparaba para eliminar el saliente de Izium. Se

trató de un intento prematuro, más allá de las capacidades del Ejército Rojo en ese momento, frente a las capacidades defensivas alemanas. El mariscal Timoshenko sugería objetivos ambiciosos y esperanzas excesivas en el inicio de su «Orden del día», que comenzaba así: «Por la presente ordeno a las tropas que comiencen la ofensiva decisiva». La prolongación en el tiempo de la ofensiva en Járkov dio ventaja a los alemanes, absorbiendo una parte excesiva de las reservas rusas y exponiéndolos a una respuesta mortal. Los rusos penetraron a través de las defensas alemanas en la zona de Járkov y se diseminaron hacia el noroeste y el sudoeste. Por orden de Hitler la ofensiva prevista contra el saliente de Izium por parte del 6.^º Ejército de Paulus y del 1.^{er} Ejército Panzer de Kleist se adelantó un día y la ofensiva rusa fue detenida por la contraofensiva de Bock. Dos ejércitos soviéticos enteros y elementos de otros dos fueron destrozados y, a finales de mayo, 241 000 hombres del Ejército Rojo fueron hechos prisioneros. Cuando los alemanes lanzaron su propio ataque principal en junio, los soviéticos tenían pocas reservas para hacerles frente.

La ofensiva alemana era «escalonada» tanto en el espacio como en el tiempo. Estaba previsto que tuviera lugar en el conjunto del frente alemán en el sur de Rusia, que transcurría de manera oblicua desde la costa cerca de Taganrog y a lo largo del Donets hacia Járkov y Kursk. Era una línea del frente escalonada. Las partes más retrasadas, a la izquierda, debían avanzar primero y las más avanzadas, a la derecha, debían esperar a que el ala izquierda llegara a su altura antes de intentar avanzar, aunque en el ínterin ayudaban a ejercer un efecto de palanca en el flanco que debilitara la resistencia frente a esa ala izquierda.

A la derecha estaba el 17.^º Ejército, con el 11.^º en Crimea. Junto al 17.^º, más atrás, estaba el 1.^{er} Ejército Panzer. Después del 9 de julio esos dos ejércitos constituyeron el Grupo de Ejércitos A de List, destinado a invadir el Cáucaso. A su izquierda estaba el Grupo de Ejércitos B de Bock, que incluía el 4.^º Ejército Panzer, el 6.^º Ejército, el 2.^º Ejército y el 2.^º Ejército húngaro. Los dos ejércitos húngaros debían realizar los avances decisivos, ambos desde el flanco de retaguardia alemán contra las posiciones más avanzadas rusas: el 1.^º atacando desde la zona de Járkov y el 4.^º desde la de Kursk. Los ejércitos de «infantería» debían seguirlos y apoyarlos.

Como preliminar inmediato a la ofensiva principal se lanzó un ataque de asedio contra la fortaleza de Sebastopol el 7 de junio. Esta operación la realizó el 11.^º Ejército de Manstein. Aunque la resistencia era encarnizada los alemanes acabaron venciendo gracias a un peso y a una habilidad mayores,

aunque no fue hasta el 4 de julio cuando la fortaleza, y con ella toda Crimea, estuvo completamente en manos alemanas. De este modo los rusos se vieron privados de su principal base naval en el mar Negro. Aunque su flota seguía existiendo, de hecho, iba a permanecer pasiva.

Mientras tanto el inicio de esta ofensiva en Crimea fue seguido de otro ataque de distracción importante cerca de los puntos en que se estaban montando las operaciones principales. El 10 de junio los alemanes aprovecharon su brecha en Izium para forzar el paso del Donets y conseguir un punto de apoyo en la orilla norte del río. Tras expandir este gradualmente hasta crear una gran cabeza de puente, lanzaron desde allí un poderoso ataque acorazado en dirección norte el día 22 y en dos días alcanzaron el nudo de Kupiansk, a 65 kilómetros al norte del río. Esto creó una inestimable palanca en el flanco para ayudar al ataque desde el este de su ofensiva principal, que fue lanzada el 28.

En el ala izquierda de la ofensiva principal hubo duros combates durante varios días antes de que se agotaran las reservas rusas y el 4.^º Ejército Panzer penetrara en el sector entre Kursk y Belgorod. Después de aquello se produjo un avance rápido por la franja de 160 kilómetros de llanura hasta el Don, cerca de Voronezh. Esto parecía presagiar un movimiento al otro lado del curso superior del Don, más allá de Voronezh, para cortar el enlace ferroviario lateral de Moscú a Stalingrado y el Cáucaso. En realidad, los alemanes no tenían intención de hacerlo. Sus órdenes eran detenerse al llegar al río y convertirlo en una posición defensiva de flanco para la continuación del avance en dirección sudeste. El 2.^º Ejército húngaro llegó para relevar al 4.^º Ejército Panzer, que pasó a avanzar hacia el sudeste a través del pasillo entre el Don y el Donets, seguido por el 6.^º Ejército, que tenía la misión de tomar Stalingrado.

Todas las operaciones en esta ala izquierda tendían a ocultar la amenaza que se estaba desarrollando en el ala derecha. Y es que, aunque la atención estaba centrada en el ataque desde Kursk hacia Voronezh, el 1.^{er} Ejército Panzer de Kleist estaba realizando un avance más peligroso desde la zona de Járkov. Este se benefició de la posición mal organizada en que se situaban las fuerzas rusas después del fracaso de su propia ofensiva, así como por la existencia de la brecha de Kupiansk en el flanco ruso. Después de lograr un rápido avance, las divisiones acorazadas de Kleist se dirigieron hacia el este por el corredor Don-Donets hasta Chertkovo, en el ferrocarril de Moscú a Rostov. Entonces dieron un giro hacia el sur, dejando atrás Millerovo y Kamensk, hacia el curso inferior del Don en y por encima de Rostov.

El ala izquierda logró cruzar el río, con poca oposición, el 22 de julio, después de un avance de unos cuatrocientos kilómetros desde el punto de partida. Al día siguiente el ala derecha, al llegar al límite de las defensas de Rostov, abrió una brecha en ellas. Situada en la orilla occidental del Don la ciudad estaba expuesta a esos ataques y durante el rápido flujo de la retirada sus defensas no habían sido organizadas de manera adecuada. Los movimientos alemanes en los flancos acentuaron la confusión y la ciudad cayó pronto en sus manos. Su captura cortó el oleoducto desde el Cáucaso, lo que hizo que los ejércitos rusos pasaran a depender de lo que pudieran llevar en petroleros por el mar Caspio o remontando la nueva vía férrea que habían construido rápidamente por las estepas situadas al oeste de ese lago. Rusia también había perdido otra gran rebanada de su suministro de pan.

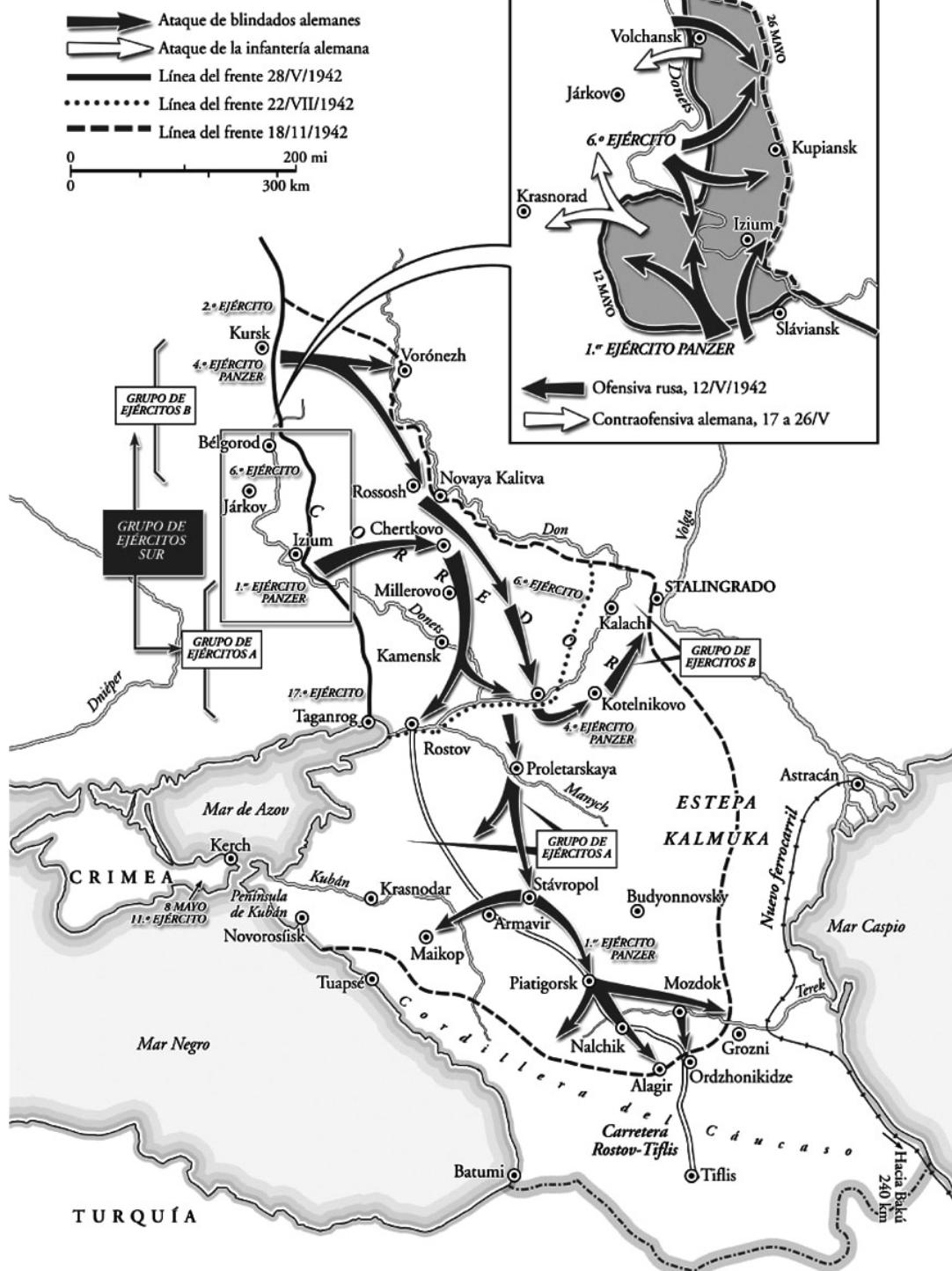
El único aspecto negativo importante de este avance espectacular es que aunque grandes cuerpos de tropas rusas fueron superados, el total de prisioneros fue muy inferior al de 1941. El ritmo de avance no había sido lo suficientemente rápido. Esto no se debió tanto a la resistencia encontrada como a la pérdida anterior de las mejores tropas de blindados alemanes y a la tendencia a adoptar métodos más cautos. Los «grupos» de *panzer* de 1941 se habían reorganizado como «ejércitos» *panzer*, con una proporción creciente de infantería y artillería; este aumento de apoyo tenía a generar una disminución de la velocidad.

Aunque el avance alemán aisló temporalmente a gran cantidad de soldados rusos, muchos de ellos pudieron escapar antes de ser cercados. Dada la dirección sudeste del avance alemán era natural que retrocedieran en dirección noreste, ayudando así al mando ruso a concentrarlos cerca o en la zona de Stalingrado, donde se convirtieron en una amenaza inherente al flanco del avance alemán hacia el Cáucaso. Este efecto tuvo una relevancia vital en la siguiente fase de la campaña, cuando los ejércitos alemanes se dividieron para seguir caminos divergentes, una parte hacia los pozos de petróleo del Cáucaso y otra parte hacia el Volga y Stalingrado.

Tras cruzar el curso inferior del Don, el 1.^{er} Ejército Panzer de Kleist giró en dirección sudeste hacia el valle del río Mánich, comunicado mediante un canal con el mar Caspio. Al hacer explotar la gran presa e inundar el valle los rusos frenaron temporalmente la embestida de los blindados. Sin embargo, tras dos días de retraso, las fuerzas alemanas lograron cruzar el río y continuar su avance hacia el Cáucaso, dispersándose en un frente amplio. Animados por la falta de oposición y lo despejado del terreno, la columna derecha de Kleist avanzó prácticamente en dirección sur, pasando por Armavir, hasta el gran

centro petrolífero de Maikop, a 320 kilómetros al sudeste de Rostov, donde llegó el 9 de agosto. Ese mismo día la vanguardia de su columna central entró en Piatigorsk, a 240 kilómetros al este de Maikop, en la falda de la cordillera del Cáucaso. Su columna izquierda siguió una dirección aún más al este, hacia Budenovsk. Ya se habían mandado destacamentos móviles por delante, por lo que el ritmo de avance de este ataque de primeros de agosto más allá del Don fue espectacular.

EL AVANCE ALEMÁN HACIA STALINGRADO



Pero el ritmo se ralentizó casi tan repentinamente como había comenzado. Las causas principales eran una escasez de gasolina y una abundancia de montañas. Este freno doble se vio posteriormente reforzado por el efecto

distante de la lucha por Stalingrado, que drenó gran parte de las fuerzas que podrían haberse utilizado para lograr un impulso decisivo al avance en el Cáucaso.

Era difícil mantener el flujo de suministros petrolíferos necesarios para un avance tan profundo, y la dificultad aumentaba porque tenía que llegar por tren a través del cuello de botella de Rostov, y había que modificar el ancho de las vías rusas respecto a las de Europa central. Los alemanes no podían arriesgarse a enviar suministros por mar mientras la flota rusa no fuera eliminada. Una pequeña cantidad se enviaba por aire, pero el total que llegaba por tren y avión era insuficiente para mantener el ímpetu del avance.

Las montañas eran una barrera para lograr el objetivo alemán, pero su efecto aumentó debido a la resistencia crecientemente tenaz con la que se encontraron al llegar a esta zona. Anteriormente no había habido dificultades para sortear a las fuerzas rusas que trataban de oponerse al avance, y estas habían tendido a retirarse antes de ser cercadas, en lugar de seguir combatiendo tan obstinadamente como en 1941. El cambio podía deberse a una estrategia defensiva más elástica, aunque el mando alemán estaba convencido, como resultado del interrogatorio de prisioneros, de que había una tendencia creciente por parte de las tropas que eran superadas de buscar un camino para regresar a sus casas, especialmente entre aquellos que procedían de la Rusia asiática. Sin embargo, cuando llegaron al Cáucaso la resistencia se hizo más firme. Las fuerzas defensoras estaban compuestas en gran medida por tropas reclutadas localmente, que sentían que estaban protegiendo sus propias casas y que estaban familiarizados con el tipo de paisaje montañoso en el que combatían. Estos factores multiplicaban la fuerza defensiva, mientras que la naturaleza del terreno obstaculizaba a los atacantes al canalizar el avance en flujo de sus fuerzas armadas.

Mientras que el 1.^{er} Ejército Panzer avanzaba por su lado hasta el Cáucaso, el 17.^º Ejército le había seguido, a pie y a través del cuello de botella de Rostov, desde donde giró hacia el sur en dirección a la costa del mar Negro.

Tras la captura de los pozos petrolíferos de Maikop el frente del Cáucaso se volvió a dividir y se le asignaron nuevos objetivos. Al 1.^{er} Ejército Panzer se le asignó la responsabilidad de la zona principal que se extendía entre el río Laba y el mar Caspio. Su primer objetivo era capturar la franja montañosa de la importante carretera que iba desde Rostov hasta Tiflis; el segundo era Bakú, en el Caspio. El 17.^º Ejército era responsable de la zona más estrecha que va desde el río Laba hasta el estrecho de Kerch. Su primera misión era

avanzar hacia el sur, desde Maikop y Krasnodar, a través del extremo occidental de la cordillera del Cáucaso, para capturar los puertos del mar Negro de Novorosíisk y Tuapsé. Su segundo objetivo era forzar un paso por la carretera costera, más allá de Tuapsé, abriendo de ese modo el camino hasta Batumi.

Mientras que la carretera costera al sur de Tuapsé estaba dominada por altas montañas, la primera tarea del 17.^º Ejército parecía relativamente fácil, ya que solo tenía que recorrer ochenta kilómetros antes de alcanzar la costa y este extremo occidental de la cadena montañosa terminaba en unas colinas. No obstante, la misión no resultó fácil. El avance tenía que cruzar el río Kubán, que estaba bordeado de amplios terrenos cenagosos cerca de su desembocadura, y las colinas cercanas hacia el este eran lo suficientemente accidentadas como para representar obstáculos difíciles. El 17.^º Ejército no capturó Novorosíisk hasta casi mediados de septiembre. Nunca llegó a Tuapsé.

El 1.^{er} Ejército Panzer, en la línea principal del avance, progresó comparativamente mejor, pero a un ritmo menguante y con paradas crecientes. La carestía de combustible fue el obstáculo decisivo en el avance hacia las montañas. A veces las divisiones *panzer* estaban inmovilizadas durante varios días, en espera de suministros. Esta desventaja costó a los alemanes su mejor oportunidad de franquear rápidamente los puertos cuando aún existía el efecto sorpresa, y antes de que se reforzaran las defensas. Cuando tuvo que intentar abrirse camino en las montañas, la 1.^a División Panzer estaba en desventaja porque gran parte de las tropas de montaña especializadas habían sido asignadas al 17.^º Ejército en su intento de alcanzar Tuapsé y abrir la ruta costera a Batumi.

El primer obstáculo serio tuvo lugar al llegar al río Terek que protegía las cercanías de la carretera de montaña a Tiflis así como los pozos petrolíferos, más expuestos, de Grozni, al norte de las montañas. El Terek no tenía nada de la impresionante amplitud del Volga, pero su rápida corriente lo convertía en un obstáculo difícil. Kleist trató de maniobrar hacia el este, corriente abajo, y logró forzar un paso cerca de Mozdok durante la primera semana de septiembre. Sin embargo, sus fuerzas volvían a estar retenidas en las colinas muy boscosas más allá del Terek. Grozni se encontraba solamente a ochenta kilómetros del cruce del paso de Mozdok, pero todos los intentos alemanes por capturarla fracasaron.

Un factor importante de esta frustración fue el envío por parte de los rusos de varios centenares de bombarderos hacia los aeródromos cercanos a Grozni.

Su súbita aparición fue muy efectiva como freno al avance de Kleist, ya que había perdido gran parte de sus cañones antiaéreos y de sus propios aviones en beneficio de las tropas alemanas en Stalingrado. Así, los bombarderos rusos pudieron hostigar al ejército de Kleist sin impedimentos, y además aumentaron su calvario al incendiar grandes áreas del bosque a través del cual se esforzaba por avanzar.

Los rusos aumentaban la distracción al trasladar divisiones de caballería, siguiendo la costa del mar Caspio, para hostigar su expuesto flanco este. Al operar en las estepas contra una pantalla defensiva de muy poca densidad, la caballería rusa habitualmente encontraba campo de acción inusualmente bueno para explotar sus cualidades excepcionales. En esa vasta planicie era capaz de penetrar en sus puestos de avanzada donde quisiera y de cortar los suministros. La creciente concentración de rusos en este flanco se vio favorecida por el ferrocarril que habían construido desde Astracán hacia el sur. Esta vía férrea se extendía por la superficie plana de la estepa, sin necesidad de asiento, zanja o terraplén. Los alemanes pronto descubrieron que no lograban mucho al cortarlo, ya que cualquier tramo destruido, pronto era sustituido por un nuevo conjunto de rieles. Además, el enemigo también era intangible y su amenaza por el flanco aumentaba constantemente. Aunque los destacamentos móviles alemanes penetraron hasta la costa del mar Caspio, la visión de ese lago era «un espejismo en el desierto».

A lo largo de septiembre y octubre Kleist siguió intentando avanzar hacia el sur desde Mozdok, mediante ataques sorpresa en diferentes puntos. En cada intento se vio bloqueado. Entonces decidió desplazar el peso de su ataque desde el centro izquierda al centro derecha, para llevar a cabo un ataque en forma de pinza contra Ordzhonikidze, la puerta de entrada al paso de Darial, por el que transcurre la carretera montañosa hasta Tiflis. Este ataque se lanzó en la última semana de octubre y para ello le proporcionaron todo el apoyo aéreo disponible. El brazo derecho de la pinza capturó Nálchik mediante un movimiento de flanqueo por el oeste, y después Alagir, el comienzo de la carretera militar alternativa sobre el paso de Mamison. Desde Alagir avanzó hacia Ordzhonikidze en coordinación con un avance por el valle del Terek. La lluvia y la nieve demoraron la fase final, pero las fuerzas de Kleist estaban casi alcanzando su objetivo inmediato cuando los rusos lanzaron un contraataque oportuno y certero. Esto provocó el desplome repentino de una división de montaña rumana, que se había comportado bien en el avance, pero sentía la presión del esfuerzo. Como resultado Kleist tuvo que replegarse y

abandonar su plan. Entonces el frente se estabilizó, con los alemanes frente a la barrera montañosa que habían tratado de penetrar en vano.

El rechazo final en el Cáucaso central coincidió con el inicio de la gran contraofensiva rusa en Stalingrado.

También se había planeado una última tentativa en el Cáucaso occidental, pero nunca se desarrolló. Para ello Hitler había decidido, tardíamente, jugar la carta aerotransportada que había preservado con tanto cuidado. La división paracaidista —que seguía recibiendo el nombre de 7.^a División Aérea, para camuflarse— se había reunido en Crimea y alrededores para lanzarse sobre la carretera costera desde Tuapsé a Batumi, unida a un renovado avance del 17.^º Ejército. Sin embargo, entonces se produjo la contraofensiva rusa en Stalingrado, seguida por un nuevo ataque ruso cerca de Rzhev, donde los ejércitos de Zhukov casi se habían abierto camino en su intento de proporcionar alivio indirecto a Stalingrado. Hitler se alarmó tanto ante la doble amenaza que canceló su último intento de tomar Batumi y ordenó a las fuerzas paracaidistas que se dirigieran rápidamente en dirección norte a Smolensk, como refuerzo del frente central.

Todos estos fracasos y peligros eran el fruto de la frustración en Stalingrado, donde un objetivo secundario se había convertido, poco a poco, en el esfuerzo principal que absorbía las reservas terrestres y áreas necesarias para alcanzar el objetivo principal y que finalmente agotó la fuerza de Alemania sin propósito.

Era irónico que, primero, los alemanes pagaran un precio por respetar los cánones de la estrategia ortodoxa y, posteriormente, lo hicieran por ignorarla. De la convergencia inicial surgió una divergencia de esfuerzos fatídica.

El avance directo sobre Stalingrado fue llevado a cabo por el 6.^º Ejército, al mando de Paulus. Progresó por el lado norte del pasillo entre el Don y el Donets. Ayudado por el gran avance blindado que estaba teniendo lugar en el lado sur, el 6.^º Ejército logró grandes avances al principio. Pese a todo, conforme se extendió la progresión su fuerza disminuyó, a medida que hubo que detraer más y más divisiones para cubrir el creciente flanco norte a lo largo del Don. Las pérdidas se agravaron por el desperdicio provocado por las largas y rápidas marchas con mucho calor, así como las bajas en combate. A su vez estas pérdidas se convirtieron en una desventaja para superar las sucesivas resistencias de los rusos en retirada. Combates más duros implicaban más pérdidas y, por tanto, menos capacidad para hacer frente a la siguiente resistencia.

Este efecto se hizo más pronunciado cuando el 6.^º Ejército se acercó a la gran curva del Don en dirección este. El 28 de julio, una de sus puntas de lanza móviles llegó al río cerca de Kalach, a más de 550 kilómetros del punto de partida y a 65 kilómetros de la orilla occidental del Volga en Stalingrado. Pero esto fue una anécdota y el avance general se vio retrasado por la tenaz resistencia rusa en la curva del Don. El tamaño reducido del frente y la baja proporción de tropas móviles en el 6.^º Ejército, comparado con los ejércitos *panzer*, perjudicaban su capacidad de maniobra. Pasaron quince días antes de que los alemanes pudieran aplastar a las fuerzas rusas en la curva. E incluso entonces transcurrieron otros diez días antes de que establecieran cabezas de puente en la otra orilla.

El 23 de agosto los alemanes estaban listos para comenzar la fase final de su avance sobre Stalingrado. Adoptó la forma de un ataque en pinza, por el 6.^º Ejército desde el noroeste y el 4.^º Ejército Panzer desde el sudoeste. Esa misma noche unidades móviles alemanas llegaron a la orilla del Volga a cincuenta kilómetros río arriba de Stalingrado y se acercaron a la orilla del Volga río abajo a veinticinco kilómetros al sur de la ciudad. Pero los defensores mantuvieron muy alejados los mangos de las pinzas. En la siguiente fase los alemanes llevaron a cabo un ataque desde el oeste, completando de ese modo la presión semicircular, y la tensión de la situación se reflejaba en el tono del llamamiento a las tropas rusas para que resistieran a toda costa y hasta el último hombre. Respondieron al llamamiento con una increíble resistencia, ya que combatían en condiciones estresantes que también eran duras a efectos de los suministros y refuerzos. El río de más de tres kilómetros de anchura a sus espaldas no era una completa desventaja. Con esas tropas, ayudaba a endurecer la resistencia y también a complicarla.

A lo largo del arco de la defensa rusa se sucedieron los ataques en una serie aparentemente interminable, con frecuentes cambios de lugar y método, pero solo con pequeños avances que compensasen las pérdidas para los atacantes. A veces rompían las defensas, pero el ataque nunca podía profundizar lo suficiente más allá de un repliegue local. Con más frecuencia los atacantes no lograban penetrar. Conforme los bloqueos se sucedían aumentó la importancia psicológica de la plaza, como había ocurrido con Verdún en 1916. En este caso se vio multiplicada por el nombre de la ciudad. «Stalingrado» era un símbolo inspirador para los rusos, y uno hipnótico para los alemanes, especialmente para su líder. Hipnotizaba a Hitler hasta el punto de hacerle perder el sentido estratégico y la preocupación por el futuro. Se volvió más fatídico que Moscú porque su nombre tenía más significado.

Lo infructífero y los riesgos del esfuerzo continuado eran evidentes para cualquier analista de la experiencia de la guerra que mantuviera la cabeza fría. Estos ataques repetitivos rara vez compensan a menos que las fuerzas defensoras estén aisladas de los refuerzos o las reservas del país estén agotándose. Hay que tener en cuenta que, en este caso, eran los alemanes los que tenían menos capacidad de sostener un proceso de desgaste prolongado.

A pesar de las inmensas pérdidas rusas, sus reservas de hombres eran mucho mayores que las de Alemania. Su escasez más grave era de equipamiento; una carestía debida a las pérdidas de 1941 que, en parte, explicaban las renovadas derrotas de 1942. Había carencia de artillería, sustituida en gran medida por morteros trasladados sobre camiones. Otras deficiencias severas eran los tanques y todo tipo de transporte de motor. Sin embargo, hacia el final del verano un creciente flujo de nuevos equipos llegó procedente de las nuevas fábricas en la retaguardia, así como de suministros estadounidenses y británicos. Al mismo tiempo el reclutamiento de hombres muy extenso aplicado tras el estallido de la guerra estaba dando sus frutos y el volumen de nuevas divisiones procedentes de Asia crecía.

La zona de batalla de Stalingrado se extendía tanto en dirección este que era más accesible para ese flujo procedente también del este. Esto ayudaba en la defensa de la ciudad, y aunque la escala de los refuerzos directos estaba limitada por su difícil situación, la fuerza creciente de los ejércitos rusos en el flanco norte tuvo un efecto indirecto que equivalía a un importante refuerzo. La presión en este flanco debería haber roto el equilibrio antes de lo que lo hizo, si no se hubiera visto entorpecida por carencias materiales en el armamento predominante en la guerra moderna. No obstante, sus efectos aumentaron a medida que los alemanes, al verse enfangados en una batalla local de desgaste, agotaron sus limitadas reservas de hombres y máquinas. En ese tipo de batalla su debilitamiento era proporcionalmente mayor, ya que al ser los atacantes no podían permitírselo tanto.

* * *

El Estado Mayor se dio cuenta pronto de los peligros de este proceso. A su regreso de su conferencia diaria con Hitler, Halder a menudo hacía un gesto de desesperación y depresión que mostraba a sus ayudantes otro esfuerzo inútil para hacer entrar en razón a Hitler. Sus argumentos en contra de continuar la ofensiva se hicieron más apremiantes a medida que se acercaba el invierno, esto unido a que Hitler perdía los nervios provocó que sus relaciones se volvieran intolerables para ambos. Hitler conservaba su costumbre de

extender la mano sobre el mapa, haciendo grandes barridos, a pesar de que ahora los avances eran tan pequeños que apenas eran discernibles. A medida que dejó de poder barrer a los rusos, se vio más inclinado a barrer a los consejeros obstrucciónistas de su despacho. Siempre había pensado que «los viejos generales» eran poco entusiastas con sus planes, y cuanto menos progresaban estos más sentía que el Estado Mayor era el freno.

Así, a finales de septiembre Halder se marchó —siguiendo a varios de sus ayudantes— y fue sustituido por Kurt Zeitler, un hombre mucho más joven que en ese momento era jefe de Estado Mayor de Rundstedt en el oeste. En 1940 había ocupado ese mismo cargo en el Grupo Panzer de Kleist y gracias, en gran medida, a su audaz plan de abastecimiento el avance acorazado de largo recorrido desde el Rin hasta el canal de la Mancha había sido administrativamente posible. Aparte de esta importante cualificación, Hitler pensaba que tendría menos dificultades para tratar con un militar más joven sobre el problema de largo alcance de avanzar hacia el Caspio y el Volga, especialmente cuando Zeitler se estrenaba con el estímulo de una súbita promoción al puesto más alto. Al principio Zeitler justificó la confianza de Hitler en que él no le molestaba con continuas objeciones como había hecho Halder. Pero en poco tiempo el propio Zeitler se fue preocupando y, a medida que se desvanecía la posibilidad de conquistar Stalingrado, comenzó a discutir con Hitler sobre el hecho de que mantener un frente tan avanzado era impracticable. Cuando los hechos demostraron lo acertado de la advertencia, Hitler dejó de apreciar sus consejos y, en 1943, adoptó una actitud distante con él, por lo que sus recomendaciones fueron cada vez menos eficaces.

* * *

Los mismos factores básicos que explicaban la frustración del ataque alemán sobre Stalingrado lo convirtieron en un revés fatal al facilitar la contraofensiva soviética.

Cuanto más se acercaban los alemanes a la ciudad, su capacidad de maniobra era más limitada, mientras que el estrechamiento del frente ayudaba al defensor a mover sus reservas de manera más rápida a una posición amenazada en el arco reducido. Al mismo tiempo, los alemanes perdieron la ventaja, de la que habían disfrutado anteriormente, generar confusión sobre sus intenciones. Durante la primera fase de verano, hasta llegar al Don, la incertidumbre sobre su posible objetivo había ayudado a paralizar la resistencia, pero ahora su objetivo se había vuelto obvio, y el mando ruso podía comprometer sus reservas con seguridad. Así, la creciente

concentración de fuerzas del atacante en Stalingrado se volvió menos efectiva: un ataque concentrado se enfrentaba a una defensa igualmente concentrada.

Al mismo tiempo, la concentración alemana en Stalingrado restaba reservas a sus flancos, que de por sí estaban tensionados por la extensión que tenían que cubrir: casi 650 kilómetros desde Voronezh, a lo largo del Don, hasta el «istmo» de Stalingrado y, desde allí, hasta Terek, cruzando las estepas calmucas. Si bien estas extensiones áridas limitaban el alcance de cualquier contraataque ruso en el sector, esta limitación no se aplicaba sobre la zona del Don que, aunque estaba cubierta por el río, podía volverse muy vulnerable cuando ese se congelara o los rusos encontraran posiciones mal defendidas para realizar un cruce con toda la fuerza. Además, habían logrado conservar una cabeza de puente sobre el Don, cerca de Serafimovich, a 160 kilómetros al oeste de Stalingrado.

Una serie de pequeños ataques exploratorios que los rusos lanzaron a partir de agosto permitieron presagiar el peligro de ese flanco muy extenso. Esto les permitió comprobar lo débilmente que estaba defendido y que se había asignado mayormente a los aliados de Alemania: los húngaros desde Voronezh hacia el sur; los italianos en torno al punto en que giraba hacia el este, cerca de Novaya Kalitva; los rumanos cerca del último giro meridional del Don, al oeste de Stalingrado, así como más allá de la ciudad. Esta larga línea de defensa solo tenía un ligero refuerzo alemán en algunos lugares, compuesto de regimientos alemanes, en ocasiones eran divisiones, intercalados con las tropas aliadas. Los sectores de las divisiones alcanzaban hasta 65 kilómetros de longitud, y no había posiciones fortificadas propiamente dichas. A menudo las cabezas de línea estaban a 160 kilómetros o más detrás del frente y el paisaje estaba tan pelado que apenas tenía madera para construir defensas.

El desagradable descubrimiento de estas desventajas llevó al Estado Mayor General alemán a transmitir a Hitler, ya en agosto, que sería imposible conservar la línea del Don como flanco defensivo durante el invierno. Su advertencia no fue apreciada. Todas las consideraciones defensivas se subordinaron al objetivo de capturar Stalingrado.

El carácter restrictivo de esta ofensiva demasiado directa se acentuó después de mediados de septiembre, cuando los alemanes penetraron en las extensas afueras y, después, en la zona fabril. Enredarse en combates callejeros siempre es una desventaja para la ofensiva y fue especialmente perjudicial para un ejército cuya principal ventaja era una capacidad de

maniobra superior. Al mismo tiempo, la defensa pudo utilizar unidades de trabajadores, que combatían con la ferocidad de los hombres cuyas casas están en juego de manera inmediata. En estas circunstancias, esa inyección local fue un añadido importante a la fuerza defensora —el 62.^º Ejército al mando del general Chuikov y parte del 64.^º bajo el general Shumilov— durante las semanas cruciales hasta que el flujo de refuerzos comenzó a dar la vuelta a la situación. En efecto, el 62.^º Ejército había sido vapuleado en los combates al oeste del Don, y el general Yeremenko, situado al frente de todo el sector, pudo asignarle pocos refuerzos inmediatos.

La llegada de los alemanes a la zona urbana también tendió a dividir su ofensiva en una serie de ataques localizados que disminuían su ímpetu. Esa misma limitación impulsó la recuperación de la costumbre —a la que tendían los comandantes con mentalidad de infantería de la vieja escuela— de utilizar los tanques en pequeñas cantidades, en lugar de en masa. De veinte a treinta tanques llevaron a cabo muchos de los ataques y, aunque unas cuantas de las ofensivas más importantes reunían un centenar de ellos, esa cifra solo representaba menos de un tanque por cada trescientos hombres. Con una proporción tan baja, era natural que las armas antitanque tuvieran ventaja. Si estas cifras insignificantes llevaban a tácticas mediocres, también revelaban unas crecientes deficiencias materiales. Esto mismo fue señalado por el declive del apoyo aéreo. Los alemanes se estaban quedando sin las dos armas de las que habían dependido sus éxitos principalmente. Como resultado natural la infantería tuvo que soportar un peso mayor y hubo que pagar un precio superior para lograr cualquier avance.

Aparentemente la posición de los defensores parecía cada vez más peligrosa, o incluso desesperada, a medida que el círculo se estrechaba y el enemigo se acercaba al corazón de la ciudad. El momento más crítico fue el 14 de octubre, pero el ataque alemán fue detenido por la 13.^a División de Guardias del general Rodimtsev. Incluso después de superar esta crisis la situación seguía siendo grave, porque los defensores ahora tenían las espaldas tan cerca del Volga que contaban con poco espacio para practicar tácticas de amortiguación. Ya no se podían permitir perder terreno para ganar tiempo. Sin embargo, por debajo de la superficie había factores fundamentales que trabajaban a su favor.

La moral de los atacantes se estaba debilitando por las crecientes bajas, una progresiva sensación de frustración y la llegada del invierno, mientras que a las reservas se les exigía de tal modo que tenían que dejar sus flancos tan estirados sin resistencia. Por tanto, estaban madurando para el

contraataque que preparaba el mando ruso y para el que ya había acumulado suficientes reservas como para ser efectivas contra unos oponentes agotados.

El contraataque fue lanzado el 19 y 20 de noviembre y fue muy oportuno. Comenzó en el intervalo entre las primeras heladas fuertes, que endurecen el terreno para lograr rápidos movimientos, y las nevadas copiosas, que entorpecen las maniobras. Iba a sorprender a los alemanes en el culmen de su agotamiento, justo cuando sentían vivamente la reacción natural por el fracaso de su supuesta ofensiva victoriosa.

El contraataque estaba astutamente dirigido, de manera estratégica y psicológica, explotando la aproximación indirecta en un doble sentido. Insertaron un par de pinzas, cada una de ellas compuesta por varias puntas, en los flancos del ataque a Stalingrado, para aislar al 6.^º Ejército y al 4.^º Ejército Panzer del Grupo de Ejércitos B. Las pinzas se clavaron en aquellos lugares en que la defensa de los flancos la proporcionaban en gran medida las tropas rumanas. El plan había sido diseñado por un brillante triunvirato del Estado Mayor General: los generales Zhukov, Vasilievski y Voronov. Sus ejecutores principales eran el general Vatutin, comandante del frente sudoeste; el general Rokossovski, comandante del frente del Don y el general Yeremenko, comandante del frente de Stalingrado.

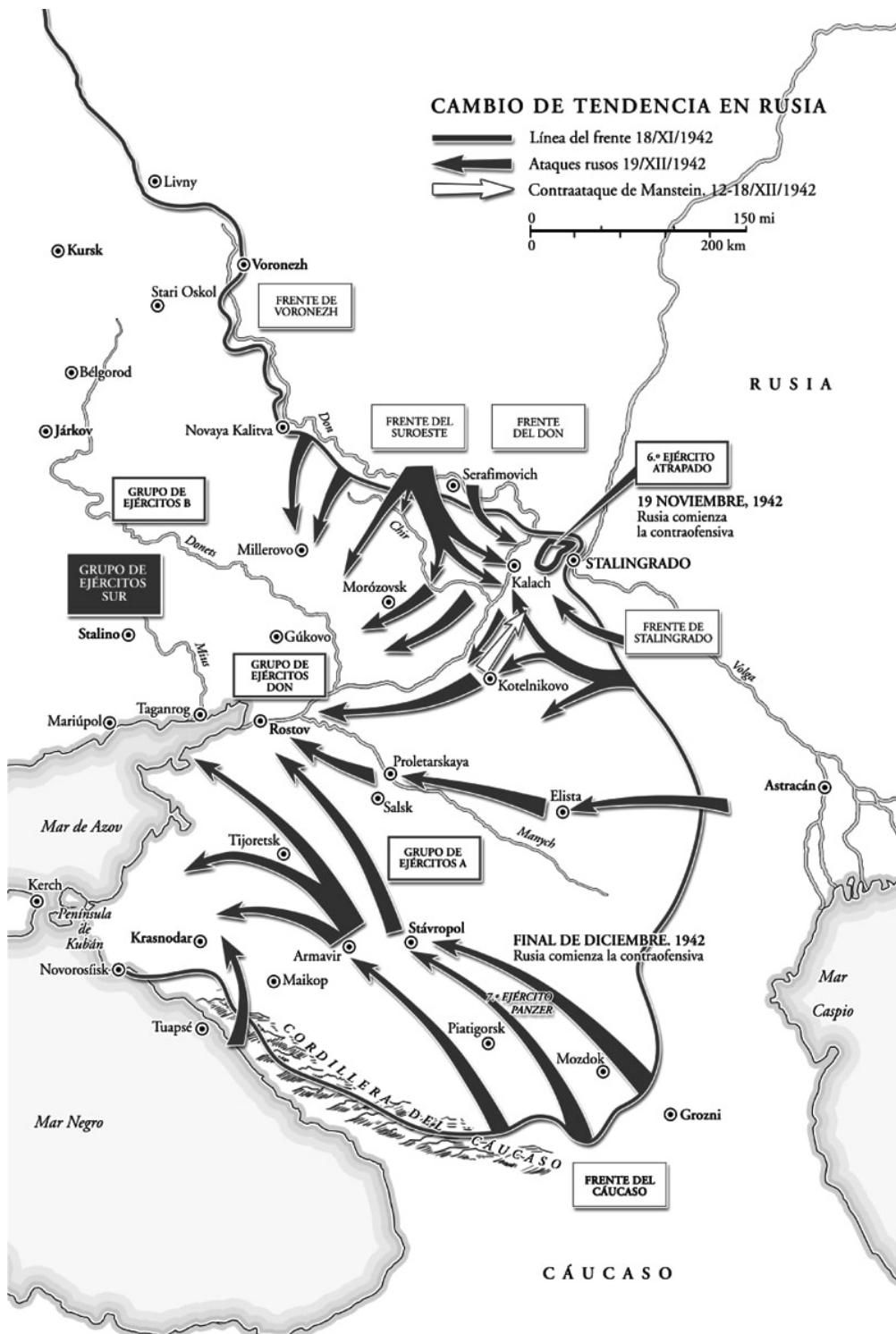
Hay que decir que los rusos dividían el conjunto del frente del este en doce «frentes» directamente al mando del cuartel general en Moscú. En lugar de organizarlos en grandes grupos permanentes, la práctica rusa ahora consistía en enviar a un general de más antigüedad y a miembros del cuartel general para coordinar los diversos frentes involucrados en cualquier serie de operaciones. Los «frentes» comprendían una media de unos cuatro «ejércitos» cada uno —que eran más reducidos en el oeste— y estos solían controlar sus divisiones directamente, sin la intervención de los cuarteles generales de los cuerpos de ejército. Las tropas acorazadas y motorizadas se organizaban en grupos de brigadas que recibían el nombre de «cuerpos», pero que eran equivalentes a grandes divisiones; y estos cuerpos eran controlados por el comandante del «frente».

El sistema de cuerpos fue reintroducido por los rusos en el verano de 1943, antes de que el nuevo sistema pudiera ser probado completamente. En efecto, al recortar conexiones en la cadena de mando, y proporcionar a los altos mandos el control de una cantidad mayor de «subunidades», las operaciones deberían acelerarse y la flexibilidad de maniobra aumentar. Cualquier eslabón supplementario en la cadena es un inconveniente. Tiende a provocar pérdidas de tiempo, tanto a la hora de transmitir informaciones al

alto mando como para hacer llegar las órdenes a sus ejecutores efectivos. Además, debilita su poder de control, al atenuar su conciencia de la situación y al disminuir la fuerza de su influencia personal sobre los ejecutores. Por tanto, cuantos menos cuarteles generales intermedios haya más dinámicas tienden a ser las operaciones. Por otra parte, un aumento en el número de «subunidades» manejado por un cuartel general mejora la capacidad de maniobra al proporcionar más flexibilidad. Una organización más flexible puede lograr un mayor efecto decisivo, puesto que tiene más capacidad para adaptarse a circunstancias cambiantes y para concentrarse en un punto decisivo. Si un hombre solo tuviera uno o dos dedos además de su pulgar, le resultaría mucho más difícil agarrar adecuadamente cualquier objeto, o a un adversario, que haciéndolo con cuatro dedos y el pulgar. Su mano tendría [en el primer caso] menos flexibilidad y capacidad para ejercer una presión concentrada. Esta limitación podía comprobarse en los ejércitos de las potencias occidentales, en los que la mayoría de las formaciones y unidades se dividían en solo dos o tres elementos maniobrables.

* * *

Al noroeste de Stalingrado las puntas de lanza avanzaron hacia el sur por la orilla del Don en dirección a Kalach y el ferrocarril que se dirigía a la cuenca del Donets. Al sudeste de Stalingrado las puntas de la pinza izquierda atacaron en dirección oeste la vía férrea que se dirige al sur, hacia Tijoretsk y el mar Negro. Tras cruzar esa línea continuaron hacia Kalach y el 23 se completó el cerco. En los días siguientes se soldó con mayor firmeza, cercando al 6.^º Ejército y a un cuerpo del 4.^º Ejército Panzer. En esos pocos días de rápidos movimientos los rusos habían dado la vuelta a la situación estratégicamente, al tiempo que conservaban su ventaja táctica defensiva. Este es el doble resultado que logra a menudo la aproximación indirecta. Y es que los alemanes ahora se veían obligados a seguir atacando, no para avanzar sino para escapar. Sus esfuerzos hacia atrás no tuvieron más éxito que sus anteriores esfuerzos hacia delante.



Mientras tanto, otra poderosa fuerza rusa había surgido repentinamente de la cabeza de puente de Serafimovich, dispersándose sobre el territorio al oeste de la curva del Don, en un avance de muchas puntas en dirección sur, por el

pasillo Don-Donets, para enlazar en el Chir con la pinza izquierda, que avanzaba desde Kalach. Este movimiento de cerco exterior fue de importancia vital para el éxito de todo el plan, puesto que alteraba la base de operaciones enemiga y colocaba una cortina de hierro a través de las rutas más directas por las que podían llegar las fuerzas de auxilio en ayuda de Paulus.

Así, la respuesta alemana, a mediados de diciembre, partió del sudoeste, más allá del Don, a lo largo de la línea desde Kotelnikovo a Stalingrado. Las tropas utilizadas provenían de una formación reunida desde cero y apresuradamente por orden del cuartel general del 11.^º Ejército de Manstein, que hubo que retirar del Grupo de Ejércitos Centro, mientras el 11.^º Ejército de Manstein pasó a designarse Grupo de Ejércitos del Don. Su pequeño tamaño apenas justificaba un título tan impresionante y, para su intento de aliviar el cerco de Stalingrado, tuvo que depender de sus escasas reservas, incluyendo la 6.^a División Panzer, enviada desde Bretaña (Francia) por ferrocarril.

Mediante hábiles tácticas Manstein sacó el máximo partido a sus escasas fuerzas acorazadas, y logró abrir una profunda brecha en la posición de cobertura rusa. Sin embargo, este avance improvisado apresuradamente fue rechazado a unos cincuenta kilómetros del ejército asediado, y después, se vio obligado a retroceder de manera gradual por la presión rusa sobre su propio flanco. Con la frustración de este intento desapareció cualquier esperanza de ayudar a Paulus, ya que el Alto Mando alemán no tenía reservas para realizar otro intento. No obstante, Manstein se aferró a su propia posición expuesta tanto como pudo, y más de lo que era prudente, para defender el sustento aéreo por el que llegaba un escaso flujo de suministros al ejército condenado.

Mientras tanto, el 16 de diciembre, los rusos iniciaron una nueva maniobra envolvente mucho más al oeste. El general Golikov, al mando del frente de Voronezh, lanzó su ala izquierda a través del Don medio, en una serie de lugares y en una extensión de casi cien kilómetros entre Novaya Kalitva y Monastyrshchina, un territorio defendido por el 8.^º Ejército italiano. Tras un intenso bombardeo que había puesto en fuga a muchos de los italianos, los tanques y la infantería rusos cruzaron el Don totalmente helado con las primeras luces del día. Las tormentas de nieve ayudaron a cegar la poca oposición a la que se enfrentaron, pero no detuvo a los rusos, que rápidamente avanzaron hacia el sur, en dirección a Millerovo y el Donets. Al mismo tiempo las fuerzas de Vatutin atacaron en dirección sudoeste desde el Chir y hacia el Donets. En una semana los avances convergentes habían despejado casi toda la zona del pasillo Don-Donets de enemigos. Aunque las

defensas habían sido demasiado débiles y el avance demasiado rápido como para capturar a muchos prisioneros en el primer asalto, en la siguiente fase grandes cantidades de enemigos en retirada fueron capturados y cercados, de modo que a finales de la segunda semana, que era también el final del año, el embolsamiento alcanzó los sesenta mil hombres.

El barrido amenazaba la retaguardia de los ejércitos alemanes en el bajo Don y el Cáucaso. Sin embargo, la intensificación de las nevadas y la tenaz resistencia de las tropas alemanas en Millerovo y en varios centros de comunicación al norte del Donets evitaron temporalmente el peligro.

No obstante, la amenaza era tan palpable y su extensión tan probable que finalmente se dejó convencer de la inevitabilidad de un desastre aún mayor que el cerco de Stalingrado si persistía en su sueño de conquistar el Cáucaso y obligaba a los ejércitos de la zona a aferrarse al lugar mientras su flanco estaba expuesto a lo largo de casi mil kilómetros. Así, en enero, se transmitió la orden de que debían retirarse. La decisión se tomó justo a tiempo para que pudieran evitar quedar aislados. Su exitosa extracción prolongó la guerra, pero precedió a la rendición del ejército en Stalingrado, dejando claro al mundo que la marea alemana era menguante.

* * *

El rumbo de la contraofensiva rusa estuvo marcado por la habilidad con la que el general Zhukov eligió sus posiciones de ataque, tanto desde la perspectiva psicológica como topográfica. Golpeó en los puntos moralmente más vulnerables del dispositivo enemigo. Además, había mostrado su capacidad para desarrollar un tipo de amenaza alternativa cuando sus fuerzas perdían su impulso local inmediato y disminuía la posibilidad de provocar un hundimiento generalizado. Como un ataque concentrado tenía un efecto decreciente sobre la capacidad de resistencia del defensor, había renovado ese efecto inicial desarrollando una serie de ataques repartidos con amplitud, con objeto de extender la presión. Habitualmente esta tiende a ser la forma de estrategia más beneficiosa y menos agotadora, cuando una contraofensiva se convierte en una ofensiva y ya no goza de su ímpetu inicial.

Más allá de todos los demás factores, materiales y morales, que dominaban el curso de los acontecimientos, estaba la condición básica de la relación entre espacio y fuerza. El espacio era tan *extenso* en el frente del este que un atacante siempre podía encontrar lugar para realizar una maniobra de flanqueo si no se concentraba en un objetivo demasiado obvio, como Moscú en 1941 y Stalingrado en 1942. Así, los alemanes habían sido capaces de

lograr sus éxitos ofensivos sin contar con superioridad numérica, siempre y cuando mantuvieron una superioridad cualitativa. Sin embargo, el hecho de que el espacio fuera tan *profundo* resultó un factor de salvación para los rusos mientras no fueron capaces de igualar a los alemanes en poder mecanizado y maniobrabilidad.

Pero los alemanes habían perdido esa ventaja técnica y táctica, además de haber consumido gran parte de sus recursos humanos. Con esa reducción de sus fuerzas, los amplios espacios de Rusia se habían vuelto en su contra, amenazando su capacidad de mantener un frente tan extenso. Ahora la cuestión era si podrían recuperar el equilibrio reduciendo el frente o si habían consumido tanto sus fuerzas como para perder su última oportunidad.

La marea alta de Rommel

La campaña de 1942 en África vio cambios de fortuna más violentos y de amplio alcance que lo ocurrido en 1941. Comenzó con los ejércitos enemigos cara a cara en la frontera occidental de Cirenaica, exactamente donde estaban nueve meses antes. Sin embargo, cuando el año nuevo solo llevaba tres semanas Rommel lanzó otro de sus contraataques estratégicos que profundizó más de cuatrocientos kilómetros y desplazó a los británicos dos terceras partes del recorrido hasta la frontera egipcia antes de recuperarse. Allí cristalizó el frente, en la línea Gazala.

Hacia finales de mayo, Rommel volvió a atacar, adelantándose a una ofensiva británica, del mismo modo que el enemigo se había anticipado a la suya en noviembre. Esta vez, tras otro torbellino de batalla, sin poder tomar aliento ante los cambios, los británicos fueron obligados a retirarse, tan lejos y tan rápido que no pudieron reagruparse hasta alcanzar la línea de El Alamein, la puerta de entrada en el delta del Nilo. En esta ocasión el avance de Rommel había penetrado casi quinientos kilómetros en una semana. Pero para entonces su impulso y su fuerza se estaban agotando. Sus intentos de avanzar hacia Alejandría y El Cairo fueron frenados y llegó a estar desesperadamente cerca de la derrota antes de que la batalla terminara con el agotamiento mutuo.

A finales de agosto hizo un último intento de vencer, tras recibir refuerzos, pero los británicos habían recibido más y —bajo un nuevo equipo de comandantes, encabezado por los generales sir Harold Alexander y sir Bernard Montgomery— su ataque fue detenido y se vio obligado a ceder la mayor parte de sus conquistas iniciales.

Después, a finales de octubre, los británicos retomaron la ofensiva, con mayor fuerza que en ningún momento anterior, y en esta ocasión el resultado fue decisivo. Tras un combate de trece días, Rommel había agotado sus recursos y carecía completamente de tanques. Su frente se hundió y tuvo suerte de escapar con los restos de su ejército. Para entonces eran demasiado débiles como para oponer cualquier resistencia seria y para finales de año —ocho semanas después— habían tenido que retroceder hasta Buerat, en Tripolitana, a 1600 kilómetros de El Alamein. Aun así, solo se trató de una parada en una retirada que terminó en Túnez, durante el mes de mayo siguiente, con la extinción total de las fuerzas alemanas e italianas en África. [1]

* * *

A principios de enero de 1942 los británicos veían su retroceso en Agedabia como poco más que una interrupción momentánea en su avance hacia Trípoli. Estaban ocupados con planes y la concentración de fuerzas para esta operación, bautizada muy acertadamente como Acrobat. Antes de final de mes habían realizado una serie de saltos mortales, hacia atrás.

El 5 de enero un convoy de seis buques, que había logrado escabullirse del bloqueo naval y aéreo británico, llegó a Trípoli con una tanda de tanques que elevó la fuerza blindada de Rommel hasta poco más de cien. Con esa ayuda, y a la vista de un informe sobre la debilidad de las fuerzas avanzadas británicas, comenzó a planear un contraataque inmediato, manteniendo en secreto sus intenciones. Lo puso en marcha el 21 de enero. El 23 el ministro de la Guerra italiano llegó a su cuartel general para poner objeciones, pero para entonces la vanguardia de Rommel ya había avanzado más de 150 kilómetros en dirección este y los británicos retrocedían en esa misma dirección, pero más rápido.

En el momento en que Rommel atacó, la fuerza avanzada británica estaba formada principalmente por una división acorazada recién llegada, la 1.^a, cuya brigada acorazada (formada por ciento cincuenta tanques de crucero) estaba compuesta por tres regimientos de caballería reconvertidos, con poca experiencia en operaciones acorazadas y ninguna en operaciones en el desierto. Su desventaja se veía aumentada porque el nuevo lote de tanques Panzer III tenían mejor blindaje (con planchas de 50 mm de grosor) que las antiguas y, además, los artilleros antitanque alemanes habían estado practicando un nuevo desarrollo de sus tácticas ofensivas, en combinación con sus propios tanques. Este desarrollo lo describe Heinz Schmidt:

Con nuestras doce piezas anticarro saltábamos de una posición ventajosa a otra, mientras que nuestros *panzer*, estacionados y camuflados, si era posible, nos protegían con su fuego. Entonces nosotros nos instalábamos para poder protegerlos mientras ellos volvían a avanzar. Esta táctica funcionaba bien y, a pesar de la vivacidad de su fuego, los tanques enemigos no eran capaces de detenernos. Sufrían continuas pérdidas y tenían que ceder terreno constantemente. No podíamos evitar sentir que ya no nos enfrentábamos con los duros y experimentados oponentes que nos habían hostigado tan duramente en Trigh Capuzzo.^[2]

Para empeorar las cosas, los tres regimientos acorazados británicos entraron en acción separadamente. Perdieron casi la mitad de sus tanques en los primeros combates, cuando los alemanes los atacaron por sorpresa cerca de Antelat. Entonces el avance de Rommel fue detenido temporalmente por la intervención del ministro de la Guerra italiano, el general Cavallero, que se negó a permitir que el Cuerpo Móvil italiano siguiera al Afrika Korps. Pero los británicos no supieron aprovechar esta pausa y la ausencia de cualquier contraataque importante por su parte animó a Rommel a seguir avanzando el 25, hasta Msus, reventando la línea defendida por la Brigada de Guardias y la 1.^a División Acorazada, que retrocedió en dirección norte, alejándose de la trayectoria de avance de Rommel, con sus restantes treinta tanques.

El avance profundo y amenazador de Rommel hasta Msus produjo una orden apresurada para que la 4.^a División India en Bengasi evacuara el puerto, lleno de suministros, y se retirara a la línea Derna-Mechili. La retirada fue revocada esa noche y se ordenó una contraofensiva, tras la llegada de Auchinleck, que había volado desde El Cairo para visitar a Ritchie en el cuartel general del 8.^º Ejército. Sin embargo, su intervención no fue tan apropiada o efectiva como en noviembre. Y es que el resultado fue que los británicos se encontraron dispersos y estáticos intentando cubrir el tramo de 225 kilómetros entre Bengasi y Mechili, mientras que Rommel, desde su posición central en Msus, tuvo tiempo y libertad para organizar su acción, así como para elegir entre objetivos alternativos.

Esta variabilidad de la amenaza por su parte provocó «órdenes, contraórdenes y desórdenes» en el mando británico durante los días siguientes. Una de las secuelas fue que el comandante de cuerpo, Godwin-Austen, pidió ser relevado del mando por el modo en que el comandante del ejército estaba dando órdenes directamente a los comandantes subordinados. A continuación, hubo resultados peores.

Dado que la fuerza de Rommel era pequeña, decidió girar hacia el oeste, contra Bengasi, como su siguiente movimiento, para sofocar cualquier amenaza contra su retaguardia procedente de esa dirección, mientras aparentaba dirigirse al este, a Mechili. El amago hipnotizó al mando británico que se apresuró a enviar refuerzos a Mechili, dejando sin apoyo a la 4.^a División India muy estirada. El ágil cambio de Rommel hacia Bengasi fue una commoción y provocó el abandono rápido del puerto, con todos los suministros acumulados. Para explotar el efecto de la commoción, envió dos pequeños grupos de batalla en dirección este. Mediante una audaz combinación de ofensiva y amenaza provocaron que los británicos abandonaran una serie de posibles posiciones defensivas y retrocedieran hasta la línea Gazala, aunque el grueso del Afrika Korps, debido a la escasez de suministros, aún no había avanzado más al este de Msus. Fue el 4 de febrero cuando el 8.^º Ejército británico se retiró al abrigo de las defensas de Gazala, pero no fue hasta principios de abril cuando Rommel, tras haber superado las dudas del Alto Mando italiano, pudo avanzar sus fuerzas para acercarse a la posición británica.

Para entonces la posición de Gazala se estaba transformando, mediante trabajo de campo y la instalación intensiva de campos de minas, para pasar a convertirse en una línea fortificada. Sin embargo, sus preparativos defensivos pronto fueron eclipsados por la planificación de una ofensiva británica renovada y, aunque era un buen trampolín para ese objetivo, lo era menos para la defensa, ya que se trataba de algo demasiado lineal y faltó de profundidad. A excepción de la zona costera, los puntos fortificados estaban demasiado separados entre sí como para darse apoyo artillero efectivo. Se extendían ochenta kilómetros hacia el sur, desde la costa, con intervalos cada vez mayores. La posición del flanco izquierdo en Bir Hacheim, defendida por la I Brigada de la Francia Libre al mando del general Koenig, estaba situada a más de veinticinco kilómetros de la de Sidi Muftah. Otra complicación para la defensa era la base avanzada y terminal de ferrocarril de Belhamed, en vista de la ofensiva renovada. Era un objetivo obvio para un ataque de flanqueo por parte del enemigo, y la necesidad de defender la gran cantidad de suministros allí almacenados era una preocupación constante para los comandantes británicos durante la batalla, lo que limitaba su libertad de maniobra.

El conflicto de puntos de vista en el bando británico también hizo padecer la política y la planificación sobre si era práctica y deseable una ofensiva precoz. Churchill apremiaba a llevar a cabo una acción rápida, señalando que los británicos tenían a 635 000 hombres ociosos en el teatro de operaciones de

Oriente Medio, mientras que los rusos luchaban desesperadamente y Malta, más cerca, estaba en una situación crítica por los continuos ataques aéreos de Kesselring. Sin embargo, Auchinleck, que tenía un astuto sentido de los defectos técnicos y tácticos de las fuerzas británicas, quería esperar hasta que la fuerza de Ritchie hubiera alcanzado un nivel suficiente como para estar seguros de que anulaba la superioridad cualitativa de Rommel. Finalmente, Churchill, rechazando sus argumentos, decidió transmitirle órdenes precisas de ataque que «debía obedecer o ser relevado». No obstante, Rommel atacó antes, el 26 de mayo, anticipándose de nuevo a los británicos, cuya ofensiva estaba prevista para mediados de junio.

Los refuerzos habían llevado las fuerzas de ambos bandos a un nivel mayor que al principio de la batalla de noviembre, operación Crusader, aunque el número de divisiones seguía siendo el mismo —tres en el bando alemán (de las cuales dos eran acorazadas) y seis italianas (una acorazada) contra seis británicas (dos acorazadas)—. Medido en términos de divisiones (como lo suelen hacer tanto los estadistas como los generales) Rommel atacaba con nueve contra seis, y esta aritmética militar ha sido utilizada para explicar la derrota británica.

Pero la realidad en términos de fuerza comparativa era muy diferente y mostró lo engañoso que puede ser medir en «divisiones». Cuatro de las cinco débiles divisiones de infantería italianas no estaban motorizadas, por lo que no podían participar de manera activa en las batallas móviles de maniobras, como lo que iba a ocurrir con la batalla de Gazala. El 8.º Ejército británico no solo tenía abundancia de transporte motorizado, sino también dos brigadas motorizadas además de sus seis divisiones, mientras que una de sus dos divisiones acorazadas (la 1.^a) tenía dos brigadas acorazadas en lugar de una, tal y como era por entonces la norma. En total, el 8.º Ejército tenía catorce unidades de tanques sobre el terreno, y tres más de camino, para hacer frente a las siete de Rommel, de las cuales solo las cuatro alemanas estaban equipadas con tanques eficaces.

En términos de números los británicos tenían 850 tanques en las formaciones acorazadas del 8.º Ejército, y otros 420 disponibles para ser enviados como refuerzo. Su oponente tenía en total 560 tanques, aunque 230 de ellos eran italianos, obsoletos y poco fiables, y 50 de los 330 alemanes eran tanques ligeros. Solo los 280 tanques medios dotados de cañones contarían en un combate, y no había ninguno en reserva, aparte de unos treinta que estaban siendo reparados y una nueva partida de unos veinte recién desembarcados en Trípoli. Así pues, en una valoración realista los británicos

tenían una superioridad numérica de 3 a 1 en el momento de arrancar los combates acorazados y de más de 4 a 1 si se convertía en una batalla de desgaste.

En el terreno de la artillería los británicos tenían una superioridad numérica de 3 a 2, pero esa ventaja se anulaba en parte porque todos sus cañones se distribuían entre las distintas divisiones, mientras que Rommel hacía un uso muy efectivo de una reserva móvil compuesta por 56 cañones medios que controlaba él mismo.

En el aire ambos bandos estaban más equilibrados que en ninguna otra batalla. La Fuerza Aérea del Desierto británica tenía una fuerza de primera línea compuesta por unos 600 aviones (380 cazas, 180 bombarderos y 60 de reconocimiento) contra un total germano-italiano de 530 (350 cazas, 140 bombarderos y 40 de reconocimiento). Con todo, los 120 Me109 alemanes eran cualitativamente superiores a los Hurricane y Kittyhawk británicos.

Una cuestión más importante es el equilibrio cualitativo entre los tanques de ambos bandos. Tras la derrota del 8.^º Ejército, los británicos, como es natural, pensaron que sus tanques eran inferiores a los del enemigo, y ese punto de vista se expresaba como un hecho en los despachos oficiales de Auchinleck. Sin embargo, no se basaba en análisis de características técnicas y pruebas de sus respectivos cañones y blindajes. La mayoría de los tanques medios alemanes estaban dotados con el cañón corto de 50 mm, que poseía una capacidad de penetración ligeramente inferior al cañón de dos libras, con mayor velocidad inicial, que tenían todos los carros británicos. En cuestión de blindaje la mayor parte de los tanques alemanes en 1941 habían estado menos protegidos que los nuevos carros medios británicos (un máximo de 30 mm frente a 40 mm), pero ahora estaban mejor protegidos, a excepción de la torreta; algunos de los recién llegados tenían placas de blindaje más gruesas (50 mm) y el resto tenían flejes adicionales colocados en las partes más expuestas del casco. No obstante, todos los tanques alemanes eran más vulnerables que los Matilda (78 mm de blindaje) y los Valentine (65 mm).

Un nuevo tanque medio alemán —el Panzer III (J) Special— entró en acción en esta batalla, armado con un cañón largo de 50 mm similar a su cañón antitanque. Pero solo diecinueve de esos carros habían llegado al frente, mientras que otro grupo de la misma cantidad había desembarcado en Trípoli. Este refuerzo fue más que superado por la llegada a Egipto de más de cuatrocientos de los nuevos tanques Grant estadounidenses. Cuando empezó la batalla las dos divisiones acorazadas británicas en Gazala estaban equipadas con casi ciento setenta de esos Grant, que estaban dotados de un

cañón de 75 mm con una penetración aún mejor que la del cañón largo de 50 mm del Panzer III (J) Special, e incluso mejor protección (57 mm en comparación con 50 mm). Por tanto, no está justificada la afirmación tan repetida de que los tanques que usaron los británicos eran inferiores a los alemanes. Al contrario, los británicos tenían una ventaja cualitativa además de una muy grande superioridad en cantidad.^[3]

También en cañones antitanque los británicos habían recuperado la ventaja cualitativa con la llegada de las piezas de 57 mm (seis libras), que tenía una penetración un 30 por ciento superior al cañón largo antitanque de 50 mm alemán. Habían llegado suficientes cañones de 57 mm como para equipar tanto las brigadas de infantería motorizada como los batallones motorizados de las brigadas acorazadas. Aunque el cañón alemán de 88 mm seguía siendo el más formidable «mata tanques», Rommel solo contaba con cuarenta y nueve de esos cañones, y su mayor altura una vez montados los hacía mucho más vulnerables que cualquier cañón antitanque estándar de ambos bandos.

El análisis de los factores técnicos no ofrece una explicación adecuada de la derrota del 8.º Ejército en Gazala. Las pruebas muestran claramente que se debió a la táctica alemana superior en general, y en especial a su combinación táctica de tanques y cañones antitanque.

* * *

La línea Gazala fortificada estaba defendida por el XIII Cuerpo, en ese momento al mando del teniente general Strafer («ametrallador») Gott, con dos divisiones de infantería avanzadas: la 1.ª Sudafricana a la derecha y la 50.ª a la izquierda. El XXX Cuerpo, que seguía siendo mandado por Norrie, comprendía la mayor parte de los blindados y debía cubrir el flanco sur así como evitar cualquier ataque *panzer* en el centro que, extrañamente, era lo que los comandantes británicos contemplaban como la acción más previsible de Rommel. Esta doble tarea hizo que los blindados estuvieran mal posicionados, la 1.ª División Acorazada cerca de Trigh Capuzzo, mientras que la 7.ª (que solo tenía una brigada acorazada) se situaba a unos dieciséis kilómetros al sur y ampliamente desplegada para cubrir y apoyar a la brigada francesa que defendía Bir Hacheim. Auchinleck había escrito a Ritchie sugiriéndole una concentración más próxima, pero por desgracia sus sugerencias no fueron llevadas a cabo por los que estaban en el lugar.

Iluminado por la luna de la noche del 26 de mayo, Rommel rodeó rápidamente el flanco británico con sus tres divisiones alemanas y los dos

cuerpos móviles italianos, mientras las cuatro divisiones no motorizadas italianas «hacían muecas» en la línea Gazala. Aunque ese movimiento de superación del flanco (con más de diez mil vehículos) fue localizado y se informó de ello antes de anochecer, y de nuevo al amanecer al rodear Bir Hacheim, los comandantes británicos seguían pensando que su ataque principal podía proceder del centro, de acuerdo con sus expectativas. Las brigadas acorazadas británicas tardaron en ponerse en marcha y, así, entraron en acción gradualmente, mientras que las dos brigadas motorizadas periféricas del flanco sur estaban desencajadas al encontrarse separadas y sin apoyo. El cuartel general de la 7.^a División Acorazada fue invadido y su comandante, el general de división F. W. Messervy capturado, aunque posteriormente logró escapar. Fue su segundo percance en pocos meses, ya que estaba al mando de la 1.^a División Acorazada cuando su unidad fue sorprendida y destrozada por Rommel en Antelat, durante el mes de enero.

Sin embargo, a pesar de su éxito inicial, Rommel no logró llegar hasta el mar, aislando de ese modo las divisiones de la línea Gaza, tal y como esperaba. Sus divisiones *panzer* sufrieron una conmoción al encontrarse, por primera vez, con los tanques Grant con sus cañones de 75 mm. Se encontraron bajo un fuego destructor a distancias demasiado alejadas como para que pudieran responder, y solo lograron avanzar cuando hicieron llegar cañones antitanque, incluyendo las tres baterías de 88, mientras que sus propios tanques rodearon los flancos de los blindados británicos, cuyas unidades, así como las brigadas, estaban separadas, por lo que eran muy susceptibles a esas maniobras de flanqueo. Aun así las divisiones *panzer* solo habían avanzado unos cinco kilómetros al norte del Trigh Capuzzo a la puesta del sol, a costa de grandes pérdidas y todavía estaban a algo más de treinta kilómetros del mar. El propio Rommel escribió en su diario: «El plan de vencer a las fuerzas británicas tras la línea Gazala ha fracasado... La llegada del nuevo tanque estadounidense ha provocado grandes huecos en nuestras filas..., mucho más de un tercio de los tanques alemanes se perdieron solo ese día».^[4]

El esfuerzo renovado de Rommel por alcanzar el mar durante el segundo día produjo escasos progresos y más pérdidas. Al anochecer su intento de una rápida victoria había fracasado, aunque los británicos no hubieran hecho nada para aprovechar la pérdida de equilibrio, que era la mejor oportunidad de provocar su caída. Pero la situación era aún más peligrosa por el largo desvío, alrededor de Bir Hacheim, que tenían que realizar sus columnas de suministro bajo el constante riesgo de ser interceptadas por los blindados y la fuerza aérea británicos. Él mismo escapó por poco de ser capturado cuando avanzaba

en su coche y fue aún más afortunado, ya que al regresar de la batalla a su cuartel general se encontró con que: «(...) en mi ausencia los británicos habían capturado a mi Estado Mayor». Al Afrika Korps solo le quedaban ciento cincuenta tanques capaces de entrar en acción, y a los italianos noventa, mientras que los británicos aún disponían de cuatrocientos veinte.

Tras otra jornada de fracasos, ordenó a sus fuerzas que adoptaran una posición defensiva. Se trataba de una posición precaria puesto que se encontraba más allá de la línea fortificada Gazala y la guarnición británica y sus dispersos cinturones de campos de minas le mantenían separado del resto de sus fuerzas. Combatir «con la espalda contra el muro» es penoso, pero hacerlo con una barrera de minas es peor.

Durante los siguientes días la fuerza aérea británica bombardeó su posición, bautizada certeramente como «la caldera», mientras que el 8.^º Ejército lo atacaba por tierra. Los periódicos estaban llenos de informes triunfales sobre cómo Rommel estaba atrapado, mientras que en el cuartel general británico había una confortable seguridad respecto a manejar la situación cómodamente y que estaba abocado a rendirse.

Y sin embargo, en la noche del 13 de junio toda la perspectiva cambió. El 14, Ritchie abandonó la línea Gazala e inició una rápida retirada a la frontera que dejó a las tropas de Tobruk aisladas. El 21, Rommel había capturado la fortaleza a los 35 000 hombres que la ocupaban, junto a una inmensa cantidad de suministros. Fue el mayor desastre británico de la guerra a excepción de la caída de Singapur. Al día siguiente el resto del 8.^º Ejército abandonó su posición en la frontera, cerca de Sollum, y realizó una rápida retirada hacia el este a través del desierto, con Rommel en los talones.

¿Qué había producido un giro tan drástico? Pocas veces se ha producido una batalla tan enmarañada y sus hilos nunca se han desenredado adecuadamente. El «misterio de la caldera» ha seguido desconcertando a los que han tratado de escribir su historia en el lado británico, y se ha hecho más confuso a causa de los mitos que brotaron.

Más allá del mito de que Rommel era superior en tanques, otro consiste en que la balanza se inclinó y el grueso de los tanques británicos se perdió en un día fatídico, el 13 de junio. En realidad, eso solo fue la culminación de una serie de días desastrosos. La pista principal del «misterio de la caldera» se encuentra en las notas de Rommel. Durante la tarde del 27 de mayo:

A pesar de lo precario de la situación y de los difíciles problemas anhelaba, lleno de esperanza, lo que pudiera deparar la batalla. Y es que Ritchie había lanzado sus blindados a la batalla gradualmente,

dándonos así la oportunidad de combatirlos en cada ocasión con los suficientes tanques por nuestra parte... Nunca debería haberse dejado arrastrar a dividir sus fuerzas...^[5]

A continuación, refiere que adoptó lo que parecía una posición defensiva peligrosamente expuesta...,

con la asunción cierta... de que los británicos no se atreverían a usar una parte relevante de sus formaciones acorazadas para atacar a los italianos en la línea Gazala [mientras que hubiera poderosas fuerzas *panzer* alemanas ocupando una posición que amenazara su retaguardia]... Así, preví que las brigadas mecanizadas británicas continuarían lanzando su vanguardia contra nuestro bien organizado frente defensivo y que desgastarían su fortaleza en ese proceso.^[6]

Las previsiones de Rommel funcionaron demasiado bien. Los británicos insistieron en una serie de ataques graduales sobre su posición, con un coste elevado. Estos ataques directos demostraron ser la peor forma de precaución. Al repelerlos superó el punto fortificado aislado de Sidi Muftah, defendido por la CL Brigada de Infantería, situada a su espalda, y abrió un paso a través de los campos de minas para recibir suministros.

Cuatro días después, el 5 de junio, Ritchie lanzó un ataque a gran escala contra la posición de Rommel. Pero esto, de nuevo, se llevó a cabo de manera fragmentaria, mientras que los defensores se beneficiaban del largo intervalo de tiempo que habían tenido para organizar y fortificar la posición. El complejo plan de ataque tenía una serie de problemas y se convirtió en una sucesión desarticulada de ataques muy directos que fueron rechazados uno a uno. Durante la segunda tarde la fuerza de tanques británica se había disuelto, mediante pérdidas en combate y por averías, desde unos cuatrocientos a ciento setenta. Además, aprovechando la confusión de los atacantes Rommel lanzó una súbita respuesta en forma de pinza, durante la primera tarde, que dispersó una de las brigadas de la 5.^a División India, después envolvió la retaguardia de otra, que fue barrida al día siguiente, junto a toda la artillería de apoyo de la división. La captura de cuatro regimientos de artillería, así como cuatro mil prisioneros, fue una «bolsa» muy importante.

Mientras se llevaba a cabo esta operación las brigadas acorazadas británicas fueron mantenidas a raya. Sus esfuerzos para socorrer a las tropas cercadas fueron intermitentes y descoordinados. La pérdida de control era aún peor, ya que el comandante de la 7.^a División Acorazada, Messervy, había

desaparecido de escena la tarde anterior cuando el cuartel general de la 5.^a División India fue capturado por los tanques alemanes. Fue su segunda salida de escena en esta batalla.

Mientras tanto Rommel amputaba otra parte importante de la posición del 8.^º Ejército. Y es que, durante la tarde del 1 de junio, inmediatamente después de eliminar la posición de Sidi Muftah, envió a un grupo de combate alemán y la división Trieste a atacar el punto fortificado, aún más aislado, de Bir Hacheim, en el flanco sur defendido por la I Brigada de la Francia Libre. La resistencia fue tan enconada que Rommel se vio obligado a hacerse cargo directamente del mando de las fuerzas atacantes, y dice: «En ningún lugar de África me encontré con unos combates tan duros». Solo en el décimo día logró penetrar las defensas y la mayoría de los franceses escaparon al abrigo de la noche.

Ahora Rommel podía llevar a cabo un nuevo y más profundo ataque. Aunque las brigadas acorazadas británicas habían sido reforzadas hasta un total de trescientos treinta tanques —más del doble de lo que quedaba del Afrika Korps— su confianza se había visto alterada profundamente y los alemanes olían el aroma de la victoria. El 11 de junio golpeó en dirección este y, al día siguiente, encerró a dos de las tres brigadas acorazadas británicas entre sus divisiones *panzer*, forzando a los británicos a combatir en una zona estrecha en la que Rommel podía golpearles con fuego convergente. Quizá podrían haber hecho un mayor esfuerzo para escapar de la trampa si no se hubieran visto privados de liderazgo, ya que Messervy fue aislado de sus tropas por tercera vez en tres semanas, debido al avance del enemigo, cuando acudía a ver al comandante del 8.^º Ejército. A media tarde del 12 las dos brigadas acorazadas fueron cercadas —solo algunos lograron escapar— mientras que la tercera brigada, que acudía al rescate, sufrió graves pérdidas por los alemanes bien posicionados. El 13, Rommel giró al norte y expulsó a los británicos del punto fortificado de Knightsbridge, mientras continuaba hostigando los restos blindados de los británicos. Esa noche se había visto reducido a apenas un centenar de tanques. Por primera vez Rommel tenía superioridad de carros de combate y, al estar en posesión del campo de batalla, podía recuperar y reparar muchos de sus tanques dañados, cosa que no podían hacer los británicos.

Las dos divisiones que defendían la línea Gazala ahora se encontraban en peligro inminente de ser aisladas y atrapadas, ya que el 14 de junio Rommel envió al Afrika Korps en dirección norte, más allá de Acroma y hacia la carretera de la costa. Sin embargo, se vio retrasado por los campos de minas

de la zona, que no pudo superar hasta última hora de la tarde y para entonces las tropas *panzer* estaban tan agotadas que se dormían allí donde paraban al llegar la noche. Y ello ignorando los llamamientos de Rommel para seguir avanzando y cortar la carretera de la costa. Esto fue afortunado para los sudafricanos, cuyos convoyes motorizados estaban retrocediendo por la carretera de la costa durante la noche. No obstante, parte de su retaguardia fue aislada cuando las fuerzas *panzer* se precipitaron hacia el mar a la mañana siguiente. La otra división en la línea Gazala, la 50.^a británica, solo logró escapar en dirección oeste, a través del frente italiano, seguido de un largo recorrido hacia el sur y, después, hacia el este, hasta la frontera. La 1.^a División Sudafricana, después de escabullirse por la carretera de la costa, también continuó su retirada hasta la frontera a más de 160 kilómetros de distancia y 110 kilómetros más allá de Tobruk.

Esta gran retirada era contraria a las intenciones de Auchinleck, y sus instrucciones a Ritchie habían sido que el 8.^º Ejército debía concentrarse y mantenerse en una línea al oeste de Tobruk. Sin embargo, Ritchie no comunicó a su comandante en jefe que las divisiones de la línea Gazala estaban retrocediendo hasta la frontera y para cuando Auchinleck fue consciente de ello era demasiado tarde para detenerlas. Y lo que es peor, las fuerzas británicas «se quedaron entre dos aguas».

En efecto, el 14 de junio, mientras los británicos retrocedían, Churchill envió un mensaje enfático que decía: «Supongo que, en ningún caso, se trata de abandonar Tobruk». Repitió su exhortación en sendos telegramas los días 15 y 16. Este consejo a gran distancia, desde Londres, condujo a una suprema equivocación. Y es que la apresurada medida de abandonar a parte del 8.^º Ejército en Tobruk, mientras el resto se retiraba hasta la frontera, ofrecía a Rommel la oportunidad de vencer a la fuerza aislada de Tobruk antes de que pudiera organizar adecuadamente su defensa.

* * *

Rommel ordenó rápidamente que las fuerzas *panzer*, tras su avance hasta la costa, giraran hacia el este rodeando el perímetro de Tobruk, capturando o aislando los puestos fortificados que habían sido creados en la retaguardia del 8.^º Ejército, y siguieron su camino para capturar los aeródromos de Gambut, al este de Tobruk. En este avance barrieron los restos de las brigadas acorazadas británicas que se estaban retirando hasta la frontera. Sin embargo, Rommel no las persiguió aún. En cuanto aseguró los aeródromos de Gambut hizo que sus fuerzas giraran sobre sus pasos en dirección oeste y con

asombrosa rapidez montó un ataque sobre Tobruk. Su guarnición reforzada comprendía la 2.^a División Sudafricana (que incluía la XI Brigada India) al mando del general Klopper, la Brigada de Guardias y la XXXII Brigada de Tanques del ejército, con setenta carros de combate. No obstante, tras contemplar el avance de las fuerzas *panzer* de Rommel hacia el este, no se esperaban un ataque y no estaban preparados para hacerle frente. A las 05:20 del 20 de junio comenzó un bombardeo huracanado contra una zona del sudeste del perímetro a cargo de unidades de artillería y de bombarderos en picado, seguido por un ataque de infantería. A las 08:30 los tanques alemanes avanzaban a través de la brecha abierta en las defensas y el propio Rommel estaba *in situ* para acelerar el avance. Por la tarde las fuerzas *panzer* habían vencido la resistencia de los confundidos defensores y avanzaban hacia Tobruk. Por la mañana el comandante de la guarnición, el general Klopper, llegó a la conclusión de que la resistencia era desesperada y la retirada imposible, tomó la fatídica decisión de rendirse. Aunque algunos grupos pequeños lograron escapar, 35 000 hombres fueron hechos prisioneros.

La consecuencia de este desastre fue la precipitada retirada a Egipto de la fuerza superviviente de Ritchie, con Rommel en sus talones. Para mantener la persecución Rommel se vio muy ayudado por la captura de suministros que había llevado a cabo en Tobruk. Según Bayerlein, el jefe de Estado Mayor del Afrika Korps, el 80 por ciento de los medios de transporte de Rommel en aquel momento eran vehículos británicos capturados. Pero, aunque aquella gran captura le proporcionó el transporte, combustible y alimentos suficientes como para mantener su movilidad, no restableció su capacidad de combate. Cuando el Afrika Korps avanzó hasta la frontera el 23 de junio solo le quedaban cuarenta y cuatro tanques disponibles para entrar en acción y a los italianos solo catorce. Sin embargo, Rommel decidió seguir la máxima de «pisa los talones a una desbandada».

El mariscal Kesselring voló desde Sicilia el día después de la caída de Tobruk para defender que no había que seguir avanzando en África, solicitando el regreso de sus unidades aéreas para realizar un ataque en Malta, tal y como se había acordado anteriormente. El mando supremo italiano en África también era contrario a seguir avanzando y, el 22, Bastico ordenó a Rommel que se detuviera, ante lo cual Rommel contestó que no «aceptaba el consejo» e invitó jocosamente a su superior a cenar con él en El Cairo. Podía permitirse tomarse esas licencias después de una victoria como la que había conseguido, más aún tras recibir noticias del cuartel general de Hitler que anunciaban su ascenso a mariscal en recompensa por su éxito. Al mismo

tiempo Rommel solicitó permiso, directamente a Mussolini y Hitler, para seguir adelante. Hitler y sus asesores militares tenían muchas dudas sobre el previsto ataque a Malta, al pensar que la Marina italiana no sería capaz de apoyarlos ante la Marina británica y que los paracaidistas alemanes lanzados sobre la isla se quedarían abandonados sin suministros ni refuerzos. Un mes antes, el 21 de mayo, Hitler había decidido que, si Rommel lograba tomar Tobruk, se abandonaría el ataque sobre Malta, operación Hércules. Mussolini también se sintió aliviado por la posibilidad de una alternativa menos temible que este trabajo «de Hércules», y muy dispuesto a sumarse a una perspectiva más gloriosa. Así, a primera hora del 24, Rommel recibió un radiograma: «El Duce aprueba las intenciones del Panzerarmee de perseguir al enemigo hasta Egipto». Pocos días después Mussolini voló a Derna, con un caballo blanco en un avión posterior, dispuesto para una entrada triunfal en El Cairo. Según fuentes italianas incluso Kesselring parecía estar de acuerdo con que avanzar hasta Egipto era preferible a un ataque contra Malta.

La precipitada retirada británica desde la frontera, antes incluso de que Rommel llegara allí, proporcionó justificación y confirmación de su audacia. Fue una notable demostración de la importancia de la moral y de la máxima de Napoleón, citada a menudo, de que «en la guerra la moral es tres veces más importante que lo material». Cuando Ritchie decidió abandonar la frontera —para «ganar tiempo con distancia», tal y como telegrafió a Auchinleck— tenía tres divisiones de infantería casi intactas en la zona, una cuarta de camino con tropas de refresco y el triple de tanques que el Afrika Korps dispuestos para la acción.

Pese a ello, el impacto de las noticias procedentes de Tobruk había hecho que Ritchie abandonara cualquier intento de defender la frontera, una decisión que tomó la noche del 20 de junio, seis horas antes de la decisión de Klopper de rendirse.

La intención de Ritchie era tomar posiciones en Mersa Matruh y combatir allí con las divisiones procedentes de la frontera, reforzadas con la 2.^a División Neozelandesa que acababa de llegar de Siria. Sin embargo, durante la tarde del 25 de junio Auchinleck se hizo con el mando directo del 8.^º Ejército en sustitución de Ritchie. Tras analizar el problema con su principal oficial de Estado Mayor, Eric Dorman-Smith, anuló la orden de conservar la posición fortificada en Matruh y decidió combatir en una batalla más móvil en la zona de El Alamein. Fue una decisión difícil, ya que no solo representaba muchas dificultades para desplazar las tropas y suministros, sino que iba a provocar nuevas alarmas en Londres, en especial en Whitehall. Al

tomar esta decisión Auchinleck mostró sangre fría y temple. Aunque no se podía justificar una nueva retirada por el equilibrio material de fuerzas, probablemente era sensato a la vista de la debilidad de la posición de Mersa Matruh, que podía ser fácilmente rodeada, y de la moral de las tropas. Y es que, aunque las unidades que retrocedían desde la frontera no estaban desmoralizadas, su confianza estaba alterada y se encontraban confusas. El general de brigada sir Howard Kippenberger, comandante neozelandés e historiador de la guerra, las vio llegar a la zona de Matruh «tan mezcladas y desorganizadas» que «no veía una sola unidad de combate homogénea, ya fuera de infantería, acorazada o de artillería»^[7]. Rommel no les dio tiempo a reorganizarse y la velocidad de su persecución anuló los motivos de Ritchie para abandonar la frontera «para ganar tiempo con distancia».

Tras obtener la «liberación» por parte de Roma, durante la noche del 23 al 24, Rommel avanzó más allá de la frontera y a través del desierto a la luz de la luna y, durante la tarde del 24, había recorrido más de 160 kilómetros, alcanzando la carretera de la costa muy al este de Sidi Barrani, acercándose a los talones de los británicos, aunque solo capturó una pequeña parte de la retaguardia. Durante la tarde siguiente sus fuerzas estaban cerca de las posiciones que los británicos habían ocupado en Matruh y al sur de ese lugar.

Debido a la facilidad con la que Matruh podía ser evitada, las fuerzas móviles del XIII Cuerpo (Gott) se habían situado en el desierto, al sur, apoyadas por la División Neozelandesa, mientras que las defensas de Matruh estaban a cargo del X Cuerpo (Holmes) con dos divisiones de infantería. Había un espacio de más de quince kilómetros entre los dos cuerpos, protegido por un cinturón de campos de minas.

No había descanso para montar un ataque cuidadosamente preparado. Ante la falta de efectivos, Rommel dependía de la velocidad y la sorpresa. Mientras que los blindados británicos alcanzaban un total de 160 (de los cuales casi la mitad eran Grant), él apenas contaba con 60 tanques propios (de los cuales un cuarto eran Panzer II ligeros) y un puñado de italianos. El total de infantería de las tres divisiones alemanas era de apenas dos mil quinientos hombres y el de las seis divisiones italianas de unos seis mil. Era pura osadía lanzar cualquier ataque con una fuerza tan reducida, pero la audacia triunfó, con la ayuda del efecto de la moral y de la velocidad.

Las tres divisiones alemanas, muy reducidas, liderando el avance, comenzaron su ataque durante la tarde del 26. Dos de ellas habían llegado frente al mencionado espacio. La 90.^a División Ligera tuvo la suerte de llegar a la parte más estrecha del cinturón de minas, y para la medianoche estaba

casi veinte kilómetros más allá (alcanzó la carretera de la costa, de nuevo, durante la tarde siguiente y, de ese modo, bloqueó la línea de retirada directa desde Matruh). A la 21.^a División Panzer le costó más atravesar el doble cinturón de minas con que se encontró, pero al amanecer profundizó 35 kilómetros y después giró y se dirigió contra la retaguardia de la División Neozelandesa en Minqar Qaim, esparciendo parte de sus vehículos de transporte antes de ser detenida. La 15.^a Panzer, más al sur, se encontró con blindados británicos y fue retenida la mayor parte del día. Sin embargo, la rápida y profunda penetración de la 21.^a Panzer, y su amenaza de la línea de retirada británica, había producido tal efecto que Gott ordenó una retirada por la tarde, que pronto se convirtió en una maniobra muy desordenada. La División Neozelandesa quedó aislada, pero logró escapar del débil cerco enemigo al anochecer. El X Cuerpo de Matruh no fue informado de la retirada del XIII Cuerpo hasta casi el anochecer del día siguiente, nueve horas después de que hubieran bloqueado su línea de retirada. No obstante, casi dos tercios de las fuerzas en Matruh lograron escapar durante la noche siguiente, escapando en dirección sur en pequeños grupos bajo la cobertura de la oscuridad. Con todo, seis mil hombres cayeron prisioneros —una cantidad superior a toda la fuerza de combate de Rommel— y una gran cantidad de suministros y equipo fueron abandonados, para beneficio de este.

Mientras tanto su vanguardia *panzer* continuaba el avance tan rápido que frustró la esperanza británica de organizar una resistencia temporal en Fuka. Gracias a su pronta llegada a la carretera de la costa a esa altura, en la tarde del 28, atrapó y destruyó los restos de una brigada india que se había sido dispersada en el ataque inicial, y a la mañana siguiente cercaron algunas de las columnas que habían escapado de Matruh. La 90.^a División Ligera, que había estado haciendo limpieza en Matruh, reanudó esa tarde su avance hacia el este a través de la carretera de la costa. A medianoche había recorrido casi 150 kilómetros y rebasado la vanguardia *panzer*. A la mañana siguiente, el 30 de junio, Rommel escribió exultante a su mujer: «¡Solo quedan 160 kilómetros hasta Alejandría!». Por la tarde estaba a apenas cien kilómetros de su objetivo y la llave de Egipto parecía a su alcance.

20

Cambia la tendencia en África

El 30 de junio los alemanes se situaron en la línea de El Alamein, un avance relativamente corto, mientras esperaban la llegada de los italianos. La breve pausa para concentrar fuerzas se volvió en contra de las posibilidades de Rommel. Y es que esa mañana lo que quedaba de las brigadas acorazadas británicas estaban en el desierto, al sur de la carretera costera, ignorando que habían sido adelantados, en su retirada, por los blindados de Rommel. Solo la debilidad de la fuerza perseguidora los salvó de ser atrapados y cercados antes de poder refugiarse en la línea de El Alamein.

La pausa momentánea de Rommel podía deberse a informes de inteligencia equivocados sobre la fuerza de esa posición defensiva. En realidad, comprendía cuatro puntos fortificados dispuestos a lo largo del espacio de 56 kilómetros entre la costa y el escarpado descenso hasta la gran depresión de Qattara que, debido a las marismas saladas y a la arena blanda, limitaban la posibilidad de un movimiento de flanqueo. El punto fortificado mayor y más fuerte estaba en la costa, en El Alamein, y ocupado por la 1.^a División Sudafricana. El siguiente, parecido y situado al sur, era nuevo y se encontraba en Deir el Shein, ocupado por la XVIII Brigada India. El tercero, once kilómetros más allá, era Bab el Qattara (llamado por los alemanes Qaret el Abd), ocupado por la VI Brigada Neozelandesa. Después, a veintidós kilómetros de distancia, se situaba Naqb el Dweis, defendido por una brigada de la 5.^a División India. Los intervalos estaban defendidos por una cadena de pequeñas columnas móviles formadas a partir de esas tres divisiones y el resto de las dos que habían constituido la guarnición de Mersa Matruh.

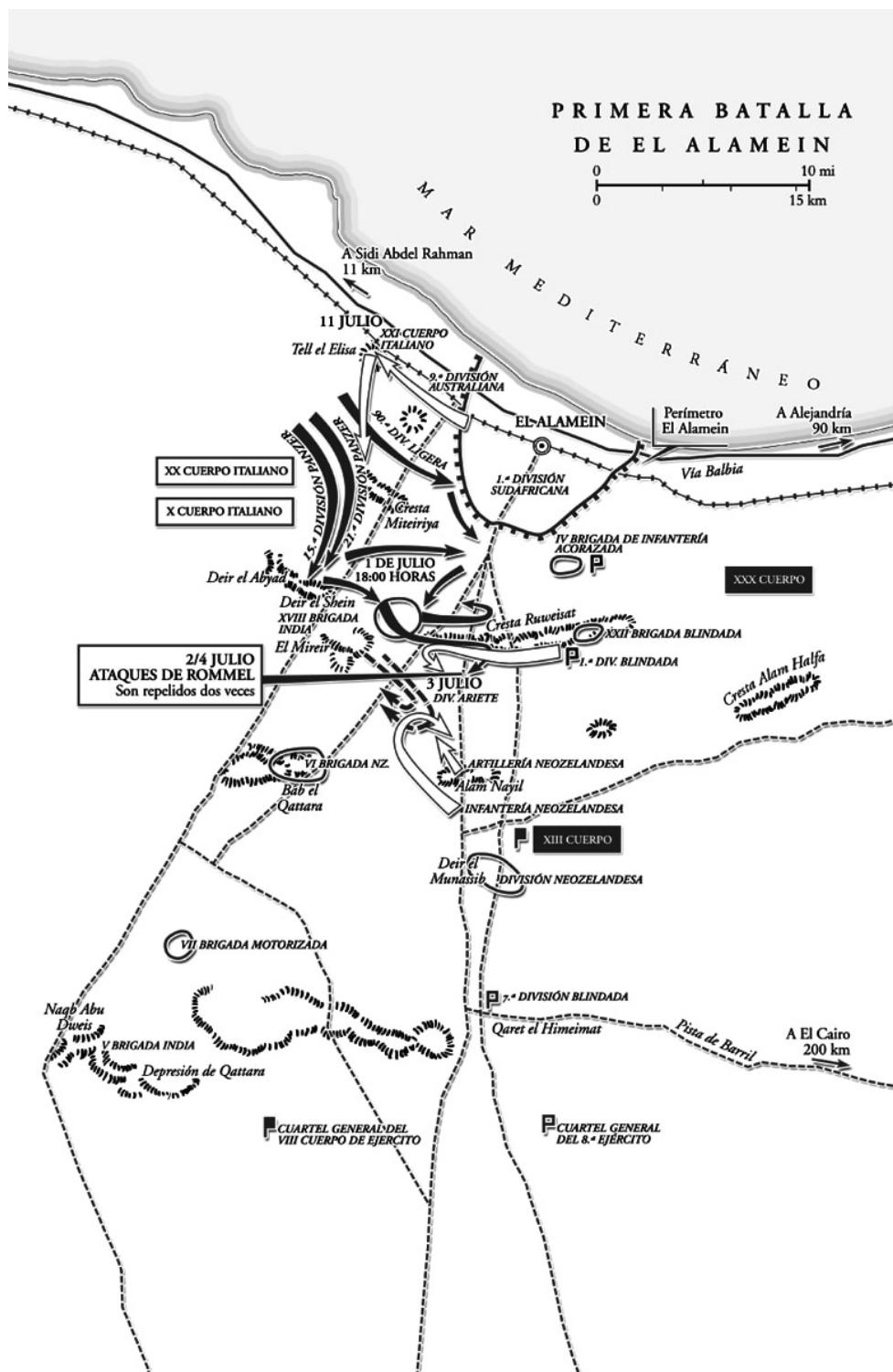


Al diseñar su plan de ataque, para el primero de julio, Rommel no sabía de la existencia del nuevo punto en Deir el Shein. Tampoco sabía que había adelantado a los blindados británicos cuando estos se retiraban y que estaban justo llegando a El Alamein. Por tanto, estimaba que se situarían en el sur, defendiendo ese flanco. Sobre esta base, planeó un ataque de sujeción en ese lugar, seguido por un rápido giro del Afrika Korps en dirección norte para penetrar entre El Alamein y Bab el Qattara. Sin embargo, sus unidades se encontraron con el obstáculo «desconocido» de Deir el Shein y no pudo capturarlo, con la mayor parte de sus defensores, hasta la tarde. Con todo, habían aguantado lo suficiente como para anular las esperanzas de Rommel de una rápida penetración y su veloz explotación. Los blindados británicos llegaron al lugar demasiado tarde como para salvar la posición, pero su tardía aparición ayudó a frenar el avance del Afrika Korps. Rommel ordenó que se reanudara a la luz de la luna, pero sus intenciones se vieron frustradas por los aviones británicos que aprovechaban la luz para bombardear y dispersar las columnas de suministros alemanas.

Ese día, el miércoles 1 de julio, fue el momento más peligroso de los combates en África. Fue el verdadero punto de inflexión, más que el rechazo

del ataque renovado de Rommel a finales de agosto o que la batalla de octubre —con la retirada de aquel—, que debido a su obvio resultado espectacular ha monopolizado el nombre de «El Alamein». En realidad, hubo una serie de «Batallas de El Alamein» y la primera fue la más crucial.

La noticia de que Rommel había llegado a El Alamein había hecho que la flota británica abandonase Alejandría y se retirase hasta el mar Rojo a través del canal de Suez. Había nubes de humo que salían de las chimeneas del cuartel general en El Cairo, a medida que quemaban apresuradamente los archivos. Con humor negro los soldados lo llamaron el «Miércoles de ceniza».



Los veteranos de la Primera Guerra Mundial recordaban que era el aniversario del inicio de la ofensiva del Somme en 1916, cuando el ejército británico perdió sesenta mil hombres, la mayor pérdida en un solo día de toda su historia. Al ver la tormenta negra de papel carbonizado los habitantes de El Cairo lo interpretaron, naturalmente, como una señal de que los británicos abandonaban Egipto y hubo masas de personas que rodearon la estación de ferrocarril con intención de huir rápido. Al escuchar las noticias, el mundo exterior entendió que significaba que Gran Bretaña había perdido la guerra en Oriente Medio.

Sin embargo, al anochecer la situación en el frente se había vuelto esperanzadora y los defensores más confiados, en contraste con el estado de pánico en la retaguardia.

Rommel continuó su ataque el 2 de julio, pero el Afrika Korps tenía menos de cuarenta tanques disponibles para la acción y las tropas estaban muertas de cansancio. Su renovado ataque no se reanudó hasta la tarde y pronto se detuvo al vislumbrar dos grandes formaciones blindadas británicas, una en su trayectoria de avance y la otra rodeando su flanco. Auchinleck había analizado la situación con la cabeza fría y se dio cuenta de la debilidad de las fuerzas atacantes, por lo que planeó lo que esperaba que fuera un contraataque decisivo. Su plan no se llevó a cabo tal y como se pretendía, y los obstáculos en su ejecución frustraron sus esperanzas, pero sirvieron para impedir que se cumplieran los objetivos de Rommel.

Rommel hizo un nuevo intento el 3 de julio, pero para entonces el Afrika Korps solo tenía veintiséis tanques con capacidad de combate y su avance hacia el este de esa mañana fue frenado por los blindados británicos, aunque otro intento durante la tarde logró avanzar casi quince kilómetros antes de ser detenido. Un avance convergente por parte de la División Ariete también fue rechazado y durante esa acción un batallón neozelandés, el XIX, capturó casi toda la artillería de la Ariete en un súbito contraataque sobre su flanco, y «el resto salió huyendo en pánico».^[1] El desmoronamiento fue un signo claro de agotamiento.

Al día siguiente, el 4 de julio, Rommel escribió a casa con remordimiento: «Desgraciadamente las cosas no van como nos gustaría. La resistencia es demasiado grande y nuestra fuerza está agotada». Sus ataques no solo habían sido detenidos, sino que habían recibido terribles respuestas. Sus tropas estaban demasiado cansadas y eran escasas para renovar los ataques por el momento. Se vio obligado a suspenderlos y concederles un respiro, aunque eso supuso dar tiempo a Auchinleck para enviar refuerzos.

Además, Auchinleck había recuperado la iniciativa y estuvo a punto de dar la vuelta a la tortilla de manera decisiva incluso antes de que llegaran los refuerzos. Su plan para ese día era básicamente el mismo de la víspera: contener el ataque del Panzerarmee con el XXX Cuerpo de Norrie, mientras que el XIII de Gott atacaba desde el sur a través de la retaguardia enemiga. Sin embargo, esta vez el grueso de los blindados se mantuvo en el norte, bajo el XXX Cuerpo, aunque el XIII incluía a la recién reorganizada 7.^a División Acorazada, rebautizada como División Acorazada Ligera y compuesta por una brigada motorizada, carros blindados y tanques Stuart. Le faltaba empuje, pero tenía la movilidad necesaria para un avance rápido y amplio alrededor de la retaguardia enemiga, mientras que la potente División Neozelandesa atacaba su flanco.

Desgraciadamente la falta de seguridad en las comunicaciones de radio permitió que las unidades de «interceptación» alemanas pudieran escuchar, y avisar a Rommel, de las intenciones de Auchinleck. La 21.^a División Panzer se replegó para hacer frente al ataque envolvente, y ese movimiento pudo haber aumentado las dudas que los comandantes mostraron a la hora de cumplimentar las intenciones decisivas de Auchinleck. Hubo dudas similares en el sector norte. Cuando la 21.^a División Panzer se replegó, algunos de los tanques Stuart de la 1.^a División Acorazada comenzaron a avanzar y este avance insignificante provocó un efecto muy significativo: un pánico repentino entre las escasas tropas de la 15.^a División Panzer (cuya capacidad de combate por entonces era de solo quince tanques y doscientos fusileros). Ese pánico en unas tropas alemanas tan resistentes mostró hasta qué punto estaban agotadas. No obstante, no se hizo nada para aprovechar la oportunidad de llevar a cabo un ataque generalizado —tanto por parte de la División Acorazada como del cuerpo—, que bien podría haber resultado decisivo.

Esa noche Auchinleck, de forma aún más enfática que antes, ordenó a sus fuerzas que remataran el ataque, diciendo en las órdenes: «Nuestra misión sigue siendo destruir al enemigo lo más al este posible y no permitirle huir intacto..., no hay que dar respiro al enemigo..., el 8.^º Ejército atacará y destruirá al enemigo en su posición actual». Sin embargo, no logró trasmitir su propio ánimo vigoroso a la «cadena de mando». Había trasladado su cuartel general táctico cerca del cuartel general del XXX Cuerpo, pero esto se había realizado a unos treinta kilómetros del frente, quedando igualmente alejado del cuartel general del XIII Cuerpo en el sur. El cuartel general alemán estaba solo a diez kilómetros del frente y el propio Rommel a menudo

estaba entre las tropas avanzadas, imprimiendo su impulso personal *in situ*. Rommel había sido muy criticado por los soldados más ortodoxos, tanto alemanes como británicos, por la frecuencia con la que se encontraba lejos del cuartel general y su debilidad por el control directo del combate. No obstante, ese control, aunque era la causa de algunos de sus problemas, era el motivo principal de sus grandes éxitos. Recuperaba, en la guerra moderna, la práctica y la influencia de los grandes capitanes del pasado.

El 5 de julio el XIII Cuerpo hizo muy poco, y el XXX menos aún, para llevar a cabo las intenciones y órdenes de Auchinleck. Las brigadas de la División Neozelandesa, destinadas a jugar el papel principal en el ataque a la retaguardia de Rommel, no fueron informadas de las intenciones de su comandante en jefe y la acción decisiva que se esperaba de ellas. A Auchinleck se le puede criticar razonablemente por dejar el grueso de los blindados con el XXX Cuerpo en lugar de mandarlo a reforzar el ataque previsto contra la retaguardia por parte del XIII Cuerpo. Sin embargo, no hay razones para pensar que hubiese sido utilizado de manera más vigorosa de lo que hizo en el centro, donde un ataque enérgico podría haber tenido éxito más fácilmente a la vista de la debilidad del enemigo. La 1.^a División Acorazada había alcanzado una fuerza de noventa y nueve tanques, mientras que la 15.^a Panzer que estaba frente a ella solo tenía quince y el total del Afrika Korps apenas treinta.

La mejor excusa, y básicamente la explicación más justa, era simple agotamiento como resultado de una tensión prolongada. Este fue el factor determinante en esta primera fase crucial de la batalla que terminó en empate.

En conjunto, probablemente el resultado acabó con ventaja para alemanes e italianos, aunque en última instancia fue al revés. La situación británica nunca fue tan desesperada como parecía, mientras que para el 5 de julio las fuerzas de Rommel se acercaban al colapso total más de lo que se habían aproximado a la victoria absoluta.

Durante la breve calma que siguió, el resto de las divisiones de infantería italianas llegaron para tomar el relevo del frente estático en el sector norte, liberando así a los alemanes para el nuevo ataque en el sector sur que estaba preparando Rommel. Sin embargo, el 8 de julio, cuando estaba a punto de iniciar su ataque, los efectivos de combate de sus tres «divisiones» alemanas se habían elevado a no más de cincuenta tanques y unos dos mil soldados de infantería, mientras que el de las siete «divisiones» italianas (incluyendo la recién llegada División Acorazada Littorio) contaban con solo cuarenta y cuatro tanques y unos cuatro mil soldados. Los británicos fueron reforzados

con la llegada de la 9.^a División australiana, que tan vigorosamente había defendido Tobruk en 1941, y por dos regimientos de refresco que elevaron el número de tanques a más de doscientas unidades. La división australiana fue enviada a unirse al XXX Cuerpo, que para entonces tenía un nuevo comandante, el teniente general W. H. Ramsden, que mandaba anteriormente la 50.^a División.

Las intenciones de Rommel de llevar su esfuerzo al sur encajaban bien con los deseos de Auchinleck y el nuevo plan —que consistía en utilizar a los australianos para un ataque hacia el oeste a lo largo de la carretera de la costa. Cuando los alemanes se desplazaron hacia el sur los neozelandeses se retiraron hacia el este, evacuando la posición de Bab el Qattara, de modo que todo lo que los alemanes ganaron en este ataque del 9 de julio fue la «posesión vacía» de esa plaza.

A una hora temprana de la mañana siguiente, los australianos lanzaron su ataque cerca de la costa y rápidamente superaron a la división italiana que defendía ese sector. Aunque las tropas alemanas que fueron enviadas rápidamente al lugar detuvieron su avance, y recuperaron parte de lo perdido, esta gran amenaza a la línea de suministros de la carretera de la costa, obligó a Rommel a abandonar su ataque en el sur. Rápidamente Auchinleck trató de aprovechar el efecto logrado mediante un ataque con el objetivo del ahora debilitado centro de la línea de Rommel, en la cresta de Ruweisat. No obstante, de nuevo un plan bien concebido se malogró por una mala gestión por parte de sus subordinados y por falta de una hábil combinación entre blindados e infantería, fenómeno al que los alemanes debían tantos de sus éxitos.

La mala combinación táctica entre las dos armas se agravó por la desconfianza —que fue incrementándose durante mucho tiempo—, de la infantería en el apoyo que podrían lograr de sus propios blindados si, al avanzar, quedaban expuestos a un contraataque de las tropas *panzer*:

En este momento había en todo el 8.^º Ejército, no solo en la División Neozelandesa, una intensa desconfianza, casi odio, hacia nuestros blindados. Por todas partes se escuchaban relatos de cómo estos dejaban tiradas a las otras armas; se consideraba un axioma que los tanques no estarían a tiempo donde se los necesitaba.^[2]

A pesar de ello, el ataque y la amenaza llevaban al límite los escasos recursos de Rommel, mientras que un contraataque que intentó llevar a cabo en el norte tuvo poco éxito. Aunque los tanques británicos eran lentos para

enfrentarse a los contraataques de los tanques alemanes contra su propia infantería, gracias al miedo que inspiraban, ayudaron a provocar grandes rendiciones de la infantería italiana. El 17 de julio Rommel escribió a casa:

Las cosas me van muy mal en estos momentos desde el punto de vista militar. El enemigo utiliza su superioridad, especialmente en infantería, para destruir las formaciones italianas una a una, y las alemanas son demasiado débiles como para resistir por sí solas. Es como para echarse a llorar.^[3]

Al día siguiente la 7.^a División Acorazada amenazó el flanco sur de Rommel mientras que Auchinleck preparaba un nuevo y más poderoso ataque con refuerzos recién llegados. Otra vez iba dirigido a lograr la ruptura del centro, pero en esta ocasión en el lado sur de la cresta Ruweisat, hacia El Mireir. Se utilizó en este ataque una brigada acorazada de refresco, la XXIII, que acababa de llegar con ciento cincuenta Valentine. Sin embargo, uno de sus tres regimientos fue enviado a ayudar a los australianos en un ataque secundario en la cresta Miteiriya, en el norte.

Las perspectivas parecían inmejorables, ya que el 8.^º Ejército, con esta brigada adicional y los nuevos envíos de las otras, contaba con casi cuatrocientos tanques sobre el terreno. Los de Rommel eran incluso menores de lo que sus oponentes sabían: al Afrika Korps le quedaban menos de treinta tanques. No obstante, por una combinación de suerte y habilidad, fueron ubicados justo en el punto en el que amenazaba el principal ataque británico y, al final, solo una pequeña proporción de los tanques británicos entraron en acción en esa zona.

En esta ocasión el plan de Auchinleck era irrumpir en el centro del dispositivo enemigo mediante un ataque nocturno en un amplio frente, con la infantería —la 5.^a División India— avanzando directamente por la cresta Ruweisat y el valle situado al sur, después de reducir la resistencia mediante un ataque de flanco en dirección norte por parte de la División Neozelandesa. Después, a la luz del día, la nueva 23.^a Brigada Acorazada debía avanzar hasta El Mireir, en el otro extremo del valle, y entonces la 2.^a Brigada Acorazada debía explotar la penetración. Era un plan meticulosamente concebido, pero requería un estudio cuidadoso de los detalles por parte de sus ejecutores, cosa que no ocurrió. Los pasos sucesivos no estuvieron coordinados de manera adecuada en una conferencia de Estado Mayor y los subordinados de Gott no supieron con precisión el papel respectivo de los demás.

El ataque se lanzó durante la noche del 21 de julio y los neozelandeses alcanzaron su objetivo. Sin embargo, surgieron los tanques alemanes y contraatacaron en la oscuridad, provocando la confusión. A la luz del día destrozó la brigada neozelandesa más avanzada, mientras que la 22.^a Acorazada, que debería haber protegido el flanco del avance neozelandés, no apareció en escena. Y es que su comandante, en contraste con los alemanes, había declarado que los tanques no podían moverse en la oscuridad.

Mientras tanto el ataque nocturno de la 5.^a División India no había logrado alcanzar sus objetivos. Lo que es peor, no consiguió despejar el camino entre los campos de minas para el posterior avance de la 23.^a Brigada Acorazada. Cuando se lanzó al ataque a los regimientos de tanques reales 40.^º y 46.^º, se encontraron con los indios en retirada, pero no lograron información clara sobre si se habían despejado las minas en su camino. Así que, con el mayor valor, avanzaron y llevaron a cabo lo que los neozelandeses, con admiración, pero también acertadamente, llamaron «una verdadera carga de Balaclava».^[4] Pronto averiguaron que el campo de minas no había sido despejado y que habían cargado contra una triple trampa, encontrándose bajo el fuego intenso de los tanques y cañones antitanque alemanes mientras desembocaban en el campo de minas y quedaban atrapados allí. Solo regresaron once tanques. El único aspecto positivo de este ataque nefasto fue que esos dos nuevos regimientos de tanques reales ayudaron a restablecer la confianza de la infantería, especialmente de la neozelandesa, en el sentido de que no serían abandonados por la excesiva cautela de sus propias fuerzas acorazadas. El otro regimiento de la brigada había mostrado un empuje similar en el ataque en el norte. Sin embargo, el precio que pagaron fue alto: en conjunto se perdieron ciento dieciocho tanques ese día, en comparación con tres por parte alemana. Aun así, la fuerza blindada británica seguía siendo diez veces superior a la de Rommel. Pero el error del ataque inicial tuvo tal efecto atenuante que no se hicieron esfuerzos adicionales para reanudar el ataque y explotar la superioridad aplastante de las fuerzas británicas.

Después de un lapso de cuatro días, para reorganizar y reagruparse, se hizo otro intento de penetrar el frente de Rommel mediante un ataque en el norte. Comenzó bien, con la captura por parte de los australianos de la cresta Miteiriya durante la noche. La 50.^a División, al sur de la anterior, también tuvo un buen inicio. Pese a todo, el comandante de la 1.^a División Acorazada, que debía ir detrás y pasar por allí, no estaba satisfecho con el ancho del terreno despejado en el campo de minas. Su demora arruinó las posibilidades del ataque en su conjunto. Era media mañana cuando los primeros tanques

comenzaron a moverse por el campo de minas y fueron acorralados por los tanques alemanes que habían llegado a la carrera en dirección norte. La infantería del extremo más alejado del campo de minas fue aislada y, después, fragmentada por un contraataque. Mientras tanto los australianos también habían sido ahuyentados de la cresta y parte de ellos atrapados en la misma trampa.

Auchinleck decidió a regañadientes suspender el ataque. Muchas de sus tropas mostraban signos de agotamiento después de un combate prolongado y una creciente tendencia a rendirse si se encontraban aislados. También estaba claro que la defensa tenía la ventaja en un frente tan restringido y que esa ventaja crecería con los refuerzos que, por fin, estaba recibiendo Rommel. A principios de agosto su fuerza blindada aumentó más de cincuenta veces respecto al 22 de julio.

Aunque la batalla acabó siendo una decepción para los británicos, su situación era mucho mejor que cuando había comenzado. La frase final del relato de la batalla por parte de Rommel refleja el veredicto último: «Aunque las pérdidas británicas en este combate de El Alamein han sido superiores que las nuestras, el precio que ha pagado Auchinleck no ha sido excesivo, ya que lo que le importaba era detener nuestro avance y eso, desgraciadamente, lo ha conseguido». [5]

Aunque el 8.º Ejército había sufrido más de trece mil bajas durante la batalla de julio en El Alamein, había hecho siete mil prisioneros, incluyendo más de mil alemanes. El precio podría haber sido menor, y los logros mucho mayores, si la ejecución de los planes hubiera sido más enérgica y eficiente. Sin embargo, incluso tal y como fue, la diferencia en el total de las pérdidas de ambos bandos no fue grande, y Rommel podía permitirse mucho menos las pérdidas. Casi con seguridad su frustración iba a resultar fatal a la vista del flujo de refuerzos británicos que estaban llegando para entonces a Egipto.

Su propio relato deja claro lo peligrosamente cerca de la derrota que había estado a mediados de julio. Fue aún más claro, en propia confesión, en una carta a su mujer del día 18: «Ayer fue un día especialmente difícil y crítico. Nos repusimos una vez más. Pero esto no puede seguir así por mucho tiempo o el frente se quebrará. Militarmente es el período más difícil que he experimentado nunca. Por supuesto que hay ayuda en camino, pero la cuestión es si viviremos para verla». [6] Cuatro días después, con reservas aún menores, sus tropas tuvieron que enfrentarse a un golpe aún más duro, y tuvieron suerte de sobrevivir a él.

El relato posterior de la batalla de Rommel rinde un gran reconocimiento al comandante en jefe británico: «El general Auchinleck que... había tomado el mando en El Alamein, estaba manejando sus fuerzas con habilidad muy considerable... Parecía ver la situación con decidido aplomo, ya que no se dejaba agobiar para aceptar una solución “de segunda clase”, fueran cuales fueran nuestros movimientos». Esto iba a ser especialmente evidente en lo que siguió.^[7]

Sin embargo, cada una de las sucesivas soluciones «de primera clase» diseñadas por Auchinleck (con ayuda de la fértil mente de su jefe de Estado Mayor, Dorman-Smith) salió mal en los compartimentos de tercera del tren de los ejecutores. Sus pasillos también se vieron bloqueados. Una causa importante de ello fue la presencia de una mezcla de contingentes de diferentes países de la Commonwealth británica en tales condiciones difíciles y el modo en que los comandantes se distraían con preguntas anhelantes y precauciones de sus respectivos Gobiernos. Aunque esa ansiedad era muy natural tras la infeliz experiencia de los últimos meses, multiplicaba los habituales roces de la guerra.

También era natural que la decepción dominante al finalizar la batalla de julio hubiera renovado la impresión de mal liderazgo que había dejado el desastre de junio y que produjera un sentimiento impulsivo de que se necesitaban cambios drásticos en el Alto Mando. Como siempre las críticas se centraban en la parte alta de la escalera, en lugar de allí donde se habían producido las equivocaciones, en la parte baja. Esto estaba más justificado por la necesidad de recuperar la confianza de las tropas, que habían vuelto a agitarse por el fracaso de la contraofensiva de Auchinleck. En tales condiciones un cambio de comandante era el mejor modo de proporcionar un bálsamo y podía ser esencial como estimulante, aunque fuera injusto para el comandante sustituido.

Churchill decidió volar a Egipto para evaluar la situación y llegó a El Cairo el 4 de agosto: el fatídico aniversario de la entrada de Gran Bretaña en la Primera Guerra Mundial. Aunque Auchinleck había «contenido el flujo adverso», tal y como reconoció y dijo Churchill, no estaba tan claro que el flujo hubiera cambiado de sentido, como puede parecer retrospectivamente. Rommel seguía estando a poco menos de cien kilómetros de Alejandría y del delta del Nilo, inquietantemente cerca. Churchill ya pensaba en realizar un cambio en el mando y su inclinación se volvió decisión tras comprobar que Auchinleck se resistía firmemente a sus presiones para una pronta reanudación de la ofensiva e insistía en que debía posponerse hasta

septiembre para dar tiempo a que los refuerzos se aclimatasesen y pudieran entrenarse en las condiciones del desierto.

Su decisión también se vio influida y reforzada por las conversaciones con el mariscal Smuts, primer ministro de Sudáfrica, que había volado a Egipto a petición suya. La primera idea de Churchill era ofrecer el mando al muy capaz jefe del Estado Mayor Imperial, el general sir Alan Brooke, pero este, tanto por motivos de delicadeza como políticos, no quería abandonar la Oficina de Guerra y ocupar el puesto de Auchinleck. Tras nuevas discusiones Churchill telegrafió a los otros miembros del Gabinete de Guerra en Londres proponiendo nombrar a Alexander comandante en jefe, y dar a Gott el mando del 8.º Ejército, una sorprendente decisión a la luz de su valiente pero torpe desempeño como comandante de cuerpo de ejército en las recientes batallas. Sin embargo, Gott se mató en un accidente aéreo al día siguiente de camino a El Cairo. Por fortuna Montgomery fue llevado desde Inglaterra para cubrir la vacante. También fueron enviados dos nuevos comandantes de cuerpo: los tenientes generales sir Oliver Leese para hacerse cargo del XXX Cuerpo y Brian Horrocks para cubrir la vacante del XIII.

Un resultado irónico de estos cambios fue que la reanudación de la ofensiva británica se pospuso a una fecha muy posterior a la que había propuesto Auchinleck. El impaciente primer ministro tuvo que aceptar la firme determinación de Montgomery de esperar hasta que se completaran los preparativos e instrucción. Esto suponía dejar la iniciativa a Rommel y darle otra oportunidad de alcanzar la victoria en lo que se llamaría la «batalla de Alam Halfa», aunque en realidad solo le dio «suficiente cuerda para ahorcarse».

* * *

Durante el mes de agosto solamente llegaron dos nuevas formaciones para reforzar a Rommel: una brigada paracaidista alemana y una división, también paracaidista, italiana. Ambas llegaron «desmontadas», para ser utilizadas como infantería. No obstante, las pérdidas en las divisiones que ya estaban involucradas fueron compensadas en gran medida por nuevos reclutas y suministros. Aunque llegaron muchos más recursos para las divisiones italianas que para las alemanas. En vísperas del ataque, que Rommel había previsto lanzar a finales de agosto, tenía unos doscientos tanques con cañones en las dos divisiones *panzer* y doscientos cuarenta en las dos divisiones acorazadas italianas. Mientras que los tanques italianos seguían siendo viejos, más obsoletos que nunca, los Panzer III alemanes incluían setenta y cuatro

unidades con el cañón largo de 50 mm y veintisiete Panzer IV con el cañón de 75 mm. Se trataba de una ganancia cualitativa importante.

En cambio, la fuerza blindada británica en el frente se había elevado hasta un total de más de setecientos (de los cuales unos ciento sesenta eran Grant). Al final solo se utilizaron unos quinientos en la batalla de blindados, que en esta ocasión fue breve.

El frente fortificado seguía defendido por las mismas cuatro divisiones de infantería, como en julio, con sus efectivos reconstruidos. La 7.^a División Acorazada (ligera) seguía allí, mientras que la 1.^a División Acorazada se había retirado para reequiparse y fue sustituida por la 10.^a —mandada por el general de división A. H. Gatehouse—, que comprendía dos brigadas acorazadas, la XXII y la recién llegada VIII, mientras que la reequipada XXIII también fue puesta bajo su mando cuando comenzó la batalla. Una división de infantería recién llegada también fue llevada al frente para defender la posición de retaguardia en la cresta de Alam Halfa.

No se hicieron cambios radicales en la defensa, que había sido diseñada por Dorman-Smith y aprobada por Auchinleck cuando seguía al mando. Después de la victoria en la batalla se informó ampliamente de que el plan se había reestructurado por completo tras el cambio de mandos. Hay que subrayar que Alexander, en su informe oficial, narró los hechos con una honestidad que destroza estas versiones y afirmaciones. Decía que cuando tomó el mando de manos de Auchinleck:

El plan era mantener tan firme como fuera posible la zona entre el mar y la cresta Ruweisat y amenazar desde el flanco cualquier avance enemigo al sur de la cresta desde una posición preparada y fuertemente defendida en la cresta de Alam el Halfa. El general Montgomery, que ahora estaba al mando del 8.^º Ejército, en principio aceptó este plan con mi acuerdo, y esperaba que el enemigo nos diera el tiempo suficiente para que él fuera capaz de mejorar nuestras posiciones reforzando los flancos izquierdo o sur.^[8]

La posición de Alam Halfa fue reforzada antes del ataque de Rommel, pero su defensa no se puso a prueba seriamente, ya que el desenlace de la batalla se decidió por el bien pensado posicionamiento de los blindados y por su acción defensiva muy efectiva.

Los sectores norte y central del frente estaban tan fortificados que el tramo sur, de veinticuatro kilómetros, entre la posición neozelandesa en la cresta de Alam Nayil y la depresión de Qattara, era la única parte del frente en

la que una rápida penetración podía llegar a tener éxito. De ese modo, Rommel estaba obligado a seguir esa línea de avance en su intento de penetrar el frente. Esto era obvio y era lo que pretendía lograr el plan de defensa desarrollado por Auchinleck.

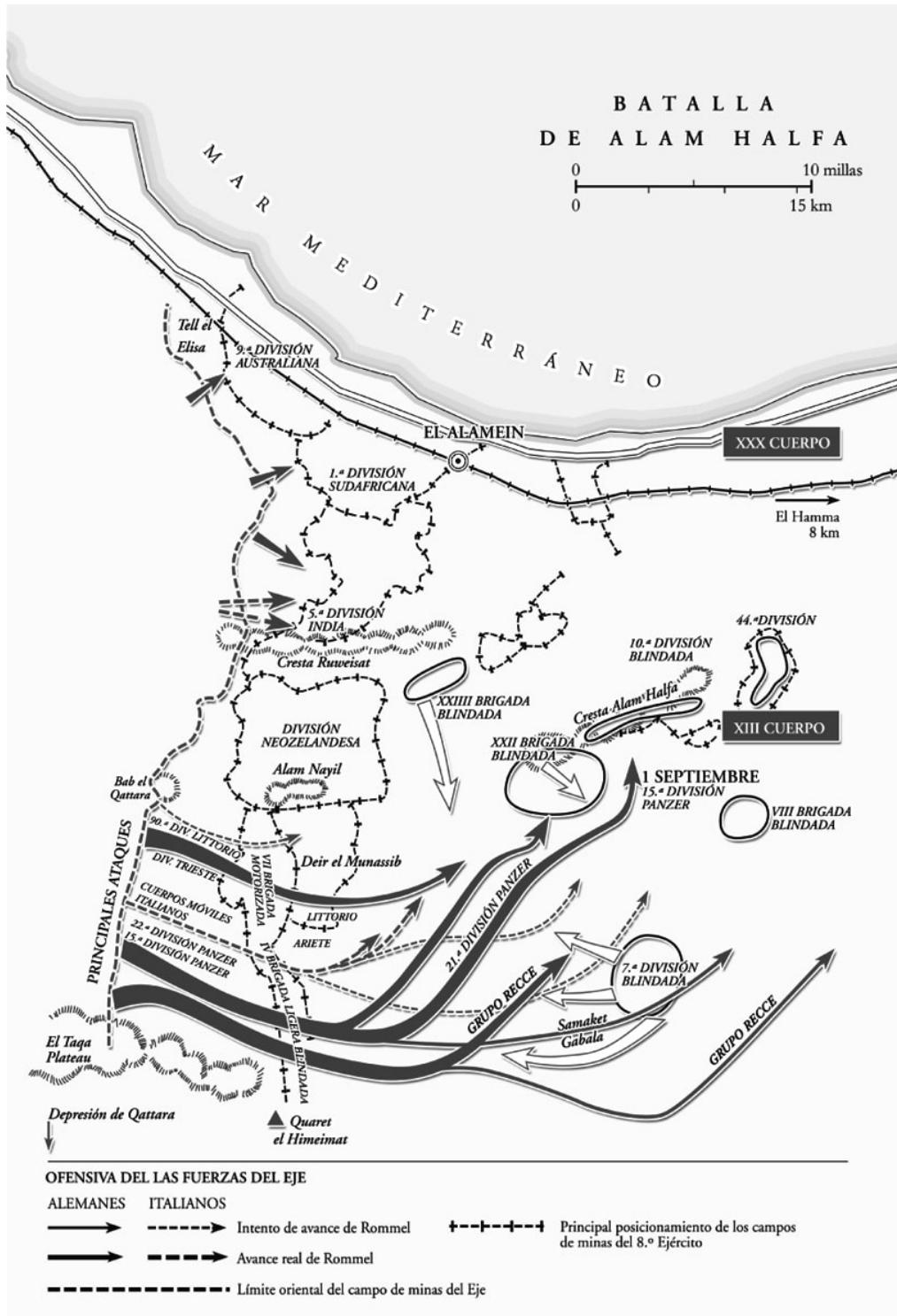
Dado que la sorpresa al elegir el punto de ataque era imposible, Rommel dependía de lograr el factor sorpresa en el tiempo y la velocidad. Esperaba que si lograba abrirse camino rápidamente en el sector meridional y situarse a horcajadas de las comunicaciones del 8.º Ejército, conseguiría desequilibrarlo y desarticular su dispositivo defensivo. Su plan era capturar el cinturón de minas mediante un ataque nocturno, tras lo cual el Afrika Korps, con parte del Cuerpo Móvil italiano, avanzaría en dirección este durante unos cincuenta kilómetros antes de que amaneciera, y después giraría en dirección norte hacia la costa, con el objetivo de la zona de suministros del 8.º Ejército. Rommel esperaba que esta amenaza atraería a los blindados británicos a una persecución, proporcionándole la oportunidad de atraparlos y destruirlos. Mientras tanto la 90.ª División Ligera y el resto del Cuerpo Móvil italiano debían crear un pasillo protector lo suficientemente fuerte como para resistir los contraataques desde el norte hasta que hubiera podido ganar la batalla de blindados en la retaguardia británica. En sus propias palabras decía que «ponía especial confianza en la lenta reacción del mando británico, ya que la experiencia nos ha mostrado que siempre les costaba algún tiempo tomar decisiones y hacerlas efectivas».

Sin embargo, cuando los alemanes lanzaron el ataque, en la noche del 30 de agosto, descubrieron que el cinturón de minas era mucho más profundo de lo esperado. Al amanecer, la vanguardia de Rommel solo estaba trece kilómetros por delante y el grueso del Afrika Korps no fue capaz de iniciar su avance hacia el este hasta cerca de las 10:00. Para entonces la concentración de vehículos estaba siendo duramente bombardeada por la fuerza aérea británica. El comandante de cuerpo, el general Walter Nehring, fue herido en los primeros momentos y, durante el resto de la batalla, el Afrika Korps fue mandado por su jefe de Estado Mayor, el teniente general Fritz Bayerlein.

Cuando quedó claro que se había desvanecido cualquier efecto sorpresa, y que el ritmo de avance estaba muy retrasado respecto a las previsiones, Rommel pensó en suspender el ataque. No obstante, tras discutirlo con Bayerlein, y siguiendo su natural inclinación, decidió continuar, aunque con propósitos diferentes y objetivos más limitados. Dado que era obvio que los blindados británicos habían tenido tiempo para ocupar sus posiciones de batalla y, por tanto, podían amenazar el flanco de un avance muy extenso, se

sintió obligado a realizar «un giro al norte antes de lo previsto». En consecuencia, ordenó que el Afrika Korps se dirigiera de inmediato a la cota 132, el punto dominante de la cresta de Alam Halfa. Este cambio de dirección le condujo a la zona en que estaba apostada la XXII Brigada Acorazada, y también hacia un espacio de arena blanda que limitaba las maniobras. La línea de avance original estaba lejos de esta zona «pegajosa».

Las posiciones de batalla de la VIII Brigada Acorazada estaban a unos dieciséis kilómetros de distancia, hacia el sudeste, de las de la XXII. Se situaban de manera directa para detener un movimiento de rodeo en lugar de confiar en la detención indirecta y en la amenaza de una posición de flanqueo. Al aceptar el riesgo de situar las brigadas tan alejadas entre sí, Montgomery podía confiar en el hecho de que cada una de ellas tenía tantos blindados como todo el Afrika Korps y, por tanto, debía ser capaz de aguantar hasta que la otra brigada llegara en su apoyo.



Sin embargo, la VIII no llegó a la posición que tenía asignada hasta las 04:30. Tuvo suerte de que el enemigo estuviera tan retrasado, ya que bajo el plan original de Rommel el Afrika Korps debía dirigirse a esa misma zona y

llegar a ella antes del amanecer. Un choque en la oscuridad, o un ataque durante la mañana, antes de que la VIII estuviera firmemente asentada, podría haber producido una situación difícil, en especial para aquellos soldados que entraban en acción por primera vez.

Como resultado de que Rommel hubiera tenido que girar al norte antes de lo previsto, el ataque desembocó directamente en la XXII Brigada Acorazada y solo en ella, pero no fue hasta el final del día. Los continuos ataques aéreos y la llegada tardía de los convoyes de combustible y munición retrasaron tanto el avance que el Afrika Korps no comenzó la marcha hacia el norte, incluso en la versión acortada, hasta la tarde. Al acercarse a Alam Halfa, y la batalla de posición de las XXII Brigada Acorazada, las columnas de *panzer* se encontraron bajo un diluvio de fuego desde los bien posicionados tanques y, después, desde la artillería de apoyo de este grupo de brigada interarmas bien dirigido por su nuevo y joven comandante, Pip Roberts. Los repetidos avances e intentos locales de movimientos de flanqueo fueron detenidos hasta que el ocaso acabó con los combates, ofreciendo un bien ganado descanso a los defensores y un abatimiento generalizado entre los atacantes.

Con todo, el motivo de que el ataque se malograra no se debió solamente a estas acciones defensivas, ya que el combustible escaseaba tanto en el Afrika Korps que a media tarde Rommel anuló sus órdenes para capturar a toda costa la cota 132.

Incluso con la llegada del día, el 1 de septiembre, seguía habiendo tal carestía de combustible que Rommel se vio obligado a abandonar la idea de realizar cualquier operación de calado esa jornada. Lo más que pudo intentar fue un ataque local y limitado con una división, la 15.^a Panzer, para capturar la cresta de Alam Halfa. El Afrika Korps estaba en una situación muy complicada, sufriendo pérdidas crecientes, ya que el martilleo que había padecido durante la noche de los bombarderos británicos y de la artillería del XIII Cuerpo de Horrocks continuó durante el día. Los ataques menguantes de los blindados alemanes fueron detenidos sucesivamente por una defensa reforzada, ya que a primera hora de esa misma mañana Montgomery, que ahora estaba seguro de que el enemigo no avanzaría por el este hacia su retaguardia, había ordenado que las otras dos brigadas acorazadas se concentraran junto a la de Roberts.

Por la tarde Montgomery «ordenó organizar un contraataque que nos diera la iniciativa». La idea era colocar un tapón en el cuello de la botella en la que se habían metido los alemanes mediante un ataque hacia el sur desde la posición neozelandesa. También hizo preparativos que llegarían al cuartel

general del X Cuerpo «para mandar una fuerza perseguidora», que debía «estar preparada para avanzar hasta Daba con todas las reservas disponibles».

El Panzerarmee ya solo tenía una jornada de carburante, una cantidad que solo permitía a sus unidades movimientos de unos cien kilómetros. Así, tras la segunda noche de bombardeo casi continuo. Rommel había decidido interrumpir la ofensiva y realizar una retirada gradual.

Durante el día, se vio cómo los alemanes situados frente a Alam Halfa se dispersaban y comenzaban a desplazarse hacia el oeste. Sin embargo, las peticiones para seguirlos fueron rechazadas, puesto que la política de Montgomery era evitar el riesgo de que sus blindados fueran atraídos a alguna de las trampas de Rommel, tal y como había ocurrido tan a menudo anteriormente. Al mismo tiempo Montgomery dio órdenes para que durante la noche siguiente, del 3 al 4 de septiembre, comenzara el ataque hacia el sur por parte de los neozelandeses, reforzados con otras tropas.

No obstante, el 3 de septiembre las fuerzas de Rommel iniciaron una retirada general, solo seguida por algunas patrullas. El ataque de «embotellamiento» fue lanzado esa noche contra el flanco de retaguardia enemigo, defendido por las divisiones 90.^a Ligera y Trieste. El ataque se volvió muy confuso, hubo muchas bajas y fue suspendido.

Durante los siguientes dos días, el 4 y 5 de septiembre, el Afrika Korps continuó su retirada gradual y no se hicieron más intentos de cortarles el camino, sino que solo fue seguido, de manera muy cautelosa, por pequeños destacamentos avanzados. El día 6 los alemanes se detuvieron en una línea de terreno elevado a unos diez kilómetros al este de su frente original y, obviamente, estaban tratando de crear una línea defensiva fuerte en ese punto. Al día siguiente Montgomery decidió, con la aprobación de Alexander, interrumpir la batalla. Así pues, Rommel se quedó con esa ganancia territorial limitada en el sur. Se trataba de un pequeño consuelo por las pérdidas sufridas y una frustración definitiva de sus objetivos originales.

Para los hombres del 8.^º Ejército el hecho de ver al enemigo retirarse, aunque solo fuera unos pocos pasos, compensaba con creces la decepción de no haber cortado su retirada. Era una clara señal de que la marea había cambiado. Montgomery ya había creado un nuevo espíritu de confianza en las tropas y se confirmó que estas confiaban en él.

Sin embargo, la cuestión sigue siendo si se había perdido una gran oportunidad de destruir la capacidad de resistencia enemiga mientras el Afrika Korps estaba «embotellado». Eso hubiera evitado todos los problemas posteriores y el alto coste de atacarlo en sus posiciones bien preparadas. No

obstante, tal y como se produjo, la batalla de Alam Halfa fue un gran éxito para los británicos. Cuando terminó, Rommel había perdido la iniciativa definitivamente y, a la vista del aumento del flujo de refuerzos para los británicos, la siguiente batalla sería para Rommel una «batalla sin esperanza», tal y como la llamó acertadamente.

A la luz del conocimiento de posguerra de las respectivas fuerzas y recursos, puede verse que la derrota final de Rommel fue posible desde el momento en que su avance en Egipto se rechazó originalmente, en la primera batalla de El Alamein (en julio), y, por tanto, debe considerarse el verdadero punto de inflexión. Sin embargo, seguía pareciendo una gran amenaza cuando lanzó su ataque renovado y reforzado a finales de agosto, cuando las fuerzas de ambos bandos estuvieron más cerca de un punto de equilibrio que en ningún otro momento anterior o posterior. Seguía teniendo una posibilidad de victoria y la hubiera logrado si sus oponentes hubieran flaqueado o titubeado tal y como habían hecho en varias ocasiones previas en que su ventaja parecía más segura. Al final la oportunidad se desvaneció sin posibilidad de recuperación. La importancia crucial de «Alam Halfa» queda simbolizada en el hecho de que, aunque se combatió en la misma zona que en las otras batallas de El Alamein, se le concedió un nombre propio.

También tácticamente esta batalla tiene un interés especial, ya que no solo venció el bando defensivo, sino que fue decidida por la pura defensa, sin ninguna contraofensiva. Así, ofrece un contraste con la mayoría de las batallas que representaron un punto de inflexión en la Segunda Guerra Mundial y en guerras anteriores. Aunque la decisión de Montgomery de abstenerse de continuar su éxito defensivo con una ofensiva impidió la posibilidad de atrapar y destruir las fuerzas de Rommel —una muy buena oportunidad momentánea— no altera en nada el carácter decisivo de la batalla como punto de inflexión de la campaña. A partir de ese momento las tropas británicas tuvieron una seguridad en el éxito final que elevó su moral, mientras que los oponentes actuaban sin esperanza, sintiendo que con independencia de sus esfuerzos y sacrificios lo más que podían conseguir era una demora temporal del final.

También hay mucho que aprender de su técnica táctica. El posicionamiento de las fuerzas británicas, así como la elección del terreno tuvieron una gran influencia en el resultado. También lo tuvo la flexibilidad del dispositivo. Lo más importante fue la bien calibrada combinación de la aviación y las fuerzas terrestres. Su efectividad se vio facilitada por el carácter defensivo de la batalla, con las fuerzas terrestres defendiendo el anillo

mientras las fuerzas aéreas bombardeaban constantemente el escenario convertido en una trampa en la que habían caído las tropas de Rommel. Con este patrón la aviación podía operar libre y con eficacia, ya que sabía que todas las tropas dentro del anillo eran «enemigas» y, por tanto, objetivos. Esto contrasta con la forma en que las intervenciones aéreas se ven entorpecidas en un tipo de batalla más fluida.

* * *

Transcurrieron siete semanas antes de que los británicos lanzasen su ofensiva. Un impaciente primer ministro estaba irritado por la demora, pero Montgomery estaba decidido a esperar hasta completar sus preparativos y estar razonablemente seguro de su éxito. Y Alexander le apoyaba. Así pues, Churchill, cuya posición política estaba muy debilitada tras una serie de desastres británicos desde principios de año, tuvo que ceder ante sus argumentos para demorar el ataque hasta finales de octubre.

La fecha exacta del día D se vio determinada por las fases de la luna, ya que estaba previsto que la ofensiva comenzara con un ataque nocturno (para obstaculizar el fuego defensivo enemigo), por lo que se necesitaba suficiente luz de luna para abrir hueco en los campos de minas. El ataque inicial se fijó para la noche del 23 de octubre. La luna llena era el 24.

Un factor clave del deseo de Churchill para realizar un ataque anterior era el gran proyecto de un desembarco conjunto estadounidense y británico en el África del norte francesa, bautizado como operación Torch [«antorchas»], cuyo inicio estaba previsto para principios de noviembre. Una victoria decisiva contra Rommel en El Alamein animaría a los franceses a un buen recibimiento de los portadores de la antorcha de la liberación de la dominación del Eje. También ayudaría a desanimar al general Franco de recibir la llegada de tropas alemanas a España y el Marruecos español, una contramaniobra que podía interferir y hacer peligrar los desembarcos aliados.

Sin embargo, Alexander consideraba que si su ataque, operación Lightfoot, se iniciaba quince días antes de Torch, ese intervalo «sería suficiente para destruir gran parte del ejército del Eje frente a nosotros, aunque, por otro lado, sería demasiado breve como para que el enemigo reforzara África en una medida significativa». En cualquier caso, pensaba que era esencial asegurarse el éxito en su extremo del norte de África si los desembarcos en el otro extremo tenían un buen resultado. «El factor decisivo era que estaba seguro de que atacar antes de estar listo suponía arriesgarse a fracasar e incluso a cortejar el desastre». Prevalecieron estos argumentos y

aunque la fecha que proponía ahora era casi un mes después de lo que Churchill había sugerido previamente a Auchinleck, aceptó el retraso hasta el 23 de octubre.

Para entonces la superioridad británica, tanto cuantitativa como cualitativa, era mayor que en ningún momento anterior. Según el cálculo tradicional por «divisiones», ambos bandos parecían estar igualados, ya que cada uno tenía doce «divisiones», de las cuales cuatro eran acorazadas. No obstante, en cuestión de número de hombres el equilibrio era muy diferente: el 8.º Ejército contaba con 230 000 hombres mientras que Rommel tenía menos de 80 000, de los cuales solo 27 000 eran alemanes. Además, el 8.º Ejército tenía siete brigadas acorazadas y un total de veintitrés regimientos acorazados, comparados con el total de Rommel de cuatro batallones de tanques alemanes y siete italianos. La comparación en número de tanques era aún más llamativa. Cuando comenzó la batalla el 8.º Ejército tenía un total de 1440 tanques provistos de cañones, de los cuales 1229 estaban listos para entrar en acción. En caso de una batalla prolongada podía disponer de algunos de los mil carros adicionales situados en depósitos y talleres en Egipto. Por su parte Rommel solo tenía 260 tanques alemanes (de los cuales 20 estaban siendo reparados y 3 eran Panzer II ligeros) y 280 italianos (todos ellos arcaicos). Solamente los 210 tanques medios alemanes dotados de cañones podían ser utilizados en una batalla de blindados, por lo que, en términos reales, los británicos comenzaban con una superioridad de 6 a 1, además de una capacidad muy superior de compensar sus pérdidas.

En cuanto a capacidad de combate, en acciones tanque contra tanque, la ventaja británica era todavía mayor, ya que los Grant se habían reforzado con los Sherman, aún más modernos y superiores, que llegaban de Estados Unidos en grandes cantidades. Cuando comenzó la batalla el 8.º Ejército tenía más de quinientos Sherman y Grant, y más en camino, mientras que Rommel solo tenía treinta —cuatro más que en Alam Halfa— de los nuevos Panzer IV (con los cañones de gran velocidad y de 75 mm) que podían rivalizar con los nuevos tanques estadounidenses. Además, Rommel había perdido su ventaja inicial en cañones antitanque. El número de sus piezas de 88 mm había alcanzado ochenta y seis unidades y aunque fueron complementados por la llegada de sesenta y ocho 76 mm capturados a los rusos, el cañón antitanque estándar alemán de 50 mm no podía penetrar el blindaje de los Sherman y Grant, o de los Valentine, a menos que se produjera a escasa distancia. Esta desventaja era aún más grave, ya que los nuevos tanques estadounidenses

contaban con proyectiles con gran capacidad explosiva que les permitía destruir cañones antitanque a larga distancia.

En el aire los británicos también tenían una superioridad mayor que en cualquier otro momento. Sir Arthur Tedder, comandante en jefe de las fuerzas aéreas en Oriente Medio tenía a su disposición noventa y seis escuadrones operativos, incluyendo trece estadounidenses, otros tantos sudafricanos y uno de Rhodesia, cinco australianos, dos griegos, uno francés y otro yugoslavo. Suponían más de mil quinientos aviones de primera línea. Del total, mil doscientos con base en Egipto y Palestina estaban listos para ayudar en el ataque del 8.º Ejército, mientras que la suma de los alemanes y los italianos era de unos trescientos cincuenta en África para apoyo del Panzerarmee. Esta superioridad aérea era muy valiosa para hostigar los movimientos alemanes y el suministro de sus divisiones, así como para proteger el flujo de suministros del 8.º Ejército de un ataque similar. En el resultado de la batalla fue mucho más importante la acción indirecta y estratégica de la fuerza aérea, junto a los submarinos de la Marina británica, para estrangular las arterias marítimas de suministro del Afrika Korps. Durante el mes de septiembre casi un tercio de los suministros enviados fueron hundidos al cruzar el Mediterráneo, mientras que muchos buques fueron obligados a dar media vuelta. En octubre la interrupción de suministros fue aún mayor: menos de la mitad de lo enviado llegó a África. La munición de artillería escaseaba tanto que poco podían hacer para contrarrestar los bombardeos británicos. La mayor pérdida era el hundimiento de los petroleros: ninguno llegó a África durante las semanas inmediatamente anteriores a la ofensiva británica, por lo que cuando comenzó la batalla el Afrika Korps solo tenía en reserva tres «repartos» de suministro, en lugar de los treinta que se consideraban el mínimo. Esta grave escasez limitaba en todos los sentidos las maniobras. Obligaba a fragmentar la distribución de las fuerzas móviles, impedía su rápida concentración en los puntos de ataque y las inmovilizaba cada vez más conforme continuaba el combate.

La pérdida de suministros alimentarios también fue un factor importante en la propagación de enfermedades entre las tropas. Se multiplicó por las malas condiciones higiénicas en las trincheras, especialmente las de los italianos. Incluso durante la batalla de julio a menudo los británicos habían tenido que evacuar las trincheras italianas capturadas debido a la suciedad y el mal olor. Esto provocó que fueran sorprendidos al descubierto, en varias ocasiones, por los blindados alemanes antes de poder escavar nuevas trincheras. Sin embargo, el desprecio de la higiene tuvo un efecto bumerán, al

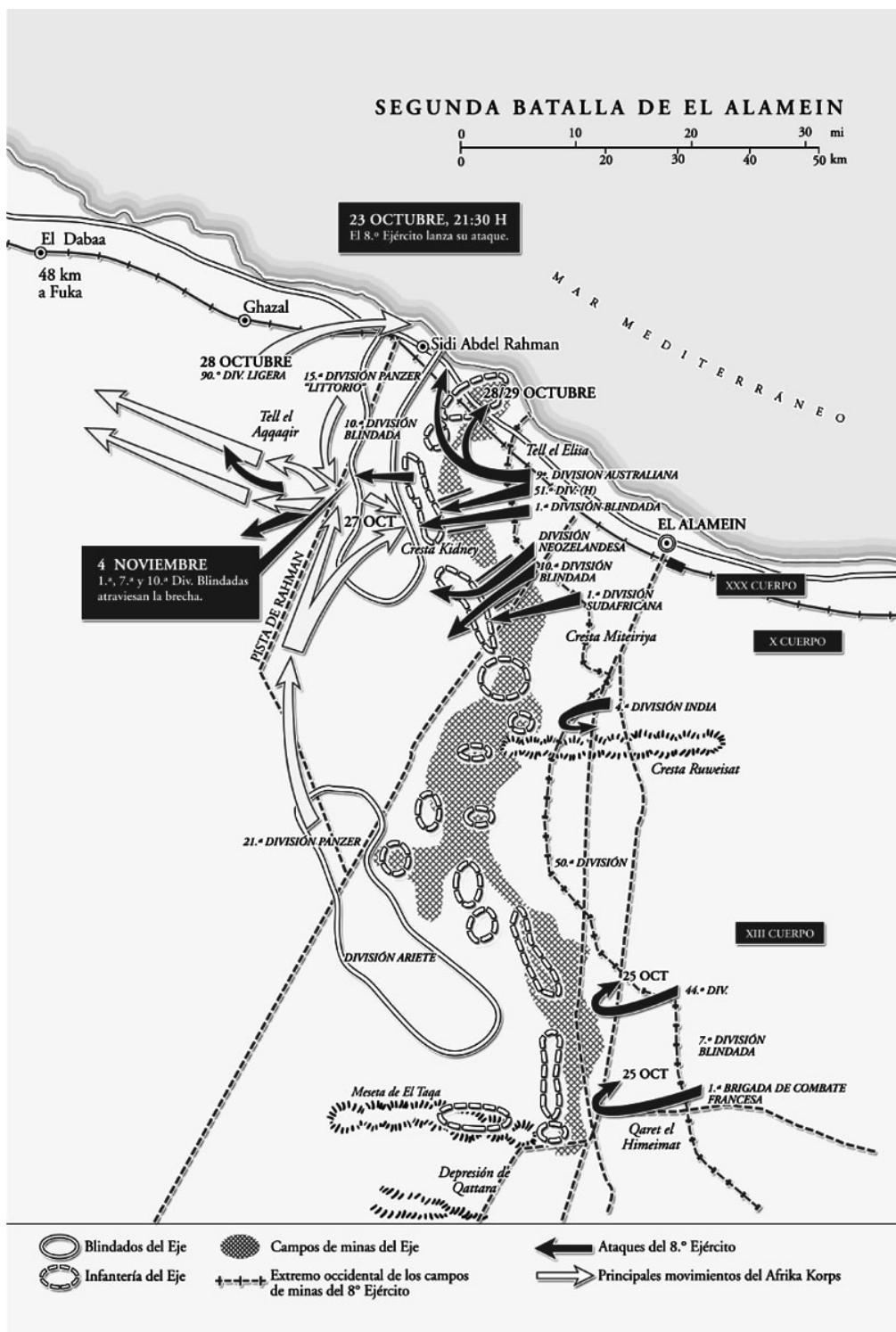
propagar la disentería y la ictericia infecciosa, no solo entre los italianos sino también entre sus aliados alemanes, y entre las víctimas estaban algunos de los oficiales principales del Panzerarmee.

La «baja por enfermedad» más importante fue el propio Rommel. Tuvo que quedarse en cama en agosto, antes del ataque de Alam Halfa. Se recuperó lo suficiente como para ejercer el mando durante esa batalla, pero posteriormente prevaleció la presión médica y, en septiembre tuvo que volver a Europa para recibir tratamiento y descansar. Fue sustituido temporalmente por el general Stumme y, en el mando vacante del Afrika Korps, por el general Von Thoma, ambos procedentes del frente ruso. La ausencia de Rommel y la inexperiencia de aquellos en terreno desértico fue una desventaja adicional para la planificación y preparativos de las medidas para enfrentarse a la inminente ofensiva británica. El día después de su inicio Stumme llegó al frente, se encontró con un fuego intenso, se cayó del coche y murió de un ataque al corazón. Esa tarde la convalecencia de Rommel en Austria fue interrumpida abruptamente por una llamada telefónica de Hitler para preguntarle si podía volver a África. Voló allí al día siguiente, el 25 de octubre, y llegó por la tarde cerca de El Alamein para hacerse cargo de una defensa que, para entonces, estaba muy en entredicho y que había perdido casi la mitad de sus mejores tanques en contraataques infructuosos durante ese día.

En origen el plan de Montgomery consistía en golpear simultáneamente a izquierda y derecha con el XXX Cuerpo de Oliver Leese en el norte y el XIII de Brian Horrocks en el sur, y después avanzar con el grueso de sus blindados (concentrados bajo el mando de Herbert Lumsden en el X Cuerpo) para cortar las rutas de suministro enemigas. Sin embargo, ya a principios de octubre llegó a la conclusión de que el plan era demasiado ambicioso «debido al insuficiente nivel de entrenamiento del ejército», modificándolo a otro más limitado. En el nuevo plan, operación Lightfoot, el ataque se concentraría en el norte, cerca de la costa, en la franja de poco más de seis kilómetros entre Tell el Eisa y la escarpadura de Miteiriya. Mientras, el XIII Cuerpo debía llevar a cabo un ataque secundario en el sur, para distraer al enemigo, pero sin presionar, a menos que la defensa se derrumbase. Este plan cautelosamente limitado produjo combates costosos y prolongados, que podrían haberse evitado con el audaz plan original, teniendo en cuenta la inmensa superioridad cuantitativa del 8.º Ejército. La batalla se convirtió en un proceso de desgaste —de movimientos trabajosos en lugar de maniobras— y durante un tiempo la iniciativa pareció estar a punto de fracasar. No obstante, la disparidad de

fuerzas entre ambos bandos era tan grande que incluso una ratio de desgaste muy desigual tenía que beneficiar al objetivo de Montgomery, perseguido con la inquebrantable determinación que caracterizaba todo lo que llevaba a cabo. Dentro de los límites deliberados de su plan, también mostró una habilidad consumada en variar la dirección de sus ataques y desarrollar una presión táctica para desequilibrar a su adversario.

Tras quince minutos de bombardeo huracanado por parte de más de mil cañones, el ataque de la infantería comenzó a las diez en punto de la noche del viernes, 23 de octubre. Fue un inicio exitoso, ayudado por la escasez de obuses por parte enemiga, lo que llevó a Stumme a interrumpir el bombardeo de su artillería sobre las posiciones de reunión británicas. Con todo, la profundidad y densidad de los campos de minas eran un obstáculo mayor y llevó más tiempo de lo previsto despejar el camino, por lo que al amanecer los blindados británicos seguían en los carriles o retenidos justo detrás de ellos. Solo durante la segunda mañana, tras nuevos ataques nocturnos por parte de la infantería, cuatro brigadas acorazadas lograron desplegarse en el extremo más alejado —casi diez kilómetros más allá del frente original— y habían sufrido graves pérdidas en el proceso de atravesar esos pasos tan estrechos. Mientras tanto el ataque secundario del XIII Cuerpo en el sur se había encontrado dificultades similares y fue abandonado el segundo día, el 25.



Sin embargo, la brecha que habían creado los británicos en las defensas del norte parecía tan amenazante que, en un intento de evitar el aumento de la misma, los comandantes alemanes lanzaron sus tanques gradualmente durante

el día. Esta acción respondía a los cálculos de Montgomery y permitía a sus blindados, que ahora estaban situados en buenas posiciones, infligir graves pérdidas a esos contraataques espasmódicos. Durante la tarde a la 15.^a División Panzer solo le quedaba operativo un cuarto de su capacidad de blindados y la 21.^a División Panzer seguía en el sector sur.

Al día siguiente, el 26 de octubre, los británicos reanudaron el ataque, pero su tentativa de avanzar fue frenada y sus tanques pagaron un alto precio por el intento abortado. Las posibilidades de convertir la penetración en un avance se diluyeron y la brecha blindada británica se encontró rodeada por un anillo de cañones antitanque. Ya durante la segunda noche Lumsden y sus comandantes de división habían expresado objeciones al modo en que se utilizaban los blindados para forzar el paso a través de unos pasillos tan estrechos. Se generalizó cada vez más entre oficiales y soldados la sensación de que se estaban utilizando mal, a medida que se multiplicaban las pérdidas en los estrechos ataques frontales.

Aunque conservaba un aire de suprema confianza, Montgomery se dio cuenta inteligentemente de que su ataque inicial había fracasado, que la brecha estaba bloqueada y que debía diseñar un nuevo plan y, mientras tanto, dar descanso a sus principales fuerzas de ataque. Su disposición a variar los objetivos según las circunstancias, en esta y otras ocasiones posteriores, suponía un mejor estímulo para las tropas y una prueba mayor de sus dotes de mando que su costumbre de hablar en retrospectiva como si todo hubiera salido «según el plan». Irónicamente esta costumbre ha tendido a oscurecer y disminuir sus méritos de adaptabilidad y versatilidad.

El nuevo plan fue bautizado como operación Supercharge, un buen nombre para causar buena impresión a sus ejecutores en el sentido de que era decisivamente diferente y conllevaba una mayor promesa de éxito. La 7.^a División Acorazada fue trasladada al norte como refuerzo. Sin embargo, Rommel también aprovechó la oportunidad de reagrupar sus fuerzas durante la calma, y la 21.^a División Panzer ya estaba de camino al norte, seguida por la Ariete. El ataque secundario en el sur por parte del XIII Cuerpo británico no había logrado su objetivo de distraer la atención del enemigo y hacer que retuviera a parte de sus blindados en el sur. El movimiento al norte y la consiguiente concentración de ambos ejércitos en un espacio más reducido fue una ventaja táctica para Rommel. Dejó a los británicos más dependientes del puro poder del esfuerzo y del desgaste. Afortunadamente para ellos su ventaja numérica era tan grande que el desgaste, incluso con graves pérdidas,

estaba destinado a que el resultado les fuera favorable si el proceso de destrucción se aplicaba con una determinación inquebrantable.

La nueva ofensiva de Montgomery comenzó durante la noche del 28 de octubre, con un ataque al norte, hacia la costa, desde la gran brecha abierta en el frente enemigo. La intención de Montgomery era apretar la «bolsa» costera enemiga, y explotar el avance hacia el oeste a lo largo de la carretera de la costa, hacia Daba y Fuka. Sin embargo, el nuevo ataque se vio varado en el campo de minas, y sus posibilidades menguaron con el rápido contraataque de Rommel al trasladar la 90.^a División Ligera a su flanco. Aun así, Rommel se podía sentir afortunado cuando su ataque se detuvo, ya que para entonces sus recursos se estaban agotando. Al Afrika Korps solo le quedaban noventa tanques, mientras que el 8.^º Ejército seguía teniendo más de ochocientos en el terreno. Aunque había perdido casi cuatro tanques por cada uno alemán, su ratio de superioridad se había elevado y ahora era de 11 a 1.

Al escribir a su mujer el día 29 Rommel le decía: «No tengo muchas esperanzas. Por la noche me tumbo con los ojos muy abiertos, incapaz de dormir, por la carga que soporto sobre los hombros. De día estoy agotado. ¿Qué va a pasar si las cosas salen mal aquí? Este es el pensamiento que me atormenta noche y día. No me imagino una salida si ocurre esto».^[9] En esta carta queda muy claro que la presión no solo agotaba a las tropas, sino también a su comandante, que seguía siendo un hombre enfermo. A primera hora de la mañana había pensado ordenar una retirada a la posición de Fuka, a casi cien kilómetros al oeste, pero era reticente a dar ese paso atrás porque significaba sacrificar a gran parte de su infantería no móvil y, por tanto, demoró esa fatídica decisión con la esperanza de que un nuevo freno llevara a Montgomery a suspender su ofensiva. Finalmente, la detención del ataque costero redundó en beneficio de los británicos. Y es que si Rommel se hubiera escabullido en ese momento toda la planificación británica habría descarrilado.

Tan pronto como Montgomery se dio cuenta del fracaso de su ataque costero decidió retomar la línea de ataque original, con la esperanza de aprovecharse del movimiento hacia el norte de las escasas reservas enemigas. Fue una decisión juiciosa y otro ejemplo de su propia flexibilidad. Sin embargo, sus fuerzas no eran tan flexibles y el tiempo consumido en reagruparse impidió lanzar un nuevo ataque hasta el 2 de noviembre.

Esta nueva pausa, posterior a los fracasos repetidos, aumentó el abatimiento y la preocupación en Londres. Churchill sentía una amarga decepción por el lento progreso de la ofensiva, y fue difícil impedirle que

enviara un telegrama mordaz a Alexander. La carga recayó sobre el jefe del Estado Mayor Imperial, sir Alan Brooke, que trató de tranquilizar al gabinete, pero por dentro tenía crecientes dudas y se preguntaba con inquietud si «estaba equivocado y Monty^[10] había sido derrotado». Incluso el propio Montgomery ya no estaba tan confiado como parecía y, en privado, confesaba su inquietud.

El principio del nuevo ataque, en las primeras horas del 2 de noviembre, fue otra vez decepcionante y aumentó la sensación de que habría que suspender la ofensiva. Una vez más los campos de minas provocaron retrasos y la resistencia fue mayor de lo esperado. Al amanecer la brigada acorazada de vanguardia «se encontró ante las bocas de la poderosa pantalla de cañones antitanque en el camino de Rahman, en lugar de más allá, tal y como se había planeado».^[11] En esa posición abarrotada recibió el contraataque de los restos de los tanques de Rommel; durante los combates de la jornada perdió tres cuartos de su fuerza blindada. El resto resistió valientemente, permitiendo a las demás brigadas avanzar por la brecha abierta, aunque, a su vez, fueron detenidos justo pasado el camino de Rahman. Cuando el anochecer terminó con los combates los británicos habían perdido casi otros doscientos tanques por combates o por bajas mecánicas.

Por muy sombría que pareciera la situación tras este nuevo fracaso —especialmente vista desde la distancia— los nubarrones estaban a punto de disiparse. Y es que al acabar el día Rommel se había quedado sin recursos. Es asombroso que la defensa hubiese aguantado tanto. Su núcleo duro eran las dos divisiones *panzer* del Afrika Korps que, incluso al comenzar la batalla, tenían una fuerza de tan solo nueve mil hombres y se habían marchitado en el combate hasta quedarse en poco más de dos mil. Y lo que es peor, el Afrika Korps se había quedado con apenas treinta tanques hábiles, mientras que los británicos seguían teniendo más de seiscientos, por lo que su superioridad sobre los alemanes era por entonces de 20 a 1. En cuanto a los tanques italianos de escaso blindaje, habían sido pulverizados por el fuego británico y muchos de los supervivientes se habían desvanecido del campo de batalla para huir en dirección oeste. Esa noche Rommel tomó la decisión de retirarse a la posición de Fuka en dos etapas. Este proceso ya llevaba tiempo desarrollándose cuando, poco después del mediodía del 3, llegó una orden categórica de Hitler insistiendo en que había que defender la posición de El Alamein a cualquier precio. Así pues, Rommel, que hasta entonces no había sufrido las interferencias de Hitler ni aprendido la necesidad de desobedecer, detuvo la retirada y ordenó el regreso de las columnas.

El cambio de sentido fue fatal para las posibilidades de crear una resistencia efectiva más al oeste, mientras que el intento de hacer lo propio en El Alamein fue inútil. La retirada en dirección oeste había sido detectada y reportada desde el aire a primera hora del día 3 y, como es natural, estimuló a Montgomery a continuar e intensificar sus esfuerzos. Aunque hubo dos intentos fracasados de rodear la pantalla enemiga durante el día, un nuevo ataque de infantería durante esa noche (por parte de la 51.^a División Highland y la 4.^a India), realizado con una inclinación sudoeste, logró penetrar en la unión entre el Afrika Korps y los italianos. Poco después del amanecer del día 4, las tres divisiones acorazadas atravesaron la brecha abierta y se desplegaron, siguiendo órdenes de girar hacia el norte e impedir la línea de retirada enemiga a lo largo de la carretera de la costa. Para este avance recibieron los refuerzos de la División Motorizada Neozelandesa, y de una cuarta brigada acorazada, bajo su mando.

Ahora había una magnífica oportunidad de aislar y destruir todo el ejército de Rommel. La oportunidad era aún mayor dado que el comandante del Afrika Korps, Thoma, fue capturado en la confusión de la mañana y la orden de retirada no se transmitió hasta la tarde, mientras que la autorización tardía de Hitler no llegó hasta el día siguiente. Sin embargo, en cuanto Rommel dio la orden de retirada, las tropas alemanas se movieron muy rápido, amontonadas en aquellos vehículos de motor que les quedaban, mientras que la explotación del ataque sufrió de sus viejos fallos de precaución, dudas, lentitud y maniobras ajustadas.

Tras atravesar la brecha y desplegarse, las tres divisiones acorazadas se dirigieron al norte, a la carretera costera a la altura de Ghazal, a solo dieciséis kilómetros tras el frente quebrado. Este movimiento limitado dio a los restos del Afrika Korps una posibilidad de boquearlos mediante un rápido y corto paso al costado. Tras avanzar unos cuantos kilómetros fueron detenidos por esa fina pantalla y mantenidos varados hasta la tarde, cuando el Panzerarmee comenzó a retirarse siguiendo órdenes. Con la llegada de la noche los británicos se detuvieron cautelosamente. Esto fue muy desafortunado, dado que estaban mucho más allá, y detrás, del grueso de lo que quedaba del Panzerarmee.

Al día siguiente, 5 de noviembre, los movimientos de aislamiento volvieron a ser demasiado reducidos y lentos. Primero se dirigió a las divisiones acorazada 1.^a y 7.^a hacia Daba, a solo dieciséis kilómetros de Ghazal y la vanguardia no llegó a Daba hasta mediodía, para descubrir que el enemigo en retirada se había escabullido ante ellos. La 12.^a División

Acorazada se había dirigido a Galal, a veinticuatro kilómetros más al oeste, donde alcanzaron la retaguardia enemiga, capturando unos cuarenta tanques (la mayoría de ellos italianos que se habían quedado sin gasolina). No se hizo ningún esfuerzo por perseguir a las principales columnas en retirada hasta la tarde, y los blindados británicos se detuvieron para pasar la noche, como de costumbre, tras un corto avance de dieciocho kilómetros, cuando estaban a casi diez kilómetros de su nuevo objetivo, la escarpadura de Fuka.

A la División Neozelandesa y su brigada blindada se les ordenó dirigirse a Fuka tras lograr abrir brecha, pero su avance fue retrasado por seguir a las divisiones acorazadas a través de esa brecha —en parte por un control de tráfico defectuoso— y después perdió aún más tiempo en despejar el camino de italianos. Así, solo estaban a mitad de camino de Fuka cuando se detuvieron a pasar la noche el día 4. Llegaron cerca de su objetivo a mediodía del 5, pero entonces se detuvieron frente a un supuesto campo de minas que, en realidad, era ficticio y puesto allí por los propios británicos para cubrir, en una fase anterior, su propia retirada hacia El Alamein. Se estaba haciendo de noche cuando los neozelandeses lo atravesaron.

Mientras tanto, la 7.^a División Acorazada, tras su precipitado viraje interior en Daba, había sido enviada de regreso al desierto para dirigirse a Baqqush, a veinticuatro kilómetros más allá de Fuka. Pero se retrasó al cruzarse con los últimos elementos neozelandeses, así como el supuesto campo de minas, además de detenerse para pasar noche.

A la mañana siguiente estas tres divisiones perseguidoras se concentraron alrededor de Fuka y Baqqush, pero el enemigo en retirada se había escabullido en dirección oeste. Lo único que consiguieron capturar fueron unos pocos cientos de rezagados y unos cuantos tanques sin combustible.

Ahora, la principal esperanza de capturar las columnas de Rommel dependía de la 1.^a División Acorazada, que, después de que se les escaparan en Daba, tenían órdenes de realizar un arco mayor en el desierto y cortar la carretera de la costa al oeste de Mersa Matruh. No obstante, su avance se detuvo dos veces por falta de combustible, la segunda ocasión a pocos kilómetros de la carretera de la costa. Esto era exasperante para su comandante, ya que él y otros habían instado a que al menos una de las divisiones acorazadas estuviera preparada para una larga persecución, hasta Sollum, sustituyendo parte de la munición en el transporte por más combustible.

Por la tarde del 6 de noviembre empezó a llover en la franja costera, convirtiéndose en lluvia muy intensa durante la noche. Esta frenó todos los

movimientos de persecución y permitió escabullirse a Rommel. A *posteriori* se convirtió en la principal excusa por no haber sido capaces de cortar su retirada. Pese a todo, el análisis muestra que se habían perdido las mejores oportunidades antes de que interviniere la lluvia, debido a movimientos demasiado cortos, a un exceso de cautela, a una grave escasez de sentido del factor tiempo, a una escasa disposición a avanzar de noche y a concentrarse demasiado en la propia batalla como para tener en cuenta los requisitos esenciales de su explotación. Si la persecución hubiera profundizado a través del desierto, para alcanzar un punto de bloqueo más distante, como la empinada escarpadura de Sollum, hubiera evitado el riesgo de ser interceptada, ya fuera por la resistencia enemiga o por el clima. Y es que si la lluvia es un riesgo posible en la franja costera es excepcional en el interior del desierto.

Durante la noche del 7 Rommel se retiró desde Mersa Matruh hasta Sidi Barrani y organizó otra breve resistencia allí mientras sus columnas de transporte franqueaban el cuello de botella de la frontera por los puertos de la escarpadura de Sollum y Halfaya, sometidos a un intenso bombardeo de la fuerza aérea británica. Durante un tiempo se produjo un enorme atasco de vehículos en la carretera de la costa, una cola de cuarenta kilómetros de longitud, aunque con un control del tráfico bien organizado la mayor parte de los vehículos cruzó la frontera durante la noche siguiente, a pesar de los bombardeos británicos. Aunque el día 9 todavía quedaban unos mil vehículos por pasar a través del cuello de botella, Rommel ordenó a su retaguardia que se retirara hasta la frontera.

Mientras tanto Montgomery había organizado una fuerza especial de persecución que consistía en las divisiones 7.^a Acorazada y neozelandesa e inmovilizó las otras dos divisiones acorazadas como salvaguarda ante la falta de combustible y para no dar a Rommel la posibilidad de que llevara a cabo una de sus réplicas, contra una fuerza desprovista de carburante. Esta persecución más larga comenzó el 8, pero los neozelandeses no alcanzaron la frontera hasta el 11 y, aunque las dos brigadas acorazadas de la 7.^a División Acorazada, que avanzaban por el desierto al sur de la carretera de la costa la cruzaron la tarde anterior, estuvieron a punto de atrapar a la retaguardia enemiga en su paso por Capuzzo el día 11.

A pesar de que Rommel había escapado de las garras de Montgomery, evadiéndose con éxito a cada intento sucesivo de cortar su retirada, estaba demasiado debilitado como para restablecer una nueva línea defensiva en la frontera, o más allá en Cirenaica. En ese momento su capacidad de combate

consistía en unos cinco mil alemanes y dos mil quinientos italianos, con once tanques de los primeros y diez de los segundos, treinta y cinco cañones antitanque alemanes, sesenta y cinco cañones de campaña, también alemanes, y unos pocos cañones italianos. Aunque unos quince mil alemanes habían logrado escapar, dos tercios habían perdido su impedimenta de combate y, entre los italianos, la proporción de los que habían abandonado su equipo en la escapada era mayor. El 8.^º Ejército, además de matar a varios miles, había capturado a unos diez mil alemanes y más de veinte mil italianos —incluyendo personal administrativo— junto con unos cuatrocientos cincuenta tanques y más de mil cañones. Se trataba de una recompensa muy grande por sus trece mil quinientas bajas, así como por la decepción de ver escaparse a Rommel «para volver a combatir otro día».

Tras una breve pausa para recibir suministros, el avance británico continuó. Pero se trataba de una continuación más que de una persecución. Los contraataques de Rommel en el pasado habían dejado una huella tan profunda que el avance se llevaba a cabo de manera cautelosa a lo largo del circuito de la costa en lugar de avanzar a través del desierto. Los primeros blindados no alcanzaron Mersa Brega hasta el 26 de noviembre, más de dos semanas después de cruzar la frontera este de Cirenaica, y mucho después de que Rommel hubiera logrado refugiarse tras el cuello de botella de esa posición. El único peligro y problema grave para sus fuerzas en el transcurso de su retirada a través de Cirenaica estuvo en la escasez de combustible. En Mersa Brega recibió el refuerzo de una División Acorazada italiana, la Centauro, y de elementos de tres divisiones de infantería, también italianas. Sin embargo, estas últimas, al no ser motorizadas, eran más una complicación que una ventaja.

Hubo una nueva pausa de quince días mientras los británicos recibían refuerzos y suministros para un ataque contra la posición de Mersa Brega. De nuevo Montgomery diseñó un plan «para aniquilar al enemigo y sus defensas», fijando a Rommel con un fuerte ataque frontal, mientras enviaba a otra fuerza importante a realizar una amplia maniobra de flanqueo para bloquear su línea de retirada. El ataque frontal comenzó el 14 de diciembre, precedido por incursiones a gran escala durante la noche del 11 al 12, para distraer la atención de la maniobra de flanqueo, que comenzó entonces su circuito por el desierto. No obstante, Rommel se escapó durante la noche del 12, anulando el plan británico. Retrocedió mediante un rápido salto hasta una posición cercana a Buerat, a cuatrocientos kilómetros al oeste de Mersa Brega, y a ochocientos de la nueva base avanzada del 8.^º Ejército en Bengasi.

Al acabar el año Rommel seguía conservando la posición de Buerat, ya que en esta ocasión hubo una pausa de un mes para trasladar tropas y materiales al frente, antes de que Montgomery estuviera preparado para reanudar su avance. Sin embargo, estaba claro que la marea de la guerra en África había cambiado definitivamente. Había pocas posibilidades de que el ejército de Rommel fuera reconstruido hasta alcanzar una proporción comparable a la capacidad del 8.º Ejército, mientras que su retaguardia ahora estaba en peligro por el avance del 1.er Ejército anglo-estadounidense, en dirección este, desde Argelia hacia Túnez.

No obstante, las ilusiones de Hitler reverdecieron pronto, mientras Mussolini se agarraba desesperadamente a las suyas porque no podía soportar ver cómo se desmoronaba el imperio africano de Italia. De hecho, sus ilusiones se habían vuelto de nuevo preeminentes, aunque todavía fuera incierto si Rommel sería capaz de escapar de sus perseguidores y liberar los restos de su maltrecho ejército. Al llegar sano y salvo a Mersa Brega recibió órdenes de mantener esa línea «a toda costa» y evitar que los británicos penetraran en Tripolitana. Como refuerzo de esa exigencia de ensueño, también fue colocado de nuevo bajo el mando del mariscal Bastico, tal y como había estado antes del avance hacia Egipto. Cuando vio a Bastico el 22 de noviembre le dijo sin rodeos que la orden de «resistir hasta el final» en esa frontera del desierto representaba una destrucción asegurada de las tropas que quedaban, «o perdemos la posición cuatro días antes y salvamos el ejército, o perdemos la posición y el ejército cuatro días después».

Más tarde Cavallero y Kesselring fueron a ver a Rommel el 24 y este les dijo que, dado que apenas cinco mil de sus hombres tenían armas, para defender la posición de Mersa Brega necesitaba el rápido envío, antes del ataque de Montgomery, de cincuenta Panzer IV armados con los nuevos cañones largos de 75 mm y otros cincuenta cañones antitanque del mismo tipo, además de un suministro de combustible y munición adecuado. Se trataba de una modesta estimación de sus necesidades, pero eran evidentes las escasas posibilidades de ser satisfechas, ya que la mayor parte del equipamiento y refuerzos era desviado a Túnez. Sin embargo, sus visitantes insistieron en la orden de resistir en Mersa Brega.

También con la esperanza de que Hitler hiciera frente a la realidad de la situación, Rommel voló al cuartel general de Hitler cerca de Rastenburg, en los bosques de Prusia Oriental. Tuvo un recibimiento gélido y, cuando sugirió que la decisión más inteligente era evacuar el norte de África, Hitler «se puso furioso» y no escuchó ningún otro argumento. Esta explosión contribuyó más

que cualquier otra cosa anterior a hacer tambalear la fe de Rommel en su *Führer*. Como escribió en su diario: «Comencé a darme cuenta de que Adolf Hitler simplemente no quería ver la situación tal y como era, y que reaccionaba emocionalmente contra lo que su inteligencia debería haberle indicado que era lo correcto». Hitler insistió en que «era una necesidad política continuar manteniendo una cabeza de puente en África y, por tanto, que no habría una retirada de la línea de Mersa el Brega».^[12]

Sin embargo, cuando Rommel pasó por Roma en su camino de regreso encontró a Mussolini más abierto a razonar y más consciente de las dificultades de enviar suficientes suministros a Trípoli y después trasladarlos hasta Mersa Brega. Así, había logrado el permiso de Mussolini para preparar una posición intermedia en Buerat, para trasladar a la infantería no motorizada italiana hasta allí a tiempo y para retirar al resto de su escasa fuerza si los británicos atacaban y cuando lo hicieran. Rommel se dio prisa en actuar, basándose en este permiso, y escabullirse en la oscuridad en cuanto los británicos mostrasen signos de que iban a lanzar su ataque. Además, también había tomado la decisión de que no iba a detenerse en Buerat o frente a Trípoli, dando a Montgomery la posibilidad de atraparle. Su plan, que ya estaba diseñado, consistía en retirarse directamente a la frontera tunecina y el cuello de botella de Gabes, donde no podría ser flanqueado fácilmente y, en cambio, podría llevar a cabo un contraataque efectivo con unos refuerzos que estarían más cercanos en ese lugar.

21

Torch. La nueva marea desde el Atlántico

Los desembarcos aliados en el norte de África francés tuvieron lugar el 8 de noviembre de 1942.^[1] Esta entrada en el noroeste de África se produjo quince días después de la ofensiva británica contra la posición de Rommel en El Alamein, en el extremo noreste de África, y cuatro días después del hundimiento de esa posición.

En Arcadia, en Washington, durante las Navidades de 1941 —la primera conferencia aliada posterior al ataque japonés contra Pearl Harbor que condujo a Estados Unidos a la guerra— Churchill presentó el Proyecto del Noroeste de África como un paso hacia «cerrar y apretar el cerco de Alemania». Comunicó a los estadounidenses que ya había un plan, Gymnast, para un desembarco en Argelia si el 8.º Ejército lograba un éxito suficientemente decisivo en Cirenaica como para poder avanzar en dirección oeste hasta la frontera de Túnez. Continuó proponiendo que «al mismo tiempo fuerzas de Estados Unidos, suponiendo el acuerdo por parte de los franceses, procederían a desembarcar en la costa marroquí, por invitación». El presidente Roosevelt estaba a favor del proyecto, captando rápido sus ventajas políticas en el contexto de la estrategia global, pero sus consejeros militares tenían dudas sobre su posible aplicación y estaban nerviosos porque pudiera interferir con la perspectiva de un ataque anterior y más directo contra el dominio de Europa por parte de Hitler. Lo más que estaban dispuestos a

aceptar era que continuara el estudio de la operación, ahora rebautizada como Super-Gymnast.

Durante los meses siguientes las discusiones se centraron en el proyecto de un ataque a través del canal de la Mancha, para ser lanzado en agosto o septiembre, con el fin de responder a la demanda de Stalin de la apertura de un «segundo frente». La península de Cotentin (Cherburgo) era el lugar preferido, tal y como insistían el general Marshall, jefe de Estado Mayor del ejército de Estados Unidos, y el teniente general Eisenhower, al que había elegido y enviado a Londres como comandante de las fuerzas de Estados Unidos en el teatro de operaciones europeo. Los británicos hicieron hincapié en los inconvenientes de un desembarco prematuro en Europa sin las fuerzas adecuadas, señalando los riesgos de que la cabeza de puente pudiera ser contenida o vencida, sin que eso supusiera un alivio importante para los rusos. Sin embargo, el presidente Roosevelt utilizó todo su peso en apoyo del proyecto, y se comprometió, cuando Molotov visitó Washington a finales de mayo, a darle garantías de que «confiaba» y «esperaba» crear «un segundo frente en Europa en 1942».

Se produjo un salto atrás en el proyecto del desembarco en el noroeste de África con el inesperado hundimiento británico ocurrido en junio, tras el ataque anticipatorio de Rommel contra la línea Gazala.

La batalla de Gazala había dado un giro negativo cuando Churchill voló a Washington el 17 de junio, con sus jefes de Estado Mayor, para una nueva conferencia. A su llegada Churchill continuó el camino por aire hasta Hyde Park, la casa familiar de Roosevelt en el Hudson, para una conversación privada. En esa ocasión volvió a destacar los inconvenientes y peligros de un desembarco prematuro en Francia, mientras que sugirió que retomar Gymnast era una mejor alternativa. Los jefes de Estado Mayor estadounidenses y británicos, reunidos en Washington el 21 de junio, no se ponían de acuerdo en el proyecto de Cherburgo, pero sí estaban completamente de acuerdo en que el proyecto norteafricano era endebil.

La conclusión negativa combinada sobre este proyecto pronto fue revertida por la presión de los acontecimientos, combinados con el deseo apremiante de Roosevelt para llevar a cabo alguna acción positiva en 1942 que pudiera dar cumplimiento, aunque no fuese de manera tan directa como se pretendía inicialmente, a su promesa a los rusos. El 21 de junio hubo noticias de que la fortaleza de Tobruk había caído ante el ataque de Rommel y que los restos del 8.º Ejército británico se retiraban a Egipto.

Durante las semanas siguientes la situación británica empeoró y, en consecuencia, los argumentos a favor de una intervención estadounidense, directa o indirecta, en África se reforzaron. A finales de junio Rommel alcanzó y atacó la línea de El Alamein, en persecución de la retirada británica. El 8 de julio Churchill envió un telegrama a Roosevelt indicándole que Sledgehammer, el plan para un desembarco en Francia en el transcurso de ese año, debía ser descartado y volvía a defender la operación Gymnast. Dio seguimiento a esto a través del mariscal sir John Dill, quien era ahora el jefe de la misión del Estado Mayor Conjunto británico en Washington: «Gymnast representa el único medio por el que Estados Unidos puede atacar a Hitler en 1942». Si no es así los aliados occidentales deberían permanecer «parados en 1942».

Los jefes de Estado Mayor de Estados Unidos reaccionaron a esta contención con renovadas objeciones a «Gymnast». Su condena por parte de Marshall en tanto que «cara e ineficaz» era apoyada por la declaración del almirante King en el sentido de que «era imposible cumplir los compromisos navales en otros teatros de operaciones y, al mismo tiempo, proporcionar el transporte y escolta esenciales para llevar a cabo esta operación». También coincidían en ver el rechazo británico al intento de desembarco en Francia en 1942 como una clara demostración de que, en realidad, los británicos no querían arriesgarse a ello ni siquiera en 1943. Así pues, Marshall, apoyado por King, propuso un cambio radical de estrategia: a menos que los británicos aceptasen el plan estadounidense para un próximo ataque a través del canal de la Mancha, «nos volveremos hacia el Pacífico y golpearemos de manera decisiva a Japón; en otras palabras, adoptar una actitud defensiva contra Alemania, excepto en lo que se refiere a operaciones aéreas, y utilizar todos los medios disponibles en el Pacífico».

Sin embargo, el presidente puso objeciones a la idea de transmitir tal ultimátum a sus aliados británicos, expresó su desaprobación del giro estratégico propuesto y dijo a sus jefes de Estado Mayor que, a menos que pudieran convencer a los británicos de llevar a cabo una operación de cruce del canal de la Mancha en 1942, deberían realizar un desembarco en el norte de África francés o enviar considerables refuerzos a Oriente Medio. Insistió en que era políticamente imperativo cumplimentar una acción notable antes de que acabara el año.

Se podía haber esperado que, ante la decisión del presidente, los jefes de Estado Mayor eligieran el refuerzo temporal de los británicos en Oriente Medio, en lugar de embarcarse en el plan Gymnast, al que se habían opuesto

de manera tan firme y persistente. Además, tras considerar las dos opciones, el Estado Mayor de Marshall llegó a la conclusión de que esta última era el menor de dos males. Al contrario de lo esperado él y King se decidieron a favor de Gymnast. Esta se convirtió en la alternativa preferible cuando volaron a Londres, a mediados de julio, junto a Harry Hopkins, como representantes del presidente, y descubrieron que el Estado Mayor británico se oponía firmemente al plan de Eisenhower para un desembarco próximo cerca de Cherburgo.

Al elegir el noroeste de África como alternativa, en lugar de reforzar Oriente Medio, la principal razón de Marshall, según Harry Hopkins, era «la dificultad de mezclar a nuestras tropas con las británicas en Egipto». Aunque esa mezcla también se daría en caso de una operación combinada en el noreste de África, era obvio que los refuerzos estadounidenses en Oriente Medio estarían bajo el comandante en jefe británico.

La adopción de Super-Gymnast se formuló en dos nuevos encuentros del Estado Mayor Conjunto, estadounidense y británico, en Londres, los días 24 y 25 de julio y rápidamente fue respaldado por Roosevelt. Además, hizo hincapié en su telegrama en que los desembarcos debían planearse para que tuvieran lugar «no más tarde del 30 de octubre». Esta última directriz había sido sugerida por Hopkins, en un mensaje personal, como medio «de evitar aplazamientos y retrasos». A iniciativa de Churchill la operación fue rebautizada como Torch, un nombre más motivador. También se acordó que el mando supremo lo detentara un estadounidense —un bálsamo para el resentimiento del Estado Mayor estadounidense que Churchill estaba muy dispuesto a conceder— y el 26 Marshall comunicó a Eisenhower que él era el elegido para el cargo.

Aunque la decisión de Torch ya estaba tomada, se había adoptado antes de que se resolvieran las cuestiones del momento y el lugar o, incluso, de que se hubiera examinado el proyecto en profundidad. Así, surgieron nuevos conflictos en torno a esos problemas.

Sobre la cuestión del momento, el Estado Mayor británico, espoleado por Churchill, propuso el 7 de octubre como objetivo. Sin embargo, el Estado Mayor estadounidense recomendaba que fuera el 7 de noviembre, al tratarse de «la primera fecha razonable para el desembarco de fuerzas basándose en la disponibilidad de naves de desembarco».

En cuanto a la cuestión del lugar, los respectivos puntos de vista eran aún más distantes. Los británicos deseaban que los desembarcos se produjeran en la costa norte de África, dentro del Mediterráneo, de modo que fuera posible

un rápido avance hacia Túnez. No obstante, los estadounidenses se aferraban al limitado objetivo del plan Gymnast, tal y como se había modificado en junio, cuando se consideraba una operación puramente americana y estaban inquietos por limitar los desembarcos a la zona de Casablanca, en la costa oeste (Atlántico) de Marruecos. No solo temían los peligros de la oposición francesa sino la reacción hostil por parte de España y un contraataque alemán para bloquear la entrada del Mediterráneo, capturando Gibraltar. En este asunto los británicos estaban consternados por un enfoque tan cauteloso al problema estratégico. Razonaban que daría tiempo a que los alemanes capturasen Túnez, endurecieran la oposición francesa en Argelia y Marruecos, o la sustituyeran por una oposición alemana y, de ese modo, frustrasen el objetivo de la operación aliada.^[2]

Eisenhower y su Estado Mayor se inclinaban a favor del punto de vista británico. Su primer anteproyecto, formulado el 9 de agosto, se concibió como un compromiso. Proponía desembarcos simultáneos dentro y fuera del Mediterráneo, pero no más al este de Argel, debido al riesgo de ataques aéreos enemigos desde Sicilia y Cerdeña, con la excepción de uno menor en Bône para capturar su aeródromo (Bône está a más de cuatrocientos kilómetros al este de Argel, pero solo a doscientos de Bizerta). Este compromiso no satisfacía a los británicos, ya que no parecía poder responder a la principal condición del éxito, que estos definían como: «Debemos haber ocupado los puntos clave de Túnez en veintiséis días tras atravesar el estrecho de Gibraltar y preferiblemente en catorce días». Desde su punto de vista un gran desembarco en Bône, o incluso más al este, era esencial para lograr un avance rápido hacia Túnez.

Estos argumentos impresionaron al presidente, que ordenó a Marshall y King que reexaminaran el proyecto. También impresionaron a Eisenhower, que informó a Washington de que los miembros estadounidenses de su Estado Mayor estaban convencidos de la solidez del razonamiento británico, y que ahora estaba diseñando un nuevo plan que eliminara los desembarcos en Casablanca y que adelantase la fecha de los demás.

Su Estado Mayor presentó (el 21 de agosto) un segundo anteproyecto que seguía en gran medida la idea británica. Tras descartar el desembarco en Casablanca planteaba uno por parte de Estados Unidos en Orán (cuatrocientos kilómetros al este de Gibraltar) así como otros desembarcos británicos en Argel y Bône. Sin embargo, el propio respaldo de Eisenhower al proyecto era tibio y enfatizaba que una expedición como esta, dentro del Mediterráneo por

completo, tendría su flanco peligrosamente expuesto. Esta conclusión coincidía con la opinión de Marshall.

El segundo anteproyecto era tan difícil de aceptar para el Estado Mayor estadounidense como el primero lo había sido para el británico. Marshall dijo al presidente: «(...) una única línea de comunicación a través del Estrecho es demasiado arriesgado» y era contrario a cualquier desembarco dentro del Mediterráneo más al este de Orán (a casi mil kilómetros de Bizerta).

Churchill se enteró de la noticia de este giro cauteloso tras regresar de su visita con el general Brooke a Egipto y Moscú, donde Stalin se había burlado de ellos por la incapacidad de las potencias occidentales para abrir un «segundo frente», con preguntas tan desdeñosas como: «¿Van a dejarnos hacer todo el trabajo mientras se quedan mirando? ¿Es que nunca van a comenzar a luchar? ¡Se darán cuenta de que no es tan malo una vez que empiezas!». Naturalmente esto escoció a Churchill que, con todo, logró suscitar el interés de Stalin sobre el potencial de Torch, y había descrito vívidamente cómo podría aliviar de forma indirecta la presión sobre Rusia. Por tanto, le impactó enterarse de que los estadounidenses proponían reducir el plan.

El 27 de agosto envió un largo telegrama a Roosevelt quejándose de que los cambios sugeridos por el Estado Mayor de su país serían «fatídicos para el plan en su conjunto», y «todo el meollo de la operación se perdería si no tomamos Argel y Orán el primer día». Subrayó la mala impresión que causaría a Stalin una disminución de los objetivos.

La respuesta de Roosevelt, el día 30, insistía en que «sea como sea uno de nuestros desembarcos debe tener lugar en el Atlántico». Así que propuso que los estadounidenses llevaran a cabo los desembarcos de Casablanca y Orán, dejando que los británicos realizaran los orientales. Además, consciente de las acciones militares británicas contra las fuerzas de la Francia de Vichy en el norte de África, Siria y otros lugares, planteó un nuevo problema:

Tengo la profunda convicción de que los ataques iniciales deben ser realizados exclusivamente por fuerzas terrestres estadounidenses... Incluso me atrevería a decir que estoy razonablemente seguro de que un desembarco por parte de británicos y estadounidenses provocaría una resistencia total por parte francesa en África, mientras que un desembarco inicial estadounidense, sin fuerzas británicas terrestres, ofrece una posibilidad real de que no haya resistencia francesa o que esta sea solamente simbólica... Creemos que tropas alemanas

aerotransportadas no podrán llegar a Argel o Túnez, de manera importante, al menos tras dos semanas del ataque inicial^[3].

Los británicos estaban horrorizados ante la idea de tener que esperar una semana antes de llevar a cabo sus desembarcos orientales, que eran más importantes y urgentes que los occidentales, y no estaban nada satisfechos con las optimistas estimaciones estadounidenses respecto a que los alemanes no podrían intervenir de manera efectiva antes de que transcurrieran dos semanas.

Churchill estaba muy dispuesto a aprovecharse de la convincente influencia del embajador de Estados Unidos ante el Gobierno de Vichy, el almirante Leahy, para facilitar las cosas desde un punto de vista político y psicológico. Aunque estaba «deseando preservar el carácter estadounidense de la expedición» y, por ello, dispuesto a mantener a las fuerzas británicas «tan en segundo plano como fuera físicamente posible», no creía factible ocultar el hecho de que la mayor parte de los buques de transporte, el apoyo aéreo y las fuerzas navales serían británicos ni que esos elementos serían visibles antes de que desembarcasen las fuerzas terrestres. Mencionó estos puntos en una respuesta con tacto a Roosevelt el 1 de septiembre, y recalcó que, si «la victoria política sin derramamiento de sangre, que coincido con usted en que es muy posible, no se pudiera lograr, se produciría un desastre militar de consecuencias muy graves». Continuaba diciendo:

Finalmente, a pesar de las dificultades, nos parece vital que Argel deba ocuparse de manera simultánea a Casablanca y Orán. De todo el norte de África, este es el lugar más amistoso y sobre el que podemos tener más esperanzas de que la reacción política sea más decisiva. Abandonar Argel por el desembarco en Casablanca dudosamente practicable nos parece una decisión muy grave. Si llevara a que los alemanes se nos adelantaran no solo en Túnez sino en Argelia, el resultado global sería lamentable en todo el Mediterráneo.^[4]

Esta buena argumentación para conservar el desembarco en Argel como parte del plan no mencionaba la importancia de desembarcos más al este, y cerca de Bizerta, una omisión, y concesión, que tendría consecuencias fatídicas para las posibilidades de lograr un éxito estratégico rápido.

En respuesta al telegrama de Churchill, el 3 de septiembre Roosevelt dio su acuerdo a que había que incluir en el plan el desembarco en Argel, mientras sugería que las tropas estadounidenses desembarcaran primero,

«seguidas menos de una hora después por las tropas británicas». Churchill aceptó esta solución de inmediato, siempre que hubiera una reducción en las fuerzas destinadas a Casablanca como para hacer efectivo el desembarco en Argel. Roosevelt estuvo de acuerdo en este punto, con una forma diferente, sugiriendo una reducción de «un grupo de combate regimental» en Casablanca, y otro en Orán, para proporcionar «10 000 hombres para su utilización en Argel». Churchill envió un telegrama de respuesta el 5 de septiembre: «Estamos de acuerdo con el dispositivo militar que propone. Tenemos muchas tropas bien entrenadas en operaciones de desembarco. Si es conveniente, pueden llevar sus uniformes. Estarán orgullosos de hacerlo. El traslado por mar no plantea problemas». Ese mismo día Roosevelt contestó con un telegrama de una palabra: «¡Hurra!».

Así pues, la cuestión se solucionó finalmente con este intercambio de telegramas entre Rossevelt y Churchill. Tres días después Eisenhower fijó la fecha de desembarco para el 8 de noviembre y declinó el ofrecimiento de Churchill de vestir a los comandos británicos con uniformes estadounidenses, ya que estaba preocupado por preservar un aspecto totalmente estadounidense en los desembarcos iniciales. Churchill aceptó el retraso y la modificación del plan. En efecto, en un telegrama posterior dirigido a Roosevelt del 15 de septiembre, dijo sumisamente: «En el conjunto militar y político de Torch me considero su lugarteniente, solo pido poder exponer francamente mi punto de vista ante usted».^[5]

El «¡Hurra!» del telegrama de Roosevelt del 5 de septiembre resolvió lo que fue acertadamente llamado «la competencia académica transatlántica», aunque Marshall continuó expresando dudas, mientras que su jefe político inmediato, Henry Stimson, secretario de Guerra (es decir del Ejército), se quejó amargamente al presidente sobre la decisión de desembarcar en el norte de África. Sin embargo, la decisión del presidente permitió que la planificación detallada avanzara rápidamente para paliar el efecto de los aplazamientos. Con todo, el plan tenía el doble filo de los compromisos. Al disminuir las posibilidades de un rápido éxito decisivo en el norte de África, hacía que la prolongación de la distracción del esfuerzo aliado en el Mediterráneo fuera más segura, tal y como han reconocido y recalcado historiadores oficiales estadounidenses.^[6]

En el proyecto final, el desembarco en la costa atlántica para capturar Casablanca lo realizaría una fuerza exclusivamente estadounidense al mando del general George S. Patton, con veinticuatro mil quinientos hombres, transportados por Cuerpo Especial Naval del Oeste bajo el mando del

contraalmirante H. Kent Hewitt. Navegó directamente desde Estados Unidos —la mayor parte desde Hampton Roads, en Virginia— y consistía en ciento dos buques, de los cuales veintinueve eran de transporte.

La toma de Orán se asignó al Cuerpo Especial Central que incluía a dieciocho mil quinientos estadounidenses al mando del general Lloyd R. Fredendall, pero acompañados por una fuerza naval británica dirigida por el capitán Thomas Troubridge. Zarpó de la base naval de Clyde, ya que estaba compuesta de tropas estadounidenses que habían llegado a Escocia e Irlanda del norte a principios de agosto.

Para la operación contra Argel, el Cuerpo Especial Naval del este era totalmente británico, mandado por el contraalmirante sir Harold Burroughs, pero la fuerza de ataque consistía en nueve mil británicos y otros tantos estadounidenses, y su comandante, el general Charles Ryder, era de esa última nacionalidad. Además, los estadounidenses fueron incorporados en las unidades de comando británicas compuestas por dos mil hombres. Esta curiosa mezcla se inspiraba en la esperanza de que, al colocar estadounidenses en el escaparate los franceses supusieran que la fuerza de ataque era únicamente de ese país. El 9 de noviembre, el día después de los desembarcos, el mando conjunto de todas las tropas aliadas en Argelia fue asumido por el comandante del recién creado 1.er Ejército británico, el teniente general Kenneth Anderson.

Las fuerzas de asalto tanto para Orán como para Argel navegaron conjuntamente desde Gran Bretaña en dos grandes convoyes, uno lento, que zarpó el 22 de octubre, y el rápido, que partió cuatro días después. Esta cadencia se había fijado para que ambos pudieran atravesar el estrecho de Gibraltar de manera simultánea durante la noche del 5 de noviembre y que, desde allí, pudieran estar protegidos por la flota británica del Mediterráneo al mando del almirante sir Andrew Cunningham. Su presencia era suficiente para disuadir a la flota italiana de interferir, incluso después de que se produjeran los desembarcos, por lo que, como señaló lamentándose Cunningham, su poderosa fuerza tenía que «seguir navegando perezosamente». Sin embargo, tenía mucho trabajo que hacer, ya que era comandante en jefe de las fuerzas navales aliadas, bajo el mando de Eisenhower y, por tanto, responsable del conjunto de la parte marítima de Torch. Esto incluía los buques de avituallamiento que habían llegado en convoyes adelantados a principios de octubre: más de doscientos cincuenta mercantes procedentes de Gran Bretaña, de los cuales unos cuarenta eran de transporte (incluyendo tres estadounidenses). La fuerza naval británica

utilizada en la operación, en forma de escolta y cobertura, suponía ciento sesenta buques de guerra de distintos tipos.

El preludio diplomático de los desembarcos parecía una mezcla de novela de espías y de *western*, con interludios cómicos, todo ello llevado al campo de la historia. Robert Murphy, el representante diplomático estadounidense en el norte de África había estado preparando activamente el camino para los desembarcos mediante un sondeo discreto entre oficiales franceses que pensaba que podían ser afines, y prestar ayuda, al proyecto. Confío especialmente en el general Mast, comandante de las tropas en la zona de Argel (y anteriormente jefe de Estado Mayor del general Juin, el comandante en jefe) y en el general Béthouart, que mandaba las tropas en la zona de Casablanca, aunque esa región en su conjunto estuviera al mando del almirante Michelier, un hecho del que no se dieron cuenta los estadounidenses.

Mast había insistido en que un alto representante militar aliado viajara en secreto a Argel para tener conversaciones entre bastidores y para discutir los planes con Juin y otros. En consecuencia, el general Mark Clark (que acababa de ser nombrado comandante en jefe adjunto de Torch), voló a Gibraltar con cuatro oficiales clave del Estado Mayor y, desde allí, el grupo fue trasladado, en un submarino británico (el HMS Seraph, al mando del teniente N. A. A. Jewell), a un encuentro en una casa de campo de la costa a unos cien kilómetros al oeste de Argel. El submarino llegó frente a la costa a primera hora del 21 de octubre, pero demasiado tarde como para que la partida pudiera desembarcar antes de amanecer, por lo que tuvieron que permanecer sumergidos todo el día, mientras el desconcertado y decepcionado grupo francés se marchó a casa. Un mensaje desde el submarino a Gibraltar, reenviado a Argel mediante una radio clandestina, llevó de nuevo a Murphy y algunos de los franceses a la casa de campo la noche siguiente, cuando el grupo de Clark desembarcó en cuatro lanchas de lona, una de las cuales volcó en el momento de embarcar. Fueron guiados hasta el lugar del encuentro por una lámpara, con una sábana blanca detrás, que brillaba tras una ventana.

Mark Clark le dijo a Mast, de manera genérica, que se estaba preparando una fuerza estadounidense para ser enviada al norte de África y que sería apoyada por fuerzas aéreas y navales británicas, una afirmación que no era sincera. Además, se abstuvo, en pro de la seguridad, de informar a Mast de una idea precisa del momento y lugar de los desembarcos aliados. Este exceso de secretismo al tratar con un hombre cuya ayuda era clave era imprudente, ya que le privaba, a él y a sus asociados, de la información y el tiempo

necesarios para planificar y cooperar. Clark autorizó a Murphy para que informara a Mast de la fecha, inmediatamente antes de los desembarcos, pero incluso entonces, tampoco de los lugares. Esto hizo que Mast no tuviera tiempo para notificarlo a sus asociados en Marruecos.

La conferencia se interrumpió, de forma temporal y dramática, por la aparición en el lugar de sospechosos policías franceses. Mark Clark y sus compañeros fueron ocultados rápidamente en una bodega vacía mientras la policía registraba la casa de campo. El peligro aumentó cuando uno de los oficiales del comando británico que había llevado al grupo hasta allí comenzó a toser. Mark Clark le dio un chicle para calmar la tos, pero pronto le pidió más diciendo que había perdido el sabor, a lo cual Clark le contestó: «¡No me extraña porque he estado masticándolo durante dos horas!» Despues de que, por fin, se marchara la policía, sin dejar de sospechar y con posibilidades de regresar, Clark y su grupo tuvieron más problemas cuando trataron de reembarcar al anochecer, ya que el oleaje era intenso y estuvieron a punto de ahogarse cuando su lancha volcó. Durante otro intento poco antes de amanecer los otros volcaron, pero los de esa partida acabaron atravesando el oleaje y alcanzando el submarino sanos y salvos, aunque empapados. Al día siguiente fueron trasladados a un hidroavión que los devolvió a Gibraltar.

Una cuestión importante que se discutió en la reunión fue la elección del líder francés más adecuado para reagrupar a las fuerzas francesas en el norte de África en el bando aliado. Aunque su comandante en jefe, Juin, había expresado en privado su inclinación favorable, tenía tendencia a «ver los toros desde la barrera» lo más posible y reticencias a tomar la iniciativa. Sus principales subordinados no tenían suficiente prestigio y tampoco eran muy proclives a tomar una decisión definitiva que ignorara o fuera contraria a las órdenes procedentes del Gobierno de Vichy. El almirante Darlan, comandante en jefe del conjunto de las fuerzas francesas en la zona y eventual jefe de Estado si el viejo mariscal Pétain moría, había insinuado a Leahy en 1941, y más recientemente a Murphy, que estaría dispuesto a romper con la política de colaboracionismo con Alemania y a que Francia se pasase al bando aliado si se le garantizaba una ayuda estadounidense de suficiente envergadura. Pero había jugado al juego de Hitler tanto tiempo que sus insinuaciones no inspiraban confianza. Además, tenía un sesgo antibritánico que se había acrecentado, naturalmente, por las acciones británicas contra la flota francesa en Orán y otros lugares, tras la caída de Francia en 1940. Esto hacía que su actitud fuera más incierta dada la dificultad para ocultar el importante papel que jugaban en Torch.

El general De Gaulle fue descartado por la razón contraria: que su desafío a Pétain en 1940 y su posterior participación en las acciones de Churchill contra Dakar, Siria y Madagascar haría que los oficiales franceses que habían permanecido leales al Gobierno de Vichy no fueran a aceptar su liderazgo, incluso aquellos que estaban más ansiosos por sacudirse el yugo alemán. Murphy destacó este argumento, que fue rápidamente asumido por Roosevelt, el cual había desarrollado una profunda desconfianza por las opiniones de De Gaulle y un desagrado por su arrogancia.

Churchill, que recientemente se había calificado de «lugarteniente» de Roosevelt se inclinó ante la voz de su amo y no se dio a De Gaulle ninguna información del proyecto hasta que ya se habían producido los desembarcos.

En estas circunstancias los estadounidenses, del presidente para abajo, aceptaron sin reparos el punto de vista del general Mast y sus asociados, en el sentido de que el general Giraud era el candidato más deseable y aceptable para el liderazgo de los franceses en el norte de África, tal y como había expresado Murphy antes de que tuviera lugar la reunión. Giraud, comandante del Ejército en mayo de 1940, había sido apresado por los alemanes, pero logró escapar en abril de 1942 y llegó a la parte no ocupada de Francia, donde se le permitió instalarse, tras prometer que aceptaría la autoridad de Pétain. Se instaló cerca de Lyon. Desde allí, aunque era vigilado, estuvo en comunicación con muchos oficiales, tanto en la propia Francia como en el norte de África, que compartían sus deseos de organizar una revuelta contra la dominación alemana con ayuda estadounidense. Expresó su punto de vista en una carta a uno de sus partidarios, el general Odic: «No queremos que los estadounidenses nos liberen; queremos que nos ayuden a liberarnos, que no es exactamente lo mismo». Además, en sus negociaciones privadas con ellos, puso como una de sus condiciones que sería comandante en jefe de las tropas aliadas en territorio francés allí donde combatieran tropas francesas. Recibió un mensaje y entendió que Roosevelt aceptaba sus condiciones, pero fue una sorpresa total para Eisenhower cuando Giraud llegó a Gibraltar para entrevistarse con él el 7 de noviembre, en vísperas de los desembarcos.

Giraud fue recogido, en un encuentro en la costa sur de Francia, por el mismo submarino británico, el HMS Seraph^[7] que había llevado a Mark Clark a su misión secreta en la costa de Argelia. Entonces fue transferido a un hidroavión, aunque casi se ahoga al hacerlo, y trasladado a Gibraltar. Al llegar allí, se quedó estupefacto al enterarse de que los desembarcos aliados en el norte de África tendrían lugar a primera hora de la mañana siguiente, ya que le habían informado de que estaban previstos para el mes siguiente. También

le asombró descubrir que el mando estaba en manos de Eisenhower en lugar de en las suyas. Esto produjo una discusión acalorada, en la que se basó en su mayor rango y en las garantías que había recibido y reiteraba constantemente que no tener el mando supremo era un menoscabo del prestigio de su país y del suyo propio. Sin embargo, cuando se reanudaron las conversaciones, en la mañana del 8, se resignó a la situación después de que le hubieran dado garantías explícitas de que sería el jefe de las fuerzas francesas y de la Administración en el norte de África, una promesa que pronto sería descartada por razones de conveniencia y del valor superior del almirante Darlan.

Al llevar la antorcha [Torch] de la libertad al norte del África francesa, los estadounidenses habían logrado una sorpresa total, provocando la confusión de amigos y colaboradores, una confusión mayor que la causada a los enemigos. Sus colaboradores franceses no estaban preparados para proporcionar una ayuda efectiva para despejar el camino, y bajo el impacto de la súbita invasión la gran mayoría de los comandantes franceses reaccionaron de la manera natural en esas circunstancias: de acuerdo con su lealtad a la autoridad legítima, encarnada en el mariscal Pétain en Vichy. Así, los desembarcos se encontraron con una resistencia inicial, aunque menor en Argel que en Orán o en Casablanca.

En este último lugar, el general Béthouart, comandante de división francés, recibió un mensaje a última hora de la tarde del 7 informándole de que el desembarco tendría lugar a las 02:00 del día 8. Envío destacamentos para detener a la Comisión de Armisticio alemana y situó a cierta cantidad de sus oficiales para dar la bienvenida a los estadounidenses en la playa de Rabat, a ochenta kilómetros al norte, ya que supuso que desembarcarían allí, puesto que no había baterías defensivas y era la sede del Gobierno francés en Marruecos.

Tras los pasos preliminares, el propio Béthouart se puso al frente de un batallón para ocupar el cuartel general del ejército en Rabat y escoltar al general al mando. Béthouart también envió cartas al general Noguès, el residente general (y comandante supremo) en Marruecos y al almirante Michelier, informándoles de que los estadounidenses estaban a punto de desembarcar, que Giraud había llegado para tomar el mando del norte del África francesa y que él mismo había sido nombrado por Giraud para hacerse cargo del ejército en Marruecos. En sus cartas dirigidas a Noguès y Michelier les pedía que respaldaran la orden que había dado para permitir que los

estadounidenses desembarcaran sin resistencia o que no se interpusieran hasta que les fuera más conveniente aceptar el hecho consumado.

Al recibir la carta, Noguès intentó «ver los toros desde la barrera» hasta que se aclarara la situación. Si Noguès dudó, Michelier actuó rápidamente. Sus patrullas aéreas y submarinas no habían detectado la flota que se acercaba antes de anochecer, por lo que llegó a la conclusión de que a Béthouart le habían engañado o tomado el pelo. La afirmación de Michelier de que ninguna fuerza importante había sido avistada frente a la costa impresionó tanto a Noguès que incluso cuando recibió los primeros informes de los desembarcos, poco después de las 05:00, creyó que no eran más que incursiones de comandos. Entonces abandonó su postura expectante para decantarse por el bando antiestadounidense y ordenó a las fuerzas francesas que resistieran y mandó arrestar a Béthouart acusado de alta traición.

El principal desembarco de Patton se produjo en Fedala, a 24 kilómetros al norte, y Safi, a 225 kilómetros al sur de Casablanca. Fedala ofrecía las playas de desembarco más adecuadas y cercanas a esa ciudad y su puerto fuertemente defendido, el único gran puerto bien defendido de la costa atlántica de Marruecos. Se eligió Mehdia porque era el lugar de desembarco más cercano al aeródromo de Port Lyautey, el único de Marruecos con una pista de hormigón. Safi fue elegida porque allí había una fuerza que operaba en el ala derecha y que podía mantener a raya a la poderosa guarnición de la ciudad de Marrakech para que no interviniere en Casablanca y también porque tenía un puerto en el que los tanques medios podían desembarcar, ya que los nuevos LST (Landing Ships Tank)^[8] en fase de producción, no estaban listos para intervenir en Torch.

A medida que se aproximaba la flota estadounidense a la costa marroquí el 6 de noviembre, tras una travesía tranquila, se anunció una mar encrespada y la previsión para el 8 era que las olas serían tan altas que imposibilitarían el desembarco. Pese a todo, el experto meteorólogo del almirante Hewitt predijo que la tormenta no iba a durar y decidió arriesgarse a ejecutar el plan de desembarco en la costa atlántica. El 7 el mar comenzó a sosegarse y el 8 estaba calmado, con tan solo oleaje moderado en la costa. El oleaje era menor que en cualquier otra mañana de ese mes. Aun así, se produjeron muchos percances y retrasos por inexperiencia.

Al menos las cosas fueron mejor de lo que Patton había anunciado en una intervención, durante la última reunión antes de embarcarse, característicamente grandilocuente, cuando dijo de manera cáustica a los representantes navales que sus elaborados planes de desembarco se

desmoronarían «durante los primeros cinco minutos» y llegó a declarar: «Nunca en la historial la Marina desembarcó un ejército en el momento y el lugar previstos. Pero si nos desembarcan en cualquier lugar a menos de ochenta kilómetros de Fedala y con un retraso inferior a una semana del día D, yo me encargaré de ganar».

Afortunadamente la confusión y dudas entre los franceses eran de tal calibre que las oleadas de desembarco estaban a salvo en tierra antes de que el fuego de los defensores fuera importante y, para entonces, había suficiente luz como para que la artillería naval estadounidense pudiera bombardear las baterías costeras. Pero hubo nuevos problemas en la cabeza de playa, y en el intento de ampliarla, debido a la inexperiencia y desorden de las tropas desembarcadas, por lo que Patton dirigió sus críticas explosivas contra los fallos de su propia fuerza y el Ejército de Tierra. Tanto las tropas como los barcos estaban sobrecargados. Aunque el avance en Casablanca empezó el segundo día, y no encontró fuertes resistencias, se detuvo abruptamente por ausencia de equipamiento que, mientras tanto, se amontonaba en las playas sin poder ser trasladado a las tropas de combate. El tercer día hubo pocos avances y aumentó la resistencia, por lo que el panorama parecía sombrío.

La situación hubiera sido aún más grave si la amenaza naval francesa no hubiera sido suprimida el primer día. Esto se logró en una batalla frente a Casablanca que tenía un regusto a los viejos combates navales. Comenzó justo antes de las 07:00, cuando la batería defensiva costera de Cap El Hank, y la del *Jean Bart* en el puerto (este era el acorazado francés más moderno, aunque incompleto, y que no podía moverse de su amarre), abrió fuego contra el grupo de apoyo del contraalmirante R. L. Giffen, que incluía el acorazado Massachusetts, dos cruceros pesados y cuatro destructores. Estos no recibieron ningún impacto, aunque hubo varios proyectiles que casi los alcanzaron y su respuesta fue lo suficientemente efectiva como para silenciar temporalmente tanto a la batería El Hank como al Jean Bart. Sin embargo, esta rápida acción los absorbió tanto que descuidaron su tarea de mantener al resto de buques franceses encerrados allí. A las 09:00 se habían escabullido un crucero ligero, siete destructores y ocho submarinos. Los destructores se dirigieron a Fedala, donde se encontraban los buques de transporte estadounidenses. Afortunadamente fueron detenidos y obligados a retirarse por un crucero pesado, uno ligero y dos destructores a los que el almirante Hewitt había ordenado que los interceptaran. Entonces, siguiendo también sus órdenes, acudió el grupo de apoyo para cortarles la retirada. Gracias a un buen manejo, a un hábil uso de pantallas de humo y al efecto inquietante de un

ataque de ayuda por parte de sus submarinos, los franceses lograron sobrevivir a esta abrumadora concentración de fuego pesado con la pérdida de tan solo un destructor y después realizaron otro valiente esfuerzo por alcanzar la zona de los buques de transporte. Con todo, en este segundo encuentro fue hundido otro barco y solo uno de los ocho buques franceses regresó a puerto sin daños. Allí se hundieron otros dos más y otros fueron inutilizados por el bombardeo.

No obstante, el resultado no fue decisivo, ya que las baterías de El Hank y los cañones de quince pulgadas volvieron a disparar, mientras que los buques estadounidenses habían consumido tanta munición que no hubieran podido rechazar los barcos de guerra franceses con base en Dakar si estos hubieran aparecido, tal y como se temía.

Afortunadamente la situación en Casablanca, y en el conjunto de la costa Atlántica, había cambiado de manera decisiva gracias a los acontecimientos políticos favorables en Argel. Durante la tarde el general Noguès se enteró indirectamente de que las autoridades francesas locales, dirigidas por el almirante Darlan, habían dado una orden, el día 10, de detener los combates. Noguès actuó con prontitud ante este informe no confirmado y ordenó a sus subordinados que detuvieran la resistencia activa a la espera de un armisticio.

* * *

Mientras tanto, los desembarcos estadounidenses en Orán se habían encontrado con una mayor resistencia que los de la zona de Casablanca. No obstante, se produjo una planificación y cooperación en el transporte y desembarco, entre la fuerza especial estadounidense y la fuerza naval británica, excepcionalmente buena. Además, su punta de lanza, la 1.^a División de Infantería de Estados Unidos, mandada por el teniente general Terry Allen, era una formación con una elevada preparación y estaba apoyada por la mitad de la 1.^a División Acorazada.

El plan consistía en capturar el puerto y la ciudad de Orán mediante un envolvimiento doble. Dos de los grupos de combate del Regimiento de Terry Allen desembarcarían en las playas del golfo de Arzeu, a casi cuarenta kilómetros al este, mientras que el tercero (al mando del general de brigada Theodore Roosevelt) llegó a las playas de Les Andalouses, a veintidós kilómetros al oeste de la ciudad. Entonces una columna acorazada ligera debía avanzar hacia el interior desde la cabeza de playa de Arzeu, y otra más pequeña desde el punto de desembarco de Mersa Bou Zedjar, a unos cincuenta kilómetros al oeste de Orán, para capturar los aeródromos situados

al sur de esa ciudad y acercarse a ella por la retaguardia. Llevar a cabo el cerco de la ciudad rápidamente era muy importante, ya que se calculaba que su guarnición de diez mil hombres podía duplicarse en veinticuatro horas mediante refuerzos procedentes de bases del interior.

La operación comenzó bien. Al anochecer del 7 de noviembre el convoy había pasado por delante de Orán, en dirección este, engañosamente, para dar un giro de 180 grados en la oscuridad. Los desembarcos comenzaron a tiempo (01:00) en Arzeu y solo media hora después en Les Andalouses y Mersa Bou Zedjar. La sorpresa fue total y no hubo resistencia en las playas. Aunque este tramo estaba defendido por trece baterías costeras, no se produjo fuego de hostigamiento hasta después del amanecer, e incluso entonces provocó muy pocos daños, gracias a la efectividad del apoyo naval y al ocultamiento que proporcionó mediante pantallas de humo. El desembarco y descarga transcurrieron, en conjunto, sin contratiempos, aunque sí se vieron retrasadas por la sobrecarga de las tropas, ya que trasportaba cuarenta kilos de equipamiento cada uno [de los soldados]. Los tanques medios eran llevados en transportes y descargados en el muelle tras la captura del puerto de Arzeu.

El único revés importante se produjo en el intento de tomar el puerto de Orán por ataque directo, para impedir el sabotaje de las instalaciones y los barcos amarrados allí. Dos pequeñas patrulleras británicas, el HMS Walney y el Hartland, con cuatrocientos estadounidenses a bordo, y acompañadas por dos lanchas motoras, fueron utilizadas para llevar a cabo ese osado plan que las autoridades navales estadounidenses habían desaprobado por imprudente. El resultado confirmó su punto de vista de que era «una misión suicida». De manera incauta se había previsto que comenzara dos horas antes de la hora H, justo cuando los franceses habían sido alertados por los desembarcos en otros lugares. La precaución de mostrar una gran bandera estadounidense no evitó que los franceses respondieran con un fuego intenso y prolongado que dañó las dos patrulleras y acabaron con la mitad de las tripulaciones y tropas embarcadas, mientras que el resto, la mayoría heridos, fueron detenidos.

El avance desde las cabezas de playa comenzó a las 09:00 o antes, y poco después de las 11:00 la columna acorazada ligera del coronel Waters, procedente de Arzeu, alcanzó el aeródromo de Tafaraoui; una hora después se comunicó que estaba disponible para recibir aviones desde Gibraltar. Sin embargo, cuando la columna giró hacia el norte fue detenida cerca del aeródromo de La Séria. También fue detenida la columna del coronel Robinett procedente de Mersa Bou Zedjar. Los avances convergentes de la

infantería desde Arzeu y Les Andalouses también fueron frenados cuando se encontraron con resistencia al aproximarse a Orán.

El segundo día se hicieron pocos avances, ya que la resistencia francesa se fortaleció y un contraataque en el flanco de la cabeza de playa de Arzeu trastocó todo el plan de operaciones por una amenaza magnificada por informes sensacionalistas, que llevaron al general Fredendall a desviar fuerzas de otras misiones. Cuando el aeródromo de La Sénia fue capturado durante la tarde, la mayor parte de los aviones franceses ya se habían marchado y no pudo utilizarse debido al persistente bombardeo. En la tercera mañana se montó un ataque concéntrico hacia Orán, tras pasar de largo algunos de los islotes de resistencia en las carreteras de acceso durante la noche. Los ataques de infantería desde el este y el oeste volvieron a ser frenados, pero ayudaron a fijar la atención de los defensores, mientras unidades avanzadas de las dos columnas acorazadas ligeras llegaron a la ciudad, desde el sur, sin oposición, más allá de disparos ocasionales de francotiradores y alcanzaron el cuartel general militar francés antes del mediodía. Los comandantes franceses aceptaron rendirse. Las bajas estadounidenses en los tres días de combates terrestres fueron inferiores a cuatrocientos hombres y las de los franceses aún menores. Estas bajas reducidas, y sobre todo la resistencia menguante del último día, se vieron influidas por la conciencia, por parte de los mandos franceses, de que se estaban llevando a cabo negociaciones en Argel.

Los desembarcos en Argel habían seguido una pauta más tranquila y rápida, en gran parte gracias al comandante local, el general Mast y sus colaboradores. Aquí no hubo resistencia importante en ningún lugar, excepto al intentar una temprana captura del puerto, como en Orán.

Un buque de transporte, el USS Thomas Stone, fue inutilizado temporalmente al amanecer del 7 por un torpedo disparado por un *u-boat* cuando estaba a 240 kilómetros de Argel, pero durante el resto del trayecto por el Mediterráneo no se encontró con mayores problemas. Aunque el convoy fue avistado por unos cuantos aviones enemigos de reconocimiento, no se produjo ningún ataque antes del anochecer, cuando viró hacia el sur en dirección a las playas. Un grupo desembarcó cerca del cabo Matifou, a unos veinticuatro kilómetros al este de Argel, otro cerca del cabo Sidi Ferruch, a dieciséis kilómetros al oeste de la ciudad, y el tercer grupo a dieciséis kilómetros más al oeste, cerca de Castiglione. Por razones de camuflaje político los desembarcos más cercanos a Argel fueron hechos por los estadounidenses, con una mezcla de comandos británicos, mientras que el

principal desembarco británico se produjo en las playas más occidentales, cerca de Castiglione.

En este último lugar los desembarcos comenzaron rápidamente a la 01:00 y se desarrollaron sin contratiempos a pesar de que en esas playas el mar estaba revuelto y era peligroso. Las tropas francesas con las que se encontraron a corta distancia hacia el interior dijeron que habían recibido órdenes de no ofrecer resistencia. Alcanzaron el aeródromo de Blida hacia las 09:00. En el extremo oriental de Argel los desembarcos comenzaron con algo de retraso y generaron cierta confusión, pero al no haber resistencia, se pudo enderezar la situación rápido.

Se alcanzó el importante aeródromo de Maison Blanche poco después de las 06:00 y se ocupó tras un escaso cruce de disparos como resistencia simbólica. Sin embargo, el avance hacia Argel se topó con un punto fortificado en un pueblo que impedía el paso y después se detuvo por la amenaza de un ataque por parte de tres tanques franceses. La batería costera en cabo Matifou también rechazó rendirse y solo lo hizo tras ser bombardeada, en dos ocasiones, por buques de guerra y aviones en picado durante la tarde.

El intento de capturar el puerto de Argel fue peor. Se utilizaron los destructores británicos, Broke y Malcolm, que portaban grandes banderas estadounidenses y llevaban a bordo un batallón de infantería de ese país. Debían entrar en el puerto tres horas después de los desembarcos, con la esperanza de que los defensores se hubieran retirado, en caso de que no les hubieran convencido de colaborar. En lugar de eso los destructores recibieron un fuego intenso en cuanto se aproximaron a la entrada del puerto. Malcolm fue gravemente alcanzado y se retiró. Broke, al cuarto intento, logró atravesar la barrera de fuego y atracó en una dársena, en la que desembarcaron las tropas. Al principio pudieron ocupar ciertas instalaciones sin encontrar resistencia, pero hacia las 08:00 los cañones comenzaron a disparar al Broke, forzándolo a replegarse. Las tropas que habían desembarcado se vieron acorraladas por unidades coloniales francesas y se rindieron poco después de mediodía, al escasear las municiones y no ver signos de ayuda por parte de la fuerza principal. No obstante, los disparos franceses iban dirigidos a mantenerlos a raya no a destruirlos.

En los desembarcos al oeste de Argel, cerca del cabo Sidi Ferruch, hubo mucho más retrasos y confusión, mientras que una parte de los buques de desembarco se perdió y llegó a las playas británicas más al oeste. Miembros de cada batallón estaban esparcidos por unos veinticinco kilómetros de costa,

mientras que muchos de los buques de desembarco naufragaron por el oleaje o llegaron tarde por problemas mecánicos. Afortunadamente, las tropas tuvieron un recibimiento amistoso o pasivo al principio. Mast y algunos de sus oficiales habían acudido para recibirlos y despejarles el camino; de no haber sido así, estos desembarcos se habrían podido convertir en un costoso fiasco. Tras rápidos reajustes, cuando las columnas avanzaron hacia Argel se encontraron con resistencia en diversos lugares. Para entonces Mast había sido relevado de su mando, sus órdenes de cooperación anuladas y sus tropas instadas a oponerse al avance aliado.

Los colaboradores de los aliados en Argel habían cumplido su parte notablemente bien dadas las dificultades por haber recibido noticia de los desembarcos con tan poca antelación y por lo poco que les habían dicho sobre sus objetivos. Su plan para ayudar a esos desembarcos entró rápidamente en acción. Una serie de oficiales fueron situados a lo largo de la costa para dar la bienvenida y guiar a los estadounidenses; partidas organizadas capturaron los puntos de control; el servicio telefónico fue bloqueado en gran medida; la comisaría central de Policía y las periféricas fueron ocupadas; los oficiales de alto rango que no eran favorables fueron encerrados y la emisora de radio fue tomada en preparación de una transmisión por parte de Giraud o en su nombre, que se esperaba que tuviera un efecto decisivo. En resumen, para cuando se produjeron los desembarcos los colaboradores habían conseguido lo suficiente como para paralizar la oposición y mantuvieron el control de la ciudad hasta alrededor de las 07:00, más tarde de lo esperado o considerado necesario. Sin embargo, el avance desde las playas de desembarco era demasiado lento como para responder a las necesidades.

Cuando los estadounidenses no pudieron presentarse antes de las 07:00, se manifestaron las limitaciones de la influencia de los colaboradores en sus compatriotas. Además, cuando emitieron un llamamiento en nombre de Giraud, que tampoco había llegado tal y como estaba previsto, fue tal fracaso que mostró que habían sobrevalorado la importancia de su nombre. Pronto empezaron a perder el control de la situación y fueron apartados o arrestados.

Mientras tanto, se producían conversaciones trascendentales a un alto nivel. Treinta minutos después de medianoche, Robert Murphy había ido a ver al general Juin, revelándole que fuerzas arrolladoras estaban a punto de desembarcar y le apremió a que cooperara emitiendo órdenes para no oponer resistencia. Murphy dijo que habían llegado por invitación de Giraud, para ayudar a Francia a liberarse. Juin no estaba dispuesto a aceptar el liderazgo de Giraud o a considerar que su autoridad fuese suficiente y dijo que esa

apelación debía realizarse al almirante Darlan, que, por casualidad, estaba en ese momento en Argel, ya que había volado para ver a su hijo, que había caído gravemente enfermo. Despertaron a Darlan con una llamada telefónica y le pidieron que acudiera a la casa de campo de Juin para recibir un mensaje urgente de Murphy. Al llegar, cuando le comunicaron el ataque inminente, su primera reacción fue exclamar airadamente: «Hace mucho tiempo que sabía que los británicos son estúpidos, pero siempre había pensado que los estadounidenses eran más inteligentes. Comienzo a pensar que cometéis tantos errores como ellos».

Tras ciertas discusiones acabó aceptando enviar un mensaje de radio al mariscal Pétain informándole de la situación y pidiéndole autorización para manejarla libremente en nombre del mariscal. Mientras tanto la casa de campo había sido rodeada por una partida armada de franceses contrarios a Vichy, por lo que Darlan estaba prácticamente detenido. No obstante, poco después fueron ahuyentados por un destacamento de guardias móviles que arrestaron a Murphy. Después, Darlan y Juin, que se vigilaban mutuamente como gatos sospechosos, se dirigieron al cuartel general en Argel. Desde allí Juin tomó medidas para recuperar el control, liberando al general Koeltz y otros oficiales detenidos por Mast y sus compañeros, mientras arrestaba a su vez a estos. Sin embargo, Darlan envió otro telegrama a Pétain, justo antes de las 08:00, en el que destacaba: «La situación está empeorando y las defensas pronto serán desbordadas», lo que sugería que sería más inteligente doblegarse ante una circunstancia de fuerza mayor. La respuesta de Pétain le dio la autorización que había solicitado.

Justo después de las 09:00 el encargado de negocios en Vichy, Pinkney Tuck, había ido a ver a Pétain para entregarle una carta de Roosevelt solicitándole su cooperación. Pétain le dio una respuesta, que ya había preparado, expresándole «perplejidad y tristeza» por la «agresión» estadounidense y declarando que Francia resistiría el ataque contra su imperio, incluso por parte de sus viejos amigos: «Esta es la orden que he dado». Sin embargo, su actitud hacia Tuck era muy agradable y no parecía estar triste en absoluto. En efecto, su comportamiento transmitía la impresión de que su respuesta formal pretendía apaciguar las sospechas e intervención alemanas. Pero, unas horas después Pierre Laval, el primer ministro, aceptó, presionado por Hitler, la oferta alemana de ayuda aérea y por la tarde las potencias del Eje se preparaban para enviar fuerzas a Túnez.

Mientras tanto, Darlan, asumió la responsabilidad de transmitir órdenes a las tropas y buques franceses en la zona de Argel para que cesara el fuego.

Aunque esta orden no se aplicaba a las zonas de Orán y Casablanca, Darlan autorizó a Juin a concluir un acuerdo para el conjunto del norte de África. Además, a primera hora de la tarde se acordó que el control de Argel se pasaría a los estadounidenses a las 20:00 y que los aliados podrían usar el puerto desde primera hora de la mañana del 9.

La tarde de ese día vio cómo llegaba Mark Clark para llevar a cabo las negociaciones necesarias, y de Kenneth Anderson para asumir el mando de las tropas aliadas y avanzar en dirección a Túnez. Poco después también llegó Giraud, pero se encontró con que no era bienvenido entre sus compatriotas de alto rango y se refugió con una familia que vivía en un lugar apartado. Mark Clark señala que «prácticamente se ocultó bajo tierra», aunque emergió a la mañana siguiente para acudir a la primera conferencia de Clark con Darlan, Juin y sus principales subordinados.

Clark presionó a Darlan para que ordenara un inmediato alto el fuego en todo el norte del África francesa, y cuando dudó, argumentando que había enviado un resumen de los términos del acuerdo a Vichy y que debía esperar respuesta, Clark comenzó a golpear la mesa y dijo que haría que Giraud diese la orden en lugar de él. Darlan respondió que Giraud no tenía autoridad legal o importancia suficiente para hacerlo. También afirmó que una orden como esa «provocaría la inmediata ocupación del sur de Francia por parte de los alemanes», una previsión que se cumplió pronto. Tras más discusiones, con acompañamiento de golpes en la mesa, Clark le dijo secamente a Darlan que a menos que diera la orden inmediatamente sería detenido. Clark había tenido la precaución de situar a una guardia armada alrededor del edificio. Tras una breve discusión con su Estado Mayor, Darlan aceptó el ultimátum y su orden fue transmitida a las 11:20.

Cuando se informó de esto a Vichy, la propia reacción de Pétain fue de aprobación, pero cuando se enteró Laval, que iba de camino a Múnich, en respuesta a una brusca convocatoria por parte de Hitler, se puso en contacto telefónico con Pétain y le indujo a que la anulara. A primera hora de la tarde Clark se enteró de que Vichy había rechazado el armisticio. Cuando Clark informó de ello a Darlan, dijo abatido: «No hay nada que pueda hacer, excepto revocar la orden que he firmado esta mañana». A continuación, Clark replicó: «No harás nada parecido. No se revocarán esas órdenes y, para asegurarme de ello, estás detenido». Darlan, que ya había insinuado esta solución, se mostró muy dispuesto a aceptarla y envió esta respuesta a Pétain: «Anulo mis órdenes y me convierto en prisionero». La anulación solo estaba destinada a Vichy y a los oídos alemanes. Al día siguiente, presionado por

Hitler a través de Laval, Pétain anunció que se había transferido toda autoridad en el norte de África de Darlan a Noguès, pero ya había enviado un mensaje secreto a Darlan diciéndole que la desautorización se había hecho bajo presión alemana y era contraria a sus deseos. Este doble juego era un subterfugio determinado por la peligrosa situación en Francia, pero dejó la situación y a los comandantes franceses en el norte de África —fuera de Argel— aún más confusos.

Afortunadamente Hitler ayudó a clarificar la situación y resolvió sus dudas al ordenar a sus fuerzas que invadieran la parte no ocupada de Francia que, en virtud del armisticio de 1940, había quedado bajo control del Gobierno de Vichy. Los días 8 y 9 de noviembre Vichy había retrasado la respuesta a los ofrecimientos de apoyo armado con los que Hitler los presionaba, planteando reservas que exacerbaron sus sospechas. El día 10 Laval llegó a Múnich para encontrarse con Hitler y Mussolini y esa tarde el primero le insistió en que los puertos y bases aéreas de Túnez debían ponerse a disposición de las fuerzas del Eje. Laval siguió intentando dar evasivas, diciendo que Francia no podía aceptar la entrada de los italianos y que, en cualquier caso, solo Pétain podía tomar esa decisión. Hitler perdió la paciencia y poco después de terminar el encuentro dio órdenes para que sus fuerzas entraran en la parte no ocupada de Francia a medianoche, un movimiento que estaba preparado, así como capturar las bases aéreas y navales tunecinas, junto con los italianos.

El sur de Francia fue rápidamente ocupado por las fuerzas mecanizadas alemanas, mientras que seis divisiones italianas avanzaron desde el este. Los aviones alemanes comenzaron a llegar a un aeródromo cercano a Túnez en la tarde del día 9, junto a una escolta de tropas para protegerlos en tierra, aunque se vieron confinados al campo de aviación por un cordón de soldados franceses. A partir del 11, se intensificó el puente aéreo, las fuerzas francesas vecinas fueron desarmadas y se enviaron por mar, a Bizerta, tanques, cañones, vehículos de transporte y suministros. A final de mes habían llegado quince mil soldados alemanes, con unos cien tanques, aunque una gran parte era personal administrativo para organizar la base. También llegaron unos nueve mil italianos, en gran medida por carretera desde Trípoli, y fueron utilizados básicamente para defender el flanco sur. Tratándose de un movimiento improvisado apresuradamente, en un momento en que las fuerzas del Eje estaban siendo muy presionadas en todas partes, se trató de un buen logro. Sin embargo, la escala de esta fuerza era muy pequeña en comparación con lo que los aliados habían llevado al África del norte francesa y hubiese tenido muy

pocas posibilidades de resistir si el plan de Torch hubiera previsto que una mayor proporción de la fuerza expedicionaria aliada se utilizara en el avance hacia Túnez o si el mando aliado hubiera logrado avanzar más rápido de lo que lo hizo.

La invasión alemana del sur de Francia contribuyó más que cualquier otra cosa a ayudar a la situación aliada en África por el impacto que causó en los mandos franceses. En la mañana del día 11, antes de la llegada de las noticias, había habido otro sube y baja en Argel. El primer signo se produjo cuando Clark fue a ver a Darlan y le presionó para que tomara medidas urgentes, ordenar que la flota francesa en Tolón se desplazara a un puerto del norte de África y al gobernador de Túnez, el almirante Esteva, para que resistiera ante la llegada de los alemanes. Al principio Darlan se mostró evasivo, argumentando que sus órdenes podían no ser obedecidas a la vista de los anuncios por radio en el sentido de que había sido despojado del mando de las fuerzas francesas. Cuando siguió recibiendo presiones, rechazó las exigencias de Clark. Este se marchó de la casa dando un portazo para desahogarse. No obstante, por la tarde recibió un mensaje telefónico en el que le pedían que volviera a ver a Darlan y este, ahora, aceptó plegarse a los deseos de Clark, a la vista de los acontecimientos en Francia, aunque su mensaje para el comandante de la flota en Tolón fue calificado de consejo urgente en lugar de como orden. Otro giro favorable fue que el general Noguès, nombrado sucesor de Darlan por Vichy, aceptó acudir a Argel para un encuentro al día siguiente.

Pese a todo, a primera hora del día 12 Clark tuvo un nuevo sobresalto al enterarse de que la orden de Darlan para resistir en Túnez había sido revocada. Convocó a Darlan y Juin a su hotel y pronto quedó claro que el cambio se debía a este último, que argumentaba que no se trataba de una revocación, sino solo de la suspensión de la orden previa a la espera de la llegada de Noguès, que ahora era su legítimo superior. Tales escrúpulos sobre la legalidad, aunque característicos del código militar francés, a Clark le parecían meras nimiedades legalistas. Aunque se doblegaron ante su insistencia en que la orden sobre Túnez debía reexpedirse de inmediato, sin esperar a la llegada de Noguès, la sospecha de Clark se vio renovada por la reticencia de los franceses a aceptar la participación de Giraud en la reunión. Clark estaba tan exasperado por la dilación que habló de arrestar a todos los líderes franceses a menos que alcanzaran una decisión satisfactoria en veinticuatro horas.

Mientras tanto, la posición de Darlan en relación con los otros líderes franceses en África se había endurecido por la recepción de un segundo mensaje clandestino de Pétain reafirmando su confianza en Darlan y haciendo hincapié en que él mismo estaba íntimamente de acuerdo con el presidente Roosevelt, aunque no podía ser totalmente sincero por la presencia alemana. Esto ayudó a Darlan, que tenía un sentido más agudo de la realidad que muchos de sus compatriotas, a conseguir la aceptación por parte de Noguès y los demás de un acuerdo de trabajo con los aliados, incluyendo el reconocimiento de Giraud. Sus discusiones en otro encuentro el día 13 fueron aceleradas por una nueva amenaza de detención de los franceses por parte de Clark. Esa tarde se logró el acuerdo que fue rápidamente apoyado por Eisenhower, quien había llegado de Gibraltar. Según los términos del acuerdo Darlan sería alto comisionado y comandante en jefe de las fuerzas navales; Giraud de las fuerzas terrestres y aéreas; Juin, del sector este; Noguès del sector oeste, así como residente general del Marruecos francés. La cooperación activa con los aliados en la liberación de Túnez debía comenzar de inmediato.

Eisenhower apoyó el acuerdo de inmediato puesto que había llegado a la conclusión, al igual que Clark, de que Darlan era el único que podía llevar a los franceses al bando aliado y también porque recordaba la observación que le había hecho Churchill justo antes de salir de Londres: «Si pudiera reunirme con Darlan, por mucho que le odie, me arrastraría con manos y rodillas durante un kilómetro si al hacerlo pudiera conseguir que trajera su flota al círculo de las fuerzas aliadas». Roosevelt y Churchill no tardaron más en apoyar la decisión de Eisenhower.

Sin embargo, ese «acuerdo con Darlan», que durante mucho tiempo había sido presentado en la prensa como una siniestra figura pronazi, provocó un aluvión de protestas en Gran Bretaña y Estados Unidos, un aluvión peor que el previsto por Churchill o Roosevelt. En Gran Bretaña fue mayor, ya que De Gaulle vivía allí y sus partidarios hicieron todo lo posible por aumentar el estallido de indignación popular. Roosevelt trató de calmar el alboroto mediante una declaración pública explicativa en la que hizo suya una frase de un telegrama privado de Churchill dirigido a él, en el que decía sobre el acuerdo con Darlan: «(...) es solo un recurso temporal, justificado solamente por la presión de la batalla». Además, en una conferencia de prensa extraoficial lo describió como la aplicación de un viejo proverbio de la Iglesia ortodoxa: «Hijos míos, os está permitido, en tiempos de grave peligro, caminar con el diablo hasta que hayáis cruzado el puente».

La manera de Roosevelt de justificar el acuerdo como «solo un recurso temporal» naturalmente tuvo un impacto en Darlan, que sintió que había sido engañado. En una carta de protesta a Mark Clark señalaba amargamente que tanto las declaraciones públicas como las privadas parecían mostrar que era visto solo «como un limón que los americanos tirarían después de haberlo exprimido hasta dejarlo seco». La declaración de Roosevelt molestó aún más gravemente a los comandantes franceses que habían apoyado a Darlan para alcanzar un acuerdo con los aliados. Eisenhower, muy trastornado, envió un telegrama a Washington recalculando que «el actual sentimiento francés no se parece, ni remotamente, a los cálculos previos, y es de la máxima importancia que no se lleve a cabo ninguna acción precipitada que trastorne este equilibrio que hemos logrado establecer». El general Smuts, que voló a Argel en su viaje de vuelta de Londres a Sudáfrica, telegrafió a Churchill: «En lo que se refiere a Darlan, las declaraciones publicadas han tenido un efecto perturbador en los líderes locales franceses, y sería peligroso seguir por ese camino. Noguès ha amenazado con dimitir y, dado que controla a la población marroquí, los resultados de ese paso podrían ser trascendentales».

Mientras tanto Darlan había llegado a un acuerdo definitivo y detallado con Clark para una acción conjunta. También indujo a los líderes franceses en África occidental a imitar su ejemplo y poner a disposición de los aliados el puerto clave de Dakar y las bases aéreas. No obstante, el día de Nochebuena fue asesinado por un joven fanático, Bonnier de la Chapelle, que pertenecía al círculo realista y gaullista, que había presionado para expulsar a Darlan del poder. Esta eliminación acelerada ayudó a resolver el incómodo problema político de los aliados y a despejar el camino para la llegada de De Gaulle; mientras, los aliados ya habían recogido los frutos de su «acuerdo con Darlan». En sus memorias Churchill comenta que «La muerte de Darlan, aunque criminal, alivió a los aliados de la vergüenza de trabajar con él, y al mismo tiempo les permitió todas las ventajas que podía proporcionarles durante las horas vitales de los desembarcos aliados». Por orden de Giraud el asesino fue juzgado de inmediato por un consejo de guerra y ejecutado rápidamente. Al día siguiente los líderes franceses acordaron elegir a Giraud como alto comisionado en sustitución de Darlan. «Llenó el vacío» durante poco tiempo.

Si los aliados no hubieran logrado la ayuda de Darlan, su problema habría sido mucho mayor. Y es que había cerca de 120 000 tropas francesas en el norte de África: unos 55 000 en Marruecos, 50 000 en Argelia y 15 000 en

Túnez. Aunque muy dispersas, podrían haber constituido una importante resistencia si hubieran seguido luchando contra los aliados.

El único aspecto importante en el que la ayuda y autoridad de Darlan no logró el efecto deseado fue en hacer que la flota francesa se trasladara de Tolón al norte de África. Su comandante, el almirante de Laborde, dudó en responder a los llamamientos de Darlan si no tenía confirmación por parte de Pétain, y un emisario enviado por Darlan para convencerlo fue detenido por los alemanes. Las dudas de Laborde se prolongaron, y su ansiedad disminuyó, por la astucia de los alemanes, que se detuvieron en los alrededores de la base naval y permitieron que siguiera siendo zona no ocupada defendida por tropas francesas. Mientras tanto hicieron un plan para un golpe que capturara la flota intacta y lo pusieron en práctica el 27 de noviembre, después de bloquear las salidas del puerto con minas. Aunque el retraso había anulado la posibilidad de los franceses de abandonar el puerto, lograron llevar a cabo su plan previsto de barrenar la flota antes de que los alemanes la capturaran, cumpliendo de ese modo con las garantías que Darlan había dado a Clark en su primer encuentro en Argel, el 10 de noviembre: «En ningún caso nuestra flota caerá en manos alemanas». La decepción de los aliados por no lograr que [la flota] alcanzara África se compensó con el alivio de ver desaparecer, con su hundimiento, el peligro de que fuera utilizada contra ellos.

Otro motivo de alivio en este período crítico, especialmente los primeros días, fue que España se abstuvo de cualquier intervención y que Hitler no intentó contraatacar desde ese país contra la puerta occidental del Mediterráneo. El Ejército español podría haber inutilizado el puerto y el aeropuerto de Gibraltar mediante el uso de artillería desde Algeciras y, también, haber cortado las comunicaciones entre la fuerza de Patton y los aliados en Argelia, ya que el ferrocarril de Casablanca a Orán pasaba cerca de la frontera del Marruecos español, a tan solo 32 kilómetros. Durante la planificación de Torch los británicos habían dicho que si Franco intervenía, sería imposible mantener el uso de Gibraltar,^[9] mientras que el Estado Mayor de Eisenhower estimaba que se necesitarían cinco divisiones para ocupar el Marruecos español y que la misión llevaría tres meses y medio. Afortunadamente Franco se contentó con estarse quieto como un aliado del Eje «no beligerante», más contento aún por el hecho de que los estadounidenses compraban mercancías españolas y le permitían conseguir petróleo en el Caribe. Además, los archivos del Eje muestran que Hitler (tras su experiencia previa con las habilidades de Franco para esquivar sus deseos de una acción a través de España contra Gibraltar) realmente no contemplaba

ese tipo de contraataque en noviembre de 1942. La idea solo fue planteada de nuevo, en este caso por Mussolini, el siguiente mes de abril, cuando las fuerzas del Eje en Túnez estaban muy presionadas y se temía una próxima invasión aliada de Italia. Incluso después de que Hitler rechazara la petición de Mussolini, porque temía que una acción a través de España encontrase una resistencia feroz y tenaz por parte de su aliado «no beligerante» y porque seguía confiando en que las fuerzas del Eje pudieran mantenerse en Túnez. Esa confianza se apoyaba en el notable éxito de las reducidas fuerzas del Eje enviadas a Túnez a finales de noviembre para frenar el avance aliado.

22

La carrera por Túnez^[1]

El avance hacia Túnez y Bizerta comenzó con un movimiento marítimo, pero de muy pequeña envergadura, al puerto de Bougie, a unos 160 kilómetros al este de Argel y a solo un cuarto de la distancia a Bizerta. Esto suponía una reducción del plan original que, asumiendo una completa y rápida cooperación francesa, debía utilizar paracaidistas y comandos marítimos para la captura de los aeródromos de Bône, Bizerta y Túnez en días sucesivos (el 11, 12 y 13 de noviembre), mientras que una reserva flotante de la fuerza desembarcada en Argel debía dirigirse y capturar el puerto de Bougie y el aeródromo de Djidjelli, a 65 kilómetros de la base avanzada. Sin embargo, dada la incertidumbre posterior a los desembarcos en Argel se consideró que este plan era demasiado arriesgado y se descartaron las operaciones más distantes. En su lugar, el día 9 se decidió ocupar Bougie y el aeródromo y después rápidamente enviar fuerzas al depósito ferroviario de Souk Ahras, cerca de la frontera tunecina, mientras una segunda fuerza transportada por mar y aire ocupaba Bône.

A primera hora de la tarde del día diez dos convoyes muy protegidos zarparon de Argel transportando el 36.^º Grupo de Brigada de la 78.^a División Británica (general de división Vyvyan Evelegh) y los suministros de la expedición. Llegó frente a Bougie a primera hora del día siguiente, pero perdió tiempo desembarcando en playas cercanas, con fuerte oleaje, por prevención frente a un recibimiento hostil, aunque en realidad fue amistoso. Debido al fuerte oleaje el desembarco previsto cerca de Djidjelli no se intentó, y el aeródromo no fue ocupado a tiempo para proporcionar protección

efectiva a los combatientes mediante cazas hasta dos días después, por lo que varios buques fueron destruidos en incursiones aéreas. Sin embargo, a primera hora del día 12 un grupo de comandos se infiltró en el puerto de Bône y un destacamento paracaidista se lanzó sobre el aeródromo. Ambos fueron bien recibidos por los franceses.

El 13, el grupo de brigada en Bougie estaba avanzando, mientras que otros elementos de la división hacían lo propio desde Argel por carretera, seguidos de cerca por la fuerza Blade, una columna acorazada que acababa de desembarcar, compuesta por los regimientos 17.^º y 21.^º de Lanceros y tropas adjuntas, al mando del coronel R. A. Hull. Se trataba del primer contingente de la 6.^a División Acorazada.^[2] Para allanar el camino estaba previsto que el día 15 un batallón de paracaidistas británico fuera lanzado sobre Souk el Arba, a unos 130 kilómetros de Túnez capital, dentro de las fronteras del país y un batallón de paracaidistas estadounidenses cerca de Tébesa para cubrir el flanco sur y asegurarse un aeródromo avanzado. El salto estadounidense se llevó a cabo según lo planeado, y dos días después este batallón al mando del coronel E. D. Raff, dio un salto de 130 kilómetros en dirección sudeste para capturar el aeródromo de Gafsa, a unos 110 kilómetros del golfo de Gabes y del cuello de botella que es la aproximación desde Trípoli. El salto británico se retrasó un día por las condiciones atmosféricas y las tropas terrestres avanzaron tan rápido que también llegaron a Souk el Arba el 16. También para entonces el pequeño puerto tunecino de Tabarka, en el camino a Bizerta, fue alcanzado por otra columna que avanzaba por la carretera de la costa.

Al día siguiente, el 17, el general Anderson dio órdenes de que la 78.^a División «avanzara hacia Túnez y destruyera las fuerzas del Eje después de completar su concentración avanzada». Esa pausa para la concentración, por muy deseable que pareciera, fue desafortunada en vista de la escasez de fuerzas del Eje que habían llegado al lugar hasta ese momento: un regimiento incompleto de paracaidistas, compuesto de dos batallones en Túnez, que habían volado desde Italia el 11, y dos batallones en Bizerta (uno de ingenieros paracaidistas y otro de infantería). El 16 llegó el general Nehring —antiguo comandante del Afrika Korps, gravemente herido en la batalla de Alam Halfa y recién restablecido— con un solitario oficial de Estado Mayor para tomar el mando de unos tres mil hombres que formaban el núcleo del «XC Cuerpo». Incluso a final de mes solo tenía los efectivos propios de una división.

Los alemanes, sin esperar a concentrarse, avanzaron rápidamente hacia el oeste y con esa audacia ocultaban su debilidad. Las tropas francesas en

Túnez, aunque mucho mayores, retrocedieron para evitar un choque prematuro antes de que llegaran los refuerzos aliados. El día 17 un batallón paracaidista alemán (de tan solo unos trescientos hombres), al mando del capitán Knoche, avanzó siguiendo la carretera Túnez-Argel, y el grupo francés apostado allí se retiró al nudo de carreteras de Medjez el Bab (a 56 kilómetros al oeste de Túnez), con su importante puente que cruza el río Medjerda. Allí los franceses recibieron refuerzos durante la noche del 18 por parte de elementos de la fuerza Blade, incluyendo un batallón paracaidista británico y otro batallón de artillería de campaña estadounidense. Los lanceros del 17.^º y 21.^º, con sus tanques, todavía no habían llegado; el escuadrón de vanguardia alcanzó Souk el Arba el 18, pero no fue enviado hacia delante.

A las 04:00 el comandante francés en Túnez, el general Barré, fue convocado para encontrarse con un enviado alemán que le presentó un ultimátum de Nehring para que las tropas francesas se retiraran a una línea cercana a la frontera de Túnez. Barré intentó negociar, pero los alemanes se dieron cuenta de que era solo un intento de ganar tiempo y un reconocimiento a primera hora de la mañana localizó la presencia de tropas aliadas. Así, a las 09:00 interrumpieron las conversaciones y un cuarto de hora después abrieron fuego. Una hora y media más tarde aparecieron los bombarderos en picado alemanes para aumentar el impacto del engaño. A continuación del ataque de los bombarderos, que sacudieron gravemente a los defensores, los paracaidistas alemanes llevaron a cabo dos ataques terrestres y ese aire de efecto vigoroso causó una impresión exagerada sobre su fuerza. Los comandantes enemigos pensaban que no podrían aguantar a menos que llegaran refuerzos al rescate y las instrucciones del general Anderson impedían este tipo de ayuda a expensas de completar la concentración aliada para el avance previsto hacia Túnez.

Tras anochecer, el capitán Knoche envió pequeñas partidas para que atravesaran el río a nado, lo que simuló de manera muy efectiva un ataque con fuerzas crecientes. Las tropas aliadas retrocedieron desde el puente, dejándolo intacto. Justo antes de medianoche el comandante británico local llamó al puesto de mando del comandante francés, insistiéndole en que había que llevar a cabo una retirada inmediata a una posición más segura en el terreno elevado a trece kilómetros detrás. Esta maniobra se realizó y los alemanes ocuparon Medjez el Bab. Fue un ejemplo notable de un engaño logrado por la audacia de un pequeño destacamento de menos de un 10 por ciento de la fuerza defensora.

Más al norte, el batallón de ingenieros paracaidistas del comandante Witzig procedente de Bizerta, con algunos tanques, había avanzado en dirección oeste a lo largo de la carretera de la costa, encontrándose con el batallón de cabeza del 36.^º Grupo de Brigada de Infantería, el 6.^º Real de West Kents, en Djebel Abiod. Sin embargo, aunque los alemanes derrotaron a parte del batallón, este resistió hasta que el resto de la brigada acudió en su ayuda.

Mientras tanto, pequeños grupos alemanes enviados en dirección sur, habían capturado las ciudades clave del camino a Trípoli: Susa, Sfax y Gabes. Unos cincuenta paracaidistas, transportados en avión, engañaron a la guarnición francesa para que evacuaran Gabes. Fueron reforzados el 20 por dos batallones italianos procedentes de Trípoli, que llegaron justo a tiempo de desbaratar una acción sobre Gabes por parte de los paracaidistas estadounidenses del coronel Raff. El 22 una pequeña columna acorazada alemana expulsó a los franceses del nudo de carreteras de Sbeitla, instalando allí a un destacamento italiano antes de regresar a Túnez. No obstante, pronto fueron expulsados por otro destacamento del batallón de Raff.

Aun así, la esquelética fuerza de Nehring no solo había conservado sus cabezas de puente en Túnez y Bizerta, sino que las había extendido a una gran cabeza de puente que abarcaba casi toda la mitad norte de Túnez.

La ofensiva prevista de Anderson para capturar Túnez no comenzó hasta el 25. Durante el lapso de tiempo las escasas fuerzas se habían triplicado, aunque sus elementos de combate cercano incluían solo dos pequeños regimientos de paracaidistas (de solo dos batallones cada uno), un batallón de ingenieros paracaidistas, tres batallones de infantería y dos compañías de un batallón *panzer* (el CXC) con treinta blindados. Estos incluían algunos del nuevo modelo Panzer IV, con el cañón largo de 75 mm, que era un activo importante. Así pues, la extremada disparidad de fuerzas entre el Eje y los aliados había disminuido durante la larga pausa de Anderson cerca de la frontera de Túnez, con el fin de completar el proceso de concentración.

El propio Anderson había expresado sus dudas, el 21, sobre si su fuerza era suficiente como para lograr ese objetivo. Apresuradamente recibió refuerzos con más unidades estadounidenses por orden de Eisenhower, en particular el Comando B de combate de la 1.^a División Acorazada que llegó desde Orán, a 1125 kilómetros al oeste. Los vehículos de ruedas y los semioruga por carretera y los tanques por ferrocarril.^[3] Con todo, solo parte de este material llegó a tiempo para el inicio de la operación.

Fue una ofensiva en tridente: el 36.^º Grupo de Brigada de Infantería por la izquierda, cerca de la costa, la mucho mayor Fuerza Blade en el centro y el 11.^º Grupo de Brigada de Infantería por la derecha, a lo largo de la carretera principal. Cada uno de ellos reforzado por unidades acorazadas y de artillería estadounidenses.

La columna izquierda partió un día más tarde y solo avanzó diez kilómetros en cada uno de los dos primeros días, de manera cautelosa, por la ondulante carretera de la costa. El pequeño batallón de ingenieros paracaidistas de Witzig se replegó ante su avance. El 28 avanzó el doble, pero cayó en una emboscada que había tendido Witzig en un paso cercano al puesto de Djefna, y el batallón adelantado fue diezmado. Un ataque mayor, el día 30, contra una defensa reforzada fue rechazado, y abandonado el intento. Este rechazo, a su vez, condujo al fracaso de una operación anfibia a cargo de un comando anglo-estadounidense que desembarcó en la costa, al norte de Djefna, a primera hora de la mañana siguiente, y bloqueó la carretera al este de Mateur. Esta unidad fue obligada a retirarse tres días después puesto que no había signos de recibir refuerzos y se estaban quedando sin suministros.

La columna central estaba compuesta por la Fuerza Blade, reforzada con la inclusión de un batallón de tanques ligeros (el I Batallón del 1.^{er} Regimiento Acorazado, equipado con blindados Stuart), por lo que ahora contaba con más de cien tanques. El día 25 avanzó casi cincuenta kilómetros hasta el paso de Chouigui, tras abrirse camino a través de una línea de puestos remotos defendida por un destacamento del Eje. Sin embargo, a la mañana siguiente, se produjo un revés por parte de un destacamento alemán, una compañía de *panzer* compuesta por diez tanques y seguida de dos compañías de tropas a pie, que atacó en dirección sur procedente de Mateur. Ocho de los tanques fueron inutilizados, la mayor parte por los cañones antitanque estadounidenses de 37 mm, pero su sacrificio, al crear esta amenaza de flanco llevó al Alto Mando británico a interrumpir el avance de la Fuerza Blade y a distribuir esas unidades para cubrir el flanco de la columna derecha.

Ambos bandos tanteaban en «la bruma de la guerra», pero tales cautelas en un momento crucial contrastaban, de manera imprudente, con la audacia alemana. Más aún cuando la tarde anterior un pequeño destacamento de la Fuerza Blade había dado un susto grave, por casualidad, al Alto Mando alemán. Hull había ordenado al teniente coronel John K. Water, que mandaba el batallón de tanques ligeros estadounidense, que realizara un reconocimiento de los puentes sobre el río Medjerda, cerca de Tebourba y Djedeida. La compañía C, al mando del comandante Rudolph Barlow, fue

encargada de esta misión y así se encontró en un extremo del aeródromo recién inaugurado de Djedeida. Aprovechando la oportunidad, Barlow atravesó el aeródromo, con sus diecisiete tanques y destruyó unos veinte aviones (que según los informes, se exageró hasta cuarenta). Esta profunda penetración, también exagerada en los informes llevándola hasta la posición de Nehring, produjo tal impacto que tuvo que hacer retroceder a sus fuerzas hasta una defensa cercana a Túnez.

La columna derecha aliada, en la carretera principal, fue rápidamente detenida al atacar Medjez el Bab^[4] y una serie de pequeños contraataques provocaron una retirada desorganizada. Sin embargo, tras la caída de la noche del 25, Nehring —alterado por el ataque a Djedeida— ordenó a los defensores que se retiraran, temiendo ser superados por un ataque renovado. La columna aliada, que los seguía, ocupó Tebourba, a unos treinta kilómetros más allá, a primera hora del 27. Pero, al día siguiente, tras un pequeño avance, fue frenado abruptamente en Djedeida, a veinte kilómetros de Túnez, a cargo de un grupo de batallones mixto. El 29 un nuevo ataque también fue rechazado. Entonces el general Evelegh aconsejó realizar una pausa hasta la llegada de refuerzos y haber logrado una mejor protección de los cazas contra los bombarderos en picado alemanes, que habían estado acosando a las tropas aliadas cada vez más, desquiciéndolas.

Tanto Anderson como Eisenhower aceptaron esa recomendación. Este último visitó el área avanzada durante esos dos días y fue recibido por los oficiales estadounidenses con la queja constante «¿Dónde está nuestra maldita fuerza aérea?, ¿Por qué solo vemos Heinies?». En sus memorias señala: «Todas las conversaciones a lo largo del camino resaltaban exageraciones sorprendentes» a propósito de los daños sufridos; no obstante, era de mal agüero escuchar comentarios como: «Seguramente nuestras tropas tendrán que retirarse; los seres humanos no pueden subsistir en estas condiciones».^[5]

Mientras tanto el mariscal Kesselring, que visitó Túnez al mismo tiempo que Eisenhower, reprochaba a Nehring que fuera demasiado cauto y defensivo. No hizo caso de los argumentos sobre la superioridad numérica de los aliados y el hecho de que el flujo de los refuerzos del Eje se viera gravemente afectado por el bombardeo aliado de los aeródromos. Criticó la decisión de retirarse de Medjez el Bab y le ordenó que recuperara el terreno perdido, al menos hasta alcanzar Tebourba. Así, el 1 de diciembre, tres compañías *panzer*^[6] con unos cuarenta tanques y unos pocos elementos de apoyo, que incluían una batería de campaña con tres cañones y dos compañías de cañones antitanque, lanzó un contraataque. El contraataque no iba dirigido

directamente contra la fuerza que había atacado Djedeida, sino con intención de rodearla para alcanzar su retaguardia cerca de Tebourba, partiendo desde el norte hacia el paso de Chouigui, en el flanco. Los alemanes, en dos columnas convergentes, primero atacaron la Fuerza Blade, que sufrió al estar ampliamente repartida en su papel de protección del flanco; parte de ella fue destruida. Después, durante la tarde, los alemanes avanzaron hacia Tebourba, pero fueron detenidos por la acción del fuego de artillería y bombardeo, antes de alcanzar su objetivo y situarse a través de la carretera principal.

No obstante, su presión continuada produjo una amenaza tan próxima a esta arteria que la vanguardia aliada en Djedeida se retiró a una posición más cerca de Tebourba. El día 3 aumentó la presión, se volvió insostenible, y se hizo concéntrica al lanzar Nehring el resto de los destacamentos alemanes disponibles en la zona, dejando solo un puñado de hombres para defender la ciudad de Túnez. Esa noche las fuerzas de vanguardia aliadas fueron expulsadas de Tebourba y apenas lograron escapar, utilizando una pista de tierra a lo largo de la orilla del río, lo que supuso el abandono de gran parte de su material y medios de transporte. En su contraataque los alemanes hicieron más de mil prisioneros y su «embolsamiento» también incluyó más de cincuenta tanques.

Hay que mencionar que los recientes refuerzos alemanes incluían cinco de los nuevos tanques Tiger de 56 toneladas y un largo cañón de 88 mm. Estos monstruos eran un «arma secreta», pero Hitler había decidido enviar unos cuantos a Túnez para probarlos en el combate y dos de ellos fueron agregados al grupo de combate de Djedeida en su lucha para hacerse con Tebourba.

Durante los días siguientes los comandantes aliados planearon una pronta reanudación de su ofensiva, con fuerzas crecientes. Sin embargo, pronto sus expectativas se redujeron por la temprana acción de Nehring para ampliar sus conquistas. Ahora planeaba utilizar su pequeña fuerza acorazada para reconquistar Medjez el Bab mediante una amplia maniobra de flanqueo al sur del río Medjerda. Allí, se acababa de desplegar el Mando de Combate B de la 1.^a División Acorazada de Estados Unidos, con vistas tanto a reanudar el avance como a mantenerlo separado del británico, de modo que pudiera combatir como un equipo integrado. Se situó un destacamento avanzado en Djebel el Guessa, un terreno elevado al sudoeste de Tebourba que dominaba la planicie más al sur. Como un movimiento preliminar a su propio movimiento de flanqueo, los alemanes atacaron este punto de observación a primera hora del 6 de diciembre, superando a sus defensores, que habían quedado desorganizados en un apresurado intento de retirada. Aunque se

habían enviado refuerzos, fueron lentos en ponerse en marcha y, cuando llegaron al lugar, fueron rechazados con graves pérdidas.

Este nuevo ataque alemán, y la amenaza que representaba, provocó que el recién llegado comandante del 5.^º Cuerpo británico, el teniente general Allfrey, ordenara la retirada de sus tropas al norte del río, desde su posición próxima a Tebourba, hasta otra cercana a la cota 290 (que los británicos habían bautizado como Longstop Hill) y también más cerca de Medjez el Bab. Además, preconizó una retirada más profunda, hasta una línea al oeste de Medjez el Bab. Esta propuesta fue apoyada por Anderson, pero rechazada por Eisenhower. Con todo, Longstop Hill fue evacuada.

El día 7, al escribir a un amigo, el general Handy, Eisenhower señaló: «Creo que la mejor manera de describir nuestras operaciones hasta la fecha es que han transgredido todos los principios reconocidos de la guerra, entran en conflicto con todos los métodos operativos y logísticos que aparecen en los manuales y serán condenados en su integridad en todas las clases de Leavenworth y el War College^[7] durante los próximos veinticinco años».

Al reanudar su avance de flanco el 10 de diciembre, con una fuerza que incluía unos treinta tanques medios y dos Tiger, los alemanes fueron frenados a unos tres kilómetros de Medjez el Bab por una batería francesa hábilmente ubicada. Quedaron empantanados temporalmente cuando trataron de abandonar la carretera para flanquearla, y después se vieron obligados a retirarse por una amenaza estadounidense en la retaguardia, a cargo de un destacamento del Mando de Combate B. Sin embargo, lograron un éxito indirecto e inesperado cuando el Mando de Combate B comenzó a retirarse al anochecer desde su posición expuesta, cayeron en la confusión, cambiaron de dirección por el falso rumor de una amenaza alemana y se alejaron por un camino pantanoso cercano al río, donde muchos de sus tanques y otro tipo de vehículos quedaron varados y fueron abandonados. Este desastre fue momentáneamente paralizante, así como muy comprometedor para la perspectiva de una rápida reanudación del avance aliado en dirección a Túnez. Por el momento el Mando de Combate B solo tenía cuarenta y cuatro tanques que pudieran entrar en acción, apenas un cuarto de sus efectivos normales. Los dos contraataques alemanes habían malogrado de manera muy efectiva los planes y perspectivas aliadas.

Mientras tanto el coronel general Jürgen von Arnim había sido enviado por Hitler para que se hiciera cargo del mando supremo de las fuerzas del Eje, rebautizadas como el 5.^º Ejército Panzer. Tomó el relevo de Nehring el día 9 y, con la llegada de refuerzos, procedió a ampliar los dos perímetros que cubrían

Túnez y Bizerta hasta lograr una cabeza de puente general, formada por una cadena de puestos defensivos de 160 kilómetros, que se extendía desde la costa a una treintena de kilómetros al oeste de Bizerta hasta Enfidaville en la costa este. Estaba dividida en tres sectores: el septentrional defendido por la improvisada División Von Broich (bautizada en honor a su comandante), la central (desde el oeste de Chouigui hasta justo después de Pontdu-Hahs) por la 10.^a División Panzer, que había ido llegando en goteo, y el sector sur por la división italiana Superga. La inteligencia aliada estimaba que las fuerzas del Eje a mediados de diciembre consistían en unos veinticinco mil efectivos de tropas de combate y diez mil miembros del personal administrativo, con ochenta tanques, una estimación que excedía la realidad. Las fuerzas aliadas de combate eran casi cuarenta mil —unos veinte mil británicos, doce mil estadounidenses y siete mil franceses— y su número total era mucho mayor, puesto que la organización administrativa era más abundante.

Los retrasos en la concentración de tropas, debidos en parte al mal tiempo, llevaron a Anderson a posponer la reanudación de la ofensiva. No obstante, el 16 decidió que debía empezar el 24, con el fin de aprovechar la luna llena para llevar a cabo un ataque nocturno de infantería. Debía ejecutarlo la 78.^a División británica y la 6.^a Acorazada, junto a parte de la 1.^a División de Infantería de Estados Unidos.

Con el fin de lograr espacio para el despliegue, se realizaron ataques preliminares para recuperar Longstop Hill, así como la cota 466 en la línea de aproximación a Tebourba más al norte. Ambos ataques padecieron la confusión del mal tiempo y acabaron convirtiéndose en prolongados combates de ida y vuelta, por lo que el ataque principal tuvo que posponerse. El día 25 los alemanes habían recuperado completamente sus posiciones originales y, de forma natural, bautizaron Longstop Hill como Christmas Hill.^[8]

Ya el día de Navidad Eisenhower y Anderson habían decidido, a regañadientes, abandonar la ofensiva prevista a la luz de estos reveses y de la lluvia torrencial, que estaba convirtiendo el campo de batalla en un cenagal. Los aliados habían perdido «la carrera hacia Túnez».

Sin embargo, por ironías del destino, este fracaso se convirtió en una de las mayores bendiciones ocultas que podían haber ocurrido. Y es que, sin él, Hitler y Mussolini no hubieran tenido el tiempo o el valor de mandar refuerzos muy importantes a Túnez y concentrar la defensa de esa cabeza de puente hasta convertirla en una fuerza de más de un cuarto de millón de hombres, que tenía que combatir con un enemigo que dominaba el mar a su espalda y que, si era derrotado, se vería atrapado. Cuando las fuerzas del Eje

acabaron siendo vencidas, en mayo, el sur de Europa quedó prácticamente desguarnecido, de modo que la invasión aliada de Sicilia, en julio, se convirtió en un paseo. Y es que un fracaso aliado en diciembre que condujera a un enorme «embolsamiento» en mayo, muy probablemente hubiera llevado a que el regreso aliado a Europa continental fuera repelido. Lo que a Churchill le gustaba llamar «el vientre fofo» era tan montañoso que se hubiera convertido en un terreno muy duro para la fuerza invasora, y solo se volvió fofo cuando no tuvo defensores.

23

Cambia la tendencia en el Pacífico

Los objetivos de la ofensiva japonesa en el Pacífico, establecer lo que ese país llamaba «Esfera de Coprosperidad de la Gran Asia Oriental», prácticamente se había logrado en cuatro meses^[11]. Para entonces Malasia y las Indias Orientales Neerlandesas habían sido completamente conquistadas, así como Hong Kong; también casi todas las Filipinas y la parte sur de Birmania. Transcurrido otro mes, la rendición de la isla fortaleza de Corregidor provocó la caída del último bastión estadounidense en Filipinas. Una semana después los británicos fueron expulsados de Birmania, de regreso a India, y, en consecuencia, China fue aislada de sus aliados. Esta enorme carrera de conquistas solo había supuesto, para Japón, la pérdida de quince mil hombres, trescientos ochenta aviones y cuatro destructores.

Tras esta serie de fáciles triunfos los japoneses, como es natural, eran reticentes a pasar a la defensiva, tal y como dictaba su plan estratégico. Temían que ese cambio pudiera provocar un declive gradual del espíritu de combate y que proporcionara a sus oponentes occidentales, mucho más poderosos económicamente, un respiro para recuperarse. En especial la Marina japonesa estaba deseosa de eliminar las dos posibles bases para un regreso de Estados Unidos al Pacífico: Hawái y Australia. Tal y como señalaban, la fuerza de portaaviones de la Marina estadounidense seguía pudiendo operar desde Hawái, mientras que, obviamente, Australia se estaba transformando en un trampolín, además de en una fortaleza.

El Ejército japonés, centrado en China y Manchuria, era reticente a liberar las tropas necesarias para una expedición de este tipo, que, especialmente en

el caso de Australia, debería ser de envergadura. Ya había descartado colaborar en un plan del Estado Mayor de la Flota Combinada para capturar Ceilán.

Sin embargo, la Marina, confiaba en que, mediante otro ataque con éxito en cualquiera de las dos direcciones podría superar las reticencias de los jefes del Ejército, llevándolos a proporcionar los hombres necesarios para cualquier de esas expediciones, aunque estaba dividida sobre cuál sería la mejor dirección a seguir. El almirante Yamamoto y el Estado Mayor de la Flota Combinada estaban a favor del plan para capturar la isla de Midway (a 1770 kilómetros al oeste de Pearl Harbor) como cebo para obligar a entrar en acción a la Flota del Pacífico de Estados Unidos y aplastarla. No obstante, el Estado Mayor Naval era partidario de un avance a través de las islas Salomón para capturar Nueva Caledonia, Fiji y Samoa y, mediante la captura de esta cadena de islas, bloquear las rutas navales entre Estados Unidos y Australia. Un argumento importante para aplicar este último plan, aislar Australia, era que los japoneses ya habían recorrido un largo camino en el proceso de completar el aislamiento. Y es que a finales de marzo habían avanzado desde Rabaul hasta las islas Salomón, así como hasta la costa norte de Nueva Guinea.

El debate entre los planes navales alternativos se interrumpió, y desvió, por la incursión aérea estadounidense en Tokio, el 18 de abril de 1942.

La incursión en Tokio

Este ataque aéreo contra la capital de Japón, el corazón de su patria, se inspiró en la idea de venganza por Pearl Harbor, y su planificación había comenzado en enero. Dado que la distancia desde cualquier base estadounidense era demasiado lejana, necesariamente la incursión debía realizarse desde portaaviones. Pero, como era sabido que los japoneses tenían un sistema de patrullas navales que operaban a ochocientos kilómetros del país, los aviones debían iniciar su recorrido desde una distancia de unos novecientos kilómetros, lo que suponía un vuelo de al menos 1770 kilómetros entre la ida y la vuelta. Esto era excesivo para los aviones de la Marina. Además, los escasos, y valiosos, portaaviones de la Marina estadounidense se pondrían en peligro si tuvieran que esperar en la zona hasta que regresaran los aviones de la incursión. Así pues, se decidió utilizar los bombarderos de la Fuerza Aérea

estadounidense, de mayor alcance, y que podrían volar en dirección oeste, tras bombardear Tokio y aterrizar en aeródromos chinos.

Eso suponía un vuelo de más de 3200 kilómetros y la posibilidad de despegar desde portaaviones. Por tanto, se eligió el B-25 Mitchell. Estos bombarderos, con depósitos de gasolina añadidos, podían transportar una bomba de más de novecientos kilogramos a una distancia de casi cuatro mil kilómetros. Los pilotos, al mando del teniente coronel James H. Doolittle, ensayaron despegues cortos y largos vuelos sobre el mar. Solo se utilizaron dieciséis aviones, ya que eran demasiado grandes como para ser guardados bajo cubierta y, además, necesitaban suficiente espacio para el despegue.

El 2 de abril, el portaaviones elegido para la misión, el Hornet, partió de San Francisco con su escolta de cruceros y destructores. El 13 se les unió la Task Force (Fuerza Operativa) número 16, organizado en torno al portaaviones Enterprise, que debía suministrar apoyo aéreo, ya que los aviones del propio Hornet estaban almacenados bajo cubierta. A primera hora del 18 la fuerza de portaaviones fue avistada por un buque patrulla japonés a más de mil kilómetros de Tokio. El comandante de las fuerzas navales, el vicealmirante William F. Halsey, deliberó con Doolittle, y estuvieron de acuerdo en que sería mejor hacer despegar los bombarderos de inmediato, a pesar de la distancia adicional que suponía ese movimiento. Demostró ser una decisión inteligente y afortunada.

Tras despegar con mar gruesa, entre las 08:15 y las 09:24, los bombarderos llegaron a Japón en cuatro horas, tomando por sorpresa a las defensas, y lanzaron sus bombas (incluyendo las incendiarias), sobre Tokio, Nagoya y Kobe. Despues volaron hasta China, ayudados por el viento de cola. Desgraciadamente, por culpa de un malentendido, el aeródromo de Chuchow no estaba listo para recibirlos, por lo que las tripulaciones tuvieron que realizar un aterrizaje forzoso o lanzarse en paracaídas. De un total de ochenta y dos hombres, volvieron setenta; del resto, tres fueron ejecutados por los japoneses por bombardear objetivos civiles. Los dos portaaviones escaparon indemnes, y llegaron a Pearl Harbor el 25.

Otro elemento afortunado fue que, a pesar de la advertencia del buque patrulla, los japoneses esperaban que la incursión se produjese un día después de cuando tuvo lugar, el 19, cuando, tal y como reconocieron, los portaaviones estarían lo suficientemente cerca como para lanzar a sus bombarderos navales. Para entonces las fuerzas aéreas hubieran estado preparadas y los portaaviones del almirante Nagumo habrían alcanzado su posición prevista para un contraataque.

El resultado principal de la incursión fue el estímulo que supuso para la moral estadounidense, muy alterada por Pearl Harbor. También obligó a los japoneses a mantener cuatro grupos de cazas en su territorio para la defensa de Tokio y de otras ciudades, mientras otra distracción resultante fue el envío de una expedición punitiva de cincuenta y tres batallones a la provincia de Chekiang, donde aterrizaron los bombarderos estadounidenses. Otra consecuencia, aún más importante, que provocó de manera inherente la dispersión de fuerzas, fue la decisión de posponer otras incursiones al adoptar la operación de Midway, así como el impulso para aislar Australia de Estados Unidos. Este doble esfuerzo se hizo en detrimento de la concentración de fuerza y resultados.

Siguiendo el plan revisado japonés, el primer movimiento, también doble, era un avance para profundizar en las islas Salomón, con intención de capturar Tulagi como base aérea para defender un futuro avance en dirección sudeste, unido a la toma de Port Moresby en la costa sur de Nueva Guinea, lo que dejaría Queensland al alcance de los bombarderos japoneses. Después, la Flota Combinada al mando de Yamamoto debía llevar a cabo la ocupación de las islas Midway y de puntos clave de las Aleutianas occidentales. Tras la deseada destrucción de la Flota del Pacífico estadounidense, el tercer movimiento sería reanudar el avance en el sudeste para bloquear las rutas marítimas desde Estados Unidos a Australia.

El primero de estos movimientos produjo la batalla del mar del Coral, el segundo la de Midway y el tercero el intenso y prolongado combate de Guadalcanal, la mayor isla cercana a Tulagi.

Un efecto irónico, e indirecto, de este plan diverso japonés fue que ayudó a contrarrestar una fractura del plan estadounidense y de los preparativos.

A principios de abril Estados Unidos había asumido la responsabilidad de toda el área del Pacífico, excepto Sumatra, mientras que los británicos seguirían siendo responsables de Sumatra y la zona del océano Índico. China era un teatro de guerra separado, bajo la tutela estadounidense. La esfera americana se dividía en dos: la región del sudoeste del Pacífico al mando del general MacArthur, cuyo cuartel general se fijó en Australia, y toda la zona del Pacífico, bajo el mando del almirante Chester W. Nimitz. Ambos eran hombres fuertes y energéticos, tendentes a chocar entre sí. El plan japonés ofrecía un amplio ámbito y extensión para la actividad de ambos. Además, la frontera entre sus esferas respectivas pasaba por las islas Salomón, donde la amenaza anfibia japonesa requería el uso conjunto de las fuerzas terrestres de

MacArthur y de las navales de Nimitz. De ese modo, tuvieron que desarrollar un entendimiento para trabajar juntos.

La batalla del mar del Coral

Las fuerzas terrestres y aéreas japonesas destinadas al primer movimiento se concentraron en Rabaul, Nueva Bretaña, y las navales en Truk, en las islas Carolinas, a 1600 kilómetros al norte. Tras de los grupos anfibios destinados a las dos invasiones había una fuerza de portaaviones lista para repeler cualquier intervención estadounidense. Incluía los portaaviones Zuikaku y Shokaku, con una escolta de cruceros y destructores, que transportaban ciento veinticinco aviones (cuarenta y dos cazas y ochenta y tres bombarderos). Otros ciento cincuenta aviones en Rabaul estaban listos para intervenir.

La inteligencia estadounidense, la principal ventaja de los aliados, había descubierto las líneas maestras del plan japonés, y el almirante Nimitz envío todas sus fuerzas disponibles hacia el sur: los portaaviones Yorktown y Lexington desde Pearl Harbor, con 141 aviones (42 cazas y 99 bombarderos) y dos grupos de cruceros para escoltarlos. (A los otros dos portaaviones estadounidenses, el Enterprise y el Hornet, que estaban regresando de su participación en la incursión aérea en Tokio, también se les ordenó que acudieran rápidamente al mar del Coral, aunque llegaron demasiado tarde como para participar en la batalla).

El 3 de mayo los japoneses desembarcaron en Tulagi y capturaron sin resistencia la isla, ya que la guarnición australiana, que había sido informada con antelación, se había retirado. En aquel momento el Lexington estaba repostando en el mar, mientras que el Yorktown, mandado por el contraalmirante Fletcher, estaba más alejado de la zona. Sin embargo, al día siguiente lanzó una serie de ataques cuando estaba a 160 kilómetros de Tulagi. Estos tuvieron poco efecto, más allá de hundir un destructor japonés. El Yorktown tuvo la fortuna de escapar de las represalias, ya que los dos portaaviones japoneses habían sido enviados a Rabaul para entregar un puñado de cazas, con el fin de ahorrarse otra misión de transporte. Este fue el inicio de una serie de errores y malentendidos en ambos bandos de los cuales, al final, los estadounidenses sacaron provecho.

El grupo de portaaviones del almirante Takagi se dirigía entonces hacia el sur, pasando por el este de las Salomón y alrededor del mar del Coral, con la esperanza de alcanzar por detrás a los portaaviones estadounidenses. Mientras

tanto el Lexington se había reunido con el Yorktown y ambos avanzaban hacia el norte para interceptar la fuerza invasora japonesa camino de Port Moresby. El 6 de mayo —el día negro de la rendición de Corregidor— los dos grupos de portaaviones enemigos se buscaban sin hacer contacto, aunque en algún momento llegaron a estar a tan solo 110 kilómetros de distancia.

A primera hora del 7 los aviones de reconocimiento japoneses informaron de que habían localizado un portaaviones y un crucero, tras lo cual Takagi ordenó de inmediato un ataque de bombardeo generalizado contra los buques y rápidamente hundió ambos. En realidad, solo eran un buque cisterna y un destructor de escolta, por lo que se trató de una pérdida de tiempo y esfuerzo. Esa tarde intentó otro ataque, menor, pero el resultado fue que perdió veinte de los veintisiete aviones que utilizó. Mientras tanto el portaaviones de Fletcher también se extravió por culpa de falsos informes y dedicó sus esfuerzos a un ataque contra las fuerzas de cobertura inmediata de la invasión de Port Moresby. En esta incursión hundieron el portaaviones ligero Shoho en diez minutos, uno de los hundimientos más rápidos de toda la guerra. Una consecuencia más importante fue que los japoneses decidieron posponer la invasión y ordenaron la retirada de sus fuerzas. Tuvo un efecto benéfico irónico el error de atacar el buque equivocado. También fue uno de los varios disparos a ciegas del día.

Durante la mañana del 8 de mayo las dos fuerzas de portaaviones opuestas por fin se enfrentaron. Ambos bandos estaban equilibrados, los japoneses con ciento veintiún aviones y los estadounidenses con ciento veintidós, mientras que sus buques de escolta tenían casi la misma fuerza: cuatro cruceros pesados y seis destructores en el bando japonés, por cinco y siete, respectivamente, en el estadounidense. Sin embargo, los japoneses se movían en una zona de nubes, mientras que los estadounidenses tenían que desplazarse bajo un cielo despejado. La principal consecuencia de esto fue que el portaaviones Zuikaku escapó a la atención de los estadounidenses. En cambio, el Shokaku fue alcanzado por tres bombas y tuvo que retirarse del campo de batalla. En el otro bando, el Lexington recibió el impacto de dos torpedos y otras tantas bombas, con lo que las subsiguientes explosiones internas obligaron al abandono de este barco muy apreciado, que los marineros llamaban «Lady Lex». El ágil Yorktown escapó con un solo impacto de bomba.

Durante la tarde Nimitz ordenó a la fuerza de portaaviones que se retirara del mar del Coral y que lo hiciera de inmediato, ya que la amenaza contra Port Moresby se había desvanecido por el momento. Los japoneses también

se retiraron del lugar, con la errónea creencia de que ambos portaaviones estadounidenses habían sido hundidos.

En pérdidas absolutas los estadounidenses salieron ligeramente mejor parados en aviones, 74 frente a más de 80, mientras que solo perdieron a 543 hombres frente a más de 1000 enemigos, aunque se habían quedado sin un portaaviones pesado frente a uno ligero de los japoneses. Lo que fue aún más importante es que los estadounidenses habían frustrado el objetivo estratégico enemigo: la captura de Port Moresby en Nueva Guinea. Para entonces, gracias a una superioridad en desempeño técnico lograron reparar el Yorktown a tiempo para la siguiente fase del conflicto del Pacífico, mientras que ninguno de los dos portaaviones japoneses en el mar del Coral podría estar listo para su uso en el segundo, y más decisivo, combate.

La batalla del mar del Coral fue la primera en la historia en que lucharon dos flotas sin que en ningún momento estuvieran una a la vista de la otra, y a distancias de más de 160 kilómetros, frente al límite de 35 kilómetros de los acorazados. Pronto se produciría una repetición a mayor escala.

La batalla de Midway

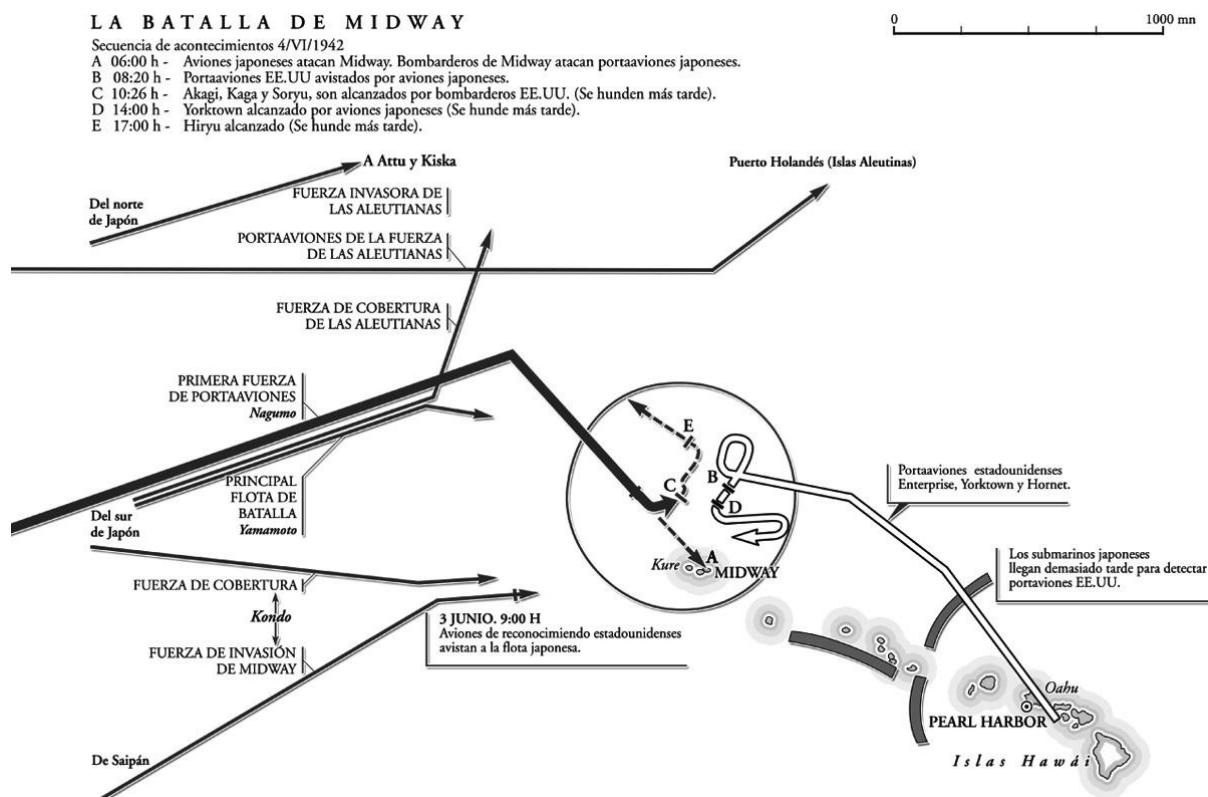
El cuartel general imperial en Japón ya había desencadenado la nueva fase mediante una orden del 5 de mayo. El plan confeccionado por el Estado Mayor de la Flota Combinada, era extraordinariamente completo y elaborado, pero carecía de flexibilidad. Casi toda la armada iba a ser utilizada en la operación. Un total de doscientos navíos, incluyendo ocho portaaviones, once acorazados, veintidós cruceros, sesenta y cinco destructores y veintiún submarinos.

Ayudados por más de seiscientos aviones. El almirante Nimitz solo pudo arañar setenta y seis buques, de los cuales un tercio, perteneciente a la fuerza del Pacífico norte, nunca entró en acción durante la batalla.

Para la operación de Midway los japoneses utilizaron: 1) una fuerza submarina avanzada, que patrullaba en tres cordones y que debía impedir los contraataques de la Marina estadounidense; 2) una fuerza invasora al mando del almirante Kondo, de doce buques escoltados que transportaban a cinco mil hombres, con apoyo cercano de parte de cuatro cruceros pesados y una cobertura más distante de una fuerza que incluía dos acorazados, un portaaviones ligero y otros cuatro cruceros pesados; 3) la Primera Fuerza de Portaaviones de Nagumo, consistente en cuatro portaaviones —con

doscientos cincuenta aparatos a bordo—, escoltada por dos acorazados, dos cruceros pesados y una pantalla de destructores, 4) la principal flota de combate al mando de Yamamoto, con tres acorazados, una pantalla de destructores y un portaaviones ligero. Uno de los acorazados era el gigante, recién construido, Yamato, de 70 000 toneladas y con nueve cañones de 460 mm.

Para la operación en las Aleutianas los japoneses dedicaron: 1) una fuerza invasora de tres transportes escoltados, que llevaban a dos mil cuatrocientos hombres, con un grupo de apoyo de dos cruceros pesados; 2) una fuerza de portaaviones compuesta por dos unidades ligeras y 3) una fuerza de cobertura de cuatro buques antiguos.



La batalla debía comenzar en las Aleutianas, el 3 de junio, con ataques aéreos contra Dutch Harbor, seguidos por desembarcos en tres puntos el día 6. Mientras tanto, el 4, los aviones de Nagumo debían atacar el aeródromo de Midway y, al día siguiente, el atolón de Kure (a unos cien kilómetros al oeste) debía ser ocupado para lograr una base de hidroaviones. El 6 los cruceros

debían bombardear Midway y las tropas desembarcar. La invasión debía ser protegida por los acorazados de Kondo.

Las previsiones de los japoneses eran que no hubiera buques estadounidenses en la zona de Midway hasta después del desembarco, y esperaban que la Flota del Pacífico de ese país se precipitara en dirección norte tan pronto como les llegaran las noticias del ataque aéreo inicial en las Aleutianas. Ello les permitiría atraparlos entre sus dos fuerzas de portaaviones. No obstante, al seguir este objetivo estratégico, la destrucción de los portaaviones estadounidenses, los japoneses se limitaron a sí mismos por sus disposiciones tácticas. Dadas las condiciones favorables por la luna de principios de junio, Yamamoto era reticente a esperar a que el Zuikaku hubiera sustituido sus pérdidas de aviones en el mar del Coral y pudiera reforzar los otros portaaviones. Respecto a los ocho portaaviones disponibles, dos fueron enviados a las Aleutianas y otros dos acompañaban a los grupos de acorazados. Al mismo tiempo, los movimientos de la flota estaban ligados a la velocidad de los lentos buques de transporte de tropas. Además, es difícil comprender el sentido de un movimiento de distracción en las Aleutianas si el principal objetivo japonés era la destrucción de los portaaviones estadounidenses y no solo la captura de Midway. Y lo peor de todo, al comprometerse con la captura de un punto fijo en un momento fijo, los japoneses renunciaban a la flexibilidad estratégica.

Por parte de Estados Unidos, la principal preocupación del almirante Nimitz era la superioridad de las fuerzas japonesas. Desde el desastre de Pearl Harbor ya no tenía acorazados, y tras la batalla del mar del Coral solo contaba con dos portaaviones listos para el combate, el Enterprise y el Hornet. Sin embargo, gracias a un increíble esfuerzo se logró elevar esa cifra a tres mediante la reparación del Yorktown en dos días en lugar de en los noventa previstos.

La enorme, y compensatoria, ventaja de Nimitz era la superioridad de sus medios y fuentes de información. Los tres portaaviones estadounidenses, con sus 233 aviones, estaban estacionados muy al norte de Midway, con el fin de estar fuera del alcance de los aviones de reconocimiento nipones, mientras que podían contar con tener un aviso temprano de los movimientos japoneses gracias a sus Catalina de largo alcance con base en Midway. Así, esperaban poder llevar a cabo un ataque de flanco sobre las fuerzas japonesas. El 3 de junio, el día después de que los portaaviones estuvieran en posición, el reconocimiento aéreo avistó los lentos transportes japoneses a casi mil kilómetros al oeste de Midway. Los vacíos en las pautas de reconocimiento de

los aviones japoneses permitieron a los portaaviones estadounidenses aproximarse desde el noreste sin ser vistos. También los ayudó la creencia de Yamamoto y Nagumo de que la Flota del Pacífico estadounidense no estaba en el mar.

A primera hora del día 4 Nagumo lanzó un ataque con ciento ocho de sus aviones contra Midway, mientras otra oleada de tamaño similar se preparaba para atacar cualquier buque que fuera avistado. La primera oleada infligió graves daños en las instalaciones de Midway, con pocas pérdidas propias, pero informaron a Nagumo de que era necesario un segundo ataque. Dado que sus propios portaaviones eran bombardeados por aviones procedentes de Midway, pensó que aún debía neutralizar los aeródromos de la isla, por lo que ordenó esa segunda oleada cambiando los torpedos por bombas para ese fin, ya que no había señales de los portaaviones estadounidenses.

Poco después, se informó de la presencia de un grupo de buques estadounidenses a unos trescientos kilómetros de distancia, aunque al principio se pensó que solo consistía en cruceros y destructores. No obstante, a las 08:20 se recibió un informe mucho más preciso que decía que ese grupo incluía un portaaviones. Fue un momento difícil para Nagumo, ya que sus bombarderos de torpedos estaban equipados en ese momento con bombas y la mayor parte de los cazas estaban de patrulla. También tenía que recuperar los aviones que regresaban del primer ataque a Midway.

Con todo, el cambio de rumbo en dirección noreste que ordenó Nagumo al recibir las noticias le ayudó a evitar la primera oleada de bombarderos en picado enviados contra él desde los portaaviones estadounidenses. Y cuando tres oleadas sucesivas de bombarderos de torpedos —máquinas relativamente lentas— atacaron los portaaviones japoneses entre las 09:30 y las 10:24, treinta y cinco de los cuarenta y uno utilizados fueron derribados por los cazas o cañones antiaéreos japoneses. En ese momento los japoneses sintieron que habían ganado la batalla.

Pero dos minutos después treinta y siete bombarderos en picado de Estados Unidos procedentes del Enterprise (al mando del teniente comandante Clarence W. McClusky) cayeron desde 5800 metros de manera tan inesperada que no encontraron resistencia. Los cazas japoneses que acababan de combatir la tercera oleada de bombarderos de torpedos no tenían posibilidades de elevarse y contraatacar. El portaaviones Akagi, el buque insignia de Nagumo, fue alcanzado por bombas en el momento en que sus aviones estaban cambiando los proyectiles y explotaron muchos de los torpedos, obligando a la tripulación a abandonar el barco. El portaaviones

Kaga fue alcanzado por bombas que destruyeron el puente y lo incendiaron de proa a popa, por lo que finalmente se hundió por la tarde. El portaaviones Soryu fue alcanzado tres veces por bombas de media tonelada desde aviones en picado del Yorktown, recién llegados a la escena de los combates, y fue abandonado a los veinte minutos.

El único portaaviones japonés que seguía intacto, el Hiryu, atacó al Yorktown y lo dañó tan gravemente durante la tarde que provocó su abandono. Estaba debilitado por los daños y reparación apresurada que había sufrido durante la batalla del mar del Coral. Sin embargo, veinticuatro bombarderos en picado estadounidenses, incluyendo diez del Yorktown, alcanzaron el Hiryu esa misma tarde y lo golpearon de forma tan grave que tuvo que ser abandonado a primera hora del día 5, y resultó hundido a las 09:00.

Esta batalla del 4 de junio fue testigo del más extraordinariamente rápido cambio de fortuna de la historia naval conocida, y también mostró lo aleatorio de las nuevas batallas aeronavales a larga distancia.

La primera reacción del almirante Yamamoto al enterarse del desastre de su fuerza de portaaviones fue reunir sus acorazados y ordenar el regreso de sus dos portaaviones ligeros de las Aleutianas, con la esperanza de restablecer la situación combatiendo una batalla naval al viejo estilo. Sin embargo, las noticias posteriores de la pérdida del Hiryu y los informes pesimistas de Nagumo le llevaron a cambiar de opinión y, a primera hora del día 5, Yamamoto decidió suspender el ataque a Midway. Seguía confiando en arrastrar a los estadounidenses a una trampa, retirándose en dirección oeste, pero se vio frustrado por una buena combinación de audacia y cautela mostrada por el almirante Raymond A. Spruance, que mandaba los dos portaaviones estadounidenses en esta crucial batalla: el Enterprise y el Hornet.

Mientras tanto el ataque japonés contra las islas Aleutianas en el Pacífico norte se había iniciado, según los planes, a primera hora del 3 de junio, cuando dos portaaviones ligeros destinados a la operación lanzaron veintitrés bombarderos, con doce cazas, contra Dutch Harbor. La fuerza era demasiado pequeña como para provocar un efecto profundo, a no ser producto de la suerte, y generó pocos daños, ya que las nubes oscurecieron el terreno. Una repetición de esto, al día siguiente, con un tiempo más despejado, alcanzó algunos objetivos, pero nada drástico. Entonces, el día 5 se ordenó que los portaaviones se dirigieran al sur para ayudar en la operación principal. No obstante, el día 7, la pequeña fuerza de invasión japonesa desembarcó y capturó, sin resistencia, dos de las tres islas —Kiska y Attu— que eran

objetivos de la operación. La propaganda japonesa explotó todo lo que pudo este logro menor, para compensar el fracaso crucial de Midway. Superficialmente, la captura de estos lugares parecía una conquista importante, ya que la cadena de las Aleutianas se extendía por el Pacífico norte cerca de la ruta más corta entre San Francisco y Tokio. En realidad, estas islas desérticas y rocosas, a menudo cubiertas de niebla o batidas por las tormentas, no eran adecuadas como bases aéreas o navales para realizar un avance transpacífico en un sentido o en otro.

En resumen, las operaciones de junio de 1942 fueron una derrota demoledora para los japoneses. En la propia batalla de Midway perdieron cuatro portaaviones y trescientos treinta aviones, la mayoría se hundieron con los primeros, así como un crucero pesado. Por su parte los estadounidenses solo se quedaron sin un portaaviones y unos ciento cincuenta aviones. Los bombarderos en picado habían sido el arma clave en el bando estadounidense. En contraste, más del 90 por ciento de los bombarderos de torpedos habían sido derribados, mientras que los grandes bombarderos B-17 del Ejército se habían mostrado muy ineficaces contra los buques.

Más allá de los errores estratégicos ya mencionados, los japoneses también sufrieron por otros errores de varios tipos. Entre los fallos del «mando» estuvo el aislamiento virtual de Yamamoto, en el puente de mando del acorazado Yamato, la pérdida de valor de Nagumo, y la tradición naval que llevó a Yamaguchi y a otros mandos a hundirse con sus buques en lugar de tratar de recuperar la iniciativa. Nimitz, que permaneció en tierra, pudo mantener un control general de la situación estratégica, en contraste con Yamamoto.

Los problemas de los japoneses se multiplicaron por una serie de errores tácticos: el número insuficiente de aviones de reconocimiento para localizar los portaaviones estadounidenses; la ausencia de cobertura de cazas a gran altitud; las malas medidas antiincendios; atacar con los aviones de los cuatro portaaviones a la vez, lo que significó que tenían que recuperar y rearmar sus aviones al mismo tiempo y, por tanto, que hubo un período en que la fuerza de portaaviones no tenía capacidad de ataque; dirigirse hacia el enemigo mientras tenían lugar los cambios, lo que ofreció a los aviones estadounidenses la posibilidad de localizar las fuerzas de Nagumo de manera más fácil y atacarle antes de que pudiera contestar o, incluso, defenderse con sus cazas. La mayor parte de estos fallos se puede explicar por un exceso de confianza complaciente.

Una vez que los japoneses habían perdido los cuatro portaaviones pesados y sus bien entrenadas tripulaciones aéreas, el mantenimiento de su preponderancia en acorazados y cruceros no contaba mucho. Esos buques solo podían aventurarse en zonas que pudieran ser cubiertas por sus propios aviones con base en tierra, y la derrota japonesa en el prolongado combate por Guadalcanal se debió principalmente a la falta de control aéreo. La batalla de Midway dio un inestimable respiro a los estadounidenses hasta que, al final del año, sus nuevos portaaviones pesados de la clase Essex comenzaron a estar disponibles. Así, es razonable decir que Midway fue en punto de inflexión que anunciaba la derrota final de Japón.

El sudoeste del Pacífico después de Midway

Aun así, y aunque el resultado de la batalla de Midway perjudicó gravemente —de hecho, frenó— el avance japonés en el sudoeste del Pacífico, no lo detuvo. Aunque los japoneses no podían seguir usando su flota para apoyar su avance, decidieron seguir con él, y en dos direcciones: en Nueva Guinea, mediante un ataque terrestre a través de la península de Papúa, al este de esa enorme isla; y en las Salomón, con un proceso de salto de isla en isla, estableciendo aeródromos a lo largo de la cadena para cubrir los pequeños saltos sucesivos.

Nueva Guinea y Papúa

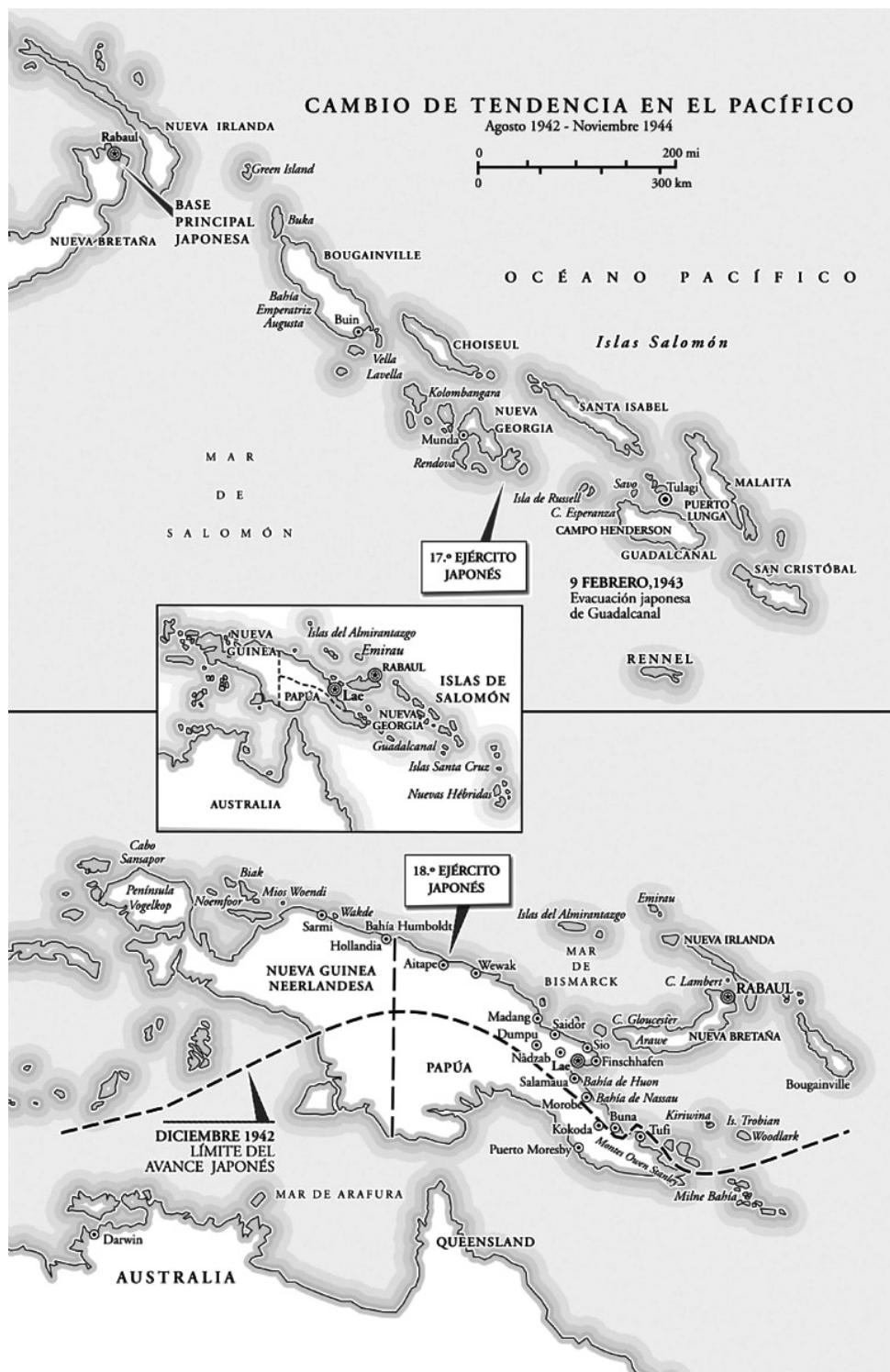
Cuando los japoneses entraron en guerra en diciembre de 1941, la mayor parte de las fuerzas operativas australianas combatían en el 8.^º Ejército británico en el norte de África. Tuvieron que ser convocadas al producirse esta emergencia. En Nueva Guinea, tan amenazadoramente cercana a la propia Australia, la única fuerza considerable era una, del tamaño de una brigada, apostada en Port Moresby, la capital de Papúa, en la costa sur. Las muy pequeñas guarniciones australianas en la costa norte, así como en los archipiélagos de Bismarck y de las Salomón, fueron retiradas tan pronto como se aproximaron los japoneses. Sin embargo, se consideraba fundamental conservar Port Moresby, porque los ataques aéreos japoneses desde ese punto

podrían haber alcanzado el propio estado de Queensland, en territorio australiano. Como es natural los australianos eran sensibles a tal amenaza.

A principios de marzo de 1942 los japoneses, desde Rabaul, habían desembarcado en Lae, en la costa norte de Nueva Guinea, cerca de la península de Papúa. No obstante, como ya se ha relatado, su fuerza expedicionaria transportada por mar, con el objetivo de capturar Port Moresby, fue rechazada a consecuencia de la no concluyente batalla del mar del Coral del mes de mayo. Mientras tanto el general Douglas MacArthur había sido nombrado comandante en jefe aliado de la zona del sudoeste del Pacífico. Y tras la batalla de Midway a principios de junio, la posición aliada se volvió mucho más segura, tanto directa como indirectamente, ya que la mayoría de las tropas australianas habían vuelto a casa, y se estaban formando nuevas divisiones, mientras que Estados Unidos había situado dos divisiones y ocho grupos aéreos en Australia. También en Papúa, aumentó la fuerza australiana, hasta superar el tamaño de una división: dos brigadas en Port Moresby y una tercera en la bahía de Milne, en el punto más oriental de la península, en tanto que dos batallones avanzaban por el camino de Kokoda hacia Buna, en la costa norte, con el objetivo de establecer allí una base aérea para proporcionar cobertura al previsto avance anfibio de los aliados, en dirección oeste, a lo largo de la costa de Nueva Guinea.

Sin embargo, el 21 de julio este movimiento fue frustrado y la amenaza japonesa, que aparentemente se estaba desvaneciendo, revivió cuando los japoneses desembarcaron, con unos dos mil hombres, cerca de Buna, como parte de un intento renovado de capturar Port Moresby, esta vez mediante un ataque terrestre. Los aliados sufrieron otra conmoción cuando, el 29, los japoneses tomaron Kokoda, casi a mitad de camino a través de la península, y para mediados de agosto, con una fuerza que alcanzaba los trece mil hombres, presionaba a los australianos en dirección contraria a través del camino de la jungla. Aunque en este punto la península tenía poco más de 160 kilómetros de ancho, la ruta debía cruzar las montañas Owen Stanley, que en un punto alcanzaba los 2600 metros de altitud y las crecientes dificultades de suministro a través de un terreno tan difícil (como es natural, era peor para el bando atacante) se multiplicaban por los ataques aéreos aliados. En un mes el avance japonés fue detenido a unos cincuenta kilómetros de su objetivo. Mientras tanto, una fuerza japonesa más pequeña (mil doscientos hombres, que llegaron a dos mil tras recibir refuerzos) había desembarcado en la bahía de Milne, el 25 de agosto, y conseguido alcanzar el extremo del

aeródromo tras cinco días de feroz combates. No obstante, los australianos contraatacaron y los japoneses fueron obligados a reembarcar.



A mediados de septiembre MacArthur había concentrado en Papúa el grueso de las divisiones australianas 6.^a y 7.^a, así como un regimiento estadounidense, listos para la ofensiva. El 23 el general sir Thomas Blarney, comandante en jefe australiano de las fuerzas aliadas terrestres, al sudoeste del Pacífico, llegó a Port Moresby para tomar el control de las operaciones. A su vez, sus fuerzas encontraron una resistencia feroz cuando trataron de abrirse camino de regreso a Kokoda, y en Buna, pero las dificultades de suministro fueron aliviadas por el uso del transporte aéreo. A finales de octubre los japoneses fueron desalojados de la última de las tres posiciones sucesivas que habían construido cerca del cruce de Templeton, en la cima de la cresta, y el 2 de noviembre los australianos volvieron a ocupar Kokoda, reabriendo el aeródromo del lugar. Los japoneses trataron de crear un nuevo punto de resistencia en el río Kumusi, pero sus defensas fueron superadas con ayuda del material lanzado en paracaídas, y por la amenaza del flanco a cargo de nuevas tropas australianas y estadounidenses que fueron trasladadas por aire a la costa norte.

Aun así, los japoneses lograron una prolongada resistencia final alrededor de Buna durante el mes de diciembre y no fue hasta que llegaron más refuerzos aliados, por mar y por aire, cuando se liquidó la última resistencia japonesa en la costa, el 21 de enero de 1943. Durante la campaña de seis meses habían perdido más de ciento veinte mil hombres. Las bajas australianas eran de cinco mil setecientas y las estadounidenses de dos mil ochocientas (un total de ocho mil quinientas). Sufrieron tres veces más por enfermedades causadas por el calor húmedo y la malaria de las selvas tropicales. Sin embargo, demostraron que podían vencer a los japoneses, incluso en esas terribles circunstancias de la jungla, y que el poder aéreo, en todas sus formas, proporcionaba una ventaja decisiva.

Guadalcanal

La campaña de Guadalcanal surgió de un deseo natural y compartido del general MacArthur y el almirante Nimitz de explotar el éxito de la victoria de Midway mediante un rápido cambio de la defensiva a la contraofensiva en el Pacífico. Su deseo fue respaldado por sus respectivos jefes en Washington: el general Marshall y el almirante King, siempre y cuando esa ofensiva pudiera conciliarse con la estrategia general, acordada con los británicos, de «derrotar primero a Alemania». Todos coincidían en que el único lugar practicable para

una rápida contraofensiva era el sudoeste del Pacífico. Sin embargo, surgió un conflicto, también de manera natural, sobre quién debería dirigir la contraofensiva. Ahora que la presión enemiga sobre las islas Hawái, en el centro del Pacífico, no solo se había aliviado, sino que había desaparecido, la Marina estaba muy deseosa de jugar un rol completo en lo que básicamente consistía en una operación anfibia. El almirante King aceptó a regañadientes la política de ocuparse primero de Alemania y la concentración de fuerza estadounidense en Gran Bretaña para lograr ese objetivo. Los argumentos británicos en contra de un ataque a través del canal de la Mancha en 1942, hicieron que Marshall virara en redondo hacia la idea de dar prioridad al Pacífico. King estaba encantado de dar la bienvenida a ese cambio de punto de vista, aunque fuese temporal e improbable que el presidente Roosevelt lo apoyara como un cambio de política definitivo.

No obstante, el acuerdo sobre el cambio con relación a la ofensiva en el sudoeste del Pacífico enseguida agudizó la discusión sobre quién debía hacerse cargo y, a finales de junio el debate se volvió apasionado. El resultado fue un compromiso, expresado en la directiva del 2 de julio de la Junta de Jefes de Estado Mayor inspirada por Marshall. La ofensiva se llevaría a cabo en tres fases, la primera consistiría en la ocupación de las islas de Santa Cruz y las Salomón orientales, especialmente Tulagi y Guadalcanal. Con ese objetivo cambió la frontera entre las zonas, de modo que esa región pasó a depender de Nimitz quien, así, llevaría a cabo la primera fase de la ofensiva. La segunda sería la captura del resto de las Salomón y de la costa de Nueva Guinea hasta la península de Huon, justo más allá de Lae, mientras que la tercera fase resultaría en la captura de Rabaul, la principal base japonesa en el sudoeste del Pacífico, así como del resto del archipiélago de Bismarck. Estas dos últimas fases estarían bajo la dirección de MacArthur en virtud de la redistribución de zonas.

El plan resultante del compromiso no satisfacía a MacArthur, quien inmediatamente después de la victoria de Midway abogó por un rápido ataque a gran escala sobre Rabaul, prediciendo confiadamente que podría capturarlo con rapidez con el resto de las islas Bismarck, y hacer retroceder a los japoneses hasta Truk (en las islas Carolinas, a más de 1100 kilómetros de distancia). Sin embargo, se vio obligado a reconocer que no podía esperar obtener la fuerza que consideraba necesaria: una división de marines y dos portaaviones, además de las tres divisiones de infantería con las que ya contaba. De ese modo se adoptó el plan de compromiso en tres fases, que costó llevar a cabo mucho más de lo que los líderes habían esperado.

El plan de los aliados para capturar las Salomón orientales se frustró, tal y como había ocurrido en Papúa. El 5 de julio unos aviones de reconocimiento informaron de que los japoneses habían desplazado algunas unidades desde Tulagi a la cercana, y mayor, isla de Guadalcanal (de 145 kilómetros de largo y 40 kilómetros de ancho). Allí estaban construyendo una pista de aterrizaje en Punta Lunga (posteriormente fue conocido como «campo Henderson»). El peligro obvio de que los bombarderos japoneses operasen desde ese lugar provocó un replanteamiento inmediato de la estrategia estadounidense, y el propio Guadalcanal se convirtió en el objetivo principal. Con una espina dorsal consistente en montañas boscosas, lluvias torrenciales y clima insalubre, no era ningún objetivo favorable.

La dirección estratégica global de la operación, bajo el mando de Nimitz, se encargó al vicealmirante Robert L. Ghormley, comandante en jefe de la zona, mientras que el contraalmirante Fletcher tenía el mando táctico, así como el control de los tres grupos de cobertura de portaaviones alrededor del Enterprise, el Saratoga y el Wasp, respectivamente. El apoyo aéreo con base en tierra procedía de Port Moresby, Queensland y varias pistas de aterrizaje isleñas. La fuerza de desembarco, mandada por el general Alexander A. Vandegrift, incluía la 1.^a División de marines y un regimiento de la 2.^a, un total de diecinueve mil hombres trasladados en diecinueve transportes, con escoltas. Al aproximarse la escuadra no se veían signos del enemigo y, a primera hora del 7 de agosto comenzó el bombardeo aéreo y naval, mientras que los desembarcos se iniciaron a las 09:00. Por la tarde once mil marines habían desembarcado y el aeródromo fue ocupado a la mañana siguiente; descubrieron que casi estaba terminado. Los dos mil doscientos japoneses de Guadalcanal, mayoritariamente trabajadores de la construcción, habían escapado a la jungla. En Tulagi la guarnición japonesa de mil quinientos hombres había presentado una mayor resistencia. No fue hasta la segunda tarde cuando fueron barridos por los seis mil marines que habían desembarcado allí.

La reacción japonesa fue rápida e, irónicamente, aún más por los informes que habían llevado a los japoneses a creer que la fuerza de desembarco estadounidense era solo una parte de su magnitud real. Así, no se detuvieron para preparar una respuesta adecuada, sino que enviaron un goteo de refuerzos, repetidamente crecientes, de modo que lo que ambos bandos habían concebido como un rápido ataque y contraataque se convirtió en una campaña prolongada.

La escolta naval japonesa era más poderosa y sus avances sucesivos provocaron una serie de choques navales cruciales. El primero de ellos, y el peor para los estadounidenses, fue la batalla de la isla de Savo, frente a la costa noroeste de Guadalcanal. En la tarde del 7 de agosto el vicealmirante Mikawa, comandante en jefe japonés en Rabaul, reunió una fuerza de cinco cruceros pesados, con otros dos ligeros y zarpó rumbo a Guadalcanal. Al día siguiente se deslizó sin ser detectada a través de lo que se llamaba «la Ranura», las estrechas aguas entre las dos cadenas de las Salomón; se aproximó a la isla de Savo durante la tarde, justo después de que Fletcher hubiera retirado los portaaviones estadounidenses porque se estaban quedando sin combustible y sin cazas. Aunque la fuerza aliada de cruceros y destructores había adoptado disposiciones precautorias para la noche, la cooperación y vigilancia eran malas. Durante las primeras horas de la mañana Mikawa tomó por sorpresa, sucesivamente, los grupos sur y norte y, en una hora, estaba navegando de vuelta a través de la Ranura, dejando atrás cuatro cruceros pesados hundidos o en fase de hacerlo y otro gravemente dañado (cinco de cinco), mientras que los suyos estaban casi indemnes.

Los japoneses se beneficiaron mucho de sus mayores habilidades en el combate nocturno, ayudados por su instrumental óptico superior y especialmente por sus torpedos *long lance* («lanza larga») de 610 mm. Se trató de una de las peores derrotas de la Marina estadounidense en el mar durante toda la guerra. Afortunadamente para los aliados, Mikawa no completó su misión destruyendo la masa de buques de transporte y suministro que permanecía indefensa en Lunga Roads, sin ser consciente de que los portaaviones aliados habían sido retirados y esperando que se produjera un contraataque por aire si no lograba alcanzar el abrigo relativo de la Ranura. Además, tampoco sabía que los desembarcos estadounidenses en Guadalcanal tenían la gran magnitud que realmente alcanzaron. Un comandante debe ser juzgado a la luz de la información que tiene en el momento de tomar sus decisiones.

Todo lo que quedaba de las fuerzas navales aliadas se retiró al sur esa tarde para evitar nuevos ataques, aunque menos de la mitad de los suministros de alimentos y municiones para los marines se hubieran descargado en ese momento. Las raciones se redujeron a dos comidas al día y durante las siguientes dos semanas los marines estuvieron aislados, sin apoyo naval y sin cobertura aérea hasta que se puso en funcionamiento el campo Henderson el día 20, con la llegada de los primeros escuadrones de aviones de la Marina.

Los japoneses perdieron la oportunidad en gran medida porque habían subestimado mucho los efectivos de los marines desembarcados en Guadalcanal, pensando que eran dos mil hombres y que una fuerza de seis mil sería suficiente para vencerlos y recuperar la isla. Envíaron dos destacamentos avanzados, mil quinientos hombres, transportados por destructores, que desembarcaron al este y el oeste de Punta Lunga el 18 de agosto. Estos hombres atacaron sin esperar el siguiente convoy y pronto fueron barridos por los marines. El siguiente convoy, de solo dos mil hombres, partió de Rabaul el 19. A pesar de ser pequeño, recibió una fuerte ayuda naval, ya que se pretendía que fuera un cebo para hacer caer a la Marina estadounidense en una trampa, como había sido la idea en Midway. La marcha era liderada por el portaaviones ligero Ryujo, él mismo parte del cebo, mientras que, por detrás, le seguían dos acorazados y tres cruceros al mando del almirante Kondo, y más allá los portaaviones Zuikaku y Shokaku mandados por el almirante Nagumo.

El plan japonés dio lugar a lo que se llamó la «batalla de las Salomón orientales», pero no a la trampa que los japoneses pretendían. El almirante Ghormley recibió a tiempo el aviso de su acercamiento por parte de los «vigilantes de la costa», miembros de una organización [Coast Watch Organization] compuesta principalmente por oficiales de inteligencia de la Marina australiana y plantadores locales. Concentró tres grupos operativos navales al sudeste de Guadalcanal, constituidos en torno a los portaaviones Enterprise, Saratoga y Wasp. El Ryujo fue avistado en la mañana del día 24 y hundido durante la tarde por aparatos de los portaaviones estadounidenses. Mientras, también fueron avistados los dos portaaviones pesados japoneses, de modo que cuando llegaron los esperados ataques desde esos buques, los portaaviones estadounidenses tenían todos sus cazas en el aire para hacerles frente, y les infligieron graves pérdidas, derribando más de setenta de los ochenta aviones enemigos que fueron utilizados, con una pérdida propia de solo diecisiete. El Enterprise fue el único buque que sufrió algún daño grave. Después de esta batalla no concluyente, la flota japonesa se retiró durante la noche, al igual que hizo la estadounidense.

Tras este esfuerzo naval infructuoso hubo un momento de calma, excepto en tierra, donde las débiles fuerzas japonesas realizaron esfuerzos sin éxito para alcanzar el campo Henderson, siendo derrotados por los marines, aunque «combatieron hasta la muerte» casi literalmente. Sin embargo, fueron sustituidos por una serie de pequeños destacamentos trasladados por destructores, en una sucesión tan regular que el proceso recibió el nombre,

por parte de los marines, de «Tokio Express». De ese modo las fuerzas terrestres japonesas en Guadalcanal aumentaron ininterrumpidamente, con seis mil hombres más que fueron llevados a la zona para principios de septiembre. En la noche del 13 al 14 de septiembre esta fuerza atacó con ferocidad la posición de los marines (que pasó a ser llamada «la cresta sangrienta»), pero todos sus ataques fueron rechazados y sus pérdidas fueron superiores a mil doscientos hombres.

No obstante, mientras tanto, la Marina estadounidense en la zona se vio gravemente debilitada por la pérdida de los portaaviones Saratoga y Wasp por ataques de submarinos japoneses. El primero de esos buques fue gravemente dañado y el segundo hundido. Dado que el Enterprise seguía en reparación, solo quedaba el Hornet para proporcionar cobertura aérea.

Tras el fracaso de los primeros intentos japoneses de recuperar Guadalcanal, el cuartel general imperial, emitió una nueva directiva el 18 de septiembre que daba prioridad a esa campaña sobre la de Nueva Guinea. Con todo, los japoneses seguían infravalorando mucho el tamaño de la fuerza de los marines en ese escenario, calculándolo en no más de siete mil quinientos hombres. Basándose en ese cálculo estimaban que el envío de una división sería suficiente, utilizando temporalmente su Flota Combinada. El transporte por mar preliminar del primer contingente de refuerzo condujo a otra batalla naval frente a la costa de Guadalcanal, el 11 y 12 de octubre. En este combate, llamado batalla de cabo Esperanza, las pérdidas respectivas no fueron grandes, pero en conjunto favorecieron a los estadounidenses, lo que supuso un tónico moral. No obstante, durante la batalla, los japoneses lograron desembarcar refuerzos que aumentaron el total de sus tropas hasta veintidós mil. Al mismo tiempo, los estadounidenses elevaron las suyas a veintitrés mil, con otros cuatro mil quinientos en Tulagi.

Aun así, mediados de octubre fue el momento crítico de la campaña para ellos, especialmente cuando un bombardeo procedente de dos acorazados japoneses barrió el campo Henderson, incendió los depósitos de combustible y redujo el número de aviones de noventa a cuarenta y dos, además de obligar a los bombarderos pesados del Ejército de Estados Unidos a regresar a las Nuevas Hébridas. Los repetidos bombardeos japoneses suponían una tensión adicional, mientras que el clima húmedo y una dieta inadecuada se estaban cobrando un alto precio.

El 24 de octubre comenzó la ofensiva terrestre japonesa, que se había pospuesto por las lluvias torrenciales y la densidad de la jungla. El ataque principal procedió del sur, pero los marines estaban bien situados en sus

posiciones defensivas y su artillería bien manejada. Los japoneses fueron derrotados, con pérdidas que se medían en miles, comparadas con los pocos cientos del bando estadounidense, y el 26 fueron obligados a retirarse, dejando tras de sí unos dos mil muertos.

Mientras tanto, la Flota Combinada, al mando de Yamamoto, había avanzado con dos portaaviones, otros dos portaaviones ligeros, cuatro acorazados, catorce cruceros y cuarenta y cuatro destructores, desplazándose hacia el noreste de las Salomón, aguardando las esperadas noticias de que el campo Henderson había sido capturado por el ejército. En el bando estadounidense, la potencia naval apenas era la mitad, a pesar de la llegada del nuevo acorazado South Dakota y de varios cruceros. En número de acorazados solo tenían uno frente a cuatro. No obstante, el portaaviones Hornet había sido reforzado por el recién reparado Enterprise, lo cual era más importante en términos de la guerra naval moderna. El nombramiento del almirante Halsey para sustituir al agotado Ghormley también insufló vigor. Las dos flotas se enfrentaron el 26 de octubre en lo que se dio en llamar la «batalla de las islas Santa Cruz», que, de nuevo, fue dominada por las acciones aéreas de ambos bandos. El Hornet fue hundido y el Enterprise dañado, y entre los japoneses tanto el Shokaku como el portaaviones ligero Zuiho sufrieron graves daños, antes de que ambas flotas se retiraran del campo de batalla el 27. Sin embargo, en aviones perdidos los japoneses sufrieron mucho más, con setenta que no regresaron a sus bases, y en el período de diez días que culminó esta batalla perdieron doscientos, a los que había de añadir los trescientos caídos desde la última semana de agosto. Además, los estadounidenses pronto recibieron el refuerzo de más de doscientos aviones, así como el resto de la 2.^a División de Marines y de parte de la División Americal.

Pese a todo, los japoneses recibieron suficientes refuerzos como para continuar con sus intentos, movidos por el orgullo y también engañados por los informes absurdamente optimistas del daño que habían provocado al enemigo. Estos esfuerzos condujeron a los dos choques conocidos como «batalla naval de Guadalcanal». El primero tuvo lugar en las primeras horas del viernes 13 de noviembre, y aunque apenas duró media hora, los estadounidenses vieron hundidos dos de sus cruceros, mientras que el acorazado japonés Hiei fue dañado tan gravemente que tuvo que ser hundido al día siguiente. Fue el primer acorazado perdido por los japoneses en la guerra.

La segunda parte de esta batalla naval tuvo lugar durante la noche del 14 al 15, con los papeles invertidos, cuando los japoneses trataron de trasladar un refuerzo de once mil hombres en un convoy con una gran escolta de destructores al mando del indomable contraalmirante Tanaka, con el apoyo de los buques pesados del almirante Kondo. Durante la aproximación fueron hundidos siete de los transportes, y aunque los otros cuatro llegaron a Guadalcanal, fueron destrozados por los ataques aéreos matutinos, de modo que solo cuatro mil hombres desembarcaron y muy pocos de los suministros que se necesitaban con urgencia.

En la batalla naval propiamente dicha, los destructores estadounidenses sufrieron de gravedad, aunque después el acorazado que le quedaba a Kondo, el Kirishima, fue dañado cuando, a medianoche, los cañones controlados por radar del acorazado estadounidense Washington abrió fuego contra él a una distancia de 7700 metros y lo alcanzó de manera tan demoledora que quedó fuera de combate en siete minutos y pronto tuvo que ser hundido.

Mientras tanto, en tierra, los marines y otras tropas de Estados Unidos, que ahora tenían superioridad en suministros, habían pasado a la ofensiva y estaban ampliando su perímetro. A finales de mes la fuerza aérea de ese país en la isla se había elevado a 188, mientras que los japoneses ya no se atrevían a enviar refuerzos o suministros mediante convoyes lentos. En diciembre se vieron reducidos a mandar ambas cosas, con cuentagotas, mediante submarinos.

La Marina japonesa había sufrido tanto que sus mandos instaban al abandono de Guadalcanal, pero los jefes del Ejército, que habían concentrado para entonces cincuenta mil hombres en Rabaul, seguían confiando en enviarlos como refuerzo de los veinticinco mil que había en ese momento en la isla. Sin embargo, a su vez, los estadounidenses habían elevado sus fuerzas en Guadalcanal hasta más de cincuenta mil para el 7 de enero de 1943. Además, estaban bien abastecidas, mientras que los japoneses, que habían visto reducidas sus raciones a un tercio de lo normal, estaban tan debilitados por el hambre y la malaria que no podían esperar reanudar la ofensiva, aunque siguieran combatiendo tan tenazmente a la defensiva.

El 4 de enero el cuartel general imperial, a regañadientes, hizo frente a la realidad y ordenó que fueran evacuados gradualmente. Ignorantes de esta decisión, los estadounidenses avanzaban con cautela, lo que permitió a los japoneses evacuar a sus hombres en tres etapas que empezaron durante la noche del 1 de febrero y se completaron en la noche del 7, con la única pérdida de un destructor durante ese proceso.

En conjunto, no obstante, el prolongado combate de Guadalcanal fue una grave derrota para Japón. Había perdido unos veinticinco mil hombres, incluyendo nueve mil a causa del hambre y las enfermedades, mientras que las bajas estadounidenses fueron muy inferiores. Aún peor fue la pérdida de al menos seiscientos aviones, con sus tripulaciones entrenadas. A su vez la capacidad de Estados Unidos en todos los ámbitos aumentaba continuamente, ya que la movilización de sus recursos humanos e industriales alcanzaba un ritmo considerable.

Birmania, mayo de 1942-mayo de 1943.

La respuesta abortada

En mayo de 1942, con la retirada británica de Birmania a la India, los japoneses habían logrado el límite previsto de su expansión en el sudeste asiático, por lo que pasaron a la defensiva y buscaron consolidar sus conquistas. Mientras tanto, los británicos hacían planes para regresar cuando llegara la próxima estación seca, en noviembre de 1942. Ninguno de esos planes parecía factible, debido a las dificultades logísticas. Y el único intento, la muy limitada ofensiva de Arakan acabó en un fracaso desastroso.^[2]

Desde un punto de vista logístico la zona crucial, Assam y Bengala, nunca había sido considerada o se había planeado que fuera una base aérea militar. Hubo que construir aeródromos, depósitos, carreteras, ferrocarriles y oleoductos, los puertos fueron ampliados y se reorganizó el conjunto de la región.

La primera de las grandes dificultades a las que se enfrentó el mando británico fue el transporte marítimo, ya que la mayor parte de sus necesidades debían satisfacerse por mar. Sin embargo, todos los demás teatros de operaciones tenían prioridad, quedando pocos buques para la India, aunque estuviera amenazada por una posible invasión, después de abastecer a los convoyes atlánticos y árticos, y los teatros del Mediterráneo y el Pacífico. La cantidad asignada a la India ascendía a tan solo un tercio de lo necesario para la concentración de tropas en la región como trampolín de una ofensiva.

El transporte interno también constituía una dificultad importante. Los sistemas de carreteras y ferrocarril del noreste de la India eran viejos y descuidados. Requerían de una gran mejora antes de que los suministros procedentes de Calcuta y otros puertos pudieran ser trasladados al frente. Las

carencias de todo tipo obstaculizaban el avance de los trabajos. Lo mismo ocurría con el monzón, que provocaba deslizamientos y arrastraba puentes. Las incursiones aéreas japonesas también entorpecían, mientras que los problemas laborales y el descontento político eran obstáculos aún mayores, especialmente los desórdenes generalizados y riesgos posteriores al fracaso de la misión de Cripps al final del verano de 1942, cuando el Congreso indio hizo un llamamiento para una campaña de desobediencia civil. Esto fue fomentado por elementos projaponeses, así como por el deterioro de la situación económica en la India. La mayor carencia de todas eran las locomotoras: Wavell había rogado que le mandaran al menos 185, ¡pero le suministraron cuatro!

El problema logístico se había multiplicado en gran medida por la decisión de que la India se convirtiera en una base militar capaz de recibir treinta y cuatro divisiones y cien escuadrones aéreos. Se utilizó a más de un millón de hombres para construir doscientos veinte nuevos aeródromos, reduciendo así en gran medida la fuerza de trabajo disponible para otros proyectos, de los cuales la construcción de carreteras era la necesidad principal. Además, el problema de suministro se incrementaba por la necesidad de alimentar a cuatrocientos mil refugiados civiles procedentes de Birmania.

Aunque el mando indio comprendía ahora un gran número de divisiones, la mayoría se acababan de formar como resultado de la expansión en tiempos de guerra del Ejército indio; carecían de equipamiento y formación, así como de oficiales y suboficiales experimentados. Los pocos que tenían alguna experiencia de combate estaban agotados no solo por la campaña de Birmania, sino de los estragos de la malaria y habían perdido todo su equipamiento durante la retirada. Solo tres de las quince divisiones nominalmente disponibles estaban de alguna manera en cierta disposición de entrar en acción en el futuro próximo.

Los problemas administrativos se acentuaban con los del mando, especialmente con las fuerzas chinas que se habían retirado a India, junto a la 10.^a División de las Fuerzas Aéreas de Estados Unidos y con el quisquilloso general Stilwell.

Otro factor crucial fue la necesidad de contar con superioridad aérea para proteger la propia India, para asegurar el suministro continuo a China y para proporcionar la cobertura aérea esencial para el éxito de cualquier intento de reconquistar Birmania. Afortunadamente, tan pronto como llegó el monzón, en mayo de 1942, los japoneses habían enviado un gran número de sus

aviones a ayudar en las campañas del sudoeste del Pacífico y habían dado un período de descanso al resto. Esto permitió a los aliados crear su propia fuerza aérea con relativa calma. En septiembre de 1942, había treinta y un escuadrones británicos e indios en la India. Sin embargo, de todos ellos seis no estaban listos para entrar en acción, nueve se mantenían en la defensa de Ceilán y cinco se utilizaban para tareas de transporte y reconocimiento, dejando solo siete escuadrones de combate y cuatro de bombarderos para realizar operaciones en el noreste de la India. Pero el flujo de aviones, tanto desde Gran Bretaña como desde Estados Unidos, aumentaba cada mes, y en febrero de 1943 llegaría a haber cincuenta y dos escuadrones. Además, los propios aviones eran sustituidos por otros más modernos: Mitchell, Hurricane, Liberator y Beaufighter. La mayoría de ellos podía dirigirse directamente a los nuevos aeródromos de Assam y Bengala, ya que la posibilidad de una invasión por el aire de la India había disminuido sensiblemente tras las batallas del mar del Coral y de Midway.

En abril de 1942 Wavell había reorganizado el mando de la India. El cuartel general del mando central, que ahora se situaba en Agra, era responsable del entrenamiento y suministro, mientras que había tres mandos regionales del Ejército: el noroeste, el sur y el este, que era el operativo.

La planificación de la reconquista de Birmania implicaba cooperar con los ejércitos chinos, tanto los que estaban en Assam como los de la provincia china de Yunnan. El plan chino, de octubre de 1942, consistía en un avance convergente sobre Birmania a cargo de quince divisiones chinas, así llamadas, procedentes de Yunnan y tres de Assam, junto a unas diez británicas o indias. El papel de estas últimas, en el plan chino, no solo era invadir el norte de Birmania, sino lanzar un ataque naval sobre Rangún. En principio Wavell aceptó el plan, aunque dudaba de si lo que consideraba los dos requisitos esenciales se podían conseguir: suficiente poderío aéreo para dominar los cielos de Birmania y una poderosa flota británica, con cuatro o cinco portaaviones, que dominara el océano Índico y diera cobertura al ataque sobre Rangún. El segundo requisito era, de hecho, imposible, a la vista de los compromisos navales en otras partes del mundo. Al estimar que estas condiciones básicas de Wavell eran minucias, Chiang Kai-shek las consideró una señal de que los británicos no iban a realizar ningún esfuerzo serio, y abandonó airadamente su parte de la operación a finales de 1942.

La ofensiva de Arakan, diciembre de 1942-mayo de 1943

A pesar de todo Wavell decidió llevar a cabo una ofensiva limitada para recuperar la región costera de Arakan, realizando un avance de 160 kilómetros por la península malaya, combinado con un desembarco en la isla de Akyab, en la punta de la siguiente península, para recuperar los aeródromos de la zona, desde los cuales los escuadrones japoneses podían atacar la mayor parte del noreste de la India. Si se restablecían los escuadrones aliados allí, podrían cubrir todo el norte y el centro de Birmania. No obstante, esta parte importante del plan fue abandonada por falta de una flotilla de desembarco.

Aun así, Wavell insistió en el avance por tierra hasta Arakan, en lugar de no hacer nada. La 14.^a División India comenzó su avance en diciembre de 1942, pero avanzó tan lentamente que el comandante del 15.^o Ejército japonés, el general Iida, tuvo tiempo de enviar refuerzos hacia allí y detener el avance británico a finales de enero, mientras que envió refuerzos en febrero. No obstante Wavell insistió en que el avance debía continuar a pesar de los argumentos y protestas del general Noel Irwin, comandante del Ejército del Este, que le advirtió que las tropas estaban muy mermadas y su moral se veía afectada por la malaria. Así, los japoneses pudieron golpear contra la retaguardia de la 14.^a División y alcanzar Htizwe en el río Mayu el 18 de marzo, dejando su flanco al descubierto y obligándolos a retirarse. La 14.^a División India fue sustituida por la 26.^a, pero el contraataque japonés continuó, por el río Mayu, alcanzando la costa en Indin a principios de abril. Entonces los japoneses avanzaron en dirección norte, con intención de capturar la línea Maungdaw-Buthidaung en mayo, cuando se esperaba el inicio de la temporada del monzón, frustrando así los planes británicos para un avance renovado en Birmania durante la siguiente temporada seca, desde noviembre de 1943 hasta mayo de 1944.

El 14 de abril el teniente general W. J. Slim, del XV Cuerpo Indio, se hizo cargo del mando de las fuerzas en Arakan, y se quedó consternado al comprobar su mal estado físico y moral por los estragos de la malaria y las pérdidas en combate debidas a ataques frontales contra posiciones japonesas. Mientras esperaba conservar la línea Maungdaw-Buthidaung, entre el mar y el río Mayu, planeaba retirarse, si era necesario, hasta la línea interior desde Cox Bazar, más de ochenta kilómetros al norte y justo al otro lado de la frontera. Allí el terreno estaba comparativamente abierto y, por tanto, era más

adecuado para la ventaja británica en artillería y carros de combate que en las junglas y pantanos de la península de Mayu, mientras que las comunicaciones japonesas, remontando la costa, estarían más distantes y, por tanto, vulnerables.

Pero ninguno de los planes se llevó a cabo. Los japoneses llevaron a los británicos a abandonar Buthidaung al anochecer del 6 de mayo, y esa amenaza en el flanco llevó al abandono de Maungdaw, en la costa. Entonces, los japoneses decidieron detenerse en la nueva línea conquistada, a la espera del monzón. En definitiva, el intento británico de reconquistar Akyab y sus aeródromos mediante un avance terrestre y sin ayuda de la Marina, fue un fracaso total y funesto. Los japoneses habían mostrado sus habilidades en movimientos de flanqueo e infiltraciones a través de la jungla, mientras que los británicos habían apagado el ánimo de sus tropas mediante ataques frontales y torpe desprecio de la aproximación indirecta. En mayo de 1943 estaban de vuelta en la línea que defendían el otoño anterior.

Los *chindits*

El único rayo de esperanza en esta fase oscura de la guerra se produjo en el extremo norte del teatro de operaciones birmano gracias a la primera operación *chindit*, un nombre que su fundador, Orde Wingate, había tomado de la mítica bestia llamada Chinthe, mitad león y mitad águila, muy representada en forma de estatua en las pagodas birmanas. Le había llamado la atención el modo en que esta bestia con forma de grifo simbolizaba la cooperación tierra-aire necesaria para este tipo de operaciones y con ese tipo de fuerzas. El hecho de que las primeras operaciones fueron realizadas a través (y más allá) del río Chindwin, en el norte de Birmania, puede haber ayudado a grabar el nombre en la mente del público.

En el otoño de 1938 Orde Wingate, por entonces capitán de permiso destinado en Palestina, había tenido encuentros, y causado una gran impresión, en una serie de personas influyentes, al igual que, al principio de ese año, en el general Wavell, que era comandante en jefe en Palestina, y en el general John Evetts, a cargo de la zona norte^[3]. Sin embargo, al regresar a Palestina en diciembre se encontró que sus actividades políticas en círculos sionistas le habían convertido en alguien tan sospechoso para los círculos oficiales británicos que el sucesor de Wavell, el general Haining —que había aprobado inicialmente la organización de los SNS— decidió quitarle su

control y encargarle de un trabajo inocuo en su cuartel general. Entonces, en mayo de 1938, fue enviado a casa a petición de Haining y destinado a un puesto menor en el mando antiaéreo.

Pese a todo, en otoño de 1940 fue rescatado del páramo y enviado a organizar una campaña guerrillera en Etiopía contra el control italiano del este de África. El nombramiento, sugerido por Leo Amery, que se había incorporado al gabinete, fue afianzado por la rápida aceptación de la propuesta por parte de Wavell. La exitosa culminación de esta campaña en el este de África en mayo de 1941 fue seguida por otra caída en el destino personal de Wingate, y en un estado depresivo que le provocó un intento de suicidio durante un ataque de malaria. Pero, cuando estaba convaleciente en casa, fue rescatado por una llamada con una nueva oportunidad, esta vez surgida de los desastres británicos en el Lejano Oriente. Una vez más, la oportunidad se la dio Wavell, él mismo relevado del mando en Oriente Medio en junio, tras el fracaso de la ofensiva de verano, siendo enviado a la India. A finales de año el propio Wavell se vio envuelto en una crisis mayor cuando los japoneses invadieron Malasia y Birmania sucesivamente. En febrero de 1942, cuando la situación en Birmania parecía muy sombría, Wavell solicitó que le enviaran a Wingate con el objetivo de desarrollar una operación guerrillera allí.

Tras su llegada, Wingate preconizó la creación de lo que se dio en llamar «grupos de penetración a larga distancia», con entrenamiento para operar en la jungla de Birmania y atacar las comunicaciones japonesas, así como los puestos avanzados japoneses. Argumentó que la fuerza debía ser lo suficientemente grande como para atacar creando un efecto potente, pero lo suficientemente pequeña para escapar del enemigo. Se consideró adecuado el tamaño de una brigada, reorganizando la LXXVII Brigada India para este fin. Estos *chindits* debían ser mejores combatientes en la jungla que los japoneses y debían incluir expertos en distintos tipos de combate, especialmente demoliciones y comunicaciones por radio. También debían desarrollar cooperación tierra-aire, ya que iban a depender del suministro aéreo. Por este motivo se asignó una pequeña sección de la RAF a cada columna. Dentro de las columnas el transporte era asegurado por animales de carga.

Wingate insistía en desarrollar una operación rápidamente, tanto para recuperar la moral británica, demostrando su capacidad de atacar la del enemigo, como para probar los grupos de penetración a larga distancia. Wavell prefería utilizarlos inmediatamente antes (y durante) una ofensiva

general británica; sin embargo, en respuesta al deseo de Wingate, decidió que un experimento previo merecía el riesgo por la información que podía aportar.

La brigada comprendía siete columnas y para la operación prevista fue dividida en dos grupos: el norte, de cinco columnas y un total de dos mil doscientos hombres con ochocientas cincuenta mulas y el sur, con dos columnas, mil hombres y doscientas cincuenta mulas. Los dos grupos cruzaron el río Chindwin durante la noche del 14 de febrero de 1943, con la ayuda de acciones de distracción a cargo de fuerzas regulares. Al desplazarse hacia el este, los grupos se separaron en las columnas previstas y después realizaron una serie de ataques contra puestos avanzados japoneses, así como cortes de ferrocarril, volado de puentes y emboscadas en las carreteras. A mediados de marzo las columnas cruzaron el Irrawaddy, a 160 kilómetros al este de Chindwin. No obstante, para entonces los japoneses se habían dado cuenta de la amenaza y desplegaron gran parte de dos divisiones (de las cinco que tenían en Birmania) para contrarrestarlos. Bajo la presión de estas fuerzas y otras dificultades, las columnas se vieron obligadas a retirarse y, a mediados de abril, habían regresado a la India, tras perder un tercio de sus fuerzas y dejar atrás la mayor parte de su equipamiento.

La operación tuvo un escaso efecto estratégico, y las bajas japonesas fueron leves, pero mostró que tropas británicas e indias podían operar en la jungla y proporcionó una experiencia útil en suministro aéreo y en la necesidad de la superioridad aérea.

También llevó al general Mutagachi, comandante del 15.^º Ejército japonés, a reconocer que no podía considerar el Chindwin como una barrera segura y que, para frenar una contraofensiva británica tendría que continuar su propio avance. Por tanto, provocó el cruce de la frontera india por parte japonesa en 1944 y la crucial batalla de Imfal.

Planes futuros

La posibilidad de una ofensiva británica importante durante la estación seca de 1942-1943 se vio anulada por la combinación de dificultades administrativas y carencia de recursos. El plan principal para la siguiente estación seca, de 1943-1944, tal y como se decidió en la conferencia de Casablanca de enero de 1943, pretendía ser un desembarco en Rangún, llamado operación Anakim, después de una serie de ofensivas británicas y chinas en el norte de Birmania y de la captura de puntos clave de la costa.

Estos objetivos significaban que había que lograr la superioridad aérea y reunir una fuerza naval considerable, con gran cantidad de buques de desembarco, así como solucionar los problemas administrativos y de transporte terrestre.

Las dificultades para reunir todas estas condiciones eran, claramente, tan grandes que en la primavera de 1943 Wavell se inclinó por olvidarse de Birmania en favor de un movimiento contra Sumatra como forma indirecta de aproximación a la derrota japonesa. Sus conversaciones con Churchill y los jefes de Estado Mayor durante una visita a Londres en abril los convencieron de que la operación Anakim debía retrasarse o descartarse y, en su lugar, se decidió un ataque en Sumatra con el nombre en clave de Culverin. Este movimiento indirecto le resultaba atractivo a Churchill, pero tuvo que abandonarse a su vez por las mismas razones que había ocurrido con Anakim, y también por la insistencia estadounidense en la importancia de reabrir la ruta terrestre de suministro a China lo antes posible. De ahí que se archivaran las operaciones en el sur, aunque continuara su planificación. Si se iba a hacer algo en este teatro de operaciones tendría que ser en el norte de Birmania.

24

La batalla del Atlántico

El período más crítico de la batalla del Atlántico tuvo lugar durante la segunda mitad de 1942 y la primera de 1943, aunque su curso, largo y fluctuante, coexistió con el conjunto de los seis años de guerra. Incluso se puede decir que empezó antes de la propia guerra, ya que los primeros submarinos partieron de Alemania para ocupar sus posiciones de guerra en el Atlántico el 19 de agosto de 1939. A finales de ese mes, en vísperas de la invasión alemana de Polonia, ya había diecisiete unidades en el Atlántico y otros catorce, de tipo costero, en el mar del Norte.

A pesar del lento inicio del rearme de submarinos, los alemanes tenían un total de cincuenta y seis (aunque diez no eran plenamente operativos) al principio de la guerra, es decir, solo uno menos que la Marina británica. De esos, treinta eran «patos del mar del Norte», no aptos para el Atlántico.

La primera marca lograda fue el hundimiento del trasatlántico *Athenia* durante la tarde del 3 de septiembre, el mismo día que Gran Bretaña declaró la guerra, dos días después de la invasión de Polonia por Alemania. Fue torpedeado sin aviso, en contra de las órdenes concretas de Hitler en el sentido de que había que llevar a cabo la guerra submarina siguiendo la Convención de La Haya. El comandante del submarino justificó su acción declarando que creía que el buque era un crucero mercante armado. Durante los siguientes días fueron hundidos otros barcos.

Entonces, el día 17, el U-29^[1] logró un éxito importante cuando hundió el portaaviones *Courageous* frente al oeste de las islas británicas. Tres días antes el portaaviones *Ark Royal* había escapado por poco del U-39. Sin embargo, se

produjo un rápido contraataque y el submarino fue hundido por los destructores de escolta. Los riesgos evidentes hicieron que los portaaviones fueran retirados de la caza de submarinos.

Los ataques de los *u-boote* contra buques mercantes también tuvieron un éxito considerable. Durante el primer mes, septiembre, fueron hundidos un total de cuarenta y un barcos aliados y neutrales, con un total de 154 000 toneladas. A finales de año las pérdidas ascendieron a ciento catorce navíos y más 420 000 toneladas. Además, a mediados de octubre el U-47, mandado por el teniente Prien, penetró en la base naval de Scapa Flow y hundió el acorazado Royal Oak, provocando el abandono temporal de esta base principal, hasta que fueron mejoradas las defensas.

No obstante, es significativo que en noviembre y diciembre las pérdidas de buques mercantes fueran de menos de la mitad de lo que habían sido en los dos primeros meses, y se perdieron más navíos debido a minas que a submarinos. Además, nueve *u-boote* fueron hundidos, un sexto de su capacidad total. Los ataques aéreos contra la navegación habían sido una molestia, pero nada más grave.

Durante esta primera parte de la guerra, la Marina alemana puso grandes esperanzas en los buques de superficie, y no solo en sus submarinos, pero tales esperanzas no se basaban en la práctica. Al estallar la guerra el acorazado de bolsillo Admiral Graf Spee estaba en mitad del Atlántico y su nave gemela, el Deutschland, (posteriormente rebautizado como Lützow) en el Atlántico norte, aunque Hitler no les permitió que iniciaran los ataques contra los mercantes británicos hasta el 26 de septiembre. Ninguno de los dos tuvo grandes logros y el primero de ellos, arrinconado en la desembocadura del Río de la Plata, tuvo que barrenarse en diciembre. Los nuevos cruceros de batalla, el Gneisenau y el Scharhorst, hicieron una breve salida en noviembre, pero, tras hundir un crucero mercante armado en el canal Islandia-Feroe, regresaron a su base. Los buques aliados ya navegaban en convoyes, tras su experiencia en 1917-1918, y aunque las escoltas eran inadecuadas (y muchos barcos no tenían ninguna) demostraron ser un notable elemento disuasorio.

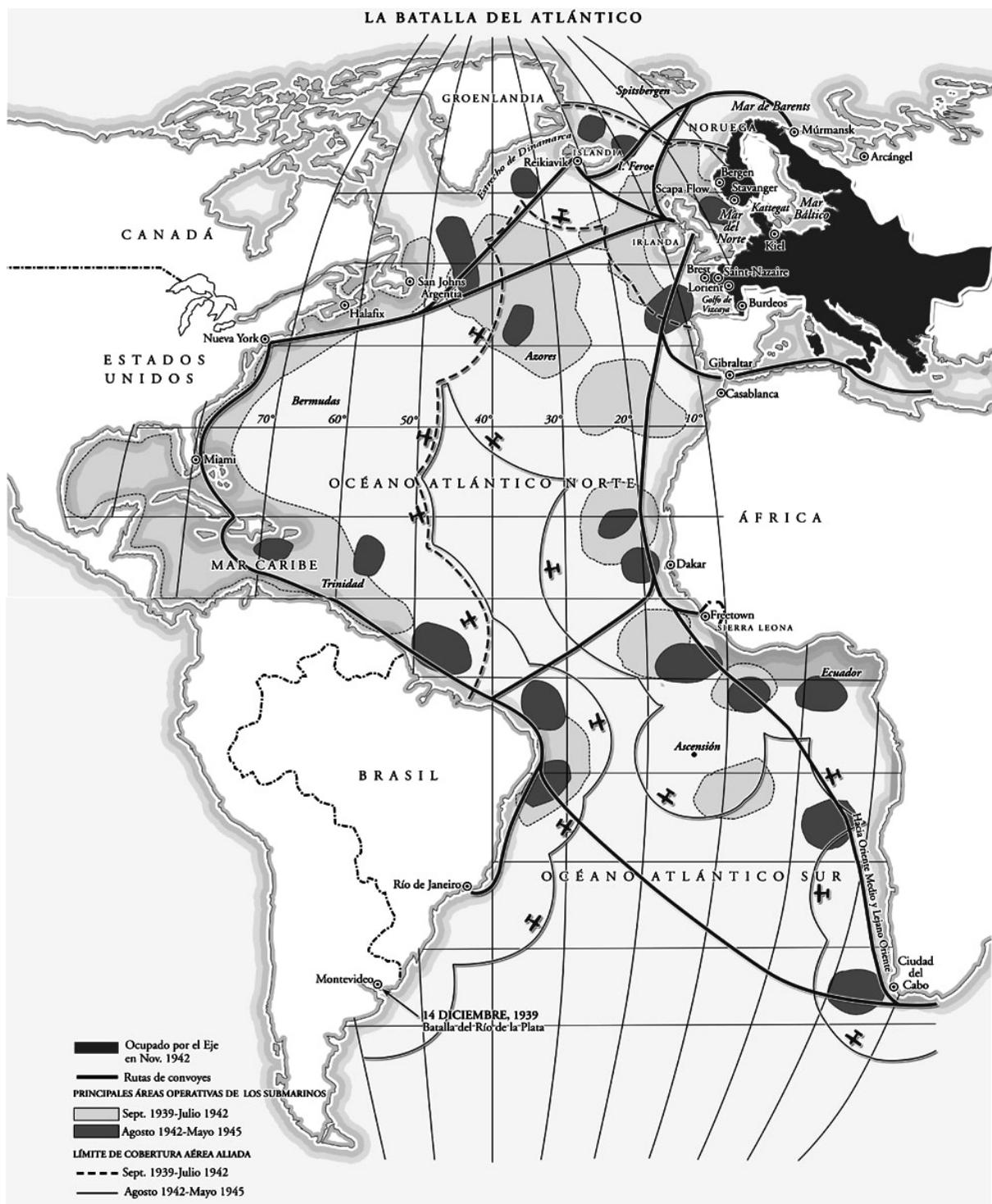
Tras la caída de Francia, en junio de 1940, el peligro para las rutas navales británicas se volvió mucho mayor. Todos los buques que navegaban al sur de Irlanda estaban expuestos a los submarinos alemanes, así como a los ataques en superficie y aéreos. Excepto que se corriera un gran riesgo, la única ruta que quedaba, tanto de salida como de llegada, era rodeando Irlanda por el norte (la aproximación por el noroeste). E incluso este camino podía ser alcanzado, vigilado y bombardeado por los primeros aviones alemanes de

larga autonomía, el Focke-Wulf Fw 200 Condor de cuatro motores, que operaba desde Stavanger en Noruega y Merignac, cerca de Burdeos. En noviembre de 1940 estos bombarderos hundieron dieciocho buques y 66 000 toneladas. Además, en el mes de octubre los estragos de los submarinos habían aumentado mucho, con un total de sesenta y tres barcos y 350 000 toneladas.

La amenaza se había vuelto tan grande que un gran número de barcos de guerra británicos fueron retirados de las tareas contra la invasión y enviados a la zona de aproximación por el noroeste. Aun así, las escoltas de superficie y aéreas eran peligrosamente débiles.

En junio, el primer mes de la nueva situación estratégica, los hundimientos por parte de los submarinos rebotaron hasta cincuenta y ocho barcos de 284 000 toneladas y, aunque cayeron algo en julio, promediaron más de 250 000 toneladas durante los meses siguientes.

En la costa este de la ruta, el minado por aire había provocado más daños que los submarinos durante los últimos meses de 1939, y tras la invasión alemana de Noruega y Holanda en primavera de 1940, se intensificó su presión amenazante.



Además, en otoño el crucero pesado Admiral Scheer se deslizó sin ser detectado en el Atlántico norte, y el 5 de noviembre atacó un convoy que regresaba a Inglaterra procedente de Halifax (Nueva Escocia), hundiendo cinco buques mercantes y su única escolta, el crucero mercante armado Jervis

Bay, que se sacrificó para dar tiempo a escapar al resto del convoy. La súbita aparición del Scheer en esta ruta de convoyes vital desorganizó temporalmente todo el flujo de transportes marítimos a través del Atlántico, provocando que fueran retenidos otros convoyes durante más de dos semanas, hasta que se supo que el Scheer se había desplazado al Atlántico sur. Aquí se encontró con menos objetivos, a pesar de lo cual elevó sus hundimientos hasta dieciséis barcos de 99 000 toneladas cuando regresó, sano y salvo, a Kiel el 1 de abril, tras un «cruce» de más de 46 000 millas náuticas. El crucero Admiral Hipper también logró llegar al Atlántico, a finales de noviembre, pero al anochecer del día de Navidad tuvo una sorpresa desagradable cuando atacó un convoy y descubrió pronto que estaba muy bien escoltado, ya que se trataba de un transporte de tropas con destino a Oriente Medio. Los cruceros de escolta ahuyentaron al Hipper y, además, unos problemas mecánicos le llevaron a dirigirse a Brest. Desde allí, en febrero, hizo otra salida, más exitosa, hundiendo siete buques de un grupo sin escolta que remontaba la costa africana. No obstante, se estaba quedando sin combustible y el capitán decidió regresar a Brest. A mediados de marzo el Estado Mayor Naval alemán le ordenó que volviera a Alemania para una reparación más exhaustiva, por lo que regresó a Kiel justo antes que el Scheer. La baja resistencia del Hipper había demostrado que, aparte de los defectos mecánicos, sus características no eran aptas para la caza de mercantes.

Después de los submarinos y las minas, demostraron ser el arma alemana más efectiva en la guerra naval los mercantes camuflados adaptados a tareas militares, que habían sido enviados a largas travesías desde abril de 1940. A finales de ese año la primera «oleada» de seis habían hundido cincuenta y cuatro buques comerciales, con un total de 3 660 000 toneladas, en gran medida en mares distantes. Su presencia, o posible presencia, provocaba tanta preocupación o disruptión como los hundimientos que lograban, mientras que la amenaza se multiplicaba por el modo magistral en que los alemanes los reabastecían en encuentros secretos. Estaban muy bien manejados y sus objetivos eran bien escogidos: solo uno de ellos tuvo que defenderse de un enemigo, y logró escapar sin graves daños. Además, los capitanes, con una sola excepción, se comportaron con humanidad, permitiendo que las tripulaciones de los barcos atacados tuvieran tiempo de embarcar en sus botes salvavidas y tratando a sus prisioneros decentemente.

Frente a la amenaza múltiple, sobre todo la de los submarinos en las rutas de aproximación a Gran Bretaña, los recursos de escolta de la Marina Real estaban muy presionados y agotados. Desde los puertos atlánticos franceses

(Brest, Lorient y La Pallice, cerca de La Rochelle) los submarinos alemanes eran capaces de navegar hasta 25.^o oeste, mientras que durante el verano de 1940 los británicos solo podían proporcionar escolta hasta 15.^o oeste, a unas doscientas millas al oeste de Irlanda. A partir de allí los convoyes tenían que dispersarse o navegar sin escolta. Incluso en octubre, la escolta próxima solo se extendió hasta aproximadamente 19.^o oeste, unas cuatrocientas millas al oeste de Irlanda. Además, la escolta habitual consistía simplemente en un mercante armado. No fue hasta el final de ese año cuando pudo aumentar, en promedio, a dos mercantes. Solo los convoyes de Oriente Medio tenían una protección mayor.

Hay que decir que Halifax, en Nueva Escocia, era la principal terminal occidental para los convoyes atlánticos, y que los convoyes en dirección a Gran Bretaña —que transportaban suministros de alimentos, petróleo y municiones— eran escoltados por destructores canadienses durante las primeras trescientas o cuatrocientas millas, después de lo cual se encargaba la escolta atlántica, hasta que el convoy llegaba a la zona occidental de aproximación, mejor protegida.

Una valiosa ayuda para hacer frente al problema de la escolta lo proporcionó la llegada de las corbetas en primavera de 1940. Cuando hacía mal tiempo estos pequeños buques, de tan solo 925 toneladas, eran agotadores para las tripulaciones y, además, sufrían el inconveniente de no ser lo suficientemente rápidas como para superar, o ni siquiera mantener el ritmo, de un submarino en superficie, pero hacían un trabajo muy valiente escoltando convoyes en todo tipo de situaciones meteorológicas.

Una ayuda mayor procedió del acuerdo que Churchill negoció con el presidente Roosevelt, en septiembre, después de dos meses de intentos persuasivos, por el que se intercambiaban cincuenta de los navíos de guerra más antiguos de Estados Unidos, además de destructores de la Primera Guerra Mundial, por un arriendo de 99 años de ocho bases británicas en el lado este del Atlántico. Aunque los destructores eran obsoletos, y debían adaptarse para incluir un aparato ASDIC de detección de submarinos antes de entrar en acción, pronto fueron capaces de hacer una importante contribución al problema de la escolta y de la campaña antisubmarina. Además, la doble transferencia permitió a Estados Unidos preparar bases para la protección de su navegación costera y marítima, así como para dar los primeros pasos que involucraban a ese gran país neutral en la batalla del Atlántico.

La llegada del invierno, y del mal tiempo, produjo un aumento natural de las dificultades de los convoyes y las escoltas, pero también una disminución

de la actividad de los *u-boote*. En julio de 1940 las cifras alemanas mostraban que la capacidad submarina alemana había aumentado en un 50 por ciento desde el principio de la guerra, que habían sido destruidos veintisiete y quedaban cincuenta y uno. Durante el mes de febrero siguiente el total de efectivos descendió hasta veintiuno, aunque con las bases francesas los alemanes podían tener más submarinos en el mar con un total inferior y también podían utilizar sus *u-boote* costeros en las rutas oceánicas.

Por otra parte, la contribución de la Marina italiana al combate resultó insignificante. Aunque sus submarinos habían comenzado a operar en el Atlántico a partir de agosto, para noviembre no menos de veintiséis habían salido de escena sin lograr prácticamente nada.

* * *

A pesar de que la presión de la campaña submarina disminuyó durante el invierno, fundamentalmente debido al mal tiempo, se reactivó a principios de 1941 a la vez que se multiplicó por la introducción de la táctica del almirante Dönitz llamada «manada de lobos». Consistía en varios submarinos, trabajando juntos, en lugar de individualmente. Esta nueva táctica fue introducida en octubre de 1940 y se desarrolló durante los meses siguientes.

Su manera de operar consistía en que, una vez establecida aproximadamente la existencia de un convoy, el cuartel general submarino en tierra avisaba al grupo de *u-boote* más cercano, que enviaba una unidad para localizar y seguir al convoy y dirigir al resto por radio. Una vez reunidos en el lugar lanzaban ataques nocturnos en superficie, preferiblemente con el viento de popa, y seguían así durante varias noches. De día se retiraban lejos del convoy y de su escolta. Al atacar en superficie tenían una ventaja en velocidad sobre la mayoría de las escoltas. Los ataques nocturnos en superficie se habían realizado durante la Primera Guerra Mundial y el propio Dönitz había descrito en un libro cómo practicarlos antes de que estallara la Segunda.

Esta nueva táctica tomó a los británicos de improviso, ya que habían estado pensando principalmente en ataques sumergidos y confiaban en el ASDIC, el aparato detector submarino, que tenía un alcance de unos 1400 metros. El ASDIC no podía detectar submarinos que operaran en superficie, como torpederas cerca del convoy, y cuando estos submarinos se usaban de noche, la escolta estaba prácticamente a ciegas. Por tanto, esta explotación alemana del valor de los ataques nocturnos por submarinos en superficie anulaba la preparación británica para la guerra submarina y la desequilibraba.

La mejor oportunidad de contrarrestar la nueva táctica era la localización temprana del submarino de vigilancia, el «contacto», y eliminarlo de la zona. Si la escolta era capaz de hacer que los *u-boote* se sumergieran, estos estarían discapacitados, puesto que sus periscopios resultaban inútiles de noche. Una contramedida muy importante para los ataques nocturnos era la iluminación del mar. Al principio esto dependía de distintos tipos de bengala, pero fueron superadas por un sistema de iluminación más eficaz, conocido como «copo de nieve», que suponía un gran avance en convertir la oscuridad en luz, mientras que una poderosa linterna, conocida como «proyector Leigh» por su inventor, se acoplaba en aviones usados en las escoltas de convoyes y las patrullas antisubmarinas. Aún más importante fue el desarrollo del radar para complementar la visión. Junto con nuevos instrumentos también tuvo lugar un entrenamiento intensivo para los buques y grupos de escolta, así como una destacada mejora en la organización de los servicios de inteligencia.

Sin embargo, los adelantos llevaron tiempo y fue un hecho afortunado para los británicos que la pequeña cantidad de submarinos en este período restringiera la actividad de las nuevas «manadas de lobos». Antes de la guerra el almirante Dönitz había calculado que si los británicos adoptaban un sistema de convoyes mundial, Alemania necesitaría trescientos submarinos para obtener resultados decisivos, mientras que en la primavera de 1941 tenía una capacidad operativa de tan solo una décima parte de esa cantidad.

Y aún fue más afortunado que los ataques contra convoyes de mercancías por parte de otros buques de guerra y aviones, alcanzara un nuevo máximo en marzo. El acorazado de bolsillo Scheer y los cruceros de batalla Scharnhorst y Gneisenau hundieron o capturaron diecisiete buques, los bombarderos de largo alcance hundieron cuarenta y uno y los submarinos la misma cantidad. Un total de 139 barcos y más de medio millón de toneladas destruidas.

No obstante, tras llegar a Brest el 22 de mayo, los cruceros de batalla fueron inmovilizados a causa de los daños provocados por unos ataques aéreos británicos en el puerto durante el mes de abril.

Justo después de mediados de mayo el nuevo acorazado alemán, Bismarck, acompañado por el nuevo crucero Prinz Eugen alcanzaron el Atlántico para multiplicar la amenaza. La inteligencia británica trabajó bien y advirtió a Londres de su presencia en el Kattegat a primera hora del 21 de mayo, mientras que posteriormente, ese mismo día, fueron detectados por un avión del mando costero cerca de Bergen. El crucero de batalla Hood y el acorazado Prince of Wales, al mando del vicealmirante L. Holland, partieron de inmediato de Scapa Flow para interceptar su paso previsto al norte de

Islandia y, durante la tarde siguiente, tras haber mostrado el reconocimiento aéreo que ya no estaban en la zona de Bergen, la flota principal (al mando del almirante Tovey), también zarpó de Scapa en la misma dirección. Durante la tarde del 23 los dos buques alemanes fueron avistados por los cruceros Norfolk y Suffolk en el estrecho de Dinamarca, entre el oeste de Islandia y el extremo de los campos de hielo al este de Groenlandia. Para entonces la fuerza del almirante Holland estaba cerca del extremo meridional del estrecho.

Sobre el papel esta fuerza tenía una gran ventaja, ya que el Hood, de 42 000 toneladas, era nominalmente el mayor buque de cualquier marina de guerra, y montaba ocho cañones de 380 mm, mientras que iba acompañado por el nuevo acorazado Prince of Wales (35 000 toneladas y diez cañones de 365 mm). Sin embargo, el Hood, fabricado en 1920, antes del tratado de Washington, nunca había sido modernizado de manera exhaustiva, ya que el estallido de la guerra (en 1939) había pospuesto la decisión del almirantazgo, en marzo de ese año, para dotarlo de un mejor blindaje, horizontal y vertical. El Prince of Wales era tan nuevo que su armamento no se había probado completamente^[2]. Aunque se suponía que los buques alemanes cumplían las limitaciones del tratado (35 000 toneladas para los acorazados y 10 000 para los cruceros pesados), en realidad desplazaban 42 000 y 15 000 toneladas respectivamente, lo que les permitía tener un blindaje mayor de lo que parecía. Además, su desventaja en armamento principal (ocho cañones de 380 mm en el Bismarck y otros ocho de 190 mm en el Prinz Eugen) se compensaba no solo por los defectos en los cañones del Prince of Wales y por un mejor equipamiento de medición de alcance en el bando alemán, sino por el modo en que los buques británicos entraban en acción.

Los alemanes fueron avistados (en penumbra) a las 05:35, una hora antes del amanecer, y a las 05:52 los cuatro buques abrieron fuego, a una distancia de unos veintitrés kilómetros. En el lado británico el Hood iba en cabeza y los dos barcos alemanes concentraron su fuego en él. Además de ser el buque insignia, era el más vulnerable, especialmente al fuego desde arriba, razón por la cual buscaba reducir la distancia lo antes posible. La aproximación se hacía casi de frente, por lo que los británicos no podían utilizar sus torretas traseras, mientras que los alemanes podían usar todas sus piezas de través. El segundo o tercer bombardeo tuvo efecto, de modo que a las 06:00 el Hood estalló y se hundió en pocos minutos, solo sobrevivieron tres de los mil cuatrocientos miembros de su tripulación. Se trataba de una triste reminiscencia del destino de los cruceros de batalla en Jutlandia un cuarto de siglo antes.

El Prince of Wales, sobre el que ahora se podían concentrar los dos buques alemanes, también sufrió impactos dañinos del Bismarck, así como tres por parte del Prinz Eugen, en pocos minutos. De modo que a las 06:13 el capitán del Prince of Wales decidió acertadamente interrumpir el combate y se alejó bajo la protección de una cortina de humo. Los navíos estaban ahora a trece kilómetros de distancia. El contraalmirante Wake-Walker, al mando de los dos cruceros —que en ese momento eran toda la fuerza británica, tras la muerte de Holland— confirmó la decisión y decidió simplemente mantener contacto con el enemigo hasta que la flota principal, al mando de Tovey, llegara a la zona. Este se encontraba a unas trescientas millas y la perspectiva de alcanzar a los alemanes no era buena, ya que la visibilidad empeoró durante la mañana. Por tanto, fue un alivio para Tovey cuando se enteró, a primera hora de la tarde, de que el Bismarck había cambiado el curso y reducido la velocidad a unos veinticuatro nudos.

En efecto, en la breve acción matutina el Prince of Wales había alcanzado el Bismarck en dos ocasiones y una de ellas provocó una fuga de aceite que redujo su autonomía y llevó al almirante alemán, Lütjens, a virar en dirección a un puerto francés, renunciando a su incursión en el Atlántico y a la alternativa de regresar a Alemania antes de que las diversas fuerzas británicas que convergían en el lugar pudieran interceptarlo.

Esa tarde Tovey destacó el 2.^º Escuadrón de Cruceros, al mando del almirante Curteis, y el portaaviones Victorious (que estaba a punto de partir para el Mediterráneo con un cargamento de cazas) que se dirigieron a una posición a cien millas del Bismarck, lo suficientemente cercana como para lanzar los nueve aviones torpederos del Victorious. Estos despegaron poco después de las 22:00 con muy mal tiempo, y tuvieron dificultades para encontrar al Bismarck, pero acabaron lanzando ataques sucesivos contra él poco después de medianoche. Uno de los torpedos le alcanzó, pero no causó graves daños al potente blindaje del acorazado. Además, logró deshacerse de sus perseguidores a primera hora del 25, día que transcurrió con inútiles esfuerzos para volver a localizarlo.

No fue hasta las 10:30 del día 26 cuando fue localizado y se comunicó su posición, a cargo de un avión Catalina del mando costero, a unas setecientas millas de Brest. La flota de Tovey se encontraba muy dispersa para entonces y mal situada para alcanzarlo antes de que llegara a puerto seguro. También se estaba quedando sin combustible. Sin embargo, la Fuerza H del almirante Somerville, procedente de Gibraltar, estaba lo suficientemente cerca como para interceptar al Bismarck. Además, esta fuerza incluía el gran portaaviones

Ark Royal. El primer ataque fracasó, pero el segundo, en torno a las 21:00, tuvo más éxito. Dos de los trece torpedos lanzados alcanzaron su objetivo. Aunque uno impactó en el cinturón de blindaje del Bismarck y tuvo poco efecto, el otro, justo a popa, dañó la hélice, destrozó el mecanismo de dirección y atascó el timón. Esto resultó decisivo.

Mientras los destructores del capitán Vian aseguraban el cerco, a la vez que realizaban otros ataques con torpedos durante la noche, los acorazados King George V y Rodney llegaron al lugar, y golpearon el maltrecho Bismarck con proyectiles perforantes desde sus cañones pesados y durante una hora y media. A las 10:15 era un caos de fuego. Por orden de Tovey los acorazados británicos se retiraron antes de que los submarinos alemanes o los bombarderos pesados de la Luftwaffe pudieran aparecer y atacarlos, dejando que los cruceros acabaran hundiendo el barco. Lo hizo el Dorsetshire con tres torpedos y el Bismarck desapareció bajo las aguas a las 10:36.

Antes del final había sobrevivido al impacto de, al menos, ocho (y posiblemente doce) torpedos, así como de otros muchos proyectiles. Fue un notable tributo a sus constructores.

El Prinz Eugen se había separado del Bismarck el 24, para repostar en medio del Atlántico, pero tras hacerlo tuvo problemas mecánicos, por lo que su capitán decidió renunciar a la expedición y poner rumbo a Brest. Aunque se detectó su aproximación a ese puerto, llegó a él sano y salvo el primero de junio.

Sin embargo, al final estos acontecimientos dramáticos de mayo de 1941 marcaron el cémit, y la derrota última, de los planes y esfuerzos alemanes para ganar la batalla del Atlántico con buques de superficie.

La campaña submarina continuó mucho más tiempo, y se convirtió en una amenaza grave, aunque siguió una trayectoria fluctuante.

En mayo los hundimientos aumentaron bruscamente y en junio alcanzaron la cifra de más de 300 000 toneladas, para ser exactos, sesenta y un barcos de 310 000 toneladas. Esto equivalía a todos los barcos que componían un convoy grande. Es notable que los marineros no se desalentaran y que nunca hubiera escasez de tripulaciones.

Con todo, durante esa primavera entró en juego una cantidad importante de factores favorables. El 11 de marzo se aprobó la ley estadounidense de Préstamo y Arriendo, durante el mismo mes en que se formó el Grupo de Apoyo de la Flota Atlántica, también estadounidense y compuesto por destructores e hidroaviones. En abril la «zona de seguridad», patrullada por

fuerzas de la Marina de Estados Unidos, se extendió hacia el este, desde los 60.^º a los 26.^º oeste.

También en marzo se abrieron las bases aéreas estadounidenses en la costa este de Groenlandia y las instalaciones en la Bermudas, mientras que en mayo la Marina se hizo cargo de la base alquilada en Argentia, en el sudeste de Terranova. A principios de julio los marines relevaron a la guarnición británica en Reikiavik (Islandia) y, a partir de entonces, las fuerzas navales estadounidenses protegieron los lazos marítimos entre ese país e Islandia. La «neutralidad» de Estados Unidos en el Atlántico se estaba volviendo mucho menos neutral. La reparación de navíos británicos en astilleros estadounidenses ya se había aprobado en abril, mientras que comenzó la construcción de barcos de guerra y mercantes en virtud del Préstamo y Arriendo.

Mientras tanto Canadá se estaba convirtiendo en un alivio mayor para Gran Bretaña en la lucha en el Atlántico. En junio se creó una Fuerza de Escolta canadiense, con base en St. John's (Terranova). La marina de guerra canadiense pasó a responsabilizarse de la escolta oceánica antisubmarina en dirección este hasta un punto de encuentro situado al sur de Islandia. Así, se hicieron posibles los planes del almirantazgo británico para tener una escolta continua.

En verano de 1941, las escoltas canadiense y británica se encontraban y daban el relevo de sus convoyes en el punto de encuentro de mitad del océano, en torno al meridiano 35.^º oeste. Las escoltas de Islandia y del oeste de Gran Bretaña se daban el relevo en un punto de encuentro alrededor del meridiano 18.^º oeste.

También a partir de julio, un grupo de escolta próxima acompañaba todo el camino a los convoyes de Gibraltar. También se ofrecía una escolta continua, por la costa del oeste de África a los convoyes de Sierra Leona.

Ahora los convoyes podían ofrecer una media de cinco buques de apoyo. Un convoy de cuarenta y cinco barcos tenía un perímetro de más de treinta millas de protección. Aun así, el sistema ASDIC de los buques de escolta solo podía rastrear un arco de una milla, por lo que seguía habiendo grandes huecos por los que podían penetrar los submarinos alemanes sin ser detectados.

En cuanto a la cobertura aérea, la participación de los hidroaviones Catalina, en virtud del Préstamo y Arriendo, a partir de la primavera, extendió esa cobertura a unas setecientas millas desde las islas británicas (obligando a los submarinos a alejarse de la aproximación occidental a las mismas),

seiscientas millas desde Canadá y cuatrocientas hasta el sur de Islandia. No obstante, seguía habiendo un vacío de trescientas millas en medio del Atlántico y los Liberator estadounidenses de largo alcance, que podrían haberlo cubierto, no estuvieron disponibles regularmente hasta finales de marzo de 1943. Para mediados de abril solo estaban en servicio cuarenta y un aparatos.

Mientras tanto, el número de submarinos iba aumentando. En julio de 1941 había sesenta y cinco operativos y, en octubre, ochenta. La fuerza total de *u-boote* el 1 de septiembre alcanzaba las 198 unidades y 47 se habían perdido hasta entonces. En resumen, los nuevos submarinos entraban en servicio a mucha mayor velocidad de aquella a la que eran hundidos. Además, también eran más fuertes: sus cascos soldados a presión resultaban más difíciles de quebrar que los británicos, chapados y remachados. Las cargas de profundidad tenían que explotar mucho más cerca para lograr hundirlos.

Durante el mes de septiembre cuatro convoyes tuvieron graves pérdidas, todos ellos carecían de una cobertura aérea adecuada.

Sin embargo, ese mes, tras un encuentro entre Roosevelt y Churchill en agosto, aumentó aún más la cooperación entre las dos marinas gracias a la aprobación por parte del presidente del bien diseñado Plan número 4 de Defensa del Hemisferio Occidental. Bajo este plan, la Marina de Estados Unidos podía escoltar convoyes que no incluyeran barcos de ese país, y comenzó a proporcionar escolta a algunos convoyes atlánticos en dirección este, hasta el punto de encuentro en medio del océano, que fue desplazado hacia el este hasta, aproximadamente, 22.^º oeste.

Esto ayudó a facilitar el problema británico de proporcionar una escolta adecuada entre las islas británicas y el punto de encuentro en mitad del océano. A finales de año habían aumentado a ocho grupos, cada uno de ellos formado por tres destructores y unas seis corbetas. Otros once grupos, cada uno de cinco destructores, estaban nominalmente en la reserva para reforzar la escolta de cualquier convoy que pudiera estar en peligro o para hacer frente a las concentraciones de submarinos. Con todo, estos últimos grupos estaban en gran medida ocupados en tareas rutinarias.

En octubre los hundimientos de los submarinos descendieron a treinta y dos barcos de 156 000 toneladas. De manera significativa no se hundió ningún buque en un radio de cuatrocientas millas de la base del mando costero. Esto demostraba la reticencia de los submarinos a entrar en zonas cubiertas por aviones de reconocimiento de largo alcance y bombarderos, aunque el descenso también se debió en parte al envío de *u-boote* al

Mediterráneo para ayudar en las operaciones de Rommel en el norte de África.

En noviembre los hundimientos volvieron a caer, hasta poco más de un tercio del total de octubre. Y en diciembre fueron aún menores en el Atlántico norte. No obstante, las graves pérdidas en el Lejano Oriente a raíz de la entrada en la guerra de Japón, elevó el total de hundimientos por todo tipo de causas hasta 282 barcos y casi 600 000 toneladas.

En el oeste, durante la segunda mitad de 1941, los bombarderos alemanes de largo alcance se habían convertido en una amenaza mayor que la de los submarinos, especialmente para los convoyes de Gibraltar. Esto llevó a que los británicos se dieran cuenta de la necesidad de cazas como apoyo cercano de cualquier convoy y, por tanto, a la introducción del primer portaaviones de escolta, el HMS Audacity, en junio. Jugó un papel clave en la exitosa defensa del convoy en dirección a Gibraltar de diciembre, aunque él mismo fue hundido en el noveno día de combates.

A finales de ese año el total de submarinos operativos era de ochenta y seis y unos ciento cincuenta adicionales estaban en fase de entrenamiento o pruebas. No obstante, dado que ahora había cincuenta en el Mediterráneo y sus cercanías, solo quedaban disponibles en el Atlántico norte treinta y seis. Un barrido a los buques de suministro en la zona, en junio, había dado como resultado la intercepción de nueve y la retirada de los submarinos del Atlántico sur. Durante los nueve meses desde abril a diciembre de 1941, el total de hundimientos por parte de submarinos alemanes e italianos ascendió a 328 y 1 576 000 toneladas, pero solo un tercio de estos navegaban en convoyes. Además, veinte de los treinta submarinos perdidos habían sido destruidos por escoltas de convoyes. Estaba claro que una mayor escolta, y la adopción de itinerarios evasivos, había permitido sacar ventaja a los submarinos.

* * *

Puede ser útil proporcionar aquí un resumen de la situación de las escoltas a principios de 1942. Las tres grandes bases operativas del mando de aproximación a la costa oeste, dirigidas por el almirante sir Percy Noble, eran Liverpool, Greenock y Londonderry, y controlaban veinticinco grupos de escolta, con un total de setenta destructores y noventa y cinco barcos más pequeños.

Pertenecían a cuatro categorías: a) destructores de autonomía reducida para los convoyes de Oriente Medio y el Ártico, en la primera parte de su

viale, y para los trasatlánticos cuando comenzaron a llevar soldados estadounidenses a través del Atlántico; b) destructores de larga distancia y corbetas para los convoyes del Atlántico norte, desde el punto de encuentro del océano occidental hasta Gran Bretaña, así como para los convoyes de Gibraltar; c) los veleros de largo alcance, destructores y patrulleras para los convoyes de Sierra Leona durante la parte principal de su recorrido; d) grupos antiaéreos para apoyar la escolta de convoyes al alcance de bombarderos alemanes, y para los convoyes árticos y de Gibraltar.

También había el equivalente de dos grupos en Gibraltar para la escolta local, y la Fuerza de Escolta de Freetown, de una flotilla de destructores y unas docenas de corbetas. La Fuerza de Escolta de Terranova, abastecida fundamentalmente por la Marina canadiense, tenía catorce destructores y unas cuarenta corbetas, así como otra serie de barcos para la escolta local.

Con todo, la perspectiva de mejora de la batalla del Atlántico sufrió graves dificultades durante la primera parte de 1942. Una de ellas fue la falta de aviones. Al hacerse cargo del mando costero durante el verano anterior, sir Philip Joubert de la Ferté había evaluado sus necesidades en aproximadamente ochocientos aparatos de todo tipo, y en especial había incidido en la importancia de bombarderos de largo alcance. Sin embargo, en el año nuevo, este tipo de aparatos a su mando fueron transferidos al mando de bombarderos, y las nuevas unidades también se asignaron a este último, que se encargaba de la ofensiva aérea contra Alemania. El choque de prioridades fue intenso. Además, el arma aérea tenía dificultades para conseguir pilotos para los treinta y un nuevos portaaviones de escolta que se habían encargado.

Otra desventaja era que las nuevas fragatas que se estaban construyendo en Estados Unidos para los británicos no iban a entrar en servicio tan rápido como se esperaba, en gran medida porque se estaba dando prioridad a las naves de desembarco necesarias para una operación de cruce del canal de la Mancha, que los estadounidenses seguían pensando lanzar en 1943, o incluso en 1942. Esta prioridad contribuyó mucho a la continua debilidad de los esfuerzos británicos en el Atlántico y a las graves pérdidas de mercantes.

Un tercer inconveniente se produjo durante los primeros meses de 1942 a causa de los propios problemas marítimos de Estados Unidos, no solo en el Pacífico, por el desastre de Pearl Harbor, sino en el propio Atlántico, por la extensión de las actividades de los submarinos alemanes y la pérdida de buques estadounidenses.

El almirante Dönitz y su Estado Mayor estimaron en mayo de 1942 que para derrotar a Gran Bretaña sus hundimientos debían promediar 700 000 toneladas al mes. Sabían que no habían alcanzado esa media en 1941, aunque no sabían que el promedio mensual en realidad no había superado las 180 000. Sin embargo, pensaban que la entrada de Estados Unidos en la guerra les daría más libertad de acción en el oeste del Atlántico, y más oportunidades de encontrar objetivos sin escolta.

Solo una pequeña cantidad de los *u-boote* podía ser enviada a operar frente a las costas de Estados Unidos, pero lograron unos resultados desproporcionados. Y es que los almirantes estadounidenses fueron lentos y reticentes a poner en marcha convoyes, tal y como había ocurrido con los almirantes británicos durante la Primera Guerra Mundial. También fueron lentos en tomar otras precauciones. Las balizas iluminadas y el uso sin restricciones de la radio ofrecieron a los submarinos toda la ayuda que necesitaban. Los lugares turísticos costeros, como Miami, siguieron iluminando sus paseos marítimos con miles de luces, contra las que destacaban los perfiles de los buques. Los submarinos permanecían sumergidos durante el día y, por la noche, se movían en superficie para atacar con cañones y torpedos.

Aunque en ningún momento hubo más de una docena de submarinos operando frente a la costa de Estados Unidos, hasta principios de abril hundieron medio millón de toneladas. El 57 por ciento eran petroleros.

Las consecuencias para la situación de Gran Bretaña fueron graves. La Marina estadounidense tuvo que retirar sus buques y aviones de escolta a sus propias costas y los mercantes británicos, tras haber sobrevivido al cruce del Atlántico, se convertían en presa fácil en aguas estadounidenses.

El almirante Dönitz consideró estos resultados tan alentadores que quería enviar todos los *u-boote* que pudiera a la costa americana. Afortunadamente para los aliados, la «intuición» de Hitler vino en su ayuda en este momento crítico. En su reunión del 22 de enero anunció su convencimiento de que Noruega era «la zona de destino» e insistió en que cada buque de superficie y submarino disponibles deberían ser enviados allí para repeler una invasión aliada. Tres días después Dönitz recibió una orden completamente inesperada para despachar una partida inicial de ocho submarinos para defender las aguas de acceso a ese país. El nuevo acorazado Tirpitz también fue enviado a Noruega en enero, seguido por el Scheer, el Prinz Eugen, el Hipper y el Lützow.

Este presentimiento no carecía de fundamento, puesto que en abril Churchill había ordenado a los jefes de Estado Mayor que valoraran la viabilidad de un desembarco en Noruega, con intención de aliviar la presión alemana sobre los convoyes árticos. No obstante, sus dudas fueron reforzadas por los estadounidenses y su proyecto no llegó a madurar.

Otro golpe de fortuna para los aliados fue que el duro invierno de 1941-1942 retrasó el entrenamiento de los submarinos en el Báltico, provocando que solo hubiera sesenta y nueve submarinos listos para entrar en acción durante la primera mitad de 1942. De estos, veintiséis acabaron siendo enviados a Noruega, dos al Mediterráneo y doce sustituían pérdidas. Así pues, la ganancia neta en el Atlántico fue de solo veintinueve.

A pesar de todo, los hundimientos de los submarinos del Eje aumentaron mes a mes: en febrero a casi 500 000 toneladas, en marzo más de esa cifra, en abril hubo una caída hasta 430 000, pero en mayo fueron 600 000 y en junio se alcanzó la fatídica cifra de 700 000 toneladas. A finales de junio el balance de la primera mitad del año era de más de tres millones de toneladas de un total de 4 147 406 por todas las causas. Casi el 90 por ciento de esa cifra había tenido lugar en el Atlántico y el Ártico. No fue hasta julio cuando las pérdidas mensuales causadas por submarinos descendieron hasta justo por debajo de 500 000 toneladas, gracias a la mejora general de los métodos antisubmarinos y a la adopción de los convoyes por parte de Estados Unidos.

* * *

La mejora durante el verano de 1942 fue ilusoria. En agosto la llegada de submarinos recién construidos elevó su fuerza total a más de trescientas unidades y en torno a la mitad eran operativas. Incluía grupos frente a Groenlandia, la costa de Canadá, las Azores, el noroeste de África, en o cerca del Caribe y frente a Brasil. Los hundimientos por causa de los submarinos volvieron a ascender en agosto a más de 500 000 toneladas. Durante los siguientes meses fueron especialmente activos cerca de Trinidad, donde muchos buques seguían desplazándose de manera independiente. Una acción más dudosa, tanto en lo político como en términos de gran estrategia, fue el hundimiento de cinco barcos brasileños a mediados de agosto, lo que llevó a una rápida declaración de guerra por parte de ese país. El uso de las bases brasileñas permitió a los aliados ejercer un control mucho mayor sobre todo el Atlántico sur y expulsar de la zona a los corsarios alemanes de superficie.

Pese a todo, esto último era menos importante de lo que hubiera sido anteriormente, ya que el lugar de los mercantes armados alemanes como

corsarios en los océanos lejanos estaba siendo ocupado por los nuevos y más grandes *u-boote*, también llamados «cruceros submarinos», de 1600 toneladas y un radio de acción de 30 000 millas.

Ahora los submarinos podían sumergirse a mayor profundidad, hasta unos 180 metros, o incluso más en caso de emergencia. Esta era una ventaja que pronto fue compensada por el hecho de que las cargas de profundidad también alcanzaban mayores calados y se producían en cantidades mayores. Los submarinos también se beneficiaban del modo en que los nuevos petroleros submarinos podían reabastecerlos en el mar, y por la creciente eficacia del servicio de información por radio. Además, para entonces los alemanes volvían a ser capaces de descifrar las señales de control encriptadas de los convoyes, tal y como habían hecho hasta agosto de 1940.

En el otro bando, el nuevo radar de diez centímetros de longitud de onda —que los submarinos no podían interceptar— resultó crucial entre todos los logros de los científicos británicos. Cuando estuvo totalmente operativo en aviones, a principios de 1943, junto al proyector Leigh, restableció la iniciativa aliada de noche o con baja visibilidad, superando a los sistemas alemanes de recepción de radar que funcionaban en un metro y medio.

El diario de guerra de Dönitz de este período muestra lo preocupado que estaba por el efecto de este nuevo aparato de detección británico, así como por la creciente cantidad de aviones británicos en el este del Atlántico.

A lo largo de la campaña Dönitz había demostrado ser un estratega muy hábil, buscando siempre los puntos débiles y concentrando los ataques allí donde la defensa era menor. Había tenido la iniciativa desde el principio y las fuerzas antisubmarinas aliadas siempre iban un paso por detrás.

Durante la segunda mitad de 1942 sus planes se centraron en el hueco que dejaba la escolta aérea al sur de Groenlandia, buscando localizar convoyes aliados antes de que los pudieran proteger, concentrarse contra ellos mientras atravesaban ese vacío y retirarse cuando se reanudaba la cobertura aérea.

Además, en otoño Dönitz tenía suficientes submarinos como para permitir que una «manada» atacara por iniciativa propia en cuanto se les ofreciera la oportunidad.

Así, la presión de los *u-boote* aumentó a partir de julio y en noviembre los hundimientos ascendieron a ciento diecinueve buques y 729 000 toneladas. Sin embargo, una gran proporción eran atacados por los submarinos cuando navegaban de manera independiente, sin integrarse en un convoy, frente a Sudáfrica y Sudamérica.

La necesidad de escoltas aumentó por los requisitos navales de la Operación Torch, los desembarcos angloestadounidenses en el noroeste de África, que fueron llevados a cabo ese otoño. Hubo que suspender temporalmente los convoyes de Gibraltar, Sierra Leona y el Ártico. Además, hubo nuevas peticiones de escolta para los convoyes de traslado de tropas estadounidenses desde Islandia a Gran Bretaña. Estos convoyes rápidos contaban al menos con cuatro destructores para escoltar tres buques de tropas.

Una excepción a la demanda de escolta la proporcionó la conversión de dos trasatlánticos gigantes (80 000 toneladas), el Queen Mary y el Queen Elizabeth, en transportes de tropas, con una capacidad de carga de quince mil hombres o más, equivalente a la mayor parte de una división. Su velocidad, de más de 28 nudos, era excesiva para ser acompañados por cualquier destructor, excepto al principio y al final de sus viajes. La seguridad de estos gigantes dependía precisamente de su velocidad, junto a las maniobras de zigzagueo y a rutas siempre cambiantes. Esta peligrosa forma de actuar tuvo tanto éxito que ningún submarino fue capaz de interceptarlos durante sus viajes trasatlánticos a partir de agosto.

En general, la provisión de escoltas navales y de cobertura aérea no compensaba, ni podía hacerlo, la creciente amenaza de la producción de submarinos. En promedio entraban en servicio unos diecisiete cada mes y al final de 1942 había 212 operativos de un total de 393, comparado con 91 operativos de 249 a principios de año. La cantidad destruida fue de ochenta y siete alemanes y veintiún italianos, un total muy insuficiente para compensar el ritmo de fabricación.

Durante el año los submarinos del Eje habían hundido, en todas las aguas, 1160 buques, con un total de 6 266 000 toneladas, mientras que el resto de armas enemigas habían elevado el total a 1664 y más de 7 790 000 respectivamente.

A pesar de que el tonelaje de los nuevos buques aliados que se pusieron en servicio fue de siete millones, aun así, había una diferencia negativa de casi un millón de toneladas que se sumaba al déficit crónico desde el inicio de la guerra. Las importaciones británicas durante el año cayeron por debajo de 34 millones de toneladas, un tercio menos de la cifra de 1939. En especial las existencias de combustible embarcado en Gran Bretaña habían caído hasta un nivel de precariedad: solo 300 000 toneladas para un consumo mensual de 130 000. Aunque se podía recurrir a las reservas de la marina de guerra, esto debía evitarse excepto en caso de grave emergencia.

Así pues, en enero de 1943, cuando se produjo la reunión de los aliados en Casablanca, en la costa marroquí, para decidir los siguientes pasos de la estrategia aliada, tuvieron que hacer frente a un inquietante balance de tonelaje mercantil. Hasta superar la amenaza submarina y ganar la batalla del Atlántico, una invasión efectiva de Europa no era viable. Esta batalla se había vuelto tan crucial como la de Inglaterra en 1940. El resultado dependía, básicamente, del bando que pudiera resistir más tiempo, material y psicológicamente.

El curso del combate se vio afectado por los cambios de mando. En noviembre el almirante sir Percy Nobel fue nombrado jefe de la misión naval británica en Washington, convirtiéndose así en el representante del primer lord del mar en la parte estadounidense del Estado Mayor Conjunto. Durante sus veinte meses en el cargo como comandante en jefe de la zona de aproximación occidental había hecho mucho para mejorar las medidas antisubmarinas, y para mantener alta la moral de las tripulaciones de las escoltas y los aviones, gracias a la comprensión que mostraba hacia sus problemas, así como el toque personal que imprimió a sus acciones. Afortunadamente su sucesor fue bien elegido. Se trataba del almirante sir Max Horton, un destacado comandante de submarinos durante la Primera Guerra Mundial y al mando de la base de submarinos en Inglaterra desde principios de 1940. Aportó un conocimiento de experto en submarinos y submarinistas a la campaña contra ese tipo de barcos, unido a un dinamismo e imaginación torrenciales. Esta combinación de cualidades le convertía en el hombre adecuado para dar la réplica a Dönitz.

El plan de Horton consistía en desarrollar un contraataque más poderoso y concentrado sobre los submarinos. Las corbetas y otros barcos pequeños no tenían la velocidad suficiente para llegar hasta el final en sus combates con los submarinos, ya que, si los perseguían hasta muy lejos, no podían reincorporarse a los convoyes que escoltaban. Se necesitaban más destructores y fragatas, que trabajaran separadamente, para ayudar a las escoltas de los convoyes y, tras establecer contacto con los submarinos, perseguirlos hasta el final. Ya en septiembre habían empezado a formarse grupos de apoyo para este objetivo, pero Horton los desarrolló intensivamente desde el primer momento, llegando a reducir la fuerza de los grupos de escolta cercana para conseguirlo. Pretendía sorprender al enemigo en medio del Atlántico mediante un contraataque coordinado a cargo de varios de los nuevos grupos de apoyo y de aeronaves con base en portaaviones, que cooperaran con las escoltas y con los aviones de muy largo alcance.

Subrayaba que los grupos de apoyo no debían perder tiempo en buscar a los submarinos en todos los sentidos, lo que consideraba un error del pasado. El lugar donde encontrarlos era cerca de los convoyes, y los grupos de apoyo debían trabajar en estrecha colaboración con los grupos de escolta de aquellos. Cada uno de estos debía ser reforzado por un pequeño grupo mientras sobrevolaba el espacio sin protección aérea de Groenlandia y, cuando fuera posible, por aviones. Pensaba que los submarinos, acostumbrados a ser atacados desde la dirección del convoy, serían desequilibrados cuando los grupos de apoyo los atacaran en todas direcciones.

En el bando alemán, Hitler estaba furioso por el resultado negativo de un ataque, el 31 de diciembre, contra un convoy ártico por parte del Hipper, el Lützow y seis destructores que aparecieron en Altafjord. Esto tuvo efectos importantes. En su indignación expresó su «determinación firme e inalterable» de deshacerse de sus grandes buques de guerra. Esta decisión produjo la renuncia del gran almirante Raeder un mes después y su sustitución, como comandante en jefe de la Marina por Dönitz, quien mantuvo, además, su título y la función de comandante de la flota submarina. Dönitz tenía más facilidad para tratar con Hitler y, finalmente, logró su beneplácito para conservar el Tirpitz, el Lützow y el Scharnhorst en Noruega como «una fuerza especial bastante considerable».

Hubo un período de calma en el Atlántico durante los meses de diciembre y enero, cuando los hundimientos de los submarinos descendieron a apenas 200 000 toneladas. Esto se debió fundamentalmente a un tiempo meteorológico adverso. Sin embargo, el respiro fue compensado por el efecto de dispersión y la confusión que provocó en los buques mercantes de los convoyes, en especial en los que tenían motores menos potentes.

En febrero los hundimientos por parte de los submarinos casi se duplicaron, mientras que en marzo alcanzaron ciento ocho barcos y 627 000 toneladas, volviendo a acercarse a las cifras máximas de junio y noviembre de 1942. Lo que era más preocupante es que casi dos tercios habían sido hundidos en los convoyes. A mediados de marzo treinta y ocho submarinos se concentraron en dos convoyes en dirección a Gran Bretaña, que estaban cercanos entre sí. Los submarinos hundieron veintiún barcos de 141 000 toneladas, con una única baja propia, antes de que se reanudara la cobertura aérea el día 20. Esta fue una de las mayores batallas de convoyes de toda la guerra.

Retrospectivamente el almirantazgo registró que «los alemanes nunca estuvieron tan cerca de interrumpir las comunicaciones entre el Nuevo Mundo

y el Viejo como durante los primeros veinte días de marzo de 1943». Además, el Estado Mayor Naval llegó al extremo de plantearse si se podía seguir considerando, y usando, los convoyes como un sistema efectivo de defensa.

No obstante, en los últimos once días de marzo —el último tercio de ese fatídico mes— se produjo un gran cambio. Solo se hundieron quince barcos en el Atlántico norte, comparados con los ciento siete de los dos primeros tercios del mes. En abril el balance se redujo a la mitad y en mayo fue aún mucho menor. La contraofensiva coordinada de Max Horton había surtido efecto y lo había logrado en un período de tiempo notablemente corto.

En el momento más crítico de marzo los estadounidenses se habían planteado retirarse del sistema de escolta del Atlántico norte, haciéndose responsables de las rutas del Atlántico sur, especialmente las que iban al Mediterráneo. También tenían muy presente el Pacífico. Con todo, el efecto práctico no fue muy grande. El Gobierno de Estados Unidos situó el primer grupo de apoyo de portaaviones bajo mando británico y suministró los vitales Liberator de muy largo alcance (VLR por sus siglas en inglés). Así, desde el 1 de abril, Gran Bretaña y Canadá se hicieron cargo completamente de todos los convoyes entre el continente americano y el Reino Unido.

Durante la primavera de 1943 los submarinos fueron derrotados en una serie de batallas de convoy y sufrieron graves pérdidas. A mediados de mayo Dönitz informó a Hitler con perspicacia: «Nos estamos enfrentando a la mayor crisis en la guerra submarina desde que el enemigo, gracias a nuevos aparatos de detección... hace que el combate sea imposible y nos inflige graves pérdidas». Las bajas de submarinos en mayo se habían más que duplicado, creciendo hasta un 30 por ciento del total de las producidas en el mar; se trataba de un ritmo de pérdidas que no se podía soportar mucho tiempo. Por tanto, el 23 de mayo Dönitz retiró sus submarinos del Atlántico norte hasta tener nuevo armamento que poder usar.

Para julio se construían más mercantes aliados de los que se hundían. Este fue el punto de inflexión y la prueba de que la ofensiva submarina había sido derrotada.

Sin embargo, visto en perspectiva, es evidente que la propia Gran Bretaña había evitado la derrota en marzo por poco. También es evidente que la causa principal de su peligro era la carencia de aviones de largo alcance para la protección de los convoyes. De enero a mayo solo se hundieron dos buques que formaban parte de convoyes en el Atlántico, cuando estuvo presente la escolta aérea. En cuanto se proporcionó adecuada cobertura aérea de este tipo a los convoyes, especialmente los Liberator de largo alcance, a los

submarinos les resultó cada vez más difícil operar en «manadas de lobos». Ahora, de repente y en cualquier momento, podía encontrarse sobre sus cabezas un avión conduciendo a un grupo de apoyo hacia su posición.

El radar, en la nueva longitud de onda de 10 cm que los submarinos no podían interceptar ciertamente era un factor importante, tal y como había descubierto y subrayado Dönitz. También ayudaron las nuevas armas como el *hedgehog* («erizo»), un proyectil antisubmarino, y las cargas de profundidad de mayor alcance. Asimismo lo hizo el trabajo analítico de la unidad táctica de aproximación por el oeste, que se había creado a principios de 1942 para desarrollar el mejor sistema táctico para hacer frente a los submarinos, y el análisis operativo de despliegue de convoyes del profesor P. M. S. Blackett. Además, un nuevo sistema de cifrado para el control de buques, que se introdujo a finales de mayo de 1943, privó a los alemanes de su más valiosa fuente de inteligencia.

Con todo, probablemente el factor más importante en la victoria fue la mejora en las normas de entrenamiento de los miembros de las escoltas y los aviones, así como la creciente cooperación entre marinos y aviadores.

Entre las figuras individuales, la parte más destacada en la derrota de los submarinos la jugó el almirante sir Max Horton, tal y como ya hemos subrayado. También jugó un papel muy importante el general de brigada sir John Slessor, que se convirtió en comandante en jefe del mando costero en febrero de 1943, durante el período crucial de la batalla. Entre el valioso colectivo de comandantes de grupos de escolta, dos merecen mención especial por sus logros: el capitán F. J. Walker, a partir de 1941, y el comandante P. W. (posteriormente vicealmirante sir Peter) Gretton en 1942-1943.

* * *

Durante el mes de junio de 1943 no hubo ataques contra convoyes en el Atlántico norte, mientras que julio fue muy oneroso para los submarinos, en especial en el golfo de Vizcaya, donde las patrullas aéreas del mando costero tuvieron una buena cosecha. De ochenta y seis submarinos que trataron de cruzar el golfo durante ese mes, cincuenta y cinco fueron avistados, diecisiete hundidos (todos, excepto uno, a cargo de aviones) y seis obligados a regresar a la base. Su única vía de salida al Atlántico era una estrecha línea en el golfo de Vizcaya, a lo largo de la costa española, tal y como informó sombríamente Dönitz a Hitler. No obstante, las patrullas antisubmarinas pagaban un precio alto por sus éxitos: se perdieron catorce aviones.

Durante los meses que van de junio a agosto de 1943 los submarinos alemanes no hundieron más de cincuenta y ocho mercantes aliados en todas las aguas, excepto el Mediterráneo, y casi la mitad de ellos fue frente a Sudáfrica y el océano Índico. Lograron este resultado muy moderado con un coste de setenta y nueve submarinos, de los cuales no menos de cincuenta y ocho fueron hundidos por aviones.

Con la esperanza de recuperar la delantera, Dönitz insistió a Hitler para obtener más reconocimiento aéreo de largo alcance en el Atlántico y una cobertura aérea más potente en las rutas de tránsito. Sus argumentos tuvieron una acogida más favorable que la que había tenido Raeder para vencer la reticencia de Göring a colaborar con la Marina. Dönitz también obtuvo la aprobación para aumentar la producción de submarinos desde treinta a cuarenta al mes y dio prioridad a nuevos tipos de submarinos que fueran capaces de ser más rápidos una vez sumergidos. Con todo, el muy prometedor tipo Walter, propulsado por una combinación de diésel y peróxido de hidrógeno, tenía tantos problemas de arranque que no hubo ninguno listo para entrar en funcionamiento antes de finales de la guerra, en 1945. Sin embargo, un desarrollo nuevo e importante se produjo con el acoplamiento del sistema de ventilación *schnorkel* y los mástiles telescopicos diésel, un aparato de origen holandés anterior a 1940, que permitía a los submarinos cargar las baterías estando a profundidad de periscopio. Para mediados de 1944 se acopló este ingenio a treinta de ellos.

Otras dos nuevas armas alemanas de mediados de 1943 fueron el torpedo acústico, que seguía las hélices de los barcos, y la bomba planeadora. No obstante, durante los meses de septiembre y octubre, los dos primeros meses de la campaña de submarinos renovada, los aliados solo perdieron nueve mercantes (de los 2468 que formaron parte de 64 convoyes en el Atlántico norte) mientras que se hundieron veinticinco. Tras esta nueva derrota aplastante Dönitz abandonó el método de operar con los submarinos en grandes grupos móviles.

El 8 de octubre Gran Bretaña ocupó dos bases aéreas en las Azores, en virtud de un acuerdo con Portugal, y desde entonces pudieron proporcionar cobertura aérea sobre todo el Atlántico norte.

Durante los tres primeros meses de 1944 los submarinos sufrieron aún peores pérdidas. Solo hundieron tres mercantes (sobre un total de 3365 que cruzaron el Atlántico norte en 105 convoyes), pero perdieron treinta y seis *u-boote*. Entonces Dönitz suspendió cualquier operación contra convoyes, informando a Hitler que no podían reanudarse hasta que estuvieran

disponibles los nuevos tipos de submarino y aparatos defensivos, así como un mejor reconocimiento aéreo.

* * *

A finales de marzo de 1944 Dönitz recibió la orden de formar un grupo de cuarenta submarinos para realizar operaciones cercanas a la costa en caso de una invasión aliada de Europa occidental. A finales de mayo había concentrado setenta en los puertos del golfo de Vizcaya y solo tres permanecían en el Atlántico norte, realizando tareas de información meteorológica.

El abandono de la campaña submarina en el Atlántico norte por parte de Alemania fue un alivio para el mando costero, cuyos aviones, pertenecientes al Grupo 19, habían hundido cincuenta submarinos y dañado cincuenta y seis (sobre un total de 2425 salidas o llegadas de las bases del golfo de Vizcaya) hasta mayo de 1944, durante cuarenta y un meses de operaciones antisubmarinas. El Grupo 19 había perdido trescientos cincuenta aviones en el golfo durante ese período. Sus pérdidas probablemente hubieran sido menores, y su efecto aún mayor, si al mando costero se le hubiera asignado un mayor número de aviones, en consonancia con la gran trascendencia de su tarea.

Otros acontecimientos de este período fueron los dos ataques devastadores contra el Tirpitz, fondeado en el norte de Noruega, por parte de tres submarinos de bolsillo en septiembre de 1943, y del arma aérea de la flota en marzo de 1944, que precedieron a su hundimiento por bombarderos pesados de la RAF en noviembre de ese año. En realidad, solo había hecho fuego con su armamento principal en una ocasión (en un ataque a Spitzbergen), aunque la cantidad de daños sufridos a los que sobrevivió dan muestra del diseño y fortaleza de la construcción naval alemana. Además, su mera existencia como amenaza potencial tuvo mucha influencia en la estrategia naval británica, puesto que absorbía una gran cantidad de su potencia marítima.

La amenaza del Scharnhorst había sido eliminada durante el mes de diciembre anterior, cuando fue interceptado y hundido por una potente fuerza de la flota doméstica británica mientras él mismo trataba de interceptar un convoy ártico.

Durante la primera mitad de 1944 el principal problema en las aguas propias de Gran Bretaña procedió de las lanchas rápidas torpederas, llamadas *s-boote*, que habían desarrollado los alemanes. Aunque su número nunca fue superior a unas tres docenas, podían intercambiarse rápidamente de una ruta

de convoy a otra, en busca de oportunidades, convirtiéndose en un acoso molesto.

Los submarinos concentrados en los puertos occidentales de Francia para hacer frente a una invasión aliada a través del canal de la Mancha, tuvieron escaso efecto, aunque se beneficiaron de haber incorporado el *schnorkel* cuando comenzó la invasión de Normandía, en junio, ya que eran menos vulnerables a los ataques aéreos.

Cuando el 3.^{er} Ejército de Estados Unidos, avanzando desde Normandía, llegó cerca de estos puertos occidentales (Brest, Lorient y Saint-Nazaire) a mediados de agosto, la mayor parte de los submarinos fue trasladada a Noruega. A partir de entonces la navegación hacia y desde Gran Bretaña pudo volver a utilizar la antigua ruta alrededor del sur de Irlanda, así como la que iba por la costa norte.

Desde finales de agosto en adelante, toda una serie de submarinos empezó a llegar desde Noruega y Alemania, pasando por el norte de Escocia e Irlanda y situándose cerca de las costas y los lugares frecuentados, y tan al sur como Portland Bill en la costa sur de Inglaterra. Pero esta campaña costera tuvo pocos resultados, aunque gracias a sus *schnorkels* tuvieron menores bajas que anteriormente. Durante los cuatro meses de septiembre a diciembre de 1944 solo hundieron catorce buques en aguas costeras británicas.

Los convoyes árticos

Los convoyes británicos al norte de Rusia comenzaron a finales de septiembre de 1941. El hielo bloqueaba Arcángel en invierno, por lo que se utilizaba Murmansk, el puerto más importante, libre de hielos, de Rusia. El fracaso alemán en capturar este puerto mediante un potente movimiento terrestre fue una extraña omisión estratégica, ya que le hizo perder la oportunidad de estrangular esta ruta de suministro septentrional cuando era más vulnerable.

Cuando los alemanes se dieron cuenta de la gran escala a la que los buques británicos, y posteriormente estadounidenses, transportaban ayuda a Rusia por esta ruta, se apresuraron a reforzar su capacidad naval y aérea en Noruega y desplegaron una serie de ataques potentes contra los convoyes árticos aliados entre marzo y mayo de 1942. El peor alcanzó el convoy PQ 17 en dirección este, cuando navegaba a finales de junio. El almirantazgo, creyendo que el convoy y su escolta estaban a punto de ser derrotados por buques de guerra alemanes ordenó, el 4 de julio, que se dispersara en el mar

de Barents. Los mercantes indefensos fueron atacados por aviones y submarinos, y sobrevivieron solo trece de treinta y seis. De los aviones que transportaba el convoy fueron entregados 87, pero se perdieron 210; de los tanques 164 y 430 y de los vehículos que no eran de combate 896 y 3350, respectivamente. También llegaron dos tercios del resto del cargamento, 99 316 toneladas.

Tras este desastre, no se envió el siguiente convoy con destino a Rusia hasta septiembre. Se le proporcionó una escolta muy superior y el almirante Raeder, avisado por radio, mantuvo la cautela de preservar sus grandes buques de guerra, que podrían haber vencido a las escoltas. A fin de cuentas, veintisiete de los cuarenta mercantes del PQ 18 lograron llegar sanos y salvo a Arcángel, mientras que los aviones y submarinos alemanes sufrieron graves pérdidas. Los alemanes no volvieron a desplegar una potencia aérea tan grande en el extremo norte.

Tras otro intervalo, se enviaron unos cuantos convoyes pequeños durante el invierno. Sin embargo, los rusos, aunque presionaban repetidamente para el envío de más convoyes, no ayudaban a protegerlos en su larga travesía, solo un poco a su llegada. A partir de marzo de 1943 el comandante en jefe de la flota doméstica, el almirante Tovey, no estuvo dispuesto a arriesgar nuevos convoyes a medida que los días se hacían más largos. La situación crítica en el Atlántico decidió la cuestión y las escoltas árticas fueron desviadas allí, donde tuvieron un gran papel en la derrota decisiva de los submarinos esa primavera.

En noviembre, cuando se reanudaron los convoyes árticos, había disponibles escoltas mucho mayores, incluyendo los nuevos portaaviones. Estos infligían grandes pérdidas en la debilitada Luftwaffe y en sus submarinos, mientras que llevaban enormes cargamentos a buen puerto, en Rusia.

En los cuarenta convoyes árticos enviados a Rusia desde 1941, participaron ochocientos buques, de los cuales cincuenta y ocho fueron hundidos y treinta y tres tuvieron que dar la vuelta por alguna razón, mientras que setecientos veinte llegaron a puerto, entregando unos cuatro millones de toneladas de cargamento a Rusia. Las mercancías incluían cinco mil tanques y más de siete mil aviones. Para hacer entrega de esta ayuda a gran escala los aliados perdieron dieciocho buques de guerra y noventa y ocho mercantes, incluyendo los de los convoyes de vuelta a Gran Bretaña, mientras que los alemanes, en su intento de detenerlos, perdieron el crucero de batalla Scharnhorst, tres destructores y treinta y ocho submarinos.

La última fase

Durante los primeros meses de 1945 el tamaño de la flota de submarinos seguía creciendo, debido a la producción de nuevas unidades y a la reducción de pérdidas, gracias al uso del *schnorkel* y de la suspensión de operaciones a larga distancia en el Atlántico. En enero entraron en servicio treinta nuevos submarinos, comparados con la reciente media de dieciocho al mes. Algunos eran de los nuevos modelos mejorados, con un mayor radio de acción y superior velocidad cuando estaban sumergidos: El Tipo XXI, de 1600 toneladas y ámbito de acción oceánico y el costero Tipo XXIII, de 230 toneladas. Dos tercios de las novedades correspondían al Tipo XXI. En marzo la flota de submarinos alcanzó su apogeo, con un total de 463 unidades.

No fue hasta marzo cuando la campaña de bombardeo comenzó a tener un efecto importante en la producción. Afortunadamente para los aliados, la colocación de minas desde aviones en el Báltico, aunque provocó pocos daños materiales comparados con los esfuerzos que requirió, tuvo un efecto importante —más de lo que percibieron los responsables navales— al entorpecer las pruebas y el entrenamiento de los submarinos y, de ese modo, impedir la entrada en funcionamiento de los nuevos *u-boote* en gran número. Si los nuevos modelos hubieran llegado a alta mar en gran número, podrían haber revitalizado la amenaza submarina de manera tan peligrosa como en 1943.

No obstante, una vez que los aliados cruzaron el Rin, en marzo, y se aproximaban a Berlín, unido esto al avance ruso desde el este, todas las formas de presión se intensificaron, con efectos paralizantes.

Durante las últimas semanas de la guerra, la actividad de los submarinos se centraba, básicamente, frente a las costas este y noreste de Gran Bretaña. Aunque consiguieran pocos resultados, es significativo que ninguno de los nuevos modelos fuera hundido en estas aguas.

Tras la capitulación alemana en mayo, 159 submarinos se rindieron, pero otros 203 fueron barrenados por sus tripulaciones. Esto era típico del tenaz orgullo y la moral impasible de las tripulaciones submarinistas.

Durante los cinco años y medio de guerra los alemanes habían fabricado y encargado 1157 submarinos, además de incorporar otros 15 aparatos de otros países: se perdieron 789 (incluyendo 3 de los extranjeros). También habían encargado unos 700 submarinos de bolsillo. Con diferencia la mayor proporción de los hundidos en el mar (500 de 632) lo fueron por los británicos o bajo control británico. Por otra parte, los submarinos —alemanes, italianos

y japoneses— hundieron 2828 buques, con un total de casi quince millones de toneladas. Con diferencia la mayor proporción de ese enorme total fue víctima de los alemanes, cuyos submarinos también hundieron 175 buques de guerra aliados, la mayor parte británicos. De las pérdidas aliadas causadas por submarinos, el 61 por ciento del total consistía en barcos que navegaban por libre, el 9 eran rezagados de convoyes y solo el 30 por ciento procedían de los que participaban de algún convoy (muy pocos de ellos cuando se dispuso de cobertura aérea).

La posesión alemana de las bases navales francesas en el golfo de Vizcaya durante cuatro años, y el rechazo de Irlanda a permitir que los aliados utilizaran sus costas oeste y sur, aunque ella misma dependía en gran medida de los suministros que le llevaban los convoyes, contribuyó enormemente a las pérdidas aliadas en el Atlántico. Y fue en gran medida por el control aliado de Irlanda del norte e Islandia por lo que se pudo mantener abierta la última ruta a Gran Bretaña que quedaba.

SEXTA PARTE

**El reflujo
(1943)**

25

La limpieza de África

La primera consecuencia del fracaso aliado para capturar Túnez en diciembre de 1942 fue el abandono de la idea original de atrapar a Rommel entre el 8.^º Ejército, que le perseguía, y el nuevo 1.^{er} Ejército en Túnez, avanzando en dirección este para ir a su encuentro.^[1] Durante un tiempo los dos ejércitos debían encargarse separadamente de las fuerzas respectivas de Rommel en Tripolitana y Arnim en Túnez, mientras que a medida que estas dos se acercaban se beneficiarían de la ventaja de una posición central, permitiéndoles orientar sus fuerzas combinadas contra uno u otro de los atacantes.

Al ser detenido frente a Túnez en Navidad, y ante la perspectiva de un barro continuo hasta que terminara la temporada de lluvias, Eisenhower trató de llevar a cabo un ataque hacia el sur para alcanzar la costa cerca de Sfax, bloqueando así la línea de suministro y retirada de Rommel. Para esta operación Satin, planeó utilizar fundamentalmente tropas estadounidenses, concentrándolas cerca de Tébesa para formar lo que se dio en llamar el II Cuerpo de Estados Unidos (general Fredendall). Sin embargo, cuando informó de sus intenciones a la Junta Combinada de Estado Mayor (que acompañó a Roosevelt y Churchill a África, a mediados de enero, para participar en la conferencia aliada en Casablanca, con el fin de fijar nuevos objetivos) se destacó, especialmente por parte del general Alan Brooke, lo arriesgado de ese ataque a cargo de tropas inexpertas en una zona a la que los veteranos de Rommel podían estar a punto de llegar y [Eisenhower] fue obligado a cancelar el plan.

Esta decisión dejó el siguiente movimiento en manos de Montgomery, que se había detenido cerca de Nofilia a mediados de diciembre para concentrar fuerzas antes de atacar la posición de Buerat, a 225 kilómetros al oeste, lugar al que Rommel había retirado los restos de su ejército en la fase anterior de su larga retirada desde Egipto.

Montgomery lanzó su nueva ofensiva a mediados de enero. Se había concebido siguiendo la misma pauta que anteriormente: un ataque frontal de fijación combinado con una maniobra de flanco por el interior del desierto para cortar la vía de retirada. No obstante, esta vez evitó cualquier tanteo preliminar que pudiera mostrar sus intenciones y «asustar al enemigo y que abandonara sus posiciones». Además, solo se utilizó una simple pantalla de vehículos blindados para vigilar las posiciones enemigas y las fuerzas principales de Montgomery se mantuvieron bien alejadas de la primera línea hasta el día previo al ataque y, entonces, iniciaron una larga aproximación desde la que entraron directamente en acción, lo que ocurrió en la mañana del día 15. La 51.^a División con apoyo blindado atacó a lo largo de la carretera de la costa, mientras que la 7.^a Acorazada y la División Neozelandesa llevaron a cabo la maniobra planeada. Al principio no encontraron resistencia, y cuando esta apareció, al oeste de Buerat, procedía solo de las retaguardias. Rommel se había escabullido de la posición de Buerat y, una vez más, de la trampa prevista. Esta acción se vio facilitada porque, como señaló Alexander en una reprimenda «los neozelandeses y la 7.^a División Acorazada habían tanteado el terreno prudentemente antes de rodear el extremo sur de la pantalla anticarro del enemigo».

Para Rommel, la principal batalla, una vez más había sido con el Mando Supremo del Eje. Instalado a salvo en la remota Roma, Mussolini volvió a perder el contacto con la realidad y en la semana previa a Navidad ordenó «resistir hasta el final» en la posición de Buerat. Por tanto, Rommel preguntó por radio al mariscal Cavallero, el jefe del Mando Supremo, qué debía hacer si los británicos ignoraban esa posición, que era fácil de evitar, y avanzaban hacia el oeste. Cavallero no contestó, pero subrayó que las tropas italianas no debían ser abandonadas en un cerco como había ocurrido en El Alamein.

Rommel señaló a Bastico la obvia contradicción entre la orden de Mussolini y la estipulación de Cavallero. Como la mayoría de los servidores en un régimen autoritario, Bastico trataba de evitar tomar una decisión y hacerse responsable de una conducta que no se correspondiese con las esperanzas y sueños de su líder. No obstante, al insistir, Rommel había logrado que aceptara (y ordenara) la retirada de las tropas italianas no

motorizadas en la línea Tarhuna-Homs, a unos doscientos kilómetros más cerca de Trípoli. Después, en la segunda semana de enero, Cavallero pidió que fuera enviada una división alemana al desfiladero de Gabes para defenderlo contra la amenaza del ataque estadounidense en ese lugar que, como se ha dicho, no llegó a producirse. Naturalmente Rommel no era contrario a responder a una petición que encajaba bien con el plan que había concebido, y envió la 21.^a División Panzer. Esto le dejó con tan solo los treinta y seis tanques de la 15.^a División Panzer y los cincuenta y siete tanques obsoletos italianos de la División Centauro, para hacer frente a los cuatrocientos cincuenta que había reunido Montgomery para este nuevo ataque. Rommel no tenía intención de combatir una batalla desesperada contra una fuerza abrumadora, por lo que se retiró de la posición de Beurat en cuanto se enteró —mediante su servicio de intercepción de radio— de que los británicos estaban listos para atacar el 15 de enero.

Tras refrenarlos los dos primeros días, durante los cuales se volvieron prudentes no solo por la gran cantidad de minas esparcidas, sino por la pérdida de unos cincuenta tanques en su intento por perforar esa pantalla, Rommel retiró sus fuerzas motorizadas a la línea Tarhuna-Homs el día 17, e inmediatamente comunicó a la infantería italiana allí situada que retrocedieran a Trípoli. La línea Tarhuna-Homs era más defendible que la posición de Beurat, pero el peso de los blindados que Montgomery situó contra su flanco interior convenció a Rommel, el 19, de que una resistencia prolongada en ese punto era desesperada y pondría en peligro su retirada. Así, comenzó a retirar el resto de sus fuerzas durante la noche, mientras las instalaciones portuarias de Trípoli eran destruidas.

A primera hora de la mañana llegó un mensaje de Cavallero que expresaba la viva desaprobación de Mussolini de la retirada, insistiendo en que la línea debía mantenerse al menos durante tres semanas. Esa tarde Cavallero llegó al lugar para reforzar el mensaje. De manera cáustica Rommel señaló que cualquier límite temporal dependería de la acción enemiga en ausencia de refuerzos adecuados para contrarrestarla. Terminó resolviendo el problema del mismo modo que había hecho con Bastico en noviembre, cuando le solicitó defender la línea de Mersa Brega: «Puedes defender Trípoli unos cuantos días más y perder el ejército, o perder Trípoli unos días antes y salvar el ejército para usarlo en Túnez. Decídete». Cavallero evitó tomar una decisión definitiva, pero la proporcionó de manera indirecta al decirle a Rommel que el ejército se debía preservar, aunque Trípoli tenía que ser defendida lo más posible. Rommel ordenó de inmediato la retirada de las

tropas italianas no motorizadas, así como la mayor parte de los suministros que se podían transportar. Después, durante la noche del 22, retiró el resto de las tropas desde la línea Tarhuna-Homs, dirigiéndose directamente a la frontera de Túnez, a 160 kilómetros al oeste de Trípoli, y después hasta la línea Mareth, otros 130 kilómetros más allá.

La persecución británica desde la línea Buerat había sido «pegajosa», por utilizar el término con que lo describió el propio Montgomery. Esto no solo se debió a las minas y demoliciones de carreteras, sino a la extrema cautela al encarar las pantallas de retaguardia enemigas. En sus memorias, Montgomery subraya que el avance en la carretera de la costa generalmente era un reflejo de carencia de iniciativa y vigor, reforzando este comentario al citar una anotación de su diario el día 20: «He convocado al comandante de la 51.^a División (Highland) y le eché una bronca de cuidado, lo cual tuvo un efecto inmediato». Sin embargo, de hecho, Rommel ya se había retirado a la línea Tarhuna-Homs, y no había sido el fuerte avance por la carretera de la costa sino el peso de la concentración de blindados contra su flanco interior lo que precipitó la orden, el día 22, de abandonar esa línea y retirarse a la frontera tunecina. Cuando la 51.^a División marchó a la luz de la luna, con la infantería avanzada encaramada en los tanques, descubrieron que el enemigo se había desvanecido. Al amanecer del 23 de enero, la punta de lanza de las columnas británicas convergentes entró en Trípoli sin encontrar resistencia.

El logro de ese objetivo, que había sido la meta de sucesivos ataques británicos desde 1941, coronó el avance desde El Alamein en persecución de Rommel. Se alcanzó tres meses exactos después del lanzamiento de la ofensiva. Para Montgomery y sus tropas fue un logro estimulante, pero también provocó en él un suspiro de alivio, ya que, como había escrito: «Estaba experimentando el primer momento de ansiedad real desde que asumí el mando del 8.^º Ejército». Durante la primera semana de enero un temporal había provocado destrozos en el puerto de Bengasi, reduciendo la llegada de mercancías desde las 3000 toneladas diarias a menos de 1000, y obligándole a recurrir a Tobruk, a 1300 kilómetros de Trípoli, lo que aumentaba considerablemente la de por sí muy larga línea de suministros por carretera. Para conseguir el transporte adicional necesario había «dejado en tierra» al X Cuerpo, pero temía que debería suspender el avance a menos que pudiera alcanzar Trípoli en diez días desde el inicio de su nueva ofensiva.

Afortunadamente para él, el enemigo no era consciente de este problema temporal y de suministro, sino que solo veía que avanzaban hacia ellos con una abrumadora superioridad en tanques, de 14 a 1, contra los de la 15.^a

División Panzer, los únicos blindados realmente efectivos con los que contaba. Si la 21.^a División Panzer no hubiera tenido que alejarse para hacer frente a la amenaza estadounidense que avanzaba hacia el cuello de botella de Gabes —un ataque que fue cancelado dos días después del envío de esa división, el 13—, hubiera sido más factible la defensa de la línea Tarhuna-Homs. En ese caso Montgomery, según su propio testimonio, tendría que haber interrumpido el avance y retirado a Buerat, ya que cuando entró en Trípoli solo le quedaban dos días de su límite de diez.

En Trípoli se detuvo varias semanas para reconstituir sus fuerzas y despejar el puerto mediante demoliciones. No fue hasta el 3 de febrero cuando pudo entrar el primer barco y hasta el 9 no llegó el primer convoy. Solo tropas ligeras habían seguido la retirada del enemigo y la división de vanguardia de Montgomery no cruzó la frontera de Túnez hasta el 16. La retaguardia de Rommel se había retirado la noche anterior hasta los contrafuertes de la línea Mareth que los franceses habían construido originalmente para detener una invasión italiana de Túnez desde Tripolitana. Simplemente consistía en una cadena de fortines anticuados y Rommel pensó que era mejor utilizar trincheras recién excavadas en los espacios entre los fortines. En efecto, tras inspeccionar la línea Mareth, dijo que sería mejor basar la defensa de esta ruta de aproximación a Túnez en la línea de Wadi Akarit, 65 kilómetros más allá y 24 kilómetros al oeste de Gabis, que no podía ser flanqueado, ya que su flanco interior descansaba sobre la marisma salada de Chott el Jerid. Sin embargo, su propuesta era inaceptable para los dictadores distantes que seguían haciendo castillos en el aire, mientras que sus activos propios estaban en su punto más bajo.

Mussolini descargó su ira por la pérdida de Trípoli obligando a Bastico a regresar y despidiendo a Cavallero, que fue sustituido por el general Ambrosio. Mientras tanto Rommel había recibido un telegrama, el 26 de enero, notificándole que, a la vista de su mala salud, sería relevado del mando después de que consolidara su posición en la línea Mareth, y que su ejército sería rebautizado como 1.^{er} Ejército italiano, con el general Giovanni Messe como comandante. No obstante, se le permitió elegir la fecha del traspaso de poderes y partida, una concesión de la que sacó provecho, en detrimento de los aliados.

Rommel estaba enfermo y la tensión de los últimos tres meses no había hecho que mejorara su condición física. En febrero iba a demostrar que seguía teniendo mucha energía.

En lugar de sentirse desalentado por la aproximación de los estadounidenses a su línea de retirada a través del sur de Túnez, sospechó que había una buena oportunidad para atacar allí antes de que Montgomery pudiera alcanzarle de nuevo. Aunque las defensas de Mareth eran malas, ofrecían un obstáculo al ataque de los tanques y, al menos, podrían retrasar a Montgomery. Con todo, las propias fuerzas de Rommel se estaban revitalizando. Al retirarse hacia el oeste, habían llegado cerca de sus puertos de suministro y ganado más de lo perdido durante la larga retirada. En cuestión de número de hombres ahora tenía tantos como cuando había empezado la batalla de El Alamein. En el momento en que llegó a Túnez su ejército sumaba cerca de 30 000 alemanes^[2] y unos 48 000 italianos, aunque estas cifras incluyeran la 21.^a División Panzer que había sido enviada de regreso a la zona de Gabes-Sfax, así como la División Acorazada Centauro, trasladada a defender el desfiladero de El Guettar, frente a la posición estadounidense de Gafsa. No obstante, la situación del armamento no era tan buena: las unidades alemanas solo tenían en torno a un tercio de su capacidad teórica en tanques, un cuarto en cañones antitanque y un sexto en artillería. Además, de unos ciento treinta tanques, menos de la mitad podían entrar en acción. No obstante, la situación general era hasta cierto punto mejor de lo que sería, previsiblemente, cuando Montgomery tuviera tiempo para utilizar a pleno rendimiento el puerto de Trípoli y concentrara su fuerza superior en la frontera tunecina. Rommel estaba deseoso de aprovechar el lapso de tiempo.

Así, planeó un ataque doble, al estilo napoleónico, para explotar lo que los estrategas llaman la teoría de las líneas interiores: aprovechar la posición central, entre dos fuerzas enemigas convergentes, para atacar a una de ellas antes de que la otra pueda ayudarla. Si podía vencer a los estadounidenses que tenía detrás, se quedaría libre para enfrentarse al 8.^º Ejército de Montgomery, que ahora estaba reducido por cómo las líneas de suministro se habían extendido.

Era un plan brillante, pero la principal desventaja para Rommel a la hora de llevar a cabo era que dependía mucho de fuerzas que no estaban bajo su control. Solo podía detraer de la línea Mareth lo suficiente como para formar un gran grupo de combate, inferior en tamaño a media división, al mando del coronel Von Liebenstein. Su famosa y fiable 21.^a División Panzer, enviada anteriormente a Túnez, estaba justo en el lugar donde quería atacar, pero había pasado a depender del mando del general Von Arnim. Así, en principio, dependía de este decidir los objetivos del ataque principal, así como la fuerza a emplear, mientras que Rommel se veía limitado a ayudar en lo que pudiera.

El II Cuerpo estadounidense (que incluía una división francesa) era el objetivo de ese contraataque. Su frente se extendía unos 150 kilómetros, pero realmente se centraba en las tres rutas que atravesaban las montañas hasta el mar, con puntas de lanza en los pasos cercanos a Gafsa, Faid y Fondouk, donde enlazaba con el XIX Cuerpo francés al mando del general Koeltz. Estos pasos eran tan estrechos que sus ocupantes se sentían seguros y la atención del Alto Mando Aliado se había centrado en gran medida en rechazar una serie de ataques exploratorios en la zona norte de Fondouk.

Sin embargo, a finales de enero, la veterana 21.^a División Panzer lanzó un ataque repentino en el paso de Faid, barrieron la guarnición francesa, mal armada, antes de que los estadounidenses llegaran con retraso. Así, lograron una puerta para el ataque mayor que se iba a producir. Este golpe hizo que los altos mandos aliados sospecharan que se estaba preparando una ofensiva por parte del enemigo, pero no la esperaban allí donde se produjo. Al considerar el ataque preliminar contra Faid como una distracción, creían que la ofensiva principal tendría lugar cerca de Fondouk. Como recordaba el general Omar Bradley en sus memorias: «Esta creencia llegó a ser una conjetura casi fatal». Prevaleció tanto en el cuartel general de Eisenhower como en el del 1.^{er} Ejército británico, al mando de Anderson, que para entonces estaba a cargo de todo el frente aliado en Túnez a la espera de la llegada de Alexander. Este había sido nombrado, en la conferencia de Casablanca, para dirigir, bajo el mando de Eisenhower, el nuevo Decimoctavo Grupo de Ejército, formado por los ejércitos 1.^º y 8.^º, que debía formarse cuando el 8.^º entrara en Túnez. Para defender la esperada línea de ataque, Anderson fue llevado a mantener el Mando de Combate B, con la mitad de los blindados estadounidenses, en la reserva detrás de Fondouk. Este cálculo erróneo ayudó a facilitar el avance enemigo.

A principios de febrero las fuerzas del Eje en Túnez habían alcanzado un total de 100 000 hombres (74 000 alemanes y 26 000 italianos), es decir, respecto a las fuerzas aliadas una ratio mucho mejor de lo que era en diciembre o de lo que sería cuando se completase la concentración aliada. En torno a un 30 por ciento era personal administrativo. La fuerza blindada disponible, que dependía casi en su totalidad de la contribución alemana, era de poco más de 280 tanques: 110 de la 10.^a División Panzer, 91 de la 21.^a (exactamente la mitad de su número normal) y una docena de Tiger en una unidad especial, mientras que Rommel aportaba un batallón de 26 tanques en el grupo de combate de Liebenstein, para reforzar los 23 tanques que habían sobrevivido en la División Centauro en la carretera de Gafsa. Este total se

quedaba muy por debajo de la fuerza aliada e incluso si todo él era utilizado no proporcionaría una superioridad numérica en el frente de ataque previsto en la parte sur de Túnez. Para la 1.^a División Acorazada de Estados Unidos que defendía esa zona, aunque aún no estuviera a plena capacidad, tenía unos trescientos tanques operativos —a pesar de que noventa eran Stuart— y treinta y seis baterías antitanque, además de ser mucho más potente en artillería que una división *panzer*.^[3] Para decepción de Rommel solo se envió como refuerzo de la 21.^a una parte de la 10.^a (con un batallón de tanques medios y una compañía con cuatro Tiger), y solo para la fase inicial, ya que Arnim planeaba utilizar la 10.^a para un ataque que pensaba lanzar más al norte.

El 14 de febrero empezó la ofensiva real, cuando la 21.^a, con un contingente de la 10.^a, se lanzó de nuevo desde Faid. El segundo de Arnim, el general Ziegler, era responsable directo del ataque. Mientras que los dos pequeños grupos de combate de la 10.^a División Panzer avanzaron desde el paso de Faid, como si abrieran las pinzas de un animal para atrapar la vanguardia de la 1.^a División Acorazada de Estados Unidos —Mando de Combate A—, otras dos de la 21.^a Panzer (cada una de ellas con un batallón de tanques en su centro) siguieron una trayectoria más amplia por el sur, durante la noche, para flanquear y atrapar a los estadounidenses. Aunque algunos lograron escapar antes de que se cerrara el círculo, alrededor de Sidi Bou Zid, las pérdidas materiales fueron muy graves. El campo de batalla estaba cubierto de tanques estadounidenses en llamas y se perdieron cuarenta unidades en esta acción. A la mañana siguiente fue enviado apresuradamente el Mando de Combate C para realizar un contraataque y pronto fue atrapado por movimientos de cerco alemanes. Solo lograron escaparse cuatro tanques. Así, dos buenos batallones de tanques medios habían sido barridos sucesivamente en estos combates fragmentados contra la hábil concentración enemiga de fuerzas superiores con recursos inferiores. Por fortuna para los aliados, los alemanes fueron lentos en la explotación del éxito.

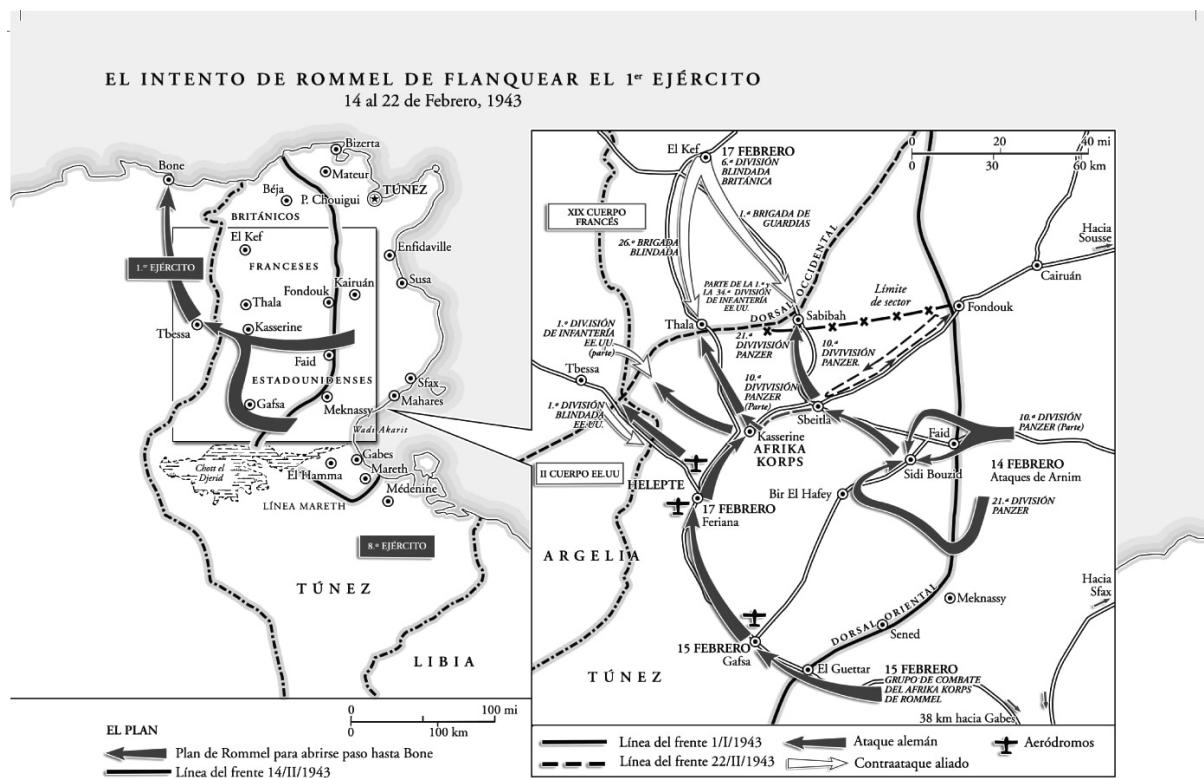
Rommel había apremiado a Ziegler, el 14, a que avanzara durante la noche para explotar totalmente el éxito inicial: «Los estadounidenses no tienen experiencia práctica en combate, y debíamos infundirles desde el principio un profundo complejo de inferioridad». Con todo, Ziegler se sentía obligado a esperar a obtener la autorización de Arnim y solo el 17 avanzó cuarenta kilómetros hasta Sbeitla, donde se habían concentrado los estadounidenses. En consecuencia, allí los alemanes se encontraron una mayor oposición, ya que el Mando de Combate B (que ahora mandaba el

general de brigada Paul Robinett) había sido expedido al sur. Mantuvo a raya a los alemanes hasta última hora de la tarde y ayudó a cubrir la retirada de los restos maltrechos de los dos mandos de combate, antes de retirarse él mismo, como parte de una retirada general del ala sur de los aliados, ordenada por Anderson, hasta la línea de montaña de la dorsal occidental. Aunque se retrasara su entrada en Sbeitla, el cerco alemán logró más de cien tanques y cerca de tres mil prisioneros.

Mientras tanto, el grupo de combate mandado por Rommel, y dirigido contra el extremo del flanco sur aliado en Gafsa, entró en ese centro de carreteras cuando fue evacuado el día 15. Acelerando el ritmo y girando en dirección noroeste, avanzó ochenta kilómetros para el día 17, atravesando Feriana, y capturó los aeródromos estadounidenses en Thelepte. Así, casi se había puesto al nivel de la 21.^a Panzer, aunque 56 kilómetros al oeste y, por tanto, más cerca de las comunicaciones aliadas. Alexander, que llegó a la zona ese día y se hizo cargo de ambos ejércitos el 19, dijo en su parte que en la «confusión de la retirada, las tropas estadounidenses, francesas y británicas se habían mezclado inextricablemente, no había un plan de defensa coordinado y reinaba la incertidumbre en el mando». Rommel se enteró de que los aliados habían incendiado sus depósitos de suministros en Tébesa, 65 kilómetros más allá de la siguiente cadena montañosa. Esto le parecía indicar claramente que «se estaban poniendo nerviosos».

Entonces se produjo el verdadero punto de inflexión: aunque los comandantes aliados se imaginaron que fue tres días después. Rommel quería explotar la confusión y el pánico mediante un avance combinado, con todas las fuerzas mecanizadas disponibles, a través de Tébesa. Pensaba que este avance profundo hacia la principal línea de comunicaciones aliada «forzaría a británicos y estadounidenses a retrasar el grueso de sus fuerzas hasta Argelia, una perspectiva que se estaba imponiendo en las ansiosas mentes de los mandos aliados».

No obstante, se encontró con que Arnim —que ya había retirado la 10.^a División Panzer— no estaba dispuesto a embarcarse en semejante aventura. Así que Rommel envió su propuesta al Mando Supremo —contando con el deseo de Mussolini de «una victoria para reafirmar su posición política interna»— mientras que Bayerlein logró el apoyo del plan por parte del comandante de la fuerza aérea en Túnez.



Las horas pasaban rápidamente, y no fue hasta casi la medianoche del día 18 cuando llegó una señal de Roma autorizando a continuar el ataque y nombrando a Rommel para llevarlo a cabo, poniendo a las dos divisiones *panzer* bajo su mando. Sin embargo, la orden estipulaba que el ataque debía dirigirse *al norte*, a Thala y Le Kerf, en lugar de *al noroeste*, a través de Tébesa. Para Rommel este cambio era «una pésima e increíble falta de visión», ya que significaba que el avance combinado estaría «demasiado cerca del frente y nos llevaría inevitablemente contra las potentes reservas enemigas».

Así que el ataque se produjo donde Alexander esperaba, ya que había ordenado a Anderson «que concentrara sus blindados para la defensa de Thala», aunque estimando erróneamente que Rommel preferiría buscar una «victoria táctica» que perseguir un objetivo estratégico menos directo. Esta suposición equivocada se volvió favorable para los aliados tal y como se desarrollaron los acontecimientos, gracias al Mando Supremo; aunque las fuerzas aliadas hubieran sido tomadas gravemente a contrapié si hubieran permitido a Rommel avanzar como él quería. Y es que el grueso de los refuerzos, estadounidenses y británicos, enviados al sur fueron dirigidos a

Thala y a la zona de Sbiba, al este de la anterior, mientras que Tébesa estaba escasamente defendida por lo que quedaba de la 1.^a División Acorazada de Estados Unidos.

El principal refuerzo británico era la 6.^a División Acorazada. Su componente blindado, la XXVI Brigada Acorazada, estaba en Thala, mientras que los complementos de infantería y artillería de la 9.^a División de Infantería estadounidense, recién llegada, también fueron llevados allí como apoyo. La I Brigada de Guardias, el componente de infantería trasladado en camiones de la 6.^a División Acorazada, fue situado para defender el desfiladero de Sbiba, al norte de Sbeitla, junto con tres grupos de combate de regimiento de las divisiones estadounidenses 1.^a y 34.^a de infantería.

El ataque de Rommel comenzó a primera hora del 19 de febrero, a las pocas horas de recibir la aprobación del Mando Supremo. Sin embargo, las posibilidades de éxito disminuyeron tanto por los retrasos iniciales como por la decisión de Arnim de enviar a la 10.^a División Panzer al norte, que tuvo que ser recuperada y no pudo llegar a tiempo de jugar un papel en la primera fase del nuevo ataque. Con esta desventaja Rommel decidió que su grupo de combate del Afrika Korps diera un giro de 180 grados para liderar el avance hacia Le Kef a través de Thala, utilizando su 21.^a División Panzer para intentar alcanzar Le Kef por la carretera convergente que atravesaba Sbiba, de modo que las dos líneas de avance pudieran desarrollar una presión mutua beneficiosa para ambas.

La aproximación a Thala se produjo a través del paso de Kasserine, a mitad de camino entre Sbeida y Feriana, posición defendida por una amalgama de fuerzas estadounidenses al mando del coronel Stark. Un intento inicial de forzar el paso por sorpresa fue detenido, y por la tarde llegaron diversos refuerzos que elevaron las fuerzas de Stark hasta superar considerablemente el grupo del Afrika Korps (tres pequeños batallones, uno de tanques y dos de infantería), que estaba llevando a cabo el ataque. No obstante, la defensa no estaba bien coordinada, por lo que los alemanes lograron infiltrarse en algunos puntos durante la tarde, y más allá tras anochecer. Mientras tanto, el avance de la 21.^a División Panzer hacia Sbiba fue bloqueado por un campo de minas y por la potente fuerza aliada desplegada ante ella: once batallones de infantería contra los dos de los atacantes, así como una cantidad superior de cañones y tanques (ya que, para entonces, a la división alemana solo le quedaban cuarenta operativos). Así, durante la noche, Rommel decidió concentrarse en forzar el paso de Kasserine, dónde las defensas parecían más débiles, y utilizar para ello a la

retrasada 10.^a División Panzer. Sin embargo, la perspectiva menguante disminuyó, ya que esta unidad solo incluía un batallón acorazado, dos de infantería y otro más de motociclistas. Arnim había dejado atrás casi la mitad de la división, así como su batallón de carros Tiger adjunto, con el que Rommel contaba como su mejor carta para jugar la mano.

Su ataque concentrado en el paso de Kasserine no podía realizarse hasta la tarde del 20, ya que los elementos de la 10.^a División solo llegaron en ese momento, un retraso que hizo que Rommel estuviera «extremadamente furioso». Un ataque durante la mañana había sido rechazado por el fuego de los defensores, pero a las 16:30, tras acercarse al frente él mismo, lanzó toda su infantería disponible (cinco batallones, incluyendo uno, el 5.^º de Bersaglieri, italiano) en un ataque simultáneo que pronto logró penetrar las defensas. Con todo, los atacantes se encontraron con una resistencia tenaz por parte de un destacamento británico muy pequeño (un escuadrón blindado, una compañía de infantería y una batería de campaña) al mando del teniente coronel A. C. Gore, que había sido enviado para ayudar en la defensa del paso. Solo fueron superados cuando entró en acción un batallón panzer que destrozó los once tanques del escuadrón. La historia oficial estadounidense, con una honestidad poco común en ese tipo de relatos, no solo subraya la resistencia excepcionalmente dura que planteó este destacamento, sino que en referencia a la facilidad de penetración en otros lugares señala de forma significativa: «El enemigo se asombró de la cantidad y calidad del equipamiento estadounidense capturado más o menos intacto».^[4]

Tras la captura del paso, Rommel envió destacamentos de reconocimiento carretera arriba hacia Thala y también hacia la bifurcación de Tébesa, con el fin de poner a los aliados ante un dilema a la hora de mover sus reservas, y también de explorar la posibilidad de seguir su propio plan original de capturar los enormes depósitos de suministros estadounidenses en Tébesa. El primer objetivo (y efecto) ya se había producido al llegar las noticias del avance de Rommel. Fredendall, después de haber ordenado por la mañana al Mando de Combate B de Robinett que se desplazara del flanco extremo derecho a Thala, lo desvió para cubrir la bifurcación desde Kasserine a Tébesa. Mientras tanto, el 26.^º Grupo de Brigada Acorazado británico (al mando del general Dunphie), compuesto de dos regimientos acorazados y dos batallones de infantería, se había desplazado hacia el sur desde Thala y tomado una posición a unos dieciséis kilómetros del paso de Kasserine, a la espera de la llegada del Mando de Combate B para apoyarle.

Afortunadamente para los aliados, la fuerza atacante era mucho más débil de lo que habían imaginado.

A la mañana siguiente, 21 de febrero, Rommel mantuvo primero sus posiciones a la espera de un contraataque aliado para recuperar el paso de Kasserine. Esta pausa fue sorprendente para sus oponentes, que no se daban cuenta de lo escasa que era su fuerza comparada con la que ellos habían logrado concentrar. Cuando Rommel se percató de que estaban estáticos, avanzó por la carretera de Thala con la parte de la 10.^a División Panzer que estaba bajo su mando y que solo consistía en un grupo de combate, con treinta tanques, veinte cañones autopropulsados y dos batallones *panzergrenadier* (infantería motorizada). El grupo de brigada de Dunphie retrocedió gradualmente ante los alemanes, tomando posiciones en las crestas sucesivas hasta que fue flanqueado y enfilado. Sin embargo, cuando sus tanques se retiraron al anochecer a la posición de Thala, que había sido preparada, una serie de tanques alemanes siguió de cerca su estela, encabezados astutamente por un Valentine capturado, por lo que supusieron que eran tanques británicos rezagados. De ese modo los alemanes irrumpieron en la posición, desbordaron a parte de la infantería, destruyendo muchos vehículos y sembrando la confusión. Aunque fueron rechazados después de tres cuartos de hora de aglomeración, se llevaron setecientos prisioneros en su retirada. En esta serie de combates, ascendiendo la carretera desde Kasserine, habían perdido una docena de tanques, pero habían dejado fuera de combate casi cuarenta del enemigo, incluyendo los de un escuadrón que se perdió y aterrizó justo en medio de su campamento a raíz de un contraataque durante la mañana siguiente.

Como esperaba que se produjera un contraataque mayor, Rommel decidió esperarlo, con la idea de perseguir al enemigo una vez rechazado. No obstante, durante la mañana, el reconocimiento aéreo mostró que grandes refuerzos aliados habían llegado a la zona y que otros se estaban aproximando. Por tanto, era evidente que se había desvanecido la posibilidad de explotación más allá de Thala y que el flanco izquierdo del Eje estaba ahora en peligro creciente. Durante la tarde anterior el grupo de combate del Afrika Korps había llegado a la bifurcación de Tébesa con intención de asegurar los pasos del lugar para cubrir el flanco del ataque a Thala, pero había sido rechazado por una fuerte concentración de fuego desde las posiciones artilleras elevadas estadounidenses. Un nuevo esfuerzo, durante la mañana del 22, solo logró pequeños avances, pero también pérdidas más graves de lo que se podían permitir los atacantes, ya que en este sector ahora

estaban ampliamente superados por las fuerzas estadounidenses concentradas: el Mando de Combate B de Robinett y parte de la 1.^a División de Infantería de Terry Allen.

Esa tarde, Rommel y Kesselring, que había volado para verle, llegaron a la conclusión de que no se podían lograr más beneficios continuando con el contraataque hacia el oeste, y que debía suspenderse para hacer que la fuerza atacante regresara al contraataque en dirección este contra el 8.^º Ejército británico. A raíz de esa decisión, las tropas del Eje recibieron la orden de comenzar a retirarse esa tarde, empezando por el paso de Kasserine.

Mientras tanto, Allen había estado intentando desde primera hora de la mañana organizar un contraataque dirigido al flanco del Eje, pero se retrasó por la dificultad de comunicarse con Robinett y no se inició hasta última hora de la tarde. Entonces se apresuró y entorpeció algo la retirada del grupo del Afrika Korps en el paso de Kasserine, con los elementos italianos en retirada desordenada. A Rommel le impresionaron las crecientes habilidades tácticas que mostraron las tropas estadounidenses y la precisión de su fuego de artillería, así como la abundancia de armamento con que contaban. Sus fuerzas relativamente débiles hubieran estado en grave peligro si se hubiera desarrollado un contraataque más amplio.

Con todo, esta debilidad y el modo en que había cambiado la situación no fueron percibidos por el máximo nivel del mando aliado. Como destaca la historia oficial de Estados Unidos, la dirección de Fredendall de las «operaciones terrestres contra el enemigo en retirada se volvió extraordinariamente dubitativa justo en el momento en que el enemigo era más vulnerable». También Anderson seguía pensando en términos defensivos. En efecto, la gran fuerza aliada en Sbiba se estaba retirando esa noche unos quince kilómetros en dirección norte por miedo a que Rommel pudiera penetrar en Thala y amenazar su retaguardia. Con un temor similar se había contemplado la evacuación de Tébesa, en el otro flanco. Incluso tras descubrir la retirada enemiga de Thala, durante la mañana del día 23, no se hizo nada para presionarlos y no fue hasta esa noche cuando se dieron órdenes para montar un contraataque generalizado, que debía lanzarse el día 25. Para entonces, a través del cuello de botella de Kasserine, el enemigo ya se había retirado sano y salvo y el esfuerzo aliado por destruirlo y «retomar» el paso se convirtió en una mera marcha procesional, que solo tuvo que hacer frente a las demoliciones de carretera y las minas que el desvanecido enemigo había esparcido en su estela.

Cuando se examina adecuadamente el equilibrio de fuerzas, y el endurecimiento de la resistencia, queda claro que la finalización de la ofensiva del Eje estaba bien vista. Intentar avanzar más hubiera sido una locura considerando la fuerza enormemente superior que habían concentrado los aliados. En lo material, los beneficios de la ofensiva eran mayores que sus costes —más de cuatro mil prisioneros con poco más de mil bajas y unos doscientos tanques destruidos o inutilizados, con una ratio de pérdidas aún menor. Así pues, como un ataque con un «objetivo limitado» había sido un éxito brillante. Pero se había quedado corto, aunque peligrosamente cerca, de lograr el objetivo estratégico de provocar la retirada aliada de Túnez. Ese resultado se hubiera podido lograr si se hubiera asignado el conjunto de la 10.^a División Panzer al contraataque y Rommel hubiera estado a cargo de la operación desde el principio, con libertad para dirigirla contra Tébesa. Una rápida captura de esa base principal estadounidense con su correspondiente aeródromo, con su enorme acumulación de suministros, hubiera hecho imposible para las fuerzas aliadas mantener su posición en Túnez.

La ironía de la fortuna quedó demostrada por la llegada de una orden desde Roma, el 23 de febrero, situando todas las fuerzas del Eje en Túnez bajo el mando de Rommel. Si este nombramiento para mandar el nuevo Grupo de Ejércitos Afrika mostraba el efecto drástico que el contraataque había tenido en la valoración de Rommel por parte de Mussolini y Hitler, su tempo dejó un sabor amargo en aquel, ya que la orden llegó la mañana posterior al comienzo de la retirada, demasiado tarde para recuperar la ocasión perdida.

También llegó demasiado tarde como para anular el ataque previsto de Arnim en el norte, para el cual se había quedado con reservas que Rommel habría utilizado mucho mejor. Tal y como estaba planeado, la captura de Medjez el Bab era el objetivo limitado, y el ataque debía lanzarse el 26 con dos batallones *panzer* y seis de otro tipo. Sin embargo, al amanecer del día 24, Arnim, tras enviar a un miembro de su Estado Mayor para informar a Rommel de su plan limitado, voló a Roma para visitar a Kesselring y, a raíz de su conversación, surgió un plan mucho más ambicioso. Según este, los ataques debían lanzarse en ocho puntos diferentes a lo largo de una franja de unos 110 kilómetros de frente, entre la costa norte y Pont-du-Fahs, contra el V Cuerpo británico (divisiones 46.^a, 78.^a e Y, con el grupo regimental francés cerca de la costa). El ataque principal, a cargo de un grupo acorazado, debía dirigirse al eje de carreteras de Beja (a unos cien kilómetros al oeste de Túnez), combinado con un ataque en forma de pinza, de menor alcance, para

capturar Medjez el Bab. Aunque se utilizaron todas las fuerzas disponibles, el aumento de efectivos no se compensó con la ampliación del ataque. Para el avance hacia Beja el grupo acorazado, con dos batallones *panzer*, se elevó a un total de setenta y siete tanques (incluyendo catorce Tiger), aunque incluso este leve aumento solo se logró desviando quince unidades que acababan de llegar a Túnez de camino a la 21.^a División Panzer en el sur. Rommel se quedó estupefacto cuando le informaron del nuevo plan y lo describió como «completamente irreal», aunque lo asignó por error al Mando Supremo italiano, que se quedó tan sorprendido como él cuando los informaron.

La orden de Arnim se transmitió el día 25 y la ofensiva se lanzó al día siguiente, por tanto, se mantuvo la fecha prevista del plan restringido. Esto era un testimonio notable de la velocidad y elasticidad del plan alemán, aunque era demasiado apresurado para la profundidad de los cambios. Aun así, el mejor resultado lo lograron los recién añadidos ataques llevados a cabo por la división de Manteuffel, en el sector más septentrional, que casi alcanzaba la principal carretera lateral aliada en Djebel Abiod, y capturó mil seiscientos prisioneros de las tropas francesas y británicas que defendían la zona. No obstante, el ataque principal por parte del grupo acorazado alemán, tras superar la posición avanzada británica cerca de Sidi Nsir, quedó atrapado en un desfiladero estrecho y pantanoso a diecisésis kilómetros de Beja, donde los cañones de campaña y antitanque británicos le infligieron graves pérdidas. Todos los tanques alemanes, excepto seis, quedaron fuera de combate y la ofensiva se apagó. El ataque secundario para fijar Medjez el Bab fracasó, tras un éxito inicial, al igual que ocurrió con otros ataques más al sur. En conjunto, la ofensiva de Arnim logró dos mil quinientos prisioneros con un coste de poco más de mil bajas, pero este resultado se descompensó por el hecho de que fueran destruidos o inutilizados setenta y uno de sus tanques, mientras que las pérdidas británicas en ese campo fueron inferiores a una veintena. Téngase en cuenta que los alemanes ya tenían carestía de tanques y los perdidos no podían ser sustituidos fácilmente.

Aún peor fue que esta ofensiva abortada produjo un retraso en la liberación de las divisiones que necesitaba Rommel para su segundo ataque contra la posición de Montgomery en Medenine, frente a la línea Mareth. Kesselring había pedido que las divisiones 10.^a y 21.^a debieran estar lo suficientemente cerca del flanco estadounidense y el mayor tiempo posible como para disuadirles de enviar reservas en dirección norte contra la ofensiva de Arnim. Este retraso supuso una diferencia vital para las posibilidades del contraataque de Rommel en dirección este. Hasta el 26 de febrero

Montgomery solo tenía una división avanzada en Medenin. Admitió que, por una vez, estaba preocupado, y su Estado Mayor trabajaba frenéticamente para recuperar el equilibrio antes de que Rommel pudiera atacar. El 6 de marzo, cuando se produjo el golpe, las fuerzas de Montgomery se habían multiplicado por cuatro, el equivalente de cuatro divisiones con cerca de cuatrocientos tanques, trescientos cincuenta cañones y cuatrocientos setenta cañones antitanque.

Así, durante el intervalo, se desvanecieron las posibilidades de Rommel de atacar con fuerzas superiores. Sus tres divisiones *panzer* (la 10.^a, la 15.^a y la 21.^a) solo reunían ciento sesenta tanques —menos de lo que hubiera tenido una sola a plena capacidad— apoyados en el ataque por no más de doscientos cañones y diez mil soldados, aparte de la sarta de débiles divisiones italianas estacionadas en la línea Mareth. Además, Montgomery ahora tenía tres alas de cazas que operaban desde aeródromos avanzados, asegurándose la superioridad aérea, mientras que las posibilidades de Rommel de lograr el efecto sorpresa quedaron anuladas cuando la aproximación de las divisiones *panzer* fue avistada e informada el 4 de marzo, dos días después del inicio del ataque.

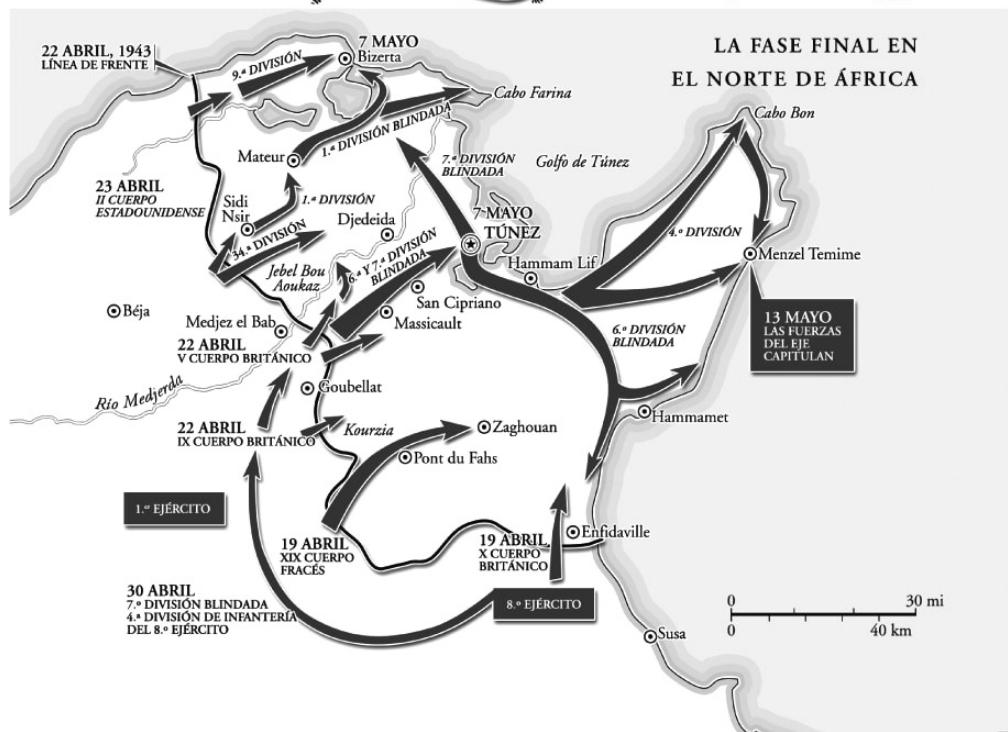
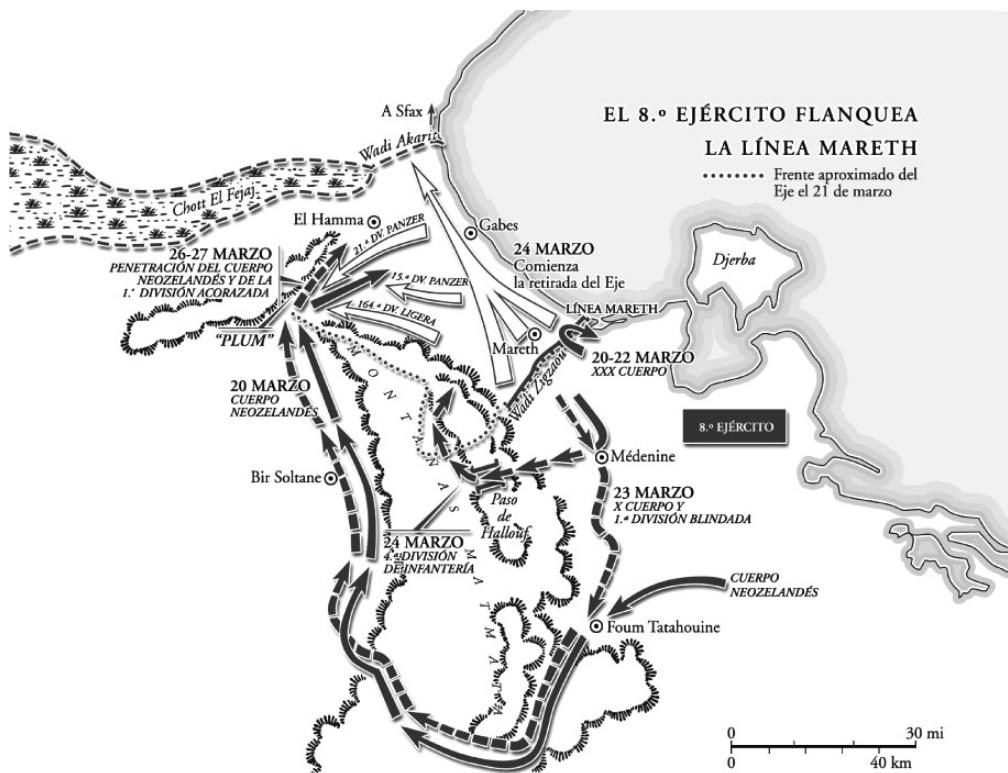
Ante esta situación, Montgomery podía sacar el máximo provecho de su capacidad para planificar una defensa bien urdida, y el ataque fue destrozado de manera aún más efectiva que en Alam Halfa seis meses antes. El avance alemán pronto fue inmovilizado y reducido por la concentración de fuego británica. Al darse cuenta de la inutilidad de continuar, Rommel suspendió el ataque durante esa tarde. Sin embargo, para entonces ya había perdido más de cuarenta tanques, aunque con solo 655 bajas. Las pérdidas de los defensores fueron muy inferiores.

Este rechazo terminó con cualquier esperanza razonable de que las fuerzas del Eje, inferiores en hombres y armamento, pudieran acabar con uno de los dos ejércitos aliados antes de que enlazaran entre sí y ejercieran una presión combinada. Ya durante la semana anterior Rommel había transmitido a Kesselring una valoración sobria y sombría de la situación, que encarnaba el punto de vista de sus dos comandantes de ejército, Arnim y Messe, así como el suyo propio. En ella había subrayado que las fuerzas del Eje estaban defendiendo un frente de casi 650 kilómetros contra fuerzas muy superiores: el doble en hombres y seis veces más en tanques^[5], que, además, se extendían de manera peligrosamente débil. Había instado a reducir el frente a un arco de 145 kilómetros, que cubriera Túnez y Bizerta, pero también afirmaba que esto solo podía defenderse si los suministros aumentaban a 140 000 toneladas

mensuales, y también había pedido intencionadamente que le aclararan los planes a largo plazo del Alto Mando para la campaña de Túnez. Tras varios recordatorios urgentes, la respuesta que recibió simplemente afirmaba que el *Führer* no estaba de acuerdo con su valoración de la situación. Junto a ella había un cuadro que describía el número de formaciones de cada bando, con independencia de las fuerzas y equipamientos reales. Era la misma base falsa de comparación que utilizaban los comandantes aliados, por entonces y posteriormente, para rendir cuentas de sus éxitos.

Tras el fracaso en Medenine, Rommel llegó a la conclusión de que permanecer en África era un «plan suicida» para las fuerzas germano-italianas. Así, el 9 de marzo, se tomó su muy demorada baja por enfermedad, pasó el mando del grupo de ejércitos a Arnim y voló a Europa en un intento de lograr que sus mandos entendieran la situación. A fin de cuentas, el resultado fue la terminación de su conexión con la campaña de África.

Al aterrizar en Roma visitó a Mussolini, quien «parecía carecer de cualquier sentido de la realidad en la adversidad, y se pasó todo el tiempo buscando argumentos para justificar sus puntos de vista». Después fue a ver a Hitler, quien insensible a los argumentos de Rommel dejó claro que, en su opinión, «me había vuelto un pesimista». Hitler le impidió que regresara a África de momento, y le dijo que debía ponerse en forma a tiempo para «tomar el mando de las operaciones contra Casablanca». Dada la lejanía de Casablanca en la costa atlántica, era evidente que Hitler seguía pensando que podía expulsar a los aliados de África por completo, lo cual mostraba el estado de sus delirios.



Mientras tanto se estaba organizando una ofensiva aliada convergente, con fuerzas muy superiores, para capturar la puerta de entrada meridional de Túnez, permitir que el 8.º Ejército se uniese al 1.º, y atrapar al Primer Ejército

italiano de Messe, el antiguo Panzerarmee Afrika de Rommel (Aunque formalmente Bayerlein no era más que el jefe de Estado Mayor alemán, tenía un control directo y completo de todos los componentes alemanes).

Tras el duro rechazo del contraataque alemán en Medenine, Montgomery no trató de explotar este éxito defensivo ni el estado de alteración enemigo mediante un seguimiento inmediato, sino que procedió metódicamente para seguir reuniendo fuerzas y suministros para un ataque deliberado contra la línea Mareth. Este se planeó para iniciarse el 20 de marzo, dos semanas después de la batalla de Medenine.

A fin de ayudar, mediante un movimiento de palanca en la retaguardia enemiga, tres días antes se lanzó un ataque por parte del II Cuerpo estadounidense en el sur de Túnez. Sus objetivos —ordenados por Anderson y apoyados por Alexander— eran tres: drenar recursos enemigos que pudieran utilizarse para bloquear a Montgomery, recuperar los aeródromos avanzados cerca de Thelepte para utilizarlos en ayuda del avance de Montgomery y establecer un centro de suministro avanzado cerca de Gafsa para ayudar a aprovisionarle en su avance. Sin embargo, a la fuerza atacante no le pidieron que cortara la retirada enemiga llegando hasta la carretera de la costa. Esta limitación en sus objetivos estaba inspirada en las dudas sobre la capacidad estadounidense para llevar a cabo un avance en profundidad (más de 250 kilómetros hasta el mar desde el punto de partida) y un deseo de evitar exponerlos a otro contraataque alemán como el que habían sufrido en febrero. Pero la contención irritó el ardor guerrero de Patton, nombrado para sustituir a Fredendall como comandante de cuerpo. Ahora, el II Cuerpo comprendía cuatro divisiones y una fuerza total de 88 000 hombres, unas cuatro veces el de las fuerzas del Eje disponibles para hacerles frente. Además, se estimaba que en la zona del objetivo solo habría 800 alemanes y 7850 italianos, estos últimos básicamente con la División Centauro cerca de Gafsa^[6].

El ataque estadounidense se inició prometedoramente. El día 17, la 1.^a División de Infantería de Allen ocupó Gafsa sin combatir, con los italianos retirándose unos 35 kilómetros a una posición en un desfiladero al este de El Guettar, a horcadas de las carreteras que llevaban a las ciudades costeras de Gabes y Mahares. El día 20, la 1.^a División Acorazada de Ward descendió de la zona de Kasserine hasta el flanco de la tercera carretera de Gafsa a la costa, y a la mañana siguiente ocupó Sened antes de avanzar en dirección este, atravesando Maknassy, hasta el puerto posterior.

Ese día Alexander aflojó las bridas de Patton diciéndole que preparase un potente ataque acorazado para cortar la carretera de la costa, como gran ayuda

a la ofensiva de Montgomery contra la línea Mareth, que acababa de iniciarse. Con todo, el avance se anquilosó por la tenaz resistencia en el puerto y alturas circundantes de un minúsculo destacamento alemán posicionado allí, al mando del coronel Rudolf Lang. Los ataques sucesivos durante el día 23 para capturar la cota dominante 322 fueron rechazados, aunque solo estaba defendida por ochenta hombres, los antiguos guardaespaldas de Rommel. Un nuevo ataque al día siguiente —a cargo de tres batallones de infantería apoyados por cuatro de artillería y dos compañías de tanques— volvió a ser rechazado, aunque la fuerza defensora solo había alcanzado 350 hombres. El 25 se hizo otro nuevo intento, dirigido personalmente por Ward, tras una orden perentoria de Patton, por teléfono, quien insistía en que el ataque debía tener éxito. Pero no lo tuvo y hubo de abandonarse frente a los crecientes refuerzos enemigos. Patton ya se había quejado de que la división «se había entretenido», y posteriormente Ward fue relevado del mando. Patton tenía una mentalidad tan atacante que no se daba cuenta de las ventajas inherentes a la defensa, incluso ante tropas muy superiores en número, en especial cuando eran llevadas a cabo por unidades muy cualificadas frente a atacantes inexpertos.

Mientras tanto estas ventajas se volvieron a demostrar en la zona de El Guettar, y a cargo de tropas relativamente inexpertas, pero especialmente bien entrenadas: la 1.^a División de Infantería de Estados Unidos. Ahí, los hombres de Allen penetraron en la posición italiana el día 21, haciendo algunos progresos adicionales al día siguiente. No obstante, el 23 recibieron un contraataque alemán por parte de los restos de la 10.^a División Panzer, la principal reserva del Grupo de Ejércitos Afrika, que había llegado rápidamente desde la costa. Incluía dos batallones de tanques y otros dos de infantería junto a uno de motocicletas y otro de artillería. Los atacantes eliminaron las posiciones avanzadas estadounidenses, pero fueron frenados por un campo de minas y, después, muy golpeados por la artillería, los cañones anticarro de Allen. Esto despuntó el filo del ataque, y su reanudación por la tarde no obtuvo un mejor resultado, ya que, como dijo un exultante informe de infantería estadounidense: «Nuestra artillería los crucificó con obuses de gran carga explosiva, y caían como moscas». Aunque las bajas alemanas durante el segundo ataque no fueron tan grandes como indicaba este pintoresco informe, durante ese día sí fueron inutilizados unos cuarenta tanques por medio de fuego de artillería o de minas.

Al atraer las principales reservas acorazadas del enemigo a este costoso contraataque, el limitado avance estadounidense compensó su propio fracaso

en Maknassy. No solo había distraído una parte importante de las fuerzas que podían comprometer las perspectivas de Montgomery, sino que acabó con una parte de las escasas reservas de carros de combate enemigos. En su victoria final los aliados debían más a los tres contraataques enemigos fracasados, tras el favorable de mediados de febrero en Faid, que a sus propios ataques. La posibilidad de volverse predominantes solo se produjo después de que el enemigo estirase y agotara sus propias fuerzas. Posteriormente los alemanes podían haber retrasado los combates si no hubiese sido por el modo en que siguieron desgastando las fuerzas que les quedaban en réplicas malogradas.

El ataque de Montgomery contra la línea Mareth comenzó durante la noche del 20 de marzo. Para desencadenarlo había concentrado tanto al X como al XXX Cuerpo, con unos 160 000 hombres, 610 tanques y 1410 cañones. Aunque el ejército de Messe comprendía nominalmente nueve divisiones, comparadas con las seis de Montgomery, solo tenía 80 000 hombres, con 150 tanques (incluyendo los de la 10.^a División Panzer cerca de Gafsa) y 680 cañones. Así pues, el atacante tenía una superioridad de más de 2 a 1 en hombres y armas —así como en aviones— y de 4 a 1 en tanques.

Además, la línea Mareth se extendía a lo largo de 35 kilómetros, desde el mar a las montañas de Matmata, y más allá había un flanco de desierto abierto. Dadas las circunstancias, hubiera sido más sensato que las relativamente débiles fuerzas del Eje solo hubieran intentado retrasar la defensa de la línea Mareth, mediante fuerzas móviles, y tomar posiciones en Wadi Akarit, al norte de Gabes, un cuello de botella de apenas veintidós kilómetros de ancho entre el mar y las marismas de agua salobre, las *chotts*. Este era el camino que había defendido Rommel, y la posición que había propuesto, ya desde la retirada de El Alamein en noviembre. Cuando vio a Hitler el 10 de marzo, había conseguido que aceptara, y ordenara a Kesselring que las divisiones italianas no móviles de la línea Mareth fueran retrasadas a Wadi Akarit para crear allí una posición defensiva. Sin embargo, los líderes italianos prefirieron defender la línea Mareth y Kesselring, que compartía su punto de vista, indujo a Hitler a anular las nuevas órdenes.

El plan original de Montgomery se bautizó con el nombre en clave de Pugilist Gallop. Según lo previsto, el ataque principal tenía que ser frontal, a cargo de las tres divisiones del XXX Cuerpo de Oliver Leese, que debían penetrar las defensas cerca del mar y abrir una brecha a través de la cual las fuerzas acorazadas del X Cuerpo de Brian Horrocks avanzarían para explotar el éxito. Al mismo tiempo, el Cuerpo Neozelandés, formado provisionalmente, al mando de Bernard Freyberg, llevó a cabo una marcha,

con un flanqueo muy amplio, hacia El Hamma (cuarenta kilómetros hacia el interior desde Gabes) para amenazar la retaguardia enemiga y fijar sus reservas.

El ataque frontal fue un fracaso. Lanzado en una estrecha zona cercana a la costa, a cargo de una brigada de infantería y un regimiento de cincuenta tanques de infantería, solo hizo una mella superficial en la posición enemiga, que estaba cubierta por Wadi Zigzaou, de sesenta metros de ancho y seis de profundidad, con una posterior zanja antitanque. El lecho blando de la rambla, así como las minas allí colocadas, entorpecía el avance de los tanques y los cañones de apoyo, mientras que la posición de la infantería en las líneas enemigas se convirtió en una diana perfecta para el fuego de enfilada. Un nuevo ataque reforzado durante la noche siguiente logró cierta ampliación de la cabeza de puente, y muchas de las tropas italianas aprovecharon la oportunidad para rendirse cuando los británicos alcanzaron sus líneas. Sin embargo, la llegada de cañones antitanque se seguía retrasando por el terreno pantanoso que debían atravesar, y durante la tarde la infantería avanzada fue superada por un contraataque alemán^[7], cuando todavía no había logrado un apoyo suficiente. Los británicos se replegaron al abrigo de la oscuridad y a través de la rambla. Así pues, al llegar la noche del 22 el ataque frontal no solo no había logrado abrir una brecha adecuada, sino que abandonó su posición captada en las defensas enemigas.

Mientras tanto, el movimiento de flanqueo había comenzado bien, antes de ser detenido. Tras una larga marcha de aproximación desde la retaguardia del 8.º Ejército, a través de un difícil tramo de desierto, el Cuerpo Neozelandés había llevado a sus veintisiete mil hombres y doscientos tanques hasta cerca del desfiladero llamado Plum (a 48 kilómetros al oeste de Gabes y a 24 kilómetros al sudoeste de El Hamma) durante la noche del día 20, cuando se inició el ataque costero. No obstante, tras despejar las cercanías se encontró una resistencia prolongada en ese desfiladero, donde los defensores italianos fueron reforzados sucesivamente por la 21.ª División Panzer de la reserva, y después por los cuatro batallones de la 164.ª División Ligera Afrika, que fue llevada hasta allí desde la derecha de la línea Mareth.

Durante las primeras horas del 23 de marzo, cuando estaba claro que no había posibilidades de relanzar el ataque costero, Montgomery decidió reestructurar su plan, concentrando todos sus recursos en el flanco terrestre, ya que había mejores perspectivas en ese lugar de que un ataque renovado, con mayores fuerzas, abriera brecha en El Hamma. Ordenó a Horrocks que empezara su avance hacia el interior durante esa noche, con el cuartel general

de su X Cuerpo y la 1.^a División Acorazada (mandada por el general Raymond Briggs, con ciento sesenta tanques), y que describiera un largo recorrido por el desierto para reforzar a los neozelandeses. Al mismo tiempo, la 4.^a División India (general Francis Tuker) debía avanzar por el interior desde Medenin y despejar el paso de Hallouf, a través de las colinas Matmata, lo que permitía acortar en más de 160 kilómetros la ruta de suministro a la masa de maniobra que avanzaba por el flanco del desierto. Después de despejar el paso, Tuker debía progresar hacia el norte a través de la línea de cumbres, más allá del flanco inmediato de la línea Mareth, generando así una nueva amenaza en el flanco enemigo y abriendo una línea alternativa de avance para poder ser explotada si la amplia maniobra a través del desfiladero de Plum era bloqueada.

El nuevo plan estaba bien concebido y suponía un cambio magistral. Demostraba la capacidad de Montgomery (aún más que en El Alamein) para ser flexible modificando su punto de ataque y para crear nuevas amenazas cuando encontraba resistencia. Con todo, según su costumbre, después tenía que ocultar los méritos que le correspondían por esa flexibilidad, la marca distintiva de los grandes generales, al hablar de lo ocurrido como si todo se hubiera desarrollado «según el plan» desde el principio. En muchos sentidos Mareth fue su mejor batalla de la guerra, a pesar de los problemas derivados de su plan inicial de intentar forzar una brecha en una zona estrecha y pantanosa, cerca de la costa, y de revelar la potencialidad de la maniobra en el desierto sin utilizar suficientes fuerzas como para asegurarse un éxito rápido.

Esta revelación prematura se convirtió en la principal desventaja del nuevo plan de ataque, llamado Supercharge II, en recuerdo del plan finalmente exitoso de El Alamein. Al haber sido alertado por la llegada de los neozelandeses cerca de Plum el día 20, el mando del Eje no tardó en deducir que los movimientos en esa dirección, que fueron detectados en la tarde del 23 y, de nuevo, el 24, por parte de observadores desde las colinas, suponían un cambio del plan de Montgomery y el traslado de su peso principal al flanco del desierto. En consecuencia, la 15.^a División Panzer fue llevada cerca de El Hamma, lista para apoyar a la 21.^a Panzer y la 164.^a Ligera, dos días antes de que llegaran los refuerzos británicos a la zona, justo a tiempo para el previsto ataque durante la tarde del 26 de marzo.

Las posibilidades de Supercharge II se redujeron cuando el factor sorpresa se desvaneció, aunque esa pérdida se vio compensada por la combinación de otros cuatro factores. El principal es que Arnim había decidido, el día 24, retirar el ejército de Messe a la posición de Wadi Akarit, en lugar de

arriesgarse a ser cercado, y se opuso al deseo de Messe de aferrarse a la línea Mareth. Así, los defensores de Plum solo tenían que resistir el ataque lo suficiente como para extraer las divisiones no móviles de la línea Mareth. El segundo factor fue el modo en que la vía de ataque fue barrida por una cortina de fuego aérea, producida por una serie de ataques a baja altura, con bombas y fuego de cañón, a cargo de dieciséis escuadrones de cazabombarderos, que operaban a intervalos de quince minutos y dos escuadrones cada vez. Esta adaptación, terrible para los defensores, del bombardeo aéreo alemán, fue organizada por el vicemariscal jefe del aire Harry Broadhurst, que estaba al mando de la Fuerza aérea del desierto y trabajaba de manera muy eficaz, aunque estaba mal visto por sus distantes superiores de la RAF, al quebrantar la doctrina del Estado Mayor del Aire. El tercer factor fue la audaz decisión de continuar con el avance acorazado durante la noche, algo que los alemanes habían llevado a cabo con provecho a menudo, pero a lo que los británicos habían sido reticentes. El cuarto factor fue un golpe de suerte: se desató una tormenta de arena que ocultó el conjunto de los blindados británicos y la primera fase de su avance a través de un desfiladero lleno de cañones antitanque enemigos en ambos flancos.

El ataque se inició a las 16:00 del día 26, con el sol declinante a sus espaldas, para ayudar a deslumbrar al enemigo. La 8.^a Brigada Acorazada y la infantería neozelandesa abrieron el camino. Después, la 1.^a División Acorazada de Raymond Briggs, los adelantó a las 18:00, penetrando ocho kilómetros bajo la cobertura del polvo y el crepúsculo, se detuvo a las 19:30, cuando cayó la noche, y retomó el avance «en una sólida falange» justo antes de medianoche, cuando salió la luna. Al amanecer del 27 de marzo había atravesado sano y salvo el cuello de botella y llegado a las inmediaciones de El Hamma.

Sin embargo, en ese lugar la pantalla antitanque alemana y un contraataque de treinta tanques de la 15.^a División Panzer en su flanco retuvieron a los británicos durante dos días. El retraso fue suficiente para permitir que el grueso de la guarnición de la línea Mareth, a pesar de tener que marchar a pie, pudiera escapar de la amenaza de un cerco y retirarse a la posición de Wadi Akarit. Unos cinco mil italianos habían sido apresados, principalmente en la primera fase de la batalla, y mil alemanes fueron capturados en los combates cerca de El Hamma. A pesar de ello, su sacrificio para defender el pasillo costero de retirada permitió que el grueso de las fuerzas del Eje se encontrara a salvo y con escasa pérdida de equipamiento. Un cambio rápido de la línea de ataque podría haber alcanzado la costa y

cortado su retirada, pero se perdió esa oportunidad. Se siguió una semana de pausa antes de que Montgomery estuviera listo para atacar la nueva posición enemiga.

Mientras tanto Patton renovó su ataque hacia la costa y la retaguardia enemiga, reforzado para la ocasión por las divisiones de infantería estadounidenses 9.^a y 34.^a. Mientras que el ataque principal debía proceder de El Guettar en dirección a Gabes, con las divisiones de infantería 1.^a y 9.^a abriendo camino a la 1.^a Acorazada, la 34.^a debía capturar el paso de Fondouk, a 160 kilómetros al norte, creando así una nueva ruta hacia la planicie costera. No obstante, el ataque a Fondouk, iniciado el 27 de marzo, fue rápidamente frenado —por una defensa liviana— y abandonado al día siguiente. Entonces la 34.^a División se replegó unos seis kilómetros al oeste para alejarse del alcance enemigo y reorganizarse. Esta retirada llevó a sus enemigos a extraer la conclusión, en un informe de batalla, de que: «los estadounidenses abandonan el combate en cuanto son atacados».

El ataque principal, desde El Guettar, fue lanzado el día 28, pero también fracasó tras una pequeña ganancia territorial después de duros combates. Para entonces Montgomery había penetrado en El Hamma, alcanzando Gabes, por lo que Alexander ordenó a Patton que lanzara su columna acorazada por la costa sin esperar a que la infantería hubiese despejado el camino. Este intento fue resistido por la bien tejida cadena enemiga de cañones antitanque, y pasados tres días de esfuerzos sin éxito se recurrió de nuevo a la infantería para que abriera paso, aunque no tuvo más éxito, a pesar de la insistencia de Patton. Sin embargo, la amenaza de una penetración en su retaguardia, llevó a desplazar a la zona a la 21.^a División Panzer para apoyar a la 10.^a. Esta desviación adicional de las escasas reservas acorazadas enemigas ayudó mucho al inminente ataque frontal de Montgomery contra la posición de Wadi Akarit, para el cual contaba con 570 tanques y 1470 cañones.

Esta posición era fuerte por naturaleza, ya que la franja costera llana tiene una anchura de apenas siete kilómetros, está cubierta por la profunda depresión de Wadi Akarit y, en el punto en que este Wadi se vuelve poco profundo y estrecho, una cadena de pequeñas colinas escarpadas se eleva sobre la planicie y se extiende hasta el límite del cinturón de marismas de aguas salobres. No obstante, la decisión del Eje de abandonar la línea Mareth se había tomado tan tarde que no había habido tiempo para fortificar la posición y hacerla más profunda. Y lo que era peor para los defensores, tenían grave escasez de munición, pues habían consumido la mayor parte de su limitado suministro en una resistencia prematura y muy avanzada.

La idea inicial de Montgomery, al igual que en Mareth, era penetrar en una zona estrecha de la posición enemiga cerca de la costa y, después, llevar los blindados a través de la brecha para explotar la penetración. La división 51.^a (Highland) debía lograr la ruptura, mientras que la 4.^a India, al mando de Tuker, tenía que capturar el extremo este de la barrera de colinas para cubrir su flanco. Con todo, Tuker instó a que el frente del ataque se ampliara y se extendiera hacia el oeste para capturar las cimas centrales que dominaban la zona. Esta idea seguía el axioma de la guerra en zonas montañosas que dice que «la segunda cima no sirve para nada». Confiaba en que sus tropas tuvieran las habilidades suficientes en combate en montaña y nocturno como para vencer un obstáculo difícil. Montgomery aceptó la propuesta y amplió el frente, utilizando tres divisiones de infantería del XXX Cuerpo en el ataque inicial. Además, en lugar de esperar otra semana para que hubiera luna llena, tomó la audaz decisión de lanzar la ofensiva en la oscuridad, y confiar en la ventaja de esta para compensar el riesgo de confusión.

Al anochecer del 5 de abril la 4.^a División India comenzó el avance y mucho antes del amanecer del día 6 había penetrado en profundidad en las montañas, haciendo unos cuatro mil prisioneros, mayoritariamente italianos. A las 04:30, las divisiones 50.^a y 51.^a lanzaron su ataque apoyadas por el bombardeo de casi cuatrocientos cañones. La 50.^a fue detenida en la línea de la zanja antitanque, pero la 51.^a pronto logró una ruptura de las defensas enemigas, aunque no tan grande como la lograda por la 4.^a División India. La penetración doble ofrecía una oportunidad para la explotación rápida mediante las fuerzas acorazadas del X Cuerpo, al mando de Horrocks, que habían sido colocadas en las cercanías con ese objetivo.

A las 08:45 se acercó al cuartel general de Tuker y una nota registra: «El comandante de la 4.^a División India señaló al comandante del X Cuerpo que habíamos quebrado al enemigo; que el camino estaba despejado para que avanzara el X Cuerpo; y que la acción ofensiva inmediata acabaría con la campaña del norte de África. Había llegado el momento de sacar el látigo y no escatimar en hombres ni máquinas. El comandante del X Cuerpo habló por teléfono con el comandante del ejército para pedirle autorización para mantener el impulso del ataque de su unidad». Sin embargo, se produjo un desafortunado retraso en el inicio de la actividad y otro aun mayor para comenzar la explotación. El despacho de Alexander afirma que «a las 12:00 el general Montgomery puso en marcha el X Cuerpo». Para entonces la 90.^a División Ligera alemana había contraatacado y expulsado a la 51.^a británica de parte del terreno que había ganado, cerrando en cierta medida la brecha.

Entonces, durante la tarde, cuando los elementos acorazados de vanguardia del X Cuerpo de Horrocks comenzaron a avanzar con retraso por la brecha, se vieron frenados por el despliegue y contraataque de la 15.^a División Panzer, la única reserva que tenía el enemigo. Mientras tanto no se hizo nada para utilizar el poderoso impacto del X Cuerpo para explotar la brecha que había conseguido la 4.^a División India.

Montgomery planeó, con su característico método prudente, realizar la penetración a la mañana siguiente, contando con un enorme ataque aéreo y bombardeo de artillería para ayudar a su avance. Sin embargo, cuando se hizo de día el enemigo se había desvanecido y su golpe decisivo se convirtió en otra persecución de un ejército que se le había escapado.

Aunque perdió la oportunidad de una victoria decisiva, sus oponentes también perdieron la suya para sellar la brecha y mantener su posición en la línea de Wadi Akarit, ya que dos de sus tres divisiones *panzer*, la 10.^a y la 21.^a, se habían retirado a su vez para enfrentarse a la amenaza estadounidense en su retaguardia. Así, durante la tarde previa, Messe le había dicho a Arnim que no era posible mantener la posición de Wadi Akarit un día más, si no llegaban refuerzos, y había logrado su aprobación para una retirada a la posición de Enfidaville, a 240 kilómetros al norte, que era la siguiente línea donde la planicie costera se estrechaba y, además, se veía reforzada por una barrera montañosa.

Las tropas del Eje habían comenzado a retirarse poco después del anochecer del día 6 y llegaron sanos y salvos a la posición de Enfidaville el día 11, a pesar de que la mayoría de ellos debían desplazarse a pie. Los primeros elementos del 8.^º Ejército, que avanzaban en un frente de dos cuerpos, no alcanzaron ese punto hasta dos días después, aunque estaban motorizados por completo y eran abrumadoramente superiores a la débil retaguardia alemana que, de cuando en cuando, se desplegaba para frenar a sus perseguidores.

En un intento de interceptar la retirada enemiga, Alexander lanzó al IX Cuerpo (del 1.^{er} Ejército) en un ataque para capturar el paso de Fondouk antes de avanzar ochenta kilómetros en dirección este a través de Kairouan hasta la ciudad costera de Susa, a unos treinta kilómetros al sur de Enfidaville. Este recién creado cuerpo, al mando de John Crocker, comprendía la 6.^a División Acorazada británica, una brigada de infantería de la 46.^a División y la 34.^a División de Infantería de Estados Unidos, que tenía doscientos cincuenta tanques. La función de la infantería era capturar las cumbres dominantes a ambos lados del paso de Fondouk, para despejar el camino del avance

blindado. El ataque, organizado apresuradamente, debía comenzar durante la noche del 7 al 8 de abril. No obstante, las tropas de la 34.^a División comenzaron con un retraso de casi tres horas y, al haber perdido el amparo de la oscuridad, pronto fueron detenidas por el fuego enemigo. Su inclinación a frenar y refugiarse fue aún mayor por la experiencia atenuadora del ataque anterior, lanzado hacia tan solo diez días. Su incapacidad para avanzar permitió al enemigo dirigir su fuego hacia el norte, para detener a la brigada de la 46.^a División, que había avanzado más en su intento de alcanzar un terreno elevado al norte del paso. Así, Crocker decidió lanzar sus blindados para forzar el paso en lugar de esperar a que la infantería despejara el terreno, ya que todo el sentido del ataque dependía de un rápido avance hasta la planicie costera.

El ataque se produjo al día siguiente, 9 de abril, a cargo de la 6.^a División Acorazada al mando del general Keightley, con unas pérdidas, que parecían grandes, de treinta y cuatro tanques (aunque solo de sesenta y siete hombres), pero eran sorprendentemente livianas teniendo en cuenta las dificultades que tuvo que superar avanzando entre campos de minas y pasando bajo el fuego de quince cañones antitanque que defendían el estrecho desfiladero y que fueron, todos ellos, inutilizados. Sin embargo, no fue hasta la tarde cuando los blindados atravesaron, por lo que Crocker decidió suspender la explotación hasta la mañana siguiente, y mandó a las unidades que regresaran para que pudieran descansar durante la noche en un campamento protegido en la entrada del desfiladero. Esta decisión contrastaba por su cautela con la audacia de la que había tomado anteriormente. Con todo, había que despejar los campos de minas para lograr el paso del transporte rodado y había informes de que los blindados alemanes en retirada desde el sur, a las órdenes de Bayerlein, ya se aproximaban a Kairouan. La 6.^a División Acorazada reanudó su avance en dirección este al anochecer del 10 de abril, aunque, para cuando alcanzó Kairouan las columnas enemigas en retirada ya habían atravesado sin percances este cruce de carreteras. El pequeño destacamento alemán (de dos batallones de infantería y una compañía antitanque) que defendía el sector de Fondouk también se había escabullido, tras cumplir con la orden de Bayerlein de mantener a raya al IX Cuerpo hasta la mañana del 10 de abril, para cubrir la retirada del ejército de Messe hasta el pasillo costero. Su exitosa salida de una situación precaria, amenazado por fuerzas superiores tanto de frente como en retaguardia, fue un logro extraordinario.

Para entonces los dos ejércitos del Eje se habían unido en defensa de un arco de 160 kilómetros desde la costa norte hasta Enfidaville. Aunque esto

había mejorado su situación temporalmente, el beneficio se redujo por las pérdidas sufridas, en especial en equipamiento, de modo que incluso la línea acortada era demasiado larga para sus menguantes fuerzas frente a la creciente superioridad numérica y armamentística aliada, que se concentraba en ese arco defensivo para lanzar el ataque. Además, el terreno conquistado por el contraataque de Arnim en febrero cerca de Medjez el Bab y más al norte, había sido recuperado casi completamente por los ataques británicos llevados a cabo por el V Cuerpo del teniente general Allfrey a finales de marzo y principios de abril. De este modo los aliados estaban bien situados para lanzar nuevos ataques en dirección este contra Túnez y Bizerta.

Las consideraciones políticas y psicológicas influyeron poderosamente en la elección por parte de los aliados de la zona donde tendría lugar su siguiente esfuerzo para resolver la campaña mediante un golpe decisivo. En una carta a Alexander, el 23 de marzo (y otras más posteriores), Eisenhower había insistido en que el esfuerzo principal se centrara en el norte, en el sector del 1.^{er} Ejército, y que el cuerpo de Patton debía ser trasladado a ese lugar para tomar parte en el ataque decisivo, para mantener así la moral estadounidense. Alexander aceptó la sugerencia al esbozar sus planes, y el 10 de abril ordenó a Anderson que preparara el ataque para ser lanzado en torno al 22. También cedió ante la enérgica protesta de Patton contra la decisión de ser colocado de nuevo bajo el 1.^{er} Ejército y estableció que el II Cuerpo de Estados Unidos siguiera operando por separado bajo su propio mando. Al mismo tiempo, rechazó la petición de Montgomery para que la 6.^a División Acorazada, que acababa de unirse al 8.^º Ejército, fuera puesta bajo su mando. Además, notificó a Montgomery que el papel del 8.^º Ejército sería subsidiario, y que debía desprenderse de una de sus dos divisiones acorazadas (la 1.^a) para reforzar al 1.^{er} Ejército.

En esta ocasión los intereses políticos y estratégicos coincidían. El sector norte ofrecía mayor alcance para ejercer una fuerza superior por parte aliada, dadas las vías de ataque mayores y las líneas de suministros más reducidas, mientras que el sector sur de Enfidaville era menos prometedor para una acción efectiva, ya que las fuerzas acorazadas tenían menos espacio para desplegarse.

Las tropas del II Cuerpo de Estados Unidos fueron desplazadas del sector sur al sector norte de Túnez según un plan escalonado que implicaba el movimiento de unos dos mil cuatrocientos vehículos diarios a través de la retaguardia británica: un complejo logro de Estado Mayor (Omar Bradley tomó el mando de este cuerpo a manos de Patton, quien regresó a la tarea de

planificar la parte estadounidense de la invasión de Sicilia). El IX Cuerpo británico también fue desplazado en dirección norte, en un trayecto más corto, y situado en el centro derecha, entre los cuerpos 5.^º británico y 19.^º francés, que ahora colindaba con el 8.^º Ejército, en el ala derecha aliada.

Según el «plan final», presentado por Alexander el 16 de abril, la ofensiva debía ser un ataque convergente de cuatro puntas. El 8.^º Ejército debía atacar durante la noche del 19 de abril, con el X Cuerpo de Horrocks, a través de Enfidaville, en dirección norte, hacia Hammamet y Túnez, con el objetivo de atajar hacia la península de Cabo Bon y bloquear su acceso, con el fin de evitar que el resto de las fuerzas del Eje se retirara allí para establecer una defensa duradera. Este objetivo requería un avance de al menos ochenta kilómetros a través de un cuello de botella muy difícil. El IX Cuerpo francés era el siguiente y debía mantener una presión amenazante y explotar cualquier posibilidad que surgiera del avance de sus unidades vecinas. El IX Cuerpo británico, compuesto por una división de infantería y dos acorazadas, debía atacar a primera hora de la mañana del 22 de abril, entre Pont-du-Fahs y Goubellat, con el objetivo de abrir el camino para el avance acorazado en ese punto. A su izquierda, el V Cuerpo británico, con tres divisiones de infantería y una brigada acorazada, debía hacer el esfuerzo más importante y atacar de noche, ese mismo día, cerca de Medjez el Bab contra un sector de veinticuatro kilómetros defendido por dos regimientos de la 334.^a División alemana. El II Cuerpo de Estados Unidos tenía que lanzar su ataque en el sector norte un día después; ese tramo de 65 kilómetros era guardado por los tres regimientos de la división Manteuffel y por una de la 334.^a, aunque su capacidad era de menos de 8000 hombres en comparación con los 95 000 del II Cuerpo de Estados Unidos.

Las perspectivas de una ofensiva general como esta —lanzada casi simultáneamente en todos los sectores— parecían muy favorables. En el bando aliado había veinte divisiones con una fuerza de combate de más de trescientos mil hombres y mil cuatrocientos tanques. La capacidad total de las nueve divisiones alemanas que formaban la columna vertebral de la defensa a lo largo de un arco de 160 kilómetros, se estimaba (correctamente) por parte de la inteligencia aliada, en apenas sesenta mil hombres, con menos de cien tanques en total. Según un informe alemán la cifra de los que podían entrar en acción era de solo cuarenta y cinco. Además, un ataque lanzado por Arnim al sur de Medjez el Bab durante la noche del 20 de abril, aunque logró penetrar unos ocho kilómetros en la oscuridad, fue rechazado al amanecer y no logró

alterar los preparativos y desencadenamiento del ataque británico en este sector.

Sin embargo, la ofensiva general aliada, aunque se puso en marcha a tiempo, no transcurrió según el plan. La defensa alemana demostró ser muy tenaz y hábil utilizando un terreno difícil para bloquear la fuerza superior enemiga. Así pues, el plan «final» de Alexander abortó y tuvo que reestructurarse, convirtiéndose en el penúltimo.

El ataque del 8.º Ejército en Enfidaville, con tres divisiones de infantería, encontró una tenaz resistencia en las colinas que limitaban con la franja costera y sufrió un costoso freno, contradiciendo la creencia optimista de Montgomery y Horrocks de que al enemigo se le podía expulsar de ese cuello de botella. En esta zona los italianos lucharon con tanta fuerza como los alemanes. Hacia el interior la masa acorazada del IX Cuerpo británico logró penetrar el frente enemigo con una profundidad de trece kilómetros en la zona al noroeste de Pont-du-Fahs, pero entonces se detuvo por la intervención de la única reserva móvil sustancial de Arnim, la incompleta 10.^a División Panzer, que tenía en ese momento menos de una décima parte de la fuerza blindada de ataque (con trescientas sesenta unidades listas para entrar en acción). El ataque principal, a cargo del V Cuerpo británico, hizo lentos avances frente a la tenaz resistencia de dos regimientos de infantería alemanes que defendían este sector central. Tras cuatro días de duros combates solo estaban a unos diez u once kilómetros más allá de Medjez el Bab. Entonces fue definitivamente parada y, en algunos lugares, tuvo que retroceder, por la intervención de una brigada *panzer* improvisada, compuesta de la mayor parte de los tanques que quedaban del Grupo de Ejércitos Afrika. En el sector norte, el II Cuerpo estadounidense logró pocos avances durante los dos primeros días del ataque, a través de un terreno muy accidentado. El 25 de abril se encontró con que el enemigo se había escabullido en retirada hasta otra línea defensiva a unos kilómetros a retaguardia. En definitiva, la ofensiva aliada se detuvo en todas partes sin lograr abrir una brecha definitiva en ningún lugar.

No obstante, las fuerzas y escasos recursos del Eje se habían tensado hasta el límite para frustrar la ofensiva. Para el 25 de abril sus dos ejércitos tenían una reducción de un cuarto del carburante necesario para llenar sus depósitos, es decir, lo suficiente como para recorrer veinticinco kilómetros. En cuanto a las municiones, se estimaba que equivalían a menos de tres días de combate. Apenas podían contar con ningún suministro de municiones o combustible necesarios para detener cualquier ataque. Este es el factor decisivo en la cuestión de la siguiente ofensiva aliada. Los suministros de alimentos también

estaban volviéndose desesperadamente escasos. Posteriormente Arnim diría que «incluso sin la ofensiva aliada me hubiera visto obligado a capitular el 1 de junio, como máximo, porque no teníamos qué comer».

A finales de febrero Rommel y Arnim habían informado de que se necesitarían al menos 140 000 toneladas de suministros para sostener la capacidad combativa de las fuerzas del Eje, si el Mando Supremo decidía mantenerse en Túnez. Las autoridades en Roma, muy conscientes de las dificultades de transporte marítimo, redujeron la cifra a 120 000, aunque reconocían que hasta un tercio del total sería hundido en el trayecto. Al final, solo llegaron 29 000 toneladas a las fuerzas del Eje en el mes de marzo, un cuarto por vía aérea. En cambio, solo los estadounidenses llevaron 400 000 toneladas de suministros a puertos norteafricanos ese mes. En abril, los recursos del Eje descendieron a 23 000 toneladas y, durante la primera semana de mayo, hasta unas escasas 2000 toneladas. Esta era la medida del control que la fuerza aérea y la marina (principalmente británicas), con ayuda de la excelente evaluación de la inteligencia sobre los movimientos de buques enemigos, habían logrado en las rutas de suministro transmediterráneas. Estas cifras dan cuenta ampliamente del súbito desmoronamiento de la resistencia de las fuerzas del Eje y explican ese derrumbe de manera mucho más clara que cualquiera de los relatos de los líderes aliados.

El nuevo «plan final» de Alexander surgió, indirectamente, del bloqueo en el cuello de botella de Enfidaville. El 21 de abril, cuando el fracaso del ataque con tres divisiones en esa zona había quedado dolorosamente claro, Montgomery fue obligado a suspenderlo por las crecientes bajas, una suspensión que había ayudado a Arnim a dirigir todos sus restantes blindados al norte, para detener el ataque principal británico que se abriera camino al este de Medjez el Bab, tal y como se ha contado. Montgomery planeaba reanudar el ataque el 29, concentrándolo en la estrecha franja costera, sin tratar de asegurar las zonas altas hacia el interior. Esta directriz, aunque fue aceptada por Horrocks, suscitó fuertes objeciones de los dos comandantes divisionales más adelantados: Tuker y Freyberg. Sus advertencias se confirmaron cuando el nuevo ataque fue frenado. Al día siguiente, el 30, Alexander llegó al lugar para tratar la situación con Montgomery, y después dio órdenes de transferir las dos mejores divisiones del 8.^º Ejército disponibles al 1.^{er} Ejército con el fin de un nuevo y reforzado ataque en el sector de Medjez el Bab. Esta medida había sido defendida por Tuker antes del ataque abortado de Enfidaville. Bien se podría haber adoptado antes, ya

que el ataque mencionado ni siquiera había logrado su limitado objetivo de fijar allí las fuerzas del Eje y de evitar que el sector central fuera reforzado.

Una vez decidido el cambio, se llevó a cabo rápidamente. Las dos divisiones elegidas, la 4.^a India y la 7.^a Acorazada, iniciaron su largo camino en dirección noroeste antes del anochecer de ese mismo día. Para la 7.^a Acorazada, que estaba retrasada en reserva, suponía un enrevesado viaje de 480 kilómetros a lo largo de carreteras desiguales. No obstante, el trayecto se hizo en un par de días con los tanques transportados por camiones. Las dos divisiones fueron transferidas al IX Cuerpo, al que se había asignado el ataque decisivo, y él mismo se desplazó hacia el norte para concentrarse detrás del sector ocupado por el V Cuerpo. El propio Horrocks fue incluido en el traslado, para ocupar el mando del IX Cuerpo, ya que Crocker había sufrido una herida en un accidente probando un nuevo mortero. Fue un golpe personal de mala suerte en un momento de grandes oportunidades.

Mientras tanto el II Cuerpo estadounidense de Bradley había reanudado su ataque en el sector norte durante la noche del 26 de abril. La obstinada resistencia enemiga, durante cuatro días de feroces combates, frustró sus esfuerzos para avanzar por esta región montañosa. Sin embargo, la presión persistente llevó tan al límite los recursos del enemigo y provocó una carestía de municiones tan aguda que se vio obligado a retirarse a una línea al este de Mateur defendible con menor facilidad. La retirada se realizó hábilmente durante las noches del 1 y 2 de mayo sin interferencias, pero la nueva línea solo estaba a veinticuatro kilómetros de la base naval de Bizerta, de modo que la defensa ahora carecía peligrosamente de profundidad, al igual que ocurría en el sector de Medjez el Bab, frente a Túnez.

Esta falta de profundidad defensiva volvía fatal la carestía extrema de suministros de los defensores y contribuyó en gran medida al factor decisivo de la nueva ofensiva que estaban organizando los aliados para su lanzamiento el 6 de mayo. Y es que una vez que la corteza fuera penetrada, no habría posibilidad de prolongar la resistencia mediante defensa elástica y maniobra en retirada. Aunque las fuerzas del Eje habían logrado frustrar los ataques anteriores, lo habían hecho al precio de casi agotar sus escasas reservas, quedándose con solo suficiente munición como para una breve respuesta al fuego abrumador de los atacantes y apenas combustible para realizar mínimos movimientos de contraataque. Además, carecían de cobertura aérea, ya que los aeródromos en Túnez eran indefendibles y casi todos los aviones que quedaban habían sido retirados a Sicilia.

El ataque inminente no fue una sorpresa para los comandantes del Eje, ya que habían interceptado mensajes de radio aliados que revelaban el traslado de grandes unidades del 8.^º Ejército al 1.^º. Con todo, el conocimiento del ataque era de poca ayuda para hacerle frente cuando carecían de medios para hacerlo.

En el nuevo plan de Alexander, bautizado como Vulcan, la penetración debía realizarse mediante un ataque masivo del IX Cuerpo que, tras cruzar el V Cuerpo, y atacar en un frente muy estrecho —de unos tres kilómetros de ancho— en el valle al sur del río Medjerda. El ataque sería realizado por una formación compuesta por las divisiones 4.^a británica y 4.^a India, con el apoyo de cuatro batallones de carros de «infantería», seguido de cerca por las divisiones acorazadas 6.^a y 7.^a. La fuerza blindada incluía más de cuatrocientos setenta tanques. Después de que dos divisiones de infantería penetraran en la defensa con una profundidad de unos cinco kilómetros, las dos divisiones acorazadas debían avanzar y, en un primer salto, alcanzar la zona de St. Cyprien, a unos veinte kilómetros de la línea inicial y a mitad de camino de Túnez. Alexander subraya en sus instrucciones que «el objetivo principal es capturar Túnez», para evitar cualquier intento de reagrupamiento, y que no debería haber pausa para «limpiar los lugares que siguen estando en manos del enemigo».

Como preliminar del ataque del IX Cuerpo se ordenó al V Cuerpo que capturara la cima de Djebel Bou Aoukaz durante la tarde del 5 de mayo, una misión cumplida tras algunos duros combates. Tras ello la principal misión del V Cuerpo era «mantener abierto el embudo» a través del cual se lanzaba el IX Cuerpo. Al final no fue un problema puesto que el enemigo ya no tenía los medios para desarrollar un contraataque efectivo.

Abrir el embudo podría haber sido más difícil si el ataque del IX Cuerpo se hubiese lanzado a la luz del día, tal y como se pretendía inicialmente, a la vista de la falta de experiencia en acciones nocturnas por parte del 1.^{er} Ejército. Sin embargo, a insistencia de Tuker, se cambiaron los planes y se fijaron las 03:00 como hora H, para beneficiarse completamente de la oscuridad que ofrecía una noche sin luna. También a instancias suyas el habitual bombardeo fue sustituido por una sucesiva concentración de fuego, controlada de manera centralizada, sobre todos los puntos fuertes conocidos del enemigo. El suministro de munición de artillería se duplicó, elevándolo a mil balas por cañón. Estos disparos concentrados colocaban un proyectil cada dos metros de frente, por lo que las defensas recibieron un fuego cinco veces más intenso que el bombardeo de El Alamein el otoño anterior. El efecto

paralizante de este tiro concentrado, a cargo de los cuatrocientos cañones de apoyo al ataque, aumentó y se amplificó por un terrorífico ataque aéreo que comenzó al anochecer y que incluyó más de doscientas misiones de combate.

A las 09:30 la 4.^a División India había hecho una brecha profunda con poco más de cien bajas propias, e informó de que no había signos de resistencia seria ante ella, indicando al cuartel general del cuerpo que los blindados «ahora podían avanzar tan rápido y tan lejos como quisieran». Antes de las 10:00 los primeros elementos de la 7.^a División Acorazada habían comenzado a fluir por la línea conquistada por la infantería. En el ala derecha, la 4.^a División británica arrancó tarde y avanzó aún más lentamente, aunque fue ayudada por el avance de su ala izquierda vecina, y alcanzó su objetivo antes de mediodía. Por fin se autorizó a las divisiones acorazadas a que avanzaran. No obstante, a media tarde se detuvieron para pasar la noche cerca de Massicault, a apenas diez kilómetros más allá de la línea de partida del ataque, a cinco de la conquistada por la infantería y a solo un cuarto del trayecto hasta Túnez. La extrema cautela se explica por la historia de la 7.^a División y la afirmación de que el comandante «consideraba que sería más inteligente mantener cada brigada en las posiciones firmes que ya ocupaban, en lugar de aflojar el control de ambas, complicando la larga tarea de avituallamiento de combustible», una explicación que muestra claramente una incapacidad para asimilar los principios elementales de la explotación, y para cumplir con su espíritu. Al igual que en Wadi Akarit, Horrocks y los comandantes de las divisiones acorazadas tardaron en responder a la llamada de la oportunidad y siguieron actuando con un ritmo más propio de la acción de infantería que para satisfacer el potencial de la movilidad mecanizada.

No había necesidad de tal cautela. El sector de casi 130 kilómetros al sur del río Medjerda donde se inició el ataque, en un frente de algo más de tres kilómetros, solo estaba defendido por dos débiles batallones de infantería, así como un batallón antitanque de la 15.^a División Panzer, apoyados por una amalgama de fuerzas de menos de sesenta tanques, casi todos los blindados que les quedaban a las fuerzas del Eje. Este muy delgado escudo había sido aturrido y pulverizado por la tremenda concentración de proyectiles y bombas que apoyaban el ataque. Además, la falta de combustible había impedido a Arnim dirigir hacia el norte el resto de las divisiones *panzer* 10.^a y 21.^a, tal y como estaba previsto. Esta fatídica carencia de combustible había sido más efectiva para anclarlos que el elaborado plan de engaño diseñado por los británicos para que pareciera que iban a volver a atacar en el sector de Kourzia.

Las divisiones acorazadas 6.^a y 7.^a reanudaron su avance al anochecer del 6 de mayo, pero de nuevo fueron muy cautelosas, siendo retenidas hasta la tarde por un puñado de alemanes, con diez tanques y unos pocos cañones, en St. Cyprien. Eran las 15:15 cuando se dio la orden de avanzar hacia Túnez. Los carros blindados del 11.^º de Húsares entraron en la ciudad media hora después, y de ese modo coronaron adecuadamente el papel principal que ese regimiento había jugado desde el inicio de la campaña del norte de África casi tres años antes. El cuerpo de caballería voluntaria de Derbyshire, el regimiento de carros blindados de la 6.^a División Acorazada, entró en la ciudad casi de forma simultánea. Fueron seguidos por tanques e infantería transportada para extender y completar la ocupación de la ciudad. En el proceso, las tropas sufrieron más vergüenza e impedimentos por culpa del entusiasmo histérico de la población, que les arrojaban flores y besos, que por la resistencia esporádica de algunos focos de alemanes confusos y desorganizados. Una cantidad considerable de ellos fueron apresados esa tarde y muchos más fueron capturados a la mañana siguiente, mientras que una proporción mucho mayor trató de escapar de la ciudad tanto en dirección norte como por el sur. Lo que quedaba de las formaciones combatientes en el perímetro también se retiró en esas direcciones divergentes, tras ser separadas por la entrada de los aliados en la ciudad.

Mientras tanto el II Cuerpo de Estados Unidos había retomado su ataque en el sector norte para coincidir con el avance británico. La progresión el 6 de mayo había sido lenta y la propia resistencia parecía seguir siendo firme, aunque durante la tarde siguiente los elementos de reconocimiento de la 9.^a División de Infantería se encontraron con el camino abierto y avanzaron hasta Bizerta a las 16:15. El enemigo había evacuado la ciudad y se había retirado en dirección sudeste. La entrada formal en la ciudad se reservó para el Corps Franc d'Afrique francés, que llegó el día 8. La 1.^a División Acorazada, avanzando desde Mateur, había sido detenida varias veces durante los dos primeros días. Lo mismo había ocurrido con las divisiones de infantería 1.^a y 34.^a más al sur. Con todo, el día 8 la 1.^a Acorazada se encontró con la defensa desmoronándose y avanzó fácilmente, con la munición y el combustible del enemigo agotados y con la 7.^a División Acorazada británica siguiéndolos hacia el norte desde Túnez, a lo largo de la costa.

Atrapados entre las vanguardias británica y estadounidense, y sin medios para resistir o retirarse, comenzaron las rendiciones en masa. El escuadrón de cabeza del 11.^º de Húsares tenía en sus manos unos diez mil prisioneros antes de la tarde. A primera hora de la mañana siguiente, el día 9, parte de otro

escuadrón avanzó hasta Porto Farina, cerca del cabo de ese nombre, a treinta kilómetros al este de Bizerta, donde se hizo cargo de la rendición de otros nueve mil hombres que estaban apelotonados en la playa, algunos intentando de manera patética construir balsas. Se sintieron aliviados de poder entregar a esta muchedumbre de prisioneros a la fuerza acorazada estadounidense que llegó poco después. A las 09:30, el general Von Vaerst, comandante del 5.^º Ejército Panzer y de la zona norte, señaló a Arnim: «Nuestros blindados y artillería han sido destruidos. Sin munición ni combustible. Combatiremos hasta el último hombre». La frase final era un valiente gesto absurdo, ya que las tropas no pueden combatir sin municiones. Vaerst pronto se enteró de que sus tropas, dándose cuenta del sinsentido de tales órdenes heroicas, se estaban rindiendo. Así pues, a mediodía aceptó una rendición formal del resto de sus unidades, lo que hizo que el total de su zona ascendiera a casi cuarenta mil hombres.

Cuando se produjo la separación, una parte mucho mayor de las fuerzas del Eje permaneció en la zona del sur de Túnez. Esta era más defendible por naturaleza, y los comandantes aliados esperaban que el enemigo se resistiera más. Pero también aquí el agotamiento de la munición y el combustible produjo un rápido desplome tras una corta resistencia. El hundimiento se aceleró por un sentimiento generalizado de desesperación, ya que incluso allí donde quedaban algunos suministros, las tropas del Eje eran conscientes de la imposibilidad de reabastecimiento, por lo mismo que no era posible escapar.

Ahora el objetivo de Alexander era evitar que el ejército de Messe (la parte meridional de las fuerzas del Eje) se retirara a la gran península de Cabo Bon para establecer allí una última posición de resistencia. Así, en cuanto cayó Túnez, la 6.^a División Acorazada recibió la orden de girar en dirección sudeste y avanzar hacia Hamman Lif, en la base de la península, mientras que la 1.^a División Acorazada convergía en la misma dirección. En Hamman Lif las colinas estaban tan cerca del mar que la franja costera plana no llegaba a trescientos metros de anchura. Este estrecho desfiladero estaba defendido por un destacamento alemán, apoyado por cañones de 88 mm tomados de la defensa antiaérea y durante dos días bloqueó todos los intentos de forzar el paso. Sin embargo, el obstáculo acabó superándose gracias a un ataque bien coordinado. La infantería de la 6.^a División Acorazada capturó las cumbres que dominaban la ciudad, mientras que la artillería barría las calles metódicamente, manzana a manzana, y después se envió una columna de tanques a lo largo de la playa, en el límite de las aguas, donde estaba mejor protegida del fuego de uno de los cañones alemanes que seguían activos. Al

anochecer del día 10 el ataque se extendió a través de la base de la península hasta Hammamet, aislando así las últimas fuerzas enemigas. Paralizadas por la ausencia de combustible, no habían podido retirarse a la península. Al día siguiente la 6.^a División Acorazada avanzó en dirección sur hasta la retaguardia de las tropas del Eje que mantenían a raya al 8.^º Ejército británico cerca de Enfidaville. Aunque todavía tenían algo de munición, la prueba definitiva de que estaban atrapadas y sin esperanza de escapar provocó su rápida rendición.

El 13 todos los comandantes y tropas del Eje que quedaban se rindieron. Solo unos pocos centenares habían escapado por mar o por avión a Sicilia, sin contar los nueve mil heridos o enfermos que habían sido evacuados desde principios de abril. Respecto al tamaño de la última bolsa cercada, no hay certeza. El 12 de mayo el cuartel general de Alexander informó a Eisenhower que el número de prisioneros desde el 5 de mayo se elevaba a 100 000 y se esperaba alcanzar la cantidad de 130 000 cuando terminara el recuento. Un informe posterior «elevó el total a unos 150 000». No obstante, en un informe realizado durante la postguerra Alexander dijo que el total fue de «un cuarto de millón de hombres». En sus memorias Churchill da esa misma cifra redonda, aunque la califica con el término «cerca de». Eisenhower habla de «240 000, de los cuales aproximadamente 125 000 eran alemanes». No obstante, el Grupo de Ejércitos Afrika había informado a Roma el 2 de mayo que el número de raciones había variado en el mes de abril entre 170 000 y 180 000, y eso fue antes de los duros combates de la última semana de la campaña. Por tanto, es difícil entender cómo el número de prisioneros capturados podía superar esa cantidad en cerca de un 50 por ciento. El personal de intendencia responsable de alimentar a las tropas no tiende a minusvalorar sus cifras. Merece la pena señalar que hay discrepancias aún mayores entre la última cifra conocida de raciones alemanas y el número de prisioneros declarado por los aliados durante la última fase de la guerra.

Con independencia del número exacto de hombres capturados en Túnez, sin duda se trató de una cifra muy grande. Su efecto más importante fue que privó al Eje del grueso de sus tropas con experiencia en el teatro de operaciones del Mediterráneo, que de otro modo podrían haber sido utilizadas para bloquear la invasión aliada de Sicilia, la primera y crucial etapa de su regreso a Europa.

26

El regreso a Europa por Sicilia

Retrospectivamente, la conquista de Sicilia por los aliados en 1943 pareció fácil. En realidad, este regreso a Europa fue un ataque peligroso, plagado de incertidumbres. Y es que su exitoso resultado se debió en gran medida a una serie de factores ignorados durante mucho tiempo. En primer lugar, al orgullo ciego de Hitler y Mussolini queriendo salvar las apariencias. Después, al miedo celoso de Mussolini hacia sus aliados alemanes y a su renuencia a que tuvieran un papel principal en la defensa del territorio italiano. Además de la creencia de Hitler, en desacuerdo con Mussolini, de que Sicilia no era el objetivo real de los aliados, una errónea creencia que se produjo en parte gracias al sutil ardid brillantemente «sembrado» por los británicos.

El primer factor fue el más determinante. Una de las grandes ironías de toda la guerra fue el modo en que Hitler y el Estado Mayor alemán —que siempre había temido embarcarse en expediciones ultramarinas en confrontación con el poder marítimo británico— se abstuvieron de enviar a Rommel suficientes fuerzas como para explotar sus victorias, aunque finalmente acabaron enviando tantas tropas a África como para comprometer sus expectativas de defender Europa.

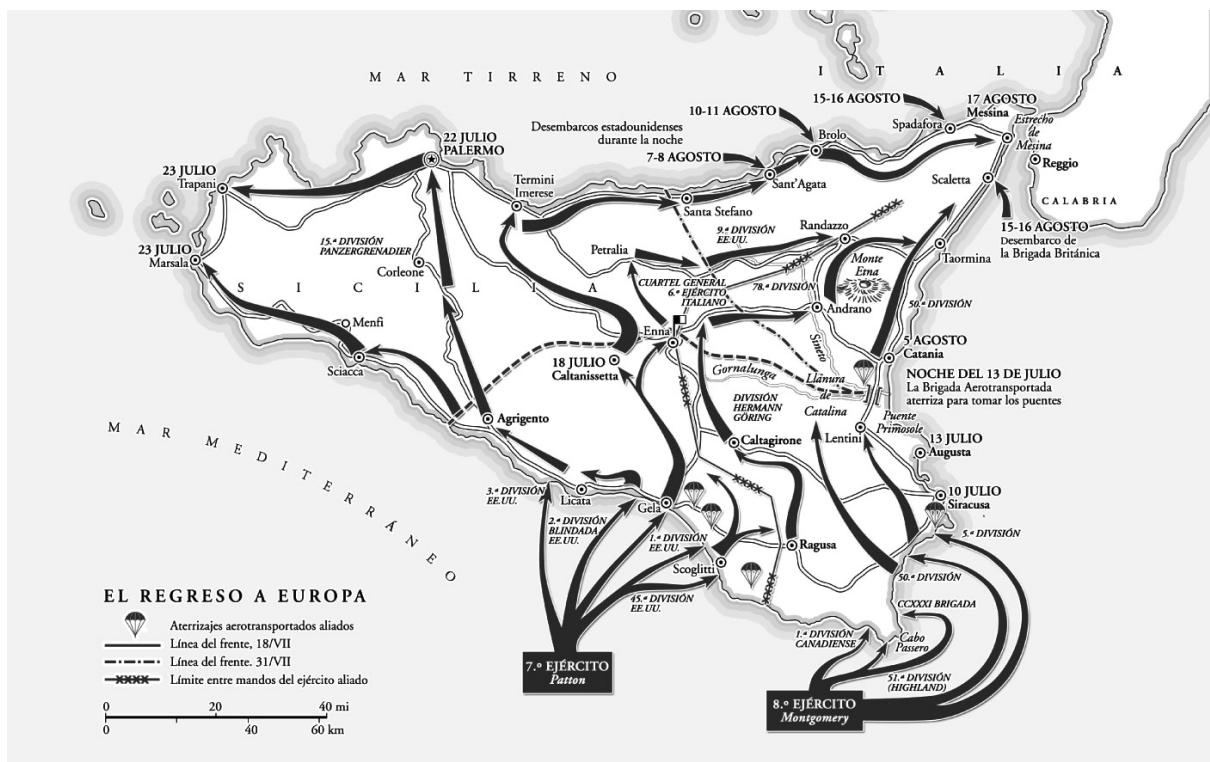
También es irónico que fueran llevados a cometer este error fatídico por su inesperado éxito al detener el primer avance de Eisenhower hacia Túnez, tras ser sorprendidos por la invasión del África del norte francesa durante el mes de noviembre anterior. Mientras que la punta de lanza aliada avanzaba con bastante cautela en dirección este desde Argelia, los alemanes reaccionaron de inmediato a la amenaza enviando tropas a través del

Mediterráneo con la esperanza de frustrar la rápida captura por parte aliada de los puertos de Túnez y Bizerta. Lograron conservar los accesos montañosos y prolongar una situación de punto muerto.

Sin embargo, el éxito de este movimiento preventivo animó a Hitler y a Mussolini a creer que podían conservar Túnez indefinidamente. Así, decidieron enviar refuerzos a una escala lo suficientemente grande como para hacer frente a los crecientes efectivos de Eisenhower. Cuanto más aumentaba su compromiso, más pensaban que no podían retirarse sin pérdida de prestigio. Al mismo tiempo, la dificultad tanto de retirarse como de mantenerse, aumentaba a medida que las superiores fuerzas navales y aéreas aliadas desplegaban un control absoluto en el estrecho entre Sicilia y Túnez.

La cabeza de puente germano-italiana creada en Túnez mantuvo a raya a los aliados durante el invierno, y proporcionó refugio para los restos del ejército de Rommel al final de su retirada de 3200 kilómetros desde El Alamein. No obstante, el fracaso inicial aliado para capturar Túnez se convirtió en una inmensa ventaja a largo plazo, ya que ni Hitler ni Mussolini quisieron escuchar ningún argumento para evacuar las tropas germano-italianas mientras tuvieron tiempo y oportunidad para hacerlo.

En un esfuerzo último para convencer a Hitler de la necesidad de hacerlo, Rommel voló a su cuartel general en Prusia Oriental el 10 de marzo de 1943. Su diario refleja lo inútil del intento: «Insistí tanto como pude en que las tropas “africanas” debían ser reabastecidas en Italia para permitirles defender el flanco sur europeo. Incluso llegué a ofrecerle una garantía —algo a lo que normalmente soy muy reacio— de que, con esas tropas, yo podría rechazar cualquier invasión aliada en el sur de Europa. Fue inútil».^[1]



Conforme los ejércitos aliados se acercaban a la cabeza de puente «para rematar», las tropas del Eje solo podían permanecer allí, con un ánimo menguante, esperando el golpe y dejando pasar la oportunidad que proporcionó en abril un período de bruma, que podría haberles ayudado a ocultar el embarque y transporte, en caso de que les hubieran permitido retirarse. Lograron detener el primer intento aliado de romper sus defensas del 20 al 22 de abril, pero se derrumbaron cuando el enemigo penetró en su frente durante el siguiente gran ataque, el 6 de mayo. La completa descomposición que se produjo después se debió en gran medida a lo superficial de la cabeza de puente y a la aguda conciencia, por parte de las tropas defensoras, de combatir con su espalda cerca de un mar hostil.

La captura completa de las ocho divisiones en Túnez, incluyendo gran parte de los veteranos de Rommel y lo más granado del ejército italiano, dejó Italia y sus islas prácticamente sin cobertura defensiva. Estas fuerzas hubieran proporcionado una defensa muy potente de las vías de entrada italianas en Europa central, y las posibilidades de invasión aliada exitosa hubieran sido débiles. Sin embargo, los aliados no estaban en condiciones de aprovechar la oportunidad de inmediato, aunque hubieran decidido en enero que un

desembarco en Sicilia sería el siguiente paso y de que hubieran capturado Túnez cerca de la fecha esperada. Afortunadamente, para ellos, la oportunidad se prolongó por las disensiones y diferencias de opinión en el cuartel general enemigo.

Aquí nos encontramos otra prueba, proporcionada en primer lugar por el general Westphal, por entonces jefe de Estado Mayor del mariscal Kesselring, que era el comandante en jefe del sur de Italia. Dado que a ese país no le quedaban fuerzas móviles mecanizadas, sus jefes militares solicitaron a los alemanes que les proporcionaran un potente refuerzo de divisiones tipo *panzer*. En ese momento Hitler estaba dispuesto a satisfacer esa urgente necesidad y envió a Mussolini un mensaje personal ofreciéndole cinco divisiones. No obstante, Mussolini, sin decírselo a Kesselring, contestó a Hitler que solo quería tres, lo que representaba solo una nueva división además de las dos improvisadas con soldados destinados a África que ya estaban en Italia. También expresó su deseo de que no se enviaran más tropas alemanas.

La reticencia de Mussolini a aceptar este ofrecimiento de mediados de mayo se debió a una mezcla de orgullo y temor. No podía soportar que el mundo, y su propio pueblo, viera su dependencia de la ayuda alemana. Como señaló Westphal: «Quería que Italia fuera defendida por italianos, y cerró los ojos al hecho de que el pésimo estado de sus fuerzas hiciera impracticable esa idea». Pero un motivo adicional era que no quería que los alemanes lograran una posición dominante en Italia. Aunque le inquietase mantener alejados a los aliados, casi le inquietaba lo mismo alejar a los alemanes.

El nuevo jefe de Estado Mayor del Ejército, el general Roatta (anteriormente al mando de Sicilia) acabó convenciendo a Mussolini de que unos refuerzos alemanes mayores eran esenciales para tener posibilidades de una defensa exitosa de Italia y sus islas avanzadas. Así, dejó entrar nuevas divisiones alemanas, con la condición de que se subordinaran al control táctico de los comandantes italianos.

La guarnición italiana de Sicilia constaba tan solo de cuatro divisiones de campaña y seis divisiones estáticas de defensa costera, con escaso equipamiento y baja moral. Los reclutas alemanes camino de África cuando se produjo allí el desmoronamiento consistían en una división, con el nombre de 15.^a División Panzergrenadier, pero con tan solo una unidad de tanques. Otra división *panzer* constituida con el mismo modelo, la Hermann Göring, fue enviada a Sicilia casi a finales de junio. Con todo, Mussolini no permitió que estas dos divisiones conformaran un cuerpo bajo un comandante alemán.

Fueron colocadas directamente bajo el mando del general Guzzoni y distribuidas en cinco grupos a lo largo de los 240 kilómetros de diámetro de la isla, como reserva móvil. Al oficial de enlace alemán de mayor rango, el teniente general Von Senger und Etterlin, se le proporcionó un pequeño Estado Mayor operativo y una compañía de transmisiones para que pudieran ejercer el mando en caso de emergencia.

Cuando Mussolini estuvo dispuesto a aceptar más ayuda alemana, Hitler empezó a dudar en proporcionársela y también a considerar que el peligro venía de otra parte. Por una parte sospechaba que los italianos derribarían a Mussolini y firmarían la paz —una sospecha que fue pronto confirmada por los acontecimientos—, razón por la cual dudaba en comprometer divisiones alemanas tan lejos que pudieran ser aisladas si los italianos se derrumbaban o cambiaban de bando. Por otra parte, pensaba que Mussolini, el Alto Mando italiano y Kesselring se equivocaban sobre que el siguiente movimiento aliado desde África sería un salto hasta Sicilia. En este asunto se confundió.

La mayor desventaja estratégica de Hitler para hacer frente al regreso de los aliados a Europa era la inmensa extensión de sus propias conquistas: desde la costa oeste de Francia, en el Atlántico, hasta la costa este de Grecia, en el Egeo. Le resultaba muy difícil determinar dónde atacarían los aliados. La mayor ventaja estratégica de estos era la amplitud de objetivos alternativos y el poder de distracción que tenían gracias al dominio del mar. Aunque tuviera que defenderse de un ataque a través del canal de la Mancha desde Gran Bretaña, tenía motivos para temer que los ejércitos anglo-estadounidenses en el norte de África pudieran desembarcar en cualquier parte de su frente sur, entre España y Grecia.^[2]

Hitler pensaba que los aliados desembarcarían en Cerdeña en lugar de en Sicilia. Aquella les proporcionaría un peldaño fácil hacia Córcega y un trampolín bien situado desde el que saltar hacia la costa francesa o italiana. Al mismo tiempo, se esperaba un desembarco aliado en Grecia y Hitler quería conservar sus reservas para poder usarlas en esa dirección si fuera necesario.

Estas ideas fueron alimentadas al recibir, por parte de agentes nazis en España, copias de documentos encontrados en poder de un «oficial británico» cuyo cuerpo había sido arrastrado por las olas hasta la costa española. Además de documentos de identidad y correspondencia personal, los papeles incluían una carta privada —cuyo mensajero era el muerto— escrita por el teniente general sir Archibald Nye, jefe adjunto del Estado Mayor Imperial, al general Alexander. La carta hacía referencia a telegramas oficiales recientes sobre operaciones en curso, y los comentarios adicionales indicaban que los

aliados pretendían desencabar en Cerdeña y Grecia, mientras que su idea era convencer al enemigo de que Sicilia era su objetivo real.

El cadáver y la carta eran parte de un ingenioso engaño planeado por una división del servicio de inteligencia británico. Estaba tan bien montado que los jefes de la inteligencia alemana estaban convencidos de su autenticidad. Aunque no alteró la opinión de los jefes italianos y de Kesselring de que Sicilia era el siguiente objetivo aliado, parece que causó una honda impresión en Hitler.

Siguiendo órdenes de Hitler, la 1.^a División Panzer fue enviada desde Francia a Grecia, para apoyar a las tres divisiones de infantería alemanas y al 11.^º Ejército italiano, mientras que la recién creada 90.^a División Panzergrenadier reforzó las cuatro divisiones italianas desplegadas en Cerdeña. La llegada de más refuerzos a esa isla se vio entorpecida por las dificultades de suministro, ya que la mayoría de los muelles de los escasos puertos habían sido destruidos por bombardeos. Con todo, como garantía adicional, Hitler desplazó el XI Cuerpo Aéreo del general Student (con dos divisiones paracaidistas) al sur de Francia, listo para lanzar un contraataque aéreo frente a un desembarco aliado en Cerdeña.

Mientras tanto, los planes aliados continuaron a menor ritmo. La decisión de desembarcar en Sicilia era producto de un acuerdo y no iba acompañada de conclusiones sobre objetivos ulteriores. Cuando los jefes conjuntos de Estado Mayor estadounidenses y británicos se reunieron en la conferencia de Casablanca, en enero de 1943, sus divergencias iniciales contrastaban con el concepto de «conjunto» de su título. Los estadounidenses (el almirante King y los generales Marshall y Arnold) querían acabar con lo que era visto como la distracción mediterránea, una vez conquistado el norte de África, y volver a la línea de acción directa contra Alemania. Los británicos (el general Brooke, el almirante Pound y el mariscal del aire Portal) consideraban que no se daban las condiciones para una invasión directa a través del canal de la Mancha y que intentarlo en 1943 acabaría en desastre o tendría resultados inútiles —una estimación difícilmente cuestionable desde la perspectiva histórica—. Pero todos estaban de acuerdo en que se debía iniciar una acción para mantener la presión y detraer fuerzas alemanas del frente ruso. En el bando británico el Estado Mayor Conjunto abogaba por un desembarco en Cerdeña, pero los jefes de Estado Mayor británico y estadounidense se inclinaban por Sicilia —que también era la preferencia de Churchill—, por lo que se alcanzó pronto un acuerdo al respecto. El argumento más potente era que la captura de Sicilia despejaría de manera efectiva el paso marítimo del Mediterráneo, ahorrando

así la pérdida de muchos navíos, ya que desde 1940 la mayor parte de los convoyes de tropas y suministro hacia Egipto y la India se habían visto obligados a tomar la ruta larga alrededor de Sudáfrica.

Al adoptar la decisión de invadir Sicilia, el 19 de enero, los jefes del Estado Mayor Conjunto definieron los objetivos: «(i) Hacer que la línea de comunicación del Mediterráneo sea más segura; (ii) Reducir la presión alemana en el frente ruso; (iii) intensificar la presión contra Italia». La cuestión de cómo eso debía aprovecharse quedó abierta. Un intento de decidir cuál sería el siguiente objetivo hubiera reavivado las divergencias de opinión, aunque en este tipo de cuestiones un aplazamiento diplomático puede derivar en falta de preparación estratégica.

Tampoco hubo una sensación rotunda de urgencia en la planificación del ataque a Sicilia. Aunque se asumió que la conquista de Túnez debía completarse para finales de abril, los jefes del Estado Mayor Conjunto fijaron el período de luna llena del mes de julio como fecha del desembarco en Sicilia. El 20 de enero los británicos presentaron un esbozo de plan para la operación Husky, una aproximación marítima e invasión convergentes a cargo de fuerzas procedentes del este y el oeste del Mediterráneo, respectivamente. Se acordó que Eisenhower sería el comandante supremo y Alexander su segundo. (Esta era una aceptación significativa del papel de Estados Unidos como el socio principal de la alianza, ya que el comandante en jefe británico era de rango superior y mayor experiencia, y en esta campaña los británicos aún aportaban la mayor parte de las fuerzas). A principios de febrero se creó un Estado Mayor especial en Argel, pero sus distintas ramas estaban muy separadas y, en el caso de la fuerza aérea, la separación no solo era espacial sino de pensamiento. El resultado fue que la acción aérea durante la campaña de Sicilia no reflejaba bien las necesidades de las fuerzas terrestres y marinas. Transcurría mucho tiempo mientras el borrador del plan iba y venía. Eisenhower, Alexander y los dos comandantes del Ejército elegidos, Montgomery y Patton, estaban demasiado ocupados con la última fase de la campaña del norte de África como para prestar una atención adecuada al paso siguiente. Montgomery no encontró tiempo para estudiar el borrador del plan hasta finales de abril y entonces solicitó numerosas modificaciones. El plan fue rehecho el 3 de mayo y la aprobación final, por parte del Estado Mayor Conjunto, llegó el 13 de mayo, una semana después del derrumbamiento del frente germano-italiano en Túnez, y el mismo día en que se rindieron los últimos enemigos.

Estos retrasos en la planificación eran aún más lamentables puesto que solo una de las diez divisiones que debían llevar a cabo la invasión de Sicilia participó en la fase final de la campaña del norte de África, y siete de ellas eran recién llegadas. Un desembarco en Sicilia poco después de la caída del Eje se hubiera encontrado una isla casi desprovista de defensas. El largo intervalo que se concedió al enemigo para reforzar las defensas de Sicilia podría haber sido aún mayor si no hubiera sido por Churchill, que en la conferencia de Casablanca, y después, apremió para que el desembarco se produjera en junio. Logró el apoyo del Estado Mayor Conjunto, aunque los comandantes en el Mediterráneo no estaban listos para desencadenar la invasión antes del 10 de julio.

El cambio principal en el plan era que el ejército de Patton (el Cuerpo Especial Occidental), en lugar de desembarcar en el extremo oeste de Sicilia, cerca de Palermo, lo haría en el sudeste, próximo al ejército de Montgomery, cuyos puntos de desembarco pasarían a estar más concentrados. A la vista del tiempo transcurrido para el posible refuerzo del enemigo, esta concentración de las fuerzas invasoras era una sabia precaución contra el peligro de un fuerte contraataque, aunque se reveló innecesaria. Sin embargo, suponía renunciar a la posibilidad de capturar el puerto de Palermo al principio del ataque. Esta renuncia podría haber tenido un efecto grave de no haber sido por la manera en que los nuevos vehículos anfibios DUKW, en conjunción con los LST («Landing Ships Tank»^[3]), demostraron su capacidad para resolver el problema de mantener el suministro en las playas. El plan revisado también renunciaba a gran parte del efecto de distracción buscado en el original, y así permitía al enemigo a concentrar sus reservas dispersas tras producirse el desembarco, y a bloquear el avance aliado a través del centro montañoso de la isla. Si Patton hubiese desembarcado cerca de Palermo, en la costa noroeste, hubiera estado mucho más cerca del estrecho de Mesina, la línea de refuerzo y posible retirada enemiga. De ese modo, todas las fuerzas enemigas en Sicilia hubieran quedado atrapadas. Lo que ocurrió fue que la huida de las divisiones alemanas tuvo nefastas consecuencias para los futuros movimientos aliados.

No obstante, era natural preferir equivocarse por exceso de seguridad en este primer salto de vuelta a Europa de los aliados, y también en el primer gran ataque por mar contra una costa enemiga. Es interesante señalar aquí que el desembarco de ocho divisiones simultáneamente fue aún mayor que el de Normandía once meses después. Desembarcaron 150 000 hombres durante los tres primeros días y el total acabó alcanzando la cifra de 478 000, 250 000

británicos y 228 000 estadounidenses. Los desembarcos de los primeros se realizaron en una extensión de costa de 65 kilómetros en la esquina sudeste de la isla y los de Estados Unidos en un tramo de extensión equivalente en la costa sur, dejando un espacio en blanco de unos treinta kilómetros entre el ala izquierda británica y la derecha estadounidense.

El aspecto naval de la operación fue planeado y llevado a cabo bajo la dirección del almirante sir Andrew Cunningham. Implicaba una compleja pauta de movimientos que conducía a un desembarco nocturno. A pesar de todo, funcionó con una maravillosa fluidez que fue motivo de gran alabanza para sus diseñadores y ejecutores. En cuanto operación anfibia funcionó mucho mejor que la operación Torch, el desembarco en el norte del África francesa —durante el mes de noviembre anterior—, del que se había aprendido mucho.

La Fuerza Naval Especial Oriental (británica), al mando del vicealmirante sir Bertram Ramsay, incluía 795 buques, que portaban otras 715 naves de desembarco para la fase inicial. Las divisiones 5.^a y 50.^a (y la CCXXXI Brigada de Infantería) procedían del extremo oriental del Mediterráneo —de Suez, Alejandría y Haifa— en barco; debía desembarcar a lo largo de la franja sur de la costa este de Sicilia, entre Siracusa y el cabo Passero. La 51.^a División procedía de Túnez, también en barco, una parte había hecho escala en Malta; debía desembarcar en la punta sudeste de Sicilia. La 1.^a División canadiense lo haría al oeste de esa punta, y procedía de Gran Bretaña en dos convoyes: el segundo (y más rápido) trasladaba el conjunto de las tropas y navegaba desde Clyde en el día D-12 (28 de junio). Atravesó el canal cercano a Bizerta, desminado, inmediatamente antes que los convoyes estadounidenses.

La Fuerza Naval Especial Occidental (estadounidense) al mando del vicealmirante H. Kent Hewitt, comprendía 580 buques, mientras que otras 1124 naves de desembarco iban incluidas en ellos. Para el desembarco en el ala derecha, en Scoglitti, la 45.^a División de Infantería fue trasladada a través del Atlántico en dos convoyes y, tras una breve pausa en Orán, recibió sus LST y otras embarcaciones pequeñas frente a Bizerta. Las divisiones acorazadas 1.^a y 2.^a, para el desembarco en Gela, embarcaron en Argel y Orán. La 3.^a División de Infantería, destinada al desembarco del ala izquierda en Licata, embarcada en Bizerta, fue transportada exclusivamente a bordo de buques de desembarco.

Se logró la travesía y concentración de los convoyes de esta enorme flota, con protección naval y aérea, sin ninguna interferencia de importancia. Solo

se perdieron cuatro barcos y dos LST, debido a un ataque submarino. No hubo daños apreciables debidos a ataques aéreos durante la aproximación y los aviones enemigos fueron mantenidos a raya de manera tan eficaz que la mayoría de los convoyes ni siquiera fueron avistados. La superioridad aérea aliada en este teatro de operaciones era tan grande —más de cuatro mil aviones operativos contra unos mil quinientos alemanes e italianos— que los bombarderos enemigos fueron retirados en junio a bases del centro-norte de Italia. A partir del 2 de julio los aeródromos de Sicilia fueron atacados de manera tan dura y persistente que solo eran utilizables unas pocas pistas de aterrizaje secundarias cuando comenzó el día D. Y la mayoría de los cazas intactos se habían retirado al continente o a Cerdeña (aunque la cifra real de aviones destruidos durante la campaña no fue superior a doscientos, en comparación con los mil cien declarados por los aliados).

Durante la tarde del 9 de julio los convoyes comenzaron a llegar a sus zonas de concentración al este y al oeste de Malta, al mismo tiempo que el viento comenzó a soplar con fuerza, agitando el mar de tal manera que puso en peligro a las pequeñas embarcaciones y amenazó con trastocar los desembarcos. Afortunadamente a medianoche se moderó, aunque se mantuvo un molesto oleaje, y solo una pequeña parte de los buques de ataque llegaron tarde a las playas.

El efecto más pernicioso se produjo en el lanzamiento de tropas que precedió a los desembarcos marítimos, que fueron llevados a cabo por parte de las divisiones aerotransportadas 1.^a británica y 82.^a estadounidense. Se trataba del primer gran intento de envergadura de este tipo que habían llevado a cabo los aliados, y en cualquier caso hubiera sido difícil por la inexperiencia y la necesidad de realizarlo de noche. El fuerte viento aumentó las complicaciones de navegación de los aviones de transporte y remolque para alcanzar sus objetivos, unido al fuego antiaéreo que dificultaba el descenso. Los paracaidistas estadounidenses quedaron dispersos en pequeños grupos en un espacio de ochenta kilómetros de anchura. Las tropas británicas a bordo de planeadores también quedaron muy dispersas y 47 de los 134 planeadores cayeron al mar. Sin embargo, la dispersión accidental de estas tropas aerotransportadas ayudó a crear un estado de alarma y confusión tras las líneas enemigas, mientras algunos grupos lograron un resultado más concreto al capturar puentes clave y cruces de carreteras.

Los problemas que la tormenta repentina provocó en los atacantes se compensó con creces por la medida en que desarmó la defensa. Aunque durante la tarde fueron avistados cinco convoyes avanzando en dirección

norte desde Malta y que antes de anochecer se recibieron una serie de informes, las advertencias del alto mando no llegaron o no causaron la suficiente impresión en los cuarteles generales inferiores. A pesar de que las tropas alemanas en reserva fueron alertadas una hora después del primer informe, los italianos en la costa tendieron a suponer que el fuerte viento y la mar agitada les garantizaba al menos otra noche de descanso. El almirante Cunningham señaló acertadamente en su despacho que las condiciones desfavorables tuvieron «el efecto de hacer que los agotados italianos, que habían estado en alerta durante muchas noches, se dieran la vuelta en sus camas, agradecidamente, diciendo “no hay ninguna posibilidad de que vengan esta noche”. Pero lo hicieron».

Pese a todo, el agotamiento italiano no solo era físico. La mayoría estaban cansados de la guerra y no muchos compartían el entusiasmo beligerante de Mussolini. Además, las tropas de la defensa costera eran mayoritariamente sicilianas, decisión basada en que harían honor a su reputación de combatientes al defender sus propias casas. No obstante, la suposición no tuvo en cuenta su vieja antipatía manifiesta hacia los alemanes o su mentalidad práctica respecto a que cuanto más duro combatieran menos quedaría en pie de sus casas.

Su reticencia a resistir se intensificó cuando se hizo de día el 10 de julio y pudieron ver el tremendo despliegue de buques que llenaban el mar hasta el horizonte, y el continuo flujo de naves de desembarco con refuerzos para apoyar a las oleadas de asalto que habían desembarcado durante las primeras horas del día.

Las defensas de la playa fueron superadas rápidamente y la angustia por los mareos que habían sentido muchos entre las tropas de asalto se vio ampliamente compensada por la escasez de sus bajas por fuego enemigo al desembarcar. La primera fase de la invasión fue resumida por Alexander en dos frases: «Las divisiones costeras italianas, cuyo valor nunca había sido muy apreciado, se desintegraron casi sin disparar un tiro y, cuando nos encontramos con las divisiones de campaña, se comportaron como la paja movida por el viento. Las rendiciones en masa eran frecuentes». Así pues, desde el primer día casi toda la carga de la defensa recayó sobre los hombros de las dos divisiones alemanas improvisadas que, posteriormente, fueron reforzadas por otras dos.

Hubo un contraataque peligroso durante el período crítico antes de que los ejércitos invasores estuvieran bien consolidados en tierra. Estuvo a cargo de la División Hermann Göring que, junto a un destacamento de los nuevos

tanques Tiger de 56 toneladas, estaba apostada alrededor de Caltagirone, a unos treinta kilómetros de la costa, en el cinturón montañoso que dominaba la planicie de Gela, donde había desembarcado la 1.^a División de Infantería de Estados Unidos. Afortunadamente este golpe no se produjo hasta el segundo día. Un pequeño grupo de tanques ligeros italianos, de tipo obsoleto, realizaron un pequeño contraataque valiente durante la primera mañana y lograron penetrar en el pueblo de Gela antes de ser ahuyentados. Sin embargo, la principal columna alemana sufrió un retraso en su avance y no llegó al lugar hasta la mañana siguiente. Incluso para entonces solo había llegado a tierra una pequeña parte de los tanques, debido a problemas de desembarco por el fuerte oleaje y la congestión de las playas. También había carencia de cañones antitanque y artillería en la costa. Los tanques alemanes descendieron hasta la llanura en grupos convergentes, invadiendo los puestos avanzados estadounidenses y alcanzaron las dunas de arena que bordeaban las playas. Parecía como si los invasores pudieran ser expulsados al mar, pero un fuego naval bien dirigido ayudó a interrumpir el ataque justo a tiempo. Un ataque amenazador en el flanco izquierdo de la 45.^a División por parte de otra columna alemana, con una compañía de Tiger, fue frenado del mismo modo.

Al día siguiente llegaron dos grupos de combate de la 15.^a División Panzergrenadier al frente estadounidense, después de una marcha apresurada desde el oeste de Sicilia, pero para entonces la División Hermann Göring se había desplazado al sector británico en respuesta a una llamada para detener el amplio avance en la zona, que en ese momento parecía el más amenazante, ya que estaba cerca de la ciudad portuaria de Catania, en medio de la costa este, mientras que las tres cabezas de playa estadounidenses eran superficiales y no estaban unidas entre sí.

Los desembarcos británicos se habían encontrado con una resistencia igual de débil que los estadounidenses, y el avance se vio favorecido por la ausencia de cualquier contraataque inicial. Aunque hubo problemas y retrasos en el proceso de descarga, en conjunto esta transcurrió bastante mejor que en las playas occidentales, que estaban más expuestas. Tras el primer día los ataques aéreos fueron más frecuentes, pero también era mejor la cobertura aérea, de modo que las pérdidas de buques fueron casi tan pequeñas como en los sectores estadounidenses. En efecto, para todos aquellos que habían experimentado los primeros años de la guerra en el Mediterráneo parecía, como señaló el almirante Cunningham, «casi mágico que grandes flotas de navíos pudieran permanecer ancladas en las costas enemigas... con tan pocas pérdidas provocadas por ataques aéreos». Este grado de inmunidad fue un

factor clave en el éxito de la invasión anfibia. No obstante, en la siguiente fase su avance sufrió un freno debido a un tipo diferente de acción aérea.

Las fuerzas británicas habían despejado toda la parte sudeste de la isla durante los tres primeros días. Entonces Montgomery «decidió realizar un gran esfuerzo para penetrar en la planicie de Catania desde la zona de Lentini» y ordenó «un gran ataque durante la noche del 13 de julio». El principal problema era capturar el puente de Primasole sobre el río Simeto, a pocos kilómetros al sur de Catania. Se utilizó una brigada paracaidista a tal efecto. Solo se lanzó a la mitad de ella en el lugar adecuado, aunque logró asegurar el puente intacto.

La siguiente fase queda resumida en el relato del general Student, comandante del XI Cuerpo Aéreo, que incluía las tropas aerotransportadas alemanas. Sus dos divisiones habían sido posicionadas por Hitler en el sur de Francia listas para volar hasta Cerdeña si los aliados desembarcaban allí, tal y como esperaba Hitler. Sin embargo, las tropas aerotransportadas constituían una reserva estratégica flexible que fácilmente podían cambiarse para hacer frente a situaciones diversas, tal y como refleja la narración de Student:

Cuando los aliados desembarcaron en Sicilia, el 10 de julio, propuse enseguida llevar a cabo un contraataque aerotransportado inmediato con mis dos divisiones. Sin embargo, Hitler lo rechazó y Jodl se oponía a ello especialmente. Por tanto, en primer lugar, la 1.^a División Paracaidista solo fue enviada [desde el sur de Francia] hasta Italia, en parte a Roma y en parte a Nápoles, mientras que la 2.^a División permaneció en Nîmes conmigo. Sin embargo, la 1.^a División Paracaidista pronto fue enviada a Sicilia, para ser utilizada como tropas terrestres para reforzar las escasas fuerzas alemanas que había allí cuando los italianos comenzaron a derrumbarse en masa. [Parte de] la división fue transportada por vía aérea, en oleadas sucesivas, y lanzada dentro de nuestro frente en el sector oriental, al sur de Catania. Yo hubiera querido que fueran lanzados tras las líneas enemigas. El primer contingente fue lanzado a unos tres kilómetros de nuestro frente y, por extrañas coincidencias, tomó tierra casi a la vez que las tropas paracaidistas británicas lanzadas tras nuestro frente para abrir el puente sobre el río Simeto. Logró superar a los paracaidistas británicos y retomar el puente que estaba en sus manos. Esto ocurrió el 14 de julio.^[4]

Cuando llegó el grueso de las fuerzas británicas logró retomar el puente tras tres días de intensos combates, reabriendo el camino a la llanura de Catania. No obstante, su intento de avanzar en dirección norte se vio bloqueado por una resistencia creciente por parte de las reservas alemanas que ahora se concentraban en defender esta ruta directa, por la costa oriental, a Mesina, a casi cien kilómetros de distancia, donde la esquina noreste de Sicilia se encuentra más cerca de la punta de la península italiana.

Esta reacción frustró la esperanza de conquistar rápidamente Sicilia. Montgomery fue obligado a dirigir el grueso del 8.º Ejército hacia el oeste para llevar a cabo un avance más enrevesado por el montañoso interior de la isla y alrededor del monte Etna, en combinación con un avance en dirección este por parte del 7.º Ejército, que llegó a la costa norte y ocupó Palermo el 22 de julio, aunque demasiado tarde como para interceptar la retirada hacia el este de las tropas móviles enemigas. El nuevo plan representó un cambio importante para el ejército de Patton. Su papel como escudo del flanco del 8.º Ejército en su avance previsto hacia Mesina, y para impedir la concentración del enemigo, se amplió al de una palanca ofensiva y, al final, una punta de lanza principal.

De cara a la nueva ofensiva, prevista para el 1 de agosto, se desplazaron dos divisiones de infantería (la 9.ª estadounidense y la 78.ª británica) desde África, llegando el total a doce. Mientras tanto los alemanes recibieron el refuerzo de la 29.ª División Panzergrenadier, junto con el cuartel general del XIV Cuerpo Panzer al mando del general Hube, que tomó el control de los combates. Su misión no era mantener la defensa de Sicilia, sino simplemente realizar maniobras de dilación y cubrir la evacuación de las fuerzas del Eje, una decisión alcanzada de manera independiente tanto por Guzzoni como por Kesselring, poco después del derrocamiento de Mussolini el 25 de julio y antes de la reanudación de la ofensiva aliada.

Esta acción dilatoria se vio favorecida por la forma y el carácter accidentado del noreste de Sicilia, un triángulo de terreno montañoso. Mientras que el terreno favorecía la defensa y cada paso atrás significaba un acortamiento del frente, por lo que se necesitaban menos defensores, los ejércitos aliados tenían menos espacio para desplegar plenamente su superioridad de fuerzas. Patton hizo tres intentos de acelerar el avance mediante pequeños saltos anfibios: un desembarco en Sant'Agata durante la noche del 7 al 8 de agosto, un segundo en Brolo (10 a 11) y un tercero en Spadafora (15 a 16), pero cada uno de ellos fue tardío para resultar efectivo. Montgomery intentó uno pequeño durante la noche del 15 al 16, pero para

entonces la retaguardia enemiga ya se había desplazado más al norte y la mayor parte de las tropas enemigas ya había cruzado el estrecho hacia el continente.

La retirada por el estrecho, hábilmente organizada, fue llevada a cabo, en gran parte, durante seis días y siete noches, sin sufrir grave intercepción o pérdidas por parte de las fuerzas aéreas o navales aliadas. Casi cuarenta mil soldados alemanes y más de sesenta mil italianos fueron evacuados sanos y salvos. Aunque los italianos abandonaron todo su equipamiento excepto 200 vehículos, los alemanes se llevaron casi 10 000 vehículos, además de 47 tanques, 94 cañones y 17 000 toneladas de suministros y equipos. Hacia las 06:30 del 17 de agosto una patrulla avanzada estadounidense entró en Mesina y no mucho después apareció un destacamento británico que fue recibido con alegres gritos de «¿Dónde estabais los turistas?».

El éxito de esta escapada bien planificada hizo parecer huecas las palabras de Alexander ese día al informar al primer ministro de la culminación de la campaña: «A las 10:00 de esta mañana, 17 de agosto de 1943, el último soldado alemán ha sido expulsado de Sicilia... Cabe suponer que todas las fuerzas italianas que estaban en la isla el 10 de julio han sido destruidas, aunque algunas unidades maltrechas pueden haber escapado al continente».

Hasta donde puede calcularse por los archivos, el número de tropas alemanas en Sicilia era de poco más de 60 000 hombres y los italianos 195 000 (los cálculos de Alexander de la época eran de 90 000 y 315 000 respectivamente). De los alemanes 5500 fueron capturados y 13 500 heridos fueron evacuados a Italia antes de la retirada, por lo que el número de muertos difícilmente pudo ser de más de unos pocos miles (el cálculo británico fue de 24 000 muertos). Las pérdidas británicas fueron 2721 muertos y 7939 heridos, un total de 12 843. Las de los estadounidenses 2811 muertos, 686 desaparecidos y 6471 heridos, es decir, 9968 en total. Así, en conjunto, las pérdidas aliadas ascendían aproximadamente a 22 800. No era un coste muy grande para el gran resultado político y estratégico de la campaña, que provocó la caída de Mussolini y la rendición de Italia. Con todo, el «botín» de alemanes podría haber sido mayor, con el consiguiente efecto de allanar el camino por delante, si los aliados hubieran hecho un uso completo de los movimientos de flanqueo anfibio. Este era el punto de vista del almirante Cunningham, y en su despacho señaló intencionadamente que tras los primeros días

no se hizo ningún uso de las oportunidades anfibias del 8.^º Ejército.

Los pequeños LST estaban dispuestos para intervenir al igual que las

lanchas de desembarco. Sin duda había buenas razones militares para no utilizar lo que, a mi juicio, era un activo inestimable de potencia naval y flexibilidad de maniobra. Sin embargo, merece la pena considerar para el futuro si no se ahorraría mucho tiempo y combates costosos mediante movimientos de flanqueo, incluso menores, que necesariamente han de ser perturbadores para el enemigo.

Para gran alivio de Kesselring, el Alto Mando Aliado no intentó un desembarco en Calabria, la «punta» de Italia, a espaldas de sus fuerzas en Sicilia, para bloquear el cruce del estrecho de Mesina. Había esperado con ansiedad que se produjera este ataque durante todo el transcurso de la campaña en Sicilia, ya que no tenía tropas para hacerle frente. Desde su punto de vista «un ataque secundario en Calabria hubiera permitido convertir el desembarco aliado en Sicilia en una abrumadora victoria aliada». Hasta el final de la campaña siciliana y la huida con éxito de las cuatro divisiones alemanas involucradas en ella, Kesselring solo tenía dos divisiones para defender todo el sur de Italia.^[5]

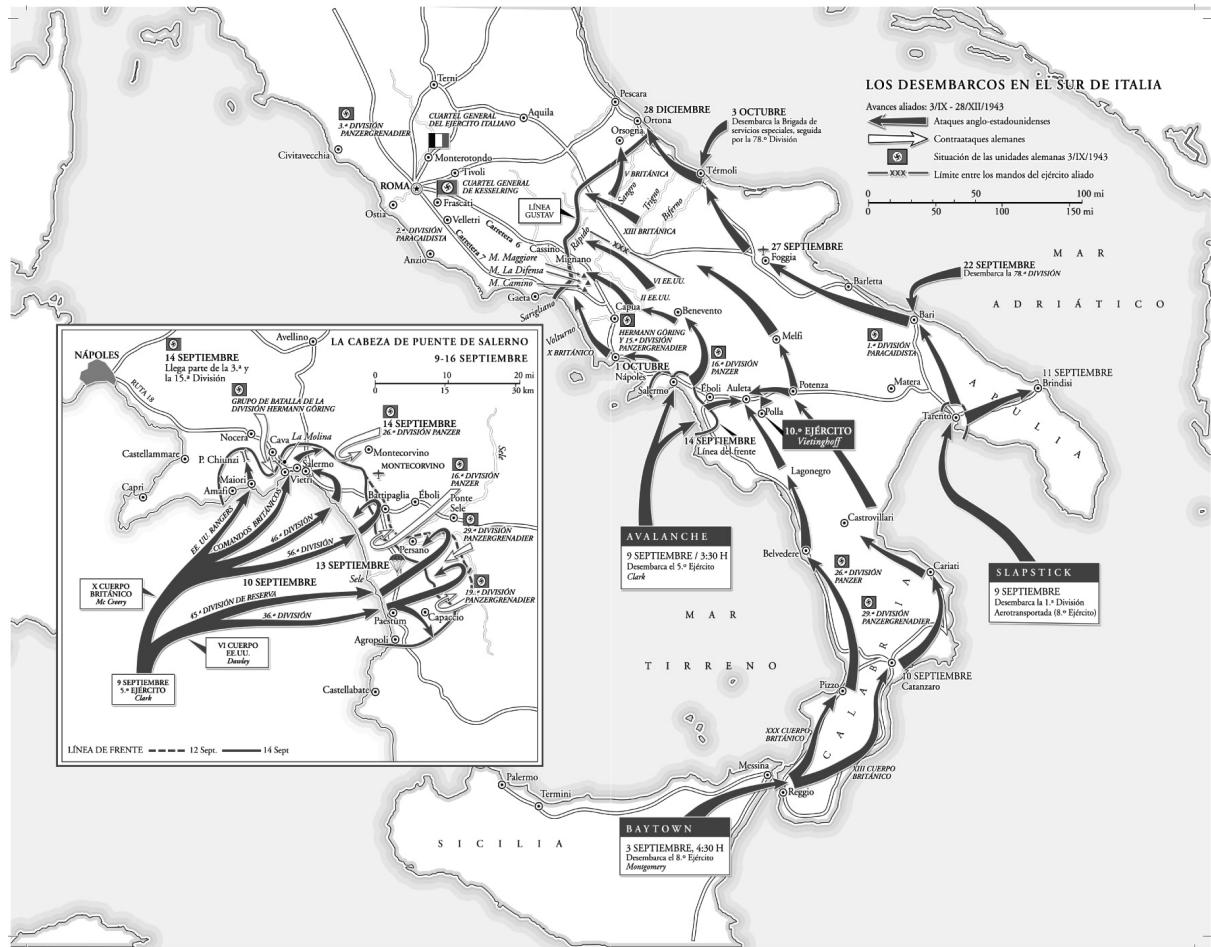
La invasión de Italia: capitulación y freno

Un dicho muy conocido, basado en un viejo proverbio francés afirma que «nada tiene más éxito que el éxito». Sin embargo, a menudo ocurre, en un sentido más profundo, que «nada tiene más éxito que el fracaso». Movimientos religiosos y políticos aplastados por la autoridad vigente a menudo han revivido y llegado a lo más alto a largo plazo después de que sus líderes adquiriesen una aureola de mártires. El Jesucristo crucificado fue más potente que el vivo. Generales conquistadores han sido eclipsados por los conquistados, lo que demuestra la fama inmortal de Aníbal, Napoleón, Robert E. Lee o Rommel.

Este mismo efecto se puede comprobar en la historia de las naciones, aunque de manera más sutil. Todo el mundo conoce el dicho de que en la guerra «los británicos solo ganan una batalla, la última». Expresa su tendencia característica a comenzar con desastres, pero terminar con victoria. Esta costumbre es arriesgada y costosa. No obstante, irónicamente, el resultado final surgió a menudo del modo en que las derrotas iniciales de los británicos y sus aliados, al hacer que el enemigo se confiara, lo llevaron a abarcar demasiado.

Además, aun cuando se hayan invertido las tornas, un fracaso en lograr un éxito inmediato a veces se ha vuelto una gran ventaja al contribuir a una victoria final más completa y segura. Esto ocurrió en dos ocasiones, de la

manera más sorprendente, en las campañas del Mediterráneo durante la Segunda Guerra Mundial.



La frustración aliada en su avance original hacia Túnez desde Argelia, en noviembre de 1942, incentivó a Hitler y Mussolini a enviar refuerzos a la zona, por vía marítima, lo que permitió que los aliados acabaran atrapando a dos ejércitos del Eje seis meses después, eliminando de ese modo el principal obstáculo para su propio salto desde África al sur de Europa.

El siguiente caso en que un fracaso inicial se convirtió en una ventaja aliada fue en la invasión de la propia Italia. Tras la rápida captura de Sicilia, y la caída de Mussolini, el segundo, y más corto, salto a Italia parecía un objetivo comparativamente más fácil. Las posibilidades eran más brillantes, puesto que la rendición de Italia se había acordado en secreto, sin que lo supieran los alemanes, y se había previsto que su anuncio coincidiera con el principal desembarco aliado. En ese momento solo había seis débiles

divisiones alemanas en el sur de Italia, y otras dos cerca de Roma, para hacer frente al doble cometido de detener la invasión aliada y controlar a sus antiguos aliados italianos.

Sin embargo, el mariscal Kesselring logró mantener bajo control a los invasores mientras desarmaba a los italianos, y después contuvo a los ejércitos aliados en una línea a 160 kilómetros de Roma. Transcurrieron ocho meses antes de que los aliados lograran alcanzar la capital italiana, para ser de nuevo retenidos —durante otros ocho meses— antes de que pudieran atravesar la península estrecha y montañosa para alcanzar las llanuras del norte de Italia.

No obstante, este largo retraso de un fin que parecía tan cerca en septiembre de 1943 tuvo importantes compensaciones para las perspectivas generales de los aliados. Al principio Hitler pretendía retirar sus fuerzas del sur de Italia y fijar una línea de bloqueo montañoso en el norte. Sin embargo, la inesperada defensa exitosa de Kesselring, indujo a Hitler, en contra del consejo de Rommel, a enviar un flujo de refuerzos al sur con el objetivo de conservar la mayor extensión de Italia y durante el mayor tiempo posible. Esta decisión se tomó en detrimento de los recursos que pronto iba a necesitar Hitler para hacer frente a la amenaza más peligrosa del avance en dos frentes sobre Alemania, por parte de los rusos desde el este y de los aliados occidentales desde Normandía.

En comparación con sus efectivos, la fuerza aliada en Italia absorbió una proporción mayor de los recursos alemanes que las de otros frentes. Además, el frente italiano fue aquel en que los alemanes se podían permitir ceder terreno con menor riesgo, ya que cuanto más utilizaban sus fuerzas para preservar un frente extenso en todos los lados, más posibilidades tenían de un derrumbe fatal por un excesivo estiramiento. Estas reflexiones ayudaban a consolar a las tropas aliadas en Italia, al mando de Alexander, por la prolongada frustración de sus esperanzas de una rápida victoria.

Aun así, hay que darse cuenta de que las grandes expediciones no se ponen en marcha con la esperanza de llegar a una situación frustrante que pueda acabar volviéndose beneficiosa. No está en la naturaleza humana desear y buscar un fracaso. Por tanto, merece la pena explorar lo ocurrido y cómo ocurrió.

El primer factor importante en la frustración aliada fue su retraso en aprovechar la oportunidad que les ofreció el golpe de Estado contra la guerra que derrocó a Mussolini. Esto tuvo lugar el 25 de julio, por lo que transcurrieron más de seis semanas antes de que los aliados llegaran al

continente. Las causas del retraso son tanto militares como políticas. En la conferencia anglo-estadounidense de los jefes de Estado Mayor, en Washington a finales de mayo, los estadounidenses se habían opuesto a la idea de ir desde Sicilia a Italia por miedo a que ese movimiento pudiera interferir con los planes de invasión de Normandía y de derrotar a los japoneses en el Pacífico. No fue hasta el 20 de julio, cuando las fuerzas italianas en Sicilia mostraron sus ansias de rendición, cuando los jefes de Estado Mayor estadounidenses aceptaron continuar con el avance por Italia. Con todo, era demasiado tarde para poner en marcha un seguimiento inmediato.

La exigencia política de una «rendición incondicional», formulada por el presidente Roosevelt y por Churchill en la conferencia de Casablanca en enero, también era un impedimento. El nuevo Gobierno italiano del mariscal Badoglio estaba naturalmente inquieto por ver si podía lograr condiciones más favorables en la negociación con los Gobiernos aliados, pero se encontró con que era difícil ponerse en contacto con ellos. Los representantes británico y estadounidense en el Vaticano eran un canal obvio, y muy accesible, pero demostraron ser inútiles por un extraordinario doble caso de cortedad de miras oficial, tal y como revela Badoglio en su relato de los hechos:

El representante británico nos informó de que, por desgracia, su código secreto era muy antiguo y seguramente sería conocido por los alemanes, por lo que no nos aconsejaba que lo utilizáramos para tener una comunicación secreta con su Gobierno. El diplomático estadounidense contestó que no tenía un código secreto.

Así pues, los italianos tuvieron que esperar hasta que, a mediados de agosto, encontraron un pretexto plausible para mandar a un emisario a Portugal, donde pudiera reunirse con representantes británicos y estadounidenses. Incluso entonces este sistema de negociación con rodeos supuso nuevos retrasos para llegar a un acuerdo.

Por el contrario, Hitler no perdió tiempo en tomar medidas para contrarrestar la eventualidad de que un nuevo Gobierno italiano buscara negociar la paz y abandonar su alianza con Alemania. El día del golpe de Estado en Roma, el 25 de julio, Rommel había llegado a Grecia para tomar el mando, pero justo antes de medianoche recibió una llamada telefónica que le informaba de que Mussolini había sido depuesto y que debía volar de regreso, de inmediato, al cuartel general de Hitler en los bosques de Prusia Oriental.

Llegó allí a mediodía del día siguiente y «recibió órdenes de reunir tropas en los Alpes y preparar una posible entrada en Italia».

Esta penetración comenzó pronto, de un modo parcialmente encubierto. Ante el temor de que los italianos realizaran una acción súbita para bloquear los pasos alpinos con ayuda de tropas paracaidistas aliadas, Rommel dio órdenes, el 30 de julio, para que las unidades avanzadas alemanas cruzaran la frontera y ocuparan los pasos. Esta acción se hizo con la excusa de salvaguardar las rutas de suministro hacia Italia de posibles sabotajes o de un ataque paracaidista. Los italianos protestaron y, durante un momento, amenazaron con resistirse al desplazamiento alemán, pero dudaron si abrir fuego, precipitando un conflicto con sus aliados. La infiltración alemana se extendió con el pretexto de aliviar a los italianos de la carga de defender la parte norte de su país, de modo que pudieran reforzar el sur, donde era evidente que los aliados iban a desembarcar en cualquier momento. Estratégicamente este argumento era tan razonable que los jefes de Estado Mayor italianos apenas podían rechazarlo sin mostrar sus intenciones de cambiar de bando. Así que, a principios de septiembre había ocho divisiones alemanas, al mando de Rommel, consolidadas dentro del muro fronterizo alpino italiano, como apoyo potencial o refuerzo para las fuerzas de Kesselring en el sur.

Además, la 2.^a División Paracaidista, una fuerza especialmente dura, fue llevada desde Francia hasta Ostia, cerca de Roma. El general Student, comandante en jefe de las fuerzas aerotransportadas alemanas, también se desplazó con esa unidad. Cuando fue interrogado después de la guerra, dijo:

El Alto Mando italiano no fue avisado previamente de su llegada y se le comunicó que el objetivo de la división era el refuerzo de Sicilia o Calabria. Sin embargo, mis instrucciones, procedentes de Hitler, eran que debía mantenerla cerca de Roma y también tomar bajo mi mando la 3.^a División Panzergrenadier, que se había desplazado hasta allí. Con estas dos divisiones debía estar listo para desarmar a las fuerzas italianas en torno a Roma.^[1]

La presencia de estas divisiones invalidaba los planes aliados de lanzar una de sus divisiones aerotransportadas, la 82.^a estadounidense (general Matthew Ridgway), sobre la propia Roma para ayudar a los italianos a conservar la capital. Si ese refuerzo se hubiera logrado, el propio cuartel general de Kesselring hubiera estado en peligro, ya que estaba situado en Frascati, a unos dieciséis kilómetros al sudeste de Roma.

Aun así, la tarea encargada a Student parecía muy difícil *a priori*. El mariscal Badoglio había mantenido cinco divisiones italianas concentradas en la zona de Roma a pesar de los esfuerzos alemanes para convencerle de que enviara algunas de esas divisiones para ayudar a defender la costa meridional del país. A menos que (o hasta que) fueran desarmadas Kesselring estaría en una situación difícil, teniendo que enfrentarse a dos ejércitos invasores anglo-estadounidenses con un tercer ejército hostil situado en la línea de suministro y retirada de sus seis divisiones alemanas en el sur de Italia. Estas habían formado lo que se llamó el 10.^º Ejército, mandado por Vietinghoff, e incluía cuatro divisiones que habían escapado de Sicilia, muy mermadas por las pérdidas sufridas en esa campaña.

El 3 de septiembre se inició la invasión con el cruce del estrecho de Mesina, desde Sicilia, por el 8.^º Ejército de Montgomery, desembarcando en la punta de la bota italiana. Ese mismo día representantes italianos firmaron en secreto el armisticio con los aliados. Sin embargo, se acordó que el hecho se mantendría oculto hasta que los aliados realizaran su segundo, y principal, desembarco, previsto para que tuviera lugar en la «espinilla» de Italia, en Salerno, al sur de Nápoles.

A medianoche del 8 de septiembre el 5.^º Ejército anglo-estadounidense del general Mark Clark comenzó el desembarco en el golfo de Salerno, pocas horas después de que la BBC retransmitiera el anuncio oficial de la capitulación italiana. Los líderes de ese país no esperaban que el desembarco se produjera tan pronto, y solo se les advirtió de la emisión radiofónica por la tarde. Badoglio se quejó, no sin cierta razón, alegando que no estaba preparado para cooperar antes de completar sus preparativos. No obstante, la falta de preparación y agitación italianas eran tan evidentes para el general Maxwell Taylor, que había sido enviado en secreto a Roma por Eisenhower, que el previsto lanzamiento en paracaídas sobre esa ciudad por parte de Ridgway fue suspendido después de que Eisenhower recibiera, durante esa mañana, un mensaje de advertencia de Taylor que indicaba malas perspectivas. Entonces ya era demasiado tarde para lanzar a los hombres de Ridgway en el río Volturno, al norte de Nápoles, para bloquear los refuerzos enemigos en dirección sur, hacia Salerno.

El anuncio radiado de la capitulación italiana también tomó a los alemanes por sorpresa, pero su actuación en Roma fue rápida y decisiva, a pesar de la emergencia simultánea en el sur provocada por el desembarco en Salerno.

El resultado bien podría haber sido distinto si las acciones italianas hubieran igualado a su actuación, que había logrado ocultar sus intenciones y adormecer las sospechas de Kesselring durante los días previos. Un condimentado relato de estos hechos lo proporciona el texto escrito por su jefe de Estado Mayor, el general Westphal:

El 7 de septiembre el ministro de Marina italiano, el almirante conde de Courten, llamó al mariscal Kesselring para informarle de que la flota italiana zarparía el 8 o el 9 desde La Spezia buscando la confrontación con la flota británica del Mediterráneo. La flota italiana vencería o perecería, dijo, con lágrimas en sus ojos. A continuación, describió en detalle su plan de batalla previsto.^[2]

Estas garantías solemnes tuvieron un impacto convincente. Durante la tarde siguiente Westphal y otro general, Toussaint, se dirigieron al cuartel general del Ejército italiano en Monterotondo (a casi cien kilómetros al noreste de Roma).

El recibimiento por parte del general Roatta fue muy cordial. Comentó conmigo en detalle las acciones conjuntas del 7.º Ejército italiano y el 10.º alemán en el sur de Italia. Mientras hablábamos llegó un mensaje telefónico del coronel Von Waldenburg con la noticia del anuncio radiofónico de la capitulación italiana ante los aliados... El general Roatta nos aseguró que era solo una maniobra propagandística. La lucha conjunta, dijo, continuaría tal y como habíamos acordado.^[3]

A Westphal no le convencieron estas garantías y cuando regresó al cuartel general alemán en Frascati, a última hora de la tarde, se encontró con que Kesselring ya había indicado a todos los mandos subalternos la contraseña «Eje», señal convenida que significaba que Italia había abandonado el Eje y que había que tomar medidas adecuadas para desarmar a los italianos de inmediato.

Los mandos subordinados aplicaron una mezcla de persuasión y fuerza según cada situación y su propia disposición. En la zona de Roma, donde las probabilidades en su contra eran altas, Student utilizó tácticas de choque.

Intenté apoderarme del cuartel general italiano lanzándome sobre él desde el aire. Esto solo fue un éxito parcial. Aunque fueron

capturados treinta generales y ciento cincuenta oficiales de otras graduaciones en una parte del cuartel general, otra parte resistió. El jefe de Estado Mayor había escapado la noche anterior, con Badoglio y el rey.^[4]

En lugar de tratar de vencer a las dos divisiones de Student, los comandantes italianos se apresuraron a ponerse fuera de su alcance, retirándose en dirección este con sus fuerzas, a Tívoli, y dejando la capital en manos alemanas. Eso también despejó el camino para las negociaciones, en las que Kesselring aplicó un tipo de persuasión más amable, propuso que si las tropas italianas deponían las armas, se les permitiría regresar a sus casas de inmediato. Esta oferta era contraria a la orden de Hitler de que todos los soldados italianos debían ser apresados, pero demostró ser más efectiva, a un coste menor de vidas y tiempo. Los resultados pueden ser relatados en palabras de Westphal:

La situación en torno a Roma se calmó por completo cuando el comandante de las fuerzas italianas aceptó íntegramente la sugerencia de capitulación alemana. Esto eliminó el riesgo de suministro del 10.^º Ejército.

Para nosotros también fue un alivio que ya no fuera necesario convertir Roma en un campo de batalla. En el acuerdo de capitulación el mariscal Kesselring se comprometió a considerar Roma como ciudad abierta. También a que solamente fuera ocupada por unidades de policía, solo dos compañías, para la protección de las comunicaciones telefónicas, etc. Este compromiso se mantuvo siempre hasta el final de la ocupación alemana. Gracias a la capitulación se pudieron restablecer las comunicaciones por radio con el OKW [el Mando Supremo alemán] que se habían interrumpido desde el 8. Otra consecuencia de la eliminación pacífica de las fuerzas italianas fue la posibilidad de trasladar refuerzos de inmediato por carretera desde la zona de Roma hasta el 10.^º Ejército en el sur... Así, la situación en torno a Roma, tras tantas preocupaciones iniciales, se resolvió de un modo que era difícil de esperar *a priori*.^[5]

Hasta entonces Hitler y sus consejeros militares en el OKW habían tendido a considerar condenado el ejército de Kesselring. Westphal aporta pruebas significativas en su relato:

(...) a partir de agosto dejamos de recibir casi completamente suministros y reemplazo de personal, armas y equipamiento. Por entonces todas las peticiones eran ignoradas por el OKW con la fórmula: «Bueno, ya veremos». En esta actitud inusualmente pesimista probablemente también influyó el uso del Grupo de Ejércitos B [Rommel] en el norte de Italia. Se le dijo que se llevara a la posición en los Apeninos a aquellas partes de nuestras fuerzas que hubiesen logrado escapar del ataque conjunto de los aliados y los italianos.

Igualmente, el mariscal Kesselring consideraba que la situación era grave. Sin embargo, desde su punto de vista, la situación se podía controlar en determinadas circunstancias: cuanto más al sur tuviera lugar el esperado desembarco a gran escala, más posibilidades habría. No obstante, si el enemigo desembarcaba y aterrizaba en la región de Roma, no se podría salvar al 10.^º de ser aislado. Las dos divisiones que teníamos cerca de Roma eran muy insuficientes para la doble tarea de eliminar a las fuerzas italianas más potentes y repeler el desembarco aliado, además de mantener abiertas las comunicaciones de retaguardia del 10.^º Ejército. En fecha tan temprana como el 9 de septiembre era desagradablemente obvio que las fuerzas italianas bloqueaban la carretera a Nápoles y, por tanto, el suministro del 10.^º Ejército. Este no podría aguantar la situación por mucho tiempo. Así, el comandante en jefe suspiró de alivio cuando no se produjeron lanzamientos de paracaidistas en los aeródromos en torno a Roma ni el 9 ni el 10. En ambos días esperamos, cada hora, esos lanzamientos, con la ayuda de fuerzas italianas. Este tipo de operación aerotransportada indudablemente hubiera sido un gran estímulo para las tropas italianas y la población civil que nos eran adversos.^[6]

El propio Kesselring lo explicó con sencillez cuando dijo: «Un aterrizaje en Roma y un desembarco cerca, en lugar de en Salerno, hubiera provocado automáticamente que tuviéramos que evacuar la parte sur de Italia».^[7]

Tal y como ocurrió, los días siguientes al desembarco aliado en Salerno fueron un período de mucha tensión entre los alemanes, más aún por la falta de información sobre lo que estaba ocurriendo. La «niebla de la guerra» nunca fue tan espesa, y ello debido a que los alemanes combatían en el país

de un aliado que los había abandonado de golpe. El efecto de esto puede ser mejor transmitido citando de nuevo a Westphal:

Al principio el comandante en jefe podía saber muy poco sobre la posición en Salerno. Las comunicaciones telefónicas se interrumpieron, puesto que dependían de la red postal italiana. No se podía restablecer fácilmente, ya que no nos habían permitido examinar la tecnología telefónica italiana. Las comunicaciones por radio tampoco se pudieron restaurar al principio porque el personal de transmisiones del nuevo cuartel general del 10.^º Ejército no estaba familiarizado con las peculiares condiciones atmosféricas en el sur.

Fue una suerte para los alemanes que el principal desembarco aliado se produjera allí donde lo habían esperado y también donde Kesselring podía concentrar de manera más conveniente sus escasas fuerzas para hacerle frente. El avance del 8.^º Ejército británico desde la punta de la bota italiana también se desarrollaba según lo previsto, y era demasiado remoto como para representar un peligro inmediato sobre sus fuerzas. Se benefició mucho de la reticencia de los comandantes aliados a aventurarse fuera de los límites de la cobertura aérea, y en sus cálculos pudo contar con la regularidad con la que cumplían esos límites convencionales. Como resultado los desembarcos aliados en Salerno, bautizados de manera optimista como operación Avalanche, tuvieron un costoso revés. En efecto, el propio Mark Clark habla de ellos como de «casi un desastre».^[8] Solo por un escaso margen las fuerzas de desembarco pudieron contener el contraataque alemán y evitar ser devueltos al mar.

En el plan original, Mark Clark había propuesto que los desembarcos tuvieran lugar en el golfo de Gaeta, al norte de Nápoles, donde el terreno era más abierto y no había superficie montañosa como en Salerno, para entorpecer el avance hacia el interior desde las playas. No obstante, cuando Tedder, el comandante en jefe aliado, le dijo que el apoyo aéreo no sería tan bueno si se extendía hasta la zona de Gaeta, Clark cedió y aceptó la elección de Salerno.

En ciertos ambientes militares aliados se había insistido en que la manera más eficaz de tomar por sorpresa a los alemanes, y desequilibrarlos, consistía en realizar un desembarco más allá de esos límites. Y se defendió que un desembarco en el tacón de la bota, en la zona de Tarento y Brindisi, sería la «línea de menor expectativa» al tiempo que suponía un riesgo pequeño y permitiría hacerse con dos grandes puertos.

Este desembarco se añadió al plan en el último momento, como movimiento secundario, pero la fuerza de Tarento constaba solo de la 1.^a División Aerotransportada británica, que fue reunida apresuradamente en campos de descanso en Túnez y trasladada, también con premura, en aquellos buques navales disponibles con tan poca antelación. No tuvo que enfrentarse a ninguna resistencia, pero llegó sin tanques y casi sin artillería o transporte a motor. De hecho, carecía de lo necesario para beneficiarse de la oportunidad que había generado.

* * *

Desde esta amplia evaluación de la invasión aliada pasamos a un examen más detallado del curso de las operaciones, que empezaron con la travesía del estrecho de Mesina por el 8.^º Ejército de Montgomery el 3 de septiembre.

Las órdenes para este desembarco en Calabria, operación Baytown, no se dieron hasta el 16 de agosto, cuando la última retaguardia alemana estaba retirándose de Sicilia. Incluso entonces no se especificó ningún «objetivo» en las órdenes, como señaló cáusticamente Montgomery en un mensaje por radio a Alexander el día 19. En respuesta, el objetivo fue definido con retraso y se le dijo:

Tu misión es establecer una cabeza de puente en la punta de la bota italiana para permitir que nuestras fuerzas navales operen en el estrecho de Mesina.

En caso de que el enemigo se retire de esa punta, le seguirás con las fuerzas de las que puedas disponer, teniendo en cuenta que cuanto mayor sea la extensión en la que puedas combatir a las fuerzas enemigas en el extremo sur de Italia, más estarás ayudando a Avalanche [el desembarco en Salerno].

Se trataba de un objetivo exiguo y bastante vago para el veterano 8.^º Ejército. Montgomery señala en sus memorias: «No se hizo ningún intento de coordinar mis operaciones con las del 5.^º Ejército que desembarcó en Salerno...». Con el objetivo secundario de ayudar a este ejército, el desembarco del 8.^º se llevó a cabo en el lugar menos adecuado, a unos quinientos kilómetros de Salerno, a lo largo de una ruta de aproximación muy estrecha y montañosa, ideal para que el enemigo la bloqueara. Solamente había dos buenas carreteras desde la punta de la bota, una bordeando la costa oeste y la otra la costa este, por lo que solo se podían utilizar dos divisiones,

con una única brigada abriendo la marcha en cada caso, y a menudo era difícil desplegar más de un batallón en cada línea de avance. Por tanto, el enemigo no tenía que mantener grandes fuerzas en la zona ni ningún estímulo para hacerlo, ya que podía estar seguro de que la mayor parte de las fuerzas aliadas desembarcaría en otra parte. Una vez que el 8.º Ejército fue encargado de la península de Calabria disminuyó cualquier oportunidad de sorpresa por parte del 5.º, ya que las posibles alternativas a las que tenía que enfrentarse el enemigo se vieron reducidas. La punta de la bota era el peor lugar posible para crear una distracción efectiva. El enemigo podía retirar tranquilamente sus fuerzas desde allí y dejar que la invasión sufriera las limitaciones operativas.

A pesar de lo improbable de encontrarse con una fuerte oposición, el desembarco de Montgomery en la punta de la bota se llevó a cabo con su habitual prudencia y exhaustividad. Se concentraron casi seiscientos cañones, al mando del XXX Cuerpo, para proporcionar una barrera de fuego abrumadora, desde la costa siciliana, para proteger el cruce del estrecho y el desembarco en las playas cercanas a Reggio, que fue llevado a cabo por el XIII Cuerpo del general Miles Dempsey. El proceso de concentrar esta masa de artillería retrasó el ataque durante días sobre la fecha prevista. El bombardeo fue incrementado con el fuego de ciento veinte cañones navales.

Durante los días previos, informes de inteligencia mostraron que los alemanes no habían dejado «más de dos batallones de infantería, cerca de la punta de la bota, e incluso estos estaban posicionados a unos veinte kilómetros de las playas, para defender las carreteras que remontan la península». Esta información de la retirada del enemigo hizo que observadores críticos señalaran que la barrera de fuego preparatoria era un ejemplo de «matar moscas a cañonazos». Fue un tremendo gasto de munición.

A las 04:30 del 3 de septiembre las dos divisiones utilizadas en el ataque, la 5.^a británica y la 1.^a canadiense, desembarcaron en las playas vacías, que incluso carecían de minas o alambre de espino. Una nota canadiense señalaba jocosamente que «la mayor resistencia del día procedió de un puma que se había escapado del zoológico de Reggio y parecía sentirse atraído por el comandante de la brigada». No hubo bajas entre la infantería atacante y para la tarde la punta de la península había sido ocupada con una profundidad de más de ocho kilómetros, sin encontrar resistencia. Tres alemanes rezagados y tres mil italianos fueron hechos prisioneros. Los italianos se apresuraron a presentarse voluntarios para ayudar a descargar las naves de desembarco británicas. Durante los días siguientes no hubo una resistencia seria, conforme

los invasores remontaban en dirección norte y solo hubo breves contactos con las retaguardias enemigas. Sin embargo, las numerosas demoliciones que los alemanes ejecutaron hábilmente en su retirada, impusieron frenos repetidos en el avance del 8.º Ejército. El 6 de septiembre, el cuarto día, estaban a menos de cincuenta kilómetros de las playas de desembarco y no llegaron a la articulación de la punta (en la parte más estrecha de la península) hasta el día 10. Esto representaba menos de un tercio de la distancia hasta Salerno.

Con todo, según Montgomery, «Alexander era demasiado optimista» cuando visitó al 8.º Ejército el 5 de septiembre y le informó de que los italianos habían firmado un armisticio confidencial dos días antes. Montgomery señala que Alexander «claramente estaba preparado para basar sus planes en que los italianos hicieran todo lo que decían». Montgomery cuestionaba esta confianza: «Le dije que opinaba que cuando los alemanes descubrieran lo que estaba pasando machacarían a los italianos». Los hechos confirmaron este comentario recogido en los diarios de Montgomery.

La confianza de Alexander en las perspectivas de la operación Avalanche es de lo más sorprendente, ya que dos semanas antes el comentarista militar alemán, Sertorio, había predicho en la radio que el principal desembarco aliado se produciría en la zona de Nápoles-Salerno, con un desembarco secundario en la península de Calabria.

Aun una semana antes, el 18 de agosto, Hitler dio sus órdenes para hacer frente a la amenaza, y estas decían, significativamente:

1. Debemos esperar que la capitulación italiana ante la presión enemiga se produzca antes o después.
2. En preparación de esto el 10.º Ejército debe mantener la línea de retirada abierta. La Italia central, especialmente la zona de Roma, debe conservarse hasta entonces.
3. En la región costera de Nápoles a Salerno, que en principio es la más amenazada, se reunirá un grupo potente, consistente en al menos tres formaciones móviles del 10.º Ejército. Todos los elementos no móviles del ejército deben ser trasladados a esta zona. Al principio los elementos totalmente móviles pueden permanecer entre Catanzaro y Castrovilli para tomar parte en operaciones móviles. Elementos de la 1.ª División Paracaidista pueden ser utilizados para la protección de Foggia. En caso de desembarco enemigo hay que mantener la zona de Nápoles-Salerno. Al sur del desfiladero de Castrovilli solo se deben producir acciones dilatorias...

Kesselring situó seis de sus ocho divisiones en el sur, al mando del recién creado 10.^º Ejército del general Von Vietinghoff, quien estableció su cuartel general en el pueblo del interior de Polla, al sudeste de Salerno. Hitler le había dicho personalmente a Vietinghoff el día 22 que considerase Salerno como «el centro de gravedad» (como refleja el diario de guerra de ese ejército). Las otras dos divisiones de Kesselring se mantuvieron en reserva cerca de Roma y listas para tomar el control de la capital y mantener abierta la línea de retirada del 10.^º Ejército «en caso de traición italiana». Las seis divisiones en el sur incluían dos que acababan de llegar a Italia, las 16.^a y 26.^a Panzer, así como las cuatro que habían escapado de Sicilia. De estas, las dos que estaban más mermadas por las bajas, la Hermann Göring y la 15.^a Panzergrenadier, habían sido llevadas a la zona de Nápoles para reequiparse, y la 1.^a Paracaidista fue a Apulia, mientras que la 29.^a Panzergrenadier se había quedado en la punta de la península para hacer frente a Montgomery. Para ayudar a esta última tarea, la 26.^a Panzer, que acababa de llegar sin tanques,^[9] fue temporalmente enviada a Calabria. La 16.^a División Panzer, la mejor armada de este grupo, fue ubicada para defender el golfo de Salerno, la zona más probable para un gran desembarco. Además, podía ser reforzada rápidamente por las otras divisiones. Aun así, solo tenía un batallón de tanques^[10] y cuatro batallones de infantería, aunque era potente en cuanto a artillería.

Se trataba de una débil fuerza para hacer frente a una flota que se dirigía al golfo de Salerno, con unos setecientos buques y naves de desembarco, que transportaban 55 000 hombres para el desembarco inicial y otros 115 000 para la siguiente fase.

El desembarco debía realizarse por parte de la 36.^a División de Infantería de Estados Unidos en la derecha y por las 46.^a y 56.^a británicas en la izquierda, mientras que parte de la 45.^a de infantería estadounidense proporcionaba una reserva de flanco. Estas divisiones estaban agrupadas, respectivamente, bajo el VI Cuerpo de Estados Unidos (general Dawley) y el X británico (general R. L. McCreery). Este último debía desembarcar en una franja de once kilómetros de playas al sur de Salerno, cerca de la carretera principal a Nápoles, que cruza el cuello de la montañosa península de Sorrento, por el desfiladero de Cava, a través de un puerto poco elevado, pero difícil de atravesar. Su éxito inicial fue de vital importancia, tanto por abrir el camino al norte hasta el gran puerto de Nápoles como por bloquear la llegada de los refuerzos alemanes desde el norte. Para facilitar la tarea se utilizaron

dos batallones de comandos británicos y tres de *rangers* estadounidenses para la rápida captura de este desfiladero y del paso de Chiunzi, en una ruta vecina.

El principal convoy de asalto británico partió de Trípoli el 6 de septiembre y el estadounidense de Orán la tarde anterior. Otros partieron de Argel, Bizerta y los puertos septentrionales sicilianos de Palermo y Termini. Aunque su destino era un secreto muy bien guardado, no era difícil de deducir o imaginar, teniendo en cuenta los límites de la cobertura aérea y la necesidad de capturar previamente un gran puerto, dos condiciones que coincidían en este caso para ofrecer un indicio muy obvio. El cocinero chino de un pequeño buque hizo subir las pulsaciones a algunos al despedirse gritando: «Nos vemos en Nápoles».^[11] Sin embargo, solo se hacía eco de lo que era objeto de conversaciones entre marineros y soldados. Un factor que alimentaba esto era la desafortunada elección de los nombres: «Fuerza N» y «Fuerza S» para referirse a las respectivas unidades de ataque. No se trataba solo de conjeturas, ya que una de las órdenes administrativas que circularon ampliamente mencionaba una serie de lugares en y alrededor de Salerno.

Dado que el objetivo era tan obvio, una desventaja mayor fue que el comandante del ejército, Mark Clark, insistía en basarse en el factor sorpresa hasta tal punto que impidió cualquier bombardeo naval preliminar sobre las defensas, a pesar de los sólidos argumentos del comandante de la fuerza naval de acompañamiento y apoyo de la fuerza de desembarco, el vicealmirante H. Kent Hewit, de la Marina estadounidense, quien veía claramente que «era fantástico presuponer que podríamos lograr una sorpresa táctica»^[12]. Por otra parte, se puede argumentar que la ventaja de ablandar las defensas costeras podría haberse visto compensada por una más rápida concentración de las reservas enemigas si el lugar previsto del desembarco se hubiera delimitado más claramente debido a esa medida.

El acercamiento de los convoyes a lo largo de las costas oeste y norte de Sicilia fue localizado y transmitido al cuartel general alemán a primera hora de la tarde del día 8, y las 15:30 sus tropas fueron puestas en estado de alerta, listas para el esperado desembarco. A las 18:30 Eisenhower transmitió desde Radio Argel el anuncio del armisticio de Italia y, a las 19:20, se repitió en las noticias de la BBC. Alguna de estas transmisiones fue captada por las tropas aliadas a bordo de los convoyes. A pesar de las advertencias de algunos de los oficiales, en el sentido de que aún tenían que hacer frente a los alemanes, desgraciadamente estas noticias dieron la impresión a los soldados de que el desembarco iba a ser un paseo. Pronto sufrieron una decepción. Al igual que aquellos organizadores aliados que habían anticipado de manera optimista la

captura de Nápoles al tercer día, un objetivo que solo se consiguió tras tres semanas de combates y de escapar del desastre por poco.

Durante la tarde del día 8 los convoyes que se aproximaban fueron atacados por el aire en varias ocasiones, también después de anochecer, cuando los bombarderos alemanes los sobrevolaron lanzando bengalas en paracaídas. Sin embargo, la flotilla fue afortunada al sufrir escasos daños. Justo después de medianoche llegaron los principales transportes a los puntos previstos, entre trece y dieciséis kilómetros de la costa, y comenzaron a largar las naves de desembarco. Estas llegaron a las playas en torno a la hora H prevista, las 03:30. Dos horas antes la batería costera capturada por los alemanes había abierto fuego sobre las lanchas de desembarco que se aproximaban por el flanco norte, pero les habían hecho frente y silenciado los destructores de escolta y, en la fase final habían sido ayudadas por un corto pero intenso bombardeo de las defensas de la playa con cañones navales y cohetes (estos últimos eran una nueva ayuda que hizo aquí su estreno). No obstante, en el sector sur no hubo este fuego de apoyo, ya que el comandante divisional estadounidense se atuvo a las instrucciones del comandante del ejército de no disparar con la esperanza de que aún se pudiera lograr la sorpresa local gracias a un desembarco silencioso. El resultado fue que en el último salto hacia las playas las naves de desembarco recibieron una lluvia de fuego procedente de la costa y que hubo muchas bajas entre las tropas.

Dado que las posibilidades de un rápido avance hacia Nápoles dependían de la captura de la carretera hacia el norte desde Salerno, a través de las montañas, es conveniente relatar los desembarcos de izquierda a derecha, empezando por el flanco norte. Allí, los *rangers* estadounidenses desembarcaron sin resistencia en una pequeña playa en Maiori y, en tres horas, tomaron el paso de Chiunzi, instalándose en las crestas que dominaban la carretera principal Salerno-Nápoles. Los comandos británicos también realizaron un fácil desembarco en Vietri, donde la carretera se aleja de la costa y comienza a ascender. Con todo, el enemigo reaccionó rápidamente, retrasando la limpieza del pueblo y los comandos fueron retenidos justo al norte, en el pequeño paso de La Molina, al principio del desfiladero de Cava.

Los principales desembarcos británicos, en playas a pocos kilómetros al sur de Salerno, se encontraron con una resistencia encarnizada desde el principio, y su avance se vio afectado negativamente debido a que parte de la 46.^a División fue desembarcada, por error, en las playas de su vecino de la derecha, la 56.^a, provocando confusión y congestión. Aunque algunas de las tropas de vanguardia avanzaron unos tres kilómetros tierra adentro, sufrieron

muchas bajas y no lograron los importantes objetivos del primer día: el puerto de Salerno, el aeródromo de Montecorvino y los cruces de carretera en Battipaglia y Éboli. Además, al final del día seguía habiendo un hueco de once kilómetros entre el flanco derecho británico al norte de Sele y el flanco izquierdo estadounidense al sur de ese río.

Los desembarcos estadounidenses se hicieron en cuatro playas cercanas a los famosos templos griegos de Paestum. La tensión de aproximarse a las playas bajo fuego intenso, sin el apoyo de sus propios barcos, fue seguida por otras cortinas de fuego tras el desembarco, así como por el bombardeo de sucesivos ataques aéreos alemanes en las playas. Fue un calvario para las tropas de la 36.^a División, que no tenían experiencia previa de combate. Por fortuna, sí tuvieron buen apoyo naval por parte de los destructores que avanzaron con audacia en una zona minada para ayudarlos. Esto fue especialmente útil tanto allí como en el sector británico a la hora de frenar los contraataques de pequeños grupos de tanques alemanes, que eran la principal amenaza para los invasores. Al anochecer el ala izquierda estadounidense había avanzado tierra adentro unos ocho kilómetros, hasta el pueblo de montaña de Capaccio, pero el ala derecha seguía anclada cerca de las playas.

El segundo día, el 10 de septiembre, fue tranquilo en el sector estadounidense, ya que la 16.^a División Panzer había trasladado la mayor parte de sus escasas fuerzas al norte, al sector británico, que era estratégicamente la mayor amenaza para su captura de la región de Salerno. Los estadounidenses aprovecharon para ampliar su cabeza de playa y para desembarcar el grueso de la 45.^a División, su reserva flotante. Mientras tanto, la 56.^a División había ocupado el aeródromo de Montecorvino y Battipaglia durante la mañana, pero después fue rechazada por vigorosos contraataques de los dos batallones de infantería motorizada alemanes, junto con algunos tanques, lo que provocó un pánico local, incluso en parte de la brigada de guardias, antes de que los tanques de la Royal Scots Grey acudieran en apoyo parecido.

Esa noche la 56.^a División lanzó un ataque con tres brigadas para capturar la cumbre del monte Éboli, pero solo logró leves progresos, incluyendo volver a ocupar Battipaglia. La 46.^a División ocupó Salerno y envió una brigada para ayudar a los comandos, pero no logró avanzar en dirección norte. En el sector estadounidense la recién desembarcada 45.^a División avanzó unos quince kilómetros tierra adentro hasta la orilla este del Sele, pasando por Persano y estuvo a punto de llegar al nudo de carreteras de Ponte Sele, el punto más avanzado de la cabeza de playa deseada. No obstante, fue detenida y después

obligada a retirarse por un contraataque de un batallón de infantería motorizada alemán y ocho tanques, llevados allí desde el sector británico a través del río. Así, al final del tercer día, las cuatro divisiones aliadas que habían desembarcado, junto a unidades adicionales equivalentes a una quinta división, estaban confinadas en dos cabezas de playa estrechas y separadas, mientras que los alemanes conservaban tanto las alturas circundantes como las carreteras de aproximación a la franja costera llana. Las esperanzas aliadas de alcanzar Nápoles al tercer día se habían desvanecido. La 16.^a División Panzer, de apenas la mitad de una división aliada en unidades de combate, había logrado contener la invasión y ganar tiempo para la llegada de refuerzos alemanes.

La primera en llegar fue la 29.^a División Panzergrenadier, que ya estaba de camino de regreso de Calabria, y un grupo de combate (con dos batallones de infantería y unos veinte tanques) que la reequipada División Hermann Göring había logrado juntar. Este grupo de combate, procedente de la zona de Nápoles, contraatacó y rompió las líneas británicas sobre el paso de La Molina, acercándose a Vietri antes de ser detenido el día 13 por la incorporación al combate de los comandos. Aun así, el paso estaba ahora firmemente sellado. Quedó muy claro que el X Cuerpo británico estaba encerrado en la estrecha franja costera cercana a Salerno, con los alemanes instalados cómodamente en las alturas circundantes. Mientras tanto la confianza inicial de Mark Clark estaba siendo vapuleada aún más por los acontecimientos en el sector sur. En efecto, la 29.^a División Panzergrenadier, junto a parte de la 16.^a Panzer, penetró en la brecha entre británicos y estadounidenses. Durante la tarde del 12 de septiembre los alemanes aprovecharon el hueco ampliado entre los dos cuerpos aliados para atacar el ala izquierda estadounidense, expulsándola de Persano y provocando una retirada general. En la confusión posterior, los alemanes rompieron las líneas en varios puntos y en uno de ellos estuvieron a unos ochocientos metros de las playas.

Esa tarde la situación parecía tan sombría que se interrumpió la descarga de todos los mercantes en el sector sur. Además, Mark Clark envió una petición urgente al almirante Hewitt para preparar el reembarque del cuartel general del 5.^º Ejército y tener preparadas todas las embarcaciones para la evacuación del VI Cuerpo desde la cabeza de playa y desembarcarlo en el sector británico o, alternativamente, transferir el X Cuerpo hacia el sur^[13]. Una operación de urgencia de tal envergadura era casi impracticable y su insinuación provocó una protesta horrorizada por parte de McCreery y su

colega de la marina, el comodoro Oliver, además de causar consternación en las altas instancias cuando fue transmitida a Eisenhower y Alexander. Sin embargo, ayudó a acelerar el refuerzo de las tropas desembarcadas. Los buques de desembarco adicionales fueron proporcionados al desviar dieciocho LST que estaban de camino a la India. La 82.^a División Aerotransportada fue puesta a disposición de Mark Clark y, en rápida respuesta a su llamada de emergencia durante la tarde, Matt Ridgway logró desembarcar un primer contingente en la cabeza de playa sur esa misma tarde. La 7.^a División Acorazada británica comenzó el desembarco en la cabeza de playa norte el día 15. No obstante, para entonces la crisis se había superado gracias, en gran medida, a la ayuda más rápida proporcionada por la Marina y la Aviación aliadas.

El día 14 todos los aviones disponibles, tanto de las fuerzas aéreas tácticas como estratégicas, en el teatro de operaciones del Mediterráneo, se destinaron a bombardear las tropas alemanas y sus comunicaciones inmediatas. Realizaron más de mil novecientas misiones durante ese día. Aún más efectivo para detener el avance alemán hacia las playas fue el martilleo que recibieron desde los cañones de la marina. Vietinghoff dijo en su relato retrospectivo:

Esa mañana el ataque se encontró una resistencia más dura; pero, por encima de todo, las tropas que avanzaban tuvieron que soportar el fuego más intenso que habían experimentado hasta la fecha: el cañoneo naval desde, al menos, dieciséis a dieciocho acorazados, cruceros y grandes destructores que estaban fondeados. Con una asombrosa precisión y libertad de maniobra los disparos de estos buques tuvieron un efecto abrumador sobre cada objetivo detectado.

Con un apoyo tan poderoso las tropas estadounidenses lograron mantener la línea de defensa hacia la que se habían retirado durante la noche anterior.

Hubo un período de calma el día 15, en el que los alemanes reorganizaron sus unidades machacadas por las bombas y los obuses, con el fin de realizar un nuevo ataque, con ayuda de algunos refuerzos. La 26.^a División Panzer, que seguía sin contar con tanques, había llegado para entonces desde Calabria, tras escabullirse del frente de Montgomery tal y como les ordenó Vietinghoff el día del desembarco aliado en Salerno. También habían llegado destacamentos de las divisiones *panzergrenadier* 3.^a y 15.^a, procedentes de Roma y Gaeta respectivamente. Sin embargo, incluso con estos añadidos la fuerza alemana equivalía a solo cuatro divisiones, con poco más de un

centenar de tanques, mientras que la 16.^a División del 5.^o Ejército había desembarcado el equivalente de siete divisiones, de mayor tamaño, con unos doscientos tanques. Así pues, el mando aliado no tenía motivos de preocupación excepto por la posibilidad de que se quebrara la moral antes de que se manifestara su abrumadora superioridad. Además, el 8.^o Ejército estaba ahora muy cerca, como para aumentar esa superioridad y amenazar el flanco enemigo.

Otra llegada que se produjo esa mañana fue la de un grupo de corresponsales de guerra del 8.^o Ejército. Como creían que este, en ayuda del 5.^o, era muy lento en su avance e innecesariamente cauteloso, se habían adelantado por su cuenta, el día anterior, en un par de *jeeps*, utilizando carreteras secundarias y caminos de tierra para evitar los puentes que habían sido volados en la carretera principal. Habían atravesado un tramo de «territorio enemigo» sin encontrarse con ningún alemán. Veintisiete horas después la unidad de reconocimiento del 8.^o Ejército llegó para hacer contacto con el 5.^o Ejército.

Durante la mañana del 16 los alemanes lanzaron su nuevo ataque, empezando en el sector británico, con un avance desde el norte hacia Salerno y otro en dirección a Battipaglia. Estos ataques fueron frenados por el efecto combinado del fuego de artillería, el cañoneo naval y los tanques. Este fracaso y la aproximación del 8.^o Ejército hicieron que Kesselring llegara a la conclusión de que la posibilidad de arrojar al mar a los invasores ya había pasado. Así, esa tarde, autorizó «una desvinculación en el frente costero» y una gradual retirada en dirección norte. La primera fase consistiría en una retirada a la línea del Volturno, a unos treinta kilómetros al norte de Nápoles, en la que sus tropas debían mantenerse hasta mediados de octubre.

Al analizar los acontecimientos es evidente que una vez que los intentos alemanes de devolver al mar a los invasores habían fracasado, una retirada alemana desde Salerno se hacía inevitable. Aunque Kesselring había intentado explotar la oportunidad que le había ofrecido lo que llamó «el avance muy cauteloso de Montgomery», estaba muy claro que no podía conservar esa franja de la costa oeste cuando llegara el 8.^o Ejército a la zona y pudiera flanquear su posición avanzando por el interior, después de llegar desde la estrecha península de Calabria. Tenía muy pocas tropas para cubrir un frente tan extenso. No obstante, la amenaza no se produjo lo suficientemente rápido como para hacer peligrar o apremiar la retirada alemana. No fue hasta la tarde del 20 de septiembre cuando una avanzadilla canadiense del 8.^o Ejército llegó a Potenza, el principal centro de carreteras

del tobillo de la bota italiana, ochenta kilómetros tierra adentro desde el golfo de Salerno. Cien paracaidistas alemanes, llevados a toda prisa a Potenza la tarde anterior, habían impuesto una pausa en el avance enemigo durante la noche y provocaron el ataque de una brigada, de unas treinta veces su potencia, para vencer su resistencia. Se trata de un ejemplo significativo de la capacidad de demora de una hábil defensa en una situación confusa. El ataque que forzó la retirada de este diminuto destacamento solo provocó la captura de dieciséis alemanes, aunque casi dos mil civiles italianos habían muerto en los ataques aéreos preliminares sobre el pueblo. Patrullas canadienses avanzaron prudentemente durante la semana siguiente hasta Melfi, a 65 kilómetros más al norte, y solo tuvieron fugaces contactos con las retaguardias enemigas. Mientras tanto, el grueso del 8.^º Ejército se había detenido, ante el agotamiento de su avituallamiento, y cambiaron su línea de suministro a Tarento y Brindisi, en la esquina sudeste de Italia.

Alexander llegó de visita al cuartel general de Clark esa mañana, procedente de Bizerta, a bordo de un destructor, e hizo una inspección de las cabezas de playa. Con su tacto habitual, aplastó la idea de evacuar cualquiera de ellas. Nuevo material de refuerzo fue proporcionado por la llegada, hacia las 10:00, de los acorazados británicos Warspite y Valiant, que habían partido de Malta la tarde anterior, acompañados de seis destructores. No entraron en acción hasta siete horas después debido a retrasos de comunicación con los puestos de observación avanzados, aunque sí bombardearon objetivos hasta veinte kilómetros tierra adentro, y los muy pesados obuses de sus cañones de 380 mm tenían un efecto devastador tanto físico como moral.

A la vista de cómo el cañoneo naval había ayudado a frustrar el contraataque alemán —aunque fuera en gran medida antes de que aparecieran en escena los grandes buques de guerra— fue un consuelo para ellos que el Warspite fuera desactivado esa tarde mediante un impacto directo desde una de sus nuevas bombas FX 1400 guiadas por ondas de radio. Con ese mismo sistema nuevo le había dado una patada en la espinilla a la flota principal de su antiguo aliado italiano al hundir su buque insignia, el Roma, con una de esas bombas guiadas cuando partió desde la Spezia, el 9 de septiembre, para unirse a los navíos aliados.

Los desembarcos en esa región, el tacón de la bota, se habían logrado sin oposición. Tarento había estado entre los posibles objetivos planteados en junio, después de que la Junta Combinada de Estado Mayor diera instrucciones a Eisenhower para hacer planes posteriores a la captura de Sicilia. Sin embargo, había sido descartado en gran medida porque no

cumplía el principio cardinal que su Estado Mayor había establecido de inmediato, que no se podía contemplar un desembarco fuera del límite de la cobertura aérea. Tarento, al igual que Nápoles, estaba justo fuera de ese radio de acción de 290 kilómetros de los Spitfire que operaban desde aeródromos en el noreste de Sicilia, mientras que Salerno estaba justo dentro de ese radio. El proyecto de Tarento solo fue reavivado cuando se firmó el armisticio con Italia el 3 de septiembre. Fue entonces añadido al plan de invasión como movimiento secundario improvisado, con el nombre en clave de operación Slapstick, siguiendo informaciones de que solo un puñado de tropas alemanas estaban estacionadas en el talón de la bota italiana, y un tardío descubrimiento de que el puerto de Nápoles, incluso cuando fuese capturado y puesto en funcionamiento, no sería suficiente para mantener el avance por el lado este de los Apeninos al igual que por el oeste.

El almirante Cunningham, que tomó la iniciativa al sugerir este movimiento, le dijo a Eisenhower que, si se encontraban las tropas necesarias para la misión, él proporcionaría los buques para llevarlas. En ese momento la 1.^a División Aerotransportada británica estaba disponible en Túnez debido a la falta de aviones de transporte suficientes para utilizarlos en una misión aerotransportada. Así, fueron embarcados rápidamente en Bizerta, en cinco cruceros y un minador, que partieron para Tarento la tarde del 8 de septiembre. Durante la tarde siguiente, al acercarse el convoy a Tarento se cruzó con el escuadrón italiano, con base en ese puerto, que navegaba para rendirse en Malta. Al anochecer el convoy entró en el puerto y se encontró con la mayoría de sus instalaciones intactas. Dos días después el éxito se extendió al otro lado de la península con la ocupación de Brindisi (donde se habían refugiado el rey Vittorio Emmanuel y el mariscal Badoglio al abandonar Roma), y también de Bari, unos cien kilómetros al norte por la costa, en la parte trasera del «tobillo». Así quedaron asegurados los tres grandes puertos de la región, para mantener el avance por la costa este, mucho antes de que ningún puerto comparable hubiese sido capturado en la costa oeste. Estaba muy claro que el largo retraso en alcanzar Nápoles, desde Salerno, daría mucho tiempo a los alemanes para destruir el puerto antes de abandonarlo.

No obstante, la magnífica oportunidad que se presentaba en la costa este se quedó corta por falta de previsión y por un esfuerzo inadecuado subsiguiente para recuperarla. El nombre en clave Slapstick («empujón») estuvo dolorosamente justificado. Imaginada simplemente como una operación para asegurar los puertos, la 1.^a División Aerotransportada fue

enviada sin vehículos de transporte, excepto media docena de *jeeps*, y permaneció en ese estado hasta el día 14. Durante esos cinco días algunas patrullas en *jeeps* y coches requisados habían avanzado hacia el norte hasta Bari sin encontrar enemigos en el amplio cinturón costero. La mermada 1.^a División Paracaidista alemana había sido la única unidad en la zona y parte de ella había sido llamada al sector de Salerno, mientras que al resto se le había ordenado retirarse a Foggia, a casi doscientos kilómetros al norte de Tarento, para cubrir el profundo flanco este de Kesselring. Incluso cuando llegó el transporte para recuperar la movilidad de las tropas británicas, siguieron estando constreñidas mientras se planeaba y preparaba un avance a gran escala por la costa este de manera metódica. La fidelidad a esta cautelosa costumbre era especialmente desafortunada en un período de grandes oportunidades, puesto que la 1.^a División Paracaidista alemana estaba demasiado en retaguardia como para contraatacar, y su capacidad de combate era de tan solo mil trescientos hombres, mientras que la de los británicos ya era de cuatro veces más, con refuerzos mucho mayores de camino para respaldar un movimiento ofensivo. Pero prevaleció la costumbre.

La conducción de las operaciones en esta zona se había encargado al comandante del V Cuerpo, el general Allfrey, que había estado a cargo del muy cauto y fallido avance hacia Túnez durante el mes de diciembre anterior. Su tarea había sido definida por Alexander como «afianzar una base en el talón de la bota de Italia que cubriera los puertos de Tarento y Brindisi, y si fuera posible también Bari, con vistas a un avance posterior».

Cualquier probabilidad de un avance rápido más allá de esos límites disminuyó cuando, el día 13, el Cuerpo de Allfrey fue colocado bajo el mando del 8.^º Ejército, ya que había que contar con que Montgomery siempre iba a concentrar sus fuerzas y a asegurarse unos recursos amplios antes de avanzar.

El 22 de septiembre, la 78.^a División comenzó a desembarcar en Bari, seguida por la 8.^a División India en Brindisi, mientras que el XIII Cuerpo de Dempsey era llevado a la costa este. Sin embargo, no fue hasta el 27 de septiembre cuando una pequeña fuerza móvil, enviada por adelantado desde Bari para explorar la situación del enemigo, ocupó Foggia, que los alemanes evacuaron rápidamente en cuanto se acercaron los británicos, de modo que los muy deseados aeródromos cayeron sin combatir. Incluso así, Montgomery se atuvo a su orden previa de que ningún cuerpo principal avanzara antes del 1 de octubre. Incluso cuando este avance comenzó solo utilizó las dos divisiones del XIII Cuerpo, manteniendo las tres divisiones del V Cuerpo en retaguardia para asegurar «una base firme» y proteger su flanco oeste.

La 1.^a División Paracaidista alemana defendía una línea a lo largo del río Biferno, cubriendo el pequeño puerto de Termoli. Se trataba de un frente muy extenso para sus escasas fuerzas. El ataque de Montgomery a esta línea estaba bien diseñado para romperla mediante una operación anfibia en su parte trasera. Durante las primeras horas del 3 de octubre una brigada del Servicio especial desembarcó más allá de Termoli y, aprovechando la sorpresa nocturna y una lluvia torrencial, capturó el puerto y el pueblo, enlazando después con una cabeza de puente sobre el río gracias al avance directo. Durante los dos días siguientes otras dos brigadas de infantería, de la 78.^a División, fueron llevadas por mar desde Barletta a Termoli para reforzar la cabeza de puente y continuar el avance.

Con todo, el comandante del Ejército alemán, Vietinghoff, beneficiándose del retraso británico en la preparación de su avance por la costa este, ya había despachado (el día 2) a la 16.^a División Panzer desde la línea de Volturno, en la costa oeste, para reforzar la débil pantalla de paracaidistas que habían estado cubriendo el distante flanco izquierdo de la retirada de este ejército. Atravesando apresuradamente el espinazo montañoso de Italia, llegaron cerca de Termoli a primera hora del día 5 y rápidamente lanzaron un contraataque que hizo retroceder a los británicos hasta el límite del pueblo y estuvieron a punto de cortar sus líneas de comunicaciones más al sur. Pese a ello, los alemanes fueron frenados y después rechazados cuando la 78.^a División puso en acción sus refuerzos llegados por mar, apoyados por un grupo de tanques británicos y canadienses.

Entonces los alemanes se descolgaron y retiraron a posiciones que protegían la siguiente línea fluvial, la del Trigno, a unos veinte kilómetros al norte. La impresión causada por su vigoroso contraataque llevó a Montgomery a detenerse durante dos semanas para reforzar más la concentración de fuerzas y suministros antes de encarar la línea del Trigno.

* * *

Mientras tanto el 5.^º Ejército de Mark Clark había estado avanzando lentamente desde Salerno por la costa oeste, tratando de acelerar la retirada del 10.^º Ejército de Vietinghoff. La primera etapa fue la más difícil, ya que el ala derecha alemana se aferraba tenazmente a la barrera montañosa al norte de Salerno para defender el repliegue del ala izquierda mientras se retiraba de la franja costera meridional en torno a Battipaglia y Paestum. Transcurrió casi una semana después el principio de esa retirada y antes de que el X Cuerpo británico desarrollara una ofensiva, el 23 de septiembre, para forzar el paso de

Salerno a Nápoles. En esta ofensiva el X Cuerpo no solo utilizó las divisiones 46.^a y 56.^a, sino también la 7.^a División Acorazada —además de otra brigada acorazada— contra la pequeña fuerza alemana de tres o cuatro batallones que defendía los desfiladeros.

Se hicieron pocos avances hasta el 26 de septiembre cuando se descubrió que los alemanes se habían desvanecido durante la noche anterior tras cumplir con su misión de ganar tiempo para el repliegue de sus camaradas en el sur. Después de esto, los puentes destruidos fueron el principal obstáculo al avance aliado. El día 28 el X Cuerpo apareció en la llanura de Nocera, pero no fue hasta el 1 de octubre cuando su vanguardia entró en Nápoles, a unos treinta kilómetros más allá.

Mientras, el VI Cuerpo estadounidense había avanzado alineado con el X Cuerpo tras una marcha lenta a lo largo de las carreteras interiores bloqueadas por las demoliciones, a un promedio de solo cinco kilómetros al día; entraron en Benevento el 2 de octubre. Este cuerpo [el VI] tenía para entonces un nuevo comandante, el general de división John P. Lucas, que sustituía a Dawley.

El 5.^º Ejército había necesitado tres semanas desde el desembarco para llegar a Nápoles, su objetivo inicial, con un coste de casi doce mil bajas, siete mil británicas y cinco mil estadounidenses. Este había sido el castigo por elegir una línea de ataque y un lugar de desembarco tan obvios, sacrificando el factor sorpresa sobre la base de que la zona de Salerno estaba justo dentro del límite de la cobertura aérea.

Transcurrió otra semana antes de que el 5.^º Ejército se acercara a la línea del río Volturno, a la que se habían retirado los alemanes. Las carreteras embarradas y el terreno empapado frenaron el avance. El tiempo lluvioso había comenzado en la primera semana de octubre, un mes antes de lo esperado. El ataque del 5.^º Ejército a la línea Volturno, defendida por tres divisiones alemanas, fue lanzado durante la noche del 12 de octubre, tres noches después de lo previsto. El VI Cuerpo estadounidense logró hacerse con una cabeza de puente al otro lado del río, por encima de Capua, pero su desarrollo quedó limitado por el freno que sufrió el ala derecha del X Cuerpo británico al tratar de forzar el paso en Capua, en la carretera principal de Nápoles a Roma. Los cruces menores que lograron las otras dos divisiones británicas cerca de la costa fueron contenidos por rápidos contraataques. Así, las tropas avanzadas alemanas cumplieron con la orden de Kesselring de permanecer en esta línea fluvial hasta el día 16, antes de comenzar la retirada hacia la siguiente línea de defensa, a veinticuatro kilómetros al norte, una

posición improvisada rápidamente que comenzaba cerca de la desembocadura del río Garigliano y continuaba por las accidentadas colinas que cubren su aproximación, a lo largo de la autopista 6 y a través del desfiladero de Mignano, hasta el curso superior del Garigliano y los valles de sus afluentes, el Rápido y el Liri. Kesselring confiaba en conservar esta línea avanzada mientras fortificaba, para una defensa prolongada, una línea cuidadosamente planeada, a lo largo del Garigliano y el Rápido, apoyada en el centro del desfiladero de Cassino. Esta posición ligeramente retrasada recibió el nombre de línea Gustav o de Inviero.

El mal tiempo y las demoliciones retrasaron el ataque del 5.^º Ejército en la primera de esas líneas durante otras tres semanas, hasta el 5 de noviembre. Entonces, la resistencia alemana se mostró tan dura que tras diez días de combates, con pocos avances excepto en el flanco costero, Mark Clark se vio obligado a retirar sus tropas agotadas y a reorganizarlas para un ataque más potente. Este no estuvo listo hasta la primera semana de diciembre. Las pérdidas del 5.^º Ejército se habían elevado a veintidós mil hombres a mediados de noviembre, de los cuales casi doce mil eran estadounidenses.

Durante estas largas pausas el punto de vista de Hitler cambió de un modo que tuvo consecuencias de amplio alcance. Animado por la lentitud del avance aliado desde Salerno y Bari llegó a pensar que no sería necesario retirarse al norte de Italia, y el 4 de octubre firmó una directiva donde indicaba que «había que defender la línea Gaeta-Ortona», prometiéndole a Kesselring que le serían enviadas tres divisiones del Grupo de Ejércitos B de Rommel, en el norte de Italia, para ayudarle a defender el sur de Roma el máximo tiempo posible. Hitler se estaba inclinando más a favor de la posición de Kesselring para una resistencia prolongada, pero no fue hasta el 21 de noviembre cuando se involucró definitivamente a favor al situar todas las fuerzas alemanas en Italia al mando de Kesselring. El Grupo de Ejércitos de Rommel fue disuelto y sus restos pasaron a disposición de Kesselring. Aun así, este debía conservar una parte en el norte para defender y controlar esa amplia región, mientras que cuatro de sus mejores divisiones, tres de ellas acorazadas, fueron enviadas a Rusia y sustituidas por tres diezmadas que necesitaban recuperarse.

Un refuerzo más pequeño pero valioso fue la llegada de la 90.^a División Panzergrenadier. Esta división estaba en Cerdeña en el momento del armisticio italiano, pero había sido evacuada a Córcega a través del estrecho de Bonifacio y después trasladada con éxito, por aire y por mar, a la península italiana, a Leghorn, poco a poco y a lo largo de un período de dos semanas,

eludiendo ser interceptados por las fuerzas aéreas y navales aliadas. Los esfuerzos de estas para interceptarlos fueron escasos e irregulares. Aunque la división no se puso a disposición de Kesselring hasta seis semanas después, entonces se precipitó en dirección sur a tiempo para detener la tardía ofensiva del 8.º Ejército británico en la costa este de Italia.

La decisión de Hitler de colocar todas las fuerzas alemanas en Italia al mando de Kesselring, pasando a denominarlas Grupo de Ejércitos C, se tomó la mañana posterior a que Montgomery comenzara un ataque exploratorio contra las posiciones alemanas a lo largo del río Sangro, que cubrían Ortona y la prolongación adriática de la línea Gustav.

Tras la dura resistencia con la que se había encontrado al intentar cruzar el Biferno durante la primera semana de octubre, Montgomery había llevado al V Cuerpo para ocupar el sector costero y llevó al XIII Cuerpo al sector montañoso del interior, donde la retaguardia alemana frenaba repetidamente el avance canadiense. Tras ese reagrupamiento, el V Cuerpo avanzó hasta el Trigno (veinte kilómetros más allá del Biferno) y logró establecer una pequeña cabeza de puente, durante la noche del 22 de octubre, que logró aumentar mediante un ataque nocturno mayor el día 27. Sin embargo, fue frenado por una combinación de barro y fuego, por lo que no alcanzó la posición principal enemiga hasta la noche del 3 de noviembre. Entonces los alemanes se retiraron a Sangro, a veintisiete kilómetros al norte.

A continuación sobrevino otra larga pausa, mientras Montgomery preparaba su ataque y recibía a la recién llegada 2.ª División Neozelandesa, un potente refuerzo que aumentaba sus fuerzas de ataque hasta cinco divisiones y dos brigadas acorazadas para la ofensiva en el Sangro. Entre tanto, el llamado LXXVI Cuerpo Panzer, opuesto al 8.º Ejército, había recibido la 65.ª División de Infantería para hacerse cargo del sector costero de la 16.ª División Panzer, que era enviada a Rusia. Más allá de esto, solo tenía los restos de la 1.ª División Paracaidista y un grupo de combate de la 26.ª División Panzer, que ahora volvía, poco a poco, al lado del Adriático, a medida que menguaba la presión del 5.º Ejército aliado.

El objetivo de Montgomery en la ofensiva del Sangro era destrozar la línea de invierno alemana y después avanzar unos treinta kilómetros hasta Pescara, situarse a caballo de la autopista este-oeste desde ese punto hasta Roma y amenazar la retaguardia de las fuerzas alemanas que hacían frente al 5.º Ejército. Y Alexander se atenía esperanzado a su directiva del 21 de septiembre, dos meses antes, que había fijado los objetivos que debían alcanzar los ejércitos aliados en cuatro fases sucesivas: la primera

«consolidar» la línea Salerno-Bari, la segunda capturar «el puerto de Nápoles y los aeródromos de Foggia», la tercera tomar «Roma, sus aeródromos y el importante centro de carreteras y ferrocarril de Terni» y la siguiente tenía como objetivo «el puerto de Leghorn y los centros de comunicaciones de Florencia y Arezzo», a 240 kilómetros al norte de Roma. La captura rápida de Roma había sido reiterada como el punto clave de la nueva directiva que firmó Alexander el 8 de noviembre, tras recibir una similar de Eisenhower.

La ofensiva de Montgomery estaba prevista para el 20 de noviembre, pero el empeoramiento del tiempo y el desbordamiento del río le obligaron a reducir el ataque inicial a un intento limitado que, después de varios días de combates, logró una cabeza de puente de unos diez kilómetros de ancho y uno y medio de profundidad. Esto se mantuvo con grandes dificultades hasta que se lanzó el gran ataque durante la noche del 28, con una semana de retraso respecto al plan. Pese a todo, Montgomery seguía mostrando total confianza en el resultado y en un mensaje personal a sus tropas del día 25 declaró: «Ha llegado el momento de expulsar a los alemanes al norte de Roma... De hecho, los alemanes están exactamente en la situación en la que queremos que estén. Ahora les asestaremos un golpe colosal». No obstante, parecía de mal agüero que diera este mensaje delante de su caravana bajo un enorme paraguas.

El ataque comenzó bien, bajo la cobertura de un tremendo bombardeo aéreo y de artillería, apoyado en una superioridad numérica de 5 a 1. La 65.^a División enemiga, una unidad poco aguerrida, mal equipada y compuesta de miembros de varias nacionalidades, se desplomó ante el ataque, y la cresta más allá del Sangro fue despejada el día 30. Pese a todo, los alemanes se concentraron mientras se retiraban a su línea principal, en retaguardia, y fueron ayudados por el modo en que sus perseguidores obedecían al énfasis a menudo reiterado por Montgomery de establecer «una base firme». Se perdió otra oportunidad de sacar provecho especialmente buena en Orsogna, en el flanco terrestre, los días 2 y 3 de diciembre. Esta lentitud permitió la llegada del resto de las divisiones 26.^a Panzer y 90.^a Panzergrenadier que Kesselring había trasladado desde el norte. De este modo el avance se hizo cada vez más difícil. Siempre había «otro río, otro río que cruzar».^[14] No fue hasta el 10 de diciembre cuando el 8.^º Ejército logró atravesar el Moro, a trece kilómetros más allá del Sangro, y no despejó Ortona, a tres kilómetros más allá del Moro, hasta el 28 de diciembre. Entonces fue detenido en el Riccio, apenas a mitad de camino de Pescara y de la carretera lateral a Roma. Esta era la situación de punto muerto a finales de año, cuando Montgomery entregó el mando del 8.^º Ejército a Oliver Leese y regresó a Inglaterra para hacerse cargo del 21.^º

Grupo de Ejércitos en preparación del cruce del canal de la Mancha para invadir Normandía.

Mientras tanto, el 2 de diciembre se reanudó la ofensiva de Mark Clark al oeste de los Apeninos. Para entonces los efectivos del 5.^º Ejército ascendían al equivalente a diez divisiones, aunque dos de ellas, la 7.^a Acorazada británica y la 82.^a Aerotransportada estadounidense, estaban siendo enviadas a Inglaterra para el desembarco de Normandía. Las fuerzas de Kesselring también habían aumentado y ahora cuatro divisiones defendían el frente al oeste de los Apeninos, con otra en reserva.

Durante la primera fase de la renovada ofensiva el objetivo era el contrafuerte montañoso al este de la carretera nacional número 6 y el desfiladero de Mignano. El X Cuerpo británico y el recién llegado II Cuerpo estadounidense, al mando del general de división Geoffrey Keyes fueron utilizados en este ataque, apoyado por más de novecientos cañones que dispararon más de 4000 toneladas de proyectiles a las posiciones alemanas durante los dos primeros días. Los británicos estuvieron a punto de llegar a la cima de Monte Camino (de 914 metros de altura) el 3 de diciembre, pero fueron rechazados por una serie de contraataques y no pudieron asegurarla hasta el día 6. Esto los llevó hasta la línea del río Garigliano. Mientras tanto los estadounidenses, a su derecha, habían capturado Monte La Difensa y Monte Maggiore, de menor altura, aunque más cercanos a la carretera que atravesaba el desfiladero. En la segunda fase, que empezó el 7 de diciembre, los cuerpos 2.^º y 6.^º estadounidenses atacaron hacia el Rápido en un frente amplio, con la esperanza de desalojar al enemigo del contrafuerte montañoso al este de la carretera nacional 6, mediante una penetración profunda a ambos lados de ella. Sin embargo, se encontraron con una creciente resistencia, logrando solo un avance de pocos kilómetros, en sucesivos intentos durante las siguientes semanas. Durante la segunda semana de enero esta ofensiva se había apagado, sin lograr llegar al Rápido y las primeras posiciones de la línea Gustav. Las pérdidas de combate del 5.^º Ejército habían llegado a cerca de cuarenta mil, un total que superaba con mucho las del enemigo. Además, solo los estadounidenses tenían cincuenta mil enfermos durante los dos meses de estos implacables combates invernales en las montañas.

* * *

El resultado de la invasión de Italia había sido muy decepcionante. En cuatro meses las fuerzas aliadas solo habían avanzado 110 kilómetros más allá de Salerno —principalmente durante las primeras semanas— y seguían estando a

130 kilómetros de Roma. El propio Alexander describió el proceso como «arrastrarse por Italia». No obstante, una descripción más general que fue usada en otoño fue «picotear».

Aun con la completa consideración de las dificultades del terreno y el mal tiempo, al examinar la campaña es evidente que se perdieron repetidamente oportunidades favorables para un avance más rápido por la pesada insistencia de los comandantes aliados en «consolidar» cada avance y establecer una «base firme» antes de seguir avanzando, unida a su preocupación predominante por asegurarse fuerzas y suministros más que suficientes antes de avanzar. Una y otra vez llegaron «demasiado tarde» por miedo a tener «demasiado poco».

Al comentar la campaña, Kesselring señaló de manera significativa:

Los planes aliados mostraban, de principio a fin, que el pensamiento dominante en su alto mando consistía en asegurar el éxito, un modo de pensar que le llevaba a utilizar métodos y materiales ortodoxos. Como resultado, casi siempre pude, a pesar de los inadecuados medios de reconocimiento y los escasos informes, prever el siguiente movimiento estratégico o táctico de mi oponente, y de ese modo adoptar las contramedidas adecuadas al alcance de mis recursos.^[15]

Sin embargo, la fuente original de los problemas que padecieron los aliados se encuentra en la elección de Salerno y el talón de Italia como sus lugares de desembarco, una opción que se adecuaba demasiado a las expectativas de su oponente, por la experiencia de sus costumbres cautelosas. Kesselring y su jefe de Estado Mayor, Westphal —los beneficiarios de esa decisión obvia— consideraban que los aliados habían pagado un alto tributo estratégico por su deseo de asegurarse una seguridad táctica frente a los ataques aéreos, y que esto no se justificaba por la escasa capacidad de la fuerza aérea alemana en el sur de Italia. También pensaban que la costumbre del Alto Mando Aliado de limitar el alcance de sus ataques a los límites de la cobertura aérea constante había representado la salvación de los defensores, al simplificar los múltiples problemas de la defensa.

Sobre el rumbo que los aliados deberían haber seguido, Westphal expresó su opinión de que:

Si las fuerzas empleadas en el desembarco en Salerno se hubieran utilizado en Civitavecchia [a unos cincuenta kilómetros al norte de Roma], los resultados hubieran sido mucho más decisivos..., solo

había dos divisiones alemanas en Roma y... no se podría haber llevado otras lo suficientemente rápido como para defender la ciudad. Junto a las cinco divisiones italianas posicionadas en Roma, un desembarco combinado por aire y mar podría haber capturado la capital italiana en menos de setenta y dos horas. Aparte de las repercusiones políticas que hubiera tenido una victoria como esta, habría representado cortar de golpe los suministros de las cinco divisiones alemanas que se estaban retirando de Calabria... Esto hubiera puesto en manos aliadas todo el sur de la línea Roma-Pescara.

[16]

Westphal también consideraba que había sido un error desembarcar el 8.^º Ejército de Montgomery en la punta de la bota italiana, porque de ese modo tenía que avanzar por toda ella, mientras existía una mejor oportunidad en el tacón de esa bota y a lo largo de la costa adriática:

El desembarco del 8.^º Ejército británico debía haberse concentrado en el sector de Tarento donde solo había una división paracaidista (¡con tan solo tres baterías de artillería divisionaria!). En efecto, hubiera sido aún mejor llevar a cabo el desembarco en la zona de Pescara-Ancona... No se podría haber ejercido ninguna resistencia a ese desembarco desde el sector de Roma, dada la ausencia de fuerzas disponibles. Asimismo, tampoco se podrían haber desplazado fuerzas apreciables desde la llanura del Po [en el norte de Italia]^[17].

También hubiera sido imposible desplazar rápidamente las fuerzas de Kesselring de la costa oeste a la sudeste si el desembarco principal, por parte del 5.^º Ejército aliado, se hubiese realizado en Tarento en lugar de en Salerno.

En resumen, los aliados no fueron capaces de aprovechar, ni inicialmente ni *a posteriori*, su mayor ventaja, el poder anfibio y su descuido se convirtió en su principal desventaja. Los testimonios de Kesselring y Westphal confirman, de un modo más amplio, la cáustica conclusión expresada por Churchill en un telegrama, desde Cartago, a los jefes del Estado Mayor británico, el 19 de diciembre:

El estancamiento de toda la campaña en el frente italiano se está convirtiendo en un escándalo... El total menosprecio de las acciones anfibias en el lado del Adriático y el fracaso de asestar un golpe similar en el oeste han sido desastrosos.

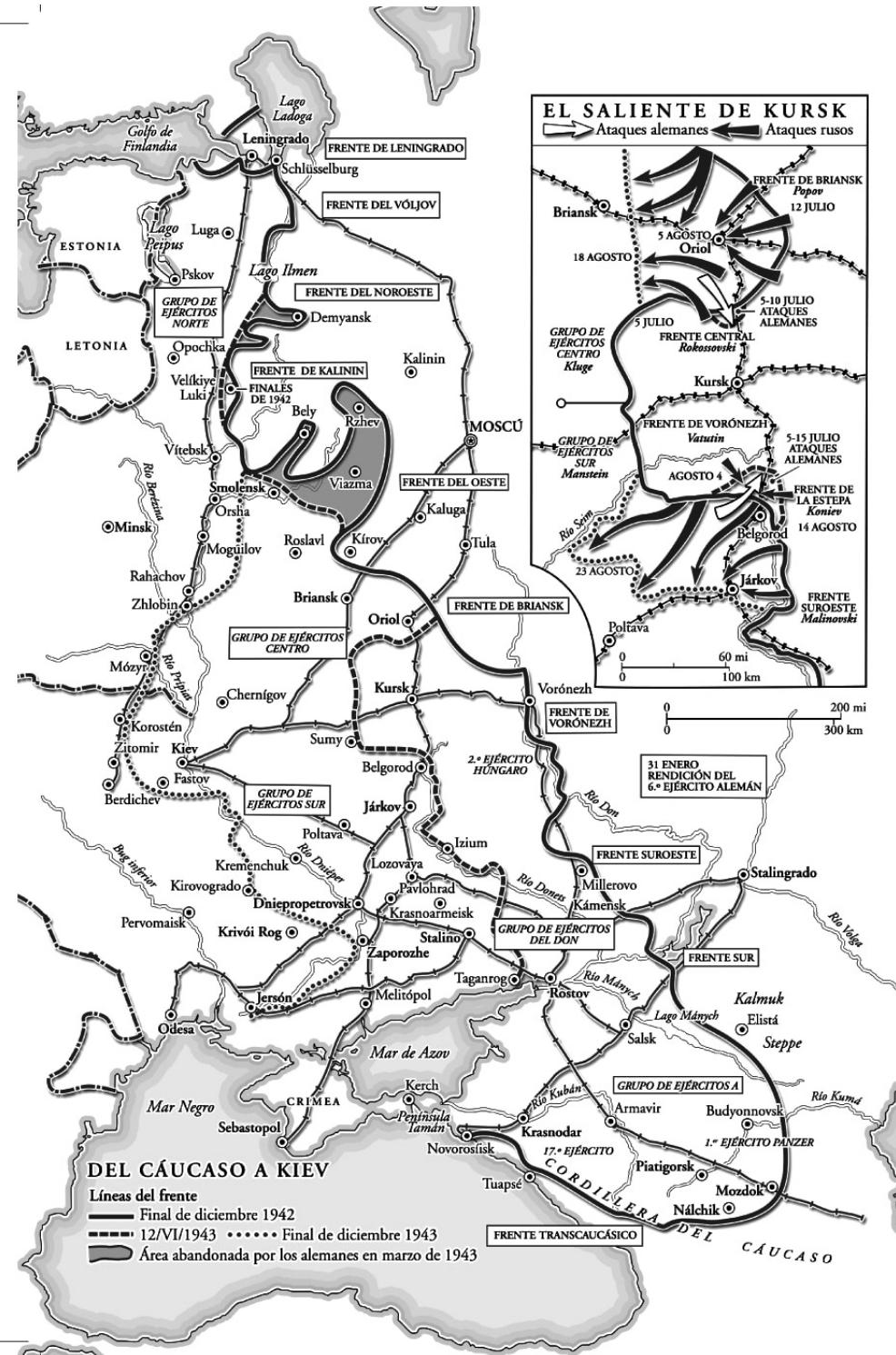
Ninguno de los buques de desembarco en el Mediterráneo ha sido utilizado mínimamente [para misiones de ataque] durante tres meses... Hay pocos ejemplos, incluso en esta guerra, de unas fuerzas tan valiosas que son completamente desaprovechadas^[18].

Lo que no veía es que la doctrina de guerra aliada era la culpable, al seguir el principio del banquero prudente de «no avanzar sin seguridad».

El reflujo alemán en Rusia

A principios de 1943 los ejércitos alemanes en el Cáucaso parecían abocados a padecer el mismo destino que las unidades de Stalingrado. Habían llegado mucho más lejos que estas últimas. Sin embargo, ya llevaban más de un mes allí después del cerco de Stalingrado, mientras el invierno se hacía más crudo y el peligro aumentaba. Era una perspectiva sombría para el 1.^{er} Ejército Panzer y para el 17.^º Ejército, juntos formaban el Grupo de Ejércitos A al mando del general Kleist, que había sustituido al mariscal List.

Durante la primera semana de enero, la precaria situación de ese grupo de ejércitos se exacerbó por el desarrollo de múltiples amenazas de cerco. La más directa se situaba en el lugar en que sus elementos avanzados alcanzaban las montañas del Cáucaso. Los rusos golpearon primero en su ala izquierda cerca de Mozdok, y después en la derecha próxima a Nalchick, recuperando ambas plazas. Más peligroso fue un movimiento simultáneo ruso a través de las estepas calmucas, más de trescientos kilómetros detrás de su flanco izquierdo, en el encuentro con el Grupo de Ejércitos del Don. Tras capturar Elista, los rusos avanzaron dejando atrás el extremo oriental del lago Manich hacia Armavir, por donde pasaban las líneas de comunicación de Kleist con Rostov. La más peligrosa fue una brusca irrupción en la línea del Don, hacia el sur, viniendo desde Stalingrado y dirigiéndose al propio Rostov. Una de las avanzadillas rusas llegó a ochenta kilómetros de ese cuello de botella.



Las alarmantes noticias le llegaron a Kleist el mismo día en que recibió una orden categórica de Hitler para que no se retirara bajo ninguna circunstancia. En ese momento su 1.^{er} Ejército Panzer estaba a casi 640

kilómetros al este de Rostov. Al día siguiente recibió otra orden: retirarse del Cáucaso llevándose todo su equipamiento con él. Este requisito se añadía a la desventaja de la distancia en una carrera contra el tiempo.

A fin de despejar las rutas a Rostov para el 1.^{er} Ejército Panzer, el 17.^º Ejército recibió la orden de retirarse hacia el oeste, a lo largo del río Kuban, hacia la península de Taman, desde donde podría ser trasladado a Crimea a través del estrecho de Kerch. Esa retirada no suponía un gran trayecto y las fuerzas rusas recientemente cercadas en la franja costera alrededor de Tuapse no eran lo suficientemente poderosas como para ejercer una presión peligrosa sobre la retirada del 17.^º Ejército.

Por el contrario, la retirada del 1.^{er} Ejército Panzer estaba sembrada de peligros, tanto directos como indirectos. La fase más peligrosa fue entre el 15 de enero y el 1 de febrero, momento en el que el grueso de ese ejército había alcanzado Rostov. Aun así, la continuación de su línea de retirada, aunque no tan constreñida, estaba amenazada por una serie de ataques rusos que se extendían por más de 320 kilómetros.

El 10 de enero el general Rokossovski lanzó un ataque concéntrico sobre las fuerzas cercadas en Stalingrado, tras rechazar un ultimátum ruso para que se rindieran. Las tropas de Paulus estaban tan debilitadas por el hambre, el frío, las enfermedades, la depresión y la falta de municiones que no estaban en disposición de ofrecer una resistencia importante o prolongada. Aún menos eran capaces de romper el cerco. Así, los rusos pudieron detraer parte de sus fuerzas para reforzar el avance hacia el sur y aislar a las tropas alemanas en el Cáucaso. Conforme el cerco se estrechó se liberaron aún más hombres para esa misión.

Al comenzar este acto final en Stalingrado, las fuerzas de Kleist, que se habían retirado de la punta de su saliente en el Cáucaso, se encontraban en el río Kuma, entre Piatigorsk y Budenovsk. Diez días después el avance ruso al sur de Elista alcanzó un punto a más de ciento sesenta kilómetros tras la línea de Kuma. Sin embargo, para entonces las columnas en retirada de Kleist estaban aproximándose a Armavir y, por tanto, atravesando el punto de peligro inmediato.

No obstante, más atrás se estaba desarrollando un agudo peligro por parte del más potente avance ruso en ambas orillas del Don hacia Rostov. En la orilla este los rusos estaban cerca del río Manich, en la intersección ferroviaria de Salsk. En la oeste habían alcanzado el Donets no lejos del punto en que se encuentra con el curso inferior del Don. La retaguardia de Kleist seguía estando a más de tres veces la distancia de Rostov que los rusos.

Además, las exhaustas fuerzas de Manstein, que trataban de cubrir el flanco del pasillo de retirada de Kleist, estaban sometidas a tal presión que parecían a punto de quebrarse.

Pese a todo, las fuerzas en retirada ganaron la carrera y lograron escapar de la trampa. Diez días después la retaguardia de Kleist estaba cerca de Rostov y sus adversarios desconcertados. Afortunadamente para los alemanes, el desolado territorio cubierto de nieve había limitado incluso la capacidad rusa de avanzar más allá de sus distantes cabeceras ferroviarias lo bastante rápido y con fuerzas suficientes como para cerrar el cerco. No obstante, las mandíbulas solo habían estado abiertas lo justo. Las fuerzas de Manstein llevaban tanto tiempo en posiciones expuestas que sus propias posibilidades de retirada se vieron en peligro y algunas de las divisiones de Kleist tuvieron que acudir para ayudarlos en la retirada y reforzarlos.

Las fuerzas alemanas en el Cáucaso cruzaron sanas y salvas el Don en Rostov justo en el momento en que se producía el derrumbe de los alemanes en Stalingrado. El propio Paulus y gran parte de ellas se rindieron el 31 de enero. El último resto lo hizo el 2 de febrero. En total 92 000 hombres habían sido hechos prisioneros desde el principio del ataque ruso tres semanas antes, mientras que el total de bajas era de tres veces esa cifra.

Entre los que se rindieron había veinticuatro generales. Aunque a los generales alemanes en el frente del este se les había proporcionado pequeños tubos de veneno para que los usaran en caso de caer en manos rusas, pocos parecen haberlos utilizado hasta después del fallido «complot de los generales» para asesinar a Hitler, el 20 de julio de 1944, cuando empezaron a hacerlo en lugar de arriesgarse a caer en manos de la Gestapo. Sin embargo, a partir de entonces «Stalingrado» funcionó como un sutil veneno en las mentes de los comandantes alemanes en todas partes, minando su confianza en la estrategia que debían ejecutar. En un sentido moral, aún más que material, el desastre de ese ejército en Stalingrado tuvo un efecto del que el Ejército alemán nunca se recuperó.

Con todo, había una justificación en la declaración de consuelo por parte de Hitler, en el sentido de que el sacrificio del ejército en Stalingrado había proporcionado al Mando Supremo el tiempo y la posibilidad de aplicar contramedidas de las que dependía el destino de todo el frente del este. Si el ejército en Stalingrado se hubiera rendido en cualquier momento durante las primeras siete semanas tras completarse el cerco, se hubiera producido un desastre mucho mayor en el resto de los ejércitos alemanes. Porque las escasas fuerzas de Manstein probablemente no hubieran resistido el diluvio

ruso que hubiese descendido por el Don hasta Rostov y las fuerzas en el Cáucaso hubieran quedado aisladas. Su destino también hubiera quedado sellado si el ejército de Stalingrado hubiera logrado romper el cerco y retirarse en dirección oeste. Además, aunque su resistencia durante los últimos quince días de enero no fue lo bastante importante como para evitar que los rusos avanzaran hacia Rostov con energía, sí logró detener a una parte de sus fuerzas suficiente para representar una diferencia vital en las posibilidades de las fuerzas alemanas del Cáucaso de alcanzar Rostov a tiempo para colarse por el cuello de botella.

Aun con esta ayuda, la retirada desde el Cáucaso, se logró con el mínimo margen posible. En términos de tiempo, espacio, fuerza y condiciones climáticas fue un logro asombroso por el que Kleist fue nombrado mariscal. Y aunque la habilidad y tenacidad con que se llevó a cabo merecen reconocimiento, su significado mayor está en que demostró la extraordinaria capacidad de resistencia inherente a la defensa moderna siempre y cuando los mandos y las tropas mantengan la cabeza fría y el corazón valiente.

Otras pruebas de esta afirmación se produjeron durante las semanas siguientes. Aunque los ejércitos en retirada habían atravesado sanos y salvos el cuello de botella de Rostov, aún tenían que hacer frente a peligros que se desarrollaban muy por detrás de su línea de retirada. A mitad de enero el ala izquierda del general Vatutin había reanudado su avance en dirección sur desde la parte central del Don y hacia Donets detrás de Rostov. Además de provocar la caída de Millerovo, tras esquivar ese duro obstáculo, cruzaron el propio Donets en Kamensk y sus alrededores al este.

Durante esa misma semana se pusieron en marcha dos nuevas ofensivas rusas. Una tuvo lugar muy lejos, en el sector de Leningrado. Esta rompió el cerco de diecisiete meses de esa gran ciudad, aliviando la presión del sitio. Aunque no llegó a eliminar el saliente alemán en dirección al lago Ladoga, por la trasera de la ciudad, hizo una brecha a través de Schlüsselburg a lo largo de la orilla del lago. Esta operación estratégica creó una tráquea a través de la cual la guarnición y la población podían respirar mejor.

La otra ofensiva amenazaba el espacio vital alemán en el sur. Fue iniciada el 12 de enero por los ejércitos del general Golikov desde la franja oeste del Don por debajo de Voronezh, y penetró en el frente del 2.º Ejército y del 2.º Ejército húngaro. En una semana había penetrado 160 kilómetros, a mitad de camino del Don a Járkov. El ala derecha del general Vatutin lanzó un ataque convergente en dirección este por el pasillo entre el Don y el Donets.

Durante la última semana de enero la ofensiva se amplió. Mientras la atención se concentraba en el avance en dirección sudoeste hacia Járkov, los rusos atacaron en dirección oeste, desde Voronezh, en un frente amplio, derrotaron sorprendentemente la retirada local que estaban llevando a cabo los alemanes en ese lugar, convirtiéndolo en un reflujo generalizado. En apenas tres días los rusos habían avanzado casi la mitad del camino hasta Kursk, el trampolín desde el que el enemigo había lanzado su ofensiva de verano.

Durante la primera semana de febrero, avanzaron con su ala derecha y crearon una cuña profunda a través del ferrocarril y la carretera entre Kursk y Orel. Después abrieron otra cuña a través de la línea entre Kursk y Belgorod. Al haber flanqueado Kursk por los dos lados, capturaron la ciudad el 7 de febrero mediante un súbito salto adelante. Del mismo modo, la segunda cuña que habían establecido fue utilizada para provocar la caída de Belgorod dos días después. Esta conquista, a su vez, amenazaba el flanco norte de Járkov.

Mientras tanto este avance aparentemente directo sobre Járkov se había prolongado en dirección sudoeste, hacia el mar de Azov y la línea de retirada desde Rostov. El día 5 las fuerzas de Vatutin capturaron Izium, donde los alemanes habían creado su palanca de flanco decisiva en primavera, y aprovecharon su cruce del Donets para crear, a su vez, una cuña a través del ferrocarril al sur del Donets, se desplegaron en dirección oeste y capturaron el importante nudo ferroviario de Lozovaya en día 11.

Estas nuevas conquistas territoriales socavaron la situación de la propia Járkov, que cayó en manos de Golikov el día 16. Aunque este fue un triunfo, el peligro más inmediato para la situación alemana en su conjunto procedía de la continuación del avance ruso hacia el sur, desde Donets y hacia el mar de Azov. Cuatro días antes, una fuerza móvil había llegado a Krasnoarmeisk, en la ruta principal desde Rostov hacia Dnepropetrovsk. Esto amenazó con cortar la retirada de los ejércitos que acababan de escapar de la trampa del Cáucaso.

El patrón de alternancia y ritmo de la ofensiva rusa se había vuelto mucho más marcados que durante la etapa anterior. Teniendo en cuenta la amplitud del frente que debían cubrir con unas reservas menguantes, es fácil apreciar la presión que cayó sobre la capacidad de resistencia alemana y sus ya de por sí forzados recursos. La manera progresiva y variable en la que los rusos habían jugado con esa debilidad proporcionó una ilustrativa demostración de la técnica rusa mejorada y del modo en que habían aprendido a explotar su nueva superioridad. Al examinar el proceso mediante el cual habían capturado esa importante sucesión de lugares clave, puede verse que

en cada uno de los casos esa captura —incluso cuando era el resultado de un avance en el entorno inmediato— era la secuela de un movimiento indirecto que hacía que la plaza fuera virtualmente insostenible o, al menos, anulaba su valor estratégico. El efecto de esta serie de ventajas indirectas puede trazarse claramente en la pauta de las operaciones. Podemos comparar el mando del Ejército Rojo con un pianista que moviera sus dedos de un lado a otro del teclado.

Aunque este ritmo alterno de la ofensiva rusa era similar al que había llevado a cabo el mariscal Foch en 1918, este método estratégico era más sutil y se aplicaba de manera más rápida. A cada ocasión el punto de ataque era más engañoso y el proceso se veía interrumpido por pausas más cortas. Mientras que los movimientos preparatorios nunca se dirigían directamente al lugar que pretendían amenazar, las maniobras finales a menudo eran directas en un sentido geográfico y, por tanto, eran psicológicamente indirectas, puesto que procedían de la dirección menos esperable.

Sin embargo, se produjo un cambio drástico durante la segunda quincena de febrero. La ventaja rusa comenzó a desaparecer cuando avanzaron en el Donets hacia el mar de Azov y la curva del Dniéper, para aislar a los ejércitos alemanes del sur. Ahora el objetivo ruso era obvio, conduciéndolos a la misma zona a la que se dirigían los alemanes. Por tanto, la siguiente fase se convirtió en una carrera que planteaba la cuestión de si los rusos podrían situarse en el pasillo de retirada de los alemanes antes de que estos pudieran llegar allí y concentrarse para frenar el ataque.

Por desgracia para los rusos un deshielo temprano los frenó en ese momento y se añadió a la desventaja derivada de su prolongado avance. Al planear su ofensiva de invierno descubrieron que la parte administrativa del plan no encajaba con la estratégica, ya que no había suficientes medios de transporte para trasladar ni la mitad de los suministros mínimos de gasolina, municiones y alimentos necesarios para esa amplia variedad de ataques. Con una característica audacia decidieron que, en lugar de modificar el plan, ¡contarían con obtener una gran parte de sus necesidades del enemigo! Esta política tuvo éxito, ya que los rusos se apoderaron de un buen número de depósitos de suministros en cada avance. No obstante, cuando la resistencia enemiga se fortalecía y las capturas disminuían, los rusos eran más sensibles a su carencia de vehículos, que era mayor cuanto más se alejaban de los depósitos ferroviarios. Así, la ley del excesivo estiramiento de las líneas volvió a ponerse en juego, esta vez en menoscabo de los rusos. Había menos líneas de ferrocarril en el pasillo Don-Donets y, además, eran perpendiculares

a su línea de avance en dirección sudoeste. Por el contrario, la dirección este-oeste de las líneas férreas al sur del Donets relativamente numerosas ayudó a los alemanes a acelerar su concentración en los puntos en peligro. También comenzaron a beneficiarse por la concentración de su frente, que ahora era casi mil kilómetros más corto de lo que había sido en otoño.

Obligados a detenerse por esta conjunción de causas, los rusos se encontraron en una posición muy difícil. Habían avanzado por una gran cuña unos 130 kilómetros más allá del Donets en dirección al Dniéper, quedándose a cincuenta kilómetros de este, en Pavlograd. También habían penetrado por una cuña más pequeña, de 110 kilómetros más allá del Donets en dirección sur, hasta Krasnoarmeisk, a través de un pasillo entre ese río y el mar de Azov. Los alemanes, tras concentrar sus fuerzas disponibles, lanzaron rápidamente un contraataque en tres direcciones bajo la dirección de Manstein. Tenía el objetivo de sacar provecho de la irregularidad de la posición saliente de los rusos, en especial de sus dos partes avanzadas. Hubo un ataque por la izquierda desde el Dniéper contra la punta sudoeste y otro por la derecha contra la punta sudeste, mientras que por el centro hubo un tercer ataque contra el frente hundido entre ambos extremos, hacia Lozovaya. Ambos extremos fueron eliminados y las cuñas blindadas alemanas penetraron en profundidad en el cuerpo del saliente. Estos contraataques en la última semana de febrero se convirtieron en una contraofensiva general conforme la retirada alemana hacia el oeste desde Rostov ofreció más refuerzos. En la primera semana de marzo el avance alemán había vuelto a alcanzar el Donets en un amplio frente alrededor de Izium. El saliente ruso prácticamente había sido barrido y una gran parte de las fuerzas rusas estaban arrinconadas al sur de Járkov.

Si los alemanes hubieran podido cruzar el Donets rápidamente y situarse en la retaguardia de los ejércitos rusos que avanzaban hacia el oeste, podrían haber provocado un desastre ruso comparable con el suyo propio en Stalingrado. Sin embargo, se vieron obstaculizados en el intento y no tenían suficiente capacidad como para capturar ningún obstáculo fuertemente defendido. Tras este freno el centro de gravedad se desplazó al noroeste, donde la presión envolvente alemana expulsó a los rusos de Járkov, una vez más, el 15 de marzo. Cuatro días después un rápido avance alemán al norte de esa ciudad recuperó Belgorod. Ese fue el límite de los triunfos alemanes. Su contraofensiva perdió fuerza durante la semana siguiente entre la nieve a medio derretir del deshielo primaveral.

Mientras los alemanes mantenían su contraofensiva en el sur, habían estado retrocediendo en el norte. Era la primera retirada significativa en más de un año. Tras la campaña de invierno 1941-1942, el frente alemán a la altura de Moscú tenía la forma de un puño cerrado, con los rusos alrededor de la muñeca, en la zona de Smolensk. En agosto los rusos habían atacado duramente el nudillo izquierdo, el centro fortificado de Rzhev, en un intento de crear una distracción en ayuda de Stalingrado, quebrando la parte central del frente enemigo. Su ofensiva se vio frustrada por la feroz resistencia de Rzhev, pero había logrado cortar sus flancos y dejar expuesto el nudillo. Un nuevo intento en noviembre había aumentado su exposición, por lo que pasó a parecerse a una península con un estrecho istmo. Al final del año los rusos atacaron desde el extremo de su propio gran saliente al norte del alemán, capturando el nudo de Velikie Luki, a 240 kilómetros al oeste de Rzhev, en la línea de Moscú a Riga. Como resultado de ello el peligro, no solo para Rzhev, sino para todo el puño se hizo más palpable.

Un mes más tarde el peligro se vio intensificado de manera indirecta por la rendición de las fuerzas de Stalingrado, mientras que el subsiguiente hundimiento en el sur mostró el precio de tratar de mantener frentes demasiado estirados. Entonces Zeitzler, por una vez en su negociación con Hitler, logró convencerlo de algo importante. Por mucho que este odiara cualquier tipo de retirada, y especialmente una que les hiciera retroceder frente a Moscú, aceptó que el frente se enderezara en esa zona, para evitar su caída y liberar reservas. Rzhev fue evacuada a principios de marzo, justo cuando comenzaba un nuevo ataque ruso, y el día 12 todo el puño fue abandonado, incluyendo el importante centro de comunicaciones de Viazma. Los alemanes se retiraron a una línea recta que protegía Smolensk. El saliente fortificado de Demiansk, más pequeño, entre Velikie Luki y el lago Ilmen, también fue abandonado a principios de marzo. (La significación de este paso atrás no se percibió con claridad en occidente, ya que los periódicos británicos y estadounidenses habían mostrado una línea recta durante más de un año, situando a Demiansk muy dentro de las líneas rusas).

No obstante, lo que los alemanes ganaron gracias a este acortamiento del frente en el norte fue más que compensado por la nueva extensión, y tentación, creada por el éxito de su contraofensiva en el sur. Anuló la esperanza de los generales de que Hitler aceptara un amplio paso atrás donde pudieran consolidarse y reorganizarse en condiciones, lejos del alcance ruso. Ese éxito ofrecía una nueva serie de trampolines ofensivos que parecían muy prometedores a un hombre cuyos instintos eran predominantemente

ofensivos, y cuya mentalidad era muy reticente a abandonar la idea de que toda la situación podía cambiar a su favor gracias a una apuesta ofensiva.

El éxito de la contraofensiva había hecho desaparecer la necesidad urgente de abandonar la cuenca del Donets. Al permanecer sobre la línea del año anterior, al sur del Donets, cerca de Tagangrog, Hitler podía preservar ese activo industrial y, al tiempo, la esperanza de un nuevo ataque en el Cáucaso. Mediante el regreso reciente a las orillas del Donets, más al oeste, entre Járkov e Izium, Hitler podía visualizar el desarrollo de un nuevo trampolín de flanco en esta posición. Al recuperar Belgorod y mantener Orel tenía excelentes posiciones en el flanco para un ataque en forma de pinza contra la posición en Kursk y alrededores. Pellizcando este enorme saliente produciría un profundo agujero en el frente ruso y, una vez que sus divisiones *panzer* lo atravesaran, podría suceder cualquier cosa. La fuerza rusa era mayor de lo que pensaba inicialmente, pero sus pérdidas habían sido muy grandes. Solo los «viejos generales» consideraban que sus recursos eran inagotables. Siguiendo esta línea de pensamiento, y sesgado por su tendencia natural, a Hitler le parecía cada vez más que un ataque en Kursk volvería a poner la balanza a su favor y proporcionaría una solución a todos sus problemas. Le resultó fácil convencerse de que los problemas se debían al invierno ruso y que siempre podría contar con la ventaja del verano. Esta perspectiva se convirtió en su sueño de una noche de verano.

Aunque la ofensiva principal debía realizarse en el sector de Kursk, su programa de verano también incluía el ataque en Leningrado pospuesto en dos ocasiones. Es curioso hasta qué punto este plan repetía las líneas y puntos del de 1942. Se había creado un cuerpo paracaidista compuesto por dos divisiones y debía utilizarse para ser lanzado sobre Leningrado con el fin de abrir camino al ataque terrestre. Conforme sus posibilidades se desvanecían Hitler se volvía más arriesgado, ya que un año antes había dudado si aceptar la propuesta del general Student para un ataque aerotransportado en Stalingrado. Sin embargo, tras la caída de Túnez este cuerpo había sido enviado al sur de Francia, listo para dar una respuesta aerotransportada contra el previsto desembarco aliado en Cerdeña. Y después, la derrota de la ofensiva de Kursk llevó al abandono completo y definitivo del ataque a Leningrado.

Había división de opiniones entre los generales sobre el plan de Kursk. Un creciente número de ellos dudaba de que fuera posible una victoria en el este, y entre los dudosos, este año se encontraba un creyente como Kleist. No obstante, en esta ocasión no estaba implicado directamente en la ofensiva.

Con el reagrupamiento de la campaña de invierno Manstein había sido puesto al frente de la parte principal del frente sur. El 1.^{er} Ejército Panzer había sido transferido a su grupo de ejércitos a principios de año, mientras que Kleist solo quedó a cargo de Crimea y de la cabeza de puente de Kuban. La ofensiva contra el saliente de Kursk debía ser realizada por el ala izquierda de Masntein contra su flanco sur y por el ala derecha del Grupo de Ejércitos Centro de Kluge contra el flanco norte. Ambos comandantes hablaron previamente como si pensaran que había posibilidades de éxito. Pero las esperanzas suelen surgir de las oportunidades profesionales. Los militares más entusiastas manifiestan una inclinación natural a tener fe en una operación que les encargan y una reticencia natural a expresar dudas que debiliten la fe de su superior en sus capacidades.

Toda la educación militar también contribuía a reprimir las dudas. Mientras que muchos de los generales para entonces eran partidarios de una larga retirada para quitarse de encima a los rusos, como había defendido Rundstedt más de un año antes, Hitler prohibía esa medida. Como la línea que ocupaban los ejércitos alemanes al final del invierno, no eran favorables para la defensa, los generales estaban más inclinados a aplicar el principio que les habían enseñado: que «el ataque es la mejor defensa». Al atacar solventaban los defectos de su posición y trastocaban las disposiciones enemigas para continuar su ofensiva. Así, todos los esfuerzos se concentraron en lograr el éxito del ataque sin considerar las consecuencias del fracaso ni que la manera de utilizar las nuevas reservas acumuladas por Alemania comprometería cualquier defensa posterior.

La disminución de los activos alemanes quedaba disimulada por una política de secreto interno extremo combinada con una creciente dilución de las unidades y formaciones. La cantidad de divisiones casi se mantuvo al mismo nivel, por lo que la falsedad de la cifra, como reflejo de su fuerza real, no era evidente. En primavera de 1943 promediaban poco más de la mitad de lo que se suponía, tanto en hombres como en armamento, aunque muchas divisiones se quedaban muy por debajo de ese nivel, mientras que otras casi llegaban a la plantilla teórica. Bajo la política de seguridad, los comandantes vivían en compartimentos estancos, de modo que pocos de ellos tenían una clara idea de la situación general, y se les decía que era mejor no preguntar. Con todo, la política de dilución estaba dictada por otros factores además del de camuflaje.

Hitler estaba fascinado, y ebrio, de cifras. Para su mente demagógica los números implicaban poder. Como la división era la unidad estándar de

medida militar, estaba obsesionado con la importancia de tener el mayor número posible de divisiones, aunque sus victorias en 1940 se habían conseguido básicamente por la superioridad cualitativa de la parte mecanizada de sus fuerzas. Antes de la invasión de Rusia había insistido en la política de dilución con el fin de producir la mayor cantidad de divisiones posible y posteriormente aumentó la dilución para evitar un descenso en ese total engañoso. La consecuencia de la dilución fue un peligroso nivel de inflación en la esfera de la economía militar.

En 1943 la extensión de esa inflación contribuyó en gran medida a anular las ventajas obtenidas por las mejoras cualitativas del equipamiento alemán, especialmente la producción de los nuevos tanques Tiger y Panther. Cuando una división tiene graves pérdidas la punta de lanza tiende a reducirse mucho más que sus efectivos globales, ya que las pérdidas recaen principalmente en las tropas de combate. En una división acorazada la mayor ratio se da normalmente en los tanques y sus tripulaciones, un nivel inferior en los componentes de infantería y el más bajo en las tropas administrativas. Por tanto, es antieconómico, en términos de capacidad de combate, mantener divisiones, especialmente las acorazadas, a un nivel inferior al de su dotación normal. A menos que las pérdidas se compensen rápido, el cuerpo permanece improductivamente grande en comparación con su poder efectivo.

Estos inconvenientes del Ejército alemán se acentuaron por el hecho de que el Ejército Rojo era cualitativamente mucho mejor que en 1942, además de superior en número. Su desempeño se beneficiaba del creciente flujo de equipamiento procedente de las fábricas de los Urales nuevas y ampliadas, y de sus aliados occidentales. Sus tanques eran tan buenos como los de cualquier otro ejército, incluso muchos oficiales alemanes los consideraban mejores. Aunque sufrían carestía de accesorios, como equipos de radio, tenían un alto nivel de eficiencia en el desempeño, la resistencia y el armamento. La artillería rusa era de una calidad excelente y había habido un desarrollo de lanzacohetes a gran escala que eran notablemente efectivos. El fusil ruso era más moderno que el alemán y capaz de un ritmo de fuego superior, mientras que la mayor parte del armamento de infantería más pesado también era buena.

La principal deficiencia era el transporte motorizado y esa carencia vital estaba siendo compensada por un creciente flujo de caminos estadounidenses. Casi igual de importante para la movilidad era la cantidad de comida envasada procedente de Estados Unidos, puesto que también ayudaba a resolver el problema de suministro que, debido al enorme tamaño de las

fuerzas rusas y la escasez de comunicaciones, constituía el mayor freno para su capacidad de ejercer fuerza. Si las tropas rusas no hubieran estado acostumbradas a vivir y combatir con un nivel inferior de aprovisionamiento que los ejércitos occidentales, hubiera sido un problema mucho más grave. Aunque el Ejército Rojo nunca alcanzó un nivel de movilidad equivalente, era más móvil que los occidentales considerando sus recursos técnicos, dado que podía operar con una escala de requisitos muy inferior. Su carácter primitivo era un activo además de un déficit. Los soldados rusos podían subsistir en situaciones en que otros hubieran muerto de hambre. Así pues, las puntas de lanza del Ejército Rojo ahora tenían una capacidad de penetración mayor, gracias a contar con recursos más amplios, mientras que las masas podían seguir detrás por necesitar tan poco en términos de transporte y alimentos.

El Ejército Rojo también había mejorado mucho en capacidad táctica. Mientras que en 1942 se había producido un deterioro debido a la pérdida de una alta proporción de sus tropas mejor entrenadas en 1941, la creciente experiencia en el campo de batalla había compensado en gran medida ese defecto en 1943, dando a las nuevas formaciones unos rudimentos mayores que los que habían recibido las anteriores en el entrenamiento de antes de la guerra. La mejora comenzó en la cima. Una drástica eliminación de los líderes originales había dejado espacio para el rápido ascenso de una generación de jóvenes y dinámicos generales, la mayor parte de menos de cuarenta años, que eran más profesionales y menos políticos que sus predecesores. La edad media de los altos comandantes rusos era ahora inferior en casi veinte años a la alemana, y la reducción de la edad produjo un aumento de la eficacia, así como de la actividad. El efecto conjunto de un liderazgo nuevo y la madurez de la experiencia en combate se reflejó tanto en el trabajo del Estado Mayor como en la capacidad táctica de las tropas.

La mejora podría haber sido aún más efectiva sin la tendencia de los generales, por miedo o por querer destacar, a continuar inútilmente con aquellos ataques que habían alcanzado puntos donde había una fuerte resistencia. En lugar de admitir el fracaso, sus tropas eran lanzadas una y otra vez contra obstáculos insalvables, con un coste creciente. Estos ataques son una tendencia habitual en los ejércitos por la combinación de un sistema jerárquico y la disciplina militar, pero se acentuaba en el Ejército Rojo por las condiciones soviéticas, las tradiciones rusas y los recursos del país. Bajo este sistema solo los comandantes con la posición más sólida podían arriesgarse a ejercer un sentido de los límites de lo posible, mientras que la abundancia de

material humano animaba al derroche. Era más fácil ser implacable sacrificando hombres que arriesgarse a sufrir la ira del superior.

En conjunto, la inmensidad del espacio contrarrestó en gran medida estas tendencias a usar el ariete. En general había espacio para maniobrar, y el Alto Mando ruso se había vuelto habilidoso en la búsqueda de puntos débiles en el muy extenso frente enemigo. Dado que el Ejército Rojo tenía ahora una superioridad general numérica, el Alto Mando podía contar con tener una ratio de 4 a 1 en cualquier sector en el que decidiera concentrarse para atacar, y una vez lograda la penetración, el espacio de maniobra se expandía aún más. Los inútiles ataques frontales y su ineficiente repetición eran más habituales en el norte, donde las defensas alemanas estaban más cerca unas de otras y eran más sólidas. En el sur los rusos tenían a sus mejores comandantes y tropas, junto al espacio necesario para explotar sus habilidades.

Sin embargo, el modo en que los alemanes se mantuvieron firmes frente a tantas dificultades era una prueba —incluso antes de que dos años de prolongación de la guerra lo confirmaran— de que las fuerzas rusas seguían estando lejos de sobrepasar la superioridad técnica de las tropas alemanas. La conciencia de esa superioridad influyó en la actitud de ambos bandos en la primavera de 1943. Animó a Hitler, e incluso a sus asesores militares, con la esperanza de que se pudiera desequilibrar la balanza a favor de Alemania si se evitaban los errores del pasado. Dejó una duda en la confianza que los líderes rusos habían logrado gracias a sus éxitos en invierno, ya que no podían olvidar que las esperanzas generadas por esos éxitos se diluyeron durante el verano siguiente. En vísperas de un nuevo verano, no podían estar seguros de la certeza del triunfo.

La incertidumbre subyacente quizás fue responsable de un interludio diplomático significativo antes de retomar los combates. En junio Molotov se reunió con Ribbentrop en Kirovograd, por entonces dentro de las líneas alemanas, para tratar de la posibilidad de terminar la guerra. Según oficiales alemanes que participaron en el encuentro como asesores técnicos, Ribbentrop planteó como condición para la paz que la futura frontera rusa debía seguir el curso del Dniéper, mientras que Molotov no aceptaría menos de la recuperación de la frontera original; las discusiones se interrumpieron por las dificultades para sortear esa diferencia y se cancelaron después de que se informara de una filtración de los encuentros a las potencias occidentales. La cuestión volvió a depender del juicio de la batalla.

El inicio de la campaña de verano fue más tardío que en los dos años anteriores. Transcurrieron más de tres meses desde el cierre de la campaña de

invierno. Este largo retraso se debió, al menos en parte, a la creciente dificultad de Alemania para reequipar a sus fuerzas y para acumular las reservas necesarias para otra ofensiva. No obstante, también había un creciente deseo de ver a los rusos tomar la iniciativa ofensiva y quedar atrapados, de modo que la ofensiva alemana consistiera en un contraataque. Ese deseo se vio frustrado no tanto por la impaciencia de Hitler como por la decisión rusa de adoptar esta vez una estrategia similar.

Retrospectivamente, el punto de vista de los líderes alemanes fue que su ofensiva habría logrado un gran éxito si sus fuerzas hubieran estado listas para lanzarla seis semanas antes. Cuando su pinza se quedó atascada en una profunda serie de campos de minas y comprendieron que los rusos habían retirado sus fuerzas principales muy en retaguardia, atribuyeron su fracaso al hecho de que los rusos se habían enterado de sus preparativos en el intervalo y, por tanto, habían podido hacer las disposiciones adecuadas. Este punto de vista ignoraba la obviedad del saliente de Kursk como objetivo. Se trataba de una clara invitación para una pinza alemana como el limítrofe saliente de Orel para los rusos. Así pues, había poco terreno de duda sobre el lugar del ataque en cualquiera de los bandos. La cuestión era quién atacaría antes.

Esto había estado debatiéndose en el bando ruso, donde el argumento para atacar primero era que la defensa rusa había sido superada durante dos veranos consecutivos por los ataques alemanes y la confianza generada por los muchos éxitos ofensivos rusos a partir de Stalingrado hacía que sus líderes estuvieran más deseosos de tomar la iniciativa en verano. Por otra parte, se señaló que, de hecho, en 1942 había tomado la iniciativa con su ofensiva de mayo en Járkov, cuya secuela desastrosa había sido el derrumbe ruso entre ese punto y Kursk durante el mes de junio.

En su primera conferencia con el Estado Mayor ruso a finales de mayo, el nuevo jefe de la misión militar británica, el teniente general G. Le Q. Martel tuvo la impresión de que la balanza se inclinaba a favor de iniciar la ofensiva. Dijo francamente que pensaba que era buscarse problemas lanzar la ofensiva mientras las renovadas fuerzas *panzer* alemanas seguían sin estar comprometidas y que los rusos «recibirían un buen golpe si hacían algo así».

Unos pocos días después le preguntaron por las tácticas británicas en el norte de África y «les explicó que nuestra victoria en El Alamein se debió en gran medida a que habíamos dejado que los alemanes destrozaran, o al menos debilitaran, sus fuerzas blindadas contra nuestras defensas. Una vez comprometidos y zarandeados llegó el momento de pasar a la ofensiva». En la siguiente conferencia tuvo la impresión de que el Estado Mayor ruso se

inclinaba por ese plan. Aprovechó la oportunidad de transmitirles otra lección basada en la experiencia británica: la importancia de conservar las «caderas» de ambos lados de una penetración con tanques y de usar todas las reservas disponibles para reforzar los flancos de la abertura, como freno indirecto, en lugar de oponerse frontalmente al torrente.^[1]

Al trazar los orígenes de cualquier plan suele ser difícil determinar las influencias que lo determinaron, incluso en los casos en que todos los archivos son accesibles, y que rara vez los documentos registran las causas que realmente estuvieron en el origen. No muestran cómo se propagan las ideas y crecen en las mentes de los organizadores reales. Algunos de los que esparcen las ideas tienden a sobreestimar el efecto de su semilla particular, mientras que aquellos en cuyas mentes fructifican están menos dispuestos a minimizar sus efectos, por muy influyentes que hayan sido. Esto se aplica con especial intensidad a los círculos oficiales, y muy especialmente allí donde el orgullo nacional está en juego. Entre los aliados es norma que cada uno minimice la ayuda recibida y maximice la ayuda proporcionada, ya sea material o intangible. Es improbable que la historia arroje más luz en el modo en que se decidió el plan ruso de 1943, aunque es evidente que sus planificadores estratégicos tenían amplia experiencia de sus propias campañas para extraer las conclusiones implícitas en el plan que adoptaron.

Su mayor significado estriba en el resultado drásticamente decisivo de adoptar el método defensivo-ofensivo.

El ataque alemán se desencadenó al amanecer del 5 de julio, contra los dos flancos del saliente de Kursk. La cara recta de ese saliente era de casi 160 kilómetros de ancho; el lado sur tenía una profundidad de unos noventa y el norte de más de 240 kilómetros, ya que coincidía con el flanco del saliente alemán de Orel, que se proyectaba en dirección contraria. La parte principal del saliente estaba defendido por las tropas de Rokossovsky, mientras que el ala derecha de Vatutin abrazaba la esquina izquierda.

La pinza sur de Manstein y la norte de Kluge eran aproximadamente iguales en fuerza, pero el primero tenía una mayor proporción de blindados. En conjunto, dieciocho divisiones *panzer* o *panzergrenadier* fueron empleadas en esta ofensiva. Formaban casi la mitad del total de las fuerzas empleadas y casi todos los tanques alemanes disponibles en el frente del este. Hitler iba con todo.

Durante los primeros días la pinza sur penetró unos treinta kilómetros en algunos puntos, lo cual no era un ritmo rápido de penetración. Los alemanes fueron frenados por los profundos campos de minas encontrados y se dieron

cuenta de que la masa de las fuerzas defensoras había sido desplazada a retaguardia, por lo que la bolsa de prisioneros era decepcionantemente pequeña. Además, tenían dificultades para expandir las cuñas que habían abierto por la tenaz defensa de los laterales del saliente. La pinza de Kluge en el norte penetró aún menos y no logró romper la principal posición defensiva de los rusos. Después de una semana de combates, las divisiones *panzer* se habían visto sustancialmente reducidas en fuerza. Alarmado por los signos de una amenaza inminente en su propio flanco, Kluge comenzó a retirar sus divisiones acorazadas.

Al mismo tiempo, el 12 de julio, los rusos lanzaron su ofensiva contra el flanco norte y la nariz del saliente de Orel. El ataque norte penetró unos cincuenta kilómetros en tres días, hacia la parte trasera de Orel, mientras que el otro avance, que tenía menos distancia que recorrer, se quedó a veinticuatro kilómetros de la ciudad. Pese a todo, cuatro de las divisiones *panzer* que Kluge había replegado llegaron justo a tiempo para evitar que el ala norte rusa se desplegara atravesando el ferrocarril de Orel a Briansk. A partir de entonces la ofensiva se convirtió en un proceso de fuerte empuje, confiando en el peso superior de la fuerza para hacer retroceder a los alemanes. Fue un esfuerzo costoso, pero se vio ayudado por el cambio de las fuerzas de Rokossovsky que pasaron a la ofensiva en el flanco sur a partir del saliente de Kursk. Finalmente, los alemanes fueron expulsados de Orel el 5 de agosto. Esta ciudad no solo había sido uno de los bastiones principales y más impresionantes del frente alemán desde 1941, sino que al permanecer intacto existía la posibilidad de renovar la amenaza sobre Moscú. La situación estratégica de Orel se combinaba con su probada fortaleza para convertirlo en un símbolo militar y, por tanto, su evacuación era tan deprimente para la confianza alemana como estimulante para los rusos.

Mientras tanto las tropas de Vatutin habían seguido la retirada alemana desde la brecha abierta en el lado sur del saliente de Kursk hasta la línea de partida original. El 4 de agosto Vatutin lanzó un ataque contra esa debilitada línea y al otro día capturó Belgorod. Explotó el agotamiento del enemigo avanzando 130 kilómetros durante la semana siguiente, moviéndose hacia la trasera de Járkov y sus comunicaciones con Kiev. Este movimiento de guadaña generaba una perspectiva de dislocar todo el frente sur alemán. Diez días después las fuerzas de Koniev, a la izquierda de Vatutin, cruzaron el Donets al sudeste de Járkov y amenazaron con completar el cerco de la ciudad. Koniev había creado esta amenaza al elegir, audazmente, los pantanos de Liubotin como el punto de cruce del Donets.

Si cualquiera de los ataques hubiera alcanzado el nudo de Poltava no solo hubiera atrapado a la guarnición de Járkov, sino que hubiera sembrado la confusión entre todas las fuerzas alemanas que formaban el extenso brazo derecho a lo largo del Donets. En ese momento el III Cuerpo Panzer casi era la única reserva considerable que quedaba. Junto a las tres divisiones *panzer* SS acababa de ser enviado a hacer frente a una amenaza en el río Mius, cerca de Taganrog. Fue devuelta rápidamente al lugar de partida y justo logró frenar el peligro cerca de Poltava. Esto permitió al grueso de las tropas en Járkov retirarse antes de la caída de la ciudad, el 23 de agosto. También en otros puntos las debilitadas divisiones *panzer* mostraban que, aunque les quedaba poco empuje, todavía podían frenar el avance ruso. La crisis se pudo capear y la situación se estabilizó, aunque no se volvió estática. Los rusos continuaron avanzando, aunque a un ritmo menor. En las seis semanas posteriores al inicio de su ofensiva hicieron veinticinco mil prisioneros. Era un exiguo total para una batalla tan grande, que cubría muchos sectores y un indicio de que los derrumbes de la defensa habían sido locales y limitados.

Durante la segunda mitad de agosto la ofensiva rusa se extendió más. Mientras las fuerzas de Popov avanzaban gradualmente desde Orel a Briansk, las fuerzas de Yeremenko iniciaron un avance hacia Smolensk en el flanco derecho. En su flanco izquierdo un avance más profundo hacia el Dniéper, cerca de Kiev, fue lanzado por Rokossovsky, mientras que Vatutin convergía hacia allí. En el extremo sur Tolbujin cruzó el río Mius y forzó el abandono de Taganrog. Entonces, a principios de septiembre, Malinovski atacó el sur, a través del Donets, hacia Stalino, y esta cuña en el flanco provocó una rápida retirada de los alemanes de sus posiciones avanzadas al sur del Donets. Sin embargo, significativamente lograron conservar los puntos que cubrían de manera inmediata el flanco de su larga retirada, incluyendo el ferrocarril, hasta que la mayoría de las tropas se salvaron de la trampa. El nudo ferroviario de Lozovaya no cayó hasta mediados de septiembre.

La pauta y el ritmo de las operaciones rusas se parecía más y más a la ofensiva general de Foch en 1918, con sus series de ataques alternativos en diferentes puntos, cada uno de ellos interrumpido cuando su ímpetu inicial se desvanecía frente a una resistencia más dura, y cada uno dirigido a abrir camino al siguiente, además de que todos estaban regulados para reaccionar entre sí. En 1918 llevó a los alemanes a enviar rápidamente sus reservas a los puntos atacados, reduciendo, al mismo tiempo, su capacidad de mover esas reservas a tiempo a los puntos que iban a ser atacados a continuación. Paralizó su libertad de acción y agotó progresivamente su equilibrio de

reservas. Los rusos lo estaban repitiendo un cuarto de siglo después, en circunstancias más favorables y de manera mejorada.

Este es el método natural para un ejército limitado en movilidad, pero poseedor de una superioridad de fuerza general. Y es aún más adecuado en aquellos momentos y lugares en que las comunicaciones laterales son escasas para posibilitar el rápido envío de reservas de un sector a otro y explotar un éxito local. Dado que supone abrir una nueva brecha en el frente en cada ocasión, el coste de esta «amplia» explotación tiende a ser mayor que cuando es «profunda». También tiene menos posibilidades de ser rápidamente decisiva, pero su final es más seguro, siempre que el ejército que aplique este método tenga un equilibrio de superioridad material para mantener el proceso.

En esta ofensiva las pérdidas rusas fueron, naturalmente, mayores que las enemigas, pero los alemanes perdieron más de lo que se podían permitir, después del costoso fracaso de su propia ofensiva. Para ellos el desgaste implicaba la ruina. El rechazo de Hitler a sancionar cualquier repliegue de largo alcance retrasaba su retirada, pero aceleraba su agotamiento.

En septiembre, el adelgazamiento de su frente y la disminución de sus reservas se vieron reflejados en la aceleración del ritmo de avance ruso. Generales tan hábiles como Vatutin, Koniev y Rokossovski sacaron rápido provecho de los puntos débiles en el amplio frente. Su impulso se vio favorecido por el creciente flujo de caminos estadounidenses. Antes de final del mes los rusos habían llegado al Dniéper, no solo en su gran curva este, cerca de Dnepropetrovsk, sino a lo largo de la mayor parte de su curso, incluso hasta el río Prípiat, más allá de Kiev. Se produjeron cruces del río en una gran cantidad de puntos y se crearon cabezas de puente. Esto fue una amenaza para las posibilidades alemanas de poder descansar y reorganizarse tras el refugio de esa amplia barrera fluvial que algunos portavoces militares habían descrito, imprudentemente, como su «línea de invierno». La facilidad con la que los rusos habían culminado los cruces se vio favorecida por la habilidad y audacia de sus comandantes al aprovechar el potencial del espacio. La importante cabeza de puente creada alrededor de Kremenchug, al sudoeste de Poltava, tenía mucho que ver con la decisión de Koniev, quien, en lugar de concentrar sus esfuerzos en una sola línea, fijó que los cruces se realizaran en un amplio abanico de puntos, en total dieciocho en tramos de casi cien kilómetros. Lo «inesperado» de esta calculada dispersión se vio aumentado por el modo en que se llevaron a cabo los cruces, bajo la cobertura de la niebla. Gracias a un método similar Vatutin logró una serie de puntos de apoyo al norte de Kiev que posteriormente se unieron entre sí.

No obstante, el factor fundamental de la situación fue que los alemanes ya no tenían tropas suficientes para cubrir todo su frente, ni siquiera por una fina capa de unidades, y tenía que depender de contraataques para evitar la expansión de los puntos de apoyo enemigos. Esta era una política precaria dada la escasez de sus reservas y la importancia numérica de los atacantes.

El día 25, a 480 kilómetros al norte de Kiev, los alemanes abandonaron Smolensk. Habían sido expulsados de Briansk una semana antes. Se estaban replegando lentamente de la cadena de ciudades bastión del curso superior del Dniéper: Zhlobin, Rogachev, Maguilov y Orsha hasta Vitebsk en el Dvina.

En el extremo sur evacuaron sus cabezas de puente en el Kuban y se retiraron a través del estrecho de Kerch a la península de Crimea, esta última también en peligro de ser aislada por el avance ruso en el continente. Kleist había recibido órdenes de evacuar el Kuban y ocupar el sector entre el mar de Azov y la curva del Dniéper en Zaporiyia. Esa decisión se tomó quince días demasiado tarde. Cuando estas tropas comenzaron a llegar a sus nuevas posiciones, a mediados de octubre, los rusos habían penetrado en Melitópol, y todo el sector estaba en ebullición.

Tras los cruces iniciales del Dniéper, este sector estuvo relativamente tranquilo durante la primera mitad de octubre, mientras los rusos mandaban refuerzos, acumulaban suministros y construían puentes para hacerlos llegar a la otra orilla. La mayoría eran de pilones o de caballetes, construidos con rapidez a partir de árboles caídos cerca del lugar de cruce. Los rusos eran maestros en este arte de improvisar puentes, como lo habían sido las tropas de Sherman en su marcha a través de Georgia y las Carolinas.^[2] El tiempo medio necesario para que un puente atravesara este gran río y soportara el transporte más pesado era de cuatro días.

Mientras la atención estaba centrada en Kiev, donde se esperaba que se desencadenara una tormenta, la siguiente fase comenzó con un ataque casi a mitad de camino en el largo trecho entre la curva del Dniéper y Kiev. De pronto Koniev apareció en la cabeza de puente de Kremenchug, al sudoeste de Poltava y creó una cuña enorme en dirección sur a través de la base de ese gran saliente. Al principio había pocas tropas alemanas para hacerle frente, pero Manstein pronto desvió fuerzas hacia allí, frenándolo y ganando tiempo para retirar las fuerzas alemanas en peligro dentro de la curva del río. Estas ayudaron a detener a los rusos a las afueras de Krivoi Rog, a unos 110 kilómetros al sur de su línea de partida y en torno a la mitad del saliente.

Con todo, el derrumbe al sur de la curva del Dniéper fue parte del precio que hubo que pagar, ya que Manstein se había visto obligado a retirar tropas

de ese sector antes de que llegaran las de Kleist para sustituirlas. Al explotar la penetración en Melitópol, los rusos franquearon la estepa de Nogaisk hasta el curso inferior del Dniéper, durante la primera semana de noviembre, cortando las salidas de la península de Crimea y aislando a las fuerzas enemigas en ese lugar.

No obstante, los resultados no cumplían las optimistas suposiciones de que «un millón de hombres» había sido atrapado al este del Dniéper. Durante los dos días más rápidos de la persecución solo se hicieron seis mil prisioneros y el grueso de las fuerzas alemanas —que era muy inferior a la escala de lo imaginado— tuvo tiempo para retirarse a través del Dniéper. En conjunto los rusos solo anunciaron la captura de 98 000 durante los cuatro meses desde el inicio de la campaña y más de la mitad estaban heridos. Aunque pocos comentaristas aliados lo señalaron, hubo una notable incoherencia en la revelación de que los rusos alegaban al mismo tiempo que habían muerto 900 000 soldados enemigos y que 1 700 000 fueron heridos en el mismo período, ya que en cualquier penetración una gran parte de los heridos suele caer en manos del atacante y cuanto más severa es la derrota, más pequeña la proporción de los que pueden ser evacuados. Aún más notable fue la declaración de Stalin el 6 de noviembre afirmando que los alemanes habían perdido cuatro millones de hombres durante el año anterior. Si hubiera sido cierto, o incluso medio verdad, la guerra se hubiese acabado. Todavía le quedaba un largo camino, pero se estaba agotando.

En la segunda mitad de octubre hubo pocas noticias procedentes del sector de Kiev, pero los rusos estaban ampliando su cabeza de puente al norte de la ciudad hasta formar un amplio trampolín, lo suficientemente ancho como para organizar un poderoso ataque de flanqueo. Este fue lanzado por Vatutin durante la primera semana de noviembre. Encontró puntos débiles en la línea de frente muy extendida, penetró a través de ellos y giró hacia dentro en dirección oeste para cortar las carreteras fuera de Kiev y tomar la ciudad desde atrás. Una vez más los alemanes lograron escabullirse de la trampa, dejando tan solo seis mil prisioneros en manos rusas, aunque fueron incapaces de contener el ataque ruso, ya que la mayoría de las divisiones *panzer* habían sido enviadas al sur por el ataque de Koniev en la curva del Dniéper.

El día después de la captura de Kiev las fuerzas acorazadas rusas alcanzaron Fastov, 65 kilómetros al sudoeste. Este fue un golpe a ritmo de persecución. Tras superar la oposición encontrada en esa línea, avanzaron casi cien kilómetros durante los siguientes cinco días para capturar el nudo ferroviario de Zithomir, en la única vía férrea que quedaba lateral al este de

los pantanos del Prípiat. Después se expandieron hacia el norte y el día 16 capturaron el nudo de Koresten. En ese momento la resistencia alemana estaba a punto de quebrarse y eso podría haber hecho que se cumpliera la declaración de Stalin del día 6: «La victoria está cercana». Y es que Manstein no tenía reservas a su disposición.

En esta situación de emergencia le dijo a Manteuffel, el dinámico comandante de la 7.^a División Panzer, que reuniera todas las unidades que pudiera encontrar para añadirlas a las suyas y lanzara un contraataque desde Berdichev con estas fuerzas improvisadas. De manera atrevida, siguiendo un camino en zigzag, el ligero ataque de Manteuffel tuvo un éxito brillante, atravesando el flanco ruso y retomando Zhitomir en un ataque nocturno el día 19, después del cual siguió avanzando hasta Korosten. La distribución de la fuerza en una serie de pequeños grupos acorazados, que avanzaban en un amplio frente, había ayudado a magnificar la impresión que causó su fuerza. Avanzaron a toda velocidad entre las columnas rusas, cruzando su retaguardia y golpeando el cuartel general y el centro de transmisiones, de modo que sembraron una confusión paralizante en su camino.

En un esfuerzo por aprovechar la oportunidad así creada, Manstein lanzó una contraofensiva precisa contra el gran saliente ruso al oeste de Kiev, que seguía siendo atractivo para un ataque. Se vio ayudado por la llegada de varias divisiones *panzer* de refresco procedentes del oeste. El plan consistía en una pinza, mediante un ataque acorazado desde el noroeste dirigido a Fastov y otro ataque convergente desde el sur. Este último fue lanzado por el cuerpo *panzer* de Balck, compuesto por tres divisiones, incluyendo la de Manteuffel. Sin embargo, las tropas avanzadas de Vatutin habían sido reforzadas por un creciente volumen de artillería y cañones antitanque, enviados desde los puentes del Dniéper, así como por divisiones de reserva. La contraofensiva alemana no logró los resultados de la respuesta inicial. Parecía más peligrosa en los mapas que en el terreno. Y es que ya no contaba con la ventaja de la sorpresa para compensar su fuerza limitada, y además sufrió la desventaja del tiempo. A principios de diciembre se desvaneció en el barro. Durante el período de calma que siguió, Vatutin concentró sus ejércitos para un nuevo avance con mayor potencia.

El comentario más adecuado para definir la situación lo proporcionó de manera inconsciente el propio Hitler cuando, para señalar su valoración del ataque salvador de Manteuffel, le invitó a pasar la Navidad con él en Angerburg y dijo: «Como regalo de Navidad te daré cincuenta tanques». Esa era la mejor recompensa que podía concebir Hitler y era grande en relación

con sus recursos. La división *panzer* más potente y favorecida solo tenía una fuerza de ciento ochenta tanques y pocas superaban la mitad de esa cifra.

La parte norte del frente alemán también había sido sometida a una presión intensa y prolongada durante el otoño. No obstante, en esta zona las ofensivas rusas no habían logrado romper la línea en el Dniéper superior, donde se habían retirado los alemanes tras evacuar Smolensk. La frustración rusa en esta parte se debía a la capacidad inherente de la defensa moderna combinada con el hecho de que tenían menos espacio de maniobra que en el sur, lo que hacía que su objetivo fuera obvio.

En estas batallas la fuerza aérea jugó un papel insignificante, al verse restringida por la nieve y el hielo. Esta limitación alivió la defensa de la presión aérea que podría haber multiplicado las terribles probabilidades en su contra que había en tierra. Aunque también restringió el reconocimiento aéreo de los defensores, estos podían deducir la previsible dirección del punto principal de ataque ruso y confirmarlo mediante la vigorosa utilización de patrullas ofensivas.

El peso del ataque fue soportado por el 4.^º Ejército de Heinrici, que defendía un frente de 160 kilómetros, entre Orsha y Rogachev, con diez divisiones diezmadas. Los rusos lanzaron cinco ofensivas contra él entre octubre y diciembre, con una duración de cinco o seis días cada una de ellas y varios intentos renovados cada día. Utilizaron unas veinte divisiones en la primera ofensiva, cuando los alemanes acababan de ocupar una posición preparada apresuradamente, que comprendía una sola línea de trincheras. Para la siguiente ofensiva utilizaron treinta divisiones, pero para entonces los alemanes ya habían desarrollado su disposición defensiva. Las ofensivas posteriores se llevaron a cabo con unas treinta y seis divisiones.

El peso principal del ataque ruso se concentraba contra Orsha, en un frente de unos veinte kilómetros atravesando la carretera Moscú-Minsk. Este punto de ataque tenía ventajas obvias de suministro y potencial explotación. Con todo, el hecho de que fuera un objetivo obvio ayudó a que los alemanes se concentraran en su defensa. Sus métodos defensivos en este lugar son dignos de estudio. Heinrici utilizó tres divisiones y media en este sector tan estrecho, dejando seis y media para cubrir el resto de su amplio frente. Así pues, tenía una ratio de fuerza bastante densa en relación al espacio en este punto vital. Su artillería estaba casi intacta y concentraba una masa de trescientos ochenta cañones para cubrir este sector crucial. Bajo el control de un único comandante en el cuartel general del 4.^º Ejército, era capaz de concentrar su potencia de fuego sobre cualquier punto del sector que pudiera

estar amenazado. Al mismo tiempo el comandante del ejército puso en práctica el «ordeño» de las divisiones en la parte tranquila del frente con el fin de proporcionar un batallón de refresco diario durante el transcurso de la batalla para cada una de las divisiones comprometidas en las zonas de combate. Normalmente esto equilibraba las pérdidas del día anterior al tiempo que ofrecía a la división concernida una reserva local intacta que podía utilizarse en los contraataques. Los inconvenientes de mezclar formaciones disminuían al utilizar un sistema de rotación dentro de las divisiones, que ahora se componían de tres regimientos con dos batallones cada uno. Durante el segundo día de la batalla, el batallón de refuerzo procedía de la unidad que había sido llevada el día anterior y se acompañaba del cuartel general del regimiento; después de otros dos días, un segundo regimiento absolutamente nuevo estaría en primera línea y al sexto día la división original habría sido relevada por completo, enviándola al sector tranquilo de donde procedía el relevo, unidad por unidad.

Estos repetidos éxitos de la defensa contra ratios de más de 6 a 1 fueron un éxito notable. Indicaban cómo se podría haber prolongado la guerra, y agotado la fuerza rusa, si la estrategia defensiva hubiera estado a la altura de la táctica. Sin embargo, sus posibilidades se vieron arruinadas por la insistencia de Hitler en que no se llevara a cabo ninguna retirada sin su permiso, y su subsiguiente reticencia a dar esos permisos. Los comandantes que usaban la discrecionalidad recibían amenazas de ser llevados a un consejo de guerra, incluso en casos en que se trataba de retirar un pequeño destacamento de una posición aislada peligrosa. El veto era tan severo que los oficiales subalternos estaban aún más paralizados y se decía que los comandantes de batallón no se atrevían «a desplazar a un centinela de la ventana a la puerta». Con reiteración propia de un loro, el mando supremo repetía: «cada hombre debe luchar allí donde está».

El rígido principio había ayudado al Ejército alemán a superar la crisis nerviosa del primer invierno en Rusia, pero se volvió fatídico a largo plazo, cuando las tropas alemanas habían superado su temor agudo al invierno ruso, pero tenían cada vez menos fuerzas con las que ocupar el espacio. Coartaba la flexibilidad esencial de los comandantes sobre el terreno para escabullirse lejos del alcance enemigo, reagrupando las fuerzas y siguiendo la norma de «retroceder para avanzar mejor».

Los desastrosos resultados de la rigidez se habían producido en el frente ruso en 1943. Al año siguiente se repetirían en el norte, en el mismo sector en

que la defensa alemana había demostrado anteriormente ser tan difícil de superar.

29

El reflujo japonés en el Pacífico

La primera fase de la guerra en el Pacífico había visto la conquista por parte de Japón del conjunto de la región oeste y sudoeste de ese océano (incluyendo todas sus islas) y de los países vecinos del sudeste asiático. La segunda fase vio los intentos de Japón por extender su control a las bases estadounidenses y británicas en las islas Hawái y Australia, así como su decisivo fracaso en la batalla aeronaval de Midway y en Guadalcanal, en el archipiélago de las Salomón, en el camino a Australia.

En la tercera fase los japoneses pasaron a la defensiva, tal y como se destacaba en las órdenes a sus comandantes en el Pacífico sudoeste de que debían «retener todas las posiciones en las Salomón y Nueva Guinea». Solo en Birmania llevaron a cabo operaciones ofensivas contra los aliados occidentales, aunque en esencia eran defensivas, para evitar y frustrar una contraofensiva británica desde la India. La posibilidad de una acción efectiva por parte japonesa había quedado anulada por su pérdida de cuatro portaaviones en Midway, así como dos acorazados y muchos navíos más pequeños, en Guadalcanal, junto con la merma de cientos de aviones en ambas operaciones cruciales. Los aliados occidentales habían recuperado la ventaja, ahora la cuestión real era si podrían usarla y cómo.

* * *

El plan ofensivo japonés, y sus acciones, se habían beneficiado en gran medida de la ventaja estratégica por la posición geográfica de Japón. Habían

explotado esta ventaja tanto ofensiva como defensivamente. El resultado de sus rápidas consultas era que habían rodeado Japón de una serie de anillos concéntricos defensivos que suponían un formidable obstáculo a cualquier movimiento contra Japón que pudieran intentar realizar los aliados occidentales.^[1]

En un mapa parecía haber numerosas alternativas, pero al analizarlo más de cerca había pocas. Si lo examinamos desde la parte alta del mapa hacia abajo, había que descartar la ruta del Pacífico norte ante la falta de bases adecuadas, así como por la frecuencia de tormentas y nieblas en toda esa ruta. Había que eliminar una posible contraofensiva desde la Unión Soviética, en el extremo oriental, desde el momento en que Stalin no estaba dispuesto a cooperar e involucrarse en una lucha contra Japón mientras Rusia siguiera teniendo una posición tan difícil por el ataque alemán en el flanco occidental. Un contraataque aliado a través de China se volvió imposible por las dificultades de suministro, dadas las circunstancias, así como por la falta de fiabilidad de los chinos. La ruta de regreso, aún más distante, a través de Birmania quedó invalidada por el alcance del retroceso británico (más allá de la frontera de la India) y por su muy evidente carencia de recursos adecuados para un regreso próximo.

Así pues, pronto quedó claro que cualquier contraofensiva eficaz dependía de los estadounidenses, a través de una ruta que fuera adecuada para ellos. Había dos alternativas principales: una ruta por el sudoeste del Pacífico, desde Nueva Guinea a Filipinas, o por el centro del Pacífico. El general Douglas MacArthur, como comandante en jefe del sudoeste del Pacífico, era naturalmente favorable y urgía a aplicar esta línea de regreso. Sostenía que sería la manera más rápida de privar a Japón de sus recién conquistadas posesiones meridionales, cuyas materias primas eran esenciales para su esfuerzo de guerra. Según él, la ruta del centro del Pacífico estaría expuesta a ataques desde el grupo de islas que Japón había capturado y en la que rápidamente había establecido bases navales y aéreas. Además, las preocupaciones australianas no se apaciguarían con una acción contraofensiva tan remota.

No obstante, el Estado Mayor Naval de Estados Unidos era favorable a la ruta del Pacífico central. Argumentaban que les permitiría utilizar su creciente número de portaaviones rápidos de manera más efectiva que en las aguas atestadas alrededor de Nueva Guinea, y que responderían mejor a la nueva concepción de utilizar fuerzas especiales de portaaviones para aislar y dominar un grupo de islas. También se adaptaba a su nueva idea de un

sistema de suministro marítimo, en lugar de tener que enviar de vuelta a puerto a sus portaaviones cada cierto tiempo. Asimismo argumentaban que se evitaría el riesgo que tendría la ruta sur al estar expuesta a ataques en el flanco por parte de las fuerzas japonesas estacionadas en las islas bajo su mandato. Además, un avance por la ruta sur, al ser más obvio y predecible, estaba expuesto a una resistencia más dura y continuada. Una razón más poderosa, aunque de carácter privado, es que los almirantes querían mantener el grueso de sus nuevos portaaviones lejos del alcance de MacArthur y sus tendencias monopolizadoras.

Al final, en la conferencia Trident (Washington, mayo de 1943) se decidió llevar a cabo un avance doble, por ambos caminos, lo que mantendría a los japoneses en estado de incertidumbre, dispersando sus fuerzas e impidiéndoles concentrarlas o trasladar sus reservas de una ruta a la otra. Ambas acabarían convergiendo en Filipinas. Esta decisión cumplía el fin de amenazar a objetivos alternativos, una ventaja vital en el concepto estratégico de aproximación indirecta. Con todo, esta decisión sincrética, y de compromiso, no tuvo suficientemente en cuenta el hecho, y la lección de la historia, de que es más económico alcanzar esa dualidad generadora de dilemas adoptando una única línea de avance que amenace objetivos alternativos (todos ellos preciosos para el adversario), mientras que en sí misma se trata de una sola línea de operaciones.

El avance por dos rutas inevitablemente requería preparativos mayores —y, por tanto, más duraderos—, en términos de fuerzas, buques, naves de desembarco, bases navales y aeródromos. Este prolongado período preparatorio ofreció a los japoneses más tiempo para desarrollar sus propias medidas defensivas, haciendo que la tarea estadounidense fuera más ardua, especialmente en la realización de operaciones de desembarco y terrestres.

* * *

Durante ese largo período de calma la única operación de cierta importancia fue la expedición estadounidense para reconquistar las islas Aleutianas, en el norte del Pacífico. Desde un punto de vista estratégico este movimiento era tan remoto que no podía afectar en modo alguno en el curso de la guerra. Era secundaria sin ser complementaria ni una distracción. Su único valor era psicológico, como consuelo para la opinión pública estadounidense, alarmada por la aparente amenaza para la seguridad de Alaska con la toma de Kiska y Attu por parte de una pequeña fuerza de desembarco japonesa durante el mes de junio anterior. Sin embargo, el consuelo se obtuvo a costa de un uso

desproporcionado y antieconómico de los recursos estadounidenses, que aún eran limitados.

Una primera reacción ante la toma de las dos islas había sido el bombardeo naval de Kiska a principios de agosto; después, a finales de ese mes, tropas estadounidenses desembarcaron en Adak, a unos 320 kilómetros al este de Kiska, y construyeron un aeródromo para ayudar al ataque sobre esa isla. En enero de 1943 habían vuelto a ocupar la isla de Amchitka, a 145 kilómetros al este de Kiska, con el mismo objetivo. No obstante, entonces los comandantes estadounidenses en la zona decidieron atacar Attu, la más occidental de las Aleutianas, ya que habían descubierto que estaba menos defendida que Kiska. Se produjo una interrupción a finales de marzo cuando la fuerza de bloqueo naval se encontró con una fuerza japonesa ligeramente más poderosa, que escoltaba tres transportes de tropas. Tras un combate de tres horas a larga distancia los japoneses se retiraron. No se produjo hundimiento de buques en ningún bando, pero los transportes de refuerzo tuvieron que dar la vuelta.

El 11 de mayo los estadounidenses desembarcaron una división en Attu, ocultos por la niebla y apoyados por un bombardeo desde tres acorazados. Con una ratio de 4 a 1 a su favor, esta división expulsó gradualmente a la guarnición japonesa (de unos dos mil quinientos hombres) hacia las montañas, en duros combates que duraron una quincena. Después los japoneses resolvieron el problema de superarlos lanzando un ataque suicida sobre las posiciones estadounidenses en el que fueron barridos, con tan solo veintiséis prisioneros. Ahora los estadounidenses se concentraron en Kiska. La presión constante, por mar y aire, sobre esta isla que había quedado aislada, llevó a los japoneses a evacuar su guarnición (de unos cinco mil hombres) en la noche del 15 de julio, bajo la cobertura de la niebla frecuente. Los estadounidenses siguieron bombardeando la isla durante otras dos semanas y media y desembarcaron una gran fuerza de unos 34 000 soldados, que emplearon cinco días de búsqueda hasta convencerse de que estaba vacía.

De este modo las Aleutianas quedaron liberadas, aunque los estadounidenses habían utilizado en total cien mil hombres, apoyados por fuerzas navales y aéreas importantes, para esta tarea trivial. Era un ejemplo flagrante de mala economía de la fuerza y un buen ejemplo de la confusión que puede provocar la iniciativa de distracción con escaso gasto.

* * *

El aparente punto muerto en el sudoeste del Pacífico continuó hasta el verano de 1943.

Afortunadamente para los estadounidenses y sus aliados, las acciones defensivas por parte del enemigo fueron entorpecidas y obstaculizadas por las graves diferencias de opinión entre los jefes de la Marina y el Ejército japoneses. Aunque ambos pretendían conservar todas las conquistas japonesas, estaban muy divididos sobre la mejor manera de hacerlo. Los jefes del Ejército eran favorables a las operaciones de desembarco en Nueva Guinea, una posición avanzada que consideraban necesaria para la seguridad del territorio capturado en las Indias Orientales Neerlandesas y en Filipinas. Los jefes de la Marina querían dar prioridad a las islas Salomón y Bismarck, como cobertura estratégica para la gran base naval de Truk, en las Carolinas, a 1600 kilómetros al norte. En la decisión estratégica, como siempre, el Ejército se salió con la suya.

La línea de defensa que se adoptó finalmente iba desde Santa Isabel y Nueva Georgia, en las islas Salomón, al oeste de Guadalcanal, hasta Lae en Nueva Guinea, es decir el área al oeste de la península de Papúa. La Marina estaría a cargo del sector de las Salomón y el Ejército en el de Nueva Guinea.

El comandante del Ejército en Rabaul, el cuartel general de toda la zona, dirigió las operaciones del 17.^º Ejército en las Salomón y el 18.^º en Nueva Guinea, asignando a la primera la 7.^a División Aérea y a la segunda la 6.^a División Aérea. Las fuerzas navales incluían la 8.^a Flota y la 11.^a Flota Aérea, ambas dirigidas desde el cuartel general naval en Rabaul. Las unidades navales eran ligeras, consistían en cruceros y destructores, pero podían ser reforzadas con buques más pesados desde Truk.

Las fuerzas del Ejército en este teatro de operaciones eran mayores: tres divisiones del 18.^º Ejército en Nueva Guinea, con un total de 55 000 hombres, y dos divisiones, además de una brigada y otras tropas del 17.^º Ejército, en las islas Salomón y Bismarck. A pesar de las graves pérdidas de la fuerza aérea japonesa en los combates de Guadalcanal, el Ejército tenía ciento setenta aviones y la Marina otros doscientos cuarenta. Se estimaba que podía reforzarse este teatro de operaciones, en un plazo de seis meses, con diez a quince divisiones y más de ochocientos cincuenta aviones. Por tanto, había motivos para pensar que una estrategia de contención era muy posible.

La planificación estadounidense se vio complicada por la temprana decisión de dividir este teatro entre una zona del océano Pacífico y otra del sudoeste del Pacífico, con las islas Salomón en la línea divisoria. En un esfuerzo por conseguir que esto fuera más manejable, la Junta de Jefes de

Estado Mayor decidió que MacArthur tendría el mando estratégico del conjunto de la parte Nueva Guinea-islas Salomón, y que el almirante Halsey, comandante en jefe del Pacífico sur, tendría el control táctico; mientras que las fuerzas navales con base en Pearl Harbor que operaban en esa zona permanecerían bajo el mando del Pacífico del almirante Nimitz.

El objetivo estratégico estadounidense era derribar la barrera formada por el archipiélago de Bismarck y capturar la principal base japonesa en Rabaul. Esto debía lograrse mediante ataques alternativos en ambas rutas de aproximación, para tener a los japoneses en alerta. Primero las fuerzas de Halsey debían ocupar las islas Russell, justo al oeste de Guadalcanal, para convertirla en una base naval y aérea. Después se tomarían dos islas en el grupo de Trobriand, al este de Nueva Guinea, como bases aéreas para los ataques a Rabaul, escalas intermedias para desplazar a las fuerzas aéreas de una línea a la otra. En la segunda fase, Hasley avanzaría hacia Nueva Georgia (en las Salomón, al oeste de Guadalcanal) y capturaría el aeródromo clave de Munda, mientras que MacArthur debía conquistar los puntos de apoyo japoneses alrededor de Lae, en la costa norte de Nueva Guinea. Se confiaba en que, para entonces, Halsey habría asegurado la isla de Bougainville, en el extremo oeste de las Salomón. En la tercera fase, las fuerzas de MacArthur, girando hacia el norte, debían cruzar el intervalo marítimo hacia Nueva Bretaña, en el archipiélago de Bismarck, la gran isla en cuyo extremo norte se situaba Rabaul. Entonces, en la cuarta fase, se lanzaría el ataque aliado contra la propia Rabaul. Fue un proceso muy gradual, ya que, según el plan, se calculaba que el ataque contra Rabaul se desencadenaría a los ocho meses de los primeros movimientos de la campaña.

MacArthur tenía siete divisiones (tres de ellas australianas) en su zona del sudoeste del Pacífico, y unos mil aviones (una cuarta parte australianos). También debían llegar dos divisiones estadounidenses más, así como ocho australianas que estaban siendo entrenadas. Halsey tenía siete divisiones (dos de marines y una neozelandesa) y mil ochocientos aviones (de los cuales setecientos eran del Ejército estadounidense). La fuerza naval variaba, aunque se estaba preparando una operación anfibia para cada punta del ataque, una gran cantidad de buques de guerra eran un préstamo temporal de la enorme fuerza de Nimitz en Pearl Harbor. Al principio Halsey tenía seis acorazados y dos portaaviones, así como muchos buques menores. En conjunto había una amplia fuerza para lograr el triunfo, aunque no tanto como deseaba MacArthur, puesto que había pedido unas veintidós divisiones y cuarenta grupos aéreos.

Durante el período preliminar o «de punto muerto» Halsey desembarcó una fuerza en las islas Russell el 21 de febrero, pero no encontró huellas de la guarnición japonesa que se creía que estaba allí. Además, sus fuerzas navales acabaron con la práctica japonesa de hacer incursiones en «la ranura». En Nueva Guinea, un intento japonés de capturar el aeródromo de Wau, cerca del golfo de Huon, fue frustrado por los australianos, que llevaron allí una brigada en aviones y, cuando los japoneses despacharon el grueso de una división como refuerzo, el convoy (compuesto por ocho transportes escoltados por otros tantos destructores) fue detectado rápidamente e interceptado por la fuerza aérea aliada en Nueva Guinea, perdiendo todos sus transportes y la mitad de los destructores, junto con más de tres mil seiscientos hombres (la mitad del total). Tras esta desastrosa «batalla del mar de Bismarck», los japoneses solo se atrevieron a enviar suministros a sus tropas en Nueva Guinea mediante submarinos o en barcazas.

Entonces el almirante Yamamoto trató de revertir la adversa situación japonesa en el aire enviando los aviones de la 3.^a Flota desde Truk a Rabaul con la esperanza de desgastar el poder aéreo aliado mediante constantes incursiones en sus bases. No obstante, esta operación de hostigamiento (que comenzó, como un mal presagio, el 1 de abril^[21]) en realidad costó a los japoneses casi el doble de aviones que a los defensores en quince días, en contra de los informes optimistas de los pilotos atacantes. Después el propio Yamamoto cayó en una emboscada y fue derribado durante una visita en avión a Bougainville, de la que se había enterado con antelación la inteligencia estadounidense. Su sucesor como comandante en jefe de la flota combinada japonesa fue el almirante Koga, que no resultó tan formidable como Yamamoto.

La largamente planeada ofensiva estadounidense debía comenzar el 30 de junio, con un ataque triple: el general estadounidense Krueger desembarcaría en las islas Kriwina y Woodlark (o Murua), en el archipiélago de Trobriand; la fuerza de Nueva Guinea (fundamentalmente australianos al mando del general Herring) lo harían cerca de Salamaua, en el golfo de Huon y las del almirante Hasley en Nueva Georgia.

El desembarco en las Trobriand resultó fácil; sin encontrar oposición y de inmediato comenzó la construcción de los aeródromos. El movimiento en Nueva Guinea comenzó bien, y el desembarco estadounidense en apoyo de los australianos no hizo frente a una resistencia seria, pero la fuerza japonesa en este lugar (unos seis mil hombres) no fue expulsada a las afueras de Salamaua hasta mediados de agosto, y entonces se comunicó a la fuerza

estadounidense que tenía que esperar a que se produjera el desembarco principal previsto en la península de Huon, previo al ataque a Lae, el objetivo principal. El tercer ataque, por parte de las fuerzas de Halsey contra Nueva Georgia resultó aún más difícil.

La gran isla de Nueva Georgia tenía una guarnición japonesa de unos diez mil hombres, cuya eficacia se multiplicaba por la jungla montañosa y el clima húmedo. El obstáculo se vio agravado por las órdenes del cuartel general imperial de conservar la isla el máximo tiempo posible. Además, las dificultades de la invasión aumentaron por los arrecifes en la costa noreste y el cinturón de islas que la rodeaba por el sur y el oeste.

El plan estadounidense preveía un desembarco en tres movimientos. El principal, a escala de una división, debía llevarse a cabo en la costa oeste de la isla de Rendova, desde donde estaba previsto que cruzaran el estrecho de ocho kilómetros de ancho y desembarcaran cerca del importante aeródromo de Munda Point. Tan pronto como se hubiera llevado a cabo este salto, una fuerza más pequeña debía desembarcar en la costa norte de Nueva Georgia, a dieciséis kilómetros de Munda, para impedir de ese modo que los japoneses recibieran refuerzos por mar. También debía haber otros tres desembarcos menores en el sur. La fuerza naval de cobertura incluía cinco portaaviones, tres acorazados, nueve cruceros y veintinueve destructores, mientras que la fuerza aérea asignada a la operación consistía en unos quinientos treinta aviones.

Un observador costero que informó de que los japoneses se estaban moviendo a la parte sur de Nueva Georgia, llevó a Halsey a comenzar los desembarcos iniciales el 21 de junio, en lugar de esperar hasta el 30, pero no encontró resistencia y el resto de los desembarcos secundarios en este sector se produjeron con éxito ese día.

En cuanto al desembarco principal en Rendova, los seis mil estadounidenses pronto superaron a la guarnición de tan solo doscientos japoneses, y los desembarcos cerca de Munda se produjeron durante la primera semana de julio. Esa semana y la siguiente, pequeñas fuerzas navales japonesas realizaron varios contraataques, como en la campaña de Guadalcanal, y lograron infligir daños considerables a los cruceros, al tiempo que ponían en tierra en total a unos tres mil hombres.

En tierra, la inexperta división estadounidense utilizada en esta operación, hizo avances muy lentos en la jungla en dirección a Munda, tras cruzar el estrecho desde Rendova, a pesar del inmenso apoyo aéreo, artillero y de cañones navales. Unos informes sobre su baja moral llevaron a que se

desembarcara otra división y media en Nueva Georgia. Pese a todo, el 5 de agosto Munda y sus alrededores fueron finalmente capturados, aunque la mayor parte de la guarnición japonesa fue capaz de retirarse a la isla de Kolombangara, justo al norte. Además, en otras acciones navales el dominio de los cielos por parte de Estados Unidos les permitió infligir graves pérdidas navales a los japoneses.

Con diferencia, el efecto más importante que tuvo el lento avance americano en Nueva Georgia fue que llevó a Halsey y otros líderes estadounidenses a reconocer los inconvenientes de ese tipo de avance paso a paso, y a darse cuenta de que ofrecía al enemigo mucho tiempo para reforzar su siguiente línea de defensa. Este proceso les hacía perder la gran ventaja de la superioridad aérea y naval. Por tanto, se decidió que Kolombangara, con su guarnición de más de diez mil japoneses sería acordonada, dejando que se marchitara, mientras las fuerzas estadounidenses avanzaban a Vella Lavella, una isla de mayor tamaño, pero defendida con menos hombres, tan solo una guarnición de doscientos cincuenta. (Este fue un caso de «rodeo» planeado y una mejora sobre lo ocurrido en las islas Aleutianas). Además, al establecer un aeródromo en Vella Lavella, estarían a 160 kilómetros de Bougainville, la isla más occidental de las Salomón.

El desembarco en Vella Lavella tuvo lugar el 15 de agosto, incluso antes de que se completara la ocupación de Nueva Georgia. Por otra parte, las esperanzas del general Sasaki, el comandante japonés del lugar, de lograr una prolongada resistencia en Kolombangara, también se vieron frustradas por una orden de alto nivel para abandonar las Salomón centrales y retirarse a Bougainville. A finales de septiembre y principios de octubre, a lo largo de varias noches, la gran guarnición de Kolombangara y la pequeña de Vella Lavella fueron evacuadas.

En total los japoneses sufrieron unos dos mil quinientos muertos en la campaña de Nueva Georgia, así como la pérdida de diecisiete buques de guerra, mientras que los aliados perdieron mil hombres (aunque muchos más por enfermedad) y unos seis barcos. Sin embargo, en el aire las pérdidas japonesas fueron mucho mayores.

* * *

La presión aliada sobre Salamaua en agosto se había mantenido en gran medida para ocultar y distraer la atención japonesa de los preparativos para su ataque sobre Lae y la península de Huon, cuyos puertos y aeródromos eran

necesarios para el siguiente salto en dirección norte hacia la isla de Nueva Bretaña, así como para defender su flanco durante ese salto.

Para encarar la península de Huon, el plan de MacArthur era combinar un ataque anfibio, aéreo y terrestre. Esta triple naturaleza hacía que fuera una operación compleja, además tenía recursos suficientes como para depender de un solo medio si hubiera querido. El 5 de septiembre su fuerza anfibia desembarcó el grueso de la 9.^a División australiana justo al este de Lae. Al día siguiente el 503.^{er} Regimiento paracaidista de Estados Unidos fue lanzado sobre el aeródromo en desuso de Nadzab, al noroeste de Lae, fue la primera operación aerotransportada de los aliados en el Pacífico. En cuanto el aeródromo se puso en funcionamiento la 7.^a División australiana fue trasladada allí por vía aérea. Mientras tanto se reanudó el avance terrestre australiano-estadounidense en Salamaua.

Los ataques convergentes encontraron escasa oposición. Y es que el cuartel general imperial japonés se había dado cuenta de que era probable que su única división en la zona quedase aislada y, por tanto, aprobó su retirada por la montañosa península hacia Kiari, unos ochenta kilómetros más allá de Lae. Así, Salamaua fue evacuada el 11 de septiembre y Lae el 15. No obstante, las esperanzas japonesas de conservar el puerto de Finschhafen en la punta de la península se vieron frustradas por el desembarco en ese lugar, el día 22, de una brigada australiana de la fuerza anfibia. Aunque los japoneses desplazaron allí otra división como refuerzo, fueron obligados a retroceder gradualmente por la costa. Mientras tanto, la 7.^a División australiana avanzaba, más rápido, remontando el valle del río Markham desde Lae y, a principios de octubre, llegó a Dumpu, a apenas ochenta kilómetros del siguiente punto importante, Madang, a 260 kilómetros al noroeste de Lae. A finales de 1943 las fuerzas aliadas estaban listas para lanzar una amenaza doble, a lo largo de la costa y por el interior, sobre Madang, aunque su ritmo de avance era más lento de lo previsto.

* * *

En septiembre de 1943 el cuartel general imperial tenía claro que debía revisar sus anteriores previsiones optimistas y sus expectativas futuras. Las fuerzas japonesas estaban repartidas, de manera muy liviana en un área muy extensa y los estadounidenses se habían recuperado de su derrota inicial y lo habían hecho en un plazo inesperadamente breve. Ahora eran superiores tanto en el aire como en el mar. A los japoneses les quedó claro que debían ser más cautos y reducir su arco defensivo. Y es que, además de la presión sobre sus

flancos, existía la amenaza potencial procedente de Pearl Harbor, en el centro, donde el almirante Nimitz tenía el mayor número de buques de guerra nunca reunido desde la Gran Flota del almirante Jellicoe durante la Primera Guerra Mundial.

La precaria situación militar japonesa se veía acentuada por su débil base económica. Su producción de aviones era inadecuada para alcanzar el desafío estadounidense y era incapaz de proteger sus mercantes.

La «nueva política operativa» establecida por el cuartel general imperial a mediados de septiembre se basaba en una estimación del área mínima esencial para el cumplimiento de los objetivos bélicos japoneses. Ese mínimo, bautizado como «esfera de defensa absoluta nacional», se extendía desde Birmania, a lo largo de la barrera malaya hasta el oeste de Nueva Guinea, y desde allí hasta las Carolinas, las Marianas y, por el norte, hasta las Kuriles. Esta reducción del arco defensivo significaba que la mayor parte de Nueva Guinea y todas las Bismarck (incluyendo Rabaul), las Salomón, las Gilbert y las Marshall pasaban a ser consideradas y clasificadas como no esenciales, aunque debían ser conservadas durante otros seis meses. Se esperaba que, para entonces, el área mínima, o «absoluta» se hubiera convertido en una barrera infranqueable, la producción de aviones se hubiera triplicado y la flota combinada reforzado lo suficiente como para volver a desafiar, en combate, a la flota del Pacífico de Estados Unidos.

Mientras tanto, las fuerzas japonesas en el sudoeste del Pacífico recibieron la orden de enfrentarse a una fuerza aliada que había alcanzado unas veinte divisiones, apoyadas por casi tres mil aviones. Los japoneses tenían tres divisiones en el este de Nueva Guinea, una en Nueva Bretaña, otra en Bougainville, mientras que una sexta estaba de camino. Con todo, seguía habiendo veintiséis divisiones en China y quince en Manchuria —para hacer frente a la posibilidad de una invasión rusa—, por lo que en fuerzas terrestres la debilidad japonesa no estaba en su número sino en su distribución.

En el bando aliado el lento avance de MacArthur hacía que estuviera más impaciente por perseverar, en especial desde que se enteró de que el Estado Mayor Conjunto se inclinaba por dar prioridad al camino del centro del Pacífico, puesto que era más corto y con probabilidad más rápido. Su sensación de urgencia se vio aumentada cuando le manifestaron que la captura de Rabaul no era esencial y que ese punto fuertemente defendido bien podía ser dejado atrás y aislado. El almirante Halsey tenía también tendencia natural a avanzar, y su deseo de acelerar la marcha a través de las Salomón fue aumentado por el hecho de que muchos de sus buques, así como la 2.^a

División de Marines, le fueron retirados para ayudar en el avance por el centro del Pacífico.

La campaña de Bougainville

Esta gran isla, las más occidental de las Salomón, tenía una guarnición japonesa de casi cuarenta mil soldados y veinte mil marinos, la mayor parte en el sur de la isla. Halsey se había quedado tan reducido en buques y naves de desembarco que al principio solo pudo desembarcar una división reforzada. Su lugar de desembarco, astutamente elegido, era la bahía de la Emperatriz Augusta, en la costa oeste, débilmente defendida y con buen terreno para la construcción de aeródromos.

Tras fuertes bombardeos aéreos contra las bases aéreas japonesas en Bougainville y la toma preliminar de las islas vecinas a Bougainville, los desembarcos se produjeron el 1 de noviembre, para sorpresa de los japoneses, que estaban seguros de que se produciría en el sur, donde el oleaje era menos intenso. Los contraataques navales y aéreos por parte japonesa fueron repelidos, e infligieron muchos menos daños de los que sufrieron ellos mismos. Los ataques aéreos sobre Rabaul por parte de los portaaviones estadounidenses, así como por la fuerza aérea aliada en Nueva Guinea, también produjeron un gran efecto al anular la intervención de la recién reforzada aviación japonesa en Rabaul. El modo en que los portaaviones rápidos demostraron su capacidad para operar en zonas aparentemente bien defendidas por los aviones japoneses con base en tierra, fue una lección significativa para el futuro.

En tierra las tropas estadounidenses, reforzadas por otra división, ampliaron gradualmente sus cabezas de playa hasta convertirlas en una cabeza de puente, cómoda y grande, de más de dieciséis kilómetros de ancho y, a mediados de diciembre, habían desembarcado 44 000 hombres para defenderla. La reacción japonesa fue lenta porque seguían creyendo que el principal ataque estadounidense se iba a producir en otro lugar. Incluso cuando descubrieron que el desembarco en la bahía de la Emperatriz Augusta representaba la amenaza principal, sus contraataques se retrasaron por tener que enviar a sus tropas, atravesando ochenta kilómetros de jungla, desde su posición principal en el sur. Como consecuencia, no hicieron gran cosa hasta finales de febrero y se produjo un prolongado punto muerto.

La captura de las islas Bismarck y del Almirantazgo

Mientras tanto, continuó el avance aliado en Nueva Guinea. El 2 de enero de 1944 MacArthur desembarcó una fuerza de casi siete mil estadounidenses en Saidor, a mitad de camino entre la península de Huon y Madang. Además, pronto esa cifra se duplicó. Así, los débiles y agotados restos de las fuerzas japonesas, de tamaño similar, que trataban de resistir en Sio, justo al oeste de la península, tenían bloqueada su línea de retirada por la costa. Solo lograron escabullirse de la trampa gracias a una larga y sinuosa marcha a través de una jungla montañosa, una retirada en la que perdieron varios miles de hombres más. Al mismo tiempo el otro brazo convergente de la pinza, australiano, volvía a presionar desde Dampu, en el valle de Markham, hacia la costa, que alcanzaron el 13 de abril. El día 24 de ese mes las fuerzas de MacArthur ocuparon Madang sin encontrar una resistencia importante. El cuartel general imperial japonés se había visto obligado a acelerar la retirada y a ordenar a sus tropas en Nueva Guinea a replegarse a Wewak, cerca de 320 kilómetros más al oeste.

MacArthur lanzó su siguiente ataque antes de despejar del todo la península de Huon. El 15 de diciembre la fuerza Alamo del general Krueger había comenzado a desembarcar en la costa sudoeste de Nueva Bretaña, cerca de Arawe, y entonces, justo después de Navidades, desembarcó el grueso de su fuerza compuesta por dos divisiones en la franja oeste, cerca de cabo Gloucester, para capturar el aeródromo de esa plaza. Aunque la idea de atacar Rabaul había sido descartada, MacArthur quería lograr el control de ambos lados del estrecho para salvaguardar el flanco de su avance occidental en Nueva Guinea. El extremo oeste de Nueva Bretaña, donde desembarcaron los estadounidenses, estaba defendido por un destacamento de uno ocho mil japoneses recién llegados de China. Sin embargo, estaban separados por una amplia franja de territorio salvaje de Rabaul (a 480 kilómetros, en el otro extremo de esta gran isla con forma de media luna) y solo podían recibir escaso apoyo aéreo, ya que la 7.^a División Aérea acababa de ser llevada a la zona de las Célebes, 3200 kilómetros al oeste. Así, las fuerzas japonesas cerca de cabo Gloucester ofrecieron poca resistencia y pronto llevaron a cabo una larga retirada hacia Rabaul.

Después, a finales de febrero, una fuerza de reconocimiento de la 1.^a División de Caballería desembarcó en las islas del Almirantazgo (a cuatrocientos kilómetros al norte del cabo Gloucester), que tenían varios aeródromos y espacio suficiente como para otros muchos, además también

había un fondeadero cubierto muy grande. La guarnición japonesa, de unos cuatro mil hombres, ofreció una resistencia mayor de la esperada, pero fueron superados después de que la parte principal de la fuerza estadounidense desembarcara el 9 de marzo y tomara a los japoneses por la retaguardia. A mediados de marzo los estadounidenses habían logrado sus objetivos principales, y podían comenzar a convertir las islas del Almirantazgo en una base importante, aunque los últimos japoneses continuaron combatiendo hasta mayo, cuando fueron completamente barridos.

Por tanto, Rabaul, con su guarnición de más de cien mil japoneses, había quedado aislada y se dejó que se marchitara. Se había roto la barrera que representaban las Bismarck con muchas menos pérdidas de lo que hubiera supuesto un ataque directo.

En la isla de Bougainville transcurrieron casi cuatro meses tras la llegada estadounidense, antes de que el comandante japonés se diera cuenta, tardíamente, de que los desembarcos estadounidenses en la costa oeste eran su ataque principal. En marzo de 1944 trasladó una fuerza de unos quince mil hombres hasta allí, a través de la jungla, y atacó la cabeza de playa estadounidense, defendida para entonces por sesenta mil hombres. Había calculado que la fuerza enemiga sería de unos veinte mil, así como diez mil equipos de tierra para la aviación. Esta era una cifra que, incluso como estimación total, debería haberle hecho darse cuenta de que su tardío contraataque tenía pocas posibilidades de éxito. En el ataque lanzado el 8 de marzo, con una relación de fuerzas de 1 a 4 en su contra, que continuó durante dos semanas, sufrieron pérdidas de más de ocho mil hombres (más de la mitad de sus fuerzas), frente a menos de trescientos del lado estadounidense. Después de este demoledor rechazo, también se dejó marchitar lo que quedaba de la guarnición japonesa, irremediablemente aislada.

El avance por el centro del Pacífico

Esta progresión, al igual que la que atravesaba el sudoeste del Pacífico, se dirigía a Filipinas y la recuperación de la posición estadounidense en esa zona y no al propio Japón. En esta fase de la guerra, la idea básica del Estado Mayor Conjunto en Washington era que, tras la reconquista de Filipinas, las fuerzas estadounidenses se desplazarían a China, donde se crearían grandes bases aéreas desde las que la aviación pudiera dominar los cielos sobre Japón

y pulverizar su capacidad de resistencia, así como interrumpir su cadena de suministro.

Este plan estratégico era un factor subyacente en los esfuerzos estadounidenses para ayudar a los nacionalistas chinos de Chiang Kai-shek y apoyar su resistencia contra los japoneses. Además, también explicaba la impaciencia estadounidense por ver cómo los británicos reanudaban su avance en Birmania y reabrían la carretera desde allí hacia el sur de China, para poder enviar suministros de guerra a Chiang Kai-shek y proporcionarle refuerzos armados.

Al final, el avance por el centro del Pacífico se desarrolló de forma tan rápida que las fuerzas del almirante Nimitz dirigieron su línea operativa hacia el norte y ocuparon las islas Marianas, mientras que el desarrollo de los nuevos bombarderos de largo alcance, los B-29 Superfortaleza, hicieron posible atacar directamente Japón, ya que las Marianas estaban a menos de 2260 kilómetros del territorio de Japón. Además, para el momento de la captura de las Marianas, en octubre de 1944, el Estado Mayor Conjunto estadounidense tenía claro que no habría ayuda por parte de los nacionalistas chinos ni los británicos llegarían al sur de China en un futuro próximo.

La captura de las islas Gilbert

Al establecer un plan para el avance por el centro del Pacífico, el almirante King hubiera querido empezar con un ataque a las islas Marshall, sin embargo, esta idea fue descartada por la falta de suministros y tropas entrenadas necesarias para garantizar el éxito de la operación. En su lugar, se decidió comenzar con un ataque contra las islas Gilbert, aunque estuvieran un poco más lejos de la base estadounidense de Hawái en Pearl Harbor, ya que su captura parecía una tarea menos exigente, al tiempo que proporcionaría experiencia en operaciones anfibias y bases de bombarderos para un ataque posterior a las islas Marshall. En las Gilbert, el principal objetivo debían ser las dos islas más occidentales: Makin y Tarawa.

Como comandante en jefe general, Nimitz eligió al vicealmirante Raymond Spruance para mandar la fuerza atacante. Las tropas terrestres, llamadas V Cuerpo Anfibio, estaban al mando del general de división Holland Smith, de los marines, mientras que el mando de la fuerza que transportaba las tropas fue asignado al contraalmirante Richard Turner, que había adquirido mucha experiencia en este tipo de operaciones en las Salomón. El

conjunto se dividió en dos fuerzas atacantes, una septentrional para tomar Making, con seis transportes que llevaban a siete mil hombres de la 27.^a División, y otra meridional, para tomar Tarawa, con dieciséis transportes que desplazaban a la 2.^a División de Marines, más de dieciocho mil hombres. Además de portaaviones de escolta de los transportes, la invasión era protegida por la Fuerza rápida del contraalmirante Charles Pownall, que incluía seis portaaviones pesados, cinco ligeros y seis nuevos acorazados, además de otros buques de guerra más pequeños. Adicionalmente a los ochocientos cincuenta aviones en los portaaviones, había ciento cincuenta bombarderos del Ejército con base en tierra.

El perfeccionamiento más importante de esta operación fue la fuerza de servicio móvil para mantener la flota operativa y cubrir todas sus necesidades excepto las grandes reparaciones de los buques de mayor tamaño. Contaba con buques cisterna, embarcaciones auxiliares, remolcadores, dragaminas, gabarras, barcazas, barcos de municiones, buques barracón, muelles flotantes, grúas flotantes, navíos de reconocimiento, buques de ensamblaje de pontones y otros. Este «tren» flotante aumentó mucho el alcance y potencia de las operaciones anfibias de la Marina.

Tras los bombardeos preliminares, el ataque contra las Gilbert, con el nombre en clave de operación Galvanic, comenzó el 20 de noviembre de 1943, que resultó ser el aniversario de la histórica ofensiva de blindados en Cambrai en 1917. Las Gilbert estaban muy débilmente defendidas, ya que aún no habían llegado los refuerzos prometidos en virtud de la nueva política operativa japonesa de septiembre. En Makin había una guarnición de solo ochocientos hombres y en el atolón de Apamama, un objetivo secundario, veinticinco. No obstante, Tarawa tenía una guarnición de más de tres mil y estaba fuertemente fortificada.

La pequeña guarnición de Makin aguantó cuatro días contra una división estadounidense, que tenía la desventaja de la inexperiencia. Mucho más efectiva resultó la acción de un puñado de *amphitracks* (vehículos anfibios con oruga capaces de franquear arrecifes de coral), pero la fuerza de desembarco solo tenía unos pocos de estos.

Tarawa, mucho mejor defendida y fortificada, recibió un intenso bombardeo naval (3000 toneladas de proyectiles en dos horas y media) así como un enorme bombardeo aéreo antes de ser atacada por la 2.^a División de Marines, que se había distinguido en Guadalcanal. Aun así, un tercio de los cinco mil desembarcados el primer día quedó fuera de combate al cruzar la franja de 550 metros entre el arrecife de coral y las playas. Pese a todo, los

supervivientes eran indomables y obligaron a los japoneses a retirarse a dos puestos fortificados del interior, retirada que permitió a los marines desplegarse por la isla y cercar los puestos fortificados. Durante la noche del día 22 los japoneses resolvieron el difícil problema de los marines al pasar a realizar reiterados contraataques, en los que fueron barridos. Después de eso el resto de las islas fue pronto despejado.

La Marina perdió un portaaviones de escolta, pero, en conjunto, los grupos de portaaviones demostraron que podían repeler los ataques aéreos japoneses tanto de día como de noche, mientras que los buques de superficie japoneses no podían desafiar a la gran flota del almirante Spruance.

Los estadounidenses estaban conmocionados por las pérdidas sufridas y el ataque a las Gilbert se convirtió en una fuente de violenta controversia. No obstante, la experiencia lograda se mostró valiosa en muchos aspectos de detalle y condujo a importantes mejoras en la técnica de operaciones anfibias. El contraalmirante S. E. Morison, el historiador naval oficial, lo calificó como «la semilla de la victoria de 1945».

* * *

Nimitz y su Estado Mayor ya estaban ocupados en planear el siguiente salto hasta las islas Marshall, pero no fue hasta después del ataque contra las Gilbert cuando se aplicó un cambio clave al plan, ante la insistencia del almirante. En lugar de un ataque directo contra las islas más cercanas y orientales del archipiélago, estas fueron dejadas atrás y el siguiente paso se dio contra el atolón de Kwajalein, a unos 650 kilómetros más allá. Después de eso, si todo iba bien, las reservas de Spruance se enviarían a tomar Eniwetok, en el extremo de esta cadena de islas de 1126 kilómetros de longitud. El mando se organizó de manera similar al del ataque contra las Gilbert, aunque en esta ocasión se utilizaron dos nuevas divisiones, alcanzando un total de 54 000 tropas de asalto, así como 31 000 de guarnición para ocupar el territorio enemigo. En el aspecto naval había cuatro grupos de portaaviones, que incluían doce portaaviones y ocho acorazados. Se utilizaron muchos más *amphtracks*, tanto armados como acorazados, mientras que tanto los cazas como las cañoneras estaban equipados con cohetes. El bombardeo preparatorio debía ser cuatro veces mayor que el del ataque a las Gilbert.

El éxito del plan se vio favorecido por el modo en que los japoneses enviaron todos los refuerzos que pudieron a las islas más orientales del archipiélago, siendo sorprendidos por la remodelada estrategia estadounidense de aproximación indirecta y movimientos de circunvalación.

Tras un breve regreso a Pearl Harbor para descansar y reabastecerse, las fuerzas de portaaviones rápidos regresaron a finales de enero de 1944, y mediante misiones aéreas sostenidas (más de seis mil en total) paralizaron los movimientos aéreos y marítimos japoneses por medio del ataque contra las islas Marshall, al tiempo que destruían ciento cincuenta aviones japoneses.

La primera operación de la ofensiva fue la captura, el 31 de enero, de la isla no defendida de Majuro, en la cadena oriental, que ofrecía un buen fondeadero para la fuerza de servicio móvil estadounidense. Después se capturaron las pequeñas islas que rodeaban Kwakalein y el ataque principal se produjo poco más tarde: el 1 de febrero. La guarnición ayudó al proceso de su propia derrota mediante los contraataques suicidas, que cargaban siguiendo el espíritu salvaje y sacrificial del *banzai*. Aunque la guarnición japonesa había ascendido a más de ocho mil hombres, de los cuales unos cinco mil eran tropa de combate, solo murieron trescientos setenta estadounidenses para lograr esta victoria.

Como no había hecho falta recurrir al cuerpo de reserva (unos diez mil hombres), este fue destinado a la toma de Eniwetok. Allí los estadounidenses seguían estando a 1600 kilómetros de las Marianas, aunque a menos de 1125 kilómetros de Truk, la principal base japonesa en las Carolinas. Así, como salvaguarda del flanco del avance contra Eniwetok, se lanzó un potente ataque aéreo contra Truk desde nueve portaaviones estadounidenses y durante el mismo día en que se llevaban a cabo los desembarcos en Eniwetok. Esa noche hubo otro ataque para identificar los objetivos con ayuda del radar. Y un tercero durante la mañana siguiente. Aunque el almirante Koga había retirado prudentemente la mayor parte de su flota combinada, los estadounidenses hundieron dos cruceros y cuatro destructores, además de veintiséis buques cisterna y cargueros. En el aire los japoneses sufrieron mucho más, perdieron doscientos cincuenta aviones, frente a veinticinco de los estadounidenses. Los efectos estratégicos fueron aún más considerables, ya que ese demoledor triple ataque aéreo hizo que los japoneses retiraran todos sus aviones de las Bismarck, dejando Rabaul indefenso y probando de ese modo que el avance por el centro del Pacífico podía ayudar, y no retrasar, a la progresión de MacArthur en el sudoeste del Pacífico.

Por encima de todo, la operación mostró que las fuerzas de portaaviones podían inutilizar una base enemiga muy importante sin necesidad de ocuparla y sin ayuda de aviones con base en tierra.

En estas circunstancias la captura de Eniwetok fue fácil. Se tomaron rápidamente las islas circundantes, e incluso la guarnición de la isla principal

fue derrotada en tres días, mediante una fuerza de desembarco de menos de media división. A partir de entonces, la construcción de nuevos aeródromos en las Marshall, para uso estadounidense, fue rápida. Las Gilbert y las Marshall habían sido capturadas en poco más de dos meses, mientras que los japoneses habían calculado que esta zona de demora se podría mantener durante seis meses. Además, su posición clave en Truk, en la zona de defensa «absoluta», o esencial, se había visto gravemente alterada.

Birmania: 1943-1944

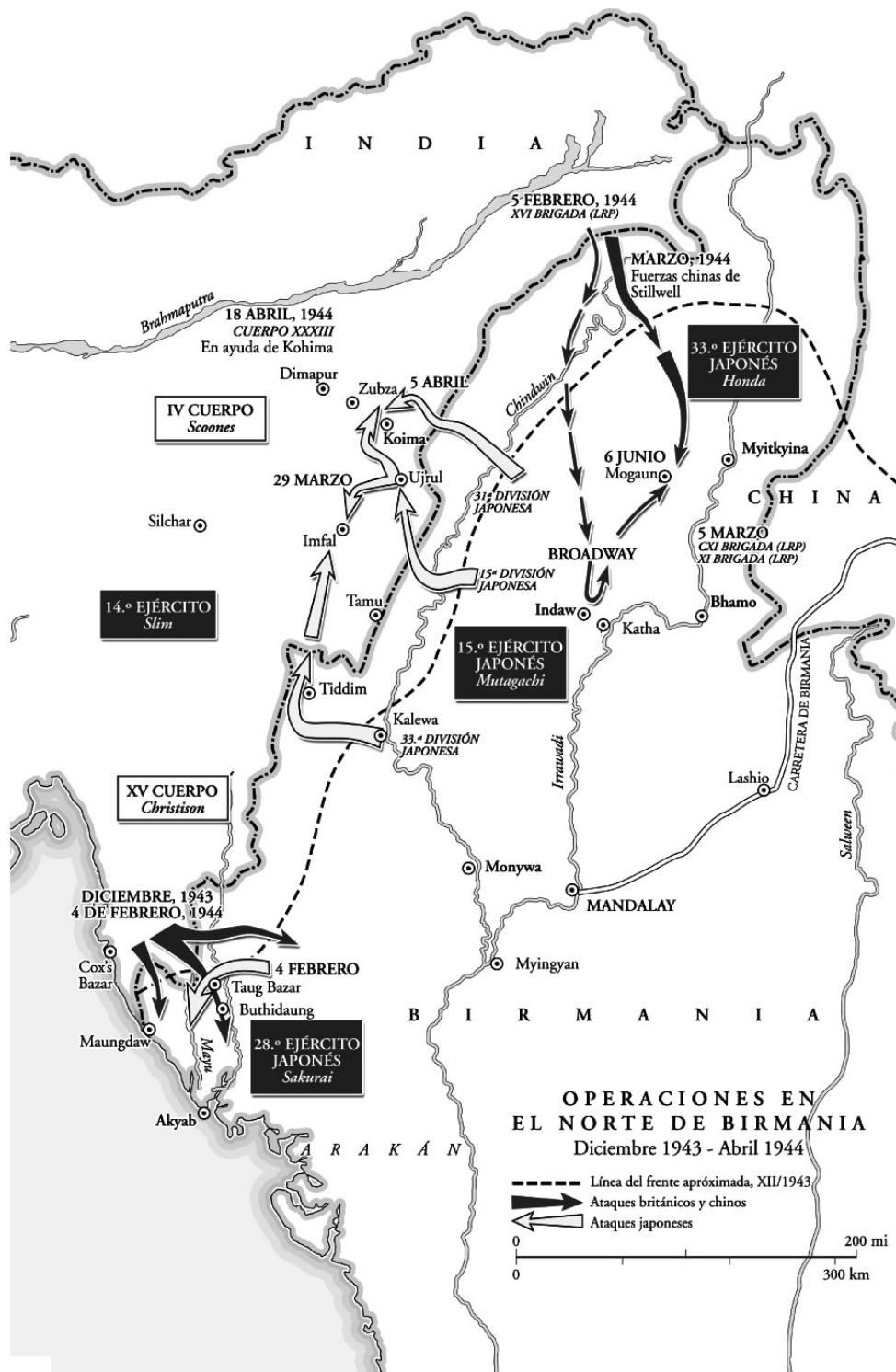
La campaña en Birmania se desarrolló de manera muy distinta a lo esperado, y constituyó un deprimente contraste con el rápido avance aliado en el Pacífico, especialmente en su parte central. La característica principal de la guerra en Birmania fue otra ofensiva japonesa, la única de toda la guerra que vio cómo los japoneses cruzaban la frontera de la India, en dirección al sur de Assam, mientras que los británicos habían contado —y planeado— con una ofensiva que despejara el norte de Birmania de invasores y abriera el camino a China. La gran mejora en las comunicaciones desde la India y el creciente número de sus fuerzas parecían ofrecer buenas perspectivas.

El ataque japonés tenía como objetivo impedir y desencajar la ofensiva británica, y se acercó incómodamente a un éxito táctico, a pesar de tener fuerzas menores y, aunque al final fracasó, tuvo el efecto estratégico de posponer el avance británico en la zona hasta 1945. Sin embargo, una vez detenida, en primavera de 1944, por la dura defensa de Imfal y Kohima, ambas a unos cincuenta kilómetros dentro de las fronteras de Assam, pronto quedó claro que los japoneses habían agotado sus escasas fuerzas en este último esfuerzo ofensivo, que no podían plantear una resistencia seria a la inmediata contraofensiva británica ni a su ofensiva a mayor escala en 1945.

* * *

Al preparar la campaña, los aliados habían convenido que la reocupación de Birmania era el objetivo principal, como el camino más corto para renovar el contacto directo con China y retomar los suministros a ese país a través de la «carretera de Birmania», atravesando la barrera montañosa. Tras largas discusiones se descartaron otras opciones, como operaciones anfibias contra Akyab, Rangún o Sumatra. La ofensiva británica en el norte de Birmania

debía ser precedida por un renovado ataque en Arakan, y otro de distracción por los *chindits* en el norte.



A finales de agosto de 1943 el almirante lord Louis Mountbatten se puso al frente de un Mando del Sudeste Asiático (SEAC, por sus siglas en inglés) nuevo y unificado. Anteriormente Mountbatten había sido jefe de operaciones combinadas. Los respectivos jefes de los servicios a su mando eran el almirante Somerville, el general Giffard y el mariscal del aire Peirse, mientras que el general estadounidense Stilwell debía ser el adjunto «supremo» de Mountbatten. El mando de la India fue desgajado del SEAC y se le dio la responsabilidad del entrenamiento de tropas. Wavell recibió «una patada hacia arriba» para convertirse en virrey de la India y Auchinleck fue su sustituto como comandante en jefe de la India.

El grueso de las fuerzas del Ejército, al mando del general Giffard (11.^º Grupo de Ejércitos), era el recién formado 14.^º Ejército, a cuyo mando se puso al general Slim. Incluía el XV Cuerpo de Christison en Arakan y el IV de Scoones en el frente central, al norte de Birmania, que tenía control operativo de las divisiones chinas en este sector. La fuerza naval seguía siendo reducida, pero la aérea aumentó hasta unos sesenta y siete escuadrones, de los cuales diecinueve eran estadounidenses, con unos efectivos totales de unos ochocientos cincuenta aparatos.

Fue este gran aumento de la fuerza aliada, y el movimiento ofensivo obvio que presagiaba el que incitó a los japoneses a embarcarse en una ofensiva nueva y preventiva, contra Assam. Si no hubieran optado por este ataque habrían estado satisfechos permaneciendo a la defensiva y consolidando esta zona en Birmania, que habían conquistado a principios de 1942. La primera incursión *chindit* de Wingate le había permitido darse cuenta de que el río Chindwin no era una barrera defensiva segura. El objetivo de la ofensiva japonesa era impedir una ofensiva aliada en la temporada seca de 1944, ocupando la llanura de Imfal y controlando los pasos montañosos desde Assam y no intentar una invasión a gran escala de la India o una «marcha sobre Delhi».

También el sistema de mando japonés se reorganizó durante el período preparatorio. Al mando del general Kawabe, comandante supremo en el teatro de operaciones birmano, se encontraban los llamados tres ejércitos (apenas equivalentes a un cuerpo de ejército en tamaño): el 33.^º (de dos divisiones), al mando del general Honda en el noreste; el 28.^º (de tres divisiones), mandado por el general Sakurai en el frente de Arakan; y el 15.^º del general Mutagachi, en el frente central, consistente en tres divisiones, así como una División Nacional India con solo nueve mil hombres, poco más de la mitad de una división japonesa normal.

El «ejército» de Mutagachi debía realizar la ofensiva de Imfal, tras una serie de ataques preliminares en Arakan y Yunnan.

* * *

Ambos bandos habían previsto lanzar una ofensiva limitada en Arakan antes del ataque principal en el frente central. En el lado británico esto ofreció al general Slim una oportunidad para probar nuevas tácticas en la jungla, basadas en la idea de crear bastiones a los que las tropas podrían retirarse y que podían mantenerse mediante suministro aerotransportado, mientras que las reservas serían enviadas para aplastar a los japoneses que se hubiesen infiltrado entre ellos y los bastiones. Esta técnica contrastaba con la costumbre y práctica anteriores de retirarse al ser desbordados por los flancos.

A principios de 1944 el XV Cuerpo de Christison avanzaba gradualmente en dirección sur, en tres columnas, hacia Akyab. Sin embargo, a principios de febrero, su avance se vio detenido cuando los japoneses lanzaron el ataque previsto, aunque solo con una de sus tres divisiones, en Arakan. Ayudados por la negligencia británica, fueron capaces de capturar Taung Bazar y, tras girar hacia el sur, pusieron a las columnas británicas en una situación peligrosa, de la que se libraron gracias a la llegada de refuerzos aerotransportados. A pesar de los errores localizados, se demostró la valía de esta nueva técnica británica, y los japoneses, que se estaban quedando sin alimentos ni municiones, fueron obligados a abandonar su contraofensiva antes de que interviniere el monzón en junio y detuviera las operaciones.

* * *

Desde que acabara la primera operación *chindit*, en mayo de 1943, con una retirada, las fuerzas de Wingate se habían mantenido inactivas. No obstante, durante ese tiempo, habían aumentado sus fuerzas desde dos a seis brigadas, en gran medida debido al modo en que las ideas y argumentos de Wingate habían inflamado la imaginación de Churchill y convencido a los, hasta entonces, escépticos jefes de Estado Mayor, cuando se reunieron con él en la conferencia Quadrant en Quebec, en agosto de 1943. En cuanto al propio Orde Wingate, fue ascendido a general de división y a sus fuerzas se les asignó una unidad aérea propia, el Comando Aéreo número 1, una fuerza que excedía con mucho el tamaño que daba a entender su título oficial, siendo equivalente a once escuadrones. Normalmente se le llamaba «el circo de Cochran», por su joven comandante estadounidense, Philip Cochran.

Los últimos meses de 1943 y los primeros de 1944 se consagraron al entrenamiento especializado de las brigadas recién asignadas a Wingate. Aunque se seguía llamando 3.^a División India, como camuflaje, esa fuerza no incluía tropas indias y ahora equivalía a dos divisiones, siendo el principal elemento nuevo el proporcionado por la 70.^a División británica.

También las ideas de Wingate habían cambiado y se habían desarrollado, pasando de las guerrillas que atacaban y huían a un tipo de penetración de largo alcance más concreta y prolongada. Sus grupos LRP^[3] debían capturar Indaw y la zona circundante, en el Irrawaddy, a unos 240 kilómetros al norte de Mandalay —el espacio entre el IV Cuerpo británico y las fuerzas chinas de Stilwell (dos divisiones)— y cortar las líneas de comunicación japonesas al establecer una sucesión de bastiones que recibirían los suministros por vía aérea. Debían combatir frontalmente a las fuerzas enemigas, no solo hostigarlas. En esencia, los *chindits* se convertirían en la punta de lanza y el IV Cuerpo en la fuerza de apoyo y limpieza. Lo que Wingate visualizaba (y pretendía llegar a tener) eran varias divisiones LRP que operaran muy por delante del ejército principal.

La operación comenzó durante la tarde del 5 de marzo y lo hizo con malos auspicios cuando muchos de los sesenta y dos planeadores utilizados por el contingente inicial se extraviaron o estrellaron al aterrizar en «Broadway», un lugar situado a ochenta kilómetros al noreste de Indaw, mientras que otro lugar de aterrizaje previsto resultó que estaba obstruido por troncos de árbol caídos y un tercero pronto fue descartado por varios motivos. Sin embargo, se llevó a cabo la construcción de una pista de aterrizaje en «Broadway» y el grueso de la LXXVII (LRP) Brigada de Calvert aterrizó sin problemas durante las siguientes noches, seguida por la CXI (LRP) Brigada de Lentaigne. El 13 de marzo unos nueve mil hombres habían aterrizado en el fondo de la retaguardia enemiga. Además, la XVI (LRP) Brigada de Bernard Fergusson se había puesto en marcha por tierra desde Assan a primeros de febrero y, a pesar de las enormes dificultades del terreno, se aproximaba a Indaw poco después de mediados de marzo.

Aunque los japoneses fueron cogidos por sorpresa pronto lograron reunir una fuerza improvisada, al mando del general Hayashi, equivalente a una división, para hacer frente a esa invasión aerotransportada. Una parte llegó a Indaw el 18 de marzo y el grueso antes de finales de mes. Además, en un contraataque el día 17, la fuerza aérea japonesa destruyó la mayor parte de la media docena de Spitfires que operaban desde «Broadway» y después de aquello, su defensa aérea dependía de patrullas de cazas que volaban desde

aeródromos distantes alrededor de Imfal. El 24 de marzo el propio Wingate murió cuando su avión se estrelló en la jungla. No obstante, ya antes de ese trágico accidente, su muy elaborado plan, aunque bastante mal concebido, se estaba desarticulando. El día 26 un ataque directo contra Indaw por la XVI (LRP) Brigada que marchaba por tierra, fue rechazado por los japoneses en su posición preparada, y también lograron contrarrestar la amenaza de las otras brigadas LRP. El desarrollo por parte de Wingate de pasar de la acción guerrillera a una penetración de largo alcance no fue un éxito, aunque es verdad que no recibió el apoyo previsto por parte de la fuerza principal.

Tras la muerte de Wingate, Letaigne fue elegido para sustituirlo como comandante de la fuerza especial y, a principios de abril, discutió con Slim y Mountbatten y estuvieron de acuerdo en que los *chindits* debían ser desplazados hacia el norte para apoyar el avance de Stilwell y de los chinos, ya que no estaban obstaculizando el avance japonés hacia Imfal. Aunque no acogió bien este traslado, ya que pensaba que eso atraería a las fuerzas japonesas hacia él, en cierta medida ayudaron en su avance al capturar Mogaung, pero incluso así, las tropas chinas de Stilwell no fueron capaces de alcanzar la posición clave enemiga en Myitkyina. El movimiento en dirección norte de los *chindits* se llevó a cabo justo antes de la llegada a la zona de una división japonesa.

* * *

La ofensiva «preventiva» japonesa en Assam, para capturar Imfal y Kohima, se había iniciado a mediados de marzo, a cargo de tres divisiones. Su lanzamiento y progresión no se vieron afectados, en contra de las previsiones, por el descenso de los *chindits* al valle de Irrawaddy, en su flanco oriental y retaguardia, una amenaza demasiado remota como para hacer peligrar su propia línea de avance y comunicación en dirección norte.

A finales de enero Scoones había interrumpido el gradual avance hacia el sur de su propio IV Cuerpo, desde Imfal, y tomado posiciones defensivas en vista de los informes y pruebas de que los japoneses se estaban reagrupando y concentrándose en el curso superior del Chindwin, para una ofensiva propia hacia Imfal. Aun así, las tres divisiones de Scoones estaban bastante dispersas, mientras que la más al sur (la 17.^a) había sido rodeada cerca de Tiddim y, después, se encontró con su línea de retirada a Imfal bloqueada. La situación parecía tan precaria que una cuarta división británica, que acababa de llegar de Arakan, se preparó rápidamente para un traslado de emergencia en avión a Imfal, así como otros refuerzos. El avance japonés por el flanco

desde Chindwin también progresaba y amenazaba el repliegue de la 20.^a División. Entonces, la posición británica en Ujrul, a unos cincuenta kilómetros al noreste (y detrás) de Imfal, fue atacada el 19 de marzo y se hizo incómodamente evidente que este ataque japonés en profundidad iba dirigido a Kohima, a unos cien kilómetros al norte de Imfal, en la carretera que lleva a la India, atravesando las montañas. De hecho, la carretera Imfal-Kohima estuvo cortada, durante un tiempo, el 29 de marzo. Entonces se enviaron dos divisiones más como salvaguardia y solución temporal. En definitiva, la agilidad y agresividad japonesas de nuevo habían desequilibrado a sus oponentes numéricamente superiores, colocándolos en una situación incómoda.

Pese a que los británicos lograron regresar a la llanura de Imfal, y tenían allí desplegadas defensivamente más de cuatro divisiones, Kohima solo estaba defendida por mil quinientos hombres, al mando del coronel Hugh Richards. Fue una suerte para los británicos que el mando supremo japonés, el general Kawabe, denegara el permiso, al general Mutaguchi, comandante del Ejército en la zona, para avanzar con una fuerza y tomar Dimapur, cincuenta kilómetros más allá de Kohima, en la salida de las montañas. Ese golpe hubiera frustrado, y alterado, cualquier contraofensiva británica para aliviar la situación de Imfal.

En el espacio que quedaba abierto, el teniente general Montagu Stopford y los elementos avanzados de su XXXIII Cuerpo fueron llevados desde la India y, el 2 de abril, fue puesto al frente de la zona de Dimapur-Kohima, en espera de la llegada del grueso de su cuerpo.

El ataque japonés en Kohima (a cargo de la 31.^a División) comenzó en la noche del 4 de abril y rápidamente capturó las cumbres dominantes, de modo que el día 6 la pequeña guarnición fue aislada de la brigada que había enviado como refuerzo. A su vez, esa brigada fue aislada de Dimapur por el bloqueo de la carretera a Zubza por parte de los japoneses.

Pese a todo, el general Slim ordenó una contraofensiva general el día 10. El 14 una nueva brigada de tropas de refresco enviada por Stopford liberó el bloqueo de la carretera en Zubza, y el 18 las dos brigadas de socorro se abrieron camino hasta la pequeña guarnición extenuada de Kohima justo en el momento en que iban a rendirse. En la siguiente fase expulsaron a los japoneses de las cumbres circundantes.

También alrededor de Imfal hubo duros combates cuando dos de las divisiones británicas en la zona contraatacaron en dirección norte para despejar la carretera a Kohima y hacia el noroeste para recuperar Ujrul y

amenazar la retaguardia de la división japonesa que estaba atacando Kohima. Las otras dos divisiones británicas en Imfal se lanzaron hacia el sur.

Afortunadamente para los británicos tenían el dominio casi completo del espacio aéreo (los japoneses contaban con menos de doscientos aviones en toda Birmania) y pudieron así mantener su gran despliegue en Imfal abastecido por vía aérea durante esas semanas cruciales. Tenían unos 120 000 hombres en Imfal y eso que 35 000 heridos, enfermos y no combatientes habían sido evacuados.

En mayo las tropas reforzadas de Stopford despejaron la carretera a Imfal, después de haber expulsado a los japoneses de sus posiciones alrededor de Kohima y las tropas de Scoones estuvieron a punto de arrinconar a los japoneses al sur de Imfal. No obstante, estos podrían haberse retirado cómodamente, y sin sufrir más bajas, si Mutagachi no hubiera insistido en continuar con su ofensiva mucho después de que ya no hubiera perspectivas de éxito y frente a las protestas de sus subordinados. En su furiosa persistencia destituyó a sus tres comandantes de división antes de ser destituido él mismo.

Durante el mes de julio el 14.^º Ejército británico, al mando de Slim, continuó su contraofensiva y acabó llegando al Chindwin. Su progresión se vio retrasada más por la llegada del monzón que por la resistencia japonesa, consistente en algunos elementos exhaustos y hambrientos.

Durante su excesivamente prolongada ofensiva las pérdidas japonesas ascendían a más de 50 000 de los 84 000 hombres que habían puesto en acción. Los británicos, manejados con más cuidado, perdieron a menos de 17 000, a partir de una fuerza inicial mayor y mucho mayor al final de la ofensiva. En conjunto habían utilizado seis divisiones y una serie de formaciones menores, mientras que se beneficiaron mucho del control del aire, mientras que los japoneses solo habían usado tres de sus divisiones, además de la llamada «división de los nacionalistas indios», de menor fuerza e inferior calidad. Por otra parte, los japoneses habían perdido su ventaja en habilidades tácticas por un seguimiento ciego de una tradición militar poco realista y por esa locura pagaría un precio aún mayor en la siguiente fase de la guerra.

SÉPTIMA PARTE

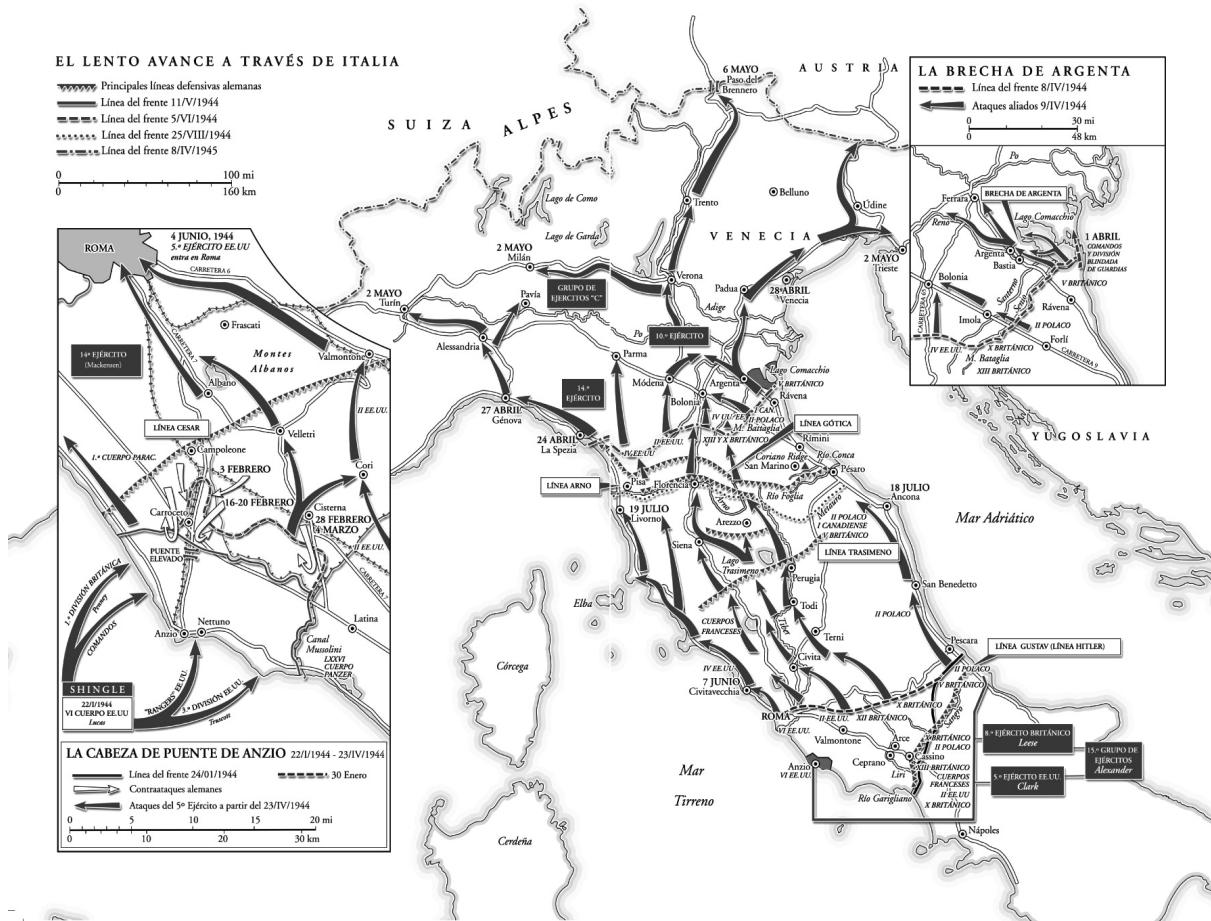
**El reflujo total
(1944)**

30

La toma de Roma y el segundo control en Italia

La situación en Italia a principios de 1944 era decepcionante en comparación con las grandes esperanzas tras los desembarcos de septiembre de 1943. Ambos ejércitos invasores, el 5.^o estadounidense y el 8.^o británico, habían sufrido graves pérdidas y estaban visiblemente agotados por los sucesivos ataques frontales al remontar la península, al este y al oeste de los Apeninos. Su lento avance, como arrastrándose, a lo largo de la península se había convertido en algo muy parecido a las acciones, como si de un ariete se tratara, de los ejércitos aliados en el frente occidental durante la Primera Guerra Mundial. La situación enormemente inconveniente en que se habían encontrado los alemanes en septiembre por la capitulación de sus aliados italianos, así como su cambio de bando, unido al triple desembarco anglo-estadounidense (en Reggio, Tarento y Salerno) fue revertida gracias a su rápida reacción. Las tropas de Kesselring, temporalmente desarticuladas y confundidas, habían hecho frente tan bien a las múltiples urgencias que Hitler pudo cancelar su plan inicial de abandonar Italia y retirarse al norte de ese territorio, a favor de una defensa prolongada de la península.

A partir del otoño de 1943 lo máximo que los aliados podían esperar era una meta negativa: mantener el mayor número posible de divisiones alemanas inmovilizadas en Italia, lejos de las fuerzas disponibles para hacer frente a la invasión aliada de Francia, en Normandía, durante el verano de 1944.



La conferencia de Teherán de las tres potencias aliadas en noviembre de 1943, justo antes de la conferencia anglo-estadounidense en El Cairo, confirmó esta conclusión al tomar la decisión de que la operación Overlord, el ataque a Normandía a través del canal de la Mancha, debía ser prioritaria, junto a Anvil, el desembarco adicional en el sur de Francia, mientras que el objetivo en Italia se restringía a la captura de Roma y a un posterior avance hasta la línea Pisa-Rímini. No se iba a llevar a cabo una explotación en dirección noreste, hacia los Balcanes. En realidad, este no era un punto importante de la política británica de la época.

A pesar del acuerdo básico para dar prioridad a Overlord y Anvil, seguía habiendo muchos desacuerdos subyacentes entre los líderes estadounidenses y británicos sobre la importancia de la campaña en Italia. El punto de vista británico, defendido por Churchill y sir Alan Brooke, era que cuantas más fuerzas situaran los aliados en Italia más soldados alemanes serían alejados de Normandía. Esta opinión demostró estar equivocada, pero se inspiraba en la esperanza de Churchill en una gran victoria, fundamentalmente británica, en este teatro de la guerra. El punto de vista estadounidense, en la medida en que

era diferente, estaba dictado por su preocupación de que cualquier refuerzo dirigido a Italia no fuese en detrimento de sus fuerzas en Francia, que consideraban, acertadamente, el escenario decisivo. Identificaban, de manera más realista que Churchill o que los jefes militares británicos, las dificultades del terreno que previsiblemente entorpecerían cualquier éxito rápido en Italia, así como su explotación. También sospechaban de la inclinación británica a centrarse en Italia como una distracción de la invasión de Francia, la tarea más dura.

* * *

Para defender este frente, en lo que se llamaba la línea Gustav, y evitar la continuación de la ofensiva aliada, Kesselring tenía quince divisiones encuadradas en el 10.^º Ejército, aparte de otras ocho en el 14.^º Ejército en el norte. Aunque la mayoría de las divisiones alemanas tenían menos efectivos de lo esperable,^[1] y algunas estaban gravemente disminuidas, parecían capaces de aguantar contra un ataque frontal directo por parte de las dieciocho divisiones aliadas desembarcadas en Italia a finales de 1943.

Por tanto, la solución natural era un desembarco más allá de la línea Gustav, lo que parecía muy fácil dada la superioridad aérea y naval aliada. Si se ponía en marcha junto a un nuevo ataque contra la línea Gustav, sería capaz de expulsar a los alemanes de esa posición y acabar con sus dominios al sur de Roma. Este plan, bautizado operación Shingle, ya existía y Churchill, que se sentía impaciente por el lento avance en Italia, le dio un impulso renovado. Obtuvo las embarcaciones necesarias en las conferencias de El Cairo y Teherán, al aceptar el deseo estadounidense de llevar a cabo la operación Anvil, el desembarco en el sur de Francia planificado para el verano, y al solicitar que los buques de desembarco permanecieran en el Mediterráneo hasta ese momento, de modo que pudieran estar disponibles para el desembarco en Anzio, justo al sur de Roma, previsto para enero.

El plan diseñado por Alexander y su Estado Mayor estaba bien concebido en líneas generales. La ofensiva en el frente peninsular existente, la línea Gustav, debía ser lanzada por el 5.^º Ejército de Mark Clark, hacia el 20 de enero. El II Cuerpo estadounidense debía atacar a través del río Rápido, y remontando el valle de Liri, tan pronto como el cuerpo francés a su derecha y el X Cuerpo británico a su izquierda hubieran atraído a la mayor parte del XIV Cuerpo Panzer del general Senger, mediante ataques preliminares. Una vez en marcha el avance principal, el VI Cuerpo anfibio de Estados Unidos desembarcaría en Anzio. Se esperaba que las divisiones de reserva alemanas

estuvieran avanzando rápidamente hacia el sur en ese momento y que volvieran sobre sus pasos para hacer frente a las fuerzas desembarcadas en Anzio. Por su parte, en medio de la confusión, el 5.^º Ejército debería poder atravesar la línea Gustav y enlazar con el VI Cuerpo en Anzio. Aunque el 10.^º Ejército alemán no fuera aplastado entre las dos fuerzas aliadas, el mando aliado esperaba que tuviera que retirarse a la zona de Roma para reorganizarse.

Sin embargo, el plan no funcionó. Las tropas alemanas no estaban tan confundidas o agotadas como esperaba el mando aliado, y combatieron con su tenacidad habitual. Por otra parte, los preparativos aliados se habían acelerado y la ofensiva del 5.^º Ejército se inició de manera desorganizada.

Comenzó bien, con el cruce exitoso del río Garigliano en la noche del 17 al 18 de enero, por parte del X Cuerpo británico de MacCreery en el sector occidental. Esto llevó a que Kesselring despachara a una gran fracción de sus reservas (las divisiones *panzergrenadier* 29 y 90 y parte de la Hermann Göring) a ese frente. No obstante, el ataque, el día 20, del II Cuerpo estadounidense a través del Rápido, en el centro izquierdo, resultó un costoso fracaso, ya que los regimientos de vanguardia fueron destruidos en gran medida. El valle del Liri estaba bien defendido y cualquier ataque en su contra estaba a la vista de Monte Cassino, cuyo formidable posicionamiento había sido subestimado. El propio río llevaba una corriente muy rápida, por lo que incluso sin oposición cruzarlo hubiera resultado difícil. En este caso, la 36.^a División estadounidense fue encargada de la misión después de solo cinco días de descanso y preparación desde que capturara el periférico monte Trocchio, en las cercanías del Rápido. También fracasó el ataque intentado por la 46.^a División británica que avanzaba inmediatamente a la izquierda de la 36.^a. La ofensiva del 5.^º Ejército seguía avanzando, aunque las perspectivas eran sombrías, cuando se produjo el desembarco en Anzio, el 22 de enero.

El sector de Anzio ofrecía las únicas playas adecuadas para un desembarco tras las líneas alemanas, a menos que los aliados se arriesgaran a elegir un lugar al norte de Roma, lo cual estaría considerablemente alejado del frente principal, en la línea Gustav. Aun así, Kesselring fue sorprendido, ya que consideraba un desembarco al norte de Roma estratégicamente más peligroso para él y solo tenía una unidad en la zona de Anzio cuando se produjo el desembarco aliado, un batallón de la 29.^a División Panzergrenadier que estaba descansando allí. Por fortuna para él, el comandante de la fuerza invasora, el general de división John P. Lucas, que se había hecho cargo del mando del VI Cuerpo durante la fase final de la batalla de Salerno, era cauto

en extremo y profundamente derrotista. Había expresado sus puntos de vista pesimistas incluso antes de que se iniciara la operación, no solo en su diario, sino también a sus subordinados y aliados, incluyendo al propio Alexander.

Para el desembarco inicial, su VI Cuerpo comprendía dos divisiones de infantería, la 1.^a británica y la 3.^a estadounidense, ayudadas por unidades de comando y de *ranger*, un regimiento paracaidista y dos batallones de tanques, todos ellos debían ser seguidos por la 1.^a División Acoraza y 45.^a División de Infantería, ambas estadounidenses. Toda esta fuerza no solo aseguraría una abrumadora superioridad en los lugares de desembarco, sino la perspectiva de una poderosa explotación, que Churchill esperaba que alcanzara pronto los montes Albanos, al sur de Roma, y cortara las carreteras 6 y 7, vitales estratégicamente, aislando así al 10.^º Ejército alemán en la línea Gustav.

Los desembarcos (británicos justo al norte de Anzio y estadounidenses justo al sur de la ciudad) se lograron fácilmente, casi sin oposición. Con todo, la reacción alemana fue rápida y decidida. Se ordenó a las fuerzas en la línea Gustav que se mantuvieran defensivamente firmes, mientras que la División Hermann Göring fue trasladada hacia el norte y el resto de las unidades disponibles fueron enviadas con premura desde Roma. El OKW comunicó a Kesselring que podía apelar a cualquier división estacionada en el norte de Italia y que, además, iba a recibir dos divisiones, tres regimientos independientes y dos batallones de tanques pesados. Hitler estaba inquieto e impaciente por asestar tal golpe a este desembarco que disuadiera a los aliados de realizar otro posible en Italia u otros previstos en la costa francesa.

La reorganización de sus fuerzas por parte de Kesselring fue un hito considerable. Elementos de ocho divisiones alemanas fueron enviados al sector de Anzio durante los ocho primeros días. La reorganización del mando se produjo al mismo tiempo. El 14.^º Ejército de Mackensen se hizo cargo del sector de Anzio, controlando al I^{er}. Cuerpo Paracaidista y al LXXVI Cuerpo Panzer, que defendían respectivamente las zonas al norte y sur de la cabeza de playa aliada. Para defender la línea Gustav se dejó al 10.^º Ejército de Vietinghoff, con el XIV Cuerpo Panzer y el LI Cuerpo de Montaña. En conjunto, se concentraron ocho divisiones alemanas alrededor de la cabeza de playa de Anzio. Siete bajo el mando del XIV Cuerpo Panzer de Senger, opuesto al 5.^º Ejército aliado de Mark Clark, y solo tres bajo el LI Cuerpo de Montaña para hacer frente al 8.^º Ejército británico en la parte adriática de Italia. A su vez seis divisiones permanecieron en el norte de Italia al mando del general Von Zangen. (El 8.^º Ejército británico estaba mandado ahora por sir Oliver Leese, desde que Montgomery fuera llamado a Inglaterra para

hacerse cargo de los planes y preparativos para la invasión aliada de Normandía).

La esperanza de Churchill de un rápido avance desde Anzio a los montes Albanos fue anulada por la obstinada determinación de Lucas, respaldado por Mark Clark, de concentrar o consolidar la cabeza de playa antes de avanzar hacia el interior. Sin embargo, a la vista de la rápida reacción de los alemanes, así como de su superior habilidad, unida a la torpeza de la mayoría de los mandos y tropas aliadas, se podría decir del exceso de cautela de Lucas que no hay mal que por bien no venga. Un avance hacia el interior, dadas las circunstancias, podría haber sido un fácil objetivo para los ataques por los flancos, lo que habría conducido a un desastre.

Mientras que la cabeza de playa prevista fue asegurada al segundo día, simplificando de ese modo el problema de los suministros, el primer intento real de avanzar al interior no se produjo hasta el 30 de enero, más de una semana después de los desembarcos. Pronto fue detenido por las fuerzas alemanas en la zona. Además, toda la cabeza de playa podía ser hostigada por el fuego artillero alemán, mientras que los aviones aliados, que operaban desde la zona de Nápoles, eran incapaces de evitar las incursiones de la Luftwaffe en la concentración de navíos alrededor de Anzio. Así, las fuerzas de Mark Clark en la línea Gustav, en lugar de ser ayudadas por los desembarcos en Anzio, intentaron de nuevo un ataque directo para socorrer a las fuerzas cercadas en ese lugar.

Esta vez el II Cuerpo estadounidense trató de superar la línea Gustav mediante un ataque desde el norte contra Cassino. El 24 de enero la 34.^a División estadounidense lideró el asalto, con la ayuda francesa en su flanco. No obstante, no fue hasta después de más de una semana de duros combates cuando logró una cabeza de puente firme, mientras que Senger había hecho llegar más reservas al sector reforzando como nunca su posición defensiva. El 11 de febrero los estadounidenses se retiraron agotados y con graves pérdidas.

Tras ese intento fallido, el recién formado Cuerpo Neozelandés (teniente general Bernard Freyberg) fue llevado a primera línea. Estaba compuesto por las divisiones 2.^a Neozelandesa y 4.^a India, ambas veteranas y que se habían distinguido mucho en la campaña del norte de África. La 4.^a India, que combinaba elementos indios y británicos, había sido calificada por los alemanes como la mejor división de ese teatro de operaciones. El plan de Freyberg para un ataque convergente sobre Cassino no ofrecía un cambio real respecto al procedimiento anterior consistente en una serie de costosos asaltos frontales contra unas posiciones alemanas bien situadas y defendidas

tenazmente. Francis Tuker, que mandaba la 4.^a India instó a que se realizara una aproximación indirecta en una maniobra más amplia, a través de las montañas, que también defendían los franceses, pero su influencia disminuyó al caer enfermo. Su división recibió el encargo de ocuparse del propio Monte Cassino, y tras el rechazo de su propuesta de una maniobra más amplia, solicitó que el monasterio histórico que coronaba su cima fuera neutralizado mediante un bombardeo aéreo concentrado. Aunque no había pruebas de que las tropas alemanas estuvieran utilizando el monasterio —y sí muchas, posteriores, de que se abstuvieron de hacerlo—, el enorme edificio dominaba el lugar de manera que causaba un efecto siniestro y deprimente sobre las tropas que debían atacar la cima. La petición fue aceptada, tras ser apoyada por Freyberg y Alexander, y el 15 de febrero se produjo un tremendo bombardeo que demolió los famosos edificios del monasterio. Entonces los alemanes se sintieron justificados para ocupar las ruinas, lo que les permitió establecer una defensa aún más firme.

Esa noche y la siguiente, repetidos ataques por parte de la 4.^a División India no lograron avances importantes. Así que durante la siguiente noche, la del 17 al 18 de febrero, el Cuerpo Neozelandés retomó el plan original. La 4.^a División India logró capturar la muy disputada cota 593, pero fue expulsada mediante contraataques de paracaidistas alemanes, y la 2.^a División Neozelandesa también fue desalojada al día siguiente de su cabeza de puente sobre el Rápido mediante un contraataque blindado alemán.

* * *

En espera de los grandes refuerzos prometidos por el OKW, para ayudar a barrer la cabeza de puente aliada, Mackensen lanzó contraataques con el fin de impedir que las fuerzas aliadas la ampliaran. El primero se produjo durante la noche del 3 de febrero, contra el saliente creado por la 1.^a División británica en su malogrado avance hacia Campoleone el 30 de enero. Afortunadamente la brigada de vanguardia de la 56.^a División británica acababa de desembarcar y el avance fue contenido. Un contraataque más potente tuvo lugar el día 7 y, aunque fue mantenido a raya, las bajas británicas fueron tan altas que la 1.^a División británica tuvo que ser sustituida por la 45.^a estadounidense, recién llegada.

A mediados de febrero Mackensen estaba listo para lanzar su contraofensiva, con diez divisiones que rodeaban a las cinco aliadas en la cabeza de puente, y una Luftwaffe muy reforzada para darle apoyo. Para crear confusión entre los defensores se debían utilizar los Goliath, nuevos tanques

en miniatura, llenos de explosivos y teledirigidos. La concentración de fuerzas no se vio afectada por los ataques aliados en Casino ni entorpecida seriamente por la aviación aliada.

El ataque alemán contra la cabeza de puente comenzó el 16 de febrero, mediante sondeos a lo largo de todo el perímetro y con frecuentes incursiones de la Luftwaffe. Por la tarde se abrió una brecha en el sector defendido por la 45.^a División estadounidense. Era la oportunidad que habían estado esperando los alemanes: catorce batallones, liderados por el favorito de Hitler, el Regimiento de Infantería Lehr, apoyados por tanques, avanzaron el día 17 para ampliar la brecha y alcanzar la carretera Albano-Anzio. La victoria estaba al alcance de la mano.

Con todo, la cantidad y diversidad de fuerzas amontonadas en esta carretera se convirtió en un obstáculo interno, mientras que ofrecía un objetivo apelotonado para los bombardeos aliados, tanto de artillería o aviación como de escuadras navales. Los tanques Goliath fueron un fracaso. No obstante, a pesar de las graves pérdidas sufridas, el peso del ataque hizo retroceder a los aliados y el día 18 un nuevo asalto, reforzado por la 26.^a División Panzer, hizo nuevos progresos hacia las playas. Las divisiones 56.^a y 1.^a británicas y la 45.^a estadounidense lucharon desesperadamente y con éxito para conservar la última línea de defensa de la cabeza de puente. El avance alemán fue frenado en la ensenada de Carroceto y las tropas de asalto decayeron ante la presión. Las divisiones *panzergrenadier* hicieron un último esfuerzo el día 20, pero pronto fue detenido. El manejo y el éxito de la defensa se vieron ayudados por la llegada del general Lucian K. Truscott, al principio como adjunto y después como sustituto de Lucas. En el sector británico el general de división W. R. C. Penney, comandante de la 1.^a División, había sido herido y fue sustituido por el general Gerald Templer, que coordinó hábilmente la defensa tanto de su división como de la 56.^a.

Irritado por el rechazo de sus tropas Hitler ordenó una nueva ofensiva, que se inició el 28 de febrero, con ataques de distracción y el ataque principal, con cuatro divisiones, a lo largo de la carretera de Cisterna. Sin embargo, esto fue contenido sin dificultades por la 3.^a División estadounidense y cuando, tras los primeros tres días, se despejaron las nubes bajas, las fuerzas aéreas aliadas pulverizaron las tropas atacantes. El 4 de marzo Mackensen se vio obligado, por sus pérdidas, a detener la ofensiva. Cinco divisiones alemanas permanecieron para defender el anillo mientras que las demás se retiraron a descansar.

* * *

Entonces los aliados se embarcaron en un nuevo ataque contra Cassino, con idea de despejar el camino para su ofensiva de primavera. Esta vez el ataque fue aún más directo que anteriormente. La División Neozelandesa debía avanzar a través del pueblo y después, la 4.^a India encargarse del ataque a la colina del monasterio. Se llevó a cabo un bombardeo muy potente por tierra y aire (cientos noventa mil proyectiles y mil toneladas de bombas) con intención de paralizar a las tropas alemanas en la ciudad.

Este bombardeo se produjo el 15 de marzo, cuando el tiempo estaba lo bastante despejado. Pese a todo, los defensores del sector, un regimiento (tres batallones) de la 1.^a División Paracaidista (de élite), no solo sufrieron el doble bombardeo sin dar un paso atrás, sino que se recuperaron lo suficiente como para detener el avance de la infantería. Los ayudó la masa de escombros creada por el bombardeo, que bloqueó el camino a los tanques aliados. Aunque la colina del castillo fue capturada, el avance de la 4.^a División India hacia arriba fue lentificado por una lluvia torrencial que caía como un diluvio en ayuda de los defensores. Una compañía de gurkas llegó hasta la colina del Verdugo, bajo el monasterio, pero allí quedó aislada. Mientras tanto seguían los combates feroces en la ciudad. Nuevos intentos por parte de ambos bandos fracasaron el 19 y, al día siguiente, Alexander decidió que si no se lograba el éxito en treinta y seis horas se abandonaría la operación, ya que las bajas eran muy grandes. El 23 se suspendió definitivamente, con el acuerdo de Freyberg. Así pues, la tercera batalla de Cassino acabó con una decepción. Después de eso el Cuerpo Neozelandés fue disuelto, sus unidades pudieron descansar y *a posteriori* se dispersaron entre otros cuerpos, mientras que el sector de Cassino fue tomado por la 78.^a División británica y la I Brigada de Guardias de la 6.^a División Acorazada.

* * *

Alexander había propuesto el 22 de febrero que la operación Diadem se lanzara en el valle del Liri en conjunción con una penetración y ataque convergente desde la cabeza de puente de Anzio. En grandes líneas la ofensiva sería similar a la de enero, aunque mejor planeada y coordinada, y debía ponerse en marcha unas tres semanas antes de Overlord, el ataque desde Inglaterra contra Normandía, de modo que detrajera divisiones alemanas de Francia.

El plan, preparado por el jefe de Estado Mayor de Alexander, John Harding, concentraba una fuerza extra en el ataque, dejando tan solo un cuerpo en el lado del Adriático de Italia, y enviando el resto del 8.^º Ejército en

dirección oeste, para capturar el sector de Cassino-valle de Liri. El 5.^º Ejército, incluyendo la parte francesa, no solo estaría a cargo del sector de Garigliano, en la orilla izquierda, sino de la cabeza de puente de Anzio. Al mismo tiempo se proponía abandonar la operación Anvil, el desembarco en el sur de Francia.

Aunque el Estado Mayor británico estaba de acuerdo con el plan, de manera natural, el estadounidense estaba en contra, ya que consideraba que un desembarco en el sur de Francia era una mejor distracción para ayudar a la invasión de Normandía. Eisenhower propuso un arreglo por el cual se daría prioridad a la ofensiva italiana, pero seguirían adelante los planes para Anvil. Si el 20 de marzo estaba claro que no se podía montar una operación anfibia de envergadura, la mayor parte de los buques en aguas italianas debían ser retirados para ayudar en Overlord. La Junta de Jefes Interaliada de Estado Mayor alcanzó ese acuerdo el 25 de febrero.

Al acercarse la fecha de la decisión, el general Maitland Wilson (que acababa de ser nombrado comandante supremo en el Mediterráneo) se enteró por Alexander de que la ofensiva de primavera en Italia no se podía organizar antes de mayo y se resaltó que no se retirarían tropas para Anvil antes de que las fuerzas principales situadas frente a la línea Gustav hubieran roto la línea y enlazado con las fuerzas en Anzio. Esto significaba que, dejando diez semanas para reagrupamiento y preparativos, Anvil no podría tener lugar antes de finales julio, casi dos meses después del desembarco de Normandía, en vez de tratarse de una diversión preliminar en su ayuda. Así pues, Maitland Wilson y Alexander consideraron que las circunstancias los liberaban para abandonar Anvil y concentrarse en un intento de completar la campaña de Italia de manera decisiva. Este punto de vista coincidía con las preferencias de Churchill y el Estado Mayor británico. Eisenhower estaba de acuerdo con ellos, aunque fuera por razones algo diferentes: que Overlord heredaría la mayor parte de los buques en el Mediterráneo. Sin embargo, el Estado Mayor estadounidense, aunque aceptaba a regañadientes una demora del inicio de Anvil hasta julio, se oponía a su abandono, y dudaban del valor de continuar con la ofensiva en Italia más allá de los límites ya fijados. También dudaban de su efecto a la hora de distraer divisiones alemanas de Normandía, cuestión en la que pronto se vería que tenían razón. A continuación, hubo una prolongada disputa, en forma de intercambio de largos argumentos telegráficos entre Churchill y Roosevelt.

Mientras tanto, siguieron adelante los preparativos en Italia para una ofensiva de primavera, ya que dependían de la esfera de decisión británica. El

desplazamiento y la redistribución del 8.º Ejército, junto con otros factores, incluyendo la carestía de buques, retrasó el inicio de la ofensiva hasta el 11 de mayo. La misión del 8.º Ejército era abrirse camino a través de Cassino mientras el 5.º Ejército debía ayudarle, en el flanco izquierdo, avanzando por Garigliano y escapando de la cabeza de puente de Anzio hacia Valmontone, en la carretera número 6. En Anzio había seis divisiones aliadas frente a cinco alemanas, con otras cuatro más en reserva alrededor de Roma. En la línea Gustav diecisésis divisiones aliadas (de las cuales cuatro estaban listas para aprovechar la explotación) se concentraban frente a seis alemanas y una en reserva. Gran parte de la fuerza aliada en este frente se concentraba en la franja que va de Cassino a la desembocadura del Garigliano: un total de doce divisiones (dos estadounidenses, cuatro francesas, cuatro británicas y dos polacas) para forzar la entrada, con cuatro más cerca para explotar la situación mediante un avance en el valle del Liri, con la esperanza de penetrar en la línea Hitler, unos diez kilómetros más allá, antes de que los alemanes pudieran concentrarse y fortificar esa posición.

Las nueve divisiones del 8.º Ejército tenían el apoyo de más de mil cañones y se beneficiaban aún más de un período de tiempo seco que permitía a sus tanques y otros vehículos a motor seguirlos, en contraste con el barro habitual durante la ofensiva de invierno. Así, las tres divisiones acorazadas (la 6.^a británica, la 5.^a canadiense y la 6.^a Sudaficana) tenían mejores perspectivas que nunca para poder ser eficaces.

En el ataque, el cuerpo polaco (compuesto por dos divisiones) debía encarar Cassino, mientras que el XIII británico (con cuatro divisiones) avanzaba por su izquierda, hacia St. Angelo.

La ofensiva aliada en su conjunto, en el frente principal, debía estar apoyada por dos mil cañones, mientras que las fuerzas aéreas en este teatro de operaciones cooperaban mediante ataques intensos y generalizados en las redes ferroviarias y de carreteras enemigas, antes de volverse contra los objetivos en el campo de batalla durante la fase final. Sin embargo, esta operación Strangle no afectó seriamente a los sistemas de comunicaciones y suministros alemanes, tal y como se esperaba. También se organizaron grandes operaciones de sabotaje, aunque con resultados decepcionantes. Como forma de engaño, unidades aliadas hicieron preparativos de desembarcos abiertamente, con la esperanza de que Kesselring creyera en su llegada —en especial cerca de Civitavecchia, justo al norte de Roma—; no obstante, este estaba tan convencido de que los aliados debían utilizar su

superioridad naval, que estos intentos de engaño no parece tuvieran mayor efecto.

La ofensiva se inició a las 23:00 del 11 de mayo con un bombardeo de artillería masivo, seguido poco después por el avance de la infantería. Sin embargo, durante los tres primeros días el ataque avanzó poco frente a una firme resistencia en la mayor parte de los sectores. El cuerpo polaco, al mando del general Anders, sufrió gravemente en su ataque a Cassino, a pesar de su gran determinación y habilidad al utilizar las rutas de aproximación menos directas. El XIII Cuerpo británico también avanzó lentamente, y hubieran tenido graves bajas si no hubiera sido por cómo los polacos centraron la atención enemiga. El II Cuerpo estadounidense, en el sector costero, ganó igualmente poco terreno. No obstante, el cuerpo francés, al mando de Juin, situado entre los dos anteriores, se encontró con una única división frente a las cuatro propias y avanzó relativamente rápido por la región montañosa a través del Garigliano, donde los alemanes no esperaban un ataque importante. El día 14 los franceses penetraron en el valle Ausente, y la 71.^a División alemana comenzó a retirarse rápidamente ante ellos. Esto ayudó al II Cuerpo estadounidense que comenzó a avanzar más rápido a lo largo de la carretera de la costa frente a la 94.^a División alemana. Además, estas dos divisiones alemanas se encontraban ante líneas de retirada divididas por las montañas Aurunci, casi sin carreteras. Juin aprovechó la oportunidad, envió a sus *goums* marroquíes, criados en las montañas, una fuerza equivalente a una división al mando de Guillaume, a la brecha existente entre las montañas, para penetrar la retaguardia de la línea Hitler en el valle del Liri, antes de que pudiera ser reforzado.

El flanco derecho (u oeste) alemán se estaba derrumbando y sus perspectivas de recuperación eran muy malas, porque Senger, su talentoso comandante, estaba ausente en el momento de iniciarse la ofensiva aliada. Además, en esta ocasión Kesselring fue lento para mandar reservas al sur hasta que vio cómo se desarrollaba la situación en el norte. No fue hasta el 13 cuando se desplazó una división al sur, al valle del Liri. Aunque pronto la siguieron otras tres, fueron absorbidas por lo que se convirtió en una batalla remolino, y llegaron demasiado tarde como para estabilizar el frente. En el sector de Cassino, los alemanes continuaron aguantando varios días más, aunque el cuerpo canadiense fue lanzado contra ellos el día 15 para explotar la situación. Durante la noche del 17 los indomables paracaidistas alemanes acabaron retirándose, y los polacos entraron en las muy deseadas ruinas del

monasterio a la mañana siguiente, tras haber perdido cuatro mil hombres con sus valientes intentos.

* * *

Dado que las escasas reservas alemanas finalmente habían sido atraídas hacia el sur, había llegado el momento de intentar la penetración desde la cabeza de playa de Anzio, que había sido reforzada con otra división estadounidense, la 36.^a. Al ordenar este ataque para el día 23 Alexander esperaba que se produjera un ataque fuerte y rápido hasta Almontone, para cortar la carretera número 6 —la principal por el interior— y aislar así a la mayor parte del 10.^º Ejército alemán que había estado defendiendo la línea Gustav. Si se lograba esto, Roma caería como fruta madura. No obstante, las expectativas se vieron frustradas por el distinto punto de vista de Mark Clark, y por sus ansias de que las tropas del 5.^º Ejército fueran las primeras en entrar en Roma. El día 25, la 1.^a División Acorazada y la 3.^a de Infantería, ambas estadounidenses, llegaron a Cori, justo después de la carretera de la costa (número 7), pero mucho antes de la carretera número 6, tras un avance de casi veinte kilómetros y de enlazar con el II Cuerpo que avanzaban en dirección norte por la carretera número 7. La única división móvil que le quedaba a Kesselring, la Hermann Göring, avanzaba rápidamente en esa dirección para detener el ataque, y estaba siendo hostigada intensamente por la aviación aliada. En esta fase Mark Clark giró directo hacia Roma, con cuatro divisiones, mientras que solo permitió que una continuara hacia Valmontone. Esta última fue retenida a cinco kilómetros de la carretera 6 por gran parte de las tres divisiones alemanas.

Las peticiones de Alexander a Churchill no lograron cambiar la dirección del ataque de Mark Clark, que solo fue retrasado por la resistencia alemana en las defensas de la línea César, justo al sur de Roma. Además, las divisiones acorazadas del 8.^º Ejército descubrieron que su explotación remontando el valle del Liri no era tan fácil como habían pensado y no pudieron inmovilizar al 10.^º Ejército alemán en retirada contra los montes Apeninos. En su lugar, los alemanes pudieron escabullirse hasta territorio seguro por carreteras de montaña, con ayuda de la falta de intervención de las fuerzas aliadas en Anzio.

De hecho, durante unos días los alemanes parecieron tener posibilidades de restablecerse y estabilizar el frente en la línea César, debido a la gran resistencia mostrada, bajo la dirección de Senger, en el sector Arce-Ceprano a lo largo de la carretera número 6, unido al tamaño y difícil manejo de los

elementos de transporte y las divisiones acorazadas que trataban de avanzar por esta carretera atestada.

Pese a todo, las perspectivas sombrías de llegar a otro punto muerto se vieron anuladas por el éxito de la 36.^a División estadounidense el 30 de mayo, al capturar Velletri, en la carretera número 7, en los montes Albanos, y atravesar la línea César. Para aprovechar la oportunidad, Mark Clark ordenó una ofensiva generalizada por parte del 5.^º Ejército, en la que su II Cuerpo tomó Valmontone y continuó su avance por la carretera 6 hacia Roma, mientras que el grueso de su VI Cuerpo apoyaba el avance por la carretera 7. Bajo la presión de once divisiones, las fuerzas alemanas comparativamente pequeñas que defendían las cercanías de la ciudad se vieron obligadas a ceder terreno y los estadounidenses entraron en Roma el 4 de junio. Se encontraron intactos los puentes, ya que Kesselring la había declarado «ciudad abierta» en lugar de arriesgarse a la destrucción de la Ciudad Eterna en combates prolongados.

* * *

El 6 de junio, dos días después, comenzó la invasión aliada de Normandía y la campaña en Italia pasó a un segundo plano. La ofensiva de primavera, operación Diadem, había costado a los estadounidenses dieciocho mil bajas, a los británicos catorce mil y a los franceses diez mil para el momento en que se produjo la captura de Roma. Las bajas alemanas ascendían a unos diez mil hombres entre muertos y heridos, aunque otros veinte mil fueron capturados en las acciones sucesivas.

En cuanto a absorción de fuerzas comparativa, había treinta divisiones aliadas en este teatro de operaciones frente a veintidós alemanas, y en torno a 2 a 1 en efectivos reales: la continuación de la ofensiva aliada en Italia no resultó ser una buena inversión estratégica. Tampoco ayudó a facilitar la invasión de Normandía al detraer fuerzas alemanas de ese escenario. De hecho «no logró impedir que el enemigo reforzara el noroeste de Europa».![2] Los efectivos alemanes al norte de Francia (por encima del Loira) y en los Países Bajos, aumentó de treinta y cinco divisiones a principios de 1944 a cuarenta y una cuando se puso en marcha la invasión aliada de Normandía, en junio.

La afirmación más adecuada respecto al efecto estratégico de la campaña italiana, como ayuda al éxito del desembarco de Normandía, es que sin la presión de aquella, las fuerzas alemanas en el canal de la Mancha habrían aumentado aún más. La magnitud de las fuerzas de asalto y de explotación

inmediata, por parte aliada, estaba limitada por la cantidad de lanchas de desembarco disponibles, por lo que las unidades empleadas en Italia no podrían haberse añadido al peso del desembarco durante su crucial fase inicial. Por otra parte, la utilización en Normandía de las fuerzas alemanas retenidas en Italia podría haber sido fatídica para las posibilidades de desembarco. Este es un argumento válido que, de manera extraña, muchos de los defensores británicos de la campaña de Italia lo han infrautilizado al tratar de reivindicarlo demasiado. Con todo, incluso este argumento está sujeto a la duda de si un mayor movimiento de tropas a Normandía hubiera sido posible ante al bombardeo aliado de los ferrocarriles que llegaban hasta esa zona.

En la esfera política, el aspecto más notable del período fue la abdicación del rey Vittorio Emmanuel a favor de su hijo, y la sustitución del mariscal Badoglio, como primer ministro, por el antifascista Bonomi.

* * *

Para los ejércitos aliados en Italia la secuela de la muy buscada captura de Roma fue muy decepcionante. En parte por decisiones en ámbitos superiores y en parte por la recuperación y contraataques alemanes.

A pesar de que Maitland Wilson había aceptado el punto de vista estadounidense de que Anvil, aunque se hubiera retrasado, era la operación más eficaz que el mando Mediterráneo podía llevar a cabo para detraer divisiones alemanas del norte de Francia, y así ayudar al avance en Normandía, Alexander pensaba de otra manera. El 6 de junio, dos días después de la entrada en Roma, presentó su plan para explotar Diadem. Consideraba que si sus fuerzas permanecían intactas, podrían atacar a los alemanes de la línea Gótica, al norte de Florencia, en la parte más estrecha de la península, el 15 de agosto —la misma fecha que Wilson había fijado para Anvil— y atravesar esa barrera, a menos que Hitler desviara ocho o más divisiones para reforzarla. Y después de eso, pensaba que pronto podría conquistar el noreste de Italia y tener posibilidades de atravesar el llamado «paso de Lubiana» para entrar en Austria. Se trataba de una visión notablemente optimista de las posibilidades de superar con rapidez una serie de obstáculos montañosos entre el Véneto y Viena, con sus múltiples posiciones retardadoras en potencia, y aún más optimista a la luz de los repetidos rechazos que habían sufrido los italianos en esta zona durante la Primera Guerra Mundial, incluso en sus aproximaciones iniciales.

Sin embargo, el plan atraía a Churchill y los jefes de Estado Mayor británicos, especialmente a Alan Brooke, como alternativa a las graves

pérdidas, e incluso a la catástrofe, que temían que ocurriera en Normandía. Al defender el plan Alexander encontró una buena justificación subrayando el valor moral de impresionar a sus tropas con la importancia de la campaña italiana.

Los jefes de Estado Mayor estadounidenses, bajo la guía del general Marshall, se opusieron a esta dudosa ampliación de la ofensiva de Italia, pero Alexander logró sumar a Maitland Wilson a su causa. Una vez más, Churchill y Roosevelt fueron embarcados en una disputa. El 2 de julio los británicos tuvieron que ceder y Wilson recibió la orden de poner en marcha Anvil —que ahora recibía el nombre más modesto de Dragoon^[3]— para el 15 de agosto. La decisión implicaba la partida del VI Cuerpo estadounidense (con sus tres divisiones), y después la del cuerpo francés (de cuatro divisiones), cuyos jefes y miembros, naturalmente, preferían ayudar a la liberación de su madre patria. Así pues, el 5.^º Ejército fue reducido a cinco divisiones y el grupo de ejércitos perdió un 70 por ciento de su apoyo aéreo.

Mientras tanto Kesselring y sus hombres ya estaban tratando, con grandes resultados, de frenar la explotación aliada de la victoria parcial que habían conseguido. Las pérdidas alemanas en Diadem habían sido importantes, tuvieron que retirar cuatro divisiones de infantería para reequiparse, mientras que otras siete se vieron gravemente reducidas. Pese a todo, había cuatro divisiones de refresco en camino, así como un regimiento de tanques pesados. La mayor parte de estos refuerzos se unieron al 14.^º Ejército, que cubría las rutas de avance más fáciles. El plan de Kesselring consistía en frenar el avance aliado mediante una serie de acciones de retraso a lo largo del verano, y retirarse a la línea Gótica para pasar el invierno. A unos 130 kilómetros al norte de Roma había una línea natural de defensa cerca de Trasimeno, el escenario de la trampa más hábil de Aníbal, que ofrecía una posición adecuada para el primer punto de resistencia. El hábil trabajo de demolición de los ingenieros alemanes ayudaría a retrasar el avance aliado.

Este avance comenzó el 5 de junio, el día después de la entrada de los estadounidenses en Roma. Sin embargo, no se abrió paso con mucha fuerza en el momento en que podría haber sido más peligroso. Entonces los franceses tomaron la iniciativa en el sector del 5.^º Ejército. Mientras, el XIII Cuerpo británico presionaba sobre las carreteras 3 y 4, tierra adentro, encontrándose con una resistencia creciente, para llegar a un punto muerto a lo largo de la línea de Trasimeno. El avance en otros sectores también llegó a un punto muerto. Así, en apenas quince días tras la retirada de Roma,

Kesselring había estabilizado la situación que momentáneamente había sido muy peligrosa.

Además, le habían comunicado que el OKW le estaba mandando otras cuatro divisiones —procedentes o destinadas al frente ruso—, así como soldados de reemplazo para reconstituir sus divisiones más maltrechas. Todo esto además de las cuatro nuevas divisiones y un regimiento de tanques pesados que ya habían llegado. De manera irónica este gran añadido a la fuerza de Kesselring se produjo en un momento en que Alexander tuvo que hacer frente al hecho deprimente de ver partir a siete de sus divisiones y la mayor parte del apoyo aéreo, así como gran parte de los elementos logísticos del Grupo de Ejércitos Aliados en Italia.

Kesselring se había revelado como un comandante muy capaz y ahora era recompensado por la buena fortuna. Había decidido detenerse, en una línea natural de defensa muy conveniente, justo en el momento en que la explotación aliada se quedaba sin impulso.

Los dos meses del verano posterior al 20 de junio fueron un período de decepción y frustración para los ejércitos de Alexander. Los avances eran fragmentados y nunca parecieron decisivos. Las batallas eran una serie de acciones aisladas entre cuerpos individuales, aliados y alemanes, en los que la política alemana consistía en defender una posición hasta que se comprobaba que el cuerpo aliado que tenía enfrente se estaba desplegando para un ataque masivo, y se escabullía hasta la siguiente línea de obstáculos naturales.

El resultado del rápido reagrupamiento de Kesselring significaba que los cuerpos de ejército tenían la siguiente disposición: el XIV Panzer, en la costa oeste, frente al II Cuerpo estadounidense; el I Paracaidista ante el francés (que todavía no había sido retirado para acudir a Anvil); el LXXVI Panzer frente a los XIII y X británicos; mientras que el LI de Montaña enfrentaba al II polaco en la costa adriática.

A principios de julio, el centro del dispositivo aliado, con dificultades por culpa del mal tiempo, por fin avanzaba hacia la línea del Trasimeno; no obstante, en pocos días fue frenado en la línea de Arezzo. El 15 de julio, los alemanes se escabulleron y gradualmente se retiraron a la línea del Arno, desde Pisa a Florencia y hacia el este. En este lugar los ejércitos aliados fueron obligados a una parada prolongada; con su objetivo, la línea Gótica, solo a una pequeña distancia. Lograron una cierta compensación a su frustración por la captura de Ancona por parte de los polacos, el 18 de julio, y de Leghorn, por parte estadounidense, el 19; lo cual acortó sus líneas de suministro.

* * *

Teniendo en cuenta el deseo británico, especialmente por parte de Alexander y Churchill, de proseguir la campaña en Italia —a pesar de las reiteradas decepciones y la reducción de fuerzas—, continuaron los planes para organizar una gran ofensiva en otoño contra la línea Gótica. Se esperaba que siguiera siendo válida parar detraer fuerzas alemanas de los principales teatros de operaciones o, alternativamente, que si se producía un derrumbe del frente occidental, eso conllevara una retirada alemana de Italia y, por tanto, permitiera a las fuerzas de Alexander explotar un avance en el norte del país mediante un movimiento hacia Trieste y Viena.

El plan anterior para un ataque contra la línea Gótica, diseñado por el jefe de Estado Mayor de Alexander, Harding, y el Estado Mayor del Grupo de Ejércitos, se basaba en la idea de un ataque sorpresa atravesando el centro del frente alemán, en los Apeninos; sin embargo, el 4 de agosto Oliver Leese, al mando del 8.º Ejército, convenció a Alexander de adoptar un plan diferente. Su base consistía en trasladar de nuevo al 8.º Ejército al Adriático, en secreto, para que pudiera avanzar por allí hacia Rímini. Al centrar de este modo la atención de Kesselring en la costa adriática, el 5.º Ejército atacaría el centro izquierdo, teniendo a Bolonia como su objetivo. Después, cuando Kesselring reaccionara a este nuevo ataque, el 8.º Ejército avanzaría de nuevo penetrando en la llanura de Lombardía, donde sus fuerzas acorazadas tendrían más espacio de maniobra del que habían disfrutado desde su desembarco en Italia.

A pesar de los problemas administrativos que suponía, este nuevo plan fue muy bien recibido, ya que las posibilidades del original se vieron alteradas por la retirada de los franceses, con sus hábiles tropas de montaña. Leese también consideraba que los ejércitos 5.º y 8.º funcionarían mejor cuando no tuvieran el mismo objetivo. Estos argumentos convencieron rápido a Alexander, quien adoptó enseguida el nuevo plan, con el nombre de operación Olive.

No obstante, tenía inconvenientes que fueron evidentes tras el inicio de la operación. Aunque el 8.º Ejército ya no tenía que hacer frente a una serie de crestas montañosas, ahora debía superar una difícil sucesión de cruces de ríos, que retrasarían su avance. En contraste, Kesselring se beneficiaba de una buena red de carreteras laterales para mover sus fuerzas: en la 9 —la troncal entre Rímini, en dirección oeste, y Bolonia—. Los planificadores también parecen haber sido excesivamente optimistas sobre la continuidad del tiempo seco. En cualquier caso, el terreno al norte de Rímini, aunque era llano,

también era cenagoso, nada adecuado para un avance rápido de las fuerzas acorazadas.

La ofensiva de Alexander comenzó bien, el 25 de agosto, diez días después de lo prometido inicialmente. Los alemanes fueron tomados por sorpresa de nuevo, ya que no detectaron los movimientos del V Cuerpo británico (cinco divisiones) y el I Cuerpo canadiense (dos divisiones) hacia posiciones de partida tras el II Cuerpo polaco. (El X Cuerpo británico continuó defendiendo el sector montañoso cerca del centro, mientras que el XIII Cuerpo se desplazó más al oeste para apoyar el próximo ataque del 5.º Ejército).

El sector adriático solo estaba defendido por dos divisiones ligeras, apoyadas por la 1.ª División Paracaidista. En esos momentos los movimientos de tropas alemanes eran mayoritariamente de este a oeste. Los avances del cuerpo polaco hacia el norte del Adriático, habían atraído escasa atención y solo el 29 de agosto, después de cuatro días de progresión por parte de esos tres cuerpos aliados en un amplio frente (momento en que habían avanzado unos dieciséis kilómetros, desde Metaruro a Foglia), los alemanes comenzaron a reaccionar. Al día siguiente, fracciones de otras dos divisiones habían llegado a la zona, para ayudar a detener el avance aliado, pero llegaron demasiado tarde para evitar la progresión que llegó a la línea del río Conca, a unos once kilómetros más allá, para el 2 de septiembre.

Con todo, el impulso del 8.º Ejército comenzaba a flaquear. La batalla clave se dio en la cresta de Coriano, tras Ausa, dos ríos más allá, el 4 de septiembre. Allí el avance británico se detuvo y se desmoronó. Mientras, los alemanes estaban recibiendo refuerzos y las fuertes lluvias vinieron en su ayuda el 6 de septiembre.

Kesselring había ordenado una retirada general de sus otras divisiones en las posiciones de la línea Gótica, que había acortado su frente y liberado algunas de sus tropas para el sector adriático. Esta retirada parcial abrió los cruces del Arno, permitiendo al 5.º Ejército prepararse para el ataque. A partir del 10 de septiembre, el II Cuerpo estadounidense y el XIII Cuerpo británico atacaron las posiciones alemanas, débiles en unidades, pero defendidas tenazmente. Finalmente, una semana después, atravesaron el paso de Il Gioga al norte de Florencia. Una vez más Kesselring parece haber sido tomado por sorpresa, ya que no se dio cuenta de que se trataba de una gran ofensiva hasta el 20, diez días después de su inicio, cuando se desplazaron rápidamente dos divisiones a ese sector. Sin embargo, para entonces, la división de reserva estadounidense, la 88.ª de Infantería, avanzaba para atacar Bolonia desde el

este. Aun entonces, después de que los alemanes hubieran perdido la línea Gótica y un punto clave situado más atrás, en monte Battaglia, fueron capaces de detener los ataques aliados. A finales de septiembre Mark Clark retomó la idea de un ataque más directo contra Bolonia.

Mientras tanto el 8.^º Ejército seguía en dificultades en el flanco adriático. El 17 de septiembre, elementos de diez divisiones alemanas estaban en el lugar ayudando a frenar su avance. Aunque los canadienses lograron llegar a Rímini el 21 y, por tanto, al delta del Po, los alemanes retrocedieron a otra línea de defensa, el río Uso, el histórico Rubicón de la antigüedad. Todavía quedaban trece ríos por cruzar en esta región llana y anegada antes del propio Po, y en el intento casi quinientos tanques habían sido puestos fuera de combate, quedando empantanados o averiados, mientras que muchas de las divisiones de infantería habían sido reducidas a esqueletos. Así, los alemanes pudieron desplazar gran parte de sus fuerzas para detener al 5.^º Ejército.

El 2 de octubre, comenzó la renovada ofensiva de Mark Clark hacia Bolonia, esta vez a lo largo de la carretera 65. Las cuatro divisiones de su II Cuerpo fueron puestas en acción, pero los defensores alemanes combatieron con tal tenacidad que durante las siguientes tres semanas el avance estadounidense no llegaba a dos kilómetros diarios, y el 27 de octubre se abandonó la ofensiva. A finales de octubre el avance del 8.^º Ejército también se había consumido, después de atravesar solo otros cinco ríos y con el Po todavía a ochenta kilómetros de distancia.

Los únicos cambios notables del período fueron en el mando. Kesselring, herido en un accidente de coche, fue sustituido por Vietinghoff. McCreery reemplazó a Leese —que fue enviado a Birmania— al frente del 8.^º Ejército. Hacia finales de noviembre, a Maitland Wilson se le envió a Washington y su sucesor fue Alexander, mientras que Mark Clark se hizo cargo del grupo de ejércitos en Italia.

La situación aliada a finales de 1944 era muy decepcionante en comparación con las grandes esperanzas de la primavera y el verano. Aunque Alexander seguía siendo optimista sobre un avance hacia Austria, el lento reptar por la península italiana hacía que esos horizontes lejanos parecieran crecientemente irreales. El propio Maitland Wilson lo reconocía en su informe del 22 de noviembre al Estado Mayor británico. La incredulidad y descontento de las tropas aliadas se manifestaba en un creciente ritmo de deserciones.

Una última ofensiva aliada en 1944 trató de capturar Bolonia y Rávena como bases de invierno. Los canadienses, dentro del 8.^º Ejército, lograron

entrar en Rávena el 4 de diciembre y su éxito llevó a los alemanes a enviar tres divisiones para frenar nuevos avances del 8.º Ejército. Esto parecía ofrecer mejores posibilidades al 5.º Ejército, pero este se vio comprometido por un contraataque enemigo en el valle del Senio el 26 de diciembre. Este fue instigado por Mussolini con la idea de emular la contraofensiva de Hitler en las Ardenas, y fue llevado a cabo en gran medida por italianos que seguían siéndole leales. El ataque fue detenido pronto y fácilmente. Pero el 8.º Ejército estaba exhausto y muy corto de municiones, mientras que se sabía que los alemanes tenían grandes reservas cerca de Bolonia. Así, Alexander decidió que los ejércitos aliados debían pasar a la defensiva y prepararse para una poderosa ofensiva en primavera.

Otra decepción para las esperanzas que se habían puesto en la campaña italiana fue la decisión del Estado Mayor Conjunto de retirar otras cinco divisiones de este teatro de operaciones para mandarlas al frente occidental, con el fin de proporcionar a los ejércitos aliados más impacto para su ofensiva contra Alemania. En consecuencia, el cuerpo canadiense, de dos divisiones, fue enviado allí, aunque no hubo que mandar más unidades.

31

La liberación de Francia

Antes de desencadenarse, la invasión de Normandía parecía una aventura extremadamente arriesgada. Las tropas aliadas debían desembarcar en una costa que el enemigo había ocupado durante cuatro años, con mucho tiempo para fortificarla, cubrirla de obstáculos y sembrarla de minas. Para su defensa los alemanes tenían cincuenta y ocho divisiones en el oeste, y diez de ellas eran *panzer* que podían lanzar un contraataque acorazado rápidamente.

El poder de los aliados de poner en acción las grandes fuerzas que habían reunido en Inglaterra se veía limitado por el hecho de que tenían que cruzar el mar y por la cantidad de buques de desembarco disponibles. Solo podían desembarcar seis divisiones en la primera oleada anfibia, junto a tres aerotransportadas, y transcurría una semana antes de que pudieran doblar ese número en tierra.

Por tanto, había motivos de inquietud sobre las posibilidades de atacar lo que Hitler llamaba «el muro Atlántico», un nombre impresionante, y sobre los riesgos de ser lanzados de vuelta al mar.

Sin embargo, lo que ocurrió fue que los primeros puntos de apoyo pronto se convirtieron en grandes cabezas de puente, de 130 kilómetros de ancho. El enemigo nunca logró lanzar ningún contraataque peligroso antes de que las fuerzas aliadas salieran de las cabezas de puente. La penetración se produjo del modo y en el lugar que el mariscal Montgomery había planeado inicialmente. Entonces todo el dispositivo alemán en Francia se derrumbó con celeridad.

En retrospectiva, el desarrollo de la invasión parece maravillosamente fácil y seguro. Pero las apariencias engañan.

Se trató de una operación que acabó «saliendo según el plan», pero no según la cronología prevista. Al principio el margen entre el éxito y el fracaso era estrecho. El triunfo final ha ocultado el hecho de que los aliados estuvieron en grave peligro al principio y que escaparon por poco.

La idea corriente de que la invasión fue una carrera tranquila y segura fue alimentada por el posterior énfasis de Montgomery en que «la batalla se combatió exactamente tal y como se había planeado antes de la invasión», y por el hecho de que los ejércitos aliados alcanzaron el Sena en noventa días, cuando esa línea figuraba en los mapas de previsiones, hechos en abril, como el lugar a alcanzar en el día «D+90».

Era «la manera [de hablar] de Monty», como si todas las operaciones que había dirigido se hubieran desarrollado siempre tal como pretendía, con la certeza y precisión de una máquina, o de la divina providencia. Esta característica ha ocultado a menudo su adaptabilidad a las circunstancias y así, irónicamente, le ha privado del mérito por su combinación de flexibilidad y determinación en el mando.

En el plan original, Caen debía ser capturada el primer día del desembarco, el 6 de junio. El inicio fue bueno y las defensas costeras fueron silenciadas a las 09:00. Pero el relato de Montgomery ha ocultado el hecho de que el avance terrestre hacia Caen no empezó hasta la tarde. Esto se debió en parte a un atasco paralizante en las playas, pero también a la excesiva cautela de los comandantes en un momento en que no había prácticamente nada que los detuviera. Cuando acabaron avanzando hacia Caen, el punto clave de la zona de invasión, una división *panzer* —la única en toda el área de la invasión de Normandía— llegó al lugar y detuvo el avance. Una segunda división *panzer* acudió al día siguiente. Transcurrió más de un mes antes de que, finalmente, Caen fuera capturada y despejada, después de duros combates.

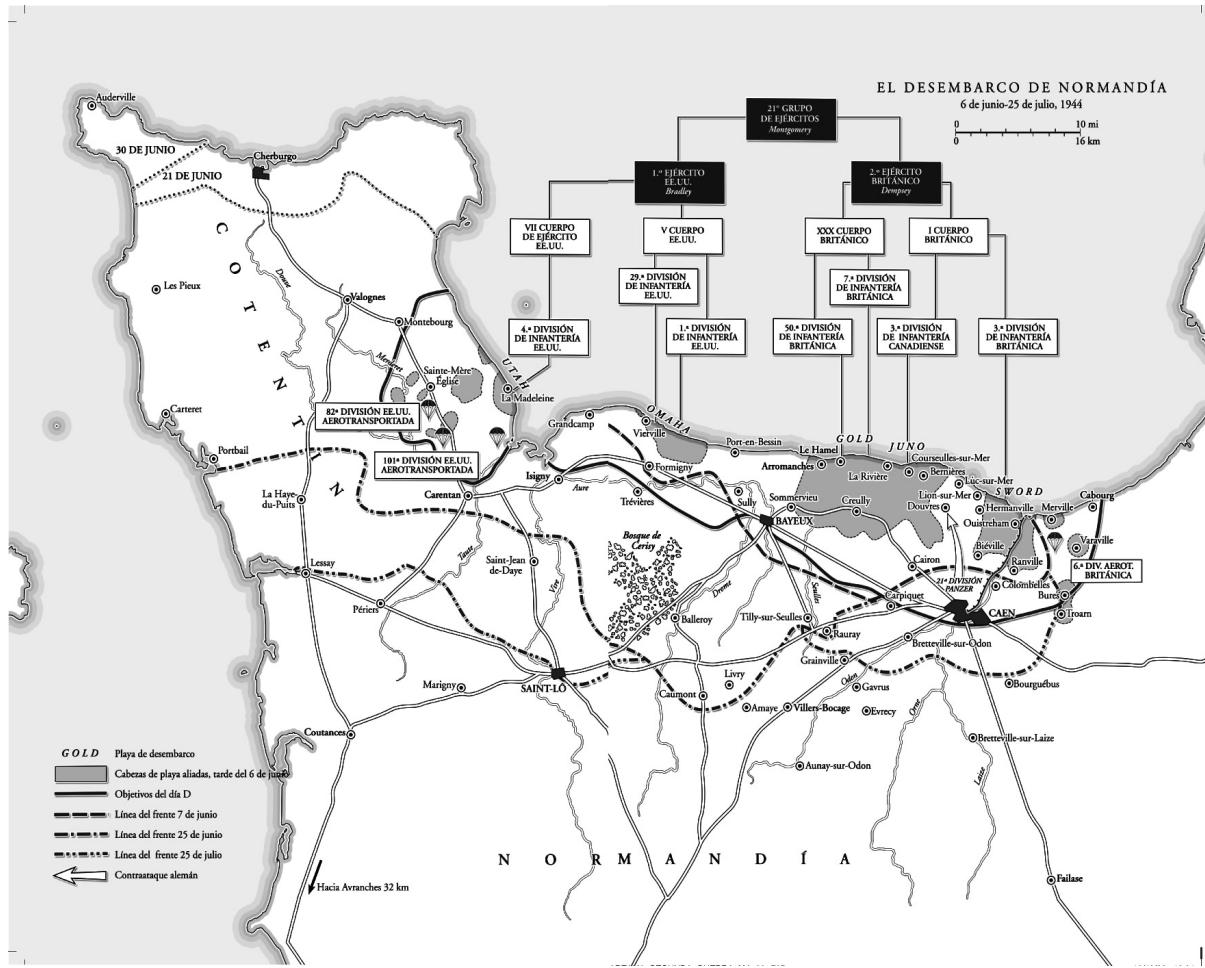
La intención original de Montgomery también era que en el ala derecha británica una fuerza acorazada lograra una penetración inmediata al interior hasta Villers-Bocage, a más de treinta kilómetros desde la costa, y cortara de ese modo las carreteras hacia el oeste y el sudoeste desde Caen. Esto no se menciona en su historia. El hecho de que ese avance fuera muy lento en arrancar, aunque la resistencia al oeste de Caen resultara insignificante una vez atravesadas las defensas costeras. Posteriormente hubo prisioneros que dijeron que hasta el tercer día una franja de frente de dieciséis kilómetros estuvo defendida por una sola unidad móvil alemana, un batallón de

reconocimiento. Entonces una tercera división *panzer* comenzó a llegar al lugar y se le asignó ese sector. Aunque los británicos lograron llegar a Villers-Bocage el 13, fueron expulsados de allí. Entonces una cuarta División Panzer reforzó el bloqueo. Transcurrieron dos meses antes de conquistar finalmente Villers-Bocage.

También la idea original era capturar el conjunto de la península de Cotentin, junto al puerto de Cherburgo, en dos semanas y que la penetración se llevara a cabo el «D+20» en este flanco occidental. No obstante, el avance hacia el interior desde los puntos de desembarco estadounidenses, en este flanco, también fue mucho más lento de lo previsto, pese a que la mayor parte de las fuerzas aliadas, y de los refuerzos que llegaron después, fueron absorbidos en detener el avance británico en el flanco este, cerca de Caen, tal y como había previsto Montgomery.

Aunque la penetración acabó produciéndose en el flanco oeste, como había planeado Montgomery, no tuvo lugar hasta finales de julio, «D+56».

De antemano estuvo claro que, si los aliados podían conquistar una cabeza de puente lo bastante ancha y profunda como para concentrar fuerzas en la orilla francesa del canal de la Mancha, siendo recursos totales tan superiores a los del enemigo, las posibilidades de penetración tarde o temprano serían muy favorables. Previsiblemente no habría dique tan fuerte como para contener el flujo invasor de manera permanente, si los aliados lograban bastante espacio para concentrar su inmenso poder.



Tal y como ocurrieron las cosas, la prolongación de la «batalla de la cabeza de puente» funcionó a su favor. Era el proverbial «no hay mal que por bien no venga». Y es que el grueso de las fuerzas alemanas en el oeste fue atraído hacia allí, llegando poco a poco debido a los puntos de vista divididos de su alto mando, y los obstáculos constantes de la enorme fuerza aérea que dominaba los cielos. Las divisiones *panzer* que llegaron primero para tapar agujeros fueron diezmadas antes, privando así al enemigo del arma móvil que necesitaba para combatir en terreno abierto. La propia dureza de la resistencia, que tanto retrasó la penetración de los aliados, les aseguró un camino despejado a través de Francia una vez que salieron de la cabeza de puente.

Los aliados no habrían tenido posibilidades siquiera de consolidarse en tierra sin su completa supremacía aérea. Debían gran parte de su apoyo a la artillería naval, pero el factor decisivo fue el efecto paralizante de las fuerzas

aéreas aliadas, mandadas por el mariscal del aire Tedder, el adjunto de Eisenhower como comandante supremo. Al destruir la mayor parte de los puentes sobre el Sena en el este y sobre el Loira en el sur, convirtieron la zona de batalla de Normandía en una zona de aislamiento estratégico. Las reservas alemanas debían realizar largos desvíos, y eran tan hostigados en su marcha, que sufrían interminables retrasos y solo llegaban con cuentagotas.

Pero, casi tanto se debió a un conflicto de opiniones en el bando alemán, entre Hitler y sus generales, y entre los propios generales.

Inicialmente la principal desventaja alemana era que tenían más de 4800 kilómetros de costa que defender, desde Holanda, a lo largo de las costas de Francia, hasta la frontera montañosa italiana. De sus cincuenta y ocho divisiones la mitad eran de tipo estático, ancladas en sectores de esa larga línea costera. Sin embargo, la otra mitad eran divisiones de campaña y, de estas, las diez *panzer* eran muy móviles. Esto ofrecía al enemigo la posibilidad de concentrar una abrumadora superioridad para arrojar al mar a los invasores antes de que estuvieran bien consolidados y que se volvieran tan fuertes que no pudieran ser desalojados.

El Día D, la única división *panzer* que había en Normandía, cerca de la franja de tierra en que desembarcaron los aliados, logró frustrar las esperanzas de Montgomery de capturar el punto clave de Caen ese mismo día. De hecho, parte de esa división penetró el frente británico y avanzó hasta la playa, aunque fue un ataque demasiado pequeño para tener un efecto importante.

Si las tres divisiones (de un total de diez) que estaban en la zona del desembarco al cuarto día hubiesen estado a mano y listas para intervenir el Día D, las posiciones aliadas habrían podido ser desalojadas antes de que se unieran y consolidaran. No obstante, cualquier contraataque poderoso y rápido se vio frustrado por los desacuerdos en el mando alemán, tanto en lo referente al sitio probable de la invasión como al método para enfrentarlo.

Antes de las operaciones, la intuición de Hitler demostró ser mejor que los cálculos de sus generales sobre el posible lugar de desembarco aliado. Con todo, tras los desembarcos su continua interferencia y rígido control los privaron de las posibilidades de revertir la situación y, finalmente, los llevó al desastre.

El mariscal Von Rundstedt, comandante en jefe del oeste, pensaba que la invasión podía producirse en la parte más estrecha del canal de la Mancha, entre Calais y Dieppe. Su punto de vista se basaba en la convicción de que esta era la mejor estrategia para los aliados. Sin embargo, también adolecía de

falta de información. No se filtró nada importante desde «la isla con la boca cosida» donde se concentraban los ejércitos invasores.

El jefe de Estado Mayor de Rundstedt, el general Blumentritt, relató posteriormente, durante los interrogatorios, lo muy engañada que estaba la inteligencia alemana:

Muy pocas noticias fiables procedían de Inglaterra. [La inteligencia] nos proporcionaba informes en los que se decía, de manera genérica, que las fuerzas británicas y estadounidenses se estaban concentrando en el sur de Inglaterra. Había una pequeña cantidad de agentes alemanes en Inglaterra, que informaban por radio de lo que veían^[1]. Pero se enteraron de muy poco más..., nada de lo que supimos nos dio una pista definitiva sobre el lugar del desembarco.^[2]

Pese a todo, Hitler tenía una corazonada sobre Normandía. A partir de marzo hizo repetidas advertencias a sus generales sobre la posibilidad de un desembarco entre Caen y Cherburgo. ¿Cómo llegó a esa conclusión que acabó siendo acertada? El general Warlimont, que estaba en su Estado Mayor, dijo que se inspiró en la disposición general de las tropas en Inglaterra —con los estadounidenses en el sudoeste—, junto a su creencia de que los aliados tratarían de capturar un gran puerto lo antes posible y que Cherburgo era el más adecuado para su propósito. Su conclusión se vio reforzada por informes de observadores sobre unas maniobras para una gran invasión en Devon, donde las tropas desembarcaron en una franja de terreno llano y abierto, similar a la zona prevista en Normandía.

Rommel, que estaba a cargo de las fuerzas en la costa del canal de la Mancha, llegó a la misma conclusión que Hitler. En los últimos meses había hecho febriiles intentos de acelerar la construcción de obstáculos submarinos, búnkeres a prueba de bombas y campos de minas, y en junio eran mucho más densos de lo que habían sido en primavera. Afortunadamente para los aliados, no tenía ni el tiempo ni los recursos para desarrollar las defensas de Normandía hasta el punto deseado, ni incluso hasta el nivel de las existentes al este del Sena.

Rommel también estaba en desacuerdo con Runstedt respecto al método de hacer frente a la invasión. Este confiaba en un plan para una potente contraofensiva que aplastara a los aliados después del desembarco. Rommel consideraba que esto sería demasiado tarde, teniendo en cuenta su dominio aéreo y su capacidad de retrasar las reservas alemanas que se concentraran para esta posible contraofensiva.

Pensaba que la mejor oportunidad era derrotar a los invasores en la costa, antes de que estuvieran adecuadamente instalados en tierra. El Estado Mayor de Rommel declaró que «estaba profundamente influido por el recuerdo de cómo había sido inmovilizado durante días en África mediante una fuerza aérea muy inferior a la que ahora tenía que hacer frente».

El plan adoptado fue un acuerdo entre esas ideas divergentes, y «estuvo entre dos aguas». Y lo que es peor, Hitler insistió en tratar de controlar la batalla desde el lejano Berchtesgaden y manejar con puño de hierro el uso de las reservas.

Rommel solo disponía de una división *panzer* en Normandía, y la había situado detrás de Caen. Así, pudo frenar a los británicos el Día D. Había suplicado en vano por una segunda para situarla cerca de St. Lô, donde hubiera estado cerca de las playas en las que desembarcaron los estadounidenses.

El Día D se desperdiciaron horas valiosísimas en discusiones en el bando alemán. La parte más cercana disponible de la reserva general era el I Cuerpo Panzer SS, situado al noroeste de París, pero Rundstedt no podía desplazarlo sin permiso del cuartel general de Hitler. Blumentritt afirmó:

Tan temprano como a las 04:00 los llamé en nombre del mariscal Von Rundstedt y les dije que liberaran ese cuerpo para reforzar el impacto de las fuerzas de Rommel. Sin embargo, Jodl, en nombre de Hitler, se negó a hacerlo. Dudaba de si el desembarco en Normandía no sería más que un amago, y estaba seguro de que se produciría otro desembarco al este del Sena. La batalla de argumentos continuó hasta las 16:00, cuando finalmente se liberó el cuerpo para su uso.^[3]

Otros dos hechos llamativos de ese primer día fueron que el propio Hitler no se enteró de los desembarcos hasta por la mañana muy tarde y que Rommel no estaba en la zona. Sin estos factores la reacción habría sido más rápida y contundente.

Al igual que Churchill, Hitler tenía la costumbre de estar despierto hasta mucho después de medianoche, un hábito agotador para su Estado Mayor, que no podía dormir hasta tarde, además, a menudo se hallaba en estado de somnolencia cuando tenía que tratar asuntos durante la mañana. Reacio a interrumpir el sueño matutino de Hitler, Jodl asumió el rechazo a la petición de liberación de reservas por parte de Rundstedt.

También se habrían liberado antes si Rommel no hubiera estado ausente de Normandía. A diferencia de Rundstedt llamaba a menudo de manera

directa a Hitler y seguía teniendo más influencia en él que cualquier otro general. Pero Rommel había abandonado su cuartel general el día anterior para un viaje a Alemania. Dado que el fuerte viento y la mar gruesa hacían que la invasión fuera improbable de momento, decidió combinar una visita a Hitler, para transmitirle la necesidad de más divisiones *panzer* en Normandía, con una visita a su casa, para el cumpleaños de su mujer, en Ulm. A primera hora de la mañana siguiente, antes de que pudiera ir a ver a Hitler, una llamada telefónica le comunicó que había empezado la invasión. No regresó a su cuartel general hasta la tarde, momento en que los invasores ya estaban bien establecidos en tierra.

El comandante del ejército en esa parte de Normandía también se había marchado para dirigir unas maniobras en Bretaña. El comandante del cuerpo *panzer* que permanecía en reserva había ido a visitar Bélgica. Se dice que otro comandante clave había pasado la noche fuera, con una mujer. La decisión de Eisenhower de continuar con el desembarco a pesar de la mar gruesa resultó una gran ventaja para los aliados.

Una extraña característica de las semanas siguientes fue que, aunque Hitler había acertado el lugar de la invasión, una vez que tuvo lugar, se obsesionó con la idea de que solo se trataba de un preliminar para un segundo desembarco de mayor envergadura al este del Sena. Por eso era reticente a mover reservas desde esa zona a Normandía. Esta creencia en un segundo desembarco se debió a la gran sobreestimación, por parte de la inteligencia alemana, del número de divisiones aliadas que seguían estando disponibles al otro lado del canal de la Mancha. A su vez esto se debió hasta cierto punto al plan de engaño británico. Pero también fue otra evidencia y testimonio del modo en que Gran Bretaña era «hermética» contra el espionaje.

Cuando los contraataques iniciales fracasaron, y obviamente no fueron capaces de evitar la continuada concentración de fuerzas aliadas en las cabezas de puente, Rundstedt y Rommel pronto se dieron cuenta de la inutilidad de tratar de mantener cualquier línea de defensa tan al oeste.

Al relatar la secuencia de acontecimientos Blumentritt dijo:

Desesperado, el mariscal Von Rundstedt suplicó a Hitler que acudiera a Francia para hablar. Rommel y él acudieron a una reunión con Hitler en Soissons el 17 de junio, y trataron de hacerle comprender cuál era la situación... Pero Hitler insistía en que no debía haber una retirada: «Debéis permanecer donde estáis». Ni siquiera aceptó que pudiéramos tener más libertad que antes en los movimientos de tropas según nuestro mejor criterio... Dado que no iba a modificar la orden,

las unidades debían aferrarse a una línea que se estaba rompiendo. Ya no había ningún plan. Solo tratábamos de cumplir las órdenes de Hitler, sin esperanza, de que la línea Caen-Avranches fuera defendida a toda costa.^[4]

Hitler descartaba las advertencias de los mariscales asegurándoles que las nuevas armas V, las bombas volantes, pronto tendrían un efecto decisivo en la guerra. Entonces los mariscales le instaban a que, si eran tan efectivas, se dirigieran a las playas de la invasión o, si eso era técnicamente difícil, contra los puertos en el sur de Inglaterra. Hitler insistía en que el bombardeo debía concentrarse en Londres «para convertir a los ingleses a la paz».

Sin embargo, las bombas voladoras no provocaron el efecto que Hitler había esperado y la presión aliada en Normandía aumentó. Cuando un día le preguntaron por teléfono, desde el cuartel general de Hitler: «¿Qué debemos hacer?», Rundstedt contestó: «¡Terminar la guerra! ¿Qué otra cosa se puede hacer?». La solución de Hitler fue despedir a Rundstedt y sustituirlo por Kluge, que había estado en el frente del este.

«El mariscal Von Kluge era un tipo de soldado robusto, agresivo», señaló Blumentritt. «Al principio estaba muy alegre y confiado, como todos los comandantes recién nombrados... A los pocos días se volvió muy serio y callado. A Hitler no le gustaba el cambio de tono de sus informes».^[5]

El 17 de julio Rommel fue gravemente herido cuando su coche chocó, tras ser atacado en la carretera por unos aviones aliados. Tres días después, el 20, se produjo el intento de matar a Hitler en su cuartel general de Prusia Oriental. La bomba de los conspiradores falló su objetivo principal, pero las «ondas sísmicas» tuvieron terribles repercusiones en la guerra en el oeste en ese momento crítico. Blumentritt recordaba:

Cuando la Gestapo investigó la conspiración... encontró documentos en los que se mencionaba el nombre del mariscal Von Kluge, por lo que pasó a ser muy sospechoso. Entonces otro incidente hizo que las cosas empeoraran. Poco después de la penetración del general Patton en Normandía, cuando la batalla decisiva en Avranches estaba en marcha, el mariscal Von Kluge estuvo sin comunicación con su cuartel general durante más de doce horas. El motivo fue que había acudido al frente y allí se vio atrapado por un fuerte bombardeo artillero... Mientras tanto habíamos estado padeciendo «bombardeos» desde la retaguardia. La «ausencia» prolongada del mariscal aumentó inmediatamente

las sospechas de Hitler, a la vista de los documentos encontrados... Hitler sospechaba que el objetivo del mariscal al acudir hasta el frente era contactar con los aliados y negociar una rendición. El regreso del mariscal no calmó a Hitler. A partir de ese día las órdenes que le enviaba Hitler estaban redactadas con un lenguaje brusco y ofensivo. El mariscal estaba muy preocupado. Temía que le arrestaran en cualquier momento y, al mismo tiempo, se daba cuenta de que no podría probar su lealtad mediante un éxito en el campo de batalla.

Todo esto tuvo un efecto muy malo en cualquier posibilidad que hubiera de evitar que los aliados penetraran las líneas. Durante los días de la crisis el mariscal Von Kluge solo prestó parte de su atención a lo que sucedía en el frente. Miraba nervioso por encima del hombro hacia el cuartel general de Hitler.

No era el único general en ese estado de preocupación por la conspiración en el complot contra Hitler. El miedo impregnó y paralizó a los altos mandos durante las semanas y los meses siguientes.^[6]

El 25 de julio el 1.^{er} Ejército estadounidense lanzó una nueva ofensiva, Cobra, mientras el recién desembarcado 3.^{er} Ejército de Patton estaba listo para la explotación. Las últimas reservas alemanas se habían lanzado para detener a los británicos. El 31 la vanguardia estadounidense rompió el frente en Avranches. Atravesando en masa la brecha, los tanques de Patton rápidamente inundaron el terreno abierto que había más allá. Siguiendo órdenes de Hitler, los restos de las fuerzas *panzer* fueron reunidas y utilizadas en un intento desesperado de taponar el cuello de botella de Avranches. El intento no tuvo éxito, lo que llevó a Hitler a decir cáusticamente: «Solo fracasó porque Kluge no quería que triunfara». Todo lo que quedaba de los ejércitos alemanes trataba de escapar de la trampa en la que se habían metido por la prohibición de Hitler de cualquier retirada a tiempo. Una gran fracción fue atrapada en la «bolsa de Falaise», y los supervivientes tuvieron que abandonar la mayor parte de sus armas pesadas y equipamiento al cruzar el Sena en retirada.

Entonces Kluge fue despedido. En su camino de vuelta a casa fue encontrado muerto en su coche, tras haberse tragado una cápsula de veneno. Como explicó su jefe de Estado Mayor: «Creía que iba a ser arrestado por la Gestapo en cuanto llegara a casa».

* * *

No solo fue en el alto mando del bando alemán donde hubo recriminaciones acaloradas. Por fortuna las del bando aliado no tuvieron consecuencias tan graves sobre el resultado o las personas, pero dejaron sentimientos dolidos que tuvieron efectos nefastos posteriormente.

El mayor «estallido» entre bambalinas se produjo a propósito de una penetración que los británicos estuvieron a punto de lograr quince días antes de que lo hicieran realmente los estadounidenses en Avranches. El ataque británico, a cargo del 2.^º Ejército, al mando de Dempsey, se produjo en el flanco del extremo opuesto, al este de Caen.

Se trató del ataque de carros de combate más masivo de toda la campaña, lanzado por tres divisiones acorazadas muy concentradas entre sí. Habían sido reunidas discretamente en la pequeña cabeza de puente sobre el Orne y se volcaron desde allí durante la mañana del 18 de julio tras un inmenso bombardeo en alfombra durante dos horas, a cargo de dos mil bombarderos pesados y medianos. Los alemanes en ese sector se quedaron aturdidos, y la mayor parte de los prisioneros estaban tan ensordecidos por el estruendo de las explosiones que no pudieron ser interrogados hasta al menos veinticuatro horas después.

No obstante, las defensas eran más profundas de lo que había pensado la inteligencia británica.

Rommel, que se esperaba un ataque de este tipo, había acelerado su refuerzo, hasta que, en vísperas de la ofensiva, él mismo se vio atrapado y fuera de combate por un avión británico, cerca del pueblo llamado acertadamente Sainte Foy de Montgomery. Además, el enemigo había escuchado el masivo retumbo de los tanques británicos que se desplazaban hacia el este, de noche, para el ataque. Dietrich, el comandante de cuerpo alemán, dijo que fue capaz de escucharlos a una distancia de más de seis kilómetros, a pesar de los ruidos de distracción, pegando la oreja al suelo, un truco que había aprendido en Rusia.

La brillante perspectiva inicial se desvaneció rápidamente, tras pasar por las capas avanzadas de la defensa. La división acorazada de vanguardia se vio atrapada en los puntos fortificados que había detrás del pueblo, en lugar de rodearlos. El resto se vio retrasado por los embotellamientos para salir de la estrecha cabeza de puente y la vanguardia tuvo que detener su avance antes de llegar al lugar previsto. Por la tarde la gran oportunidad se había desvanecido.

Este fracaso ha estado rodeado de misterio durante mucho tiempo. En su informe Eisenhower hablaba de él como un intento de «penetración», y una

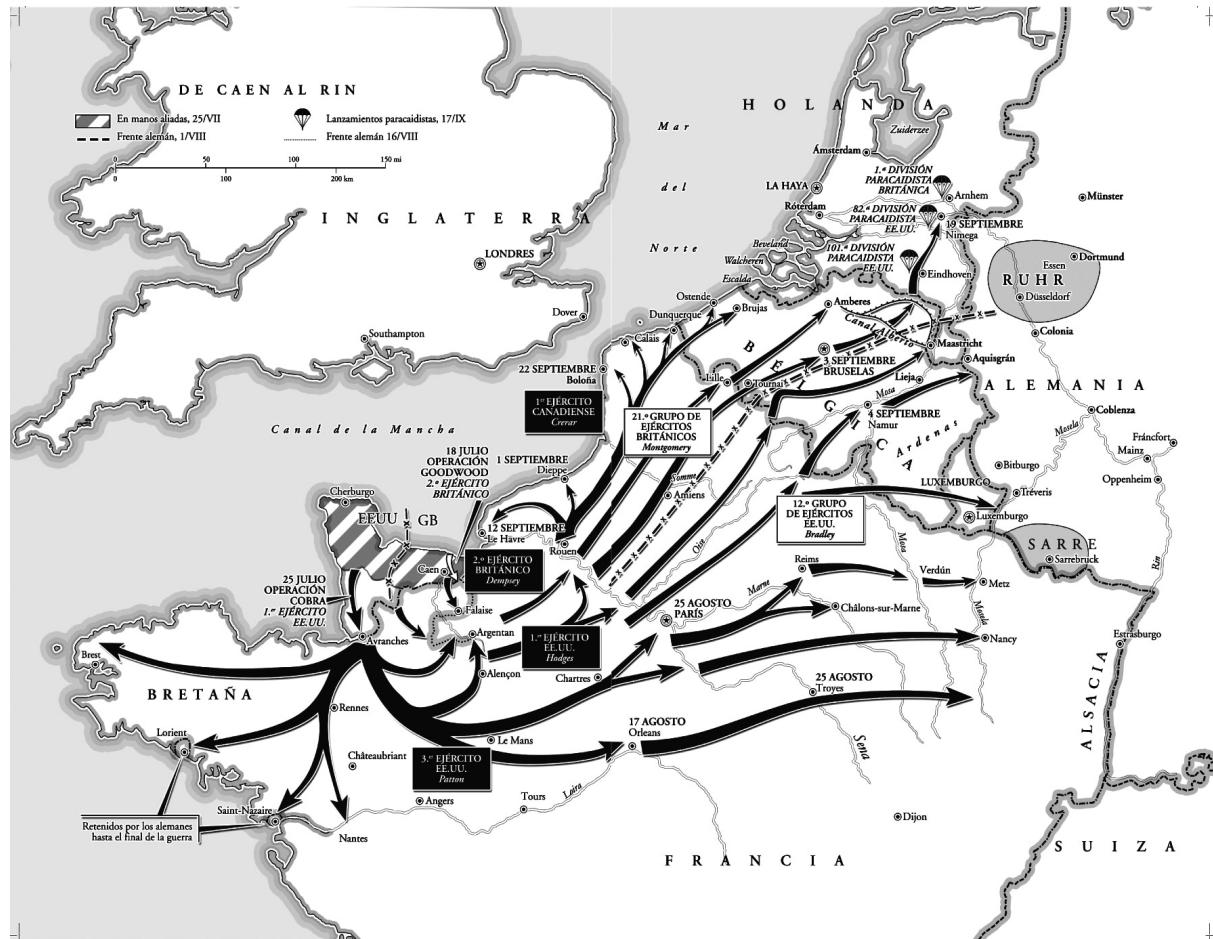
«explotación en dirección a la cuenca del Sena y París». Sin embargo, todas las historias británicas escritas después de la guerra declaran que no tenía esos objetivos tan lejanos, y que nunca se contempló una penetración en ese flanco.

Siguen el propio relato de Montgomery, que insistía en que esta operación era simplemente «una batalla de posiciones», diseñada para crear una «amenaza» que facilitara el siguiente ataque estadounidense «y secundariamente para ganar terreno en el que fuerzas importantes pudieran estar listas para atacar en dirección sur y sudeste cuando las fuerzas estadounidenses avanzaran hacia el este, y encontrarse con ellas».

En sus memorias de posguerra Eisenhower sobrevuela con tacto la cuestión, evitando cualquier mención a esa batalla, mientras que Churchill hace solamente una.

Con todo, cualquiera que estuviera entre bambalinas en la época era muy consciente de la violenta tormenta que se había desencadenado. Los mandos de la aviación estaban furiosos, especialmente Tedder. El estado de ánimo reinante se desvela en el diario del capitán Butcher, el ayudante de campo naval de Eisenhower. «Por la noche Tedder llamó a Ike [Eisenhower] y dijo que Monty [Montgomery] había detenido sus blindados. Ike estaba enloquecido». Según Butcher, al día siguiente Tedder llamó a Eisenhower desde Londres y le transmitió que los jefes del Estado Mayor británico estaban dispuestos a despedir a Montgomery si se lo pedían, aunque Tedder lo negó en su propio relato del asunto.^[7]

Por tanto, es natural que en el bando de Montgomery la reacción inmediata a esas quejas hubiera sido afirmar que la idea de una penetración en ese flanco nunca se había contemplado. Esa afirmación pronto se convirtió en un artículo de fe, y desde entonces se ha aceptado sin cuestionarla por los cronistas militares. No obstante, no se corresponde con el atrevido nombre en clave asignado a este ataque: operación Goodwood, por el célebre hipódromo inglés. Tampoco se compadece con el término «penetración», que Montgomery utilizó en su primer anuncio del ataque el día 18. Además, su comentario de que estaba «muy satisfecho con los avances realizados» el primer día parecía difícil de conciliar con la ausencia de un renovado esfuerzo de intensidad similar el segundo día. Esto enfureció a los jefes de la aviación, que no habrían aceptado desviar la flota de bombarderos pesados en ayuda de una operación terrestre de no haber pensado que su objetivo fuera una penetración masiva.



La afirmación posterior de Montgomery era una verdad a medias, y fue injusta para sí mismo. No había planeado penetrar en ese flanco y no contaba con ello. Sin embargo, hubiera sido absurdo por su parte no prever la posibilidad de un derrumbe alemán, ante ese ataque masivo, y haberlo explotado si ocurría.

Dempsey, que mandaba el 2.^º Ejército, pensaba que era posible un rápido desplome y se había desplazado al cuartel general del cuerpo acorazado con el fin de estar preparado para la explotación: «Lo que tenía en mente era capturar todos los cruces del Orne desde Caen hasta Argentan». Esto hubiera creado una barricada a través de la retaguardia alemana y los habría atrapado de manera más efectiva que cualquier penetración estadounidense en el flanco oeste. La esperanza de Dempsey de un avance completo estuvo a punto de cumplirse a mediodía del 18 de julio. A la vista de su revelación de aquello que tenía en mente es divertido leer las muchas afirmaciones de que no había intención de tratar de alcanzar Falaise, ya que Argentan, que era el objetivo, estaba casi el doble de lejos.

Dempsey también fue lo suficientemente astuto como para darse cuenta de que la decepción de sus expectativas podía aprovecharse de manera positiva. Cuando un miembro de su Estado Mayor le apremiaba a protestar contra las críticas en prensa por el fracaso de Goodwood, contestó: «No te preocupes, nos beneficiará, y funcionará como la mejor cobertura posible». La penetración estadounidense en el flanco opuesto, sin duda, debía mucho al modo en que la atención del enemigo se había centrado en la amenaza de la penetración cerca de Caen.

No obstante, la penetración en Avranches, mucho más al oeste, no suponía una posibilidad inmediata de aislar a las fuerzas alemanas. Sus posibilidades dependían de un muy rápido avance hacia el este o de que el enemigo se aferrara a su posición hasta que pudiera ser encerrado.

A fin de cuentas, cuando se produjo la penetración en Avranches, el 31 de julio, solo había un puñado de batallones alemanes esparcidos en el amplio pasillo de 145 kilómetros de ancho, entre ese punto y el Loira. Así, las vanguardias estadounidenses podrían haber avanzado en dirección este sin resistencia. Sin embargo, el Alto Mando Aliado desperdició la mejor ocasión de explotar esa gran oportunidad al aferrarse al plan, superado, anterior a la invasión, en el que el siguiente paso sería un movimiento al oeste para capturar los puertos de Bretaña.^[8]

El desvío para capturar los puertos de Bretaña no aportó ningún beneficio. Porque los alemanes en Brest aguantaron hasta el 19 de septiembre —cuarenta y cuatro días después de que Patton anunciara prematuramente su captura—, mientras que Lorient y St. Nazaire permanecieron en manos enemigas hasta el final de la guerra.

Transcurrieron dos semanas antes de que las fuerzas estadounidenses avanzaran hacia el este lo suficiente como para llegar a Argentan y alinearse con el ala izquierda británica que, mientras tanto, seguía retenida justo más allá de Caen. Esto provocó nuevas recriminaciones, ya que cuando a Patton le dijeron que no debía avanzar en dirección norte para cerrar el espacio y bloquear la ruta de escape alemana, por miedo a un choque con los británicos, dijo al teléfono: «¡Dejadme llegar a Falaise y echaremos a los ingleses al mar como en Dunquerque!».

* * *

Es evidente que las fuerzas alemanas habrían tenido mucho tiempo para retroceder hasta el Sena y crear una poderosa barrera defensiva allí si no hubiera sido por las estúpidas y tercas órdenes de Hitler con su «no debe

haber retiradas». Fue su falta de sentido la que permitió a los aliados recuperar las oportunidades perdidas y liberar Francia ese otoño.

La guerra podría haber terminado fácilmente en septiembre de 1944. El grueso de las fuerzas alemanas en el oeste había sido enviado a la batalla de Normandía, y mantenido allí por las órdenes de Hitler que prohibían la retirada, hasta que se derrumbaron y gran parte se vieron atrapadas. Los restos fueron incapaces de resistir, de momento, y en su retirada —en gran medida a pie— pronto fueron alcanzados por las columnas mecanizadas estadounidenses y británicas. Cuando los aliados se acercaron a la frontera alemana a principios de septiembre, después de un extenso avance desde Normandía, no había ninguna resistencia organizada que pudiera detenerlos y evitar su entrada en el corazón de Alemania.^[9]

El 3 de septiembre una avanzadilla del 2.º Ejército británico, la División Acorazada de Guardias, irrumpió en Bruselas, después de un avance de 120 kilómetros a través de Bélgica y desde su punto de partida, esa mañana, en el norte de Francia. Al día siguiente la 11.ª División Acorazada, que había avanzado al mismo ritmo, llegó a Amberes y capturó intactos los muelles antes de que las sorprendidas unidades alemanas pudieran demolerlos.

Ese mismo día las avanzadillas del 1.er Ejército estadounidense capturaron Namur, en el Mosa.

Cuatro días antes, el 31 de agosto, la punta de lanza del 3.er Ejército de Patton había cruzado el Mosa en Verdún, 160 kilómetros al sur. Al día siguiente sus patrullas habían avanzado sin resistencia hasta el Mosela, cerca de Metz, 56 kilómetros más al este. Allí se encontraban a apenas 50 kilómetros de la gran zona industrial del Sarre, en la frontera alemana, y a menos de 160 kilómetros del Rin. Sin embargo, las grandes unidades no podían seguir de manera inmediata este avance hasta el Mosela, ya que se habían quedado sin gasolina y no pudieron ponerse en marcha de nuevo hasta el 5 de septiembre.

Para entonces el enemigo apenas había conseguido reunir cinco débiles divisiones, muy poco equipadas con cañones antitanques, para defender el Mosela contra las seis poderosas divisiones que constituían la punta de lanza del avance de Patton.

Mientras tanto los británicos habían llegado a Amberes, que también estaba a menos de 160 kilómetros del Rin, en el punto de entrada del Ruhr, la mayor zona industrial de Alemania. Si caía el Ruhr, Hitler no podría continuar la guerra.

En este flanco había una brecha inmensa —de 160 kilómetros de ancho— frente a los británicos. No había fuerzas alemanas disponibles para ocuparla. Pocas veces en una guerra ha habido tal oportunidad.

Cuando Hitler se enteró de esta situación de emergencia, estando en su muy distante cuartel general del frente del este, hizo una llamada la tarde del 4 de septiembre, al general Student, jefe de las tropas paracaidistas, que estaba en Berlín. Le ordenó que se hiciera cargo del flanco abierto, desde Amberes a Maastricht, y que reforzara una línea a lo largo del canal Alberto con aquellas tropas que pudiera reunir en Holanda. Al mismo tiempo debía enviar rápidamente a los paracaidistas dispersos en varias partes de Alemania, que estaban en fase de entrenamiento. Estos últimos fueron alertados, movilizados y enviados en tren lo antes posible. Las unidades recién formadas recibieron sus armas tras llegar a las estaciones de destino y marcharon de inmediato a la línea de combate. No obstante, todas las tropas paracaidistas solo sumaban unos dieciocho mil hombres, apenas el equivalente a una división aliada.

Este grupo de restos recibió el nombre de 1.^{er} Ejército Paracaidista, un título rimbombante que encubría multitud de deficiencias. Policías, marinos, enfermos convalecientes y heridos, así como chicos de dieciséis años, fueron arrastrados para ayudar a completar las débiles filas. Había gran escasez de armamento. Además, el canal Alberto no se había preparado para la defensa de la orilla norte; no había fortificaciones, ni puntos defensivos, ni trincheras.

Después de la guerra el general Student dijo:

La súbita penetración de las fuerzas acorazadas británicas en Amberes tomó al cuartel general del *Führer* totalmente por sorpresa. En aquel momento no teníamos reservas dignas de mención, ni en el frente occidental ni en el país. Tomé el mando del ala derecha del frente occidental en el canal Alberto el 4 de septiembre. En aquel momento solo tenía unidades de reclutas o de convalecientes y una división de defensa costera procedente de Holanda. Fueron reforzadas por un destacamento *panzer*, compuesto tan solo de veinticinco carros y cañones autopropulsados^[10].

Por los archivos que cayeron en manos aliadas sabemos que en aquel momento los alemanes apenas tenían cien tanques para entrar en acción en todo el frente occidental, contra más de dos mil en las vanguardias aliadas. Los alemanes solo tenían quinientos setenta aviones en disposición de volar para apoyarlos, mientras que británicos y estadounidenses que operaban en

esa zona eran catorce mil. Por tanto, los aliados tenían una superioridad operativa de 20 a 1 en tanques y de 25 a 1 en aviones.

Con todo, justo cuando la victoria total parecía al alcance de la mano, el ataque se apagó. Durante las dos semanas siguientes, hasta el 16 de septiembre, hicieron muy pocos progresos.

La punta de lanza británica, tras detenerse para «reabastecerse, repostar y descansar», reanudó su avance el día 7 y pronto aseguró un punto de cruce en el canal Alberto, al este de Amberes. Pero, durante los días siguientes solo avanzó otros treinta kilómetros, hasta el canal Mosa-Escalda. Esta corta franja de terreno pantanoso estaba intercalado de pequeños arroyos y los paracaidistas alemanes, que luchaban con valor desesperado, ejercieron una resistencia desproporcionada dada la escasez de sus efectivos.

El 1.^{er} Ejército estadounidense se alineó con el británico, pero no avanzó más allá. La mayor parte de este ejército llegó al cinturón fortificado de minas de carbón alrededor de Aquisgrán, que se sitúa, obstruyéndola, en esta famosa e histórica puerta de entrada a Alemania. Allí los estadounidenses se vieron bloqueados, y enredados, mientras que se desvanecían otras oportunidades. Cuando alcanzaron la frontera alemana, la franja de 130 kilómetros entre la zona de Aquisgrán y la de Metz estaba defendida por apenas ocho batallones enemigos, esparcidos a través del terreno montañoso y boscoso de las Ardenas. Los alemanes habían utilizado de la manera más efectiva este terreno accidentado en su ataque sorpresa con blindados contra Francia en 1940. Al tomar lo que parecían los caminos más fáciles hacia Alemania, los aliados se encontraron con más dificultades.

Esto se vio tanto en el sur como en el norte. El 3.^{er} Ejército de Patton comenzó a cruzar el Mosela en fecha tan temprana como el 5 de septiembre; no obstante, había avanzado poco dos semanas después, o incluso dos meses después. Se vio frenado en su ataque contra la ciudad fortificada de Metz y puntos próximos, donde los alemanes habían concentrado más fuerzas al principio que en ningún otro lugar.

A mediados de septiembre los alemanes habían reforzado sus defensas en toda la longitud del frente y, sobre todo, en el sector más septentrional, hacia el Ruhr, donde la brecha había sido mayor. Esto había sido muy desafortunado porque para entonces Montgomery estaba organizando otro gran ataque allí, para el 17 de septiembre, con el fin de alcanzar el Rin en Arnhem. Para ello planeaba lanzar al recién formado 1.^{er} Ejército Aerotransportado Aliado para despejar el camino al 2.^º Ejército británico.

El ataque fue detenido por el enemigo antes de que alcanzara su objetivo y gran parte de la 1.^a División Aerotransportada británica, que había sido lanzada sobre Arnhem se vio aislada y obligada a rendirse tras un intento de resistir hasta ser liberada que se hizo legendario por su valentía. El 1.^{er} Ejército estadounidense pasó el siguiente mes desgastando las defensas de Aquisgrán, mientras Montgomery desplazaba el 1.^{er} Ejército canadiense para despejar las dos «bolsas» de alemanes —en la costa, al este de Brujas y en la isla Walcheren— que dominaban el paso hasta Amberes remontando el estuario del Escalda, bloqueando de ese modo el uso del puerto en el momento de la operación Arnhem. Despejar estas bolsas fue un proceso dolorosamente lento, que no se completó hasta principios de noviembre.

Entre tanto, la concentración alemana a lo largo del frente que cubría el Rin avanzaba más rápido que la de los aliados, a pesar de la inferioridad alemana en recursos materiales. A mediados de noviembre seis ejércitos aliados desencadenaron una ofensiva general en el frente occidental. Fue decepcionante por los escasos avances a un alto coste. Solo en el extremo sur, en Alsacia, los aliados llegaron al Rin, lo cual tuvo escasa importancia. En el norte seguían estando a unos cincuenta kilómetros del tramo del río que protegía la zona vital del Ruhr. No se conquistó hasta la primavera de 1945.

El precio pagado por los ejércitos aliados por esta oportunidad perdida a principios de septiembre fue muy alto. De las setecientas cincuenta mil bajas que tuvieron en la liberación de Europa occidental, medio millón se produjo después del frenazo de septiembre. El coste para el mundo fue mucho mayor: millones de hombres y mujeres murieron por las acciones militares y en los campos de concentración alemanes por la prolongación de la guerra. Además, pensando a largo plazo, en septiembre los rusos aún no habían penetrado en Europa central.

¿Cuáles fueron las causas de una oportunidad perdida con consecuencias tan catastróficas? Los británicos echaron la culpa a los estadounidenses y estos a aquellos. A mediados de agosto comenzó una discusión entre ellos sobre la dirección que debían seguir los ejércitos aliados tras cruzar el Sena.

Con el aumento del flujo de refuerzos las fuerzas aliadas en Normandía se habían dividido, el 1 de agosto, en dos grupos de ejércitos, ambos con dos ejércitos. El 21.^{er} Grupo de Ejércitos, al mando de Montgomery, conservaba solo a británicos y canadienses, mientras que los estadounidenses constituyeron el 12.^º Grupo de Ejércitos, bajo la dirección de Omar Bradley. El comandante supremo (Eisenhower) estableció que Montgomery debía seguir con el control operativo y la «coordinación táctica» de ambos grupos

de ejércitos, hasta que el propio Eisenhower desplazara su cuartel general al Continente y tomara el control directo, cosa que ocurrió el 1 de septiembre. Estas disposiciones provisionales, descritas vagamente y delicadas, se basaban en el espíritu conciliador de Eisenhower y su consideración hacia los sentimientos de Montgomery, además de su aprecio por la mayor experiencia de este. Sin embargo, ese compromiso dictado por las buenas intenciones provocó fricciones, como ocurre a menudo.

El 17 de agosto Montgomery sugirió a Bradley que «tras cruzar el Sena, los grupos de ejército 12.^º y 21.^º debían mantenerse juntos, como una sólida masa de cuarenta divisiones, que sería tan potente que no debería temer a nada. Estas fuerzas tendrían que avanzar *en dirección norte* a Amberes y Aquisgrán, «con su flanco derecho en las Ardenas».^[11]

Los términos de esta propuesta tienden a mostrar que Montgomery todavía no se había dado cuenta de la magnitud del derrumbe enemigo o de la dificultad de proporcionar suministros a tal «masa sólida», a menos que avanzara a un ritmo lento.

Mientras tanto Bradley había estado discutiendo con Patton la idea de un avance *en dirección este*, más allá del Sarre, hasta el Rin al sur de Fráncfort. Bradley quería que este fuera el avance principal, utilizando ambos ejércitos estadounidenses a lo largo de esa línea. Eso supondría reducir el ataque hacia el norte a un papel secundario y, naturalmente, no era atractivo para Montgomery. No obstante, no conduciría directamente al Ruhr.

Eisenhower se encontraba en la incómoda posición en la que sus principales subordinados tiraban de él en direcciones opuestas. El 22 de agosto estudió ambas propuestas y al día siguiente habló con Montgomery, que le apremiaba sobre la importancia de concentrarse «en un solo avance» y dedicar el grueso de los suministros a él. Esto habría supuesto detener la progresión de Patton hacia el este, justo cuando iba a toda velocidad. Eisenhower trató de señalar las dificultades políticas: «Los estadounidenses nunca lo aceptarían». Los británicos aún no habían alcanzado el curso inferior del Sena, mientras que el avance de Patton en dirección este se encontraba ya a 160 kilómetros de distancia y a menos de 320 kilómetros del Rin.

Enfrentado a estos argumentos opuestos, Eisenhower buscó una solución aceptable mediante un compromiso. De momento se daría prioridad al avance en dirección norte de Montgomery, mientras que el 1.^{er} Ejército estadounidense debía avanzar hacia el norte con los británicos para defender y apoyar a su flanco derecho, tal y como pedía Montgomery, para garantizar el éxito de ese avance. Mientras tanto el grueso de los suministros y medios de

transporte disponibles debían utilizarse para el ataque hacia el norte, a expensas de Patton. Pero, una vez capturado Amberes, los ejércitos aliados tendrían que volver al plan previo a la invasión y avanzar hacia el Rin en un amplio frente, tanto al norte como al sur de las Ardenas.

A ninguno de los subordinados le gustó el compromiso, pero sus quejas no fueron tan ruidosas como se volvieron en meses, y años, posteriores, cuando ambos pensaban que se les había privado de la victoria por culpa de esa decisión. Patton lo calificó de «el error más transcendental de la guerra».

Por orden de Eisenhower los suministros para el 3.^{er} Ejército de Patton se redujeron a 2000 toneladas al día, mientras que el 1.^º de Hodges recibía cinco mil. Bradley dice que Patton llegó «bramando como un toro» a su cuartel general y gritó: «Al infierno con Hodges y Monty. Ganaremos vuestra maldita guerra si mantienes en marcha el 3.^{er} Ejército».

Rechazando someterse a las limitaciones de suministro, Patton dijo a su vanguardia que avanzaran mientras tuvieran gasolina «y después se bajaran y siguieran a pie». El avance llegó al Mosa antes de que los tanques se quedaran sin combustible, el 31 de agosto. El día anterior el ejército de Patton solo había recibido unos 137 000 litros de gasolina en lugar de 1 820 000 que necesitaba diariamente, y se le comunicó que no conseguiría más hasta el 3 de septiembre. En su encuentro con Eisenhower en Chartres el día 2, Patton estalló: «Mis hombres se pueden apretar el cinturón, pero mis tanques necesitan gasolina».

Tras la captura de Amberes el 4 de septiembre Patton recuperó el equilibrio en los suministros respecto al 1.^{er} Ejército para su ataque en dirección este hacia el Rin. Pero entonces se encontró con una resistencia enemiga muy superior y pronto fue frenado en el Mosela. Esto le hizo protestar de manera más virulenta por el modo en que le habían recortado el suministro de gasolina en beneficio del ataque de Montgomery durante la crucial última semana de agosto. Sentía que Ike había antepuesto la armonía a la estrategia y sacrificado la mayor oportunidad de una rápida victoria en su deseo de apaciguar «el insaciable apetito de Monty».

Por su parte Montgomery consideraba la idea de Eisenhower de un avance en un «amplio frente» hacia el Rin como básicamente errónea y se oponía a cualquier desvío de suministros para el avance en dirección este de Patton, mientras el resultado de su avance hacia el norte seguía siendo incierto. Sus quejas crecieron, naturalmente, después de que su ataque a Arnhem se quedara corto y no cumpliera las expectativas. Sentía que las presiones de

Patton a Bradley, y las de este a Eisenhower, habían sido decisivas en el tira y afloja y que habían arruinado las posibilidades de sus propios planes.

Es fácil entender la desaprobación de cualquier esfuerzo que no contribuyera directamente al suyo. Superficialmente hay una justificación obvia para su queja sobre la decisión de Eisenhower de reanudar el avance en dos direcciones que la mayoría de los analistas británicos de la guerra han llegado a considerar como la principal causa de que la victoria se retrasara. Pero en un examen más detenido, es evidente que su efecto fue relativamente pequeño.

De hecho, Patton recibió una media de solo 2500 toneladas de suministros diarias durante la primera mitad de septiembre, tan solo quinientas más que durante los días en que su ejército estuvo detenido. Ese exceso fue una cantidad insignificante comparada con la asignación total diaria a los ejércitos involucrados en el avance norte durante el período crucial, y apenas suficiente como para mantener una división adicional. Por tanto, debemos profundizar para encontrar las causas reales del fracaso.

Un gran inconveniente fue el plan para lanzar fuerzas aerotransportadas importantes cerca de Tournai, en la frontera belga al sur de Bruselas, en ayuda al avance hacia el norte. Las unidades terrestres llegaron al lugar antes de que estuviera previsto el lanzamiento, el 3 de septiembre, por lo que fue cancelado. No obstante, la retirada del transporte aéreo para la preparación del lanzamiento anulado provocó una suspensión de seis días de suministro aéreo a los ejércitos, que les costó 5000 toneladas de vituallas. Eso hubiera sido equivalente a 6 800 000 millones de litros, lo suficiente como para haber desplazado dos ejércitos hasta el Rin sin pausa, mientras el enemigo seguía sufriendo el caos.

No es fácil determinar la responsabilidad de este plan aerotransportado superfluo, con consecuencias tan costosas. Curiosamente tanto Eisenhower como Montgomery se atribuyen la paternidad en sus relatos de posguerra. Eisenhower dice: «Me parecía que se estaba produciendo una buena oportunidad de lanzar un ataque aerotransportado provechoso en la zona de Bruselas y aunque había división de opiniones sobre la justificación de retirar aviones de las tareas de suministro... Decidí arriesgarme». Aunque Montgomery dice: «Ya tenía planes para una operación aerotransportada en la zona de Tournai» y se refiere a ella como «mi idea». En contraste Bradley afirma: «Defendí ante Ike que descartara la operación y mantuviera los aviones para el suministro... Le advertí “estaremos allí antes de que tengas tiempo de lanzarlos”». Tenía razón.

Otro factor fue que una gran proporción del tonelaje de suministro para el norte se dedicaba a reposición de municiones que no eran necesarias en la medida en que el enemigo estaba en pleno derrumbe, en lugar de centrarse en mantener el suministro de carburante necesario para mantener la persecución e impedir que el enemigo pudiera reagruparse.

Un tercer descubrimiento fue que el flujo de suministros para el ataque de Montgomery se vio sustancialmente reducido en el momento crucial porque mil cuatrocientos camiones de fabricación británica de tres toneladas, y todos los recambios para ese modelo, tenían pistones defectuosos. Si se hubieran podido utilizar esos camiones, se podrían haber suministrado ochocientas toneladas diarias adicionales al 2.^º Ejército, lo suficiente como para mantener dos divisiones más.

Un cuarto punto, aún más importante, fue la gran desventaja causada por el despilfarro de británicos y estadounidenses en las escalas de suministro. La planificación aliada se basaba en el cálculo de que cada división consumía setecientas toneladas al día, de las cuales unas quinientas veinte eran necesarias en la zona avanzada. Los alemanes eran mucho más económicos, siendo su escala de suministro de solo unas doscientas toneladas al día por división. Y eso que tenían que contar con la constante interferencia por el aire y de las guerrillas, dos importantes complicaciones que no afectaban a los aliados.

La autoimpuesta desventaja de los aliados por su extravagante escala de suministro aumentaba por el despilfarro de sus tropas. Un ejemplo flagrante afectaba a los bidones de gasolina, tan importantes para el repostaje. De los diecisiete millones y medio de bidones enviados a Francia desde los desembarcos, en junio, ¡solo dos y medio se podían rastrear ese otoño!

Otro motivo importante del fracaso del ataque al norte fue el modo en que el 1.^{er} Ejército de Estados Unidos se quedó atrapado en la red de fortificaciones y minas de carbón alrededor de Aquisgrán, un «enredo» que virtualmente se convirtió en un enorme «campo de internamiento», como había sido Salónica para los aliados durante la Primera Guerra Mundial. Analizando los hechos queda claro que el fracaso del avance del 1.^{er} Ejército estadounidense —al que iban destinadas casi las tres cuartas partes del tonelaje de suministro de ese país, en detrimento de Patton— se debió a las exigencias de Montgomery para que el grueso de ese ejército fuera utilizado al norte de las Ardenas a fin de defender su flanco derecho. El espacio entre su propia línea de avance y las Ardenas era tan estrecho que el 1.^{er} Ejército

estadounidense tenía poco espacio de maniobra o posibilidad de rodear Aquisgrán.

Ese ejército tan enredado también fue incapaz de ayudar a Montgomery en la siguiente fase, cuando lanzó su ataque para capturar Arnhem a mediados de septiembre. Sin embargo, aquí los británicos también pagaron un precio por una negligencia extraordinaria. Cuando la 11.^a División Acorazada irrumpió en Amberes el 4 de septiembre capturó los muelles intactos, aunque no hizo ningún intento por hacerse con los puentes sobre el canal Alberto, en las afueras. Esos puentes fueron volados antes de que se intentara cruzar el canal, dos días después. Y la división fue enviada hacia el este. El comandante de la división no había pensado en capturar los puentes en cuanto ocupó la ciudad, y nadie por encima de él pensó en ordenárselo. Fue un lapsus colectivo, de cuatro comandantes, desde Montgomery hacia abajo, que normalmente eran energéticos y cuidadosos con los detalles importantes.

Además, apenas a 35 kilómetros al norte de Amberes se encuentra la salida de la península de Beveland, un cuello de botella de solo unos pocos cientos de metros de anchura. Durante la segunda y tercera semanas de septiembre, los restos del 15.^º Ejército alemán, que habían sido aislados en la costa del canal de la Mancha, pudieron escabullirse en dirección norte. Entonces fueron trasladados a través de la desembocadura del Escalda y escaparon por el cuello de botella de Beveland. Tres de estas divisiones llegaron a tiempo para reforzar el frente alemán en Holanda, desesperadamente débil, antes de que Montgomery lanzara su ataque al Rin en Arnhem, y ayudaron a detenerlo.

¿Cuál hubiera sido, desde el otro punto de vista, la mejor actuación de los aliados? Cuando fue interrogado, Blumentritt apoyó las razones de Montgomery para un ataque concentrado en el norte para abrirse camino hasta el Ruhr y, desde allí, a Berlín. Dijo:

Quien domina el norte de Alemania, domina Alemania. Ese avance, unido al dominio aéreo, hubiera destrozado el débil frente alemán y acabado con la guerra. Habrían ocupado Berlín y Praga antes que los rusos.^[12]

Blumentritt consideraba que las fuerzas aliadas estaban muy dispersas y de manera muy regular. Era especialmente crítico del ataque hacia Metz:

Un ataque directo contra Metz era innecesario. La zona de la fortaleza podría haberse eludido. Por contraste, un viraje brusco en dirección

norte, hacia Luxemburgo y Bitburgo hubiera tenido mucho éxito y provocado el derrumbe de nuestro 7.^º Ejército. Mediante ese movimiento de flanqueo hacia el norte, todo el 7.^º Ejército hubiera sido aislado antes de poder retirarse tras el Rin.^[13]

El general Westphal, que sustituyó a Blumentritt como jefe de Estado Mayor en el frente occidental el 5 de septiembre, pensaba que la elección del punto de ataque, dadas las circunstancias, era menos importante que concentrar todos los esfuerzos para llevar a Alemania cualquier ataque.

La situación general en el oeste era extremadamente grave. Una derrota importante en cualquier lugar del frente, que tenía tantos huecos que no merecía tal nombre, podía provocar una catástrofe, si el enemigo explotaba su oportunidad hábilmente. Una fuente de peligro grave en especial era que ningún puente sobre el Rin había sido preparado para su demolición, una omisión que costó semanas corregir... Hasta mediados de octubre el enemigo podría haber penetrado en cualquier punto que quisiera con facilidad, y entonces hubiera podido cruzar el Rin y avanzar en profundidad por Alemania casi sin obstáculos.^[14]

Westphal dijo que, en septiembre, la parte más vulnerable de todo el frente occidental era el sector de Luxemburgo, que llevaba al Rin en Coblenza. Su testimonio confirma lo que Blumentritt había dicho sobre los efectos del ataque en esta zona, el sector largo y mal defendido de las Ardenas entre Metz y Aachen.

¿Cuáles son las conclusiones principales que pueden extraerse a la vista de la luz arrojada desde entonces sobre este período crucial?

El plan de avance de Eisenhower sobre un «frente amplio» hacia el Rin, diseñado antes de la invasión de Normandía, habría sido una buena manera de presionar y quebrar la resistencia de un enemigo fuerte y aún imbatido. Pero se adaptaba mucho peor a la situación real, en la que el enemigo ya se había derrumbado y la cuestión dependía de explotar ese desplome con tal profundidad y rapidez que no tuviera posibilidades de recuperarse. La situación reclamaba una persecución ininterrumpida.

En estas circunstancias los argumentos de Montgomery a favor de un único ataque concentrado, en principio, eran mucho mejores. No obstante, al explorar los hechos, se vuelve evidente que el fracaso de su ofensiva en el norte en realidad no se debió al desvío de suministros a Patton, como se ha

considerado generalmente. Un inconveniente mucho mayor y complejo procedió de una serie de impedimentos en su propia órbita: el retraso en desbloquear el puerto de Amberes; la interrupción durante seis días del suministro por vía aérea para un objetivo superfluo; la excesiva provisión de municiones y otros suministros en menoscabo del transporte necesario para el envío de carburante; los mil cuatrocientos camiones británicos defectuosos; la utilización «en un callejón sin salida» del 1.er Ejército estadounidense en su flanco; la negligencia de la captura de los puentes sobre el canal Alberto antes de que fueran volados y los pasos ocupados por el enemigo.

El factor más fatídico para la posibilidad de alcanzar el Rin fue la pausa entre el 4 y el 7 de septiembre, después de llegar a Bruselas y Amberes. Esto se compadece mal con la intención declarada de Montgomery en su avance desde el Sena, «de mantener al enemigo a la fuga directamente hasta el Rin y “saltar” ese río antes de que el enemigo pueda reconstruir un nuevo frente para oponerse a nuestro avance». El mantenimiento de un ritmo y una presión constantes es la clave para lograr una profunda penetración o persecución, e incluso una pausa de un día puede estropearlo.

No obstante, entre las fuerzas aliadas había una tendencia general a relajarse después de la llegada a Bélgica, que era promovida desde arriba.

El Estado Mayor de inteligencia interaliado le dijo a Eisenhower que posiblemente los alemanes no lograrían reunir fuerzas suficientes para defender su línea fronteriza, y también declararon a la prensa: «La atravesaremos directamente». Eisenhower transmitió esta confianza a sus comandantes subordinados. Incluso en fecha tan tardía como el 15 de septiembre escribió a Montgomery: «Pronto habremos capturado el Ruhr, el Sarre y la zona de Fráncfort y me gustaría saber vuestras opiniones sobre lo que deberíamos hacer después». Un optimismo parecido reinaba en todas partes. Al explicar la omisión de la captura de los puentes sobre el canal Alberto, el comandante del cuerpo de vanguardia, el general Horrocks, afirmó con franqueza: «En aquel momento no preveía ninguna resistencia importante en el canal Alberto. Nos parecía que los alemanes estaban totalmente desorganizados».

En su historia del 21.er Grupo de Ejércitos, basada en fuentes oficiales, John North resumió muy bien la situación: «Había una actitud mental de “guerra ganada”..., predominaba en todos los niveles».^[15] En consecuencia, había poco sentido de urgencia entre los comandantes durante los quince días vitales de septiembre y una inclinación muy natural entre la tropa a abstenerse

de golpear duro al enemigo para evitar que los mataran cuando todo el mundo daba por hecho que «se había acabado la guerra».

Probablemente la mejor oportunidad de un rápido final de la guerra se perdió cuando les cortaron el suministro de gasolina a los tanques de Patton durante la última semana de agosto, cuando estaban 160 kilómetros más cerca del Rin, y de sus puentes, que los británicos.

Patton tenía un sentido más agudo que nadie en el bando aliado de la importancia crucial de un ritmo constante de persecución. Estaba listo para continuar la explotación en cualquier dirección, incluso el 23 de agosto propuso que su ejército avanzara hacia el norte, en lugar de al este. Tenía mucho sentido su comentario posterior: «Uno no planifica y después trata de que las circunstancias se adapten a los planes. Uno intenta hacer planes que se adapten a las circunstancias. Pienso que la diferencia entre el éxito y el fracaso en el alto mando depende de la capacidad o no de hacer precisamente eso».

Sin embargo, la raíz de todos los problemas aliados en ese momento de máxima oportunidad era que ninguno de los altos responsables de la planificación había previsto el derrumbe completo del enemigo que se produjo en agosto. No estaban preparados, ni mental ni materialmente, para explotarlo mediante un rápido ataque en profundidad.

32

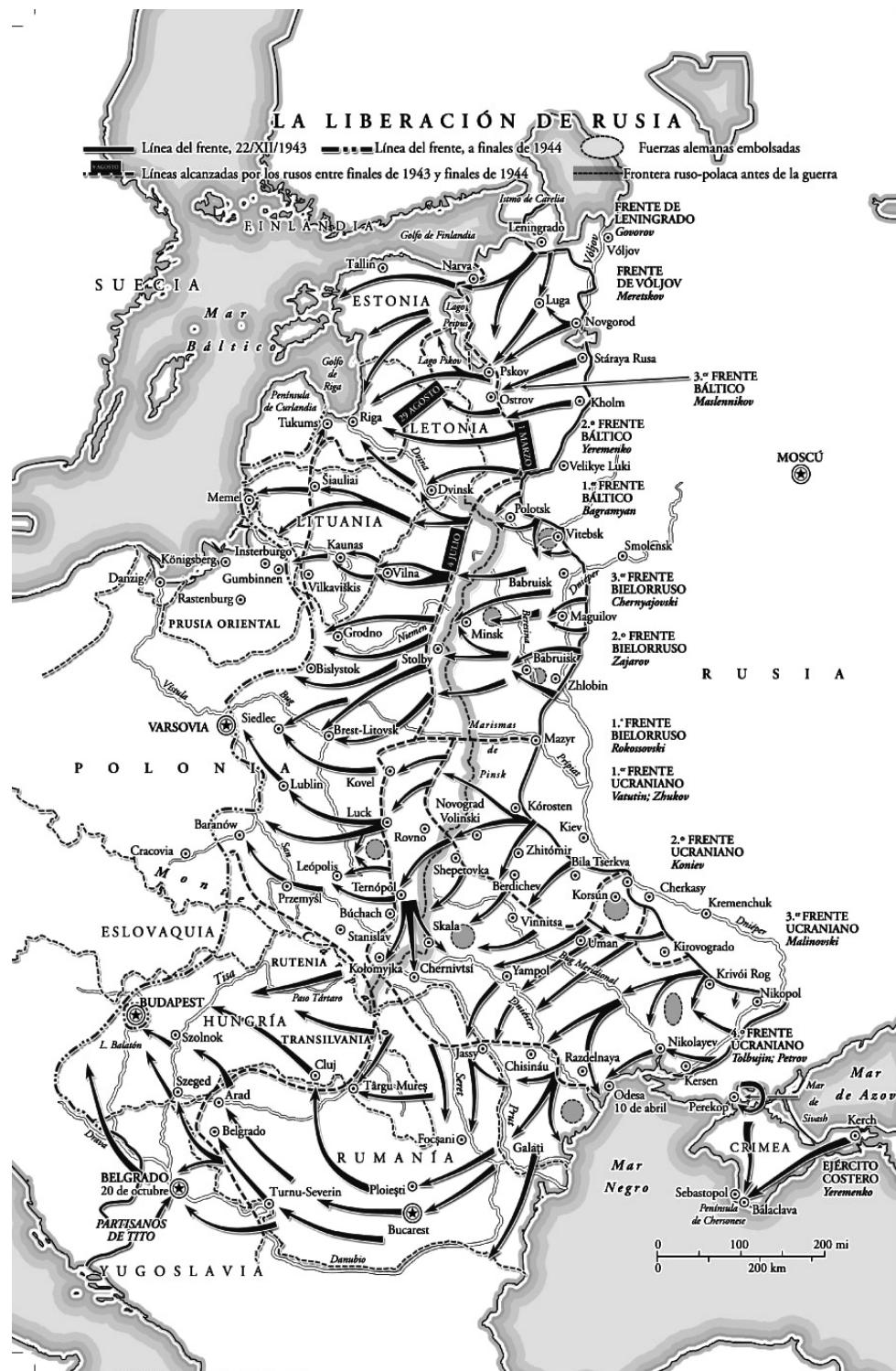
La liberación de Rusia

La campaña en el frente del este en 1944 se vio regida por el hecho de que, conforme avanzaban los rusos, el frente seguía siendo igual de amplio que siempre, pero las fuerzas alemanas menguaban, con el resultado natural de que el avance ruso continuara con escasos frenos excepto sus propios problemas de suministro. El desarrollo de los acontecimientos ofreció la demostración más clara posible de la relación entre espacio y fuerza. Además, las pausas en el avance eran la medida del espacio sobre el que debían adelantarse las líneas de suministro ruso.

La campaña principal consistió en dos grandes acelerones soviéticos, en las alternativas, cada uno de ellos seguido por una larga pausa. El primero se produjo a mitad del invierno y el segundo a mitad del verano. En la campaña secundaria que se desarrolló con la extensión del flanco sur, a través de Europa central, las pausas fueron más cortas, una diferencia que se explica en gran medida por el hecho de que allí la relación entre espacio y fuerzas alemanas era mayor que en el teatro principal de operaciones, por lo que los rusos necesitaban menos concentración antes de abordar cada una de las líneas defensivas alemanas.

La ofensiva de invierno comenzó de modo similar a la de otoño, y el efecto parecido que produjo fue una prueba no tanto del error de cálculo alemán como de su decreciente capacidad para «llegar a fin de mes». A principio de diciembre de 1943 Koniev había realizado un nuevo movimiento de flanqueo para superar el freno en Krivoi Rog, durante su primer intento de ocupar la curva del Dniéper. En esta ocasión, en lugar de hacia el sur, golpeó

hacia el oeste desde la cabeza de puente de Kremnchug, penetrando casi hasta Kirovograd, donde fue detenido de nuevo. Sin embargo, esta ofensiva, y otra convergente desde la cabeza de puente de Cherkassy, habían absorbido una considerable proporción de las escasas reservas alemanas. Manstein se encontraba ante un dilema terrible. Dada la prohibición de Hitler para que diera el gran paso hacia atrás que la estrategia le recomendaba, estaba obligado a tapar las grietas que había en la franja entre la curva del Dniéper y Kiev, aunque esto redujera sus posibilidades de mantener a Vatutin confinado en el saliente de Kiev. Dentro de ese saliente las fuerzas rusas se acumulaban como una inundación retenida por diques.



La nueva ofensiva de Vatutin comenzó la víspera de Navidad, bajo la protección de una espesa niebla matutina, como ocurrió con casi todos los ataques exitosos en la fase final de la Primera Guerra Mundial. Con esa ayuda

inundó las posiciones alemanas el primer día y, una vez desatada, se expandió tanto que anuló las contramedidas. En una semana había recuperado Zhitomir y Korosten, y al mismo tiempo se había extendido por el sur, llegando a las fortalezas hasta entonces no atacadas de Berdichev y Byelaya Tserkov.

El 3 de enero de 1944 las fuerzas móviles rusas, avanzando hacia el oeste, capturaron el nudo de Novigrad Volynsk, a ochenta kilómetros más allá de Korosten. Al día siguiente cruzaron la frontera polaca de antes de la guerra. En el flanco sur Byelaya Tserkov y Berdichev habían sido abandonadas por los alemanes que retrocedían hacia Vinnitsa y el río Bug, para defender el principal ferrocarril lateral desde Odesa hasta Varsovia. Allí Manstein reunió algunas reservas e intentó otro contraataque, pero tenía pocas fuerzas tras de sí, mientras que Vatutin estaba bien preparado para detenerlo. Aunque retuvo temporalmente el avance ruso en el Bug, esto solo se logró a costa de despejar el camino para su despliegue por el flanco. Desde Berdichev y Zhitomir avanzaron hacia el oeste, superando un bloqueo en Shpetovka, para capturar el importante centro de comunicaciones polaco de Rovno el 5 de febrero. Ese mismo día un avance por el flanco capturó Luck, a casi 80 kilómetros al noroeste de Rovno y 160 kilómetros más allá de la frontera rusa.

La expansión de la inundación hacia el sur tuvo unos resultados más dañinos de manera inmediata. Y es que aquí el ala izquierda de Vatutin convergía con el ala derecha de Koniev para atenazar las fuerzas alemanas atrapadas, por culpa de la orden de Hitler de no retirarse, en la franja entre las cabezas de puente rusas de Kiev y Cherkassy. Estas fuerzas, aferradas a sus posiciones avanzadas cerca del Dniéper, eran un llamamiento a ser cercadas que no les permitían evitar. Cuando las pinzas se cerraron detrás de ellos el 28 de enero, fueron capturados elementos de seis divisiones. Los intentos de romper el cerco acabaron lográndolo gracias a los esfuerzos de los cuerpos *panzer* III y XLVII. De los sesenta mil hombres en el cerco de Korsun, treinta mil fueron liberados sin su equipamiento y dieciocho mil fueron hechos prisioneros o se quedaron por estar heridos. Stemmermann, comandante del XI Cuerpo, estuvo entre los muertos.

El esfuerzo para liberar a las fuerzas atrapadas se había hecho a costa del posicionamiento más al sur, en la curva del Don. Allí los alemanes fueron incapaces de frenar un ataque lanzado por Malinovski hacia la base de su saliente de Nikopol. Esta ciudad tuvo que ser abandonada el 8 de febrero y, aunque la mayor parte de la guarnición logró escapar, los alemanes perdieron esta importante fuente de manganeso. Aún resistieron durante quince días en Krivoi Rog y entonces evacuaron bajo la amenaza de un cerco aún mayor.

Los profundos salientes que habían creado los rusos en el frente sur, entre los pantanos del Prípiat y el mar Negro, habían ampliado el frente que los alemanes debían defender, mientras que el rígido principio de Hitler había bloqueado cualquier retroceso a tiempo para acortar el frente dibujando una línea recta. Las crecientes pérdidas, especialmente en el ataque a Korsun, dejaron huecos que no podían llenar. El precio del principio de Hitler consistía en una retirada aún mayor de lo que hubiera sido necesaria dos meses antes.

La debilidad propia y la inmensidad del espacio provocaba un sentimiento de impotencia entre las tropas alemanas, que se acentuaba no solo por el tamaño del ejército enemigo que avanzaba hacia ellos, sino por su aparente indiferencia a los problemas de suministro. Avanzaban como una inundación o una horda nómada. Los rusos podían sobrevivir allí donde cualquier otro ejército occidental se hubiera muerto de hambre, y continuaban avanzando cuando cualquier otro se hubiera detenido para esperar la reparación de las vías de comunicación destruidas. Las fuerzas móviles alemanas que trataron de frenar el avance atacando las comunicaciones rusas rara vez encontraron una columna de suministro a la que poder golpear. La impresión que causaba se encarna en uno de los comandantes más audaces de esas incursiones, Manteuffel:

El avance del ejército ruso es algo que los occidentales no pueden imaginar. Detrás de la punta de lanza de los tanques avanza una gran horda, en gran medida a caballo. El soldado lleva un saco a la espalda, con cortezas de pan secas y verduras crudas recogidas sobre la marcha en los campos y pueblos. Los caballos comen la paja de los tejados de las casas, les dan muy poco más. Cuando avanzan, los rusos están acostumbrados a aguantar hasta tres semanas de esta manera primitiva.^[1]

Las posibilidades de contener el flujo disminuyeron por la destitución de Manstein que tenía problemas en los ojos. Aunque esta fue la razón, se trataba de un pretexto; se vio precipitada por las fricciones con Hitler, cuya estrategia Manstein describía como carente de sentido y con el que había discutido en términos que Hitler no podía tolerar. A partir de entonces el hombre al que los soldados alemanes veían como su mejor estratega permaneció sin destino. Pese a recuperar la vista gracias a una operación, solo pudo emplearla para seguir en los mapas en su lugar de retiro —llamado Celle— cómo el Ejército alemán era arrastrado al abismo ciegamente.

* * *

A principios de marzo de 1944 se produjo una maniobra combinada de mayor envergadura. Al principio la atención se fijó en un avance, cerca de las fuentes del Bug, hacia la esquina sudeste de Galitzia. El ataque fue lanzado por el mariscal Zhukov, que se había hecho cargo de los ejércitos al oeste de Kiev, en sustitución de Vatutin, emboscado y herido de muerte por partisanos antisoviéticos. Atacando desde Shepetovka, las fuerzas de Zhukov penetraron cincuenta kilómetros en un día y el 7 se situaban cruzando el ferrocarril lateral Odesa-Varsovia cerca de Tarnopol. Este ataque flanqueó la línea defensiva en el Bug antes de que los alemanes pudieran retirarse para ocuparla.

En el otro flanco del frente sur, Malinovski ya estaba aprovechando la posición indefendible ocupada por los alemanes en la parte baja de la curva del Dniéper, utilizando sus recién ganadas posiciones cerca de Nikopol y Krivoi Rog para iniciar un movimiento en forma de tijera. El 13 de marzo capturó el puerto de Jersen, en la desembocadura del Dniéper, y cercó a una parte de las fuerzas alemanas en la zona. Mientras tanto su movimiento circular convergente desde el norte se aproximaba a Nikolayev, en la desembocadura del Bug, aunque la resistencia aquí fue tan tenaz que el lugar no fue capturado hasta el 28. Mucho antes, un acontecimiento más espectacular en la zona central, entre los sectores de Zhukov y Malinovski, eclipsó los avances logrados por ambos generales.

Oculto tras esos dos avances, Koniev había atacado desde Uman, alcanzando el Bug el 12 de marzo. Se hizo pronto con los lugares de cruce. Sin perder tiempo sus fuerzas acorazadas avanzaron hacia el Dniéster, que en esta zona está solo a unos 110 kilómetros más allá del Bug. Ahora que se estaba derritiendo el hielo, el Dniéster, con su rápida corriente y sus escarpados barrancos, parecía una buena línea de resistencia. No obstante, en el bando alemán no había fuerzas disponibles para defenderla. Las unidades acorazadas rusas llegaron a la orilla del río el día 18, y lo cruzaron, siguiéndole los talones al ejército en retirada, por puentes flotantes en Yampol y otros lugares cercanos. Ese fácil cruce fue la secuela de su rápido avance y la confusión del enemigo. De nuevo en esta ocasión mucho se debió al modo en que las fuerzas acorazadas rusas, al mando del general Rotmistrov, confundieron al oponente mediante las nuevas tácticas de desplazarse muy desplegados, anulando de ese modo los intentos del enemigo de frenarles al conservar los puntos clave de las principales líneas de aproximación.

Cualquier riesgo que podía suponer esa cuña en profundidad fue aliviado por un nuevo ataque del ala izquierda de Zhukov desde Tarnopol. Esta

ofensiva se desencadenó en el momento preciso, inmediatamente después de que los contraataques alemanes cerca de Tarnopol se hubieran estrellado contra las defensas cerradas rusas, aprovechando también el movimiento de retroceso alemán. Estaba previsto que convergiera con el ataque de Koniev. Después de un rápido avance hasta la línea del Dniéster, el ala izquierda de Zhukov giró hacia la orilla este, envolviendo el flanco enemigo y apretándolos mientras se aproximaba al ala derecha de Koniev. Esta palanca combinada y compleja representaba a la vez una protección defensiva y una amplia perspectiva ofensiva.

Mientras que estos movimientos por el flanco ampliaban la brecha, aislando a partes del ejército enemigo que habían empezado a retirarse demasiado tarde, los rusos continuaban su avance hacia el oeste. Antes de finales de marzo, la avanzadilla de Koniev había penetrado en la línea del Prut, cerca de Jassy, mientras que Zhukov había capturado los importantes centros de Kolomija y Cernauti, donde habían forzado el curso superior del Prut. Este avance los llevó cerca de la ladera de los Cárpatos, la protección de Hungría.

Como reacción inmediata a esta amenaza, los alemanes ocuparon Hungría. Era evidente que esta medida se adoptó para tomar la línea montañosa de los Cárpatos. Necesitaban conservar esa barrera, no solo para frenar la irrupción rusa en las llanuras de Europa central, sino también como el eje de una defensa continua de los Balcanes. Los Cárpatos, que se prolongan hacia el sur por los Alpes transilvanos, constituyen una línea de defensa de gran fuerza natural. Su longitud aparente se ve disminuida por la pequeña cantidad de cruces, lo que facilita el ahorro de fuerzas para defenderlos. Entre el mar Negro y la esquina de las montañas cercanas a Focsani, hay una franja llana de casi doscientos kilómetros, pero la mitad oriental está ocupada por el delta del Danubio y una cadena de lagos, por lo que la «zona de peligro» se ve reducida al paso de Galatz, de unos cien kilómetros.

A principios de abril parecía que los alemanes pronto tendrían que retroceder hasta esa línea de retaguardia, que a su vez ya estaba en peligro en la esquina noreste por la cuña que estaba abriendo Zhukov entre Tarnopol y Cernauti, hacia el paso de Yablonica, mejor conocido como el paso Tártaro. Parecía como si Zhukov fuera a repetir el ataque torrencial sobre Budapest que realizó Sabutai al mando de los mongoles de Gengis Kan —los predecesores de las fuerzas acorazadas modernas—, quienes habían invadido

la llanura húngara desde los Cárpatos hasta el Danubio en marzo de 1241, recorriendo casi trescientos kilómetros en tres días.

El 1 de abril la punta de lanza de Zhukov llegó a la entrada del paso Tártaro. En este lugar la barrera montañosa es un obstáculo mucho menos elevado y superficial que más al sur, y la altitud de este paso es de solo seiscientos metros. Incluso una ascensión tan fácil puede convertirse en un difícil desfiladero si se defiende tenazmente, ya que la capacidad de maniobra del atacante está muy reducida. Así ocurrió en este caso. La vanguardia no pudo penetrar y no tenía suficiente fuerza detrás como para renovar su impulso, puesto que los suministros no podían mantener el ritmo de un avance tan prolongado.

En contraste, los alemanes se beneficiaban de haberse replegado hasta la red de comunicaciones alrededor de Lvov, mientras que sus fuerzas se habían concentrado con la retirada a Galitzia. Durante la semana siguiente, la anterior a Pascua, los alemanes lanzaron el mayor contraataque que habían podido desencadenar en mucho tiempo. Tenía un doble objetivo: paralizar el avance ruso y liberar a las dieciocho divisiones (de capacidad reducida) del 1.^{er} Ejército Panzer que habían sido atrapadas al este del Dniéster, ante los avances de Zhukov y Koniev. Esta gran fuerza intentó encontrar una vía de escape hacia el oeste pasando por Skala y Buczacz, en dirección Lvov.

El contraataque alemán se desarrolló a lo largo de las dos orillas del Dniéster. En la derecha, penetró en profundidad en el saliente del paso Tártaro, recuperando el cruce ferroviario de Delatyn, en la línea que va de Kolomyja al paso. En la izquierda reconquistó Buczacz y abrió un camino a través del cual las divisiones aisladas cerca de Skala pudieron retirarse. Tras su extracción el frente en el sur de Polonia, entre los pantanos del Prípiat y los Cárpatos, se estabilizó a lo largo de una línea mucho más al este de Lvov. Permaneció igual entre abril y julio.

El avance de Koniev a través del Prut —que constituía la frontera con Rumanía— también fue frenado justo antes del río. No logró penetrar hasta Jassy, que está solo a dieciséis kilómetros al oeste de Prut, aunque un poco más al norte alcanzó el Siret. Con todo, Koniev tenía, de momento, un objetivo más importante. Su ala izquierda había avanzado por el sur, a lo largo del Dniéster, contra la retaguardia de las fuerzas enemigas cerca del mar Negro. Estas estaban compuestas mayoritariamente de divisiones rumanas. Este movimiento de flanco de Koniev se combinó cuidadosamente con un avance más directo de Malinovski desde Nikolayev en dirección a Odesa, en el oeste.

Esa doble amenaza representaba un problema muy difícil para Schörner, quien había relevado a Kleist al mando del antiguo Grupo de Ejércitos A (que recibía ahora el nombre de Grupo de Ejércitos del Sur de Ucrania) y también para Model, quien había sustituido a Manstein como comandante del Grupo de Ejércitos del Norte de Ucrania (anteriormente Grupo de Ejércitos del Don y, más adelante, Grupo de Ejércitos Sur). Las dificultades de Schörner aumentaron por la escasez y mal estado de las comunicaciones en su retaguardia, ya que desde la llegada de los rusos a los Cárpatos se vio separado de los ejércitos en Polonia y tuvo que recurrir a las enrevesadas líneas de comunicación que tenía a su espalda, que pasaban por los Balcanes y Hungría.

Al mismo tiempo los bombarderos pesados aliados procedentes de Italia lanzaron una serie de ataques contra los principales cuellos de botella ferroviarios, empezando por los ataques a Budapest, Bucarest y Ploesti durante la primera semana de abril. Esta amenaza en la retaguardia se produjo demasiado tarde como para tener efectos inmediatos; sin embargo, dio dividendos diferidos.

El 5 de abril las tropas de Malinovski llegaron al nudo de Razdelnaya, cerrando la única ruta ferroviaria de salida de Odesa que seguía abierta. El día 10 ocuparon este gran puerto. No obstante, la mayor parte de las fuerzas enemigas se había escabullido. Solo se replegaron una corta distancia, hasta la línea del curso inferior del Dniéster, donde el frente hacía una curva hasta Jassy. El ataque hacia el sur de Koniev había sido frenado en la zona de Kishinev.

Durante la primera semana de mayo Koniev lanzó un duro ataque al oeste de Jassy, a lo largo de las dos orillas del Siret, utilizando los nuevos tanques Iósif Stalin. Con su ayuda los rusos lograron una penetración, pero Schörner tenía disponible una reserva de *panzer* bastante potente y al mando de Manteuffel. Esto logró detener la explotación de la penetración, gracias a tácticas defensivas juiciosas, basadas en las ventajas naturales de la respuesta y el hábil uso de la movilidad para compensar la inferioridad en blindados y armamento. Una gran batalla de tanques, en la que entraron en liza unas quinientas unidades, terminó con un repliegue ruso y una nueva estabilización del frente.

Ese éxito se volvió en contra de los alemanes tres meses después, puesto que animó a Hitler a insistir en mantener el terreno, no solo cerca de Jassy, sino en la Besarabia meridional, entre el Prut y el Dniéster. Esto suponía que las fuerzas quedaban en una posición expuesta muy al este de la barrera de los

Cárpatos y del desfiladero de Galatz. Durante este intervalo su retaguardia se hundía bajo la presión del deseo de paz del pueblo rumano.

En abril también se produjo la liberación de Crimea. Sus fuerzas ocupantes, medio alemanas y medio rumanas, se habían visto reducidas gradualmente por la evacuación por mar, pero el problema de los atacantes seguía siendo difícil, ya que no se necesitaban grandes cantidades de hombres para mantener una formidable barrera en las dos estrechas vías de aproximación. La captura de Crimea requería de un ataque potente y cuidadosamente preparado. Esta fue la justificación de Hitler para aferrarse a esa península tanto tiempo después de que la oleada rusa hubiera barrido tierra firme y, en este caso tenía más motivos que en otras partes para sacrificar a un destacamento, ya que provocaba una importante merma del total ruso en un período crítico.

El principal ataque contra Crimea lo puso en marcha Tolbujin el 8 de abril, después de uno preliminar diseñado para hacer que los alemanes revelaran la posición de sus baterías. El ataque frontal sobre las defensas del istmo de Perekop fue apoyado por el cruce del mar de Sivash en su flanco, cruzándose en su retaguardia. Tan pronto como esta maniobra abrió la puerta norte de Crimea, las tropas de Yeremenko atacaron desde sus posiciones de Kerch, en el extremo oriental. El día 17 estos avances convergentes habían llegado a las afueras de Sebastopol, haciendo 37 000 prisioneros. El tamaño de ese embolsamiento se debió en gran medida al error alemán, siguiendo el rígido principio de Hitler de tratar de resistir en una segunda línea al sur del istmo de Perekop, en lugar de retirarse inmediatamente a Sebastopol. Esto permitió a Tolbujin involucrar a sus tanques, penetrar en una línea de defensa improvisada que era demasiado extensa para las fuerzas disponibles, y capturar gran parte de estas últimas antes de que pudieran retirarse a Sebastopol.

Los rusos se detuvieron para trasladar artillería pesada antes de hacer frente a esa fortaleza, donde los defensores eran insuficientes para cubrir con una densidad razonable las defensas. Sin embargo, Hitler insistió en que había que defender Sebastopol a toda costa. El ataque comenzó durante la noche del 6 de mayo y pronto logró una penetración decisiva en el sudoeste, entre Inkerman y Balaclava. El día 9 Hitler modificó tardíamente sus órdenes y prometió barcos para evacuar a la guarnición. El 10 de mayo esta abandonó Sebastopol y retrocedió a la península de Jerson donde casi treinta mil hombres se rindieron el día 13, después de que tan solo algunos hubieran podido escapar por mar. La mayor parte de los prisioneros eran alemanes.

Antes de que comenzara la ofensiva el mando alemán había decidido evacuar a los rumanos por mar y confiar en sus propias tropas. Esto podría haber permitido prolongar la defensa, si no hubiera sido por la fatídica rigidez del plan defensivo.

* * *

En el otro extremo del frente del este, los rusos también habían ganado terreno durante los primeros meses de 1944, aunque no en igual medida que en el sur. A principio de año los alemanes todavía rodeaban estrechamente Leningrado. Su frente se extendía más allá de la ciudad hasta un punto a unos cien kilómetros al este, antes de girar al sur a lo largo del río Vóljov hasta el lago Ilmen. A ambos lados de ese gran lago ocupaban las ciudades fortaleza de Nóvgorod y Stáraya Rusa. A mediados de enero los rusos lanzaron su muy esperada ofensiva para quebrar el dominio enemigo de los alrededores de Leningrado. Al atacar desde la costa, justo al oeste de la ciudad, las fuerzas de Govorov crearon una cuña en el flanco izquierdo del saliente alemán, mientras Meretskov creó otra más profunda en su flanco derecho, cerca de Nóvgorod. Las penetraciones iniciales crearon el espejismo de que las fuerzas alemanas estaban atrapadas, pero estas lograron una retirada ordenada, en etapas, hasta la base del saliente. Las exageradas expectativas tendían a ocultar las ventajas evidentes que los rusos habían alcanzado al liberar Leningrado, con la reapertura del ferrocarril a Moscú y aislando Finlandia.

Al final de la retirada los alemanes ocupaban una línea que iba desde el golfo de Finlandia, cerca de Narva, hasta Pskov. Esta reducción del frente en línea recta mejoró mucho la situación alemana, de momento, más aún porque la reducción del frente defensivo era mucho mayor en la práctica que su medida en el mapa. Tres cuartas partes de la franja de 190 kilómetros entre la costa y la nueva ciudad fortaleza de Pskov estaban ocupadas por los dos grandes lagos de Peipus y Pskov. A finales de febrero un ataque repentino por parte de Govorov capturó una cabeza de puente sobre el río Narva, entre el mar y el lago Peipus, pero después fue bloqueado. También al sur de los lagos el avance ruso fue detenido al alcanzar Pskov, casi doscientos kilómetros detrás de Stáraya Rusa. Esto supuso una decepción para el Ejército Rojo, que confiaba en celebrar su 26.^º aniversario recuperando la ciudad donde había nacido en combate, contra los alemanes, el 23 de febrero de 1918.

Los resultados militares de esta ofensiva de invierno en el norte fueron menos importantes que las repercusiones políticas. Perturbado por una sensación de aislamiento, el Gobierno finlandés inició conversaciones para

firmar un armisticio a mediados de febrero. Dadas las circunstancias las condiciones rusas eran particularmente moderadas, ya que se basaban en el regreso a la situación y las fronteras de 1940. No obstante, los finlandeses temían que en la práctica fueran peores y solicitaron salvaguardias más explícitas de las que los rusos estaban dispuestos a incluir. Los finlandeses también protestaron por no ser capaces de cumplir con la exigencia de desarmar a las fuerzas alemanas en el norte de Finlandia y temían permitir que los rusos entraran en la zona para hacer efectiva esta condición. Aunque se suspendieron las conversaciones en marzo, estaba claro que no se trataba sino de una decisión pospuesta. Además, el papel finlandés en estas negociaciones de paz abiertas, animó a otros satélites de Alemania a iniciar contactos similares de manera más discreta. Por parte rumana esta iniciativa se vio estimulada por la declaración de Stalin de que era partidario de la restitución a Rumanía de Transilvania.

Así pues, la estabilización del frente del este que lograron los alemanes en mayo solo supuso una mejora superficial de su situación. El desgaste de sus fuerzas había llegado tan lejos que solo podían beneficiarse un poco por ganar tiempo, mientras que los rusos necesitaban también tiempo para organizar su siguiente gran ofensiva y los negociadores también lo necesitaban para culminar sus conversaciones de paz. Solo un autócrata puede cambiar de bando de la noche a la mañana. Mientras tanto la presión a favor de la paz, así como el peligro sobre las líneas de comunicación alemanas aumentó por la progresiva extensión de los bombardeos aliados en los Balcanes. El 2 de junio se inauguró un servicio de transporte aéreo cuando las fortalezas volantes estadounidenses aterrizaron en bases recién inauguradas en territorio ruso para repostar combustible y municiones antes de volver a atacar en su camino de vuelta a sus propias bases en el Mediterráneo. Un servicio similar entre bases aéreas en Inglaterra y Rusia comenzó el día 21: los bombarderos estadounidenses eran escoltados durante todo el camino por cazas de largo alcance.

El 10 de junio la previa presión aérea rusa sobre los dubitativos finlandeses fue reforzada por un ataque terrestre a través del istmo de Carelia, entre el lago Ladoga y el golfo de Finlandia. Tras franquear posiciones sucesivas, las fuerzas del mariscal Govorov capturaron Viipuri el día 20, logrando así la salida del istmo. Enseguida los finlandeses aceptaron las condiciones rusas para firmar un armisticio que habían rechazado anteriormente. Sin embargo, ahora exigían un acto simbólico de capitulación, a lo que los finlandeses se negaron. Mientras tanto Ribbentrop acudió

rápidamente a Helsinki, donde jugó con sus miedos y les prometió refuerzos alemanes. Su misión se vio favorecida por el hecho de que el avance ruso perdiera impulso conforme se extendía y penetraba en el cinturón de lagos tras la frontera de 1940. Por tanto, la guerra ruso-finlandesa continuó, aunque de una forma atenuada. El resultado inmediato fue que el Gobierno estadounidense rompió relaciones con Finlandia, que había mantenido durante mucho tiempo, mientras que los alemanes continuaban, e incrementaban, su involucramiento en el país, en un momento en que su propio frente estaba desesperadamente necesitado de reservas.

Los rusos tenían razones para estar contentos con esta pequeña ventaja. Su propia ofensiva de verano contra los alemanes comenzó el 23 de junio, momento en el que la invasión anglo-estadounidense de Normandía estaba consolidada. Esta, junto al avance aliado más allá de Roma, aseguraba que los alemanes estuvieran sometidos a mucha presión en todas partes antes del ataque ruso. Pese a todo, los rusos fueron los que más se aprovecharon de la continua insistencia de Hitler en una defensa rígida, en lugar de elástica.

Aunque los preparativos rusos eran evidentes a lo largo de todo el frente, entre los Cárpatos y el Báltico, la atención se centró en el sector al sur de los pantanos del Prípiat. Allí los rusos habían penetrado en profundidad en Polonia y era natural esperar una reanudación de su avance de primavera, que los había llevado cerca de Lvov y, momentáneamente, a Kovel. Una pausa de tres meses había permitido a Zhukov reparar las comunicaciones ferroviarias tras ese enorme saliente.

Sin embargo, los rusos decidieron iniciar su ofensiva desde el «escalón» más retrasado de su frente, tal y como había hecho el mando alemán en 1942. Atacaron en Bielorrusia, al norte de los pantanos del Prípiat, donde el enemigo seguía teniendo un fuerte dominio del terreno.

Su elección estaba bien calculada. Como el sector norte era el menos avanzado, las comunicaciones rusas allí estaban mejor desarrolladas para ofrecer un impulso inicial para el ataque. Dado que este sector había demostrado su solidez en 1943, era improbable que el mando alemán lo hubiera reforzado a expensas de la posición más vital, y obviamente precaria, entre Kovel y los Cárpatos. Aunque la franja principal del sector norte había soportado todos los ataques durante el otoño e invierno anteriores, los rusos habían logrado crear dos cuñas en sus flancos, cerca de Vitebsk y Zhlobin, respectivamente. Esto les ofrecía una valiosa palanca para un esfuerzo renovado. Además, cuando consiguieran hacer retroceder al enemigo, se podría crear una palanca en su retaguardia desde su propio saliente sur, cerca

de Kovel. Desde ahí los rusos estaban en el extremo occidental del cinturón de pantanos que dividía a las fuerzas alemanas.

Antes de la ofensiva, se reorganizó y reforzó el frente entre el Báltico y los pantanos del Prípiat. Ahora tenía siete grupos de ejércitos o «frentes^[2]» de proporciones manejables. El Frente de Leningrado de Govorov se situaba a la derecha, a continuación del 3.^{er} Frente Báltico al mando de Maslennikov y el 2.^º Frente Báltico de Yeremenko. De momento estarían inactivos. Los cuatro que llevarían a cabo la ofensiva serían, de norte a sur, el 1.^º Báltico, de Bagramian, que previamente había creado la cuña al norte de Vitebsk; el 3.^º Bielorruso mandado por Cherniajovski, quien con treinta y seis años era el más joven de los generales; el 2.^º Bielorruso, de Zajarov y el 1.^º Bielorruso de Rokossovski, que había creado el saliente cerca de Zhlobin. Estos cuatro grupos incluían 166 divisiones aproximadamente.

El peso de la ofensiva rusa cayó sobre el Grupo de Ejércitos Centro, que ahora estaba mandado por Busch, quien había sustituido a Kluge cuando este fue gravemente herido en un accidente de coche. Aunque la ofensiva de invierno rusa no había logrado quebrar las defensas del sector, Busch y sus principales subordinados sabían lo cerca que habían estado de hacerlo y estaban inquietos respecto a sus posibilidades de resistirse a un nuevo impacto cuando llegara el verano, con condiciones más favorables para el atacante. Para anticiparse hubieran querido retirarse a la línea histórica de Beresina, a unos 150 kilómetros tras su frente. Tal repliegue a tiempo hubiera dejado la ofensiva rusa en punto muerto. Pero contradecía el principio de Hitler y este no escuchaba los argumentos a favor de esa retirada.

Tippelskirch, que había sucedido a Heinrici como comandante del 4.^º Ejército, logró amortiguar el impacto mediante una retirada clandestina de poca envergadura, desde sus posiciones avanzadas hasta la línea del curso superior del Dniéper. Sin embargo, los beneficios obtenidos fueron anulados por el modo en que el plan ruso se concentraba en explotar los salientes en ambos flancos.

En el flanco norte, Vitebsk fue atrapado por un ataque convergente lanzado por las fuerzas de Bagramyan entre Polotsk y Vitebsk, y por Chernyajovski entre Vitebsk y Orsha. La ciudad cayó al cuarto día y se creó una gran brecha en el frente del 3.^{er} Ejército Panzer. Esto abrió el camino para un avance hacia el sur, que cortó la carretera Moscú-Minsk, amenazando la retaguardia del 4.^º Ejército alemán, que había resistido la presión frontal de Zajarov. Ese peligro aumentó por el ataque de Rokossovski en el otro flanco, justo al norte de los pantanos del Prípiat, contra el 9.^º Ejército alemán.

Penetrando cerca de Zhlobin, que también cayó al cuarto día, cruzó el Beresina y superó la posición de bloqueo potencial en Bobruisk. El 2 de julio sus fuerzas móviles llegaron a Stolbtsy, a 65 kilómetros al oeste del gran centro de comunicaciones de Minsk, cortando de ese modo la vía férrea y la carretera a Varsovia.

La explotación del espacio por parte rusa aumentaba la capacidad de maniobra y desbarataba todos los intentos alemanes de frenar este avance generalizado que había recorrido 240 kilómetros en una semana, desde que se abriera camino. El valor de los suministros estadounidenses a Rusia destacaba por la manera en que gran cantidad de infantería motorizada seguía las huellas de los tanques, apoyándolos de cerca. Mientras tanto, las fuerzas de Chernyajovski convergían en Minks desde el noreste, amenazando al mismo tiempo la ruta a Vilnius. Entre esos dos puntos una fuerza de reserva de tanques al mando de Rotmistrov, avanzó por la carretera Moscú-Minsk, alcanzando este último punto el día 3, tras recorrer unos ciento treinta kilómetros durante los dos últimos días.

Esta gran maniobra en forma de pinza se parece de modo sorprendente a la que habían ejecutado los alemanes tres años antes, en sentido opuesto. En aquella ocasión, solo una parte de las fuerzas cercadas lograron escapar de la trampa. Durante la primera semana casi hubo treinta mil prisioneros en el avance norte y veinticuatro mil en el sur. Unos cien mil hombres fueron cercados en Minsk y, aunque la principal carretera de repliegue que atravesaba Minsk se había cerrado, parte del 4.º Ejército de Tippelsckirch fue sacado del cerco desviándolo hacia el sur por carreteras secundarias cuyo uso, como rutas de suministro, se había abandonado hacía tiempo por la actividad de hostigamiento de los partisanos rusos. El Grupo de Ejército Centro prácticamente fue destruido y las pérdidas totales superaron los doscientos mil hombres.

Al oeste de Minsk los alemanes en retirada opusieron una resistencia momentánea, pero no había ninguna línea de resistencia natural y sus reducidas fuerzas eran inadecuadas para cubrir el espacio, que se hizo mayor a medida que la penetración rusa aumentaba. Los rusos siempre podían encontrar espacio para penetrar entre las ciudades y dejarlas atrás, allí donde se aferraba el enemigo. Su avance tenía la forma de un semicírculo desde el que irradiaban flechas en dirección a Dvinsk, Vilnius, Grodno, Bialystok y Brest-Litovsk, respectivamente. Entraron en Vilnius el día 9 y cayó el 13, después de que las fuerzas móviles rusas la hubieran dejado atrás, por ambos lados. Ese mismo día una punta de lanza alcanzó Grodno.

A mediados de julio el Ejército Rojo no solo había expulsado a los alemanes de Bielorrusia, sino que había ocupado la mitad del noreste de Polonia. Sus fuerzas más al oeste habían penetrado en profundidad en Lituania y no estaban muy lejos de la frontera de Prusia Oriental. Aquí estaban a 320 kilómetros más allá del flanco del Grupo de Ejércitos Norte alemán, al mando de Friessner, que seguía defendiendo la entrada a las repúblicas bálticas. La vanguardia de Bagramyan, que se estaba acercando a Dvinsk, estaba más cerca de la base alemana en Riga de lo que estaba el frente de Friessner. Chernyajovski, que llegó al Niemen más allá de Vilnius, estaba casi tan cerca del Báltico como Bagramyan, pero a lo largo de una línea situada mucho más al oeste. Por tanto, parecía como si se creara una doble barrera a través de la retaguardia de Friessner antes de que pudiera retirarse. Las dificultades de esta situación aumentaron por la ampliación de la ofensiva rusa hacia el norte, al sector de Pskov, donde el 3.^{er} Frente Báltico, al mando de Maslennikov atacó junto a Yeremenko.

Al mismo tiempo la tensión a la que estaban sometidas las fuerzas alemanas en su conjunto se vio multiplicada por acontecimientos aún mayores. En efecto, el 14 de julio los rusos lanzaron su muy esperada ofensiva al sur de los pantanos del Prípiat, entre Tarnopol y Kovel. Era un ataque que seguía dos ejes: el norte avanzando por el Bug hacia Lublin y el Vístula, convergiendo con el avance de Rokossovski al norte de los pantanos, y que giró bruscamente al sur de Brest-Litovsk. El eje izquierdo avanzó a través del frente enemigo cerca de Luck, y rodeó Lvov por el norte.

Esta famosa ciudad cayó en manos de las fuerzas de Koniev el 27 de julio, momento en que su vanguardia ya estaba al otro lado del río San, a más de ciento diez kilómetros al oeste de Lvov. Las proporciones de la ofensiva rusa se vieron drásticamente señaladas por la captura, ese mismo día, de Stanislav, en las estribaciones de los Cárpatos; Bialystok, al norte de Polonia; Dvinsk, en Letonia, y el nudo ferroviario de Siauliai, en la línea que va de Riga a Prusia Oriental. Este último golpe, resultado del rápido avance por parte de una columna acorazada de Bagramyan, amenazaba con sellar el destino de las fuerzas alemanas en el norte.

Con todo, incluso este golpe se vio superado por el profundo avance en el centro, y el peligro que suponía. Y es que tres días antes, el 24 de julio, el ala izquierda de Rokossovsky había irrumpido en Lublin, a tan solo 50 kilómetros del Vístula y 160 kilómetros al sudeste de Varsovia. En ese ataque había explotado la manera en que los ejércitos alemanes estaban divididos por el Prípiat y la confusión que creó la cercanía de la ofensiva que se

desarrollaba al sur de ese sector. El día 26, varias de las columnas móviles de Rokossovski alcanzaron el Vístula, mientras que otras avanzaban hacia el norte, en dirección a Varsovia. Al día siguiente los alemanes abandonaron Brest-Litovsk, mientras que el mismo día una de las columnas rusas que lo había dejado atrás, llegó a Siedlce, a 80 kilómetros al oeste, y a 65 kilómetros de Varsovia.

En Siedlce los alemanes lograron frenar momentáneamente el avance. También en el Vístula había signos de una mayor resistencia, pues, aunque las tropas de Rokossovski lograron capturar cinco puntos para atravesar el río durante la noche del 23, cuatro de ellos fueron eliminados a la mañana siguiente.

Sin embargo, el 31 de julio los alemanes fueron expulsados de Siedlce por la presión de un movimiento por el flanco, mientras que una de las columnas de Rokossovski alcanzó las afueras de Praga, el barrio de Varsovia situado en la orilla este del Vístula. A la mañana siguiente las tropas alemanas comenzaron a retirarse por los puentes hacia la ciudad y los líderes de los movimientos clandestinos polacos fueron incitados a lanzar la señal para un levantamiento.

Ese mismo día se produjeron acontecimientos sorprendentes cerca del Báltico. En el frente de Baramyan una columna acorazada al mando del general Obujov tomó el nudo de Tukkums en el golfo de Riga, tras un avance nocturno de ochenta kilómetros y, de ese modo, cortó el pasillo de escape para el Grupo de Ejércitos Norte alemán. Chernyajovski ocupó Kaunas, la capital lituana, mientras que sus fuerzas avanzadas, que habían seguido su marcha, llegaron cerca de la frontera de Prusia Oriental, próxima al paso de Insterburg. El 2 de agosto las fuerzas de Koniev establecieron una nueva y gran cabeza de puente sobre el Vístula a más de doscientos kilómetros al sur de Varsovia, cerca de Baranow, por encima del punto en que el San desemboca en el Vístula.

Fue un momento de crisis generalizada para los alemanes. En el oeste se estaba derrumbando su frente en Normandía y los tanques de Patton fluían a través de la brecha de Avranches. Tras los frentes se había producido un terremoto político y sus temblores se expandían hacia el exterior. El intento coordinado de matar a Hitler y derrocar el régimen nazi había tenido lugar el día 20 y una serie de generales estaban involucrados en el complot que había fracasado. La incertidumbre inicial sobre el resultado y el miedo posterior al castigo provocaron una confusión paralizante en muchos de los cuarteles generales.

Después de que la bomba explotara en el cuartel general de Hitler en Rastenburg, en Prusia Oriental, se enviaron telegramas desde allí a los miembros de la conspiración en diversos cuarteles generales de grupos de ejército, diciendo que Hitler había sido asesinado. La información contradictoria emitida por la radio alemana planteó dudas respecto al mensaje inicial, pero provocó, naturalmente, perplejidad en torno a la verdad. Además, el telegrama de los conspiradores al cuartel general de Friessner iba acompañado de instrucciones explícitas para que las tropas en el norte se retiraran sin demora y evitaran el riesgo de un segundo «Stalingrado». Allí, al igual que en el oeste, los acontecimientos del 20 de julio tuvieron importantes repercusiones.

Donde tuvo menor efecto fue en el Grupo de Ejércitos Centro. Esto se debió, en gran medida, a su nuevo comandante, Model, que había sustituido a Busch casi inmediatamente después de la ruptura original, cuando Busch se quebró bajo la presión combinada de los rusos en frente y de Hitler detrás. Model había sido un simple comandante de división en la invasión de Rusia de 1941, y ahora, con cincuenta y cuatro años, era una década más joven que la mayoría de los altos mandos alemanes. Durante su rápido ascenso había mantenido la misma energía torrencial y la misma crueldad que había mostrado al mando de una división panzer. También era uno de los pocos generales que se atrevía a discutir con Hitler, y este prefería su rudeza a las maneras cáusticas de Manstein, y de ese modo estaba más dispuesto a darle carta blanca. Aprovechándose de la inusual tolerancia de Hitler, Model actuaba siguiendo su propio criterio retirándose de posiciones difíciles y, con frecuencia, ignoraba las instrucciones recibidas. Esta iniciativa insubordinada tuvo más importancia que la habilidad en la conducción de la retirada a la hora de lograr rescatar a los ejércitos de situaciones peligrosas. Al mismo tiempo, su posición y el modo en que Hitler aceptaba sus decisiones de manera natural incrementó su sentido de lealtad al juramento que le había hecho al Hitler. Después del 20 de julio Model fue el primero de los líderes militares que denunciaron el complot y proclamaron que la fidelidad del Ejército estaba intacta. La confianza de Hitler en él se justificaría aún más por los acontecimientos militares subsiguientes.

En efecto, a principios de agosto se produjo una notable recuperación alemana, y la entrada de los rusos en Varsovia se demoró hasta el año siguiente. Al anochecer del 1 de agosto la mayor parte de la ciudad estaba en manos de sus habitantes. No obstante, justo cuando esperaban que los rusos cruzaran el río y acudieran en su ayuda, escucharon el sonido de los cañones a

lo lejos y se quedaron solos y perplejos en un silencio amenazante. Después, el día 10, ese silencio fue roto por un bombardeo masivo por tierra y aire, iniciando la reconquista alemana de la ciudad. En su interior las fuerzas clandestinas polacas, al mando del general Bor, combatieron tenazmente, pero pronto se vieron aisladas en tres pequeñas zonas y nunca llegó ayuda desde el otro lado del río.

Era natural que sintieran que los rusos se habían mantenido deliberadamente alejados. También era comprensible que el Gobierno soviético no quisiera que los polacos lideraran la liberación de su capital de manos alemanas, de modo que les inspirara una actitud más independiente.

Aunque sea difícil desenmarañar la madeja de esta controversia, el freno del avance ruso en un frente mucho más amplio y en aquel momento indica que los factores militares bien pudieron ser más decisivos que las consideraciones políticas.^[3]

Ante Varsovia el factor más terrible fue la intervención de tres divisiones *panzer* bastante sólidas, que acababan de llegar el 29 de julio: dos desde el frente sur y otra desde Italia. El contraataque que lanzaron desde el flanco norte abrió una brecha en el saliente ruso, forzando una retirada. Al mismo tiempo un intento de avance ruso desde las cabezas de puente sobre el Vístula fue frenado con ayuda de algunos refuerzos procedentes de Alemania. Al acabar la primera semana de agosto los rusos habían sido detenidos en todas partes exceptuando algún avance ralentizado en las estribaciones de los Cárpatos y en Lituania. La oleada había perdido su fuerza mucho antes de detenerse. Las últimas fases de ese avance fulminante se habían llevado a cabo por pequeñas olas de tropas móviles, y las escasas reservas de Model bastaron para detenerlas cuando los alemanes alcanzaron un terreno adecuado para la defensa. Tras haber avanzado más de setecientos kilómetros en cinco semanas —con diferencia el mayor y más rápido avance que habían logrado hasta entonces— los rusos estaban sufriendo las consecuencias naturales de un excesivo alargamiento de sus comunicaciones y tuvieron que doblegarse ante ese principio estratégico. Debieron permanecer en el Vístula durante seis meses antes de estar listos para organizar otro ataque masivo.

La segunda semana de agosto estuvo marcada por duros combates en muchos puntos, con los alemanes contraatacando vigorosamente y los rusos buscando abrir nuevas brechas, pero ningún bando logró una ventaja perceptible. El frente del Vístula quedó estabilizado. En la frontera de Prusia Oriental el avance ruso hacia el paso de Insterburg fue detenido por la División Panzer de Manteuffel, que acababa de llegar desde el frente rumano,

y que hizo retroceder a los rusos desde el centro de carreteras del Vilkaviskis. Se estableció un punto muerto a lo largo de esa región fronteriza llena de lagos y ciénagas. Entonces Manteuffel fue enviado al norte y, durante la última parte de agosto, avanzó desde Tauroggen a Tukkums (en el golfo de Riga), despejando de nuevo la línea de retirada del Grupo de Ejércitos Norte.

Los resultados que logró una fuerza acorazada tan pequeña ilustran de modo impresionante la naturaleza fluida de la situación y hasta qué punto las dificultades de suministro limitaban la capacidad rusa de consolidar sus conquistas. En tales condiciones pequeñas formaciones de blindados tenían un peso mucho mayor que las masas de infantería, y el curso de la campaña se veía determinado por la capacidad de ambos bandos de hacer intervenir a esas pequeñas formaciones en los puntos críticos. La historia de David y Goliat se repitió muchas veces en su versión moderna.

El alivio temporal que lograron los alemanes al estabilizar la situación en el frente principal, entre los Cárpatos y el Báltico se vio compensado por el desarrollo de una amenaza mayor, a través de una línea de aproximación más indirecta. Esto comenzó con una ofensiva rusa en el frente rumano, tras una serie de acciones políticas que habían despejado el camino para el avance.

El 20 de agosto las tropas del 2.^º Frente Ucraniano (ahora al mando de Malinovski) atacaron al sur de Jassy por los dos lados del Siret, en dirección a Galatz. Se trataba de una amenaza al flanco y la retaguardia del gran saliente que seguía habiendo en el sur de Besarabia. El 3.^{er} Frente Ucraniano (dirigido por Tolbujin) atacó de manera más directa, avanzando en dirección oeste desde el curso bajo del Dniéster. Al principio se encontraron con una tenaz oposición, y el enemigo solo cedía terreno poco a poco, pero el ritmo pronto se aceleró.

El día 23 la radio rumana anunciaba que el país estaba en paz con los aliados y en guerra con Alemania. El mariscal Antonescu había sido detenido y su sucesor había aceptado las condiciones rusas, que implicaban un cambio de bando inmediato.

Aprovechando la confusión general, los rusos irrumpieron en Galatz el día 27, ocuparon los grandes pozos petrolíferos de Ploesti el 30 y entraron en Bucarest al día siguiente. Los tanques habían recorrido cuatrocientos kilómetros en doce días. Durante los siguientes seis días atravesaron otros 360 kilómetros hasta alcanzar la frontera yugoslava en Turnu-Severin, en el Danubio. Una gran parte de las fuerzas alemanas se vieron atrapadas en el saliente de Besarabia o capturadas en el camino. Se perdió todo el 6.^º Ejército

alemán, que sumaba veinte divisiones. En este sentido la derrota fue tan desastrosa como en Stalingrado.

La capitulación de Rumanía empujó al Gobierno búlgaro a buscar la paz con Gran Bretaña y Estados Unidos. Y es que, aunque había evitado unirse a la invasión de Rusia, tenía motivos para estar incómoda con la actitud rusa sobre su neutralidad. Este miedo estaba muy justificado. La buena disposición búlgara para someterse a los aliados occidentales no satisfacía al Gobierno ruso, que pronto declaró la guerra a Bulgaria, invadiendo inmediatamente el país desde el este y el norte. La invasión fue un simple desfile, ya que el Gobierno búlgaro ordenó que no hubiera resistencia, además de declarar la guerra a Alemania.

El camino estaba despejado para que el Ejército Rojo explotara el mayor flanco abierto jamás conocido en la guerra moderna. La maniobra giratoria consistía básicamente en un problema logístico, dominado por los factores de movimiento y suministro, en lugar de la oposición enemiga. Más de cien mil alemanes habían sido hechos prisioneros en la trampa rumana, y la posibilidad de cubrir su hueco se vio anulada por la situación desesperada en el oeste, donde a finales de septiembre habían sido capturados más de medio millón de hombres en los distintos frentes.

En otoño se produjo el desarrollo gradual de un gran empuje por parte de los ejércitos del ala izquierda rusa a través de los enormes espacios del sudeste y centro de Europa. Lo único que podían hacer los alemanes era frenar ese movimiento aferrándose lo más posible a los centros de comunicaciones sucesivos y destruir estos cuando se vieran obligados a retroceder. Sus fuerzas disponibles eran muy escasas en comparación con el espacio a cubrir y, desgraciadamente para ellos, las comunicaciones en esa región también eran escasas, aunque estaba llena de obstáculos naturales. La amenaza se produjo a un ritmo lento, mientras los alemanes consiguieron tiempo para evacuar a sus fuerzas de Grecia y Yugoslavia.

Hubieran podido imponer un retraso mayor si no hubiera sido por la ventaja lograda por los rusos gracias a un ataque a la esquina noroeste de Rumanía durante las primeras semanas de confusión posterior a su cambio de bando. Rodeando a toda velocidad el flanco sur de las montañas, una fuerza mecanizada había penetrado en esta protuberancia del territorio rumano, ocupando Timisoara el 19 de septiembre y Arad el 22. Esto llevó a los rusos a través de algunas de las rutas al norte de Belgrado y cerca de la frontera meridional de Hungría, a solo 160 kilómetros de Budapest. Un avance tan audaz solo se podía haber intentado contra un oponente sin fuerza para

contraatacar para capturar la cuña. Incluso tal y como se produjeron las cosas, no se pudo explotar hasta acumular más fuerzas en la cuña. Este fue un proceso lento, aunque resultó más rápido que el avance más directo a través de las montañas hacia Transilvania.

No fue hasta el 11 de octubre cuando se expulsó al enemigo de Cluj, la capital de Transilvania, que estaba a unos doscientos kilómetros al este de Arad. Sin embargo, para entonces Malinovski había logrado concentrar sus fuerzas en el saliente, avanzar atravesando el Mures hasta la planicie húngara, y desplegarlas a través de las rutas procedentes de Transilvania. Cuando su ala derecha capturó Cluj, las primeras columnas de su ala izquierda estaban a unos 270 kilómetros al oeste y a menos de 100 kilómetros de Budapest. La aproximación indirecta había logrado buenos beneficios.

Durante la semana siguiente se logró una nueva ventaja cuando las tropas del recién reactivado 4.^º Frente Ucraniano, al mando de Petrov, penetraron por los pasos de los Cárpatos desde el norte, en el territorio desde el paso Tártaro hasta Lupkov, defendido por el 1.^{er} Ejército húngaro. Desde allí llegaron a Rutenia y giraron en dirección oeste hacia Eslovaquia. Durante esa misma semana la capital yugoslava fue liberada como resultado del avance convergente de Tolbujin a través del Danubio, desde el sur de la cuña, y los partisanos del mariscal Tito. La guarnición alemana combatió tenazmente pero al final fue expulsada el día 20. Sorprenden que resistiera tanto, aunque es aún más extraño el hecho de que hubieran permanecido tantas fuerzas alemanas en Grecia, siguiendo el principio de Hitler de no retirarse voluntariamente. No fue hasta la primera semana de noviembre cuando abandonaron el país para intentar una retirada, digna de Jenofonte, a través de mil kilómetros de territorio salvaje y hostil.

La liberación de Belgrado y la llegada de los rusos a la planicie húngara marcaron el cierre de la primera etapa del gran movimiento hacia el oeste.

Tras haber cerrado la línea del río Tisa en un frente de 130 kilómetros, desde el norte de Szolnok a Szeged, Malinovski lanzó un poderoso ataque directamente contra Budapest el 30 de octubre. Para entonces había reunido más de sesenta y cuatro divisiones, incluyendo las rumanas. Sus fuerzas solo tenían que recorrer ochenta kilómetros. Hizo retroceder gradualmente a las fuerzas alemanas y húngaras y sus columnas alcanzaron los suburbios de Budapest el 4 de noviembre, aunque el mal tiempo frenó su intento de penetrar en la ciudad antes de que se consolidaran sus defensas. Al igual que otras ciudades que habían sido defendidas tenazmente, Budapest resultó un

difícil obstáculo. A finales de mes los rusos seguían bloqueados allí y habían avanzado poco en sus intentos por cercar sus flancos inmediatos.

Petrov también se había retrasado en su intento de avanzar hacia el oeste desde Rutenia a Eslovaquia para ayudar a los partisanos eslovacos. El terreno accidentado y la forma de paso de Eslovaquia entorpecían las maniobras.

Bloqueados en Budapest, los rusos comenzaron un movimiento secundario. Las fuerzas de Tolbujin, que sumaban unas treinta y cinco divisiones, fueron llevadas desde Yugoslavia, y durante la última semana de noviembre lanzaron una amplia maniobra de flanqueo desde una cabeza de puente que habían logrado cerca de la confluencia del Danubio con el Drava, a algo más de doscientos kilómetros al sur de Budapest. El 4 de diciembre habían alcanzado el lago Balaton, en el flanco trasero de la capital húngara. Al mismo tiempo Malinovski inició un nuevo ataque al norte de Budapest, así como otro sobre las defensas de la ciudad. No obstante, el esfuerzo combinado no fue suficiente y a final de año Budapest seguía sin ser conquistado. Incluso después de ser aislado por un nuevo ataque de cerco en Navidad, continuó resistiendo hasta mediados de febrero.

* * *

En el otro extremo del frente del este, el flanco balcánico, la campaña de otoño había seguido un desarrollo similar, comenzando con un derrumbe alemán y terminando con un freno. Las derrotas alemanas de verano habían llevado a los finlandeses a doblegarse ante lo inevitable (casi a la vez que Rumanía y Bulgaria) y a principios de septiembre aceptaron los términos del armisticio ruso. Estos incluían la disposición de que debían actuar contra cualquier fuerza alemana que no hubiera abandonado Finlandia antes del 15. Tras un intento alemán de desembarcar en la isla de Hogland, en el golfo de Finlandia, los finlandeses anunciaron que estaban en guerra con los alemanes.

La rendición finlandesa despejó el camino para una ofensiva concentrada rusa contra el Grupo de Ejércitos Norte, que ahora mandaba Schörner, en lugar de Friessner. Las fuerzas de dos «frentes» (los de Govorov y Maslennikov) avanzaron contra la zona controlada por Schörner, mientras que Yeremenko envolvió su flanco y Bagramyan amenazaba su retaguardia. Parecía imposible que los alemanes pudieran escapar del fondo de esa botella tan profunda, especialmente dado que el cuello de la botella era tan estrecho. Sin embargo, en una semana habían retrocedido más de trescientos kilómetros hasta alcanzar el refugio de las defensas de Riga, sin que un gran número de ellos quedara aislado. Las fuerzas de Bagramyan no habían logrado taponar el

cuello de botella. Una vez más los acontecimientos habían mostrado la dificultad de atacar en frentes estrechos, allí donde las defensas tienen una densidad adecuada.

Para recuperar la iniciativa, el mando ruso reforzó de manera importante el grupo de Bagramyan con el fin de atacar hacia la costa del Báltico al sur de Riga, desde Siauliai, en el centro de Lituania. La nueva ofensiva comenzó el 5 de octubre. Aprovechando el amplio frente, y la concentración enemiga cerca de Riga, alcanzó la costa, tanto al norte como al sur de Memel, el día 11. Dos días después Schörner abandonó Riga y se retiró a Curlandia, la provincia en forma de península al noroeste de Letonia. Allí, sus fuerzas aisladas consiguieron mantener una resistencia prolongada. Lo mismo hizo la guarnición de Memel, estrechamente cercada. Pero los rusos tenían tropas suficientes para dedicarlas a sitiар estas plazas. El problema consistía en la capacidad de suministro y en el espacio para maniobrar.

Tras despejar su flanco báltico, ahora se enfrentaban a Prusia Oriental, contra la que lanzaron una potente ofensiva a mediados de octubre. No obstante, de nuevo la defensa jugó en contra del ataque directo en un frente estrecho, donde las líneas de aproximación estaban canalizadas por lagos y pantanos. El ataque principal se dirigió al desfiladero de Insterburg, pero fue debilitado en una gran batalla de tanques cerca de Gumbinnen, el escenario del primer éxito ilusorio de los rusos en 1914. Otros ataques, en zonas vecinas, también fracasaron en el intento de penetrar lo suficiente como para romper el frente. A finales de octubre la ofensiva se fue apagando y se llegó a un punto muerto.

La sorprendente recuperación alemana tanto en el este como en el oeste, y también en el centro de Europa, era una prueba llamativa del efecto combinado de la contracción de su frente y la extensión de las líneas de comunicación de los atacantes, así como por el modo en que la política de «rendición incondicional» de los aliados había ayudado a Hitler a endurecer la resistencia alemana. Además, el desarrollo de la campaña de otoño mostró cómo la defensa elástica, aplicada adecuadamente, podía permitir ganar tiempo hasta que las nuevas armas de Alemania estuvieran listas. Pese a todo, Hitler solo veía en ello una confirmación de su principio de la defensa rígida.

Con esa convicción no solo rechazó que sus comandantes en el oeste llevaran a cabo una retirada a tiempo desde el saliente de las Ardenas, sino que ordenó un refuerzo de la defensa de Budapest que debilitó fatalmente su frente en el este.

El clímax de los bombardeos. La ofensiva aérea estratégica contra Alemania

La teoría y la doctrina del ataque aéreo estratégico se desarrolló en Inglaterra al final de la Primera Guerra Mundial y durante los años posteriores. Fue en parte, o incluso de manera predominante, un producto de la creación, el 1 de abril de 1918 (durante el último año de esa guerra) de la Royal Air Force (Real Fuerza Aérea o RAF) como servicio independiente, combinando las antiguas armas aéreas del Ejército y la Marina. La teoría fue adoptada de la manera más ardiente por este nuevo servicio, por constituir una justificación para la existencia e independencia de la Royal Air Force.

Irónicamente la teoría pronto fue ardientemente apoyada por el general Hugh Trenchard, quien había mandado la rama aérea del Ejército de Tierra, el Royal Flying Corps, en Francia y en ese cargo se había opuesto a la creación de un tercer servicio independiente. En enero de 1918 regresó de Francia para convertirse en el mando del nuevo servicio, como jefe del Estado Mayor del Aire. Casi inmediatamente chocó con el recién nombrado secretario de Estado del Aire, lord Rothermere, y fue sustituido el general sir Frederick Sykes, otro pionero del Ejército del Aire. El propio Trenchard fue nombrado para mandar la fuerza independiente de bombarderos creada el otoño anterior, para bombardear Berlín y otros objetivos en Alemania, tras las incursiones aéreas sobre Londres por parte de los bombarderos alemanes Gotha en 1917-1918,

que tuvieron un efecto sobre la moral y la forma de pensar de los jefes militares británicos desproporcionada respecto al daño causado. Sin embargo, incluso en el momento del armisticio, en noviembre de 1918, la fuerza de bombarderos de la RAF solo incluía nueve escuadrones y apenas había comenzado a operar. De hecho, para entonces solo tres de los grandes bombarderos Handley-Page, destinados a atacar Alemania, habían sido entregados. No obstante, Trenchard se había convertido en un entusiasta defensor del bombardeo estratégico independiente. Esto quedó muy claro cuando, en 1919, tras el final de la guerra, fue enviado a Londres para volver a ocupar su puesto como jefe del Estado Mayor del Aire y allí siguió durante los diez años siguientes, hasta 1929. Durante ese tiempo la teoría de la estrategia aérea había sido desarrollada considerablemente por el general de brigada P. R. C. Groves, que era la mano derecha de Sykes y el director de operaciones de vuelo en el Estado Mayor del Aire.

En Estados Unidos la idea había sido adoptada ardientemente por el general de brigada William Mitchell en los años veinte, pero pronto tuvo problemas con los servicios más antiguos y fue expulsado en reacción a su entusiasta agresividad. No fue hasta que pasaron muchos años y llegó al poder una nueva generación cuando Estados Unidos se convirtió en una potencia aérea de primer orden y un exponente de la ofensiva aérea estratégica.

Una generación posterior de historiadores llegó a atribuir la teoría al general italiano Giulio Douhet, quien en 1921 escribió un libro sobre el futuro de la guerra aérea. Con todo, sus escritos, aunque interesantes para ser estudiados retrospectivamente, no tuvieron ninguna influencia en Europa, al menos durante el período formativo.^[1]

La teoría y la doctrina del Estado Mayor del Aire de Gran Bretaña se resume en la historia oficial, *The Strategic Air Offensive against Germany*, escrita por sir Charles Webster y el profesor Noble Frankland:

La ofensiva aérea estratégica es un instrumento de ataque directo contra el Estado enemigo con el objetivo de privarle de los medios o la voluntad de continuar la guerra. En sí misma puede ser el instrumento de la victoria o el medio por el que se puede lograr la victoria mediante otras fuerzas. Difiere de todo tipo de ataque armado anterior en el sentido de que solo este puede ponerse en marcha de manera inmediata, directa y destructiva contra el corazón del territorio enemigo. Por tanto, su esfera de actividad no solo está por encima, sino más allá, de la de los ejércitos o la Marina^[2].

Aunque la experiencia conseguida al finalizar la Primera Guerra Mundial era muy escasa, fue este concepto del bombardeo estratégico el que permitió que los mandos de la RAF mantuvieran su independencia frente a los intentos del Ejército y la Marina durante el período de entreguerras, y ante los repetidos intentos de sus jefes, especialmente durante la primera década de la posguerra, para suprimir esa arma como servicio separado, y volver a subordinarla a ellos.

Además, y como reacción natural, el concepto se desarrolló por parte de Trenchard y sus devotos ayudantes en términos extremadamente «probombardeo». Afirmaban que la fuerza aérea y sus actividades eran de naturaleza distinta en absoluto, y pertenecientes a una esfera diferente, de las del Ejército y la Marina. Aunque esto ayudó a apoyar la precaria independencia de la fuerza aérea, esta denigración del aspecto táctico de la acción aérea resultó equivocada. Un segundo argumento, consecuencia del primero, es que el mejor medio para la defensa aérea era una campaña de bombardeo contra el corazón del territorio enemigo. Aunque este argumento fuera dudoso incluso en teoría, se volvía ridículo en vista de la preponderancia del poderío aéreo que había alcanzado Alemania a finales de los años treinta. La intensidad doctrinal con la que se defendió este argumento condujo a una conclusión resumida en la expresión, que fue demasiado fácilmente aceptada por Stanley Baldwin cuando fue primer ministro: «Un bombardero siempre sale adelante». Esta era una falacia que siguieron las Fuerzas Aéreas británica y estadounidense hasta que sus graves pérdidas en 1943-1944 las obligaron a reconocer que el dominio del aire es el primer requisito para una ofensiva de bombardeo estratégico eficaz.

Otra suposición de antes de la guerra era que los ataques aéreos debían ser realizados de día y debían dirigirse contra objetivos específicos militares y económicos, ya que cualquier otro modo de bombardeo sería «improductivo». Trenchard subrayaba los efectos sobre la «moral» de bombardear a la población civil y se practicaron vuelos nocturnos hasta cierto punto, aunque en general había tendencia en el Estado Mayor del Aire, compartida por la mayor parte de la RAF, a subestimar las dificultades operativas.

En vista de la constancia y consistencia con la que el concepto de bombardeo estratégico se proclamó durante el período de entreguerras, los futuros historiadores se sorprenderán al averiguar que cuando estalló la guerra en 1939 la RAF no tenía una fuerza adecuada para ese tipo de operación. Esto no se debió totalmente a las restricciones financieras y la política de ahorro que prevaleció durante los años veinte y principio de los treinta, sino también

a las ideas equivocadas en la RAF sobre el tipo de fuerza y de aviones necesarios para esa misión. Incluso cuando los biplanos obsoletos comenzaron a ser sustituidos después de 1933, seguía habiendo muchos bombarderos ligeros, inútiles para el bombardeo estratégico, mientras que la mayoría de los nuevos —Whitley, Hampden, Wellington— no eran lo bastante buenos ni para los estándares de la época. De los diecisiete escuadrones de bombarderos disponibles en 1939 solo los seis que estaban equipados con Wellington eran razonablemente efectivos. Además, había carencia de tripulaciones bien entrenadas, en gran medida por la prolongada concentración en aparatos biplaza ligeros, así como por falta de ayudas para la navegación y el bombardeo.

Trenchard, que se había retirado a finales de 1929 como jefe del Estado Mayor del Aire, y había sido elevado a la Cámara de los Lores, continuó teniendo una gran influencia en la RAF durante la década siguiente, a través de sus discípulos. Él y ellos continuaron situando los bombarderos en primer lugar mucho después de que se supiera que la Luftwaffe había logrado una gran superioridad. El Plan L del Estado Mayor del Aire, diseñado a principios 1938, estaba diseñado para contar con sesenta y tres escuadrones de bombarderos en comparación con los treinta y ocho de la primavera de 1940, una ratio de casi 2 a 1 (y en número de aparatos aún más). Tras la crisis de Múnich de septiembre de 1938 el Estado Mayor del Aire revisó el Plan M, aumentando el programa hasta ochenta y cinco escuadrones de bombarderos y cincuenta de cazas, elevando así la ratio de 1 a 2 de cazas respecto a bombarderos hasta solo un poco menos de 3 a 5.

Trenchard lamentaba este cambio, por mínimo que fuera, y en fecha tan tardía como la primavera siguiente defendió en la Cámara de los Lores que la ratio de 2 a 1 entre bombarderos y cazas debía mantenerse y que era la mejor disuasión ante la Luftwaffe. Sin embargo, era una quimera, puesto que la fuerza de bombarderos alemanes era de casi el doble de la británica, y que llevaba mucho más tiempo desarrollar una fuerza de bombarderos que de cazas.

Afortunadamente estaba empezando a tomar forma una actitud más realista en el Estado Mayor Aéreo. Tan pronto como 1937, sir Thomas Inskip, ministro de Coordinación de Defensa, había expresado sus dudas, sugiriendo que sería mejor destruir una fuerza de bombarderos alemanes sobre Inglaterra que bombardeándola en sus aeródromos o en sus fábricas. Después, a principios de 1939, el vicemariscal del Aire Richard Peck —quien, en los años veinte, había sido el joven jefe de la rama de «Planes» y que había

formulado muchos de los argumentos de Trenchard para el gabinete— fue traído desde la India, donde había sido durante tres años oficial de Estado Mayor del Aire, para convertirse en director de operaciones. Había revisado sus puntos de vista a la luz de la situación del momento, como muchos de los jóvenes, y poco después del estallido de la guerra convenció al jefe del Estado Mayor Aéreo, sir Cyril Newall, de que era vital incrementar el número de cazas. Sus argumentos se vieron reforzados por el hecho de que las perspectivas de una defensa aérea efectiva se vieron mejoradas por la aparición de cazas nuevos y más rápidos, el Hurricane y el Spitfire. Así, en octubre se dio la orden para formar otros dieciocho escuadrones de caza para la defensa de Gran Bretaña. Esta decisión, que se implementó rápidamente, demostró ser de vital importancia para inclinar la balanza en la batalla de Inglaterra un año después, entre julio y septiembre de 1940. Sin ellos, la defensa aérea de Gran Bretaña apenas podría haber aguantado contra el ataque masivo y prolongado de la Luftwaffe.

El retorno a un punto de vista más realista también llevó al gabinete, y al Estado Mayor del Aire (este último más reticente), a aceptar que en las circunstancias de Gran Bretaña en 1939 era más sensato no iniciar el bombardeo estratégico si los alemanes tomaban la iniciativa en este sentido y, en cualquier caso, hasta que su fuerza de bombarderos fuera mucho más poderosa y la de cazas hubiera alcanzado una proporción más adecuada.

Lo irónico de la situación, y de la planificación del Estado Mayor del Aire, queda encarnado en este comentario de la Historia Oficial:

Desde 1918 su estrategia [de la RAF] se ha basado en que sería imposible que la siguiente guerra se pudiera ganar sin bombardeo estratégico, pero cuando estalló, el Mando de Bombardeo fue incapaz de infilir al enemigo algo que no fuera un daño insignificante.^[3]

Por decisiones esbozadas anteriormente, la RAF se abstuvo de nada que no fueran acciones muy limitadas durante la campaña de Polonia y el período posterior llamado «falsa guerra»: el lanzamiento de octavillas de propaganda sobre Alemania y ataques ocasionales sobre objetivos navales. Además, los franceses, que temían aún más las represalias en forma de bombardeos, se oponían a que el Mando de Bombardeo operase desde bases francesas, además de creer —como los alemanes— solo en el valor táctico de los bombarderos, en cooperación con el ejército. A diferencia de los británicos, los alemanes estaban convencidos de que los bombardeos con aviones Gotha durante la Primera Guerra Mundial habían sido un fracaso en todos los

sentidos y prácticamente habían abandonado el concepto de bombardeo estratégico en sus planes.

Aunque el Estado Mayor del Aire británico tenía planes para realizar ataques aéreos contra centros industriales alemanes en el Ruhr, no recibieron autorización para ponerlos en práctica. Probablemente esta fue una decisión afortunada, ya que los ataques tendrían que haberlos realizado de día a cargo de bombarderos que eran lentos e incapaces de defenderse. El mariscal del aire sir Edgar Ludlow-Hewitt, comandante en jefe del Mando de Bombardeo de la RAF desde 1937 a 1940, pensaba que una operación de este tipo solo provocaría pérdidas prohibitivas con resultados de valor cuestionable. En diciembre de 1939 los Wellington del Mando de Bombardeo sufrieron graves pérdidas en incursiones diurnas contra objetivos navales a manos de cazas alemanes orientados por una forma primitiva de radar, sin lograr resultados efectivos; mientras que los menos efectivos Whitley, que habían sido utilizados para las incursiones de lanzamiento de octavillas durante la noche, no tuvieron ninguna baja en todo el período que va de mediados de noviembre a mediados de marzo. Como consecuencia de esta doble experiencia tan opuesta, las incursiones del Mando de Bombardeo se limitaron a la noche después de 1940. Esto demostraba la falacia del punto de vista del Estado Mayor del Aire antes de la guerra en el sentido de que podían llevar a cabo bombardeos diurnos sin grandes pérdidas.

Otra falacia tardó más tiempo en ser evidente: que se podía localizar y alcanzar con facilidad un objetivo específico. Esto ocurrió fundamentalmente porque la fotografía de reconocimiento de resultados no se generalizó hasta 1941, y hasta entonces se confiaba indebidamente en los informes de los tripulantes que a menudo estaban muy equivocados, como se supo después.

Los bombarderos y bombarderos en picado de la Luftwaffe jugaron un papel dominante en la invasión de Noruega del mes de abril, al igual que lo habían tenido en la invasión de Polonia del mes de septiembre [de 1939]. Y fueron aún más dominantes en la invasión del oeste del mes de mayo [de 1940], actuando de manera coordinada con las fuerzas *panzer*. Sin embargo, la RAF seguía siendo reacia a cooperar con el ejército, e insistiendo en su doctrina de bombardeo específicamente estratégico. Así, el Mando de Bombardeo tuvo escasa influencia —aún menor de lo que hubiera sido posible— en el desarrollo de estas campañas enormemente cruciales. Algunos ataques irregulares contra el ejército alemán por parte del componente aéreo que acompañaba al Cuerpo Expedicionario Británico, especialmente contra los puentes del Mosa, fueron muy costosos sin lograr efectividad. No fue

hasta el 15 de mayo cuando el Gabinete de Guerra, que ya estaba dirigido por Churchill, autorizó el uso del Mando de Bombardeo para atacar al este del Rin. Esa noche se envió a noventa y nueve bombarderos para golpear objetivos petrolíferos y ferroviarios. Generalmente se considera esa fecha como el principio de la ofensiva estratégica aérea contra Alemania. No obstante, el Mando de Bombardeo sobreestimaba —y siguió haciéndolo mucho tiempo— los resultados y efectos de los ataques de los bombardeos estratégicos de la época y posteriores.

Los planes del Estado Mayor del Aire para el desarrollo de ataques sobre objetivos petrolíferos en Alemania se pospusieron por la apremiante amenaza del ataque de la Luftwaffe contra Inglaterra a partir de julio. Durante el período de la batalla de Inglaterra el Mando de Bombardeo se dirigió contra los puertos, buques y concentración de navíos de desembarco enemigos, así como contra las fábricas de aviones para entorpecer y debilitar las posibilidades de invasión alemana.

* * *

Mientras tanto, el bombardeo de Róterdam por parte de Alemania, el 14 de mayo, y el posterior de otras ciudades, había comenzado a cambiar el clima de opinión en Gran Bretaña, reduciendo la repugnancia hacia la idea del bombardeo indiscriminado. Este cambio de sensibilidad se acentuó mucho por las bombas arrojadas por error sobre Londres el 24 de agosto. En realidad, todos estos casos eran producto de errores de interpretación (aunque muy naturales), ya que la Luftwaffe seguía operando siguiendo órdenes de cumplir las viejas normas de bombardeo, fijadas desde hacía mucho tiempo, y las excepciones se debían a errores de navegación. Sin embargo, crearon un deseo creciente de atacar, en respuesta, las ciudades alemanas, y además de manera indiscriminada. La conciencia de que el Mando de Bombardeo constituiría la única arma ofensiva de Gran Bretaña durante un futuro próximo, ahondaba tanto el instinto como el deseo. Ambos eran especialmente evidentes en la actitud de Churchill.

Con todo, este cambio de opinión y actitud en el seno del Estado Mayor del Aire, procedía en gran parte de factores operativos. Su directiva del 30 de octubre de 1940 reflejaba esta debilidad tanto ante la realidad operativa como ante las presiones de Churchill. En ella se ordenaba atacar los objetivos petrolíferos las noches despejadas, mientras que el resto de las noches se debían centrar en las ciudades. Esta directiva encarnaba muy claramente su aceptación de la idea del bombardeo indiscriminado o «de área».

Tanto estos objetivos como las opiniones manifestaban un exceso de optimismo. Era tan absurdo pensar que el Mando de Bombardeo pudiera alcanzar las pequeñas plantas petrolíferas en Alemania, con los escasos medios disponibles en 1940, como que la moral del pueblo alemán pudiera quebrarse y el régimen nazi quedara desacreditado por el bombardeo de ciudades.

La acumulación gradual de pruebas que demostraban el efecto específico de las incursiones obligó al Estado Mayor del Aire a admitir su ineeficacia. Incluso en abril de 1941 el error medio teórico de un bombardeo se consideraba que era de algo más de novecientos metros, lo que quería decir que una pequeña planta petrolífera normalmente no se vería afectada. No obstante, la controversia se desvió por la necesidad de utilizar los recursos del Mando de Bombardeo contra las bases navales y de submarinos alemanas durante la crisis de 1941 en la «batalla del Atlántico». La reticencia del Mando de Bombardeo a ayudar en esa crisis naval reflejaba una combinación de falta de visión y rigidez doctrinal.

Como una lenta modificación y retirada gradual de su posición original, el Mando de Bombardeo trató, a partir de julio de 1941, de atacar objetivos «semiprecisos», como el sistema ferroviario alemán. También estos fueron sustituidos por grandes zonas industriales cuando el tiempo no estaba despejado. Pero incluso esta idea modificada resultó inútil en la práctica. El informe Butt de agosto de 1941, redactado tras una cuidadosa investigación, indicaba que solo una décima parte de los bombarderos en las incursiones en el Ruhr lograron alcanzar sus objetivos en un radio de ocho kilómetros^[4], sin contar con el margen de error teórico de los novecientos metros. Claramente, el principal problema del Mando de Bombardeo era el dominio de la navegación. Las dificultades operativas, combinadas con la presión externa, acabaron obligando al Estado Mayor del Aire a reconocer que: «el único objetivo sobre el que una fuerza nocturna podía infligir un daño efectivo era toda una ciudad alemana».^[5]

Puesto que la inexactitud del bombardeo británico quedó clara, el Estado Mayor del Aire puso el énfasis en el efecto sobre la moral de la población civil, es decir, en aterrorizar. Quebrar la voluntad de combatir de la población enemiga era tan importante como destruir los medios de combate de las fuerzas enemigas.

Churchill se volvía crítico con el continuado optimismo que mostraba el Estado Mayor del Aire, especialmente en su plan, del 2 de septiembre, para aplastar a Alemania con una fuerza ampliada de cuatro mil bombarderos, y en

su confianza en que ese objetivo se podría cumplir en seis meses. Impresionado por el informe Butt y otros documentos, señaló que un aumento del nivel de precisión podría cuadruplicar los efectos del bombardeo, y hacerlo de manera más económica. También cuestionaba el optimismo del Estado Mayor sobre la moral y las defensas alemanas. Le dijo al nuevo jefe de Estado Mayor, sir Charles Portal:

Es muy discutible si el bombardeo por sí mismo será un factor decisivo en esta guerra. Por el contrario, todo lo que hemos aprendido desde que comenzó la guerra demuestra que sus efectos, tanto físicos como morales, se han exagerado grandemente.^[6]

También subrayaba, con acierto, que era «muy probable» que las defensas alemanas mejoraran.

De manera profética, señaló en una minuta dirigida a Portal, que «se presentaría una situación diferente si la fuerza aérea enemiga se viera tan reducida como para permitir que tuviera lugar el bombardeo diurno preciso e intenso de fábricas». Esta política se puso en marcha en 1944, no antes y, además, por parte estadounidense.

Los miedos y advertencias de Churchill sobre el refuerzo y mejora de la defensa aérea alemana se cumplieron pronto. El Mando de Bombardeo tuvo graves pérdidas en noviembre, especialmente en un ataque múltiple a cargo de cuatrocientos bombarderos el día 7, cuando el 12,5 por ciento de los 169 bombarderos enviados a Berlín no regresaron, aunque las pérdidas en incursiones sobre objetivos más cercanos fueron inferiores.

El conjunto de la experiencia adquirida desde el inicio de la guerra había demostrado que los principios enunciados desde hacía mucho por el Estado Mayor y el Mando de Bombardeo estaban muy equivocados. Los resultados de los bombardeos durante los dos primeros años de la guerra habían sido muy decepcionantes.

* * *

La decadencia del Mando de Bombardeo duró hasta marzo de 1942. Durante el invierno las operaciones se concentraron principalmente en los cruceros de guerra alemanes, Scharnhorst y Gneisenau, en Brest, que recibieron varios impactos. El efecto inicial de la entrada de Estados Unidos en la guerra (en diciembre de 1941) fue reducir la perspectiva de ver aumentada la pequeña cantidad de bombarderos procedentes de las fábricas estadounidenses.

Además, los reveses de los ejércitos alemanes en Rusia ese invierno, a los seis meses de su invasión de junio, planteó cuestiones sobre la necesidad o el valor de tratar de ganar la guerra mediante el bombardeo.

La campaña de bombardeo contra Alemania comenzó a reanimarse a mediados de febrero, cuando el problema de Brest se había resuelto solo gracias al fulminante regreso a sus bases de los cruceros de batalla. Para entonces se estaba instalando en muchos de los bombarderos británicos el Gee, un sistema de radio para ayudar a la navegación y a la identificación de objetivos. Una nueva directiva al Mando de Bombardeo del 14 de febrero de 1942 subrayaba que la campaña de bombardeo debía «centrarse en la moral de la población civil enemiga y, en particular, en los trabajadores industriales». Ese debía ser el «objetivo primordial».^[7] Por tanto, la gestación de terror se convirtió, sin ninguna reserva, en la política cierta del Gobierno británico, aunque siguiera oculta en las respuestas a las preguntas parlamentarias.

La nueva directiva era el reconocimiento de que resultaba operativamente realizable. El pensamiento prevaleciente lo había expresado con anterioridad, el 4 de julio de 1941, Portal: «El objetivo más adecuado desde el punto de vista económico no vale la pena si no es tácticamente factible».^[8]

Esta directiva estaba lista cuando el mariscal del aire A. T. Harris (posteriormente sir Arthur) se convirtió en comandante en jefe del Mando de Bombardeo el 22 de febrero de 1942, en sustitución de sir Richard Peirse, quien había sido destinado al Lejano Oriente como comandante en jefe de las fuerzas aéreas aliadas poco después de la entrada en guerra de Japón. Con una personalidad energética, Harris ejerció un liderazgo estimulante en las tripulaciones y organización del Mando de Bombardeo, pero retrospectivamente muchos de sus puntos de vista y decisiones resultan erróneos.

Otro apoyo y estímulo en un momento de tensión y abatimiento vino de la mano de un memorándum que Lord Cherwell (antiguo profesor F. A. Lindemann), asesor personal de Churchill en cuestiones científicas, redactó a finales de marzo. Su reconfirmación para Churchill llegó poco después de un ataque devastador a principios de marzo contra la fábrica de Renault en Billancourt, cerca de París, en el que solo se perdió uno de los 235 bombarderos utilizados. Se trató del primer experimento a gran escala en el uso de balizas luminosas como guía.

Más tarde durante ese mismo mes se produjo un «exitoso» ataque contra la ciudad báltica de Lübeck, en el que el denso centro fue devastado con

bombas incendiarias, mientras que en abril hubo cuatro ataques de ese tipo en Rostock. (Sin embargo, la mayor parte de los daños se produjo en las encantadoras casas antiguas del centro de esas ciudades históricas hanseáticas, no en las fábricas vecinas). De hecho, esas ciudades estaban fuera del alcance de Gee, aunque eran fácilmente localizables, lo que hizo que se sacaran conclusiones erróneas del hecho de que el 40 por ciento de los bombarderos equipados con Gee habían alcanzado sus objetivos. No obstante, las pérdidas del Mando de Bombardeo sobre Lübeck fueron elevadas y en ocho incursiones sobre Essen durante esos dos meses se encontraron con una mejor defensa, condiciones atmosféricas menos favorables y fueron mucho menos efectivas.

En el lado alemán, se estaban reforzando las defensas rápidamente, con un sistema de radar que orientaba el fuego antiaéreo y los reflectores, junto con un número creciente de cazas nocturnos. A principios de 1942 solo se perdía un uno por ciento de bombardeos frente a los cazas nocturnos, pero en verano la cifra había aumentado hasta el 3,5 por ciento, a pesar de recurrir crecientemente a diversiones y estratagemas.

«Todos estos planes suponían que la fuerza aérea contraria podía esquivarse con éxito de noche».^[9] Esta era la falacia fundamental en las mentes de los responsables del Mando de Bombardeo y del Estado Mayor del Aire. No tenían en cuenta la lección básica de la experiencia de que un bombardero, por muy bien protegido que esté —cosa que no ocurría con los de la RAF— es vulnerable a un avión diseñado y creado para destruirlo. Las tácticas de evasión y todos los aparatos técnicos fabricados para ayudarlos no podrían ocultarlos y preservarlos durante mucho tiempo, ante el creciente sistema de defensa aérea alemán, a menos que la RAF pudiera lograr el dominio de los cielos.

Ese objetivo ya lo presagiaban las llamadas operaciones Circus, que comenzaron a principios de 1942 y que continuaron al año siguiente. Consistían en penetraciones a la luz del día en la zona costera continental, a cargo de bombarderos y cazas que operaban conjuntamente, con el objetivo de atraer a la Luftwaffe a capas altas del cielo donde serían atacados por los Spitfire del Mando de Caza. Estos Circus tuvieron cierto éxito, aunque estuvo limitado por el alcance relativamente corto de los cazas británicos, y cuando la zona de operaciones diurnas se amplió, las pérdidas fueron graves siempre que se encontraron con fuerte oposición, incluso cuando estuvo disponible el magnífico bombardero Lancaster. El principal efecto de las operaciones Circus fue que, a pesar de los reveses, iniciaron la lucha por la superioridad

aérea aliada a lo largo de la costa norte de Francia, algo importante para posteriores objetivos de invasión.

En 1942, la innovación primordial fue la muy aclamada «incursión de los mil bombarderos». Con esto Harris buscó reducir las pérdidas mediante concentración, además de producir un mayor efecto. Aunque la capacidad de primera línea del Mando de Bombardeo en mayo de 1942 era de solo 416 aparatos, mediante el uso de la segunda línea y los escuadrones de entrenamiento, logró enviar 1046 bombarderos contra Colonia durante la noche del 30 de mayo. En ese ataque quedaron devastados más de 4000 metros cuadrados de la ciudad, mucho más que durante las 1346 misiones contra Colonia durante los nueve meses anteriores. Tuvo un coste de cuarenta bombarderos perdidos (el 3,8 por ciento). El 1 de junio, se volvió a utilizar toda la fuerza disponible del Mando de Bombardeo, 956 aviones, contra el objetivo más difícil de Essen, pero las nubes y la niebla libraron a la ciudad de un grave daño, mientras que se perdieron treinta y un aparatos (el 3,2 por ciento). Entonces se disolvió la fuerza de los «mil bombarderos», aunque Harris continuó planeando incursiones similares y el 26 de junio un total de novecientos cuatro, incluyendo ciento dos del Mando Costero, atacaron el gran puerto de Bremen y la fábrica de aviones Focke-Wulf. En esta ocasión el cielo estaba muy nublado y el daño infligido fue relativamente liviano, mientras que las pérdidas ascendieron a casi un cinco por ciento, en gran medida entre los escuadrones de entrenamiento. Hasta 1944 no volvió a haber incursiones de «mil bombarderos».

Gracias al impacto de estos ataques entre el público, de una envergadura excepcional, sin duda Harris se vio ayudado en su lucha para apoyar las peticiones del Mando de Bombardeo para tener prioridad y obtener un aumento de su fuerza hasta cincuenta escuadrones operativos. También se vio favorecido por la creación, en agosto de 1942, de la Fuerza Pathfinder —a la que, irónicamente, se había opuesto— y por las ayudas de nuevos sistemas de navegación Oboe y H2S, en diciembre y enero respectivamente.

Sin embargo, en retrospectiva, es evidente que los efectos de los bombardeos británicos todavía eran muy exagerados y el daño sobre la capacidad industrial alemana insignificante, teniendo en cuenta el hecho de que la producción armamentística aumentó en torno a un 50 por ciento en 1942. El petróleo, el punto más débil de Alemania, apenas se vio afectado, y la producción de aviones se incrementó mucho. De manera inquietante la del número de cazas diurnos de la Luftwaffe en el oeste aumentó ese año de 292 a

453, y los nocturnos de 162 a 349. En contraste, la pérdida de bombarderos británicos aumentó de 1404 a 1942.

* * *

La conferencia de Casablanca de enero de 1943 estableció el carácter secundario del bombardeo estratégico como anticipo de una invasión terrestre. Después, una directiva a las fuerzas aéreas aliadas ordenaba: «la progresiva destrucción y disruptión del sistema militar, industrial y económico alemán y el socavamiento de la moral del pueblo alemán hasta un punto en que su capacidad de resistencia armada fuera fatalmente debilitada». Este texto satisfacía a Harris (que enfatizaba la segunda parte de la directiva) y al teniente general Eaker, comandante de la 8.^a Fuerza Aérea estadounidense (que enfatizaba la primera). Aunque la directiva fijaba un orden general de prioridad en los objetivos, dejaba la elección táctica en manos de los comandantes de la aviación. Así, como los británicos bombardearían de noche y los estadounidenses de día, los ataques no eran complementarios más que de manera general.

No obstante, la conferencia de Washington de mayo de 1943 puso el acento en la cooperación esperable (y a veces efectiva) de las dos fuerzas de bombarderos. También enfatizaba el peligro, que se estaba haciendo visible para ambos, de los cazas alemanes. Así pues, el primer objetivo de Point-blank («a quemarropa»), la ofensiva de bombardeo combinado, era la destrucción de la Luftwaffe y la industria aeronáutica alemana, que era «esencial para permitirnos atacar otras fuentes del potencial de guerra enemigo». A largo plazo era tan importante para el Mando de Bombardeo como para los estadounidenses. Aun así, era un documento formulado en términos lo suficientemente vagos como para permitir que Harris continuara con el bombardeo general de área en las ciudades alemanas y evitar tener que hacer frente a la realidad de que el futuro de los bombardeos, y de la operación Overlord, estaba en la destrucción de la Luftwaffe, cuya fuerza se había duplicado entre enero y agosto de 1943. Con todo, los grandes éxitos del Mando de Bombardeo en las incursiones en el Ruhr y Hamburgo tendieron a ocultar el peligro.

Aunque se estaba constituyendo gradualmente la Fuerza Pathfinder, y los Oboe y H2S ya estaban operativos, los primeros meses de 1943 fueron un período tranquilo para el Mando de Bombardeo en comparación con 1942. Esto permitió a las tripulaciones corregir algunos fallos en el nuevo equipamiento y aclimatarse al creciente número de Lancaster y Mosquito que

estaban sustituyendo a los viejos bombarderos. (La fuerza operativa general aumentó desde 515 en enero de 1943 hasta 947 en marzo de 1944).

El problema de las tripulaciones se pudo resolver por los grandes procesos de instrucción a escala de la Commonwealth, especialmente en Canadá, y la supresión del puesto de segundo piloto en 1942.

Todos estos factores ayudaron en «la batalla del Ruhr», una serie de cuarenta y tres grandes incursiones entre marzo y julio de 1943, desde Stuttgart a Aquisgrán, aunque centradas principalmente en el Ruhr. Comenzaron el 5 de marzo, cuando 442 aviones atacaron Essen, una zona muy defendida, ya que incluía las fábricas Krupp. Essen se vio mucho más afectada debido a que los Pathfinder, dirigidos por Oboe, marcaban los objetivos, y solo se perdieron catorce bombarderos. Essen volvió a ser atacada duramente cuatro veces más, así como la mayor parte de los centros principales del Ruhr, durante los siguientes meses. Los daños causados fueron infligidos principalmente por las bombas incendiarias, pero también por las explosivas de hasta casi 3700 kilos. Duisburg, Dortmund, Düsseldorf, Bochum y Aquisgrán: todas sufrieron graves daños, debido al nuevo sistema de marcado Oboe, mientras que el 90 por ciento de Barmen-Wuppertal fue destruido en un solo ataque, durante la noche del 29 de mayo. Aunque a menudo interferían las condiciones atmosféricas, estaba claro que la precisión del Mando de Bombardeo había mejorado mucho, y reforzaba los argumentos de Harris sobre el uso de su fuerza.

Aun así, el Mando de Bombardeo apenas era capaz de realizar bombardeos precisos de noche —con excepciones, como la destrucción de los diques del Möhne y el Eder, en el Ruhr, durante la noche del 16 de mayo, a cargo del Escuadrón 617 (los Dambusters, mandados por el comandante Guy Gibson), especialmente entrenado para ello. A pesar del brillante éxito logrado en esta incursión contra los diques, ocho de los diecinueve Lancaster utilizados en la misión fueron derribados.

En resumen, como señala la *Official History*, «los avances revolucionarios en la técnica del bombardeo» demostrados en la batalla del Ruhr, habían convertido al Mando de Bombardeo en «una porra efectiva, pero eso... aún no le había permitido convertirse en un estoque».^[10] Además, dado que Oboe era el factor crucial, los resultados no eran prometedores fuera de su rango de cobertura.

Tras el primer ataque contra Essen las pérdidas crecieron rápidamente, con un promedio de 4,7 por ciento (872 aviones perdidos) en toda esta campaña. Solo la gran moral de las tripulaciones, y los continuos refuerzos,

hicieron posible que el Mando de Bombardeo asumiera esas pérdidas, que se acercaban al nivel de peligro.

De manera significativa, los Mosquito, cuya gran velocidad y altitud de crucero, los hacían inmunes a los cazas alemanes y a la artillería antiaérea, sufrieron muy pocas bajas. Oboe no hubiera funcionado sin esos aviones capaces de alcanzar grandes altitudes (la transmisión era tangente a la curvatura de la tierra), por lo que no habría habido guiado preciso de los Lancaster de la formación principal.

La introducción de Beafighter como escoltas nocturnos no era una solución, ya que se trataba de aparatos demasiado lentos. Además, justo cuando los avances técnicos británicos tendían a convertir la noche en día para el Mando de Bombardeo, las contramedidas alemanas para la Luftwaffe hicieron lo mismo, y parecía que pronto iba a llegar el momento en que los bombarderos serían tan vulnerables de noche como de día.

A la «batalla del Ruhr» le siguió la «batalla de Hamburgo», una serie de treinta y tres grandes ataques sobre esa ciudad y otras, entre julio y noviembre de 1943, con el uso de 17 000 misiones de bombardeo. Se inició con una gran incursión el 24 de julio, a cargo de 791 bombarderos, incluyendo 374 Lancaster. Gracias a sus nuevas ayudas de navegación, los cielos despejados, una enorme cantidad de bombas incendiarias y explosivas alcanzaron el centro de Hamburgo y, gracias a un nuevo aparato llamado Window para engañar al radar, solo se perdieron doce bombarderos. Además la 8.^a Fuerza Aérea estadounidense se unió al ataque los días 24 y 26 de julio, y los Mosquito (que podían transportar una carga de bombas de más de 1800 kilos) mantuvieron ocupadas las defensas de la ciudad durante esas dos noches. En la del 27, 787 bombarderos británicos reanudaron su ataque devastador, y solo se perdieron 7. El 29, 777 aparatos atacaron de nuevo la ciudad, aunque con menor precisión, mientras que las pérdidas británicas ascendieron a 33, puesto que los alemanes comenzaron a adaptarse al efecto de Window. El mal tiempo evitó que el cuarto ataque, el 2 de agosto, tuviera éxito. En resumen, la ciudad sufrió una terrible destrucción y las pérdidas del Mando de Bombardeo, aunque crecientes, solo alcanzaron un promedio del 2,8 por ciento. Además, el 25 y el 30 de julio —en medio de la «batalla de Hamburgo»— había atacado duramente Remscheid y las fábricas de Krupp en Essen. Durante los meses siguientes sus ataques alcanzaron y dañaron gravemente Mannheim, Fráncfort, Hannover y Kassel. También, durante la noche del 17 de agosto, se produjo su famoso ataque contra la planta de investigación de bombas volantes de Peenemünde, en la costa del Báltico.

Este ataque fue realizado por 597 bombarderos cuatrimotores, de los cuales se perdieron 40 y otros 32 fueron dañados. Por su parte, los efectos de este ataque no fueron tan importantes como había imaginado Londres.

Los ataques sobre Berlín durante este período tuvieron aún menos resultados, debido al mal tiempo, la imposibilidad de utilizar Oboe a tal altitud y el tamaño de la ciudad, lo que afectaba al H2S. Además, los cazas nocturnos alemanes tenían mucho tiempo para atacar durante el largo vuelo: 1850 kilómetros entre la ida y la vuelta y eran dirigidos por las estaciones de radio que, para entonces, dominaban Window al punto de identificar la principal oleada del ataque, aunque no los aparatos individuales. De los 123 bombarderos perdidos en tres incursiones en Berlín, unos 80 fueron derribados por los cazas nocturnos. Esto fue un anticipo de la «batalla de Berlín» que se iba a producir a continuación.

Esta batalla, que iba a durar desde noviembre de 1943 hasta marzo de 1944, fue incentivada por Churchill, ya que las incursiones sobre Berlín eran del gusto de Stalin. Implicaron dieciséis grandes ataques contra la capital alemana, mientras que los otros doce grandes objetivos incluían Stuttgart, Fráncfort y Leipzig. En total, más de veinte mil misiones.

Los resultados de esta enorme ofensiva no fueron los que había predicho «Bomber» Harris. No pusieron a Alemania de rodillas, ni a Berlín, mientras que las pérdidas británicas fueron tan altas que hubo que abandonar la campaña. La ratio de pérdidas se elevó al 5,2 por ciento, mientras que los daños provocados por los bombardeos no se podían comparar con el infligido a Hamburgo o Essen. La moral del Mando de Bombardeo se tambaleó,^[11] lo que no es sorprendente, puesto que se perdieron 1047 bombarderos además de que fueron dañados 1682. La presencia, o ausencia, de cazas nocturnos alemanes solía ser crucial; por ejemplo, cuando fueron dirigidos erróneamente ante el ataque contra Múnich del 7 de octubre, el Mando de Bombardeo solo perdió 1,2 por ciento de los aviones empleados. Lo normal era que los cazas nocturnos aparecieran pronto en escena y fueran muy activos, obligando gradualmente al Mando de Bombardeo a modificar sus objetivos más al sur, y a utilizar gran parte de su fuerza en ataques de distracción. La culminación se produjo con la catastrófica incursión en Núremberg el 30 de marzo de 1944, cuando, de un total de 795 bombarderos utilizados, se perdieron 94 bombarderos y 71 fueron dañados.

Para entonces ya había aumentado la oposición a la estrategia de Harris y el Estado Mayor del Aire empezaba a reconocer que la política de bombardeo selectivo, es decir, atacar a industrias escogidas, como el petróleo, la aviación

y similares, encajaba mejor con el concepto de la conferencia de Casablanca, respecto a que una invasión terrestre del norte era necesaria y que no se podía iniciar a menos que se lograra el dominio de los cielos de manera definitiva.

Conforme aumentaban las defensas aéreas y la producción, las ideas de Harris eran cuestionadas cada vez más. Sobre todo le preocupaba que los estadounidenses se le unieran en el ataque a Berlín (cosa que no podían hacer de noche, al no estar entrenados para ese tipo de acciones, y a finales de 1943 esto hubiera sido suicida durante el día). A principios de 1944, el Estado Mayor del Aire rechazó su idea de que podía poner de rodillas a Alemania solo con los Lancaster y para el mes de abril, e insistió en los ataques selectivos contra la industria alemana, como la fábrica de rodamientos de Schweinfurt.

El ataque del 25 de febrero a estas fábricas, aceptado a regañadientes por Harris, fue probablemente el primer ejemplo auténtico de la ofensiva combinada de bombardeo. La amenaza a esa ofensiva y a las expectativas de Overlord, debido al refuerzo permanente de la Luftwaffe, fue la causa de la derrota de los argumentos de Harris, y el fracaso de la «batalla de Berlín» confirmó esa tendencia. El propio Harris reconoció claramente la derrota cuando, en abril, solicitó «el apoyo de cazas nocturnos» para sus bombarderos, tal y como ya habían hecho los estadounidenses al utilizar cazas de largo alcance para apoyar sus operaciones diurnas.

Se puso en cuestión todo el futuro del ataque masivo por parte del Mando de Combate contra las ciudades alemanas, y esa fuerza tuvo la suerte de que en abril pasó a ocuparse, tal y como estaba previsto, de operaciones contra el ferrocarril francés en ayuda de la inminente invasión de Normandía. Esto aligeró su tarea y ayudó a ocultar su grave derrota en la ofensiva directa contra Alemania. Y aún fue más afortunado de que, tras la invasión, la situación hubiera cambiado de manera decisiva a favor de los aliados.

* * *

A partir de 1943 la ofensiva aérea estratégica de Gran Bretaña se convirtió en parte de un esfuerzo conjunto; no fue independiente y desconectada, como hasta entonces. Este plan —presentado en la conferencia de Washington por el general H. H. Arnold, comandante en jefe de las fuerzas aéreas estadounidenses— para establecer una gran fuerza de bombardeo en Gran Bretaña naturalmente complacía a Churchill y al Estado Mayor británico, y contenía sus críticas a la política estadounidense de bombardeo diurno. Los estadounidenses estaban convencidos de que, si los bombarderos estaban bien

armados y blindados, volaban lo suficientemente alto y en formación cerrada, podían realizar incursiones diurnas sin sufrir graves pérdidas. Resultó ser falso, al igual que la creencia de la RAF de que se podían evitar las intercepciones si operaba de noche.

Las primeras incursiones estadounidenses en 1942 eran de una magnitud tan pequeña que no podían probar nada, pero cuando se pusieron en marcha unas mayores y a distancias superiores en 1943, las pérdidas pronto se dispararon. En la incursión a Bremen del 17 de abril, se perdieron 16 bombarderos y 44 fueron dañados, sobre un total de 115 utilizados. En la de Kiel del 13 de junio, las pérdidas fueron de 22 sobre 66 B-17 Fortaleza Volante; en una incursión en Hannover, en julio, 24 de 92; contra Berlín, el 28 de julio, 22 de 120. Los estadounidenses probaron a usar los cazas Thunderbolt como escoltas, adaptados para llevar más depósitos de combustible, pero su alcance no era suficientemente bueno y la necesidad de contar con una escolta más adecuada quedó aún más clara en otoño, cuando se produjo la serie de ataques contra la fábrica de rodamientos de Schweinfurt, al este de Fráncfort.

En la catastrófica incursión del 14 de octubre, una fuerza de 291 Fortaleza Volante, despegó con una fuerte protección de Thunderbolt, sin embargo, estos no pudieron continuar más allá de la zona de Aquisgrán y, cuando se retiraron, los B-17 fueron atacados por oleada tras oleada de cazas alemanes hasta que alcanzaron su objetivo y, de regreso, hasta la costa del canal de la Mancha. Cuando volvió la fuerza estadounidense 60 de sus bombarderos habían sido derribados y otros 138 dañados. Fue el punto culminante de una terrible semana en la que la 8.^a Fuerza Aérea perdió 148 bombarderos, con sus tripulaciones, en cuatro intentos de penetrar las defensas alemanas más allá del alcance de la escolta de cazas. Esa ratio de pérdidas elevada en extremo era insostenible y los jefes de la aviación estadounidense se vieron obligados a reconocer la necesidad de una escolta de cazas de largo alcance real, una necesidad hasta entonces menospreciada o considerada técnicamente imposible.

Por fortuna, existía el instrumento adecuado: el caza Mustang de la North American Company. Los británicos habían hecho un encargo para este avión en 1940, pero los estadounidenses lo rechazaron. Su desempeño mejoró notablemente al instalarle motores británicos Rolls-Royce Merlin. Con un motor Packard-Merlin probado en otoño de 1942, el P-51B Mustang era más rápido en todas las altitudes que cualquier caza alemán de la época y, además, tenía una mayor maniobrabilidad. Equipado con depósitos de combustible de

largo alcance, podía alcanzar más de 2400 kilómetros, y de ese modo escoltar a bombarderos hasta casi 1000 kilómetros de su base, es decir, la frontera oriental de Alemania. Un programa de producción acelerada de Mustang comenzó después de los desastres de Schweinfurt y los primeros aparatos entraron en acción con la 8.^a Fuerza Aérea estadounidense en diciembre de 1943. Al final de la guerra, en mayo de 1945, se habían fabricado un total de catorce mil Mustang.

El invierno de 1943-1944 fue un período relativamente tranquilo para la 8.^a Fuerza Aérea, ya que los bombardeos se vieron restringidos temporalmente a objetivos de corto alcance. En diciembre las pérdidas fueron de solo el 3,4 por ciento, en comparación con el 9,1 por ciento de octubre. La creación de la 15.^a Fuerza Aérea de Estados Unidos, para operar desde Italia, fue otro paso más del plan estadounidense para paralizar la economía de guerra alemana. El general Carl Spaatz fue puesto al frente de ambas fuerzas.

Los primeros meses de 1944 estuvieron marcados por el creciente flujo de Mustang y el aumento de su radio de acción. Además, en lugar de estar atados a los bombarderos, se los liberó para que atacaran a la Luftwaffe allí donde la encontraran. El objetivo era lograr un dominio global de los cielos, no solo del entorno inmediato de los bombarderos. De ese modo forzaron a los cazas alemanes a combatir y, en consecuencia, les infligieron un creciente número de bajas. En marzo los pilotos de caza alemanes eran cada vez más reticentes a entrar en combate con los Mustang. Esta actitud agresiva no solo permitió a los bombarderos estadounidenses seguir con sus ataques diurnos con interferencias y pérdidas decrecientes, sino que preparó el camino para Overlord.

Irónicamente también ayudó a la ofensiva nocturna del Mando de Bombardeo contra Alemania. En el momento en que la Luftwaffe se adueñó de los cielos de noche, perdió su dominio de día, en favor de los estadounidenses. Cuando la fuerza de bombarderos británica retomó su ofensiva estratégica contra Alemania, tras haber sido desviada para ayudar en la invasión de Normandía, la fuerza nocturna de caza alemana se estaba quedando sin combustible y también sufría por la pérdida de su sistema de radar de alerta avanzada en Francia; mientras que, en consecuencia, el Mando de Bombardeo se había beneficiado por establecer estaciones de transmisión en el Continente.

El cambio se vio reflejado en las cifras de pérdidas. Fueron muy altas en las escasas incursiones sobre Alemania de mayo de 1944, y en junio subieron al 11 por ciento en sus misiones contra instalaciones petrolíferas. En

consecuencia, en torno a la mitad de las incursiones británicas en Alemania durante agosto y septiembre se hicieron de día, incurriendo en pérdidas más reducidas. No obstante, para entonces, incluso las misiones nocturnas resultaban más «baratas»: un 3,7 por ciento y un 2,2 por ciento, respectivamente. En septiembre el Mando de Bombardeo envió más del triple de aviones en incursiones nocturnas que en junio de 1944, pero solo perdió en torno a dos tercios del período anterior.

La introducción de cazas nocturnos de largo alcance en el Mando de Bombardeo también ayudó a esa tendencia, pero nunca fue un factor principal, ya que los aviones utilizados eran demasiado lentos y la tarea excesivamente difícil para ellos. Solo fueron destruidos treinta y un cazas nocturnos alemanes en el período de diciembre de 1943 a abril de 1944, e incluso cuando hubo disponibles más escuadrillas con mejores aviones, el total de los aparatos derribados (desde diciembre de 1943 hasta abril de 1945, los últimos diecisiete meses de la guerra) fue de solo 257, una media de apenas 15 al mes. Por tanto, ni esto ni las nuevas técnicas de interferencia del radar y de la radio tuvieron tanto impacto como la pérdida alemana de petróleo, territorio y control diurno.

* * *

En 1943 se lanzaron doscientas mil toneladas de bombas sobre Alemania, casi cinco veces más que en 1942. Pese a ello, la productividad alemana ascendió a nuevas cotas, en gran medida gracias a la reorganización llevada a cabo por Albert Speer, el ministro de Producción de Guerra, mientras que las medidas de «precaución de incusiones aéreas» y la capacidad alemana de rápida recuperación evitaron una crisis, ya fuera en la moral o en la producción. La aceleración de la producción de aviones, cañones, tanques y submarinos contribuyó al aumento conjunto del 50 por ciento en la producción armamentística de 1943.

Por supuesto que los alemanes estaban preocupados por los ataques masivos del Mando de Bombardeo, por primera vez desde el inicio de la guerra, y tras el gran ataque de Hamburgo, en julio de 1943, se dice que Speer declaró sombríamente que seis incusiones más como esa pondrían a Alemania de rodillas. Sin embargo, en las incusiones posteriores, durante la segunda mitad del año, no se logró esa devastación ni ese impacto sobre la moral mediante el bombardeo de área, mientras que la brillante actividad de Speer en la dispersión de la industria anuló sus preocupaciones anteriores.

Durante un tiempo el bombardeo selectivo de precisión tuvo más efectos, y en agosto redujo un 25 por ciento la producción de cazas. Con todo, tras la costosa derrota infligida a la 8.^a Fuerza Aérea estadounidense en octubre, volvió a aumentar, alcanzando nuevos récords a principios de 1944. Mientras que la valoración de los daños infligidos se había vuelto bastante precisa, los aliados minusvaloraron la capacidad productiva alemana y erróneamente supusieron que el evidente aumento de la fuerza de la Luftwaffe se debía al traslado de aviones desde el frente oriental.

Para el Mando de Bombardeo la característica más significativa del período fue el desarrollo del bombardeo de precisión nocturno, limitado al principio al uso de la Escuadrilla 617, como fuerza especializada para señalar tras sus incursiones sobre las presas, pero que poco a poco se generalizó con el progreso del sistema de marcado Pathfinder, las nuevas miras y la aparición de la bomba «terremoto» de seis toneladas Tallboy, seguida por la Grand Slam de once toneladas.

La consecuencia general más importante de la campaña de bombardeo anglo-estadounidense fue que acabó drenando una creciente proporción de las fuerzas de cazas y antiaéreas alemanas del frente oriental al occidental, ayudando así al avance ruso y también dominando los cielos de día hasta un extremo que permitía que Overlord siguiera adelante con escasas interferencias de la Luftwaffe.

* * *

En el último año de la guerra, desde abril de 1944 a mayo de 1945, los aliados lograron definitivamente el dominio de los cielos, gracias sobre todo a la arremetida estadounidense entre febrero y abril de 1944.

No obstante, las necesidades de Overlord fueron una desviación principal que durante varios meses tendió a alejar la ofensiva de bombardeo combinado de los objetivos alemanes a otros que ayudarían directamente a los ejércitos aliados, tanto antes como después del desembarco de Normandía.

Naturalmente esta desviación fue desagradable para sir Arthur Harris y otros decididos entusiastas del bombardeo, pero sir Charles Portal y el Estado Mayor del Aire adoptaron un punto de vista más equilibrado y reconocieron que los bombarderos debían jugar un papel más auxiliar en la estrategia aliada. Dado que las fuerzas de bombardeo estratégico eran necesarias para ayudar a las fuerzas tácticas, al mando de todas ellas se colocó, a mediados de abril, a sir Arthur Tedder, que para entonces había sido nombrado comandante supremo adjunto del general Eisenhower. Anteriormente Tedder

había mandado las fuerzas aéreas de Oriente Medio, donde causó muy buena impresión. Vio que el efecto inmediato principal que las fuerzas de bombardeo podían proporcionar a Overlord era paralizar la red de transporte alemana. Este plan se acordó el 25 de marzo de 1944, a pesar de la inquietud de Churchill por las bajas civiles francesas y la preferencia de Spaatz por las instalaciones petrolíferas, algo que compartía Portal.

La determinación de Spaatz para concentrarse en las instalaciones petrolíferas hizo que la 8.^a Fuerza Aérea estadounidense continuase los ataques contra Alemania en la primavera de 1944, mientras el Mando de Bombardeo se dedicaba, durante los meses de abril a junio, a atacar objetivos ferroviarios en Francia. (En junio solo el ocho por ciento de sus bombas fueron lanzadas contra objetivos situados en Alemania). En junio se habían lanzado más de 65 000 toneladas de bombas sobre el sistema de transporte enemigo, junto a ataques contra las baterías costeras, las instalaciones de cohetes y objetivos similares. Retrospectivamente podemos ver que la parálisis del sistema de transporte o de comunicaciones por parte de Tedder fue el mayor factor para allanar el camino del éxito de la invasión de Normandía. Las objeciones de Harris, alegando que el Mando de Bombardeo no podía alcanzar la precisión requerida, fueron desmentidas tan pronto como llegó marzo por la efectividad de los ataques sobre los patios de clasificación ferroviaria.

La muy criticada «desviación» fue beneficiosa para el Mando de Bombardeo, ya que no solo aligeró la tensión a la que estaba sometido, sino que se convirtió en un estímulo para la mejora de resultados. Además, la oposición de los cazas alemanes sobre Francia fue muy inferior a la que se había producido en la «batalla de Berlín» y otros ataques a objetivos sobre Alemania.

La precisión de los bombardeos se vio ayudada por la invocación técnica desarrollada por el vicecomodoro Leonard Chesire, consistente en marcar objetivos a baja altitud por parte de los Mosquito. Aplicada por primera vez en Francia durante el mes de abril, destruyeron un objetivo tras otro sin que muchas bombas se desviaran y mataran civiles franceses, como temía Churchill. El error promedio se redujo de 620 metros en marzo a 260 metros en mayo.

El éxito de los ataques contra las vías de comunicación antes del Día D reforzó el punto de vista de Tedder de que había que extender esa campaña a Alemania y darle la máxima prioridad. Pensaba que un derrumbe del sistema ferroviario alemán, además de perturbar el movimiento de tropas —lo que

sería muy apreciado por los rusos— también representaría el colapso de su economía. Por tanto, sería una alternativa al bombardeo de área generalizado de Harris y a la campaña contra las instalaciones petrolíferas de Spaatz. Sin duda tuvo un efecto más rápido sobre el ejército alemán y la Luftwaffe que el bombardeo de área generalizado.

El período posterior a la invasión a través del canal de la Mancha vio como los bombarderos atacaban diversos tipos de objetivos. Mientras que los estadounidenses se centraron en instalaciones petrolíferas y de aviación durante esos meses, solo 32 000 de las 181 000 toneladas de bombas lanzadas por el Mando de Bombardeo durante ese período fueron objetivos situados en Alemania.

La tendencia a abandonar el bombardeo de área se hizo muy marcada. El Estado Mayor del Aire británico adoptó el punto de vista estadounidense de que había que dar prioridad a los objetivos petrolíferos. Ya en abril la 15.^a Fuerza Aérea estadounidense, con base en Italia, atacó los campos petrolíferos de Ploesti, en Rumanía. El 12 de mayo, la 8.^a Fuerza Aérea estadounidense comenzó a atacar, desde Inglaterra, instalaciones petrolíferas en Alemania. Aunque 400 cazas alemanes se opusieron a los 935 bombarderos estadounidenses, fueron vencidos por 1000 cazas de Estados Unidos, con un balance de pérdidas de 65 germanos frente a 46 americanos.

Esta campaña se hizo aún mayor después del Día D y, en junio, el Estado Mayor del Aire, consciente de los progresos del Mando de Bombardeo en ataques de precisión nocturnos, ordenó que se produjeran incursiones británicas contra los campos petrolíferos. La incursión de Gelsenkirchen de la noche del 9 de julio tuvo bastante éxito, aunque también fue costosa. Las otras incursiones fueron menos efectivas, debido a las condiciones atmosféricas, mientras que las pérdidas fueron catastróficas: se perdieron 93 bombarderos, mayoritariamente a manos de cazas nocturnos, de un total de 832 enviados durante tres noches.

Los ataques estadounidenses continuaron con toda intensidad. El 16 de junio se utilizaron más de un millar de bombarderos escoltados por cerca de 800 cazas y el 20, los bombarderos utilizados ascendieron a 1361. Al día siguiente Berlín fue atacado, mientras otra fuerza hacía lo propio con plantas petrolíferas, volando después hasta aterrizar en Rusia. (Tras un frío recibimiento, el experimento se interrumpió). Las pérdidas estadounidenses fueron importantes, pero se logró inhabilitar el funcionamiento de un creciente número de plantas petrolíferas, con un efecto dañino para el suministro de combustible a la Luftwaffe. En septiembre este se vio reducido

a 10 000 toneladas de octano, cuando se necesitaba un mínimo mensual de 160 000. En julio todas las plantas petrolíferas importantes de Alemania habían sido golpeadas, y la enorme cantidad de nuevos aviones y tanques producidos gracias a los esfuerzos de Speer se estaban volviendo inútiles por falta de combustible.

Mientras que el número efectivo de aviones alemanes cayó, las fuerzas aéreas aliadas crecieron. La cantidad de aparatos de primera línea del Mando de Bombardeo aumentó de 1023 en abril a 1513 en diciembre, y a 1609 en abril de 1945. La 8.^a Fuerza Aérea de Estados Unidos pasó de 1049 en abril de 1944 a 1826 en diciembre, y a 2085 en abril de 1945.

Mientras tanto la RAF había adoptado el bombardeo masivo diurno por primera vez. Las dudas de Harris fueron despejadas por la falta de oposición por parte de la Luftwaffe en comparación con lo ocurrido de noche. La primera gran incursión diurna fue contra El Havre, a mediados de junio y, al igual que las que siguieron, estuvo escoltada por Spitfire. A finales de agosto el Mando de Bombardeo atacaba el Ruhr de día, y la resistencia seguía siendo insignificante.

Las nuevas circunstancias hicieron que el Mando de Bombardeo reanudara los ataques nocturnos contra las instalaciones petrolíferas alemanas. Estos resultaron más efectivos y menos costosos que anteriormente. El gran éxito de la incursión del 29 de agosto en el lejano objetivo de Königsberg, aunque no fuera un objetivo petrolífero, demostró la mejora radical de la situación.

* * *

El dominio de los bombarderos se produjo entre octubre de 1944 y mayo de 1945. El mando de bombardeo lanzó más bombas en los últimos tres meses de 1944 que durante todo 1943. Solo el Ruhr fue golpeado por más 60 000 toneladas de explosivos durante esos meses. Además, como señala la *Official History*, hubo un tiempo en que los bombarderos tenían «una virtual omnipotencia operativa».^[12] Ante la arremetida, la capacidad de resistencia alemana fue pulverizada gradualmente, y su economía estrangulada.

A la vista de esta nueva capacidad de bombardeo de precisión, con escasa oposición, es cuestionable la sensatez, tanto en sentido operativo como moral, del empleo, por parte del Mando de Bombardeo, del 53 por ciento de sus bombas en ese período contra áreas urbanas, comparado con solo el 14 por ciento contra instalaciones petrolíferas y un 15 por ciento contra objetivos de la red de transporte. (Las cifras equivalentes en el período de enero a mayo de

1945 fueron: el 36,6 por ciento, el 26,2 por ciento y el 15,4 por ciento, unos porcentajes que seguían siendo muy cuestionables). La ratio en los objetivos estadounidenses era básicamente distinta. Su idea de golpear los puntos débiles conocidos de Alemania era más adecuada que la de tratar de garantizar que cada bomba alcanzara algo y debilitara a Alemania de alguna manera. También les permitió evitar la creciente censura moral que atrajo la política de Harris.

La fase final padeció en conjunto por la incapacidad de mantener las mejores prioridades. Una directiva del 25 de septiembre de 1944 fijó el petróleo como la máxima prioridad, y las comunicaciones a la cabeza de una lista de «otros». Aquí hubo una buena oportunidad de acortar la duración de la guerra, ya que en octubre el Mando de Bombardeo también estaba concentrado en objetivos en Alemania. Allí lanzó 51 000 toneladas de bombas, con pérdidas inferiores al uno por ciento. Sin embargo, dos tercios de las incursiones de octubre consistían en bombardeos de área generalizados, aplicando muy poco a las instalaciones petrolíferas y las comunicaciones. El 1 de noviembre de 1944 los comandantes recibieron una nueva directiva que fijaba el petróleo como la máxima prioridad y las comunicaciones como la segunda: no había otras para evitar la confusión. Los dos objetivos, que ahora eran fáciles de lograr, sin duda tenderían a acelerar el hundimiento de Alemania antes que el bombardeo de área.

La obstinación de Harris impidió que el plan se llevara a cabo adecuadamente e incluso amenazó con dimitir como forma de resistencia.

A principios de 1945 la situación se complicó por la contraofensiva alemana en las Ardenas, la aparición de sus cazas a reacción y los submarinos con *schnorkel*. Todo ello llevó a una discusión sobre las prioridades, pero con las diversas autoridades tirando por caminos distintos; el resultado fue un compromiso y, como ocurre con la mayoría de los compromisos, era difuso e insatisfactorio.

El aspecto más controvertido fue el resurgir deliberado del «terror» como objetivo principal. Revivido en gran medida para satisfacer a los rusos. El 27 de enero de 1945, Harris recibió órdenes para llevar a cabo esos ataques, que se habían convertido en la segunda prioridad, entre las instalaciones petrolíferas y las comunicaciones. Como consecuencia la lejana ciudad de Dresde fue sometida a un devastador ataque a mediados de febrero, con intención premeditada de sembrar el caos entre la población civil y los refugiados, al golpear el centro y no las fábricas o las vías férreas.

Para el mes de abril los objetivos que merecieran la pena eran tan escasos que se abandonó tanto el bombardeo de área como el preciso estratégico, a favor de la ayuda directa a los ejércitos.

Resultados comparativos de los objetivos en la ofensiva de bombardeo estratégico

Incluso después de que el diluvio torrencial de bombas, tras el verano de 1944, comenzara a disminuir la producción alemana, los grandes esfuerzos de Speer por dispersar las fábricas e improvisar hicieron mucho para contrarrestar los efectos materiales. También la moral se mantuvo alta de manera notable, hasta después de los ataques contra Dresde de febrero de 1945.

Ataques contra instalaciones petrolíferas

Debido a la larga inmunidad de los distantes campos petrolíferos de Rumanía y al desarrollo creciente de plantas de gasolina sintética en Alemania, las existencias de carburantes alemanes alcanzaron su máximo en mayo de 1944 y solo comenzaron a reducirse en meses posteriores.

Más de dos tercios del petróleo hidrogenado se producían en siete plantas de una vulnerabilidad manifiesta y, dado que las refinerías también eran frágiles, los efectos de los ataques concentrados de los bombarderos sobre estas instalaciones en el verano de 1944 pronto comenzaron a surtir efecto. La producción de combustibles para transporte terrestre de abril se vio reducida a la mitad en junio y a un cuarto en septiembre. La del transporte aéreo cayó a 10 000 toneladas en septiembre frente a un objetivo de solo 30 000, cuando las necesidades mensuales mínimas de la Luftwaffe eran de 160 000 toneladas. En torno a un 90 por ciento del combustible para la aviación, la mayor necesidad, procedía de las plantas de hidrogenación de Bergius.

Dado que el consumo alemán había aumentado para hacer frente a Overlord y el avance ruso por el este, la situación se volvió muy preocupante: a partir de mayo el consumo superaba la producción. Las medidas frenéticas de Speer lograron un cierto alivio, generando un aumento de la provisión de combustible previo a la contraofensiva de las Ardenas de mediados de

diciembre, pero no lo suficiente como para mantenerlo en el tiempo, y esa larga batalla contribuyó mucho a agotar las existencias, en combinación con los ataques aliados contra instalaciones petrolíferas en diciembre y enero de 1945. Puesto que los Lancaster ahora podían cargar bombas mucho más pesadas y dados los niveles de precisión alcanzados en el bombardeo nocturno, los ataques del Mando de Bombardeo de noche eran especialmente efectivos.

Las incursiones contra instalaciones petrolíferas también redujeron en gran medida la producción alemana de explosivos y caucho sintético, mientras que la carestía de combustible de aviación casi acabó con el entrenamiento y redujo drásticamente los vuelos de combate de la Luftwaffe. Por ejemplo, solo se podían utilizar cincuenta cazas nocturnos cada vez a finales de 1944. También esas deficiencias contribuyeron en gran medida a contrarrestar la amenaza y el valor potencial de los cazas a reacción que acababan de entrar en servicio en la Luftwaffe.

Ataques contra las redes de comunicación

Este objetivo, una combinación de táctica y estrategia, claramente tenía una importancia primordial en el éxito del desembarco de Normandía y los combates posteriores, pero su efecto es más difícil de valorar conforme los ejércitos aliados se acercaban al Rin. El plan de noviembre se centró en los ferrocarriles y canales del oeste de Alemania, especialmente alrededor del Ruhr, ya que interrumpir el suministro de carbón paralizaría el grueso de la industria alemana. Los efectos de estas incursiones fueron muy dañinos y preocupaban mucho a Speer en otoño de 1944, pero los mandos aliados tendieron a infravalorarlos en sus análisis de la situación. Las discrepancias retrasaron y redujeron este tipo de acciones y sus efectos. Sin embargo, en febrero de 1945 había un total de unos ocho mil a nueve mil aviones dedicados a atacar el sistema de transporte alemán. En marzo estaba en ruinas y la industria languidecía por falta de combustible. Tras la pérdida de la Alta Silesia en febrero, cuando el avance ruso conquistó ese territorio, Alemania no tenía una fuente alternativa de suministro de carbón. Su producción de acero, aunque tenía suficiente mineral de hierro, no era bastante para cumplir con los requisitos mínimos de munición. Fue entonces cuando Speer, al darse cuenta de lo desesperado de la situación, comenzó a hacer planes para la posguerra.

Ataques directos

Los resultados de estos ataques son cada vez más visibles. Las ciudades fueron devastadas una tras otra. La producción industrial alemana no dejó de disminuir con regularidad después de alcanzar su punto máximo en julio de 1944. Las fábricas de Krupp en Essen cesaron su actividad después de octubre. A menudo era la destrucción de las redes de electricidad, gas o agua la causa principal de las pérdidas de producción. No obstante, fuera del Ruhr la mera falta de materias primas, como resultado de la descomposición del sistema de transporte, fue el factor principal del colapso final de la industria alemana en 1945.

Conclusiones

La ofensiva de bombardeo estratégico contra Alemania se inició con muchas esperanzas, pero al principio tuvo muy pocas consecuencias, mostrando un enorme exceso de confianza frente al sentido común. El gradual desarrollo de un sentido de la realidad se manifestó en el abrupto cambio del bombardeo diurno al nocturno, y después en la adopción de la política de bombardeo de área, por muy cuestionable que fuera este en muchos sentidos.

Hasta 1942 el bombardeo era solo un inconveniente para Alemania, no un peligro. Quizá fuera un estímulo para la moral de los británicos, aunque incluso esto es cuestionable.

En 1943, gracias a la creciente ayuda estadounidense, los daños infligidos por los bombarderos de ambos aliados fueron mayores, pero, de hecho, no afectaron mucho a la producción alemana o a la moral de su pueblo.

Hasta la primavera de 1944 no tuvo lugar un cambio real y decisivo y fue debido en gran medida a la introducción por parte estadounidense de cazas adecuados, de largo alcance, para escoltar a los bombarderos.

Tras prestar un gran servicio a Overlord, los bombarderos aliados retomaron sus ataques contra la industria alemana con un éxito muy superior. Durante los últimos nueve meses de la guerra fueron muy dependientes de los nuevos avances en técnicas de navegación y bombardeo, así como de la menguante oposición en los cielos.

Debido a la indecisión y discrepancia de opiniones, el avance aliado en el aire, como en tierra, padeció una falta de concentración. El potencial de las

fuerzas aéreas aliadas era mayor que sus logros. En especial, los británicos siguieron utilizando el bombardeo de área mucho después de que dejaran de tener ninguna razón, o excusa, para este tipo de acciones indiscriminadas.

Hay sobraditas pruebas que demuestran que la guerra se podía haber acortado, al menos en varios meses, mediante una mejor concentración de objetivos petrolíferos y de comunicaciones. Aun así, a pesar de los errores de estrategia y menosprecio de la moral básica, la campaña de bombardeo indudablemente jugó un papel vital en la derrota de la Alemania de Hitler.

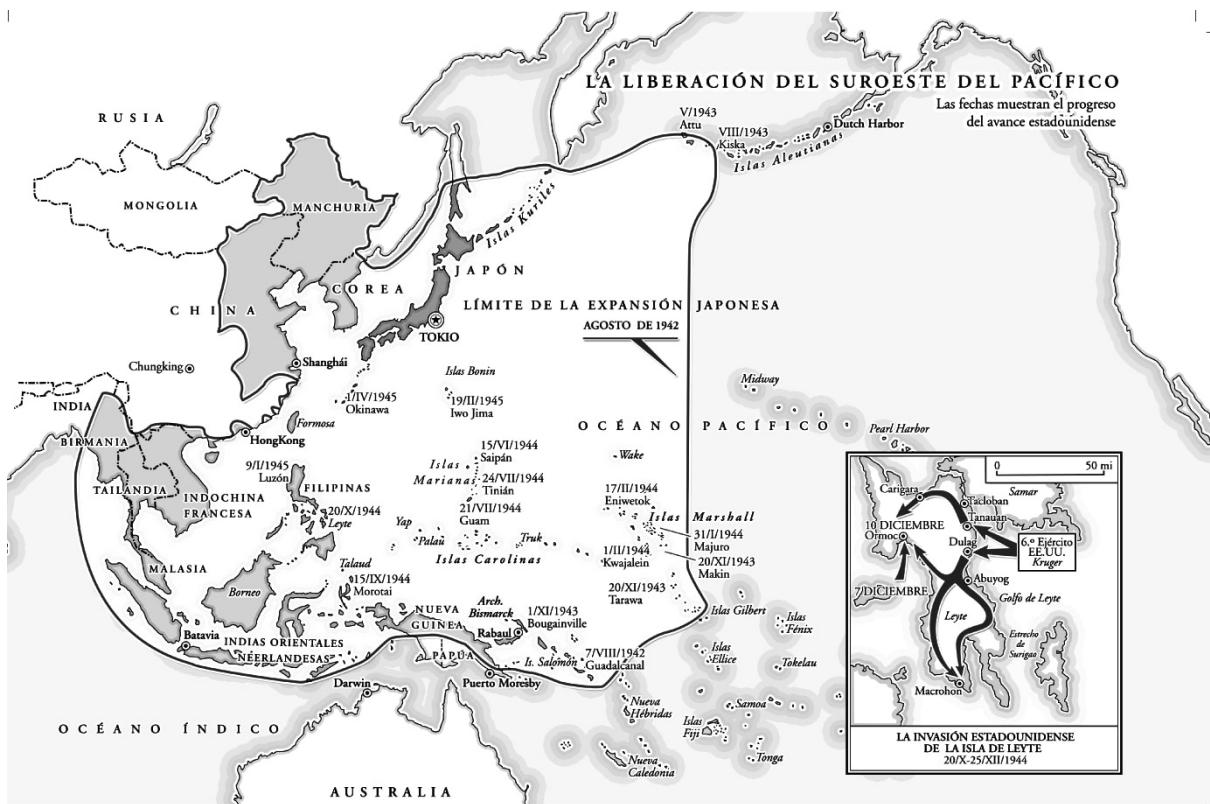
La liberación del sudoeste del Pacífico y de Birmania

La situación en el Pacífico cuando se acercaba la primavera de 1944 consistía en que las fuerzas del centro del Pacífico, mandadas por el almirante Spruance, y bajo la dirección superior del almirante Nimitz, había conquistado de manera sucesiva las islas Gilbert y las Marshall, al tiempo que habían arrasado mediante ataques aéreos, la base japonesa de Truk, en las islas Carolinas, haciendo mella gravemente en lo que los japoneses habían definido como su línea de defensa esencial trasera. Mientras tanto, las fuerzas del general MacArthur en el sudoeste del Pacífico habían capturado, de manera sucesiva, gran parte del archipiélago de las Bismarck y de las islas del Almirantazgo, penetrando también en esa línea de defensa y neutralizando la base avanzada japonesa de Rabaul. Al mismo tiempo las fuerzas de MacArthur habían extendido considerablemente su avance hacia el oeste en Nueva Guinea y preparaban su siguiente gran salto, hasta Filipinas.

La reconquista de Nueva Guinea

La continuación de la campaña en Nueva Guinea estuvo marcada por el desarrollo del método del «salto de la rana» que había sido probado antes en las islas Salomón. En cuatro meses las fuerzas de MacArthur avanzaron 1600

kilómetros mediante una serie de saltos, desde la zona de Madang a la península de Vogelkop y el extremo occidental de Nueva Guinea. Los japoneses hubieran querido conservar los pocos lugares costeros en los que se podían construir aeródromos, pero los aliados, incapaces de flanquear esas posiciones por su lado terrestre, utilizaron su superioridad aérea y naval para bordearlos a lo largo de la costa.



La situación estratégica japonesa era débil, ya que las principales fuerzas aéreas y navales estaban en retaguardia para hacer frente al siguiente avance del almirante Spruance en el centro del Pacífico. También en tierra los japoneses estaban dispersos y sin apoyo. El así llamado 8.º Ejército de Área en Rabaul debía defenderse por sí mismo, mientras que en la costa norte de Nueva Guinea, los restos del llamado 18.º Ejército de Adachi en Wewak fueron puestos a las órdenes del 2.º Ejército de Área de Anami, constituyendo un total de seis débiles divisiones para hacer frente a quince aliadas (ocho estadounidenses y siete australianas), apoyadas por una gran superioridad en el aire y en el mar.

En abril, la 7.ª División australiana, y después la 11.ª, avanzaron hacia el oeste a lo largo de la costa desde Madang, mientras que MacArthur estaba

organizando un nuevo salto, el mayor que había dado hasta la fecha, para capturar la base clave de Hollandia, en la bahía de Humboldt, a más de 320 kilómetros al oeste de Wewak.

Los desembarcos fueron precedidos por una serie de potentes incursiones de bombarderos que destruyeron, en tierra, la mayor parte de los trescientos cincuenta aviones que los japoneses habían logrado arañar para defender la zona. Los desembarcos tuvieron lugar el 22 de abril en ambos lados de Hollandia, a cargo de dos grupos anfibios, mientras que otro desembarcó en Aitape (a un tercio de distancia de Wewak) para capturar los aeródromos del lugar como precaución adicional. Las estimaciones de la inteligencia aliada asignaban a las fuerzas japonesas en Hollandia catorce mil hombres y en Aitape tres mil quinientos, por lo que, para asegurarse el éxito MacArthur utilizó en la operación a casi cincuenta mil hombres, principalmente del I Cuerpo de Ejército de Eichelberger. En realidad, las fuerzas defensoras eran aún menos de las calculadas y consistían en gran parte en tropas administrativas, que no ofrecieron una resistencia importante y escaparon al interior tras el bombardeo inicial.

Como resultado, las tres débiles divisiones de Adachi en Wewak fueron aisladas. En lugar de llevar a cabo otra enrevesada y agotadora retirada por el interior, decidió intentar una ruptura directa a lo largo de la costa, pero, para cuando la puso en marcha, en julio, MacArthur había reforzado la zona de Aitape con tres potentes divisiones y el intento de ruptura se saldó con fuertes pérdidas.

Mucho antes de este contraataque abortado los estadounidenses habían avanzado casi doscientos kilómetros hacia el oeste hasta su siguiente objetivo: la isla costera de Wake, donde los japoneses habían construido un aeródromo. A mediados de mayo los estadounidenses desembarcaron una fuerza en la costa de Nueva Guinea y después cruzaron el pequeño estrecho hasta la isla de Wake. Sin embargo, allí, la pequeña guarnición japonesa planteó una firme, aunque fugaz resistencia, mientras que el avance estadounidense por la costa hasta Sarmi encontró una oposición más prolongada. Con todo, la defensa japonesa de Nueva Guinea se había convertido, en un sentido amplio, en esporádica y caótica. Los submarinos estadounidenses estaban causando graves pérdidas a los convoyes con tropas procedentes de China, mientras que la amenaza a las islas Marianas desde el centro del Pacífico anulaba la esperanza de poder llevar refuerzos japoneses a Nueva Guinea.

El siguiente salto de MacArthur se llevó a cabo apenas un mes después de la captura de Hollandia, y solo diez días más tarde de los desembarcos en

Toem y la isla de Wake. Su objetivo era tomar la isla de Biak, con sus aeródromos, situada a unos 560 kilómetros al oeste de Hollandia (y 350 kilómetros más allá de Wake). Esta operación no se desarrolló con tanta facilidad. A diferencia del caso de Hollandia, los estadounidenses subestimaron enormemente los efectivos de la guarnición, que tenía más de once mil hombres, y aunque sus desembarcos iniciales, el 27 de mayo, encontraron escasa resistencia, la situación cambió a medida que penetraron en la isla para ocupar los aeródromos. Los japoneses habían decidido no conservar las playas, donde podían ser aplastados por el bombardeo de los buques y aviones aliados, situando el grueso de su guarnición en cuevas y posiciones atrincheradas en terreno elevado que dominaban los aeródromos. Por otra parte, sus contraataques con carros de combate llegaron a aislar durante algún tiempo la infantería estadounidense. Aunque MacArthur envió refuerzos, la limpieza de la isla se convirtió en un proceso lento y agotador, que no se completó hasta agosto. Para las fuerzas terrestres estadounidenses supuso unas bajas de diez mil hombres, aunque una gran parte se debió a enfermedades, puesto que las muertes en combate fueron solo de unas cuatrocientas. Fue una muestra de los problemas a los que iban a enfrentarse durante los desembarcos de Iwo Jima, nueve meses después, en febrero de 1945.

Los efectos de la fuerte resistencia japonesa en Biak podrían haber sido mayores si el Alto Mando, en Japón, hubiese perseverado en su tardía decisión de reforzar Biak. Al revertir su decisión previa de concentrarse en defender las Marianas, envió un convoy de tropas de transporte de tropas a Biak a principios de junio, bajo la protección de una gran fuerza de buques de guerra y aviones desde las Marianas. No obstante, la partida se retrasó cinco días por un informe erróneo que afirmaba que había una fuerza de portaaviones estadounidenses en Biak. En un segundo intento los japoneses se encontraron con un portaaviones y un grupo de destructores, lo que provocó su rápida retirada. El Alto Mando japonés envió una fuerza de apoyo más potente, incluyendo los acorazados gigantes Yamato y Musashi, pero justo al día siguiente de su llegada a las cercanías de Nueva Guinea, el grupo de portaaviones estadounidenses en el centro del Pacífico comenzó sus ataques contra las Marianas, y la fuerza naval japonesa fue enviada rápidamente al norte para hacer frente a esa amenaza mayor. La doble línea de avance estadounidense a través del Pacífico había vuelto a demostrar su valor para desequilibrar al enemigo.

Por el contrario, MacArthur no había perdido el tiempo cuando el avance hacia los aeródromos de Biak fue frenado, lanzando un ataque alternativo contra la cercana isla de Numfor. Este desembarco se produjo el 2 de julio y, tras un intenso bombardeo aéreo y naval, sus tres aeródromos fueron tomados el día 6.

Al carecer de aviación en la zona, los japoneses de la isla principal ya habían comenzado a retirarse al extremo de la península de Vogelkop. El 30 de julio MacArthur desembarcó una división cerca de cabo Sansapor, y sin bombardeo preparatorio, ya que sabía que no había tropas japonesas en esa remota franja de la península. Se creó rápidamente una zona defensiva y comenzó la construcción de nuevos aeródromos.

Ahora estaba despejado el camino para un salto a las Filipinas, apoyado desde los tres grupos de aeródromos en el extremo occidental de Nueva Guinea. Los restos de las cinco divisiones japonesas que continuaban en Nueva Guinea podían ser ignorados. Los australianos se harían cargo de ellos.

La captura de las Marianas y la batalla del mar de Filipinas

El ataque contra las Marianas por parte del almirante Spruance, del avance por el centro del Pacífico, marcó la penetración estadounidense en el anillo de defensa interior japonés. Desde allí los bombarderos estadounidenses podían atacar el propio Japón, así como Filipinas, Formosa y China. Al mismo tiempo, la captura de las Marianas creó una amenaza que podía estrangular las líneas de comunicación de Japón con su recién adquirido imperio meridional.

Como en otros lugares, en las Marianas, las islas vitales eran las que contaban con aeródromos: Saipán, Tinián y Guam. Estaban defendidas, respectivamente, por 32 000, 9000 y 18 000 hombres. La fuerza aérea japonesa en la zona era, nominalmente, de mil cuatrocientos aviones, pero en realidad era muy inferior, puesto que muchos de ellos habían sido enviados a Nueva Guinea y muchos otros destruidos por los grupos de portaaviones de la fuerza del almirante Mitscher, que había estado atacando las bases desde febrero. Aun así, los japoneses esperaban poder contar con quinientos aviones si podían obtener algunos refuerzos desde otras zonas. Sus fuerzas navales en esa área, al mando del almirante Ozawa, se organizaron en tres grupos: la principal flota de combate consistente en cuatro acorazados, con tres

portaaviones ligeros, cruceros y destructores, al mando del almirante Kurita; la de portaaviones, con tres unidades de este tipo, acompañados de cruceros y destructores, a cargo del propio Ozawa, y la fuerza de reserva de portaaviones del almirante Joshima, con dos portaaviones pesados y uno ligero, además de un acorazado, cruceros y destructores.

Los japoneses habían preparado una defensa ante el avance anfibio estadounidense a través del Pacífico y esperaban utilizarla como trampa para las fuerzas de Spruance y para destruirlas. El almirante Koga, comandante en jefe naval, había diseñado el plan en agosto de 1943, pero a finales de marzo de 1944 había desaparecido en su hidroavión cuando retiraba su cuartel general desde Truk a Davao, en Filipinas. Fue reemplazado por el almirante Toyoda que se encargó del plan de contraataque, con algunos cambios. La esperanza, y el objetivo, de Toyoda era atraer a la fuerza de portaaviones estadounidense hacia las aguas al este de Filipinas para atraparla entre la poderosa fuerza de portaaviones de Ozawa y los aviones que operaban desde sus bases en las islas bajo mandato.

La flota invasora estadounidense de las Marianas partió de las Marshall el 9 de junio y los desembarcos en Saipán estaban previstos para el día 15. Dos días después los portaaviones de Mitscher comenzaron un bombardeo intensivo de las islas pretendidas y el 13 los acorazados estadounidenses habían iniciado un bombardeo intensivo sobre Saipán y Tinián. Al mismo tiempo el almirante Toyoda ordenó el inicio de la operación A-Go —la largamente preparada contraofensiva japonesa. Como ya se ha dicho, esta decisión provocó el abandono del intento de reforzar la isla de Biak y de conservar las posiciones en Nueva Guinea.

La flota estadounidense incluía tres divisiones de marines, con una del Ejército en reserva, apoyadas de cerca por una fuerza naval de doce portaaviones de escolta, cinco acorazados y once cruceros. Detrás de ellos estaba la 5.^a Flota del almirante Spruance, la más poderosa del mundo, incluyendo siete acorazados, veintiún cruceros y sesenta y nueve destructores, junto a los cuatro grupos de portaaviones del almirante Mitscher, consistentes en 15 portaaviones y 956 aparatos. La misión de trasladar a cerca de ciento treinta mil hombres a las Marianas desde Hawái y Guadalcanal fue organizada y ejecutada con precisión.

En la mañana del día 5 la primera oleada de marines desembarcó en las playas de Saipán, bajo la protección de un intenso bombardeo naval y de cañoneras y el lanzamiento de cohetes desde aviones. En veinte minutos desembarcaron ocho mil marines, lo que da muestra de su alto grado de

entrenamiento. Aunque el total de hombres en tierra se elevó a veinte mil a la caída de la noche, hubo pocos avances desde las playas por el modo en que los japoneses controlaban las alturas circundantes, y por sus feroces contraataques.

Una amenaza distante, pero aún mayor, contra la invasión procedió de la flota japonesa, con sus acorazados y portaaviones, localizados por submarinos esa mañana, navegando hacia el mar de Filipinas. Entonces Spruance canceló los desembarcos previstos en Guam, situó su reserva de tropas, la 27.^a División, en Saipán para acelerar la captura de esa isla clave, y puso a salvo los buques de transporte. La 5.^a Flota se reunió a unos trescientos kilómetros al oeste de Tinián, pero no avanzó más al oeste por miedo a no dar con la flota japonesa.

Esta posición defensiva demostró ser sensata. Hasta el momento el plan de Toyoda parecía funcionar bien, pero con una importante diferencia: que el segundo «brazo» de su pinza no podía intervenir, ya que los aviones embarcados de Mitscher habían barrido a las fuerzas aéreas japonesas en las Marianas. A partir de las 08:30 del 19 de junio, los portaaviones de Ozawa realizaron cuatro ataques sucesivos, aunque todos ellos fueron detectados con antelación por el radar estadounidense y cientos de cazas salieron a su encuentro, mientras que los bombarderos embarcados de Mitscher atacaron de nuevo las bases aéreas japonesas de las islas. El resultado de esta enorme batalla aérea fue una masacre que pasó a ser conocida como «el gran tiro al blanco de las Marianas». Los pilotos estadounidenses tuvieron una ventaja abrumadora sobre los menos experimentados japoneses, que perdieron doscientos dieciocho aviones, y derribaron tan solo veintinueve enemigos. Y lo que es peor, dos grandes portaaviones japoneses, el Shokaku y el Taiho, con muchos más aviones a bordo, fueron torpedeados y hundidos por los submarinos estadounidenses.

Creyendo que sus aviones habían aterrizado en Guam, Ozawa se mantuvo en la zona de combate; fue localizado por aviones de reconocimiento estadounidenses la tarde siguiente. Entonces el almirante Mitscher lanzó un ataque con doscientos dieciséis de sus aviones embarcados, aunque sabía que tendría que recuperarlos de noche. Tres horas después del avistamiento, sus aviones lanzaron el ataque de forma tan efectiva que hundieron uno de los grandes portaaviones (también dañaron dos más, otros dos ligeros, un acorazado y un crucero pesado). A su vez destruyeron sesenta y cinco aviones. A cambio solo perdieron veinte de sus propios aviones en combate, aunque se extraviaron o estrellaron otros ochenta en el largo vuelo nocturno

de regreso. Sin embargo, muchas de las tripulaciones fueron rescatadas, puesto que los buques de Ozawa habían huido de la zona, en dirección a Okinawa, en las islas Ryukyu, al sur de Japón.

Para entonces las pérdidas de aviones en combate por parte de Japón en esa batalla ascendían a unos cuatrocientos ochenta, tres cuartas partes del total, y gran parte de sus tripulaciones no pudieron salvarse. La destrucción de una proporción tan grande de los aviones y portaaviones japoneses supuso una grave pérdida, aunque en otoño gran parte de ellos habían sido sustituidos. Fue mucho peor la pérdida de tantos pilotos, ya que no podían ser reemplazados. Esto significaba que en cualquier batalla en el futuro próximo la flota japonesa estaría incapacitada de gravedad, viéndose obligada a depender fundamentalmente de su armamento más tradicional.

La batalla del Mar de Filipinas se convirtió en una derrota japonesa muy severa. El historiador naval estadounidense, almirante S. E. Morison, la consideraba aún más importante que la posterior del golfo de Leyte, en el mes de octubre. El camino hacia Filipinas estaba abierto de par en par y se aseguró la victoria en las batallas terrestres en las Marianas.

Tras la batalla aeronaval, la conquista de las Marianas ya no planteaba dudas, aunque la resistencia en tierra continuó siendo tenaz. Las tres divisiones desembarcadas en el sur de Saipán avanzaron con regularidad hacia el norte, con gran apoyo aéreo y naval, y el 25 de junio capturaron la altura dominante del monte Tapochau. El 6 de julio los dos mandos superiores japoneses en Saipán, el almirante Nagumo (antiguo jefe de portaaviones) y el general Saito se suicidaron «para motivar a las tropas en su ataque final». Al día siguiente, los tres mil supervivientes prácticamente hicieron lo mismo mediante una inútil carga suicida contra las líneas estadounidenses. Esta campaña costó a los japoneses más de veintiséis mil hombres, mientras que las bajas estadounidenses fueron tres mil quinientos muertos y trece mil heridos o enfermos.

El 23 de julio las dos divisiones de marines en Saipán fueron embarcadas rumbo a Tinián y, en una semana, esa isla fue capturada, aunque su limpieza llevó más tiempo. Tres días antes del desembarco en Tinián, la fuerza asignada a la invasión de Guam, que había sido alejada cuando la flota de Ozawa amenazó con interferir, regresó para llevar a cabo la misión, reforzada por otra división del Ejército. Aunque la resistencia japonesa fue tenaz, y favorecida por una intricada red de defensas en cuevas, la isla fue completamente despejada el 12 de agosto.

La caída de las Marianas y la aplastante derrota naval que la precedió dejó muy clara la debilitada situación de Japón, aunque el orgullo japonés siguiera sin hacer frente a la realidad. No obstante, de manera muy significativa, estos dos dramáticos acontecimientos fueron seguidos de la dimisión del Gobierno del general Tojo, el 18 de julio.

Cuatro días después, el general Koiso formó un gabinete dedicado a crear una mejor defensa contra el avance estadounidense. Aunque la campaña en China debía mantenerse, la principal preocupación era la defensa de Filipinas, basándose en el reconocimiento de que, si se perdía ese gran archipiélago, sería fatal para las fuerzas japonesas afectadas por la falta de suministro de petróleo desde las Indias orientales.

Tal y como estaban las cosas, la situación japonesa se había vuelto muy desventajosa por la carestía de suministro petrolífero. Para lograrlo, los hundimientos de petroleros japoneses por parte de submarinos estadounidenses fue un factor estratégico de importancia capital. La escala de los suministros, muy reducida, que llegaba a Japón restringía el programa de entrenamiento de pilotos de avión. También mantenía a la flota en tierra en Singapur, para poder estar cerca de la fuente de suministro. Cuando la flota tuvo que intervenir zarpó sin suficiente combustible para el regreso a puerto.

* * *

En esta fase de la guerra las fuerzas estadounidenses podrían haber obviado Filipinas y dar el siguiente salto a Formosa o a Iwo Jima y Okinawa, tal y como insistieron el almirante de la Flota, King, y otros mandos de la Marina. Sin embargo, las consideraciones políticas, y el deseo natural de MacArthur de un regreso triunfal a Filipinas, prevalecieron en contra de esos argumentos. [1]

Había varios objetivos pequeños cuya captura se consideraba necesaria antes de la invasión de Filipinas. El plan original había sido capturar la isla de Morotai, cerca de Halmahera (al oeste de Nueva Guinea), las islas Palau, Yap, las islas Talaud y Mindanao —la isla más meridional de las Filipinas— construyendo bases aéreas y navales avanzadas para ayudar al ataque principal contra Filipinas. Con todo, a principios de septiembre, la 3.^a Flota del almirante Halsey (llamada 5.^a Flota cuando la mandaba Spruance) se dio cuenta de que las defensas de la costa filipina eran muy débiles y, en consecuencia, propuso abandonar las fases intermedias. No obstante, se conservaron las partes iniciales del plan original, puesto que ya estaban en marcha y resultaban una seguridad adicional.

Un destacamento de las fuerzas de MacArthur desembarcó en la isla de Morotai el 15 de septiembre y encontró escasa resistencia. El 4 de octubre los aviones estadounidenses estaban operando desde la base aérea recién construida en ese lugar. También, el 15 de septiembre, las islas Palau fueron invadidas por las fuerzas del centro del Pacífico del almirante Halsey y se ocuparon en pocos días. Esto les proporcionó aeródromos avanzados a solo ochocientos kilómetros de Mindanao, más de la mitad del camino desde Guam.

Las dos grandes líneas de avance a través del Pacífico, la de MacArthur y la de Nimitz, habían convergido y estaban a una distancia de apoyo recíproco directo, listos para intentar la reconquista de Filipinas.

El plan japonés para la defensa del archipiélago, conocido como SHO-1 era doble. Por tierra la misión se encargó al 14.^º Ejército de Área, al mando del general Yamashita, conquistador de Malasia en 1941-1942. Contaba con nueve divisiones de infantería, una acorazada y tres brigadas independientes, además del 4.^º Ejército Aéreo. Su mando incluía, además de las fuerzas navales en torno a Manila, unos veinticinco mil hombres capaces de combatir en tierra. Sin embargo, la parte esencial del plan era la acción prevista en el mar y, para ello, el Alto Mando japonés estaba dispuesto a apostarlo todo. Tan pronto como se supiera la ubicación de los desembarcos estadounidenses, las fuerzas de portaaviones japoneses debían atraer a la flota estadounidense hacia el norte, donde sus desembarcos se verían sujetos por las tropas de Yamashita y «pinzados» por los dos grupos de acorazados japoneses. Toyoda consideraba que los estadounidenses, que valoraban los portaaviones por encima de todo, se lanzarían en persecución de sus oponentes, ya que ellos mismos habían usado sus acorazados como cebo y los portaaviones como fuerza de ataque.

El plan se vio influido por la creciente debilidad japonesa en los cielos, pero también descansaba en su fe intacta en los acorazados. El orgullo y la confianza de los almirantes se habían reforzado ilusoriamente por la construcción de dos acorazados que eran con diferencia los mayores del mundo: el Yamato y el Musashi. Estos desplazaban 70 000 toneladas y montaban nueve cañones de 460 mm, eran los únicos buques de guerra del mundo que montaban tantos cañones de ese calibre. En comparación, los japoneses habían hecho poco, muy poco, para desarrollar su fuerza de portaaviones y los aparatos necesarios. Como ocurre demasiado a menudo en la historia, habían sido más lentos que sus enemigos en aplicar la lección de sus propios grandes éxitos al principio de la guerra.

* * *

Al anticipar el plan previsto en dos meses, los estadounidenses dieron su siguiente gran salto, a Filipinas, en octubre. Estas islas se extienden por 1600 kilómetros, desde Mindanao —en el sur—, del tamaño de Irlanda, hasta Luzón —en el norte—, casi tan grande como Inglaterra. El primer ataque fue contra Leyte, una de las islas centrales más pequeñas, dividiendo así las defensas. Las tropas de MacArthur (cuatro divisiones del 6.^º Ejército del teniente general Walter Krueger) comenzaron a desembarcar allí durante la mañana del 20 de octubre, a cargo de la 7.^a Flota del almirante Kinkaid, un convoy y flota de apoyo compuesta de viejos acorazados y pequeños portaaviones de escolta. Estaba apoyada y protegida por la 3.^a Flota del almirante Halsey, quien tomó posiciones, en tres grupos, un poco al este de las Filipinas. Esta era la principal flota de combate, compuesta por los acorazados más nuevos, los portaaviones de mayor tamaño, y todos rápidos.

La invasión estuvo precedida de una serie de ataques aéreos a partir del 10 de octubre y durante una semana, a cargo de las fuerzas de portaaviones de Mitscher (de la 3.^a Flota de Halsey) contra Formosa y, en menor medida, contra Luzón y Okinawa, que tuvieron un efecto devastador y una influencia muy importante sobre acontecimientos posteriores. Por otra parte, los pilotos japoneses exageraban tanto sus logros que los comunicados gubernamentales oficiales afirmaban haber hundido once portaaviones, dos acorazados y tres cruceros. En realidad, esos ataques de portaaviones estadounidenses habían destruido quinientos aviones japoneses, con una pérdida propia de solo setenta y nueve y, en ningún caso, los buques que los japoneses alegaban haber hundido. La creencia momentánea en lo acertado de esas afirmaciones llevó al cuartel general imperial a trasladar el resto de las fuerzas para la operación SHO-1. Las fuerzas navales pronto descubrieron lo absurdo de esos comunicados y se retiraron, pero los planes del Ejército cambiaron, en consecuencia, de manera permanente. Tres de las cuatro divisiones de Suzuki en el sur de Filipinas recibieron la orden de mantenerse en el lugar, en vez de prepararse para su empleo en el norte, en Luzón, como pretendía Yamashita.

Como ya se ha mencionado, el Alto Mando japonés había planeado un contraataque aplastante con todas las fuerzas navales disponibles, en el momento y lugar en que se produjera el ataque enemigo inicial. Dos días antes del desembarco en la isla de Leyte, un mensaje sin codificar enviado por uno de los mandos estadounidenses proporcionó a los japoneses la información vital que necesitaban para su contraataque.

Toyoda se dio cuenta de que era una apuesta, pero la Marina japonesa dependía para el suministro de combustible del petróleo de las Indias orientales y si los estadounidenses se instalaban allí, esa línea de suministro sería cercenada. Cuando fue interrogado tras la guerra Toyoda explicó sus cálculos así:

Si ocurría lo peor, había una posibilidad de perder toda la flota; pero estaba convencido de que había que correr el riesgo..., si perdíamos en las operaciones de Filipinas, aunque conserváramos la flota, la ruta marítima del sur sería cortada del todo, por lo que la flota, si lograba regresar a aguas japonesas, no podría recibir suministro de combustible. Si permanecía en el sur, no podría recibir municiones y armas. No tenía sentido salvar la flota a cambio de la pérdida de Filipinas.

El cebo lo iba a proporcionar la fuerza del almirante Ozawa, procedente del sur de Japón. Incluía los cuatro portaaviones aún utilizables y dos acorazados convertidos en portaaviones. Sin embargo, solo podían ser utilizados como cebo, puesto que el número total de aviones era de apenas un centenar y los pilotos carecían de experiencia.

En esta gran apuesta por la victoria, los japoneses dependían de una flota anticuada (siete acorazados, trece cruceros y tres cruceros ligeros) que procedía de la zona de Singapur. El comandante en jefe, el almirante Kurita, envió un destacamento para que penetrara en el golfo de Leyte desde el sudoeste, a través del estrecho de Surigao, mientras él llegaba con la fuerza principal desde el noroeste, a través del estrecho de San Bernardino. Confiaba en machacar los transportes de tropas de MacArthur y sus buques de escolta entre las dos «mandíbulas» de esa tenaza.

Pensaba que el Yamato y el Musashi, con sus cañones de 460 mm, podían pulverizar fácilmente los viejos acorazados estadounidenses, y creía que era casi imposible hundirlos debido a sus cubiertas acorazadas y sus innumerables compartimentos estancos. Además, si la fuerza de portaaviones de Halsey no estaba en la zona, los ataques aéreos no serían importantes. Se esperaba que esta hubiera sido alejada por el cebo para cuando Kurita apareciera en el golfo de Leyte, momento fijado para el 25 de octubre.

No obstante, el cebo no funcionó. Durante la noche del 23 Kurita se topó con un par de submarinos estadounidenses, el Darter y el Dace, que venían de navegar a través de la costa de Borneo. Pronto viraron hacia el norte, manteniéndose por delante de la flota japonesa gracias a navegar a toda

velocidad en superficie y con la protección de la oscuridad. Cuando amaneció se sumergieron a profundidad de periscopio, esperando la llegada de la flota. Lanzaron sus torpedos a poca distancia, hundiendo dos de los cruceros japoneses e inutilizando otro. El propio Kurita estaba en el primero de los cruceros y, aunque se le rescató antes de que se hundiera —y posteriormente se le trasladó al Yamato— fue una experiencia impactante. Además, los almirantes estadounidenses se habían enterado de la aproximación y fuerza enemigas.

Cuando Ozawa se enteró del encuentro de Kurita con los submarinos se dio prisa por revelar su propia aproximación desde el norte, enviando repetidamente señales sin codificar para captar la atención de Halsey. Pese a todo, estas señales no fueron captadas por los estadounidenses y tampoco fue detectado por ningún avión de reconocimiento, ya que todos ellos habían sido desplazados ¡al oeste para vigilar la aproximación de Kurita!

Pronto los portaaviones de Halsey lanzaron sus bombarderos y aviones torpederos en oleadas contra la flota de Kurita. La única interrupción a su arremetida vino de la mano de los ataques de aviones japoneses con base en las islas y también de los portaaviones de Ozawa. Este ataque fue repelido y más del 50 por ciento de los aviones atacantes fueron derribados, aunque el portaaviones Princeton fue alcanzado gravemente y tuvo que ser abandonado.

Los aviones navales estadounidenses lograron un éxito aún mayor en sus ataques contra la flota de Kurita. El gigantesco Musahi volcó y se hundió tras el quinto ataque, durante la tarde, después de un total de diecinueve impactos de torpedos y diecisiete de bombas. Aunque los pilotos estadounidenses informaron de que otros tres acorazados y otros tantos cruceros pesados habían sido muy dañados, en realidad solo un buque, un crucero pesado, fue incapaz de seguir su camino. Sin embargo, tras el quinto ataque y el hundimiento del Musahi, la flota japonesa dio media vuelta y puso rumbo al oeste.

Al recibir estos informes de sus observadores aéreos, el almirante Halsey pensó que Kurita se estaba retirando definitivamente. Pero, el hecho de que no se hubiera avistado ningún portaaviones en la flota de Kurita llevó a Halsey a enviar aviones de reconocimiento para una búsqueda más amplia. A las 17:00 la fuerza de Ozawa fue localizada camino del sur. Inmediatamente Halsey decidió dirigirse al norte para destruirla al amanecer, siguiendo su lema «Todo lo que hacemos, lo hacemos rápido». Para asegurarse de aniquilar la fuerza de Ozawa utilizó toda su flota disponible, sin dejar ningún barco para defender el estrecho de San Bernardino.

Un cuarto de hora después de anunciar su decisión por radio a Kinkaid, se recibió un informe de un avión de reconocimiento nocturno avisando de que Kurita había dado media vuelta y se dirigía a toda velocidad al estrecho. Halsey ignoró el informe. Ahora que veía una oportunidad de jugar al juego valiente y audaz que le encantaba, se cegó ante cualquier otra posibilidad. Al principio de la guerra había sido apodado, convenientemente, el Toro.

La retirada de Kurita solo había sido un recurso temporal para alejarse de los ataques aéreos mientras fuera de día, con intención de regresar bajo la protección de la oscuridad. Aparte del hundimiento del Musahi, ninguno de sus grandes buques había sido dañado gravemente, al contrario de lo que habían informado de manera optimista los pilotos estadounidenses.

A las 23:00, cuando Halsey había recorrido 160 millas en dirección norte, la flota de Kurita volvió a ser detectada, por aviones de reconocimiento, avanzando hacia el estrecho de San Bernardino, a tan solo cuarenta millas de ese punto. Halsey no podía seguir ignorando su avance, pero subestimó la gravedad de la amenaza, contemplando este nuevo avance como un mero sacrificio, según las tradiciones japonesas, por parte de una flota gravemente tocada. Siguió avanzando hacia el norte, confiando en que la flota de Kinkaid podría vencer fácilmente lo que suponía que era un atacante muy debilitado.

Así pues, los estadounidenses acabaron mordiendo el cebo japonés, aunque no en el momento previsto.

La situación de la flota de Kinkaid era especialmente peligrosa porque estaba mal informado en dos sentidos. La aparición del destacamento sur de Kurita, dirigiéndose al estrecho de Surigao, había centrado la atención de Kinkaid en esa dirección, y concentró gran parte de sus fuerzas en ese lugar para hacer frente a la amenaza. Supuso que parte de la flota de Halsey seguía protegiendo la entrada por el estrecho de San Bernardino, ya que no había quedado claro que Halsey se había alejado con toda su flota. Y lo que es peor, Kinkaid no tuvo la precaución de enviar ningún avión de reconocimiento para comprobar si algún enemigo se aproximaba en esa dirección.

El ataque por parte de un destacamento japonés al sur, fue derrotado tras una tensa batalla nocturna, en gran medida gracias a la «visión nocturna» que proporcionaba el radar estadounidense, que era muy superior al de la Marina japonesa. Otra desventaja de esta era que, conforme sus buques avanzaban en fila india a través del angosto estrecho de Surigao, se veían expuestos al fuego concentrado de los acorazados del almirante Oldendorf, que, de ese modo, podían «cruzar la T».^[2] El destacamento incluía dos acorazados y ambos fueron hundidos. Prácticamente toda la fuerza atacante fue barrida. Cuando se

hizo de día en el estrecho no quedaban enemigos, excepto restos flotando y manchas de petróleo.

Sin embargo, pocos minutos después de que Kinkaid hubiera enviado un mensaje de felicitación por la victoria, recibió otra señal que indicaba que una fuerza japonesa mucho mayor —la flota principal de Kurita— estaba llegando desde el noroeste, a través del estrecho de San Bernardino, y que estaba frente a la costa este de la isla de Samar, donde atacaba al pequeño destacamento de la flota de Kinkaid que había quedado allí para defender los puntos de desembarco de MacArthur en Leyte.

Esa pequeña fuerza, que apoyaba la invasión de la isla de Leyte por parte del ejército, incluía seis portaaviones de escolta —buques mercantes transformados— y un puñado de destructores. Huyeron en dirección sur, bajo una lluvia de obuses de grueso calibre del gigante Yamato y de los otros tres acorazados.

Tras recibir estas alarmantes noticias Kinkaid envió un mensaje a Halsey, a las 08:30: «Necesito urgentemente acorazados rápidos golfo de Leyte de inmediato». A las 09:00 Kinkaid transmitió una nueva petición apremiante y esta vez, sin codificar. No obstante, Halsey continuaba su marcha al norte, decidido a cumplir con su objetivo de destruir la fuerza de portaaviones de Ozawa. Perseveró en su rumbo a pesar de las reiteradas peticiones de ayuda, considerando que los aviones embarcados de Kinkaid podrían frenar el ataque de Kurita hasta que el grueso de la flota de Kinkaid, con sus seis acorazados, acudiera en su rescate. Con todo, ordenó que un pequeño destacamento de portaaviones y cruceros, al mando del almirante John McCain, por entonces en las islas Carolinas, acudiera en ayuda de Kinkaid. Pero estaban a cuatrocientas millas de distancia, cincuenta más lejos que él mismo.

Mientras tanto, el avance de Kurita hacia el sur fue frenado por los valerosos esfuerzos de un puñado de destructores estadounidenses que defendían la retirada de los seis portaaviones de escolta, así como de todos los aviones disponibles. Un portaaviones de escolta y tres destructores fueron hundidos, pero el resto pudo escapar, aunque en mal estado.

Justo después de las 09:00 Kurita interrumpió la persecución y viró hacia el golfo de Leyte, donde una masa de buques de transporte y de desembarco estadounidenses estaba al alcance de su ataque. En ese momento estaba a menos de treinta millas de la entrada.

Antes de atacar hizo una pausa para concentrar sus navíos, que se habían dispersado durante la persecución. El cambio de rumbo y la pausa crearon de nuevo en el bando estadounidense la idea equivocada de que los japoneses se

estaban retirando bajo la presión de los ataques de sus destructores y aviones. Pronto se vieron desilusionados y Kinkaid hizo otro llamamiento urgente en petición de ayuda a Halsey: «Situación de nuevo muy grave. Portaaviones de escolta amenazados por fuerzas de superficie enemigas. Vuestra ayuda es urgente. Los portaaviones de escolta se retiran al golfo de Leyte».

En esta ocasión Halsey contestó a la llamada. Para entonces, las 11:15, sus aviones habían atacado duramente a las fuerzas de Ozawa, y aunque estaba deseando acabar la tarea con los cañones de sus acorazados, refrenó su impulso y regresó a toda velocidad con seis rápidos acorazados y uno de sus tres grupos de portaaviones. No obstante, había avanzado tanto en dirección norte, en persecución de Ozawa, que era imposible que llegara al golfo de Leyte hasta la mañana siguiente. Ni siquiera la fuerza de portaaviones de McCain podría acercarse lo suficiente como para que sus aviones intervinieran antes de que hubieran transcurrido varias horas. Por tanto, la situación en Leyte a mediodía era muy sombría en el momento en que la flota de Kurita se acercaba al golfo.

Pero, de pronto, Kurita viró en dirección norte, y esta vez de manera definitiva. ¿Cuál fue el motivo? Una combinación de mensajes interceptados y el efecto que le causaron. El primero fue un mensaje de radio que ordenaba a los aviones de los portaaviones de escolta estadounidenses que tomaran tierra en la isla de Leyte. Se imaginó que se trataba de los preparativos de un ataque terrestre y más concentrado sobre sus buques, en realidad se trataba simplemente de una medida de emergencia para evitar que fueran hundidos con los propios portaaviones. Unos minutos después recibió un informe interceptado del mensaje sin cifrar de Kinkaid a Halsey de las 09:00. Esto le llevó de inmediato a concluir erróneamente que Halsey debía estar navegando con rumbo sur desde hacía más de tres horas, ya que Kurita no tenía contacto con Ozawa y no sabía hasta dónde había llegado Halsey en su ruta al norte. Además, estaba preocupado por su falta de cobertura aérea.

El factor decisivo fue la confusa interpretación de un mensaje interceptado que le dio la impresión de que parte de la fuerza de ayuda estadounidense estaba a solo setenta millas al norte y cerca de su línea de retirada a través del estrecho de San Bernardino. Por tanto, decidió abandonar el ataque en el golfo de Leyte y apresurarse a encarar esta amenaza antes de que fuera reforzada y bloquearan su retirada.

Fue otro ejemplo de los muchos casos en la historia que muestran que el resultado de las batallas se decide más por caprichos que por realidades. A

menudo el impacto en la mente del comandante cuenta mucho más que cualquier golpe real y sus efectos materiales.

Cuando Kurita llegó al estrecho de San Bernardino no se encontró con ningún enemigo y se escabulló atravesándolo en dirección oeste. Aunque no llegó a este refugio hasta casi las 22:00 —se vio retrasado por tener que esquivar reiterados ataques aéreos—, seguían siendo tres horas antes de que los buques de vanguardia de Halsey llegaran allí en su carrera hacia el sur.

Pese a todo, la fuga de los acorazados japoneses, que habían conseguido resultados insignificantes, se vio ampliamente compensada por el hundimiento de los cuatro portaaviones japoneses. Uno de ellos, el Chitose, hacia las 09:30 en el primer ataque de Mitscher y los otros tres (Chiyoda, Zuikaku y Zuiho) por la tarde, después de que Halsey, con el grueso de su flota, hubiera iniciado su tardía marcha hacia el sur.

Considerando en conjunto las cuatro acciones separadas y diferentes de la batalla del golfo de Leyte, como es conocida de manera general, fue la mayor batalla naval de todos los tiempos. Un total de 282 buques se vieron involucrados, así como cientos de aviones, en comparación con los 250 (con cinco hidroaviones) en la batalla de Jutlandia de 1916. Si la batalla del mar de Filipinas del mes de junio había sido, en cierto sentido, más decisiva, por sus devastadores efectos sobre la fuerza aérea naval japonesa, los cuatro actos de la batalla del golfo de Leyte, recogieron los frutos de la anterior y dejaron resuelta la cuestión. Las pérdidas japonesas fueron de cuatro portaaviones, tres acorazados, seis cruceros pesados, tres cruceros ligeros y ocho destructores, mientras que los estadounidenses perdieron solo un portaaviones ligero, dos de escolta y tres destructores.

Es importante señalar que esta batalla también inició una nueva forma de táctica, difícil de contrarrestar. Y es que, después de que los portaaviones de escolta de la 7.^a Flota de Kinkaid lograran sobrevivir al ataque inesperado y abrumador de la fuerza de Kurita, hasta que este fuera obligado a virar y retirarse por el estrecho de San Bernardino, se vieron sometidos al primer ataque kamikaze organizado. Fue llevado a cabo por pilotos voluntarios de un cuerpo especial de la aviación dedicado a la misión sacrificial y suicida de estrellar sus aviones contra un buque enemigo, incendiándolo con la explosión de sus depósitos de combustible y de sus bombas. Sin embargo, en su primer intento solo fue hundido un portaaviones de escolta, aunque varios otros fueron dañados.

La mayor importancia de la batalla estriba en el hundimiento de cuatro portaaviones de la flota de Ozawa. Sin portaaviones, los seis acorazados

japoneses que habían sobrevivido quedaban indefensos y no tuvieron una contribución positiva en el resto de la guerra. Además, la Marina japonesa era inútil. Así, aunque el avance hacia el norte de Halsey había dejado expuesto a graves peligros al resto de las fuerzas estadounidenses, el resultado lo justificó. Además, demostró la falsedad de los acorazados como amenaza y lo absurdo de la confianza asignada a unos monstruos pasados de moda. Su único valor importante durante la Segunda Guerra Mundial fueron algunos bombardeos costeros, un fin para el que, irónicamente, generaciones anteriores los habían considerado inadecuados y demasiado vulnerables.

* * *

La decisión japonesa de combatir por Leyte, y convertirlo en el eje de su defensa de Filipinas, se produjo demasiado tarde como para permitir que la llegada a la isla de los refuerzos desde Luzón, casi tres divisiones, se produjera antes de que las tropas estadounidenses hubieran ampliado sus cabezas de puente. Primero, atacando desde sus puntos de desembarco, tomaron los cercanos aeródromos de Dulag y Tacloban, en la costa este. Despues, extendiéndose por ambos flancos, el 2 de noviembre llegaron a la bahía de Carigara, en la costa norte, y a Abuyog, a mitad de camino, en la costa este. Estos avances no solo les permitieron capturar los cinco aeródromos japoneses, y crear confusión en la única división enemiga que ya estaba en la isla, sino frustrar el plan de Suzuki (35.^º Ejército) de concentrar sus divisiones de refuerzo en la llanura de Carigara.

A continuación, Krueger pretendía llevar a cabo un doble movimiento circular por los flancos en ambos extremos de la espina dorsal montañosa de la isla, para capturar la principal base japonesa de Ormoc en la costa oeste. Pero la lluvia torrencial entorpeció el trabajo de poner en marcha los aeródromos capturados para apoyar el movimiento concéntrico y, en el intervalo, dos divisiones japonesas de refuerzo desembarcaron en Ormoc el 9 de noviembre. Hubo otros refuerzos posteriores, a pesar de las graves pérdidas en el transporte y los escoltas, y para principios de diciembre los japoneses habían elevado su presencia en Leyte desde quince mil a sesenta mil. Sin embargo, para entonces las fuerzas de Krueger habían aumentado hasta más de ciento ochenta mil. Para acelerar el avance, desembarcó una de sus divisiones de refresco en la costa oeste, justo al sur de Ormoc, dividiendo de ese modo la defensa. Tres días después, el 10 de diciembre, ocupó esa base marítima con escasa resistencia. Despues de eso, los hambrientos japoneses pronto se derrumbaron y para Navidades desapareció la resistencia

organizada. Así, con circunstancias mucho peores y con fuerzas muy disminuidas, Yamashita volvió a su deseo original de concentrar su esfuerzo defensivo en la isla principal de Luzón.

Durante esas semanas cruciales tres grupos de portaaviones rápidos de la 3.^a Flota de Halsey habían permanecido en Filipinas para proporcionar apoyo permanente a las tropas de MacArthur, a pesar de padecer cada vez más ataques kamikazes. Estos infligían una cantidad de daños considerable y dos de los portaaviones tuvieron que ser retirados para llevar a cabo reparaciones intensas, aunque no fue hasta la última semana de noviembre cuando los portaaviones fueron devueltos.

Como preliminar de la invasión de Luzón, el principal objetivo de MacArthur, este decidió conquistar la isla intermedia de Mindoro para establecer allí aeródromos desde los que su fuerza aérea, la 5.^a de Estados Unidos, pudiera defender la aproximación por mar a Luzón. Se trataba de una operación arriesgada, ya que Mindoro estaba a casi quinientos kilómetros del golfo de Leyte y mucho más cerca de los aeródromos japoneses de Luzón, especialmente de los agrupados en torno a Manila. Con todo, la guarnición de Mindoro solo tenía unos cien hombres, y las cuatro pistas de aterrizaje japonesas abandonadas fueron ocupadas en pocas horas después del desembarco, el 15 de diciembre, y convertidas tan rápido para uso de Estados Unidos que los aviones del Ejército volaban allí antes de final de mes. La facilidad del proceso se vio muy favorecida por el modo en que la fuerza de portaaviones rápidos de Halsey golpeaba los aeródromos de Luzón y mantenía un paraguas de cazas sobre ellos para evitar que los bombarderos japoneses despegaran para atacar Mindoro y sus alrededores marítimos.

El 3 de enero la escuadra estadounidense, procedente de múltiples lugares, zarpó del golfo de Leyte: eran un total de 164 buques, incluyendo 6 acorazados y 17 portaaviones de escolta, al mando de los almirantes Kinkaid y Oldendorf. El 9 de enero llegó frente al golfo de Lingayén (a 110 millas al norte de Manila), donde los japoneses habían iniciado su invasión de Filipinas casi cuatro años antes. A primera hora del día 10 comenzaron a desembarcar cuatro divisiones del 6.^º Ejército de Krueger y había dos más en camino.

La fuerza de portaaviones rápidos de la flota de Halsey ayudó mucho, especialmente a contrarrestar los ataques kamikazes que estaban causando daños crecientes en los barcos. Tras defender los desembarcos en el golfo de Lingayén, la fuerza de portaaviones realizó una profunda incursión en el mar de China haciendo estragos en las bases y naves japonesas de Indochina, sur

de China, Hong Kong, Formosa y Okinawa. Era una demostración de la vulnerabilidad del imperio meridional japonés.

Mientras tanto, las tropas de Krueger avanzaban hacia el sur desde el golfo de Lingayén hacia Manila, haciendo frente a una resistencia feroz. Para ayudar a acelerar su avance, y evitar que los japoneses se retiraran a la península de Batán, MacArthur desembarcó otro cuerpo cerca de esa península, el 29 de enero. Dos días después una división aerotransportada desembarcó, sin encontrar resistencia, en Nasugbu, a unos 65 kilómetros al sur de Manila. Sin embargo, para cuando avanzó hasta esa ciudad, las tropas de Krueger habían llegado a sus alrededores y las de Yamashita se habían retirado a las montañas.

No obstante, Manila seguía estando defendida por el almirante Iwabuchi, comandante de la base naval. Este se negó a obedecer la orden de Yamashita de convertir Manila en ciudad abierta, y mantuvo fanáticamente una lucha casa por casa, que continuó durante otro mes y destrozó la ciudad. No fue hasta el 5 de marzo cuando Manila quedó despejada completamente. Mientras tanto la península de Batán había sido capturada y Corregidor retomada, aunque la guarnición de esa isla fortaleza resistió diez días. A mediados de marzo el puerto de Manila estaba reabierto para los buques estadounidenses, aunque continuó el proceso de limpieza en la parte montañosa de Luzón, así como de Mindanao y las islas menores del sur.

El ataque de Iwo Jima

Tras la captura de los lugares clave de Filipinas, los estadounidenses estaban impacientes por seguir adelante y atacar el propio Japón, dejando de lado ideas previas de MacArthur sobre la conquista de Formosa o parte de la costa de China como bases aéreas para el ataque a Japón. Con todo, el Estado Mayor Conjunto convino en que era necesario capturar Iwo Jima, en las islas Bonin, a mitad de camino entre Saipán y Tokio, y Okinawa, en las Ryukyu, también equidistante entre el extremo sudoeste de Japón y Formosa, como trampolines estratégicos para ayudar en el bombardeo de Japón.

Al ser considerada una operación más fácil, Iwo Jima debía abordarse primero. Además, se buscaba como lugar de aterrizaje de emergencia para los B-29 Superfortaleza que habían estado bombardeando Tokio desde las Marianas desde finales de noviembre, y también como base de los cazas que

los escoltaban, ya que estos aparatos no tenían autonomía para volar todo el trayecto.

Iwo Jima era una isla volcánica de poco más de cuatro kilómetros de longitud, inhabitada a excepción de su guarnición. Esta no había sido importante hasta el mes de septiembre y no debería ofrecer una gran resistencia. Pese a ello, desde entonces la guarnición había aumentado hasta veinticinco mil hombres, y el general Kuribayashi había convertido las defensas en una red de cuevas excavadas, bien ocultas y conectadas por túneles profundos. Su objetivo era simplemente aguantar lo más posible, ya no podría haber refuerzos dada la enorme superioridad naval y aérea estadounidense. Contaba con la pura fuerza defensiva de su posición, evitando los característicos y costosos contraataques japoneses.

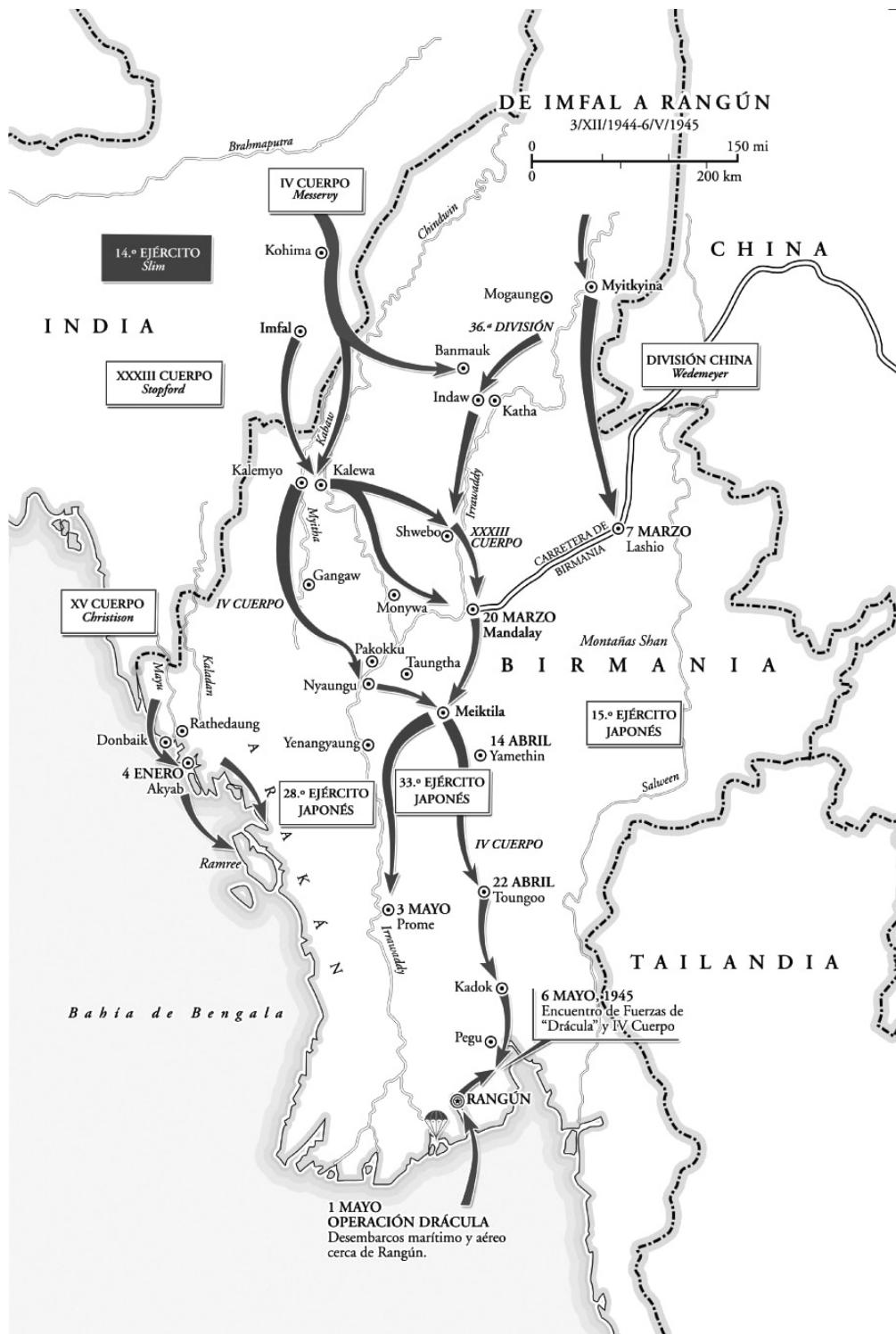
Nimitz encargó el ataque a Iwo Jima al almirante Raymond Spruance, que tomó el mando de la 3.^a Flota de manos de Halsey durante la última semana de enero de 1945. Para entonces había sido rebautizada como 5.^a Flota. Para la parte terrestre de la operación recibió tres divisiones de marines. El bombardero aéreo y marítimo preparatorio fue el más prolongado hasta la fecha en el teatro de operaciones del Pacífico, con ataques aéreos diarios a partir del 8 de diciembre, y día y noche desde el 3 de enero, además de tres días finales de bombardeo naval intensivo. No obstante, todo esto tuvo un decepcionante efecto escaso en las muy fortificadas defensas japonesas. Cuando desembarcaron los marines durante la mañana del 19 de febrero, fueron recibidos con intenso fuego de mortero y de artillería, y durante mucho tiempo estuvieron clavados en las playas. El primer día sufrieron dos mil quinientas bajas sobre un total de treinta mil hombres desembarcados.

Durante los días siguientes los marines se abrieron camino lentamente, casi metro a metro, con fuego de apoyo abundante y constante por aire y mar, que aumentó cuando los portaaviones rápidos de Mitscher llegaron como refuerzo, tras su gran incursión en Tokio. La conquista de la isla no se logró hasta el 26 de marzo, después de más de cinco semanas de duros combates, momento en el que las bajas de los marines se habían elevado a unos veintiséis mil, el 30 por ciento de toda la fuerza de desembarco. Los japoneses habían combatido con tal tenacidad que veintiún mil hombres murieron y solo doscientos fueron hechos prisioneros. La limpieza de las bolsas de resistencia siguió durante dos meses más, elevando el total de muertos japoneses a más de veinticinco mil y los prisioneros a solo un millar. Antes de acabar marzo había tres aeródromos abiertos para los aviones estadounidenses y cuando

acabó la guerra se habían producido dos mil cuatrocientos aterrizajes de bombarderos B-29.

La campaña de Birmania: de Imfal a la reconquista de Rangún en mayo de 1945

Aunque el rechazo, en Imfal, de la ofensiva japonesa en la primavera de 1944 fue un revés grave, no fue tan aplastante como para acabar con su control de Birmania. Esto dependía de si podía continuar de manera efectiva y, con ese objetivo, el sistema de suministro británico debía estar completamente desarrollado.



La tarea encomendada a Mountbatten por parte del Estado Mayor combinado en una directiva del 3 de junio, era ampliar la conexión aérea a China y explotar el desarrollo de una ruta terrestre, con las fuerzas que ya

tenían asignadas. Aunque no se mencionara específicamente, se esperaba que se produjera la reconquista de Birmania. Los dos planes principales tomados en consideración eran Capital, un avance por tierra para recuperar el centro-norte de Birmania, y Drácula, una operación anfibia para tomar el sur del país. Este último ofrecía mejores resultados, pero dependía del abastecimiento externo. Dadas las circunstancias, el general Slim y los estadounidenses preferían el plan terrestre. Así que, aunque se ordenó hacer preparativos para ambos planes, se puso énfasis en Capital.^[3]

A pesar de la considerable mejora de las comunicaciones con la India y del desarrollo de ese país como base importante, era evidente que se debía hacer mucho más si se quería que la invasión de Birmania fuera real, y rápidamente, efectiva. En esencia los principales problemas eran logísticos, en lugar de tácticos. A pesar de la mejora de las comunicaciones terrestres y del transporte fluvial, el 14.^º Ejército de Slim seguía dependiendo del suministro aéreo que, a su vez, dependía de la ayuda adecuada por parte de los aviones de carga estadounidenses.

Por tanto, la segunda mitad de 1944 se dedicó principalmente a ese desarrollo y a la reorganización del mando. Entre las características más significativas, el sistema de suministro aéreo se puso bajo un cuartel general integrado llamado Fuerza Operativa de Cargamento de Combate; los servicios de inteligencia se coordinaron entre sí, y las unidades de la fuerza especial fueron disueltas. La reorganización se vio facilitada cuando, en octubre, Stilwell fue retirado de China ante la insistencia de Chiang Kai-shek, con el que estaba crecientemente enfrentado. El general A. C. Wedemeyer le sustituyó como jefe de Estado Mayor de Chiang Kaishek y de las fuerzas chinas. En noviembre el general sir Oliver Leese, que había estado mandando el 8.^º Ejército en Italia, fue nombrado comandante en jefe de las Fuerzas Terrestres Aliadas del Sudeste Asiático, bajo el mando de Mountbatten.

A mediados de octubre, cuando se acabaron las lluvias del monzón y se secó el terreno, Slim comenzó el avance por el frente central, operación Capital, concentrando el XXXIII Cuerpo de Stopford en avanzada, en el extremo sur del valle de Kabaw, para conquistar Kalemyo y Kalewa (a algo más de doscientos kilómetros al sur de Imfal); también estableció una cabeza de puente en la otra orilla del Chindwin, cerca de Kalewa, a mediados de diciembre, y después, con el refuerzo del IV Cuerpo (que ahora mandaba el general Messervy), avanzó hacia el sudeste hasta Monywa y Mandalay (a 260 kilómetros más allá de Kalewa).

En el otro bando, el Alto Mando japonés, que hacía frente a la amenaza mayor y más cercana del avance anfibio estadounidense a Filipinas, no podía enviar refuerzos para el ejército de Birmania del general Kimura, aunque sí le pedía que defendiera el terreno para evitar que los aliados abrieran la carretera de Birmania o llegaran a Malasia. Las perspectivas japonesas de cumplir con esas tareas defensivas eran escasas, con unas fuerzas muy debilitadas por su propia ofensiva de Imfal. En el frente central cuatro divisiones debilitadas del 15.^º Ejército japonés, sumaban un total de apenas veintiún mil hombres, frente a ocho o nueve divisiones potentes. El único refuerzo podía proceder de la división que había en el sur de Birmania, cuya utilización significaría dejar al descubierto Rangún. Aunque parte de las fuerzas de Slim permanecían en la reserva para la prevista operación Drácula, podía contar con tener una mayor cantidad de divisiones, todas ellas superiores en fuerza, un apoyo acorazado mucho mayor y un claro dominio de los cielos. Teniendo en cuenta esta dura realidad, los japoneses reconocían que deberían retirarse del norte de Birmania, pero seguían confiando en conservar una línea defensiva que cubriera Mandalay y los pozos de petróleo de Yenangyaung (a 225 kilómetros al sur, descendiendo por el río Irrawaddy).

* * *

Mientras se desarrollaba la ofensiva británica en el frente central, las operaciones en las dos áreas secundarias de Arakan y el norte de Birmania tuvieron un desenlace favorable.

El objetivo del 15.^º cuerpo de Christison, en cuanto cesó el monzón, consistía en despejar Arakan, capturar la isla de Akyab por sus bases aéreas, y después liberar tropas para la ofensiva principal. Para esta tarea Christison tenía tres divisiones potentes contra dos débiles del llamado 28.^º Ejército de Sakurai. El avance británico comenzó el 11 de diciembre y pronto capturó Donbaik en la punta de la península, el 23, y Rathedaung, en la orilla este del río Mayu, una semana después, mientras que la tercera de las divisiones de Christison despejaba el valle de Kaladan, más al interior. La ausencia de oposición se debía al hecho de que los japoneses se estaban retirando de Arakan. Esto aceleró los planes para capturar Ayab, que estaba abandonada cuando los británicos la ocuparon el 4 de enero.

La necesidad de contar con más bases aéreas llevó a Christison a planear la toma de la isla Ramree, a 110 kilómetros más al sur, cosa que se logró fácilmente el día 21, ya que a los japoneses lo que les preocupaba ahora era conservar los pasos a través de las montañas del curso inferior de Irrawaddy,

y evitar que los británicos irrumpieran en el centro de Birmania. De hecho, el mérito de esta campaña recae en gran medida en las pequeñas retaguardias japonesas que conservaron las cercanías y los pasos hasta finales de abril, permitiendo así que los restos del ejército de Sakurai escaparan de Arakan. Sin embargo, su tenaz defensa se vio ayudada por el hecho de que el cuerpo de Christison estaba más ocupado en los preparativos de la operación Drácula, por lo que una gran parte de sus fuerzas ya habían sido retiradas.

* * *

En la propia China la campaña se había malogrado para las fuerzas de Chiang Kai-shek durante 1944, lo cual había llevado a un cambio en la decisión de la conferencia Trident sobre las prioridades para el suministro aéreo. Ahora se hacía énfasis en reforzar a los ejércitos chinos en lugar de a las fuerzas aéreas estratégicas estadounidenses en China. En la provincia occidental de Yunnan una ofensiva a cargo de doce divisiones chinas había sido detenida por una sola división japonesa, aunque la superioridad numérica fuera de 7 a 1.

En el frente norte de Birmania, las fuerzas de Stilwell, mayoritariamente chinas, habían avanzado poco durante la primavera, contra tres débiles divisiones del 33.^º Ejército de Honda, en su intento de avanzar a través de Myitkyina, contra el flanco norte de la carretera de Birmania. No obstante, en otoño se produjo una mejora, después de que los exhaustos *chindits* fueran sustituidos por la 36.^a División indobritánica, y también, irónicamente, después de que la mayoría de las divisiones chinas hubieran sido retiradas para hacer frente a la ofensiva japonesa en China. Otra mejora se produjo tras la sustitución de Stilwell por Wedemeyer, y bajo el mando de este, por la asunción del NCAC (Northern Combat Area Command) por parte del general Sultan, otro general estadounidense recién llegado.

En diciembre las fuerzas de Sultan, entre ellas, sin menoscabo, las dos últimas divisiones chinas, avanzaron rápidamente y las débiles divisiones japonesas de Honda se vieron obligadas a retirarse, en dirección sudoeste, hacia Mandalay. A mediados de enero la franja centro-oeste de la carretera de Birmania estaba despejada de japoneses. En abril toda ella, desde Mandalay a China, volvía a estar abierta.

* * *

A mediados de noviembre de 1944, el XXXIII Cuerpo de Stopford había establecido una cabeza de puente a través del Chindwin y el IV Cuerpo de Messervy avanzó entonces en dirección este hacia la llanura

Shwebo-Mandalay, enlazando en Banmauk, al noroeste de Indaw, con la 36.^a División de Festing, que para entonces había penetrado tan al sur como Indaw y Katha, en el Irrawaddy. Ante la falta de oposición quedó claro que los japoneses se estaban retirando de la llanura de Shwebo, defraudando las esperanzas de Slim de cercarlos y aplastarlos en terreno abierto con su superioridad en blindados, artillería y fuerza aérea. Los japoneses se replegaban a posiciones en el Irrawaddy, cerca de Mandalay. Por tanto, Slim modificó su plan. Mientras que el XXXIII Cuerpo de Stopford (con el equivalente de cuatro divisiones) avanzaba hacia Mandalay desde el norte para ocupar los cruces del Irrawaddy, el IV Cuerpo (con el equivalente de tres divisiones) debía avanzar en dirección sur desde Kalemyo hasta el valle de Myittha, con el mayor sigilo posible, y después desde Gangaw desplazarse al sudeste para lograr un cruce sobre el curso inferior del Irrawaddy cerca de Pakokku, con el objetivo de crear una barrera estratégica próxima a Meiktila a través de la retaguardia de las fuerzas japonesas que ocupaban Mandalay, bloqueando de ese modo su retirada hacia el sur y la llegada de suministros desde Rangún. El conjunto de este plan de cerco en el frente central dependía de la solución de los problemas logísticos y, especialmente, del adecuado suministro aéreo.

A principios de 1945, mientras el IV Cuerpo se preparaba para su profundo movimiento de flanqueo, el XXXIII Cuerpo de Stopford continuó su avance meridional hacia Mandalay. Alcanzó Shwebo, que fue ocupado el 10 de enero, Monywa (en el Chindwin) el 22 y otra de sus divisiones ya había asegurado los cruces del Irrawaddy entre ochenta y cien kilómetros al norte de Mandalay. De ese modo había una triple línea de avance y amenaza. A excepción de un destacamento periférico frente a Mandalay, todos los japoneses ya estaban en la orilla este del Irrawaddy.

El nuevo plan de Slim funcionó caso a la perfección. La captura por parte de Messervy de Kahnla, cerca de Pakokku, el 10 de febrero fue la señal para que empezara la operación. El 14 su división de vanguardia capturó una cabeza de puente cerca de Nyaunga, al sur de Pakokku, donde las tropas nacionalistas indias que defendían la zona fueron fácilmente vencidas. Su fuerza de choque al mando del general Cowan, la 17.^a División, especialmente motorizada, además de una brigada de tanques, se hizo con Taungha, el día 24 y llegó a las afueras de Meiktila el 28. Fue aislado momentáneamente cuando un destacamento japonés volvió a ocupar Taungha, pero recibió suministros adecuados por vía aérea y pudo, así, capturar Meiktila el 3 de marzo, después de dos días de combates. Entonces

Cowan hizo todo lo que pudo para mantener la iniciativa y conservar la confusión sobre los japoneses, mediante una serie de incursiones agresivas en varias direcciones, a cargo de pequeñas columnas de infantería con tanques.

Los japoneses estaban en una situación peligrosa: en apuros alrededor de Mandalay y con sus comunicaciones con la retaguardia cortadas, además de superados en número por mucho en el terreno y básicamente sin apoyo aéreo. Pese a todo, combatieron ferozmente. Los repetidos ataques contra Fuerte Dufferin, su baluarte en Mandalay, fueron rechazados, y llevaron a cabo una contraofensiva desesperada en la zona de Meiktila para restablecer sus líneas de comunicación. Dos divisiones avanzaban desde el sur mientras una tercera descendía desde Mandalay, las tres formaban parte del 33.^º Ejército de Honda (que se había retirado del frente norte y de la carretera de Birmania). A mediados de marzo esta batalla se encontraba en una fase crítica, pero para finales de mes se derrotó la contraofensiva japonesa y fue abandonada. Mientras tanto, Stopford por fin había capturado Fuerte Dufferin, y Mandalay, el día 20. Al darse cuenta de lo desesperado de la situación, el 15.^º Ejército había abandonado su intento de conservar Mandalay y se había retirado en dirección sur. El centro de Birmania estaba en manos británicas y el camino a Rangún despejado. Los dos cuerpos británicos habían tenido diez mil bajas en estas semanas de combates, pero las pérdidas japonesas eran muy superiores, alcanzando quizás un tercio del total de su ya menguada fuerza. Y lo que era peor para las posibilidades de seguir resistiendo: la pérdida de equipamiento sufrida, cuando tuvieron que retirarse en dirección este hacia las colinas de Shan a través de una ruta larga y enrevesada.

Mientras que el camino a Rangún estaba despejado para los británicos, había que llegar pronto a la ciudad porque se acercaban los monzones, uno al hecho de que el transporte aéreo estadounidense iba a ser retirado de Birmania para ser enviado a China a principios de junio. Rangún estaba a casi quinientos kilómetros de Meiktila y todo el sistema de suministros, que ya estaba tensionado, del 14.^º Ejército de Slim se quebraría si no se capturaba antes un puerto en el sur de Birmania para compensar el traslado de los aviones estadounidenses y poder ofrecer una línea de suministro marítimo alternativa para el ejército de Slim. El 3 de abril Mountbatten tomó la decisión de poner en marcha la operación Drácula para principios de mayo, como garantía en caso de que el ejército de Slim no llegara a Rangún a tiempo. Sería llevada a cabo por una división del cuerpo de Christison con un regimiento de tanques medios y un batallón de paracaidistas gurkas.

* * *

Los planes de Slim para explotar hacia el sur del avance desde Mandalay y Meiktila consistían en que el IV Cuerpo de Messervy descendería por la carretera principal y el ferrocarril, mientras que el XXXIII Cuerpo de Stopford avanzaría por ambas orillas del Irrawaddy. Este último dependería para su suministro del transporte fluvial, mientras que el otro continuaría contando con el abastecimiento aéreo.

Los japoneses esperaban poder conservar el Irrawaddy con las tropas de su 28.^º Ejército procedente de Arakan, y que los restos de sus otros dos ejércitos serían capaces de bloquear a Messervy. Pero se vio que esta era una vana esperanza, ya que los restos no estaban en condiciones de combatir. Mientras tanto, la 5.^a División, originalmente la reserva de Slim, avanzó y el 14 de abril capturó Yemethin, a unos sesenta kilómetros al sur de Mektila. El XXXIII Cuerpo de Stopford también comenzó su avance Irrawaddy abajo y el 3 de mayo su división de vanguardia alcanzó Prome, a mitad de camino de Rangún, mientras el 28.^º Ejército japonés se vio bloqueado en la orilla oeste del Irrawaddy. La punta de lanza de Messervy, tras un lento inicio, avanzó todavía más rápido por la carretera principal, alcanzando Toungoo (a la altura de Prome) el 22 de abril, donde destruyó los restos del 15.^º Ejército japonés que se estaban retirando a través de las montañas Shan. Para entonces otros restos de unidades japonesas estaban 160 kilómetros atrás. Una semana después la punta de lanza de Messervy llegó a Kadok, a 145 kilómetros de Toungoo y a solo 110 kilómetros de Rangún. Allí encontró una resistencia mayor, ya que los japoneses trataban de mantener una conexión abierta con el este, a través de Tailandia. En pocos días la resistencia fue vencida, pero, aunque la retención fue breve bastó para privar a los hombres de Messervy del honor de liberar Rangún.

Y es que el 1 de mayo se había puesto en marcha Drácula con un lanzamiento paracaidista en la desembocadura del río Rangún y desembarcos anfibios en ambas orillas. Al enterarse de que los japoneses ya estaban evacuando la ciudad, toda la fuerza se volvió a embarcar y remontó el río, entrando en la ciudad al día siguiente. A primera hora del 6 de mayo se encontró con la vanguardia de Messervy que avanzaba hacia el sur desde Kadok y Pegu. La liberación de Birmania estaba virtualmente terminada.

La falta de oposición durante la fase final de la campaña se debió fundamentalmente a que los japoneses habían retirado gran parte de sus fuerzas aérea y naval, para hacer frente a una amenaza mayor ante el avance estadounidense en el Pacífico. Ante más de 800 aviones de combate aliados (650 bombarderos y 177 cazas) solo podían presentar 50 aparatos obsoletos.

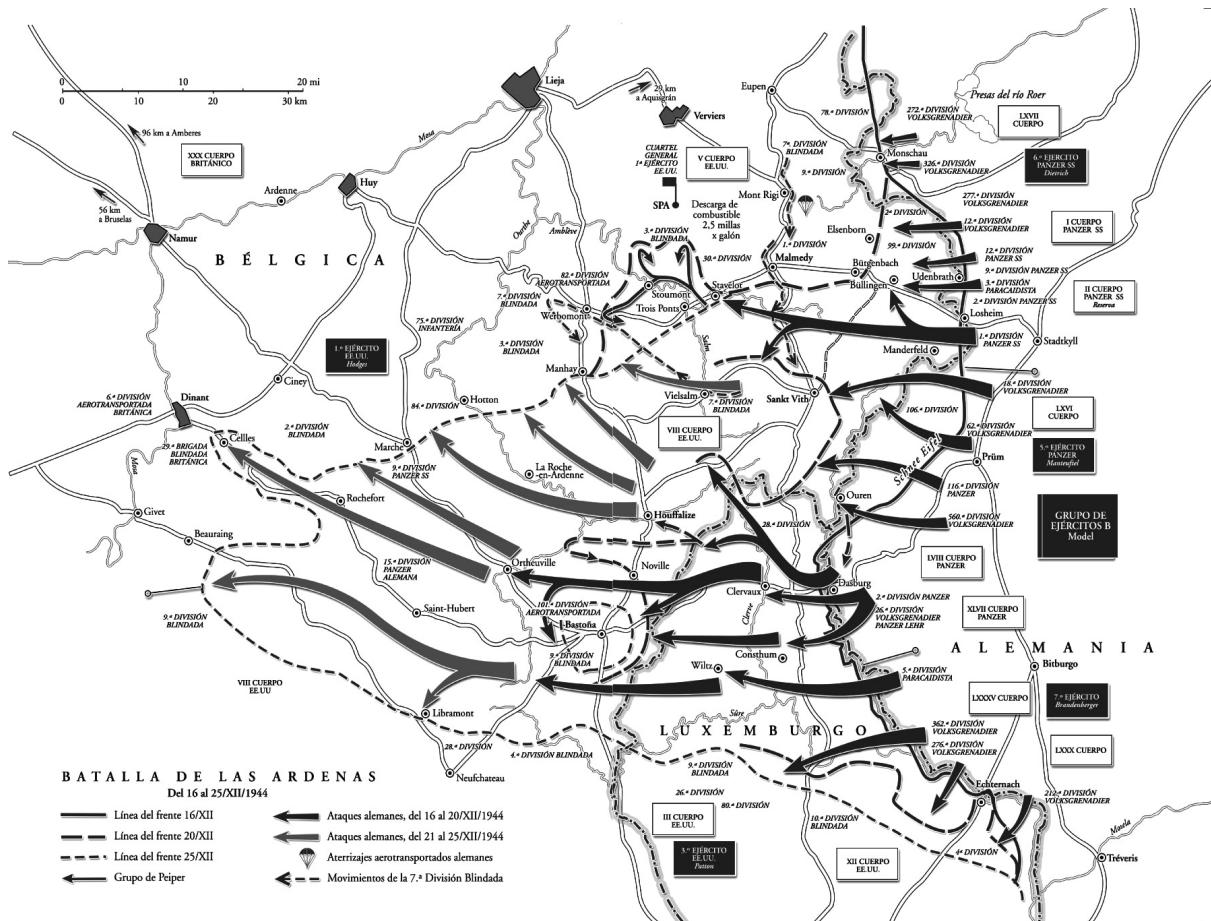
Además, el éxito del enérgico avance británico en su conjunto había dependido de los aviones de transporte estadounidenses que aseguraban su abastecimiento.

La contraofensiva de Hitler en las Ardenas

El 15 de diciembre de 1944 Montgomery escribió una carta a Eisenhower en la que decía que le gustaría pasar las Navidades en casa antes de lanzar la siguiente gran ofensiva en el Rin. Adjuntaba un número de cuenta para el pago de 5 libras por una apuesta que había hecho Eisenhower, el año anterior, en el sentido de que la guerra se habría terminado para las Navidades de 1944. [1] Ese recordatorio burlón no era de buen gusto, ya que tan solo quince días antes —en una carta que había hecho entrar en cólera a Ike— había criticado mordazmente la estrategia de Eisenhower y su incapacidad para acabar con los alemanes, llegando a sugerir que debía abandonar el mando supremo. [2]

Mostrando una paciencia ejemplar, Eisenhower decidió tomarse la segunda carta de Montgomery como una broma en lugar de como una pulla. En su respuesta del día 16 escribió: «Todavía me quedan nueve días, y como parece casi seguro que tendrás cinco libras más en Navidad, no las recibirás hasta ese día».

Ninguno de ellos, ni sus comandantes subordinados, preveía una posible interferencia enemiga en la ejecución de sus planes ofensivos. En su última valoración de la situación, enviada a sus tropas del 21.^º Grupo de Ejércitos, Montgomery decía: «Actualmente el enemigo combate en una campaña defensiva en todos los frentes; su situación hace que no pueda llevar a cabo grandes operaciones ofensivas». Bradley, que mandaba las fuerzas estadounidenses del 12.^º Grupo de Ejércitos, era de la misma opinión.



No obstante, esa misma mañana del 16 de diciembre el enemigo lanzó una ofensiva extraordinaria que trastocó los planes de los comandantes aliados. El ataque se produjo contra el frente del 1.^{er} Ejército estadounidense en las Ardenas, un sector boscoso y accidentado en el que los efectivos se habían reducido para poder concentrar la máxima fuerza en las vías de penetración a Alemania, que eran menos escarpadas. Respecto a las Ardenas como lugar inadecuado para su propio ataque, los aliados tendían a despreciarlo como posible vía de un ataque enemigo. Y, sin embargo, había sido aquí donde los alemanes eligieron llevar a cabo su ataque relámpago cuatro años antes, destrozando el frente aliado en 1940 y provocando el hundimiento de Europa occidental. Era extraño que los mandos aliados de 1944 estuvieran tan ciegos ante la posibilidad de que Hitler pudiera intentar repetir la sorpresa y el éxito en el mismo sector.

La noticia del ataque tardó en llegar a los cuarteles generales de la retaguardia, y fueron aún más lentos en reconocer su amenaza. Fue a primera

hora de la tarde cuando la noticia se supo en el SHAEF^[3], el cuartel general de Eisenhower en Versalles, donde estaba discutiendo con Bradley los siguientes pasos de la ofensiva estadounidense. Bradley dijo con sinceridad que contempló el golpe alemán simplemente como «un ataque para entorpecer el suyo».^[4] Eisenhower dijo: «estuve convencido de inmediato de que no se trataba de un ataque local»,^[5] pero el hecho significativo es que las dos divisiones que tenía la reserva del SHAEF no fueron alertadas para desplazarse a la zona hasta la tarde del día siguiente, el 17.

Para entonces, el escaso frente de las Ardenas —donde cuatro divisiones del VIII Cuerpo del general Middleton defendían una franja de unos 130 kilómetros— había saltado por los aires ante el ataque de veinte divisiones alemanas, de las cuales siete eran acorazadas, que reunían casi mil tanques y cañones de asalto blindados. Al regresar a su cuartel general táctico en Luxemburgo, Bradley se encontró con su desconcertado jefe de Estado Mayor dándole vueltas al mapa en la sala de guerra y exclamando: «¿De dónde demonios ha sacado este hijo de puta todas esas fuerzas?».^[6] La situación era aún peor de lo que sabía en ese momento su cuartel general. Las puntas de lanza de los *panzer* ya habían penetrado hasta casi cuarenta kilómetros y una de ellas había llegado a Stavelot. Hasta entonces el comandante del 1.^{er} Ejército de Estados Unidos, Hodges, también había subestimado el ataque alemán, y en un principio insistió en seguir adelante con su propia ofensiva contra los diques del Roer, más al norte. No fue hasta la mañana del 18 cuando se dio cuenta de la gravedad de la amenaza al descubrir que los alemanes habían cruzado Stavelot y estaban cerca de su propio cuartel general en Spa, que fue rápidamente trasladado a una zona más segura en retaguardia.

La lentitud del Alto Mando para darse cuenta de la situación se debió en parte a la lentitud con la que les llegaba la información del frente. A su vez, esto se debía en gran medida al modo en que los comandos alemanes, que se habían infiltrado camuflados a través del frente roto, cortaron muchos de los cables telefónicos que procedían del frente, sembrando así la confusión.

Pero todo esto no explica la aparente ceguera del Alto Mando ante la posibilidad de un contraataque alemán en las Ardenas. La inteligencia aliada sabía desde octubre que se estaban retirando divisiones *panzer* de la línea de combate para equiparlas de cara a nuevos combates y que una parte se había convertido en un nuevo 6.^º Ejército SS Panzer. A principios de diciembre se informó de que el cuartel general del 5.^º Ejército Panzer, tras ser relevado en la zona de Roer, al oeste de Colonia, había sido trasladado a Coblenza. Además, se habían detectado formaciones blindadas desplazándose hacia las

Ardenas, mientras que habían aparecido allí, en primera fila, divisiones de infantería recién formadas. Después, el 12 y 13 de diciembre llegaron informes sobre dos divisiones especialmente célebres por la rapidez de sus acciones, la Grossdeutschland y la 116.^a Panzer habían llegado a esa zona tranquila. Y el día 14 se supo que los alemanes estaban llevando material para construir puentes hasta el río Our, que cubría la mitad sur del frente estadounidense en las Ardenas. Tan pronto como el 4 de diciembre un soldado alemán capturado en la zona reveló que se estaba preparando un gran ataque allí, y su relato fue confirmado por otros muchos prisioneros en los días siguientes. También decían que el ataque estaba previsto para la semana anterior a Navidad.

¿Por qué tantos indicios cada vez más significativos recibieron tan poca atención? El jefe de inteligencia del 1.^{er} Ejército no se llevaba bien con el jefe operativo ni con el de inteligencia de todo el grupo de ejércitos, aparte de ser considerado un alarmista con tendencia a avisar de la llegada del lobo.^[7] Además, él mismo tampoco había extraído deducciones claras de las informaciones que había reunido. En cuanto al VIII Cuerpo, amenazado de manera inmediata, llegó a la conclusión peligrosamente errónea de que la llegada de nuevas divisiones a su zona del frente era una simple manera que tenía el enemigo de proporcionar experiencia en el frente a las nuevas unidades antes de utilizarlas en otros lugares. Esto «indica su deseo de mantener esta zona del frente tranquila e inactiva».

Sin embargo, más allá de la falta de una visión clara de la fuerza del ataque por parte de la inteligencia, el error de apreciación del Alto Mando Aliado parece que se debió a cuatro factores. Llevaban tanto tiempo en modo ofensivo que apenas podían imaginar que el enemigo tomara la iniciativa. Estaban tan imbuidos de la idea militar de que «el ataque es la mejor defensa» que se sentían peligrosamente seguros de que el enemigo no podría contraatacar de manera efectiva mientras continuaran con su propio ataque. Pensaban que aunque el enemigo intentara un contraataque solo sería en respuesta inmediata a su propio avance directo hacia Colonia y los centros industriales del Ruhr. Esperaban aún más que se siguiera esta ortodoxia y cautela por parte enemiga desde que Hitler había nombrado al veterano mariscal Rundstedt, que para entonces había cumplido setenta años, comandante en jefe del oeste.

Se demostró que estaban equivocados en todos esos aspectos, y el efecto engañoso de los tres primeros se multiplicaba por el error de la última suposición. Rundstedt no tenía nada que ver con el contraataque excepto de

manera nominal, aunque los aliados la denominaron «ofensiva Rundstedt», lo que le molestó tanto entonces como después, ya que no solo estaba en desacuerdo con la ofensiva, sino que se lavó las manos y dejó que sus subordinados la llevaran a cabo lo mejor que pudieran. Su cuartel general se convirtió en una simple oficina de correos para las órdenes de Hitler.

La idea, la decisión y el plan estratégico era completamente obra de Hitler. Se trataba de un concepto brillante y podría haberse convertido en un gran éxito si hubiera seguido teniendo suficientes recursos, así como fuerzas, para garantizarle una posibilidad razonable de lograr sus grandes objetivos. El espectacular éxito inicial se debió en parte a las nuevas tácticas desarrolladas por el joven general Hasso von Manteuffel, al que Hitler acababa de ascender del mando de una división al de un ejército, a la edad de cuarenta y siete años. Pero también se debió al efecto ampliamente paralizante de una idea genial de Hitler, solo aplicada a medias, que tenía como objetivo permitir una victoria sobre los ejércitos aliados, con sus millones de hombres, mediante el audaz uso de unos pocos cientos. Para su realización utilizó otro de sus descubrimientos, Otto Skorzeny, de treinta y seis años, al que había enviado durante el año anterior a una incursión con planeadores para liberar a Mussolini encarcelado en una prisión en lo alto de una montaña.

Esa última genialidad de Hitler recibió el nombre de operación Greif (la palabra alemana para esa criatura mítica llamada grifo). El nombre era acertado, ya que su mayor efecto sería crear un engaño gigantesco y alarmante tras las líneas aliadas.

Tal y como estaba prevista, esta operación se desarrollaría en dos oleadas que constituían una visión moderna en términos estratégicos de la estratagema del caballo de Troya en la leyenda de Homero. En la primera oleada una compañía de comandos que hablaban inglés y llevaban uniformes estadounidenses encima de los alemanes y conducían *jeeps* de esa nacionalidad, debían avanzar en pequeños grupos, una vez penetrado el frente, para cortar las líneas telefónicas, cambiar las señales para dirigir a lugares equivocados a las reservas de los defensores, colgar cintas rojas para dar a entender que las carreteras estaban minadas y crear toda la confusión que pudieran generar. La segunda consistía en toda una brigada *panzer* que camuflada como unidad estadounidense debía avanzar para capturar los puentes sobre el Mosa.

Esta segunda parte del plan nunca se llevó a cabo. El Estado Mayor del grupo de ejércitos no fue capaz de proporcionar más que una parte de los tanques y camiones estadounidenses necesarios y los restantes tuvieron que

ser vehículos alemanes camuflados. Este leve disfraz exigía cautela y no se produjo ninguna ruptura clara en el sector norte, donde esta brigada estaba a la espera. Su avance debió posponerse y, finalmente, abandonarse.

Sin embargo, la primera oleada logró un éxito asombroso, incluso mayor de lo esperado. Unos cuarenta *jeeps* lograron atravesar las líneas y estuvieron ocupados en su misión de sembrar la confusión. Todos menos ocho lograron volver sanos y salvos. Los pocos que cayeron en manos estadounidenses generaron mayores problemas al crear inmediatamente la impresión de que había muchos de esos grupos de sabotaje tras las líneas estadounidenses. Uno de los resultados fue producir un inmenso atasco de tráfico en su búsqueda, siendo detenidos cientos de soldados estadounidenses que no supieron contestar satisfactoriamente a sus interrogadores. El propio Bradley dijo:

(...) medio millón de soldados jugaban al ratón y el gato entre sí cada vez que se encontraban en la carretera. En cada cruce que atravesaba no había rango, credenciales o protestas que le ahorraran al viajero un interrogatorio. En tres ocasiones me ordenaron que demostrara mi identidad unos soldados cautos. La primera vez al identificar Springfield como la capital de Illinois (mi interrogador afirmaba que era Chicago); la segunda al localizar con precisión a los diferentes jugadores de una línea del fútbol americano y la tercera al darle el nombre del marido de una rubia llamada Betty Grable. El nombre de Grable me detuvo, pero el centinela no. Contento de haberme dejado sin palabras, al menos me dejó pasar.^[8]

Fue aún más difícil para los oficiales de enlace británicos y los de Estado Mayor de visita, que no sabían las respuestas adecuadas a esas preguntas.

El día 19, uno de los comandos capturados dijo, al ser interrogado, que algunos de los grupos sentían como misión matar a Eisenhower y otros comandantes de alto rango. Era un rumor sin fundamento que había circulado en el campamento de formación antes de que les comunicaran su misión real. No obstante, al transmitirse al cuartel general aliado, creó un pánico en el servicio de seguridad que amplió la red de precauciones paralizantes hasta París, manteniéndola así durante diez días.

El ayudante naval de Eisenhower, el capitán Butcher, escribió en su diario el día 23:

He ido a Versalles hoy y he visto a Ike. Está prisionero de su propia policía de seguridad y está totalmente irritado, en vano, por las

restricciones sobre sus movimientos. Hay todo tipo de guardias, algunos con ametralladoras, alrededor de la casa, y tiene que desplazarse a la oficina y desde allí, precedido y, a veces seguido, por una guardia armada a bordo de un jeep.^[9]

Afortunadamente los alemanes también sufrieron mucho por dificultades autoimpuestas, así como por el agotamiento de sus recursos al intentar cumplir los objetivos de Hitler excesivamente ambiciosos. En efecto, en la planificación a gran escala, su imaginación se desbocaba.

Manteuffel resumió bien el proyecto:^[10]

El plan de la ofensiva de las Ardenas fue elaborado completamente por el OKW [el cuartel general de Hitler] y nos lo enviaron como una «orden del *Führer*» cerrada. El objetivo fijado era lograr una victoria decisiva en el oeste lanzando dos ejércitos *panzer* —el 6.º al mando de Dietrich y el 5.º mandado por mí mismo—. El 6.º debía atacar al noroeste, cruzando el Mosa entre Lieja y Huy, y avanzar hacia Amberes. Tenía el papel principal y, también, la mayor fuerza. Mi ejército debía avanzar a lo largo de una línea más curvada, cruzar el Mosa, entre Namur y Dinant, y marchar hacia Bruselas, para cubrir el flanco... El objetivo de toda la ofensiva era aislar al ejército británico de sus bases de suministro para forzarles a evacuar el Continente.^[11]

Hitler se imaginaba que si provocaba un segundo Dunquerque, Gran Bretaña prácticamente se retiraría de la guerra, y él podría respirar y detener a los rusos, provocando un punto muerto en el este.

El plan se presentó a Rundstedt y al jefe del grupo de ejércitos, el mariscal Model, a finales de octubre. Al describir sus reacciones Rundstedt dijo:

Estaba estupefacto. Hitler no me había consultado sobre sus posibilidades. Para mí era obvio que las fuerzas disponibles eran claramente insuficientes como para un plan ambicioso en extremo. Model era de mi opinión. De hecho, ningún militar creía que el objetivo de llegar a Amberes fuese realmente factible. Sin embargo, para entonces ya sabía que era inútil protestar ante Hitler sobre las *posibilidades* de nada. Tras consultarla con Model y Manteuffel me di cuenta de que la única esperanza para alejar a Hitler de este objetivo fantasioso era plantearle una propuesta alternativa que pudiera atraerle

y que fuera más factible. Se trataba de una ofensiva limitada con el objetivo de eliminar el saliente aliado alrededor de Aquisgrán.^[12]

No obstante, Hitler rechazó este plan más modesto e insistió en el proyecto original. Los preparativos fueron todo lo sigilosos que fue posible. Manteuffel dijo:

Todas las divisiones de mi propio 5.º Ejército Panzer fueron reunidas, pero se las mantuvo muy espaciadas, entre Trier y Krefeld, de modo que los espías y la población civil no pudieran sospechar lo que se pretendía. A las tropas se les dijo que debían prepararse para hacer frente al ataque previsto contra Colonia. Solo una cantidad muy limitada de oficiales de Estado Mayor fueron informados del plan real.^[13]

El 6.º Ejército SS Panzer se concentró aún más atrás, en el área entre Hannover y el Weser. Sus divisiones habían sido retiradas de primera línea para que se recuperaran y equiparan. Curiosamente a Sepp Dietrich no le informaron de la misión prevista para él, ni le consultaron sobre el plan que debía llevar a cabo hasta que el momento de la ofensiva estuvo mucho más próximo. La mayoría de los comandantes de división solo fueron avisados con pocos días de antelación. En el caso del 5.º Ejército Panzer de Manteuffel, el movimiento hacia la línea de partida se llevó a cabo durante tres noches.

El camuflaje estratégico ayudó a la sorpresa, pero hubo que pagar un precio elevado por el extremo secretismo interno, especialmente en el caso del 6.º Ejército SS Panzer. Los comandantes, informados tan tardíamente, tuvieron muy poco tiempo para estudiar el problema, reconocer el terreno y hacer preparativos. Como resultado, se pasaron por alto muchas cosas y se produjeron muchas complicaciones cuando comenzó el ataque. Hitler, que había elaborado detalladamente el plan en su cuartel general, con Jodl, parecía que pensaba que eso era suficiente como para su realización. No prestó atención a las circunstancias locales o los problemas individuales de sus ejecutores. Era igualmente optimista sobre las necesidades de las fuerzas involucradas.

Rundstedt señaló: «No había refuerzos adecuados, ni suministro de municiones, y aunque la cantidad de divisiones acorazadas era alta, su número de tanques era bajo, en gran medida era una fuerza sobre el papel».^[14]

Sin embargo, la mayor carestía de todas era la del combustible. Manteuffel dijo:

Jodl nos había asegurado que habría suficiente gasolina como para avanzar a pleno rendimiento y poder penetrar la línea enemiga. Esta garantía resultó completamente equivocada. Parte del problema estribaba en que el OKW hacía un cálculo matemático y estereotipado de la cantidad de gasolina necesaria para desplazar cien kilómetros una división. Mi experiencia en Rusia me había enseñado que se necesitaba el doble de esa magnitud en condiciones de combate. Jodl no lo entendía.

Teniendo en cuenta las dificultades complementarias que cabía esperar en una batalla invernal en un terreno tan difícil como las Ardenas, dije personalmente a Hitler que había que proporcionar cinco veces la magnitud estándar de gasolina. En realidad, cuando comenzó la ofensiva solo se había suministrado una vez y media del estándar. Y lo que es peor, gran parte estaba a gran distancia, en retaguardia, en largas columnas de camiones en la orilla este del Rin. Cuando se despejó la niebla, y las fuerzas aéreas aliadas entraron en acción, su transporte se interrumpió gravemente.^[15]

Las tropas, que ignoraban todas estas debilidades subyacentes, tenían una notable confianza en Hitler y sus promesas de victoria. Rundstedt dijo: «La moral de las tropas que tomaron parte era asombrosamente alta al principio de la ofensiva. Realmente creían que la victoria era posible, a diferencia de los altos mandos, que conocían los hechos».

Runstedt retrocedió a un segundo plano en cuanto Hitler rechazó el plan «más pequeño», dejando a Model y Manteuffel (que tenían más posibilidades de influir en Hitler) pelear por los cambios técnicos del plan, que era todo lo que Hitler iba a tener en cuenta. Rundstedt solo participó nominalmente en la conferencia final, que tuvo lugar el 12 de diciembre en su cuartel general de Ziegenberg, cerca de Bad Nauheim. Hitler estuvo presente y controló los procedimientos.

En cuanto a los cambios técnicos y mejoras tácticas, son descritos de manera muy vívida por el relato de Manteuffel, que coincide con las pruebas reunidas posteriormente de la documentación y otras fuentes.

Cuando vi las órdenes de Hitler para la ofensiva me asombró descubrir que incluso fijaban el método y la cronología del ataque. La artillería debía abrir fuego a las 07:30 y el ataque de la infantería se iniciaría a las 11:00. Entre ambas horas la Luftwaffe debía bombardear los cuarteles generales y las comunicaciones.

Las divisiones acorazadas no debían atacar hasta haber logrado la ruptura del frente por parte de la masa de infantería. La artillería estaba dispersa en todo el frente de ataque.

Esto me parecía una locura en varios aspectos, por lo que de inmediato ideé un método diferente y se lo expliqué a Model. Este estuvo de acuerdo, pero señaló sarcásticamente: «Es mejor que lo discutas con el *Führer*». Le contesté: «De acuerdo, lo haré si vienes conmigo». Así que el 2 de diciembre los dos fuimos a ver a Hitler a Berlín.

Comencé diciendo: «Ninguno sabe el tiempo que hará el día del ataque. ¿Está seguro de que la Luftwaffe cumplirá su parte frente a la superioridad aérea aliada? Le recordé a Hitler dos ocasiones anteriores en que las divisiones acorazadas no habían podido desplazarse a la luz del día.» Después continué: «Todo lo que hará la artillería a las 07:30 será despertar a los estadounidenses. Entonces tendrán tres horas y media para organizar sus defensas antes de que se produzca nuestro ataque». También señalé que la masa de la infantería alemana no era tan buena como había sido, y que apenas era capaz de llevar a cabo una penetración tan profunda como se le pedía, especialmente en un terreno tan difícil. Las defensas estadounidenses consistían en una cadena de puestos defensivos avanzados, con su línea principal de resistencia muy por detrás, y esta sería más difícil de penetrar.

Propuse a Hitler una serie de cambios. El primero que el ataque se llevara a cabo a las 05:30, al abrigo de la oscuridad. Por supuesto, esto limitaría los objetivos de la artillería, pero le permitiría concentrarse en algunos clave, como baterías, depósitos de municiones y cuartel general, que habrían sido localizados de manera precisa.

En segundo lugar, le propuse crear un «batallón de asalto» en cada división de infantería, compuesto por los oficiales y soldados más expertos. (Yo mismo elegí los oficiales). Estas unidades debían avanzar en la oscuridad a las 05:30, sin fuego de artillería a modo de cobertura, y penetrar entre los puestos defensivos avanzados de Estados Unidos. En lo posible debían evitar combatir hasta que hubieran profundizado mucho.

Los reflectores, proporcionados por la artillería antiaérea, debían iluminar el camino de las tropas de asalto proyectando sus haces de luz en las nubes, para reflejarla hacia abajo. Me había impresionado mucho una demostración de este tipo que acababa de presenciar poco antes y pensaba que sería la clave para una rápida penetración antes de que se hiciera de día.

Después de describir mis propuestas alternativas ante Hitler, le transmití que no era posible llevar a cabo la ofensiva de ninguna otra manera si queríamos tener una razonable posibilidad de éxito. Insistí en que: «A las 16:00 sería de noche, por lo que solo hay cinco horas, tras el ataque a las 11:00 para lograr la penetración en el frente. Es muy dudoso que se pueda llevar a cabo en ese lapso de tiempo. Si adopta mi idea, conseguirá otras cinco horas y media para lograrlo. Después, cuando se haga de noche, puedo enviar los tanques. Avanzarán de noche, dejando atrás la infantería, y al anochecer del día siguiente podrían lanzar su propio ataque contra la posición principal con una vía de aproximación despejada».^[16]

Según Manteuffel Hitler aceptó estas sugerencias sin un murmullo, lo cual era significativo. Parecería que estaba dispuesto a escuchar sugerencias por parte de unos cuantos generales en los que confiaba —Model era uno de ellos—, pero tenía una desconfianza instintiva hacia la mayoría de los generales más viejos. Además, su confianza en su Estado Mayor personal se mezclaba con su percepción de que carecían de experiencia en las condiciones del campo de batalla.

Sin embargo, la mejora de las posibilidades de la ofensiva que pudieran aportar estos cambios tácticos se compensaba por una reducción de la fuerza que iba a utilizarse en ella. En efecto, los comandantes ejecutivos pronto se enteraron de que una parte de las fuerzas que les habían prometido no iban a estar disponibles dada la presión amenazante de los ataques rusos en el este.

El resultado fue que el ataque convergente en Maastricht por parte del 15.^º Ejército (mandado ahora por Blumentritt) debía abandonarse, dejando a los aliados libres para trasladar reservas desde el norte. Además, el 7.^º Ejército, que debía avanzar como protección del flanco del ala sur de la ofensiva se iba a quedar con solo unas pocas divisiones, ninguna de ellas *panzer*.

Respecto a la planificación, una serie de puntos clave merecen énfasis y deben tenerse en cuenta a lo largo de la narración de las operaciones en la ofensiva de las Ardenas. El primero es la importancia del tiempo nublado en los planes alemanes. Los líderes de ese país eran muy conscientes de que los

aliados podían utilizar más de cinco mil bombarderos en la batalla, mientras que Göring solo podía prometer mil aviones de todo tipo como apoyo aéreo. Hitler, que se había vuelto receloso de las promesas de la Luftwaffe, rebajó la cifra a una cifra entre ochocientos y novecientos cuando presentó su plan a Rundstedt. Al final, su estimación solo se cumplió un día, y fue cuando la batalla terrestre ya estaba decidida.

Un segundo factor fue que, después del complot de julio ningún general alemán podía (o quería) oponerse categóricamente a los planes de Hitler, por muy insensatos que fueran; lo más que podían lograr era convencerle de aceptar modificaciones técnicas y tácticas, e incluso así, solo era susceptible de aceptar las sugerencias de aquellos generales en los que tenía una confianza especial.

Otros factores importantes fueron la reducción de la fuerza prometida originalmente; el papel propuesto para los ejércitos de apoyo; el efecto de los ataques estadounidenses en noviembre alrededor de Aquisgrán a la hora de absorber divisiones destinadas inicialmente a la contraofensiva alemana; el retraso en lanzar esta desde noviembre a diciembre, cuando las condiciones atmosféricas eran menos favorables; y las muchas diferencias desfavorables entre la *blitzkrieg* de 1940 y la de 1944.

Mucho dependía del rápido avance del 6.^º Ejército SS Panzer de Dietrich, que era el más cercano al Mosa en el sector clave. Las tropas aerotransportadas hubieran sido mucho más valiosas para abrir camino en este punto, pero habían sido utilizadas mayormente en combates terrestres defensivos. Tan solo pudieron reunir un millar de paracaidistas, apenas una semana antes de la ofensiva, formando un batallón al mando del coronel Von der Heydte. Este, al ponerse en contacto con el mando de la Luftwaffe, se encontró con que más de la mitad de las tripulaciones de los aviones asignados no tenían experiencia en operaciones paracaidistas y que no había el equipamiento necesario.

La misión encomendada finalmente a los paracaidistas no fue capturar uno de los peligrosos desfiladeros situados ante el avance *panzer*, sino lanzarse sobre el monte Rigi, cerca del cruce de caminos Malmedy-Eupen-Verviers y crear un bloqueo de flanco para retrasar el envío de refuerzos aliados desde el norte. No obstante, durante la tarde anterior al ataque el transporte prometido para llevar a las compañías a los aeródromos no se presentó y el lanzamiento se pospuso hasta la noche siguiente, cuando las tropas terrestres ya habían iniciado la ofensiva. Entonces solo un tercio de los aviones logró alcanzar la zona de lanzamiento correcta, y como Von der

Heydte solo había podido reunir a unos doscientos hombres, no pudo capturar los cruces de caminos y crear una posición de bloqueo. Durante varios días hostigó en las carreteras con pequeñas partidas de incursión, y después, como no había señales de la llegada de las fuerzas de Dietrich para relevarlos, trató de salir a su encuentro, hacia el este, pero fue capturado en el camino.

El golpe del ala derecha de Dietrich fue bloqueado pronto por la dura defensa de los estadounidenses en Monschau. El del ala izquierda logró penetrar y, dejando atrás Malmedy, consiguió un punto de cruce sobre el Amblève, más allá de Stavelot, el día 18, después de avanzar unos cincuenta kilómetros desde el punto de partida. Pese a ello, fue detenido en ese estrecho desfiladero y después acorralado por un contraataque estadounidense. Los nuevos intentos fracasaron ante una creciente fortaleza estadounidense, ya que las reservas iban llegando a la zona, y el ataque del 6.º Ejército SS Panzer se apagó.

En el frente de Manteuffel la ofensiva comenzó bien. En sus propias palabras:

Mis batallones de asalto se infiltraron rápidamente en el frente estadounidense, como si fueran gotas de lluvia. A las 16:00 en punto los tanques avanzaron y siguieron adelante en la oscuridad con ayuda de una «luz de luna artificial».^[17]

Pero tras cruzar el río Our tuvieron que superar otro desfiladero peligroso en Clervaux, en Clerf. Estos obstáculos, junto a las condiciones invernales, provocaron retrasos.

La resistencia tenía a ablandarse cuando los tanques llegaban en fuerza, pero las dificultades de movimiento compensaban la debilidad de la resistencia en esta fase inicial.^[18]

El 18 los alemanes se acercaron a Bastoña, tras un avance de casi cincuenta kilómetros, pero sus intentos de atacar este nudo de carreteras clave fueron detenidos el día 19.^[19]

Las dos divisiones de reserva de Eisenhower finalmente habían sido liberadas y enviadas al frente el día 18. Pero entonces estaban en Reims, a 160 kilómetros de distancia y, lo que es peor, la que debía dirigirse a Bastoña (la 101.ª Aerotransportada) fue enviada al norte, por un error del Estado Mayor. Con todo, gracias a un atasco y a una pregunta fortuita por parte de un

sargento de policía, giró en dirección sur y pudo llegar a Bastoña en la mañana crucial del día 19. Esta llegada fortuita consolidó las defensas.

Durante los siguientes dos días los sucesivos ataques alemanes fueron desbaratados. Por tanto, Manteuffel decidió dejar atrás Bastoña y avanzar hacia el Meuse. Sin embargo, para entonces las reservas aliadas se estaban concentrando en todos lados, con una fuerza que excedía en mucho la que los alemanes habían utilizado en su ofensiva. Dos de los cuerpos de Patton avanzaron en dirección norte en auxilio de Bastoña y contraatacaron en las carreteras que conducían a la ciudad. Aunque estos contraataques fueron rechazados temporalmente, provocaron una reducción creciente de las fuerzas que Manteuffel podía dedicar a su propio avance.

Los días favorables habían pasado. El avance de Manteuffel hacia el Mosa provocó inquietud en el cuartel general aliado, pero era demasiado tarde para resultar realmente peligroso. Según el plan, Bastoña debía haber sido capturado el segundo día, y no se llegó cerca hasta el tercero y se dejó atrás el sexto. Un destacamento llegó a unos seis kilómetros del Mosa en Dinant, el día 24, pero ese fue el límite de su avance y pronto quedó aislado.

El barro y la falta de combustible habían sido frenos importantes en el avance. Por la ausencia de gasolina solo la mitad de la artillería había podido entrar en acción. Mientras que el tiempo neblinoso de los primeros días había favorecido la infiltración alemana manteniendo en tierra a las fuerzas aéreas aliadas, este velo desapareció el día 23 y los escasos recursos de la Luftwaffe fueron incapaces de proteger sus fuerzas terrestres del terrible bombardeo aliado. Esto multiplicó el peaje por el tiempo perdido. Pero Hitler también estaba pagando el precio por haber decidido dar el papel principal del ala norte al 6.^º Ejército SS Panzer —en el que predominaban sus favoritas, las Waffen SS—, a pesar de que el terreno en esa zona era más estrecho, las fuerzas aliadas eran más numerosas y las reservas estaban más cerca.

Durante la primera semana la ofensiva se había quedado muy lejos de lograr sus objetivos, y el acelerado avance a principios de la segunda semana fue ilusorio, ya que solo consistía en una penetración más profunda entre los principales nudos de carretera, que los estadounidenses conservaban firmemente.

* * *

Tras esta descripción general de las operaciones es deseable entrar en detalle de algunas de las fases clave de la batalla en los diferentes sectores.

Respecto al 6.^º Ejército SS Panzer de Dietrich —que tenía el papel principal pero un frente relativamente estrecho— el plan consistía en que tres divisiones de infantería abrieran brecha a ambos lados de Udenbrath y después girar al noroeste para crear un parapeto frente al norte (reforzado por las otras dos divisiones de infantería), mientras que las cuatro divisiones acorazadas atravesaban la brecha, de dos en dos, avanzando hacia la gran ciudad y centro de comunicaciones de Lieja. Estas eran en su totalidad de las Waffen SS, las divisiones 1.^a, 12.^a, 2.^a y 9.^a SS Panzer, que formaban los cuerpos I y II SS Panzer. Tenían unos quinientos tanques, incluyendo noventa VI Tiger. Hay que mencionar que el propio Dietrich quería llevar a cabo la penetración con dos de sus divisiones *panzer*, pero se lo impidió Model, quien consideró que la zona era demasiado difícil para usar los tanques en esa misión.

Este sector estaba defendido por la 99.^a División de Infantería de Estados Unidos, la más meridional del V Cuerpo del general Gerow y tenía una anchura de poco más de treinta kilómetros, como las de las divisiones del VIII Cuerpo de Middleton, situadas al sur de ella. Se trataba de una excesiva extensión para cualquier división y mostraba lo poco que se esperaba de un ataque alemán.

El bombardeo se inició a las 05:30, pero la infantería alemana en la zona no comenzó su avance hasta las 07:00 del 16 de diciembre. Los puestos estadounidenses fueron arrollados uno tras otro, pero muchos de ellos opusieron una gran resistencia a pesar de la superioridad aplastante enemiga, infligiendo muchas bajas en los alemanes y retrasando el avance de sus divisiones acorazadas. Aunque los alemanes pudieron avanzar hacia el oeste, durante los dos días siguientes la tenaz resistencia en la zona clave de Berg-Butgenbach-Elsenborn impidió que los estadounidenses capturaran la zona norte del saliente, como estaba previsto, quedando en manos de Estados Unidos para su utilización futura. Día tras día los defensores resistieron los fuertes ataques alemanes. Se trató de un gran desempeño por parte del V Cuerpo de Leonard Gerow, que hasta entonces había participado en la ofensiva estadounidense en el sector de Aquisgrán, pero había regresado hacia el sur, por la emergencia. (Este rechazo hizo mucho para dañar la reputación de las tropas de las SS, y para provocar la decisión de Hitler, el día 20, de confiar el papel principal de la ofensiva al 5.^º Ejército Panzer de Manteuffel).

En el ala derecha del frente del ejército de Manteuffel, en la parte más cercana al frente de Dietrich, se logró una rápida penetración. Este sector, en el Schnee Eifel, de 33 kilómetros de ancho, era defendido por la recién

llegada 106.^a División de Estados Unidos, junto al 14.^º Grupo de Caballería. Protegía los accesos al importante nudo de carreteras de St. Vith. Lo notable en esta zona es que los defensores no tenían la fuerza abrumadora que habían desplegado en el norte: incluía fundamentalmente las dos divisiones de infantería del LXVI Cuerpo de Lucht y una brigada de tanques. Sin embargo, el 16, logró cercar a dos regimientos de la 106.^a División mediante un movimiento de pinza y forzó la rendición de al menos siete mil hombres, probablemente entre ocho y nueve mil. Este éxito fue la recompensa al modo en que se habían aplicado las nuevas tácticas de Manteuffel. Fue en ese frente donde los destacamentos de asalto ya estaban dentro de las posiciones estadounidenses antes de que comenzara el bombardeo. Según la historia oficial estadounidense, la batalla de Schnee Eifel fue «el revés más grave sufrido por las fuerzas estadounidenses durante las operaciones de 1944-1945 en Europa».

Más al sur, en el frente de Manteuffel, el ataque principal lo lanzó en la derecha el LVIII Cuerpo Panzer de Krüger y en la izquierda el XLVII Cuerpo Panzer de Lüttwitz. El LVIII, tras cruzar el río Our, avanzó hacia Houffalize, con el objetivo de capturar una cabeza de puente en el Mosa, entre Andenne y Namur. El XLVII, tras cruzar el Our, debía capturar el centro de carreteras clave de Bastoña, antes de seguir avanzando hacia el Mosa y hacerse con los pasos al sur de Namur.

Los puestos avanzados estadounidenses, de la 28.^a División, habían retrasado algo el avance alemán en su cruce del Our, pero no pudieron detenerlo, y a la segunda noche, la del 17, se aproximaban a Houffalize y Bastoña, y la carretera lateral entre esos dos centros, que necesitaban para desplegarse plenamente y desarrollar su barrido en dirección oeste.

En el extremo sur, el 7.^º Ejército alemán de Brandenberger, de cuatro divisiones (tres de infantería y una de paracaidistas) tenía la misión de proteger, de manera ofensiva, el ataque de Manteuffel, avanzando a través de Neufchâteau hacia Mézières. Todas estas divisiones lograron cruzar el Our y la 5.^a División Paracaidista en el flanco interior del avance, llegó hasta Wiltz, a unos veinte kilómetros al oeste, en tres días. No obstante, el ala derecha de la 28.^a División solo retrocedió lentamente, mientras que las otras dos divisiones del VIII Cuerpo de Middleton, la 9.^a Acorazada y la 4.^a, frenaron el ataque tras haber avanzado entre cinco y seis kilómetros. El día 19 estaba claro que el ala sur del ataque alemán estaba bien defendida por los estadounidenses. También estaba claro que pronto se vería reforzado por el

3.^{er} Ejército de Patton, que avanzaba en dirección norte desde el Sarre. Ese mismo día el LXXX Cuerpo alemán pasó a la defensiva.

Manteuffel había pedido que se diera una división mecanizada al 7.^º Ejército, vecino del suyo, para permitirle que se mantuviera a la altura de su ala izquierda, pero el propio Hitler se había negado a ello. Esa negativa puede que fuera crucial.

* * *

En el frente norte, el de Dietrich, el avance de los tanques no comenzó hasta el 17, cuando la 1.^a División SS Panzer, de élite, se puso en marcha en un intento de flanquear Lieja desde el sur ahora que el camino había sido despejado. La columna de vanguardia, Grupo de Combate Peiper, que contaba con la mayoría de los cien tanques de la división, avanzó casi sin ser molestada en su movimiento para capturar los cruces del Mosa en Huy. En el camino adquirió mala reputación por masacrar, con fuego de ametralladora, a varios grupos de prisioneros estadounidenses desarmados, así como a civiles belgas. (En su juicio de posguerra, Peiper declaró que se hizo siguiendo una orden de Hitler en el sentido de que el avance debía ir precedido de «una oleada de terror». Sin embargo, la unidad de Peiper fue la única en toda la ofensiva que actuó de esa brutal manera). El grupo de combate de Peiper se detuvo para pasar la noche en las afueras de Stavelot, que todavía estaba a 68 kilómetros del Mosa, aunque no había motivo para que no capturara el vital puente situado allí, y el gran depósito de combustible justo al norte, que guardaba más de once millones de litros. Ambos lugares estaban mal defendidos en ese momento. El cuartel general del 1.^{er} Ejército de Estados Unidos, en Spa, el balneario del interior, también estaba cerca. Los refuerzos estadounidenses llegaron a la zona por la noche y, al día siguiente, Peiper fue frenado por una barrera de combustible ardiendo, y después, en Trois Points, cinco kilómetros más allá, saltaron los puentes ante sus ojos. Entonces Peiper intentó desviarse a lo largo del valle del flanco, pero fue detenido en Stoumont, unos diez kilómetros más allá. Mientras tanto, también se enteró de que su avance era aislado y muy por delante del resto del 6.^º Ejército Panzer.

Hacia el sur, en el frente de Manteuffel, aumentó la presión sobre los centros de carretera claves de St. Vith y Bastoña, cuyo control podía ser decisivo para el desenlace de la ofensiva. Los primeros ataques contra St. Vith (a veinte kilómetros del frente del día inicial) se produjeron el 17 de diciembre, pero a pequeña escala. Al día siguiente el grueso de la 7.^a División estadounidense, de refuerzo, llegó al lugar. El día 18 los pueblos periféricos

cayeron uno tras otro ante los ataques reforzados alemanes, y fue esta presión la que impidió la llegada de ayuda para los dos regimientos de la 106.^a División, que estaban atrapados. Además, las columnas *panzer* que flanqueaban St. Vith tanto desde el norte como desde el sur fueron obligadas a retroceder, mientras que una brigada *panzer* avanzaba para reforzar el ataque.

El día 18, el XLVII Cuerpo Panzer de Lüttwitz se acercaba a Bastoña con dos divisiones acorazadas (la 2.^a y la Panzer Lehr) y con la 26.^a División Volksgrenadier. No obstante, habían llegado refuerzos para ayudar en la defensa: un grupo de combate de la 9.^a División Acorazada de Estados Unidos y batallones de ingenieros. La lucha por cada pueblo y la confusión reinante en los transportes alemanes, frenaron el ataque justo a tiempo para que la 101.^a División Aerotransportada, de la reserva estratégica de Eisenhower, llegara a Bastoña en la mañana del 19, en un momento crucial. (Estaba mandada temporalmente por el general Anthony C. McAuliffe, ya que su mando natural, el general Maxwell D. Taylor, estaba de permiso en Estados Unidos). La feroz defensa de Bastoña, en la que destacaron especialmente los ingenieros estadounidenses, impidió que los alemanes la tomaran y las columnas de *panzer* la rodearon por ambos lados (ya habían abierto una brecha al norte) dejando a la 26.^a División Volksgrenadier con un grupo de combate para reducir ese centro de carreteras. Así, Bastoña fue aislada el 20 de diciembre.

Solo en la mañana del día 17 Eisenhower y sus principales subordinados habían empezado a aceptar que había en marcha una ofensiva alemana a gran escala, y no fue hasta el 19 cuando estuvieron seguros de ello más allá de toda duda. Bradley ordenó a la 10.^a División Acorazada que se dirigiera al norte y confirmó la iniciativa del teniente general William Simpson (del 9.^º Ejército) al enviar a la 7.^a División Acorazada al sur, siguiendo a la 30.^a. Así, más de sesenta mil hombres de fresco se desplazaban hacia la zona amenazada, y otros ciento ochenta mil más fueron desviados hacia allí durante los ocho días siguientes.

La 30.^a División del general Leland S. Hobbs, que estaba descansando cerca de Aquisgrán, fue la primera que recibió la orden de desplazarse a Eupen, después fue desviada a Malmedy y, finalmente, enviada más al oeste para detener al grupo de combate *panzer* de Peiper. Parte de Stavelot fue recuperada, con ayuda de cazabombarderos, y se cortaron las comunicaciones de Peiper con el resto del 6.^º Ejército Panzer, al tiempo que se encontraba con una resistencia creciente en Stoumont. El 19 prácticamente estaba quedándose

sin combustible, mientras que llegaban la 82.^a División Aerotransportada y los refuerzos blindados que desequilibraban la balanza en su contra. Entre tanto el grueso de los dos cuerpos SS *panzer*, seguían atascados en retaguardia. No había suficientes carreteras para que pudieran avanzar y desplegar su masa de tanques y transportes. (El grupo de combate de Peiper, cercado y sin combustible, acabó iniciando su retirada a pie el 24, abandonando sus tanques y otros vehículos).

Más al sur, en el frente de Manteuffel, elementos de las divisiones acorazadas estadounidenses 3.^a y 7.^a, acudían al encuentro de los alemanes para detener su avance desde la zona de St. Vith. Los defensores de este pueblo estaban sometidos a una enorme presión por parte de un potente ataque de Manteuffel y pronto se vieron obligados a retirarse tras sufrir graves bajas. Afortunadamente para ellos, un gran atasco entorpeció la posibilidad de explotación por parte del LXVI Cuerpo y permitió a los restos de la 106.^a División estadounidense y la 7.^a Acorazada escabullirse hacia posiciones más seguras. Esto ayudó a entorpecer cualquier explotación en profundidad de la brecha mediante un rápido avance hacia el Mosa en este sector.

Cuando se rompió el frente, Eisenhower, el día 20, puso a Montgomery a cargo de todas las fuerzas de la parte norte de la brecha, incluyendo a los ejércitos estadounidenses 1.^º y 9.^º, mientras que el propio Montgomery utilizó a sus reservas, el XXX Cuerpo (de cuatro divisiones) para defender los puentes del Mosa.

Su aire confiado era un gran activo, pero el efecto que provocaba hubiera sido mucho mejor si no hubiera «irrumpido en el cuartel general de Hodges como Cristo expulsando a los mercaderes del templo», como dijo uno de sus oficiales. Generó un resentimiento aún mayor cuando, en una conferencia de prensa posterior, dio la impresión de que su personal «manejo» de la batalla había evitado el derrumbe de las fuerzas estadounidenses. También habló de haber «utilizado toda la capacidad del grupo de ejércitos británicos» y «finalmente haberla lanzado al combate con un estallido». Esta afirmación generó aún más irritación porque, en el flanco sur, Patton llevaba contraatacando desde el 22 de diciembre, y liberó Bastoña el 26, mientras que Montgomery había insistido en que debía «organizar» antes la posición y no inició el contraataque desde el norte hasta el 3 de enero, manteniendo sus reservas británicas alejadas de los combates hasta entonces.

El día de reagrupamiento del frente aliado, el 20 de diciembre, el lado norte de la brecha se puso al mando del general J. Lawton Collins, cuyo VII Cuerpo de Estados Unidos había participado previamente en la ofensiva de

este país hacia el río Roer y el Rin. Montgomery dejó claro que quería que fuera Collins, cuyo apodo era Joe Relámpago, y no otro quien realizara esa tarea crucial. Para su nuevo papel se le asignaron las divisiones acorazadas 2.^a y 3.^a, así como las divisiones de infantería 75.^a y 84.^a, para organizar un contraataque en dirección sur contra las puntas de lanza de Manteuffel que estaban avanzando.

En Bastoña la situación seguía siendo crítica. Reiterados ataques obligaron a los defensores a retirarse, pero en ningún momento fueron superados. El día 22 Lüttwitz envió una partida «con bandera blanca» para incitar a la guarnición sitiada a rendirse en términos honorables, pero solo logró la críptica respuesta de McAuliffe: «Nuts!»^[20], que desde entonces se hizo legendaria. Su comandante subordinado en este sector, al tratar de hacer que fuera inteligible para los alemanes lo expresó como «¡Vete al infierno!».

Al día siguiente la llegada del buen tiempo, muy bienvenida, permitió el primer suministro por vía aérea, así como numerosos ataques aéreos contra la posición alemana. Mientras tanto, las fuerzas de Patton se desplazaban desde el sur. Aun así, la situación seguía siendo precaria, ya que el día 24, víspera de Navidad, el perímetro de los defensores se redujo a veinticinco kilómetros. Sin embargo, las tropas de Lüttwitz solo recibieron algunos refuerzos y suministros, mientras eran golpeados cada vez más por las fuerzas aéreas aliadas. El día de Navidad los alemanes lanzaron todas sus fuerzas a la batalla, pero sus recién llegados tanques sufrieron mucho y la defensa no se quebró. Además, la 4.^a División Acorazada de Estados Unidos (mandada ahora por el general Hugh J. Gaffey) del 3.^{er} Ejército de Patton había logrado abrirse camino desde el sur y contactó con la guarnición a las 16:45 del día 26. El cerco se había levantado.

Aunque el 7.^º Ejército alemán inicialmente había progresado algo en su intento de defender el avance del flanco izquierdo de Manteuffel, su propia debilidad le exponía a un contraataque desde el sur. El día 19 a Patton le ordenaron que abandonara su ofensiva a través del Sarre y se concentrara en despejar el saliente que había generado Manteuffel, utilizando dos de sus cuerpos para esa misión. Para el día 24 su XII Cuerpo hacía retroceder a las divisiones del 7.^º Ejército, eliminando el «hombro» sur que habían tratado de crear.

Más al oeste, el III Cuerpo estadounidense (las divisiones 4.^a Acorazada y las 26.^a y 80.^a de Infantería) se centraron en la liberación de Bastoña. La famosa 4.^a División Acorazada estaba impaciente por llevar a cabo la orden de Patton del día 22: «¡Avanzad a muerte!». Con todo, el terreno era

favorable a la defensa, y la principal resistencia vino de los duros miembros de la 5.^a División Paracaidista que combatían a pie. Había que expulsarlos de cada pueblo o bosque. Pero unidades de reconocimiento se encontraron con menos resistencia en la carretera Neufchâteau-Bastoña y el día 25 el avance se desvió al eje noreste en lugar de ser directo. Al día siguiente, algunos de los tanques Sherman de la 4.^a División Acorazada atravesaron las defensas meridionales de Bastoña.

Mientras tanto las divisiones *panzer* de Manteuffel, que habían rodeado Bastoña sin detenerse, habían avanzado hacia el Mosa, en la franja sur de Namur. Para defender los puentes mientras llegaban tropas estadounidenses de refuerzo, el XXX Cuerpo británico de Horrocks se había desplazado hacia el este, así como al oeste, de la orilla del río alrededor de Givet y Dinant, mientras los ingenieros estadounidenses estaban listos para hacer volar los puentes.

Hitler, que había reducido sus objetivos, tenía su atención centrada en el Mosa. Liberó de su reserva del OKW a las divisiones 9.^a Panzer y 15.^a Panzergrenadier, para ayudar a Manteuffel a despejar la zona de Marche-Celles en los accesos a Dinant. Así pues, ambos bandos estaban preparando una ofensiva para el día de Navidad, pero estaban demasiado ocupados entre sí como para llevarla a cabo. Sin embargo, las tropas de Collins ganaban terreno poco a poco; en la mañana de Navidad sus fuerzas (ayudadas por la XXIX Brigada Acorazada británica) recuperó el pueblo de Celles, a apenas ocho kilómetros del Mosa y Dinant (en el límite extremo del avance alemán). Numerosas bolsas de resistencia aisladas fueron limpiadas posteriormente por la infantería o barridas por los ataques aéreos. A partir del 23 de diciembre las fuerzas *panzer* fueron duramente hostigadas desde el aire y para el 26 no podían intentar moverse de día. La tardía llegada de la 9.^a División Panzer la tarde de Navidad no logró vencer la robusta defensa de la 2.^a División Acorazada estadounidense. El 26 los alemanes retrocedían y reconocían que no se podía alcanzar el Mosa.

Al 6.^º Ejército Panzer de Dietrich se le había ordenado que hiciera un nuevo intento de apoyar el avance de Manteuffel, convergiendo hacia él desde el sudoeste. No obstante, aunque puso en acción sus divisiones *panzer*, logró escasos avances contra las defensas estadounidenses, que para entonces habían sido fuertemente reforzadas y apoyadas de inmediato por ataques de los cazabombarderos. La 2.^a División SS Panzer logró una penetración inicial que provocó alarma y confusión, pero tuvo graves pérdidas en un combate prolongado por el control del pueblo de Manhay (a unos veinte kilómetros al

sudoeste de Trois Ponts). En definitiva, la ofensiva del 6.º Ejército Panzer solo había logrado su propio agotamiento.

Mucho antes de que comenzara la contraofensiva principal, los alemanes ya habían abandonado su avance por el norte y fracasado en su intento final en el ala sur. Este último era resultado de la tardía decisión de Hitler de llevar allí el peso principal del ataque y de apoyar el avance del 5.º Ejército Panzer. Pero la oportunidad se había perdido. Manteuffel dijo amargamente: «No fue hasta el día 26 cuando me dieron el resto de las reservas y entonces no se podían mover. Estaban inmovilizadas por falta de combustible —bloqueadas en una extensión de 160 kilómetros— justo en el momento en que eran necesarias».^[21] Lo irónico de esta situación es que el 19 los alemanes habían estado a cuatrocientos metros del enorme depósito de combustible próximo a Stavelot, que contenía más de once millones de litros, cien veces mayor que el más grande de los que habían capturado.

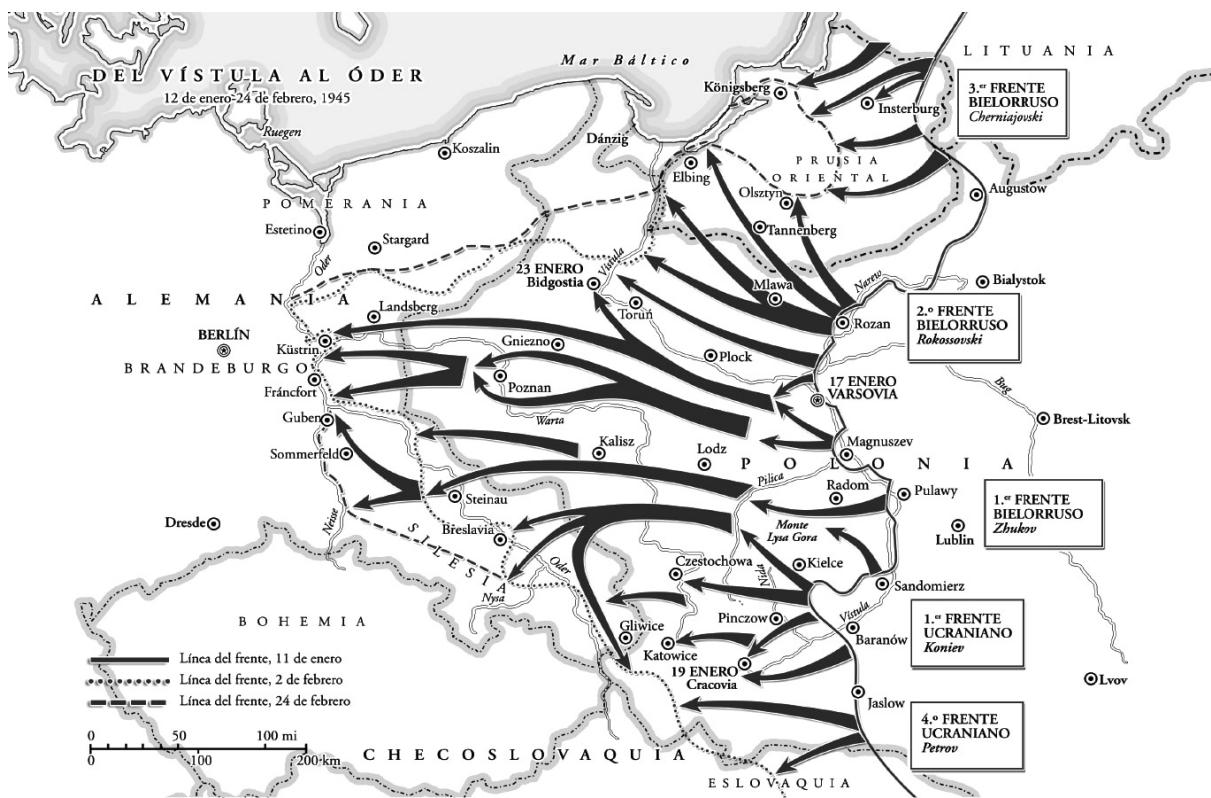
Apenas acabábamos de iniciar este nuevo avance cuando comenzó la ofensiva aliada. Telefoneé a Jodl y le pedí que transmitiera al *Führer* que iba a retirar mis fuerzas avanzadas de la «nariz» del saliente que habíamos creado... Sin embargo, Hitler prohibió este retroceso. Así, en lugar de retirarnos a tiempo, fuimos expulsados poco a poco ante la presión de los ataques aliados, teniendo que sufrir innecesariamente... Nuestras pérdidas fueron mucho mayores en esta última fase de lo que habían sido antes, y se debió a la política de Hitler de no retirarse. Suponía la quiebra, puesto que no podíamos permitirnos esas pérdidas.^[22]

Rundstedt apoyaba este veredicto: «Quise detener la ofensiva en una fase anterior, cuando era evidente que no podía lograr sus objetivos, pero Hitler insistió furiosamente en que debía seguir adelante. Fue un segundo Stalingrado».

Los aliados habían estado a punto del desastre al principio de la batalla de las Ardenas por haber menospreciado su flanco defensivo. Al final fue Hitler el que llevó al extremo la creencia militar de que «el ataque es la mejor defensa». Demostró ser la «peor defensa», y arruinó las posibilidades de cualquier resistencia seria por parte de Alemania.

OCTAVA PARTE

**Apoteosis
(1945)**



El barrido del Vístula al Óder

Stalin había notificado a sus aliados occidentales que iba a lanzar una ofensiva desde la línea del Vístula hacia mediados de enero, para hacerla coincidir con su previsto ataque a la línea del Rin, que se había retrasado debido a la disrupción provocada por la contraofensiva de las Ardenas. En las altas instancias del Oeste no había grandes expectativas ante la ofensiva rusa. Ciertas reservas rusas antes las condiciones atmosféricas, la persistente ausencia de información adecuada sobre sus fuerzas y el prolongado parón desde que llegaran al Vístula a finales de julio habían contribuido a revivir la tendencia a minusvalorar las capacidades de los rusos.

Antes del final de diciembre Guderian recibió informes inquietantes. Este, en la desesperante última fase de la guerra, había sido nombrado jefe de Estado Mayor. Gehlen, el jefe de la sección de inteligencia del Ejército encargada de los «ejércitos extranjeros en el este», informó de que se habían identificado doscientas veinticinco divisiones de infantería rusas, así como veintidós cuerpos acorazados, en el frente que iba desde el Báltico a los Cárpatos y que estaban listas para atacar.

Sin embargo, cuando Guderian presentó este informe amenazador sobre los preparativos masivos de Rusia, Hitler se negó a creerlo y exclamó: «¡Es la mayor impostura desde Gengis Kan! ¿Quién es el responsable de elaborar toda esta basura?». Hitler prefería fiarse de Himmler y el servicio de inteligencia de las SS.

Hitler rechazó la idea de detener la contraofensiva de las Ardenas y trasladar tropas al frente del este, basándose en que era de importancia

primordial mantener la iniciativa en el oeste que «había retomado». Al mismo tiempo, rechazó la petición reiterada de Guderian para que el grupo de ejércitos (con veintiséis divisiones) que estaba aislado en los países bálticos, fuera evacuado por mar y trasladado para reforzar las entradas de Alemania.

Por si faltara poco Guderian se enteró, al regresar a su propio cuartel general, que mientras había estado de viaje, Hitler había aprovechado su ausencia y ordenado que dos divisiones *panzer* situadas en Polonia se desplazaran al sur, a Hungría, para tratar de liberar Budapest. Esto dejaba a Guderian con una reserva móvil de solo doce para apoyar a las cincuenta débiles divisiones de infantería que defendían el frente principal de más de 1100 kilómetros de longitud.

Las dudas occidentales sobre las capacidades rusas se vieron magnificadas por las noticias sobre la contraofensiva alemana hacia Budapest. Las impresiones sobre su potencial aumentaron por la commoción recibida por los propios aliados en la reciente contraofensiva de las Ardenas. Durante varios días el ataque hacia el Budapest cercado hizo progresos inquietantes. Comenzando desde cerca de Komorn, a 65 kilómetros al oeste de la ciudad, penetró más de la mitad de la distancia que los separaba de la guarnición cercada. Con todo, la persistencia ante la oposición creciente la convirtió en un costoso fracaso.

El coste indirecto fue aún mayor. La capacidad de resistencia de Budapest había incentivado la tendencia característica de Hitler a insistir en permanecer demasiado tiempo. Cuando sus fuerzas habían sido cercadas en Budapest, su inquietud por evitar un segundo «Stalingrado» le llevó a tomar una medida que le condujo a un problema aún mayor, ya que, aunque las dos preciosas divisiones *panzer* estaban dispuestas para hacer frente a la prevista ofensiva de invierno rusa en Polonia, fueron trasladadas en vísperas del nuevo año para constituir la punta de lanza del intento de liberar Budapest; Hitler no permitió ninguna retirada compensatoria desde la línea del Vístula, antes del ataque ruso. La debilitada línea defensiva fue obligada a recibir todo el impacto de la ofensiva, en lugar de que le permitieran amortiguar el golpe gracias a un retroceso a tiempo. Una vez más, el valor psicológico de la política de aguantar «a toda costa» se vio superado ampliamente por los inconvenientes estratégicos que implicaban un fracaso total.

El Alto Mando ruso estaba bien preparado para explotar la debilidad fundamental de la situación alemana. Dándose perfecta cuenta de la importancia decisiva de un impulso sostenido, y la desventaja de unas comunicaciones excesivamente dilatadas, retrasó el ataque hasta que los

ferrocarriles tras el nuevo frente hubieran sido reparados y adaptados del ancho continental a su propio ancho de vía. Había muchos suministros acumulados en los depósitos ferroviarios. El objetivo principal era capturar la alta Silesia, la única zona industrial importante de Alemania que permanecía intacta y protegida de los bombardeos aliados. Este objetivo requería avanzar 160 kilómetros desde la cabeza de puente de Baranov, en el Vístula, al sur de Polonia. No obstante, Stalin y Vasilevski, su jefe de Estado Mayor, tenían objetivos más amplios y profundos en el gran diseño que habían planeado. Tenían puestos sus ojos en el Óder y, más allá, en Berlín, a quinientos kilómetros desde sus posiciones cercanas a Varsovia. Al ampliar el alcance de su ofensiva, se aprovecharían de un mayor espacio de maniobra. Más importante que su superioridad numérica, de casi cinco a uno, era su creciente capacidad de maniobra. El flujo cada vez mayor de los camiones estadounidenses les permitía motorizar una proporción más grande de sus brigadas de infantería y, así, con la creciente producción de sus propios tanques, multiplicar el número de cuerpos acorazados y móviles para explotar una penetración. Al mismo tiempo, el número ascendente de tanques de Stalin fortalecía su impacto. Esos monstruos portaban un cañón de 122 mm, en comparación con el de 88 mm de los Tiger alemanes. También tenían un blindaje mayor que los Tiger, aunque no tanto como los King Tiger.

Antes de que comenzara la nueva campaña se reorganizaron los «frentes» y los tres líderes ofensivos más destacados de Rusia fueron utilizados para dirigir los principales avances. Mientras que Koniev permanecía a cargo del 1.^{er} Frente Ucraniano en el sur de Polonia, en el sector central Zhukov tomó el relevo de Rokossovski al frente del 1.^{er} Frente Russo Blanco. Este último fue trasladado al mando del 2.^º Frente Russo Blanco en el Narev, al norte de Varsovia.

La ofensiva rusa fue iniciada a las 10:00 del 12 de enero de 1945 por las fuerzas de Koniev, desde la cabeza de puente de Baranov (que tenía una anchura y profundidad de unos cincuenta kilómetros). Se desplegaron diez ejércitos, incluyendo dos de tanques, lo que suponía unas setenta divisiones apoyadas por dos ejércitos aéreos.

Al principio la velocidad de penetración se vio frenada por el modo en que la niebla cubría el campo de batalla, manteniendo los aviones en tierra. Pero esa misma niebla ayudaba a ocultar a las tropas atacantes y la masa de la bien manejada artillería pulverizó regularmente las defensas, de modo que, al tercer día, el ataque había alcanzado Pinczow —a 35 kilómetros del punto de partida— y cruzaba el Nida en un amplio frente. Entonces comenzó la fase de

explotación. Fluyendo por la brecha, los cuerpos acorazados se expandieron por la llanura polaca formando un torrente. De momento la ampliación de la brecha fue más significativa que su profundización. Kielce cayó el día 15 en manos de una columna que barría en dirección noreste, rodeando el extremo de las colinas Lysa Gora y, de ese modo, amenazando la retaguardia de las fuerzas alemanas que hacían frente a Zhukov.

El día 14 Zhukov había puesto en marcha la ofensiva desde sus cabezas de puente alrededor de Magnuszew y Pulawy. Su ala derecha se desvió al norte, hacia la trasera de Varsovia, mientras que su ala izquierda capturó Radom el día 16. Ese mismo día la vanguardia de Koniev cruzó el río Pilica, a solo cincuenta kilómetros de la frontera de Silesia. Mientras tanto las fuerzas de Rokossovski también habían atacado el día 14 desde sus dos cabezas de puente en el Narev y penetrado a través de las defensas del acceso sur a Prusia Oriental. La penetración fue de 320 kilómetros de ancho y, en conjunto, una inundación de casi doscientas divisiones (incluyendo reservas) avanzaba hacia el oeste.

El día 17 Varsovia cayó en manos de las fuerzas de Zhukov, que la había rodeado por ambos flancos, y su vanguardia acorazada había penetrado en dirección oeste casi hasta Lodz. Las fuerzas avanzadas de Koniev capturaron la ciudad de Czestochowa, cerca de la frontera silesia, y más al sur pasaron por el flanco de Cracovia.

El día 19 el ala derecha de Koniev llegó a la frontera de Silesia, mientras que su ala izquierda capturó Cracovia mediante un ataque envolvente. Las fuerzas de Zhukov capturaron Lodz y las de Rokossovsky llegaron a la puerta meridional de Prusia Oriental, cerca de Mlawa. Las unidades de Chernyajovski y de Petrov habían hecho progresos en los dos flancos extremos. Así pues, a finales de la primera semana, la ofensiva había penetrado 160 kilómetros en un frente de 650 kilómetros.

En un esfuerzo tardío por proteger los accesos a Silesia, siete divisiones alemanas fueron enviadas rápidamente al norte desde el frente de Eslovaquia. Heinrici, al mando de la zona, había sugerido antes de que se desatara la tormenta que podía prescindir de una parte de sus fuerzas para ofrecer reservas a la línea del Vístula. Sin embargo, esa redistribución era contraria a los principios de Hitler de que «cada hombre debe combatir donde está» y a su costumbre de dirigir la campaña en compartimentos. Después de que el frente en Eslovaquia hubiera sido casi desguarnecido, se mantuvo durante varias semanas, demostrando que sus fuerzas iniciales excedían lo necesario. Con todo, la llegada ahora de siete divisiones adicionales al lado norte de los

Cárpatos tenía menos importancia de lo que hubiera tenido un par de ellas antes del inicio de la ofensiva rusa. Y es que la brecha ya era demasiado amplia como para ser llenada.

La mayor parte de Polonia occidental es tan abierta que el atacante tiene una ventaja natural fácil de explotar si posee superioridad de fuerza o movilidad para aprovechar los amplios espacios. Los alemanes se habían aprovechado de ello en 1939. Ahora que estaban a la defensiva, les faltaban fuerzas y movilidad. Como exponente de la guerra mecanizada, Guderian se había dado cuenta de que la defensa rígida era inútil y que la única posibilidad de contrarrestar una penetración consistía en una contraofensiva de las reservas acorazadas. No obstante, se había visto obligado a permanecer en el Vístula y a ver cómo parte de sus escasos blindados eran enviados a Budapest justo antes del ataque. Al lanzar a parte de los que le quedaban cerca de Kielce, ganó tiempo para la evacuación de las tropas cercadas en la orilla del Vístula. En consecuencia, el número de prisioneros hechos por los rusos —veinticinco mil— durante la primera semana de la ofensiva fue extraordinariamente pequeño para la inmensidad de la penetración. Pero las crecientes carencias de medios móviles del Ejército alemán, para una rápida retirada, se reflejaba en el hecho de que la cifra de prisioneros durante la segunda semana se triplicó, hasta alcanzar 86 000 hombres. La creciente movilidad rusa se reflejó, de manera similar, en sus continuos avances.

La precipitada evacuación de la población civil desde las ciudades dentro de las fronteras alemanas era un símbolo de que el ritmo del avance ruso había superado todos los cálculos y obligado a las fuerzas alemanas a abandonar las posiciones intermedias que habían esperado conservar.

El 20 de enero las fuerzas de Koniev cruzaron la frontera de Silesia y se instalaron en suelo alemán. La llegada de Rokossovski al territorio histórico de Tannenberg^[1], cruzando la frontera sur de Prusia Oriental fue aún más inquietante. En esta ocasión no hubo una repetición de la derrota rusa del 1914 y, al día siguiente, sus avanzadillas alcanzaron el nudo ferroviario de Allenstein, cortando la principal arteria de ferrocarril en Prusia Oriental, mientras que Chernyajovski, que avanzaba desde el este, capturó Insterburg. Continuando su ruta hacia el norte, Rokossovski alcanzó el golfo de Danzig cerca de Elbing el día 26, aislando así a las fuerzas alemanas del este de Prusia. Estas retrocedieron hacia Königsberg, donde fueron sitiadas.

Cuatro días antes Koniev había llegado al Óder en un frente de 65 kilómetros, al norte de la zona industrial de la alta Silesia. A finales de la segunda semana de la ofensiva su ala derecha había atravesado el curso

superior del Óder en numerosos puntos a lo largo de una franja de casi cien kilómetros al sur de Breslavia, estaban a casi trescientos kilómetros del punto de partida. Otras columnas habían envuelto la capital de Silesia desde el norte. Más allá de esta línea de vanguardia otras tropas habían girado hacia el sur para capturar el nudo de Gleiwitz y aislar la zona industrial de la alta Silesia. Toda el área estaba atravesada por trincheras, alambre de espino y zanjas antitanque, salpicada de fortines, pero no había hombres para preservar estas fortalezas potenciales de la zona. Los que estaban disponibles o llegando, se veían entorpecidos por el flujo de refugiados civiles. Las carreteras estaban atestadas de restos de vehículos y enseres abandonados. Las columnas rusas, aprovechando la confusión, pudieron entrar por la puerta de atrás puesto que la de delante estaba bloqueada. Los informes de aviadores alemanes describían vívidamente el avance ruso como si se tratara de un inmenso pulpo cuyos tentáculos serpenteaban por los pueblos de Silesia. Mencionaban cómo veían columnas de camiones aparentemente interminables, cargados de suministros y refuerzos, y que se extendían hacia el este en la lejanía.

El avance de Zhukov por el centro era más impresionante por su magnitud y sus perspectivas mortíferas. Al realizar una maniobra oblicua, había desplazado el conjunto de sus fuerzas acorazadas a su derecha. Avanzaron por el pasillo entre el Vístula y el Warta, aprovechando, gracias a ese giro inesperado, para penetrar en la cadena de lagos al este de Gniezno, en la parte más estrecha de ese pasillo, antes de que los pasos pudieran ser ocupados por el enemigo. Su avance los llevó, a través de la parte trasera de la famosa fortaleza de Torun, en el Vístula, hasta Bydgoszcz (Bromberg) el día 23. Otras columnas acorazadas se aproximaban al centro de comunicaciones, aún mayor, de Poznan. Allí encontraron una resistencia mayor. Dejando atrás la fortaleza, avanzaron hacia el oeste y el noroeste; al final de la semana habían llegado a las fronteras de Brandeburgo y Pomerania, a 350 kilómetros de Varsovia y a apenas 160 kilómetros de Berlín. Al mismo tiempo, el ala izquierda de Zhukov, tras cruzar el Warta y capturar Kalisz, se había situado a la misma altura que el ala derecha de Koniev.

La tercera semana comenzó con la ocupación de Katovice y otras ciudades industriales de la alta Silesia por parte del ala izquierda de Koniev, mientras que la derecha estableció otra cabeza de puente sobre el Óder, en Steinau, a 65 kilómetros al norte de Breslavia. Las unidades avanzadas de Zhukov cruzaron las fronteras de Brandeburgo y Pomerania el día 30 y después vencieron la resistencia de los alemanes en la línea del Óder, que

estaba helado. El día 31 capturaron Landsberg, mientras la vanguardia acorazada de Zhukov, avanzando más allá de esa plaza, llegó al curso bajo del Óder cerca de Kustrin, a 65 kilómetros de las afueras de Berlín. En ese momento solo seiscientos kilómetros separaban a los rusos de las posiciones avanzadas de sus aliados occidentales.

No obstante, la ley del excesivo estiramiento de las líneas de comunicación vino, por fin, en ayuda de los alemanes, al disminuir la presión que podían ejercer los rusos en el Óder, y multiplicar la capacidad de resistencia de la mezcla de soldados regulares y tropas territoriales *volkssturm*, que el Alto Mando alemán había conseguido juntar para defender esa línea. La tenaz resistencia de Poznan ayudó a bloquear las rutas por las que los rusos podían hacer llegar suministros y refuerzos a sus fuerzas avanzadas. Un deshielo durante la primera semana de febrero también frenó el avance, al convertir las carreteras en lodazales, mientras que se desheló el Óder, aumentando así su condición de obstáculo. Aunque las fuerzas de Zhukov se habían acercado al río en un amplio frente al final de la primera semana de febrero, y se habían apoderado de los cruces cercanos a Kustrin y Fráncfort del Óder, no tenían suficiente peso como para explotarlos y se encontraron atrapados en estrechas cabezas de puente.

Entonces Koniev trató de hacer una palanca de flanco y llevar a cabo una aproximación oblicua a Berlín. Ampliando sus cabezas de puente al norte de Breslavia, sus fuerzas dieron un salto hacia el oeste el 9 de febrero y después avanzaron en dirección noroeste y descendieron por la orilla izquierda del Óder. El día 13 llegaron a Sommerfeld, a 130 kilómetros de Berlín (ese mismo día por fin cayó Budapest, dejando un total de ciento diez mil prisioneros). Dos días después, y unos treinta kilómetros más allá, llegaron al Neisse, cerca de su confluencia con el Óder, y de ese modo se puso a la altura de las fuerzas avanzadas de Zhukov.

Sin embargo, la defensa alemana volvió a beneficiarse, una vez más, por encontrarse en una línea recta y más corta de frente formada por el curso inferior del Óder y el Neisse. En esa línea el frente era solo una parte de su extensión previa: menos de 320 kilómetros desde el Báltico hasta la frontera montañosa de Bohemia. Esta gran reducción del espacio que había que defender contribuyó mucho a equilibrar la pérdida de fuerzas, permitiendo a los alemanes recuperar una ratio de fuerza respecto al espacio más razonable de lo que habían tenido desde que el viento girara en su contra. Detrás del frente ruso Breslavia seguía aguantando y, así, se convirtió en un freno en el

avance de Koniev, del mismo modo que Poznan —que al fin cayó el 23— había hecho lo propio anteriormente con Zhukov.

Koniev fue frenado en el Neisse, mientras que el avance más directo de Zhukov seguía bloqueado en el curso bajo del Óder. En la tercera semana de febrero el frente del este estaba estabilizado, con la ayuda de los refuerzos alemanes procedentes del oeste y del interior de Alemania. Los rusos fueron mantenidos a raya en esta línea hasta que finalmente se decidió la cuestión por el derrumbe de las líneas alemanas en el Rin.

Pese a todo, fue la crisis que provocó la amenaza rusa la que llevó a los alemanes a tomar la decisión fatídica de que la defensa del Rin debía sacrificarse a la del Óder, para mantener a raya a los rusos. Aún más importante que el número de divisiones enviadas de oeste a este, fue la desviación hacia el este del grueso de los refuerzos que lograron juntarse para llenar los huecos en las filas mermadas. Así se facilitó el camino para que la ofensiva anglo-estadounidense alcanzara y cruzara el Rin.

El derrumbe del dominio de Italia por Hitler

Aunque sobre el mapa la posición invernal alemana parecía desagradablemente similar a la del año anterior, y casi igual de sólida, solo que unos 320 kilómetros más al norte, había muchos factores favorables.^[1] A finales de 1944 los aliados ya habían superado la línea Gótica, no había ninguna posición naturalmente fuerte o bien fortificada por delante, y se encontraban en una posición mucho más ventajosa para dar el salto en su ofensiva de primavera de 1945. Además, había otros factores importantes que hacían que los ejércitos aliados fueran relativamente más poderosos.

En marzo, en vísperas de su ofensiva de primavera, contaban con diecisiete divisiones, y ahora contaban con seis grupos de combate italianos. Los alemanes tenían veintitrés divisiones, y cuatro llamadas divisiones italianas que Mussolini había logrado juntar en el norte de Italia desde que fuera rescatado por los alemanes (en realidad eran poco mayores que grupos de combate). Sin embargo, cualquier comparación por número de divisiones ofrece básicamente una idea errónea del equilibrio de fuerzas.

La fuerza de combate aliada incluía seis brigadas acorazadas independientes y otras tantas brigadas de infantería, equivalentes a entre tres y cuatro divisiones suplementarias.

Un recuento del número hombres nos acerca a la verdad. Los ejércitos 5.^º y 6.^º sumaban unos 536 000, además de los 70 000 italianos. La cifra de alemanes ascendía a 491 000 y 108 000 italianos, aunque de los alemanes

45 000 eran policías o personal antiaéreo. Las cifras de tropas de combate y armamento eran un método de comparación aún mejor. Por ejemplo, cuando el 8.º Ejército inició la ofensiva en abril, contaba con una ventaja de 2 a 1 en tropas de combate (57 000 frente a 29 000), de 2 a 1 en artillería (1220 piezas frente a 665) y más de 3 a 1 en vehículos acorazados (1320 contra 400).

Además, los aliados se beneficiaban de la ayuda de unos sesenta mil partisanos que creaban mucha confusión tras las líneas enemigas y forzando a los alemanes a desviar tropas desde el frente para reprimir sus actividades.

Aún más importante era que los aliados tenían el control absoluto de los cielos. Su campaña de bombardeo estratégico estaba logrando tal efecto paralizante que las divisiones alemanas solo hubieran podido ser desplazadas a otros teatros de operaciones con grandes dificultades, incluso si Hitler hubiera dado la orden. Junto a ello estaba la creciente carestía de combustible por parte alemana para sus unidades mecanizadas y motorizadas, una carestía que se había vuelto tan acuciante que no podían desplazarse rápidamente para cubrir huecos, tal y como habían hecho hasta entonces, ni llevar a cabo una «maniobra de retirada» retardadora. Sin embargo, Hitler estaba menos dispuesto que nunca a aprobar cualquier retirada estratégica, incluso cuando había posibilidades de intentarlo.

La pausa de tres meses desde que terminara la ofensiva de otoño aliada había producido un gran cambio en el ánimo y la actitud de sus tropas. Habían visto la llegada de abundante armamento nuevo: tanques anfibios, vehículos blindados para transporte de tropas «Kangaroo», vehículos de desembarco de tracción por orugas, Sherman con cañones de mayor calibre y tanques Churchill, tanques con lanzallamas y una mezcla de tanque y *bulldozer* llamado *tankdozer*. También había gran cantidad de equipamiento para construcción de puentes y enormes reservas de munición.

En el bando alemán, el mariscal Kesselring había regresado de la convalecencia en enero, pero en marzo fue reclamado para el frente occidental al ser nombrado sucesor del mariscal Von Rundstedt como comandante en jefe. Vietinghoff le sustituyó definitivamente como jefe del Grupo de Ejércitos C en Italia. Herr se hizo cargo del mando del 10.º Ejército alemán, que se encargaba de la parte este del frente, con el I Cuerpo Paracaidista (de cinco divisiones) y el 76.º Panzer (de cuatro). Senger, que mandaba el 14.º Ejército, defendía la parte occidental del frente, que era más amplia e incluía el sector de Bolonia, con el LI Cuerpo de Montaña (de cuatro divisiones) a cargo de la línea hacia Génova y el Mediterráneo, mientras que el XIV Cuerpo Panzer (de tres divisiones) defendía Bolonia. Solo había tres

divisiones en el grupo de ejércitos de reserva, ya que dos estaban posicionadas en retaguardia del flanco del Adriático y otras dos cerca de Génova, para evitar desembarcos tras el frente. También, de momento, las tres divisiones del grupo de ejércitos de reserva estaban siendo utilizadas en previsión de esa misma eventualidad.

En el bando aliado, en el ala derecha del grupo de ejércitos de Mark Clark (el 15.^º), frente al 10.^º Ejército alemán, estaba formado por el 8.^º Ejército, mandado por McCreery e incluía el V Cuerpo británico (de cuatro divisiones), el cuerpo polaco (de dos), el X británico, que casi era un esqueleto consistente en dos grupos de combate italianos, la brigada judía y los Lovat Scouts; y el XIII Cuerpo británico que, en realidad era la 10.^a División India. La 6.^a División Acorazada estaba en el ejército de reserva. Al oeste se encontraba el 5.^º Ejército, mandado entonces por Truscott, que incluía el II Cuerpo estadounidense (de cuatro divisiones) y el IV (de tres), con otras dos divisiones más en el ejército de reserva. Incluían dos divisiones acorazadas, la 1.^a estadounidense y la 6.^a Sudaficana.

El objetivo, y problema principal, de los planificadores aliados era vencer a las fuerzas alemanas antes de que pudieran escapar a la otra orilla del Po. Esto se podría lograr mejor con fuerzas acorazadas en la franja llana de unos cincuenta kilómetros, entre el curso inferior del Reno y el Po. (Durante la primera parte de enero, aprovechando un intervalo de tiempo seco, el 8.^º Ejército había alcanzado el Senio, que desemboca en el curso inferior del Reno, cerca del Adriático). Se esperaba que el 8.^º Ejército, al capturar la zona Bastia-Argenta, justo al oeste del lago Comacchio, podría abrir el camino a la llanura. El 5.^º Ejército debía atacar unos días después, en dirección norte, cerca de Bolonia. Los ataques combinados debían cortar la retirada alemana y atraparlos allí. La ofensiva debía comenzar el 9 de abril.

* * *

El plan del 8.^º Ejército era complejo, pero estaba hábilmente concebido y diseñado. Un desembarco simulado al norte del Po, debía atraer la atención de Vietinghoff y fijar la de la mayor parte de sus reservas en esa dirección. Para reforzar esa impresión, comandos de la XXIV Brigada de Guardias, tomaron a principios de abril la lengua de arena que separa el lago Comacchio del mar y unos días después el servicio especial de embarcaciones ocupó las pequeñas islas de esa enorme extensión lacustre.

El ataque principal, al otro lado del Senio, debía llevarse a cabo por el V Cuerpo británico y el polaco. El primero debía penetrar bien atrás del Senio,

con la esperanza de pillar a los alemanes desequilibrados, y parte de sus elementos debían girar a la derecha contra el flanco del pasillo Bastia-Argenta (que se había bautizado como «brecha de Argenta»), justo al oeste del lago Comacchio, mientras otra parte se dirigía en dirección noroeste hacia la trasera de Bolonia con el fin de cortar las comunicaciones de esa ciudad con el norte. Los polacos debían avanzar a lo largo de la carretera 9, la Vía Emilia, de manera más directa hacia Bolonia. A la 56.^a División en el ala derecha (del V Cuerpo) se le encomendó la misión de irrumpir en la brecha de Argenta mediante una combinación de ataque directo y maniobra de flanqueo de los vehículos de desembarco de tracción por orugas, a través del lago Comacchio.

El ala izquierda del 8.^º Ejército, consistente en los esqueléticos cuerpos X y XIII, debía comenzar su avance hacia el norte, pasando por el monte Battaglia, hasta converger con el avance de los polacos y los estadounidenses. Entonces el XIII se uniría a la 6.^a División Acorazada para aprovechar el éxito.

Después de que las operaciones preliminares en la lengua arenosa y el lago Comacchio centraran la atención de Vietinghoff en el sector costero, se lanzó un bombardeo masivo durante la tarde del 9 de abril, por parte de ochocientos bombarderos y mil bombarderos de caza o medianos, mientras que mil quinientos cañones abrieron fuego mediante series de cinco concentraciones, cada una de ellas de cuarenta y dos minutos de duración con intervalos de diez minutos, motivo por el cual recibían el nombre de bombardeos de «falsa alarma». Después, al anochecer, avanzó la artillería, mientras las fuerzas aéreas tácticas fijaban al enemigo en tierra. Los defensores se vieron aturdidos por esa tormenta de bombas y proyectiles, mientras que los tanques lanzallamas que acompañaban a la infantería se mostraron como un añadido terrorífico. El día 12 el V Cuerpo del general Keightley había cruzado el Santerno y continuaba su avance. Aunque la resistencia se hacía más fuerte conforme los alemanes se recuperaban del impacto inicial, el puente de Bastia fue capturado el día 14, antes de que su demolición fuera completada. (Los vehículos de desembarco de tracción por orugas habían resultado decepcionantes en el lago Comacchio, donde el agua era poco profunda y el fondo fangoso, pero resultó mucho más efectivo en la zona inundada alrededor de la brecha de Argenta). Aun así, no fue hasta el 18 cuando los británicos lograron atravesar esa brecha. Los polacos encontraron mayor oposición por parte de la 1.^a División Paracaidista antes de lograr superar a esas tropas excepcionales.

El inicio del ataque del 5.^º Ejército estadounidense se retrasó hasta el día 14 debido al mal tiempo, especialmente para que pudieran volar sus aviones de apoyo, que debían superar varias crestas montañosas antes de alcanzar las llanuras y Bolonia. El día 15 el avance se vio favorecido por el lanzamiento de 2300 toneladas de bombas, un récord de la campaña. No obstante, durante otros dos días los alemanes del 14.^º Ejército opusieron una dura resistencia y no fue hasta el 17 cuando la 10.^a División de Montaña del IV Cuerpo estadounidense logró penetrar y avanzó hacia la vital carretera lateral, la 9. No obstante, en dos días todo el frente se derrumbaba y los estadounidenses alcanzaron las afueras de Bolonia, mientras que sus fuerzas de explotación continuaban su avance hasta el Po.

La mayor parte de las fuerzas de Vietinghoff estaban implicadas en el frente, y tenía pocas reservas (y menos combustible) para frenar la penetración aliada. Ya no era posible estabilizar el frente o evacuar a sus fuerzas y la única esperanza de salvarlos era una retirada, una larga retirada. Pese a todo, Hitler ya había rechazado la propuesta de Herr de una defensa elástica, mediante retiradas tácticas desde un río al siguiente, lo cual hubiera podido anquilosar la ofensiva del 8.^º Ejército británico. El 14 de abril, justo antes del inicio de la ofensiva británica, Vietinghoff pidió permiso para retirarse al Po antes de que fuera demasiado tarde. Su petición fue denegada, pero el 20 tomó la responsabilidad de ordenar él mismo esa retirada.

Para entonces era demasiado tarde. Las tres divisiones acorazadas aliadas, en dos ataques rápidos, habían aislado y cercado a la mayor parte de las fuerzas oponentes. Aunque muchos alemanes lograron escapar atravesando a nado ese ancho río, no estaban en situación de crear una nueva línea defensiva. El día 27 los británicos cruzaron el Adigio y penetraron la línea veneciana que protegía Venecia y Padua.

Los estadounidenses, que avanzaban aún más rápido, habían tomado Verona un día antes. Y el 25 de abril los partisanos llevaron a cabo una sublevación general, atacando en todas partes a los alemanes. Todos los pasos alpinos fueron bloqueados el 28, el mismo día en que Mussolini y su amante, Clara Petacci, fueron detenidos y fusilados por un grupo de partisanos cerca del lago de Como. Las tropas alemanas se rendían por todas partes, y la persecución aliada encontró escasa oposición después del día 25. El 29 de abril los neozelandeses llegaron a Venecia y el 2 de mayo a Trieste, donde la principal preocupación no eran los alemanes sino los yugoslavos.

* * *

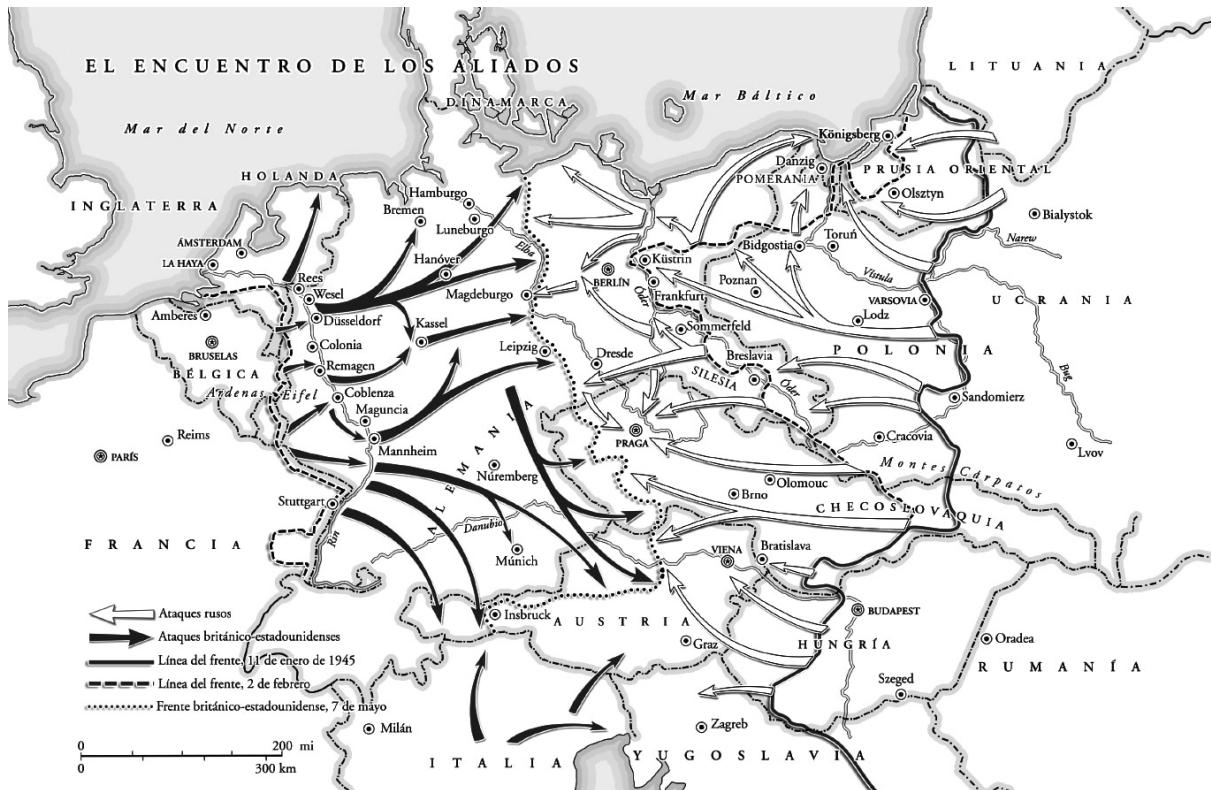
De hecho, las negociaciones en la sombra para una rendición habían comenzado ya en febrero, siendo iniciadas por el general Karl Wolff, jefe de las tropas de las SS en Italia, y llevadas a cabo, en el otro bando, por Allen W. Dulles, jefe de la OSS (Office of Strategic Services^[2]) en Suiza. Al principio utilizaron intermediarios italianos y suizos y después tuvieron contactos directos. Parece que los motivos de Wolff eran una mezcla de intentar evitar más destrucción inútil en Italia y el deseo de rechazar el comunismo alineándose con las potencias occidentales, motivos que compartían muchos alemanes. La importancia de Wolff, más allá del control de la política de las SS, residía en el hecho de que estaba a cargo de las regiones detrás del frente y, así, podía anular la idea de Hitler de crear un reducto alpino para organizar una última resistencia.

Las conversaciones eran complicadas y se retrasaron: por parte alemana, ya que Vietinghoff fue nombrado para sustituir a Kesselring, y por parte aliada, por las exigencias rusas para participar en ellas, y por ambos bandos debido a las sospechas y cautelas mutuas que acompañaron estas negociaciones en la sombra. Aunque las conversaciones de marzo fueron prometedoras, Himmler congeló las actividades de Wolff a principios de abril. Así, aunque el 8 de abril Vietinghoff estaba considerando una manera de rendición, no se logró a tiempo para evitar la ofensiva de primavera aliada.

Sin embargo, en un encuentro el 23 de abril, Vietinghoff y Wolff decidieron, de mutuo acuerdo, ignorar las órdenes procedentes de Berlín para seguir resistiendo y negociar una rendición. El día 25 Wolff había ordenado a las SS no resistirse a que los partisanos tomaran el mando, mientras que el mariscal Graziani manifestaba su deseo de rendición por parte de las fuerzas fascistas italianas. A las 14:00 del 29 de abril, emisarios alemanes firmaron un documento que contemplaba la rendición incondicional para el 2 de mayo a mediodía (14:00, hora italiana). A pesar de una intervención de último minuto por parte de Kesselring, este acuerdo tuvo efecto en esa fecha, seis días antes de la rendición alemana en el oeste. Aunque el éxito militar habría garantizado la victoria a los aliados, este canal suavizó el camino para un final más rápido de la guerra, reduciendo así pérdidas en vidas humanas y destrucción material.

El derrumbe de Alemania

Hitler había desguarnecido su frente oeste y desviado la mayor parte de sus últimas fuerzas y recursos para defender la línea del Óder contra los rusos, en la creencia de que los aliados occidentales serían incapaces de reanudar la ofensiva después del supuesto golpe devastador de su contraofensiva en las Ardenas, unido al bombardeo de la base de Amberes con cohetes y bombas volantes V. Así, la mayor parte del material disponible procedente de las fábricas o de los talleres de reparación alemanes se enviaba al este. Sin embargo, en ese mismo momento los aliados occidentales estaban concentrando una fuerza apabullante para un ataque contra el Rin. Para este esfuerzo masivo el principal papel atacante se asignó a Montgomery, poniendo bajo su mando al 9.^º Ejército estadounidense, además de sus propios dos ejércitos: el 1.^º canadiense y el 2.^º británico. Esta decisión molestó profundamente a la mayor parte de los generales estadounidenses que sentían que Eisenhower cedía a las exigencias de Montgomery y de los británicos a expensas de sus propias posibilidades.



La indignación los incitó a llevar a cabo esfuerzos más vigorosos en sus propios sectores para demostrar de lo que eran capaces y, a fin de cuentas, esos impulsos lograron resultados sorprendentes, ya que las fuerzas involucradas en ellos, aunque inferiores a las que estaba concentrando Montgomery, excedían con creces lo que los alemanes habían conservado para oponerse a ellos.

El 7 de marzo los tanques del 3.^º Ejército de Patton penetraron en las débiles defensas alemanas en Eifel (el extremo alemán de las accidentadas Ardenas) y alcanzaron el Rin cerca de Coblenza después de un avance de casi cien kilómetros en tres días. De momento estaban bloqueados, ya que los puentes sobre el Rin habían sido volados antes de su llegada. Sin embargo, un poco más al norte, una pequeña vanguardia acorazada del vecino 1.^{er} Ejército estadounidense encontró una brecha y la atravesó tan rápidamente que el puente de Remagen, cerca de Bonn, fue capturado antes de que fuera destruido. Las reservas fueron enviadas de inmediato a la otra orilla, donde establecieron una cabeza de puente vital.

Cuando Bradley, comandante del grupo de ejércitos, se enteró de la noticia, rápidamente aprovechó la oportunidad que se le presentaba de

desencajar la línea enemiga en el Rin, y exclamó exultante por teléfono: «¡Estupendo, esto va a abrir en canal al enemigo!». No obstante, el oficial de Estado Mayor de Eisenhower encargado de las operaciones, que estaba visitando el cuartel general de Bradley, enfrió su entusiasmo objetando que: «No vas a ninguna parte en Remagen, simplemente no encaja con nuestro plan». Y al día siguiente Bradley recibió órdenes definitivas para que no lanzara fuerzas importantes a través de esa cabeza de puente.

Esta orden restrictiva fue especialmente molesta porque el 9.º Ejército estadounidense, después de llegar al Rin cerca de Düsseldorf cuatro días antes, había sido frenado por Montgomery para que no tratara de cruzar el río de inmediato, como deseaba e instaba a hacer su comandante, Simpson. La impaciencia ante tales restricciones aumentaba día a día, ya que el gran ataque de Montgomery sobre el Rin no estaba previsto hasta el 24 de marzo, tres semanas después.

Así pues, Patton, con la ferviente aprobación de Bradely, giró hacia el sur para barrer las fuerzas alemanas al oeste del Rin y, al mismo tiempo, buscar un buen lugar para un cruce temprano. Para el 21 de marzo Patton había despejado de enemigos la orilla occidental del Rin en una distancia de más de 110 kilómetros, entre Coblenza y Mannheim, aislando a las fuerzas alemanas de la zona antes de que pudieran retirarse al Rin. Durante la noche siguiente las tropas de Patton cruzaron el río, casi sin oposición, en Oppenheim, entre Maguncia y Mannheim.

Cuando Hitler se enteró de este ataque sorpresa, ordenó contramedidas inmediatas, pero le dijeron que no quedaban recursos disponibles, y que lo más que se podía enviar para intentar cerrar la brecha era un simple puñado de tanques recién reparados en un depósito situado a 160 kilómetros de distancia. «La despensa estaba vacía», y el avance estadounidense más allá del Rin se convirtió en una procesión.

Para entonces Montgomery había completado sus elaborados preparativos de ataque terrestre contra el Rin cerca de Wesel, 240 kilómetros río abajo. Allí había concentrado veinticinco divisiones, después de que un cuarto de millón de toneladas de municiones y otros suministros se hubieran amasado en depósitos en la orilla oeste. La franja de río de cincuenta kilómetros en la que planeaba atacar solo estaba defendida por cinco divisiones alemanas débiles y exhaustas.

El ataque se inició durante la noche del 23 de marzo, tras un enorme bombardeo a cargo de tres mil cañones y sucesivas oleadas de bombarderos. La infantería de vanguardia, apoyada por tanques flotantes, cruzó el río y

estableció cabezas de puente en el este, encontrando escasa resistencia. Tras el amanecer, dos divisiones aerotransportadas fueron lanzadas por delante de ellos para ayudarlos a despejar el camino mientras, por detrás, se construían rápidamente puentes para el paso de las divisiones de refuerzo, tanques y medios de transporte. La escasa resistencia queda reflejada en el hecho de que el 9.º Ejército estadounidense, que aportaba la mitad de la infantería de asalto, solo tuvo cuarenta muertos. Las pérdidas británicas también fueron muy livianas. Solo se encontraron con una feroz resistencia en un punto, el pueblo a orillas del río de Rees, donde un batallón de paracaidistas alemanes resistió tres días. El día 28 la cabeza de puente se había ampliado a unos treinta kilómetros de profundidad en un frente de cincuenta. Sin embargo, Montgomery, que seguía inquieto por la capacidad de resistencia alemana, no aprobó el avance general en dirección este hasta que había logrado concentrar una fuerza de veinte divisiones y mil quinientos tanques en la cabeza de puente.

Cuando se desarrolló el avance, el obstáculo mayor con diferencia provino de las pilas de escombros creadas por el bombardeo excesivo por parte de las fuerzas aéreas aliadas, que bloquearon de este modo las rutas de avance de manera mucho más efectiva que el propio enemigo. Y es que el deseo dominante de los alemanes en ese momento, tanto de militares como de civiles, era ver avanzar a británicos y estadounidenses lo más rápido posible para llegar a Berlín y ocupar la mayor parte del país antes de que los rusos superaran la línea del Óder. Pocos de ellos estaban dispuestos a contribuir al objetivo de Hitler de obstrucción mediante autodestrucción.

En vísperas del cruce del Rin, Hitler había dado una orden y declarado que «la batalla deberá llevarse a cabo sin consideración de nuestra propia población». Sus comisionados regionales recibieron instrucciones para destruir «todas las plantas industriales, todas las instalaciones principales de electricidad, agua y gas» junto a «todos los almacenes de alimentos y ropa» con el fin de crear «un desierto» en el camino de los aliados.

No obstante, su propio ministro de Producción de Guerra, Albert Speer, protestó de inmediato contra esta orden draconiana. Ante sus protestas Hitler replicó: «Si se pierde la guerra la nación alemana también perecerá. Por tanto, no es necesario tomar en consideración las necesidades de la población para la supervivencia».

Horrorizado por semejante insensibilidad, la lealtad de Speer hacia Hitler se tambaleó. Se dirigió, a espaldas de este, a los jefes militares e industriales,

y los convenció, sin mucha dificultad, para que no ejecutaran el decreto de Hitler.

A medida que se acercaba el final, las ilusiones de Hitler siguieron creciendo y continuó pensando en algún milagro que produjera la salvación hasta casi la última hora. Le gustaba leer, o que le leyeron, el capítulo de la *Historia de Federico II de Prusia* de Carlyle, que relataba cómo Federico el Grande se salvó en su momento más sombrío, cuando sus ejércitos estaban a punto de desmoronarse gracias a la muerte de la emperatriz de Rusia, lo que llevó a la ruptura de la alianza enemiga. Hitler también había estudiado horóscopos que predecían que el desastre de abril sería redimido por un súbito cambio de fortuna, logrando una paz satisfactoria en agosto.

A medianoche del 12 de abril Hitler recibió la noticia de que el presidente Roosevelt había muerto súbitamente. Goebels le telefoneó y le dijo: «Mi *Führer*, le doy la enhorabuena. El destino ha puesto fuera de juego a su mayor enemigo. Dios no nos ha abandonado». Parecía que este era el milagro que había estado esperando Hitler, una repetición de la muerte de la emperatriz en el momento crítico de la guerra de los Siete Años del siglo XVIII. Así, Hitler se convenció de que lo que Churchill llamaba la Gran Alianza entre las potencias del este y el oeste ahora se rompería por el choque de las rivalidades de intereses.

Sin embargo, la esperanza no se cumplió y, quince días después, esto le llevó a quitarse la vida, como Federico el Grande había estado a punto de hacer, justo cuando su «milagro» llegó para salvar su fortuna y su vida.

* * *

A principios de marzo Zhukov había ampliado su cabeza de puente sobre el Óder, pero no logró penetrar. El avance ruso en los flancos más alejados continuó y Viena fue tomada a mediados de abril. Mientras tanto el frente alemán en el oeste se había hundido, y los ejércitos aliados en esa zona avanzaban hacia el este desde el Rin con poca resistencia. Alcanzaron el Elba, a unos cien kilómetros de Berlín, el 11 de abril. Allí se detuvieron. El día 16 Zhukov reanudó la ofensiva, junto a Koniev, que forzó el paso del Neisse.

Esta vez los rusos salieron de sus cabezas de puente y, en una semana, estaban llegando a los suburbios de Berlín, donde Hitler había decidido permanecer para la batalla final. El 25 la ciudad estaba completamente aislada por los ejércitos de Zhukov y Koniev, y el 27 las fuerzas de este último se dieron la mano con los estadounidenses en el Elba. Pese a todo, en el propio Berlín los alemanes opusieron una resistencia desesperada, calle a calle. No

fueron completamente vencidos hasta el propio final de la guerra, tras el suicidio de Hitler, con la rendición incondicional de Alemania.

Aunque la guerra en Europa llegó oficialmente a término a medianoche del 8 de mayo de 1945, en realidad se trataba del reconocimiento formal de un final que había tenido lugar poco a poco durante la semana anterior. El 2 de mayo cesaron todos los combates en el frente sur de Italia, donde el documento de rendición se había firmado tres días antes. El 4 de mayo una rendición similar fue firmada, en el cuartel general de Montgomery en las landas de Lüneburg, por representantes de las fuerzas alemanas en el noroeste de Europa. El 7 de mayo otro documento de rendición que afectaba a todas las fuerzas alemanas, se rubricó en el cuartel general de Eisenhower en Reims. Al final del acto tuvo lugar una ceremonia más solemne en presencia de los rusos, además de representantes estadounidenses, británicos y franceses.

Estas formalidades de rendición fueron una rápida secuela de la muerte de Hitler. El 30 de abril, el día después de su boda con la devota Eva Braun, se suicidó con ella en las ruinas de la Cancillería en Berlín, cuando se informó de que las tropas rusas estaban muy cerca. Sus cuerpos fueron incinerados rápidamente en el jardín siguiendo sus instrucciones.

El primero de los tres actos oficiales de rendición por parte de las fuerzas alemanas fue el más significativo, ya que el armisticio italiano se firmó cuando Hitler todavía estaba vivo, e ignorando su autoridad. Además, era la conclusión de negociaciones clandestinas que habían empezado en ese frente casi dos meses antes, a principios de marzo. Los líderes enemigos en Alemania habían estado demasiado cerca de la presencia dominante de Hitler como para arriesgarse a adoptar tales iniciativas, aunque hacía tiempo que habían estado hablando en privado de la necesidad urgente de hacerlo.

Muchos de ellos habían perdido la esperanza tras el desembarco de los aliados occidentales en Normandía, durante el verano anterior. Casi la mayoría de ellos no tenían esperanza ni voluntad en febrero de 1945, tras el rechazo de su contraofensiva en las Ardenas y la irrupción rusa en el este de Alemania. Seguían combatiendo fundamentalmente por miedo: a quebrar su juramento de lealtad a Hitler como soldados, a la ira de este, a que diera la orden de ahorcarlos por desobediencia; miedo reforzado por el castigo con que los aliados amenazaban de manera inquietante después de una «rendición incondicional».

Durante los meses siguientes la guerra solo se había prolongado por la implacable determinación de Hitler. Podría haber acabado más rápidamente si los aliados occidentales hubieran sido menos inflexibles en su exigencia de

«rendición incondicional» y más conscientes de su efecto en la mentalidad alemana. Una relajación de esa actitud amenazadora, y cualquier garantía razonable sobre el tratamiento posterior a los alemanes, con toda probabilidad hubiera producido ese flujo de capitulaciones siguiendo órdenes de los líderes militares de mayor rango, con lo que el frente se habría desmoronado rápidamente, y el régimen nazi de su mano. Así, Hitler hubiera perdido todo el poder para seguir combatiendo.

El derrumbe de Japón

Dos factores acumulativos en la derrota de Japón fueron, por su naturaleza y sus efectos, formas de desgaste con una presión estranguladora. Uno vino por el mar o, para ser más precisos, bajo el mar; el otro por el aire. El primero fue aquel cuyos efectos fueron decisivos antes.^[1]

* * *

El imperio japonés era básicamente marítimo y dependía de los suministros aún más que el británico. Su capacidad para la guerra dependía en unas grandes importaciones marítimas de petróleo, mineral de hierro, bauxita, coque, níquel, manganeso, aluminio, estaño, cobalto, plomo, fosfato, grafito y potasa, algodón, sal y caucho. Además, para su abastecimiento alimentario tenía que importar la mayor parte del azúcar y soja, además del 20 por ciento del trigo y el 17 por ciento del arroz.

Sin embargo, Japón había iniciado la guerra con una marina mercante de apenas seis millones de toneladas brutas, considerablemente menos de un tercio de Gran Bretaña a principios de 1939 (unos 9500 buques y más de veintiún millones de toneladas). Además, a pesar de las lecciones de la guerra durante los dos años de intervalo y de sus planes expansionistas, Japón había hecho poco por organizar una protección de sus mercantes: no tenía ni sistema de convoyes ni uso de portaaviones de escolta. Solo hizo serios esfuerzos por subsanar estas omisiones después de que su flota mercante se hubiera reducido considerablemente.

El resultado fue que los mercantes japoneses se convirtieron en presa fácil para los submarinos estadounidenses. En el período inicial de la guerra en el Pacífico el carácter defectuoso de los torpedos estadounidenses redujo su efecto, pero después de corregir esos fallos los ataques submarinos se convirtieron en una masacre. Mientras que los submarinos japoneses concentraban sus ataques contra buques de guerra —y posteriormente tuvieron que ser usados para trasportar suministros a las guarniciones en las islas que habían quedado atrás por el avance aliado— los submarinos estadounidenses se utilizaban en gran medida contra buques mercantes. En 1943 hundieron 296, con un total de 1 335 000 toneladas brutas, y en 1944 su campaña fue aún más dañina, solo en octubre hundieron 32 000 toneladas. Además, su efecto era aún mayor ya que los ataques se dirigían fundamentalmente contra los petroleros japoneses. El resultado es que la flota japonesa tuvo que permanecer en Singapur, para estar cerca de las zonas de producción petrolífera, mientras que en Japón el entrenamiento para los pilotos se veía restringido por falta de combustible para unas prácticas de vuelo adecuadas.

Los submarinos estadounidenses también infligieron graves pérdidas a los buques de guerra japoneses, alcanzando casi un tercio de sus objetivos hundidos. En la batalla del mar de Filipinas hundieron dos portaaviones de flota japoneses, el Taiho y el Shokaku, mientras que durante los últimos meses de 1944 hundieron o dejaron inutilizados de manera permanente otros tres portaaviones, así como cuarenta destructores.

Cuando los submarinos estadounidenses comenzaron a operar desde la bahía de Subic, en Luzón, la mayor parte de la marina mercante japonesa había sido eliminada y los buenos objetivos eran tan raros que parte de la fuerza submarina se usaba para recoger tripulaciones de bombarderos que habían tenido que realizar aterrizajes de emergencia en el mar a su regreso de incursiones sobre Japón.

En resumen, la contribución de la fuerza submarina de Estados Unidos fue inmensa, y la menor no fue detener los intentos japoneses de enviar suministros y refuerzos a las guarniciones sitiadas de ultramar. El mayor efecto fue hundir el 60 por ciento de los ocho millones de toneladas que perdieron los mercantes japoneses durante la guerra. Este fue el factor más importante del derrumbe final de Japón, ya que fue decisivo para explotar su debilidad económica y su dependencia de los suministros de ultramar.

Okinawa. La entrada interior de Japón

Los preparativos finales para el ataque anfibio contra Okinawa, con el nombre de «operación Iceberg», estaban en marcha antes de que se completara la captura de Iwo Jima y se fijó el Día D para el desembarco para el 1 de abril, apenas seis semanas después del desembarco en Iwo Jima. Okinawa es una gran isla, la mayor del archipiélago de Ryukyu, tiene casi 100 kilómetros de largo y una media de trece de ancho. Es lo suficientemente grande como para proporcionar una base naval y terrestre para una invasión de Japón. Está situada exactamente a mitad de camino entre Formosa y Japón, a 550 kilómetros de ambos, y a 580 kilómetros de la costa de China. Así pues, una fuerza con base en Okinawa amenazaba esos tres objetivos, mientras que los aviones allí estacionados podían dominar los accesos a los tres.

La isla era accidentada y boscosa excepto en partes del sur donde estaban los aeródromos, e incluso allí las crestas calizas eran fáciles de excavar. Por tanto, tenía una capacidad defensiva natural, incrementada grandemente por el refuerzo de la guarnición: el 32.º Ejército del general Ushijima, hasta alrededor de 77 000 combatientes y 20 000 auxiliares —un total de casi 100 000— y gran abundancia de artillería, ligera y pesada, bien ubicada en cuevas fortificadas. El Alto Mando japonés estaba decidido a defender Okinawa con todas las fuerzas que pudiera proporcionar y las tácticas adoptadas eran una obstinada defensa en profundidad del interior, como en Iwo Jima, sin desperdiciar unidades en combates en las playas donde los buques de guerra estadounidenses podían golpear y machacar a las tropas japonesas. Para la contraofensiva el cuartel general imperial había conservado y reunido más de 2000 aviones en aeródromos de Japón y Formosa y planeaban hacer uso de tácticas kamikazes a una escala nunca vista.

El Alto Mando estadounidense se daba cuenta de que Okinawa era un hueso duro de roer, que requeriría una gran superioridad y, por tanto, implicaría enormes problemas logísticos. Planeó desembarcar en la isla al recién formado 10.º Ejército, al mando del teniente general Simon B. Buckner, utilizando cinco divisiones y un total de ciento dieciséis mil hombres en el desembarco inicial, con dos más para la fase de seguimiento y ocho en la reserva. En total, la fuerza de asalto (de tres divisiones de marines y cuatro del ejército) se elevaba a unos 170 000 miembros de tropas de combate y ciento quince mil auxiliares. Además de vencer a la poderosa guarnición japonesa, deberían tener que controlar a una población de casi medio millón de personas.

En un intento de reducir la amenaza de la contraofensiva aérea, el grupo de portaaviones rápidos del almirante Mitscher realizó una serie de incursiones sobre Japón (18 a 21 de marzo) una semana antes del desembarco, derribando unos ciento sesenta aviones, así como destruyendo muchos otros en tierra, aunque con el coste de que tres de sus portaaviones (Wasp, Yorktown y Franklin) fueran gravemente dañados por los ataques kamikaze. A la semana siguiente los B-29 Superfortaleza procedentes de Guam fueron desviadas de sus ataques masivos contra las ciudades japonesas al bombardeo de los aeródromos de Kyushu (la principal isla meridional de Japón). Otro preliminar importante fue la ocupación del grupo de islas Kerama Retto, unos veinticinco kilómetros al oeste de Okinawa, para ser usadas como base avanzada de la flota y fondeadero, a iniciativa del almirante Kelly Turner. Una división estadounidense ocupó el archipiélago el 27 de marzo, encontrando escasa resistencia, y al día siguiente llegaron unos petroleros para poner en marcha el fondeadero. La flota británica del Pacífico (dos acorazados, cuatro portaaviones, seis cruceros y quince destructores), al mando del almirante sir Bruce Fraser, que había llegado a la zona a mediados de marzo, defendía el área de sudoeste de Okinawa.

El 1 de abril, Domingo de Pascua, tuvieron lugar los principales desembarcos, que comenzaron a las 08:30, tras un intenso bombardeo preparatorio de tres horas por mar y aire. Ese mismo día el almirante Turner tomó el mando de todas las fuerzas en las aguas de Okinawa. Los desembarcos se llevaron a cabo en la parte sur de la costa oeste, desde donde un corto avance podría aislar el extremo sur de la isla. No encontraron ninguna resistencia y a las 11:00 los dos aeródromos en la franja de ocho kilómetros donde habían tenido lugar los desembarcos, fueron ocupados sin que el enemigo siquiera se mostrara, para gran asombro de los invasores. Por la tarde la cabeza de playa estadounidense se había ampliado a quince kilómetros de ancho y más de sesenta mil hombres habían sido desembarcados sanos y salvos. El 3 de abril habían cruzado la isla y al día siguiente la cabeza de playa se había ampliado a unos veinticinco kilómetros. Solo después del día 4, cuando los estadounidenses iniciaron su avance hacia el sur, comenzaron a encontrar una creciente resistencia por parte de las dos divisiones y media de esa parte sur de la isla.

Sin embargo, en el aire los japoneses habían estado activos desde el principio, y a partir del 6 de abril los ataques kamikazes se intensificaron: casi 700 aviones, de los cuales la mitad eran kamikazes, fueron enviados a

Okinawa los días 6 y 7. La mayor parte fueron derribados, pero trece destructores estadounidenses fueron hundidos o dañados.

El 6 de abril también estuvo marcado por la acción «suicida» más notable de la Marina japonesa, cuando el acorazado gigante Yamato fue enviado a la zona con una pequeña escolta naval, pero sin cobertura aérea y con combustible solo para el viaje de ida. Su aproximación fue detectada rápidamente y vigilada de manera constante, mientras los portaaviones de Mitscher preparaban un ataque con 280 aviones. A las 12:30 del día 7 fue atacado violentamente con torpedos y bombas y, después de dos horas de embestidas continuadas se hundió, con una inmensa pérdida de vidas. Al igual que el Tirpitz alemán, nunca tuvo la oportunidad de disparar sus grandes cañones contra navíos enemigos, y su final fue otra confirmación de que la era del acorazado había terminado.

La campaña terrestre fue más duradera. El 13 de abril los japoneses del sur de la isla comenzaron una pequeña contraofensiva, pero fue rechazada fácilmente. Mientras, la 6.^a División de marines había estado avanzando hacia el norte con facilidad, hasta que llegó a la península de Motobu, rocosa y boscosa. No obstante, la fuerza japonesa en esa zona consistía solo en dos batallones y su formidable posición fue capturada el día 17 mediante una estratagema hábilmente planeada. Aunque grupos aislados continuaron la resistencia hasta el 6 de mayo, el saldo era muy favorable a los estadounidenses, con dos mil quinientos japoneses muertos (contando los cuerpos) frente a menos de una décima parte de esa cifra por parte de los marines. Además, un destacamento de marines había llegado al extremo norte de Okinawa el 13 de abril sin encontrar resistencia. Las pequeñas islas vecinas también fueron capturadas en esos días, con pocos problemas, excepto en Ie Shima.

El 19 de abril el XXIV Cuerpo del general Hodges lanzó un ataque, con tres divisiones del ejército, contra las posiciones japonesas en el sur de Okinawa. Sin embargo, un intenso bombardeo preparatorio —por mar, aire y tierra— tuvo pocos efectos sobre las defensas subterráneas japonesas. Los avances fueron mínimos y las bajas grandes, incluso después de que las divisiones 1.^a y 6.^a de los marines fueran trasladadas a la línea del frente. Pese a todo, a principios de mayo, los comandantes locales japoneses, con su característico menosprecio por las acciones ofensivas, aunque se habían mostrado provechosas, decidieron lanzar una contraofensiva junto a una nueva oleada de ataques kamikazes. A pesar de una penetración en un punto determinado, fueron rechazados con pérdidas muy grandes: unos cinco mil

muertos. Esto facilitó algo el camino para la reanudación de la ofensiva estadounidense el 10 de mayo, aunque durante las semanas siguientes su avance fue detenido por lluvias fuertes y prolongadas.

Durante ese intervalo los japoneses se retiraron desde la zona de Shuri, que defendía Naha, la capital, hasta posiciones aún más al sur. A principios de junio los estadounidenses retomaron su avance, a pesar del barro. A mediados de mes los japoneses se vieron obligados a retroceder hasta el extremo sur de la isla. Allí, su posición fuertemente defendida, a lo largo de la escarpadura de Yaeju-Dake, se quebró el día 17, en gran medida por el uso de lanzallamas. Ushijima y su Estado Mayor se suicidaron, al igual que otros muchos japoneses, aunque no menos de siete mil cuatrocientos se rindieron en la fase de limpieza posterior. Esto representaba un cambio significativo.

Las pérdidas totales de Japón se estimaron en ciento diez mil, incluyendo población local reclutada por el ejército, mientras que los estadounidenses tuvieron 49 000 bajas (de las cuales 12 500 fueron muertos). Fue la mayor pérdida en campaña de la guerra del Pacífico.

Durante los tres meses de campaña en Okinawa, los aviones japoneses llevaron a cabo diez ataques masivos de kamikazes, a los que llamaban «Kikusui» (crisantemo flotante). Esto suponía un total de más de 1500 ataques individuales, con casi tantos ataques suicidas similares por parte de otros aviones. En total hundieron 34 buques y se dañaron 368, la mayor parte por kamikazes. La dolorosa experiencia provocó malos presentimientos sobre lo que ocurriría en una invasión de Japón, contribuyendo así a la decisión, de julio, de usar la bomba atómica.

Operaciones de limpieza en el Pacífico y Birmania

El ritmo del avance doble estadounidense se había acelerado mucho por la adopción de la estrategia de rodeo, atacando y capturando solo aquellos puntos de cualquiera de las rutas que fueran necesarios como trampolín estratégico para Japón y como medio de lograr el control estratégico del Pacífico. Sin embargo, cuando las fuerzas llegaron cerca de ese país, y se preparaban para el salto final, el Estado Mayor consideró deseable despejar la retaguardia liquidando las guarniciones aisladas de las islas principales que se habían dejado atrás en el avance de rodeo. Así, la penúltima fase de la guerra consistió en una enorme serie de operaciones de limpieza en diferentes áreas. Despues del rápido avance de Slim hasta Rangún, y antes de lanzar el ataque

anfibio del mando de sudeste asiático para recuperar Singapur y las Indias Orientales Neerlandesas, era más claramente necesario despejar el sur-centro de Birmania.

Birmania^[2]

Cuando Slim llegó a Rangún, a principios de mayo de 1945, seguía habiendo unos sesenta mil soldados japoneses en su camino, al oeste de Salween, y era importante evitar que escaparan hacia el este, penetrando en Tailandia, así como impedirles que provocaran problemas en la zona conquistada por Slim durante su avance hacia Rangún. Así, parte del IV Cuerpo del general Messervy fue enviado de vuelta a defender los cruces del Sittang, y otra parte para encontrarse con el XXXIII Cuerpo de Stopford, que descendía por el valle del Irrawaddy. Durante el mes de mayo, Stopford logró desmantelar dos intentos de los restos del 28.^º Ejército de Sakurai desde Arakan, para cruzar el Irrawaddy hacia el este, aunque muchos grupos aislados lograron abrirse camino y en torno a diecisiete mil llegaron a la zona de Pegu Yomas, entre el Irrawaddy y el Sittang. Un ataque de distracción para ayudarles, por parte de los restos del 33.^º Ejército de Honda, fracasó, por lo que después de mediados de julio las tropas de Sakurai trataron de escabullirse a través de la pantalla defensiva de Messervy, dividiéndose en numerosos pequeños grupos, de unos pocos cientos de hombres cada uno. Sin embargo, la mayoría de estos grupos fue atrapada y aplastada; menos de seis mil hombres lograron alcanzar la orilla este del Sittang, por entonces en plena crecida, y no fueron capaces de seguir combatiendo.

Nueva Guinea, Nueva Bretaña, Bougainville^[3]

En el avance a saltos de MacArthur a lo largo de la costa norte de Nueva Guinea, durante la primera mitad de 1944, había dejado atrás varias guarniciones japonesas y cuando los estadounidenses atacaron Filipinas, dejaron atrás los restos de cinco divisiones enemigas. Grandes cantidades de soldados japoneses también se habían quedado aislados en las islas de Nueva Bretaña y Bougainville. En una directiva del 12 de julio al general sir Thomas Blarney, el comandante en jefe australiano, MacArthur le encomendaba, a

partir del otoño, «la neutralización continuada» de los japoneses que quedaban en esas zonas. Blaney decidió interpretar la directiva con una mentalidad más ofensiva, aunque solo contaba con cuatro divisiones, de las cuales tres eran de milicias, después de que dos divisiones de las Fuerzas imperiales australianas hubieran sido embarcadas para la campaña en Filipinas.

La 6.^a División australiana fue enviada a Aitape, y desde allí debía avanzar hacia el este en diciembre y destruir las tres débiles divisiones de Adachi en torno a Wewak (con un total de 35 000 hombres), que no solamente tenían carestía de armas y alimentos, sino que estaban afectados por enfermedades, además de aislados. El avance de 160 kilómetros a través de un terreno muy difícil tensionó el sistema de transporte australiano y la moral de las tropas se vio afectada por las enfermedades y la conciencia de que no había necesidad estratégica real para la operación. El avance era muy lento y Wewak no fue capturada hasta mayo, seis meses después, mientras seguía habiendo japoneses que resistían en su interior cuando acabó la guerra en agosto de 1945. La fuerza japonesa había disminuido un quinto durante ese tiempo, mientras que los australianos apenas habían perdido mil quinientos hombres en combate, aunque sus bajas por enfermedad ascendían a más de dieciséis mil.

La 5.^a División australiana había sido enviada a Nueva Bretaña, en las Bismarck, y su comandante (el general A. N. Ramsay) mostró mejor juicio. Para cuando llegó, en noviembre, los estadounidenses se habían hecho con el control de cinco sextas partes de esa gran isla, pero el resto estaba defendido por casi setenta mil japoneses concentrados mayoritariamente en su duradera base de Rabaul. Tras un breve avance hasta el lugar donde la isla se estrechaba, los australianos se contentaron con patrullar esa corta línea, dejando que la guarnición japonesa se marchitara. De ese modo fue neutralizada con un coste mínimo, hasta que el final de la guerra produjo su rendición.

Bougainville, en el extremo oeste de las Salomón, era la mayor isla de ese archipiélago. Allí fue enviado el II Cuerpo del general Savige, con la 3.^a División australiana y dos brigadas adicionales. De nuevo, aquí no había necesidad real de una acción ofensiva, ya que los japoneses, concentrados en su mayor parte alrededor de Buin, en el sur de la isla, estaban muy ocupados en cultivar verduras y pescar para completar su escaso avituallamiento. Y, sin embargo, Savige lanzó una ofensiva a principios de 1945. Logró avanzar poco, y azuzó a los japoneses para que combatieran en defensa de su área de

producción de alimentos. Después de seis meses fue interrumpida por las fuertes lluvias. Las tropas australianas, al igual que en Nueva Guinea, mostraron escaso entusiasmo por lo que sentían, con razón, que era un esfuerzo inútil.

Borneo

La iniciativa para reconquistar Borneo procedió fundamentalmente de los estadounidenses, querían cortar las rutas de suministro japonés de petróleo y caucho, y también proporcionar a los británicos una base naval avanzada en la bahía de Brunéi. El Estado Mayor británico no era favorable a esa idea, ya que querían una base en Filipinas, puesto que la flota del Pacífico ya estaba combatiendo en la zona de Okinawa y no deseaban trasladarla hacia el sur. La operación se llevó a cabo por el I Cuerpo australiano (de dos divisiones), al mando del teniente general sir Leslie Morshead, con la protección de la 7.^a Flota estadounidense. La isla de Tarakan, frente a la costa noreste, fue capturada el 1 de mayo de 1945, y la bahía de Brunéi, en la costa oeste, fue tomada sin una oposición importante el 10 de junio. Desde allí las tropas australianas avanzaron a lo largo de esa costa hasta Sarawak. A principios de julio, tras un prolongado bombardeo, el centro petrolífero de Balikpapan, en la costa sudeste, fue atacado y capturado, tras cierta resistencia, en lo que resultó la última gran operación anfibia de la guerra.

Para entonces los preparativos británicos para recuperar Singapur estaban muy avanzados, pero fueron invalidados por la rendición japonesa en agosto. Así, cuando Mountbatten llegó a Singapur el 12 de septiembre fue solo para recibir la capitulación general de las fuerzas japonesas en el sudeste de Asia, que ya se había firmado en un acuerdo preliminar en Rangún el 27 de agosto. Supuso la rendición de tres cuartos de millón de japoneses.

Filipinas

Aunque los estadounidenses habían logrado el control estratégico de Filipinas a los cinco meses de su primer desembarco, en Leyte en el mes de octubre, importantes fuerzas japonesas seguían estando en las islas en marzo. Solo en Luzón, pruebas posteriores muestran que habían tenido unos ciento setenta

mil hombres, una cifra mucho mayor de la que los estadounidenses estimaban por entonces. Los grupos principales estaban en el norte de Luzón, al mando del propio Yamashita, pero también había unos cincuenta mil al mando del general Yokoyama en las montañas cercanas a Manila, la capital, y que controlaban el abastecimiento de agua de la ciudad. Los primeros intentos de expulsarlos fueron rechazados e incluso los japoneses pasaron a la ofensiva contra el XIV Cuerpo del general Griswold, al que se le había encomendado la misión de destruir esa unidad japonesa. A mediados de marzo el XI Cuerpo del general Hall fue desplazado hasta la zona para hacerse cargo del avance y, a finales de mayo, había capturado las dos presas de Awa e Ipo. Para entonces la fuerza de Yokoyama había sido reducida a la mitad, en gran medida por hambre y enfermedades y pronto se convirtió en grupos desorganizados que fueron perseguidos y hostigados por las guerrillas filipinas, así como por las tropas estadounidenses. Por cada muerto en acción, diez murieron de hambre y enfermedad. Al final de la guerra apenas siete mil sobrevivieron para rendirse.

Mientras tanto, las fuerzas del general Krueger despejaron los pasos a través del mar de Bisayas, acortando así la ruta marítima desde Leyte a Luzón, y después hicieron lo mismo con la parte meridional de Luzón. Otras fuerzas despejaron también las islas al sur de Leyte, estableciéndose en Mindanao, donde el cuartel general imperial había concentrado cuarenta mil hombres porque consideraba que sería un objetivo primordial de la invasión estadounidense. En verano las fuerzas japonesas en todas estas áreas se habían retirado a las montañas, donde menguaron rápidamente a causa del hambre y las enfermedades.

La última fase del proceso fue el ataque estadounidense contra las fuerzas de Yamashita en el norte de Luzón. Fue iniciado el 27 de abril a cargo de tres divisiones estadounidenses, reforzadas pronto por una cuarta, pero se encontraron con crecientes dificultades al penetrar en las montañas, donde Yamashita había concentrado a más de cincuenta mil hombres, más del doble de lo que habían calculado los estadounidenses. Seguía resistiendo cuando terminó la guerra, a mediados de agosto, y rindió a sus cuarenta mil hombres supervivientes, así como a otros diez mil en otras partes del norte de Luzón. La necesidad estratégica de esta costosa campaña de limpieza es muy dudosa.

La ofensiva estratégica aérea estadounidense

La ofensiva aérea contra Japón no fue realmente efectiva hasta que pudo lanzarse desde las islas Marianas, que fueron capturadas fundamentalmente con ese objetivo en el verano de 1944.

Su principal instrumento era el Boeing B-29 Superfortaleza, el mayor bombardero de la Segunda Guerra Mundial, que podía llevar una carga de bombas de hasta 7700 kilos, volar a velocidades cercanas a 560 kilómetros por hora y a altitudes de casi 10 700 metros. Tenía un radio de acción de casi 6500 kilómetros y estaba bien protegido por su blindaje, así como por las trece ametralladoras de las que estaba provisto.

A mediados de junio las acerías de Yawata, en Kyushu, fueron bombardeadas por unos cincuenta B-29 con base en China e India. Sin embargo, este y posteriores ataques causaron pocos daños: por esta vía aérea solo se lanzaron sobre Japón unas ochocientas toneladas de bombas durante la segunda mitad de 1944, y los B-29 del 20.^º Mando de Bombardeo requerían tanto suministro aéreo para mantenerse en China, con resultados tan pobres, que fueron retirados a principios de 1945.

No obstante, la primera pista de aterrizaje de las Marianas, en Saipán, estuvo lista a finales de octubre de 1944, y recibió la primera ala (ciento doce aparatos) del 21.^º Mando de Bombardeo. Un mes después, el 24 de noviembre, ciento once B-29 despegaron desde ahí para bombardear una fábrica de aviones en Tokio. Fue el primer ataque contra la capital desde la incursión del coronel Doolittle en abril de 1942. Inauguró la nueva ofensiva y, aunque menos de un cuarto de los bombarderos encontraron sus objetivos, solo se perdieron dos, a pesar de los ciento veinticinco cazas japoneses enviados a su encuentro.

Durante los siguientes tres meses los B-29 continuaron con su bombardeo de precisión de día, basado en su experiencia en Europa, pero los resultados eran decepcionantes, aunque obligaron a los japoneses a iniciar la dispersión de sus fábricas y otras industrias. En marzo de 1945 el número de B-29 en las Marianas se había triplicado y el general Curtis LeMay, que había tomado el mando de la zona, decidió dedicarlos a bombardeo de área a baja altitud y nocturno, con el fin de explotar la debilidad japonesa en la defensa nocturna. Además, permitía una mayor carga de bombas, aliviar la tensión de los motores y ser más efectivos en alcanzar los numerosos objetivos industriales pequeños.

Aún más importante fue que LeMay decidió que los B-29 portaran bombas incendiarias en lugar de explosivas: cada B-29 podía llevar cuarenta grupos de treinta y ocho bombas, que podían incendiar una superficie de

aproximadamente seis hectáreas. Los resultados del cambio fueron espeluznantemente efectivos. El 9 de marzo 279 B-29, cada uno de ellos con una carga de seis a ocho toneladas de bombas incendiarias, devastaron Tokio. Algo más de cuarenta kilómetros cuadrados, una cuarta parte de la superficie total de la ciudad, se quemó, más de 267 000 edificios fueron destruidos. Las bajas civiles fueron aproximadamente 185 000, mientras que los atacantes estadounidenses solo perdieron catorce aparatos. Durante los siguientes nueve días las ciudades de Osaka, Kobe y Nagoya fueron devastadas de manera similar. El día 19 cesaron estos ataques porque los estadounidenses se habían quedado sin bombas incendiarias: durante esos diez días habían lanzado casi diez mil toneladas.

Sin embargo, la devastación pronto se reanudó, y aumentó: en julio el tonelaje lanzado fue tres veces mayor de lo que había sido en marzo. Además, también se arrojaron miles de minas para bloquear el tráfico costero japonés. Más de 1 250 000 de toneladas de buques mercantes fueron hundidas y el tráfico se redujo casi a la nada. La resistencia japonesa en los cielos se había vuelto insignificante.

Las consecuencias fueron tremendas. La moral de los civiles se redujo enormemente después de la incursión incendiaria contra Tokio y aún más cuando LeMay comenzó a lanzar panfletos avisando de sus siguientes objetivos. Más de ochenta y un millones de personas escaparon al campo, provocando el hundimiento de la producción de guerra, en un momento en que la economía de guerra japonesa ya casi no aguantaba más. La producción de las refinerías de petróleo se había reducido en un 83 por ciento; en el sector aeronáutico, la producción de motores un 75 por ciento y la de armazones un 60 por ciento. Y en el terreno del equipamiento electrónico un 70 por ciento. Más de seiscientas grandes fábricas de guerra habían sido destruidas o gravemente dañadas por los bombardeos.

Más allá de todo esto estaba el hecho de que la campaña de bombardeos había mostrado a la población japonesa que su ejército ya no podía protegerlos y que la rendición, aunque fuera incondicional, era inevitable. Las bombas atómicas de agosto simplemente confirmaron lo que la mayoría de los japoneses, a excepción de los fanáticos militares, ya habían comprendido.

La bomba atómica y la rendición de Japón

En el último tomo de sus memorias de guerra Winston Churchill relata cómo el 14 de julio de 1945, cuando estaba en la conferencia de Potsdam con el presidente Truman y con Stalin, le pasaron una hoja de papel con un mensaje críptico: «Los bebés están bien». Stimson, secretario de Guerra de Estados Unidos, explicó su significado: que la prueba de la bomba atómica, el día anterior, había tenido éxito. «El presidente me invitó a deliberar inmediatamente. Con él estaban el general Marshall y el almirante Leahy».

El relato de Churchill de lo que siguió es tan significativo que la parte principal merece ser citada en detalle:

De pronto nos parecía estar en posesión de un compasivo modo de abreviar la matanza en el este y de una perspectiva mucho más feliz en Europa. No tengo dudas de que estos pensamientos estaban presentes en las mentes de mis amigos estadounidenses. En cualquier caso, no hubo ni un momento de discusión sobre si la bomba atómica debía ser usada. Para evitar una enorme e interminable carnicería, para acabar con la guerra, para llevar la paz al mundo, para posar manos curativas sobre los pueblos torturados mediante una manifestación de poder abrumador a costa de unas pocas explosiones, todo ello nos parecía, tras el trabajo duro y los peligros sufridos, un milagro de liberación.

El consentimiento británico al uso del arma se había dado el 4 de julio, antes de que tuviera lugar la explosión experimental. La decisión final ahora descansaba en el presidente Truman, que tenía el arma, pero nunca dudé de que pasaría, ni he dudado desde entonces de que su decisión fuera correcta. El hecho histórico sigue siendo, y deberá ser juzgado posteriormente, que la decisión de usar o no la bomba atómica para obligar a Japón a rendirse nunca se llegó a discutir. Había un acuerdo unánime, automático e incontestable sobre la mesa, y tampoco escuché la menor sugerencia de que hubiera que hacerlo de otro modo.^[4]

No obstante, posteriormente, el propio Churchill se planteó dudas sobre la cuestión de utilizar la bomba atómica, cuando dijo:

Sería un error creer que el destino de Japón fue decidido por la bomba atómica. Su derrota era segura antes de que cayera la primera de ellas, y fue consecuencia de un poder naval apabullante. Solo gracias a él fue posible apoderarse de bases navales desde las que lanzar el ataque

final y forzar a su ejército metropolitano a capitular sin luchar. Su marina mercante había sido destruida.^[5]

Churchill también menciona que, en Potsdam, tres semanas antes de lanzar la bomba, Stalin le dijo en privado que había recibido un mensaje del embajador japonés en Moscú en el que expresaba el deseo de paz de su país. Y añade que, al transmitírselo al presidente Truman, le sugirió que la exigencia aliada de «rendición incondicional» podía ser atenuada para facilitar que Japón se rindiera.

Sin embargo, esos acercamientos en búsqueda de la paz habían empezado mucho antes, y eran mejor conocidos por las autoridades estadounidenses de lo que indicaba Churchill o, quizás, de lo que era sabedor. Justo antes de la Navidad de 1944, la inteligencia estadounidense en Washington recibió un informe de un diplomático bien informado, en Japón, indicando que estaba surgiendo y ganando terreno un partido de la paz. El diplomático predijo que el Gobierno del general Koiso, que en julio había sustituido al del general Tojo (quien había metido a Japón en la guerra) pronto sería sucedido por un Gobierno en búsqueda de paz al mando del almirante Suzuki, que iba a iniciar negociaciones respaldadas por el emperador. La predicción se cumplió en abril.

El 1 de abril los estadounidenses desembarcaron en Okinawa, una de las islas Ryukyu, a mitad de camino entre Formosa y Japón. El impacto de la noticia, unido a la ominosa nota rusa que terminaba con el pacto de neutralidad con Japón, precipitó la caída del Gobierno de Koiso, el 5 de abril, y el nombramiento de Suzuki como primer ministro.

Aunque los jefes del partido de la paz fueran ahora predominantes en el Gobierno, estaban perdidos sobre cómo debían actuar. Ya en febrero, a iniciativa del emperador Hirohito, había habido acercamientos a Rusia, pidiéndole «como neutral» que de intermediaria para lograr la paz entre Japón y los aliados occidentales. Estos acercamientos se llevaron a cabo, primero, a través del embajador ruso en Tokio y, después, del japonés en Moscú. Pero nada salió de aquello. Los rusos no habían transmitido nada de estas gestiones.

Transcurrieron tres meses antes de que hubiera algún indicio. Esto ocurrió a finales de mayo, cuando Harry Hopkins, como enviado personal del presidente, voló a Moscú para hablar con Stalin del futuro. En su tercer encuentro, Stalin sacó a colación la cuestión japonesa. En la conferencia de Yalta del mes de febrero se había comprometido a unirse a la guerra contra Japón a condición de obtener las islas Kuriles, todo Sajalín y una posición

predominante en Manchuria. Entonces Stalin informó a Hopkins de que sus ejércitos reforzados en Extremo Oriente se desplegarían el 8 de agosto para atacar en el frente japonés en Manchuria. Después dijo que si los aliados se aferraban a su exigencia de «rendición incondicional» los japoneses lucharían hasta el final, mientras que atenuar la imposición los animaría a rendirse y, entonces, los aliados podrían imponer su voluntad y obtener básicamente los mismos resultados. También subrayó que Rusia esperaba recibir una zona de ocupación en Japón. Fue en esa conversación cuando reveló que «ciertos elementos japoneses» estaban «tanteando el terreno de la paz», pero no dejó claro que se trataba de acercamientos oficiales a través de los embajadores.

Mucho antes de que acabaran los combates en Okinawa el resultado estaba claro. También era evidente que, una vez capturada la isla, los estadounidenses pronto serían capaces de intensificar su bombardeo aéreo contra el propio Japón, ya que los aeródromos recién conquistados estaban a casi 650 kilómetros de sus islas, apenas una cuarta parte de la distancia desde las Marianas.

Lo desesperado de la situación era evidente para cualquier estratega y, en particular, para una mente naval como la de Suzuki, cuyos puntos de vista antibelicistas habían expuesto su vida a las amenazas de los militaristas extremos ya desde 1936. Con todo, él y su gabinete en búsqueda de la paz estaban atrapados en un problema espinoso. Aunque estuvieran deseosos de alcanzar la paz, aceptar la exigencia aliada de «rendición incondicional» parecería una traición a las fuerzas combatientes, dispuestas a luchar hasta la muerte; esas mismas fuerzas tenían en sus manos las vidas de miles de prisioneros aliados, civiles y militares, casi muertos de hambre, que podrían negarse a obedecer la orden de «alto el fuego» si consideraban que sus términos eran demasiado humillantes. Por encima de todo si hubiera alguna exigencia para destituir al emperador, que a sus ojos no solo era su soberano, sino que era un dios.

Fue el propio emperador quien intervino para cortar el nudo. El 20 de junio convocó a una reunión a los seis miembros del gabinete restringido, el Consejo Supremo de Dirección de la Guerra y les dijo: «Deben considerar la cuestión de acabar la guerra lo antes posible». Los seis miembros estaban de acuerdo con el emperador, pero, aunque el primer ministro, el ministro de Asuntos Exteriores y el de Marina estaban dispuestos a la rendición incondicional, los otros tres —ministro del Ejército, y los jefes de Estado Mayor del Ejército y la Marina— defendieron seguir resistiendo hasta obtener condiciones menos draconianas. Al final se decidió que había que enviar al

príncipe Konoye a Moscú para negociar la paz. El emperador, en privado, le dio instrucciones para garantizar la paz a cualquier precio. A modo preliminar, el Ministerio de Asuntos Exteriores japonés notificó a Moscú el 13 de julio: «El Emperador desea la paz».

El mensaje llegó a Stalin justo cuando se marchaba a la conferencia de Potsdam. Mandó una respuesta glacial en la que decía que la propuesta no estaba suficientemente definida como para actuar o, siquiera, aceptar recibir a la misión. No obstante, en esta ocasión le transmitió a Churchill el acercamiento y Churchill hizo lo propio con Truman, añadiendo su sugerencia de que sería inteligente modificar la rígida exigencia de «rendición incondicional».

Quince días después el Gobierno japonés envío otro mensaje a Stalin, tratando de aclarar aún más la propuesta de la misión, pero recibió otra respuesta negativa. Mientras tanto el Gobierno de Churchill había sido derrotado en las elecciones generales en Gran Bretaña, por lo que Attlee y Bevin habían sustituido a Churchill y Eden en la conferencia de Potsdam cuando, el 28 de julio, Stalin comunicó allí este nuevo acercamiento.

Pese a todo, los estadounidenses ya eran conscientes del deseo de Japón de terminar la guerra, ya que sus servicios de inteligencia habían interceptado los mensajes cifrados del Ministerio de Asuntos Exteriores japonés al embajador en Moscú.

Sin embargo, el presidente Truman y la mayor parte de sus asesores principales (especialmente Stimson y el general Marshall, jefe de Estado Mayor del Ejército) estaban tan decididos a usar la bomba atómica para acelerar el colapso final de Japón, como Stalin a entrar en guerra contra ese país antes de que acabara el conflicto, para lograr posiciones ventajosas en Extremo Oriente.

Hubo algunos que tuvieron más dudas de las que Churchill relató. Entre ellos estaba el almirante Leahy, jefe de Estado Mayor de los sucesivos presidentes Roosevelt y Truman, a quien repugnaba la idea de usar un arma como esa contra la población civil: «Mi sentimiento íntimo es que, al ser los primeros en usarla, hemos adoptado una norma ética propia de los bárbaros de la Edad Media. No me enseñaron a hacer la guerra de esta manera y las guerras no se pueden ganar masacrando a mujeres y niños». El año anterior había protestado ante Roosevelt contra una propuesta de usar armas bacteriológicas.

Los propios científicos del proyecto atómico, estaban divididos en sus opiniones. Vannevar Bush había jugado un papel preponderante para obtener

el apoyo de Roosevelt y Stimson para desarrollar el arma atómica, mientras que Lord Cherwell (anteriormente profesor Lindemann), asesor personal de Churchill en cuestiones científicas, también era un ferviente partidario de las armas nucleares. Por tanto, no fue sorprendente que, cuando Stimson creó un comité dirigido por Bush en primavera de 1945 para considerar la cuestión de utilizar el arma contra Japón, recomendara fervientemente que se hiciera lo antes posible y sin advertencia previa sobre su naturaleza, por miedo a que la bomba «no estallara», como explicaría más tarde Stimson.

Por el contrario, otro grupo de científicos atómicos liderados por James Franck presentaron un informe a Stimson poco después, a finales de junio, en el que expresaban conclusiones diferentes:

Las ventajas militares y el ahorro de vidas estadounidenses logrado por el súbito uso de bombas atómicas contra Japón pueden ser superadas por una oleada de horror y repulsión que se extenderá por el resto del mundo. Si los Estados Unidos fueran los primeros en lanzar este nuevo medio de destrucción indiscriminada sobre la humanidad, sacrificaría el apoyo público en el mundo, precipitaría una carrera armamentística y perjudicaría la posibilidad de alcanzar un acuerdo internacional sobre el futuro control de dichas armas... Creemos que estas consideraciones hacen que no sea aconsejable el uso de bombas nucleares para un ataque en un futuro próximo contra Japón.

No obstante, los científicos más próximos a los oídos de los estadistas tenían más posibilidades de captar su atención y sus argumentos impacientes prevalecieron en la discusión, con ayuda del entusiasmo por la bomba atómica que ya habían excitado en los políticos, en tanto que forma rápida y fácil de acabar la guerra. Los asesores militares sugirieron cinco objetivos posibles para las dos bombas fabricadas, y de esas opciones Truman y Stimson eligieron Hiroshima y Nagasaki, después de considerar toda la lista, por combinar instalaciones militares con «casas y otros edificios particularmente susceptibles de ser dañados».

Así pues, el 6 de agosto se lanzó la primera bomba sobre Hiroshima, destruyendo gran parte de la ciudad y matando a ochenta mil personas, una cuarta parte de sus habitantes. Tres días después la segunda bomba se lanzó sobre Nagasaki. La noticia del bombardeo de Hiroshima le llegó a Truman cuando volvía en barco de la conferencia de Potsdam. Según los presentes exclamó exultante: «Este es el mayor acontecimiento de la historia».

A pesar de todo, el efecto sobre el Gobierno japonés fue mucho menor de lo imaginado por los occidentales de la época. No hizo flaquear a los tres miembros del consejo de seis que se habían opuesto a la rendición incondicional e insistieron en que se debía lograr alguna garantía sobre el futuro, especialmente sobre el mantenimiento de «la posición soberana del emperador». En cuanto a la población japonesa, no se enteraron de lo ocurrido hasta después de la guerra.

La declaración de guerra rusa el 8 de agosto y el ataque inmediato contra Manchuria, al día siguiente, parecen haber sido tan efectivos para acelerar la situación, y la influencia del emperador aún más. En una reunión del gabinete reducido, en su presencia, el día 9, señaló lo desesperado de la situación tan claramente, y se declaró tan a favor de una paz inmediata, que los tres oponentes se inclinaron a ceder y estuvieron de acuerdo en celebrar un Gozenkaigi —«Consejo Imperial»— en el que el propio emperador podía tomar la decisión final. Mientras tanto el Gobierno anunció por radio su disposición a rendirse siempre y cuando se respetara la soberanía del emperador, un punto sobre el que la declaración aliada de Potsdam del 26 de julio había guardado un silencio inquietante. Tras una discusión Truman aceptó esa condición, una modificación notable de la «rendición incondicional».

Incluso entonces hubo una gran división de opiniones en el Gozenkaigi, el 14 de agosto, pero el emperador resolvió la cuestión diciendo de manera decisiva: «Si nadie más quiere expresar una opinión, nosotros expresaremos la nuestra. Exigimos que estéis de acuerdo. Solo vemos un camino para que Japón se salve. Esta es la razón de que hayamos tomado la decisión de soportar lo insopportable y sufrir lo insufrible». La rendición de Japón se anunció por radio.

El uso de la bomba atómica realmente no fue necesario para llegar a este resultado. Con nueve décimas partes de la marina mercante japonesa hundida o inutilizada, sus fuerzas aéreas y navales paralizadas, sus industrias destrozadas y el suministro de alimentos de la población reduciéndose rápidamente, su derrumbe ya era seguro, tal y como había dicho Churchill.

El informe *US Strategic Bombing Survey* subrayaba este punto, añadiendo:

El lapso de tiempo entre la impotencia militar y la aceptación política de lo inevitable hubiera podido ser más breve si la estructura política de Japón hubiera permitido una resolución de las políticas nacionales más rápida y decisiva. Sin embargo, parece claro que, incluso sin los

ataques con las bombas atómicas, la supremacía aérea podría haber ejercido suficiente presión como para lograr la rendición incondicional y obviar la necesidad de una invasión.

El almirante King, comandante en jefe naval de Estados Unidos, afirmó que tan solo con el bloqueo naval se hubiera «sometido a los japoneses por hambre» —por falta de petróleo, arroz y otras materias necesarias— «si hubiéramos estado dispuestos a esperar».

La opinión del almirante Leahy es aún más rotunda sobre la inutilidad de la bomba atómica: «El uso de esa arma bárbara en Hiroshima y Nagasaki no supuso una ayuda material en nuestra guerra contra Japón. Los japoneses ya estaban derrotados y dispuestos a rendirse gracias al bloqueo marítimo efectivo y al éxito del bombardeo con armamento convencional».

Entonces, ¿por qué se usaron las bombas atómicas? ¿Hubo motivos imperativos más allá del deseo instintivo de reducir la pérdida de vidas estadounidenses y británicas al primer momento posible? Han surgido dos razones. Una la revela el propio Churchill en el relato de su reunión con Truman del 18 de julio, tras saberse que la bomba se había probado con éxito, y los pensamientos que se les vinieron a la cabeza inmediatamente, entre ellos:

(...) no necesitaríamos a los rusos. El fin de la guerra contra Japón ya no dependía de la intervención de sus ejércitos... No teníamos necesidad de pedirles favores. Unos días después envié una minuta a Eden: «Está muy claro que, en estos momentos, Estados Unidos no desea que Rusia participe en la guerra contra Japón». [6]

La exigencia de Stalin en Potsdam de compartir la ocupación de Japón era muy embarazosa y el Gobierno de Estados Unidos estaba deseando evitar esa eventualidad. La bomba atómica podía ayudar a resolver el problema. Los rusos debían entrar en guerra el 6 de agosto, dos días después.

La segunda razón de su precipitada utilización, en Hiroshima y Nagasaki, fue revelada por el almirante Leahy: «los científicos y otros querían hacer esta prueba por las enormes sumas que se habían gastado en el proyecto»: 2000 millones de dólares. Uno de los oficiales superiores implicados en la operación atómica, cuyo nombre en clave era Proyecto Distrito de Manhattan, explicó las cosas de manera aún más clara:

La bomba simplemente tenía que ser un éxito, tal era la cantidad de dinero que se había gastado. Si hubiera fallado, ¿cómo podríamos haber explicado todo ese gasto? Imagine la protesta generalizada... Conforme se acababa el tiempo, algunos en Washington trataron de convencer al general Groves, director del Proyecto Manhattan, de marcharse antes de que fuera demasiado tarde, porque sabían que en caso de fracaso sería él quien cargara con el muerto. El alivio entre todos los implicados cuando se acabó la bomba y se lanzó fue enorme.

Sin embargo, una generación después, estaba muy claro que su uso precipitado no había sido un alivio para el resto de la humanidad.

El 2 de septiembre de 1945, los representantes de Japón firmaron el «instrumento de la capitulación» a bordo del acorazado estadounidense Missouri en la bahía de Tokio. Así pues, la Segunda Guerra Mundial acabó seis años y un día después de que fuera iniciada por el ataque de Hitler contra Polonia, y cuatro meses después de la rendición de Alemania. Fue una finalización formal, una ceremonia para satisfacción de los vencedores. Y es que el final real se había producido el 14 de agosto, cuando el emperador anunció la rendición japonesa según los términos establecidos por los aliados y los combates cesaron, una semana después del lanzamiento de la primera bomba atómica. Pero incluso ese golpe aterrador, que aniquiló la ciudad de Hiroshima para demostrar la abrumadora capacidad de esa nueva arma, solo había contribuido a acelerar el momento de la rendición. Esta ya era segura, y no había necesidad real de usar esa arma. El mundo ha vivido bajo su oscura sombra desde entonces.

NOVENA PARTE

Epílogo

40

Epílogo

Factores clave y puntos de inflexión

Este catastrófico conflicto, que terminó abriendo a Rusia el camino al corazón de Europa, fue adecuadamente llamado por Churchill «la guerra innecesaria». Tratando de evitarla, y de frenar a Hitler, una debilidad básica de la política británica y francesa fue su incomprendición de los factores estratégicos. Por eso fueron a la guerra en el momento menos favorable para ellos y después precipitaron un desastre evitable de enormes consecuencias. Gran Bretaña sobrevivió gracias a lo que parecía un milagro pero, en realidad, fue porque Hitler cometió los mismos errores que los dictadores agresivos han repetido a lo largo de la historia.

La fase previa vital

Retrospectivamente ha quedado claro que el primer paso fatídico, para ambos bandos, fue la recuperación de Renania por parte de Alemania en 1936. Para Hitler este movimiento supuso una doble ventaja estratégica: ofrecía una defensa a la zona industrial clave del Ruhr y le proporcionaba un trampolín potencial de entrada a Francia.



¿Por qué no se frenó este movimiento? Fundamentalmente porque Francia y Gran Bretaña estaban inquietas por evitar cualquier conflicto que pudiera degenerar en guerra. Su reticencia a actuar aumentó porque la reocupación de Renania parecía un mero esfuerzo por corregir una injusticia, aunque se hiciera de manera equivocada. En particular, los británicos, de mentalidad política, tendían a contemplarlo más como un movimiento político que militar, sin ser capaces de ver sus implicaciones estratégicas.

Con sus iniciativas de 1938, de nuevo Hitler obtuvo ventajas estratégicas a partir de factores políticos: el deseo de unión de los pueblos alemán y austriaco; los profundos sentimientos en Alemania hacia el trato que recibían los alemanes de los Sudetes; y de nuevo había una sensación generalizada en los países occidentales respecto a que se trataba de una medida justa por parte de Alemania.

Sin embargo la entrada de Hitler en Austria en el mes de marzo dejó expuesto el flanco sur de Checoslovaquia, que para él era un obstáculo para el desarrollo de sus planes de expansión hacia el este. En septiembre se aseguró

—por la amenaza de guerra y el consiguiente pacto de Múnich— no solo la anexión de los Sudetes sino la parálisis estratégica de Checoslovaquia.

En marzo de 1939 Hitler ocupó el resto de Checoslovaquia y, así, envolvió el flanco de Polonia, la última de una serie de maniobras «sin sangre». Esta medida fue seguida por un movimiento fatídicamente imprudente por parte del Gobierno británico: la garantía ofrecida de forma súbita a Polonia y Rumanía, ambas aisladas estratégicamente, sin lograr antes una garantía por parte de Rusia, la única potencia que podía ofrecerles apoyo efectivo.

Dada la fecha, estas garantías solo podían actuar como provocación: y, tal y como sabemos hoy, hasta que se vio confrontado con este desafío Hitler no tenía intención inmediata de atacar Polonia. Dada su ubicación, en partes de Europa inaccesibles para las fuerzas británicas y francesas, ofrecía una tentación casi irresistible. Así, las potencias occidentales minaron la base esencial del único tipo de estrategia que podían practicar, dada su fuerza inferior en ese momento. En lugar de ser capaces de detener una agresión presentando un frente amplio ante cualquier ataque contra el oeste, proporcionaron a Hitler una fácil posibilidad de romper un frente débil y, así, obtener un triunfo inicial.

Ahora la única posibilidad de evitar la guerra estaba en garantizar el apoyo de Rusia, la única potencia que podía dar apoyo directo a Polonia y, por tanto, disuadir a Hitler. No obstante, a pesar de la urgencia de la situación, las medidas del Gobierno británico fueron dilatorias y sin convicción. Más allá de sus propias dudas estaban las objeciones del Gobierno polaco, y de las otras pequeñas potencias del este de Europa, para aceptar el apoyo militar ruso, ya que temían que ese refuerzo equivaliera a una invasión.

La respuesta de Hitler a la nueva situación creada por el respaldo británico a Polonia fue muy diferente. La violenta reacción británica y sus redobladas medidas armamentísticas le afectaron, pero el efecto creado fue contrario al esperado. Su solución se vio teñida por la imagen histórica que tenía de los británicos. Al considerarlos personas con la cabeza fría y racionales, cuyas emociones estaban controladas por la mente, pensaba que no se plantearían entrar en guerra por Polonia a menos que pudieran lograr el apoyo de Rusia. Así, tragándose su odio y miedo al «bolchevismo» consagró sus esfuerzos y energías a granjearse a Rusia y obtener su neutralidad. Fue un giro radical aún más sorprendente que el de Chamberlain e igual de fatídico en sus consecuencias.

El 23 de agosto Ribbentrop voló a Moscú y firmó el pacto. Incluía un acuerdo secreto en virtud del cual Polonia sería repartida entre Alemania y Rusia.

En el estado de emoción intensa creado por la rápida serie de movimientos agresivos por parte de Hitler, este pacto hizo que la guerra fuera segura. Dado el compromiso adquirido por los británicos para ayudar a Polonia, pensaban que no podían quedarse al margen sin perder el honor y abrir el camino para una conquista aún mayor por parte de Hitler. Y este no daría marcha atrás en su objetivo polaco, aun cuando viera que eso implicaba una guerra generalizada.

Fue así como el tren de la civilización europea se precipitó en el túnel largo y oscuro del que soloemergería después de seis años agotadores. E incluso entonces el brillante sol de la victoria se reveló ilusorio.

La primera fase de la guerra

El viernes 1 de septiembre de 1939, el Ejército alemán invadió Polonia. El domingo 3 el Gobierno británico declaró la guerra a Alemania, en cumplimiento de la garantía que había dado a Polonia. Seis horas después el Gobierno francés, de manera más reticente, siguió el camino británico.

En menos de un mes Polonia había sido conquistada. En nueve meses la mayor parte de Europa occidental se había sumergido en la creciente inundación de la guerra.

¿Podría haber aguantado más tiempo Polonia? ¿Podrían haber hecho más de lo que hicieron Francia y Gran Bretaña para aliviar la presión de Polonia? A la vista de las cifras de la potencia armada, tal y como la conocemos hoy, la respuesta a ambas preguntas, a primera vista, parece ser «sí».

El Ejército alemán estaba lejos de estar listo para la guerra en 1939. Los polacos y los franceses juntos tenían el equivalente a ciento cincuenta divisiones, incluyendo treinta y cinco de la reserva, pero una parte debía reservarse para las obligaciones de Francia en ultramar. Enfrente había un total de noventa y ocho divisiones alemanas, de las cuales treinta y seis no estaban entrenadas. De las cuarenta divisiones que los alemanes dejaron para defender su frontera occidental, solo cuatro eran activas, estaban plenamente entrenadas y equipadas. Sin embargo, la estrategia de Hitler había colocado a Francia en una situación en la que solo podría aliviar la presión sobre Polonia realizando un rápido ataque, una forma de acción para la que ejército no

estaba preparado. Su anticuado plan de movilización fue lento para lograr la necesaria cantidad de fuerzas, y sus planes ofensivos dependían de una masa de artillería pesada que no estuvo lista hasta el día decimosexto. Para entonces la resistencia del ejército polaco se estaba viniendo abajo.

Polonia tenía una grave desventaja por su situación estratégica: el país se encontraba como si fuera una «lengua» entre la mandíbula de Alemania y la estrategia polaca empeoraba las cosas al situar el grueso de sus fuerzas cerca de la punta de esa lengua. Además, esas fuerzas estaban anticuadas en equipamiento e ideas, confiaban aún en grandes masas de caballería montada, lo que era inútil contra los tanques alemanes.

En aquel momento los alemanes solo tenían listas seis divisiones acorazadas y cuatro mecanizadas, pero gracias al entusiasmo del general Guderian, y al apoyo de Hitler, habían avanzado más que ningún otro ejército en la adopción de la novedosa idea de la guerra mecanizada y veloz, concebida veinte años antes por los pioneros británicos de este nuevo tipo y ritmo de acción. Los alemanes también habían desarrollado una fuerza aérea más poderosa que la de ningún otro país, no solo frente a los polacos, sino también a los franceses, que tenían graves carencias en sus fuerzas aéreas, incluso en la tarea de defensa y apoyo de sus ejércitos.

De ese modo Polonia fue escenario de la primera demostración triunfante de la nueva técnica de la *blitzkrieg* por parte alemana, mientras los aliados occidentales de Polonia seguían en fase de preparación para la guerra de manera convencional. El 17 de septiembre el Ejército Rojo cruzó la frontera polaca del este, una puñalada por la espalda que selló su destino, ya que apenas tenía tropas para hacer frente a esta segunda invasión.

La rápida invasión de Polonia fue seguida por un período de calma de seis meses, bautizada como «falsa guerra» por espectadores decepcionados por la apariencia superficial de calma. Un nombre más adecuado hubiera sido «el invierno de las ilusiones», ya que tanto los líderes como el público en general, en los países occidentales, pasaron ese tiempo elaborando planes fantasiosos para atacar los flancos de Alemania, y hablaban de ello demasiado abiertamente.

En realidad, Francia y Gran Bretaña juntas, por sí solas, no podían alcanzar la fuerza necesaria para superar a Alemania. Su mayor esperanza, ahora que Alemania y Rusia compartían frontera, era que se generaran roces entre estos dos aliados mutuamente desconfiados y que eso atrajera la fuerza explosiva de Hitler hacia el este, en lugar de hacia el oeste. Eso ocurrió un

año después, y bien podría haber sucedido antes si los aliados occidentales no hubieran sido impacientes, tal y como ocurre con las democracias.

Sus ruidosas amenazas de atacar los flancos alemanes espolearon a Hitler a anticiparse. Su primer ataque fue ocupar Noruega. Los archivos capturados de sus reuniones muestran que, hasta principios de 1940, consideraba «el mantenimiento de la neutralidad noruega la mejor solución para Alemania», pero en febrero llegó a otra conclusión: «los ingleses tienen intención de desembarcar allí y quiero estar allí antes que ellos». Una pequeña fuerza invasora alemana llegó allí el 9 de abril, desbaratando los planes británicos de hacerse con el control de esa zona neutral, y capturó los principales puertos mientras la atención de los noruegos estaba absorta por el avance naval británico hacia las aguas de su país.

El siguiente ataque de Hitler fue contra Francia y los Países Bajos el 10 de mayo. Había empezado los preparativos durante el otoño anterior, cuando los aliados rechazaron las ofertas de paz que les hizo Hitler tras derrotar a Polonia, ya que pensaba que dejar fuera de combate a Francia era la mejor oportunidad para que Gran Bretaña aceptara la paz. Sin embargo, el mal tiempo y las dudas de sus generales habían retrasado repetidamente la operación desde el mes de noviembre. Entonces, el 10 de enero un oficial de Estado Mayor que volaba a Bonn con documentación sobre el plan se perdió en una tormenta, y aterrizó en Bélgica. Este fallo provocó el retraso de la ofensiva hasta mayo y mientras tanto fue rediseñada radicalmente. Estos cambios resultaron muy desafortunados para los aliados y, temporalmente, muy afortunados para Hitler, en tanto cambiaba toda la perspectiva de la guerra.

En efecto, el viejo plan, con el avance principal a través del centro de Bélgica, delimitado por canales, hubiera llevado a una colisión frontal con las mejores fuerzas franco-británicas, y así, probablemente, hubiera sido un fracaso, perjudicando el prestigio de Hitler. No obstante, el nuevo plan sugerido por Manstein pilló a los aliados completamente por sorpresa, desequilibrándolos, con resultados desastrosos. En efecto, cuando avanzaban en Bélgica, para hacer frente al ataque inicial alemán, allí y en Holanda, la masa de los tanques alemanes —siete divisiones *panzer*— atravesó el terreno montañoso y boscoso de las Ardenas, que el Alto Mando Aliado consideraba infranqueable para los tanques. Tras cruzar el Mosa con escasa resistencia, penetraron en el débil gozne del frente aliado, y después giraron hacia el oeste, en dirección a la costa del canal de la Mancha, por detrás de los ejércitos aliados en Bélgica, cortando sus líneas de comunicación. Este

avance fue decisivo, incluso antes de que el grueso de la infantería alemana hubiese entrado en acción. El ejército británico apenas logró escapar por mar desde Dunquerque. Los belgas y gran parte de los franceses se vieron obligados a rendirse. Las consecuencias fueron irreparables, porque, cuando los alemanes atacaron hacia el sur, la semana después de Dunquerque, los ejércitos franceses supervivientes fueron incapaces de detenerlos.

Y, sin embargo, nunca un desastre transcendental se pudo prevenir más fácilmente. El avance de los *panzer* se podría haber detenido mucho antes de llegar al canal de la Mancha mediante un contraataque concentrado con fuerzas similares. Pero los franceses, aunque tenían más y mejores tanques que su enemigo, los habían colocado en pequeños grupos, a la manera de 1918.

El avance se hubiera podido detener antes, en el Mosa, si los franceses no se hubieran precipitado a Bélgica, dejando un gozne tan débil, o si hubieran llevado las reservas hacia allí antes. No obstante, el Alto Mando francés no solo había considerado que las Ardenas eran infranqueables para los tanques, sino que también creía que cualquier ataque sobre el Mosa tendría la forma de acción planificada, al estilo de 1918, y que a los alemanes les costaría prepararla casi una semana después de llegar allí, dando a los franceses tiempo suficiente como para trasladar sus reservas hasta la zona. Pero las fuerzas *panzer* llegaron al río a primera hora del 13 de mayo y forzaron el paso esa misma tarde. Un ritmo propio de tanques abrumó a otro propio de una «cámara lenta» anticuada.

Pero este ritmo de *blitzkrieg* solo fue posible porque los jefes aliados no habían captado la nueva técnica y, por tanto, no sabían cómo contrarrestarla. El avance hasta se podría haber detenido antes de que llegara al Mosa, si sus accesos hubieran estado bien sembrados de minas. Incluso podría haber sido detenido si, en ausencia de minas, se hubieran derribado árboles sobre las carreteras forestales que conducían al Mosa. La pérdida de tiempo necesaria para despejar los caminos hubiera sido fatídica para las posibilidades alemanas.^[1]

Tras la caída de Francia hubo una tendencia popular a atribuir esta a la baja moral de los franceses, y a suponer que la derrota había sido inevitable. Es una falacia, un ejemplo de «poner el carro delante de los bueyes». El derrumbe de la moral francesa solo se produjo después de la penetración militar, que podría haberse evitado tan fácilmente. En 1942 todos los ejércitos ya habían aprendido a combatir un ataque relámpago, pero mucho se hubiera podido salvar si hubieran aprendido a hacerlo antes de la guerra.

La segunda fase de la guerra

Ahora Gran Bretaña era el único oponente activo de la Alemania nazi que quedaba. Pero se encontraba en una situación muy peligrosa, militarmente desnuda, y amenazadoramente envuelta por 3200 kilómetros de costa enemiga.

Solo gracias a la extraña decisión de Hitler de detener sus *panzer* durante dos días cuando estaban a quince kilómetros del último puerto de escape, desguarnecido en aquel momento, el ejército británico pudo alcanzar Dunquerque y evitar su captura. La orden de Hitler se inspiró en motivos complejos, incluyendo el deseo vanidoso de Göring de que la Luftwaffe le asestara el golpe de gracia.

Aunque el grueso del ejército británico pudo escapar sano y salvo, había perdido la mayor parte de su armamento. Mientras los supervivientes de las dieciséis divisiones que regresaron estaban siendo reorganizados, solo había una división convenientemente armada para defender el país, y la flota se mantenía en el norte lejos del alcance de la Luftwaffe. Si los alemanes hubieran desembarcado en Inglaterra en cualquier momento durante el mes posterior a la caída de Francia, hubiera habido pocas posibilidades de resistir.

Pero Hitler y sus jefes militares no habían hecho preparativos para invadir Inglaterra, ni siquiera algún plan para una continuación tan obvia a la derrota de Francia. Dejó que transcurriera ese mes vital con la esperanza de que Gran Bretaña aceptara firmar la paz. Incluso cuando se desilusionó al respecto, los preparativos alemanes fueron poco entusiastas. Y cuando la Luftwaffe fue incapaz de expulsar a la RAF de los cielos en la «batalla de Inglaterra», los jefes del Ejército y la Marina, estuvieron encantados de tener una excusa para suspender la invasión. Y lo más extraordinario fue la propia disposición de Hitler a aceptar excusas para su suspensión.

Los archivos de sus conversaciones privadas muestran que en parte se debió a sus reticencias a destruir Gran Bretaña y su imperio, al que consideraba un elemento estabilizador en el mundo, y que aún esperaba poder convertir en un socio. Pero, tras esas reticencias se escondía un nuevo impulso: la mente de Hitler se volvía a dirigir al este. Este fue el factor clave decisivo para preservar Gran Bretaña.

Si Hitler se hubiera concentrado en derrotar a Gran Bretaña, su destino hubiera sido casi seguro. Aunque había perdido su mejor oportunidad de conquistarla mediante una invasión, podría haber logrado un control absoluto

mediante la presión combinada, aérea y submarina, que le garantizase una hambruna gradual y un derrumbe final.

Sin embargo, Hitler pensaba que no podía aventurarse a concentrar sus recursos en ese esfuerzo aeronaval mientras el ejército ruso estuviera preparado en su frontera este, como amenaza terrestre contra Alemania. Así, argumentó que la única manera de lograr que la retaguardia de Alemania estuviera segura era atacar y derrotar a Rusia. Sus sospechas hacia las intenciones de Rusia eran más intensas en la medida en que el odio hacia el comunismo soviético había sido durante tanto tiempo su sentimiento más profundo.

También se convenció de que Gran Bretaña aceptaría un acuerdo de paz cuando ya no pudiera esperar la intervención de Rusia en la guerra. En efecto, se imaginaba que Gran Bretaña ya habría firmado la paz si Rusia no la incitase a combatir. Cuando, el 21 de julio, tuvo su primer encuentro para discutir los planes apenas esbozados para invadir Inglaterra, desveló sus inclinaciones, al decir: «Stalin coquetea con Gran Bretaña para mantenerla en la guerra y así maniatarnos, con intención de ganar tiempo y apoderarse de lo que quiera, sabiendo que no podrá conseguirlo cuando regrese la paz». De esto se derivaba la conclusión de que: «Nuestra atención se debe centrar en resolver el problema ruso».

La planificación comenzó de inmediato, aunque no fue hasta principios de 1942 cuando tomó la decisión definitiva. La invasión se lanzaría el 22 de junio, un día antes de lo que lo había hecho Napoleón. Las fuerzas *panzer* pronto vencieron a los ejércitos soviéticos entonces disponibles y en menos de un mes habían penetrado en Rusia más de setecientos kilómetros, tres cuartas partes del trayecto hasta Moscú. Pero los alemanes nunca llegaron allí.

¿Cuáles fueron los factores clave de su fracaso? El barro y la nieve del otoño fueron los obvios. Pero el fundamental fue el error de cálculo alemán sobre las reservas que Stalin podía allegar desde las profundidades de Rusia. Esperaban encontrarse doscientas divisiones, cantidad que habían vencido para mediados de agosto. No obstante, para entonces otras ciento sesenta habían aparecido en escena. Y cuando estas, a su vez, fueron vencidas, había llegado el otoño, y cuando los alemanes avanzaron hacia Moscú en medio del barro, volvieron a encontrarse nuevas divisiones bloqueándoles el camino. Otro factor básico fue el primitivismo de Rusia, a pesar de todos los avances técnicos logrados desde el triunfo de la revolución. No solo era cuestión de la extraordinaria resistencia de sus soldados y civiles, sino lo primitivo de sus carreteras. Si su sistema de carreteras hubiera tenido un nivel de desarrollo

comparable al de Occidente, hubieran vencido casi tan rápido como en Francia. Incluso tal y como ocurrieron las cosas, la invasión podría haber tenido éxito si las fuerzas *panzer* se hubieran dirigido a Moscú en verano, sin esperar a la infantería, tal y como había instado a hacerlo Guderian, antes de ser contradicho, en esta ocasión, por Hitler y los viejos generales del ejército.

El invierno ruso se reveló un estrago terrible y una sangría para las fuerzas alemanas, ya que nunca se recuperaron del todo. Y, a pesar de todo, es evidente que Hitler seguía teniendo una buena posibilidad de victoria en 1942, ya que el Ejército Rojo tenía muchas carencias de equipamiento, y mientras el control de Stalin sobre él se había visto afectado por las graves derrotas iniciales. La nueva ofensiva de Hitler avanzó rápidamente hasta el límite de los campos petrolíferos del Cáucaso, de los que dependía la maquinaria de guerra rusa. Pero Hitler dividió sus fuerzas entre dos objetivos: el Cáucaso y Stalingrado. Detenido por poco en esta ciudad, desgastó a su ejército mediante repetidos esfuerzos por capturar la «ciudad de Stalin», obsesionándose con ese símbolo desafiante. Al prohibir cualquier retirada con la llegada del invierno, condenó al ejército atacante al cerco y captura cuando los nuevos ejércitos rusos llegaron al lugar a finales de año.

El desastre de Stalingrado dejó a los alemanes con un frente mucho más extenso de lo que podían defender con sus fuerzas reducidas. La retirada era la única vía de salvación, tal y como le urgían los generales, pero Hitler se negaba obstinadamente a aceptarlo. Sordo a cualquier argumento, insistía constantemente en no retirarse. Esta cantinela no podía frenar el aluvión y simplemente aseguró que cualquier retirada alemana al final tuviera como consecuencia una grave derrota, con un coste aún mayor por haberse demorado demasiado.

Las fuerzas de Hitler estaban sufriendo, cada vez más, las consecuencias de una extensión estratégica excesiva, que había resultado la ruina de Napoleón. La tensión era aún peor porque en 1940 la guerra se había extendido al Mediterráneo, por la entrada en guerra de Mussolini para beneficiarse de la caída de Francia y la debilidad de Gran Bretaña. Esta iniciativa había proporcionado a los británicos la posibilidad de contraatacar, en una zona en la que el poderío naval podía ejercer su influencia. Churchill fue rápido para aprovechar la oportunidad; en parte, demasiado rápido. Las fuerzas mecanizadas británicas en Egipto, aunque eran pequeñas, pronto aplastaron al obsoleto ejército italiano en el norte de África, además de conquistar el África Oriental Italiana. Podrían haber avanzado hasta Trípoli, pero se detuvieron para que se pudiera desembarcar una fuerza en Grecia. Fue

un movimiento prematuro y mal preparado que fue rechazado fácilmente por los alemanes. Sin embargo, el derrumbe italiano en el norte de África llevó a Hitler a enviar refuerzos a la zona, al mando de Rommel. No obstante, al tener su mirada fija en el este, Hitler solo envió los suficientes para levantar la moral de los italianos y nunca hizo un gran esfuerzo por capturar las entradas este, central y occidental del Mediterráneo: Suez, Malta y Gibraltar.

Por tanto, simplemente abrió una nueva sangría en la fortaleza alemana que acabó contrarrestando el éxito de los contraataques de Rommel, quien había conseguido retrasar dos años la limpieza del norte de África. Los alemanes ahora se extendían por ambas orillas del Mediterráneo y toda la costa de Europa occidental^[2], mientras trataban de defender un frente peligrosamente extenso en las profundidades de Rusia.

Las consecuencias naturales de esa excesiva extensión de fuerzas se vieron pospuestas, y la guerra prolongada, por la entrada en el conflicto de Japón, en diciembre de 1941. Con todo, esto resultó más dañino para las expectativas de Hitler a largo plazo, ya que introdujo todo el peso de Estados Unidos en la guerra. El efecto temporal del ataque sorpresa contra Pearl Harbor, que paralizó a la flota estadounidense del Pacífico, permitió a Japón conquistar las posiciones aliadas en el sudoeste del Pacífico: Malasia, Birmania, Filipinas y las Indias Orientales Neerlandesas. Aun así, en esta rápida expansión extendió sus fuerzas mucho más allá de su capacidad de defender sus conquistas. Porque Japón era un pequeño país insular con una capacidad industrial limitada.

La tercera fase de la guerra

Cuando el potencial estadounidense se desarrolló, y Rusia sobrevivió para desarrollar el suyo, la derrota de las potencias del Eje (Alemania, Italia y Japón) era segura, ya que su potencial militar conjunto era muy inferior. Las únicas incertidumbres eran: cuánto tiempo costaría y el grado de intensidad que tendría. Lo más que los agresores, convertidos en defensores, podían esperar era lograr mejores condiciones de paz alargando el tiempo hasta que los «gigantes» se cansaran o se pelearan entre sí. Sin embargo, las posibilidades de una resistencia prolongada dependían de acortar los frentes. Ninguno de los líderes del Eje podía permitirse el des prestigio de una retirada voluntaria y, por tanto, se aferraron a cada posición hasta que se derrumbó.

No hubo un verdadero punto de inflexión en esta tercera fase de la guerra, solo un reflujo continuo.

El reflujo fue más acentuado en Rusia y el Pacífico porque en esas áreas una creciente superioridad de fuerzas se combinó con un amplio espacio de maniobra. En el sur y oeste de Europa el reflujo encontró más frenos porque el espacio es más reducido.

El primer salto de vuelta a Europa por parte de las fuerzas anglo-estadounidenses —en julio de 1943— se vio facilitado por el modo en que Hitler y Mussolini enviaban tropas a través del Mediterráneo, a Túnez, con la esperanza de conservar allí una cabeza de puente para bloquear el avance de los ejércitos aliados desde Egipto y Argelia. Túnez se acabó convirtiendo en una trampa, y la captura de todo el ejército germano-italiano dejó Sicilia desprovista de cualquier defensa. Pese a todo, cuando los aliados avanzaron desde Sicilia a Italia continental —en septiembre de 1943— su avance a lo largo de esa estrecha y montañosa península se estancó y ralentizó.

El 6 de junio de 1944 los principales ejércitos aliados occidentales, que se habían estado concentrando en Inglaterra para una invasión a través del canal de la Mancha, desembarcaron en Normandía. Aquí el éxito estaba garantizado si lograban fijarse firmemente en tierra en una cabeza de playa lo bastante grande como para agrupar su masa de maniobra y barrer la línea defensiva alemana. En efecto, una vez que penetraran, toda Francia estaría abierta para la maniobra de sus ejércitos, plenamente mecanizados, mientras que el grueso de las fuerzas alemanas no lo estaba.

La defensa alemana estaba condenada a un derrumbe más o menos rápido salvo que pudieran echar a los invasores al mar en los primeros días. Pero lo que ocurrió fue que la llegada de sus reservas de *panzer* se retrasó fatalmente por la interferencia paralizante de las fuerzas aéreas aliadas, que tenían una superioridad de 30 a 1 sobre la Luftwaffe en este teatro de operaciones.

Aunque la invasión de Normandía hubiera sido rechazada en las playas, la superioridad aérea aliada, que había adquirido una dimensión extraordinaria, aplicada directamente contra Alemania, hubiera hecho que su derrumbe fuera inevitable. Hasta 1944 la ofensiva estratégica aérea no había logrado con mucho los objetivos que se planteaba, en tanto que alternativa a la invasión terrestre, y sus efectos se habían sobrevalorado en demasía. El bombardeo indiscriminado de ciudades no había reducido de manera significativa la producción de municiones y tampoco había quebrado la voluntad de los pueblos enemigos, obligándolos a rendirse, tal y como se esperaba. En efecto,

colectivamente estaban muy controlados por sus tiránicos líderes, y los individuos no pueden rendirse a los bombarderos en vuelo. Pero, en 1944-1945 el poder aéreo estuvo mejor dirigido, aplicándolo con creciente precisión y efecto destructor sobre los centros de producción de guerra, que eran vitales para la capacidad de resistencia del enemigo. También en Extremo Oriente la clave del poder aéreo había asegurado el derrumbe de Japón, sin necesidad de usar la bomba atómica.

El principal obstáculo en el camino de los aliados, cuando la marea cambió de sentido, fueron las barreras autoimpuestas: la exigencia de sus líderes, imprudentes y cortos de miras, de una «rendición incondicional». Fue la mayor ayuda a Hitler para que mantuviera en un puño al pueblo alemán, y lo mismo ocurrió con el partido de la guerra japonés. Si los líderes aliados hubieran sido lo suficientemente inteligentes como para ofrecer alguna garantía sobre las condiciones de paz, la autoridad de Hitler sobre el pueblo alemán se hubiera debilitado mucho antes de 1945. Tres años atrás, emisarios del amplio movimiento antinazi en Alemania hicieron saber a los líderes aliados cuáles eran sus planes para derrocar a Hitler, y los nombres de muchos militares destacados dispuestos a participar en esa rebelión, siempre y cuando se les diera alguna garantía sobre las condiciones de paz aliadas. Sin embargo, ni entonces ni más tarde recibieron ninguna indicación o garantía, por lo que les resultó naturalmente difícil obtener apoyo para «un salto a lo desconocido».

Así pues, «la guerra innecesaria» se prolongó innecesariamente y se sacrificaron innecesariamente más millones de vidas, mientras que la paz definitiva solo produjo una nueva amenaza y el miedo acechante de otra guerra. En efecto, la prolongación innecesaria de la Segunda Guerra Mundial, para lograr la «rendición incondicional» de sus enemigos, solo fue beneficiosa para Stalin, al abrir el camino al dominio comunista de Europa central.

Libros mencionados en el texto

Cuando se proporciona una editorial británica y otra estadounidense, la primera mencionada es la edición de la que he tomado las citas y, por tanto, los números de página de cualquier referencia pueden ser válidos solo para esa edición.

Me gustaría agradecer los permisos para citar algunas de estas obras a los autores, editores y otros poseedores de *copyright*.

Bradley, Omar N.: *A Soldier's Story of the Allied Campaigns from Tunis to the Elbe*. Londres, Eyre & Spottiswoode, 1951; Nueva York, H. Holt & Co, 1951.

Butcher, capitán Harry C.: *My Three Years with Eisenhower*. Nueva York, Simon & Schuster, 1946; Londres, Heinemann, 1946.

Churchill, Winston S.: *The War Speeches of Winston S. Churchill* (compilados por Charles Eade, 3 vols). Londres, Cassell, 1952; Boston, Houghton Mifflin, 1953.

Churchill, Winston S.: *The Second World War* (6 vols). Londres, Cassell, 1948-54; Boston, Houghton, Mifflin, 1948-54.

- Vol. I: *The Gathering Storm* (9.^a edición, 1967).
- Vol. II: *Their Finest Hour* (9.^a edición, 1967).
- Vol. III: *The Grand Alliance* (5.^a edición, 1968).
- Vol. IV: *The Hinge of Fate* (4.^a edición, 2.^a impresión, 1968).
- Vol. V: *Closing the Ring* (4.^a edición, 2.^a impresión, 1968).
- Vol. VI: *Triumph and Tragedy* (2.^a edición, 1954).

Existe una versión abreviada en español: *La Segunda Guerra Mundial*, dos volúmenes, Madrid, La Esfera de los libros, 2004.

Clark, general Mark: *Calculated Risk*. Londres, Harrap, 1951; Nueva York, Harper, 1950.

- Cunningham, almirante lord: *A Sailor's Odyssey*. Londres, Hutchinson, 1951.
- Douhet, Giulio: *The Command of the Air*. Londres, Faber, 1943; Nueva York, Coward-McCann, 1942. Edición española: *El dominio del Aire*. Madrid, IHCA, Ministerio de Defensa, 2007.
- Eisenhower, Dwight D.: *Crusade in Europe*. Nueva York, Doubleday, 1948; Londres, Heinemann, 1949. Edición española: *Cruzada en Europa*, Inédita Ediciones, 2007.
- Feiling, Keith: *The Life of Neville Chamberlain*. Londres, Macmillan, 1946.
- Halder, general Franz: *Diarios*. Impresos a título particular, *copyright* de Infantry Journal Inc. (USA), 1950.
- Kippenberger, general de división sir Howard: *Infantry Brigadier*. Londres y Nueva York, Oxford University Press, 1949.
- Liddell Hart, capitán B. H.: *The Defence of Britain*. Londres, Faber, 1939.
— *The Other Side of the Hill*. Londres, Cassell, 1951.
- (Veáse mi lista de libros en esta bibliografía. *The Other Side of the Hill* en su edición de 1951 no había sido publicada en Estados Unidos. La edición, considerablemente más pequeña, la publicó Morrow en Nueva York en 1948 con el título *The German Generals Talk*). Edición española: *El otro lado de la colina*, Madrid, Servicio de publicaciones, Estado Mayor del Ejército de Tierra, 1983.
- *The Tanks: The History of the Royal Tank Regiment and its Predecessors etc.* (2 vols). Londres, Cassell, 1959; Nueva York, Praeger, 1959.
- Linklater, Eric: *The Campaign in Italy*. Londres, HMSO, 1951.
- Martel, teniente general sir Gilford: *An Outspoken Soldier*. Londres, Sifton Praed, 1949.
- North, John: *North-West Europe 1944-45. The Achievements of 21st Army Group*. Londres, HMSO, 1953.
- Rommel, mariscal Erwin: *The Rommel Papers* (edición de B. H. Liddell Hart). Londres, Collins, 1953; Nueva York, Harcourt, Brace, 1953.
- Schmidt, H. W.: *With Rommel in the Desert*. Londres, Harrap, 1951. Edición Española, *Con Rommel en el desierto*, Barcelona, Editorial Juventud, 1985.
- Seaton, teniente coronel Albert: *The Russo-German War, 1941-45*. Londres, Arthur Barker, 1970; Nueva York, Praeger, 1970.
- Tedder, mariscal de la Royal Air Force Lord: *With Prejudice*. Londres, Cassell, 1966; Boston, Little, Brown, 1967.

Westphal, general Siegfried: *The German Army in the West*. Londres, Cassell, 1951.

Historias Oficiales

Gran Bretaña

Ehrman, John: *Grand Strategy*, vol. V. Londres, HMSO, 1956.

Playfair, general de división ISO, y otros: *The Mediterranean and the Middle East*, vol. III. Londres, HMSO, 1960.

Roskill, capitán S. W.: *The War at Sea*, vol. I. Londres, HMSO, 1954.

Webster, sir Charles y Frankland, Noble: *The Strategic Air Offensive Against Germany, 1939-1945*.

— Vol. I: *Preparation*. Londres, HMSO, 1961.

— Vol. II: *Endeavour*. Londres, HMSO, 1961.

— Vol. III: *Victory*. Londres, HMSO, 1961.

Woodburn Kirby, general de división S.: *The War Against Japan*, vol. I. Londres, HMSO, 1957.

Estados Unidos

El Ejército de Estados Unidos en la Segunda Guerra Mundial

Cole, H. M.: *The European Theater of Operations: The Lorraine Campaign*. Washington DC, Historical Division, Department of the Army, 1950.

Matloff, Maurice y Snell, Edwin M.: *The War Department: Strategic Planning for Coalition Warfare, 1941-1942*. Washington DC, Office of the Chief of Military History, Department of the Army, 1953.

Howe, George F.: *The Mediterranean Theater of Operations: Northwest Africa: Seizing the Initiative in the West*. Washington DC, Office of the Chief of Military History, Department of the Army, 1957.

Historia de las operaciones navales de Estados Unidos en la Segunda Guerra Mundial

Morison, S. E.: *History of United States Naval Operations in World War II*, vol. IX: *Sicily-Salerno-Anzio, January 1943-June 1944*. Boston, Little, Brown, 1954.

Despachos

Supplement to The London Gazette, 3 de febrero de 1948.

Despatch submitted . . . by . . . Field-Marshal the Viscount Alexander of Tunis, KG, GCB, GCMG, CSI, DSO, MC.

Supplement to The London Gazette, 25 de abril de 1950.

Despatch submitted . . . by Admiral of the Fleet Sir Andrew B. Cunningham, GCB, DSO.

Otras obras del capitán Sir Basil Liddell Hart

Memorias

The memoirs of Captain Liddell Hart, 2 vols. Londres, Cassell, 1965; Nueva York, Putnam, 1965. Edición española: *Memorias*, Barcelona, Caralt Editores, 1973.

La conducción de la Guerra (e historia general de las guerras)

Strategy The Indirect Approach. London, Faber, última edición 1954 (ampliada a partir de *The Decisive Wars of History*, 1929). Edición española: *Estrategia. El estudio clásico sobre la estrategia militar*, Madrid, Arzalia Ediciones, 2019.

Thoughts on War, 1919-39. Londres, Faber, 1944 (contiene la esencia del pensamiento militar del autor).

The Revolution in Warfare. Londres, Faber, 1946; Yale University Press, 1947.

The Ghost of Napoleon. Londres, Faber, 1933; Yale University Press, 1933.

La teoría de la guerra mecanizada (en particular)

Paris, or The Future of War. Londres, Kegan Paul, 1925 en la serie “Today and Tomorrow”; Nueva York, E. P. Dutton & Co., 1925.

The Re-making of Modern Armies. Londres, John Murray, 1927.

When Britain Goes to War. Londres, Faber, 1935 (ampliada a partir de *The British Way in Warfare*, 1932); también Penguin, 1942, con capítulos añadidos y bajo el título original. En Estados Unidos *The British Way in Warfare*, Nueva York, Macmillan, 1933.

The Future of Infantry. Londres, Faber, 1933; Harrisburg, Military Service Publishing Co., 1936.

Dynamic Defence. Londres, Faber, 1940.

The Current of War. Londres, Hutchinson, 1941 (en especial los capítulos I-VI. El resto del libro consiste en comentarios sobre la campaña de 1939-40).

The Tanks: The History of The Royal Tank Regiment and its Predecessors (etc.), 1914-45, 2 vols. Londres, Cassell, 1959; New York, Praeger, 1959.

Otros libros sobre la teoría y el futuro de la guerra

Europe in Arms. Londres, Faber, 1937.

The Defence of Britain. Londres, Faber, 1939.

This Expanding War. Londres, Faber, 1942 (en parte son comentarios a las campañas de 1941-42).

Defence of The West. Londres, Cassell, 1950.

Deterrent or Defence. Londres, Stevens, 1960.

Tácticas de infantería

New Methods of Infantry Training. Cambridge, 1918.

Science of Infantry Tactics. Beccles, Clowes, 1921, 1923, 1926.

Biografías históricas, con relación a la guerra futura

T. E. Lawrence: In Arabia and After. Londres, Cape, 1934. En Estados Unidos *Colonel Lawrence: The Man Behind the Legend*, Nueva York, Dodd, Mead, 1934.

Foch. Londres, Eyre & Spottiswoode, 1931; también Penguin.

Sherman. Londres, Eyre & Spottiswoode, 1929. En Estados Unidos. *Sherman: Soldier, Realist, American*, Nueva York, Dodd, Mead, 1929.

Great Captains Unveiled. Londres, Blackwood, 1927; Boston, Little, Brown, 1928.

A Greater Than Napoleon, Scipio Africanus. Londres, Blackwood, 1926; Boston, Little, Brown, 1927.

Primera Guerra Mundial (1914-1918)

A History of the First World War. Londres, Cassell, 1970. (Publicado originalmente como *A History of the World War, 1914-1918*, Londres, Faber, 1934. Ampliada a partir de *The Real War 1914-1918*, Londres, Faber, 1930; Boston, Little, Brown).

The War in Outline, 1914-1918. Londres, Faber, 1936.

Reputations: Ten Years After. Londres, John Murray, 1928; Boston, Little, Brown, 1928.

Through the Fog of War. Londres, Faber, 1938; Nueva York, Random House, 1938.

Segunda Guerra Mundial (1939-1945)

The Other Side of the Hill. Londres, Cassell, 1951 (ampliada en torno a un sesenta por ciento a partir de la edición original de 1948, esta última publicada en Estados Unidos, en Nueva York, por Morrow, como *The German Generals Talk*, 1948). Edición española: *El otro lado de la colina*, Madrid, Servicio de publicaciones, Estado Mayor del Ejército de Tierra, 1983.

General

Why Don't We Learn from History? Londres, Allen & Unwin, 1944.

Colaboraciones

The Strategy of Civilian Defence, ed. Adam Roberts. Londres, Faber, 1967.

En Estados Unidos, *Civilian Resistance as a National Defense*, Harrisburg, Stackpole, 1967.

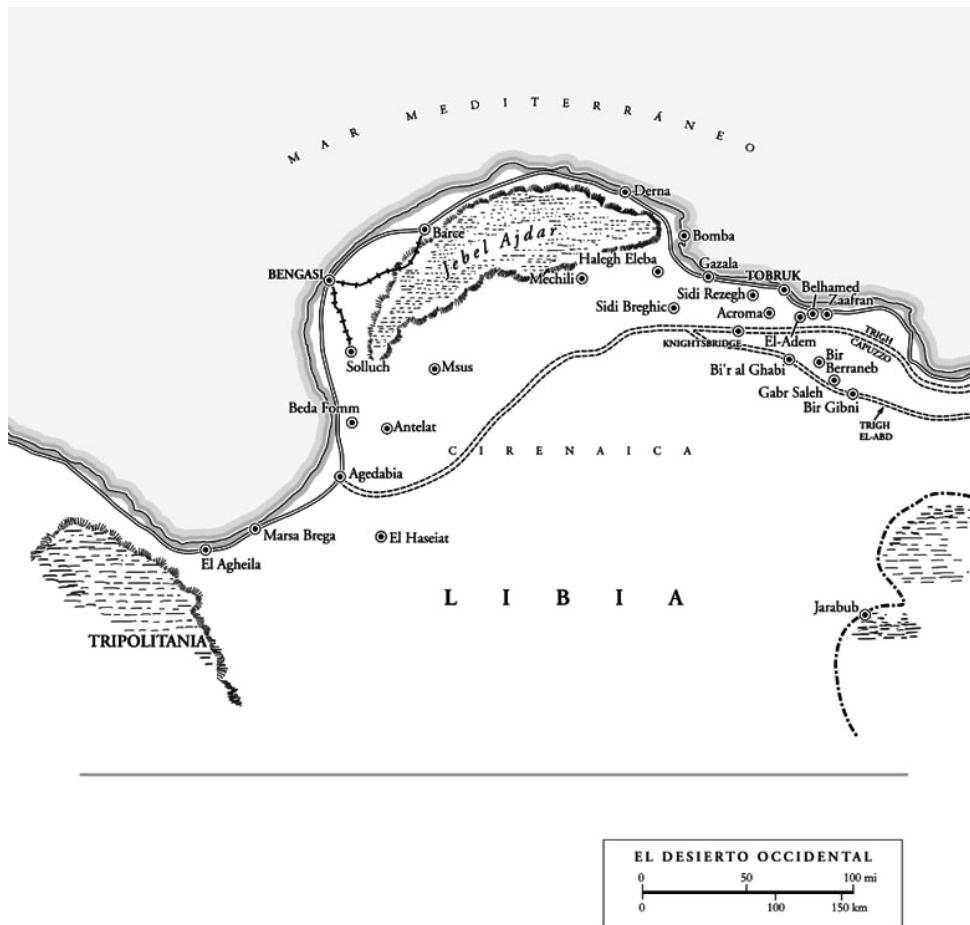
Churchill: Four Faces and the Man. Londres, ed. Allen Lane, The Penguin Press, 1969. En Estados Unidos, *Churchill Revised: A Critical Assessment*, Nueva York, Dial, 1969.

Libros editados

The Rommel Papers. Londres, Collins, 1953; Nueva York, Harcourt, Brace, 1953.

The Letters of Private Wheeler, Guerras napoleónicas (Londres, Michael Joseph, 1951).

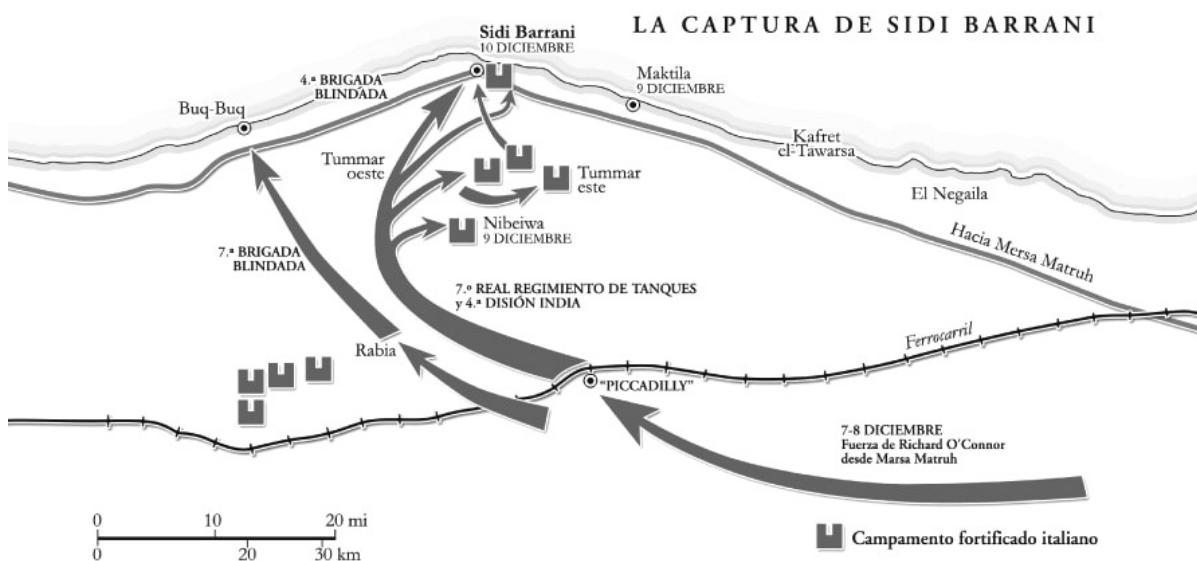
The Soviet Army. Londres, Weidenfeld & Nicolson, 1956. En Estados Unidos, *The Red Army*, Harcourt, Brace, 1956. Ed. Española: *El ejército soviético*, Barcelona, Caralt Editores, 1959.



[Retorno a notas Capítulo 14<<](#)

[Retorno a notas Capítulo 15<<](#)

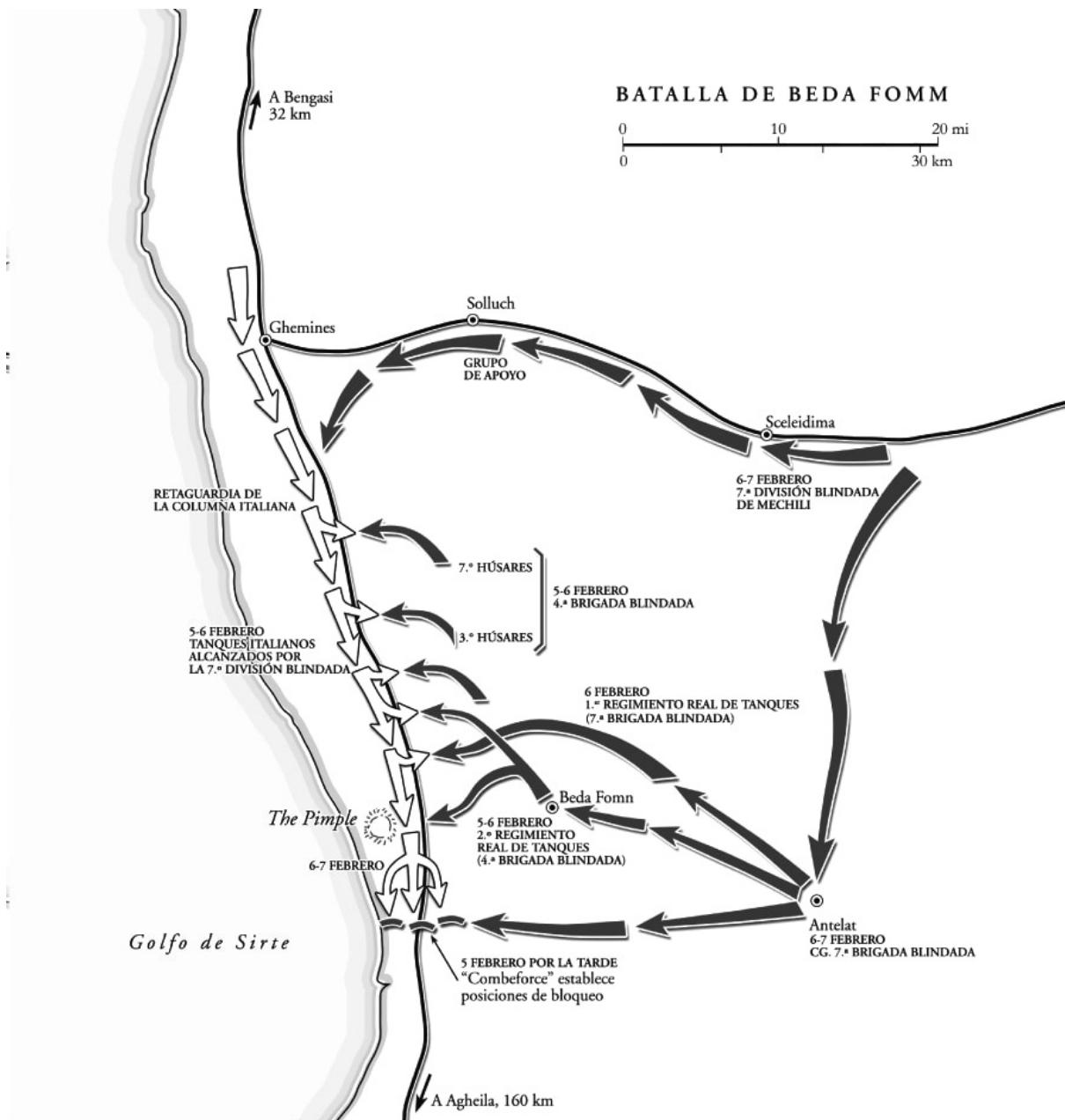
[Retorno a notas Capítulo 19<<](#)



[Retorno a notas Capítulo 14<<](#)

[Retorno a notas Capítulo 15<<](#)

[Retorno a notas Capítulo 19<<](#)



[Retorno a notas Capítulo 14<<](#)

[Retorno a notas Capítulo 15<<](#)

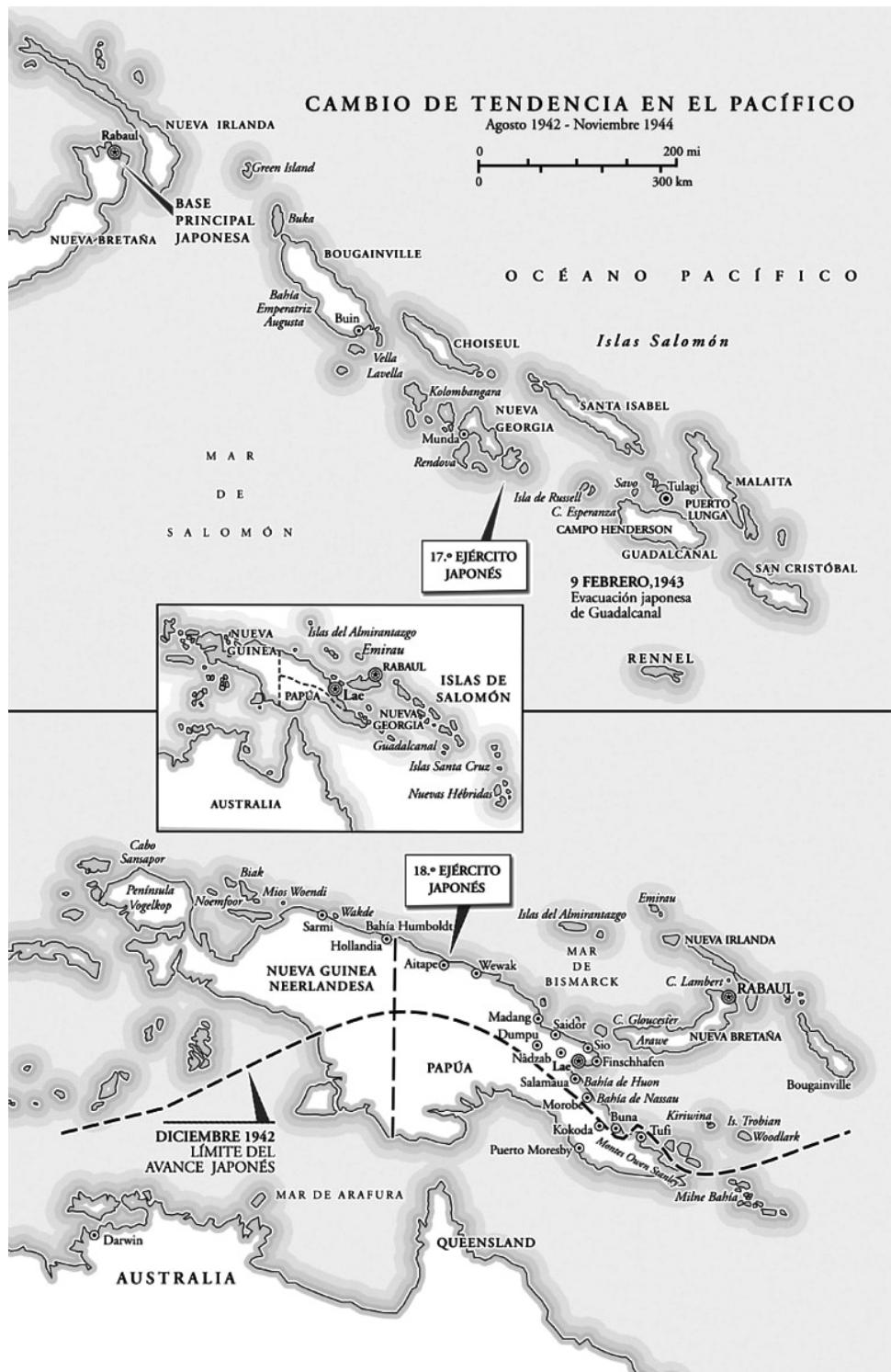
[Retorno a notas Capítulo 19<<](#)



Retorno a notas Capítulo 23<<
Retorno a notas Capítulo 39<<

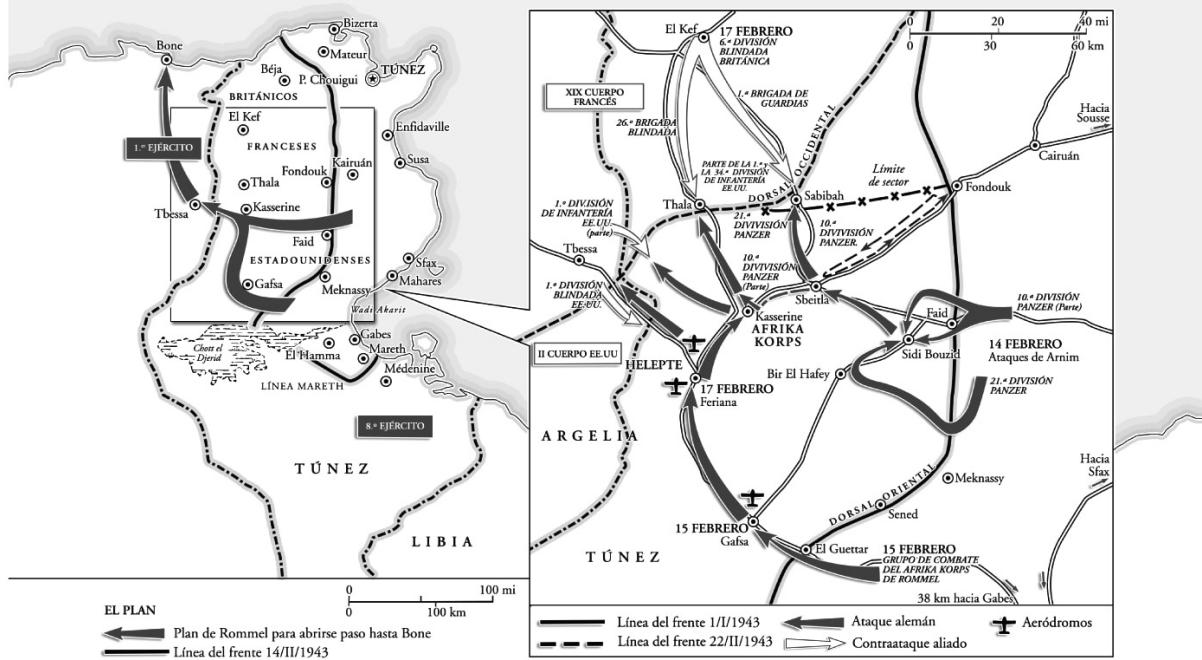


[Retorno a notas Capítulo 21<<](#)
[Retorno a notas Capítulo 22<<](#)
[Retorno a notas Capítulo 23<<](#)
[Retorno a notas Capítulo 25<<](#)
[Retorno a notas Capítulo 26<<](#)
[Retorno a notas Capítulo 29<<](#)
[Retorno a notas Capítulo 34<<](#)
[Retorno a notas Capítulo 39<<](#)

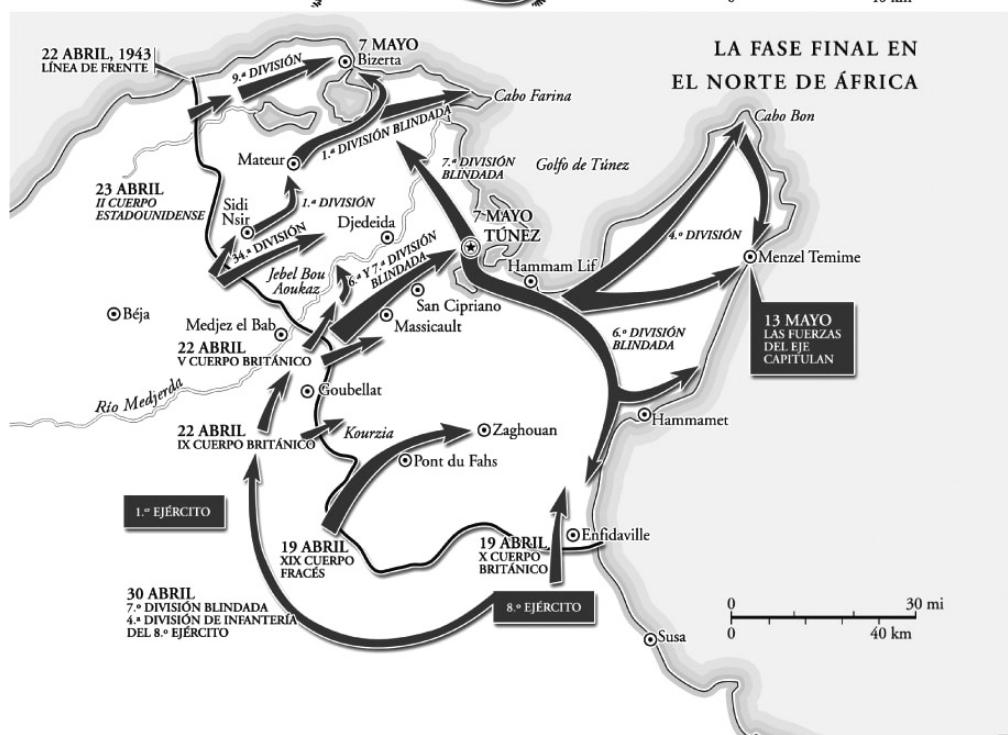


Retorno a notas Capítulo 39<<

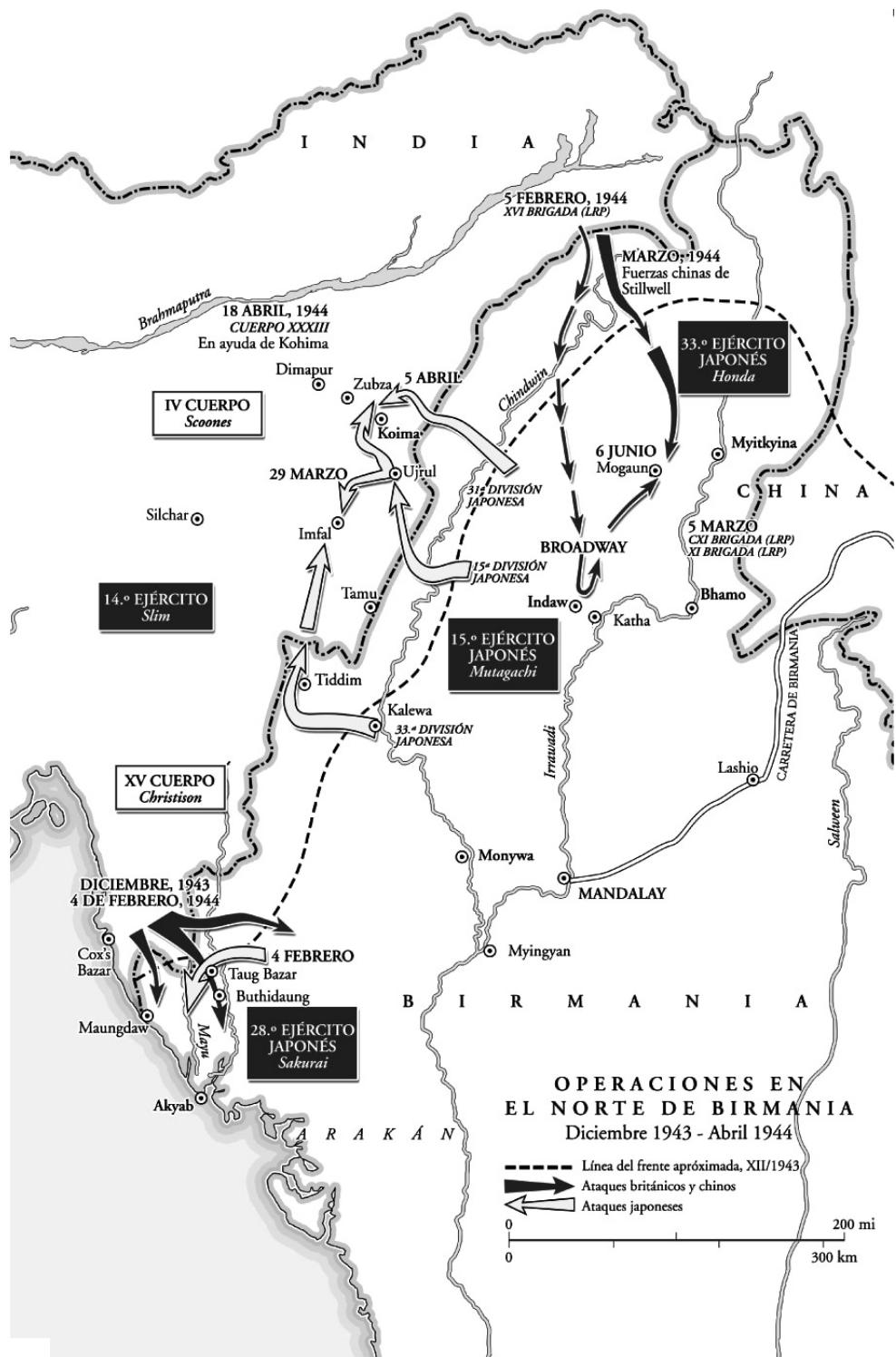
EL INTENTO DE ROMMEL DE FLANQUEAR EL 1º EJÉRCITO
14 al 22 de Febrero, 1943

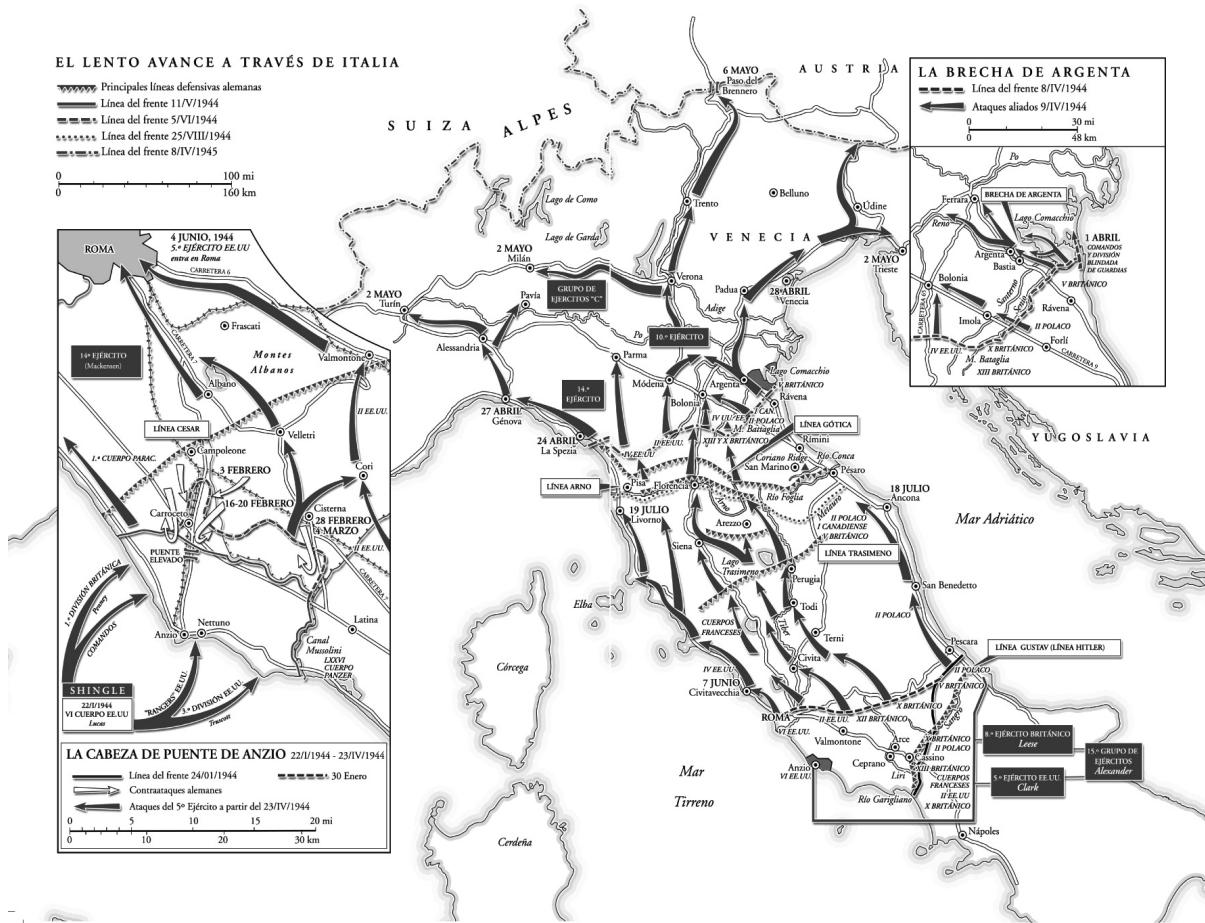


Retorno a notas Capítulo 22<<

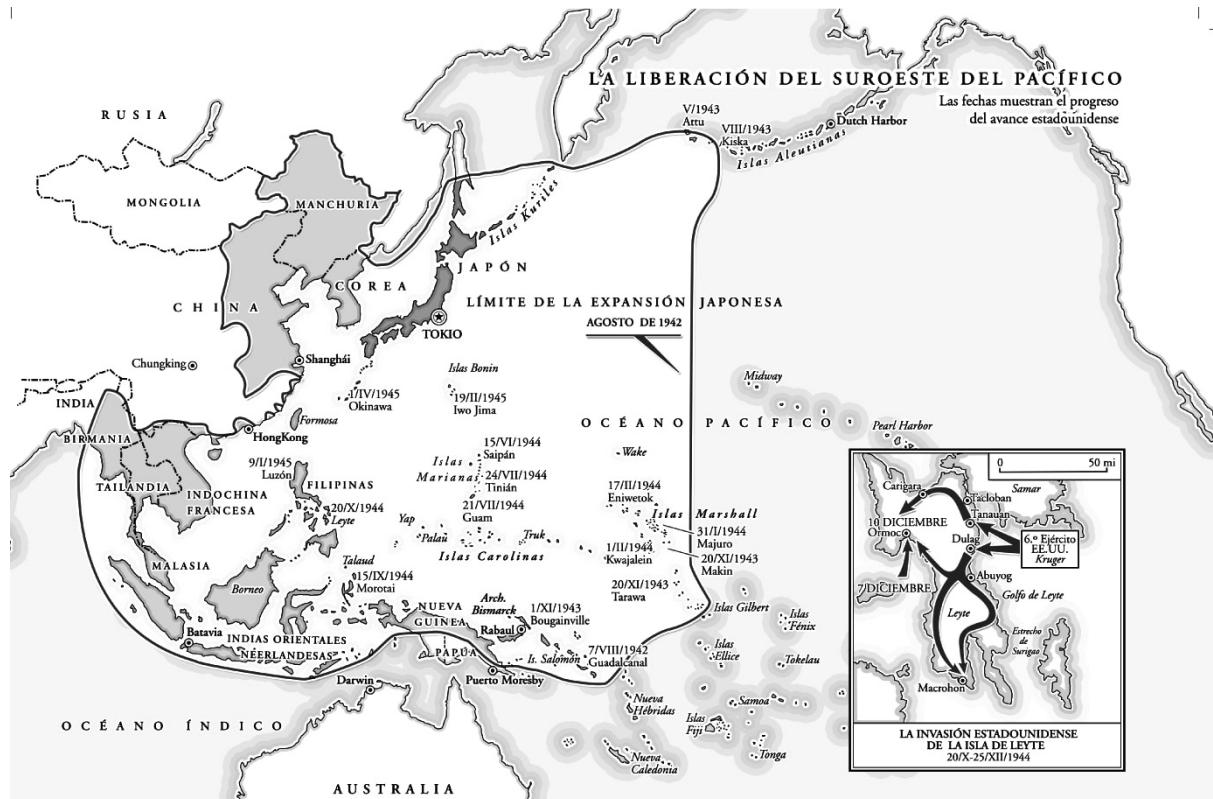


Retorno a notas Capítulo 22<<

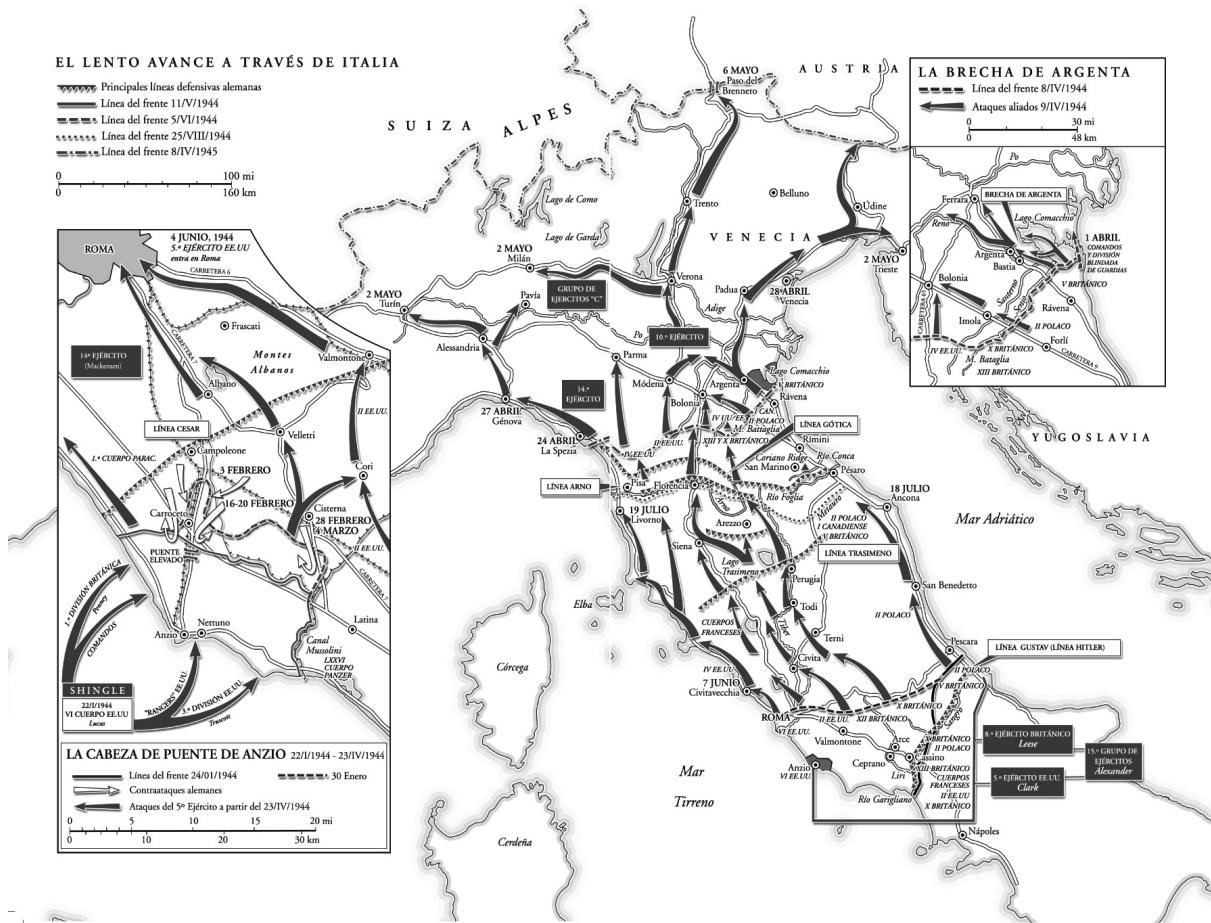




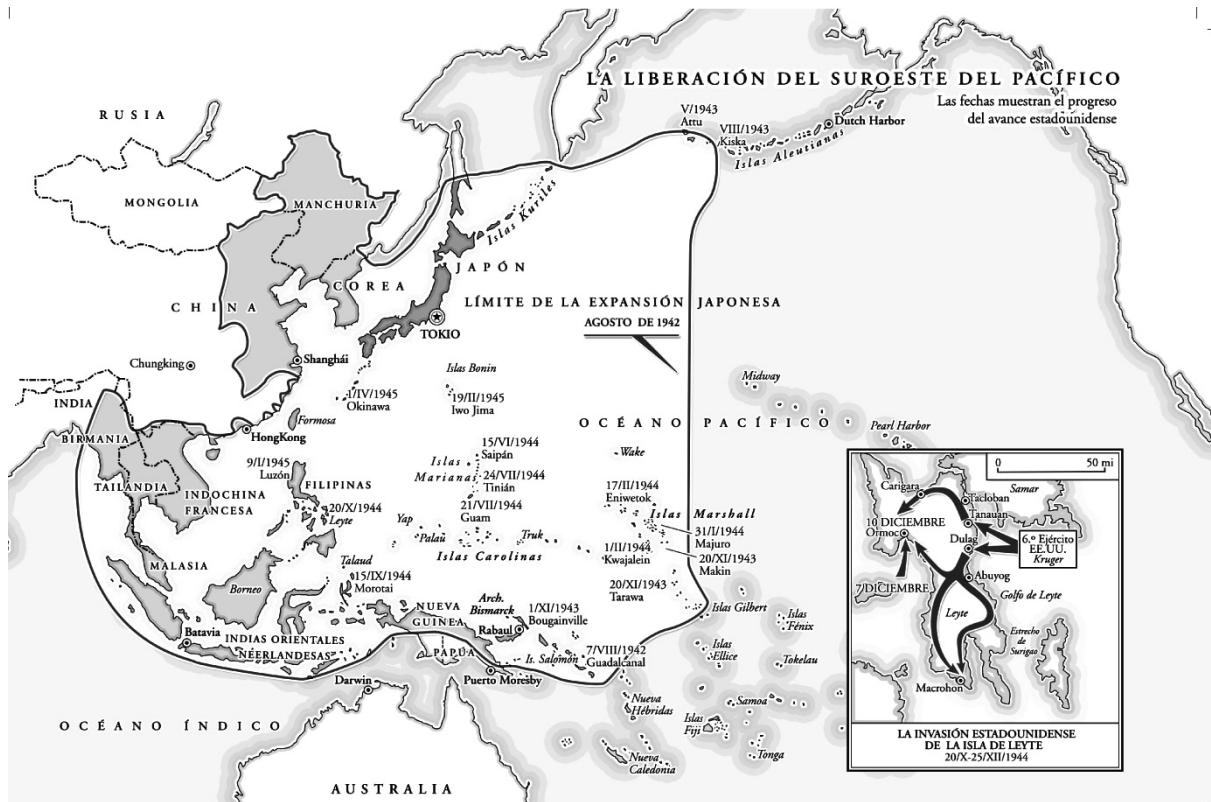
Retorno a notas Capítulo 37<<



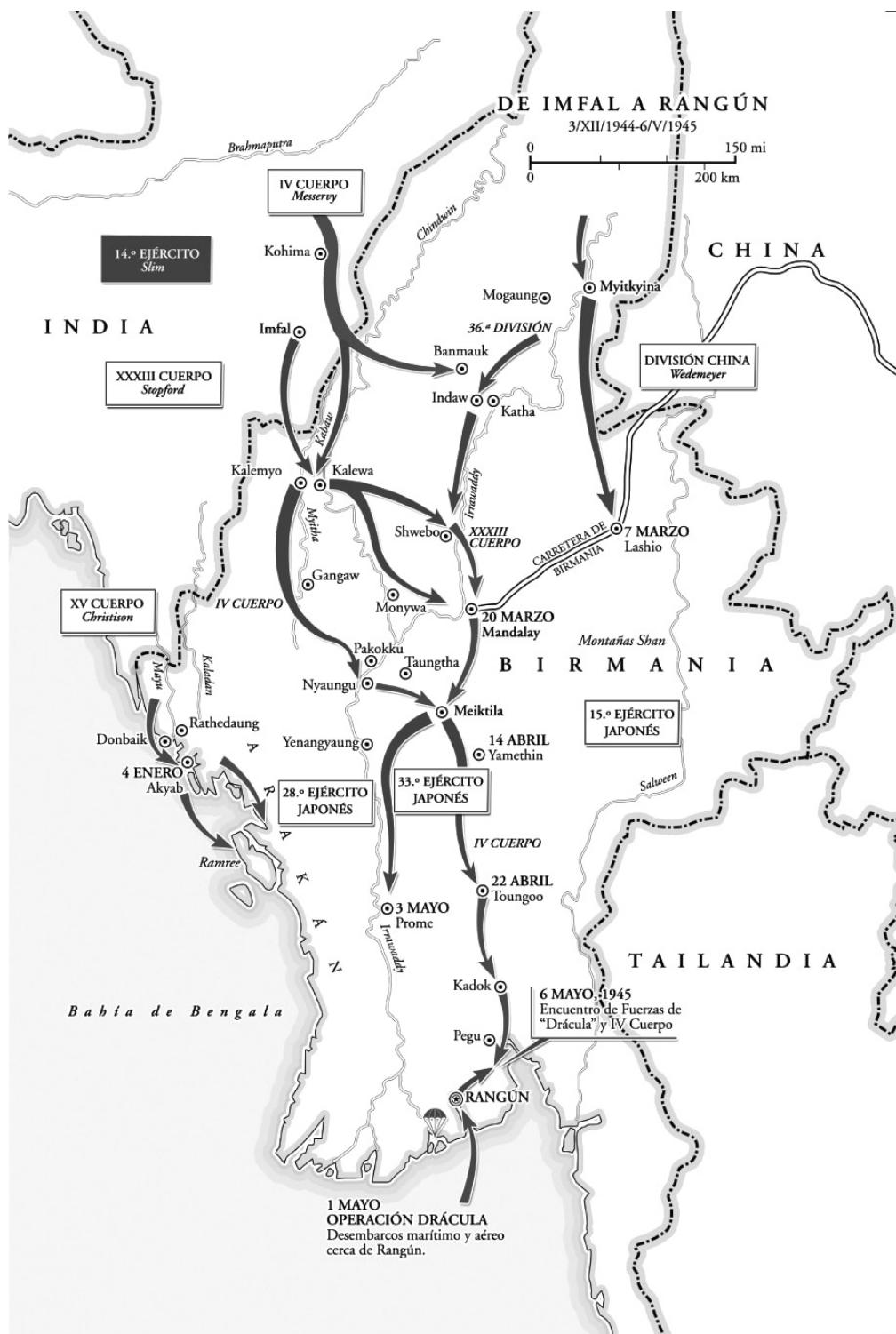
Retorno a notas Capítulo 39<<



Retorno a notas Capítulo 34<<



Retorno a notas Capítulo 39<<





SIR BASIL LIDDELL HART (1895-1970) nació en París por ser su padre pastor metodista de la comunidad británica en Francia. Combatió y fue gaseado en la batalla del Somme durante la Primera Guerra Mundial, dejándole secuelas para toda la vida. Además de periodista, fue considerado uno de los más destacados pensadores militares de su época, «el Clausewitz del siglo XX». Sus ideas sobre el arte de la guerra inspiraron las doctrinas que desembocaron en el concepto de «guerra relámpago». Al final de la Segunda Guerra Mundial tuvo la gran oportunidad de entrevistar a algunos de los principales generales alemanes, obteniendo una visión de primera mano de sus acciones durante la guerra.

Publicó una veintena de obras sobre las dos guerras mundiales o destacadas figuras militares como Escipión, Foch, Sherman o Napoleón.

Arzalia Ediciones ha publicado su clásico *Estrategia. El estudio clásico sobre la estrategia militar* (2019).

Notas

[1] Coronel-comandante es un tratamiento militar usado en las fuerzas armadas de algunos países de habla inglesa. No es una graduación efectiva sino honorífica y hace referencia a los antiguos coroneles que alguna vez hayan estado al mando del regimiento de que se trate, ejerciendo una influencia simbólica sobre el coronel en activo en un momento dado (N. del T.). <<

[2] Se refiere a la Segunda Guerra Mundial (N. del T.). <<

[1] Revista humorística londinense que se publicó desde 1841 hasta 2002 (N. del T.). <<

[2] Representación simbólica del Reino Unido en forma de hombre de mediana edad y aspecto contundente (N. del T.). <<

[3] Esto me lo contaron poco después Hore-Belisha, por entonces secretario de Estado de Guerra y también lord Beaverbrook, que se lo había escuchado contar a otros miembros del Gobierno. <<

[4] Churchill. *The Second World War*, vol. I, pp. 311-12. Los detalles bibliográficos completos de todos los libros citados en el texto se pueden encontrar en las pp. 995-1002. <<

[1] Churchill. *The Second World War*, vol. I, p. 357. <<

[2] 14 de abril de 1938. <<

[3] *Ibid.* <<

[4] Mi propia valoración estratégica, escrita cuando estalló la guerra, pronosticaba la rápida derrota de Polonia y la probabilidad de que Francia no continuara el combate, encarnando la situación en su conclusión: «En suma, al adoptar nuestra postura basándonos en un terreno estratégicamente endebles, nos hemos metido en un problema muy malo, quizá el peor de nuestra historia». <<

[5] Liddell Hart. *The Tanks*, vol. II, ap. V. <<

[6] Churchill. *The Second World War*, vol. I, p. 425. <<

[7] Churchill. *The Second World War*, vol. I, p. 39. <<

[8] Es tristemente irónico recordar que cuando, en mi libro *The Defence of Britain*, publicado poco antes de la guerra, expresé mi preocupación sobre la manera en que los jefes militares polacos seguían confiando en las car-gas de caballería contra las armas modernas (pp. 95-97), el Ministerio de Asuntos Exteriores polaco fuera espoleado por ellos para que elevara una protesta oficial contra mi observación sobre sus opiniones. <<

[9] Liddell Hart. *The Tanks*, vol. II, pp. 5-6. <<

[10] *Ibid.* <<

[1] Ese es el término usado en la versión original del libro para dar nombre a este capítulo (N. del T.). <<

[2] Documentos de Núremberg C-62. <<

[3] Los acontecimientos mostraron que la preocupación de Hitler era infundada. La moral de los franceses disminuyó más que la de los alemanes en esos siete meses de retraso. La propaganda aliada no fue efectiva: se habló demasiado de derribar a Alemania y se intentó muy poco distinguir entre el alemán corriente y los jefes nazis. Peor aún, el Gobierno británico dio escaso apoyo a diversos acercamientos secretos por parte de grupos alemanes que querían derrocar a Hitler y firmar la paz si se les daban garantías satisfactorias sobre las condiciones que tenían en mente los aliados. <<

[4] Liddell Hart. *The Other Side of the Hill*, p. 149. <<

[5] *Ibid.* <<

[6] Era jefe adjunto de Operaciones en el OKW, bajo el general Jodl. <<

[7] Liddell Hart. *The Other Side of the Hill*, p. 155. <<

[8] Hay que tener en cuenta que Liddell Hart tuvo el encargo de entrevistarse, después de la guerra, con los generales alemanes en manos de los aliados. El resultado de esas conversaciones fue, entre otras cosas, su libro *The Other Side of the Hill* de 1948 (N. del T.). <<

[9] El Estado Mayor francés, así como el británico, tenían exactamente el mismo punto de vista. Cuando en noviembre de 1933 me consultaron sobre cómo nuestras formaciones de tanques rápidas —que estaba empezando a formar el Ministerio de Guerra— podían ser mejor utilizadas en una guerra futura, sugerí que, en caso de invasión de Francia por parte de Alemania, deberíamos lanzar un contraataque con tanques por las Ardenas. A continuación, se me dijo que «las Ardenas son infranqueables para los tanques», a lo que respondí que, como resultado de un estudio sobre el terreno, consideraba ese punto de vista como una ilusión, tal y como había dejado claro en varios libros en el período de entreguerras. <<

[10] Liddell Hart. *The Other Side of the Hill*, p. 152. <<

[11] *Ibid.* pp. 153-54. <<

[12] Oberkommando der Wehrmacht o Alto Mando de las Fuerzas Armadas, es decir, de los tres Ejércitos alemanes durante la Segunda Guerra Mundial: Tierra, Marina y Fuerzas Aéreas (N. del T.). <<

[13] Churchill. *The Second World War*, vol. II, p. 33. <<

[1] Churchill. *War Speeches*, vol. I, pp. 169-170. <<

[2] Churchill. *The Second World War*, vol. I, p. 483. <<

[3] *Ibid.* <<

[4] El 20 de enero Churchill, en una emisión radiofónica, se jactaba del éxito de los aliados en el mar y contrastaba las pérdidas de buques neutrales por ataques de los *u-boat* con la seguridad de los barcos aliados formando convoyes. Después, tras una breve panorámica general, se preguntaba: «¿Pero qué ocurriría si todas estas naciones neutrales que he mencionado —y algunas otras que no lo he hecho— tuvieran el impulso espontáneo de cumplir sus obligaciones según el Pacto de la Sociedad de Naciones y se alinearan con los imperios británico y francés contra las agresiones y el mal?» (Churchill. *War Speeches*, vol. I, p. 137). La sugerencia provocó revuelo y la prensa belga, holandesa, danesa, noruega y suiza se apresuraron a rechazarla, mientras que en Londres se anunció, con cierto regreso a los días de apaciguamiento, que la alocución solo representaba los puntos de vista de Churchill. <<

[5] Acrónimo naval inglés que responde al texto «His (o Her) Majesty Ship» que se traduce como Buque de Su Majestad y se utiliza en todos los navíos de guerra británicos (N. del T.). <<

[6] Tras el Tratado de Versalles, la marina de guerra alemana sufrió restricciones en cuanto al número de unidades que podía alistar, así como en relación al tonelaje y armamento de sus buques. Para burlar tales restricciones, los alemanes idearon los «acorazados de bolsillo», que disponían de una artillería similar a la de un acorazado pero el blindaje de un crucero, ganando en velocidad lo que perdían en protección (N. del T.). <<

[7] Se trata de la principal fuerza naval de la Marina británica, que operó en aguas territoriales de ese país entre 1902 y 1967, por tanto, durante toda la Segunda Guerra Mundial. Cualquier intento de traducir el término provocaría más confusión que claridad (N. del T.). <<

[1] Liddell Hart. *The Other Side of the Hill*. Otros extractos de este capítulo proceden de la misma fuente, pp. 160-61. <<

[2] Liddell Hart. *The Other Side of the Hill*, pp. 163-64. <<

[3] Liddell Hart. *The Other Side of the Hill*, p. 177. <<

[4] *Id.* <<

[5] *Id.* <<

[6] Churchill. *The Second World War*, vol. II, pp. 38-39. <<

[7] En previsión de la situación que se iba a producir en 1940, se había instado, desde 1935, en *The Times* y otros medios, que el esfuerzo militar británico se debería concentrar en suministrar una aviación más poderosa y de dos a tres divisiones acorazadas para llevar a cabo una contraofensiva ante cualquier invasión alemana de Francia, en lugar de enviar una fuerza expedicionaria compuesta de divisiones de infantería, que los franceses tenían en abundancia. Este principio fue aceptado por el gabinete a finales de 1937, pero fue descartado en 1939 a favor de una fuerza expedicionaria de tipo tradicional. En mayo de 1940 se habían enviado a Francia trece divisiones de infantería (incluyendo tres «de trabajadores»), sin una sola acorazada. Demostraron ser incapaces de hacer nada para solucionar la situación. <<

[8] Liddell Hart. *The Other Side of the Hill*, p. 197. <<

[9] *Ibid.* <<

[10] *Ibid.* <<

[1] Royal Air Force, o Real Fuerza Aérea de Gran Bretaña (N. del T.). <<

[2] El general Pile me enviaba gráficos de las incursiones con la esperanza de que fuera capaz de encontrar una pista, pero no podía percibir una clara indicación de patrón u objetivo. <<

[1] Mandada en esta batalla por el general de brigada J. A. C. Caunter, ya que el general Creagh estaba enfermo. <<

[2] Gran parte del mérito se debía a un hombre que no había participado en la campaña: el teniente general P. C. S. Hobart, que había sido nombrado para dirigir la División Acorazada en Egipto, cuando se formó en 1938, y que le había proporcionado su gran capacidad de maniobra. Sin embargo, sus ideas sobre cómo debía dirigirse una fuerza acorazada, y lo que podía lograr cuando actuaba con independencia estratégica de las fuerzas ortodoxas, eran contrarias a los puntos de vista más conservadores de sus superiores. Su «herejía», unida a una actitud intransigente, había llevado a separarlo del mando en otoño de 1939, seis meses antes de que las fuerzas *panzer* alemanas, aplicando esas mismas ideas, demostraran su practicabilidad. <<

[3] Liddell Hart. *The Other Side of the Hill*, p. 250n. <<

[1] Liddell Hart. *The Other Side of the Hill*, p. 251. <<

[2] Blumentritt en Liddell Hart, *The Other Side of the Hill*, p. 254. <<

[3] Churchill. *The Second World War*, vol. III. p. 246. <<

[4] *Ibid*, p. 249. <<

[5] Esta y las citas de las dos páginas siguientes, de Student en Liddell Hart, *The Other Side of the Hill*, pp. 238-43. <<

[1] Reproducido con el amable permiso del teniente coronel Albert Seaton del Apéndice B de su libro *The Russo-German War, 1941-1945*, Londres, Arthur Baker, 1970). <<

[1] Aunque no lo mencione, uno de esos «partidarios británicos originales» fue el propio autor de este libro (N. del T.). <<

[1] Véanse los mapas **aquí**, **aquí** y **aquí**. <<

[2] Churchill. *The Second World War*, vol. III, p. 178. <<

[3] Churchill. *The Second World War*, vol. III, p. 183. <<

[4] En una minuta personal de ese día, para los jefes de Estado Mayor, escribió mordazmente: «El destino de la guerra en Oriente Medio, la pérdida del canal de Suez, la frustración o confusión de las enormes fuerzas que hemos reunido en Egipto, la anulación de cualquier perspectiva de cooperación con los estadounidenses a través del mar Rojo, todo ello puede depender de unos pocos cientos de vehículos acorazados. Si es posible deben ser transportados allí a cualquier coste». (*The Second World War*, vol. III, p. 218.) <<

[5] Churchill instó a enviar otros cien tanques —la cantidad necesaria para equipar a un tercer regimiento de cada brigada— por la ruta mediterránea, pero el almirantazgo era reticente a correr el riesgo de nuevo. Churchill señala amargamente en sus memorias: «Nada me hubiera disuadido de plantear y obtener una decisión del gabinete sobre la cuestión de no haber sido porque el propio general Wavell no insistiera e incluso adoptara la otra postura. Esto segó la hierba bajo mis pies». (*The Second World War*, vol. III, p. 223). Así pues, el convoy fue por el cabo de Buena Esperanza y no llegó al canal de Suez hasta mediados de julio. <<

[1] Véanse los mapas **aquí**, **aquí** y **aquí**. <<

[2] Las cifras de las fuerzas comparadas de tanques y recursos son las que figuran en la *British Official History*, páginas 30-31. Las cifras suministradas para la fuerza operativa británica —un total de 713 (incluyendo 201 tanques «I»)— son producto de la deducción a partir de una serie de fuentes divergentes, compiladas de distinta manera. Según otro cálculo de los archivos, el total ascendía a 756 (incluyendo 225 tanques «I»). <<

[1] El *Nevada* fue encallado y el *California* fue reflotado posteriormente. <<

[2] En marzo de 1935, el general Dill, que había sido nombrado director de Operaciones Militares e Inteligencia, me pidió que acudiera a la Oficina de Guerra para conversar sobre los problemas de defensa del momento y futuros. La discusión se centró en Extremo Oriente, especialmente en la cuestión de tratar de conservar Hong Kong en caso de guerra con Japón. Según una nota de la conversación que tomé esa tarde: «Sugerí, y pareció estar de acuerdo, que sería mejor arriesgar su pérdida defendiéndola ligeramente que reforzándola tanto que la convirtiera, moralmente, en un “Verdún” o en un “Port Arthur” con gran peligro para nuestro prestigio si se perdía». <<

[3] *Official History: The War Against Japan*, vol. I, p. 17. <<

[4] Abreviatura, en inglés, de buque de la clase King George V (N. del T.). <<

[5] Churchill. *The Second World War*, vol. III, p. 774. <<

[6] Churchill. *The Second World War*, vol. III, p. 551. <<

[7] Estadounidenses, británicos, holandeses y australianos. (N. del T.) <<

[8] Whitehall (nombre de una cétrica calle de Londres) es sinónimo del Gobierno y la Administración de ese país, puesto que allí tienen su sede numerosos ministerios y organismos del Estado (N. del T.). <<

[9] Churchill. *The Second World War*, vol. III, p. 375. <<

[10] *Ibid.*, p. 376. <<

[11] *Ibid.*, p. 377. <<

[1] Estos reveses podían ser deducidos incluso por espectadores distantes en Occidente. En un comentario que escribí en marzo de 1942 mi conclusión era: «(...) es razonable anticipar que este verano no solo se producirá una repetición de la frustración alemana del pasado otoño sino un cambio de tendencia definitivo». <<

[1] Para el mapa, véanse las páginas **aquí** **aquí** y **aquí** <<

[2] Schmidt. *With Rommel in the Desert*, pp. 125-126. <<

[3] Para un examen detallado de este asunto, véase Liddell Hart. *The Tanks*, vol. II, pp. 92-98 y 154-156. <<

[4] *The Rommel Papers*, pp. 207-208. <<

[5] *The Rommel Papers*, p. 208. <<

[6] *Ibid.*, p. 211. <<

[7] Kippenberger. *Infantry Brigadier*, p. 127. <<

[1] *The Rommel Papers*, p. 249. <<

[2] Kippenberger. *Infantry Brigadier*, p. 180. <<

[3] *The Rommel Papers*, p. 257. <<

[4] También llamada «carga de la Brigada Ligera», episodio desastroso protagonizado por la caballería británica durante la guerra de Crimea (1854). (N. del T.). <<

[5] *The Rommel Papers*, p. 260. <<

[6] *Ibid.*, p. 257. <<

[7] *Ibid.*, p. 248. <<

[8] Alexander. *Despatch*, p. 841. <<

[9] *The Rommel Papers*, p. 312. <<

[10] Diminutivo con el que era popularmente conocido el general Montgomery (N. del T.). <<

[11] Alexander. *Despatch*, p. 856. <<

[12] *The Rommel Papers*, p. 366. <<

[1] El mapa se encuentra **aquí**. <<

[2] El 28 de junio, inmediatamente después de la conferencia de Washington, cuando se volvió a poner sobre la mesa, me preguntaron mi punto de vista sobre la cuestión del proyecto del norte de África. Cuando me dijeron que el desembarco principal estaba previsto en Casablanca, en la costa atlántica, señalé que ese lugar estaba a 1770 kilómetros de Bizerta y Túnez, los puntos estratégicos, y que la mejor posibilidad de un éxito rápido era capturarlos lo antes posible, lo que significaba que los desembarcos debían hacerse lo más cerca que se pudiera. También hice hincapié en la importancia de desembarcar en la costa norte, en Argelia, «a espaldas de los franceses», como manera de reducir la oposición previsible ante un ataque frontal en Casablanca y un lento avance desde ese punto. <<

[3] Churchill. *The Second World War*, vol. IV, p. 477. <<

[4] *Ibid.*, vol. IV, pp. 479-480. <<

[5] Churchill. *The Second World War*, vol. IV, p. 488. <<

[6] En particular, véase el muy sólido y perspicaz análisis de *Strategic Planning for Coalition Warfare, 1941-1942*, de Maurice Matloff y Edwin M. Snell. <<

[7] Giraud había estipulado, por razones políticas, que tenía que recogerle un buque estadounidense. Su exigencia se cumplió al poner el HMS Seraph bajo el mando nominal de un oficial naval estadounidense, el capitán Jerauld Wright, y llevar una bandera de ese país para desplegarla si fuera necesario. Giraud iba acompañado de su hijo y dos jóvenes oficiales de Estado Mayor, uno de los cuales, el capitán André Beaufre, había tenido un papel importante en la planificación de ese drástico movimiento para que el Ejército francés entrara en acción contra los alemanes. Años después ambos, Wright y Beaufre, alcanzaron posiciones elevadas en sus respectivos ejércitos y en la estructura de mando de la OTAN. <<

[8] Buque de desembarco de tanques (N. del T.). <<

[9] Esta conclusión no era nueva. Yo había subrayado este punto en numerosos artículos, conferencias y conversaciones privadas tras el estallido de la guerra civil española, en 1936, al discutir sobre el peligro de que España llegara a ser dominada por un régimen fascista y que este decidiera colaborar con las potencias del Eje. <<

[1] Véanse los mapas **aquí**, **aquí** y **aquí**. <<

[2] En los mencionados 17.^º y 21.^º de Lanceros y otros regimientos acorazados de esta división, dos pelotones de cada escuadrón contaban con el nuevo, y rápido, tanque Crusader III, armado con el potente cañón de 152 mm, mientras que los otros dos pelotones tenían el Valentine, armado con el de 50 mm, que, aunque era más lento, también era más fiable y con mejor blindaje. <<

[3] Las divisiones acorazadas estadounidenses en esta fase de la guerra incluían dos regimientos acorazados, cada uno de ellos comprendía un batallón ligero y cuatro medios, así como un regimiento de infantería acorazado de tres batallones y tres batallones acorazados de artillería de campaña. Se componía de 390 tanques, 158 ligeros y 232 medios. Operacionalmente se distribuía en dos comandos de combate, A y B. Con posterioridad se añadió un tercero. <<

[4] Posición defendida por un batallón paracaidista alemán y una compañía antitanque italiana, así como dos cañones de 88 mm, apoyados por una compañía del CXC Batallón Panzer, con diecisiete tanques. <<

[5] Eisenhower. *Crusade in Europe*, p. 120. <<

[6] Los primeros elementos de la 10.^a División Panzer acababan de llegar a Túnez e incluían dos compañías de un nuevo batallón *panzer*, con treinta y dos Panzer III y dos unidades del nuevo modelo, Panzer IV. Estas dos compañías fueron utilizadas inmediatamente para contraatacar junto a una compañía del batallón *panzer* que había llegado antes. <<

[7] Dos de las principales escuelas militares de Estados Unidos (N. del T.). <<

[8] Aunque «Longstop» no existe en inglés, puede traducirse literalmente como «parada larga», lo cual, probablemente, sea el sentido que quisieron darle al bautizarlo con ese término. «Hill» en este contexto equivale a «cota» y «Christmas» es «Navidad» (N. del T.). <<

[1] Para el mapa véase **aquí**. <<

[2] Véase el mapa **aquí**. <<

[3] Vino a verme varias veces para hablar del entrenamiento de los SNS (Special Night Squads [equipos especiales de combate nocturno]), que le habían permitido organizar en primavera, eligiendo entre jóvenes y selectos miembros de las fuerzas de defensa judías, la Haganá, para enfrentarse a las partidas armadas árabes que habían estado causando muchos problemas en Palestina. Me dijo que había aplicado mis ideas tácticas en ese tipo de operaciones de guerrilla y me proporcionó documentos sobre la materia. También resaltó, con evidente orgullo, en aquel momento, que era sobrino lejano de T. E. Lawrence, aunque posteriormente tendió a hablar mal de Lawrence cuando él mismo se volvió famoso. A petición de Wingate escribí a Churchill hablando de él, a modo de presentación. <<

[1] La denominación alemana de sus submarinos era U-Boot en singular y U-Boote en plural. Cada unidad recibía, además, un número ordinal que lo identificaba, así el U-29 aquí mencionado. Este traductor utilizará, en ocasiones, el término alemán para evitar las excesivas repeticiones de la palabra «submarino» (N. del T.). <<

[2] De hecho, seguía habiendo algunos trabajadores de los astilleros de Clydeside a bordo. <<

[1] Véase el mapa **aquí**. <<

[2] Esto era, aproximadamente, la mitad de sus efectivos normales, lo mismo que había ocurrido cuando empezó la batalla de El Alamein. <<

[3] Estas cifras, extraídas de los archivos, muestran hasta qué punto puede ser erróneo comparar la capacidad aliada y del Eje en términos del número de «divisiones» de cada bando, como han hecho los comandantes aliados, así como muchos de los historiadores oficiales en sus relatos. En este período la pauta de tanques de una división acorazada estadounidense (trescientos noventa) era más del doble que la de una división *panzer* alemana (ciento ochenta). Sin embargo, la ratio real era normalmente mayor, ya que los alemanes tenían más dificultades para cubrir las bajas. Como puede verse aquí, incluso la incompleta 1.^a División Acorazada tenía aproximadamente tres veces más tanques que la media de las divisiones *panzer* que se enfrentaban a ella. La norma para una división acorazada británica había sido reducida, recientemente, a unos doscientos setenta tanques, exclusivos y especializados, y las divisiones estadounidenses, con algunas excepciones, fueron reorganizadas en una escala similar, poco después en ese año. No obstante, en 1944 las divisiones acorazadas británicas aumentaron su ratio a trescientos diez, al equipar sus unidades de reconocimiento con tanques en lugar de vehículos blindados. La fuerza real de las divisiones acorazadas aliadas, en número de tanques disponibles para entrar en acción, solía ser de dos a tres veces más que la alemana. Para mantener el equilibrio los alemanes debían depender de una ventaja cuantitativa. <<

[4] Howe. *U. S. Army in World War II: Northwest Africa: Seizing the initiative in the West*, p. 456. <<

[5] Estimaba que las fuerzas aliadas ascendían a 210 000 hombres, 1600 tanques, 850 cañones y 1100 cañones antitanque, una estimación que era inferior a la realidad. A principios de marzo contaban con más de 500 000 hombres, aunque apenas la mitad eran tropas de combate. El total de tanques casi alcanzaba los 1800, con más de 1200 cañones y más de 1500 cañones antitanque. Las tropas del Eje eran 120 000 hombres con apenas 200 tanques efectivos. <<

[6] Esta era una sobrestimación: la División Centauro solo disponía de cinco mil hombres antes de las batallas de febrero, y habían disminuido desde entonces. <<

[7] Fue llevado a cabo por tan solo treinta tanques y dos batallones de infantería de la 15.^a División Panzer. <<

[1] *The Rommel Papers*, p. 419. <<

[2] Véase el mapa **aquí**. <<

[3] Buques diseñados para transportar y desplegar tropas, vehículos y suministros en una costa enemiga, diseñados originalmente durante la Segunda Guerra Mundial (N. del T.). <<

[4] Liddell Hart. *The Other Side of the Hill*, p. 355. <<

[5] Cunningham. *Despatch*, p. 2082. <<

[1] Interrogatorio de Liddell Hart. Véase también Liddell Hart: *The Other Side of the Hill*, pp. 356-7. <<

[2] Liddell Hart. *The Other Side of the Hill*, pp 360-61. <<

[3] *Ibid.*, p. 359. <<

[4] *Ibid.*, p. 360. <<

[5] *Ibid.*, pp. 360-61. <<

[6] *Ibid.*, pp. 361-62. <<

[7] *Ibid.*, pp. 362-63. <<

[8] Clark. *Calculated Risk*, p. 179. <<

[9] Al igual que la mayoría de las divisiones acorazadas alemanas en esa época, solo tenía dos batallones de tanques, uno equipado con carros Panther y otro con los más ligeros Mark IV y, de estos, el batallón Panther no había sido enviado a Italia, mientras que el otro se había quedado cerca de Roma para ayudar a intimidar a los italianos. <<

[10] Este batallón tenía unos ochenta tanques, del tipo Mark IV. El batallón de Panther que faltaba había sido sustituido por un batallón de artillería de ataque blindado, con cuarenta piezas autopropulsadas, que podían ser confundidas con tanques a distancia. Aun así, es difícil entender que el general Mark Clark, en su libro de memorias de guerra, *Calculated Risks*, llegara en sus cálculos a que los alemanes «es probable que, originalmente, tuvieran unos seiscientos tanques en Salerno» (p. 199), lo cual era casi ocho veces la cifra real. <<

[11] Linklater. *The Campaign in Italy*, p. 63. <<

[¹²] S. E. Morison. *History of U. S. Naval Operations in World War II*, vol. IX, p. 249. <<

[13] Cunningham of Hyndhope. *A Sailor's Odyssey*, p. 569. Solo la última de estas medidas es mencionada en S. E. Morison, *History of U.S. Naval Operations*, vol. IX. V. <<

[14] John Dos Passos. *Manhattan Transfer* (N. del T.). <<

[15] Liddell Hart. *The Other Side of the Hill*, p. 364. <<

[16] Liddell Hart. *The Other Side of the Hill*, pp. 364-65. <<

[17] *Ibid.*, p. 365. <<

[18] Churchill. *The Second World War*, vol. V, p. 380. <<

[1] Véase Martel, *An Outspoken Soldier*, pp. 211-254. <<

[2] El autor se refiere a la guerra de Secesión americana (1861-1865). (N. del T.). <<

[1] Véanse los mapas de **aquí** y **aquí**. <<

[2] El autor, sin duda, está pensando en el inicio de la batalla de Okinawa (el 1 de abril de 1945), quizá la más sangrienta de la guerra mundial en el Pacífico (N. del T.). <<

[3] Long Range Penetration: Penetración a gran distancia (N. del T.). <<

[1] La fuerza de las divisiones alemanas variaba mucho y algunas que habían participado en duros combates estaban muy reducidas, aunque incluso a plena capacidad promediaban solo dos tercios del tamaño de las divisiones aliadas.

<<

[2] Ehrman, *Grand Strategy*, vol. V, p. 279. <<

[3] Siguiendo los usos de la literatura sobre la guerra, y evitando la confusión que generaría traducir términos tan acuñados como «Overlord» o «Market Garden», por mencionar solo dos, se ha optado por respetar los nombres originales y explicarlos, como en este caso, cuando el autor hace referencia a su sentido. «Anvil» significa «yunque» y transmite una sensación de fortaleza ausente en esa operación, mientras que «Dragoon», como cabe deducir, es un simple «dragón». (N. del T.). <<

[1] Prácticamente no hay pruebas que apoyen esta afirmación. <<

[2] Liddell Hart. *The Other Side of the Hill*, pp. 391-392. <<

[3] Liddell Hart. *The Other Side of the Hill*, p. 405. <<

[4] Liddell Hart. *The Other Side of the Hill*, p. 409. <<

[5] *Ibid.*, p. 413. <<

[6] Liddell Hart. *The Other Side of the Hill*, pp. 414-15. <<

[7] Lord Tedder. *With Prejudice*, p. 563. <<

[8] La penetración en Avranches fue llevada a cabo por la 4.^a División Acorazada estadounidense, al mando de John S. Wood. Yo había pasado dos días con él poco antes de la invasión y me había impresionado por ser más consciente que ningún otro de las posibilidades de una explotación en profundidad y de la importancia de la velocidad. Incluso en conversaciones mías con Patton por entonces, se hacía eco del punto de vista dominante en el alto mando de que las fuerzas aliadas deberían «volver a los métodos de 1918» y que no podían repetir el tipo de avances blindados, profundos y rápidos que los alemanes, especialmente Guderian y Rommel, habían llevado a cabo en 1940. Al contarme más tarde lo que ocurrió después de la penetración, Wood dijo: «La idea de un avance blindado de alcance no estaba en la mente de nuestros mandos superiores, como no lo estaba el suministro de tales avances. Yo seguía dependiendo del 1.er Ejército y no pudo reaccionar lo suficientemente rápido. Cuando lo hizo, sus órdenes consistieron en hacer retroceder sus dos divisiones acorazadas en los flancos, dando un giro de 180 grados, alejándose del enemigo para ocupar posiciones en el sitio de Lorient y Brest. El 4 de agosto fue el día fatídico. Protesté mucho tiempo, de manera prolongada, notoria y agresiva e hice avanzar mis columnas de blindados hasta Châteaubriant (sin haber recibido órdenes para ello) y a mi caballería acorazada hasta las afueras de Angers y a lo largo del Loira, listo para avanzar hacia el este en Chartres. Podría haber llegado allí, al corazón del dispositivo vital del enemigo, en dos días. ¡Pero no! Nos obligaron a atenernos al plan original, con los únicos blindados disponibles y listos para destrozar al enemigo. Fue una de las decisiones más increíblemente estúpidas de la guerra». <<

[9] Exploré esta cuestión inmediatamente después de la guerra, preguntando a los generales alemanes implicados principalmente. El general Blumentritt, que era jefe de Estado Mayor en el oeste, resumió la situación en una frase: «No había fuerzas alemanas detrás del Rin, y a finales de agosto estaba totalmente abierto». *The Other Side of the Hill*, p. 428. <<

[10] Liddell Hart. *The Other Side of the Hill*, p. 429. <<

[11] Las cursivas son mías. <<

[12] Liddell Hart. *The Other Side of the Hill*, p. 428. <<

[13] *Ibid.*, p. 428. <<

[14] Westphal. *The German Army in the West*, pp. 172 y 174. <<

[15] North, J. *The Achievements of 21st Army Group*, p. 115. <<

[1] Liddel Hart. *The Other Side of the Hill*, p. 339. <<

[2] El Ejército soviético denominaba «frente» a lo que en otras fuerzas armadas se conocía como «grupo de ejército» o agrupación de varios ejércitos que actuaban en una misma operación (N. del T.). <<

[3] Sin embargo, el rechazo de Rusia a permitir que los bombarderos estadounidenses procedentes de Europa occidental aterrizaran en aeródromos soviéticos después de lanzar suministros para los polacos de Varsovia nunca se ha explicado de manera satisfactoria. Los pilotos británicos y polacos volaban desde Italia en esas misiones, y volvían al mismo sitio, pero con esas distancias tan extremas sus esfuerzos, por muy valerosos que fueran, apenas podían afectar al resultado. <<

[1] Durante un viaje a París en 1935 me encontré con la traducción francesa de *La maîtrise des airs* y, al regresar a Inglaterra, se lo mencioné a varios amigos del Estado Mayor del Aire, pero ninguno de ellos había oído hablar del libro. De hecho, mucho antes de eso, la doctrina del Estado Mayor del Aire estaba muy desarrollada. Solo hubo una traducción al inglés de las obras de Douhet en Estados Unidos en 1942 y en Gran Bretaña en 1943. Además, había tenido poco impacto en Italia. Cuando visité las fuerzas italianas en 1927, invitado oficialmente, ni el ministro del Aire (el mariscal Balbo) ni ninguno de sus subordinados en aquel momento, se refirió a los escritos de Douhet en las conversaciones, aunque eran muy francos y mostraban mucho interés en las nuevas ideas de la estrategia aérea que se habían desarrollado en Inglaterra.

<<

[2] Vol. I, p. 6. <<

[3] Vol. I, p. 125. <<

[4] *Official History*, vol. I, p. 178. <<

[5] *Ibid.*, p. 233. <<

[6] *Official History*, vol. I, p. 182. <<

[7] *Official History*, vol. 1, p. 323. <<

[8] *Ibid.*, p. 189. <<

[9] *Official History*, vol. 1, p. 350. <<

[10] Vol. II, p. 136. <<

[11] *Official History*, vol. II, pp. 195-196. <<

[12] Vol. III, p. 183. <<

[1] Véase el mapa **aquí**. <<

[2] Táctica naval clásica consistente en crear con los navíos propios una línea perpendicular a la formada por los buques enemigos. Esto permite atacar todos los barcos enemigos, recibiendo solo el fuego de los cañones del primero de ellos (N. del T.). <<

[3] Véase el mapa **aquí**. <<

[1] Butcher. *My Three Years with Eisenhower*, p. 722. <<

[2] *Ibid.*, p. 718. <<

[3] Supreme Headquarters Allied Expeditionary Force o Cuartel General Supremo de la Fuerza Expedicionaria Aliada (N. del T.). <<

[4] Bradley. *A Soldier's Story*, p. 455. <<

[5] Eisenhower. *Crusade in Europe*, p. 342. <<

[6] Bradley, *op. cit.*, p. 466. <<

[7] *Ibid.*, p. 464. <<

[8] Bradley. *A Soldier's Story*, pp. 467-469. <<

[9] Butcher. *My Three Years with Eisenhower*, pp. 727-729. <<

[10] Poco después de la guerra pude interrogar a cierta cantidad de comandantes alemanes de primera fila, y hablar de las operaciones ante un mapa. Cuando es adecuado utilizo partes llamativas de sus explicaciones, después de haberlas contrastado con otras pruebas posteriores. <<

[11] Liddell Hart. *The Other Side of the Hill*, pp. 446-47. <<

[12] *Ibid.*, p. 447. <<

[13] *Ibid.*, p. 449. <<

[14] Eso lo confirmó la *US Official History*, del profesor Hugh Cole, que ofrece una fuerza media de tanques en las divisiones acorazadas alemanas de 90 a 100, solo la mitad del tamaño de las estadounidenses. Esto da un cariz distinto a la afirmación aliada de la época, basada en el número de divisiones, sobre que se trataba de la mayor concentración de tanques vista durante la guerra. <<

[15] Liddell Hart. *The Other Side of the Hill*, pp. 450-451. <<

[16] Liddell Hart. *The Other Side of the Hill*, pp. 451-53. <<

[17] Liddell Hart. *The Other Side of the Hill*, p. 459. <<

[18] *Ibid.*, p. 460. <<

[19] Y no totalmente por parte de los defensores. En una conversación posterior conmigo, un comandante de vanguardia me confesó que en ese momento crítico estuvo flirteando con una enfermera estadounidense, «rubia y preciosa», que le tenía hechizado en un pueblo que sus tropas habían capturado. ¡Las batallas no siempre se deciden de la manera que enseñan los manuales militares! <<

[20] Término difícil de traducir intentando conservar toda la carga del original. Algunos han sugerido hacerlo como «pelotas», pero me parece más adecuado decir «¡Estás loco!», dejando de lado la literalidad (N. del T.). <<

[21] Liddell Hart. *The Other Side of the Hill*, p. 463. <<

[22] *Ibid.*, p. 464. <<

[1] Allí tuvo lugar, al principio de la Primera Guerra Mundial (agosto de 1914), una batalla mítica en la historia contemporánea de Alemania. Entronizó a un tandem que fue crucial para su país durante esa guerra: Hindenburg-Ludendorff (N. del T.). <<

[1] Véase el mapa **aquí**. <<

[2] Oficina de Servicios Estratégicos. Servicio de inteligencia de Estados Unidos durante la guerra y antecedente inmediato de la CIA o Agencia Central de Inteligencia estadounidense (N. del T.). <<

[1] Véanse los mapas **aquí** y **aquí**. <<

[2] Véanse los mapas **aquí** y **aquí**. <<

[3] Véanse los mapas **aquí** y **aquí**. <<

[4] Churchill. *The Second World War*, vol. VI, p. 553. <<

[5] Churchill. *The Second World War*, vol. VI, p. 559. <<

[6] Churchill. *The Second World War*, vol. VI, p. 553. <<

[1] Un amigo francés, que por entonces estaba a cargo de un sector del Mosa, pidió permiso al Alto Mando para hacerlo, pero le dijeron que las carreteras debían mantenerse abiertas para el avance de la caballería francesa. Esa caballería llegó a entrar debidamente en las Ardenas, pero salió aún más rápido, perseguida por los tanques alemanes pisándole los talones. <<

[2] Sin contar los más de 4500 kilómetros de costa atlántica de Portugal y España, ambos países neutrales durante el conflicto (N. del T.). <<

SIR BASIL
LIDDELL HART

HISTORIA DE LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL



INTRODUCCIÓN Y TRADUCCIÓN
RICARDO ARTOLA

Lectulanđia